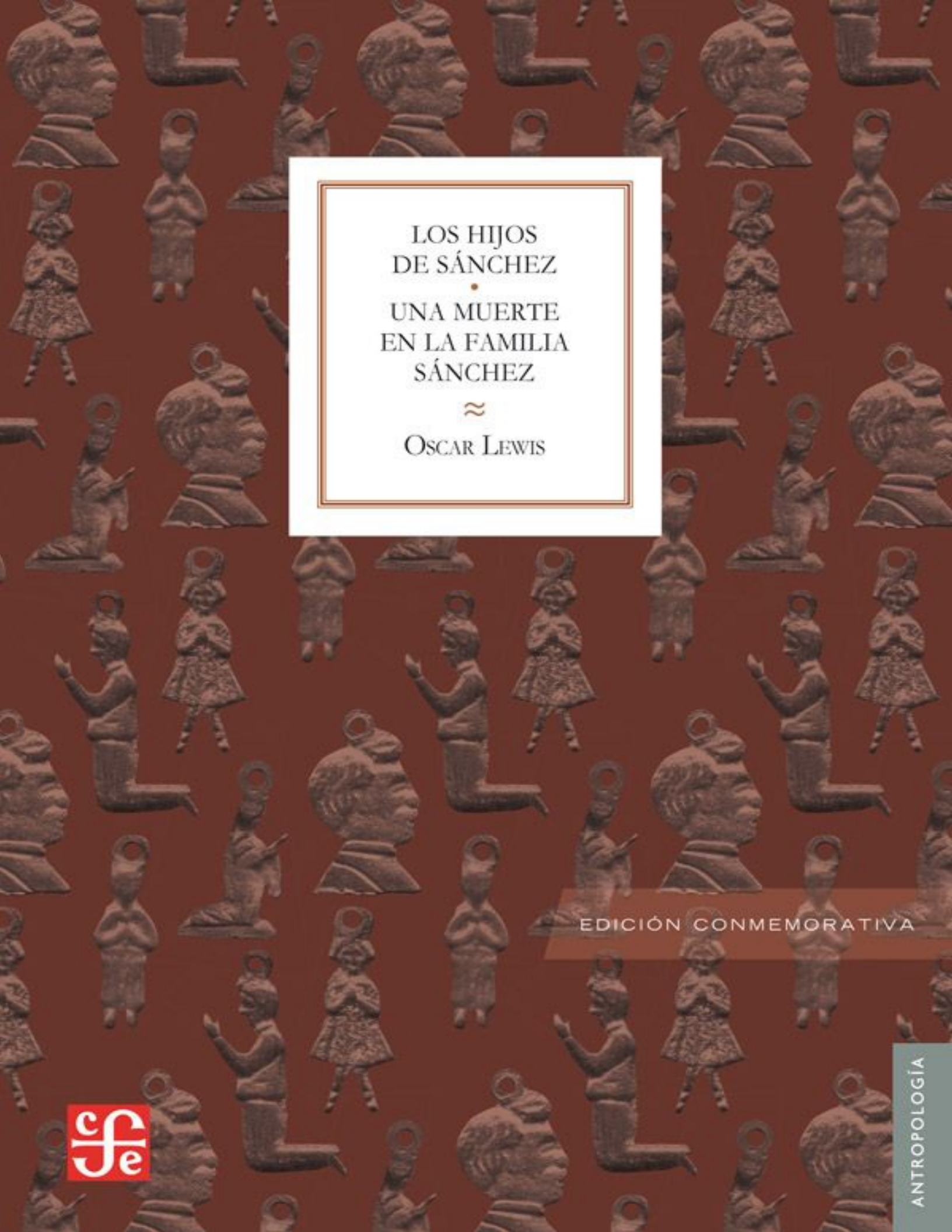


LOS HIJOS DE SÁNCHEZ

•

UNA MUERTE EN LA FAMILIA SÁNCHEZ

≈

OSCAR LEWIS

EDICIÓN CONMEMORATIVA

ANTROPOLOGÍA

Los hijos de Sánchez

Autobiografía de una familia mexicana

•

Una muerte en la familia Sánchez

Oscar Lewis

Prólogo de *Claudio Lomnitz*
Epílogo de *Susan M. Rigdon*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés de *Los hijos de Sánchez,* 1961
Primera edición en inglés de *Una muerte en la familia Sánchez,* 1969
Primera edición en español de *Los hijos de Sánchez* (FCE) 1964
Primera edición en español de *Una muerte en la familia Sánchez* (Joaquín Mortiz), 1970
Primera edición de ambos estudios en un solo volumen (FCE) 2012
Primera edición electrónica, 2012

The Children of Sanchez © 1961, Oscar Lewis
© renovado en 1989 por Ruth M. Lewis

A Death in the Sanchez Family © 1969, Oscar Lewis

Epílogo © 2011, Susan M. Rigdon
© Random House Inc, 2011. All rights reserved

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4649

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1051-5

Hecho en México - *Made in Mexico*

Acerca del autor

Oscar Lewis (1914-1970), historiador estadunidense y doctor en antropología por la Universidad de Columbia, fue pionero en el estudio de la pobreza desde un punto de vista social. Catedrático en la facultad de Brooklyn College y también en Washington University, más tarde continuó su trabajo en el Departamento de Agricultura y en el Departamento de Antropología de la Universidad de Illinois. En 1943 Oscar Lewis representó a los Estados Unidos ante el Instituto Indigenista Interamericano en México para trabajar en desarrollo rural; sin embargo, dedicó los últimos 20 años de su vida a los estudios urbanos. Es autor de *Antropología* de la pobreza (FCE, 2010).

ÍNDICE

PRÓLOGO

LOS HIJOS DE SÁNCHEZ. AUTOBIOGRAFÍA DE UNA FAMILIA MEXICANA
- AGRADECIMIENTOS
- INTRODUCCIÓN
- PRIMERA PARTE
  - *JESÚS SÁNCHEZ*
- SEGUNDA PARTE
  - *MANUEL*
  - *ROBERTO*
  - *CONSUELO*
  - *MARTA*
- TERCERA PARTE
  - *MANUEL*
  - *ROBERTO*
  - *CONSUELO*
  - *MARTA*
- CUARTA PARTE
  - *MANUEL*
  - *ROBERTO*
  - *CONSUELO*
  - *MARTA*
  - *Epílogo. JESÚS SÁNCHEZ*
  - *APÉNDICE. RESOLUCIÓN DEL PROCURADOR*

UNA MUERTE EN LA FAMILIA SÁNCHEZ
- AGRADECIMIENTOS
- INTRODUCCIÓN
- I. LA MUERTE
  - *MANUEL*
  - *ROBERTO*
  - *CONSUELO*
- II. EL VELORIO
  - *ROBERTO*
  - *MANUEL*
  - *CONSUELO*
- III. EL ENTIERRO

MANUEL
ROBERTO
CONSUELO
APÉNDICE

EPÍLOGO

PRÓLOGO

CLAUDIO LOMNITZ

Hace 50 años Oscar Lewis publicó en los Estados Unidos *The Children of Sanchez*. Hoy, el Fondo de Cultura Económica lo vuelve a publicar en bella edición conmemorativa que incluye, por primera vez en español, el texto completo de su secuela: *Una muerte en la familia Sánchez*. Hay una historia privada del FCE que está siendo reivindicada en esta nueva edición —hablaremos de ello más adelante—, pero la cuestión más apremiante será ver si el público lector de México está listo hoy para asimilar lo que tanto le costó escuchar y entender hace 50 años. En la historia de México hay pocos libros que hayan creado verdadero escándalo. Éste es uno de ellos, y a mucha honra. Y es que *Los hijos de Sánchez* es un libro tremendo. No hay otro que se le parezca.

Oscar Lewis, el antropólogo que organizó y realizó este trabajo, presenta *Los hijos de Sánchez* como la autobiografía de una familia. El libro es una versión laboriosamente editada a partir de escritos autobiográficos y observaciones directas del antropólogo, pero sobre todo de grabaciones múltiples, extensas y detalladas realizadas por Lewis con cuatro hermanos y su padre, quienes, por cuestiones de privacidad y discreción, fueron vueltos a bautizar con el apellido de "Sánchez".

En este libro, los "hijos de Sánchez" le mostraron al mundo que el México moderno, próspero y optimista de aquellos tiempos, el México del "Milagro Mexicano", era sólo una cara de la moneda nacional, y que el que habitaban los autores de esta autobiografía era la otra.

Pero para entender el rechazo violento que provocó este libro en ciertos sectores del público de México hay que buscar más allá de los lugares comunes de la pobreza, en los detalles más brillantes de esta etnografía singular.

Desde el principio, este libro fue una sensación, a nivel mundial. Fue traducido a múltiples idiomas, y se convirtió en base de obras teatrales y también de una película protagonizada por Anthony Quinn (mala, por cierto).

El escándalo de los Sánchez va mucho más allá de "la pobreza" en abstracto. El libro viene contado por dos hermanos y dos hermanas, huérfanos de madre y criados por su padre, el tal "Jesús Sánchez", en una vecindad de Tepito, conocida acá con el también seudónimo de La Casa Grande y que, tras el terremoto de 1985, no existe ya. La cuestión que incomodó bastante a cierta clase media de la época es que los cuatro Sánchez son inteligentes, elocuentes y muy explícitos. Aquellos lectores no querían creer

que unos miserables de vecindad hablaran de esa forma, o que expresaran aquellas ideas y aquellos sentimientos. Por eso, dudaron de su existencia y alegaron que a los Sánchez los había inventado Lewis.

La vida en la vecindad que cuentan los Sánchez con todo detalle, sin tapujos ni pruritos, no es la de la pobreza folclórica del cine nacional de la Época de Oro que unos y otros compartieron —ni Marta ni Consuelo son Chachita, ni Manuel ni Roberto se comportan como el Pedro Infante de *Nosotros los pobres,* por más que unos canten, otros bailen, y que todos sepan caló—.

No. Los contemporáneos de carne y hueso de Chachita y Pepe el Toro muestran una sociedad implacable, no sólo por parte de los ricos, sino también de los mismos pobres —los padres maltratan a sus hijos, los hombres golpean a las mujeres, las mujeres se engañan unas a otras, y se vengan también de sus hermanos y de sus maridos—. No es éste el mundo católico de la redención en la pobreza, sino un ámbito en que los problemas humanos se agudizan, un mundo que los endurece a golpes.

Es por eso que Jesús Sánchez, el patriarca del clan, que aparece en la primera parte del libro como un padre arbitrario, inflexible y egoísta, se va transformando poco a poco en un verdadero héroe. Jesús se mantiene constante en su trabajo y constante con sus hijos —es un punto de referencia—, y el lector va captando paulatinamente y de manera indirecta —por las historias de sus hijos— que esa constancia es en sí un logro de proporciones homéricas.

Sucede algo parecido con la tía Guadalupe. A su muerte, narrada en el segundo libro de esta edición conmemorativa, Consuelo —que para entonces es ya una secretaria, que vive como madre soltera independiente en Nuevo Laredo, y tiene estatus de mujer de la clase media— vuelve al hogar pobrísimo de la tía en la vecindad de los Panaderos y exclama:

> Ahora mi viejita, mi ancianita, está muerta. Vivió en este humilde nidito lleno de piojos y ratas, de porquería y basura, escondido en los pliegues del vestido de esa dama elegante que se llama Ciudad de México. En esa "base sólida" mi tía comió, durmió, amó y sufrió. Por un peso o dos, le dio albergue a cualquier hermano de miserias, para poder pagar su renta extravagante de 30 pesos. Barría el patio diario a las seis de la mañana por 15 pesos al mes. Destapaba los caños de la vecindad por otros dos pesos más. Y lavaba docenas de piezas de ropa por otros tres. Por tres veces ocho centavos de dólar, se hincaba frente a la tinaja a lavar de las siete de la mañana a las seis de la tarde […] Sería absurdo llamarla una santa, pero es lo que fue.

Hablaré más adelante de cómo reaccionó nuestra buena sociedad ante el "insulto nacional" que supuestamente era *Los hijos de Sánchez*, publicación que le costó su puesto a Arnaldo Orfila Reynal, el distinguido editor que en ese tiempo dirigía el Fondo de Cultura Económica. Por ahora quisiera detenerme en la experiencia colectiva que esta familia comparte generosamente con sus lectores.

La deuda con los Sánchez. El mundo de los Sánchez ya no es. No es, al menos, lo que fue, y por eso también conviene fijarnos en detalle en lo que nos cuentan. Los hijos de Sánchez nos enseñan de dónde viene el México de hoy y reclaman, me parece, una deuda que en su momento les fue negada. Reclaman un esfuerzo colectivo de

reconocimiento y de compensación por las penurias por las que pasó esa generación, y las que han sufrido sus descendientes, aunque sea de manera indirecta.

Como documento histórico, *Los hijos de Sánchez* merece ser punto de partida de una discusión colectiva sobre la justicia en el México contemporáneo. El libro bien podría ser lectura obligada en todas las preparatorias del país: las nuevas generaciones merecen hacer una discusión cuidadosa de la experiencia colectiva que se entrevé con expresiones nítidas y en detalle singular en la historia de esta familia.

Pasemos a algunos fragmentos de esa historia.

Guadalupe Vélez, llorada por Roberto como la última de los "Veleces", nació con la Revolución mexicana. Tuvo —cuenta Oscar Lewis— 18 hermanos, de los que sólo siete sobrevivieron el primer año. A los 13 años de edad, Guadalupe fue raptada y violada por el hombre que se convertiría, por eso, en su primer marido. Tuvo tan mala vida con él, que Lupita juró nunca volverse a casar. Sus relaciones posteriores fueron todas de unión libre.

Ese número estratosférico de hijos, aquellas tasas brutales de mortandad, la edad tan temprana para tener niños, y la legitimidad de la violación y del rapto en el seno familiar, en fin, todo aquello puede resultar algo remoto para un mexicano que tenga hoy 15 o 20 años, aunque sean circunstancias bien reconocibles para los que tenemos 50. Para la burguesía de la época, y para la "gran clase media mexicana", lo que resultaba molesto de historias como la de Guadalupe —que vivió en amasiato— era la pulverización del "sagrado lazo matrimonial". Les molestaba eso aunque Guadalupe haya tenido alguna relación excelente y duradera, ejemplar, de hecho, como la que tuvo con Ignacio, con quien se sentaba alegremente a tomar pulque todas las noches.

La Ciudad de México, con aquellos pliegues de miseria y también con su abundante generosidad, permitió, y a veces exigió, que el lazo matrimonial, que todavía se mantenía fuerte en el campo, se volviera frágil. La capacidad de reflexión de los hermanos Sánchez es, en su conjunto, impresionante y, en cuanto al tema matrimonial, es Manuel quien nos brinda el análisis perfecto:

> Cuando el pobre examina lo que cuesta una boda, se da cuenta de que no le alcanza. Entonces se decide a vivir de esta otra forma, sin el matrimonio, ¿ves? Simplemente toma a la mujer, como hice yo con Paula. Además, el pobre no tiene nada que dejarle a sus hijos y por eso no es necesario protegerlos legalmente. Si yo tuviera un millón de pesos, o una casa, o una cuenta bancaria o algunos bienes materiales, me casaría por lo civil luego luego, para proteger a mis hijos como legítimos herederos. Pero la gente de mi clase social no tiene nada. Por eso yo digo: mientras sepa que son mis hijos, me vale lo que piense el mundo.

Mientras en el campo el matrimonio se mantenía firme, afianzado por la propiedad campesina y por la división doméstica del trabajo, en las vecindades de la Ciudad de México las parejas se hacían y se deshacían sin formalidades legales ni religiosas. El matrimonio se convertía en un ideal más o menos remoto, en una intención o deseo que por lo general no se podía realizar sino en la sinceridad del duelo.

Cuando al principio del libro agoniza la madre de Manuel, Consuelo, Roberto y Marta, su esposo, Jesús, quiere darle a su mujer el gusto del matrimonio, antes que ella

expire; pero el ataque de Leonor es violento y no alcanza a llegar el cura. Durante el entierro, don Jesús trata de tirarse a la fosa con su mujer. Como en el ideal del matrimonio, sólo la muerte los separó. Años después, cuando va a morir Elena, su segunda mujer, don Jesús alcanza a traer un cura a tiempo, pero el sacerdote se niega a casarlos. Sin entender los resortes de la vida material y sentimental de la vecindad, el cura considera que es una hipocresía buscar el matrimonio justo antes de la muerte y se niega a darles el gusto de esa ilusión o, mejor dicho, de aquella confirmación final del elemento de verdad —del elemento de verdadero compromiso— que hubo en su relación.

En la familia Sánchez el matrimonio, si está presente como imagen, está siempre en el tiempo futuro. El matrimonio simboliza el tiempo en que la propiedad existe, y en que la familia se ha estabilizado. Representa, en otras palabras, una ilusión, porque la familia nunca se estabiliza, y la propiedad, cuando llega, llega tarde. Y lo que hay de concreto en lo cotidiano, a la par de las ilusiones, es un presente que todo lo consume. La vida de Marta y de Roberto, de Manuel y de Consuelo está demasiado llena del *hoy* —del pan que hay que conseguir, del dinero que se debe, de la oportunidad inesperada, del convite, del baile, del juego de cartas—. Tal vez sea por eso que Consuelo, que en principio era la más temerosa y la más reprimida de los hermanos, fuera poseída de pronto por la fiebre del baile, e hiciera girar sus hombros y sus caderas a una cadencia que a Marta, la menos inhibida de las dos, le daba vergüenza. Tal vez haya sido por eso, también, que Manuel se aficionara a las cartas y a los caballos, y que Roberto ganara y perdiera dinero como si diera igual una cosa que la otra.

Por eso, la Ciudad de México resulta a la vez implacable, miserable y terrible, y también amplia y generosa. Roberto, que ha viajado por toda la República, describe el fenómeno perfectamente:

> Mi patria es México, ¿verdad? Y le tengo un amor especial y profundo, sobre todo a la capital. Tenemos una libertad de expresión que no he encontrado en otras partes y, sobre todo, la libertad de hacer como nos plazca. Siempre me he podido ganar la vida mejor acá […] acá te puedes mantener hasta vendiendo pepitas. Pero en cuanto a los mexicanos, no tengo tan buena impresión. No sé si es porque yo me haya portado tan mal, pero me parece que falta buena voluntad entre ellos.

Esta sentencia, paradójica, es sin embargo exacta. La Ciudad de México ha sido generosa con los Sánchez. Jesús Sánchez llega al Distrito Federal proveniente de Veracruz, en los años veinte, solo, sin un peso en la bolsa, y sin un pariente que lo reciba. Y hace su vida allí. Todos y cada uno de los Sánchez logran existir ahí, y, vistas en el largo plazo, sus condiciones de vida mejoran paulatinamente. Además, como bien dijo Roberto, llevan una existencia muy libre. Cuando un trabajo no gusta, se lo deja; cosa impensable en el campo, por ejemplo. En el terreno amoroso o sexual, hay relaciones para hombres y mujeres, y a veces, para el hombre, un doble hogar. Jesús Sánchez mantiene una segunda casa con Gloria —paga la renta— y en cierto momento se trae a vivir a la Casa Grande a una de sus hijas, Antonia, que es presentada a su familia de golpe y porrazo, sin decir "agua va".

La ciudad es libre, ante todo. Y generosa, en cuanto a sus muchos pliegues;

miserables, cierto, pero amplios también. Pero es también implacable, y tal vez sea eso a lo que se refiere Roberto cuando dice que no hay buena voluntad. Falta, quizá, el respeto que Roberto sí encuentra en el campo, porque aquella libertad de la ciudad, basada en la movilidad como posibilidad constante —ninguno de los Sánchez es dueño de su casa, para empezar—, implica una existencia incierta, donde frecuentemente se depende de la buena voluntad del otro, y donde no se recibe fácilmente un apoyo sin recibir antes una humillación. El que apoya sin humillar es el amigo o el pariente más querido, el más entrañable, y el más escaso.

La vecindad. Junto a la cuestión del matrimonio, incluso más que la cuestión del matrimonio, salta a la vista una institución básica para los Sánchez: la vida en lo que en la Ciudad de México se llama una vecindad, y que en el sur llaman conventillos.

Llama la atención que en el México de los años cuarenta y cincuenta, cuando se dan los hechos narrados en este libro, el espacio de la vecindad haya sido tan fundamental en la formación de los muchachos y muchachas, en las identidades de las familias, y en general, a nivel de la identidad social.

"La ley en la Casa Grande era: nuevo inquilino, nueva pelea." Una ley idéntica, por cierto, parecía gobernar la vida de los niños en el colegio. El caso es que, entre niños y muchachos varones, la camaradería no se daba antes de que se hubiera peleado, y el inquilino nuevo que se negara a pelear sería golpeado y molestado hasta que se atreviera por fin a usar los puños. No es casual que estos barrios hayan producido tantos boxeadores de calidad.

La vecindad era el espacio en que los hombres se hacían hombres: un espacio de camaradería intensa, segregado por sexo, donde el ingreso al círculo masculino tenía un precio de entrada, que era medirse a golpes con los demás. La vecindad era también el espacio en que se afianzaba la solidaridad familiar. Así, cuando Jesús Sánchez va a hablar con el vecino a quien le ha quitado la mujer, Manuel y Roberto lo siguen de lejos, armados y a escondidas, listos para entrar a la refriega en caso de que haya bronca. La solidaridad de la familia se manifiesta cuando surgen conflictos entre vecinos.

Pero hay más: la vecindad es como una pequeña comunidad en competencia ritualizada con otras vecindades, como si se tratara de tribus vecinas. Cada 16 de septiembre, como para celebrar las fiestas patrias, los muchachos de la Casa Grande se agarraban a trancazos con los de la vecindad rival. Además, los muchachos sentían que les incumbía proteger a las chicas de su vecindad, que de alguna forma les pertenecían. Había una tendencia, al menos en las vecindades grandes, como la Casa Grande, a la endogamia; casi todas las noches se organizaban bailes en uno u otro patio; los primeros juegos sexuales, en que niños y niñas jugaban a mamá y papá, se daban en las letrinas o en las azoteas de la vecindad.

En otras palabras, la familia Sánchez nos muestra cómo las condiciones materiales de su existencia, caracterizadas por falta de propiedad inmobiliaria, poca o ninguna herencia de bienes materiales, vida en condiciones de vecindad, abundancia de trabajos —casi todos inestables y todos mal pagados—, son el marco en que se van haciendo mujeres y

hombres Manuel, Roberto, Consuelo y Marta.

Abusos a la mujer. Otra de las cuestiones impresionantes de esta autobiografía es la de los golpes con los que se somete a las mujeres. Es un tema enorme que todavía hoy no ha sido asimilado. El hecho es que no hay una sola mujer en este libro que no haya recibido golpes de su novio o de su marido. Ni una. Y que conste que los golpes vienen platicados a veces por las mujeres, y otras por los hombres; unas veces por testigos, y otras por participantes directos. A veces por alguien que confiesa haber golpeado, pero que objeta que le den de golpes a una hermana o a una tía. Los golpes son algo común que sólo se critica cuando son vistos como excesivos o injustificados. El golpe en sí mismo, como práctica, no es rechazado.

Y eso que entre hombres y mujeres falta la igualdad que se busca conseguir a toda costa, a punta precisamente de golpes, entre los muchachos de la vecindad o de la escuela. Es decir que, en tanto los golpes son el ritual de entrada a una relación fraternal, de camaradería, entre hombres, el golpe del hombre a la mujer sirve para afirmar la superioridad indiscutible de uno sobre la otra. Es un acto de autoridad, parecido a los golpes —muy frecuentes, por cierto— propinados por padres a hijos, o a los golpes propinados al "pendejo" que se deje: "En mi barrio —resume Manuel— o eres picudo, o eres pendejo".

Es posible —no lo sabemos— que la relativa inestabilidad de los lazos conyugales en esta población de nuevos proletarios haya llevado a una agudización de la violencia doméstica, precisamente por la relativa autonomía de las mujeres citadinas. Puede ser. Eso, al menos, pensaba Oscar Lewis. Como sea, los Sánchez crecen en un mundo de suspicacia entre los sexos, donde se recurre con frecuencia a la intimidación física y donde el acoso sexual es una constante.

De hecho, visto como documento histórico, *Los hijos de Sánchez* puede servir como ejemplo de cautela para los sociólogos y antropólogos que hoy piensan que la historia de la relación conyugal en México pasó de un arreglo "tradicional", fundado en el respeto, a un arreglo "moderno", cuyo ideal es la confianza. Los Sánchez nos muestran un mundo de relaciones que no son tradicionales, ya que en ellos el grado de consenso entre mujer y hombre en la pareja conyugal es mucho mayor que en los arreglos más tradicionales del campo, pero que tampoco son parejas conyugales basadas en la confianza.

La violencia doméstica, tan palpable y tan cotidiana, sugiere que las estructuras de autoridad requerían de refuerzos constantes. Sugiere también que las frustraciones generadas por una sociedad tan dura se podían desahogar con impunidad contra el más débil, en una cadena interminable de iniquidad. La "mala voluntad" de la que hablaba Roberto se ejerce contra el niño, contra el "pendejo" y, sobre todo, contra la mujer. Es el mundo que retrata también Luis Buñuel en *Los olvidados*.

Pero hay mucho más: *Los hijos de Sánchez* muestra cómo los hombres de clase alta, por sistema, abusaban de las mujeres que empleaban.

Consuelo Sánchez, que consiguió un grado elevado de educación, logra buenos empleos en oficinas. Pero no hay una en que su jefe no la haya acosado constantemente,

en general amenazándola con la seguridad de su empleo. Uno de sus patrones, un productor de Estudios Churubusco, básicamente la viola.

En 1964, cuando por primera vez se publica *Los hijos de Sánchez* en español, la "buena sociedad" mexicana no quería ver nada de esto, y por el contrario se quejó de la mala impresión que el libro daba de México.

El escándalo nacionalista. La recepción de *Los hijos de Sánchez* en México fue distinta de la que tuvo en los Estados Unidos. Vale la pena entender por qué. En los Estados Unidos el libro apareció en 1961 y fue de inmediato un enorme éxito, tanto de crítica como en cuestión de ventas. La revista *Time* pronto lo pondría en su lista de los mejores libros de la década.

El éxito fue resultado de la sensación producida por las narraciones de Manuel, Roberto, Consuelo y Marta Sánchez, pero también del notable trabajo de Oscar y Ruth Lewis en la estructura dramática del texto, trabajo que comenzó durante el extendido proceso de entrevistas que con tanto ahínco y talento condujo Lewis. Así, por ejemplo, Lewis le escribe a Ruth, su esposa, durante el proceso de las entrevistas, contándole que piensa llevar a Jesús, Marta y Roberto Sánchez al teatro a ver una obra de Eugene O'Neill: "¿No te parece buena la idea? Creo que esto podría ayudarles a entender el plano que estamos buscando. Esta familia puede servir para dar una idea de la cultura mexicana".[1] Me parece significativo que Lewis haya estado pensando en O'Neill mientras armaba la biografía con los Sánchez. Al igual que O'Neill, Lewis venía de la izquierda norteamericana; al igual que el Nobel estadunidense, sus personajes salían de los márgenes de la sociedad y eran, a la vez, sus mejores y más profundos representantes.

El modo en que *Los hijos de Sánchez* va entretejiendo los puntos de vista de los cuatro hermanos da una dimensión humana a los eventos de sus vidas. Esto impactó a los lectores, incluida la propia familia Sánchez, cuya vida quedó marcada por su participación en este proyecto. Así, Manuel le contaría a Lewis en 1965 que la lectura del libro había cambiado su opinión sobre su familia, llevándolo a apreciarla mucho más, y que también lo había conducido a un fuerte proceso de autocrítica. De hecho, la vida de Manuel, como también la de Consuelo, cambiaría bastante a partir de su participación en este proyecto.[2]

Aparte de las cualidades intrínsecas del texto, *Los hijos de Sánchez* tuvo lectores entre los muchos norteamericanos que se interesaban por México. Además, casi no existían retratos de la vida de los tugurios que fueran parecidos a este libro ni en Nueva York, ni en Londres, ni en otras metrópolis a nivel mundial. De hecho el siguiente gran estudio etnográfico de Lewis —en el que, por cierto, participaron Consuelo y Manuel Sánchez como ayudantes de investigación— fue realizado en los tugurios de San Juan, Puerto Rico, y Nueva York, o sea dentro de los Estados Unidos. El libro que resultó, titulado *La vida*, ganó el prestigioso National Book Award en 1967. *Los hijos de Sánchez*, en otras palabras, no fue escrito para negar la existencia de la pobreza en los Estados Unidos, ni para señalar a México de manera particular.

Había además otra cosa. La Revolución cubana estaba fresca al momento de la aparición de este libro. Por eso, había un debate animado respecto de América Latina en el marco de la Guerra Fría, y específicamente sobre las condiciones sociales que llevaron a la Revolución. Aprovechando el éxito del libro, Fidel Castro declaró que *Los hijos de Sánchez* era un texto "revolucionario". Pronto le extendería una invitación a Lewis a estudiar la condición de los pobres en Cuba, para demostrar los efectos curativos de la Revolución. El libro de Lewis fue entendido como una justificación de movimientos revolucionarios como el de Fidel Castro, y también como un llamado a reformas sociales que no fueran de carácter revolucionario.

Un poco más tarde, a mediados de los años sesenta, las ideas de Lewis respecto de la "cultura de la pobreza" formarían parte del debate político interno de los Estados Unidos. En 1964 el presidente Lyndon Johnson lanzó un ambicioso programa de erradicación de la pobreza conocido como la *Great Society*. No ha habido, desde entonces, un esfuerzo parecido en ese país. En ese marco político se dio un debate acerca de la pobreza y sus causas, y figuraron las ideas de Lewis acerca de la "cultura de la pobreza" supuestamente ilustradas en *Los hijos de Sánchez,* así como en su libro anterior, *Antropología de la pobreza*, y en la secuela puertorriqueña titulada *La vida*.

En ese contexto, la frase (más que la teoría) "cultura de la pobreza" se convirtió, curiosamente, en un refrán más bien conservador, que tendía a culpar a los pobres de la reproducción de sus condiciones de vida. Un punto de vista que no congeniaba demasiado con el sentido de la obra de Lewis, aunque se pudiera apoyar en tal o cual aspecto de lo que hubiera dicho. De hecho, la teoría de la "cultura de la pobreza" siempre fue hechiza y contradictoria, y no tiene punto de comparación en importancia, ni en trascendencia ni tampoco en su originalidad con la poderosa etnografía realizada por Lewis. Tampoco se puede decir que lo que animaba a Lewis haya sido "demostrar" su teoría. Oscar Lewis quería mostrarle al mundo las condiciones en que vivía la gente pobre de las ciudades —los nuevos migrantes—, y exploró especialmente la forma en que las familias sobrellevaban las duras circunstancias de sus vidas, habladas siempre en cuidadoso detalle por los propios actores.

El papel de "la teoría" en el trabajo de Lewis es un poco el de los alfileres que sostienen un lienzo mientras el pintor trabaja. No son la finalidad del trabajo, ni son lo principal. Tienen, por lo contrario, mucho de provisional, como el andamiaje en la construcción de un edificio. Ésa fue la utilidad de la idea de una "cultura de la pobreza", que apuntaba de manera esquemática al problema de la formación y la reproducción de rasgos culturales e institucionales en un contexto material —pobreza— e histórico — poblaciones en transición del campo a la vida urbana—. No fue, al fin, sino una noción algo ambigua que no pudo nunca ser precisada ni mucho menos demostrada. No importaba demasiado precisarla. El marco político en que cayó *Los hijos de Sánchez* y los trabajos de esa época de Oscar Lewis le dieron una importancia exagerada a la fórmula, que cobró una vida propia bastante independiente del sentido de las etnografías a que estuvo asociada.

En México, por otra parte, la discusión de *Los hijos de Sánchez* también recibió la

impronta de la Revolución cubana y de la Guerra Fría, sólo que la cuestión ideológica se manifestó de otra forma. El libro fue publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1964, es decir, a inicios de la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, y el escándalo que causó tuvo dos aristas: una pública, en torno de la imagen que daba de México y de su gobierno, y otra indirecta, en que se usó la indignación patriotera contra *Los hijos de Sánchez* para remover al "extranjero comunista" Arnaldo Orfila de la dirección del Fondo.

La cargada contra *Los hijos de Sánchez* fue lanzada en conferencia pública por el abogado Luis Cataño Morlet, juez del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Después del ataque público, que contó, entre los asistentes, con la presencia del propio presidente de la República, Cataño Morlet presentó una demanda judicial en nombre de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en contra de Oscar Lewis y del Fondo de Cultura Económica.

Lewis resumió así el ataque:

> *1.* Que el libro era obsceno más allá de cualquier límite de la decencia humana.
> *2.* Que la familia Sánchez no existía. Que yo la había inventado.
> *3.* Que el libro difamaba las instituciones mexicanas y la vida social en México.
> *4.* Que el libro era subversivo y antirrevolucionario […] y que debía, por lo tanto, ser castigado con una pena de hasta 20 años de cárcel por incitar a la disolución social.
> *5.* El Fondo de Cultura Económica, el autor y el libro fueron todos servidos con citatorio por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística para presentarse en la Procuraduría General de la República, y
> *6.* Que Oscar Lewis era un agente del FBI que estaba procurando destruir las instituciones de México.[3]

Y Lewis no exageraba. El texto de la resolución de la averiguación previa número 331/965 del procurador general de la República, que resume los cargos de los quejosos así como la declaración ante el Ministerio Público de Arnaldo Orfila, deja en claro que Lewis fue acusado no sólo por delitos de imprenta (calumnia, difamación, obscenidad), sino también por atentar contra el orden público (disolución social). Así, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística alegaba, por dar un ejemplo, que

> la imputación puesta en labios de uno de los protagonistas, Jesús Sánchez, en el Epílogo, respecto a que la propaganda política del que fue presidente de la República, Lic. Miguel Alemán, se llevó a cabo con fondos recabados en parte del tráfico de enervantes, constituye, sin duda, el delito de difamación establecido en el segundo párrafo del artículo 350 del Código Penal […] Los pasajes: "Me gustaría que hubiera leyes como las de los Estados Unidos. No habría tanto golfo como lo hay y no habría tanta canallada…" "Me gustaría que hubiera aquí un presidente americano en México…" "El pueblo mexicano se está hundiendo por falta de una guía y por falta de hombría y por tanta porquería como usted puede ver", constituyen el delito previsto por el artículo 145 del Código Penal para toda la República.

El escándalo, en otras palabras, fue mayúsculo. Se publicaron más de 500 artículos de periódico sobre el asunto de *Los hijos de Sánchez*. Como las entrevistas con los Sánchez habían sido grabadas, fue fácil desechar los cargos de falsificación que se presentaron en la corte, y tanto Lewis como el Fondo de Cultura Económica fueron exonerados de todo cargo en abril de 1965. Sin embargo, las dudas acerca de la

veracidad del texto y del carácter y la identidad de Oscar Lewis y de los Sánchez fueron tales, que uno de los protagonistas del libro, Manuel, se identificó públicamente para verificar la autenticidad del relato y así defender de ese modo a Lewis. Así, el escándalo fue de tal magnitud que llevó a que la familia Sánchez, que tanto había sufrido de por sí, se expusiera todavía más, abandonando el anonimato.

La reacción airada contra el lenguaje supuestamente "obsceno y soez" de los Sánchez se utilizó en primer lugar para distraer la atención del fenómeno descrito en el libro —pretendiendo que había sido inventado por un norteamericano de credenciales políticas dudosas, que quería dañar la imagen de México—; segundo, se procuraba una reacción exaltada porque los Sánchez se habían convertido, según *The Times*, en "la familia más célebre de México".[4] Frente a aquello, la derecha nacionalista optó por la política del avestruz, pensando que si conseguía que el público ignorara el libro —metiendo su cabeza en la arena—, lograría ocultar el cuerpo de la nación frente a propios y extraños.

Por último, el ataque serviría para apuntalar una ofensiva en el campo cultural que iba mucho más allá de *Los hijos de Sánchez*, pero que utilizó ese libro como pretexto. Específicamente, se trataba de echar al editor del Fondo de Cultura Económica, señor Arnaldo Orfila Reynal, que ocupaba la dirección de la casa editorial desde 1948, y que tenía una política editorial abierta a las izquierdas latinoamericanas y mexicanas.

Frente a semejante panorama, la intelectualidad reaccionó a favor del libro de Lewis, y hubo más de 500 intelectuales que se declararon en defensa del libro y de Orfila. Los cargos judiciales en contra de Lewis y del FCE fueron, como dije, desechados y el caso archivado, pero nada de eso obstó para que Arnaldo Orfila fuera despedido por ser extranjero. Como dijera Carlos Fuentes en una carta a Orfila: "Los hijos de Kafka se han vengado de los hijos de Sánchez".[5]

Expulsado de la editorial que había sido su casa, Orfila fundó Siglo XXI Editores con el apoyo amplio de la intelectualidad latinoamericana, y el Fondo de Cultura perdió a uno de sus editores más notables.

El daño tampoco paró ahí. Lewis quería que Luis Buñuel filmara una película con base en este libro, o si no en *Pedro Martínez,* su notable biografía de un campesino tepozteco que participó en la Revolución, y que apareció publicada poco después de *Los hijos de Sánchez*. Buñuel, cuya película *Los olvidados* tenía mucha afinidad con el punto de vista de Lewis, admiraba muchísimo ambos libros. Sin embargo, se negó a trabajar en la cinta —y la cultura mexicana se perdió de ella—:

> Su libro *[Pedro Martínez]* es admirable y en algunos aspectos superior —si eso es posible— a *Los hijos de Sánchez.* Respecto de realizar una película de este libro en México, es igual de imposible, o hasta más, que el otro *[Los hijos de Sánchez]*. No debe de hacerse ilusión alguna al respecto. Claro que si la película se limitara a los aspectos más positivos del libro —o más bien a aquellos que los caballeros del gobierno creen que son positivos— sería bastante fácil realizar este proyecto. Sin embargo, no estoy dispuesto […] a hacer ninguna concesión de este tipo. La película debe reflejar la misma imagen vital, objetiva y completa respecto de la política y la sociedad que se presenta en el libro.[6]

Oscar Lewis. Oscar Lefkowitz nació en la ciudad de Nueva York el día de Navidad de

1914. Sus padres habían emigrado de Polonia (cerca de Grodno) apenas seis años antes. Como tantos judíos que llegaron a América provenientes de aquella región, los Lefkowitz eran pobres, y se establecieron en el Lower East Side de Nueva York —en la época, una especie de "Tepito neoyorkino"—. El nombre hebreo del niño era Yehezkiel Lefkowitz. La familia usó el nombre de "Oscar" como versión inglesa del nombre hebreo, pero el "Lefkowitz" fue cambiado a "Lewis" por el propio Oscar cuando realizaba su posgrado en la Universidad de Columbia.[7] O sea que Oscar Lewis fue Oscar Lefkowitz hasta edad adulta.

El cambio de nombre no se debió a que Lewis hubiera renegado de su judaísmo, ni a que se hubiera avergonzado de él —participó en actividades culturales que lo marcaron como judío durante toda su vida—, pero Oscar era una persona muy consciente del antisemitismo: sus padres habían huido de una región de Polonia que había padecido una serie de pogromos, y la familia perdería a 55 parientes en el holocausto. Oscar prefirió tomar un apellido que lo marcara menos públicamente; es decir, que le permitiera "pasar" por norteamericano y blanco, sin tener que dar demasiadas explicaciones respecto de su origen.

Durante toda la niñez y juventud de Oscar, la familia Lefkowitz vivió de manera modesta. En Polonia el padre de Oscar había estudiado para ser rabino. A su llegada a Nueva York trabajó como empleado (no como rabino) en una sinagoga en la calle Trece, pero un mal del corazón lo llevó a mudar a la familia al pueblito de Liberty, en el estado de Nueva York, donde compró una pequeña granja. Poco a poco la familia construyó ahí mismo una modesta casa de huéspedes, que después se volvió un pequeño hotel que se llamó el Balfour, en honor a Lord Balfour.

Oscar Lewis trabajó en la granja desde niño; trabajó luego como camarero y mesero en la casa de huéspedes. Más tarde, siendo ya estudiante en Nueva York, conduciría un taxi, y tendría un buen número de pequeños empleos hasta recibir su doctorado. En otras palabras, Lewis tuvo experiencias laborales y materiales que lo ayudarían a entender a la gente con que luego trabajaría como antropólogo: venía de una familia bastante modesta —pobre, para los estándares norteamericanos—; sabía trabajar en el campo, cazar y pescar, y como boxeador fue campeón de peso ligero en su condado (Sullivan County), cosa que tampoco le habrá venido mal cuando llegó a hacer sus estudios en Tepito. Tenía, además, buena voz y estudió canto (ópera) toda su vida. Me parece posible que la personalidad de Lewis haya retenido algunas cualidades aprendidas en esta biografía: Lewis fue un hombre sumamente trabajador, que no rehuía una pelea, y que conservó una fuerte veta lírica.

Pero, sobre todo, Oscar tenía una profunda inclinación intelectual. A los 12 años se interesó por el socialismo, y comenzó a leer a Marx y a Lenin. A los 15 terminó la preparatoria y se fue a vivir a Nueva York, donde ingresó al City College, que en ese entonces era gratuito, y que fue el lugar de formación de generaciones extraordinarias de migrantes como el propio Lewis. En el City College, el joven Oscar Lefkowitz se interesó por el estudio de la historia y tuvo profesores célebres, entre los cuales se contó el historiador comunista Philip Foner, con quien estudió la historia de la esclavitud en los

Estados Unidos.

Terminada su licenciatura, Lewis ingresó a la Universidad de Columbia para hacer su doctorado, pero el Departamento de Historia de aquella universidad resultó ser un poco conservador para su gusto. En la propia Columbia, Abraham Maslow, quien además de célebre psicólogo pronto llegaría a ser su cuñado, le recomendó que platicara con Ruth Benedict, profesora de antropología en la citada universidad. Lewis se sintió muy atraído por Benedict, y se pasó de historia a antropología. Desde ese momento se identificaría como antropólogo: "Primero, soy antropólogo, y después, también" *(I'm an anthropologist first, second and third).* Es decir, que pese a su admiración por las artes, y pese al éxito literario de sus trabajos —a partir de *Los hijos de Sánchez*—, nunca se pensó a sí mismo como un escritor. Carecía, según él, de la imaginación y del talento para eso. En una de sus cartas, por ejemplo, Lewis afirmó que Octavio Paz, en *El laberinto de la soledad*, había intuido y expresado muchas de las cosas que aparecían en sus estudios de la vida en Tepoztlán.[8] Pero Lewis se sentía incapaz de realizar esa clase de hazaña: la fuerza narrativa y la poesía de *Los hijos de Sánchez*, y luego la de *Pedro Martínez,* él la atribuía a los Sánchez y a Martínez, no a sí mismo.

Benedict y Kardiner. El Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia era, en ese tiempo, el más famoso de los Estados Unidos. Lewis estudió ahí en los años treinta —terminó su doctorado en 1940— cuando ya su fundador, Franz Boas, se había jubilado. Fue estudiante de Ruth Benedict, y tomó también clases con el psicólogo Abraham Kardiner y con Ralph Linton, entre otros. En otras palabras, Lewis se formó en la escuela conocida por el nombre de "Cultura y personalidad". Cierto que Lewis era muy distinto tanto de Benedict como de Kardiner —estaba mucho más politizado que ellos, más vorazmente comprometido con el trabajo de campo, y también era menos talentoso como teórico—, pero admiró mucho a ambos profesores, y tomó de ellos su veta humanística (incluido el interés literario, que compartía con Benedict) y su interés por la psicología.

Susan Rigdon, la biógrafa de Lewis, cuenta que, aunque Oscar realizó sus estudios durante la Gran Depresión, no la padeció tanto, porque como venía de la pobreza, sus circunstancias no habían empeorado mucho. Como se había casado ya con Ruth Maslow, quien sería su compañera de vida y también su colaboradora más cercana, y había tenido ya un hijo, cuando los Estados Unidos entraron a la segunda Guerra Mundial, Lewis no fue reclutado para el ejército. Pero la depresión y la guerra sí afectaron los recursos que tuvo a su disposición a la hora de hacer su tesis doctoral, sobre el contacto cultural entre blancos e indios pies negros *(Blackfoot),* que se basó principalmente en trabajo de biblioteca, por haber insuficientes recursos para un trabajo de campo extenso.

Paso a México. Cuando entraron los Estados Unidos a la guerra, Lewis se fue a la Ciudad de México, donde dirigió por un tiempo el Instituto Indigenista Interamericano. Fue desde ahí que lanzó su investigación, considerada hoy clásica, en el pueblo de

Tepoztlán. Hay mucho escrito respecto de ese trabajo, desde luego, sobre todo acerca de su polémica con el antropólogo Robert Redfield, pero aquí me interesa destacar sólo que el trabajo de Lewis en Tepoztlán tenía un importante aspecto de investigación participativa. A Lewis le interesaba cambiar las circunstancias de las personas con las que trabajaba, y usó su puesto en aquel organismo internacional para construir una relación dinámica entre la investigación y el trabajo social.

En Tepoztlán esto se manifestó con el establecimiento de una clínica popular y con apoyo jurídico a la comunidad para sus disputas de tierras. Cuando Lewis pasó a trabajar con migrantes tepoztecos en la Ciudad de México —hay que recordar que Lewis fue pionero de la llamada "antropología urbana"— y de ahí a trabajar con sus vecinos, los "Sánchez", no tenía ya recursos de esa envergadura que ofrecer. No podía poner clínicas a disposición de los habitantes de la Casa Grande o de la vecindad de los Panaderos.

Sin embargo, la colaboración que tuvo con los Sánchez fue de gran impacto en la vida de esa familia. El proceso de reflexión en que se embarcaron individual y colectivamente, sostenido en conversaciones grabadas con una autoridad reconocida y enérgica, y el hecho adicional, e insospechado incluso por Lewis, de que la familia se volviera tan famosa a partir de este libro, fue un largo e impresionante proceso de reconocimiento para cada uno, donde la importancia de las experiencias que habían vivido no quedaba minimizada, sino que, al contrario, encontraba sus justas y enormes proporciones. El proceso sirvió para una toma de conciencia fundamental de cada uno de los Sánchez.

Además, Manuel y Consuelo, que fueron quienes participaron con más entusiasmo en el proyecto, trabajarían después como ayudantes de investigación de Lewis en Puerto Rico. Consuelo había trabajado ya como ayudante de investigación en la elaboración de *Los hijos de Sánchez*, y buena parte de los materiales presentados en este libro fueron redactados directamente por ella, en un texto autobiográfico de más de 100 páginas. En años recientes, los escritos de Consuelo fueron vueltos a estudiar por la crítica Jean Franco, que es la primera estudiosa en reconocer que en el proceso de investigación, Consuelo se había convertido en una escritora. Dice Franco: *"Los hijos de Sánchez* son un documento singular, casi el único texto de este periodo en que las mujeres de la clase subalterna 'hablan'".[9] Y tras un estudio detallado de la autobiografía que escribió Consuelo, y que sirvió como base para los materiales de ella en *Los hijos de Sánchez*, Jean Franco concluye: "Lo que resulta notable de sus reflexiones es que la personalidad de Consuelo, constituida a través de su escritura, es la de un observador —un teórico o hasta un etnólogo—. La escena [descrita antes] no sólo pone distancia entre Consuelo y la vulgaridad de su familia, sino que demuestra además su habilidad para representar a la familia en su conjunto y a sí misma dentro de ella".[10]

Al menos en los casos de Consuelo y de Manuel hay amplia evidencia de que la participación en el proyecto de *Los hijos de Sánchez* representó una experiencia de transformación personal profunda. Además de eso, hubo recursos materiales —regalías, contactos laborales, etc.— que, aunque modestos, fueron importantes, y que reflejan el hecho de que Lewis no dejaría a sus "informantes" en el mismo estado en que los había

encontrado. Lewis estaba comprometido, en otras palabras, con la intervención activa. Para él, la investigación era en sí misma parte de un proceso de transformación social.

El último proyecto de investigación de Lewis, en Cuba, tuvo desgraciadamente un resultado muy duro justamente en este nivel. Una de las condiciones de Lewis para realizar su estudio fue, como siempre había sido, la protección de la confidencialidad de sus informantes. Fracasada ya la "zafra de los 10 millones", a mediados de 1970, y como parte del endurecimiento político que siguió a partir de ahí, el gobierno cubano encarceló a uno de sus informantes (que quedaría preso por 10 años), clausuró el proyecto de investigación y le incautó a Lewis sus materiales de campo. Lewis, que tenía una afección cardiaca heredada de su padre, sufrió un ataque de angina de pecho en la oficina de Raúl Roa, ministro de Relaciones de Cuba, que en ese momento estaba declarando cerrado su proyecto y presentando los cargos del gobierno de Cuba, que incluían una acusación contra Lewis de ser agente de la CIA, la confiscación de sus papeles y la sentencia de cárcel a uno de sus informantes.[11] Atacado por una izquierda con la que se había identificado desde su juventud y viendo frustrados sus intentos por reunirse con Fidel Castro para liberar a su colaborador, Oscar Lewis vivió sus últimos meses en un estado de actividad frenética, de angustia y de desmoralización. Moriría de un infarto en la ciudad de Nueva York a los pocos meses de su llegada de Cuba. Tenía 56 años de edad.

9 de junio de 2011

[Notas]

---

[1] Carta de Oscar Lewis a Ruth Lewis, julio de 1957, reproducida en Susan Rigdon, *The Culture Façade: Art, Science, and Politics in the Work of Oscar Lewis*, University of Illinois Press, Urbana, 1988, p. 219.

[2] *Ibid.,* p. 158.

[3] Carta de Oscar Lewis a Vera Rubin, 12 de noviembre de 1965, reproducida en *ibid.,* pp. 289-290.

[4] "Mexican Slum Story Defeats the Censhorship", *The Times,* 20 de mayo de 1965.

[5] Para un estudio detallado del *affaire* Orfila, véase Gustavo Sorá, "Edición y política: Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60", *Revista del Museo de Antropología,* 1, 2008, pp. 97-114.

[6] Carta de Luis Buñuel a Oscar Lewis, 15 de noviembre de 1965, reproducida en Rigdon, *op. cit.*

[7] Los datos biográficos de esta sección están tomados de la espléndida biografía de

Oscar Lewis escrita por Susan Rigdon, *op. cit.*

[8] Carta de Oscar Lewis a Arnaldo Orfila, 21 de marzo de 1965, reproducida en Rigdon, *op. cit.,* pp. 293-294.

[9] Jean Franco, *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*, Columbia University Press, Nueva York, 1988, pp. 159-160.

[10] *Ibid.*, p. 172.

[11] Rigdon, *op. cit.*, p. 105.

LOS HIJOS DE SÁNCHEZ

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA FAMILIA MEXICANA

Dedico este libro
con profundo afecto y gratitud
a la familia Sánchez,
cuya identidad
debe permanecer anónima

AGRADECIMIENTOS

En el proceso de escribir este libro he pedido a diversos amigos y colegas que leyeran y comentasen el manuscrito. Guardo especial agradecimiento a los profesores Conrad Arensberg y Frank Tannenbaum, de la Universidad de Columbia; William F. Whyte, de la Universidad de Cornell, y Sherman Paul, de la Universidad de Illinois, por haber leído la versión final. También debo agradecer a Margaret Shedd, a Kay Barrington, al doctor Zelig Skolnik, a los profesores Zella Luria, Charles Shattuck y George Gerbner por su lectura de una primera redacción de la historia de Consuelo. Al profesor Richards Eells por leer parte de la historia de Roberto. Por su lectura crítica de la introducción estoy en deuda con los profesores Irving Goldman, Joseph B. Casagrande, Louis Schneider, Joseph D. Phillips y con mi hijo Gene L. Lewis.

Agradezco al doctor Mark Letson y a la señora Carolina Luján, de la Ciudad de México, sus análisis de las pruebas de Rorschach y de apercepción temática y por sus muchas indicaciones útiles sobre la estructura del carácter de los miembros de la familia Sánchez. Las pruebas mismas, los análisis de ellas y mi propia valoración serán publicados posteriormente. Agradezco a la señorita Angélica Castro de la Fuente su ayuda en algunas de las entrevistas con un miembro de la familia Sánchez. Asimismo quiero hacer llegar mi agradecimiento a la señorita Lourdes Marín por haberme prestado su cooperación en la preparación de esta edición en español.

A mi esposa, Ruth M. Lewis, compañera y colaboradora en mis estudios de temas mexicanos, le agradezco su invaluable ayuda para organizar y retocar mis materiales de investigación.

Agradezco a la Fundación Guggenheim la beca que me concedió en 1956, a la Fundación Wenner-Gren para Investigación Antropológica y al Consejo de Investigación de Ciencias Sociales sus subsidios otorgados en 1958, y a la Fundación Nacional de Ciencias por la ayuda económica de que disfruté en 1959. Finalmente, en lo que toca a la Universidad de Illinois, quiero agradecer la ayuda financiera que me prestaron la Junta de Investigaciones de la Universidad y el Centro de Estudios Superiores, por el nombramiento con que éste me favoreció para investigar en México, y al Departamento de Antropología por su licencia para ausentarme de él para realizar esta investigación.

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de una familia pobre de la Ciudad de México: Jesús Sánchez, el padre, de 50 años de edad, y sus cuatro hijos: Manuel, de 32 años; Roberto, de 29; Consuelo, de 27; y Marta, de 25. Me propongo ofrecer al lector una visión desde adentro de la vida familiar, y de lo que significa crecer en un hogar de una sola habitación, en uno de los barrios bajos ubicados en el centro de una gran ciudad latinoamericana que atraviesa por un proceso de rápido cambio social y económico.

En el siglo XIX, cuando las ciencias sociales todavía estaban en su infancia, el trabajo de registrar los efectos del proceso de la industrialización y la urbanización sobre la vida personal y familiar quedó a cargo de novelistas, dramaturgos, periodistas y reformadores sociales. En la actualidad, un proceso similar de cambio cultural tiene lugar entre los pueblos de los países menos desarrollados, pero no encontramos ninguna efusión comparable de una literatura universal que nos ayudaría a mejorar nuestra comprensión del proceso y de la gente. Y, sin embargo, la necesidad de tal comprensión nunca ha sido más urgente, ahora que los países menos desarrollados se han convertido en una fuerza principal en el escenario mundial.

En el caso de las nuevas naciones africanas que surgen de una tradición tribal y cultural no literaria, la escasez de una gran literatura nativa sobre la clase baja no es sorprendente. En México y en otros países latino-americanos, donde ha existido una clase media de la cual surge la mayor parte de los escritores, esta clase ha sido muy reducida. Además, la naturaleza jerárquica de la sociedad mexicana ha inhibido cualquier comunicación profunda a través de las líneas de clase. Otro factor más en el caso de México ha sido la preocupación, tanto de escritores como de antropólogos, con su problema indígena, en detrimento de los habitantes pobres de las ciudades.

Esta situación presenta una oportunidad única para las ciencias sociales y particularmente para la antropología de salvar la brecha y desarrollar una literatura propia. Los sociólogos, que han sido los primeros en estudiar los barrios bajos urbanos, ahora concentran su atención en los suburbios, pero descuidando relativamente a los pobres. En la actualidad, aun la mayor parte de los novelistas están tan ocupados sondeando el alma de la clase media que han perdido el contacto con los problemas de la pobreza y con las realidades de un mundo que cambia. Como ha dicho recientemente C. P. Snow: “A veces temo que la gente de los países ricos haya olvidado a tal punto lo que quiere decir ser pobre que ya no podemos sentir o conversar con los menos afortunados. Debemos aprender a hacerlo”.

Son los antropólogos, tradicionalmente los voceros de los pueblos primitivos en los rincones remotos del mundo, quienes cada vez más dedican sus energías a las grandes masas campesinas y urbanas de los países menos desarrollados. Estas masas son todavía desesperadamente pobres a pesar del progreso social y económico del mundo en el siglo pasado. Más de 1000 millones de personas en setenta y cinco naciones de Asia, África, América Latina y el Cercano Oriente tienen un ingreso promedio por persona de menos de 200 dólares anuales, en comparación con los más de 2000 dólares, que privan en los Estados Unidos. El antropólogo que estudia el modo de vida en estos países ha llegado a ser, en efecto, el estudiante y el vocero de lo que llamo cultura de la pobreza.

Para los que piensan que los pobres no tienen cultura, el concepto de una cultura de la pobreza puede parecer una contradicción. Ello parecería dar a la pobreza una cierta dignidad y una cierta posición. Mi intención no es ésa. En el uso antropológico el término cultura supone, esencialmente, un patrón de vida que pasa de generación en generación. Al aplicar este concepto de cultura a la comprensión de la pobreza, quiero atraer la atención hacia el hecho de que la pobreza en las naciones modernas no es sólo un estado de privación económica, de desorganización, o de ausencia de algo. Es también algo positivo en el sentido de que tiene una estructura, una disposición razonada y mecanismos de defensa sin los cuales los pobres difícilmente podrían seguir adelante. En resumen, es un sistema de vida, notablemente estable y persistente, que ha pasado de generación a generación a lo largo de líneas familiares. La cultura de la pobreza tiene sus modalidades propias y consecuencias distintivas de orden social y psicológico para sus miembros. Es un factor dinámico que afecta la participación en la cultura nacional más amplia y se convierte en una subcultura por sí misma.

La cultura de la pobreza, tal como se define aquí, no incluye a los pueblos primitivos cuyo retraso es el resultado de su aislamiento y de una tecnología no desarrollada, y cuya sociedad en su mayor parte no está estratificada en clases. Tales pueblos tienen una cultura relativamente integrada, satisfactoria y autosuficiente. Tampoco la cultura de la pobreza es sinónimo de clase trabajadora, proletariado o campesinado, conglomerados que varían mucho en cuanto a situación económica en el mundo. En los Estados Unidos, por ejemplo, la clase trabajadora vive como una élite en comparación con las clases trabajadoras de los países menos desarrollados. La cultura de la pobreza sólo tendría aplicación a la gente que está en el fondo mismo de la escala socioeconómica, los trabajadores más pobres, los campesinos más pobres, los cultivadores de plantaciones y esa gran masa heterogénea de pequeños artesanos y comerciantes a los que por lo general se alude como el lumpen-proletariado.

La cultura o subcultura de la pobreza nace en una diversidad de contextos históricos. Es más común que se desarrolle cuando un sistema social estratificado y económico atraviesa por un proceso de desintegración o de sustitución por otro, como en el caso de la transición del feudalismo al capitalismo o en el transcurso de la Revolución industrial. A veces resulta de la conquista imperial en la cual los conquistados son mantenidos en una situación servil que puede prolongarse a lo largo de muchas generaciones. También puede ocurrir en el proceso de destribalización, tal como el que ahora tiene lugar en

África, donde, por ejemplo, los migrantes tribales a las ciudades desarrollan "culturas de patio" notablemente similares a las vecindades de la Ciudad de México. Tendemos a considerar tal situación de los barrios bajos como fases de transición o temporales de un cambio cultural drástico. Pero éste no es necesariamente el caso, porque la cultura de la pobreza con frecuencia es una situación persistente aun en sistemas sociales estables. Ciertamente, en México ha sido un fenómeno más o menos permanente desde la conquista española de 1519, cuando comenzó el proceso de destribalización y se inició el movimiento de los campesinos hacia las ciudades. Sólo han cambiado las dimensiones, la ubicación y la composición de los barrios bajos. Sospecho que en muchos otros países se han estado operando procesos similares.

Me parece que la cultura de la pobreza tiene algunas características universales que trascienden las diferencias regionales, rurales-urbanas y hasta nacionales. En mi anterior libro, *Antropología de la pobreza* (Fondo de Cultura Económica, 1961), sugerí que existían notables semejanzas en la estructura familiar, en las relaciones interpersonales, en las orientaciones temporales, en los sistemas de valores, en los patrones de gasto y en el sentido de comunidad en las colonias de la clase media en Londres, Glasgow, París, Harlem y en la Ciudad de México. Aunque éste no es el lugar de hacer un análisis comparativo extenso de la cultura de la pobreza, me gustaría elaborar algunos de estos rasgos y otros más, a fin de presentar un modelo conceptual provisional de esta cultura, basado principalmente en mis materiales mexicanos.

En México la cultura de la pobreza incluye por lo menos la tercera parte, ubicada en la parte más baja de la escala, de la población rural y urbana. Esta población se caracteriza por una tasa de mortalidad relativamente más alta, una expectativa de vida menor, una proporción mayor de individuos en los grupos de edad más jóvenes y, debido al trabajo infantil y femenil, por una proporción más alta en la fuerza trabajadora. Algunos de esos índices son más altos en las colonias pobres o en las secciones pobres de la Ciudad de México que en la parte rural del país considerado en su conjunto.

La cultura de la pobreza en México es una cultura provincial y orientada localmente. Sus miembros sólo están parcialmente integrados en las instituciones nacionales y son gente marginal aun cuando vivan en el corazón de una gran ciudad. En la Ciudad de México, por ejemplo, la mayor parte de los pobres tienen un muy bajo nivel de educación y de alfabetismo, no pertenecen a sindicatos obreros, no son miembros de un partido político, no participan de la atención médica, de los servicios de maternidad ni de ancianidad que imparte la agencia nacional de bienestar conocida como Seguro Social, y hacen muy poco uso de los bancos, los hospitales, los grandes almacenes, los museos, las galerías artísticas y los aeropuertos de la ciudad.

Los rasgos económicos más característicos de la cultura de la pobreza incluyen la lucha constante por la vida, periodos de desocupación y de sub-ocupación, bajos salarios, una diversidad de ocupaciones no calificadas, trabajo infantil, ausencia de ahorros, una escasez crónica de dinero en efectivo, ausencia de reservas alimenticias en casa, el sistema de hacer compras frecuentes de pequeñas cantidades de productos alimenticios muchas veces al día a medida que se necesitan, el empeñar prendas personales, el pedir

prestado a prestamistas locales a tasas usurarias de interés, servicios crediticios espontáneos e informales (tandas) organizados por vecinos, y el uso de ropas y muebles de segunda mano.

Algunas de las características sociales y psicológicas incluyen el vivir incómodos y apretados, falta de vida privada, sentido gregario, una alta incidencia de alcoholismo, el recurso frecuente a la violencia al zanjar dificultades, uso frecuente de la violencia física en la formación de los niños, el golpear a la esposa, temprana iniciación en la vida sexual, uniones libres o matrimonios no legalizados, una incidencia relativamente alta de abandono de madres e hijos, una tendencia hacia las familias centradas en la madre y un conocimiento mucho más amplio de los parientes maternales, predominio de la familia nuclear, una fuerte predisposición al autoritarismo y una gran insistencia en la solidaridad familiar, ideal que raras veces se alcanza. Otros rasgos incluyen una fuerte orientación hacia el tiempo presente con relativamente poca capacidad de posponer sus deseos y de planear para el futuro, un sentimiento de resignación y de fatalismo basado en las realidades de la difícil situación de su vida, una creencia en la superioridad masculina que alcanza su cristalización en el machismo, o sea el culto de la masculinidad, un correspondiente complejo de mártires entre las mujeres y, finalmente, una gran tolerancia hacia la patología psicológica de todas clases.

Algunos de los rasgos arriba enunciados no están limitados a la cultura de la pobreza en México, sino que también se encuentran entre las clases medias y superiores. Sin embargo, es la modelación peculiar de estos rasgos lo que define la cultura de la pobreza. Por ejemplo, en la clase media, el machismo se expresa en términos de hazañas sexuales y en forma del complejo de Don Juan, en tanto que en la clase baja se expresa en términos de heroísmo y de falta de temor físico. De manera similar, entre la clase media la ingestión de bebidas alcohólicas es una afabilidad social, en tanto que entre la clase baja el emborracharse tiene funciones múltiples y diferentes: olvidar los problemas propios, demostrar la capacidad de beber, acumular suficiente confianza para hacer frente a las difíciles situaciones de la vida.

Muchos rasgos de la subcultura de la pobreza pueden considerarse como tentativas de soluciones locales a problemas que no resuelven las actuales agencias e instituciones, porque la gente no tiene derecho a sus beneficios, no puede pagarlos o sospecha de ellos. Por ejemplo, al no poder obtener crédito en los bancos, tiene que aprovechar sus propios recursos y organiza expedientes informales de crédito sin interés, o sea, las tandas. Incapaz de pagar un doctor, a quien se recurre sólo en emergencias lamentables, y recelosa de los hospitales "adonde sólo se va para morir", confía en hierbas y en otros remedios caseros y en curanderos y comadronas locales. Como critica a los sacerdotes, "que son humanos y por lo tanto pecadores como todos nos-otros", raramente acude a la confesión o la misa y, en cambio, reza a las imágenes de santos que tiene en su propia casa y hace peregrinaciones a los santuarios populares.

La actitud crítica hacia algunos de los valores y de las instituciones de las clases dominantes, el odio a la policía, la desconfianza en el gobierno y en los que ocupan un puesto alto, así como un cinismo que se extiende hasta la Iglesia, dan a la cultura de la

pobreza una cualidad contraria y un potencial que puede utilizarse en movimientos políticos dirigidos contra el orden social existente. Finalmente, la subcultura de la pobreza tiene también una calidad residual, en el sentido de que sus miembros intentan utilizar e integrar, en un sistema de vida operable, remanentes de creencias y costumbres de diversos orígenes.

Me gustaría distinguir claramente entre el empobrecimiento y la cultura de la pobreza. No todos los pobres viven ni desarrollan necesariamente una cultura de la pobreza. Por ejemplo, la gente de clase media que empobrece no se convierten automáticamente en miembros de la cultura de la pobreza, aunque tengan que vivir en los barrios bajos por algún tiempo. Igualmente, los judíos que vivían en la pobreza en la Europa oriental no desarrollaron una cultura de la pobreza porque su tradición de cultura y su religión les daba el sentido de la identificación con los judíos del mundo entero. Les daba la impresión de pertenecer a una comunidad unida por una herencia común y por creencias religiosas comunes.

He citado aproximadamente 50 rasgos que constituyen la configuración de lo que yo llamo la cultura de la pobreza. Aunque la pobreza es sólo uno de los numerosos rasgos que, de acuerdo con mi hipótesis, aparecen, he utilizado el término para designar la configuración total porque lo considero muy importante. No obstante, los demás rasgos, y especialmente los psicológicos e ideológicos, son también importantes y me gustaría reflexionar un poco sobre esto.

Los que viven dentro de la cultura de la pobreza tienen un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada. Son como extranjeros en su propio país, convencidos de que las instituciones existentes no sirven a sus intereses y necesidades. Al lado de este sentimiento de impotencia hay un difundido sentimiento de inferioridad, de desvalorización personal. Esto es cierto de los habitantes de los barrios bajos de la Ciudad de México que no constituyen un grupo racial o étnico diferenciado ni sufren de discriminación racial. En los Estados Unidos, la cultura de la pobreza de los negros tiene la desventaja adicional de la discriminación racial.

Los que viven dentro de una cultura de la pobreza tienen muy escaso sentido de la historia. Son gente marginal, que sólo conocen sus problemas, sus propias condiciones locales, su propia vecindad, su propio modo de vida. Generalmente, no tienen ni el conocimiento ni la visión ni la ideología para advertir las semejanzas entre sus problemas y los de sus equivalentes en otras partes del mundo. En otras palabras, no tienen conciencia de clase, aunque son muy sensibles a las distinciones de posición social. Cuando los pobres cobran conciencia de clase, se hacen miembros de organizaciones sindicales, o cuando adoptan una visión internacionalista del mundo ya no forman parte, por definición, de la cultura de la pobreza, aunque sigan siendo desesperadamente pobres.

El concepto de una subcultura de la pobreza inserta en la cultura general nos permite ver cómo muchos de los problemas que consideramos peculiarmente nuestros o específicamente problemas de los negros (o de cualquier otro grupo racial o étnico en particular), existen también en países donde no existen grupos étnicos afectados. Sugiere

también que la eliminación de la pobreza física *per se* puede no bastar para eliminar la cultura de la pobreza que es todo un modo de vida. Es posible hablar de borrar la pobreza, pero borrar una cultura o una subcultura es algo muy distinto porque plantea la cuestión básica del respeto a las diferencias culturales.

Los miembros de la clase media, y esto incluye por supuesto a la mayoría de los investigadores de ciencias sociales, tienden a concentrarse en los aspectos negativos de la cultura de la pobreza y tienden a asociar valencias negativas a rasgos tales como la orientación centrada en el momento presente, la orientación concreta *vs.* la abstracta, etc. No pretendo idealizar ni romantizar la cultura de la pobreza. Como ha dicho alguien: "Es más fácil alabar la pobreza que vivirla". No obstante, no debemos pasar por alto algunos de los aspectos positivos que pueden surgir de estos rasgos. Vivir en el presente puede desarrollar una capacidad de espontaneidad, de goce de lo sensual, de aceptación de los impulsos, que frecuentemente está recortada en nuestro hombre de clase media orientado hacia el futuro. Quizá es esta realidad del momento la que los escritores existencialistas de clase media tratan de recuperar tan desesperadamente, pero que la cultura de la pobreza experimenta como un fenómeno natural y cotidiano. El uso frecuente de la violencia significa una salida fácil para la hostilidad, de modo que los que viven en la cultura de la pobreza sufren menos de represión que la clase media.

En relación con esto, me gustaría rechazar también la tendencia de algunos estudios sociológicos a identificar a la clase humilde casi exclusivamente con el vicio, el crimen y la delincuencia juvenil, como si la mayoría de los pobres fueran ladrones, mendigos, rufianes, asesinos o prostitutas. Por supuesto, en mis propias experiencias en México, la mayoría de los pobres me parecen seres humanos decentes, justos, valerosos y susceptibles de despertar afecto. Creo que fue el novelista Fielding el que escribió: "Los sufrimientos de los pobres son en realidad menos advertidos que sus malas acciones".

Resulta interesante comprobar que algo de esta ambivalencia en la apreciación de los pobres se refleja en los refranes y en la literatura. Algunos consideran a los pobres virtuosos, justos, serenos, independientes, honestos, seguros, bondadosos, simples y felices, mientras que otros los ven malos, maliciosos, violentos, sórdidos y criminales.

La mayoría de la gente, en los Estados Unidos, se representa difícilmente a la pobreza como un fenómeno estable, persistente, siempre presente, porque nuestra economía en expansión y las circunstancias favorables de nuestra historia han creado un optimismo que nos hace pensar en la pobreza como transitoria. En realidad, la cultura de la pobreza en los Estados Unidos tiene un alcance relativamente limitado, pero está probablemente más difundida de lo que se ha creído generalmente.

Al considerar lo que puede hacerse acerca de la cultura de la pobreza, debemos establecer una aguda distinción entre aquellos países en los que representa un segmento relativamente pequeño de la población y aquellos en los que constituye un sector muy amplio. Obviamente, las soluciones tendrán que diferir en estas dos áreas. En los Estados Unidos, la principal solución que ha sido propuesta por los planeadores, los organismos de acción social y los trabajadores sociales al tratar lo que llamamos "familias problema múltiples" o "pobres no merecedores" o el llamado "corazón de la pobreza", ha sido

tratar de elevar lentamente su nivel de vida y de incorporarlos a la clase media. Y, cuando es posible, se recurre al tratamiento psiquiátrico en un esfuerzo por imbuir a esta "gente incapaz de cambiar, perezosa, sin ambiciones" de las más altas aspiraciones de la clase media.

En los países subdesarrollados, donde grandes masas de población viven en la cultura de la pobreza, dudo que sea factible nuestra solución de trabajo social. Tampoco pueden los psiquiatras empezar siquiera a enfrentarse con la magnitud del problema. Ya tienen suficiente con la creciente clase media. En los Estados Unidos, la delincuencia, el vicio y la violencia representan las principales amenazas para la clase media de la cultura de la pobreza. En nuestro país no existe amenaza alguna de revolución. Sin embargo, en los países menos desarrollados del mundo, los que viven dentro de la cultura de la pobreza pueden organizarse algún día en un movimiento político que busque fundamentalmente cambios revolucionarios, y ésta es una de las razones por las que su existencia plantea problemas terriblemente urgentes.

Si se aceptara lo que he esbozado brevemente como el aspecto psicológico básico de la cultura de la pobreza, puede ser más importante ofrecer a los pobres de los distintos países del mundo una auténtica ideología revolucionaria que la promesa de bienes materiales o de una rápida elevación en el nivel de vida. Es concebible que algunos países puedan eliminar la cultura de la pobreza (cuando menos en las primeras etapas de su revolución industrial) sin elevar materialmente los niveles de vida durante algún tiempo, cambiando únicamente los sistemas de valores y las actitudes de la gente de tal modo que ya no se sientan marginales, que empiecen a sentir que son su país, sus instituciones, su gobierno y sus líderes.

En las investigaciones que he realizado en México desde 1943 he intentado elaborar diversos enfoques sobre el estudio de la familia. En *Antropología de la pobreza* traté de ofrecer al lector algunas ojeadas de la vida diaria en cinco familias mexicanas en cinco días absolutamente ordinarios. En este volumen presento al lector una visión más profunda de la vida de una de estas familias, mediante el uso de una nueva técnica por la cual cada uno de los miembros de la familia cuenta la historia de su vida en sus propias palabras. Este método nos da una vista de conjunto, multifacética y panorámica, de cada uno de los miembros de la familia, sobre la familia como un todo, así como de muchos aspectos de la vida de la clase baja mexicana. Las versiones independientes de los mismos incidentes ofrecidas por los diversos miembros de la familia nos proporcionan una comprobación interior acerca de la confiabilidad y la validez de muchos de los datos y con ello se compensa parcialmente la subjetividad inherente a toda autobiografía aisladamente considerada. Al mismo tiempo revelan las discrepancias acerca del modo en que cada uno de los miembros de la familia recuerda los acontecimientos.

Este método de autobiografías múltiples también tiende a reducir el elemento de prejuicio del investigador, porque las exposiciones no pasan a través del tamiz de un norteamericano de la clase media, sino que aparecen con las palabras de los personajes mismos. De esta manera creo que he evitado los dos peligros más comunes en el estudio

de los pobres, a saber, la sentimentalización excesiva y la brutalización. Finalmente, espero que este método conservará para el lector la satisfacción y la comprensión emocional que el antropólogo experimenta al trabajar directamente con sus personajes, pero que sólo raras veces aparecen transmitidas en la jerga formal de las monografías antropológicas.

Hay pocos estudios profundos de la psicología de los pobres en los países subdesarrollados, o aun en los Estados Unidos. La gente que vive en el nivel de pobreza descrito en este libro, aunque de ninguna manera es el nivel ínfimo, no ha sido estudiada intensivamente ni por psicólogos ni por psiquiatras. Tampoco los novelistas nos han trazado un retrato adecuado de la vida interior de los pobres en el mundo contemporáneo. Los barrios bajos han producido muy contados grandes escritores, y para cuando éstos han llegado a serlo, por lo general miran retrospectivamente su vida anterior a través de los lentes de la clase media, y escriben ajustándose a formas literarias tradicionales, de modo que la obra retrospectiva carece de la inmediatez de la experiencia original.

La grabadora de cinta utilizada para registrar las historias que aparecen en este libro ha hecho posible iniciar una nueva especie literaria de realismo social. Con ayuda de la grabadora, las personas sin preparación, ineducadas y hasta analfabetas pueden hablar de sí mismas y referir sus observaciones y experiencias en una forma sin inhibiciones, espontánea y natural. Las historias de Manuel, Roberto, Consuelo y Marta tienen una simplicidad, una sinceridad y la naturaleza directa características de la lengua hablada, de la literatura oral, en contraste con la literatura escrita. A pesar de su falta de preparación formal, estos jóvenes se expresan notablemente bien, especialmente Consuelo, que en ocasiones alcanza alturas poéticas. Aunque presas de sus problemas irresolutos y de sus confusiones, han podido transmitirnos de sí mismos lo suficiente para que nos sea permitido ver sus vidas desde adentro y para permitirnos enterarnos de sus posibilidades y de sus talentos desperdiciados.

Ciertamente, las vidas de los pobres no son sosas. Las historias que aparecen en este volumen revelan un mundo de violencia y de muerte, de sufrimientos y privaciones, de infidelidades y de hogares deshechos, de delincuencia, corrupción y brutalidad policiaca, así como de la crueldad que los pobres ejercen con los de su clase. Estas historias también revelan una intensidad de sentimientos y de calor humano, un fuerte sentido de individualidad, una capacidad de gozo, una esperanza de disfrutar una vida mejor, un deseo de comprender y de amar, una buena disposición para compartir lo poco que poseen, y el valor de seguir adelante frente a muchos problemas no resueltos.

El marco de estas historias es Bella Vista, la extensa vecindad de un piso situada en el corazón de la Ciudad de México. Bella Vista es sólo una entre un centenar de vecindades que conocí en 1951, cuando estudiaba la urbanización de los campesinos que desde la aldea llamada Azteca se trasladaron a la Ciudad de México. Inicié mi estudio de Azteca muchos años antes, en 1943. Posteriormente, con la ayuda de los propios campesinos, pude localizar algunos antiguos habitantes de la aldea en diversas partes de la ciudad y encontré dos familias de ellos en Bella Vista. Después de terminar mi estudio sobre los

migrantes campesinos, amplié el horizonte de mi investigación y comencé a estudiar vecindades enteras, incluyendo a todos los residentes en ellas, sin tomar en cuenta sus lugares de origen.

En octubre de 1956, mientras realizaba mi estudio de Bella Vista, encontré a Jesús Sánchez y a sus hijos. Jesús había sido un inquilino allí por más de 20 años y, aunque sus hijos habían cambiado de residencia varias veces, el hogar de una habitación en Bella Vista era un punto saliente de estabilidad en sus vidas. Leonor, la madre de aquéllos y primera esposa de Jesús, había muerto en 1936, sólo unos años antes de que se cambiaran a Bella Vista. La hermana mayor de Leonor, Guadalupe, de 60 años de edad, vivía en una vecindad de menores dimensiones, Magnolia, ubicada en la calle del mismo nombre, a unas cuantas cuadras de distancia. La tía Guadalupe fue una madre vicaria para cada uno de los hijos; la visitaban con frecuencia y utilizaban su casa como refugio en tiempos difíciles. Por lo tanto, la acción de los relatos va de un lugar a otro entre Bella Vista y la vecindad de Magnolia.

Ambas vecindades están cerca del centro de la ciudad, a sólo 10 minutos a pie de la plaza principal o Zócalo con su gran Catedral y su Palacio Nacional. Apenas a media hora de distancia está el santuario nacional de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, al cual acuden multitud de peregrinos de todas partes del país. Tanto Bella Vista como la vecindad de Magnolia están en una zona pobre de la ciudad, con unos cuantos talleres y bodegas pequeñas, baños públicos, cinematógrafos de tercera clase en decadencia, escuelas sobrepobladas, cantinas, pulquerías y muchos establecimientos pequeños. El mercado de Tepito, el principal de artículos de segunda mano en la Ciudad de México, está a sólo unas cuadras de distancia; otros grandes mercados, como los de la Merced y la Lagunilla, que recientemente fueron reconstruidos y modernizados, están tan cerca que se puede ir a ellos a pie. En esta zona la incidencia de homicidios, borracheras y delincuencia es alta. Se trata de un barrio densamente poblado; durante el día y mucho después de oscurecer, las calles y los umbrales de las puertas están llenos de gente que va y viene o que se amontona en las entradas de los establecimientos. Hay mujeres que venden tacos o caldo en pequeños puestos que sitúan en las aceras. Las calles y las banquetas son amplias y están pavimentadas, pero carecen de árboles, de césped y de jardines. La mayor parte de la gente vive en hileras de casas compuestas por una sola habitación, que dan frente a patios interiores, ocultos a la vista de la calle por establecimientos comerciales o por las paredes de la vecindad.

Bella Vista está ubicada entre las calles de Marte y Camelia. Se extiende sobre toda una manzana, alberga a 700 personas y constituye por sí misma un mundo en pequeño: la circundan dos altos muros de cemento por el norte y por el sur e hileras de establecimientos por los otros dos lados. Estos establecimientos —expendios de comida, una lavandería, una vidriería, una carpintería, un salón de belleza, juntamente con el mercado de la vecindad y baños públicos— resuelven las necesidades básicas de la vecindad, de modo que muchos de los inquilinos raras veces salen de las cercanías inmediatas y son casi extraños para el resto de la Ciudad de México. Este sector de la ciudad fue en una ocasión morada del bajo mundo, y aún en la actualidad la gente teme

caminar por sus calles a altas horas de la noche. Pero la mayor parte de los elementos criminales se han mudado del barrio y la mayoría de quienes residen actualmente en él son comerciantes pobres, artesanos y obreros.

Dos entradas estrechas y poco notorias, cada una de ellas con una puerta alta, están abiertas durante el día, pero se cierran por la noche a las 10 p.m.; introducen a la vecindad por los lados oriente y occidente. Todo el que entre o salga a deshoras tiene que tocar el timbre para que acuda el portero y ha de pagar para que se le abra la puerta. La vecindad también está protegida por dos santas patronas, la Virgen de Guadalupe y la Virgen de Fátima, cuyas estatuas aparecen en cajas de cristal, una en cada una de las entradas. Ofrendas de flores y de veladoras rodean a las imágenes y sobre sus faldas aparecen pequeñas medallas brillantes ("milagros"), cada una de las cuales testimonia algún hecho portentoso realizado en favor de alguien en la vecindad. Son pocos los residentes que pasan ante las Vírgenes sin hacer algún acto de acatamiento, aunque sólo sea una ojeada o un apresurado persignarse.

Dentro de la vecindad existen dos largos patios pavimentados, de aproximadamente cuatro metros y medio de ancho. A intervalos regulares, de aproximadamente tres metros 60 centímetros, se alinean frente a los patios 157 apartamientos de una sola habitación, sin ventanas, cada una de cuyas puertas está pintada de un color rojo semejante al de los graneros. Durante el día, junto a la mayor parte de las puertas pueden verse fuertes escaleras de madera que conducen a los techos planos, de poca altura, correspondientes a la parte superior de la cocina de cada vivienda. Estos techos sirven para muchos usos y en ellos puede verse una multitud de sogas para tender la ropa, jaulas de gallinas, palomares, tiestos con flores o con hierbas medicinales, tanques de gas combustible para la cocina y ocasionalmente alguna antena de televisión.

Durante el día, los patios están llenos de gente y de animales: perros, pavos, pollos y algunos puercos. Los niños juegan allí porque es más seguro el patio que las calles. Las mujeres forman filas cuando van en busca de agua o conversan entre sí mientras ponen a secar al sol su ropa, y los vendedores ambulantes entran para vender sus mercancías. Todas las mañanas llega un hombre, con un gran bote redondo sobre ruedas, a recoger de patio en patio los desechos de cada familia. Por la tarde, las pandillas de muchachos de mayor edad con frecuencia se apoderan de un patio para jugar algo que se asemeja al futbol soccer. Los domingos por la noche se celebra, por lo general, un baile al aire libre.

Los inquilinos de Bella Vista provienen de 24 de las 32 entidades que integran la nación mexicana. Algunos vienen desde un lugar tan lejano en el sur como Oaxaca o Yucatán, y otros de los estados norteños de Chihuahua y Sinaloa. La mayor parte de las familias han vivido en la vecindad de 15 a 20 años, y algunos hasta 30. Más de la tercera parte de las familias tienen parientes directos dentro de la vecindad y aproximadamente la cuarta parte se han relacionado por matrimonio o por compadrazgo. Estos vínculos, además del bajo importe de la renta mensual y la escasez de casas habitación de la ciudad, contribuyen a la estabilidad de los inquilinos. Algunas familias que reciben ingresos más altos tienen sus pequeñas viviendas apretujadas con buenos muebles y aparatos eléctricos, y esperan una oportunidad para mudarse a algún barrio mejor; pero

la mayoría están contentos de vivir en Bella Vista y hasta se muestran orgullosos por ello.

El sentimiento de comunidad es muy fuerte en la vecindad, particularmente entre los jóvenes que pertenecen a las mismas pandillas, entablan amistades que duran toda la vida, asisten a las mismas escuelas, se reúnen en los mismos bailes celebrados en los patios y con frecuencia contraen matrimonio con otras personas de la vecindad. Los adultos también tienen amistades a las cuales visitan, con las cuales salen y a las que piden dinero en préstamo. Grupos de vecinos organizan rifas y tandas, participan juntos en peregrinaciones religiosas, y juntos también celebran los festivales de los santos patronos de la vecindad y las posadas de Navidad, así como otras festividades.

Pero estos esfuerzos de grupo son ocasionales: la mayor parte de los adultos "se ocupan de sus propios asuntos" y tratan de conservar la intimidad familiar. La mayor parte de las puertas se mantienen cerradas y es habitual llamar y esperar a que se dé el permiso de entrar cuando se hace una visita. Algunas personas visitan sólo a sus familiares o compadres y, en verdad, sólo han entrado en muy pocas viviendas. No es común el invitar a algunos amigos o vecinos a comer salvo en ocasiones formales tales como días de cumpleaños o celebraciones religiosas. Aunque en alguna ocasión los vecinos se prestan ayuda, especialmente ante una emergencia, esta actividad se reduce al mínimo. Las dificultades entre familias, originadas por travesuras de los chicos, las luchas callejeras entre pandillas y los pleitos personales entre muchachos no son inusitados en Bella Vista.

Los habitantes de Bella Vista se ganan la vida en una gran diversidad de ocupaciones, algunas de las cuales se desempeñan dentro de la vecindad. Las mujeres lavan o cosen ropa ajena; los hombres son zapateros, limpiadores de sombreros o vendedores de fruta y dulces. Algunos salen a trabajar en fábricas o talleres, o bien como choferes y comerciantes en pequeño. Los niveles de vida son bajos, pero de ninguna manera son los más bajos de la Ciudad de México, y la gente que vive en las cercanías considera a Bella Vista como un lugar elegante.

Las vecindades de Bella Vista y Magnolia representan agudos contrastes dentro de la cultura de la pobreza. La de Magnolia es una pequeña vecindad que está formada por una sola hilera de 12 viviendas sin ventanas, expuestas a la vista de los transeúntes, no tiene muros que la circunden, ni puerta, y sólo un patio de tierra. Aquí, a diferencia de Bella Vista, no existen cuartos de baño interiores ni agua entubada. Dos lavaderos públicos y dos cuartos de baño arruinados, de ladrillo desmoronado y adobe y con cortinas hechas de arpilleras deshilachadas, sirven a los 86 habitantes.

Al trasladarse de la vecindad de Magnolia a la de Bella Vista, puede encontrarse mayor número de camas por habitante y un menor número de personas que duermen en el piso, más personas que cocinan con gas en lugar de petróleo y carbón, más personas que comen regularmente tres veces al día, utilizan cuchillo y tenedor para comer además de tortillas y cucharas, beben cerveza en lugar de pulque, compran de preferencia muebles y ropa nueva y celebran el Día de los Muertos asistiendo a misa en la iglesia en lugar de dejar las tradicionales ofrendas de incienso, veladoras, alimento y agua en sus casas. La tendencia se mueve del adobe al cemento, de las vasijas de barro al equipo de

aluminio, de las hierbas medicinales a los antibióticos, y de los curanderos locales a los médicos.

En 1956, 79% de los inquilinos de Bella Vista tenía radios, 55% estufas de gas, 54% relojes de pulso, 49% utilizaban cuchillos y tenedores, 46% tenía máquinas de coser, 41% vasijas de aluminio, 22% licuadoras eléctricas, 21% televisiones. En Magnolia, la mayor parte de estos artículos de lujo faltaban. Sólo una casa tenía televisión y en dos de ellas poseían relojes de pulso.

En Bella Vista el ingreso mensual por habitante variaba de 23 a 500 pesos. El sesenta y ocho por ciento tenía ingresos de 200 pesos o menos mensualmente por persona, 22% tenía ingresos entre 201 y 300 pesos, y 10% entre 301 y 500 pesos. En Magnolia más de 85% de las casas tenían un ingreso mensual promedio de menos de 200 pesos, ninguno tenía más de 200 pesos y 41% percibía menos de 100 pesos.

La renta mensual por una vivienda de una habitación en Bella Vista variaba de 30 a 50 pesos; en Magnolia iba de 15 a 30 pesos. Muchas familias formadas por el marido, la esposa y cuatro niños pequeños se las arreglaban para vivir con una cifra entre 8 y 10 pesos al día para alimentos. Su dieta consistía en café negro, tortillas, frijoles y chile.

En Bella Vista el nivel educativo variaba ampliamente, desde 12 adultos que nunca habían asistido a la escuela hasta una mujer que estudió en las aulas durante 11 años. El número promedio de asistencia escolar anual fue de 4.7. Sólo 8% de los residentes eran analfabetos, y 20% de los hogares se habían formado bajo el sistema de unión libre.

En Magnolia, el nivel de asistencia escolar era de 2.1 años; no había ni un solo graduado de escuela primaria; 40% de la población era analfabeta, y 46% de los hogares se formaron dentro del sistema de unión libre. En Bella Vista sólo la tercera parte de las familias estaban unidas por parentesco directo y aproximadamente la cuarta parte por matrimonios y compadrazgo. En Magnolia la mitad de las familias tenían un parentesco directo y todas estaban unidas por vínculos de compadrazgo.

La familia Sánchez formó parte de una muestra al azar de 71 familias seleccionadas en Bella Vista para fines de estudio. Jesús Sánchez figuraba en el grupo de ingresos medios de la vecindad, con un sueldo de 12.50 pesos diarios, como comprador de artículos alimenticios del restaurante La Gloria. Difícilmente podría haberse sostenido él mismo con ingreso tal, de modo que complementaba sus gastos vendiendo billetes de lotería y por medio de la cría y venta de cerdos, pichones, pollos y aves canoras, además de que, con toda probabilidad, recibía “comisiones” en los diversos mercados. Jesús se mostró discreto acerca de estas fuentes extraordinarias de ingresos, pero con ellas se las arregló para sostener, en una escala muy modesta, tres diferentes hogares situados en partes muy distintas de la ciudad. Por el tiempo en que realicé mi investigación, vivía con su esposa Dalila, su favorita, más joven que él, en un cuarto de la calle de Niño Perdido; la sostenía a ella, a los dos niños que con ella tenía, al hijo de su primer marido, a su madre y a los cuatro niños de su hijo Manuel. La esposa de más edad de Jesús, Lupita, sus dos hijas y dos nietos, a todos los cuales sostenía él, vivían en una casita que Jesús había construido en la colonia El Dorado, situada en los suburbios de la ciudad. Jesús también sostenía la habitación ubicada en Bella Vista, donde vivían su hija Marta con sus

hijos, su hija Consuelo y su hijo Roberto.

Salvo por un viejo radio, no había artículos de lujo en el hogar que la familia Sánchez tenía en Bella Vista, pero por lo regular había bastante comida y la familia podía jactarse de tener una educación más amplia que cualquiera de sus vecinos. Jesús había asistido a la escuela sólo un año, pero Manuel, su hijo mayor, terminó los seis años de instrucción primaria. Consuelo también terminó su instrucción primaria y completó, asimismo, dos años de estudios en una escuela comercial. Roberto se salió de la escuela al tercer año; Marta terminó el cuarto año.

La familia Sánchez difería de algunos de sus vecinos por tener una sirvienta, que venía durante el día para hacer la limpieza, el lavado de la ropa y preparar las comidas. Esto fue después de la muerte de la primera esposa de Jesús, Leonor, y cuando sus hijos todavía eran pequeños. La sirvienta era una vecina o parienta, por lo general una viuda o una esposa abandonada dispuesta a trabajar por muy poco dinero. Aunque esto le daba cierto prestigio a la familia, no constituía una señal de riqueza ni era inusitado en la vecindad.

Fui presentado a la familia Sánchez por uno de mis amigos de la vecindad. En mi primera visita encontré la puerta entreabierta y mientras esperaba a que alguien contestara a mi llamado, pude ver el interior más bien triste, que había tenido mejores tiempos. La pequeña azotehuela donde estaban situados la cocina y el baño necesitaba urgentemente pintura y estaba amueblada sólo con una estufa de petróleo de dos quemadores, una mesa y dos sillas de madera sin pintar. Ni la cocina ni la recámara un poco más grande que estaban más allá de la puerta de entrada tenían nada del aire de prosperidad autoconsciente que pude presenciar en algunos de los hogares más acomodados de Bella Vista.

Consuelo acudió a mi llamado. Se veía delgada y pálida, y explicó que justamente acababa de padecer una enfermedad seria. Marta, su hermana más joven, se le unió cargando un niño envuelto en un rebozo, pero no dijo nada. Les expliqué que yo era un profesor y antropólogo norteamericano y que había vivido varios años en una aldea mexicana para estudiar sus costumbres. Ahora me ocupaba de comparar la vida de las familias que vivían en las vecindades de la ciudad con la de las que vivían en la aldea y que buscaba en Bella Vista gente que quisiera ayudarme.

Para comenzar, les pregunté dónde pensaban que la gente vivía mejor, si en el campo o en la ciudad. Después de hacerles unas cuantas preguntas de esta clase, que en otras entrevistas me habían sido muy útiles, comencé en seguida con algunas de las preguntas que contenía mi primer cuestionario. En ellas se interrogaba acerca del sexo, edad, lugar de nacimiento, educación y ocupación, así como la historia del trabajo desempeñado por cada uno de los miembros de la familia.

Casi había terminado con estas preguntas cuando entró bruscamente el padre, Jesús Sánchez, cargando al hombro un saco de alimentos. Era un hombre de baja estatura, rechoncho, lleno de energía, con rasgos indígenas, que vestía un overol azul y llevaba un sombrero de paja, un término medio entre el campesino y el obrero. Entregó el saco a Marta, dijo unas palabras a título de saludo a Marta y Consuelo y se volvió, suspicaz, a

preguntar qué era lo que yo deseaba. Contestó lacónicamente a mis preguntas, afirmando que la vida en el campo era muy superior a la de la ciudad debido a que en ésta los jóvenes se corrompían, especialmente cuando no sabían aprovechar las ventajas de la ciudad. Después dijo que tenía poco tiempo y salió tan abruptamente como había entrado.

En mi siguiente entrevista a la casa de Sánchez encontré a Roberto, el segundo hijo. Era más alto y tenía la piel más oscura que los demás miembros de la familia; tenía el cuerpo de un atleta. Era agradable y de voz suave y me dio la impresión de ser inusitadamente correcto y respetuoso. Conmigo fue muy cortés siempre, aun cuando estuviera beodo. Sólo varios meses después encontré a Manuel, el hermano mayor, porque estaba por entonces fuera del país.

En las semanas y meses que siguieron continué mi trabajo con las demás familias de la vecindad. Completé los datos que necesitaba de la familia Sánchez después de cuatro entrevistas, pero frecuentemente llegaba a su casa para conversar casualmente con Consuelo, Marta o Roberto, pues todos se mostraban amistosos y me dieron información útil sobre la vida de la vecindad. Cuando comencé a aprender algo acerca de cada uno de los miembros de la familia, me di cuenta de que esta sola familia parecía ilustrar muchos de los problemas sociales y psicológicos de la vida mexicana de la clase humilde. Entonces decidí iniciar un estudio en profundidad. Primero Consuelo, después Roberto y Marta convinieron en contarme sus vidas, historias que fueron grabadas con su conocimiento y autorización. Cuando volvió Manuel, también cooperó. Mi trabajo con Jesús comenzó después de que había estado estudiando a sus hijos durante seis meses. Fue difícil ganarme su confianza, pero cuando finalmente aceptó grabar la historia de su vida, esto vigorizó mis relaciones con sus hijos.

Debido a que era necesario estar en privado para obtener una versión independiente de cada autobiografía, casi toda la labor de grabación se hizo en mi oficina y en mi casa. La mayor parte de las sesiones fueron grabadas individualmente, pero cuando volví a México en 1957, 1958 y 1959, me las arreglé para celebrar discusiones de grupo con dos o tres miembros de la familia al mismo tiempo. Ocasionalmente, hicimos alguna grabación en su hogar de Bella Vista. Pero ellos se expresaban con mayor libertad cuando estaban lejos de la vecindad. También me di cuenta de que era útil mantener el micrófono fuera de su vista fijándolo en su ropa; en esta forma podíamos celebrar nuestras conversaciones como si no estuviera allí.

En la obtención de los datos detallados e íntimos que contienen estas autobiografías, no utilicé ninguna técnica secreta, ni drogas especiales, ni diván psicoanalítico alguno. Las herramientas más útiles del antropólogo son la simpatía y la solidaridad con la gente a la cual estudia. Lo que comenzó como un interés profesional en sus vidas se convirtió en amistad cordial y duradera. Llegué a interesarme profundamente en sus problemas y con frecuencia sentí como si tuviera dos familias a quien atender: la familia Sánchez y la mía propia. He estado centenares de horas con miembros de la familia; he comido en sus casas, he asistido a sus bailes y he convivido con ellos en sus festividades; los he acompañado adonde trabajan, me he reunido con sus parientes y amigos y he asistido

con ellos a peregrinaciones, a la iglesia, al cinematógrafo y a acontecimientos deportivos.

La familia Sánchez aprendió a confiar en mí. A veces me llamaban en momentos de necesidad o de crisis, y los ayudamos cuando sufrían enfermedades, cuando se emborrachaban, cuando tenían dificultades con la policía, cuando no tenían trabajo o cuando se enfrentaban entre sí. No seguí la práctica antropológica común de pagarles como informantes, y me impresionó la ausencia de incentivo monetario en sus relaciones conmigo. Básicamente, fue un sentimiento amistoso el que los llevó a contarme la historia de sus vidas. El lector no debe subestimar el valor que se requiere para presentar, como ellos lo hicieron, los muchos recuerdos y experiencias dolorosas de sus vidas. Hasta cierto punto esto ha servido como una especie de catarsis y alivió sus necesidades. Se conmovieron por mi dedicación hacia ellos, y mi regreso a México un año tras otro constituyó un factor decisivo para aumentar su confianza. Su imagen positiva de los Estados Unidos como un país "superior" indudablemente reforzó mi posición ante ellos y me colocó en el papel de una figura autoritaria benévola, más bien que la punitiva que estaban tan acostumbrados a ver en su propio padre. Su identificación con mi trabajo y su sentido de participación en un proyecto de investigación científica, por vaga que haya sido la forma en que concibieron sus objetivos últimos, les proporcionó una sensación de satisfacción y de importancia que los transportó más allá de los horizontes más limitados de sus vidas diarias. Con frecuencia me dijeron que si sus autobiografías pudiesen ayudar a otros seres humanos en alguna parte, experimentarían una sensación de labor cumplida.

En el transcurso de nuestras entrevistas presenté centenares de preguntas a Manuel, Roberto, Consuelo, Marta y Jesús Sánchez. Naturalmente, mi preparación como antropólogo, mi familiaridad de años con la cultura mexicana y mis valores propios influyeron en el resultado final de este estudio. Si bien utilicé en las entrevistas un método directivo, estimulé la libre asociación, y fui un buen oyente. Intenté abarcar sistemáticamente una amplia variedad de temas: sus primeros recuerdos, sus sueños, sus esperanzas, temores, alegrías y sufrimientos; sus ocupaciones, sus relaciones con amigos, parientes, patronos; su vida sexual; sus conceptos de la justicia, la religión y la política; sus conocimientos sobre geografía e historia; en resumen, su concepto total del mundo. Muchas de mis preguntas los estimularon a expresarse sobre temas en que de no haber sido así jamás hubieran pensado ni proporcionado voluntariamente información sobre ellos. Sin embargo, las contestaciones fueron las suyas propias.

Al preparar las entrevistas para su publicación, he eliminado mis preguntas y seleccionado, ordenado y organizado sus materiales en autobiografías congruentes. Si se acepta lo que dice Henry James de que la vida es toda inclusión y confusión, en tanto que el arte es todo discriminación y selección, entonces estas autobiografías tienen al mismo tiempo algo de arte y algo de vida. Creo que esto de ninguna manera reduce la autenticidad de los datos o su utilidad para la ciencia. Para aquellos de mis colegas que estén interesados en la materia prima, tengo a su disposición las entrevistas grabadas.

La revisión final ha sido más extensa en algunos casos que en otros. Manuel, con mucho el más fluido y dramático relator de la familia, requirió relativamente poco trabajo. Su autobiografía refleja mucho de su estructura original. Pero, quizá más que las

otras, pierde mucho con la transcripción porque su autor es un actor nato con gran facilidad para los matices, las pausas y la entonación. Una sola pregunta con frecuencia provocaba un monólogo ininterrumpido de 40 minutos. Roberto hablaba con facilidad, aunque menos dramáticamente y en forma más sencilla, sobre sus aventuras, pero se mostró más restringido acerca de sus sentimientos y de su vida sexual. En el caso de Consuelo fue necesaria una gran labor de revisión debido a la superabundancia de material. Además de las entrevistas grabadas, ella también escribió en forma extensa sobre diversos incidentes acerca de los cuales la interrogué. Marta fue quien mostró menos facilidad para el monólogo extenso o para la organización de las ideas. Durante mucho tiempo contestó a la mayor parte de mis preguntas con una sola frase o una oración. En este sentido era como su padre. Sin embargo, dándoles tiempo y estímulo ambos se volvieron más fluidos y tuvieron sus momentos elocuentes.

Manuel fue el menos inhibido para utilizar la típica jerga de los barrios bajos, con toda su profanidad y su fuerte metáfora sexual. Roberto también habló en forma muy natural, pero con frecuencia preludiaba alguna expresión fuerte con un cortés "con el perdón de usted, doctor". También Marta habló en su lengua natural. Consuelo y su padre fueron los más formales y "correctos" y raras veces se sirvieron de términos vulgares durante las sesiones de grabación.

La fluencia del lenguaje y el vocabulario de los mexicanos, ya se trate de campesinos o de habitantes de los barrios bajos, siempre me ha llamado la atención. En general, el lenguaje de Manuel y el de Consuelo es bastante más rico que el de Roberto y Marta, tal vez porque los primeros asistieron durante más tiempo a la escuela. El uso que Manuel hace de términos un tanto elaborados, como "subconsciente", "luminarias" y "opulencia portentosa" puede parecer sorprendente, pero Manuel lee *Selecciones* y tiene cierta tendencia hacia la intelectualidad. Además, en nuestros días, aun los analfabetos habitantes de los barrios bajos reciben ideas y terminología avanzadas por obra de la televisión, la radio y el cinematógrafo.

El lector podrá advertir que existe un marcado contraste entre Jesús Sánchez y sus hijos. Este contraste refleja no sólo la diferencia entre la formación en el campo y la urbana, sino también la diferencia entre el México prerrevolucionario y el posrevolucionario. Jesús nació en una pequeña aldea en el estado de Veracruz en 1910, el año mismo que señaló el comienzo de la Revolución mexicana. Sus hijos nacieron entre 1928 y 1935 en los barrios bajos de la Ciudad de México. Jesús creció en un México sin automóviles, sin cinematógrafos, sin radios ni televisión, sin educación universal libre, sin elecciones libres y sin la esperanza de experimentar una movilidad ascendente ni hacerse rico con rapidez. Creció en la tradición del autoritarismo, con su acentuación en ser respetuoso, el trabajo tenaz y la autoabnegación. Los hijos de Sánchez, aunque sujetos a su carácter dominante y autoritario, también recibieron la influencia de los valores revolucionarios, pero con su más acentuada insistencia en el individualismo y en la movilidad social. Es tanto más notable, por lo tanto, que el padre que nunca aspiró a ser más que un simple trabajador se las arreglara para elevarse desde las profundidades inferiores de la pobreza, en tanto que sus hijos han permanecido en ese nivel. Me

gustaría subrayar que la familia Sánchez no está de ninguna manera en el nivel más bajo de la pobreza en México. Aproximadamente un millón y medio de personas, entre una población total de aproximadamente cinco millones de almas que tiene la Ciudad de México, viven en condiciones similares o peores. La persistencia de la pobreza en la ciudad más importante de la nación, 50 años después de la gran Revolución mexicana, presenta serias cuestiones acerca del grado en que este movimiento ha logrado alcanzar sus objetivos sociales. A juzgar por la familia Sánchez, por sus amigos, vecinos y parientes, la promesa esencial de la Revolución no ha sido cumplida aún.

Esta afirmación se basa en el conocimiento pleno de los cambios impresionantes y de largo alcance que se han producido por obra de la Revolución: la transformación de una economía semifeudal, la distribución de la tierra a los campesinos, la emancipación del indio, la vigorización de la posición de la clase obrera, la difusión de la educación pública, la nacionalización del petróleo y de los ferrocarriles, y la aparición de una nueva clase media. Desde 1940 la economía ha estado en expansión y el país ha llegado a ser agudamente consciente de la producción. Los principales periódicos informan diariamente en sus encabezados de progresos cada vez más notables en la agricultura y la industria, y orgullosamente anuncian la existencia de fuertes reservas de oro en la tesorería de la nación. Se ha creado un espíritu de auge que recuerda la gran expansión de los Estados Unidos a fines del siglo pasado y comienzos del actual. Desde 1940 la población ha aumentado de aproximadamente 19 millones a 34 millones en 1960. La Ciudad de México es ahora la ciudad más grande de América Latina y ocupa el tercero o cuarto lugar en el continente americano.

Una de las tendencias más significativas en México desde 1940 ha sido la creciente influencia de los Estados Unidos en la vida mexicana. Nunca antes, en la larga historia de las relaciones entre los Estados Unidos y México, ha existido una tan intensa y variada interacción entre ambos países. La estrecha cooperación que tuvo lugar durante la segunda Guerra Mundial, el rápido ritmo de inversión norteamericana, que ha llegado a ser casi de 1000 millones de dólares en 1960, el notable crecimiento de los turistas norteamericanos en México y de los mexicanos que visitan los Estados Unidos, la emigración anual de varios centenares de miles de trabajadores del campo a los Estados Unidos, el intercambio de estudiantes, técnicos y profesores, y el número cada vez mayor de mexicanos que se convierten en ciudadanos norteamericanos han integrado un nuevo tipo de relaciones entre los dos países.

Los principales programas de televisión son patrocinados por compañías controladas por extranjeros, tales como la Nestlé, la General Motors, la Ford, Procter & Gamble y Colgate. Sólo el hecho de que se utilice la lengua española y representen artistas mexicanos distingue a los anuncios de los que se emiten en los Estados Unidos. Las prácticas de venta al detalle por los grandes almacenes se han hecho populares en la mayor parte de las grandes ciudades, por obra de compañías comerciales como Woolworth's y Sears Roebuck & Co., y los supermercados donde el cliente se despacha a sí mismo ahora empacan muchas marcas de productos norteamericanos para uso de la creciente clase media. La lengua inglesa ha sustituido a la francesa como segundo idioma

en las escuelas, y la tradición médica francesa está siendo reemplazada lenta, pero seguramente, por la medicina norteamericana.

A pesar de la producción incrementada y de la aparente prosperidad, la desigual distribución de la cada vez mayor riqueza nacional ha hecho que la disparidad entre los ingresos de los ricos y los de los pobres sea más notoria que nunca antes. Y a pesar de que se ha registrado algún aumento en el nivel de vida de la población en general, en 1956 más de 60% de la población estaba todavía mal alimentada, mal albergada y mal vestida; 40% era analfabeta y 46% de los niños del país no asistían a la escuela.

Una inflación crónica desde 1940 ha reducido el ingreso real de los pobres, y el costo de la vida para los trabajadores en la Ciudad de México ha aumentado más de cinco veces desde 1939. Según el censo de 1950 (cuyos datos se publicaron en 1955), 89% de todas las familias mexicanas que informaron sobre sus ingresos percibieron menos de 600 pesos al mes. Un estudio publicado en 1960 por una competente economista mexicana, Ifigenia M. de Navarrete, mostró que entre 1950 y 1957 aproximadamente la tercera parte de la población situada en la parte inferior de la escala sufrió una disminución en su ingreso real.

Es un hecho del dominio común que la economía mexicana no puede dar ocupación a todos los habitantes del país. De 1942 a 1955 aproximadamente un millón y medio de mexicanos fueron a los Estados Unidos a trabajar como braceros, o sea, como trabajadores agrícolas temporales, y esta cifra no incluye a los "espaldas mojadas" ni a otros inmigrantes ilegales. Si los Estados Unidos cerraran de pronto sus fronteras a los braceros, probablemente se presentaría en México una grave crisis. México también ha llegado a depender cada vez más del turismo norteamericano para estabilizar su economía. En 1957 más de 700 000 turistas provenientes de los Estados Unidos gastaron casi 600 millones de dólares en México, con lo cual el turismo viene a ser la industria más importante del país. El ingreso derivado del comercio turístico es aproximadamente igual al presupuesto federal de la nación.

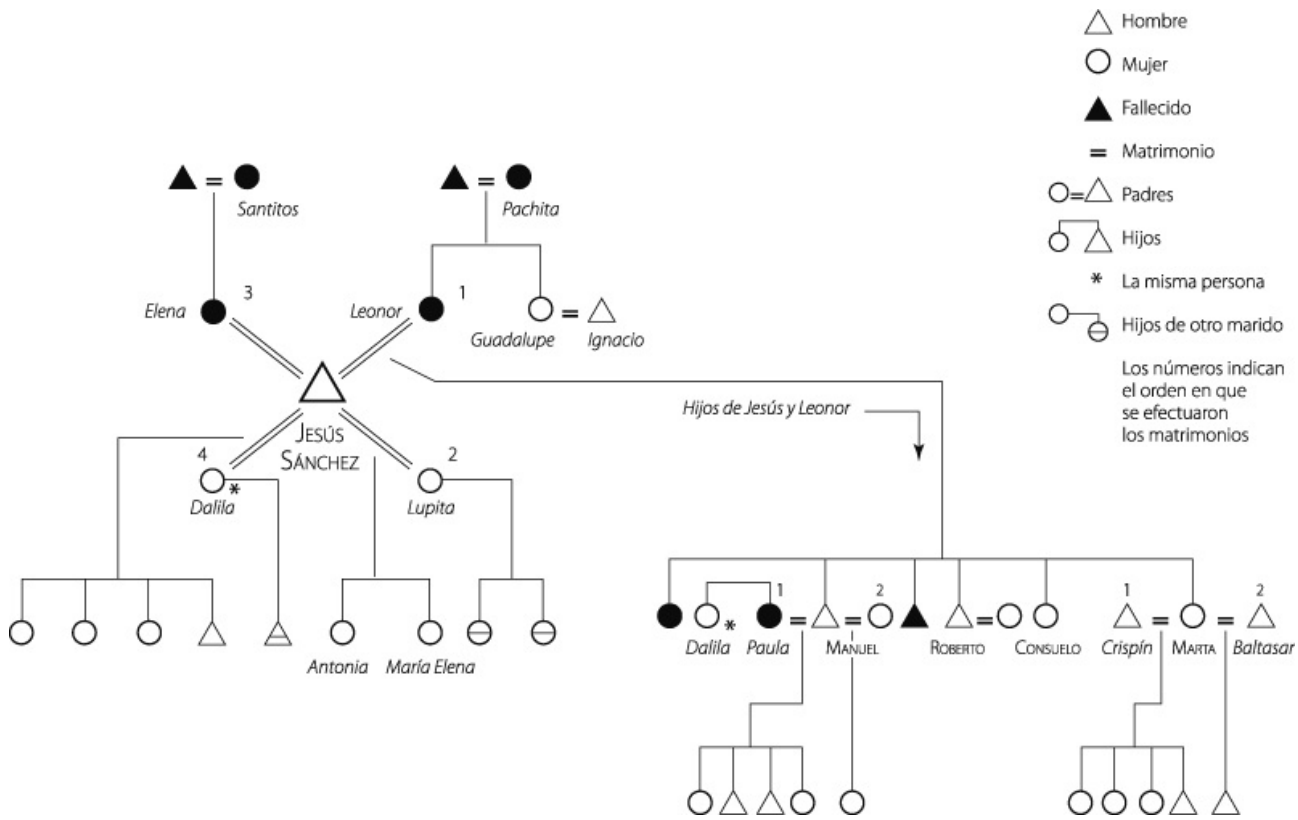
Un aspecto del nivel de vida que ha mejorado muy poco desde 1940 es la vivienda. Ante el rápido aumento de la población y la urbanización, la situación de amontonamiento y la vida en los barrios bajos en realidad han empeorado. De los 5.2 millones de viviendas de que se informa en el Censo de 1950, 60% sólo tenía una habitación, y 25%, dos; 70% de todas las viviendas estaban hechas de adobe, madera, cañas y varas o piedras sin labrar, y apenas el 18% de ladrillo y cemento. Solamente 17% tenía agua entubada para su uso privado.

En la Ciudad de México la situación no es mejor. Cada año la ciudad se embellece al construirse nuevas fuentes, al plantar flores a lo largo de las principales avenidas, al erigir mercados nuevos e higiénicos y al expulsar de las calles a mendigos y vendedores ambulantes. Pero más de la tercera parte de la población vive en viviendas pobres, en vecindades donde padecen una crónica escasez de agua y sufren la falta de elementales instalaciones sanitarias. Por lo regular, las vecindades consisten en una o más hileras de construcciones de un solo piso, con una o dos habitaciones que dan frente a un patio común. Los edificios se han construido de cemento, ladrillo o adobe y forman una

unidad bien definida que tiene algunas de las características de una pequeña comunidad. Las dimensiones y los tipos de vecindades varían muchísimo. Algunas constan de sólo unas cuantas viviendas, en tanto que otras tienen varios centenares. Algunas están ubicadas en el corazón comercial de la ciudad, en edificios coloniales españoles en decadencia, de los siglos XVI y XVII, que tienen dos o tres pisos, en tanto que otros, en los suburbios de la ciudad, están formados por chozas de madera (jacales) y semejan Hoovervilles semitropicales.

Me parece que el material contenido en este libro tiene importantes implicaciones para el pensamiento y la política de los Estados Unidos respecto de los países subdesarrollados del mundo, en especial los de América Latina. Ilumina las complejidades sociales, económicas y psicológicas a las que se debe hacer frente en cualquier esfuerzo para transformar y eliminar del mundo la cultura de la pobreza. Sugiere que los cambios básicos en las actitudes y en los sistemas de valores de los pobres tienen que ir de la mano con mejoramientos realizados en las condiciones materiales de vida.

Aun los gobiernos mejor intencionados de los países subdesarrollados se enfrentan a difíciles obstáculos a causa de lo que la pobreza ha hecho a los pobres. Ciertamente la mayor parte de los personajes que aparecen en este libro son seres humanos muy lastimados. Pero con todos sus defectos y debilidades, son los pobres quienes surgen como los verdaderos héroes del México contemporáneo, porque ellos están pagando el costo del progreso industrial de la nación. En verdad, la estabilidad política de México es un triste testimonio de la gran capacidad para soportar la miseria y el sufrimiento que tiene el mexicano común. Pero aun la capacidad mexicana para el sufrimiento tiene sus límites, y a menos que se encuentren medios para lograr una distribución más equitativa de la cada vez mayor riqueza nacional y se establezca una mayor igualdad de sacrificio durante el difícil periodo de industrialización, debemos esperar que, tarde o temprano, ocurrirán trastornos sociales.


Hombre
Mujer
Fallecido
Matrimonio
Padres
Hijos
La misma persona
Hijos de otro marido
Los números indican el orden en que se efectuaron los matrimonios
Santitos
Pachita
Elena
Leonor
Guadalupe
Ignacio
Jesús Sánchez
Dalila
Lupita
Antonia
María Elena
Hijos de Jesús y Leonor
Dalila
Paula
Manuel
Roberto
Consuelo
Crispín
Marta
Baltasar

PRIMERA PARTE

JESÚS SÁNCHEZ

PUEDO decir que no tuve infancia. Nací en un pueblo que está al lado del Paso del Macho, en el estado de Veracruz. Es un poblacho muy solitario, triste aquello, y de allá apenas me acuerdo. En provincias el niño no tiene las mismas… cómo le diría yo… las mismas oportunidades que tienen los niños de la capital. Usted sabe que el niño de pueblo, rancho o provincia carece de todo. Mi padre no nos dejaba jugar con otros chamacos; nunca nos compró juguetes; siempre aislados. Ésa fue mi niñez. A la escuela fui nada más un año, pues mi padre no quería muy bien que fuera a la escuela. Antes, los padres pensaban de un modo y hoy piensan de otro, ¿verdad? Lo poco que sé leer lo fui aprendiendo poco a poco cuando ya andaba fuera de casa. Desde que pude trabajar, empecé a trabajar; puedo decir que desde los 10 años hasta hoy día.

Nosotros vivimos siempre en casas de una pieza, como la que conoce usted ahora, como la que tengo hoy día. En una pieza dormíamos todos, cada uno en su camita de madera, hechas de tablas y cajones. Allí no había camas de tambor como las de aquí. Por la mañana, me levantaba y me persignaba; me lavaba la cara y la boca, y luego me iba a buscar agua. Después de desayunar, si no me mandaban a cortar leña, me sentaba a la sombra. A veces agarraba un machete y un mecate, y me iba al campo a buscar leña seca. Volvía cargando un pesado atado desde muy lejos. Ése era mi trabajo cuando vivía en casa. Empecé a trabajar desde muy chico; pero de juegos, nada… no conocí juegos.

En sus tiempos, cuando joven, mi padre fue arriero, trabajaba con mulas. Compraba mercancías y las iba a vender a otras partes, muy lejos. Era completamente analfabeto. Después puso una tienda en un camino real, de un pueblo a otro, en puro monte. Allí mismo hizo su jacal, y allí nacimos nos-otros. Después nos cambiamos a un pueblo, donde mi padre abrió una pequeña tienda. Cuando llegamos, mi padre tenía en el bolsillo 25 pesos, y con ese capital empezó a trabajar el comercio otra vez. Allí había un compadre que le vendió una marrana grande en 20 pesos, y aquella marrana le daba en cada cría 11 marranos. En aquel entonces, los marranos de dos meses valían 10 pesos. ¡Y 10 pesos, entonces, valían! Así empezó otra vez mi padre; con mucha constancia y mucho ahorro levantó cabeza. Empezó a hacer cuentas, aprendió a sumar, y él solo hasta aprendió a leer un poco. Más tarde abrió una tienda de abarrotes, grande y bien surtida, en Huauchinango.

Yo tengo una libreta en que anoto muchas cosas, como hacía mi padre. Anoto las fechas de nacimiento de cada uno de mis hijos, los números de mis billetes de lotería, lo que gasto en los marranos y lo que gano de su venta.

Mi padre era poco comunicativo con sus hijos. Todo lo que sé de él y de su familia es que conocí a su madre, mi abuelita, y a otro señor que fue medio hermano de mi padre. No conocimos a su padre. Nunca conocí a la familia de mi madre porque mi padre no se llevaba bien con ellos.

Mi padre no tenía a nadie que le ayudara. Usted sabe que algunas familias no se llevan bien, como por ejemplo Consuelo y sus hermanos. Hay pequeñas diferencias que los alejan, y éste fue el caso de mi padre con su gente: siempre vivieron retirados uno del otro.

Entre mis hermanos sí había armonía; pero ellos crecieron, y se fueron cada uno por su lado. Yo, como fui el más chico, me quedé en casa. Mi hermano mayor entró de soldado, y en un accidente se mató; se le disparó el rifle. Después, Mauricio, el segundo, él estaba en la tienda de Huauchinango, la segunda tienda, porque la primera terminó con la Revolución. Mi hermano Mauricio estaba en la tienda cuando entraron unos hombres a robar. Eran cuatro hombres, y agarró a uno y le desarmó, pero por detrás otro le dio un golpe y lo mató. Murió rápido: le echó fuera los intestinos. Son dos. Otro, mi hermana Eustaquia, murió allí en Huauchinango, joven ella todavía, como de 20 años. Después, un hermano mío, Leopoldo, murió aquí en la capital, en el Hospital General. Así que, de los cinco hermanos —fuimos seis, pero mi hermano gemelo murió de chiquito— nada más quedo yo de la familia.

Mi padre no era muy cariñoso que digamos. Naturalmente, como la mayoría de los jefes de familia, era muy económico. Él no se daba cuenta exacta de si yo necesitaba alguna cosa, y en la provincia no había mucho en qué gastar. No había teatro, ni cines, ni futbol, nada de nada. Ahora quién sabe cómo estén las cosas, pero en aquel entonces no había nada de eso. Mi padre nos daba cada domingo unos cuantos centavos. Ya sabe usted que hay distintos caracteres, y que no todos los padres saben mimar al hijo. Mi padre pensaba que si mimaba mucho al hijo, luego no serviría para trabajar, lo echaría a perder. Yo también pienso así. Si uno mima mucho al hijo, pues el hijo no se desenvuelve por sí solo, no aprende a ver la vida como es, crece temeroso porque tiene siempre la protección de los padres.

Mi madre nació en un pueblo pequeño, y apenas recuerdo cómo se llama. Era una persona muy callada, y como yo era el más chico a mí no me platicaba nada. Mi madre era una persona tranquila, buena gente, con un corazón noble, y recibí mucho cariño de ella. Mi padre era más duro, más enérgico. Mi madre fue una mujer limpia y recta en sus cosas, ordenada en todo, en su matrimonio, en todo. Pero mis padres tenían disgustos porque mi padre tenía otra mujer, y mi madre estaba celosa.

Yo tendría unos siete años cuando se separaron mis padres. Ya los revolucionarios habían saqueado la tienda; así terminó todo el negocio. Se acabó la familia, se deshizo el hogar por completo. Yo me fui con mi madre y mi hermano que trabajaba de peón en un rancho. Yo también trabajaba en el campo, cortando caña. Dos años más tarde, mi madre se enfermó, y mi padre vino en burro a vernos. Vivíamos en una casita muy pobre, nomás tenía techo en un lado, el otro estaba descubierto. Pedíamos maíz prestado porque ni había para comer. Estábamos muy, muy pobres. No había medicinas, ni

médicos, ni nada para curar a mi madre, y fue a morir a la casa de mi padre; su reconciliación se hizo a última hora.

Bueno, cuando murió mi madre… ¡ahí empezó la tragedia! Yo tenía unos 10 años cuando me fui a vivir con mi padre. Como a los 12 años, cuando mucho, salí de casa para trabajar. No tuvimos madrastra hasta mucho más tarde. Yo estaba fuera de casa cuando sucedió este asunto. Mi padre se casó con una señora de por allí, una mujer que le robó, le quitó todo y lo dejó en la calle; ella y sus hermanos. Ya iban a matarlo una noche, por el dinero, nada más que unos vecinos se metieron, y entonces se separó la mujer. Se habían casado por lo civil. La mujer, en combinación con la gente de allí, le quitó la casa y le quitó todo.

Entonces compró otra casita por otro lado del mismo pueblo, y ahí se puso a trabajar otra vez en el comercio. Pero entonces él se enfermó de muerte. Sí, a veces los hombres queremos ser muy fuertes y muy machos, pero en el fondo no lo somos. Cuando se trata de una cosa moral… una cosa de familia que le toca a uno las fibras del corazón, a solas el hombre llora y le duele. Usted se habrá dado cuenta que mucha gente toma hasta ahogarse y caerse, y otros agarran la pistola y se pegan un tiro porque ya no pueden con aquello que sienten dentro. No hallan cómo expresarse, no hallan con quién explayarse, a quién contarle sus penas; agarran la pistola, y fuera… ¡se acabó! Y, a veces, los que se creen muy machos, cuando están a solas con su conciencia, no lo son. Nomás son valentonadas de momento.

Cuando murió mi padre, dejó allí una casita con algo de mercancía, que yo recogí. Yo era el único hijo que quedaba. Estaba ya en México, trabajando en el restaurante, pero unos señores de allá me mandaron un telegrama.

Encontré a mi padre todavía con vida, y yo lo vi morir. Cuando estaba junto a su cabecera me dijo: —No les dejo nada, pero sí un consejo les doy: nunca se junten con amigos, es mejor andar solo. —Así hice yo toda mi vida.

Fue muy poca cosa lo que él dejó. Y ese medio hermano de mi padre, en combinación con la gente de allí, me metió en la cárcel. Yo le di lo que mi padre dejó para él en el testamento escrito, debía darle el 50%. Pero el medio hermano de él era un hombre muy flojo, pa' nada servía, no le gustaba trabajar. Yo cumplí en una forma limpia, legal. Hasta le di una máquina vieja de coser Singer que había en la casa. Le dije: —Llévate eso, tío. —Yo, de buen corazón, y en forma sincera, le dije: —Mira, aquí está lo que te corresponde a ti, y llévate esa máquina para tu mujer, para tu señora. —Pues, aun con todo eso, me metió en la cárcel. Por 100 pesos. Le dije: —¡Qué miserable eres! —Le di los 100 pesos; los otros se los repartieron y a él le dieron 10 pesos. ¿Ve usted las cosas? Así es que ni en la propia parentela puede uno confiar cuando se trata de dinero. La ambición es tremenda.

Yo, ya de chico, me acostumbré a trabajar constantemente. Veía que mi padre ganaba dinero con su comercio chico, y yo quería tener el mío, no en gran escala, pero sí ganarlo con esto, con mis manos y no con dinero de mi padre. Nunca tuve ambición de la herencia de parte de mi padre, ninguna. Yo pensaba: "Si algún día tengo algún dinero, que sea por mi trabajo, no porque me lo dé nadie, vecino, pariente, tío o mi padre, no;

que sea ganado con mis propias manos". Eso fue lo que me hizo tomarle amor al trabajo. Y otra cosa, más importante: que al irme de casa yo sabía que si no trabajaba no comía.

Cuando me fui de casa de mi padre tenía unos 12 años. Me marché sin decir nada a nadie. Primero trabajé en un molino, luego limpiando terreno con el azadón en una plantación de caña, y después cortando caña en un ingenio. El trabajo era muy duro, y entonces pagaban un peso y medio por cortar 900 o 1000 cañas. Poco a poco me fui acostumbrando a ese trabajo y al principio hacía media tarea; me pagaban 75 centavos de peso, ni para comer. Tenía mucha hambre y me pasaba muchos días sin comer o con sólo una comida al día. Por eso digo que no tuve infancia. Así trabajé cuatro años.

Después conocí a un español que tenía un molino de masa. Él sabía que yo conocía algo de básculas, y un día me dijo: —Me voy a México; si quieres venir, yo te puedo dar trabajo. —Y yo le dije: —Sí, señor. —Todo mi equipaje era una cajita que tenía con ropa. Yo quería conocer México porque nunca había salido. Tomamos el tren para México al día siguiente en la mañana y llegamos a Tacuba, donde paramos. Después de trabajar un tiempo para él, me corrieron, así, de plano. Tuvimos una pelea por unas pesas de la báscula. Bueno, él buscó la forma de echarme. Usted ya sabe cómo es la gente cuando ven a otro más tonto y más analfabeto. Pos claro, hacen lo que quieren, ¿no? En aquel entonces yo estaba recién venido de una hacienda, ignorante de todo. Yo había acabado los centavos que traía, no conocía una sola calle; ni un centavo, sin dinero, sin conocer a nadie, ni nada.

Bueno, y como dicen algunas gentes: "Donde todo falta, Dios asiste". Había un señor que trabajaba en un molino de masa y que pasaba a diario por allí. Un día me vio y me dijo que su patrón quería que picara unas piedras para su molino. Aquella noche estaba en la esquina de la calle, con mi cajita de ropa, sin un centavo y sin saber qué hacer. De haber tenido dinero me habría ido a mi tierra. En ese momento pasó ese señor como bajado del cielo, y me preguntó: —¿Qué hace aquí? —Le conté lo que había ocurrido, y me dijo: —No se apure, vámonos a la casa y yo le voy a conseguir trabajo. —Pero había eso de los sindicatos. Al día siguiente fuimos a ver a su patrón, pero me dijo que necesitaba estar en el sindicato para poder trabajar en su molino. Yo no tenía ni un centavo. Vinimos desde la Tlaxpana y fui andando hasta cerca de Tepito, donde estaba el sindicato de molineros. Me preguntaron cuánto dinero traía, y cuando les dije que ni un centavo, pues no pudo arreglarse nada. Volví andando otra vez, sin nada en el estómago. Estaba en la misma situación que antes, vuelta a pasar hambre. Por eso algunas veces regaño a mis hijos, porque yo siempre les he dado techo, plato y sopa.

Entonces me fui buscando por las tiendas de abarrotes, a ver si buscaban un mozo. Yo conocía algo de abarrotes, podía despachar ligero. Fui buscando tienda por tienda, pero sin suerte. Por todos lados veía pan, y yo con tanta hambre; no se puede imaginar lo que uno siente. Después de algunos días de andar así, conocí a un señor en la Tlaxpana, a una cuadra de donde yo estaba. Tenía una tienda de abarrotes muy bien parada. Me preguntó: —¿Quieres trabajar?

—Sí, señor.

—¿Tienes referencias?

—No, señor. Acabo de llegar de Veracruz. —Yo, pidiéndole a Dios que me diera algún trabajo, o de comer. Le dije que sólo me conocía un señor que tenía un molino allí cerca. Fue a ver al señor, y luego me dijo que me tomaría a prueba 15 días. Ganaba medio peso diario y el alimento. Al otro día, allí estaba yo con mi paquete de ropa, porque no tenía dónde dejarla. En seguida me puse a despachar. Yo andaba como sobre rieles, rápido en todo; necesitaba trabajar, necesitaba comer. Pasaron 15 días, pasó un mes, pasaron dos, tres… Yo andaba muy contento. Trabajaba de las seis de la mañana a las nueve de la noche, sin descansar. El desayuno se tomaba en la tienda, helado; no había tiempo de tomarlo caliente. Había mucha clientela. Iba a dejar pedidos a domicilio, y cargaba sacos de sal y cajas de cerveza que apenas podía levantar.

Una mañana, el patrón llevó a otro muchacho y me dijo: —Oye, Jesús, ven acá. Este muchacho se va a quedar en tu lugar. Tú no sirves; mañana mismo te vas de aquí. —Así, con esas palabras tan dulces y consoladoras, me echó del trabajo. A la mañana siguiente estaba otra vez en la calle.

Algunas veces esas situaciones le benefician a uno, porque uno aprende a ser hombre y aprende a apreciar las cosas en todo su valor; sabe uno lo que cuesta ganar el alimento con el sudor de la frente. El criarse lejos de los padres ayuda a ver las cosas como son.

Cuando estaba en la tienda conocí a un muchacho que tenía un pariente que cuidaba todo un edificio. Le pedí que me diera una nota para este pariente, y fui a verle. Le entregué la nota, y me dijo: —Cómo no, acomódese donde guste y ponga la cajita donde quiera. —Allí me quedé, sin un centavo, y otra vez empecé a buscar trabajo.

Es entonces cuando entré a trabajar en el restaurante La Gloria. Me pagaban 12 pesos al mes y tres comidas. Entré con todo y mi cajita de ropa, y me puse a hacer todo lo que me mandaban. Trabajaba todo lo que podía, y pocos días después tuve una hernia por levantar un bulto pesado. Fui al baño, y vi una bolita aquí en la ingle. La apreté y me dolió. Fui al médico, y me dijo que era un principio de hernia. Tuve suerte de ir a aquel médico, porque era del Hospital General y él me internó. Y ahora ¿qué hago con mi trabajo? Hablé con el patrón, un español, hombre decente y buena gente. Le pedí permiso para que me operaran. Me operaron rápido, pero cometí una tontería. Después de la operación, sentía muy raro por las grapas. Por la noche alcé el vendaje y me toqué con la mano, y me infecté. En lugar de estar 15 días en el hospital, tuve que estar cinco semanas.

Cuando salí, me fui derecho para el restaurante, y ya estaba otro en mi lugar. Pero el patrón me volvió a admitir. Sí, llevo más de 30 años de servicio, sin faltar ni un solo día. Los primeros 15 años trabajé dentro; ayudaba en todo y aprendí a hacer pan y helados. Trabajaba de 14 a 15 horas. Después empecé a hacer las compras para el restaurante. Cuando empecé a trabajar, ganaba 80 centavos por día. Ahora, después de 30 años, tengo el salario mínimo de 11 pesos diarios. Pero nunca pude vivir solamente con este salario.

En 30 años rara vez he perdido un día de trabajo. Aunque esté enfermo, no falto. Parece que el trabajo es una medicina para mí. Hasta se me olvidan a veces los problemas hogareños. Me gusta todo lo que tengo que caminar, me gusta platicar con los

vendedores del mercado. Los conozco a todos, después de tantos años de comprarles fruta, verduras, queso, mantequilla y carnes. Hay que saber comprar, porque todas las frutas tienen su temporada, ¿no? Como los melones; ya están buenos, ya se pueden comprar. Los primeros no valen porque vienen de diferentes partes, de Morelos, de Michoacán, de Cortazar. Los de Guanajuato son muy buenos, y también los amarillos de Durango. Lo mismo con la naranja y con las verduras. De los aguacates, el mejor es el de Atlixco y Silao, pero la mayor parte se exporta a los Estados Unidos. Jitomates, ahorita hay mucho malo; barato, pero malo. Hay que observar mucho para conocer las frutas y poder comprar.

Yo compro cada día unos 600 pesos de mercancía para el restaurante. Por la mañana me entregan el dinero y yo pago en efectivo por cada compra. No hay notas ni recibos. Yo llevo mis cuentas, y cada día entrego a la caja la lista de gastos.

Todos los días llego al restaurante a las siete para abrir las cortinas. Después trabajo un poco dentro, desayuno y me voy al mercado a las nueve y media. Me ayudan dos muchachos que llevan en carretillas la compra al restaurante. Luego regreso como a la una y media; casi siempre falta algo, y hago otro viaje. Vuelvo al restaurante a las tres, como, y a eso de las cuatro me marcho a cuidar de mis marranos, a vender billetes de lotería y a visitar a mi hija Marta y los niños.

Los compañeros de trabajo me aprecian mucho, me estiman por ser yo el más viejo de la casa. En el trabajo siempre bromeamos y esto también es una distracción. Yo siempre me he portado dentro del orden y me he llevado bien con el patrón. Muchos obreros sienten cierta antipatía hacia el patrón y no tienen mucha ayuda moral, digamos, de la casa. Yo, por ese lado, estoy bien porque sé que el patrón me estima. Lo demuestra el hecho de que a mí me permite trabajar parejo, los siete días de la semana y las vacaciones. Durante años he trabajado el miércoles, mi día libre. Respeto a mi patrón y trabajo lo mejor que puedo. Él es para mí como un padre.

Todo lo que hago es trabajar y cuidar de mi familia. Nunca voy a fiestas. Sólo una vez, cuando vivíamos en la calle de Cuba, fui a una fiesta que hacían personas de la misma vecindad donde yo estaba. Allí bailé un poquito, pero sin tomar gran cosa; me fui a acostar a mi casa, y se acabó. Para mí no hay paseos ni fiestas, ni hay nada, sólo trabajo y familia.

Donde trabajo no tengo compadres. Yo considero que el compadrazgo es cosa seria, una cosa que debe respetarse. Cuando he tenido compadres he procurado que sean gentes mayores de edad, no jovencitos ni de la casa donde yo trabajo. No me gusta, porque luego hacen fiestas, se emborrachan mucho y hasta se matan. Cuando me invitan, nunca voy.

Fue en La Gloria donde conocí a Leonor, la mamá de mis hijos. Me enamoré de ella. Era chaparra, pero ancha de espaldas, morena, de esa gente muy fuerte. Yo tenía unos 17 años, y ella dos o tres más que yo. Llevaba muchos años viviendo aquí, en la capital, y había tenido un marido en unión libre. Yo la recibí con una niña como de 10 meses. Para mí era lo más natural. Pero la niña enfermó y murió al poco tiempo. Yo ganaba 80 centavos al día y no podía pagar 10 o 15 pesos al mes por una casa.

Por eso fui a vivir con su familia. Entonces yo era muy joven, muy pobre y muy torpe, como un pedazo de madera. Pero, a los 15 años ¿qué experiencia podía tener? ¿Qué experiencia podía tener del matrimonio, de las obligaciones del hogar? Ninguna. Me casé porque necesitaba vivir con mi mujer.

Pero, como decimos aquí, el muerto y el arrimado a las 24 horas apestan. Sus hermanos tomaban mucho y había disgustos porque les pegaban a sus mujeres. Entonces yo hice el esfuerzo de buscar una casita para vivir aparte. Encontré una habitación, por la que pagábamos 10 pesos. Yo no tenía ni cama. Ella ganaba buenos centavos con el pastel que vendía. A veces ganaba sus ocho pesos diarios. El comercio siempre deja y, como decimos aquí: yo "me enterré como un camote" en el restaurante y ya no salí.

Leonor tenía su carácter, un genio muy fuerte, y por eso no podía vivir tranquilo con ella. Quería que nos casásemos, y eso me ponía furioso. ¡Yo pensaba que me quería amarrar para toda la vida! Estaba equivocado, pero así era yo entonces.

Leonor fue la primera mujer que conocí. Perdimos a nuestro primer hijo, una niña que se llamaba María. Se murió a los dos o tres días de nacer, de pulmonía. Algunos dicen que se le reventó el vientrecito. Después nació Manuel, y yo me sentía feliz con mi primer hijo. Estaba hasta orgulloso de ser padre. Le miraba como si fuera una persona extraña. Yo era tan joven que no tenía experiencia. Uno no siente mucho cariño al principio por los hijos, pero a mí siempre me gustaron los niños. En aquel entonces yo estaba completamente en la miseria; ganaba sólo 80 centavos al día y eso no daba para mucho. Naturalmente, cuando Leonor esperaba al niño no podía trabajar, y sin sus 10 o 12 pesos diarios nos faltaba de todo. Con lo suyo pagábamos siempre los gastos de casa.

Después de Manuel nació otro niño que murió a los pocos meses. Murió por falta de dinero y por ignorancia. No teníamos experiencia y murió por falta de lucha. Leonor era buena persona, pero tenía un carácter fuerte, y le daban muchos ataques al corazón y la bilis. No tenía suficiente leche para sus hijos. No era de esas madres cariñosas que miman a sus hijos. Que yo recuerde, no les golpeaba, aunque se ponía muy enojada y les hablaba muy fuerte. No les besaba ni abrazaba, pero tampoco les trataba mal. Ella estaba todo el día fuera de casa y vendiendo pastel.

Yo tampoco fui muy cariñoso con los hijos. No sé si porque a mí me faltó cariño en mi niñez o porque quedé solo con ellos, o porque siempre tuve la preocupación del dinero. Tenía que trabajar muy duro para alimentarlos. No tenía tiempo para ocuparme de ellos. Creo que en la mayoría de los hogares los disgustos y las tragedias tienen una base económica; porque si uno necesita 50 pesos diarios y no los tiene, pues anda molesto, anda preocupado y hasta se pelea con la esposa. El dinero es motivo de muchos disgustos en la mayoría de los hogares de los pobres.

Cuando Leonor estaba embarazada de Manuel, empecé a ver a Lupita. Lupita también trabajaba en el restaurante La Gloria. Leonor y yo siempre teníamos disgustos, y de cualquier disgusto quería tumbar la casa. Era demasiado celosa y siempre se enojaba. Cuando yo llegaba a casa, siempre estaba de humor negro por cualquier cosa. Por ese genio tan fuerte que tenía le daban ataques; se le iba el pulso y parecía muerta. El médico no sabía cuál era el origen de los ataques. Y eso, poco a poco, me fue causando molestia.

Yo buscaba afecto, una persona que me comprendiera, alguien con quién desahogarme. Usted sabe que hay distintos caracteres, y muchas veces cuando el hombre humilde no encuentra afecto en su hogar, lo encuentra afuera del hogar. Decía un doctor: —Para estar contenta, una mujer necesita estar bien vestida, bien comida y bien cogida; y para eso, él debe ser fuerte y acordarse con frecuencia de ella. Hágalo así y verá.

Leonor también fue una persona fuerte en ese aspecto, y creo que fue uno de los motivos… bueno, podía haber vivido… pero una mujer que está siempre disgustada hace que el marido se olvide de ella. Es una cosa mal hecha, lo sé, pero fue entonces cuando empecé a hablar con Lupita. Mi organismo no es muy fuerte que digamos, pero siempre he sido un poco cálido de temperamento. Antes de ir con Lupita yo había estado en una casa de citas, en la calle Rosario; pero allí cogí una infección. No tuve cuidado, no tenía experiencia y nada más. Desde entonces no he vuelto a esos lugares. ¡Hoy no iría aunque fuera de balde!

Pero en eso, a pesar de mi mala conducta, he tenido buena suerte. Nunca he tenido quejas de las mujeres que han vivido conmigo. Todas fueron morenas y de mucho temperamento. Aquí, en México, hay la creencia de que la mujer güera es de menos temperamento sexual. Pues, aunque no fuera con ellas por un tiempo, no buscaban otro hombre.

Una mujer honrada, y si tiene familia con más razón, debe aguantarse física y moralmente. Yo he tenido cinco mujeres… hubo una con la que tuve un hijo, pero se casó con otro. Ese hijo tendrá ahora 22 años, y creo que es ora de ir a reclamarlo. Sí, he tenido cinco mujeres y varias aparte, y la suerte sigue favoreciéndome por los cuatro lados. No puede decirse que no fue suerte la mía, al ser yo nadie, analfabeto, sin escuela, ni capital, ni estatura, ni juventud, ni nada, y tener suerte con las mujeres por todos lados.

Otro estaría en la cárcel quién sabe por cuánto tiempo. La libertad vale mucho, y yo no he buscado muchachas nuevas. ¡No! Todas mis mujeres habían estado casadas antes de vivir yo con ellas. Si fueran muchachas nuevas querrían casarse por la Iglesia o por lo civil, o si no estaría yo ahí 20 años en la cárcel.

Al entrar en relaciones con Lupita, yo no fui con la idea de que se hiciera de familia. Pero el embarazo vino pronto. Nos veíamos en su pieza, en la calle Rosario, donde vivía con sus dos hijas. Eran tan chicas que no podían darse cuenta todavía. Ellas siempre me respetaron y hasta hoy me llaman papá. En aquel entonces yo ganaba muy poco y no podía mantener a Lupita. Ella seguía trabajando en el restaurante. Pero desde hace 15 años yo le pago la renta.

Aquí, en México, cuando uno recibe a una mujer con un hijo, como yo recibí a Leonor, la mujer no se siente con todo el derecho para reclamar al marido. Ella sabe que cometió un error antes. Pero si aquí se casa uno, por ejemplo, con una mujer señorita por la Iglesia y por lo civil, las cosas cambian. Esa mujer sí tiene el derecho de hacer reclamaciones. Pero Leonor era muy difícil. Sufrí mucho con ella, pero nunca la abandoné. Fui fiel a mis creencias. Sólo dejé la casa por unos cuantos días cuando nos enojábamos. Siempre volví, porque quería mucho a los hijos.

Bueno, un día murió; como a las siete de la noche estábamos bebiendo atole y comiendo gorditas, y me dijo: —¡Ay!, Jesús, yo me muero este año. —Siempre se quejaba de dolores de cabeza muy fuertes. Y a la una de la mañana: —¡Ay!, ¡ay!, me muero; cuida de mis hijos. —Estaba ya agonizando. Apenas tuve tiempo de ir a buscar al médico. Cuando llegamos, le puso una inyección, pero no la ayudó. Estaba embarazada, pero el médico dijo que se le había reventado una arteria en la cabeza. ¡Lo que sufrí aquellos días! Caminaba por las calles como un sonámbulo. Entonces estaba la abuela en casa, y ella pudo cuidar de los chamacos.

SEGUNDA PARTE

MANUEL

TENÍA ocho años cuando mi madre murió. Roberto y yo teníamos un petate y dormíamos en el suelo. Marta y Consuelo dormían con mi mamá y mi papá. Como entre sueños recuerdo que nos llamaba mi padre. Nos gritó, porque siempre he tenido el sueño muy pesado: —¡Levántense, cabrones! ¡Levántense, hijos de la chingada! Que se está muriendo su madre, y ustedes echados ahí. ¡Cabrones, párense! —Entonces me paré muy espantado.

Recuerdo perfectamente bien los ojos de mi madre, y cómo nos miraba. Echaba espuma por la boca y no pudo hablar. Le mandaron hablar a un doctor que estaba a una cuadra de donde nosotros estábamos, vino y examinó a mi madre pero duró poco puesto que creo que expulsaba el aire pero no podía aspirar. Se puso como muy morada y en una noche murió. Mi madre estaba encinta otra vez y murió con otro hermano mío dentro, porque recuerdo bien que tenía su barriga mamá. A mi hermana Marta la acabó de criar otra señora, porque ésa sí quedó muy chiquita.

No alcanzo a comprender si fue a causa del parto o fue congestión realmente, como me dijeron. Un dato que me impresionó mucho fue que ya una vez tendida mi madre, aquello que tenía en el vientre, que era otro hermano mío, todavía le brincaba adentro. Todavía le brincaba y mi padre hacía unos ojos de desesperación. Pero no sabía mi padre qué hacer, si que le cortaran y lo sacaran o lo dejaran allí. Mi padre lloró mucho, mucho; lloró y fue y les avisó a todos sus compadres.

Fue una cosa que sorprendió a todo el mundo. Tenía 28 años. La tarde anterior la habían visto que había andado lavando el patio, había andado haciendo el quehacer de la casa. Todavía estuvo espulgando a mi papá, en la puerta, mi madre sentada y mi padre recargado en las piernas de ella.

Entonces vivíamos en una vecindad de Sol. En la noche me dijo mi mamá: —Ve y compra sopes y atole. —Nada más caminé a la esquina; al dar la vuelta había una señora que vendía sopes, tamales y atole. ¡Ah!, por cierto, era un día lunes, recuerdo bien, porque un domingo antes habíamos ido a la Basílica con mi padre y mi mamá.

Entre nosotros tenemos la creencia de que el aguacate, el chicharrón y la chirimoya son muy malos para la bilis; haciendo un coraje y comiendo eso, ¿verdad? Y pues habíamos comido todo eso el domingo y el lunes en la mañana mi madre hizo un coraje bastante, pero bastante fuerte a causa de mi hermano Roberto. Se disgustó muy fuerte con la vecina de al lado.

Transcurrió todo el día. Terminó mi padre de trabajar, vino a casa y estuvieron los

dos contentos ese día. Todavía cenaron. Nos acostamos todos. Fue rápida la muerte. No tuvo tiempo mi padre de llamar un cura y casarse con mi mamá antes de morir.

Al entierro de mi madre pues vino muchísima gente, mucha, pero mucha gente, en exageración. De la vecindad y de la plaza. No sé cuánto tiempo estaría permitido entonces tener un cadáver en la casa, pero la gente empezaba a protestar porque decían que ya se estaba descomponiendo el cadáver y mi papá no quería que se lo llevaran. Cuando fuimos al panteón y bajaron la caja de mi madre a la fosa, mi papá trató de echarse con ella a la tumba. Lloraba inconsolablemente mi padre, día y noche a causa de ella.

Recuerdo después que cuando llegamos a casa mi papá nos dijo: —Ahora sólo me quedan ustedes, hijos. —También nos dijo que debíamos procurar portarnos bien porque él iba a ser padre y madre para nosotros. Y cumplió al pie de la letra su palabra. Pero cuántas veces habíamos de escuchar a mi padre decirnos a mi hermano y a mí estando él enojado: —No tienen ni madre, cabrones. —Mi padre quiso mucho a mi madre, pues transcurrieron seis años de su muerte cuando se enamoró de Elena.

Mi padre quiso a mi madre mucho, a pesar de los disgustos. No estoy enterado, pero creo que mi madre y mi padre se casaron por amor. Se conocieron en el restorán La Gloria donde trabaja mi padre y ella trabajaba allí. Había otra mujer, Lupita, que trabajaba ahí también y tuvieron un disgusto mi papá y mi mamá por eso.

Mi mamá era de un carácter pues alegre, ¿verdad?, un carácter muy opuesto al de mi padre. Era alegre y le gustaba trabar conversación con todo mundo. Siempre estaba cantando. Por las mañanas ponía su brasero, sacaba el carbón, lo echaba sobre la hornilla, le ponía unos trozos de ocote, después le prendía un cerillo y le empezaba a soplar para que encandilara la lumbre, siempre sin dejar de cantar. Era muy amante de tener pájaros, de tener macetas, y mi padre no. Le decía a mi mamá que eran gastos superfluos. Teníamos al único perro que hemos tenido en la casa en toda la vida, lo recuerdo, se llamaba Yoyo. Ese perro me cuidaba mucho, pero mucho.

Mi mamá era muy amante de festejar los onomásticos de sus hijos, de su marido. El día del santo de mi padre le gustaba hacer fiesta, y el día del santo de ella, pero le gustaba hacer las cosas en grande. Preparaba grandes cazuelas de comida y le gustaba invitar a sus parientes, sus amigos y compadres. Incluso en las fiestas le gustaba tomar una copa o dos. Era muy alegre mi mamacita y le gustaba frecuentar a sus compadres, a sus comadres. Era también de la clase de personas que era capaz de dejar el bocado que se iba a comer y dárselo a otra persona que viera que lo necesitaba. Y siempre dejaba que parejas que no tenían casa durmieran en el piso de la cocina.

Fuimos una familia feliz mientras ella vivió. Después de su muerte ya nadie vino a visitarnos ni hubo más fiestas. A mi padre nunca le he conocido amigos, tiene compadres, pero a ellos también los desconozco. Y nunca ha frecuentado casas que no sean las de él.

Mi mamá la mayor parte del tiempo se la pasó trabajando; le ayudaba a mi papá. Él pagaba la renta y le daba dinero para el gasto, pero me dijo mi tía que nunca le dio para ropa y otras cosas. Ha de haber trabajado unos cinco años; vendía recortes de pastel en

el barrio pobre donde nosotros vivíamos. Iba a comprar recorte de pastel a la pastelería El Granero, una cantidad grande, y vendía cincos y dieces de migajas. Después se relacionó con gente que compra y vende usado y varias veces me traía por la colonia Roma a comprar ropa para vender en el puesto que ella tenía en el mercado del baratillo.

Mi mamá era muy religiosa y le gustaba mucho ir en las peregrinaciones. Una vez nos llevó a Roberto y a mí con ella a Chalma. Chalma es el santuario de los pobres, los que con mucha fe y amor caminan 60 kilómetros por entre brechas en la sierra. Es un viaje muy duro, un sacrificio ir caminando cargando el equipaje y comida. Había mucha gente cuando fuimos y nos llevó cuatro días. Llegamos muy cansados, después de haber andado a lomo de mula. Nos dormimos sobre una calle empedrada. Había cantidad de gente ahí acostada. Se acostumbra comprar un petate chalmeño, y se duerme uno en la calle porque no hay hotel. Mi madre estaba platicando con otros peregrinos y le decían: —Tenga mucho cuidado con sus niños, señora, porque es tiempo de que las brujas andan muy activas. Fíjese usted, antier sacaron del tular a tres criaturas que se habían chupado las brujas.

Yo me acuerdo que nosotros estábamos oyendo aquel relato y me entraba mucho miedo y a Roberto también. Decía: —¿Oyes, mano, oyes? —Le decía yo: —¿Sabes qué cosa, mano? Nos tapamos bien con la cobija, hasta la cabeza, y así la bruja cree que no hay niños aquí y no nos puede hacer nada.

En el transcurso del camino hay cruces donde ahí se murió alguien, y hay la creencia de que aquel espíritu está esperando posesionarse de las criaturas, y cuando uno pasa cargando un niño por ahí hay que gritarle el nombre de la criatura para que no se quede ahí su alma.

Veía yo bolas de lumbre volar de la punta de un cerro a la punta de otro. Todas las gentes decían: —¡Es la bruja, es la bruja! —y si estaban acostados, se sentaban y luego se hincaban. Las madres tapaban a sus hijos. Mi mamá nos abrazaba por debajo de las cobijas para que la bruja no nos llevara. Decían que el mejor modo de agarrar una bruja era poner unas tijeras en cruz, santiguarse ante las tijeras y rezar la Magnífica; y agarrar un rebozo, enrollarlo a modo que quedara como cuerda, y rezar una Magnífica, un Padrenuestro y echarle un nudo al rebozo, y así sucesivamente. Y tienen la creencia firme que al último nudo que le echaban la bruja aquélla iba a caer a los pies de uno. Y querían que cayera para quemarla en leña verde, porque las brujas se deben quemar en leña verde a fin de que se mueran.

Hay muchas leyendas ahí en Chalma. Un peñón muy grande que se ve al lado del camino se llama el Arriero. Semeja un campesino con su faja, como la que usan los indios aquí, con un burro delante y un perro atrás de él. Ese arriero, según parece, mató a su socio que iba con él arriba de aquel monte, y ahí está encantado; inmediatamente se convirtió en piedra. Luego están los Compadres, que fornicaron dentro del río los dos y resulta que cuando estaban en el acto, como eran compadres, se volvieron rocas. Después hay una configuración de rocas muy curiosas, parece un padre, meditando, con una mano puesta en la mejilla, su sombrero y su capa. Este cura, no recuerdo por qué,

pero también fue un castigo del cielo. Las gentes de edad tienen la creencia de que aquellas rocas cada año por sí solas dan una vuelta. Cuando hayan llegado dentro de la iglesia van a volver a su estado normal.

Hay también penitentes, personas que van con la penitencia de ir de rodillas desde las cruces del Perdón hasta el atrio de la iglesia. Hay padrinos para bajar la penitencia; el que va con la penitencia va de rodillas y los padrinos le ayudan con una cobija, se la ponen en la tierra, pero a trechos tienen que andar sobre la tierra vil, sobre la roca. Hay otros que compran una cuerda, un mecate de tendedero, que es lo más rasposo que hay, y se amarran los tobillos y caminan con los pies así. Aquel mecate les va cortando, les va cortando, hasta dejarles los pies bañados en sangre. Nunca flaquean, no, aunque lleguen sangrando y casi sin cuero en las rodillas, con el puro hueso.

Mi mamá y toda su familia iban a Chalma con frecuencia. Les gustaba también mucho ir a las peregrinaciones que se hacen a San Juan de los Lagos; fuimos siempre, pero el viaje es más largo. Mi papá fue con nosotros una sola vez, pero nunca fue a Chalma. Nunca le han gustado las peregrinaciones y ésa era otra causa para disgustos con mi mamá. Mi papá siempre ha dicho de los parientes de mi mamá: —Serán muy santos pero toman durante todo el viaje al santuario.

Es cierto que los hermanos de mi mamá, José, Alfredo y Lucio, tomaban mucho y se murieron por tomar. A mi tía Guadalupe también le gustaba tomar su copita todos los días. Pero no recuerdo que la mamá de mi mamá, mi abuelita, tomara. Era una viejecita muy erguida, muy girita, y muy limpia, mucho. Siempre traía su ropa limpia, y usaba zapatos de *glacé* y vestía blusa de telita de dibujo en negro y blanco y naguas largas negras.

Mi abuelita vivía con mi tía Guadalupe en un cuarto de la calle de Moctezuma. Tempranito llegaba a mi casa y se sentaba a desayunar. Mi papá ya había salido a trabajar. Mi abuelita le ayudaba a mi mamá a lavarnos la cara, las manos, el pescuezo. Siempre queríamos llorar porque nos tallaba muy duro con el zacate. Me daban ganas de chillar. Ella decía: —¡Mugrosos, jodidos éstos, lávense bien!

Mi abuelita tenía más arraigado el culto religioso. Nos hacía rezar a la hora de levantarnos y a la hora de acostarnos. Ella nos enseñó a persignarnos, y oraciones como la Magnífica, que ella decía era el mejor remedio de las enfermedades, y una oración al Santo Ángel de la Guarda. Era también devota del Arcángel San Miguel y nos enseñó su oración. Tenía una hora dedicada a la oración en todas las fiestas, el domingo de Ramos, Pentecostés, el Día de Muertos… todas. El Día de Muertos ponían la ofrenda: manjares, agua, pan de muerto. Fue el único tiempo que nos ponían el Nacimiento en la Navidad. Después que murió mi abuelita ya nada de esto tuvimos. Mi abuelita era la única que tenía estas tradiciones y siempre trató de inculcárnoslas.

La familia de mi papá vivía en un pueblito del estado de Veracruz pero casi no sabíamos nada de ellos. Recuerdo lejanamente que cuando Roberto y yo éramos muy chicos mi abuelito le mandó hablar. Mi abuelo estaba solo y estaba agonizando. A mis tíos los mataron, o se murieron, no sé qué cosa pasó. Mi abuelito tenía la tienda más grande de abarrotes en Huauchinango. Mucha gente le quedó a deber dinero. Él le dijo a

mi padre que la tienda era para nosotros, pero mi papá, al fin mayor, creo que la vendió. Había un tío mío que le metió rencilla, dijo que tenía mucho dinero mi papá y lo metieron a la cárcel para poderle quitar el dinero. Luego creo que lo querían matar, o no sé qué cosa querían hacerle. Entonces mi mamá en la noche salió sigilosamente y se fue a la cárcel —al fin cárcel de pueblo—, le pegó con un garrote al guardia y que saca a mi papá de la cárcel, y nos tuvimos que venir pero si a la carrera en el tren que venía para México. Así que pues de eso no le quedó a mi papá ni un centavo.

Cuando tenía yo seis años nació Consuelo. Ese día andaban muy agitados ahí en la casa y mi hermano Roberto y yo nada más veíamos el movimiento. Nomás nos mirábamos uno al otro pero no nos explicaban qué estaba sucediendo. Luego nos corrieron para afuera y después oímos un llanto de niño. Me agradaba mucho oír llorar a Consuelo, oír su llanto de niña chiquita, y se me hacía una cosa muy bonita tener una hermanita. Pero entonces empecé a sentir celos pues me daba yo cuenta de que mi mamá la traía cargando, y que le daba de comer y ahí estaba. Le decía: —Mi hijita, qué bonita mi muchachita. —Y yo sentía feo. Mi mamá me veía que ponía yo cara y me decía: —No, no, m'hijo, si usté es mi consentido, no se crea. —Y siempre era yo el preferido, porque siempre andaba cargando conmigo cuando andaba ella trabajando. Dejaba a Roberto con mi abuelita y yo me iba con ella. Y mentira que de chamaco no sepa uno lo que hace; sí sabe uno. En mi interior pensaba: "mi mamá me quiere mucho, me tiene que comprar esto", porque yo todo quería, ¿no? Nada más haciéndole un berrinche, una rabieta, me lo tenía que dar. Me acuerdo muy bien que me decía: —Ay, hijo, yo te quiero mucho, pero la verdá eres muy exigente. Yo no sé qué vas a ser cuando seas grande.

Un día íbamos al Granero a traer el recorte de pastel y mi mamá se detuvo a platicar con su comadre, la madrina de Consuelo, cuando veo que le empieza a salir sangre por la pierna. Ella no se había dado cuenta y yo le dije: —Mamá, ya te cortaste. —¿Cómo que ya me corté? —Sí, mamá, tienes sangre en la pierna. —Creo que sí, de veras, ya me corté. —Se regresó a la casa y le mandó hablar a mi papá.

Luego entró la señora que había venido la otra vez, con Consuelo, y de repente oí llorar a un niño. Mi hermano y yo estábamos ahí sentados con caras de conejos asustados y mi papá se nos quedó viendo y dice: —No se espanten, hijos, ya tienen otra hermanita, la trajo la señora en la petaca que venía cargando. —Entonces nos metimos y me acerqué a ver a la niña, al bulto que tenía abrazado mi mamá. Sentí bonito el olor a talco y a jabón, pero cuando me acerqué a darle un beso, que me retiro rápido y le dije: —Ah, está refea, mamá, esa muchachita. Te hubieran traído una más bonita.

Mi papá se ponía muy contento cuando nacieron sus hijas. Creo que él hubiera preferido tener solamente hijas. Era más afectuoso con mis hermanas pero entonces no lo notaba yo tanto porque todavía cuando vivía mi mamá mi papá era muy cariñoso. Con Roberto no recuerdo exactamente. Hay una cosa, pues a mi papá no le ha gustado la gente así muy morena, y es que a lo mejor por eso, a causa de su color, pues él es bastante moreno. Cuando éramos chicos no era tan estricto con nosotros. Si hasta nos hablaba con otro tono de voz. Lo malo para nosotros, para Roberto y para mí, fue

crecer. Yo fui feliz hasta que tuve ocho años.

Por cierto que en ese tiempo fue cuando me di cuenta del contacto sexual entre el hombre y la mujer. Pasó que mi mamá iba a prender la lumbre y quién sabe qué se había hecho el aventador y me mandó a pedírselo a la vecina. Abrí la puerta, salí corriendo y me metí a la casa de la vecina de sopetón, sin llamar. El marido tenía a Pepita en un sofá. Ella estaba con las piernas para arriba y él con los pantalones para abajo y esas cosas. Pues yo sentí pena de algo, no podía precisar de qué, bueno, como que los había agarrado en un hecho malo. Pepita se turbó toda y el señor también, pero nada más cesaron el movimiento, no se quitaron de la posición que estaban. Y me dice: —Sí; agárralo, ahí está en el brasero. —Entonces ya me salí y ocúrreseme platicarle a mi mamá, ¡y me ha puesto una tunda!… —¡Muchacho baboso, qué anda viendo!

Se me grabó aquello y después ya quise experimentar aquello con las chamaquitas de la vecindad. Y jugábamos al papá y a la mamá. Mi mamá tenía una muchacha que le ayudaba a hacer el quehacer y yo jugaba con ella cuando estábamos solos. Un día subió a la azotea a tender la ropa y yo me fui detrás de ella. —Ándale —le digo—, vamos a hacerlo. —Y traté de alzarle el vestido y bajarle los calzones y ya iba a dejarse, cuando oí que alguien tocaba en una ventana. Nuestra casa en aquel tiempo daba enfrente de una fábrica de medias y cuando me volteé a ver quién estaba tocando, que veo a todos los hombres y mujeres que trabajaban ahí señalando y riéndose. Alguien gritó: —¡Cabrón muchacho, miren el escuincle éste, hijo de la chingada! —Y que me voy corriendo de la azotea.

El primer día que mi madre me fue a dejar a la escuela me solté llorando y al primer descuido de la maestra me salí corriendo y me fui a refugiar a la casa, puesto que era únicamente una cuadra. Una señorita que se llamaba Lupe fue mi primera maestra y era de un carácter tan fuerte, pero tan fuerte así, que si alguno de nosotros hacía una travesura agarraba el borrador y se lo aventaba desde donde estuviera. Tenía una regla de esas de a metro y, bueno, a mí una vez me la rompió en la muñeca.

Ese año conocí a mi primer amigo, se puede decir, de confianza. Santiago se llamaba y era el que me defendía cuando me pegaban los muchachos más grandes. Este muchacho era más grande que yo y fue el que me empezó a enseñar a decir majaderías y acerca de lo que hacen los hombres con las mujeres.

En esa escuela estuve del primero al cuarto año. Ahí me pusieron el apodo de *Chino,* pues tengo los ojos oblicuos. Iba yo en tercer año cuando Roberto entró a primero. Sentía que me hervía la sangre, me daba mucho coraje que le pegaran y siempre me peleaba por mi hermano. A la hora del recreo yo veía que lo querían llevar castigado a la dirección por algo, y lo llevaban jalando, y como estaba más chiquillo se soltaba llorando y forcejeaba. No sé qué se me figuraba pero me daba mucho coraje y entonces es cuando peleaba yo.

En una ocasión mi hermano llegó llorando en una forma desaforada a mi salón de clase y noté que le salía sangre de la nariz: —Fíjate que me pegó *el Puerco.* —Y sin más que voy al salón de él y llegué a reclamarle: —Francisco, ¿por qué le pegaste a mi

hermano?

—Porque quise, ¿y qué?

—Ah, sí, pues pégame a mí. —Y que me avienta. Me le fui encima, pero en eso le finté con la mano izquierda y él se agachó y le pegué un golpe muy fuerte. Cuando él me tiró ya tenía una navaja en la mano, que si no me agacho seguro me había cortado la cara.

Luego mandaron llamar a mi padre. Por desgracia era un miércoles, el día que descansaba mi padre. En la tarde que salí no sabía yo si llegar o no llegar a casa, ¿no? Pero después dije: "Pues en el nombre sea de Dios. Voy a llegar y me va a pegar mi papá, ni remedio". Llegué y por una hendidura que había en la puerta estaba viendo a mi papá a ver qué cara tenía, si se veía enojado o contento. Pues entré y no me pegó mi papá ese día, sino que me dijo que procurara evitar los pleitos lo más posible.

Llegué yo de la escuela y se acercaba el Día de las Madres. Habíamos estado ensayando una canción dedicada a la madre. Llegué a la casa cantando la canción, "Perdóname, madre mía, que no puedo darte más que amor". Entonces mi padre, lo noté con mucho orgullo, con mucha satisfacción, me dice:

—No, hijo, puedes darle también este regalo. —Volteé los ojos hacia donde señalaba y sobre el ropero estaba un radio.

—¡Qué bueno, papá! —le digo—, ¿es de mamá?

—De tu mamá y tuyo también —me dijo mi padre.

El radio lo compró a raíz de una lotería que se sacó. Después me cayó mal el radio porque mi papá se enojaba con mi mamá si llegaba y tenía encendido el aparato, porque decía que se iba a descomponer. —Aquí nadie paga nada, yo soy el único que pago. —Y, bueno, él quería que nada más el radio se tocara cuando él quisiera.

Después de la muerte de mi madre mi abuelita se hizo cargo de nosotros por un tiempo. Mi abuelita en realidad es la única persona que yo sentía que me quería realmente. Me acercaba a buscar consejo con ella. Era la única que lloraba porque no comía yo. En una ocasión me acuerdo que me dijo: —Manuelito, mira, tú eres muy caprichudo, hijo, y me haces hasta llorar porque no quieres comer. El día que yo me muera vas a ver que nadie va a llorar para que comas.

Mi abuelita nunca nos pegaba. Cuando alguna vez no quise acompañarla a algún mandado me jalaba las orejas, o me tiraba de las patillas, pero no fue seguido. Mi mamá sí llegó a pegarnos en varias ocasiones, especialmente a Roberto, que era insoportable, era muy travieso. Una vez se metió abajo de la cama y mi mamá de tanto coraje que tenía porque no quería salir, agarró una plancha de ésas para carbón y se la aventó así por el suelo y le hizo un chipote en la cabeza. Mi abuelita más que nada significó para mí la ternura personificada.

Mi papá se llevó bien con mi abuelita. Yo no recuerdo haber visto ninguna discrepancia entre mi abuela y mi padre. Ella fue para nosotros el hada madrina porque nos enseñó a rezar, nos enseñó a querer y a respetar el recuerdo de nuestra madre. Siempre nos dio consejos sanos: —Cuiden de su padre, es el hombre que los mantiene,

que les da de comer, y padres como el que ustedes tienen hay pocos.

En un tiempo mi tía Guadalupe estuvo atendiéndonos. Una noche mi papá nos mandó a comprar dulces. Él esperaba, yo creo, que nos tardáramos, pero yo regresé prematuramente. Me di cuenta que él estaba en la actitud del hombre que quiere abrazar a fuerza a una mujer. Creo yo que mi papá le haya hecho el amor a mi tía Guadalupe. Sí me sorprendió de mi papá, como que al fondo me desagradó, ¿no? Pero, bueno, era mi papá y no lo juzgo.

Después mi papá trajo varias sirvientas para cuidarnos. No me acuerdo del nombre de la primera, dientona ella, y tenía los dientes muy amarillos porque fumaba mucho. Un día que estaba lavando fui y que le meto la mano por abajo y me dice:

—Noooo, estáte quieto, ándale, a ver qué te vas a ganar, sangrón. —No quería, la fregada, pero le subí el vestido, y que le veo la cola, y ¡ay!, tenía hartos pelos… sentí refeo.

Nos cambiamos de la calle de Moctezuma a una vecindad a la calle de Cuba. Nuestro cuarto era muy pequeño y oscuro y estaba en muy mal estado; me pareció un lugar muy pobre. Fue donde mi papá conoció a Elena.

No recuerdo los números exactos, pero supongamos que nosotros vivíamos en el número uno y Elena vivía en el número dos con su marido. Nada más lo que hizo mi papá fue pasarla del número dos al número uno y se casó con mi padre. Se mostraba muy cariñosa con nosotros al principio, con mis hermanos y conmigo. Era muy joven y bonita. Como no sabía leer me mandaba hablar a mí para que le fuera a leer el *Pepín* o el *Chamaco*. Era nuestra amiga, ¿no? Yo no sé cómo estaría, el caso es que se enamoraron mi papá y ella. Y yo creo que quisieron disimular la cosa porque Elena entró a la casa de nosotros como sirvienta, pero vamos a ver que después vino casándose con mi padre.

Una noche el marido de Elena le mandó hablar a mi papá. Mi papá, a pesar de ser chaparrito, fue y se metió a la casa del otro. Vi que agarró un cuchillo y que se lo guarda en la cintura. Estuvieron encerrados y yo tenía miedo. Le dije a Roberto: —Súbete a la azotea y si vemos que le quiere hacer algo aquél nos aventamos sobre de él. —Estábamos chamacos, pero estábamos en la azotea viendo a ver qué. Pero no, hasta la puerta de adentro cerraron. Tenía yo mucho miedo, estaba yo muy preocupado por mi padre, pues dije: "A lo mejor éste lo va a matar, le va a hacer algo". Quién sabe qué cosas estarían hablando, luego ya salió mi padre y entonces ya en definitiva se quedó Elena allí en la casa.

A raíz de eso se formó un escándalo ahí en la vecindad, ¿no? La gente escandalizada, que cómo había sido capaz Elena de salirse de una pieza y meterse a otra luego luego, ¿verdad? Y que mi papá qué valor de haberla sacado. Bueno, era la comidilla de ahí de la vecindad. Entonces mi papá tuvo que haberse cambiado y nos fuimos a vivir allí a las calles de Orlando.

El día que nos cambiamos mi papá vino temprano de trabajar, a la una en punto, y como siempre le ha gustado que las cosas se hagan rápido, llegó diciendo: —Vámonos, desarmen la cama y enrollen el colchón. —Enrollamos el colchón, y para que no se viera lo manchado, lo sucio, lo envolvimos con una colcha limpia. Empezamos a bajar ollas, a

descolgar jarros, a acarrear las cosas en las tinas que teníamos para apartar agua, porque es un problema, en todas las casas falta agua. Entre mi hermano y yo sacamos las cosas, Elena andaba también ayudando. Mi papá contrató a alguien para que cargara el ropero, pues estaba pesado y la nueva casa quedaba como a una cuadra y media.

Era una vecindad más grande y más bonita y por primera vez vivimos en dos cuartos. Las piezas estaban en el tercer piso y había únicamente un barandal muy pequeño en el corredor que daba al patio. Mi papá mandó poner una verdadera barda para que no nos fuéramos a caer.

Pero a mi papá no acababan de gustarle estos cuartos en Orlando, así que nos volvimos a la calle de Cuba, donde vivían, por cierto, dos compañeras de trabajo de mi padre. Una de ellas tenía una hija que me gustaba mucho. Se llamaba Julia y soñaba con que fuera mi novia, pero su familia era de condición más acomodada que la nuestra y me hacía sentir como inferior. Cuando vi lo bonita que tenían amueblada su casa me decidí a nunca pedirle que fuera mi novia.

Al principio Elena nos trató bien. Se mostraba muy cariñosa con nosotros, pues ella nunca tuvo hijos, no podía tener familia. Después se volvió un poco mala con nosotros, ya una vez que nos cambiamos a Cuba. De allí fue cuando empezó mi padre a cambiar en su modo de ser con nosotros. Ella de continuo peleaba con mi hermano Roberto y al pobrecito de mi hermano es al que le pegaba mi papá, más que nunca. La primera vez que sentí la impresión que mi papá sí quería mucho a Roberto fue cuando un perro lo mordió y le jaló un cacho de carne. Vi ponerse descolorido a mi papá, se espantó mucho, se atarantó mi papá completamente y no sabía qué hacer. Unas vecinas le echaron una pomada, no sé qué cosa, y le vendaron el brazo.

Es cierto que Roberto siempre ha sido muy difícil, de un carácter rebelde, nunca le ha gustado dejarse de nadie. Elena le decía: —Lava el suelo. —Y decía Roberto: —Nosotros por qué lo vamos a lavar. Usted es la señora de la casa. —Total, que se agarraban fuerte, ¿no?, de palabra. Entonces venía mi papá, y Elena hacía que estaba llorando y agarraba mi padre el cinturón y nos daba parejos, a mí y a Roberto. Aunque uno no hiciera nada, nos pegaba a los dos. Nos ponía a lavar el suelo, a lavar los trastes, y Elena se sentaba a la orilla de la cama y se reía de nosotros para hacernos rabiar más.

Una ocasión estábamos sentados cenando —mi madrastra, mi padre, mis hermanas, mi hermano y yo—. Yo iba a dar un sorbo de café cuando volteé a ver a mi padre. Nos estaba viendo fijamente a mi hermano y a mí, como con rencor, como con odio verdadero, y nos dijo: —¡Hijos de la chingada, ya hasta lo que se tragan me pesa, hijos de la rechingada! —Sin motivo, porque ese día no habíamos hecho nada nosotros. Nos dijo así y yo nunca he vuelto a sentarme a la mesa con mi padre.

Entre hermanos, donde debe existir tanta confianza y más siendo huérfanos de madre, debiéramos ser más unidos, buscar más apoyo uno en otro, ¿verdad? Pero nunca hemos podido ser así por cuestión de que mi padre siempre se interpuso entre las muchachas y nosotros. Entonces nunca pude cumplir con mi deber como hermano mayor. Si mi madre hubiese vivido, hubiera sido completamente diferente, porque mi madre tenía gran apego a la tradición de que los menores deben respetar a sus mayores.

Posiblemente mis hermanas nos hubiesen respetado sin que nosotros hubiéramos abusado de esa autoridad.

Aquí en México se estila que el hermano mayor debe de ver por los menores, ¿verdad?, debe de corregirlos un poco. Pero él nunca me permitió que les llamara la atención a mis hermanas, porque ¡ay de mí donde se me ocurriera! Me decía: —¿Quién eres tú, hijo de la chingada, qué les das? ¡El único que se chinga aquí para trabajar soy yo, y nadie, ni tú, ni ninguno, tiene que ponerles la mano encima!

Mis hermanas, especialmente Consuelo, siempre trató de crear discordias entre nosotros. Sabía cómo hacer para que mi papá nos pegara y nos jalara las orejas. Desde un principio mi papá no nos dejaba jugar con ella, o correr, con eso de que ha sido siempre tan flaquita. Y para ser franco nunca consideré tener una hermana. Siempre ha sido muy quejumbrosa, siempre ha sido exagerada. ¡Para exagerar cómo exagera esa Consuelo! De repente le daba yo un manacito y se soltaba llora y llora y llora. Llegaba mi papá y ella empezaba a tallarse los ojos para que se le pusieran rojos y mi papá notara que había llorado. La veía mi papá y le decía: —¿Qué te pasa, hija, qué tienes, madre? —Hacía un escandalazo, porque si nosotros le dábamos un manazo, ¡uuuuh!, se soltaba como sirena: —Mira, papá, me pegó en el pulmón. —Siempre decía que le pegábamos en el pulmón, pues sabía que era la parte que le preocupaba a mi papá, y ahí tiene que mi papá zúrrale con nosotros.

La Flaca —así llamábamos a Consuelo— siempre ponía cara muy humilde delante de mi padre, como sor Juana Inés de la Cruz ante el crucifijo. Era toda sufrimiento y resignación, pero con las uñitas afiladas por dentro. Siempre era muy egoísta y ¡hombre! a Roberto y a mí nos daba mucho coraje.

No sé por qué mi padre ha sido muy duro con los hijos y muy cariñoso con las hijas. A ellas les habla con un tono de voz y a nosotros con otro. Será que mi padre es un hombre chapado a la antigua y en ese tiempo eran muy estrictos con los hijos hombres. En dos o tres ocasiones que mi padre me ha dejado entrever su vida, se acuerda que mi abuelo era muy estricto con él, lo golpeaba mucho. Ha de decir que, para que no le perdamos el respeto, él se muestra, antes que padre, hombre con nosotros. A Roberto y a mí nos ha pegado fuerte, nos ha dicho cosas que a veces en realidad no tiene justicia para decírnoslas, sin embargo nunca le hemos contestado. Siempre lo hemos respetado, bueno, lo hemos adorado, entonces, ¿por qué nos ha tratado así?

El hecho de que nos haya pegado siempre fuerte no lo tomo como cosa cruel porque lo hizo con buenas intenciones. En ocasiones también nos pegó a causa de otro sentimiento más fuerte del que tenía por nosotros, que era el amor de Elena. En esas ocasiones le podía más su mujer que nosotros los hijos, y nos pegó para desagraviar, para complacer a la mujer. Yo creo que en el fondo nos quería mucho, pero él quisiera que fuésemos alguien; él abrigaba muchas esperanzas de sus hijos, y al verse defraudado, desilusionado, tiene rencor con nosotros. Nos decía que Elena era una santa, y que nosotros fuimos los canallas, los malas almas que nunca quisimos comprenderla y que nunca la dejamos ser feliz. Yo creo para mi modo de pensar que su amor por Elena era una mezcla de cariño y gratitud, y mi padre es, pues, aferrado a sus sentimientos. No

creo que él haya querido a Elena más que a mi madre, porque mi madre fue su amor verdadero, su primer amor.

En cuanto a Elena yo fui siempre pues no sé, más dejado, o más prudente. Aun cuando me dolía lo que ella decía yo me lo guardaba, me lo callaba, y sabía que no me iba a resultar bien. Yo le recomendaba a mi hermano que se quedara callado, pero él nunca se dejó de ella porque decía que esa mujer no era su madre. A mis hermanas, Elena las trataba más bien, por ser mujeres posiblemente, o como eran muy chicas no podían protestar ellas, no podían catalogar, pero nosotros ya teníamos más visión de lo que era una cosa y lo que era otra.

En una ocasión estábamos platicando, una plática de familia se puede decir, ¿no?, y se me ocurrió decirle a Elena que mi mamá le decía a mi papá, por cariño, *Gato Seco*. Entonces Elena dijo una grosería de mi madre, que quién sabe qué clase de amor le tenía a mi padre que le andaba poniendo apodos. Insultó a mi madre en una palabra, y me dio mucho coraje y le dije que con mi madre no se metiera. Tuvimos un disgusto, llegó mi papá y me pegó. Siempre procuré evitar los disgustos con ella, pero Roberto no, era como un volcán, nomás lo tocaban y explotaba.

Cada cosa mala que pasara, o que faltara cualquier objeto de la casa, cualquier cosa, culpaban a Roberto. Hay una cosa que me duele mucho y es que en una ocasión pagó mi hermano por una culpa mía. Ésa fue la única cosa que he hecho. Mi amigo Santiago me dice: —Sácate algo de tu casa para irnos al cine. —Y lo que hallé más a la mano fue un crucifijo que tenía mi papá, de mi abuelito; lo saqué y lo fuimos a vender.

En la tarde buscaron y buscaron el Cristo, que no apareció. ¡Cómo iba a aparecer si yo lo había vendido! Entonces le pegaron a mi hermano porque decían que él lo había robado. Quise confesarle a mi padre que yo había sido, pero de verlo tan enojado, me dio miedo y me quedé callado. Nunca le he dicho a nadie de este incidente. Pero sí cada cosa que pasaba, algún desperfecto, siempre se lo cargaban a Roberto.

Después de la muerte de mi madre Roberto empezó a sacarse las cosas de la casa. La mayoría de las veces que faltaban cosas de la casa, él se las sacaba. Excepto el Cristo, nunca volví yo a sacar nada de mi casa. Los robos de Roberto cuando chico eran robos en pequeña escala y creo que haya sido pues por consejo de los amigos. Por ejemplo, mi papá mandaba a la casa los huevos por docena; él agarraba un huevo, o dos, y los iba a vender, entonces ya tenía para gastar. Pobrecito de mi papá, no podía con tanto. Nos compraba zapatos y ropa cuando la necesitábamos y siempre nos compró útiles para la escuela de lo mejor. Pero había veces que ni yo ni mi hermano llevábamos ni cinco centavos para gastar. Me daba envidia que mis compañeros compraban paletas, o dulces, o cualquier golosina. Y pues siempre se siente triste uno así, ¿no? Pero ahora comprendo que mi papá no podía atender a tantos.

Cuando estaba yo en quinto año tuve mi primer novia. Esta muchacha, Elisa, era hermana de mi amigo Adán. Iba yo a la casa de él a cantar, porque siempre me ha gustado cantar, y él tocaba la guitarra. Sus padres le tenían a Elisa una vigilancia muy estrecha y a mí me aceptaron como amigo de su hermano. Yo quería sentir a qué sabía

tener novia, así que le dije yo de plano que si quería ser mi novia, ¿verdad? Esta muchacha era mucho más grande que yo y mucho más alta. Yo tenía como 13 años y tenía que subirme en algo para poder besarla. La llevaba yo al cine donde la podía yo besar y abrazar. A su novia de uno la quiere para llevarla al cine, o ir a pasear a cualquier parte con permiso de los padres. Una vez que se duerme con ellas es como si ya estuviera uno casado.

Por mis amigos empecé a desatenderme de mis estudios, pero mi profesor, el profesor Everardo, era una persona buena, yo como alumno era malo porque no estudiaba, pero se puede decir que de hombre a hombre era yo amigo de él. Allí en esa escuela me sucedió un hecho muy interesante que me trae en mi vida real muy buenos recuerdos. En una ocasión, recién que llegué yo allí, había un muchacho que se llamaba Bustos que era el campeón en la escuela, por razón de que les ganaba a todos los zoquetes a pelear. Hubo junta el primer día de clases, se fueron los maestros y dejaron a Bustos encargado del salón de nosotros. Entonces Bustos me llamó la atención, pero en una forma indebida, ¿no?, y le dije: —No, no, chiquito, tú a mí no me gritas.

—Ah, ¿no? —dice—, ¿pues qué tú eres muy chicho? No me digas.

—No soy tan chicho, pero pues, ¿por qué me vas a gritar tú? Si tantos pantalones tienes tú como yo. ¿A poco porque tú eres bravero aquí? No, mano, yo vengo de Tepito, y los de Tepito no nos dejamos nunca de nadie.

Pues que nos agarramos una moquetiza allí mismo dentro del salón y bueno, pues lo he puesto bañado, pero bañado así, en sangre. De las narices y de la boca, todo le reventé. Y los muchachos dijeron: —¡Ay, Bustos, qué bárbaro, mira nada más qué trompiza te puso el nuevo! —Después me pusieron de apodo *el Veinte,* porque a la hora de pasar lista a mí me tocó el número 20. A raíz de eso que le había yo pegado al más chicho de ahí, pues me hice famoso, y decían que *el Veinte,* y *el Veinte,* y ya dondequiera ganaba *el Veinte.* Ya después de eso ya ninguno de los muchachos se metió conmigo, pues aunque he sido chaparro, pues he tenido buen cuerpo y los brazos gruesos.

Había una muchacha, Josefa Ríos, que creo yo que fue de la primera muchacha que me haya yo enamorado realmente en mi vida; una rubia, blanca, bueno, muy bonita esta muchacha, ¿no? Había un muchacho, Pancho, y pues era hijo de padres de más dinero y muy guapo, por cierto. Yo andaba locamente enamorado de Josefa, y ella andaba enamorada de Pancho y Pancho no le hacía caso. Llegó a tanto mi celo que yo no hallaba cómo provocar a Pancho para pelearme con él delante de Josefa para que viera que yo era mejor. Y no, Pancho nunca quiso pues supo que le había yo pegado a Bustos.

Bueno, pues entonces se acercó el santo del director de la escuela y todos los grupos tenían un número para desarrollar en su honor. Nuestro salón no tenía nada preparado. Un día llegué temprano a la escuela y no había nadie y siempre que me siento triste o que me siento alegre me da por cantar, me puse a cantar allí en el salón. Estaba yo canta y canta y no me había dado cuenta que el maestro Everardo, mi maestro, me estaba oyendo. Luego que entró me dice: —Oyes, Manuel, pues tienes buena voz. Ya tenemos número para presentar el día del santo del director. —Pero yo no comprendí con qué

intención me había dicho esto. Transcurrieron unos días, llegó la fecha exacta del festival, y entonces el primer año presentó un bailable, el segundo una declamación, el tercer año… y así sucesivamente. Llegó el quinto año y entonces dicen: —Quinto año A, canción dedicada al señor director, cantada por el alumno Manuel Sánchez Vélez. —¡Madre Santísima! Yo no sabía, ni me habían avisado y ahí estaba Josefa en primera fila. Me dio una pena espantosa, pues no es lo mismo estar uno solito cantando como loco, que delante de la gente.

Y que me escondo debajo de las bancas y ya no quería salir de allí. Todos buscan y buscan hasta que uno de los muchachos, Bustos, se da cuenta y que me sacan de debajo de la banca y ahí me llevan. Parecía que me llevaban preso. Bueno, subí al estrado y canté una canción que estaba en boga en aquel tiempo: "Amor, amor, amor, nació de mí, nació de ti, de la esperanza… amor, amor, amor, nació de Dios, para los dos, nació del alma". En ese tiempo tenía la voz más clara, ¿verdad?, y podía cantar mucho más alto. Yo no oía lo que estaba cantando, de los nervios, de la pena que tenía y no quitaba la vista de Josefa. Como si hubiera despertado de un sueño pues que oigo unos aplausos, muy fuertes, muy nutridos. ¡Ay! Y entonces me sentí muy orgulloso y Josefa era la que más me aplaudía, y dije: —¡Ay, Dios mío!, ¿qué será posible que ahora sí se vaya a fijar en mí? —Bueno, pues ya después yo quería que me dejaran cantar más.

Esa misma tarde le dije a Josefa: —Necesito decirte algo, ¿me das permiso de verte? —Y me acuerdo que me dio tanto gusto que me dijo: —A las seis de la tarde te espero en la esquina de mi casa. —Me dio mucho gusto y fui a las seis de la tarde, en puntito; allí estaba yo, pero ¡triste mi decepción! no salió. Ese mismo día le habló Pancho y claro, ella le correspondió y a mí me dejó "chiflando en la loma", como se dice aquí.

Siguieron las clases y yo me iba de pinta un día por semana. Fue cuando me empezó a dar por fumar. Nos íbamos con los amigos y uno de ellos dice: —Vamos a ver qué se siente darse las tres. —Me daba su cigarro, y yo fumaba de él y luego lo pasaba a otro, era un cigarro para varios.

Yo me ocultaba de mi padre para fumar; una vez que entró y estaba yo fumando recuerdo que hasta me metí el cigarro prendido a la boca y con la saliva le hacía yo para que se apagara. He de haber tenido unos 12 años cuando me agarró fumando ahí en el patio, me acuerdo que me dice: —Mmm, cabrón, ya sabe usted fumar, y ¿sabe usted trabajar para comprarse sus cigarros? ¡Nomás ahorita que llegues a la casa verás, cabrón! —Así me dijo delante de los amigos. Después eso lo agarraron para andarme vacilando a cada rato. Decía yo: —Dame un cigarro, mano, ¿no? —No, qué te voy a dar, a ti te pega tu papá.

Hasta que tuve 29 años no fumé delante de mi padre. El día que me decidí a hacerlo fue más bien una especie de rebelión contra su paternidad, porque dije: —Bueno, que vea que ya soy hombre… Incluso todavía siento cierta penilla, ¿no?

Siento, he tenido la sensación, que nunca hemos tenido un hogar verdadero. He tenido muy poco que ver con mi familia y he pasado tan poco tiempo en la casa que no puedo ni recordar qué hacíamos. Además no tengo memoria para las cosas diarias. Sólo lo que me desagrada mucho o lo que me agrada es lo que recuerdo perfectamente bien,

en todos sus detalles. Pero las cosas rutinarias… pues siempre he tenido aversión a la rutina.

No quiero que esto suene como ingratitud hacia mi padre, pero la verdad es que siempre nos ha tratado muy mal a mi hermano y a mí. Nos ha hecho pagar por el lugar en que hemos dormido y el pedazo de pan que hemos comido, humillándonos. Sí ha sido muy fiel, muy responsable, pero siempre me ha parecido más enérgico. Él hubiera querido que hubiéramos salido una réplica exacta de él. Él imponía su propia personalidad sobre la de nosotros y nunca nos dejó externar nuestras opiniones, ni nunca pudimos acercarnos a él, a pedirle consejos sobre lo que debiéramos o no hacer, porque él nos decía: —Pendejos babosos, ustedes qué saben, cállense el hocico. —Ya le daban a uno un cortón, le daban a uno un aplastón, y ya no podía hablar media palabra con él.

El hábito de andar en la calle me lo fue formando inconscientemente él. Como digo nunca he tenido un hogar verdadero porque no éramos libres de llevar un amiguito. A la hora que estaba leyendo y entrábamos o hacíamos cualquier ruido: —Cabrones, sáquense para el patio a jugar, cabrones, mulas, que estoy leyendo; no estén jodiendo, viene uno de trabajar todo el día y no puede uno ni leer en paz. —Si nos quedábamos adentro teníamos que estar absolutamente callados.

Quizá es que soy hipersensible, pero la falta de sentimiento de mi padre hacia nosotros me hacía pensar que éramos una carga para él. Hubiera sido más feliz con Elena si no nos hubiera tenido a nosotros, porque creo que en realidad en ese tiempo sí le pesaba a él mantenernos, lo hacía como de esas cargas que no se pueden soportar y porque tienen que llevarse se llevan. Nunca se me va a olvidar la mirada que nos echó de odio a Roberto y a mí aquel día que estábamos cenando. Me fui a la cocina llorando y no pude comer porque se me atoraba el bocado en la garganta.

Muchas veces le he querido decir: —Mira, papá, ¿qué te he hecho? ¿Por qué tienes la peor opinión de nosotros? ¿Por qué nos tratas como a criminales? ¿No te das cuenta que hay padres que tienen hijos que son drogadictos, o que abusan de sus familias en su propia casa, o que matan hasta a su propio padre? —Algún día, si me atrevo, me gustaría decirle todo esto, con buen modo, desde luego.

Siempre que he tratado de hablarle a mi padre hay algo que me impide hablar. Creo yo que palabras me sobran, ¿verdad? Pero algo se me atora aquí en la garganta y entonces ya no puedo hablarle. No alcanzo a definir si en realidad es el respeto profundo que le tengo a mi padre o miedo. Quizá sea por esto que he preferido vivir mi vida muy aparte de mi padre y del resto de mi familia. Hay un golfo entre nosotros, una desunión, y aunque los respete me duele ver lo que les pasa, pero me encierro en mí mismo. Una actitud egoísta, sí, pero creo que así me lastima menos a mí y los hiero menos a ellos.

Me iba con mis amigos todo el tiempo. Prácticamente he vivido en la calle. En las tardes iba a la escuela y por las mañanas iba con los amigos a trabajar a una talabartería. No llegaba a la casa más que por mis útiles. Comía en la casa pero me salía tan pronto como terminaba. Lo hacía para evitarme dificultades, para evitarme golpes, más bien, a raíz de lo de mi madrastra. Mi papá no decía nada. En ese tiempo creo yo que era mejor para él.

Debo haber trabajado desde muy chico porque el primer trabajo que tuve me acuerdo que mi papá me fue a esperar el día de mi primera raya. Saqué mis centavitos y se los entregué a mi papá. Me sentí muy contento cuando mi papá me abrazó y me dijo: —Ahora ya tengo quien me ayude. —Estuve de ayudante de acabador de zapatos en un taller a unas cuantas cuadras de la casa. Hasta la noche trabajaba, a veces nos quedábamos a velar toda la noche. Debo de haber estado muy chiquillo, de a tiro, no creo haber tenido más de nueve años.

Mi segundo trabajo fue en la talabartería, después vendí billetes de lotería, por un tiempo trabajé con el hermano menor de Elena, de ayudante del hijo de un primo de mi abuelita que era albañil. Antes de eso, cuando todavía estaba yo en la escuela, me iba a echar unas veladas a una panadería. Mi tío Alfredo trabajaba ahí y me enseñó a hacer bisquets. Desde que yo me acuerdo me he pasado la vida trabajando aunque el trabajo no haya sido muy productivo, así que ¿por qué dicen que soy un flojo hijo de esto y lo otro?

Terminó el año y me entregaron la boleta de reprobado. El profesor Everardo me quería mucho pero de todos modos me reprobó. Me dio mucha vergüenza y dolor al mismo tiempo para con mi padre que me hayan reprobado. Creí que el profesor había cometido una injusticia conmigo y allí se me acabó el amor a la escuela. Para la cuestión de la conjugación de los verbos y todas esas cosas, la gramática, para eso pues siempre fui burro. En la aritmética era yo regular. En lo que sí siempre fui sobresaliente y me gustó mucho y me encanta en la actualidad es la historia universal y la geografía. Son cosas que me fascinan, de veras, y en eso sí ponía todos mis cinco sentidos.

En la clase, en cuestión de deportes, en cuestión de fuerza física, yo era pues el número uno. En cierta ocasión se organizaron carreras de 100 metros y yo fui el primer lugar, y luego de 200 metros y yo fui el primer lugar. Me atrae mucho todo lo que es de motores y eso y mi ambición era llegar a ser profesionista, a tener alguna carrera, hubiera querido estudiar para ingeniero mecánico. Pero eso ya pasó.

Todavía vivíamos en las calles de Cuba, cerca de mi abuelita. Ella nos iba a visitar; nos llevaba el pastelito, los dulces, la ropita. Luego nos preguntaba cómo nos trataba la esposa de mi padre. Una vez me pegó mi papá y yo corrí a casa de mi abuelita. Quería yo ir a vivir con ella, pero esa noche vino mi papá y me hizo irme a la casa.

Yo para las fechas soy muy desmemoriado, pero recuerdo el día que nos cambiamos a Bella Vista porque fue santo de mi papá y ese día murió mi abuelita. Cuando mi tío le mandó avisar de su muerte a mi papá él dijo: —¡Qué regalito!

Un día antes nos mandó hablar y me sorprendió porque murió en sus cinco sentidos. Conoció a todo mundo y a todo mundo le habló. A mí me recomendó: —Híncate, hijito. Me voy a dormir. Cuida mucho a tus hermanos. Pórtate bien en la vida para que la vida te trate bien, hijo. Si ustedes se portan mal el ánima de su madre y mi alma no van a poder descansar en paz. Siempre que recen, récenme un Padrenuestro, porque es como si yo les estuviera pidiendo de comer. —Luego nos echó la bendición. Yo sentí un nudo en la garganta, pero para ese tiempo debo haberme considerado ya hombre, o algo así, porque hacía esfuerzos por no llorar. Mi tío José estaba tomado, como de costumbre, y

bailaba afuera del cuarto.

Mi tía Guadalupe y mis tíos le cambiaron su ropa, le pusieron un vestido limpio, y la limpiaron muy bien. Cambiaron ese día la cama; pusieron una sábana limpia y tendieron a mi abuelita mientras traían la caja. Entre los cuatro la cargaron y la metieron a la caja. Entonces pusieron debajo una bandeja con vinagre y cebolla para que absorbiera el cáncer que despide el difunto. Pusieron cuatro cirios, dos a la cabeza y dos a los pies del difunto. Nosotros estábamos ahí sentados, con toda la gente que fue al velorio. Se acostumbra darles café negro y pan. Pero lo que yo recuerdo que me cayó muy mal fue ver unos tipos que ahí estaban contando cuentos subidos de color. Mi papá platicaba con uno de mis tíos. Oí que le dijo a mi tío: —Ya ve, Alfredo, en estos casos de qué vale la rivalidad, las desavenencias que tiene uno, cuando así es el fin, la realidad de las cosas. —Creo que había habido pugnas entre ellos, pero mi papá les ayudó económicamente para el velorio y el entierro.

Bueno, luego empezamos a vivir en Bella Vista. La palomilla que había ahí me empezó a provocar. Pero en ese tiempo no había perdido ni una pelea en las escuelas. Había un muchacho que estaba bastante fuertecito, me provocó y yo sin más ni más le dije: —Pos ándale, hermano, ya estás.

¡Nos dimos una tranquiza! Nos llenamos de sangre, pero el otro fue el que "se dio", yo no. Entonces ya empezaron a reconocerme, ya no comoquiera se metían. Ya nada más me quedaba un muchacho al que le decían *la Chencha,* porque tenía el miembro muy grande. Un día que le tumba un diente a mi hermano de un trompón. Y pues ahí voy a ver a la famosa *Chencha*. Nos dimos una tranquiza y que lo hago chillar, pero la vio llegar conmigo, no pudo a los trompones y que me muerde. Todavía traigo una marca de sus dientes en el hombro. Nuestra presentación fue ésa, porque después fuimos como hermanos, pues él no resultó ser otro que mi buen amigo y compadre Alberto Hernández. Nunca hemos tenido secretos el uno para el otro.

Desde nuestro primer pleito me sentí atraído por Alberto. Me caía muy bien a pesar de que nunca caminamos de acuerdo en nuestras opiniones. Porque él me decía alguna cosa y yo siempre le llevaba la contraria. Siempre andábamos peleando así, de palabra, ¿no? Pero cuando se trataba de algo serio, por ejemplo que alguien me quisiera pegar, primero le pegaban a él y si le trataban de pegar a él, primero me pegaban a mí. Ni un solo día dejábamos de vernos y todo el tiempo andábamos juntos, bueno, éramos inseparables, en una palabra. Era al único que confiaba mis cosas y él a mí las suyas. Es el único que ha sabido siempre todos mis secretos, mi modo de reaccionar, lo que he hecho en el pasado, lo que estaba haciendo en el presente y lo que pensaba hacer en el futuro. Luego supe también todas sus alegrías, sus tristezas, sus conquistas. Él me disparaba lo que comíamos porque él tenía más dinero para gastar.

Alberto es, creo, dos años más grande que yo, pero tenía más experiencia, especialmente con las mujeres. Tenía pelo chino y ojos grandes y les gustaba mucho a las muchachas, aunque se veía bastante rústico y era muy torpe en su modo de hablar; hablaba como indio. Me sorprendió por las cosas que sabía. Desde muy chiquito había trabajado en las minas de Pachuca, Hidalgo, luego de lavador de coches, de mesero, y

había viajado por las carreteras. No tuvo escuela porque desde un principio tuvo que sostenerse. Su vida ha sido más dura que la mía; su madre murió cuando él estaba muy chiquito y luego su padre lo abandonó. Primero se quedó con su abuelita materna, luego vivió con su tía y su tío político ahí en Bella Vista.

A pesar de que estaba muy chico ya me platicaba que de la cama, y que de perrito, y que posturas y todas esas cosas. Luego le pusieron *el Tres Diarias,* porque era muy "puñetero", el cabrón. Andábamos vendiendo periódico y nada más se paraba junto a un carro donde fuera manejando una mujer y con que trajera el vestido subido, se metía la manita a la bolsa y empezaba luego luego…

En los baños hicimos hoyos para ver bañarse a las muchachas. Un día llegó Alberto corriendo a decirnos que Clotilde, una muchacha que estaba a toda madre, se estaba bañando. Entonces nos fuimos todos a ver, y la vimos encuerada, y todos nos metíamos la mano a la bolsa y haciéndonos la chaqueta y apostábamos a ver quién se venía primero.

Alberto y yo éramos de la palomilla de Bella Vista. En ese tiempo no éramos menos de 40 muchachos. Nos juntábamos todos y decíamos vamos a jugar al burro, o luego nos poníamos a contar cuentos colorados. Cuando alguno se peleaba íbamos todos por si algún otro se metía. En algún baile que andábamos decíamos: —Se ponen abusados, muchachos, y si vienen los bueyes esos de las otras palomillas y quieren estar aquí mandándose con las muchachas, les ponen en la madre.

Por eso todos los de las calles de Marte, Moctezuma, Camelia, nunca se podían ver con nosotros.

Había una palomilla que cada 16 de Septiembre venía con palos y toda la cosa a echar guerras contra nosotros. Los dejábamos entrar por un lado de la vecindad y cerrábamos el zaguán por el otro lado con candado, porque el hijo del portero era de nuestra palomilla y él cerraba con candado. Ya que estaban todos adentro, cerrábamos rápido el otro zaguán y entonces en todos los patios nos traíamos a puros piedrazos, y cubetadas de agua y palos en la cabeza, y todo. Hasta que ellos decían: —Ya, nos damos. —Siempre tuvimos el orgullo de poner en alto el nombre de Bella Vista, y nunca dejarnos de ninguno.

A los golpes siempre les ganamos a todos, y siempre que se trataba de golpearse, Alberto y yo éramos los primeros que nos agarrábamos contra cualquiera. Tanto peleábamos que empecé a soñar en eso. Soñaba que Alberto y yo nos estábamos peleando, y luego son cuatro, cinco contra nosotros, y al tiempo de pegar un brinco para que no me peguen, me elevo, y me elevo, y me elevo, y llego a la altura de los alambres de la luz, y me sorprendo y digo: —¡Puedo volar, puedo volar! —Entonces me tiendo y me dejo caer y le digo a Alberto: —Compadre, móntate. —Y él se me sube y me empiezo a elevar y le digo: —Ya ves, ¿qué nos hicieron, compadre? ¡No nos hacen nada! —Y sigo volando y ya que paso los alambres de la luz pierdo esa facultad y siento que caigo. Soñé esto mismo por muchos años.

La cuestión es que en mi medio empezamos a ver la vida tan de cerca que debemos aprender a tener mucho autocontrol. En muchas ocasiones ha habido cosas que me

motivan un deseo intenso de llorar. Mi padre con algunas palabras que me ha dicho me ha dado un sentimiento enorme y he tenido muchas ganas de llorar. Sin embargo, la vida me enseñó a mostrar una máscara; cuando estoy sufriendo por dentro, me estoy riendo. Y para él no sufro, no siento nada, soy un cínico, un sinvergüenza, no tengo alma… por la máscara que le muestro. Pero por dentro yo capto todo lo que él me dice.

Aprendí a disimular el miedo mostrando la reacción contraria, o sea el valor, porque he leído que según la impresión que le causa uno a la persona, así es el trato. Entonces, cuando he llevado mucho miedo por dentro, por fuera les demuestro que no tengo nada, que estoy tranquilo. Y me ha resultado, porque a mí no me han perjudicado como a otros de mis amigos que se ponen a temblar porque los agarran los agentes. Porque si entro callado, si entro con los ojos llorosos, si entro temblando —como decimos aquí, ¡triste mi vida!— inmediatamente todos "a la cargada". En mi barrio o se es picudo, bravero, o se es pendejo.

El mexicano —y creo yo que en todas partes del mundo— admira mucho los "güevos", como así decimos. Un tipo que llega aventando patadas, aventando trompones, sin fijarse ni a quién, es un tipo que "se la sabe rifar", es un tipo que tiene güevos. Si uno agarra al más grande, al más fuerte, aun a costa de que le ponga a uno una patiza de perro, le respetan a uno porque tuvo el valor de enfrentarlo. Si uno grita, usted grita más fuerte. Y si cualquiera me dice: "chin tu ma", yo le digo: "chin cien más". Y si aquél da un paso pa' delante y yo doy un paso para atrás, ya perdí prestigio. Pero si él da un paso pa' delante, y yo doy otro, y "¡éntrale y ponle, güey!", entonces me van a respetar. En un pleito en ningún momento voy a pedir tregua, aun cuando me estén medio matando, voy a morir riendo. Esto es ser muy macho.

La vida entre nosotros es más cruda, es más real que entre las personas de dinero. Un chamaco de mi medio a los 10 años ya no se espanta de ver el órgano sexual de una mujer; no se espanta de que otro tipo le esté sacando la cartera a una segunda persona; o de que abran a alguno con un cuchillo; no se espanta de nada de eso. A base de ver tanta maldad, de verla tan cerca, empezamos a ver la vida lo que es en realidad. Todos los de mi clase empezamos a conocer las crueldades de la vida tan chicos que nos damos el primer raspón, y se nos forma una costra. Esa costra nunca se nos borra —como las costras de sangre— sino que ahí se nos queda, permanente, sobre el espíritu. Después, otro golpe y otra costra, y así sucesivamente, hasta que se llega a hacer una especie de coraza. Después es uno indiferente a todo; incluso la misma muerte no nos espanta.

Las personas de cierta posibilidad pueden permitirse el lujo de dejar vivir a sus hijos dentro de un mundo de fantasía, de poderles hacer ver únicamente el lado bueno de la vida. No les permiten malas compañías, no les permiten conocer palabras obscenas, ni ver escenas brutales por no lastimar la sensibilidad de aquella criatura, y como viven bajo su férula, los padres solventan todos los gastos de los hijos. Tienen el privilegio de vivir bien, pero viven con los ojos cerrados, y son ingenuos en toda la extensión de la palabra.

Durante mi niñez, y aún después, pasaba gran parte del tiempo con mi palomilla. No teníamos jefe, no aceptábamos jefe… necesita de a tiro ser demasiado bueno en todo. Algunos sobresalían por algo, pero nada más. Entre nosotros no había malvivientes como

en otras palomillas. En el barrio ése por ahí donde vivimos había una palomilla que cuando estaban en alguna parte tomando y veían que llegaba alguno con dinero, cuando estaba ya bastante tomado lo asaltaban, o también fumaban mariguana. Que yo recuerde, de mi palomilla sólo hubo uno que se volvió mariguano y después le hizo al piquete. En mi tiempo nunca hicimos cosa parecida; si andábamos por la calle y pasaban las muchachas, les agarrábamos las nalgas, ¿no?, pero así eran todas las maldades que hacíamos nosotros.

En ese tiempo admiré mucho a mi primo Salvador, el hijo único de mi tía Guadalupe. Era el "coco" de la palomilla de Magnolia, y vaya que era una palomilla brava, sin en cambio él los doblegaba a todos, era muy bueno para los trompones. Pero por otro lado sentía yo cierto rencor contra él por cuestión de que le respondía mal a mi tía y siempre lo veía yo borracho. Tomaba mucho, pero se dio más a la tomadera a causa de la mujer ésa de la que estuvo enamorado, pero ella lo dejó. Tuvo un hijo con esa mujer, pero ella se fue con otro, y ese hombre fue el que mató a mi primo con un picahielo.

Cuando tenía 13 años, o así, tenía yo unos amigos más grandes que yo y quisieron llevarme a Tintero, con las prostitutas. —No, muchachos, pero yo a Tintero no voy —les digo—; capaz de que me mata mi padre. —Y dicen: —Bueno, pues éste qué… ¿Tú eres joto, o qué cosa? Ahorita te vamos a pagar una vieja y te la vas a coger. —Yo no quería que me pegaran alguna enfermedad.

Tenía, y todavía tengo, gran miedo de una enfermedad venérea. Este miedo mío comenzó cuando todavía estaba yo muy chico. Una vez en los baños de vapor vi a un tipo que tenía la mitad de la cabeza del miembro comida y con un chorro de pus. Luego en el museo vi cómo nacen los hijos de los sifilíticos, y todo eso se me quedó muy grabado… Luego uno de los muchachos de Bella Vista tuvo gonorrea cuatro o cinco veces. Lloraba el pobre cuando quería orinar y lo oí gritar de dolor cuando le hicieron unas curaciones.

Un día mi papá me asustó. Cuando tenía como 12 años tuve reumatismo y andaba con los talones como lobo, de puntillas caminaba. Y mi papá que me dice: —A ver, bájese los pantalones, cabrón. ¿Con cuántas mujeres de Tintero has ido? No quiero nietos que vayan a nacer tuertos, o mochos, o cuchos. Que se baje los pantalones, vamos a verte.

—Papá, pero si no tengo nada… —Tenía vergüenza que me viera, que ya me habían salido pelitos. Y ahí estoy con toda la pena del mundo volteado para el otro lado mientras me estaba viendo mi padre. No conforme con eso me llevó con un doctor, y me acuerdo que me cayó gordo porque con un tono muy meloso me dijo: —A ver, si al cabo no es cosa del otro mundo… —No, no, doctor… —Cómo no, acuéstate, vamos a verte. —Y yo dije: "Bueno, viejo pinche, pos qué me va a ver, si yo le estoy diciendo que no tengo nada, y está de necio que sí tengo". Me hizo subir a la mesita y ahí me estuvo jalando el cuerito y la fregada. Y dijo: —No, no tiene nada —pero de todos modos me recetó unos chochitos.

Por eso no quería yo ir a Tintero con los muchachos. Pero me dijeron que exprimiendo jugo de limón en el miembro después de hacerlo ya no se le pega a uno

nada, así que fuimos. Alberto, otro y yo fuimos con la misma señora. Yo tenía tantos nervios que ni se me paraba siquiera, y las piernas me estaban temblando. Uno de los muchachos que se sube sobre ella y empezó ahí el asunto. Total que terminó y dice: —Ahora, síguele tú.

—Bueno, pues… pero conste que yo no quería, y si me pegan alguna enfermedad, canijo, tú me vas a dar para que me cure.

Bueno, me subí sobre de la señora, pero no fue nada que me agradara. La señora se movía en extremo. Luego me puse a pensar: "A esta vieja cuántos no se la han cogido, esta clase de viejas no me gustan, ya tienen mucha experiencia, con ésta viene el que quiere y se lo mete. No, a mí no me gusta…" Bueno, pues pasó aquella cosa y los muchachos salieron muy contentos de que a mí me gustaban las viejas y ellos creían que no.

Bueno, pues resulta que yo no sé, se me metió en tal forma esta cosa, esta calentura, que decimos aquí en México, que nada más andaba pensando en eso a cada rato. Cualquier mujer que veía se me antojaba, y cuando no podía con alguna mujer recurría al autoalivio.

Creo que por ese tiempo Enoé estaba trabajando con nosotros. Era una señora que vivía en nuestro mismo patio y venía a la casa a hacer la limpieza y la comida. Su hijo era amigo mío. Pues le hablé de esa cosa porque supe que el hermano de Elena, Raimundo, se la había echado. Y dije yo: —Ah, chirrión, cómo que nomás Raimundo, uno tiene que alcanzar taco, ¿no? —Pero que ella me dice: —Ah, jodido, ora verás con tu papá. —Creo que mi papá andaba también aventándole sus suspiros.

Nunca se me hizo con las sirvientas porque mi papá había llegado primero. Lo mismo pasó con *la Chata.* Estaba muy gordota, y sí me caía gorda. Me acuerdo que me daba una rabia del carajo que a fuerza quería que me sentara a comer. Y si yo le decía que no, ella decía: —Mejor, más me alcanza. —Y se sentaba, a dos nalgas, y se comía mi comida.

Pero también le hablé de esa cosa. —No —dice—, estás muy chamaco, hombre. Pos qué, ¿puedes?

—Bueno, pos usté no sentirá nada, pero yo sí voy a sentir. Déjese, ándele… ¿no?

—Bueno… ¡ah qué…! Veme a ver a mi casa. —La fui a ver hasta su casa pero ya que llegué no me hizo caso. —No, estás muy escuincle, tú. Qué vas a saber de… Ándale, vete pa' tu casa. —Y luego me dijo de mi papá.

Hasta entonces había andado de canijo con un par de chamacas de la vecindad y de la escuela. Julita, mi prima, las tres hermanas que vivían en el patio de en medio, María… como ocho en total. Pero era puro juego, de papá y mamá, porque estaba yo muy chico para otra cosa.

Luego conocí a Panchita en un baile y eso fue una nueva sensación. Ella era una campeona para el baile, y nos simpatizamos, ¿no? Bailando me le pegué mucho, y se me pegó mucho, y pues noté que ella se puso muy coloradita y todo. Salimos, y vamos pasando por un hotel, y yo nada más le di un empujoncito así, y se metió.

Pues llegamos, ¿no?, y la empecé a besar por el cuello, por los brazos y ella a

corresponder a mis caricias. Le quité las medias, le quité los zapatos —así la cosa es más excitante para mí. La que se forza un poquito, que demuestra un poco de pudor, me pone más excitado. Y ella era por ese estilo; que yo le quería meter la mano por ciertas partes, ella no me dejaba agarrarlas. Pues resulta que ya tanto y tanto, me coloqué y cuando se lo metí, sentí una sensación completamente nueva para mí, porque esta muchacha tenía, no sé qué término científico tenga esto, ¿no?, pero aquí se le dice "perro". Es una cosa que absorbe, que chupa… es la única mujer a la que me le subí unas ocho o nueve veces en el tiempo que estuve yo con ella. El caso es que era experta en esas lides y me enseñó diferentes posturas y a aguantarme, a esperar. Es cuando aprendí que la mujer también goza. No pensé nunca vivir con ella porque la mujer que viviera conmigo yo la tenía que deshonrar. Las mujeres que ya se han cogido con otros no eran de mi agrado.

Había un muchacho que ya mataron, *la Rata,* que quería enseñarme a ser padrote. Me decía: —No seas pendejo, hermano. Te agarras una vieja, ¿no?, y le hablas y haces que te quiera mucho, luego la deshonras y la metes a trabajar en un cabaret. —Él bailaba mucho y tenía mucho partido con las mujeres. Yo le decía que no porque no me gustaba la idea. Luego nos enseñó a Alberto y a mí una muchacha y nos dijo su plan para bailar con ella los tres y la invitáramos a tomar cervezas hasta que ya no pudiera más y luego cogérnosla entre todos.

Agarramos a la muchacha aquélla y le metimos cerveza a más no poder —tres ella por una nuestra—, le metimos dos nembutales y la muchacha nos emborrachó a los tres y ella salió caminando derechita. *La Rata* trataba de explicarse cómo estuvo eso. Decía: —¡Me lleva la chingada! ¡Cómo va a aguantar tanto esta vieja cabrona!

Alberto y yo éramos medio bajos, no vaya a creer. Él había deshonrado a una señorita y a resultas de eso hay un chamaco ahora. Él no quería nada serio con ella. Me dice: —Compadre, no vas a tener más remedio que hacerme el quite. Enamórala y llévatela a dormir para que yo le diga: "Ya me traicionaste con mi mejor amigo" y la pueda cortar. —Yo por la lealtad al amigo no vi que era una cochinada, pues.

En ese tiempo Alberto estaba encargado de un puesto de ropa blanca que tenía su tío en el mercado. Vendían camisetas, calcetines, medias, pantaletas de mujer, calzoncillos de hombre, bueno, ropa interior. Falté muchas veces a la escuela por irme a estar al puesto con él. Alberto estaba mermando del negocio y pues empezó a tener dinero. Total que íbamos diario al cine. Más de un año estuvimos yendo diario, diario, diario.

Luego hay veces que ya habíamos visto una película, tres, cuatro veces, y ya na'más nos metíamos. Comprábamos unos bolillos que hay, grandes, virotes, y en una parte les echábamos frijoles, en otra arroz, en otra crema y en otra aguacate. Nos metíamos dos tortas de ésas cada uno, dos o tres refrescos cada uno, aparte… que limón, que naranjas, que pepitas, que dulces. Bueno, ¡era un atascadero que dejábamos ahí! Alberto disparaba todo, pues él siempre tenía bastante dinero para nuestra edad. Si debía entregar al tío 100 pesos, le entregaba 75, y en esa forma, pues…

Su tío de Alberto cuando vio que el negocio andaba muy mal lo vendió. Se lo vendió a una muchacha, Modesta. Nos disparaba tortas y aguas frescas, todas esas cosas. Tenía

la cara con barros, y una nube en un ojo, na'más que tenía un cuerpo reprovocativo, a todo dar, muy nalgoncita, cintura delgadita y muy bonito busto. Así que cuando no teníamos dinero para el cine la íbamos a ver.

Un día ya sabíamos nuestro plan. El puesto tenía una tarima y quedaba un tanto para moverse entre la pared y la tarima. Nos brincábamos la tarima y nos poníamos al lado de ella. Entonces yo empezaba: —Quihubo, Modesta… ¡caray, te estás poniendo más buena cada día!

—Oh, sangrón, ¿ya vas a empezar?

—No, no, es que, derecho, derecho, verdá buena, estás a todo dar. —Y luego ya ella empezaba a entrar en calor, ¿verdad?, entraba a la plática.

—Oye, Manuel, ¿y qué se siente cuando hace uno "eso"? —Porque ella era señorita, ¿verdad?

—Ay, pues cómo eres tonta. No puedo decirte, eso necesitamos hacerlo, pos si no, ¿cómo? —Estaba ella sentada en un banquito con las piernas abiertas. Le digo: —Mira, te voy a dar una semejanza, más o menos. —Agarré y le puse la mano entre las piernas: —Y luego se trata de hacerle así.

Alberto en eso me hace señas que la "echara". Eran las 12 del día —éramos brutos hasta donde no— y cuando menos pensó ya la tenía yo tirada en la tarima del puesto y Alberto que jala una sábana y que nos tapa. Traía una blusita de botones y que se la desabrocho y le empecé a agarrar los senos y a besárselos, y a mordérselos, y todo.

Y la gente pasaba —era hora de la plaza— y la sábana subía y bajaba. Alberto me dijo después: —Pinche güey, todos te estaban viendo… la sábana na'más se hacía pa'arriba y pa' bajo, y yo te pellizcaba las nalgas, y tú ni me sentías. —Bueno, pues mientras yo la estaba entreteniendo, Alberto que agarra dos o tres pantaloncitos de niño y ya de ahí sacábamos para irnos al cine.

En otra ocasión la fui a ver y quise bajarle los calzones, pero a la hora de ir a hacerlo que me paro pero reteespantado porque tenía sangre. Creía que estaba enferma de purgación, o que estaba podrida… Pues yo más tarugo, verdad, no sabía pues que las mujeres se enfermaban de la regla.

Esto siempre me ha parecido sucio, bueno, porque simplemente las aventuras que tuve… Si hay algo que no soporto es el humor de la mujer, ¿no?, hay unas que, ¡ay, qué brutas!, huelen como la fregada… Más de una vez estábamos acá, como decimos cachondeando… le agarraba sus piernitas, y dándole sus besos… una mordida aquí, apretones en los senos, una mordidita allá… hasta ahí todo marchaba perfectamente bien, ¿no?, pero a la hora de abrir las piernas salía un olor que el erecto se me cayó pero pa'pronto. A una de ellas llegué a decirle: —Hazme favor de pararte, y vete a lavar. —Siempre fui alérgico a eso.

Para ese tiempo Elena había empeorado. Yo la notaba ya medio rara, ¿no?, sería la palidez que se le estaba poniendo. Mi papá la llevó con el doctor y va resultando que era tuberculosis. Otra vez volvieron a recaer los golpes de mi papá sobre nosotros, sobre todo sobre mi hermano. Mi papá le achacó que Roberto la empujó, pero ella se resbaló,

se fue para atrás y se pegó en el filo del lavadero. No creo yo que haya sido esa la causa, ¿verdad? Después mi papá nos culpó, a mi hermano Roberto y a mí, de que por nuestra causa se hubiera muerto Elena.

Mi padre ha sido un hombre mucho muy celoso. Creo que esta Elena andaba queriendo dejar a mi padre por un carnicero, un chaparrito de por allí cerca. Mi papá no sé cómo se enteró, pero llegó más temprano que de costumbre, del trabajo, ¿no? Agarró un cuchillo y vi que caminó para la carnicería. Roberto y yo nos pusimos listos, agarramos piedras y palos por si aquél le quería hacer algo a mi papá. Vimos que se detuvo en la carnicería y que estuvo hablando con el carnicero. No sé qué habló con él, el caso es que no sucedió nada. Después fue a la casa y le reclamó a Elena, pero ya no con la misma energía, no con tanta altanería como le reclamaba a mi madre.

Mi papá creía que Elena era muy buena, pero creo yo que él llegó a desilusionarse de ella. Mi padre encontró a un sobrino —hijo de un hermano— por casualidad. En ese tiempo salía el *Pepín,* una revista cómica, y en ella una sección de que fulano de tal busca a fulano de tal. Entonces este sobrino mandó un escrito: "El señor David Sánchez busca al señor Jesús Sánchez que salió de la hacienda de Huauchinango, el año de 1922". Entonces mi papá escribió una carta y mi primo inmediatamente se vino de Veracruz, se vino a vivir acá a la casa de nosotros.

Resultó que sí era hijo de un hermano de mi padre. ¡Mire qué tan enterado estoy que no sé siquiera el nombre del papá de David… ni de los otros hermanos de mi padre! A mi papá ya lo daban por muerto y el día de Todos Santos le ponían su veladora y su comida.

Mi padre le había conseguido trabajo a David en el restorán La Gloria, y todo iba muy bien. Una ocasión mi padre llegando del trabajo encontró a Elena sentada en las piernas de David. Pues a David lo tengo en muy buen concepto, es un muchacho que no es nada maleado, un hombre íntegro. David para mí es pues el familiar que más quiero. No está corrompido, no tiene la malicia que tenemos aquí. Admiro en él la limpieza de su alma, un alma campirana, no como lo podrido de la ciudad. Por eso caí en la cuenta de que David no quería nada con Elena, ella era la que se le ofrecía a él. Y a causa de esa dificultad David se volvió a Veracruz.

Que Dios me perdone, pero creo que mi padre estaba celoso hasta de Elena y de mí. De veras lo creo porque cuando una persona tiene coraje lo mira a uno de un modo muy especial y así era como me miraba mi padre. Yo no podía darme cuenta entonces pero ahora sí puedo ver que sospechaba de Elena y de mí.

Para evitar tantas rencillas entre Roberto y Elena, mi papá había alquilado otra vivienda de la misma Bella Vista. Nosotros vivíamos en el 64 y Elena y su mamá, Santitos, vivían en el 103. Los dos hermanos chicos de Elena y su hermana Soledad también vivieron un tiempo en el 64. Santitos fue muy buena gente con nosotros. Una señora muy simpática, muy tratable. Y, cosa paradójica, mi papá nos culpaba de la muerte de Elena y la mamá nunca lo tomó por ese lado. Nos habló bien y a la fecha nos habla bien.

Yo ya no sentía coraje con Elena, sino una especie de cariño o de compasión. La

acompañé al dispensario de tuberculosis y me impresionó mucho ver cómo le hicieron el "neumo", le descubrieron por las costillas y entonces le metieron una especie de tubo, pero sin punta. Y mi padre, pobrecito, se desesperaba y con los mejores doctores que conocía la mandaba. La llevó a internar en el Hospital General y mi padre me mandaba con cierta frecuencia a llevarle frutas, a llevarle alimentos, a llevarle centavos.

Si mal no recuerdo, cuando Elena estaba en el hospital llegó un día mi papá con una jaula pajarera grande con seis o 12 pájaros. Me cayó de sorpresa y dije: "Qué raro que mi papá haya comprado pájaros", porque años atrás mi papá tenía disgustos con mi mamá porque a mi mamá le gustaban los animales. Al siguiente día que vuelve a llevar más y así fue lleva y lleva y lleva, hasta que se hizo de una cantidad considerable. Las paredes de la cocina estaban tapizadas de jaulas. Había gorriones, zenzontles, canarios, clarines, jilgueros, hasta un correcaminos. Era una escandalera de pájaros cuando se agarraban todos cantando… Se me hacía muy bonito, se me figuraba un campo florido, se me figuraba estar en un bosque.

Pero me caían mal también porque siempre he sido muy flojo para levantarme temprano y mi papá antes de irse como a las seis de la mañana ya estaba: —¡Manuel, Roberto, arriba! ¡Pónganse a picar plátano!

Luego agarré por decirle a mi papá: —Ay, papá, me duelen mucho las piernas. —Los primeros días me lo creyó y me dejó acostado todavía. Entonces se paraba Roberto a hacer la comida. Pero luego mi hermano me decía: —Hummm, ni te duele nada, na'más te haces maje, pa' que yo haga la comida. —Por kilos picábamos los plátanos machos —teníamos un machetote— y los revolvíamos con mosco y harina, a otros les dábamos alpiste. Poníamos la comida en cada jaula, les cambiábamos el agua y el periódico que habían ensuciado y les poníamos otro limpio.

Un día me dijo: —Manuel, te vas a la plaza a vender pájaros. —Sentía gusto de ayudarle a mi papá, de que mi papá se hubiera valido de mí, pero también en el fondo sentía pena. Agarré mis jaulas y ahí voy a la plaza. Estuve yendo varios días y estuve con las marchantas vendiendo.

Un miércoles llegó mi papá a verme, porque en ese tiempo descansaba los miércoles. Y que va llegando uno de la Forestal y no teníamos el permiso para vender. Mi papá, como nunca se ha visto en esos líos, pues se puso muy nervioso. Y el tipo aquél dijo: —Van a tener que acompañarme. —No, hombre, señor, no sea mala gente —dice mi papá —, mire yo ahí le doy unos centavitos… déjenos ir, hombre, qué caso tiene… —Y el otro se daba aires de gran señor. Total, que nos llevó a la Forestal y yo creo que mi papá le hubiera dado más de mordida al policía que la multa que le pusieron.

Después él vendía los pájaros únicamente con las vecinas y con las compañeras de trabajo. Luego se hizo compadre de un pajarero de las calles de Soto y hacía muy buen negocio. Yo creo que mi papá vendía los pájaros y luego palomos, guajolotes, pollos y marranos porque, digo yo, después de trabajar muchos años descubrió que le gustaba también el comercio. Ya lo descubrió muy tarde, pero vio que sacaba más dinero así.

Me empecé a dar cuenta de la existencia de mis medias hermanas Antonia y María Elena

cuando he de haber tenido como 14 años. Antes de eso no tenía la menor idea de que mi papá hubiera tenido otra esposa y otros hijos. Nada más me acuerdo que una vez como de unos 10 años me llevó a ayudarle al restorán La Gloria. Salimos y cuando llegamos a la calle de Rosario me dice mi papá: —Espérate aquí en la esquina. —Me dejó en la esquina y él se metió a una vecindad. Yo dije: —¿Qué va a hacer mi papá allí, a quién va a ver? —Me entró así como celo y le pregunté: —Papá, ¿a qué fuiste allí? —Qué le importa. Usté no tiene que andarme preguntando nada. —Entonces caí en la cuenta que mi mamá estaba en lo cierto, y que tenía razón de enojarse con mi papá.

Ya después supe que ahí vivía Lupita, la Lupita que dijo mi mamá. Es la mamá de mis medias hermanas. De chico no la traté y ahora puedo decir exactamente las ocasiones que he hablado con ella; son tres.

En una ocasión llegué demasiado noche a la casa y en la penumbra reparé que en la cama de mis hermanas había un bulto de más. Roberto estaba en su lugar en el suelo y mi papá en su cama. Entonces me fui de puntillas y me acerqué hasta la orilla de la cama de mis hermanas, y me agaché y traté de ver quién era la persona que estaba ahí. Mi padre creo yo que estaba despierto y me estaba observando y me dice: —Es tu hermana.

—¿Mi hermana?

—Es tu hermana Antonia.

Bueno, pues ya no dije nada más, ¿verdad?, sino que agarré y me fui a acostar. Nunca nadie me había platicado de ella antes. —¿Pues de dónde salió esta hermana? —Y yo ansiando que llegara la mañana para conocerla.

Como mujer no digamos que era atractiva, era simplemente simpática en su forma de hablar. Pero demostró como cierto rencor contra nosotros desde un principio. Y con mi papá empezó a tener dificultades, pues lo aborrecía. Le contestaba en una forma grosera y me daban ganas de voltearle una cachetada en la boca para que se callara. Un vez no sé qué le estaba diciendo mi papá que no debería de hacer y Antonia le contestó: —Yo puedo hacer lo que se me dé mi fregada gana. A ti qué te importa. ¿Te importa, acaso? ¿Quién es la que sufre, quién es la que se chinga, no soy yo? —gritándole, pero gritándole a mi padre…

Le agarré aversión a Antonia a causa de eso. Es más, yo trataba de no intimar mucho con ella temiendo que me fuera a llamar la atención como mujer. Apenas cruzamos dos, tres palabras dentro de la misma casa.

Mi hermano Roberto sí la quiso, la quiso mucho. Mi padre lo supo, no sé por qué medio se enteraría. No sé si Roberto la quería como hermana, o la quería como mujer, pero el caso es que la quiso en una forma exagerada.

Mientras tanto Elena no se mejoraba en el hospital y se vino a la casa. Cuando estaba muy grave mi papá nos mandó a mi tía Guadalupe y a mí a hablarle al padre. El padre nos preguntó si nunca había sido casado mi papá antes y le contestamos que no. Entonces procedió a casarlos en “grado mortis”. Mi padre creo que guarda el anillo de matrimonio.

Una tarde saliendo yo de la escuela llegué a la casa y me dice mi hermana Marta: —Ve a casa de Elena. —Llegué y la encontré tendida. Mi papá estaba contento días antes

porque ella había subido de peso y él creía que era signo de mejoría. Quién sabe qué pasó que se murió. Yo recuerdo la escena muy bien. La caja mortuoria en medio de la pieza y sus cuatro cirios prendidos, uno en cada esquina, y alguna gente allí. Mi padre parado en la puerta —entre la azotehuela y la pieza—, luego que me sintió entrar se volteó y me dijo: —Miren su obra, cabrones; ustedes, ustedes fueron los que la mataron, pero así les ha de ir.

Comprendo que fue el dolor que él sentía, un arrebato de desesperación, pero siempre ha tenido esa costumbre mi padre. No sé por qué, pero para cualquier cosa siempre me decía: —Así te ha de ir. Dondequiera te han de cerrar las puertas. —Bueno, deseándome siempre mala suerte. Avergonzado por las palabras de mi padre opté por esconderme detrás de la puerta y dentro de mí le decía a Elena: —Perdóneme. Perdóneme si algún mal le hice, Elena. Perdóneme por todo lo que la haya yo ofendido. —Nomás es lo que acertaba a decir.

Roberto estaba ahí llorando, llorando por ella. Consuelo estaba también ahí y mi padre, inconsolable, culpándonos de su muerte. Estuvo tendida dos días, no como mi madre. Después la vida siguió su curso y la enterramos en el mismo panteón que a mi mamá. Mi papá compró el pedacito de tierra en perpetuidad y le mandó hacer alrededor un marquito formado de ladrillos. También le pagó a un señor para que cuidara la sepultura.

Después que la hubimos llevado a sepultar mi padre se portó más agrio, más hosco con nosotros. Le entró más rencor. Siempre nos ha achacado que no pudo ser feliz con ella. La vida cada vez era peor en la casa y yo más y más vivía en la calle.

Mero enfrente del puesto de ropa donde íbamos Alberto y yo había un café de chinos. Graciela, una muchacha de pelo quebrado, negro, muy bonito, estaba trabajando allí. Una ocasión me dice Alberto: —Mira qué chinita tan bonita, compadre. —Le digo: —Ay, ojón, está a todo dar, de veras, compadre. Oye, qué chula está esa chamaca. Cuánto vas a que me la amarro. —Pero yo le dije así nomás, nunca pensé en serio.

—Mmm… qué te vas a amarrar, a poco te va a hacer caso… De esas pulgas no brincan en tu petate. No, mano, esa vieja anda con cuates que visten bien, que tienen centavos.

Pues esa noche ahí cenamos, y vi a Graciela de pasada porque ella andaba sirviendo a unos clientes. Yo me sentía un poco apenado porque no sabía usar los cubiertos muy bien —en la casa nunca los usamos, comíamos con tortillas—, pero pronto me volví un experto porque empecé a ir al café día con día. Se volvió un hábito grande en mí… malgasté 14 o 15 años de mi vida yendo a ese café.

Le pedí un trabajo a Lin, el chino del café, pero realmente no había nada para mí. Me enseñó a hacer pan y a veces pagaba mis comidas haciendo el pan para él.

Bueno, yo había apostado con Alberto que Graciela iba a ser mi novia, y pues tenía que sostener la hablada, pero para eso necesitaba dinero. Luego le dije a mi papá: —Oye, papá, pues yo tengo ganas de ganarme unos centavos. Estoy en la escuela, pero mientras puedo hacer algo aparte. —Le platiqué a Ignacio, el marido de mi tía. Dice: —Pues vente

a vender periódico conmigo, ¿qué tiene de malo?

Al otro día me fui con Ignacio a vender periódico. Nos fuimos a donde está el Caballito, a Bucareli, a esperar las *Últimas Noticias* y *El Gráfico*. En ese tiempo creo que valía 10 o 15 centavos el periódico; total que nos veníamos ganando en pieza como cuatro centavos y medio, algo así. Me dieron mis periódicos y mi tío me dice: —Ora tienes que irte corriendo.

Le digo: —¿Por dónde?

—Pues por las calles que tú quieras. Na'más corres y gritas, Gráficooooo… Noticiaassss… —Pues ahí voy, corre y corre, desde el "Caballito de Troya" por Francisco I. Madero, luego agarré todo Brasil hasta Peralvillo, y de allí me regresé corriendo hasta la casa. Se me agotaron los periódicos y me regresé otra vez al Zócalo y le entregué los centavos a Ignacio. —Ta' bueno —dice—, mira, te ganaste dos pesos. —Entonces regresé a casa, me peiné, me lavé la cara y me fui a la escuela.

En un principio le caía pero mal, mal de veras, a Graciela. Digo esto porque en una ocasión estaba yo cenando en uno de los gabinetes de atrás y ella no me había visto. Estaba platicando con Alberto y él le dice: —¿Cuándo vamos al cine? —Voy con usted, pero no lleve al sangrón ése de Manuel, me cae muy mal.

Sentí feo y dije: —Ah, chirrión, ¿pues por qué, si no le he hecho nada? —Se me metió a capricho y dije: —Pues ahora la hago mi novia a como dé lugar. —Luego ella le dijo a otra muchacha mesera: —Pues sí, es buena gente, pero me cae mal que no hace nada, que no trabaje en nada. Nomás ahí se hace tonto con sus libritos, se me hace que ni va a la escuela. Ni va a la escuela ni trabaja, ¿a qué puedo aspirar yo con él? —Me dio mucho gusto haber oído aquello y yo dije: —Inmediatamente me pongo a trabajar.

El año estaba por terminar y estaban próximos los exámenes del sexto año, por cierto creí que me iban a reprobar. Comprendo que con justa razón no le caía muy bien a los maestros porque era muy rebelde y ya me querían expulsar, pero le mandaron hablar a mi padre y él pidió disculpas a los maestros y al señor director y me aceptaron. Pues pasé los exámenes y me dieron mi certificado de primaria. Me gradué pero nadie de mi familia vino a mi graduación y me dio mucha tristeza. Yo esperaba que mi papá me felicitara, o me diera un abrazo, pero no. Tampoco lo hizo cuando cumplí 15 años, o cuando cumplí 21, que es cuando un muchacho se vuelve hombre realmente. Ni siquiera cambió su tono de voz conmigo.

Después de la graduación le dije a mi papá que ya no quería seguir estudiando y que iba a trabajar. Fue el peor error que he hecho en mi vida pero entonces no me podía dar cuenta. Tenía yo la idea de hacerme novio de Graciela y todo lo que quería era encontrar un trabajo y ganar dinero. Mi papá estaba muy disgustado porque yo no quise estudiar una carrera. Si me lo hubiera hecho ver hablándome como amigo yo creo que hubiera seguido en la escuela. Pero en vez de eso me dijo: —¿Así que vas a trabajar? ¿Crees que es muy bonito que alguien te esté mandando toda tu vida? Yo te doy una oportunidad y tú la desperdicias. Muy bien, si lo que quieres es ser un idiota, ándale pues.

Alberto trabajaba en un taller donde hacían piezas de vidrio, en una candilería. Él no sabía ni leer ni escribir pero era inteligente y estaba ganando bien. Y como siempre

queríamos estar los dos juntos quise que me consiguiera trabajo ahí con él. Yo le conté al maestro que sabía cómo manejar las máquinas, los tornos, y él entonces me aceptó.

Pero las piezas se me rompían y tenía yo las puntas de los dedos peladas y llenas de sangre por el polvo de esmeril. Me ardían horriblemente y por fin les confesé que nunca antes había yo trabajado las máquinas. Entonces me pusieron a pulir vidrio. Esto era un trabajo fácil pero muy sucio, se embarra uno todo de tizne, porque se pule con tizne el vidrio. Luego me enseñaron cómo se forman los cocolitos con las máquinas. Se agarra la pieza de vidrio con tres dedos y se sujeta con fuerza contra la rueda para irla cortando. Pronto agarré confianza en este trabajo y ya me quedé. Raimundo, el hermano de Elena, vivía entonces con nosotros y le conseguí trabajo allí. Trabajábamos la máquina juntos y entre los dos nos echábamos unos 2000 o 3000 mil cocolitos a la semana.

El maestro nos trataba bien; cada viernes nos daba boletos para las peleas de box o para las luchas, y el día que nos quedábamos a trabajar hasta muy noche nos disparaba la cena. Pero el muy canijo sabía también cómo andarnos picando. Era muy vivo y nosotros caíamos en la trampa. Venía y me decía: —Uy, *Chino,* Raimundo dice que él trabaja más rápido la máquina que tú.

—Qué… buey éste… ¿Cómo va a hacerlo más rápido si yo fui el que le enseñó?

Luego iba con Raimundo y le decía a modo que no oyera yo: —Así que *el Chino* hace dos piezas por una tuya… Él dice que te gana sin hacer mucho la lucha. —Y así Raimundo y yo, como un par de tontos, empezamos a jugar competencias; lo hacíamos todo con una rapidez tremenda y producíamos más para el maestro. Así nos hacía trabajar el doble.

Me pagaban muy poco y durante la semana había ido a un puesto de comida con los muchachos, así que me quedaron únicamente siete pesos de la raya. Llegué esa noche de trabajar y le dije a mi papá: —Mira, papá, no me quedaron más que cinco pesos, ten. —Mi papá traía entonces el rencor ése de que se había muerto Elena, o no sé. El caso es que él estaba de pie a la orilla de la mesa y yo puse allí los cinco pesos. Se me quedó viendo fijamente, con coraje, levantó el billete de cinco pesos y me lo aventó en la cara.

—Yo no soy su limosnero, cabrón. Vaya usted a gastarse su miseria con sus amigos. Yo no le pido nada, yo todavía estoy fuerte y puedo trabajar. —Yo sentí muy feo, me dolió mucho, porque Dios bien sabe que era todo lo que me había quedado. Después, en otra ocasión, también traté de darle centavos y me volvió a hacer la misma operación. Ya después no volví a dar nada a mi padre.

Luego otro maestro me ofreció un trabajo perforando piezas de vidrio para candilería. Pagaba por pieza y me ofreció tres y medio centavos por pieza. En otros lugares pagaban menos, así que tomé el trabajo, pues pensé que iba a sacar más dinero. Bueno, pues trabajé duro y rápido toda la semana. ¡Los miles de hoyos que perforé allí! El sábado cuando se terminó la semana el maestro dijo: —Ándenle, muchachos, a ver cuánto ganaron. —El pobre hombre no sabía ni leer ni escribir y tenía a uno de los muchachos sacándole las cuentas. —Vamos a ver cuántas piezas se hizo *el Chinito.* —Al pobre se le salían los ojos cuando vio que en total sacaba 385 pesos.

—No, no, jovencito, no. Cómo le voy a pagar a un chamaco de su edad 385 pesos.

Pos mejor que se quede con todo el pinche taller. No saco nada de este lugar, únicamente lo tengo para entretenerlos a ustedes. Yo soy el dueño y Dios sabe bien que no saco más de 50 pesos a la semana. No. No te puedo dar tanto dinero. Lo malo es que trabajas muy aprisa.

—Bueno, maestro, si me paga por pieza tengo que apurarme, ¿no? Y usted me prometió tres y medio centavos, ¿verdad?

—¡Sí, pero no pensé que ibas a sacar tanto! Todo lo que puedo darte son 100 pesos, los tomas o los dejas. —Bueno, pues tuve que tomar el dinero y ahí fue cuando empecé a odiar tener que trabajar para un patrón.

Pues Graciela ya se hizo mi novia tan pronto como supo que yo estaba trabajando. Todas las noches cuando salía del trabajo iba al café a verla y no llegaba a la casa hasta después de las 12. Salimos varias veces al cine y yo sentía ya quererla mucho, en una forma exagerada, con verdadera pasión.

Por ese tiempo fue cuando empecé a jugar baraja.

Pues la primera ocasión fue una vez un sábado que llegaba yo de trabajar. Entonces entré por el zaguán, me fui todo el patio de en medio de Bella Vista. Llegando adonde estaba el tinaco, estaba Santiago —que ahora está preso, el que mató a un muchacho—, estaba Domingo y no me acuerdo quiénes más estaban ahí. El caso es que me dice Santiago:

—Quihubo, tú.

—Quihubo —le digo.

Dice: —Mira, mira, mira, ya viene muy trabajador; es muy trabajador el cabrón éste.

Le digo: —Pinche güey, tú nomás como andas aplanando calles, crees que uno también na'más anda de culero.

—Qué, ¿dónde estás chambiando, mano?

Le digo: —Pos estoy en los vidrios, y tú, Domingo, ¿cómo te ha ido?

—Pues bien, mano.

—Bendito sea Dios —tercia Santiago.

—¿Vamos a jugar, mano, un pokarito?

—No, pos yo no sé con qué se come esa chingadera, mano.

Dice: —Yo te enseño, yo te digo cuando ganes.

Dije yo: —Pos… ¿de a cómo vamos a jugar?

—Di'a cinco centavos, porque pos no sabes, vas a perder tus centavos, todo, ¿no?

Entonces le digo: —Mira, sí, ¡qué pendejo lo agarraste! Tú me vas a decir cuando gane, ¿no?… pos nunca la voy a ganar, pos mira qué chiste.

Dice: —No, ándale, siéntate.

Entonces nos arrodillamos ahí atrás del tinaco a jugar. Se veía con la luz del patio, ¿no? Bueno, ese día —como es lógico— perdí, ¿verdad? Total que pasó ese día. Y me hizo pasar un coraje, ¿no?, y dije yo: "Ay, cabrón, pero ora verás. Voy a aprender a jugar". Yo nomás pa' sacarme de eso, ¿no? Entonces ya empecé a indagar con los amigos. Compré una baraja, ¿verdad?, una baraja usada a uno de los muchachos, y luego les andaba yo preguntando:

—Oye, aquí por ejemplo, cómo son los pares, y cómo son los fules, y cómo son los pókares. —Y ya entonces me empezaron a decir.

He tenido la gran ventaja —y desventaja también— de captar rápido, ¿verdad? Entonces no pasaron ocho días, cuando yo ya sabía los mates de una cosa a otra. Y siempre tuve una suerte desmedida para el juego.

Poco a poco, sin darme cuenta, me fui metiendo, me fui metiendo en ese torbellino del juego y después noté que yo no podía estar sin jugar. El día que no jugaba estaba yo desesperado, ¿no? Yo buscaba a cualquiera de los muchachos que jugáramos aunque sea de a… pos de a pellizcos, o de a cachetadas, ¿no?, pero teníamos que jugar. Las apuestas empezaron por cinco centavos… Ya después me jugaba yo hasta la raya. Yo siempre tengo la seguridad de que yo me sugestiono a una carta y me llega esa carta. Por ejemplo, si yo llevaba seis, siete, sota y caballo… seguro estaba yo que me entraba el rey.

Ya una vez que iba yo perdiendo y que del montón de 70 pesos ya na'más me dejaban cinco, luego pensaba yo: "Ya me dieron en la madre… bueno, pos ni modo… a ver si con estos cinco pesos Dios quiere que me levante".

Bueno, como cosa de magia, siempre, bueno, en nueve de cada 10 ocasiones, con los últimos cinco pesos que me dejaban, ¡arriba! Si los cinco pesos ésos ya no me los ganaban en esa mano, ya no me los ganaban en toda la noche. Bueno, pero es que… luego me decían:

—Quihubo, quihubo, cabrón, no te estés dando de abajo.

—No, si aquí está la baraja.

—No, pon la baraja sobre la mesa, a mí no me andes con mamadas. Nada que tienes la barajita aquí en la mano. Encímalas bien.

—Ay, cabrón, si no hay ratero que no sea desconfiado.

—No, no, no, hermano, si es que tras la desconfianza vive la seguridad, pon las cartas ahí sobre la mesa.

Un sábado había yo acabado de rayar. Y estaba Delfino, un señor que tiene mucho dinero, vive en Guerrero… tiene carros que acarrean cosas para acá, tiene ganado y hartas tierras allá. Y yo iba llegando y me dice:

—Quihubo, Chino.

—Quihubo, Delfino, qué, qué, pues, qué dice.

—Nada, manito, qué… ¿echamos una manita?

—Pos ándale, vamos a ponerle, ¡qué chingados!, ya sabes que yo nunca digo no.

—Pos ándale.

Nos sentamos a jugar.

—Bueno, ¿qué vamos a jugar?

—Conquianes.

—De a cómo.

—Pos ¿de a cómo te dieron tu domingo, cabrón?

—De a como quieran, hermano, si yo nunca ando con la bendición de mi madre.

—Ándale, pues, cabrón, vamos a jugar de a cinco diez.

—Pos hasta de a diez veinte, si quieres, pendejo… ¿pos qué te crees?

—Ándale… ¿qué, le entras, Domingo?

—Oh, pues aquí estoy esperando nada más que se arreglen.

—Bueno, pos cartas… cartas… —Bueno, pos, ¡pum, pum, pum!

Entonces me ganan uno doble, 10 pesos. Me ganan otro doble, 10 pesos, y me ganan otro doble. Treinta pesos. Me ganan un sencillo, y yo sin ganar un solo juego. Y me ganan otro sencillo y me meten cinco juegos. Me cuesta 40 pesos. Y luego se levanta Delfino y dice:

—Ya me voy, tengo un asunto que hacer… se me olvidaba, hombre, este pinche compromiso.

"¡Ay!… —yo pensé por dentro—, ¿pero este cabrón se va a levantar ganando?… ¡ni pedo!… más merezco por pendejo".

—Ah, ¿ya te vas?

—Sí, sí, ya me voy, mano. Mira, es que tengo un compromiso, se me olvidaba, mano, se me olvidaba. Chingao, yo no sé cómo se me fue a olvidar… yo les iba a anticipar…

—Bueno, bueno… ¿pa' qué tanto pedo si ya te vas… ándale pues… vete.

Pos me dejaron temblando, ¿no?, porque yo no gané ni un juego. —¡Huy —dije yo —, cabrón… bueno, ni hablar!

Entonces, ya se pasó la noche del sábado comoquiera, ¿verdad? Amanece el domingo y en ese tiempo siempre jugamos partidos de futbol ahí. Entre los muchachos de Bella Vista yo tenía fama de ser el mejor portero, jugando ahí en los patios, ¿verdad? Y todos los muchachos en los partidos se peleaban por mí.

Bueno, pos ese día me levanté con la intención de jugar un partidito contra los de Magnolia, que en ese tiempo traíamos pique con ellos. Salí al patio y me fui a bañar a los baños de Bella Vista. Me di mi duchazo y todo, ¿verdad?, y entonces salgo ya cambiado, traía mi maleta de ropa así, debajo del sobaco, venía yo entrando así por el jardincito, cuando me encuentro a Delfino.

—Quihubo *Chino,* qué, ¿quieres la revancha, cabrón?

—Pos sí, ¡no le pegaste a Obregón, desgraciado!, pos qué. Ya, ya vas.

—Pos ándale, nomás déjame hablarle a Domingo y deja hablarle al *Perico.*

—Bueno, pos ándale, háblale.

Pos ahí vienen *el Perico* y Domingo; los tres son paisanos, de la misma tierra. Entonces nos sentamos a jugar. Les gané tres conquianes al hilo; gané 45 pesos. Y entonces dice Delfino:

—No, vete a la chingada, yo ya no te voy a dar dinero, vamos a jugar pókar.

—Pos ándale, vamos a jugar pókar. ¡Pos qué!

—¡Pos descártalo!

—No, ¡descarta madre!… Así entera, si quieres. Si no, no jugamos.

—No, hombre, hay que dejar comodín, el comodín es pa' todos.

—Bueno, a mí no me gusta con comodín.

—No, ¡pa' mí es igual! A mí —dice— cualquier culo me raspa el chile.

—Bueno, pos ya sabes.

—Y tú, *Perico*… —le digo—. No, pos este cabrón, que es el orgullo de Chilapa y quesque es muy jodón y que quién sabe qué… ¡pos a mí se me hace que es pura mula!

—Ay —dice—, ora verás qué chinga te voy a poner y verás con tus centavitos.

—Pos éntrale, cabrón… ¿al cabo qué tanto puedes traer?

—Pos no, pos unos centavitos. Pero ahí nomás vas a chingarte, vas a sudar para quitármelos.

—¿Tú, *Perico?*

—No, yo ni madre… —dice—, yo qué voy a pagar, ¿estoy loco, o qué?

—Bueno, ¡qué me importa!… ¿vas o no vas?… Ultimadamente, aquí se juega con güevos. Dinero y güevos se necesitan.

—Bueno, no va, no va… ¿tú?

—Cabrón —dice—, me vas a agarrar, pero yo no te corro. ¡Puta madre! Ahí están los 30 pesos.

Me dan otra carta y me entra otro rey. Éste llevaba par de sietes; aunque le entrara otro siete, no me importaba ya, ¿no?

—Par de reyes habla… Bueno… ¿quieren ver lo que me entró? Ora te va a costar 50 pesos, cabrón.

—¡No seas cargado!… dame chance.

—A la mejor me entró el otro siete, ¿verdad?

Y calentando acá la baraja, y soplándole, luego se la embarraba así por los testículos. Dice:

—Hay que embarrársela en los güevos pa' que llegue. A ver, ¡que cuaje, que cuaje!

—Quihubo, quihubo, no tiembles, chaparrito… Prenda bien el cigarro. ¿Pos qué es eso de que le hace a usted el chingao cerillo así?

—¡No, si no le tiemblo al dinero!

—No, si el dinero no es el que le tiembla, si el que le tiembla es el fundillo —le digo.

Entonces agarran cartas, ¡pras!, y hago un ful. Éste agarra otra carta y no hace más que tres sietes.

—Bueno, tú qué llevas, a ver de una vez.

—Pues carajo, hermano, un peso.

—Bueno, pues un peso cualquiera paga, pero 'pérame, déjame ver si te doy vuelta… 'pérate, más güevos.

Y otra vez la baraja aquí por los testículos, ¿verdad?, se la tallaba y dice: —San Sisifato, si no me llega la que espero no te desato. A ver, échate un pedo aquí, tú, *Perico*. No estés ahí de pendejo que ni hablas, ni nada.

—Espérate —dice—, que está bonita la jugada ahorita. —¡Chingada madre!, ¿quién va a ganar aquí?, ¿qué va a pasar?

—No, pos tú eres un cabrón… ¡Yo nomás te pago el peso! Tú estás esperando que te revire para chingarme, ¿no?… No, ahí está pagado tu peso.

—¡Bueno, pos con permiso!

—Agarro y jalo todos los centavos, ¿no?

—¡Bueno, cabrón!… ¿pos con qué muero?

—¡Destápala, yo quiero que mueras por tus manos!

Y destapa el otro rey y dice:

—¡Puta madre!, ful —dice—, cómo vo' a creer eso. ¡No! ¡No! ¡Ésas ya son chingaderas, ya no es suerte!

Para no hacerle largo el cuento, ese día le levanto como mil y pico de pesos. Entonces, ya que llevaba yo esa cantidad de dinero ganada en el transcurso de unas dos, tres horas, le dije:

—¡Ya me voy!… no me acordaba que tenía un compromiso, ¡hombre!… ¡qué la chingada!

—¡No, oye!, ¿cómo te vas a ir, si nos 'tas dando en la madre?, ¿cómo te vas a ir con el dinero?

—Ah, bueno, lo estoy ganando, ¿no? O qué, ¿te lo robé?

—No, no. No seas…

—Ah, ¿te acuerdas lo que me hiciste ayer, cabrón? ¿No te levantaste ganando?

—Ah, bueno, pero yo te gané conquianes. ¿Cuánto perdiste? Cuarenta pesos. Y orita con cuánto me das en la madre. ¡No, no te vayas! —Hablaba muy fuerte, ¿verdad?, pero no hasta el extremo de pelear.

—No, no seas cabrón, oye, pinche Manuel. ¡Danos chance, vamos a echarnos tres manos! ¡Tres manos y ya te paras! ¿O ya te estás culiando?

—No, si no me culeo, hermano.

De las tres manos, todavía les gané dos.

Dice: —Son madres, éstas. ¡Esto no es suerte, es culo! ¡Son chingaderas, en mi puta vida vuelvo a jugar contigo, nunca me habían dado en la madre en esta forma! Cabrón, tú te la apartaste.

—Bueno, pos si yo no estoy dando, mano. Na'más que tengo mi culito. Pos Dios socorre a los pendejos, ¿no? Si no hubiera Dios de los pendejos, ¡pos hermano del alma…!

—¡No!, yo ya no vuelvo a jugar en mi chingada vida contigo.

Yo tenía una fama de ser poco menos que brujo para jugar, ahí en Bella Vista. Cuando yo estaba dando, siempre todos me cuidaban las manos y le juro que nunca hice una trampa. Es que era una suerte desmedida la mía, desmedida, así. Y me decían:

—No cabe duda que tienes una suerte, ¡carajo! ¿Por qué no te vas a un casino elegante a jugar?

—¡No, ahí me dan en la madre! Ahí ya todas las barajas están capadas, pos cómo voy a ir a jugar con talladores profesionales, ¡no! Si aquí a la suertecita, así, me conformo con llevarme mi gastito.

A pesar de haber ganado todo este dinero en toda mi vida de juego, nunca lo aproveché en algo útil, nunca, porque después me iba yo con los amigos y ellos andaban con sus chicas y pos yo me juntaba con ellos y entonces me soltaba disparándole a uno, disparándole a otro y nunca hice algo práctico para la casa.

Cuando mi papá se enteró de que jugaba le dio mucho coraje, por supuesto. Pero

nadie en mi familia supo cuánto ganaba o cómo lo gastaba.

Todas las noches iba al café a ver a Graciela. Como ella tenía que andar sirviendo las mesas, con la que más platicaba era con Paula, amiga de Graciela, que también trabajaba allí. Pero, cosa curiosa, aunque yo quería locamente a mi novia, Graciela, prefería platicar con *la Chaparra,* es decir, Paula. Encontraba más comprensión en ella y yo le decía: —No sea mala gente, *Chaparrita,* encandíleme a Graciela. —Y ella me decía: —Sí, yo le voy a hacer la lucha. —Cuando me veía que estaba yo celoso de alguno o deprimido por algún disgusto con Graciela, me decía: —No se aflija, Manuel. No haga caso, porque en el fondo ella lo quiere mucho. Ella me lo ha dicho. —Siempre me hablaba así y me hacía sentirme mejor.

Yo quería asegurar mis relaciones con Graciela para que no me dejara, porque yo tenía miedo de que me dejara. Siempre tenía pesadillas y veía que ella me engañaba de un modo horrible y yo me desesperaba por causa de ella. Ella era muy guapa y los hombres la buscaban; tenía mucha suerte. Algunos de los clientes le dejaban propinas hasta de 50 pesos. Pero ella parecía que me quería únicamente a mí y también ella se ponía celosa de mí, más de una vez. Total, que nos disgustamos porque yo insistí en ir a Chalma con *la Chaparra.*

Paula me dijo que iba a ir a Chalma con su mamá y su hermana Dalila. Yo también iba a ir, así que le dije: —¿Nada más las tres solas de mujeres? ¡Ah, qué caray! Pues a ver si nos vamos por ahí. —Cuando se lo dije a Graciela, dice: —Ah, ¿sí? ¡Pues no vas!

Siempre en las pláticas que teníamos Graciela y yo, le recalcaba mucho: —Mira, no sé cómo hay hombres tan tontos que son capaces de pelearse por una mujer. El día que tú llegaras a engañarme, pues yo no te peleaba. Ni por ti que te quiero tanto sería capaz de pelearme.

Como unos dos meses atrás había llegado al café Andrés, uno de Puebla, y yo veía que veía a Graciela así en una forma muy especial, ¿no? Pues yo tenía celos de él, y serían los mismos celos que me hacían ver que Graciela también lo miraba en una forma demasiado insistente. El caso es que el día que me tenía que ir a Chalma le hablé a Andrés.

—Mira, Andrés, he notado pues… ciertas cosas entre tú y Graciela. Si eres mi amigo debes ser leal conmigo. Mira, yo ya me pasié con Graciela, ya la he besado, ya la he abrazado. A otra cosa más no aspiro, porque sé que no puedo ahorita. Así que créeme, yo no iba a disgustarme mucho contigo, ni iba a pasar nada entre tú y yo si me dijeras que Graciela tiene que ver contigo. Pero que no nos vea la cara de tontos. Desengáñame, yo te prometo que no levanto la mano, que no te hago nada.

—No, Manuel, cómo quieres que Graciela vaya a tener nada conmigo si es novia tuya. A quien quiere es a ti. Además yo no sería capaz de hacerte una cosa así.

—¿De veras, Andrés?

—De veras, Manuel, ¡palabra de hombre!

Mientras, *la Chaparra* y su mamá se habían quedado haciendo tortillas y huevos cocidos para llevar el itacate para el camino, como se dice aquí. Ya cargamos las maletas, nos las echamos en la espalda y nos fuimos a tomar el camión para Santiago

Tianguistengo. Por cierto ese año nos acompañó mi amigo Alberto. Íbamos muy contentos, *la Chaparra,* Alberto y yo, reza y reza y cantando por el camino. En el camino hay muchos árboles y a la hora del amanecer es muy bonito aquello. El olor a campo, y a madera; a veces subía uno una loma y desde arriba se veía a lo lejos algún pueblito, y las inditas allí echando tortillas, y cientos de viajeros por el camino, caballos, burros, gente a pie…

Antes de llegar al Santuario, como a la mitad del camino hay un famoso árbol; un ahuehuete. El ahuehuete a mí se me hacía "pa' pronto" el lugar más bonito de Chalma. Ahí dejan las trenzas, los zapatitos de los niños. Es un árbol gigantesco y con un gran tronco; 10 hombres agarrados de la mano apenas le dan vuelta. Queda en medio de dos cerros y al pie del tronco nace un riachuelo. Entonces si uno viene cansado del camino, es tanta la fe del corazón que bañándose en esa agua se le quita inmediatamente todo el cansancio, todos los males.

Hay una bajada de caracol y de ahí se ve el atrio de la iglesia, porque el Santuario queda en una hondonada. Siempre me daba una gran satisfacción entrar a la iglesia y ponerme de rodillas ahí en la frescura de la penumbra del templo y ver la figura del Santo Cristo de Chalma. Parecía como si a mí solo me estuviera recibiendo y eso me hacía sentir algo muy bonito, porque yo tenía mucha fe en ese tiempo. Le pedía yo al Señor, al Santo Cristo de Chalma, que me diera fuerzas, que me abriera algún camino para ganar bastante dinero para poderme casar con Graciela, y también que ella no me engañara.

Nada, absolutamente nada pasó entre *la Chaparra* y yo en ese viaje. Es más, yo quería que Alberto y ella se hicieran novios para poder salir los cuatro juntos. Le platicaba a Paula mis problemas con Graciela durante los ocho días que duró el viaje. Pero yo notaba que *la Chaparra* me veía en una forma muy especial. Una vez me hice el enfermo, le dije que me había picado un alacrán, ¡y cómo son venenosos! Hice como que me desmayé y estaba reapurada la pobrecita, más de la cuenta, más de lo que se apura uno por un amigo. Dije yo: —Ah, chirrión… pues qué será posible… a lo mejor también me quiere ella.

Pues con mi oración al Señor de Chalma me salió el tiro por la culata. Andrés me dijo llegando que Graciela era su novia. Yo estaba que ardía por dentro, pero trataba de controlarme y cumplir mi palabra de que no le haría nada, pero tenía ganas de comérmelo creo que con todo y zapatos. Le digo: —Pues bueno, nada más que va a tener que decírmelo ella.

—Pues no, eso es lo que no se va a poder, porque de hoy en delante no quiero que te metas con ella.

—Ah no —le dije—; entonces ya no es de amigo a amigo. Eso ya es de hombre a hombre y como hombre yo te voy a demostrar que soy más hombre que tú, tal por cual. —Y, ¡pum!, que le pongo un tromponzote que allá fue a dar, hasta levantó los pies. Que lo agarro del cuello, lo pongo contra la pared, dos… tres… que le pongo en el estómago.

Yo le traía a Graciela un regalo, una polvera que compré allá en Chalma, pero cuando me dijo eso Andrés, en la calle —porque me dio mucho coraje— que la rompo a patadas.

Que llego con Graciela. Le digo: —Buenas noches. —Me vio y se sobresaltó. Me acerqué junto de ella y le digo: —Graciela, ¿es cierto que Andrés es tu novio? —Ella agachó la cara. —Contéstame —le digo—, no tengas miedo. ¿Por qué no me contestas? Contéstame… ¿es cierto que es tu novio? —Entonces alzó ella la cara y se me quedó viendo con unos ojos muy tristes. No me habló, únicamente asintió con la cabeza. Mi primera reacción era haberle dado una cachetada… Pero si yo le dije que nunca me he de pelear por una mujer le voy a demostrar que la quiero mucho, mejor me aguanto. Le digo: —Ah, pues qué bien… entonces te felicito, Graciela. Mira, yo soy jugador y de buena ley, sé ganar y sé perder. Por esta ocasión perdí, ¿no? No importa, Graciela, mira, aquí está mi mano, quedamos como amigos, sin ningún rencor, sin ningún odio.

Entonces ella se me quedó viendo ya con mucho coraje y se soltó llorando. —¡Caray! —digo, di la media vuelta y me salí.

Era una tristeza que yo traía insoportable. Me cambié de trabajo con unos españoles. Entré ganando ocho pesos diarios, me pagaban el séptimo día, así que eran 56 pesos a la semana, ¿verdad? Ya me sentía yo con más dinero y ya no le rendía cuentas a mi padre de lo que ganaba.

Volviendo a Graciela, dije yo: "Pos si ella me hizo esto con Andrés que apenas conozco, que apenas saludo, yo se lo voy a hacer con alguien que le pueda, con alguien que de veras le duela". Entonces enfoqué mi mirada inmediatamente hacia Paula y la empecé a cortejar. Ya después seguí yendo diario al café a verla y en una ocasión le hablé para que fuera mi novia.

—No es correcto, usted quiere mucho a Graciela. Siempre me ha confesado que la quiere mucho. Y ahora, ¿cómo es que me habla usted a mí?

—¡No, hombre!, qué se cree usted. ¿Que la quiero? Si yo nomás le decía así pues para que usted le contara y ella creyera que de veras la quería, pero no la quiero. Bueno, ¿cón quién platico cada que vengo aquí?

No sé de dónde me salieron tantos argumentos. El caso es que estuve duro y duro, cortejándola —como cosa de un mes— y ella, lo voy a pensar, y nomás me decía lo voy a pensar, pero no me decía cuándo. Hasta que una noche: —Bueno, pues sí —ya asintió ser mi novia.

Graciela y Paula tuvieron un disgusto muy fuerte a causa de esto. Paula le dijo a Graciela: —Bueno, pues tú de qué te admiras. Tú le hiciste una cochinada con Andrés, y Andrés era su amigo, ¡entonces qué! Además no fue tu marido, ahora es mi novio, y yo lo quiero, y qué…

Dice Graciela: —Sí, lo malo es que él en realidad es tu novio. Y Andrés y yo nada más lo habíamos hecho para ver si me quería o no me quería Manuel, porque Andrés vino a contarme que Manuel había dicho que no me quería nada, que nada más había tratado de burlarse de mí.

Así es que fue una pantomima lo que ellos me hicieron, y yo me la creí. Ya después, yo no sentía querer a Paula, pero por la eterna vanidad, el pendejo machismo del mexicano, no me podía yo humillar volviendo con Graciela. Yo la quería con toda mi alma y en el fondo le quería decir: —Vuelve conmigo… ya vamos a andar en serio… —

Pero puse mi orgullo y mi vanidad por encima de todo. Mi corazón me decía que le dijera yo la verdad, pero también tenía miedo de que se burlara de mis sentimientos. Era como un juego de tácticas entre los dos, y poco a poco, sin que ninguno de los dos lo deseara, tomamos por rumbos distintos.

Pues continué frecuentando a Paula y empecé a sacarla a pasear. Yo no quería que trabajara más en el café y se fue a tejer capas de niño.

En una ocasión estando en el jardín ella y yo noviando me dice: —Fíjate Manuel que tengo que ir a ver a mi hermana a Querétaro. No quiero ir, pero está mala, y mi mamá me manda, está preocupada.

Ella me había dicho que se iba a ir a Querétaro. Resulta que después por boca de Dalila, su hermana, supe —de esas cosas que sin querer se le salió— que no había ido a Querétaro, que se había ido a Veracruz con una amiga de ella y un señor. Me dio mucho coraje y me fui inmediatamente a su casa por ella. Íbamos caminando cuando le dije: —¿Qué tal te fue en Querétaro?

—Pos muy bien…

—Y tu hermana, ¿qué tal está?

—Pos no estaba tan mala, nada más que ya ves cómo exageran las cosas.

Ya no la dejé seguir hablando, le volteo una cachetada y le dije: —A mí no me vas a ver la cara de pendejo, ningún Querétaro, ni ningún la fregada. Tú te largastes a Veracruz.

—¿Quién te dijo?

—Ya ves que no falta —le digo—. ¿No te largastes a Veracruz? —Y, ¡pum!, que le pongo otra cachetada. Sí, yo tenía mucho coraje con ella, y le pegué.

Entonces ella llorando dice: —Sí, sí, Manuel, mira… sí me fui a Veracruz. Pero te juro por lo que más quiero en el mundo… ¡que se muera mi madre si yo hice algo malo! Mira, es que mi amiga iba con ese señor y me pidió que la acompañara para protegerse.

No, yo tenía como hecho de que ella también se había ido con un hombre. —Ah no —le digo—, pos a mí no me andes con esas cosas. Total si eres tan fácil ahorita te vas conmigo, y te vas al hotel.

—No, Manuel.

—No —le digo—, ¿cómo con aquél sí te fuiste? Si eres mujer de la calle entonces te vas conmigo, y dime cuánto me vas a cobrar. Que no puedes valer arriba de cinco centavos, porque para mí no vales más.

Y ella llora, y llora. —Mira, Manuel, acompáñame, por favor. Por caridad, te lo suplico. —En el fondo yo queriendo pues que no hubiera hecho nada malo. Fuimos a casa de la amiga de ella. —Dile por favor a Manuel a dónde fuimos y con quién.

—Pues, este… fuimos a Querétaro a ver a su…

—No, no le digas eso, dile la verdad…

—Pues mire, fuimos a Veracruz, yo iba con un señor… y yo la invité a ella pues es mi amiga de confianza, porque yo no podía ir sola con un hombre. Pero le juro que ella no hizo nada malo…

Yo quería creer aquello, pero no estaba convencido del todo, así que queriendo o no

queriendo me la llevé al hotel.

Bueno, voy a explicar que cuando uno anda de novio aquí en México —al menos en el caso mío——, pues cree que la mujer lo quiere a uno, pero siempre tiene la desconfianza, el recelo, ¿no?, de que no vaya a ser cierto. A través de cultivar las relaciones de novios digamos cuatro o cinco meses un día decimos: —Dame la prueba de tu cariño. Si en realidad me quieres ahorita te vas conmigo. —Nunca pude comprometerme a casarme por el civil, o por la Iglesia, nunca se me ocurrió, y esto pasa con casi todos los hombres y mujeres que conozco. Siempre he pensado que si una mujer me quiere y yo la quiero y queremos vivir el uno para el otro, los trámites legales qué importan. Y si la mujer me dice que le ponga casa y después nos casemos por la ley me hago el ofendido y digo: —No es verdad que tú me quieres. Dónde está el amor que me tenías si me has de poner condiciones para quererme.

Y en la clase pobre también hay la circunstancia de los centavos. Porque se pone uno a analizar lo que sale un casamiento, pos na'más no tiene uno para casarse. Entonces opta uno por vivir así nada más, ¿verdad? Se lleva uno a la mujer como pasó con Paula. Además el pobre no tiene nada que dejarle a sus hijos, así que no hay necesidad de protegerlos legalmente. Si yo tuviera un millón de pesos, o una casa, una cuenta en el banco, bienes materiales, me casaría por el civil en seguida para legalizar a mis hijos como mis legítimos herederos. Pero las gentes de mi clase no tenemos nada. Por eso digo: —Mientras yo sepa que éstos son mis hijos, que el mundo piense lo que quiera.

Un casamiento por lo civil cuesta menos que el de la Iglesia, pero es más bien que uno rehuye las responsabilidades legales. Tenemos muy pegado el dicho aquel: "La ilusión del matrimonio se termina en la cama". Yo no podía aceptar todas las responsabilidades legales a riesgo de sufrir un fracaso más adelante. No nos conocíamos a fondo, no sabíamos cómo íbamos a reaccionar ya en la intimidad. Y las mujeres no buscan casarse porque todas las mujeres tienen la firme creencia, aquí en México, de que la amante lleva más buena vida que la esposa. El fenómeno más común es que una vez que la mujer se ha ido con uno, pues al cabo de los seis meses, ya que pasa la luna de miel, la mujer empieza a protestar y a querer que se case uno con ella. Pero esto es lo convenenciero de las mujeres, lo quieren tener a uno amarrado con cadenas.

Tenemos la firme creencia de que una cosa es ser amantes y otra marido y mujer. Si yo le pido a una mujer que sea mi mujer, siento tanta responsabilidad hacia ella como si estuviéramos casados. El casamiento no cambia nada, y así fue con Paula y yo.

Seguimos yendo a hoteles por unos meses pero ya me estaba cansando. Creo que en el fondo buscaba huir de mi padre, buscaba la manera de irme de la casa de una vez por todas y hacerme hombre. Una noche le dije a Paula: —Escoge, Paula, mira, yo voy por este lado; tu casa está por el lado contrario. Para mí hoy ya no regresas a tu casa. ¿Qué dices a eso?

—No, Manuel —dice—, ¿pero mi mamá y mis hermanos?

—Ah, entonces es que tú no me quieres. Escoge cualquiera de los dos caminos, nada más que si te vas para tu casa, no nos volvemos a ver nunca. Si te vas conmigo, vas a ser mi mujer, vas a vivir conmigo.

Entonces ella optó por irse conmigo. Así fue como nos casamos. Quince años tenía yo y ella 19.

ROBERTO

EMPECÉ a robar cosas de mi propia casa cuando niño. Algo que veía y me gustara lo tomaba sin permiso de nadie. Empecé por robar un huevo, no porque estuviera yo necesitado o hambriento, no, sino nada más por aquello de hurtar, de comer y salir al patio a repartir con mis amigos y hacerme sentir el importante. Recuerdo yo una vez que hurté 20 centavos, y en aquel entonces 20 centavos eran como 10 pesos de ahora. Estaban 20 centavos en el trastero, de esos veintes de plata que había entonces, y yo tenía ganas de un dulce. Dinero, diario me daba mi padre; nos dejaba a mis hermanos y a mí abajo de la almohada, pero pues, ¡siempre el querer más toda la vida! Y esa vez vi esos 20 centavos y pues no había nadie, y yo dije, pues esos 20 centavos yo creo que no le hacen falta a nadie, pues yo los voy a agarrar. Pero a la vez yo comprendía que estaba haciendo mal porque los agarré a modo de que nadie me viera. Salí a la calle y compré dulces, como cuatro o cinco centavos, y con eso tuve para darles a todos mis amiguitos de la vecindad, y hasta a unos cuantos de la calle; y por suerte, por desgracia, me dieron de cambio puros centavitos, así que traía en la bolsa mucho dinero, para mí y para cualquier niño de aquel tiempo.

Ya en la tarde, que llego a la casa y que empiezan a preguntar, que el veinte. —Manuel, ¿qué no viste 20 centavos que estaban sobre el trastero? —No, mamá, no los vi. —Tú, Roberto, ¿no los viste? —No, mamá, no los vi, de veras, de veras. —Entonces, luego luego me delaté, pero no me dijeron nada de momento. Y dije: "¡Híjole!, donde se les ocurra esculcarme me van a encontrar aquí con el dinero, y entonces sí, una zurra que no me la voy a quitar en 10 años". Y que me voy al baño. —¿Dónde vas? —Ahorita vengo, mamá, voy al guáter. —Ven para acá. —No, mamá, espérame, voy al guáter que ya me anda. —Y que me meto al guáter. Y mentira, yo no tenía ninguna necesidad, era nada más para tirar los centavos para que no me los encontraran. ¡Fíjese nada más! Si le dije que es uno calavera desde la cuna. Y los tiré. Pero se dieron cuenta a la hora de estarlos vaciando, pues era un ruidero de los diablos, y aunque le eché agua y se fueron los centavitos, siempre se dieron cuenta. Así es que me dieron una tunda ese día que… mi mamá, mi papá y mi abuela, que en paz descanse, también. Tendría yo como cinco o seis años, más o menos.

Mi madre siempre nos cuidó mucho. Y mucho me quiso a mí, pero quería más a Manuel. Rara vez me pegó, sabía que me quería a mí porque siempre me jalaba con ella. Antes, mi mamá compraba recorte de pastel para vender, y me llevaba de preferencia a mí. Me decía: —Roberto, vamos por el pastel. —Sí, mamacita, cómo no, vamos.

Mi papá una vez se disgustó con mi mamá. No sé por qué causa, pero salieron a disgusto, por cierto un disgusto muy fuerte. No sé qué le haya dicho mi madre, que en paz descanse, a mi papá, pero se disgustó bastante, porque mi papá es un hombre muy temperamental, y entonces sacó su llavero. En aquel llavero mi padre siempre ha usado navaja, porque su trabajo así lo requiere. No sé si haya sido su intención pegarle a mi madre con aquella navaja. Entonces se metió mi tía Guadalupe y mi abuelita Pachita y una sirvienta —porque siempre hemos tenido sirvienta en la casa— y no puedo decir que lo desarmaron, no, pero sí le hicieron caer de sus manos aquel llavero y la navaja; su llavero se cayó al suelo durante el pleito y yo lo levanté y salí corriendo. Cuando regresé el pleito había pasado. Mi papá me llevó con él a la Villa y allí le rezó a la Virgen. Lo vi llorar a él y yo también lloré. Luego él se calmó y me compró un taco. Y pues siempre yo me sentí un poquitín molesto. Es el disgusto que recuerdo que mi padre y mi madre tuvieron, quizá hayan tenido otros, pero nunca nos dimos cuenta, o al menos yo nunca me di cuenta.

De las memorias que mejor están grabadas en mi mente está aquel 6 de enero que los Santos Reyes no pudieron llegar a nuestra pobre casa. Entonces yo me sentí el niño más desdichado del mundo. Claro, era la primera vez que aquellos Santos Reyes no llegaban a esa casa. Todos los años que yo recuerdo llegaron y nos dejaron los juguetes en el macetero donde mi madre tenía sus macetas preferidas, sus flores. Y ese 6 de enero nos paramos, mis hermanos y yo, muy temprano —como todos los 6 de enero todos los pequeños— a buscar nuestros juguetes. Y ahí andamos buscando, para arriba y para abajo, y no encontramos nada. Entonces nos fuimos a la cocina a buscar en el brasero, a ver si entre la ceniza y el carbón nos habían dejado algo; pero por desgracia no habían llegado los Reyes. Así es que yo salí triste y compungido al patio a ver a mis amiguitos qué les habían traído los Reyes. Y a cual más le habían traído que un tanque, que un carrito, que un boliche, que unas canicas, que unos soldaditos de plomo. Por cierto que siempre me gustaron los soldaditos de plomo.

Pues no nos quedó —a mis hermanos y a mí— más que concretarnos a ver. Y nos preguntaban: —¿Qué te trajeron los Reyes? —No, pues a mí no me trajeron nada.

Por desgracia fue el último 6 de enero que mi madre pasó en vida con nosotros. Después de eso chillé por años.

Teníamos un solo cuarto en las calles de Sol, un solo cuarto y dos camas. En una cama dormían mi papá y mi mamá, y en otra dormíamos mi hermano Manuel, mi hermana Consuelo y yo —ya después Marta también—, los cuatro, atravesados en la cama, nunca a lo largo.

Una debilidad, muy fuerte por cierto, la tenía yo; siempre me orinaba en la cama, hasta los nueve o 10 años. Y me costó varias tundas que me dieron mi padre y mi madre. Siempre me amenazaban con que me iban a bañar en la mañana con agua fría. Y una vez, sí, mi madre lo llevó a cabo. Claro que esto no es ningún reproche, no.

Sucedió que un día nos paramos temprano todos, y yo no me quería parar porque me sentía mojado y quería que se fueran todos y así poderle echar la culpa a alguno de mis hermanos.

Pero no sucedió así, pues como ya sabían que yo era el mión de la casa, luego luego se fueron directamente a mí, y ni más ni menos, encueradito, mi madre me llevó hasta el lavadero, y con agua fría, ¡purrum!, a bañarme. Lo hacía a fin de que a ver si se me quitaba la costumbre, pero no se me quitaba. Mi hermana Consuelo y mi hermano Manuel, pues rara vez, pero también se llegaron a orinar en la cama. Así que yo no era el único mión de la casa.

Tenía como seis o siete años cuando recuerdo que mi mamá falleció en los brazos de mi papá, una madrugada. Por cierto que me culpo yo de su muerte todavía porque el día anterior al que ella murió habíamos ido a la Villa. Comimos allí aguacate, chicharrón y carne de puerco —todo eso que uno sabe hace daño con un coraje— y mi mamá hizo un coraje por mi culpa.

En realidad, sucedió que mi mamá me mandó bajar los pájaros —porque mi mamá era muy amante de los animalitos, tenía las paredes tapizadas con jaulas—. Y me mandó bajarlos; y me subí a la azotea. Entonces a nuestra casa la dividía de la siguiente del vecino una barda del ancho de un tabique. Me subí, y no sé qué hice que cayó tierra al otro lado. Y la señora me echó agua. —¡Muchacho menso, fíjate! —Señora, yo no tengo la culpa. ¿Qué no ve que no se puede caminar aquí? —Yo andaba a gatas en la barda. —¿Quién está echando agua? —Pues aquí esta señora. —Si yo no le hubiera dicho a mi mamá que esa señora me estaba echando agua, mi mamá no se hubiera disgustado con ella, y no hubiera fallecido. Sin embargo, así pasó la cosa, y ahora, aunque me sienta culpable, o no, ella ya falleció.

Nos pararon como a las dos de la mañana. Yo no quería pararme porque había mojado la cama y temía que me castigaran. Pero vimos a mi papá llorando y nos levantamos asustados. Sabía que algo malo pasaba porque mi papá tenía a mi mamá en brazos. Estábamos todos llorando al pie de la cama cuando el doctor llegó. Nuestros parientes querían sacarnos de la casa pero yo pelié y me quedé.

Cuando murió mi mamá yo me acosté al lado de ella. Me andaban buscando y yo estaba, ella ya tendida y yo abajo de la sábana con la que la habían cubierto. Yo ya, a esa edad, pensaba que morir significaba que una persona se iba de este mundo para siempre. Aunque yo a mis hermanos les decía cuando lloraban (yo también lloraba): —No lloren, manitos, que mi mamá nada más está dormida. —Y me acercaba junto a su cabecera y decía: —Mamá, mamá, ¿verdad que estás dormida? —Y le tocaba su cara. Pero yo sabía que ya mi mamá no iba a despertar nunca.

Me hizo falta mucho mi madre; no me hizo, me está haciendo falta. Contando uno sus penas descansa la conciencia, pero en realidad hay cosas que me han pasado desde pequeño y las he contado a mucha gente y no he descansado. Me calmo cuando huyo, cuando vago, cuando estoy solo en el campo o arriba de un cerro. Yo digo que si mi madre viviese yo sería muy diferente; o quizá sería más perdido.

Cuando mi madre murió, mi abuela fue una segunda madre para mí. La seguía a todas partes. La llamaba abuelita con el mismo cariño con el que le decía a mi madre, mamá. Siempre fue muy buena con nosotros, pero era muy estricta y seria. Después de todo ya era grande y había sido criada a la antigua. Eran más rectos en todo.

De mi abuelita, la mamá de mi mamá, tengo unos gratos recuerdos. Ella siempre miraba mucho por mi hermana Consuelo y por mi hermana Marta. Vendía en la plaza sus recortes de pastel y yo iba seguido a visitarla porque sentía necesidad de estar con mi abuela a mi lado, y yo al lado de ella, porque me entendía y me daba muchos consejos.

De mis tías la que más cercana a nosotros estaba era mi tía Guadalupe, pero no recuerdo muchos cariños de ella. Ella también —como toda la familia— me decía "negro cambujo" y "cara de diablo". Nunca supe lo que quería decir "negro cambujo", pero siempre me lastimó mucho. Así que siempre me le pegaba a mi abuelita.

Me acuerdo una vez que mi hermano Manuel la hizo enojar muchísimo. Él nunca quería acompañarla a comprar el pastel y el pan. En cambio, a mí, algo había que me gustaba mucho acompañar a mi abuelita a horas de la madrugada. Era yo sólo un chamaco, claro, pero creía que yendo yo, a mi abuelita no le pasaba absolutamente nada. Y, ¡bendito sea Dios!, nunca nos hicieron ningún daño. Bueno, pues ese día, pasó un vendedor de tejocotes cubiertos de dulce de piloncillo, y gritaba: —¡A centavo varita! — Y Manuel, que siempre hacía repelar a mi abuelita, comenzó a gritar: —¡A centavo abuelitas! —Pues él estaba bromeando, pero mi abuelita lloró, y a mí me dolió mucho que mi hermano la haya hecho llorar.

Si mal no recuerdo, vivíamos en la calle de Cuba, y nada más conoció mi papá a Elena, mi abuelita se fue a casa de mi tía Guadalupe. Esa partida de mi abuelita me dolió muchísimo y me sentí más solo todavía; más sentí la pérdida de mi madre. Entendía yo, hasta donde yo podía, que mi mamá ya no iba a estar con nosotros, y estando mi abuelita era menos la pena.

Yo me quejaba con ella de que Elena me trataba mal, de que Elena esto, de que Elena l'otro; aunque a veces exageraba yo, ¿verdad? Al fin y al cabo mi abuela era en aquel entonces mi paño de lágrimas y tenía yo cómo desahogarme.

Desde que mi madre murió, mi abuelita sabía la vida de todos nosotros. Siempre la seguí mucho, hasta me robaba las macetas —bueno, no me las robaba, eran de mi mamá, y no quería que Elena las tocara— y se las llevaba a mi abuelita, o a mi tía Guadalupe. Pero también perdí a mi pobre abuelita, porque poco después murió.

Elena y yo desde un principio no nos llevamos bien. No precisamente no la quise, sino que no nos llevamos bien como debería haber sido. Es que para mí, madre nada más hay una en todo el mundo; y aunque vengan otras 100, o 200, que se quieran hacer pasar por madres, no es lo mismo. Además había aprendido de mis amigos que las madrastras son malas.

Elena tenía como 18 años —creo— o menos. Bueno, era muy joven y le faltaba experiencia para cuidar a un viudo con cuatro hijos. No sabía cómo hacerse obedecer, especialmente de mí que era el más calavera de todos. Nunca pudo Elena hacerme a su voluntad; bueno, en realidad, nunca supo hacerlo, porque si lo hubiera hecho por la buena a mí me hubiera hecho como un papelote. Pero siempre quiso alzarme la voz, ordenarme las cosas en un tono muy altanero. Por eso ella nunca pudo lograr de mí lo que deseaba. Ella siempre quiso doblegarme, mandar en mi vida, y por desgracia, desde pequeño no me ha gustado que nadie me mande —a excepción de mi padre, y de mi

madre, que en paz descanse. Desde que ella falleció, el único que me puede gobernar, y me ha gobernado, ha sido mi padre, hasta donde le ha sido posible. Si Elena me ponía la mano encima, yo le contestaba. De por sí nunca me he sabido defender por la boca, por eso me gustan los razonamientos de los puños.

Peleábamos tanto con Elena porque por ella tuvimos Manuel y yo que dormir en el suelo. Una vez oí que le decía Elena a mi papá que ya estaba bien que nosotros estuviéramos en una cama aparte, porque las niñas ya estaban grandes. Y mi papá estuvo de acuerdo… Entonces nos mandaron al suelo a mi hermano Manuel y a mí. Bueno, no precisamente al suelo, mi papá nos compró unos petates, pues yo creo que en ese tiempo no podía mi papá comprarnos cama.

Llegué a llorar algunas veces, pero nunca le dije nada a mi papá. Me dolió, me sentía muy triste. Sentía una angustia en mi corazón. Me sentía como un perro, estar durmiendo en el suelo. Entonces sentía mucho la falta de mi mamá. Cuando ella vivía dormimos en la cama y estábamos mejor. Todavía después, si mal no recuerdo, llegamos a dormir con mi papá. Pero una vez que llegó Elena, ya no, ya nosotros dormimos aparte, y mi papá con su mujer.

Muchísimo me gustó dormir en la cama con mi papá. ¡Qué pleitos le echaba yo a mi hermano Manuel cuando se acostaba en mi lugar, cerca de mi papá! ¡Uy! Yo le decía que no, que era mi lugar. Y nos tenía discutiendo hasta que decía mi papá: —A dormir todo el mundo y a callarse. —¡Zas! Apagaba la luz, se quitaba sus zapatos, sus pantalones los ponía en una silla, y todo mundo muy calladito.

Desde un principio, una de las cosas que no me parecieron bien fue que Elena había vivido con otro hombre. Temía mucho por mi papá, porque su otro esposo pudiera tomar represalias y esas cosas.

Hubo muchos regaños y castigos que mi padre me imponía por las ideas que mi madrastra Elena le metía a mi papá en la cabeza. Algo había de cierto, pero siempre exageraba ella la cosa. Mi padre llegaba cansado del trabajo, y como decirle "buenas tardes" le decía: —Roberto me hizo esto, y lo otro, más aquello. —Y mi papá, pues cansado, aburrido con lo que Elena le metía en la cabeza, se exasperaba en tal forma que ya ni escuchaba, sino que me castigaba. Y yo al otro día la agarraba con Elena de nuevo.

Y muchas veces me provocaba para que fuera malo. Si saltaba encima de la cama, y la ponía sucia, decía: —¡Bájate, negro cambujo! —Eso me dolía mucho; y entonces le contestaba: —Vieja pinche, ¿por qué me dice negro? Si soy negro es porque así me hizo Dios. —Entonces me pegaba, y yo le pegaba y la hacía llorar.

¡Pobre de mi padre! ¡Cuánto dinero no le costaron mis disgustos con esa mujer! Que los 50, que los 100, 300 pesos. Que el abrigo, que los zapatos, que el vestido, para contentar a la señora. ¡Qué coraje me daba! Ella guardaba el dinero y yo a veces se lo robaba por la forma en que se lo sacaba a mi papá.

Mi padre, aunque me reprenda muy enérgicamente, siempre me ha querido, y me sigue queriendo, aunque ya no lo demuestra como cuando yo era niño. Yo aunque no he sabido demostrarlo, a mi padre no lo quiero, lo idolatro. Era yo su orgullo y su alegría cuando era niño. Me quería más que a mi hermano, porque cuando iba a alguna parte

siempre me llevaba a mí primero. Muchas veces los dos solos íbamos a la Basílica, o al cine, o a caminar por las noches. Todavía me quiere, con el mismo cariño profundo, pero no me lo demuestra porque no lo merezco.

Mi padre fue siempre muy seco con nosotros; no hablaba mucho y nunca pudimos discutir nuestros problemas con él. Siempre traté de acercarme mucho a mi papá. Yo quería que él nos tratara en una forma especial, bueno, no especial. Quería que fuera como otros papás; que nos hablara, que nos mimara. ¡Cuánto me gustaba la forma de portarme antes con él! Cuando llegaba a casa le besábamos la mano, o lo abrazábamos. Entonces yo sentía un poco más de comprensión de mi padre hacia mí, aunque siempre deseando un cariño, una palabra de aliento.

Sólo dos veces me ha hablado íntimamente. Me preguntó: —Hijo, ¿qué te aflige? ¿Qué te pasa? Cuéntame tus penas. —Me sentí la persona más importante y feliz del mundo oír que me llamaba "hijo" con tanto cariño… Generalmente me llamaba Roberto, o tú, y me regañaba con malas palabras.

Aquellos hijos que se atreven a alzarle la voz a sus padres tengo de ellos muy mala opinión. Siempre que nos ha hablado mi papá, ni mirarlo a la cara, porque tiene una mirada muy severa. Aparte de que, ¡con qué cara iba a verle si me estaba regañando! Cuando quería exponer mis razones, o por lo menos decir un poco más la verdad, no me dejaba mi papá hablar: —Usted, cállese la boca; nada más sirve para esto y para lo otro. —Y me decía muchas cosas. Nunca le contesté cuando me regañaba. Al contrario, siempre me reprochaba yo. Le decía a mi hermano y a mis hermanas que si mi papá no era bueno con nosotros, era nuestra culpa. Un padre es sagrado, especialmente el mío. Es una buena persona, una persona decente. No hay otro como él.

Mi papá nos pegaba con un cinturón muy ancho que usa él, hasta la fecha, de doble ojillo; especialmente a mí. Pero porque le dábamos motivo para ello. Nunca nos ha pegado ni regañado sin motivo. Tanto nos golpeó, que nos curtimos; ya no sentíamos los golpes. Y mi padre daba duro, y no importaba dónde cayeran los cinturonazos… en las posaderas, en la espalda… Y no escarmentábamos. Además, por desgracia, yo tenía la maldita costumbre de que mientras me golpeaba mi padre, yo me daba de cabezazos en la pared, en el ropero, en la mesa, en el buró, en la cómoda; donde fuera. No sé por qué, creo que por coraje.

Pues como nos curtimos, mi padre cambió a un alambre de luz, un cable —por cierto muy grueso— como de dos metros de largo que él dobló en cuatro partes y le hizo un nudo. ¡Ay chirrión!… entonces sí sentimos el castigo; y nos dejaba unos verdugones… Y a veces nos daba a todos por parejo; a uno porque lo hizo, y a otro porque no lo hizo.

Mi padre siempre me hizo la lucha para que fuera al colegio. ¡Qué tonto fui por no haberle escuchado! Nunca me he podido explicar por qué nunca me gustó la escuela. Sería que veía a mis compañeros cuando los pasaban al pizarrón; lo hacían con mucha velocidad y muy dueños de sí mismos. Y cuando me pasaban a mí sentía mi espalda pesada porque sabía que todas las miradas estaban en mí. Pensaba que estaban murmurando de mí. Yo tenía que quedar bien delante de ellos y por esa preocupación no me concentraba; y tardaba más, o no desarrollaba el problema completo.

Me llevaban al colegio la sirvienta, o mi tía, mi abuela y a veces mi mamá; y no fueron pocas las que me llevaron a rastras. Sentía desesperación de que me dejaran solo con tantos muchachos y muchachas. Me sentía chico al lado de tanta gente.

Estuve cuatro años en primer año, porque me iba de pinta con los muchachos. Hice segundo año en un solo año, pero cuando pasé a tercero asistí sólo unos dos o tres meses, y ya no regresé. Por mis amigos, o quizá por haber tenido tan poca libertad en mi casa, me gustaba irme de pinta y muy seguido nos íbamos a Chapultepec. Le mandaban avisar a mi papá cuando no iba a la escuela y cuando llegaba a la casa ya estaba mi papá con el cuero.

Antes, estábamos más unidos mi hermano y yo. Juntos fuimos a la escuela, y siempre andábamos juntos. Yo era muy llorón, muy rajón —como decimos los mexicanos—. Nada más por el simple hecho de que alguien me gritara yo lloraba. Alguien me hablaba golpeado, y yo lloraba. Alguien me ponía la mano encima, y ya no lloraba, sino gritaba. Inmediatamente me iba a quejar con mi hermano Manuel. Pobrecito de mi hermano, tuvo muchas peleas por mi culpa.

Estaba yo en tercer año cuando Manuel terminó la primaria. No tuve el valor de enfrentarme a todos esos muchachos sin él, y por eso dejé la escuela.

Yo quería ser alguien en la vida; porque siempre, aún a la fecha, me he sentido menos que nadie, que nunca me han tomado en cuenta. Siempre me he sentido despreciado. Quería ser grande para mandarme yo solo. Quería hacer de mi vida un papelote y volarlo en cualquier llano.

Papá nos llevaba al cine, a galería porque no podía pagar luneta. Siempre me han gustado las películas de guerra, y las de aviación me entusiasmaban mucho. Después de una que trató de aviones, mi papá me llevó a la Lagunilla y me dijo: —¿Qué cachucha quieres? —Y luego luego le pedí una que tenía lentes como los que usan los aviadores, gogles.

Cuando jugaba con mis amigos, jugaba de aviación. Para hacer más real el juego me bajaba los lentes, me subía a la azotea, y andaba allá arriba en mi avión, o corría en el patio. Ponía reatas en los tubos y hacía columpios —eran mi avión— y me sentía volar. Aún a la fecha, siempre que pasa algún avión me le quedo viendo, con ganas de alguna vez manejar uno de ellos. También me dio mucho por llegar a ser un gran chofer y competir en carreras de automóviles, o ser motociclista.

Esta cicatriz que tengo en la frente me la causé dando vueltas “de avioncito”. Mi primo Salvador, que en paz descanse, era muy jocoso y le gustaba mucho llevarse con nosotros. Una vez le dije que me hiciera vueltas de avioncito, y él, siempre complaciente, me agarró con una mano el tobillo, y con la otra la muñeca, y empezó a girar, dándome vueltas y vueltas. En una de ésas, quién sabe cómo perdió el control, y ¡zas!, que me estrella contra la pared. Se me hizo una abierta tremenda, creo que hasta perdí el sentido. Cuando desperté, estaban mi papá y mi mamá, todos muy alarmados y yo bañado en sangre. Yo no me asusté, y hasta me dio gusto que me haya salido sangre.

Tengo otras cicatrices, pero las peores, visibles, son las descalabradas por caídas de las azoteas, o pedradas, cuando jugaba con mis amigos a las guerras. Una vez, por ir

corriendo a la tienda, me caí, y con tan mala suerte que me enterré un palito que traía en la mano en el ojo izquierdo. Esa vez sí me asusté porque creí que ya no tenía mi ojo. Uno de los mayores sustos de mi vida, y también me dejó una cicatriz visible, fue cuando me mordió un perro.

Todavía estaba en la escuela cuando aprendí a nadar. Me iba yo de pinta para ir a nadar a una alberca cerca de mi casa. Luego iba con mi hermano. Había allí un hombre, José, el bañero, a quien admiraba yo mucho. Sabía muchas cosas, aparte de nadar. Era alto, fuerte, muy buen tipo, y yo quería ser como él, y llegar a figurar. Él nos había platicado que había andado por muchas partes de la República.

Una vez, cuando tenía ocho años, no tenía para entrar en la alberca. Pasó un señor muy borrachito y nos vio discutiendo a mi hermano Manuel, Alberto *la Chencha,* y yo, de que no ajustábamos para las entradas. Entonces el señor aquel se dignó darle a Manuel y a *la Chencha* lo que les faltaba para la entrada. Yo dije: "pues a mí también me va a dar"; pero no, se fue. Yo le dije: —Oiga, señor, ¿no quiere acompletarme para mi entrada? —Dice: —Tú, ¿quién eres? —Soy hermano de uno de ellos, a los que les acaba de dar. Mire, me faltan unos centavos para entrar. —Pero él dice: —No, escuincle cabrón, vete de aquí, estás muy negro.

Esto me dolió mucho. Mi hermano y Alberto se metieron; eso fue lo que más me desesperó y humilló aquella vez.

Cuando me iba yo de pinta, o cuando mi papá me mandaba al mercado de la Lagunilla a que le cargara las cosas que había comprado, agarré la costumbre de llevarme a mi hermanita Marta. Siempre he demostrado preferencia por ella. Será porque se quedó de pecho y no conoció a nuestra madre. O porque siempre me ha seguido a dondequiera que he ido, más bien dicho, me seguía, cuando pequeños, adolescentes.

Le enseñé a Marta a irnos de aventón brincando a la defensa de los tranvías y de ahí agarrarse muy fuerte. Me llevaba a un perrillo blanco de Bella Vista también, porque me seguía a todos lados. Y ahí andábamos, cómodos y contentos, de "moscas" en el tranvía, y el perro corriendo atrás de nosotros. Todo mundo se paraba y nos miraba; la gente sacaba la cabeza de los coches y los camiones para ver el espectáculo. Yo creía que nos estaban admirando y me gustaba.

Me encantaba brincar cuando el tranvía iba a gran velocidad. Marta era muy valiente y aprendió también a hacerlo. Yo arriesgaba ya no mi vida, sino la de ella también, pero ella me acompañaba con el mismo gusto que yo sentía. Esto me impresionó mucho. Creo que por eso la prefería yo a Consuelo o a Manuel.

Me la llevaba conmigo a Chapultepec y a la Villa, donde trepábamos los más empinados cerros. Trenzaba tres hilos de ixtle para hacer una reata resistente y amarraba una punta alrededor de mi cintura y la otra alrededor de la de ella. Escogía los picos más peligrosos y trepaba primero, luego la jalaba a ella. Le gustaba y nunca se quejó.

Debo hacer la aclaración de que siempre la he respetado como hermana. Ya dije que el contacto de una mujer siempre ha exasperado mi naturaleza, pero con mis hermanas todo es muy diferente. Me dolía que mi papá sospechara cuando sabía que habíamos ido

aquí y allá. Preguntaba: —¿Dónde fueron?, y ¿qué hicieron? —Y le preguntaba a Marta para ver si habíamos hecho algo malo. Una vez había trabajado en una panadería del Hospital Militar, y me pagaban con pan, con bolillos. Pues se me ocurrió llevarme a Marta para ver si nos daban pan. El hospital estaba muy lejos, y cuando mi papá supo que la había llevado hasta allá, me dio una buena tunda.

Había una gran diferencia entre Marta y Consuelo. Consuelo es más inteligente y aplicada, y le gustaba el estudio. Cuando se decidía a hacer algo, pues lo hacía. Nunca jugaba con muchachos, como Marta, y con las mujeres era muy reservada. Era buena y callada, delgadita y con su carita de asustada.

De pequeño me llevaba bien con mi hermana Consuelo. Después, de grandes, me extrañó que cambiara. Es muy temperamental, y por una cosa insignificante se exasperaba en tal forma que por sólo una mirada se disgustaba. Tenía un temperamento muy disparejo y poco sociable, retraída y biliosa. Era muy seca y no tenía casi que ver con la gente. Pero en ella todo lo demás es bueno, todo.

Empezaron las dificultades entre Consuelo y yo después que mi madrastra Elena se unió a mi padre. Siempre, desde chiquillo, me ha dado vergüenza sentarme a la mesa sin hacer antes un quehacer, prender la lumbre, poner el café, lavar los pájaros, darles de comer, y sólo después iba yo a desayunar. Bueno, pues iba yo a desayunar, y ya sea mi hermana Consuelo o Elena echaban el pan a las gallinas o tiraban el café al lavadero; la cuestión era no darme de desayunar.

Yo les decía: —¡Ja, ja, qué risa me da! Ni que tuviera tanta hambre orita. —Y agarraba un plátano macho de los que les dábamos a los pájaros, y me salía. Las mandaba al diablo, no de coraje, sino porque me dolía mucho. La verdad, cuando tiraban mi desayuno así, sentía una angustia en mi corazón y un nudo en la garganta. Y lloraba, pero no enfrente de ellas; en uno de los baños del patio. No me quejé con mi papá, pues he tratado de que las cosas que me pasan, callármelas. Yo sabía que si le decía a mi papá, las reprendería, y quizás hasta las castigaría. Muchas veces sí le dije, y castigaba a Consuelo, pero no entendía.

Pero siempre he sido un hermano para mis hermanas. Nunca las he castigado sin motivo; si no me obedecían, o si le rezongaban a mi papá, o si me decían "pinche negro". Me duele acordarme de cuántas veces les he pegado. Y les quiero pedir perdón, pero cuando las veo pierdo el valor. Sufro, porque un hombre no le debe pegar a las mujeres. Pero sólo les pegaba con la mano, abierta o de revés, y únicamente en el brazo, o en el hombro, o la cabeza.

Pero cuando mi papá regresaba a la casa, Consuelo le decía que yo le había dado de patadas o pegado en el pulmón. ¡Ay, Dios! Y no eran cariños lo que mi papá me daba por esas mentiras. ¡Palabra! De corazón nunca le pegué así. Era una mentirosilla, y la culpa era de Elena —santa mujer que ya esté en paz, Dios la tenga en el cielo—, pero cuando las dos me acusaban y exageraban, mi papá me zumbaba con ese cable de la luz que tenía alambre adentro y nudos en la punta.

¡Cómo me hacían la vida pesada Elena y Consuelo, de veras! Sentía que estaban contra mí y que tenía que estar siempre en guardia. Y mi papá prefería a las mujeres.

Siempre las ha cuidado mejor, y me parece que quería más a mis hermanas. Más bien, a todos nos quiere igual, pero ellas han tenido la suerte, el privilegio de que se los demuestren. Nunca me he fijado en eso, no lo he tomado en cuenta, y nunca me ha molestado. Al contrario, porque así estoy más seguro de mis hermanas, bueno, yo así lo veo, así no pueden decir, mañana o pasado, que no han tenido cariño de su padre.

Le voy a decir el porqué les he pegado a mis hermanas. No ha sido nada más así porque así. Ha habido motivo. Es porque a mí nunca me ha gustado que las mujeres jueguen con hombres, mas ellas no entendían, y es lógico, ¿no?, porque de pequeñas tenían forzosamente que jugar con niñas y niños.

Tengo este pensamiento, quizá porque yo desde pequeño he sido un calavera, en toda la extensión de la palabra. Varias veces me llevaba a una niña al baño, o a mi casa, pero siempre y cuando no hubiera nadie; y si lo había, buscaba la manera de que no nos viesen. Empezaba a manosearla, con el consentimiento de la niña, por supuesto. Eso era desde muy pequeño —tenía cinco o seis años— y aún después de que falleció mi madre —a los ocho o nueve años— hacía todavía eso. Así que yo no quería que mis hermanas jugaran con niños porque yo me imaginaba que podían hacer lo mismo que yo hacía con las otras niñas.

Ya más grande empezamos a jugar mi hermano Manuel, mi prima Matilde, mi prima Julia y yo. Matilde era hijastra de mi tío Alfredo, así que de mí no viene siendo nada. Sucedió pues que Manuel se fue por un lado con Julia y yo por otro con Matilde. A mí, el roce simple de una mujer me despierta mi naturaleza en tal forma que me es imposible controlarla. Como a todos los hombres, creo yo.

Yo ya iba con la intención de ir con Matilde al baño. Para esto, los excusados no estaban dentro de la casa donde Matilde vivía, sino en el patio, dentro de la misma vecindad, así que se prestaba para mis intenciones.

La convencí y fuimos al baño. Y le dije: —Vamos a jugar al papá y a la mamá y aquí nos acostamos en este rincón. —Entonces le alcé el vestido, le bajé las pantaletas y le puse el miembro —bueno, era apenas un retoño— entre las piernas. Nada le podía yo hacer, sinceramente, ni sabía por dónde debía de ser la cosa; pero con el consentimiento de ella estuvimos los dos dizque jugando al papá y a la mamá.

¡Hombre, hasta vergüenza da! Entonces por eso es que siempre estaba yo cuidando a mis hermanas.

Cuando nos cambiamos a Bella Vista todavía era yo muy pequeño. Nuestro cuarto era muy chico, muy mal cuidado. Tenía el piso de madera con muchos hoyos dondequiera. Salían ratas por ellos, y por ahí se me iban las canicas, los quintos y a las mujeres los peines. No había luz eléctrica. Mi papá la costeó para que la conectaran. A mí me gustaba mucho la oscuridad, o que alumbraran con quinqués, con velas, pero a mi padre nunca le gustó eso; siempre nos ha tenido las comodidades necesarias. A él siempre le ha gustado la amplitud, la limpieza; así es que por eso hizo arreglos y le dieron un cuarto de los grandes.

Cuando vivía Elena el cuarto estaba muy bien arreglado. Le gustaba tener esto, le

gustaba tener l'otro; hacía y deshacía el cuarto. Disponía los muebles —aunque siempre los mismos— de una manera ahora, mañana de otra y constantemente estaba haciendo cambios. A mí nunca me gustaban estos cambios, pero lo que sea de cada quién, esta casa era un orgullo y un ejemplo para muchos vecinos, porque siempre la veían limpia y ordenada. Pero ahora, tan tirada y tan dejada está esta casa, que la señalan como la oveja negra. Ha cambiado mucho, ya no se le respeta. Antes, las personas que pasaban por allí se quitaban el sombrero al pasar por delante. Cuando mi papá vivía allí al lado de nosotros nunca se atrasó con la renta; al contrario, iba un mes adelante y en premio el dueño le daba un boleto para entrar gratis al baño.

La ley en Bella Vista era: nuevo inquilino, nueva pelea. Para entrar a la palomilla se tenía que pasar por varias pruebas. Se acostumbraba que cuando alguien llegaba le echaban al más gallo. Antes, las familias se cambiaban al por mayor, y no fueron pocas las peleas campales que sostuvimos aquí. Cada que me veían en el patio me pegaban, me pellizcaban, me aventaban piedras; si llevaba el mandado me lo tiraban, y al llegar a casa me zumbaban. Así como el dolor del cuerpo humano tiene su límite, así la paciencia; y así se ve uno obligado a pelear.

Uno de tantos días iba yo pasando y ahí en el patio estaban mi hermano y los cuatro Ramírez. Me estaban esperando para ese encuentro que iba a ser decisivo para mí, porque yo era nuevo y no iba a ser su puerco. Mi hermano me dijo: —Ven y pelea. —Daniel tenía que probarme. A mi hermano le daba coraje que yo fuera tan cobarde. —No seas rajón. Defiéndete, no toda la vida voy a estar peleando por ti.

Y me aventaron a Jorge Ramírez, y me decían: —Suénate con él o te damos pamba. —Y quieran o no, ¡maldito el miedo que les tenía a estos individuos! ¡Para lo que me duró el tal Ramírez!: dos, tres golpes y que se va chillando. Le saqué sangre. Después me pelié con Hermilo, con Daniel —muy buenos amigos—, porque eran encuentros amistosos, aunque parecían de veras. Después tuve que ir peleando con cada uno hasta llegar con el mero gallo; y le gané. Y dije: —Creo que ya. —Pero como venían llegando nuevos vecinos, me tocó, como a mi hermano, probar a los nuevos y hacerlos entrar a nuestro círculo. Si no, era muy pesada la vida que se les hacía.

Desde entonces me empezó a gustar pelear. Cuando me pegaban ya no iba a quejarme, sino que al momento me prendía a golpes. Así le empecé a quitar la carga a mi hermano que se andaba pegando por mí. En realidad nunca quería pleitos con nadie, pero me han buscado. Yo ya he tenido que defenderme, y así ha pasado toda mi vida.

El que le ganaba al principal venía a formar parte de los cabecillas. Era como en el ejército, Wilfrido era capitán; Ignacio, teniente; Hermilo, subteniente; Manuel, sargento; yo, sargento segundo. Después de que medíamos nuestras fuerzas con el capitán, ya éramos los que decidíamos lo que se hacía cuando jugábamos. Después fueron dominando de uno en uno.

Hay un juego que dice: "lo que hace la mano, hace la tras", esto es, lo que hace el primero lo hacen los demás. Se junta la palomilla de 10 o 15, y el jefe de ellos es la mano, el que va hasta adelante. Así, si brinca una coladera, todos los demás tienen que hacerlo, y si no lo hacen, ¡es una pamba que les dan!

Cuando a mí me tocó ser la cabeza, no fueron pocas las quejas que le trajeron a mi papá. Por eso me regañaron y me pegaron mucho. Había empezado a hacer el "salto del tigre". Yo saltaba muy bien la bardita, pero había muchachos que no alcanzaban a librar, y maltrataban los prados. Y así comenzaron a destruir. Aparte de mis escapadas, los tubos del desagüe, los tubos por donde corría el agua, bajaban desde arriba, y allá me trepaba a la azotea y así los tiré o los aflojé.

Me gustaba mucho andar en las azoteas, y no fueron pocas las veces que me caí. La mayoría de las veces caía parado, por eso me decían *el Orangután.* Cuando jugábamos futbol se nos iba la pelota a la azotea, y *el Orangután,* por quedar bien, a las azoteas. Y venían con la queja con mi papá, o con Elena. Siempre ha sido muy delicado mi padre, y salía él, o mandaba a alguno de mis hermanos a hablarme. Al llegar a la casa, se me aflojaba todo el cuerpo y ¡a recibir los cuerazos!

Cuando Elena pidió permiso a mi papá para ir a visitar a su mamá —que vivía en un pueblito de Jalisco— le pedí que me llevara. Consuelo —a quien Elena quería más— creyó que ella iría, pero mi papá me mandó a mí a cuidar a Elena, o a espiarla. Bueno, pues los dos nos fuimos en el tren. Era mi primer viaje largo y mis recuerdos de él son agradables. Para mí, ¡recordar es vivir! Me gustó cómo vivían allí. El pueblo era pintoresco, con calles sin asfaltar y casas de adobe. Lo que más me gustó fue la iglesita. Conocí a la familia de Elena, su mamá Santitos; sus hermanos, Raimundo y Arturo; y sus dos hermanas, Soledad y Concha —que luego murió. La señora Santitos era buena persona, muy decente. Como Elena, no había tenido escuela y no sabía leer ni escribir. Me gustaron todos.

Me enseñaron a ordeñar y me tomaba yo la leche de la ubre. Empujaba a los terneros, o a los cabritos, y me tiraba a beber. Pasamos como un mes ahí, un mes muy feliz para mí.

Otra vez que me llevé bien con Elena fue cuando estuve enfermo de espanto, decía ella. Me daba mucho sueño, no comía, estaba delgado, pálido y ojeroso. Nunca supe lo que tuve. Sólo Elena, y Santitos, su mamá, decían que era espanto. Y trataron de curarme ellas con sus yerbas y haciéndome menjurje y medio. Mi papá siempre se preocupó por nosotros y me mandó al doctor. Elena me llevaba y me cuidaba, porque esa vez hubo una tregua entre nosotros, porque yo estaba enfermo. Bueno, si ella me hubiera tratado siempre como aquella vez, quizás ella viviera todavía, o nos hubiéramos llevado mejor, por lo menos.

Cuando tenía 11 años, a lo sumo, huí a Veracruz sin más que lo que tenía puesto. En aquel entonces nunca llegué a tener un peso junto en la bolsa, me limitaba a los quintos que me daba diario mi papá, y al "domingo", cada ocho días, que me daba 20. De pequeños, mi papá siempre acostumbró dejarnos el dinero debajo de las almohadas. Bueno, yo no tenía dinero, sólo lo que me dio uno de los choferes.

Puse de pretexto que mi papá me regañaba, y en realidad, él siempre me regañaba. Sobre todo había oído hablar a los muchachos sobre sus aventuras, y quise conocer, para que no me contaran; y entonces me fui a Veracruz. Escogí a Veracruz porque había oído a mi papá decir que por allá tenía familia —porque mi padre es jarocho— y cuando

todavía vivía mi madre nos llevó a la tierra de donde es él. Había ido a Veracruz con mi mamá, mi papá, mi hermano Manuel, y me parece que Consuelo, que iba de pecho. Mi abuelo murió y a mi papá lo metieron a la cárcel unos tíos, y le quitaron la herencia que mi abuelo le dejó. ¡De saberlo me hierve el alma! Fíjese nada más; gente tan material que le da tanta importancia al dinero. Pero mis tíos ya habían fallecido y yo no supe de mis otros parientes hasta más adelante.

Por principio de cuentas, caminé de aquí a Los Reyes —caminar es mi vida—. Siempre me ha gustado el camino. He caminado desde Maltrata a lo largo de la vía del ferrocarril hasta Orizaba —como 70 kilómetros— sólo para ver la vegetación y la vista fantástica. El tren pasaba y yo podía haberme trepado —no tengo la anticuada mala costumbre de pagar pasaje— pero prefería caminar y admirar el paisaje. Me gusta caminar de día y de noche, y hasta que no me rinde el cansancio, dormirme dondequiera. Dormía a un lado de la carretera. Encontraba hierbas, cortaba un montón, y hacía mi cama.

En la carretera yo me sentía feliz y campante. El problema de la comida no me preocupaba. Se me hacía fácil acercarme a un jacalito y ocuparme en algo a cambio de un taco. Todos me ocupaban; me ponía a sacar agua del pozo, partir leña, cualquier cosa sencilla, y me daban de comer o cenar. Muchas personas me decían: —Primero siéntate a comer. —Y después ya no me dejaban hacer nada. Me preparaban mi itacate, tortillas con sal, y ¡vámonos!

Me había trazado un plan, y me fui por donde quería. Me fui, caminé, y ningún condenado carro me levantaba… ¡como me veían escuincle! Llegué hasta la Y donde corta la carretera a Texcoco, Puebla y Veracruz. Luego me levantó un camión, y me preguntaron: —¿De dónde eres? —Y dije yo: —De México. —Si hubiera sabido que al decir "de México" se cierra uno las puertas… hubiera dicho que de otro lado. Porque los de México tienen muy mala fama. En las fiestas de Carnaval, o en Semana Santa, va mucha gente de toda la República, y a todos los que van a hacer sus travesuras, a robar, cuando los sorprenden, resulta que son de México, de la capital. Allá, por desgracia, tienen la tendencia que durante estas fiestas se visten como mujeres, tienen marcadas preferencias por el homosexualismo. ¡Es un asco!

Iba solo, porque siempre me ha gustado andar solo; me es más fácil moverme solo que acompañado. Pedía a las personas que me informaran el camino, porque preguntando se llega a Roma.

Al irme de aquí sentía que me quitaban un gran peso de encima; como si me desatara de una liga. Así que no quería ir y volverme a atar al vivir con otras personas, pues me hubiera tenido que regir por su carácter y sus costumbres. Pedía posada por una noche, y a veces me quedaba varios días. Pero no me hallaba muy bien, porque lo que yo buscaba era andar libre. Y así me fui, como el aire, solo, sin dificultad, sin dirección, libre…

Me empezaban a hacer preguntas: —¿Por qué te saliste? —Pues porque mi papá me regañó. Y tengo una madrastra… —¡Cómo puse de pretexto a Elena! Por eso creo que a cada rato nos andábamos disgustando, porque aunque ella no lo sabía, me sirvió de

excusa para mis mentiras. ¡La suerte de los canallas! Aunque sólo por el momento logran su propósito. Y me digo canalla, porque lo es poner de pretexto a otra persona para cubrir las mentiras de uno. En realidad, por lo que he pasado no ha sido nada para lo que en verdad merezco.

Llegué a Veracruz, y como todos los aventureros, primero al mar. En uno de los muelles de la Armada estuve sentado casi todo el día, viendo esa inmensidad que es el mar. El mar es bello, pero su belleza impone. Allí estuve sentado, viendo a los veladores, que no tienen otra cosa que hacer que estar pescando y vigilando que no les roben sus cargas. Ya casi de noche, me dije: "¿dónde voy a dormir?" Lo de dormir es lo de menos, porque hace mucho calor. Entonces opté por irme a quedar a una playa; yo buscaba lo mejor, lo más blandito. En la noche, la marea sube, así que me quedé un poco retirado del mar.

Al día siguiente vi cómo me procuraba algo de comer. Porque se me había olvidado el hambre, extasiado estaba yo viendo el mar y cómo sacaban los pescados. Me acerqué a los muelles —donde antes anclaban los pailebotes—, lugar preferido de los aventureros, hombres rudos, morenos, ¡más fornidos que un toro, los condenados! Vi mucha gente que andaba para arriba y para abajo. Me acerqué al cocinero del pailebote y le dije que si no tenía en qué emplearme a cambio de un taco, porque el día anterior no había comido nada y ese día no había desayunado. Se movió a compasión y fue por él que trabajé por primera vez en mi vida como estibador. Cargaba cualquier cosa pequeña y me daban comida en cambio. Ésa fue mi manera de adquirir comida, y también alojamiento, porque me daban permiso de dormir en el pailebote.

Luego me las vi negras. Llegaba un pailebote, y como sólo podía trabajar en uno, me pegaba a él como sanguijuela. Al otro día salía, y me quedaba sin casa y sin qué comer. Y a buscar dónde comer y dónde dormir. Ya sabía que el que se muere de hambre es porque es muy flojo. Ayudándoles a los pescadores a jalar la red no le daban a uno dinero, sino pescados, según lo que sacaran. En un lance se puede sacar de todo, desde un tiburón hasta una tortuga. Vendía los pescados, la mayor parte, porque me quedaba con unos para que me los hicieran las mujeres de los pescadores.

Nunca gané un cobre por trabajar, pero estaba dispuesto a trabajar en lo que fuera necesario para comer. La mayor parte del tiempo no comía sino fruta. Hasta copra llegué a comer, y había veces que no probaba pan en toda una semana, o dos. Cuando no tenía qué comer, les pedía a los veladores que me dejaran agarrar unos pedazos de coco. Cuando llegaban barcos de Tabasco, de partes donde traían fruta, ¡entonces eran para mí días de fiesta!

Después de varios días me empecé a preocupar. Oí decir a los pescadores que una camioneta de la policía andaba de arriba para abajo, especialmente en las playas, donde se juntan los maleantes de Veracruz.

Cuando encontraban a alguien acostado se lo llevaban a la cárcel. Aunque nunca me pasó nada, dormía con menos tranquilidad. Entonces me orillé, me salí más de la carretera para irme más al monte. No me atrevía a separarme del muelle, porque era mi fuente de vida.

Así pasaron como tres meses. Llegó el tiempo en que me dieron ganas de regresar a la casa. No me acordaba sino de vez en cuando de la familia, pero cuando me acordaba quería estar rápido en casa. Había veces en que me animaba, me hacía el valiente; y quería regresarme en esos momentos, pero me desanimaba porque no sabía el camino de regreso. Nunca le escribí a mi familia, porque nunca supe escribir una carta, y no quería que supieran de mí. Me imaginaba que si sabían, mi papá iría y me mataría de una paliza. Éstos eran mis pensamientos, pero al fin, regresé.

El regreso fue lo más duro. Tuve que caminar desde Veracruz hasta Puebla. Hice ocho o nueve días. Caminé día y noche, porque no me levantaba ningún condenado camión. Agarré la carretera de Córdoba y llegué a la caseta de policía que está a la entrada de Puebla. Veía que paraban muchos camiones de carga y pensé que cualquiera me haría el favor de levantarme, pero me decían que no. Mis zapatos estaban todos gastados, zapatos mineros que siempre nos compraba mi papá. Les pedía a los choferes de los camiones un aventón, pero no querían. Algunos hasta se burlaron de mí. No les hice caso, pero me sentí solo por la primera vez, solo como una pluma volando en el aire. Me senté al lado de la carretera y lloré.

Hasta que los policías dijeron al primer carro que llegó: —Le encargamos a este escuincle aventurero, va para México. —Me subí y llegamos en la madrugada a La Merced. No conocía ni el Zócalo, pero ya entonces me orienté. Cuando iba atravesando frente al Palacio Nacional, vi en el reloj tan grande que está en la Catedral, que estaban sonando las tres. Me sentí solo en esa plaza tan grande. Y llegué hasta la casa; toqué y me abrió la portera.

Me senté afuera de la casa, como queriendo entrar y no, pensando que me esperaba una gran tunda. Hacía por tocar, y me sentaba de nuevo. Entonces algo raro pasó. Yo no soy supersticioso, ¡porque si viera usted lo que he visto y pasado, me creería un ser superior! A esas horas vi bajar algo del tinaco; un charro. Exactamente, un charro, porque sólo estas personas usan esa indumentaria. Y prendió algo, un puro, creo yo, porque la luz era muy grande. Me lo quedé viendo y me dije: —¿Qué buscará este señor? —Pues este hombre, al llegar abajo, después de haber encendido su puro, desapareció, sin más ni más. Y dije: —Este hombre está vacilando, y ¿por dónde se fue?

Lo extraño, y las emociones fuertes siempre han sido de mi gusto. Lo extraño, para que lo descifre y quede satisfecho. Y fui a averiguar. Me subí al tinaco, hasta mero arriba, al jardincito y a los baños. Aquí siempre han circulado rumores de que espantan. Si fuera supersticioso, ya estaría muerto. Al pasar por los baños, se oyó un ruido tremendo, como si se rompiera algo. Y me empezó a entrar miedo, así que entré volando a la casa. Toqué, y desde dentro me dijeron: —¿Quién? —Y dije: —Yo, papá.

Mi papá inmediatamente me abrió y me dijo: —Ya llegaste, hijo; ándale, pásale. —Muy solícito. ¡Y yo, imaginándome que me iba a recibir con un cuero en la mano y darme una que hiciera época! Me dijo: —¿Ya cenaste? —Le dije que no. Entonces no teníamos estufa, teníamos brasero. Todavía no lo tapaban, y él mismo agarró y prendió la lumbre, calentó el café y me dio frijoles. Y me dijo: —Come, y cuando acabes, apaga. —Y se metió a acostar. Como sé que se va temprano, y que tiene un sueño muy ligero,

apagué la luz, y a oscuras estuve cenando. Luego me metí y me acosté… Y no me dijo nada, ni me pegó, ni nada.

Al día siguiente, antes de irse, me puso una regañada buena. ¡Bien merecida la tenía! Luego encontré al Señor San Antonio de cabeza y enredado con mi camisa. Elena lo sacó, lo puso de pie, y dijo: —Bueno, Señor San Antonio, ya nos lo devolviste; tú vuélvete a tu lugar. —En realidad no sé si soy católico o no, pues no me gusta hablar mucho de religión. Esa vez me dio risa que hubieran hecho eso, y a la vez me dije: "Tendrá un significado muy grande…"

Esa tarde se soltó la tormenta que había esperado en la madrugada. ¡Ese día me la dieron buena! Y de allí siguieron los días comunes y corrientes, ordinarios, aquí en la vecindad. Me atormentaban mis amigos con que les platicara mi aventura, me sentía muy ancho porque ellos sólo conocían Chapultepec. Me sentía muy ufano de platicarles de eso de no tener dinero, ni dónde dormir ni comer.

También les había contado a mis amigos que había tenido mujeres por allá, esto y l'otro, pero mentiras… Ellos decían —unos más chicos que yo— que "qué buena estaba fulana de tal", y que le había hecho esto, y l'otro… Y me quitaban. Entonces por no quedarme atrás les decía que yo también en Veracruz tenía "buenos forros", como decíamos.

Una vez, estando trabajando en el baño, llegó por ahí la esposa de un sastre que yo conocía, con un señor que se dedicaba a hacer el juego de la bolita —un estafador— y pidió una tina individual. Allí mismo le habló él sobre… bueno, sobre lo que le habló. Y ella dijo: —No, cómo es posible, si se entera mi marido, me mata. —Y él dice: —Bueno, pero usted no se lo va a decir.

Todo este diálogo lo oímos yo y otros bañeros. Total, que la convenció, y se metieron a la tina número uno. Por arriba se subió uno de los bañeros, una persona mayor. Luego, después de un rato, bajó y dice: —¡Hijo, qué bárbaro, la ha puesto de varias posturas! —Entonces yo me subí también, y vi cuando estaban haciendo la cosa sexual, y eso me excitó mucho. Y pasé todo el día con este pensamiento: "¿cómo se le hará, qué se sentirá, o qué?"

Pues les platiqué de esto a los muchachos y decidimos ir a la calle de Tintero esa noche. Lo deseaba yo: pero no me gustaba mucho la idea de meterme con una mujer y menos de ahí, donde podía uno enfermarse.

—Sí, hombre, vente —dicen—. Total, un palito que te eches, para que sientas y te vuelvas hombre. —Dije: —¡Ah!, entonces hay que hacer eso para ser hombre. Pues entonces tengo que hacerlo.

La mujer que me tocó dice: —Vente p'acá, chavalito, no tengas miedo. —Yo tenía ganas de salirme del cuarto, pero ella dice: —Ándale, súbete, ¿o es la primera vez que vienes?

—Sí, señora, yo ya mejor me voy.

—No tengas miedo, vas a ver qué bonito se siente… —y que me agarra de la mano, y empezamos a hacer… lo que hicimos. Sí me gustó. Después seguí yendo por mi propia voluntad, pocas veces, pero seguí yendo.

Trabajaba yo en los baños. Mi trabajo consistía en cuidar los casilleros, atender a los clientes. Y para ganar unos centavos más, les limpiaba el jabón, les secaba sus zacates, les envolvía el rastrillo, y de vez en cuando les ofrecía una enjabonada, o una tallada o masaje. Pero entonces el otro muchacho que trabajaba conmigo empezó a disgustarse porque nos pagaban poco y nos hacían trabajar mucho —dos cincuenta por turno—, así que nos sacamos unos 50 pesos de la alcancía, de la caja del patrón. Él me acusó con mi papá, y mi padre me regañó y me pegó.

Luego Miguel, un amigo mío, me preguntó si yo quería trabajar en un taller de vidrio. Pues entré, y me pusieron a hacer lo más fácil, a dos pesos cincuenta a la semana. Ya después aprendí el oficio. Entonces salí de ahí para otro taller, el de José Pinto. Ahora este hombre tiene un buen taller, casa propia, dinero en el banco, coche… Él supo aprovechar su trabajo. Pagaban por pieza, así que me salía mi semana en 30, 35 pesos.

Todo ese dinero se lo daba yo a mi papá, entero y con mucho gusto y orgullo. Y mi padre le decía a mi hermano: —Aprende, Manuel, a Roberto, que es el más chico y les pone el ejemplo. No es que yo necesite el dinero, ni mucho menos, sino que se ve la acción. Él me entrega todo lo que gana, ¿y tú?

Claro que yo al oír eso me sentía halagado. Mi papá me daba para los camiones, y un peso diario para mis gastos. No bebía ni fumaba entonces, y me gustaba mucho trabajar. Toda la vida me ha gustado trabajar, y trabajando no me gusta platicar; nada más me encierro, y lo demás no me importa.

Después de seis meses ya no me dieron ganas de trabajar en el vidrio. Mi tío Alfredo me llevó a una panadería para enseñarme de panadero. Pero no sé, nunca me ha gustado eso de la panadería; no ha sido más que por comer pan caliente, saliendo del horno. Mi primo Tomás, el hijo de mi tía Catarina, era yesero, y me llevó a trabajar con él. Me gustó trabajar ahí porque andábamos en las alturas, en los andamios. Siempre me ha gustado eso —andar en los árboles, en las azoteas, en lo más alto que se pueda—. Pero hubo una vez una placa de estaño del maestro fontanero de la obra. Me llamó la atención por grande, brillosa y pesada. Y no sé cómo me las ingenié, y me la saqué. Pero alguien se dio cuenta… Volví al vidrio, pero esa vez no me fue tan bien. Casi nunca nos pagaban los sábados, porque al patrón nunca le alcanzaba para pagarnos. Se lo gastaba todo en bebida, y el sábado teníamos que andarlo siguiendo hasta la cantina; y al fin de cuentas ni nos pagaba.

Para cuando tenía 13 años ya había sido estibador, cuidador en los baños, vidriero, panadero, yesero. Luego, barnizador en una mueblería. El maestro me hacía trabajar —el trabajo de él y el mío—. Él descansadamente ganaba su sueldo, y a mí no me pagaba. Tenía que correr detrás de él, buscarlo entre los muebles, aun seguirlo a su casa, y preguntar a su mamá, ¡y la señora decir que no estaba! Y luego ni me pagaban el importe de las tres semanas que me debía.

Me decepcioné mucho y me fui. No volví a buscar trabajo y sólo andaba de vago.

Una vez estaba en el jardín con los muchachos, platicándoles. Después de tanto tiempo seguía platicándoles de mis aventuras. Me emocioné, a tal grado —porque les platicaba

de Veracruz, y de que en la orilla de la carretera había mucha fruta— que me dieron ganas de volver, y sin más vine a mi casa, agarré una bolsita de papel, un pantalón y una playera; así me fui. El dinero en mi bolsa no llegaba a 20 centavos. Fue así como me puse en camino.

Conocí Veracruz bien a bien. Con la experiencia de la primera vez, ya más o menos sabía el modo de procurarme de comer. No recuerdo muchas cosas en particular, excepto que me tocó ver un huracán. Me gustaba cómo me aventaba el aire, y a la vez me espantaba, más cuando vi las palmeras cargadas de cocos que con el aire besaban el pavimento. Vi el mar enfurecido cómo arrastró gran parte del muro, a la entrada de la bocana, barrerlo como si fuera un papelito.

No conocí a los familiares de mi papá, los que están en Córdoba. Hasta después de un tiempo mi primo David se comunicó con mi papá por medio de una revista, el *Pepín*.

Mi papá siempre acostumbraba comprar revistas de muñequitos para Consuelo y para los demás. ¡Qué de pleitos y carreras cuando lo veíamos llegar con los monitos! Consuelo y Marta siempre tenían preferencia; los leían primero. No sé quién vio el anuncio, pero alguien se lo enseñó a mi papá. Mi papá nunca había hablado de su familia, pero esta vez se sentó y escribió una carta. Era una cosa rarísima en él, y para nosotros nueva, verlo escribir una carta.

Recuerdo la llegada de David muy bien, porque yo llevé a mi papá a la terminal de los camiones. Una mañana muy temprano, como a las cinco, mi papá dijo: —Roberto…

—Mande, papá —contesté.

—Vamos a ver si tú, que has andado por ahí de vago, sabes dónde llegan los camiones que vienen de Córdoba. —Así que lo llevé. Conocimos a nuestro primo por la flor que traía en la solapa. Era grande, un gigante, y cuando daba la mano, ¡qué apretones daba! Tomamos un taxi para la casa y pasamos todo el día platicando con él. Nos contó del pueblo donde vivía, y su mamá —Olivia— que se había casado con el hermano de mi papá, que ya había fallecido. Vivía ahora con su segundo esposo, que era un campesino.

David vivía con nosotros y mi papá le consiguió un trabajo de velador en el restorán La Gloria. David siempre se portó bien y todos lo queríamos. Después que Elena murió, él me platicó algo. Me lo dijo en secreto; no creo que Manuel o mis hermanas lo sepan. David estaba un día acostado en la cama, y Elena se le sentó en las piernas. Él saltó como impulsado por un resorte y le dijo: —No, Elena, yo seré muy pobre y muy indio, pero hasta ahí nomás. Usted es la mujer de mi tío y debemos respetarnos; así que por favor pórtese de otra manera. —Elena estuvo enojada con él después de eso. ¡Ah, qué coraje me dio! Si me lo hubiera contado cuando Elena vivía, quién sabe cómo le hubiera ido. ¡Caray!, las mujeres son las peores calaveras, sin duda.

David se regresó a Córdoba con un pretexto, pero luego volvió con su mamá. Me llevaron a Córdoba con ellos. Me gustó mucho. Me quedé como un mes y ya no me quería ir. No tenía las comodidades que nos daba mi papá, pero me sentía sano y feliz. Prefiero la vida del campo. Es más pacífica y sin ruidos y se puede respirar tranquilamente. Se le ve a la gente la honradez hasta por los codos. Son gente diferente,

más honrada y cabal; de diferente modo de ser. Aquí en la ciudad hay que estar alerta contra todo mundo y esperar todo de todos.

Quería ser ranchero y aprendí el trabajo cuando estuve allí. El esposo de Olivia me enseñó de todo, arar, surcar, voltear, terrar, cultivar, sembrar, pizcar, todo. Me daba unas clasecitas en el campo y así aprendí a plantar caña, maíz, frijol y arroz. Me fue útil después, porque cuando estuve viajando trabajé en los campos. Hay lugares de la República donde no hay otro medio de vida. Iba a trabajar en lugares de igual vegetación que Córdoba, o Veracruz, porque me gustaba. La tercera y cuarta vez que me fui de la casa fui derechito para Córdoba.

Como a la cuarta o quinta salida de la casa, las veces siguientes que me fui, me iba, no porque me gustara ir por allá, sino porque mi papá me corría mucho de la casa; con razón, porque no le ayudaba en nada. Ni siquiera me portaba bien para merecer estar en la casa, así que cada rato me mandaba al pueblo. Y como Elena le ayudaba a echarle lumbre al cazo, me regañaba y me pegaba. Siempre me ha dolido más un regaño que una paliza. Prefiero una paliza bien dada a un regaño pequeño; me duele más que me diga una palabra dura mi papá a que me pegue. Físicamente me duele más cada golpe, y moralmente me duele más que me diga que soy un vago, que no sirvo para nada, que soy un puerco, que sólo sirvo para darle dolores de cabeza, para ponerlo en vergüenza, que no era una persona decente… prefería que me diera de palos.

Travesura que hacía Roberto, travesura que resentían mis otros hermanos, porque mi papá a todos nos regañaba. A cada rato me sonaba. Se ponía de mal humor y ni las moscas volaban, y ni quien se le acercara. Hasta que Elena falleció no descansé de los regaños y tundas que mi papá me dio por su causa.

Estuve al pie de la cama de Elena cuando murió, y su mirada todavía la traigo en mi mente. No sé si me estaría maldiciendo o me estaría perdonando… nunca jamás lo supe. Ella tenía los ojos ya vidriosos y se me quedó mirando… Yo en el interior de mi pensamiento le estaba pidiendo perdón por lo que le había hecho, por lo que la había ofendido. Pedía que Dios la perdonara, y que la recogiera pronto, o que la aliviara. Siempre he pedido eso cuando alguien está enfermo. Ella se me quedó viendo con una mirada profunda que me impresionó muchísimo. Nunca se me va a olvidar esa mirada. Luego nomás movió los brazos, y murió.

Mi padre sentía morirse en esos momentos. Todo mundo se consternó, todo mundo se puso en movimiento. Parece que me dijeron, o yo por iniciativa propia, saqué unas cobijas y una almohada para el 64, para hacer lugar para tenderla. Ahí por donde está el tinaco, la bomba del agua, casi me desmayé, y los muchachos me sostuvieron para que no me cayera.

No sé por qué, pero algo me asustó esa vez. Vi que mi papá se me quedó mirando, con una mirada acusadora, como diciendo que había tenido la culpa. Siempre dijo que nosotros habíamos sido los culpables de la enfermedad de Elena, especialmente yo, porque la hice desatinar más.

Cuando todavía vivía Elena, pero estaba muy enferma, fue cuando supe de mi media hermana, Antonia. Un día de tantos, llegó mi papá muy temprano, cosa que nos extrañó,

porque nunca lo hizo antes. Nos llamó a Manuel y a mí: —Vengan para acá. —Fuimos, y entonces sacó una foto.

—Ésta es su hermana.

—¡Ay Dios, cómo que es nuestra hermana! —Esto lo dije yo para mis adentros. Y la vi muy bonita, peinada con trenzas. Y dije: —Cómo va a ser mi hermana, si ya se ve grande.

—Esta muchacha, necesitamos encontrarla.

—Está bien, papá.

—Dondequiera que la vean, tráiganla. —Es la consigna que mi padre nos dio. Bueno, pasó el tiempo, y mi papá solicitó los servicios de agentes confidenciales, los que localizaron a Antonia.

Se había fugado de la casa de su mamá. Por cierto, Antonia es otra alhajita de los mismos quilates que yo. Una noche dice mi papá: —Roberto, no te acuestes, quédate aquí, ahorita vengo. Voy a traer a tu hermana. —Entonces me dije yo: "¡Ah, voy a conocer a mi hermana!, pero, ¿cómo es posible que nunca haya vivido con nosotros?" Bueno, me hacía cruces, ¿verdad? Consuelo y Marta estaban dormidas, Manuel estaba ausente, así que nada más era yo el que estaba cuidando la casa y a mis hermanas. Yo, con la tentación, ni sueño tenía, por la curiosidad de conocer a aquella hermana.

Llegó a media noche mi papá con ella. Desde el patio venía llorando la muchacha; llora y llora, muy desconsolada. No le vi bien la cara. Toda la noche me quedé con la tentación de ver cómo era ella y sobre todo oírla hablar; a ver qué voz tenía, si era agradable o no. Toda la noche estuvo llora y llora, acostada en la cama de mis hermanas.

Al otro día se fue mi papá al trabajo e inmediatamente mi hermano Manuel y yo la acosamos a preguntas. Resultó que ella y su mamá, Lupita, vivían en las calles de Rosario, que no dista más que una cuadra de la escuela donde estudiábamos. Recuerdo que alguna vez la vi y me gustó, sin saber que era mi hermana.

Mi papá tuvo otra hija con Lupita, María Elena, que era también mi media hermana. Nunca llegué a conocerla bien, ni sentí mucho cariño por ella, pero tenía un carácter fuerte y noble y era muy religiosa. Y cuidado con insinuarle alguna cosa, ¡no! Y yo siempre la traté con un respeto muy especial. Lupita tenía otras dos hijas, Élida e Isabel, que eran medio hermanas de Antonia. Las respetaba, pero siempre me parecieron secas y agrias.

Desde entonces me empezó a gustar… para serle franco, fue el gran amor de mi vida. Antes tuve novias, pero de las tres la única que siempre me gustó y me siguió gustando fue Rufelia, que vivía en la misma vecindad, pero en otro patio. Pero Rufelia era de piel clara y superior a mí, y nunca me le declaré. La quería pero desde lejos. Mi primera novia, una chaparrita y guapa, me salió cero, me jugó mal. Me gustaba, pero me daba vergüenza hasta pedirle un beso. Una vez la besé, pero que pego la carrera para mi casa, porque me dio mucha vergüenza. Fuimos novios unos cuantos meses, pero resultó que ya estaba "bolita", se metió con un calavera y ahí fue el fin de nuestro noviazgo.

Mi otra novia estaba de sirvienta con un vecino de nosotros. Yo le gusté mucho a ella; es más, me mandaba citar con mis hermanas y me pidió que si quería ser su novio.

Pero a eso no se le puede nombrar noviazgos, pues eran cosas de pequeños. El gran amor de mi vida y mi sufrimiento fue mi media hermana, Antonia.

Teníamos más o menos la misma edad, 13 o 14 años. Yo no le dije nada; nada más veía, observaba y callaba. Ella hacía las camas, barría, hacía el café, servía el desayuno; y claro, ¡mi hermano y yo con aquel gusto de tener una nueva hermana! Y mis hermanas también. Y era Antonia por aquí, y Tonia por allá. Desde un principio ella se sentaba a la mesa y era mi obligación sentarme al lado de ella a tomar los alimentos, pues ella me daba esta preferencia. Por cierto, varias veces mis hermanas llegaron a sentarse en mi lugar y yo me disgusté con ellas.

Entre más días pasaban más me gustaba ella. Mas en todos los años que vivió al lado de nosotros jamás le hablé ni le insinué nada de mis sentimientos hacia ella no como hermano. Ella, sin querer, creo yo, y estoy convencido de ello, hacía que aquel sentimiento que sentía yo por ella, día a día, creciera más y más.

Me iba a trabajar en un taller de vidrio. Entraba a las nueve de la mañana y salía a las seis, pero el camión hacía una hora, así que llegaba a las siete, o siete y media. Todos cenaban, menos Antonia; siempre me esperaba. Siempre me han gustado los frijoles refritos, y ella lo vio desde un principio, así es que yo llegaba y me decía: —¿Vas a cenar, Roberto? ¿Quieres frijoles chinitos? —Pues los dos nos sentábamos a comer de un solo plato.

Antonia dormía con Consuelo y Marta, y mi papá en su cama. Mi hermano Manuel y yo en el suelo, fuera, en la azotehuela, aunque también algunas veces dormíamos en la pieza. Por la mañana me levantaba antes que mi papá se fuera y le calentaba su té de naranjo, y le daba su pancito; luego se iba a su trabajo. Luego iba yo al cuarto a prender la veladora para la Virgen. Antonia se despertaba y me decía:

—¡Ay, qué lata estás dando!

—¡Vamos, párense, flojos… ya es tarde! —les decía yo.

Consuelo ni contestaba. Como de costumbre, Manuel estaba perdido de sueño. Antonia y yo éramos los únicos que hablábamos. Muchas veces me decía: —No te vayas, acuéstate aquí otro ratito y déjame dormir. —Y me hacía un lugar en la cama. Se hacía a un lado, y yo me acostaba en la orilla de la cama, ella tapada con su cobija, y yo con la mía. Se me acercaba y se dormía acurrucada contra mis costillas o mi espalda.

Me molesta hablar de estas cosas… pero bueno, nunca fue mi pensamiento malo para ella, ¡nunca! Me gustaba muchísimo que me dijera que me acostara. Me podía yo haber acostado en cualquier otro lado, pero ella me hacía un lugar. Me sentía como en la gloria… tener a alguien a quien no debía querer tan cerca. Y así pasó y fue por eso por lo que algunas veces pensé quitarme la vida.

Con esas demostraciones de afecto, de cariño de hermanos, fue creciendo día a día mi amor por ella. Tanto como quererla, no, la idolatré, y por muchos años sufrí. Desde que llegó empezó mi calvario. Yo comprendía que no era una cosa lógica, no era una cosa razonable que yo tuviera aquel sentimiento hacia ella; aunque era una cosa involuntaria, sinceramente, y no lo podía evitar. Yo no debía hablarle por la sencilla razón que era mi media hermana y llevaba mi misma sangre. Mi padre y mis hermanos nunca

se dieron cuenta de mi sufrimiento; al menos así creo.

Hasta sucedió que traté de evitarle novios y con doble razón. Yo no quería que ella mirase absolutamente a nadie, yo quería que nada más me mirara a mí. Y sufría mucho por esto, porque a ella le gustaban los muchachos.

Así es que por ella empecé a salir muy seguido de mi casa. Puedo decir que fue una de las causas principales que me obligaron a andar vagando, a andar aventurando. Cuando sentía que ya no me aguantaba, agarraba, sin más dinero y sin más cosas que las que tenía encima —muchas veces con cinco vil centavos en la bolsa y otras tantas sin nada—, y me iba.

No hay un solo estado en la República en que yo no haya puesto el pie. Y me he ido a la frontera dos ocasiones… espalda mojada a los 14 años. Me siento como si hubiera dado la vuelta al mundo. Me iba con la intención de no volver o por lo menos estar el tiempo suficiente como para olvidar. La cuestión era salir para no decirle nada. No quería tener tan cerca esa tentación.

Cuando Antonia estuvo enferma, desde un principio me di cuenta de que algo andaba mal, mas nunca supe quién fue el canalla que la embarazó. Nunca jamás he sabido y siempre me ha fastidiado eso. Yolanda, nuestra vecina, quiso hacerme pelear con mi mejor amigo, Ruperto, diciéndome que él había sido. Él me dijo que jamás había sido novio de ella, cuando yo le reclamé. Y desde entonces tengo esa duda, porque metieron esa espina en mi corazón.

Fue Luz, la esposa de Fulgencio, el agente secreto, la que la hizo abortar. Hasta este detalle, estuve en la casa en el momento en que pasó. Lo supe porque sacaron unos trapos todos ensangrentados en una bolsa. Después Antonia estuvo enferma, le daban unos ataques muy feos. Empezaba a rascar las sábanas, a rasguñarlas, a tirarse del pelo, y se mordía. La deteníamos —de los pies y de las manos— para que no se mordiera, porque se mordía a conciencia, no nada más así. Entonces tiraba patadas, manazos y mordidas y ¡ay de aquel que la tocara, porque le bajaba las correas! Es más, hasta le puso la mano encima a mi papá. A mí también me puso, no la mano, sino los pies; me dio un par de patadas en el pecho que me mandó por allá. Pero es que tenía aquel acceso de locura en que no conocía absolutamente a nadie.

Luego la mandaron a un sanatorio para su tratamiento. Y ya no la vi. Sufría mucho en esos días, y más adelante también; porque veía a otros muchachos que tenían sus novias, y las abrazaban, y las besaban, y platicaban con ellas. Y yo… a veces me pregunto por qué tuve que irme a enamorar de mi hermana.

Luego me fui al ejército, primero porque quería ser soldado, pero sobre todo porque ya era imposible mi casa para mí.

CONSUELO

DURANTE toda mi infancia sólo tuve amargura y una sensación de aislamiento. Perdimos a nuestra madre cuando todos estábamos pequeños. Manuel apenas contaba ocho años, Roberto seis, yo cuatro y mi hermana Marta dos. De ese tiempo casi no recuerdo nada. Cuando murió mi mamá sólo recuerdo verla tendida, su cuerpo cubierto con una sábana y su cara descubierta, muy seria. Alguien nos subió para que la besáramos. Después volvieron a cubrirla. Y… eso fue todo.

Me sentía sola, en parte por haber perdido a mi madre y en parte por la hostilidad de mis hermanos para conmigo. Nunca estuve cerca de ninguno de ellos como ellos tres estaban uno del otro. Ellos siempre se convidaban el dulce o los juguetes, en cambio yo tenía que pedirles las cosas. Manuel defendía a Roberto de los otros chiquillos en la escuela. Cuando Roberto no sabía algo preguntaba a Manuel y éste, aunque le daba sus cocos, le decía.

Tan sólo por alzarle la voz a Marta era golpeada por mis hermanos, sobre todo por Roberto. Me dolía el cuerpo al recibir estos golpes tan despiadados, sí, pero este dolor no era comparable al dolor tan intenso, tan agudo que experimentaba al ver el odio que me tenían. Cuando vivía mi madrastra Elena, ella me defendía, aunque también a ella la hacían llorar. La queja era dada a mi padre por ella o por mí y mi padre los castigaba duro. Pero al otro día era yo la castigada por mis hermanos.

Cuando era hostilizada por mis hermanos no les tenía miedo en verdad, sino un sentimiento muy hondo que desahogaba llorando, cuando no me veían, en el rincón que formaban la cama y el ropero. Ahí me sentaba a llorar, llorar hasta cansarme, o hasta que *la Chata* —que nos servía en la casa— llegaba de la plaza. Ella me consolaba y me decía "hija". Esto me disgustaba, pero no me atrevía a protestar.

En muy pocas ocasiones me sentí feliz porque mis hermanos me contaban un cuento, o me describían un Nacimiento, o me regalaban algo. Por lo general Roberto, porque Manuel nunca nos daba nada, por eso se distinguió. De vez en cuando nos compraba tepache, que es como una limonada hecha con cáscaras de piña, un poco de vinagre, azúcar, agua y hielo, para beber durante la comida. Manuel era el encargado de corregirnos en la mesa, de cuidar el orden cuando nos servían la comida, lo que resultaba molesto para nosotros porque él siempre trataba de demostrar que era el hermano mayor.

Manuel llegaba a la hora de la comida. Entraba y empezaba a darnos órdenes con su voz de sargento: —*¡Flaca,* ve a llamar a *la Gorda!* —Pero Marta obedecía raras veces, otras era necesario llevarla a la fuerza jalándola de los brazos o los cabellos. Entonces se

dirigía a la mesa de mal humor y se dejaba caer en el cajón que le servía de silla. Yo le decía: —¡Lávate las manos… Vete a lavar, cochina!

—Oh, ¡qué te importa! Maldita *Flaca,* siempre te estás metiendo en lo que no te importa.

—Cállese. No sea hocicona. Váyase a lavar —le decía Manuel. —¡Ay, sí, mucho miedo! No me callo y cállame si puedes. ¡Maldito *Chino*!

Manuel entonces empezaba a desabrocharse el cinturón para pegarle. Marta se levantaba y rápidamente iba al lavadero, metía las manos en la bandeja de peltre blanco, las sacaba rápido, se limpiaba en el vestido y volvía a dejarse caer sobre la silla haciéndole gestos a Manuel.

Entonces Manuel me mandaba a comprar tepache.

—Yo no, ¡qué! ¡Siempre he de ser yo! ¡Chihuahua, qué bien has de estar molestando! Parece que no puedes ir tú. Necesitas criados. ¡A poco eres un rey! No lo dejan a uno ni comer —pero tenía que ir.

Roberto por lo general llegaba corriendo cuando ya estábamos comiendo. Si alguien lo venía correteando —el portero, los vecinos— entraba por la azotea gritándole insultos al que lo venía persiguiendo. Luego decía: —¿Ya comieron… ya comieron? ¿Qué hay para mí? —y *la Chata,* o Santitos, o quien nos estuviera sirviendo, le daba su plato. Empezaba a comer. Luego tomaba el tepache llevándose el jarro a la boca y daba un largo trago sin molestarse en servirse en su vaso. Esto enfurecía a Manuel.

—¡Cabrón, tan cochino! No puede tragar como la gente… siempre ha de estar con sus cochinadas.

Roberto sonríe. —¡Qué! ¡Vaya! Cada quien traga como puede, ¿no? —Luego empieza a comer sus tostadas, pero no puede realmente saborearlas. Al primer pedazo que se echa a la boca, empieza a sonar. Manuel, al escuchar el primer sonido de boca de Roberto, le arrojaba la tortilla o la cuchara y empezaba el pleito. Así era a la hora de la comida… Manuel regañando y pegando y nosotros defendiéndonos. Por lo general las comidas terminaban con Roberto que se paraba y se iba a acabar de comer a la cocina, Marta que se salía llorando sin acabar, yo me quedaba sentada y callaba por miedo de que me pegara y sólo nuestro hermano mayor gozaba de la comida.

Esto era cuando estábamos solos, porque los miércoles que descansaba mi padre no había quien hablara una palabra durante la comida. Al primero que oía alegar lo mandaba a comer a la cocina. Casi siempre fueron los dos hombres. A Marta y mí sólo nos decía: —Cállate la boca. —Enséñate a comer. —¿Qué es eso? ¿Está comiendo un animal, o qué? —Al mismo tiempo que volteaba a vernos con una mirada fría, que al menos a mí, me hacía sentir temor.

Los miércoles era cuando yo me desquitaba de todo lo que me hacían en la semana. Sabía que a mis hermanos les molestaba en sumo grado salir a hacer mandados. Le decía a mi padre: —Tengo ganas de chocolate, o de un huevo frito, o de una torta para llevar a la escuela. —Inmediatamente mi padre mandaba a Manuel o a Roberto a la tienda a comprar lo que yo quería: la tablilla para hacer el chocolate, y si era blanquillo, después de haberlo traído, ellos lo tenían que freír para yo comerlo. Por las noches era lo mismo.

Esperaba que mis hermanos estuvieran en casa para molestar. —Papá, quiero unos taquitos. —Papá, ¿me compras unas quesadillas? —Papá, quiero una limonada.

En mi interior me sentía feliz al ver las caras de Manuel o Roberto, rojas de coraje. Era cuando aprovechaba para acusarlos. —Míralo, papá, dice que no va… Te está alzando los hombros… Me está viendo feo. —Éstas eran mis palabras mentirosas para hacer castigar a mis hermanos.

Al otro día, recordando lo que había sucedido la noche anterior, empezaban los golpes de mis hermanos. Yo no me dejaba y empezaba la pelea. Terminaba yo morada del cuerpo y sangrando de la nariz o de la boca. Mi hermano yo creo en esos momentos se figuraba pelear contra otro hombre, porque ya una vez en el suelo me daba de patadas, o me obligaba a meterme bajo la cama. Casi siempre pedía auxilio a la señora Yolanda, una vecina, o acudía llorando al señor Fulgencio, un agente de la policía que vivía en el número 68 con su esposa, y pedirle que castigara a Roberto.

Siempre he sido la enfermiza de la familia y el sobrenombre de *Flaca* por eso lo detesto. Mi padre se preocupaba mucho por mi salud, porque continuamente tenía yo catarro o me daba infección intestinal. Una ocasión perdí todo un año en la escuela por enfermedad. Mi padre me llevaba con un doctor homeópata que me recetaba chochitos para tomar cada media hora. Su remedio favorito era lavados de hoja sen y mi papá me los aplicaba. Pasaba mucho tiempo en cama, sola, porque nadie me visitaba. Sabían mis amiguitos que a mi papá no le gustaba ver a nadie en su casa y mis hermanos jugaban afuera todo el día.

Mi padre nos había enseñado a callar la boca. Nunca debíamos contestar a nadie ni una sola palabra si éramos regañados o nos hacían observaciones sobre nuestra conducta. Siempre, siempre lo que hacían los mayores estaba bien hecho. "A la gente grande se le respeta", eran las palabras que recibía yo al intentar contestar a *la Chata* o quejarme de mi escuela.

A mi padre sí que le tenía respeto, pero también temor y mucho cariño. Recuerdo que como niña me decían: —Ahí viene tu papá —y era suficiente para ponerme a temblar y sentir como latía mi corazón con fuerza. En Bella Vista casi nunca nos dejaba salir al patio y ésas eran las órdenes que daba a *la Chata.* Así que cuando salíamos Marta y yo, sentía yo miedo, me figuraba que no podría regresar a mi casa antes que llegara mi papá. Nuestros compañeritos de juego ya sabían las órdenes de mi papá y en cuanto veían aparecer a mi padre en el zaguán nos gritaban advirtiéndonos: —Ahí viene tu papá. —Los metros que estaba yo alejada de la casa se me figuraban kilómetros interminables.

Si nos sorprendía mi padre en el patio, nos daba un empujón en la nuca y nos decía: —¿Dónde las dejé? ¡Zas! Vamos, para la casa. No tienen a qué salir, tienen todo en la casa. —Este regaño también alcanzaba a la persona bajo quien estábamos en cuidado. Cuando la regañaba con: —¿Por qué andan las niñas afuera, señora? ¿Para qué está usted? La dejo para que cuide. Si algo les pasa, ¿quién es la responsable? —*La Chata* sólo decía: —Ay, señor… pues se salen, no me obedecen. —Entonces mi padre se arreglaba con nosotros.

Pero no recuerdo que nos haya pegado al igual que a mis hermanos cuando alguno daba queja de ellos. Les pegaba —y esto me asustaba mucho— con el cable de la luz o con una especie de fuete de correa suelta en la punta. Al otro día veía yo cómo se les alzaba la carne y se les ponía morada. Gracias a Dios nunca recibí una golpiza igual a las de mis hermanos.

Cuando mi padre llegaba de su trabajo en el restorán se lavaba sus pies, se cambiaba los calcetines y se sentaba a leer su periódico. Yo observaba lo que él leía pero no me atrevía a preguntarle. A mi padre no le gustaba que le interrumpiéramos su lectura. Si hacíamos ruido, con un movimiento nervioso de la mano y un fuerte "¡Ssshhh! ¡A callar!" era suficiente para que no se oyera ya ni el ruido de una mosca. La única que interrumpía a mi papá era Marta, a quien cargaba en sus rodillas o sentaba en la mesa para dejarla jugar con su cigarro que siempre acostumbraba tener en los labios sin encender, darle su quinto y bajarla para que saliera a jugar.

Cuando llegaba de buen humor mi papá, se sentaba en la cocina en una silla chiquita y nos espulgaba, nos peinaba o nos abrochaba los zapatos. Cuando mi papá me atendía en esta forma era un gusto inmenso el que sentía yo, pues lo más usual era que estuviera con un gesto duro en la cara, el cigarro en la boca sin encender, la mano en la frente y moviendo los pies por debajo de la mesa a un ritmo acelerado. Esto me retenía de ir a buscar sus caricias, sus mimos, máxime cuando trataba de hablarle y antes de terminar la palabra "papá" era yo callada: —Vete, vete a jugar por allá. No estés molestando. Qué latita, hombre, no lo dejan a uno leer en paz.

Pocas veces me acercaba a mi papá. Casi siempre prefería yo estar haciendo mis costuras, mi tarea, o jugar con mis trastecitos al pie de la puerta de la cocina. A mi hermana yo le aconsejaba: —Pídele a mi papá para comprar dulces —o: —Dile que si no te da leche. —En ocasiones lograba mi hermana ser escuchada y ocasiones que también era callada. Entonces me dirigía a Elena o a *la Chata* para pedirles azúcar y comida para poder jugar.

Una de las cosas que recuerdo claramente es que cuando era chica nos cambiamos muchas veces de casa. Esto me disgustaba mucho porque mi papá no nos avisaba. Llegaba a la casa de su trabajo, ordenaba a mis hermanos que enrollaran los colchones con lo que hubiera encima de las camas, echábamos la ropa y los trastes en cajones y empezábamos a llevar las cosas y los muebles a la nueva casa. Si había algo en el brasero la persona que nos estaba sirviendo tenía que cargar las ollas calientes, los carbones encendidos, todo. Yo pensaba: —Qué lata. Ir de aquí para allá, cambiarse de un lugar a otro. —Pero nunca protesté en voz alta.

Tiempo después que mi mamá murió nos cambiamos a una vecindad en las calles de Cuba, donde conocimos a Elena, la que después fue mi madrastra. Ella vivía con su esposo en una vivienda cerca de la nuestra. No tenía niños pero Marta y yo íbamos ahí porque nos dejaba jugar con unos patitos amarillos que tenía y que nos gustaban mucho. Un día mi padre invitó a Elena a cenar con nosotros. Esto era muy raro porque a mi papá no le gustaba recibir a gente extraña en la casa. Mis hermanos y yo sólo

observamos pero no preguntamos nada, únicamente nos sentamos a comer muy callados. Mi papá se portó muy amable con ella. Después ella se quedó a vivir con nosotros y ya.

De allí nos cambiamos a otra vecindad en las calles de Paraguay. Recuerdo que había muchos ratones en esa casa. Por las mañanas Roberto y Manuel los correteaban y los mataban con una escoba. Allí duramos poco tiempo porque a Elena le empezaron a dar vahídos y se sentaba con su espalda al sol para recibir el calor. Mi papá pensó que nuestro cuarto era muy oscuro y húmedo para ella y entonces nos cambiamos a una vecindad de altos en las calles de Orlando. Esta casa es la única que me ha gustado. Hemos vivido en varias, pero ninguna me gustó tanto como ésta.

Yo veía mi casa muy bonita. Me encantaba que tuviera ventanas. Teníamos muchas plantas y en el pequeño comedorcito había dos que mi papá cuidaba con esmero, dos Carolinas. Cuando él llegaba se sentaba en el comedor a leer, luego se paraba y con un trapo, a veces con su pañuelo, limpiaba las hojas y le decía a Elena que debía regarlas con agua de jabón. Me gustaba mucho el olor a tierra húmeda. Cuando mi padre, sobre unos periódicos en el suelo, vaciaba la tierra de los macetones y la limpiaba de lombrices, me gustaba meter la mano entre la tierra y sentir la humedad. Tan sólo por un momento, porque mi papá me retiraba: —Vete, vete de aquí. No te ensucies. Quítate.

Siempre estuvo Elena cuidando que no nos pasara nada, pero a pesar de su cuidado no fue posible evitar los incidentes que ocasionaron que cambiáramos de casa. Mi hermano Roberto iba a ser atropellado por un automóvil. Un camión de redilas me iba a aplastar a mí. Luego mi hermana Marta al andar jugando en la azotea trató de hacer equilibrio en la orilla, resbaló y cayó. Afortunadamente quedó atorada entre los mecates de la ropa y los cables de la luz. Cuando mi papá llegó y lo supo tuvo un fuerte disgusto con Elena y con mis hermanos y les pegó por no tener precaución y cuidar a la niña. Inmediatamente al otro día nos cambiamos a la famosa Bella Vista.

Esta nueva vecindad no me gustaba ni tantito. Extrañaba las escaleras y las ventanas. Los patios eran largos y angostos. Vivíamos en un solo cuarto, oscuro y casi siempre estaba encendida la luz. En Bella Vista nos cambiamos tres veces hasta que mi papá encontró un cuarto que lo dejó satisfecho. Era muy delicado y le preocupaba mucho la limpieza. Siempre que nos cambiábamos a un nuevo cuarto ponía a los muchachos a raspar las paredes y a lavar con escobeta, agua y jabón el piso. El cuarto número 64 —donde hasta la fecha vivimos— excuso el decir lo sucio, lo terriblemente sucio que estaba. Mi papá mandó pintar las paredes color de rosa, las puertas azules y el piso de madera amarillo congo. Luego mi padre se entusiasmó con la idea y mandó hacer un macetero que colocó entre el lavadero y la pared del *water closet.* Ahí se pusieron las plantas que tanto gustaban a Elena.

Cuando Elena vivió con nosotros nunca sentí que fuéramos pobres porque nuestro cuarto siempre se veía mejor que el de los vecinos. Estaba muy orgullosa de mi casa. Estaba limpia y tenía cortinas en la entrada. Las camas de latón lucían colchas amarillas y el ropero se veía brilloso. La mesa grande donde comíamos estaba cubierta con un mantel a cuadros formados por rayas verdes y amarillas y que también tenía sus servilletas que por cierto no sabíamos usar y las agarrábamos como pañuelo a pesar de

los corajes de Elena y de mi padre. Para comer usábamos platos de barro y cazuelas y cucharas de madera, pero Elena tenía unos pocillos y platos blancos muy bonitos que guardaba para cuando había visita.

Nuestras cuatro sillas se colocaban pegadas a los pies de las camas. Había otra silla más chica, muy bajita, con el asiento de ixtle de colores, que era la preferida de mi papá. En las tardes se sentaba en ella a leer su periódico. Desde que tengo memoria me acuerdo que teníamos un radio, RCA Victor, chiquito, y estaba sobre una repisa que mi papá mandó hacer especialmente. Bajo el ropero y a veces bajo la cama se guardaba la caja de herramientas de mi papá; cajones y huacales con revistas, zapatos, ropa vieja; el lavamanos grandote donde nos bañaban a Marta y a mí, la "cama" de los muchachos —costales— y cosas así por el estilo.

Cuando mi papá acabó de pagar la mesa y el ropero, y hubo dinero, compró el *chiffonier*. Era de color vino, muy brilloso, y tenía tres cajones grandes y dos chicos. La tarde que llegó mi padre acompañando al cargador que traía el mueble, qué contento estaba. Agarró un trapo y empezó a repasar su superficie para que brillara más. Elena observaba complacida y ella señaló el espacio en que quería que este mueble se colocara. Él la dejó que lo escogiera y al otro día llevó un jarrón para las flores que puso encima del mueble. Mi padre empezó a mandar flores del mercado, unas veces gladiolas, otras dalias y casi siempre rosas, y qué rosas tan lindas, tan guindas. Había un cuadro con la Virgen de Guadalupe y mi papá mandó hacer una repisa para ponerla debajo con su veladora. Después vino el tocador que le compró a Elena. Teníamos el cuarto lleno de muebles en ese tiempo.

La cocina estaba en una azotehuela, como un patio chiquito sin techo. Cuando venía el tiempo de lluvias era muy molesto cocinar ahí. Mi padre no quería negar la entrada a la luz del sol y al aire y mandó hacer un tejado cubriendo la mitad, pero luego empezó a criar pájaros y entonces para que no se mojaran cubrió la otra mitad. La última cosa que hizo mi papá para mejorar la casa fue comprar cucharas de metal y unas pantallas de vidrio para los focos de la pieza y la cocina. Después Elena enfermó y ya mi padre no cuidó de la casa.

Mi papá llevó entonces a *la Chata* para que ayudara a Elena con el quehacer porque Elena estaba muy débil y no podía hacer trabajos pesados. *La Chata* hizo esta clase de trabajo en nuestra casa durante cinco años. Ella llegaba a la hora en que mi padre salía a trabajar, a las siete de la mañana, iba por la leche y encendía la lumbre de carbón. Mientras hervía la leche y el agua para el café, barría la cocina y lavaba los trastes del día anterior. Manuel y Roberto pedían su café y salían para la escuela. Marta y yo nos quedábamos acostadas hasta que el cuarto se calentaba o nos parábamos corriendo al guáter, temblando, sin zapatos y en fondo. Después de desayunar Elena agarraba su canasta y se iba a la plaza mientras *la Chata* tendía las camas y subía las sillas y la mesa volteada patas arriba sobre las camas mientras lavaba el piso. Si estaba de buenas me dejaba subir a la cama y ahí estaba yo entre sillas y mesabancos y papeles mirándola, pero por lo general corría a todos de la casa mientras hacía el aseo.

Comíamos a las tres de la tarde apretados alrededor de la mesa chiquita de la cocina.

Después de comer nos íbamos al cine con Elena, nos gustara o no nos gustara. A ella le gustaba mucho el cine y casi iba todos los días. Le dejaba recado a mi papá a cuál cine íbamos y algunas veces él nos alcanzaba ahí. Cuando regresábamos ya estaba oscuro y mis hermanos y yo tomábamos café y pan y a dormir. Marta y yo dormíamos en una cama y mi papá y Elena en otra. Los muchachos sobre unos costales en el suelo. A las nueve la puerta se cerraba y la luz se apagaba.

Los sábados y domingos uno a uno nos íbamos levantando mucho después que mi padre se había ido a su trabajo. Manuel siempre fue el más flojo y era el último en levantarse. Su costumbre de dormir hasta muy tarde atrasaba el quehacer porque no se podía barrer con él acostado en el suelo y envuelto en la cobija de la cabeza a los pies. Cuando por fin se levantaba lo hacía con una pereza que desesperaba. Se enderezaba como si le costara mucho trabajo, con todas las greñas en la cara, los ojos llenos de chinguiñas y tallándose los ojos y bostezando con aquella pereza. Poco gustaba de la peluquería y pocas veces se lavaba las manos y menos la cara.

Una mañana Elena y Roberto idearon encenderle un cuete entre las cobijas. Todos desde la puerta mirábamos y esperábamos. Cuando explotó, Manuel se paró violentamente envuelto en la cobija. Todos reíamos pero él estaba muy asustado y enojado.

Los domingos Elena nos llevaba a Chapultepec o a Xochimilco o algún otro lugar. En otras ocasiones también nos llevaba a ver a mi abuelita y a mi tía Guadalupe. Roberto y Manuel nos echaban a Marta y a mí sobre sus hombros y así caminaban hasta la casa de mi abuelita. Mi abuelita hacía dulces que vendía en la calle y cuando íbamos nos daba eso o recortes de pastel, migajitas. Después que ella murió seguíamos yendo a ver a mi tía.

Pero estas visitas eran un secreto porque mi papá nos tenía prohibido visitar a los familiares por parte de mi madre y castigaba al que nos llevara allí. Él no quería a la familia de mi mamá porque tomaban mucho y lo habían criticado por casarse con Elena. Pero mi madrastra era muy buena y nunca le dijo que íbamos allí. Siempre estaba pendiente de que nada nos pasara.

No sé por qué pero siempre he preferido la compañía de mujeres ya grandes. Mientras mis hermanos y Marta jugaban afuera con sus palomillas yo me sentaba en el quicio de la puerta cosiendo y platicando con *la Chata.* Ella me decía que la señora Chucha que vivía en el 27 le había quitado a su marido. Que ella había sido muy feliz con él, que él había sido muy bueno con ella pero que se había metido con él la señora ésa hasta que se lo quitó. Yo casi nunca quería hacer amistad con nadie pero *la Chata* me animó a hacer migas con Candelaria, la hija de Chucha, para que yo le sirviera más o menos de "alcanfor". Siempre que iba a su casa cuando llegaba *la Chata* me hacía preguntas. Candelaria era muy fea pero me gustaba ir a su casa porque tenía una cuna azul en la que yo me acostaba y jugábamos que yo era la hija y ella la mamá. *La Chata* odiaba a la señora Chucha y se quejaba con mi padre de que cada que ella pasaba la señora del 27 la insultaba sobre todo ya estando borracha.

Un día *la Chata* había salido por la leche cuando regresó violentamente y volvió a

salir. Casi siempre le daba trabajo pasar por lo angosto de la puerta pero en esa ocasión entró y salió con mucha facilidad. Mi padre leía el periódico y Elena estaba sentada a su lado, yo estaba jugando con unos muebles de juguete que Elena me había comprado, Marta jugaba a las canicas en el suelo. De pronto empezamos a oír gritos. Se asomó mi papá a la puerta y Marta y yo tratamos de hacer lo mismo pero nos lo impidió mi papá. Elena trepó a la escalera y desde ahí vio el pleito. Chucha y *la Chata* peleaban. Nosotros sólo oíamos el rumor de la gente. Después de un rato mi papá entró con *la Chata.* Venía toda despeinada y respiraba muy agitada y le daba explicaciones a mi papá.

Por la noche, cuando ella se fue a su casa, Elena y mi padre reían comentando el pleito y decían lo chistosas que se veían las dos mujeres rodando por el suelo. Al otro día llegó *la Chata* como si nada. Candelaria dejó de hablarme y yo ya no me metí a su casa.

También hice muy buenas migas con la señora Amparo, una mujer de aspecto maternal y grandes senos que vivía en el número 28. Era muy buena ama de casa y me enseñaba a coser. Yo le ayudaba a cuidar a sus niños. Me pasaba días enteros en su casa y a veces me tenían que ir a llamar Marta o Roberto. Mi amistad con ella se terminó cuando me dijo que de su casa se le había perdido una navaja de rasurar y que Roberto había sido quien la había tomado. Mi papá le pegó muy fuerte a Roberto y tuvo que comprar una navaja nueva para el esposo de Amparo.

Roberto en esta época se mostraba muy reacio, muy rebelde con todo mundo. Nunca se había podido llevar bien con Elena y le daba mucho coraje que me acercara mucho a ella. Me decía: —Escuincla mensa, ella no es nuestra mamá, es nomás una vieja. Déjela, barbera. —Insultaba a Elena en su cara y ella lo jalaba del pelo y le daba sus nalgadas. Cuando llegaba mi papá lo castigaba; recibía una golpiza diario. Con Manuel también se peleaba pero siempre salía llorando.

Roberto se escapaba de la casa. Desaparecía uno o dos días y nadie se preocupaba. Pero en una ocasión pasaron cinco días y no aparecía. Mi papá estaba muy preocupado. Alguien le aconsejó envolver a San Antonio con ropa de mi hermano y ponerlo de cabeza dentro del ropero bajo llave, y así decían que Roberto volvería antes de una semana. Mi papá lo hizo y Roberto regresó al séptimo día. Se había ido a Veracruz a buscar a la familia de mi papá. Se había ido sin dinero y sin otra ropa más que la puesta y lo único que sabía era que vivían cerca de una hacienda. Después, sus escapadas se hicieron costumbre.

Recuerdo que la primera vez que fui a la escuela mi madrastra me llevó. Me dijo: —Aquí te quedas. Luego vengo a traerte tu café. —Yo esperaba que regresara en poco tiempo. Pasado un rato vi que no llegaba y debí haber estado haciendo gestos, porque el maestro me acarició la barba y me dijo: —No llores, nena. Mira, aquí tienes muchos amiguitos. Tu mamá al ratito viene.

La mañana cuando entré a segundo año de primaria hacía friecito y habíamos ido a formar cola para alcanzar inscripción. Casi todas las mamás esperaban y ya estaba yo alarmada de que Elena no estuviera ahí. Veía pasar a las niñas una por una y a las mamás acercarse para decir sus nombres. Elena llegó precisamente en el momento en que me

preguntaban mi segundo apellido. Cuando vio que no sabía me dijo: —Mira, te voy a poner como yo. ¿No te enojas? —Yo le contesté que no y así fue como quedé inscrita como Consuelo Sánchez Martínez. Cuando mis hermanos y mi tía lo supieron no fue regañada la que me dieron. Me dijeron que Elena no era mi mamá, que era yo una tonta, que me fuera con ella si tanto la quería…

En este grado sufrí el primer robo, motivo de burla para mis hermanos y de fastidio para mí. Una señora me engañó para que le dejara mi abrigo nuevo y mi mochila y luego desapareció con ellos. Desde ese día, bajo pena de recibir una paliza, uno de mis hermanos tenía la obligación de llevarme hasta la reja del colegio, donde me despedían con estas palabras: —Si te habla una vieja y te dice "oyes, niña, ven", no le hagas caso, manita. —Nada más le decía a mi padre que Manuel o Roberto no me habían llevado al colegio y era suficiente para que los maltratara.

Qué importancia tan grande sentí yo cuando a mediados del año la señorita nos dijo que teníamos que ir aprendiendo a usar la tinta. Me llenaba todas las manos y manchaba el uniforme y recuerdo que entraba al zaguán con mis libros bajo el brazo y mis manos desocupadas para que me vieran los dedos manchados. Cada vez que nos ordenaban usar tinta pedía a mi padre nuevo manguillo. Y siempre obtenía todo lo que yo quería. Sólo tenía que pasarle la lista de los útiles a mi padre para que al otro día tuviera todo lo necesario. Lo mismo ropa, si era para la escuela, antes que la pidiéramos ya la teníamos.

Elena empezó a enseñarnos a rezar. Por las noches nos hacía hincar a los cuatro y repetir las palabras que ella decía. Los más reacios fueron Roberto y Manuel, que durante los minutos que durábamos rezando se daban de codazos y se reían uno con otro hasta que los sacaban a la cocina. A mí, la verdad, tampoco me gustaba estar hincada con los brazos cruzados y casi sin pestañear. Apenas si recuerdo, tendría yo unos cuatro o cinco años, que por las noches mi papá nos agarraba la mano a mi hermana y a mí y nos persignaba. Mi papá y Roberto se persignaban todas las mañanas antes de salir; siempre han sido más estrictos ellos en esto que los demás.

Cuando tuve seis o siete años Elena nos contaba los Ejemplos que a ella le había contado el sacerdote en su tierra. En estos Ejemplos siempre sucedía un milagro. *Él* se aparecía a la persona que se había portado bien. Uno de los Ejemplos que hasta la fecha guardo bien grabado era en el que una hija le había faltado al respeto a su mamá y entonces Él la castigaba. Fue a confesarse y el sacerdote le dijo que si nacía una flor de un clavo, estaría perdonada.

Cuando oí esto pensé: —Qué divino sería si llegara para mí ese día. —A veces, amparada bajo la cobija negra del cuarto, lloraba yo desesperada porque ese día me había portado mal y hasta me alegraba del castigo que hubiera yo sufrido. Pedía perdón y prometía firmemente no enojarme ni gritarle a mi hermano. Los Ejemplos que Elena nos contaba fueron mis primeras instrucciones en cuanto a religión. Mientras ella vivió con nosotros, íbamos a oír misa —mi padre nunca nos llevaba— y aprendimos a celebrar las fiestas religiosas, como el Día de los Muertos y la Semana Santa.

La primera vez que asistí a la doctrina fue cuando llegamos a Bella Vista. Una tarde que tomábamos café y Elena veía unos muñequitos, oí una campanita. Me asomé a la

puerta y vi a unos niños corriendo y cada uno llevaba un banquito. No pregunté nada. De pronto mis ojos descubrieron una figura vestida de negro, pelo cano peinado de chongo y un rosario en el pecho. La señorita de cuerpo grueso pasó junto a mí sonando la campanita. —¿No vas a la doctrina? —Sonreí y moví la cabeza afirmando.

Pedí permiso a mi papá y nos mandó a los cuatro. Con qué gusto fui. Me hallé corriendo en el patio con una sillita en mis manos, mis tres hermanos también. La señorita estaba frente a los niños sentados y daba explicaciones. Nunca había oído lo que ella decía. Elena nos había enseñado el padrenuestro y el ave, además una oración al ángel, pero no era igual.

Acostumbraban darnos dulces a la salida. Ese primer día pegamos la carrera todos a enseñarle a mi papá lo que nos habían regalado. Yo en verdad me sentía dichosa. Yo sola empecé a formarme la obligación de ir a la doctrina. ¡Qué coraje me daba que Roberto y Manuel se fueran por otro lado! Los acusaba con mi papá.

En una ocasión llegué a la doctrina y vi a la señorita. Un grupo de niñas más grandes la rodeaba. Ella les preguntaba y las niñas contestaban en coro. Cuando vi que la señorita terminó le pregunté a una niña: —¿Qué es eso? —Contestó: —¡Ay!, ¿qué no sabes? Son los Mandamientos de Dios. —Me dio pena y ya no contesté; además me dio miedo que esa niña me fuera a pegar.

Cuando terminó la doctrina le dije a la señorita que yo quería aprender los Mandamientos. Con dulzura me contestó: —Ellas se están preparando para la primera comunión. —Un rayo de luz me dio de golpe en la cabeza. Ya no dije nada, pero desde entonces sólo quería hacer mi primera comunión y morir. No sé por qué tuve este deseo, no sabía lo que era la primera comunión y no pregunté.

Un día ya no fueron las señoritas a instruirnos. En vano esperamos con nuestro banquito fuera del cuarto. Regresé a la casa enojada. Mi papá me preguntó: —¿Qué tienes, hija? —Nada, no tengo nada —pero sentía como si ya nadie se acordara de mí. Duramos bastante tiempo sin doctrina, pero yo sola memorizaba lo que había aprendido.

La mamá de Elena, Santitos, y sus tres hijos más chicos vinieron a vivir con nosotros. Todos dormían en el suelo. Santitos era muy religiosa. Siempre andaba vestida de negro y rezaba todas las noches, lo que me parecía a mí muy raro en ese tiempo. Cuando veía a Santitos rezar con su rosario en la mano y su cara tan seria pensaba yo que era porque se iba a morir. Una tarde en que ella rezaba con su rosario le pregunté cómo era el Señor Mío Jesucristo. De buena gana se prestó a enseñarme. Qué difícil resultó esto para mí y qué respeto sentí yo hacia Santitos. Ella me enseñó el Señor Mío Jesucristo y el Yo Pecador. Le pedí a mi papá que me comprara el libro para hacer la primera comunión. Me lo compró y ahí leí cómo debía uno proceder ante el padre.

De Elena no guardo sino un mal recuerdo, el que me haya desengañado de quiénes eran los Santos Reyes. A la edad de ocho años todavía creía en los Reyes Magos que traen juguetes a los niños que se portan bien. Yo me resistí a creer la verdad. Mis hermanos me habían contado sobre los Reyes. En la temporada de Posadas, cuando empezaba a caer la tarde, Roberto o Manuel y nosotras dos sentadas a la puerta, nos mostraban las tres estrellas más brillantes de la constelación de la Osa Mayor. —Mira,

manita, ¿ves esas estrellitas ahí?… No, ésas no, ésas más abajo… Esas estrellitas son los Reyes Magos. —Recuerdo que cada año antes de quedar dormida veía hacia el cielo y en verdad se me figuraba que se iban acercando las estrellas. En mi imaginación las rodeaba de una luz intensa que me deslumbraba aun cuando ya estaba dormida. Al día siguiente encontraba los juguetes.

Ese año decidí espiar a mi papá y ver si Elena tenía razón. Por la noche Marta y yo nos hicimos las dormidas. Pasó mucho rato y por fin mi papá se convenció que estábamos dormidas y puso los juguetes en los zapatos. Fue cierto. Mi fantasía había terminado.

Sentí dolor. Y al otro día cuando mi papá se levantó para ir a trabajar al igual que todos los años nos dijo: —Corre, hija, ve a ver qué te trajeron los Santos Reyes. ¡Ándale! —Casi no hice caso. Ya no veía aquella cosa mágica que creía yo envolvía mis juguetes. Éste es el único mal recuerdo de Elena.

La impresión que más guardo de este tiempo fue la que me quedó una noche después que volvimos del cine. Por lo regular mi papá cargaba a Marta, Elena me llevaba a mí. Esa noche todo estaba muy oscuro. Al estar abriendo el candado mi papá le dijo a Elena que me agarrara. Recuerdo mi cabeza pegada a sus faldas. Me dijeron que cerrara los ojos y Elena me cargó. Yo no oía ruido, ni a mi papá hablando, ni la llave del candado, nada. Cuando al fin abrí los ojos ya estaba yo parada sobre la cama. Pregunté por qué me habían hecho cerrar los ojos, pero como siempre mi padre no dio ninguna explicación, sólo dijo: —¡A dormir! Ya es tarde. —Me acosté con curiosidad, pero ya no insistí. Al día siguiente después de mucho preguntar me dijo Roberto que habían visto espantos, unas monjas caminando por la pared y un padre delante de todas. No sé si fue cierto o no. Mi padre nunca me dijo nada.

Me parece que yo tuve siempre más miedo de las cosas que mis hermanos o Marta. A la edad de ocho o nueve años mi hermano Roberto me dio tremendo susto al echarme en la espalda una bolsa con ratoncillos. Fue tan tremendo el susto que me desmayé. Desde entonces les agarré un horror a los ratones y a las ratas como a nada en la vida y cada que veía yo un animal de éstos, muerto o vivo, gritaba o corría.

Una madrugada en Bella Vista salió un animal de ésos muy feo, viejo, de un hoyo que había en el piso. Estaba muy dormida cuando de pronto empecé a oír ruido bajo la cama, roían la madera. Abrí los ojos grandemente y casi ni respiraba pensando que el animal se iba a subir a la cama. Conforme el ruido avanzaba más y más, empecé a hablarle a mi papá, primero muy quedo, después un poco más alto y cuando oí que el animal estaba por la cabecera pegué un gritote. Mi padre como de rayo se levantó y encendió la luz. El animal corrió. Yo gritaba: —¡La rata… la rata! —Casi al mismo tiempo mis hermanos estuvieron de pie. Mientras Roberto tapaba el hoyo con la jerga, Manuel y mi papá andaban correteándola con palos. Pero este animal se defendía mucho, se escurría, y no podían matarlo. Cuando por fin lograron darle el primer palo —se me enchina el cuerpo de pensarlo— y el animal chilló, yo también di un grito. Sus chillidos espantosos me penetraban los oídos. Cada vez que le daban un palo también yo saltaba. Después de eso mi padre mandó cambiar el piso.

No imaginaba ni por un segundo, cuando comencé a sentir aversión por Bella Vista, lo que había de sufrir más tarde y cuánto más iba a odiarla. Creí que siempre me iba a vivir Elena, pero no fue así. Ahí en esa casa, en Bella Vista, murió ella y después de su muerte vino la desorganización de la familia, el endurecimiento de mi padre día a día, el crecer de la hostilidad de mis hermanos para conmigo y en fin una serie de sufrimientos creados quizá por mi falta de carácter.

Antes de que muriera Elena mis penas no eran tan grandes. Sentía en verdad que tenía yo todo: el cariño de mi padre y el de Elena. Mis hermanos me pegaban pero no constantemente y además no eran tan fuertes sus golpes. Como no había conocido a mi mamá no sentía que me hiciera falta. Cuando estuve en tercer año la maestra nos enseñó un himno a la madre y hubo grandes preparativos para divertir a las madres, bailables, declamaciones, costuras, dibujos. Me lastimaba y me hacía poner necia. Para mí en ese entonces no había cosa tan sublime como el padre. Pensaba: —La madre, la madre… para qué le harán tanta fiesta a la madre si el padre vale más. Mi papá nos compra todo y nunca nos deja solos. Le habían de hacer su fiesta al padre y entonces sí salía yo vestida de indita, o lo que fuera.

Pero pasó el tiempo, Elena empezó a enfermar. Más tarde supimos que tenía tuberculosis. Pasaba horas sentada al sol para que le diera en la espalda. Su cabello se veía güero rojizo cuando le daba la luz del sol. Había adelgazado mucho y le seguían dando mareos, vahídos, aunque tomaba muchas medicinas y andaba de un doctor a otro.

Mi papá estaba muy preocupado y la consentía, la mimaba mucho. Siempre le había comprado vestidos muy bonitos, zapatos de tacón alto, hasta un saco de piel, y la llevaba adonde ella quería, pero ahora le traía regalos todos los días.

Elena enfermó más y por consejos de sus doctores fue internada en el hospital. Mi papá estaba muy triste. Todas las tardes ya tardaba un poco más en llegar a la casa porque iba a visitarla. Me acariciaba la cabeza y me decía: —¿Extrañas a Elena, madre? Ya va a venir, ¿eh? —Y veía cómo se le escapaba una lágrima. Los miércoles, día de descanso de mi papá, también le to-caba descanso a *la Chata.* Entonces mi papá nos bañaba, nos daba de des-ayunar, nos lavaba nuestras tobilleras y a los muchachos los ponía a hacer el quehacer.

Pero la casa ya no era la misma; poco a poco empezó a decaer. Lamenté mucho que las plantas que teníamos, una a una, se fueron secando. Mi padre se quejaba de esto. En varias ocasiones oí yo: —¡Caray! No se puede tener nada. Es una lástima. Parece mentira que no haya quien cuide las cosas. —*La Chata* guardaba silencio; Santitos, igual.

La Chata seguía esforzándose por mantener la casa arreglada y limpia. Pero nosotros, jugando, movíamos los cuadros de su lugar, nos subíamos a la mesa y el mantel iba a dar al suelo, a la cama y la destendíamos. Nos peleábamos o sólo por diversión agarrábamos pedazos de carbón que estaba en un bote debajo del lavadero y nos tirábamos con él; dejábamos las paredes y el piso con manchas negras.

La Chata murmuraba y nos regañaba usando un lenguaje horrible y nos echaba para el patio. Nosotros la acusábamos con mi papá que sólo nos daba “papas con huevo y huevo con papas”.

Cuando Elena estaba con nosotros comíamos bien, pero *la Chata* escondía la leche y la fruta y se hacía platillos especiales sólo para ella y para mi papá. No era nada buena con nosotros pero cuando se lo decíamos a mi papá nos callaba la boca.

No sé si porque necesitara dinero para cuidar a Elena o porque le entró el amor al comercio, mi padre empezó con la venta de animales. Primero fueron pájaros de todas clases, como 50 pájaros que puso en unas jaulas especiales. Aunque mis hermanos limpiaban las jaulas a mañana y tarde la casa olía y se veía sucia, las paredes manchadas de plátano, mosco, pirú, masa, fruta, suciedad de los pájaros. Primero sólo fueron animales pequeños como canarios, loritos australianos, clarines, zenzontles, pero luego compró loros, pichones y un toco-tucán. Después, de una de las patas de la vitrina se amarraba un correcaminos, un ave muy fea que sólo comía carne cruda, más tarde un tejón y así por el estilo. Casi todas las paredes de la pieza y de la cocina estaban colgadas con jaulas. Mi papá quitó el macetero para hacer lugar para gallinas. Puso otro compartimiento arriba para tener ahí unos gallos muy finos y bonitos. Había que estar al pendiente de cuando pusieran los huevos para guardarlos en la vitrina, de eso nos encargábamos nosotros.

Cuando Elena iba a salir del hospital mi papá mandó pintar las paredes de blanco y compró plantas otra vez. Pero Elena continuaba mala y fue preciso que saliera para el cuarto número 103 en el último patio de Bella Vista. Entonces se llevaron el tocador, el taburete, unas colchas bonitas, la pantalla que quedaba, unos cuadros y la mayoría de las cosas bonitas que había en la casa. No nos permitían entrar al cuarto de Elena pero a veces Santitos dejaba abierta la puerta y la veíamos desde el patio. Cuando Elena se sentía bien iba a la azotea y yo hablaba con ella desde abajo y le enseñaba mi costura.

Después de que Elena se fue a la otra vivienda, Antonia, mi media hermana mayor, llegó a la casa. Ya estaba yo dormida la noche que mi padre la llevó a la casa. Al otro día me encontré con una cara nueva en casa. Estaba acostada junto a mí en la cama. —¿Por qué no saludas a tu hermana? —dijo mi papá. Mis hermanos le hablaron, pero yo no. Me limité a verla de lejos. Estaba yo celosísima. Nunca había visto a mi padre con nadie. ¿Cómo era posible que Antonia existiera? No pregunté una sola palabra y mi padre no me dio explicaciones.

Antes de traerla nos había dicho mi papá: —Voy a traer a su hermana. Ya es una señorita. Terminó su sexto año. —La palabra señorita entonces significaba para mí una joven vestida con traje sastre de color oscuro, con pelo largo y ondulado y que usaba gafas que le daban una personalidad respetada. En realidad tenía yo tentación de saber cómo era mi hermana. Pero al verla noté que era muy diferente. Su cara era delgada y sus ojos redondos y saltones, su pelo lacio estaba atado con un listón y tenía puesto un vestido corriente. En parte me desilusioné y por otro lado me conformé con mi figura.

Al principio Antonia era muy buena y poco a poco se ganó nuestra confianza. Empezó a arreglar la casa y otra vez empezaron a lucir las cortinas en las puertas y las flores en el altar. Pero más tarde nos hizo sufrir a los cuatro muchísimo. Lo que me hizo empezar a aborrecerla fue la distinción que hacía mi padre de nosotros con ella. Él

parecía haber cambiado totalmente.

El primer golpe en este sentido fue el que llevé una tarde que mi padre llegó disgustado. Estaba un banquito a mitad de la cocina y cuando mi papá entró, con el pie lo hizo a un lado al mismo tiempo que me decía: —¡Bruta, imbécil! Ven las cosas y no se acomiden. ¡Quite ese banco de ahí, pronto! —Al momento me aturdí, no sabía dónde poner el banco. Por fin lo puse bajo el lavadero. Pero ya había recibido esa descarga. Mi padre nunca antes me había dicho esas palabras. Para con mis hermanos, sí, las había oído, pero directamente a mí no.

Esa noche me negué a cenar creyendo que iba a ser como en otras ocasiones. Si me negaba, entonces mi padre con cariño me preguntaba qué era lo que quería y mandaba traer antojitos. Esa noche no fue así. Me acosté sin querer tomar alimento y mi padre no hizo caso de mí. Empezó a leerle el periódico a Antonia. Yo bajo las cobijas contenía el llanto. Pensaba que si lloraba era avergonzarme ante la nueva persona que era mi hermana.

En incontables ocasiones el sabor de las lágrimas se mezclaba con el de mi café. —No esté usted con payasadas y coma. —Eran las palabras de mi padre. Ya no le importaba que llorara. La primera vez que vi que Antonia le contestaba no podía yo creer la reacción de mi padre que no contestaba nada a las majaderías de ella. En nuestro caso, es decir, entre nosotros cuatro, no alzábamos ni la vista cuando nos regañaba, ni Manuel que era el mayor, en cambio ella podía gritarle libremente. Si compraba un vestido para Antonia tenía que ser mejor que los nuestros. Casi siempre mi padre le daba las cosas a ella para que las repartiera. Todo esto me hacía sentir que yo no era nadie en la casa.

Había una cosa que mi padre nos tenía prohibidísima: tocar el radio. Debía estar en la misma estación donde él lo había dejado la noche anterior. Los muebles de la casa no se podían cambiar de lugar sin consentimiento suyo. Llegaba del trabajo y hacía que volvieran a su lugar. —¿Quién cambió las cosas de lugar? ¿Estoy pintado o qué? ¡A ver, vamos, a ponerlas en su lugar! —Por eso cuando vi una mañana que Antonia encendía el radio le dije que no lo prendiera porque mi papá se enojaba. Ella no hizo caso y lo puso en otra estación. Esto produjo temor en nosotros cuatro; esperábamos que cuando llegara mi padre la reprendería, pero no fue así.

Antonia le había pedido a mi padre un polvo que había oído anunciado en la estación donde escuchaba sus comedias, de marca Max Factor. Le había dicho que nos trajera uno a cada una. Al otro día mi padre llegó con una caja de polvo y se la dio a Antonia. Me dolió, a mí no me había tomado en cuenta. Tonia la recibió y me dijo: —Mira, Chelo, de aquí también agarras tú. —En forma muy despectiva le dije: —No, yo ¿para qué quiero eso? Úsalo tú. —Tonia se ofendió, creo yo también sintió feo y salió.

Estaba de espaldas al brasero sirviéndome café cuando oí cómo se golpeaba la puerta y acto seguido mi padre vino hasta mí con un gesto que me hizo temblar de pies a cabeza. —¿Qué le hiciste a Antonia?

—Nada, papá. Nada más le dije que yo no quería polvo.

—¡Imbécil, estúpida, majadera! ¡La próxima vez que vuelvas a hacer algo igual te voy a romper la boca, vas a ir a recoger los dientes hasta la mitad del patio! —me había

dicho cerrando los puños. Sólo bajé la cabeza y salí a sentarme en la puerta. Esa noche también me acosté sin cenar y cuando apagó mi papá las luces empecé a llorar y lamentarme que ya no viviera Elena.

Empezó también la mentira continua para con nosotros. Por las tardes cuando llegaba mi padre Tonia ya estaba arreglada y se salían. Nos decían que iban al doctor, pero se iban al cine. Cuando salía los veía caminando por el patio. Tonia lo tomaba del brazo y juntos caminaban alejándose. Cuando salía mi padre con nosotros nunca permitió que lo tomáramos del brazo; nos llevaba agarradas fuertemente, alzándonos el brazo hasta el hombro. Así que cuando llegábamos a la casa ya mi brazo me dolía. A mis hermanos ni les permitía que se acercaran a él; casi siempre iban adelante o atrás, pero nunca junto a él.

Empezaba a formarme mal concepto de Tonia y terminé de formármelo cuando alrededor de la luna del tocador puso unas tarjetas postales de mujeres semidesnudas; las dichosas bailarinas Kalantán, Tongolele y Su-mu-key. Todos nos alarmamos, hasta Manuel que ya en ese tiempo llegaba a la casa muy noche y nunca le importaba lo que allí sucedía. Entonces sí me quejé a mi padre exigiendo que le quitara a Tonia las fotografías. No dijo nada, pero a los dos días ya no estaban esas muñecas. En su lugar estaba el retrato de Pedro Infante y otros artistas que Tonia enseñaba a sus amigas.

Esto también trajo inconformidad entre los cuatro. A nosotros nos prohibía la entrada de amiguitos a la casa. A mis amiguitas, cuando las llegó a encontrar dentro de la casa, las corría: —Anda, niña, ve a jugar con tu mamá. Ya es muy tarde para que hagas visitas. —En cambio cuando se reunían Tonia y sus amigas en la casa, conversaban con mi papá.

No nos hubiésemos fijado cuándo cumplíamos años o era día de nuestro santo de no haber sido porque Tonia insistió en celebrar el santo de mi papá. Fue la primera fiesta para mi padre y por primera vez tuvimos vasos especiales para servir "cubas". Cuando Tonia cumplía años o era día de su onomástico mi padre le compraba todo, vestido, zapatos, medias y hasta el pastel. El pastel sólo teníamos el gusto de verlo, pues cuando llegaba mi padre la llevaba para la casa de Lupita, su mamá, y ahí hacían su fiesta y partían el pastel.

Quizá por orgullo propio, o por temor a ser regañados, o por no llorar, nunca pedimos un pedazo de pastel. Pero sí nos molestaba grandemente. Mi hermana Marta desde la cama veía y muy bajito me decía: —Sí, nomás a ella le compran y a nosotros no. Que se lleven su porquería de pastel. ¡Ni sirve! —Mucho después me atreví a preguntar a mi padre quién había comprado el pastel de Tonia y me dijo que su mamá. Nunca lo creí. Lupita ya no trabajaba, se había accidentado su mano en el restorán y se había retirado. Entonces, ¿con qué dinero compraba el pastel?

Después de haber observado esto despertó en nosotros el deseo de tener pastel el día de nuestro cumpleaños. Recibirnos sólo una contestación: —Pues, ¿qué creen que barro el dinero con la escoba o qué? Tengo que pagar la renta, la luz, el gasto. ¿De dónde voy a sacar para tanto? —Esto era cada vez que le pedía algo que no fuera para el colegio.

Había algo dentro de mí que gritaba, que lloraba al ser rechazada en mis peticiones y

después observar cómo era complacida mi media hermana. Éstos eran mis pensamientos: "¡Cómo hace gastar a mi papacito! Pobrecito, tanto dinero que gasta. ¿Qué no le dolerá?", y salía yo a la casa de Yolanda a contarle lo que me sucedía. En ella buscaba yo consuelo. Siempre me daba consejos: que me aguantara, que no dijera nada, que mi papá se tenía que dar cuenta de lo injusta que era Antonia. Pero esperé, esperé mucho tiempo y nunca se dio cuenta de nada. Antes por el contrario, más y más sentía yo el despego de mi padre para con nosotros.

Al principio Marta parecía no darse cuenta del cambio de mi papá. Pero más tarde cuando se volvió muy rebelde y no quería ir a la escuela la regañaba y le pegaba de cinturonazos. Entonces ella también empezó a echarle la culpa a Antonia y a maldecirla. Las palabras de Marta eran gratas a mis oídos y yo la alentaba. Pero la mayoría de las veces sentía mi corazón oprimido y mis mejillas ardían de vergüenza cuando mi padre nos gritaba y nos llamaba vagos estúpidos.

Claro que me hacía yo muchas preguntas. Por las noches mi cabeza daba vueltas y muchas veces en la oscuridad del cuarto me perdía; trataba de encontrar la puerta por donde entrara la luz y no la encontraba. Algunas veces, cuando lloraba, Antonia me trataba de consolar, pero siempre la rechazaba. No aceptaba sus palabras ni sus mimos. —¿Qué tienes, Chelo, por qué lloras? ¿Te regañó mi papá? —Esta última pregunta se me hacía tan cruel que le hubiera volteado un bofetón. Cuando mi hermana por las noches trataba de leernos algún cuento o el periódico veía yo mal esto. Pensé que sólo lo hacía para ganarse más a mi padre. Y así cuando ella empezaba a leer daba yo la espalda y me hacía la dormida.

Entonces no comprendía que Antonia ya era más grande y por eso era tratada de un modo diferente. Yo nada más entendía que mi padre la quería más a ella. Empezaba yo a dudar si sería hija de mi padre, si sería mi padre otro señor. Esto era lo que yo sentía al ver la indiferencia de mi papá, ya no conmigo, sino con Marta que antes era su consentida. Ahora hasta a ella le pegaba cuando recibía alguna queja de Antonia. Yo no recibía golpes, pero las palabras que me dirigía eran peores que latigazos. Nunca contestaba nada. No podía hacerlo. Algo se agrandaba en mi garganta e inundaba todo mi cuerpo pero no salía de mi boca. Sólo subía a mi cabeza y me hacía pensar en retirarme de ese lugar para no ver nada.

Fue en ese tiempo cuando tuve una pesadilla que me hizo despertar sudando y llorando. En ella veía yo a mi padre con su ropa de trabajo, la yompa y el pantalón azules, descoloridos, con el sombrero puesto. Con un chicote nos golpeaba y corría a todos los de casa sin compasión. A mí todavía no me había tocado y yo les gritaba a todos: —¡Sálganse, sálganse! ¡Mi papá se ha vuelto loco! ¡Nos va a matar! —Todos salían corriendo. Ya las sillas estaban volteadas, los trastes rotos. Desde el quicio de la cocina vi cómo tenía amarrada a mi hermana Marta a los pies de la cama con una reata y cómo descargaba los golpes sin fijarse en dónde caían. Bajó su vista y se encontró con su mirada de súplica y aun cuando empezó a sangrar mi padre la seguía golpeando. De pronto, uno de los golpes pegó contra la escupidera de latón que siempre había en la casa y ésta se volteó y le mojó los pies. Yo le gritaba: —¡Papá, papá! ¡Te has vuelto loco!

¡Déjala! ¡La vas a matar! —Pero él no me oía, seguía golpeando. En medio de estos gritos desperté. Volví a quedar dormida sólo para continuar con esa pesadilla.

Pero esta vez mi padre había cambiado la cama y la repisa de los santos a otra pared. En la pieza estaban Manuel y Roberto, Marta y yo en la cocina. Una de las hojas de la puerta de la pieza estaba semicerrada y yo me asomé. Vi a mi padre inclinado sobre la cama. Tenía entre sus manos un corazón, el corazón que había arrancado a Otón, un joven pintor que vivía en la misma vecindad. Otón estaba sobre la cama, boca arriba. Podía yo ver el hueco que le había quedado cuando le sacó el corazón. Mi papá alzaba el corazón y lo ofrecía no sé a quién. Desperté con el mismo grito que di en sueños. Y desde entonces jamás he podido borrar la visión de mi padre en el momento que alzaba las manos con el corazón ensangrentado.

La tarde que Elena murió había sol. Entró mi papá y con el llanto contenido en sus ojos nos dijo que fuéramos a despedirnos de ella. Marta, Tonia y yo salimos corriendo. Iba yo corriendo y pensando: "¡Ay, Diosito, no es cierto, no es cierto!" Cuando entramos Santitos estaba con el rosario en la mano junto a Elena, que estaba con su cara pálida, su boca morada, su pelo extendido sobre la almohada. Roberto lloraba mucho; Marta empezaba a llorar y Tonia también. Yo sentía un nudo en la garganta. Santitos tomó la mano de Elena y nos dio su bendición. Después nos ordenaron a Marta y a mí regresar a nuestro cuarto donde lloramos como coyotitos solitarios.

Al otro día fuimos al panteón. Todos lloraban. Mi papá lloraba mucho, mucho. Y yo también lloraba. Mi papá me abrazó y me dijo: —Se nos fue, hija, se nos fue para siempre. —Elena quedó bajo un árbol de pirú en el panteón de Dolores. Llegamos a la casa y de inmediato se fue mi papá al cuarto donde había vivido Elena. Ordenó que todas las cosas se le dieran a su mamá o se vendieran. Y así se hizo. Tonia siguió a mi papá y le pidió el tocador de Elena y un abrigo muy bonito y muy fino que mi padre le había comprado a Elena. Y sí se los dio. Yo pedí a mi padre que me dejara tener un recuerdo de Elena y consintió en que me quedara con una muñequita de porcelana.

Después que perdí a mi madrastra llegué a sentir horror por mi casa. Mi padre apagaba la luz de la pieza y nos mandaba a acostar inmediatamente después de cenar. Pasaba la noche fuera de la casa con Tonia, o se sentaba en la cocina hasta muy tarde. Roberto y yo nos odiábamos más y más. Trataba de evitar encontrarme con él.

Si él estaba en el patio, yo entraba a la casa; si él estaba en casa, salía yo al patio. Al levantarme me encomendaba a todos los santos de mi devoción que mi hermano todavía no se levantara para que no empezara a pegarme. En algunas ocasiones prefería irme sin desayunar al colegio para no tropezarme con él y temía el regreso a la casa.

Desde luego yo no era un ángel. Sabiendo que a Roberto le fastidiaba que la puerta estuviera abierta, la abría de par en par. Si él la cerraba, yo la volvía a abrir y así hasta que nos peleábamos. De haber sido posible me hubiese matado, era tal el odio que me tenía mi hermano Roberto. Una vez trató de asfixiarme golpeando mi cabeza contra la cabecera de la cama.

Otra ocasión que jamás olvidaré mientras viva es aquella en que estando él parado en la puerta de entrada y yo de espaldas a él sentí un pequeño airecito que rozó mi costado

izquierdo. Al voltear a ver qué era sentí una especie de nublamiento y amarga mi boca. A escasos centímetros de mí, clavada en la pared, estaba una navaja de regular tamaño y de hoja bien afilada. Sólo atiné a voltear a ver a mi hermano y continuar buscando el objeto que necesitaba.

Mi hermano desde la puerta me observaba. Yo no demostré susto o enojo. Él fue hasta donde había arrojado su arma y dándome un aventón que me hizo caer zafó la hoja de donde estaba. En esos momentos sentí como si el tejido fino que rodea el corazón fuera despegándose poco a poco dejando destilar un líquido amargo que me mataba.

Me sobrepuse y me levanté comprendiendo que si lo provocaba podía Roberto cumplir su propósito. Salí para dedicarme a vagar por el rededor de Bella Vista y después de rato volver a la vecindad, pero ya no a mi casa sino a la casa de Yolanda.

A pesar de todo tengo que admitir que después de que nos peleábamos Roberto se acercaba a mí diciendo: —Manita, manita, ¿te dolió? Perdóname, manita, ¿sí? Perdóname. —A lo que yo echando rayos y truenos decía: —Vete de aquí, maldito negro. ¡Cómo no te mueres! ¡Lárgate… sácate de aquí! ¡Vas a ver ora que venga mi papá! —Y me restregaba los ojos chillando de dolor y coraje.

Después que llegaba mi padre y Roberto era golpeado brutalmente, se refugiaba a llorar en la oscuridad de la cocina, entre el brasero y la alacena, el pelo sobre la frente, las narices sucias, el pantalón de peto con un tirante caído del hombro. Sollozaba. Ríos de lágrimas resbalaban sobre la oscura piel de sus mejillas. Solo, nadie lo consolaba. Salía sin que nadie se diera cuenta. A los pocos minutos ya venían las vecinas a quejarse del mal trato hacia sus hijos, o las groserías que les hacía.

Sin embargo, a su modo, Roberto continuaba tratando de ganarse el afecto de toda la familia. Recuerdo una ocasión que llegó con su chamarra y bolsas de los pantalones llenos de nueces; hasta en la cachucha traía nueces. Hacía dos días había recibido una golpiza bárbara por parte de mi padre para hacerle pagar su culpa por algo que había hecho. Todos en la casa estábamos disgustados con él.

Recuerdo bien cómo lo vi entrar… su pantalón de peto de mezclilla color gris, con los tirantes fuera de lugar, como siempre, el pelo cenizo de tierra, los zapatos mineros muy raspados, la camisa rota de una manga. Su cara oscura antes me parecía odiosa. Ahora pienso: —¡Qué hermoso mi hermano cuando entró y extendió la chamarra para entregar a Marta, Tonia y a mí las nueces! —Nos dio de a montón a cada una y se prestó solícitamente a ayudarme a pelar las mías. Pero esto no me convencía. Sabía que por una u otra causa me volvería a pegar.

Recuerdo perfectamente una noche. Roberto aún era muy joven, 14, 15 años. El cuarto estaba a oscuras, ni siquiera la veladora estaba encendida. Yo estaba acostada con las manos en la nuca pensando por qué mi padre había cambiado con nosotros. Llegó Roberto, tendió su costal y su almohada a los pies de la cama de mi padre y se acostó.

En el patio había baile y llegaban hasta nuestra pieza las notas y la letra de una canción que andaba de moda y decía más o menos así: “El alma de mi tambor, porque mi tambor tiene alma, dice que perdió la calma por tener negro el color. Y aunque

ustedes no quieran los negros tienen alma blanca y son blancos de corazón".

No sé si Roberto estaría soñando o simplemente borracho, pero estas líneas despertaron tal sentimiento en él que empezó a sollozar y subiendo su tono de voz dijo un reproche: —Sí, papacito, tú no me quieres porque soy negro, porque tengo el cuero negro… Por eso no me quieren. Pero yo tengo mi alma blanca.

Lo escuché y me lastimó mucho. Yo no había reparado seriamente en el color de mi hermano. Yo lo odiaba por tanto que me pegaba, mas no porque fuera de color oscuro. Yo creo que en esos momentos Roberto hubiera deseado que mi padre lo consolara. Mi padre reaccionó a sus palabras. Suavemente le dijo: —Ssshhht… cállate, cállate. A dormir. Duérmete ya, anda.

Una noche, a la luz amarillenta del foco, mi padre, sentado a la mesa, como siempre, leía. Eran más de las ocho y ya se había quitado su yompa que usaba sobre su pantalón y camisa. Muchas veces traía bastante dinero en las bolsas de su pantalón porque era el encargado de comprar los comestibles para el restorán La Gloria. Usaba la yompa para protegerse de los rateros que abundan en los mercados de la ciudad. Marta jugaba en el piso de la pieza; Antonia y yo estábamos junto al radio escuchando una comedia. Oímos que tocaban a la puerta y Antonia se paró y abrió.

En la puerta estaba Manuel, mi hermano mayor, que, tomando del brazo a una joven de cuerpo grueso, con un vestido morado y suéter azul marino, trataba de hacerla pasar empujándola con suavidad. No era bonita, sus facciones eran irregulares y toscas pero el pelo rizado y negro la hacía agradable. Al fin pasaron Manuel y Paula y mi papá se levantó a recibirlos. Manuel hizo las presentaciones. Después mi papá dijo: —Pásate, siéntate. —Ella estaba nerviosa, muy seria. En momentos trataba de sonreír. Se ha de haber sentido en el banquillo de los ajusticiados. Manuel permanecía de pie. Mi padre miraba de reojo a Paula.

—Papá, ya te hablé de Paula…

—Sí. —Fue todo lo que mi papá contestó. Después se dirigió a Paula.

—¿Qué piensas, muchacha? ¿Tú crees que este golfo va a sacarte de apuros? —Paula no contestó. Mi padre continuó: —Sí, muchacha. Éste no es más que un golfo que no sabe otra cosa que estar en el billar con sus amigotes.

De un momento a otro nos iban a decir que saliéramos de la pieza. Al fin, lo que yo esperaba: —A ver, ustedes (Marta y Consuelo), váyanse allá al patio a jugar. —Obedecimos como corderitos. Yo, la verdad, me sentía apenada. La actitud de mi papá no era muy amigable para con esa muchacha. Mientras salíamos le oí decir: —Te vas a arrepentir, muchacha. Éste no es un hombre. Te vas a arrepentir una y mil veces.

Una vez en el patio me recargué en la pared. Compadecí a Paula. Fui a la casa de la señora Yola, mi refugio, y le dije: —Fíjese que ahí está la novia de mi hermano. —Yola me dijo: —Así que ya se casó, ¿eh? —¿Casar? No adivinaba yo su significado. Me sentía contenta. Ahora sí podía decir que tenía yo cuñada. Y así fue como mi hermano se casó.

En el colegio me gustaba estar siempre sola. A las compañeras las observaba y veía

que eran o muy presumidas o peleoneras. A la hora del recreo me quedaba en el salón para dibujar, coser o simplemente observar el pizarrón y a la señorita sentada en su escritorio. Cuando salía me sentaba junto a uno de los pilares donde no había tantas niñas a morder mi bolillo y sacarle el migajón, o ir a la azotea a ver en el tinaco del agua mi cara reflejada.

Nunca pensé que sería bonita. Me sentía inferior porque era muy bajita y extremadamente delgada. Mi piel morena, mis ojos semirrasgados muy chicos, pestaña lacia escasa, labios gruesos, boca grande. Buscaba algo mejor en mis facciones. Mi nariz, recta pero ancha, mi pelo castaño pero lacio. Me hubiera gustado tener la piel más clara y ser gordita y tener hoyitos en las mejillas como Marta. Y hasta un milagrito ofrecí porque mi pelo se volviera rubio (¡qué risa!). Al mirar mi cara en el agua pensaba: —Consuelo… Consuelo… qué raro nombre. Tal parece que ni es de una persona. ¿Qué será? Se oye muy delgado, se me figura que se quiebra.

Quien siempre me sacaba de mi sueño era el mozo que me tomaba del hombro y me decía: —¿Qué haces aquí? ¿No sabes que no pueden subir a la azotea? Vete a jugar, si no, te llevo a la dirección. —Roja de vergüenza me bajaba de la azotea para irme a sentar al solecito en el pequeño jardín. Cuando daba la primera campanada para formarnos y volver a nuestros salones, esperaba a que se formaran las que estaban en bolita pues casi siempre me aventaban. Permitía que me aventaran sin protestar. Les tenía yo miedo.

Marta no tenía miedo ni de las niñas ni de los niños. Los juegos de mi hermana siempre fueron bruscos. Le gustaba jugar al burro, a los huesitos, a las canicas, a las coleadas, a brincar la reata en alturas, en fin, juegos que decía yo eran de hombre. Me daba una rabia, un coraje verla rodeada de hombres, con las piernas abiertas, en cuclillas, apoyando una mano en el suelo y en la otra la canica, observando la distancia para poder pegar con buen tino. La avergonzaba con sus amigos. Lo mismo era muy desagradable para mí que se fuera de vaga con Roberto. Los dos se iban de pinta y volvían a la casa con la ropa sucia y rota. En ocasiones al volver yo de la escuela, o al salir a buscarla, la veía yo agarrada de la defensa trasera de los camiones echándose moscas.

Nuestros disgustos eran también porque quería yo espulgarla, o ponerla a lavar los trastes, peinarla o hacer que se limpiara la cara con un trapo mojado. Nunca, nunca logré que hiciera una costura. El tratar de ponerla a coser era motivo de disgustos muy grandes en los cuales me aventaba la plancha, o me arañaba mis manos, para después acusarme de que le había pegado, la había arrastrado de los cabellos y en realidad por una parte tenía razón, pero no recuerdo haberla arrastrado "por toda la pieza y el patio" como ella le contó a mi papá.

No era tan buena como para quedarse cruzada de brazos permitiendo que yo le pegara. En cuanto sentía el primer golpe, respondía a patadas, mordidas, pellizcos, araños, en fin, como ella podía. El verla así me causaba tanta risa que perdía yo fuerza. Sentía que mi estómago se me estiraba como una liga y ya entonces sólo atinaba a retenerle las manos para no recibir los araños. Si ella veía que no me enojaba, o que no me dolía, o cuando lograba yo meterla y ya no dejaba que saliera, se tiraba al suelo y se

daba de topes en la tarima o en la pared. Lloraba tanto que su cara se enrojecía y al verla mis hermanos, sin más preguntas, la emprendían en contra mía.

La Chata, tal vez cansada de estas escenas, no se metía. Se ponía a cantar o simplemente seguía haciendo sus tortillas. Me desesperaba, pero no podía hacer nada. Sólo dar la queja a mi padre, pero con resultado contrario del que yo pensaba. Creí que si le decía a mi padre lo que hacía Marta, salirse a la calle, echarse moscas, jugar con hombres, iba a ser reprendida prohibiéndole esto. No era así. Yo era la que recibía estas palabras: —¿Quién eres tú para pegarle? ¡Déjela que juegue con quien ella quiera! El día que vuelva yo a saber que le pegas, te rompo la cara. —A pesar de esto siempre quise corregir a mi hermana, más todavía cuando crecimos.

Por cierto que en realidad no sabía cómo tratar a Marta. La soñé una muñeca vestida de azul sobre un pastel blanco, pero en ella no encuentro azúcar. En vez de dulzura vi en ella conveniencia y egoísmo. Sus enojos y sus berrinches sólo pensé que serían caprichos de niña de cinco años que más tarde cuando creciera le pasarían. Pensaba: "Ahorita no quiere prestar su muñeca, pero al rato lo hará… ahorita no quiere convidar dulces pero más tarde lo hará".

Recuerdo claramente. Fue en el tiempo que mi padre nos daba un quinto, un diez, para gastar en golosinas. Esa tarde Marta salió y cuando regresó traía la falda de su vestido llena de dulces. Entró directo hasta la pieza. Yo estaba parada en la puerta viendo a los demás jugar. Me olvidé por un rato de ella y cuando la busqué no vi a nadie. Me asomé bajo la cama y ahí estaba ella comiéndose los dulces.

—¡Ya! ¡Cómo serás! ¡Envidiosa! Te venistes a esconder por no convidarnos. ¡Avarienta!

Mientras los engullía —los dulces le estorbaban— contestó a media lengua: —A ti qué te importa. Son míos.

Me reí y dejé que terminara de comer sus dulces. Se me grabó vivamente esta escena y hubo muchas otras así. Inclusive en sus tareas traté de ayudarla… una tarde me la pasé haciéndole un dibujo que le había dejado su maestro… en otra ocasión tenía que presentar una costura y yo se la presté. Observé cómo todo lo tomaba y sentía orgullo como pensando que ella lo había hecho. "Bueno, no le hace", pensé. Y dejé pasar este incidente.

Una tarde —yo tenía 13 años— estaba yo en cama sufriendo horriblemente de un cólico. En ese tiempo no teníamos a nadie que nos ayudara en los quehaceres de la casa. Entraron Roberto y Marta riendo y jugando. A Marta, como mujer que es, le pedí que me pusiera un té. —Manita, ¿me pones un té? —Marta me miró airada. —¡Ah, qué! Yo no, ¡pos qué! Párate y háztelo tú. Nomás estás de güevona. ¡Todo quieres que te den en la mano!

Pensé: "¡Maldita escuincla… Bueno!"

Voltié a ver a Roberto: —Tú, manito, ¿me haces un té? Me duele mucho mi estómago, ¿sí?

—¿Yo? No, qué. ¡Nada! Te estás haciendo, qué… —Salieron al patio nuevamente y yo me quedé llorando y agarrándome el estómago. Esperé mucho tiempo que le pasara a

mi hermana esta edad, este "capricho", pero con el tiempo se agravó.

Mi media hermana Antonia me hacía hacer corajes del mismo modo que Marta por sus juegos bruscos. La observaba correr en compañía de las otras desde el quicio de la puerta de Yola, con mi costura en la mano, o el cuaderno, o parada en el quicio de mi puerta por no querer dejar a mi padre solo. Cuando la veía pasar cerca de mí les decía que parecían caballos desbocados, que eran iguales que marimachos. Tonia sólo se reía de mis palabras y esto me hacía poner lívida de coraje y darle la queja a mi padre. —Mira, papá, Tonia anda corriendo por todos los patios y se le alza mucho el vestido. Háblale. —Entonces salía mi papá y la metía. A veces, porque otras nada más me decía sin alzar la vista del periódico: —Sí, vete a jugar, orita le hablo.

Tonia y sus amigas me invitaban a jugar pero nunca aceptaba. Yola también me animaba: —Ándale, Chelo, vete a jugar. Pareces ya una viejita de 80 años, no una jovencita de 13. Te vas a hacer pronto vieja, ¡hombre! —Pensaba yo cómo se movía su cuerpo de ellas al correr y al pensar en el mío sentía vergüenza tan sólo temiendo que se me alzara el vestido. Sólo cuando de veras me alegraba por ver las risas de todas ellas salía a jugar al "dieciocho". Cuando empezaba a correr lo hacía demasiado atada, sin soltura, por lo cual casi siempre era alcanzada.

Los pleitos con Roberto eran también porque en mi casa no me gustaba hacer nada. —Lava los trastes, tú, escuincla —me ordenaba. Yo siempre le contestaba: —¡Lávalos tú, menso! ¿Quién eres tú para mandarme? —Pero me gustaba mucho ayudarle a las vecinas a hacer su quehacer, a guisar, a cargar a los niños. Llegaba a mi casa a la hora de la comida o poco antes de que llegara mi padre. Entonces *la Chata* me decía: —Farol de la calle y oscuridad de tu casa.

Estaba ya en sexto año y me dejaban mucha tarea. Me fastidiaba sobremanera que cuando quería estudiar pusieran el radio o gritaran. En muchas ocasiones me subía a la azotea, ponía mis cajones para sentarme y un trapo para que me diera sombra. Pero ni así. Ya fuera que *la Chata* o Antonia iban a tender ropa, o Roberto subía con un ratoncillo amarrado por la cola para andar pasando de una azotea a la otra siguiendo al animal, cosa que me hacía bajarme más que volando.

Poco después, ese mismo año, Roberto huyó de la casa y se fue de soldado y ya tuve más paz. Hasta entonces, le pedía permiso a mi amiga la señora Dolores para estudiar en su casa, o me iba a la biblioteca que estaba fuera de Bella Vista, o a una de las accesorias de la vecindad. Así, estando en casa ajena, no podían molestarme y podía yo estudiar, que en realidad era lo que más me gustaba. Cuando regresaba a casa y me mandaban hacer algo, me negaba y entonces recibía estas palabras: —Farol de la calle y oscuridad de tu casa.

La escuela me gustaba más que la casa también. Siempre llevé buena conducta y mi lugar era el primero —en la primera banca de la primera fila— casi siempre. En ocasiones perdía mi lugar y retrocedía tres o cinco lugares, para después recuperarlo. Qué orgullo tenía en la escuela cuando hacía una pregunta la maestra sobre cualquier tema y yo era una de las que levantábamos el dedo para contestar.

En cuanto a mis maestras, las veía con admiración, pero me consideraba yo tan poco

que nunca tuve deseos de imitarlas. Entonces para mí todo era imposible. ¿Cómo llegar a ser tan bonita y tan bien educada? ¿Cómo podría yo llegar a pararme frente a un grupo de niñas y con una palabra hacerlas sentar o pararse? No. Decididamente esto no era para mí.

Mi maestra, la señorita Gloria, nos dijo algo una vez que nunca se me olvidó. En clase de costura una de las muchachas le preguntó que si no pensaba casarse. Ella enrojeció y dejó su tejido por un momento para contestar: —Sí, claro, todas nos tenemos que casar algún día. —Felipa López se atrevió aún más: —¿Y usted nunca se ha enamorado, señorita? —La señorita Gloria trató de sonreír y contestó: —El amor es muy bonito pero yo no me creo. El amor es como una estrella. Primero es como una lucecita que se va encendiendo, va tomando brillo; después sube otro poco y se enciende más, cuando llega a su clímax está más brillosa y más grande; luego se va alejando y poco a poco se va apagando. Ustedes nunca deben creerse de jóvenes que les dicen "te quiero". Deben tener cuidado y no lanzarse a lo desconocido. Muchos hombres son mentirosos y no debe uno creerles. —Eso nunca se me olvidó. Ahora creo yo que tal vez a eso se deba que cuando tuve novios nunca me dejé engañar, pues mientras ellos me decían: "te quiero", yo por dentro repetía y me daba mucha risa: "No te creas, no te creas".

Ese mismo año, a la edad de 13 años, tuve mi primera menstruación. Sucedió cuando estaba yo en la escuela y me causó susto y vergüenza. Me dolía mucho la cabeza y el estómago y me sentía rara. María, una de mis compañeras de clase que se sentaba junto a mí, le dijo a la maestra y nos dejó salir a las dos al baño. Allí vi manchas de sangre en mi vestido y en mi ropa interior. María me dijo que no me espantara, que eso a todas las mujeres del mundo nos sucedía y que ya era yo una señorita. ¡Qué decepción! Siempre había pensado que cuando fuera ya una señorita iba a usar zapatos de tacón alto, vestidos muy bonitos, gafas y a pintarme los labios. Pero en esos momentos me veía con tobilleras y uniforme. Y más tarde me di cuenta que todos siguieron tratándome como siempre y no notaban que yo era diferente.

La maestra me dio permiso y me retiré a mi casa y ahí traté de lavar a escondidas las manchas de mi ropa. Era tan fuerte el cólico que lloré y tuve que decirle a Antonia. Me trató con suavidad, con cariño, me puso un té de manzanilla y me dio muchos consejos. A mí lo que me apuraba era que mis hermanos se enteraran pero Antonia me enseñó a cuidarme. Cuando *la Chata* llegó de la plaza Tonia le contó lo que sucedía y pareció alegrarse con la noticia. —Ay, ya tenemos una señorita en casa. —Ella fue la encargada de decirle a mi papá pero él nunca me dijo nada al respecto. Cuando me quejaba de que tenía cólico ponía a alguien a que me hiciera un té o me mandaba con el doctor para que me inyectara.

Yo no sé que mi padre se haya presentado en la escuela ni una sola vez durante los años que estuve en la primaria. Nunca supo nada de lo que sucedía en la escuela o si se enteró no me dijo nada. Cuando llevaba mis boletas de calificaciones las firmaba y ya. Cuando le decía que iba a haber junta de padres de familia sólo me decía que no podía dejar su trabajo, que me fijara qué era lo que quedrían; después me daba el dinero o lo que habían pedido. Cuando salí de sexto año sí exigí de mi padre un vestido blanco.

Primero no quería comprarlo pero al fin lo hizo. Como siempre él fue solo a comprarlo. A mis compañeras les gustó, pero no a mí. Tenía el cuello redondo y rositas bordadas en puntada de rococó. Me hacía sentirme una chiquilla sin importancia en ese día que significaba tanto para mí.

También le exigí que se presentara en la escuela el día que nos iban a despedir, pero nunca se presentó. Asomaba la cabeza por el balcón para ver si llegaba, todavía cuando estábamos todos los de sexto en el comedor sentados a la mesa, volteaba a la puerta a ver si veía a mi papá. ¡Qué feo sentía yo al mirar a todas mis compañeritas acompañadas de su mamá o papá! Había unos padres que no les había alcanzado el tiempo para cambiarse de ropa; sin embargo, estaban ahí acompañando a sus hijas. Cómo deseaba que mi padre, como por arte de magia, se apareciera y me acompañara.

Al enseñarle mi certificado le echó una ojeada. Sólo dijo: —Déjalo ahí para guardarlo. —Sentí un nudo en la garganta. Yo, que con tanto gusto había ido a enseñarle mi diploma, mi carta de recomendación, mis calificaciones, todo eso que encerraba el esfuerzo que había hecho año con año… en ese momento lo había echado por tierra mi padre. En la vecindad me preguntaban: —¿Pasaste, Consuelo? ¿Qué vas a estudiar? —Yo sólo decía: —No sé, quién sabe qué quiera mi papá que estudie.

Y ésa era mi vida de niña. Aislada, ignorada, cuando lo hacía bien en la escuela, o cuando hacía preguntas en la casa, me contestaban con brusquedad. Todo esto me hacía sentir mi ignorancia o pensar que no me querían. Pero no sabía por qué.

Pasó un año antes de que volviera a la escuela. Este año estuve trabajando, primero cosiendo y después en un taller de calzado en el centro de la ciudad. Una amiguita de Marta me dijo que la señora Federica, una modista, quería una ayudante. —No sé cuánto paga, ¿ve?, pero es muy buena. —Fue lo que me dijo y fue suficiente para que fuera a buscarla. La señora me dijo que me iba a juntar el dinero semanariamente, pero nunca me pagó.

En realidad el pago no me importaba. Lo que más me interesaba era no estar recibiendo golpes, o regaños o estar mirando el trato de mi padre. Pensaba yo: "Bueno, ¿y para qué estoy en la casa? Si no le gusta a mi papá cómo le sirvo, pues que le sirva Antonia". Nos turnábamos Tonia y yo para dar de cenar a mi padre. Desgraciadamente, yo no sé si sería mi culpa o no, pero nunca le gustaba a mi padre lo que le daba. Si estaba frío, decía que era comida de perros. Si estaba caliente, nunca me fijaba yo en nada. Si la salsa picaba, era salsa para borrachos. Si el café tenía nata, o no, eran porquerías. En fin, diario encontraba un defecto para dejarme la cena. Y siempre me decía: —¡Imbécil, no sirves para nada! Pobre inútil. El día que vayas a otra casa te darán con las puertas en la cara. No sabes hacer nada.

Tonia creo también se mortificaba y me decía: —Espérate, Chelo, yo le doy de cenar. —Pero mi papá no aceptaba eso. Debía ser un día ella y otro día yo. Le decía: —Déjala que se enseñe la golfa ésta. —Y a mí: —Aprenda a su hermana lo limpia que es. Ella sí sabe hacer las cosas. En cambio tú, ¿tú qué sabes hacer? —Por eso prefería estar trabajando sin paga.

La señora Federica me dio primeramente el trabajo de voltear los cinturones de tela, era lo más sencillo. Después me enseñó a hacer dobladillos, planchar, pegar botones, hacer ojales. Me decía que me iba a enseñar a coser en máquina y me daba oportunidades cuando ella iba a entregar los vestidos; dejaba la máquina libre pensando que así iba yo a coser. Pero nunca me atreví. Cuando ella no estaba no tocaba la máquina para nada. Me daba miedo. Pensaba que si pisaba el pedal me podía coser los dedos junto con la tela y entonces ya no podría parar la máquina.

Había un joven, sobrino de ella. Desde el primer día se escondió en cuanto me vio entrar. Era muy vergonzoso. Esto para mí salía del reglamento. Había visto que los jóvenes de Bella Vista cuando veían una joven le decían sus flores. Yo me sentía muy fea, pero cuando vi que este joven corría, ya no dudé.

Cuando estaba trabajando con esa señora salía a las ocho o nueve de la noche. Cuando estaban los "apagones" el hermano, Gabriel, o la hermana y las sobrinas me iban a dejar hasta la casa. En varias ocasiones los hice pasar. La primera vez al entrar a la puerta de la casa iba yo rezándole a todos los santos porque mi padre no les fuera a hacer mala cara y creo me valió. Mi padre sólo alzó la vista para mirarlos e invitarlos a que pasaran. Serví café y cenamos. Fue la primera vez que llevé visitas a la casa.

Tenía yo 14 años. Las visitas con mi tía ya las hacía yo más frecuentemente, pero no la buscaba tanto como a la señora Yolanda, que era quien sabía de todos mis pesares al igual que yo los de ella. Ella me enseñó a tejer con gancho y agujas, a hacer algún panecillo, a no desperdiciar las tortillas, a hacer los polvorones —que ya se me olvidaron —. Era yo la persona en quien más confianza tenía entonces. Pero esta amistad más tarde quedó en nada, sólo en resentimiento de mi parte. Yola había hecho ya muy buena amistad con Tonia. Poco a poco noté que fue cambiando conmigo. Tonia le daba azúcar, café, mosco o plátano, pero Tonia podía agarrar las cosas y nosotros no. Nunca había permitido mi papá que tomáramos por cuenta propia la fruta que diariamente él mandaba. En cambio Tonia sí.

El cambio en mi padre no pasaba desapercibido para Yolanda, que en varias ocasiones me previno: —No seas tonta, cuida a tu papá, porque de lo contrario Tonia se los va a quitar completamente. —Trataba yo de seguir sus consejos. Pero ¿cómo podía yo hacer para que mi padre se fijara en nosotros? Cuando trataba de platicarle, lo mismo que Tonia le platicaba, recibía estas palabras: —No me importan las vidas ajenas. Me importa la mía y nada más.

En cuanto a que lo acariciara, tampoco podía —ni Marta ni yo—. Pero Tonia tomó la costumbre de lavarle sus pies cuando volvía de trabajar y cortarle sus callos. Si le dolía porque lo lastimaba, él sólo reía. Cuando volvía del baño al que iba cada tercer día insistía en peinarlo y ponerle la brillantina. Cuando encontraba una cana, se la arrancaba y mi padre bromeaba: —¿Una cana? ¡Y yo tan joven! —y se reían juntos. A nosotros lo que nos pedía debíamos dárselo corriendo y lo recibía casi con coraje.

Luego mi padre dio instrucciones de que ya no se lavara mi ropa, ni la de mi hermana. Pensaba que empezaba a tratarnos como a desconocidas. *La Chata* me enseñó a lavar. Luego tuve que lavar la ropa de mezclilla de mi papá. Esto todavía fue más duro

porque antes no me dejaba hacer el quehacer. —No laves el suelo, te hace daño para el pulmón… No cosas, te hace daño al pulmón… No le peguen en el pulmón. —Siempre tuvo miedo mi papá que me diera la misma enfermedad que a Elena.

La primera vez que lavé su ropa lloré en el lavadero, tantito porque sentía mi espalda cómo me ardía, lo mismo que mis manos; parecía que se me quebraban los huesos. Por otra parte temía que no quedara limpia. Cuando ya la estaba exprimiendo sentí que todas mis fuerzas se habían acabado. Terminé mojada hasta de la cabeza.

¡Y el suelo! Cuando lavé el suelo por primera vez tuvo mi padre que llevarme al doctor. Mis piernas, desde las rodillas hasta los tobillos, se me hincharon, y por donde tallaba la tarima con la escobeta me sangró. Esto era para mí el acabóse. Me sentía yo fuera de la familia. Me creía una extraña. Empecé a hacer mala cara a mi padre cuando me regañaba, pero nunca a mirarle de frente. Sólo en una ocasión le informé a mi papá de lo que hacía. Después ya no. No me hacía caso.

Una noche, cuando todavía estaba trabajando con la señora Federica, mi papá me dijo: —Va a venir Élida, la hermana de Antonia, para llevarte con una señora que te va a enseñar a trabajar. Viene por usted a las siete de la mañana. Ya lo sabe. Esté lista. —Élida e Isabel, las medias hermanas de Antonia, venían a la casa a visitarnos y ya las conocía bien. Élida me caía muy bien y me alegré de ir con ella al otro día.

Tomamos el camión y nos bajamos en la Alameda. Era la primera vez que estaba yo ahí. No conocía la Avenida Juárez. Al ir andando casi no escuchaba las palabras de Élida. Veía los árboles, el monumento, los autos, la gente que vestía trajes e iba con prisa. Para mí estaba al otro lado del mundo. Me sentía tan, pero tan delgada, tan mal vestida, a pesar que iba yo limpia, que se me figuraba que todos los ojos me observaban. Los pies se me atoraban. Me sentía molesta.

Cuando llegamos Élida me dijo: —Mira, métete y subes hasta allá arriba. Preguntas por Sofía, o por la maestra. Cuando la veas le dices que te mando yo. —La señora me recibió bien. Empecé por pintar las orillitas de los zapatos. Ella me enseñó cómo agarrarlos para no ensuciarme el vestido. Tenía años trabajando y sabía muy bien su trabajo, conocer las pieles, y había enseñado a Élida e Isabel. Por eso le decían maestra. Antes maestra para mí era sólo la de la escuela.

A la una todos dejaban sus herramientas y salían. La señora me dijo que íbamos a comer a la azotea, que ahí había una señora que daba de comer a los muchachos. —¿Muchachos? —dije yo—, si ya son hombres, no parecen muchachos. —Empezamos a subir las escaleras. Era la primera vez que subía tan alto, me sentía andando en un columpio. Me daba miedo subir aprisa. Llevaba la vista baja. Creía que si pisaba y veía para arriba, sin remedio rodaría escaleras abajo. Cuando pisé la azotea, suspiré. Me creía salvada.

Había el reglamento de que los hombres no debían molestar a las mujeres. Ellos comían en un lado y nosotras en otro. Cuando la señora y yo aparecimos por la puerta todos los muchachos me miraban, lo cual me hizo bajar la vista y poner un gesto muy serio. Desde luego no faltó quien empezara con sus bromas: —¿Sofita, qué es eso? No sea mal educada. ¡Preséntenos a su hermanita! —Ella sonrió diciéndoles: —¡Cómo no,

muchachos!, vengan para presentarles a la niña.

Ninguno hizo caso de esta palabra. Todos me decían señorita, y cuando me decían esto me daban ganas de llamarlos idiotas. Me ofendían con esa palabra. Creía que cuando me la decían escondían algo tras de sus palabras. Después me acostumbré. Ahí todos nos respetaban, salvo José, al que le decían Pepe. Iba continuamente al lugar donde estaba Sofía y le preguntaba a ella cualquier cosa. Mientras ella estaba con la vista baja él me hacía señas con la boca lanzándome un beso. Yo aguantaba la risa y ya no volteaba a verlo. No creí que él se fijara en mí, lo veía muy guapo.

Un día llegué muy temprano a trabajar y sentí que me agarraban del brazo. Hice un intento brusco por soltarme y vi que era Pepe. Empezó a declararme su amor. Yo lo escuchaba sin creer lo que decía. Sólo dejé que hablara y cuando terminó le dije que yo era muy chica para su edad. Me causaba risa oír cómo me decía que quería casarse conmigo. No alcanzaba ni a imaginar qué era esa palabra. Pepe fue el primero en preguntarme si nadie me había besado. —¿Besado? Y por qué lo habían de hacer. Es una porquería —decía yo.

Pero una vez en la oscuridad de mi casa, cuando todos estaban dormidos, soñaba con los ojos abiertos. Me veía yo con un vestido muy hermoso, un traje de noche, en un salón muy lujoso, con música suave, bailando con Pepe. O él con su traje negro, fumando muy nervioso al esperarme en la calle. "¡Entonces sí que verían todas esas muchachas que formaban palomilla en cada patio lo que era tener novio!"

Pepe seguía insistiendo. Una vez bajaba yo a traerle agua a Sofita cuando Pepe, que estaba escondido en las escaleras, me tomó del brazo. —Consuelo, quiero hablar con usted. —Los dos hablábamos en voz baja. —No tengo nada que tratar con usted, Pepe —le dije temblando al notarle su cara con un gesto muy marcado. Le tenía miedo. Hacía días que me escondía para no verlo. Cuando se convenció de que era verdad lo que le decía ya no volvió a molestarme más. Sólo movía la cabeza cuando me veía.

Fermín llegó a vivir a la vecindad seis o siete meses antes de que yo cumpliera mis 15 años. Era concuño de la hermana de mi madrastra que ya había muerto. Este joven era acabador de zapatos. Era muy guapo a pesar de que su pelo y su cara casi siempre estaban cubiertas del polvo del taller y usaba overoles viejos sin camisa. Tenía sus ojos de un verde color agua que me gustaban mucho y sólo por eso no lo acusaba con mi hermano cuando tenía la costumbre de seguirme en la calle y decirme: —Consuelo, Consuelito. No sea tan orgullosa. Siquiera voltee a verme. No sea mala. Mire que por usted soy capaz de tirarme debajo de un camión… parado. —Yo no contestaba una sola palabra, sonreía y con el joven detrás de mí caminaba más aprisa. Yo con el miedo de que nos encontrara mi hermano. Sabía que si me descubría mi hermano, me voltearía de bofetadas.

Viendo que yo no le hacía caso trató de ganarse la confianza de Antonia. Una noche mi padre nos mandó a Tonia y a mí a comprar el pan. No sé si ya estarían de acuerdo, lo cierto es que vi a Fermín parado en el zaguán muy limpio y peinado. Antonia se adelantó y me dijo: —Aquí quédate mientras voy por el pan. —Sentí una cubeta de agua helada en todo mi cuerpo. Empecé a temblar pensando en tantos insultos que le había dicho:

"Báñese primero… Pachuco… Me cae mal… Está loco". Al mismo tiempo, ¡qué vergüenza que me vieran con un hombre en la calle!

Él me dijo: —Consuelito, yo la quiero a usted, ¡verdad de Dios! Quiero casarme con usted. Pero no me diga que soy un pachuco, porque yo trabajo. —Sentí ganas de soltar una carcajada. Me parecía ridículo hablándome en esta forma, mirándome tristemente. Pero él continuó. —Usted nunca me hace caso. Pero si viera, cuando la veo pasar me dan ganas de gritar… y es que es usted tan chula. Dígame cuándo puedo verla, me hará usted el hombre más feliz de la tierra. Por favor no me tire de a loco. Dígame qué quiere usted que haga. Yo haría hasta lo imposible por usted… Dígame, dígame… —Yo, viéndole la cara, me fijé que tenía sus facciones muy bien delineadas. Al estar hablando en esta forma me parecía muy estúpido, pero al observarle sus ojos y ver qué tiernos eran, la risa desapareció de mis labios. Tonia ya regresaba con el pan y apuradamente le dije: —Sí, sí, espéreme dentro de un rato en la esquina de mi patio.

Al regreso Tonia me preguntaba: —¿Qué te dijo, eh? —Muy desanimadamente por fuera pero en mi interior muy emocionada, contesté: —Nada. Sólo quiere que sea su novia. —Tonia me decía: —Hazle caso. Está muy guapo. Y ya ves cuánto te sigue. —Pero esa noche no pude salir. Era la hora de la cena. Mi padre estaba frente a mí. Cuando oí un silbido que parecía decir mi nombre en diminutivo por poco y echo el café para afuera. Tonia me hizo señas con los ojos. Tomando el café muy de prisa, me levanté y pedí permiso para ir a enseñarle a la señora Yolanda mi costura. Pero no me valió, no me dejaron salir.

A los pocos días encontré a Fermín cuando salía al trabajo. —¿Qué pasó, Consuelito? Ya ve cómo es usted. —Le di la explicación que mi padre era muy estricto y no me dejaba salir sola por las noches. Él la aceptó con la condición de que saliera esa noche, de lo contrario iba a tocar mi puerta. ¡Virgen Santa! ¡Tocar en la puerta! Sentía que mi casa se me caía encima. —Sí, ahora sí salgo. De veras, Fermín, espéreme.

Esa noche tenía que salir a como diera lugar. A las ocho en punto oí el primer silbido que me hizo brincar. —¿Qué tienes tú, payasa? —me gritó de inmediato mi padre. —Nada, papá, creo que me estaba durmiendo. —Esto fue muy bueno, porque ya no permitía que nos acostáramos luego. Aproveché la oportunidad para pedirle que me dejara salir a andar un poco. Mi papá aceptó.

Me encaminé a la casa de Imelda, amiguita de Marta. Recuerdo las palabras de esa niña aconsejándome. —Pues ve, no seas mensa. Ahorita que te dejaron salir. Total, si te pegan, que te peguen con provecho.

—Bueno, pero tú me avisas si alguien viene, ¿eh, Melda?

Salí cruzando el patio como cohete. Todavía temblando llegué hasta donde estaba él. Fermín me saludó: —Buenas noches, mi vida. Te estaba esperando. Hasta que al fin… —Me miró y me besó. Yo contuve la respiración. Sentí que me ahogaba. Apreté los labios. Con los ojos muy abiertos veía los de él que estaban cerrados. Fue sólo un momento. Fermín al sentir que yo no lo besaba se apartó. Me dijo que sabía que yo no lo quería, pero que más tarde le iba yo a querer. Mientras tanto me daba las gracias por haberle dado aquel beso. —¿Que le di un beso? —Suspiré tranquila, ahora ya sabía lo

que era un beso.

Pero recordando cómo se veía en días anteriores durante el trabajo me dio asco. Me despedí de él sin decir más y volví a la casa de Imelda. Me recibió riendo: —¡Qué bárbara eres! —me dijo al ver que me tallaba la boca con la mano y hacía gestos. Tenía ganas de volver el estómago. Imelda me preguntó: —¿Y no te gustó? —Le dije que no pensando que le daba mal ejemplo, pero conforme ella continuaba hablando consideré que ella podía enseñarme lo que yo no sabía.

Al otro día a las ocho en punto estaba él silbando. Esa vez no dijo nada; en cuanto me vio me besó. Por mi parte recibió otro beso igual al de la noche anterior, mejor dicho dos, uno al llegar y otro al despedirnos. Mientras, me platicaba: —Nomás que junte el dinero nos casamos, morenita. Verás cómo te pongo tu casa muy bonita. O te llevo para mi tierra. —Todo esto lo oía yo recargada en su hombro o mirándole a los ojos que era lo que más me gustaba. Cuando lograba estar con él me anotaba una victoria porque casi no podía conseguir el permiso de mi padre. Así lo dejaba yo plantado varios días. Él, muy fiel, se pasaba las horas esperando a que yo saliera, muchas veces con éxito, otras sin él. No importaba si llovía, él estaba en su lugar. Mi padre no sospechaba de mí.

Pero sólo estaba contenta cuando estaba en el trabajo. Una vez llegando a casa se me hacía tan pesado observar a mi padre nada más leyendo, y si hacíamos ruido de inmediato se enojaba. Qué rabia sentía cuando le pegaban a Marta o a Roberto de cinturonazos. Qué impotente me sentía yo para decir algo, cuando menos. No quería moverme de mi lugar. Hubiera querido en esos momentos ser de humo y esfumarme.

Durante el día, mientras hacía el quehacer, Tonia encendía el radio y música cubana era lo que oía casi todo el día. Le gustaba la música de ritmo, danzón, guaracha, swing. Ella bailaba cuando estábamos solas. Cuando la vi bailar por primera vez confieso que me avergoncé. Tenía yo 12 años aproximadamente y nunca había visto bailar en esa forma. Era yo demasiado severa. Ella escuchó una guaracha y empezó a mover todo el cuerpo, principalmente el vientre. ¡Híjole!, qué feo se veía. Ella seguía bailando moviéndose de un lado para otro. De vez en cuando daba una palmada para sentir mejor la música, yo creo. A pesar de todo, el ritmo me gustaba, pero ni yo misma me atrevía a confesármelo. ¡Cómo critiqué a mi hermana! La juzgaba indecente. Cuando ella saltaba o sumía el vientre me daban ganas de volver la cara hacia otro lado. Pero seguía yo viéndola.

Poco a poco, sin casi darme cuenta, empecé a moverme cuando oía la música en el radio. Mientras barríamos o lavábamos los trastes sucedía esto. Bailaban Tonia y mi hermano Manuel, yo los observaba desde la cocina sentada en una silla o banco, o arriba de las cabeceras de las camas. Un día Tonia bailaba y la vi mover los hombros. Abrí los ojotes, salté de mi banco y le pedí: —¿Cómo le haces? ¿Cómo le haces? ¡Enséñame, enséñame! —Ella me dio la explicación pero yo por más que traté sólo lograba un movimiento ridículo que hizo soltar la carcajada a Tonia. Pasó tiempo, pero aprendí.

En la vecindad, por distintas razones, casi siempre había baile. Pero por supuesto mi papá no nos dejaba salir. Me conformaba bailando en la casa durante el rato que Tonia hacía el quehacer. Entonces todavía no sentía lo que en realidad era el gusto del baile.

Me bastaba con soñar despierta. Me veía yo entrando a un baile con un vestido azul, bien arreglada. ¡Qué emoción! Todos voltearían a verme. Sería yo el punto máximo de atracción. Iría a mi lado un joven muy serio y bien presentado. A mi alrededor no se oiría ni una grosería. Todos me iban a respetar. Empezaría yo a bailar al compás de una música suave, lenta, portándome muy seria. No como Tonia que reía con uno y veía a otro. ¡Por Dios! Qué mal hacía, era recoqueta, no le daba vergüenza.

Una noche, recuerdo que días antes mi padre nos había comprado vestido a Tonia y a mí. El mío era amarillo oro con una rama dibujada en canutillo. Era el más elegante que tenía yo y esa noche tenía puesto el vestido. Se oía fuertemente el sonido del baile. Yo empecé a mover los pies. Le hice señas a Tonia para que pidiera permiso. Ella alzó los hombros, no quería. Qué angustia me embargaba. "Se va acabar el baile", pensaba yo. "Pos si ella no quiere, yo sí". Me puse rígida cuando pedí permiso a mi padre. —Papá, ¿me dejas salir al baile?, ¿sí? —La voz seca de mi papá esta vez no me detuvo, seguí insistiendo. —Que vayan los muchachos conmigo, papá… que vayan Roberto y Manuel. Nomás un ratito, ¿sí? —Esta vez dio resultado. Obtuve el permiso.

El baile era en el patio por donde está el número 80. Recuerdo que salí con mis dos hermanos, uno de cada lado. No quise ponerme suéter, ni nada, ¡cómo, si tenía que lucir mi vestido! Aquello estaba lleno. Comencé a temblar. Nos paramos en una esquina, mis hermanos y yo. Manuel desde luego buscó su pareja y nos dejó solos. Roberto permanecía cerca de mí. Cruzaba yo los brazos fuertemente impidiendo así que se me viera el pecho y el busto.

Pasó una pieza y no se acercaban a invitarme a bailar. ¡Y yo que estaba que no me soportaba de ganas! "Se va a acabar y no voy a bailar", pensaba mientras más apretaba los brazos. Eso sí, estaba muy seria. De pronto un joven se acercó y le pidió permiso a mi hermano para sacarme a bailar. Roberto accedió y me hallé en los brazos de Sergio, un joven que vivía en el patio de en medio de Bella Vista. El contacto de los brazos de aquel joven me estorbaba, no lograba seguir sus pasos, temblaba todo mi cuerpo. Estaba yo tiesa como un palo. Él hacía lo posible por llevarme, pero mis pies estaban torpes.

Terminó esa pieza y yo pensé: "Qué mensa, no pude moverme nada. Yo creo ya no me va a sacar". Agarré a mi hermano del brazo. Empezó otra pieza. Era muy movida y andaba muy de moda, "Chinito, chinito, toca la malaca…", etc. Grande fue mi alegría al ver de nuevo a aquel joven que se acercó a sacarme a bailar. Los pasos que él hacía eran nuevos, yo no los sabía, sin embargo empecé a sentir calorcito en mi cuerpo. Mis músculos endurecidos se fueron aflojando y entonces empecé a bailar con ánimo. Ya entonces todos los muchachos se me quedaban mirando. Era yo nueva en ese baile. Yo veía que algunos se acercaban a mi hermano, volvían la cara a mí y se quedaban serios. A la tercera pieza fue mi hermano Manuel a sacarme a bailar "Nereidas", el danzón. Logré bailarlo ya con toda confianza. Solté el cuerpo y me dejé llevar por la música. Ocho piezas, o nueve, fueron las que bailé con mi hermano y con ese muchacho.

Seguía habiendo bailes y yo luchaba porque me dejaran salir, pero no lograba el permiso. No me daba permiso mi padre. —¡No, señor! ¡A echarse! Qué baile ni qué… —Me enojaba y me negaba a acostarme. Apagaban las luces y en la cocina a oscuras,

sentada en el quicio de la puerta, lloraba hasta que las piernas se me entumecían. Y cuando escuchaba una pieza que me gustara, ¡qué berrinches!, hasta la cabeza me dolía. Pero no había remedio, no podía yo salir.

Vino a favorecerme el que mi papá y Tonia iban a casa de su mamá cada ocho días. Espiaba a mi hermano Roberto que casi siempre a esa hora se encontraba en casa y me salía a bailar. Manuel, él casi nunca estaba, por eso de él no me cuidaba. A Roberto le tenía yo verdadero odio. Cuando estaba yo bailando se acercaba y me decía: —Escuincla, ya métase. —Empecé a obedecerle por temor y vergüenza de hacer un escándalo en la vecindad. Además yo llevaba la de perder si él le decía a mi papá.

Hubo un tiempo en que mi papá ya no salía por las noches y entonces yo me volví mañosa. Primero pedí permiso. Después supliqué, lloré, hice berrinches. Pero no logré que me diera permiso. Una noche me encontraba sentada en el quicio de la puerta de la cocina, a oscuras, los codos en las rodillas y las manos en la cara, desesperada. Tenía tantas ganas de bailar. Decidí escaparme. Con un poco de esfuerzo el cubetero me serviría como escalera. Con sólo dar un paso llegaría yo a la azotea.

Al fin oí roncar a mi papá. Arrimé una silla con una precaución exagerada y con los zapatos en la mano, contenida la respiración, me hallé en la azotea. Ya estaba. ¿Ahora quién me prestaría una escalera para bajar? Afortunadamente la señora Yolanda se asomó en esos momentos. Le hice seña que guardara silencio y le pedí la escalera. Yola sonrió cuando bajé las escaleras. —Pero muchacha, ¿qué hiciste?

—Shh, cállese, nos va a oír mi papá. —Me llevó a su casa, me peiné, me limpié la cara y salí al baile. No corría ningún riesgo. Roberto ya estaba dormido, mi papá también.

Llegué al baile y como siempre estaba lleno de muchachos, un grupo aquí, otro grupo allá. Unas muchachas estaban sentadas, otras paradas recargadas en la pared enlazados los brazos. La expresión de sus caras denotaba a leguas su ánimo para bailar. Los muchachos de la palomilla grande estaban reunidos todos en un círculo deforme; unos movían el pie, otros pegaban una mano con otra, otros veían y seleccionaban a la que iba a ser su próxima pareja. Más acá un grupo de más chicos practicaba los pasos. Un foco de más o menos 100 watts iluminaba el lugar donde se colocaba el tocadiscos.

Se acostumbraba que a los que bailaban mejor se les hacía un círculo y con las palmas de las manos se les animaba a seguir bailando. Era entonces cuando los jóvenes lanzaban miradas maliciosas y las bocas se torcían en una sonrisa burlona, criticando o teniendo pensamientos de maldad. Si la muchacha era buena para bailar, del grupo que hacía la rueda pasaba otro a demostrar sus habilidades de buen bailarín. En realidad había ambiente. Todos se movían tratando de destacar de entre los demás.

Cuando llegué al baile me paré en una esquina procurando que no me diera la luz, por si mi hermano andaba ahí. Ya tendría yo tiempo de escapar. Además no me gustaba irme al centro donde estaban los buenos bailarines. Yo por mi parte tenía mis parejas; Hermilo, *el Gorila;* Gustavo, *el Huele de Noche;* Ángel, *el Poca Luz,* y Tomás, *el Pato.*

Por la azotea regresé con el mismo sigilo que había salido. Mi padre no se había despertado. Después esto era lo que hacía cuando no me daba permiso. Pero una noche

empezaba yo a subir por el cubetero como siempre. De pronto sentí un golpe en las piernas. A ese tablazo siguieron dos más. Sentí que la sangre se me heló y voltié a verlo. —¡Bájese de ahí, rápido! —Cuando bajé yo esperaba recibir más golpes. Pero ya no, afortunadamente.

Cumplí mis 15 años. ¡Con cuántas cosas habíamos soñado Angélica Rivera y yo! En algunas ocasiones, sentadas en el patio, nos contábamos lo que deseábamos para ese día. Ella imaginaba al igual que yo el patio muy adornado, el piso muy limpio, una lona tapándolo por si llovía, una portada que permitiera el paso nada más a los invitados y sillas alrededor. Yo veía a mi padre vistiendo un traje negro, igual que mis hermanos, y sobre todo yo con un vestido azul que llevara lentejuela para que brillara. Mi hermanita con un vestido también largo. Una pequeña orquestita tocando a la mitad del patio, no música como la que oía a diario cuando había bailes, la música de mis 15 años debía ser distinta. La bebida no de mala calidad. ¡Qué bonita me iba a ver Fermín! ¡Qué pareja íbamos a formar él y yo bailando el vals, robando las miradas de todos! Mi padre desde la mesa me observaría, cómo yo, su hija, era ya una señorita. Éstos eran los sueños de Angélica y míos. Pero ella siempre decía: —Si Dios quiere. —Yo decía que tenía que ser. Ese día no podía pasar desapercibido para mi padre.

Desgraciadamente no fue así. El día que cumplí mis 15 años ni yo misma me di cuenta del día que era. Me levanté, me fui a trabajar y así lo pasé. Ya muy tarde recordé algo que debía hacer ese día. Qué sabor tan amargo me vino al recordar mi cumpleaños, los 15, el día más importante en la vida de una muchacha. Estaba ahí sentada en mi banquito, con un delantal, manchadas todas mis manos por la tinta de los zapatos, entre el polvo que volaba al rozar la suela con la máquina que los emparejaba. Limpiaba unos zapatos de raso blanco. Los acaricié. Me dieron ganas de llorar pero me contuve. “Algún día tendré para comprarme mis cosas. Algún día mi padre se ha de fijar que no soy tan mala como él dice. Algún día…” Terminé de limpiar los zapatos y al observar el brillo tan blanco del raso y la hechura tan fina, ya no pude resistir; salí al baño a llorar. Me dolía hasta el alma que nadie me tomara en cuenta.

Salí del trabajo muy tarde; iba casi sin ganas de llegar a la casa. Tomé el camión yo sola. Durante el camino pensaba por qué tendría yo esa suerte. Tal vez ni era yo hija de mi padre, tal vez por eso ni en cuenta me tomaba. Bajé del camión, entré al zaguán y encontré a mi hermano Roberto. Me dijo: —Ándale, te estamos esperando para que partas el pastel. —Yo me alegré e instantáneamente me arrepentí de todo lo que había pensado. Apresuré el paso para entrar más rápido a la casa. Y en efecto, sobre la mesa estaba un pastelito; tenía un elote de crema. Pero lo vi tan pobre que casi me sentí humillada. Tonia, sonriendo, me dijo: —Ándale, ahí está tu pastel. —No contesté. Mi padre me dijo que lo partiera. —Ahorita no tengo ganas. Estoy cansada. Guárdalo. —Roberto se me quedó mirando feo. Marta y él me seguían diciendo que lo partiera. Roberto me dio el cuchillo, le puso las velitas al pastel y las encendió. Al ver que Roberto estaba tan contento me conformé y apagué las velas. Mi deseo fue que pudiera estudiar más tarde. Al otro día me fui a trabajar y ya ni quién se acordara de la noche anterior.

Ya era una señorita y no quería ya salir a jugar. Me vería yo mal corriendo por todos los patios y no quería dejar solo a mi papá. Además casi siempre Tonia con sus amigas estaban en el patio y sólo se contaban cosas que me daban vergüenza. Los juegos de Antonia eran muy rudos. Le gustaba jugar al "burro" y yo nunca quería aceptar. Pero la noche que lo hice brinqué a Tonia que estaba de burro y llevé la vergüenza de mi vida al quedarme suspendida en el aire con un pie en su hombro al levantarse ella. Quise llorar de coraje, pero me aguanté y sólo estuve pensando la forma de desquitarme. Unos días después, Tonia y yo empezamos a alegar, ella me tiró una patada, logré pescarle el pie y levantárselo muy alto haciéndole perder el equilibrio. En el suelo, se agarró la cara; estaba llorando porque le había dolido mucho. Se aguantó también, no dijo nada a mi papá. Y así estuvimos, una y una.

Otra ocasión estábamos comiendo. Iba a sentarme —y no sé si fue intencional o sin intención—, Tonia quitó la silla al momento de sentarme yo que ya tenía mi plato de sopa en la mano. Caí y me di un buen sentón, la comida me la eché encima y me quemé el estómago. Tonia reía. Después me pidió de corazón que la perdonara. Desquité mi coraje más adelante cuando le empujé bastante fuerte la taza que en esos momentos se llevaba a la boca. Le despostillé un diente y el borde de la taza le puso morada la nariz. Tenía yo risa, igual a la que ella tuvo. Tonia, en cambio, se enojó: —Ay, tú eres muy pesada —me dijo.

Fue en este tiempo cuando Tonia escapó de la casa. Yo no sé si ya habría intentado hacerlo antes, lo cierto es que Roberto tenía órdenes de cuidarla a dondequiera que fuera. Esa mañana me dijo Antonia que fuéramos al baño, que ella me pagaba el boleto. Acepté. Vi que echaba mucha ropa a una bolsa, me extrañó y pregunté. Me dijo que la iba a mandar componer. Salimos de la casa y nos encaminamos a los baños Florencia, que estaban muy lejos, y ella me explicó que por allí vivía la señora que le iba a componer sus vestidos.

Había cantidad de gente ahí porque era el día de la semana que bajaban el precio. Tuvimos que hacer cola para que nos dieran nuestros casilleros. Me quité la ropa en los vestidores que eran demasiado pequeños, la colgué en uno de los ganchos, me envolví en una sábana y salí al pasillo a buscar a Antonia. No estaba ahí, tampoco en las regaderas donde mujeres desnudas y niños esperaban su turno. Salía un hedor horrible, a sudor y a mugre, y mejor me fui al cuarto de vapor caminando con todo cuidado por el suelo resbaladizo. Ya me había caído varias veces en los baños… Marta también, y tenía miedo de lastimarme de nuevo. Sólo había allí unas mujeres gordas y estaban discutiendo porque una quería abrir más la llave del vapor y la otra quería cerrarla. Tonia tampoco estaba en la alberca, así que terminé de bañarme, me vestí y me fui a esperarla al pasillo de la entrada.

Pasó mucho rato y Tonia no venía. Fastidiada le pregunté al bañero y me dijo que ya se había ido. Corrí a la casa. Pensé que me había hecho la maldad de dejarme sola. Cuando llegué y pregunté por Antonia, Roberto se asustó tanto que brincó de la silla. —No, no ha venido. —De inmediato dejó de desayunar y se lanzó a buscarla, en la casa de

su mamá, en la calle, y no la encontró. Yo creo le avisaron a mi papá porque llegó más temprano. A Roberto le costó el haberla descuidado; le pegó mi papá muy fuerte.

Ya era muy noche cuando la encontraron en la estación del ferrocarril con otras mujeres. Mi padre la jaló y se la trajo a la casa. Tonia no parecía estar asustada, pero yo sí lo estaba. Pensaba que la iba a moler a golpes y en efecto así fue. Después de haberle pegado la llevó a encerrar al cuarto donde había vivido Elena. Si anteriormente teníamos prohibido ir a esa casa, ahora con más razón. Mi padre ordenó que ahí se le llevara de comer y que no se le dejara salir para nada. Algunas ocasiones, burlando la vigilancia de mis hermanos y *la Chata,* fui a verla. Sentí compasión por ella; sólo podía asomar la cabeza por la pequeña ventanita de la puerta.

Me explicó qué había sucedido: —Cuando salí del baño encontré a dos señoras, les dije que necesitaba trabajo y me fui con ellas. —Lo que no sabíamos ninguna de las dos era que estas mujeres manejaban una casa de prostitución; esto lo supimos hasta más tarde.

Esa noche mi papá lloró mucho cuando creyó que todos estábamos dormidos. Me dolía mucho verle llorar. Yo nunca iba a darle un dolor así. No importaba que me gritara. Si estaba enojado, con alguien tenía que desquitar su coraje. Que lo desquitara conmigo, no me importaba, con tal de que no se enfermara. Después de todo tenía razón mi padre. Era muy tonta y no podía nunca hacer nada; sólo me aturdía y daba de vueltas. Pero estaba muy mal que Antonia hubiera huido, ahora la gente la iba a despreciar. Yo nunca iba a hacer una cosa así. Si las gentes se enteraban me tomarían muy a mal esto y jamás iba a ser estimada por nadie. Pero entonces qué lejos estaba yo de imaginar lo que años más tarde pasaría.

Al fin le permitieron a Antonia que volviera a vivir con nosotros. A pesar de que le hablaba yo y nos decíamos bromas de vez en cuando no podía llegar a quererla. Tonia se pasaba horas con la señora Yolanda, que me decía todo lo que ella le iba a contar. Un día Yola me dijo: —Cuida a tu papá. Antonia ha dicho que lo odia y que los odia a todos ustedes y que les ha de hacer sufrir todo lo que ella sufrió cuando niña. —Quería vengarse y decía que tenía que llevarse a mi papá para donde estaba su mamá.

Yola también me contó que una vez que todos estábamos fuera de la casa —Roberto y Manuel en el trabajo en un taller de cristales y Marta y yo en el colegio— Antonia hacía brujerías con una vecina, la señora Luz. Antonia, sin zapatos, alzaba los muebles sobre las camas y barría con la escoba de popote. Luego se dirigía a la casa de Luz que profesaba otra religión, la evangelista, o espiritista. Las dos regresaban luego a la casa; llevaban bajo el babero sus botellas de agua, yerbas y flores. Antonia cerraba la puerta con el pasador para que nadie llegara a importunarlas.

Yola, que vivía enfrente, las espiaba por el agujerito que tenía su puerta. Después simulando tender su ropa subía a la azotea y alcanzaba a ver los movimientos de las dos mujeres. Antonia encendía el brasero de carbón mientras Luz se metía a la pieza a regar el agua de las botellas en las paredes y en el piso diciendo algunas frases. Cuando la lumbre encendía bien, Luz quemaba sus yerbas y flores. Mientras se quemaban Tonia la acompañaba en sus murmuraciones. Cuando se enfriaban las cenizas en el anafre, Luz

agarraba un puño y le decía a Antonia que pidiera lo que quisiera: "su magia todo lo puede". Antonia pide algo —no bueno, desde luego— y Luz entre murmuraciones riega el polvo por todos los rincones de la casa.

Luz guardaba todos sus menjurjes y cerciorándose de que nadie la viera salía de prisa. Tonia rápidamente volvía a cerrar la puerta. Cuando el agua se secaba y el humo se dispersaba totalmente, como si nada hubiera pasado, abría las puertas y continuaba haciendo sus tareas. Yo no sé si esto sea cierto pero así me lo contó Yolanda. Después mi hermano Roberto me dijo que Antonia hacía brujerías y sí creo que Antonia las haya hecho porque en realidad nos odiaba y lo hizo queriendo seguirnos algún mal.

No estoy segura qué relación tenga esto con lo que hizo Antonia, pero un tiempo después cada ocho días y por unos tres o cuatro meses mi padre iba a Pachuca y de allá traía unas botellas con un líquido amarillento y yerbas dentro. A veces el agua era de color amarillo, a veces verdioso, a veces blanco o mejor dicho incoloro. Puso las botellas en el rincón izquierdo de la cocina y dio órdenes estrictas de que nadie le tocara esas botellas. Nunca vi que tomara esa agua, o la regara o algo por el estilo; por más que permanecí en casa nunca vi nada. Quién sabe si mi padre haya usado esa agua como medicina para deshacer el mal hecho por Antonia. Sólo Dios sabe. Yo nunca pude averiguarlo.

Después de eso nada le parecía bien a mi papá. Día a día nos decía cosas que antes nunca había dicho: —¡Estoy harto de ustedes, vagos. Estoy cansado, estoy fastidiado de trabajar día con día y ustedes echados como puercos nada más comiendo y durmiendo! —Estas palabras para mí eran como bofetones. Sentía ganas de echar a correr, pero no podía. Sólo bajaba la cabeza y esto era llorar. Esto ya era a diario. Roberto muchas veces ya no llegaba a casa a dormir. Sólo Marta, Antonia y yo quedábamos en casa.

La primera vez que contesté a mi padre, no con majaderías, únicamente negando el hecho, fue una tarde que me acusó de que yo me sacaba los pollos para dárselos a la "bruja de mi tía". Le contesté: —No es cierto, papá, yo nunca tomo nada. —Sentí un latigazo en pleno rostro y me arrinconé entre el brasero y la alacena. Antonia estaba presente y qué vergüenza sentí que él tratara así a mis familiares. A los de ella, en cambio, qué distinto. Cuando iban Élida o Isabel decía: —Tonia, sírvele café a tu hermana… Siéntate, Élida, vamos a platicar un rato… Toma para tu camión.

Más tarde Antonia empezó a estar mala. Había tenido dificultades con su novio, un muchacho de allí de Bella Vista por el que estaba loca. Él la dejó por otra muchacha yo creo porque Tonia le dijo que estaba embarazada. Digo esto porque se puso muy mala con una hemorragia tremenda y alguien me dijo después que había tomado unas yerbas para echar fuera al niño. Tonia se volvió como loca cuando la dejó el novio. El doctor le dijo a mi papá que ella era de la clase de mujeres que siempre tienen que tener un hombre o si no se iba a enfermar. Poco después le empezaron unos ataques verdaderamente fuertes.

Un día llegué de la escuela y encontré la casa muy revuelta. Casi me había acostumbrado a ver mi casa triste, desarreglada, pero ese día la casa estaba… ¡muerta! Todos los trastes sucios en el lavadero, la estufa sin limpiar, la cocina sin barrer… Las

puertas de la pieza estaban cerradas y mi padre y los muchachos estaban sentados en la cocina muy desanimados. Todo estaba oscuro. Todas las sillas y las cosas de la pieza estaban amontonadas en la cocina. Iba yo a hablar pero mi padre con enojo e impaciencia me calló: —¡Sht, idiota… ya la despertaste! —El levísimo ruido que había yo hecho al tocar una silla fue suficiente. Entramos corriendo a la pieza. Tonia tenía el ataque. Daba unos brincos increíbles, se jalaba los cabellos, arrancaba y rompía todo; era horrible aquello. Logramos cazarla y acostarla nuevamente. Vino una enfermera y la inyectó y quedó dormida. Pasaron días así y después Tonia fue internada en un sanatorio donde pasó varios meses.

Más tarde las cosas sucedieron como Yola había dicho. Cuando Tonia salió del sanatorio ella y mi papá se fueron para la casa de Lupita y a nosotros nos dejaron viviendo en Bella Vista. Una tarde mi padre sin más ni más me dijo: —Me voy para Rosario. Allá voy a estar. Ya vendré todos los días a verlos. ¿Te quieres ir o te quedas? —No quise irme. Mi orgullo me impidió decirle que me iba donde él iba, que quería estar donde él estaba. Cuando vi que cargaba su cajón color azul en el hombro y le pidió a Roberto que le abriera la puerta, me sentí caer y me sostuve de la silla. Cuando salió nos miramos mi hermano y yo sin saber qué decir. Él se metió al guáter a llorar, yo sólo sentí un líquido amargo que me corría de la garganta a la boca y me aprisionaba mis ojos, pero de mí no salió ni una palabra ni un sollozo.

Al día siguiente mi padre llegó con Antonia y sus hermanas y se llevó el tocador, las colchas, las almohadas, las fundas, los manteles, el jarrón de las flores, las cortinas… hasta la estufa nueva de petróleo. Una vez más la casa quedó pelona. Desde entonces no hubo más cortinas, nunca hubo más fundas, nunca hubo más flores. Si alguna vez a Marta o a mí se nos ocurrió poner cortinas, o arreglar un poco la casa, mi padre quitaba, jalaba todo lo que habíamos puesto y nos mandaba que dejáramos las cosas como estaban.

Sin embargo cumplió con lo que había dicho. Venía a vernos todas las tardes y nos dejaba el gasto. Pero cuando le ofrecíamos de cenar decía: —No quiero nada —en su tono cortante. Ya no insistía yo.

Cuando mi padre se fue entonces sí supe lo que me hacía falta mi madre. No pudiendo contenerme por más tiempo empecé a llorar, llorar con todo mi corazón, hasta que mis ojos me dolieron y volteando a ver el cuadro de la Virgen preguntar por qué era así mi padre con nosotros.

Nunca antes nos había dejado. Estábamos acostumbrados a vivir con él, a verlo diariamente sentado en su silla leyendo, lavándose los pies o, examinando a los pollos, dar órdenes para que se lavaran o cambiaran de gallinero. La presencia de mi padre era todo. Estando él se llenaba la casa, la veía yo completa. Ahora sentí que no podría sostenerme más tiempo. "¿Es que no soy hija de mi padre? ¿Es que el ser huérfano es pecado, Dios mío?", me preguntaba sin cesar. Gritaba yo "madre" y quedaba esperando, esperando que alguien me contestara. Nunca antes la había yo llamado con tanta desesperación. Esa tarde gritaba, le gritaba a mi mamá y quería yo que desde la nada me contestaran algo.

Pero sólo el silencio siguió a mis palabras.

MARTA

PASÉ una niñez muy feliz. Tan feliz, creo, que como ninguna niña, de lo más feliz que puede haber. Me sentía yo libre… No sentía yo ningún amarre. Yo podía hacer todo lo que quería, podía desbaratar y quebrar sin que me pegaran. Mi papá me dejaba hacer todo y a mis hermanos no. Cuando lloraba, mi papá me acariciaba y me daba dinero. Cuando me encerraba pa' que no saliera me escapaba por la azotea. Era grosera y respondona con todos porque veía que mi papá me tomaba a mí una atención que no tenía con mis hermanos; era la consentida. A mis madrastras y a las sirvientas que teníamos en la casa las maltratábamos. Éramos muy léperos con ellas y no duraban nada. Sólo Enoé y *la Chata* fueron las que más duraron con nosotros. Pero las hacía beberse sus lágrimas, y Elena, mi primera madrastra, lloró también.

Mis amigos, mis amiguitas, me veían como jefe. Luego nos poníamos a jugar al beisbol y yo era la que decidía quiénes se iban conmigo, quiénes se iban con el otro. Eso me elevaba porque para jugar me pedían consentimiento a mí. Veían que yo en la casa era muy consentida y mi papá siempre nos traía lo mejor que nos podía dar. Yo les repartía fruta a los muchachos y por eso mismo siempre me andaban buscando y me andaban ahí rogando pa' que saliera a jugar. Nunca me faltó una amistad y entre ese ambiente pos yo me sentía muy grande.

No me gustaba la escuela. Fui a la escuela por mi papá pero no porque me gustara. No aguantaba estar encerrada en un cuarto y no hacía el propósito de aprender nada, escribir, leer o hacer cuentas. Fui muy burra, repetí el primer año tres veces y el segundo lo hice dos veces. Terminé el quinto año cuando tenía 14 años, iba a entrar a sexto pero ya no lo cursé; me fui. Nunca anhelé ser algo, alguien en la vida, como enfermera, o modista, nunca dije voy a ser esto o lo otro. Mi héroe favorito era Tarzán y yo quería ser su compañera.

Era muy machorra, una marimacha, me juntaba con puros hombres y jugaba al burro, a las canicas, al trompo, a los huesitos… según la temporada. Para mí sólo éstos eran juguetes y yo le quebraba a Consuelo los suyos, muebles y trastes de muñecas que le gustaba guardar muy cuidadosa en una caja debajo de la cama. No me gustaba jugar con mujeres, pero me encantaban las muñecas, vestirlas, cargarlas.

Mi papá a las mujeres nos trataba a cuerpo de rey, a los hombres casi no les hacía caso. Procuró comprarnos ropa, que no nos faltara de comer, darnos escuela, y nunca dejó que mis hermanos nos maltrataran. Nos llegaron a pegar, pero en cuanto venía mi papá les pegaba a ellos. Entonces los agarraba y sin compasión les pegaba.

Consuelo fue más quieta, más reservada y casi no tenía amigas; siempre llevó una vida muy apacible. No podía salir libremente por mi papá que siempre estaba al pendiente. Nos peleábamos mucho. Cuando mi papá me mandaba a traer el pan y yo traía pan surtido, ella agarraba el que a mí me gustaba. Traía mi papá fruta y yo le quitaba la que a ella le gustaba. Me escondía mis botecitos con mis cosas y si yo sabía que le gustaba algo, iba y se lo rompía. Siempre fui muy mala con ella, siempre le busqué la vida. Cuando estaba con sus amigas yo le decía a mi papá que se había ido a la calle y le pegaba. Y ella también me acusaba porque no quería que anduviera de machorra.

Su niñez fue triste porque no le gustaba salir a correr, a divertirse. Siempre callada y por eso se le recargaba más. Llegaba Roberto y le jalaba las trenzas y llegaba Manuel y le decía sírveme aquí, tráeme esto, y ella tenía que obedecer pues si no lo hacía le pegaba. Y como estaba aquí metida estaba más a la mano para hacer las cosas.

Es raro, pero he tenido más confianza en mi media hermana Antonia y en mi cuñada Paula que en Consuelo. Porque Consuelo siempre se cree superior y luego luego juzga mal. No sabe meterse en buena forma en la vida de uno. Y yo siempre he pensado que es agarrada y egoísta.

De chica mi preferido era Roberto porque siempre me daba cosas y me llevaba con él. Pero siempre ha sido muy delicado y muy mandón y decía muchas mentiras. Manuel siempre estuvo con su mundo aparte. Yo creo que porque él era más grande siempre fue muy retirado y muy reservado. Se me figura hipócrita, porque yo sé muy bien que no siente lo que dice. Y es muy embustero, sobre todo, siempre anda con la mentira en la boca. Pero ninguno de mis hermanos me pegó de chica, empezaron cuando ya tuve edad de tener novios.

Manuel casi toda su infancia se la pasó en la escuela, como Consuelo… muy persignaditos, muy seriecitos, más quietos, más callados. Vamos por parejas en carácter. Yo era como Roberto, ¡canijo Roberto! No quería ir a la escuela —le encantaba andar de vago como a mí— y se salía de la clase por las ventanas. Dejábamos encargados los útiles en los baños del Consulado y nos íbamos a Chapultepec. Allí nos subíamos por donde está el Castillo y nos metían unas corretizas los soldados de Guardias Presidenciales, porque es un delito subir por allí. Si Roberto traía dinero alquilaba una canoa y nos íbamos a remar al lago. Siempre me compraba algo: chicles, dulces, paletas, chicharrones, algodón, lo que se me antojaba, para que yo no sintiera hambre. Siempre procurábamos regresar a la hora que salíamos de la escuela, para que creyeran que habíamos ido, tomábamos el camión, íbamos a recoger los útiles y nos íbamos a la casa.

Roberto me enseñó a viajar de mosca en los camiones y en los trenes y así andábamos por toda la ciudad. Cuando no tenía centavos en la bolsa agarraba a los estudiantes, a los muchachos que se saltaban la barda y los amenazaba y les sacaba un lapicero, un peso, un tostón, lo que traían. Luego, cuando se metió de conscripto, les mentía diciéndoles que si no le daban algo los llevaba al cuartel. Ya después él traía bolsas de mano de mujer, entonces teníamos más dinero y él me daba que un bilé, que una polvera, carteritas; tenía una colección de todas estas cosas.

Yo fui muy feliz de chica. Una vez Roberto y su palomilla cargaron conmigo a

Chapultepec. Era una bola de puros muchachos y yo sola de mujer entre todos los hombres. Fuimos a un restorán, uno que está en el lago, y dijeron que íbamos a pedir comida corrida. Nos sentamos y pedimos unas tortas grandes de chorizo con huevo y su limonada cada quien. Y empiezo a ver que se fueron saliendo poco a poco, unos dizque a comprar cigarros, otros al baño. Quedaron como tres muchachos, mi hermano y yo. Y uno de ellos le dijo a mi hermano: —Ándale, *Negro,* tú pélate con tu hermana. —Nos paramos en una forma natural y nos fuimos sin pagar. Cuando dijeron "Comida corrida" no entendí, ¿verdad?, no sabía en primera qué era comida corrida, y ellos le decían comida corrida a sentarse a comer y echar a correr sin pagar. En cuanto salimos del restoransito nos fuimos a la feria y nos subimos a un juego llamado el Pulpo. Nos dimos tres vueltas seguidas porque vimos desde allí cómo los meseros nos andaban buscando. Hasta que vimos que no andaban cerca nos bajamos, tomamos nuestro camión y nos venimos.

Cuando Roberto iba al mercado de la Lagunilla a traer lo que mi papá nos mandaba: fruta, queso, mantequilla, lo que necesitábamos acá, Roberto me llevaba con él. Mi papá le daba dinero a mi hermano para el camión y nosotros por estar de comelones nos lo gastábamos y para poder llegar nos íbamos de moscas en el camión. Cuando echábamos moscas nos seguía mucho un perro que le decíamos *el Rata* y se enseñó a jalarse el pedazo de carne, una naranja, según. Roberto nos cuidaba a mí y al perro, pero luego alguien lo envenenó.

Tenía yo como ocho años cuando mi papá puso negocio de pájaros. Un día trajo una jaula grande que tenía techo de madera y láminas de cartón. Había comprado zenzontles y estaban chiquitos, todavía no chiflaban. Manuel y Roberto chiflaban y los zenzontles les aprendían. Pero esa vez le avisaron a Elena que se le habían volado los pájaros; habían perforado el carrizo y por allí se fueron saliendo una docena y media. Ella estaba muy apurada pensando que mi papá se iba a enojar.

Cuando llegó mi papá que empieza a contarlos y preguntó: —¿Dónde están? —Y dice Elena muy apurada: —Pues… unos se mueren. —A mi papá le ganó la risa, porque cuando llegó ya la portera, que era la chismosa de la vecindad, le había dicho que se habían volado. Esa vez no se enojó,

De mis tres madrastras yo creo que Elena fue la mejor. Fue mi primer madrastra y la primer mujer que yo conocí, extraña, ¿verdad?, muy buena gente conmigo. Me cargaba, me peinaba, me aseaba, como si hubiera sido una madre. Pero nunca le llegué a decir mamá, como Consuelo. Y más me gustaba Elena porque todas mis travesuras me las tapaba ella y nunca recibí un golpe de ella; aunque fui muy majadera con ella nunca me acusó con mi papá.

Mi tía dice que Elena ha de haber tenido como 17 años cuando mi padre se casó con ella. Recuerdo que brincaba a la reata con nosotros antes de que viniera a vivir con mi papá. Ella tuvo antes un marido que le pegaba tanto que por eso estaba enferma del pulmón. Ya estaba enferma cuando fue a vivir al lado de nosotros, por eso trajo una sirvienta mi papá para que la ayudara, porque nunca le ha gustado a mi papá que la mujer se mate tanto.

Consuelo sí quiso mucho a Elena y siempre sacaba la cara por ella. Yo fui muy lépera y le decía de cosas a Elena y Consuelo me pegaba. Y Elena, en lugar de que se me voltiara, le decía a Consuelo: —Déjala, *Flaca,* al fin está chica, ella no sabe lo que dice.

Antes que no estaba el techo del patiecito había unas tablas porque cuando llovía había mucha agua. En medio había una viga y de allí colgó Elena una cuerda poniendo una tablita abajo para que nos sirviera de columpio. Una vez me estaba yo meciendo y Consuelo a fuerzas me quería bajar. Y empecé a chillar y a pelear y luego Elena, que estaba sentada cerca, dijo: —Ven, *Gorda*, ven para acá. —Porque así me decían, nunca por mi nombre. Yo le di de patadas y le decía: —¡Déjame, déjame, no quiero que me toques! —Consuelo me quiso pegar, pero Elena me defendió. Fue muy buena gente conmigo, muy paciente, pero como yo estaba tan chica casi no me acuerdo.

Tenía 10 años cuando murió Elena. Mi papá dijo que Roberto y Manuel tenían la culpa, que ellos la habían matado a corajes. Pero a ella le sacaron las costillas y le abrieron un pecho para sacarle un tumor. Era muy gorda y desde esta operación comenzó a adelgazar hasta que se murió. Dicen que murió de tuberculosis pero yo no lo creo porque mi papá siempre ha sido muy delicado para eso de las enfermedades contagiosas. Yo creo más bien que fue del tumor o algo así.

Elena se veía muy bonita cuando la velaron. No sé si mi papá o la mamá de Elena le mandaron hacer un vestido blanco con un manto azul y la vistieron de la Purísima Concepción. Esa noche que se veló ella, mi papá se disgustó porque había un baile. Afuera, a todo dar el baile y nosotros acá con el velorio. Ni siquiera pusieron la música más suave.

Me di cuenta de mi madrastra Lupita mucho antes de que Elena muriera. Mi media hermana Antonia vino a vivir con nosotros y a escondidas me llevó a la calle de Rosario a ver a su mamá y a sus hermanas. Me recibió Lupita muy bien y no me puso cara —que yo me acuerde—; la que sí se enceló fue María Elena, mi otra media hermana. No le pareció desde un principio que fuéramos allá. Pero Lupita siempre fue muy amable conmigo y cada vez que iba me daba mis centavos, 20, 10, o me daba una cazuelita, una ollita, cualquier cosa.

Mi papá llevaba a Antonia a ver a su mamá cada miércoles. No sabía mi papá que nosotros, Antonia y yo, íbamos durante la semana. Un día quería que me llevara con ellos y me puse a chillar. Y mi papá como no quería que chillara me llevó. Como él no supo que yo había conocido a Lupita antes no me dijo absolutamente nada. Nomás lo que me dijo antes de entrar fue: —Saluda a la señora y pórtate bien. —Pero no me dijo "ésa es mi señora", nada en lo absoluto.

Antes de que Antonia viniera a vivir al lado de nosotros dormíamos en la misma cama con mi papá Consuelo y yo. La otra cama se la habían llevado al cuarto de Elena y cuando ella murió se la dieron a Santitos, la mamá de Elena. Cuando vino Antonia ella tomó el lugar de mi papá en la cama y mi papá se dormía en el suelo. Después cuando se le puso lo loco y se fue con unos amigos fue mi papá y la encerró en casa de Elena y él volvió a dormir con nosotros. Cuando compró otra cama fue para Antonia. Mi papá durmió con nosotras hasta que estuvimos bastante grandes.

Porque veían que mi papá con Antonia tenía bastantes atenciones en la vecindad se llegó a murmurar. Tanto que decían que no nomás era hija sino era su querida, su amante… bueno, que mi papá y Tonia tenían que ver. Todos veían que mi papá le daba todo, le compraba cosas de lo mejor. A nosotros nos acostaban temprano y cuando ya estábamos durmiendo mi papá y Antonia se salían al cine, al teatro, se iban a cenar.

Mi amiga Angélica, que vivía frente a nosotros en el mismo patio, me contó lo que andaban diciendo los vecinos. Pero yo seguí en la misma, me lo decían y me lo callaba. Na'más estaba como espectador, nomás viendo. Porque a mi papá yo nunca le decía: —Fíjate que me dijeron esto… —Yo no tenía esa confianza con mi papá. Tenía miedo que mi papá se fuera a enojar y me fuera a pegar. Frente a él siempre he temblado y me he cuidado de lo que digo.

Roberto, como Consuelo, se encelaron bastante de Antonia. Les dio bastante coraje que mi papá a ellos no los tomaba en cuenta. En la casa, así se estuvieran muriendo de berrinche ellos, se hacía lo que Antonia decía. Roberto y Antonia se llevaban como perros y gatos. Yo me ponía del lado de Antonia, y de otro lado Consuelo y Roberto. Cuando llegaba mi papá de trabajar le daba la razón a Antonia.

Un día de Reyes se pelearon porque a Antonia le trajeron más bonitos regalos. Las dos habían pedido muñecas y a Antonia le trajeron una güera, una rubia muy bonita, y a Consuelo una morena que tenía cara de espanta-muertos. A Antonia le trajeron un reloj, creo Haste, muy bonito, y el de Consuelo pues más corriente, más feo el reloj. A Consuelo le dio tanto coraje que lloró y nunca le gustó ese reloj, ni la muñeca. Y por esas cosas siempre andaban peleando. Ya después cambiaron y se empezaron a llevar mejor.

Sentí la falta de mi madre ya estando en la escuela, antes no había notado nada de eso. En parvulitos, me acuerdo muy bien, a la hora de entregar los regalos del Día de las Madres, yo me quedé con mi regalo en las manos; yo no tenía a quién dárselo. El Día de las Madres era el día más triste del año para mí. Ya de más grande fue cuando empecé a extrañar más la presencia de mi madre.

Lo que sé de mi mamá es lo que me han dicho personas que la conocieron. A mí me tenían engañada; me habían dicho que se había muerto de congestión cerebral. Entiendo que cuando uno cena mucho y se acuesta le da congestión. Pero Piedad, la segunda esposa de mi tío Alfredo, me fue diciendo hace poco que mi mamá estaba embarazada y no murió de congestión, sino que estaba mala del hígado, los riñones y el corazón. El doctor le había dicho que si quería seguir viviendo se sacara el feto antes de los cinco meses y ella no aceptó. El doctor quiso salvar a la criatura pero mi papá dijo: —Mejor que se la lleve con ella.

Mi tía Guadalupe insiste que mi mamá murió de contagio de marido, que le contagió mi papá… que porque había ido con otras mujeres. Pero *la Chata*, la señora que trabajó en la casa, dice que un coraje que hizo por mi hermano fue la causa de su muerte. Según ella mi abuela murió también de una muina que le hicimos pasar, pero mi tía dice que no, que murió de un tumor. *La Chata* no dudaba que éramos tan malos que éramos capaces de matar a alguien. Alega también que era mucho lo que sufría en esta casa, que las bilis

las sacó de aquí, y que si no hubiera sido por mi papá que es tan bueno, nunca se hubiera quedado a trabajar con nosotros. No la queríamos, la corríamos y se llegó a ir varias veces. Cuando mi papá llegaba en la noche preguntaba por ella —porque era la que le daba de cenar— y cuando se enteraba por qué, les pegaba a mis hermanos y luego iba por ella. Le decía que no nos hiciera caso, le daba para su cine, la convencía y se volvía con nos–otros.

La Chata le iba a lavar la ropa a mi mamá y conocía a toda la familia. Era comadre de mi tía Guadalupe pero no se llevaban muy bien. *La Chata* dice que yo soy como era mi mamá: chaparrita, gordita, muy timboncita, y que por eso mi papá me prefería a mí. Según *la Chata,* mi mamá y mi papá no se llevaban muy bien, tenían sus dificultades porque los dos eran muy celosos. Cuando mi mamá trabajaba en el baratillo de cambiadora con sus tres hermanos, pues tenía que hablar con muchos hombres y aunque ella era seria con ellos mi papá se molestaba. Cuando nació Roberto, tan moreno, mi papá no lo quiso porque pensó que mi hermano no era su hijo. Y mi papá anduvo con tantas mujeres que *la Chata* decía: —¡Ah qué mi patroncito, llevó a Cupido al empeño y se le olvidó sacarlo!

Dice *la Chata* que mi mamá nos quería mucho y que muy bien vestiditos que nos traía a todos. Mi mamá salía todo el día, vendía raspaduras de pastel en la mañana y ropa usada por las tardes. Mi tía Piedad me crió porque a mi mamá le dio la fiebre puerperal después que yo nací y me tuvieron que retirar de ella; no mamé del pecho de mi mamá. Pero mi mamá no se desatendía de su familia porque su mamá o su hermana se quedaban con nosotros.

Mi tía Guadalupe, que también batalló conmigo para criarme, me contó muchas cosas de mi mamá y de su familia. Yo siempre la molestaba a preguntas y ella me contestaba:

—¿Cuando era niña?… me voy a acordar… ¡Madre Santísima!, pos ni que tuviera memoria de qué, tú. ¿A poco me vas a preguntar que dónde nací?… Nací en un cabrón petate en Guanajuato. Yo era la más grande y yo solita, solita como el elote, cuidaba a mis hermanos cuando mi ’amá y mi ’apá se iban a vender fruta de horno. En ese tiempo no jugábamos con otros niños. ¡A poco me dejaban juntar como a ustedes! Desde chica sufrí mucho con mis hermanos. Yo tuve que lidiar con todos… Y tantos que tuvo mi madre, ¡fueron 18! A algunos no los vi, los perdió o se murieron. Sólo siete crecimos: Pablo; luego yo; Bernardo; Lucio; Alfredo; Leonor, tu mamá; y José. También hubo una media hermana porque mi ’apá tuvo por ahí su mal paso.

Mi tía Guadalupe siempre tuvo celos de mi mamá que tuvo la suerte de ser la consentida de mi abuelita Pachita. Mi abuelita nunca quiso a los hijos de mi tía, pero cuando a mi mamá le hizo la maldad un ferrocarrilero cuando tenía 15 años, mi abuelita se encargó de la niña y de mi mamá. A mi mamá la abandonó el papá de la criatura y la niña murió de pulmonía a los cuantos meses. Fue cuando mi mamá encontró un trabajo de galopina en el restorán La Gloria y conoció a mi papá.

Mi mamá y mi papá pusieron primero casa en la calle de Tintero, donde están todas esas mujeres. A mi papá no le gustó y entonces se fueron a vivir a un cuarto con mi

abuelita. Después buscaron un cuarto para ellos solos. Al principio no tenían cama y dormían en el suelo. Luego que Manuel y Roberto nacieron, mi papá se sacó la lotería y entonces compró la cama grande de latón que todavía tenemos. Volvió a ganar en la lotería y entonces compró el radio. Mi tía dice que ese radio fue causa de un gran disgusto en la casa porque un día llegó mi papá y mi mamá lo estaba oyendo. Él dijo: —¿Quién te dijo que pusieras el radio? Eres una india, eres una imbécil, no sabes tener cuidado de nada. Apágalo antes de que lo rompas.

Mi mamá tenía mucho coraje y dijo: —Mira, Jesús, nunca más voy a tocar tu radio. —Y así fue, murió sin tocarlo otra vez. Mi tía todavía está disgustada con mi papá por eso. Ella dice que él sólo entendía de dar para comer y para la renta y nunca piensa que una persona necesita otras cosas. Él es muy regañón, muy gritón, le grita a todos, pero en el fondo es un cobarde y no tiene corazón ni para matar una chinche… tiene el corazón de carrizo. Mi tía nunca se ha llevado con mi papá y por eso habla así.

Hay una mujer, Julia, que vive en la vecindad de mi tía. Julia fue la esposa de mi tío Lucio y conoció muy bien a mi mamá. Ella y mi tío y los dos hijos de Julia, Yolanda y Maclovio, vivieron en casa de mi mamá tres años. Julia ayudaba a mi mamá con el quehacer y Yolanda a mí me cargó y me limpió el rabo. Todos dormían en el suelo de la cocina y se fueron cuando se murió mi tío Lucio.

Mi tío no podía ver a los escuincles, sus entenados, y era muy pegalón, les pegaba mucho a los muchachos… a la hora de la comida los hacía que se sentaran debajo de la mesa y así poderlos patear mientras él comía. A mi mamá le daban lástima y les regalaba comida, si no, se hubieran muerto de hambre los escuincles. Siempre trabajaron de sirvientes y nunca tuvieron un juguete.

Yolanda me ha dicho que cuando gozó más de su niñez fue cuando vivió con mi mamá. Yolanda agarraba los cincos o los veintes que mi papá nos dejaba debajo de la almohada y cuando llegaba mi mamá de la pastelería se iba al excusado a comerse lo que se cogía. Y cuando la sorprendíamos la acusábamos con mi tío Lucio y le daba una buena pela; le pegaba en la cabeza. Pero todo ese tiempo estuvo más o menos bien porque tenía abrigo, vestido, comida; mi mamá les daba todo.

Ella me platica que mi papá era muy feliz con mi mamá, que nunca le pegaba, que la sacaba a dondequiera. Que mi mamá era alegre y le gustaba ir a fiestas y mi papá, aunque enemigo de ellas, aceptaba ir con tal de tener contenta a mi mamá. Que mi mamá trabajaba no porque no le diera suficiente mi papá, sino porque a ella le gustaba tener sus centavos. Siempre le gustó tener buena ropa y le gustaban mucho los aretes, las arracadas. Cuando salía siempre iba en camión o tomaba un coche. Nunca caminaba, hasta para ir al mercado iba en camión. Ayudaba a su mamá y a su hermana y por eso se ayudaba vendiendo para que no le fuera a pesar a mi papá y pensar que él estaba manteniendo a su suegra y a los parientes de mi mamá.

Empezaron las dificultades entre mi tío Lucio y Julia cuando ella empezó a trabajar, salía a vender. Conoció a un ferrocarrilero, y vivía con mi tío y vivía con el ferrocarrilero. Y dice mi tía que le hizo "daño" Julia a mi tío porque de la noche a la mañana cambió. En lugar de pegarle a ella él aceptó todo y hasta le pedía, le rogaba a ella

para que le diera cosas.

Le ha de haber dado agua de coco, porque aquí, cuando vemos que una esposa manda al marido y coquetea con otros delante de él, se dice que ya le dio su agua de coco; dicen que con ésta los tienen amarrados, amensados. Esta agua de coco es agua con la que se lavan las asentaderas y luego se las dan a beber. Otras les dan toloache, es un té.

Yo creo que Julia le ha de haber rezado a san Prieto[*] y midió a mi tío con un listón negro, porque de la noche a la mañana se enfermó y murió de hidropesía. Mi mamá le echó la culpa a Julia y la corrió de la casa.

Todos por aquí saben que Julia también midió a su primer marido, el padre de sus hijos, porque en uno o dos días murió. Ella lo achacó a que le dijeron que no tomara y esa vez tomó. Él le pegaba mucho; a esta señora casi todos le pegaban. Ha tenido tres esposos porque después que murió mi tío abandonó a sus hijos por irse con el ferrocarrilero. Los tres tomaban mucho y le pegaban. Así que lleva tres y han muerto casi a su lado. Ahora vive bien con Guillermo Gutiérrez y aunque no le da dinero para el gasto nunca le pega.

Dicen que mi mamá sí supo lo de Lupita y mi papá porque no faltó quien le fuera con el chisme. Aquí se acostumbra mucho decirles a las mujeres con quién andan los maridos. Muchas veces no acaban de hacer esto cuando ya se lo avisaron a su mujer. Una vez mi mamá y mi tía Guadalupe fueron a una fiesta en la calle de Rosario y les dijeron dónde vivía Lupita. Mi mamá agarró unas tijeras y la amenazó afuera de su casa, pero Lupita no salió. Si hubiera salido se hubieran agarrado las dos. Mi tía jaló a mi mamá del pelo y se la llevó.

Según sé por mi tía, mi papá anduvo con una sobrina de Lupita que también trabajaba en el restorán. Mi tía dice que mi papá no se tumbó al patrón del café porque era hombre, pero de ahí en fuera barrió con todas. Mi papá tuvo un hijo con la sobrina de Lupita pero nunca la ayudó porque esta señora se casó con otro señor y éste aceptó al niño como hijo propio. A ese hijo no lo conocemos nosotros, al menos yo. Lupita sí sabe quién es el padrastro. Mi abuelita quiso saber quién era porque tenía miedo cuando creciéramos que nos enamorara a Consuelo o a mí. Todo lo que sabemos es que se llama Pedro y que se parece mucho a mi papá.

Lupita era del turno de noche en el restorán y mi papá de la mañana, así es de que allí se conocieron. Ella ya tenía a Élida y a Isabel. Ella me dice que desde que conoció a mi papá ora sí que todos sus hijos fueron los que tienen ahora. La niña que hubo entre Antonia y María Elena murió. Me ha dicho que mi papá en cada hijo que iba a tener se desaparecía, se desobligaba y que no se veían hasta que no había nacido ya la criatura. Una vez la dejó dos años y que no le ayudaba nada, que sí le llegaba a dar de vez en cuando un centavo, pero que un gasto verdadero, una casa que le pagara, no. Que no le daba nada y que se fue a arrimar para tener a sus hijas.

Yo digo, pos solamente ella que lo pasó, ¿verdad?, puede saber mejor. Platica que sufrió mucho, trabajó mucho para poder mantener a sus hijas y que dejó de trabajar porque se cortó una mano. Y pos me da coraje, y no coraje, porque yo conociendo a mi

papá se me hace a mí dudoso que no le haya dado ni un centavo ni que no la haya atendido como dice ella. Yo no he llegado a una discusión de que le diga yo: —¡Cómo voy a creer que diga eso de mi padre! —Yo la dejo que hable.

Nunca he perdonado a Lupita por andar con mi papá cuando vivía mi mamá; su papel no era bastante limpio. Pero quién soy yo para andar metiéndome en los asuntos de mi papá, así que siempre he tratado de llevarme bien con mi madrastra. Nunca nos ha hecho mala cara, ni cariños. No ha llegado a ese grado de hacernos caricias porque nosotros lo tomaríamos a mal. No nos podemos quejar, pero siempre habrá una barrera entre nosotros.

Según me platican cuando mi mamá murió mi papá lloró mucho y estaba como loco. Y cuando la enterraron nos abrazó a Consuelo y a mí y se tiró a la fosa con nosotras. Desde entonces hasta la fecha fue serio. Nunca lo veo riéndose, alegre. Siempre triste, siempre pensativo, él solo con los problemas, con los gastos.

Por el tiempo que salí de la escuela casi todos de la familia de mi mamá ya habían muerto. Sólo quedaban mi tía Guadalupe y su esposo Ignacio: mi tía Piedad, mi tío Alfredo y sus dos hijos; mi tía abuela Catarina, su hijo, su hija y todos sus nietos; y otros cuantos primos. De la familia de mi papá sólo conocí a mi primo David y a su mamá Olivia.

Mi tío Alfredo se murió hace poco. Agarró una pulmonía porque vino a su casa borracho y sus hijos de coraje lo dejaron tirado en el suelo, en la humedad toda la noche. Al día siguiente fue a casa de mi tía Guadalupe a pedirle prestada su tina y jabón para bañarse. Dijo que le dolía mucho el pecho y que iba a ir al vapor. En unos cuantos días murió. Mi pobre tía sufrió mucho porque ya ella había enterrado a toda su familia, sus padres, sus cinco hermanos, su única hermana, y sus dos hijos. Era la última que quedaba, quitando a Ignacio y a nosotros.

Como a los 12 años empecé a tomar sentido de las cosas y me retiré de jugar con los muchachos. Me empezó a gustar arreglarme y me cambiaba de ropa diario. Consuelo era la que me lavaba y me planchaba y esto la molestaba. Así que tuve que aprender a medio lavarme mis cosas. Me gustaba adornarme mucho, me ponía listones y me pegaba lunares en la cara. Tenía un clavel con los pétalos manchados de cacas de moscas, el tallo de alambre forrado ya estaba todo pelado, se veía el alambre, pero me lo ponía yo en la cabeza; según yo, me veía muy guapa. Y a mi papá le daba gracia.

Un día tuve un pleito porque una chamaca me arrancó mi lunar. Me dio tanto coraje que le rasgué el vestido de arriba abajo como si se lo hubieran cortado con tijeras. Siempre me andaba yo peleando porque siempre hay envidias entre las compañeras, chamacas que se encelan, echan habladas, inventan algo y buscan la manera que salga uno de pleito.

Muchos chamacos son muy léperos y me decían algo y yo no me dejaba, les contestaba, y muchas veces pasábamos a los hechos. Un muchacho ya grande que no me podía ver, un día que iba corriendo por el patio me metió el pie. Me caí y me descalabré, pero yo no me asustaba sino que me daba coraje. Después ya casi aliviada le

reclamé, quería tomar venganza. Él estaba alto y flaco y yo le pegué. Su mamá me vino a acusar, pero mi papá nunca hacía caso de las quejas.

Mis mejores amigas eran Irela y Ema, la hija de Enoé. *Chita* también era mi amiga, pero no tanto como las otras. Todas habíamos crecido juntas y éramos uña y carne. Si a una la trataba mal su familia, las otras la llevaban a sus casas. Si comía una, comía la otra, porque ahí está la amiga, cuando son de verdad: —Siéntate a comer aunque sea frijoles —o: —Espérate, voy por tortillas y echamos un taco. —En mis amigas deposité toda mi confianza y todo hacíamos juntas.

Todos los días me mandaba *la Chata* a traerle su pulque, que tomaba con la comida, siempre a escondidas de mi papá, porque no le gustaba que fuéramos a la pulquería. Un día se me ocurrió comprar otra botella para mí y mis amigas y nos subimos a la azotea para que no pudieran ver lo que hacíamos. Después juntábamos nuestros domingos y nos comprábamos una botella chiquita de tequila y nos subíamos allá a la azotea. Allá nos estábamos toda la tarde toma y toma y hubo una vez en que ya no nos pudimos bajar de tan borrachas que estábamos. De no haberme sabido detener sí hubiera agarrado yo la borrachera, como Irela y Ema.

También fumábamos en la azotea y contábamos chistes colorados. Luego comprábamos chicles para no oler. Irela y Ema robaron pequeñas cosas —una vez robaron una alcancía de la escuela—, pero yo no. No estaba deseosa yo de dinero y de eso, quién sabe ellas, ¿verdad? Yo tenía bastante dinero para gastar porque mi papá me daba permiso de irme a trabajar a una paletería cerca de la casa, cuando salía yo de vacaciones de la escuela. Me daban dos, tres pesos diarios y esto lo gastaba. Mi papá nunca me pidió del dinero que yo ganaba. Me compraba yo tobilleras y otras cosas, pero por lo regular se me iba todo en la bicicleta o en ir a nadar.

Me gustaba tener mis centavos y por eso me gustaba trabajar. Y siempre preferí el trabajo que la escuela. Cuando estaba en tercer año me metí a adornadora de zapatos; de las 10 de la mañana hasta las ocho de la noche y entonces ganaba más dinero. Luego Lilia, una amiga que vivía en Soto, me dijo de un trabajo mejor, recortar figuritas de palo. Pero ahí no duré más que dos días, porque pasó una cosa con el dueño.

Lilia, yo y otras dos muchachas trabajábamos en la sierra en el taller, enfrente de la pieza donde él se quedaba. Era un viejo gordo, feo, cacarizo, ¡el malvado viejo! Me caía regordo, me daba mucho asco, bueno, me chocaba un hombre así ya reteviejo y todavía miraba a las muchachas. Desde que llegué me veía a mí con malas intenciones, me veía y se reía.

El segundo día me dijo que me metiera a tender su cama. Y ya me metí a tenderla y luego se metió el viejo y me quiso abrazar y me quiso besar. ¡Y creo que me sacó el "pájaro" y quiso que se lo agarrara con la mano! Yo le había gritado a Lilia, pero no me oyó. Yo me le retiré, ¿verdad?, estaba muy asustada. Pero él se enojó y me dice: —Pos para que veas… cuando yo sepa que te vas a casar yo voy a intervenir. Pa' decir que no te cases porque ya fuiste mía.

Eso ha de haber pasado como a las seis. A las siete salimos Lilia y yo. Yo chille y chille y ya le dije lo que pasó. Esa noche las dos nos emborrachamos y ya no volvimos a

trabajar allí. Ya luego volví a la paletería, porque allí la dueña era una mujer.

Irela, Ema, *Chita* y yo nos juntamos con una palomilla, unas 12 muchachas que vivíamos allí en Bella Vista. Cuando entra uno en una palomilla si es tonta no se defiende, sólo llora. Porque en una palomilla hay siempre una que tiene fama de muy mala, de pegar muy fuerte, una fiera. Las otras le empiezan a temer y por eso a veces se agrupan con estas personas, o se echan a correr. Si le tienen miedo, se cree mucho, pero si encuentra la horma de su zapato y le hacen frente, esas personas muchas veces no son sino puro espejismo. Entonces ya no pueden hacer nada. Yo fui enemiga de que abusaran de la debilidad de otras muchachas, nunca me ha gustado que se aprovechen de las que se ven más tontitas, por eso yo saqué la cara por muchas.

Entre las muchachas nos peleábamos por los novios y las pláticas con ellas eran así: "Mira que fulana de tal ya anda de resbalosa con el que a mí me gusta". O, "es muy chismosa", o "muy cochina". Cuando tiene uno novio: "Él me abraza así", o "me besa muy bonito", o "no sabe besar", o "me propone que me vaya a la oscuridad y yo no quiero", o "ya se dieron cuenta en mi casa y no quieren que siga con él". Las palabras preferidas que los muchachos tienen con uno es: "Si de veras me quieres vente conmigo". Y las que de veras los queremos, y sabemos que estamos casi a punto de perderlos teniendo una prueba tan a la mano, la tomamos. No queda más remedio que demostrarles que de veras los quiere uno y se va con ellos.

Ese año que me junté con la palomilla se desató una ola de calentura entre todas. Una por una se fueron desgranando, como lo hacen con el maíz. Una se fue ahora, después la otra. Empezaron las de más edad; las más chicas después. Tina fue de las primeras y las otras no se querían quedar atrás y también se iban. Claro, cuando las ve uno les dice: —¿Cómo perdiste, en cama o en petate? —A la mayoría se las llevan a los hoteles, un rato, o toda la noche. Otras a la casa de una tía de él, o de la hermana.

A los 12 años tuve el primer novio. Se llamaba Donato y era el hijo de Enoé, la que trabajaba con nosotros como sirvienta. Vivían en el número 32 de aquí, de Bella Vista. Era un buen muchacho, pero muy feo. Y luego pos siempre lo quería yo ver menos porque yo me sentía el ama y su mamá era la sirvienta. Mi papá era muy delicado, muy estricto, y mis hermanos también y siempre estaban al pendiente de nosotras. Así que nunca salí con él. Si yo hubiera estado más grande hubiera podido, ya uno de grande se da sus mañas, pero yo era muy chica. Y ya a las seis y media quería mi papá que estuviera dentro de la casa y acostada a las ocho. A las 10 apagaban las luces de los patios y ya no salía uno. Ahora es diferente. Desde que hay televisión los vecinos andan entrando y saliendo hasta que se terminan todos los programas y las luces las dejan hasta las 12.

Mucho antes las gentes tenían miedo de salir de noche porque tenía fama la colonia de estar llena de criminales, rateros, morfinómanos. No estaba tan poblado como ahora, y había unas zanjas enormes; muchas veces aparecían allí ahogados, ahorcados. Esta vecindad era un nido de rateros. Y de buenas a primeras desaparecían las gentes misteriosamente y muchos creen que bajo los pisos hay muchos enterrados. Por eso muchos han hecho sus pisos de cemento. Y antes era diario robo, asesinato, violaban

muchachas. Se sabe de una muchacha que tenía un novio de lo peor. Una vez la invitó a ir al cine y saliendo de éste, que está inmediato a la plaza, la encaminó a su casa. Pero ya había quedado de acuerdo con otros y en un puesto la metieron, la violaron y la mataron. Dicen que tantos hombres hicieron uso de ella que hasta el ano se le salió.

Todo era una ola de terror y ni quién pudiera meter las manos. Y como la ley es muy liviana para estos asaltos, casi no hacen caso. Y esta vecindad fue cambiando porque fueron sacando a la gente mala de aquí.

Pero todavía a la gente le da miedo salir de noche porque dicen que en esta vecindad hay espantos, almas que andan penando. Las vecinas muy viejas son las que saben mucho de los espantos. Dicen que del tinaco sale un charrito, que se aparece y se va esfumando; que una gallina sale junto a la caldera; y por esos lugares hay dinero. Roberto una vez vio al charro; otra vez lo jalaron de los pies; una vez se acostó arriba y amaneció abajo.

Consuelo estaba en el guáter, le hablaron por su nombre y la espantaron. Otra vez a Manuel; venía muy noche, ya en la madrugada, y vio a una viejita que llevaba una carretilla con trastes. Vio que la vieja se metió a un baño y oyó que se le cayeron todos los trastes. Corrió a ayudarla y que no era nada. Llegó a la casa blanco del susto.

A Lupita la espantan mucho los muertos. Las que son devotas de las ánimas dicen que cuando no hay gente las ánimas cuidan y protegen las casas, pero cuando se les deja de rezar espantan. Lupita dice que no podía agacharse porque le picaban las costillas, y que de repente no se acordaba que estaba sola y le metían muchos sustos, en el restorán le aventaban bolitas de pan; y ya no les reza. A mi papá se le andaba cargando un muerto y a pura grosería se lo alejó, porque dicen que a las almas que fueron buenas se les dice de groserías y a las malas se les reza. Y muchas avisan dónde hay dinero.

Hay vecindades como la Ciudad Perdida; como media manzana de puras casuchas de madera y el suelo de pura tierra. Bella Vista está reina al lado de aquélla. En Magnolia, cerca de la casa de mi tía, hay una de estas ciudades perdidas. Es la peor vecindad del barrio. Si se va ahí bien vestido se llama la atención y como la ven vestida así la tratan. Hay gente que tiene miedo de entrar a estos lugares pero como mi cuñada Paula siempre vivió en esos lugares yo ya estoy acostumbrada y puedo entrar a cualquier lado.

En la Ciudad Perdida no se encuentran señoritas, aunque están jóvenes, porque los mismos de allí abusan de ellas. Allí vivía *el Tripas,* un escuincle de lo peor, el terror de la Ciudad Perdida. Era un "teporocho", así se les dice a los que tragan puro alcohol, y era cuchillero hasta donde no se imaginan. Él y su palomilla iban a un cine de por allí donde a galería van mariguanos, rateros, criminales y a luneta va de todo, familias, palomillas de muchachos. Muchas veces huele a la mariguana que están fumando y si exhiben una película atrevida gritan leperada y media.

En mi barrio hay de todo, hasta mujercitas. Nosotras íbamos a Tintero a mirar. Está ocupada por mujeres de la calle; en la primera calle se veían unas muy jovencitas, de 15 o 16 años, bonitas; y a la siguiente cuadra ya encontraba mujeres viejas, gordas, nalgonas, con los pechos caídos. Se daban por tres o cuatro pesos, cinco, y todavía les regatean. En Orlando, donde nosotros vivíamos antes, también hay mujeres, pero allí los

hombres pagan más.

En Rosario era de lo peor. Por allí pasaba cuando iba a casa de Lupita. Viven en accesorias, pero como éstas no alcanzan para tantas, en una accesoria viven dos o más. Hay el número de camas según el de mujeres y están divididas con una colcha que la hace de cortina; tienen su tocadorcito y su espejo y tienen sus santos y retratos de artistas de cine y mujeres desnudas. Mientras tenían cliente se sentaban en la puerta de su accesoria, con las piernas abiertas y el vestido levantado; se les veía hasta por allá. Otras, sin fondo, con el brasier y encima una blusa nailon, todas se traslucían. Cuando acaban de estar con un hombre se lavan —tienen siempre su brasero con carbón prendido y su olla de agua— en un lavamanos y luego tiran el agua a la calle y uno al pasar hasta lo salpican.

En las mañanas temprano si usted las ve antes de que estén pintadas, cuando están arreglando su cuarto, o salen a comprar sus cosas, se las confunde con cualquier muchacha. Pero a mediodía, cuando ya están pintadas, se da uno cuenta inmediatamente de quiénes son. Las mujeres estaban regenteadas por una sola y tienen que entregarle una cuota diaria. Si no habían hecho nada de dinero —porque muchos les regateaban y les ofrecían menos— aceptaban cualquier cosa.

En esa calle se paraba una gran cantidad de hombres a esperar, o sólo a estar viendo; la calle nunca estaba sola, a cualquier hora, siempre, había hombres. Yo vi a muchos hombres casados, a muchachos de Bella Vista… flojos, flacos, demacrados, borrachos, y jovencitos de las palomillas. Muchos chamacos no saben ni cómo se hace y tienen que ir con estas mujeres para que los enseñen. Entonces ellos ya se dan idea y después pueden estar con otras muchachas.

Lo único que yo conozco de muchachas de estos rumbos que hayan andado por Tintero son dos. Si alguna de Bella Vista se llegó a ir a esa vida fue lejos de aquí, por donde no la vieran y no la conocieran. Esas dos muchachas se fueron con sus novios y no les cumplieron; las abandonaron y luego se las llevaron a los cabaretuchos y las hicieron trabajar para mantenerlos. La muchacha que se enamora de un hombre de éstos está perdida, la pobre.

Mi segundo novio fue Mario, *el Soldado,* ese muchacho con el que después se fue mi hermana. Le decían *el Soldado* por su modo de caminar. Cada ocho días los muchachos rentaban un tocadiscos y todos los que querían podían bailar en el patio. En ese tiempo yo todavía iba a la escuela y usaba trenzas y tobilleras. El baile empezó a las siete, y se animaba como a las ocho, ocho y media, pero yo me tenía que dar prisa si quería bailar, porque mi papá nos chiflaba y nos metía muy temprano.

Las muchachas estábamos todas recargadas en la pared. En cada baile nos poníamos a decir: "a ver cuántos chamacos te amarras ahora", y ahí hacíamos nuestras apuestas, ¿verdad? Entonces una de las muchachas dice: —Mira, ése es Mario *el Soldado.* —Llegó con un suéter y era muy… —bueno, a mí se me figuraba— muy guapo y yo veía que no era tan grosero como los otros. Me gustó mucho, mucho me gustó y fue Mario y me sacó a bailar y desde ese momento ya no me soltó. Ya na'más bailó conmigo y quiso

saber mi nombre. Pero nunca decía mi nombre verdadero, me ponía Alicia. Ya después me dice:

—Qué, ¿mañana nos vemos?

—¿Para qué? —le dije yo.

—Bueno, pos pa'platicar…

—No, no puedo salir.

—Nomás un ratito. Ándele, sí… me espera allá en la esquina.

Después se fue y a mí me metieron.

Al otro día, en una escapadita me fui al pan y vi a Mario ahí parado. Después lo vi varias veces, pero nunca llegué a salir con él y que me abrazara, que me besara; nomás fue mi novio de palabra, no de hecho. Y supo mi verdadero nombre hasta mucho después.

Alberto Gómez, de aquí de la vecindad, era novio de mi amiga *Chita.* Después me habló a mí, ¿verdad?, y *Chita* me dijo que yo le había tumbado a su novio. Llegué a bailar con Alberto varias veces y él sí me abrazó y me besó. Pero no duré mucho con él porque en ese tiempo conocí a Crispín.

Yo era la encargada de ir por la leche y por el pan y mis amigas iban conmigo. Yo tenía mi enamorado en la panadería y en ese tiempo daban ganancia, pero él, aparte, me echaba más pan. Yo me ponía a pensar: "Pos cómo voy a llevar tanto pan a la casa". Entonces a ellas les repartía el pan que me daban de más. Cuando iba a la leche y que quería gastar y no tenía yo en ese momento, le echaba agua a la leche para comprar menos y poderme gastar lo demás de los centavos. Crispín trabajaba en una ebanistería en esa misma calle. Me mandó hablar con un chamaco y yo le mandé decir que si de veras quería hablarme fuera personalmente. Me dijo que si quería ser su novia. Él me dio su nombre, yo le di el mío y esa noche salimos.

Salimos a dar la vuelta, hablamos; no se atrevió a besarme, ni a tocarme, ni a nada. Pero cuando regresábamos nos cayó Consuelo, venía con su novio, Pedro; me regañó y me dio una cachetada y a Crispín lo insultó. Yo tenía temor de que me acusara con mi papá. Pero después Crispín habló con Consuelo y ella me dio permiso de andar con él, para tener relaciones con él. Me dijo que si iba a andar con relajos no me daba permiso, pero que si iba a ser una cosa seria, sí, porque no quería que anduviera vacilando.

Tenía 13 años cuando conocí a Crispín. Desde ese momento empezaron los temores, las corretizas, las dificultades, las golpizas. Mis hermanos, sobre todo Roberto, siempre me andaban cuidando. Mi papá, que no me había pegado antes, me pegó tres veces; una vez con una cuarta y otras dos con el cinturón. Todo porque me vio hablando con Crispín.

Crispín y yo salíamos a dar la vuelta pero él nunca llegaba cerca de la casa. La única que lo sabía era Consuelo, pero faltaba Roberto y faltaba Manuel. Consuelo me daba permiso de ir al cine con él. Yo decía: —Voy a misa —y nos íbamos a las matinés. En la vecindad ya se están acostumbrando a ver a las muchachas salir al cine solas con el novio, pero mi papá no supo, porque si me llega a sorprender me pega.

Crispín sí me gustó porque era el primero que me besaba y me abrazaba. Una vez en

el cine me empezó a abrazar, me empezó a besar, y tanto, tanto me estuvo abrazando y besando que yo sentí que se me calentaron las orejas. Sentí dentro de mí un escurrimiento y me dieron ganas de estar con él; fue la primera vez que quería estar con un hombre. Me dijo él que si nos íbamos a un hotel.

Ya nos salimos del cine y le dije que no, que esperara a que cumpliera yo mis 15 años. Él me dijo más veces pero siempre le andaba yo diciendo no.

Una vez me había invitado al cine y yo le dije que no podía ir. Y ese mismo día me fui con Manuel y Paula al cine. Un muchacho que se llamaba Miguel me dio el asiento junto a él. Él me había estado hablando antes y yo no le respondí porque ya andaba con Crispín. Toda la película estuvimos viéndonos.

Pasó. El caso es que pos alguien le ha de haber ido a contar porque a los ocho días me dijo que con quién había yo ido al cine. Le dije que con mi hermano. Que si no había encontrado yo a nadie ahí y le dije que no. Me dio una cachetada y me dijo que por qué lo andaba yo engañando. Fue el disgusto más grande que tuvimos de novios. Nos dejamos de hablar ocho días.

También tuvimos dificultades por el baile. A mí me gustaba mucho el baile pero él se encelaba y no quería que fuera yo sola. Por mí aprendió él a bailar para que yo no bailara con otros, pero cuando yo sabía que iba a haber un baile yo me iba a escondidas con las muchachas. En ese tiempo Crispín vivía frente a Bella Vista y el taller donde trabajaba quedaba cerca de la paletería donde trabajaba yo, así es que era muy fácil espiarme. Y luego sus amigos le ayudaban y cuando uno de ellos me veía en un baile iba y le avisaba. Iba Crispín y me sacaba del baile. Me ha gustado el baile, pero decentemente, pero hacer loqueras, payasadas, no. Me daba mucho coraje que se menearan todas, por eso de Consuelo y de Antonia no me gustó aprender nada. Pero Crispín de todos modos se enojaba.

Por ese tiempo mi amiga Irela se había hecho novia del que fue mi novio, Donato, el hermano de Ema. La mamá de ella era muy enérgica, esa vieja, y tan admirada, tan exagerada, que veía a uno correr, o con un muchacho, y nos gritaba majadería y media. Y en una palabra, una señora muy delicada, y todos sus hijos le han salido malos, unos vagos de primera que tienen fama de raterillos y la hija Irela también fue mala muchacha.

Pues Irela se fue con él, pero él no la abandonó, en cuanto abusó de ella siguieron viviendo juntos. Se la trajo a la casa de la suegra y allí no le faltaba qué comer, ni qué vestir. Él es panadero de oficio y lo poco que ganaba era para comprarle zapatos o vestidos. Ella es simpática, no es fea, y él es feo; en realidad no hacían buena pareja. A ella le gustaba vestirse, pasearse, irse al cine y no le importó su marido; no le importaba si él iba a comer, si tenía ropa, y la suegra le hacía todo el quehacer. Él es de esos hombres que tienen la costumbre de meter amigos en su casa y a ella no le gustaba estar allí y se venía a platicar conmigo horas enteras. Yo andaba con Crispín y quería saber lo más que se podía acerca de los hombres, así es que le preguntaba muchas cosas.

Luego Donato se la encontró en el cine con otro. Donato en venganza se la llevó con un amigo de él y ni en cama ni nada, en el vil suelo, se la soplaron. Luego la corrió.

Y siguió con uno y con otro, y tuvo la suerte que nunca salió mala. Luego conoció a

un tal Pancho, un escuincle, y pues de ése se enamoró. Quiso escoger entre tantos y escogió lo peor. Dejó a Donato, un buen muchacho, y fue a dar con éste, güevón, cochino, una calamidad, que no trabaja, le pega y la tiene viviendo con la suegra. Pero ella lo quiere una barbaridad y cree que si le pega le demuestra que la quiere.

Estuvieron viviendo en un rincón de la casa de la suegra y ni se queja. Tanto tiempo duró de andar de arriba para abajo y nunca salió mala, que nosotros de broma le decíamos: —Hasta que te atinaron bien el tiro —porque con Pancho tuvo una niña.

Después se fue Ema. Enoé, su mamá, se iba a trabajar a un hospital y se estaba dos o tres días por allá, así es que a Ema se le hizo fácil irse a un hotel con el novio. Entre nosotras no había secretos y en la mañana vino y me dijo:

—Fíjate, te voy a platicar una cosa, pero no se lo digas a nadie… estoy reteapurada… pero él salió reenojado porque no pudo bien…

Ella dijo que era un estúpido que no había podido. Al oír estas palabras yo le dije:

—Mujer, si ya te pasó eso, y te salvaste, mejor córtalo. ¿Para qué sigues con él? Si ya te probó… al rato va derecho adonde tiene que ir.

Pero como era su adoración a los dos días me dijo que ya había pasado lo peor. Ella siguió con él pero tuvo la desgracia de que salió luego luego embarazada. Entonces su adoración la dejó y ella siguió aquí con su familia.

Muchas veces las amigas saben mejor las cosas que los padres, hermanas, tías. Desgraciadamente las madres mexicanas no les presentan a las hijas la realidad y por eso tienen la cruz de un desengaño. Si ellas se fijan en algo raro de sus hijas no tienen el valor suficiente para preguntarle… una palabra para sacarle la verdad. Y dejan todo así hasta que su desengaño es peor. Cuando ven a sus hijas embarazadas, cuando ya no pueden intervenir porque ya él las dejó, no aceptan la verdad tan dolorosa, que ya deshonraron a sus hijas.

Por eso no se confía uno en su madre. Si uno les dice que tiene novio, le dan un bofetón. Si les piden permiso para ir al cine, les gritan a sus hijas que son unas “frutas”, unas descaradas. Estas palabras duelen y por eso cuando un muchacho ofrece algo, se van. Muchas muchachas se van, no por calentura, sino que sus padres, sus madres, hermanos… todos, las regañan. Parecen pilas de agua bendita. El que no le pega por una cosa, lo hace por otra. Maltratan mucho a las hijas mexicanas, por eso hay tanta madre soltera.

Ahora es raro ver a una muchacha que de veras valga la pena. Se ven caras bonitas y cuerpos bien formados, y es triste la realidad; ya no son señoritas. Es triste para el hombre que de veras las quiere y una gran felicidad se pierde. Muchas engañan al hombre, pero tarde que temprano ellos se cercioran. Y es por eso que en lugar de obrar el hombre con más cariño las desprecia por haberlos engañado.

La hija mexicana sufre porque no tiene confianza en sus padres. Prefiere confiarle sus problemas secretos, íntimos, a una amiga. Por ejemplo, de la regla, la mayoría lo sabe fuera de su casa… Mi periodo me bajó por primera vez a los 13 años y me espanté, pues nadie me había preparado. En pláticas con las muchachas yo oía que cuando una muchacha se iba con un hombre que sangraba mucho. Cuando me vi el calzoncillo

manchado me puse a pensar: "Pos si yo no me he ido con nadie". Estaba Paula viviendo entonces con nosotros y le digo: —¿Por qué le sale a uno sangre? ¿Por qué?, yo no me he ido con nadie y me está saliendo sangre.

Y ella me espantó más porque me dijo que nunca se me iba a quitar. Pos que me suelto a chillar, pensando que todo el tiempo iba a estar así. Paula nomás me dijo: —Métete a cambiar.

Tenía miedo que mi ropa, mi fondo y mi vestido se me mancharan, así es de que me puse papel periódico. Ya después Irela me dijo de fomentos, como mota. No sabíamos de las toallitas que se usan.

Crispín y yo fuimos novios como año y medio. Me gustaba mucho y juntos estábamos muy contentos, pero lo sorprendí con otras muchachas. Cuando iba a cumplir 15 años —cuatro meses antes— nos peleamos. Lo encontré con una muchacha y me dio tanto coraje que iba a terminar con él. Entonces dijo que yo iba a ser la causante de lo que le pasara. Tenía miedo de que se fuera a matar o hacer una locura y que luego me echaran a mí la culpa. Me siguió proponiendo que nos fuéramos. Me dijo: —Si de veras me quieres, vámonos.

Era mi mayor ilusión, mi sueño dorado, casarme por la Iglesia, salir de blanco… tener mi casa yo sola, nada de que me llevaran allá con mi suegra… tener mis hijos. Yo veía, ¿verdad?, que muchas empezaron a irse, pero no estaba bien eso, porque aparte de que hacía uno sufrir a sus padres, la gente ya no la tenía a uno por buena y le decían a uno loca. Luego yo les decía a las muchachas: —Yo, el día que me case he de salir de blanco… —Y me decían: —¡A poco te vas a casar!

Porque yo también fui débil. Ahora reflexiono, debieron aconsejarme, pero nunca me dijeron nada. Nadie me aconsejó, máxime que me veían jugar siempre con hombres; unos no sólo juegan, sino que se aprovechan para tentar a uno. Por eso cuando Crispín me dijo que nos fuéramos y que después sus padres hablarían con el mío, que nos íbamos a casar, quedamos de acuerdo. Y también pensé en ese momento que iba a perder a Crispín si no me iba con él. Esa misma noche me fui; íbamos a terminar de novios para seguir de queridos.

Como yo no llevaba abrigo, ni suéter, vine a la casa. Mi papá no estaba aquí, estaba cuidando a Antonia que estaba enferma en casa de su mamá. Me acompañó mi amiga Ema. Ella traía su abrigo en el brazo, puso el mío debajo y así Consuelo no se dio cuenta. Dije que iba por unos cuentos y me salí. Y me fui con él, y nadie supo adónde me había ido, porque Ema no supo tampoco nada.

Nos fuimos a un hotel que está por la Penitenciaría. Ahora que he visto bien me doy cuenta de que era un hotel de lo peor. Esa noche me fue muy mal. Él se empezó a desvestir, bueno, los hombres no tienen vergüenza, pero a uno siempre le da pena y yo nunca me había desnudado delante de un hombre. Esa noche no dormí con el temor de que mi papá nos fuera a encontrar —porque siempre le he tenido miedo—. Y con el miedo oía silbatos, las sirenas de la Cruz Roja y pensaba que ya me andaban buscando.

Al otro día salimos temprano del hotel como a las cinco de la mañana y llegamos donde vive su mamá. Me dejó afuera esperándolo. Se me figuraba que todas las miradas

se dirigían hacia mí, sentía que las piernas las llevaba como de charro. Se tardó cerca de una hora y yo me imaginaba que ya me había dejado, ya no estaba segura de que se iba a casar conmigo. Dentro de mí pensé: "¡Canijo!, ya me hizo el favor y ya se fue". Cuando al poco rato llegó y me dijo que había estado hablando con sus padres y que pos no querían ellos. Entonces me trajo para la casa.

Veníamos para acá cuando encontramos a Roberto en el patio y amenazó a Crispín, y que le saca un cuchillo y que le dice de cosas. Hasta que Crispín le dijo que sus papás iban a venir a hablar con mi papá.

Se hizo un escándalo en la casa cuando supieron la verdad. Consuelo me dio dos chicotazos con una cuarta, pero yo la arañé, le rasguñé las manos. Manuel me iba a pegar y Paula intervino. Fue a la única que le confesé y ella lloró conmigo, como si hubiera sido su hermana, o su hija. Me dijo que había sido muy tonta. Yo con Paula no me había metido ni para bien ni para mal… era muy reservada, muy seria, era de carácter… pero nunca voy a olvidar que pos ni mi hermana, ni nadie lloró como ella.

Cuando vino mi papá de trabajar yo estaba afuera, en el patio, porque no quería yo meterme para donde estaba mi papá y enfrentarlo. Pero mi papá no me dijo nada, ni me tocó; ya había yo dado un mal paso y ya no quería saber nada de mí. Después le dijo Manuel que iban a venir los papás de Crispín a hablar con él y dijo mi papá que no volvería a verme más y que ahí me las arreglara yo como pudiera. Cuando vinieron el que habló con ellos fue Manuel; les dijo que yo no sabía hacer nada, que no sabía llevar una casa, que la primera comunión la hice a los 13 años, y que si no sabía hacer nada era porque no hubo quien me enseñara. Ellos estuvieron conformes de que poco a poco me irían enseñando. Mi papá le había dicho a Manuel que pusiera un plazo de dos años para casarnos porque yo estaba muy chica.

Mi papá dejó de hablarme como un mes. No me hacía caso, después de haber sido yo la consentida. Ya me comenzaba a tratar mal. Yo sentía muy feo que él me tratara en esa forma. Estaba apenada y no le quería dar la cara. Tenía tanto sentimiento que una noche comencé a llorar tan fuerte que mi papá salió a ver qué pasaba. Le dije que me perdonara y él me dijo que no fuera tonta, que él era mi padre y que nunca me abandonaría. Entonces ya me sentí mejor.

Crispín venía a la casa todos los días, o me llevaba a su casa, al cine, al parque, o a otro lado. A veces, muy a escondidas, íbamos a un hotel. Cuando cumplí 15 años él estuvo aquí y unos amigos que tenía me trajeron un tocadiscos y me hicieron mi fiesta. Mi papá siempre había querido hacerme una gran fiesta de 15, con mi vestido largo y mis damas, baile, todo, pero como ya no era yo señorita y ya no valía yo la pena, lo único que me dio fue un par de zapatos.

A los ocho días me fui a vivir con él a su casa, con la suegra. Ya no decía nada de que nos casáramos, pero yo tenía vergüenza, o miedo de salir enferma y estar en mi casa. El pobrecito de mi papá fue a buscarme a la casa de mis suegros, porque no le avisé a qué me iba, ni nada.

[*] San Benito.

TERCERA PARTE

MANUEL

YO NO tenía ni casa, ni mobiliario, ni nada para mi esposa. Todo lo que tenía yo era mi sueldo. Así que me llevé a Paula a casa de mi tía Guadalupe. Ella y mi tío Ignacio vivían solos en un cuarto de la calle de Violeta. Fuimos quesque de visita y pasó una hora, y dos horas, y no nos íbamos. Mi tía me veía como preguntándome, ¿pues a qué horas se van, no? —No, ni me veas así, tía —le digo—, ¿sabes una cosa? Nos vamos a venir a vivir aquí. —Cómo que a vivir aquí, ¿pues qué ya te…? —Sí, tía. —Ah qué diablo de muchacho éste —dice—, pero qué cosas andas haciendo… Y tú, muchacha, pues qué le viste a éste… ¿qué lo quieres mucho?

Paula se puso colorada y se agachó. Le digo: —Bueno… total… ¿me vas a dejar aquí, o no?

—Pues sí, hijo, cómo no, con todo gusto —dice—, ya sabes que ésta es tu casa. Ahí están esas cobijas, tiéndanselas y pongan esos cartones abajo para que no se ensucien. —Mi tía no tenía cama todavía y todos dormíamos en el suelo. Allí fue nuestra luna de miel, en el suelo.

Mi tía se acostó con su esposo, nada más que dormían con la luz prendida y nosotros esperando que se quedaran bien dormidos, ¿no? Por fin cuando nos cercioramos que se durmieron bien, nos desvestimos y nos acostamos. Teníamos una pena de todos los demonios, y luego a la hora de aquello —pues todos cohibidos, ¿no?— ella me decía: —No hagas tanto ruido. —La que estás haciendo ruido eres tú, cállate la boca —le decía yo. —Pues tú eres el que está allí de escandaloso. —Total, como quiera que pasó esa noche. No pagábamos renta pero le daba a mi esposa cinco pesos para el gasto.

Mi tía es una buena persona, siempre humilde, de un nivel de vida pues más pobre que mi padre y que mi madre. Ella trabajaba lavando ropa ajena o ayudando en un restorán y mi tío vendía periódico, pero entre los dos no ganaban bastante para hacer más que una comida al día. Si tenían únicamente para tortillas y salsa comían contentos. Pero nunca se quejaban de ser pobres, se conformaban con vivir lo que la vida les ofrecía más a la mano. Ignacio estaba contento de pertenecer a la Unión de Voceadores y para mí que nunca luchó, nunca trató de mejorar. No es que fuera tonto, pero no sabía cómo esforzarse para mejorar. Más que nada siempre fueron pobres porque les gustaba tomar.

Paula y yo estábamos temerosos de su hermano y de mi suegra. Yo estaba consciente de que había traicionado su confianza y pensaba: “el día que me encuentren… me van a hacer un escándalo que…”

Pero no. Desde un principio mi suegra fue comprensiva. Un día iba yo para mi trabajo y que me la topo: "¡Madre Santísima! —dije yo—, aquí va a arder Troya. Me va a maltratar". —Buenos días, Manuel —me dijo.

—Este… buenos días, Cuquita.

—¿Y Paula?

—Pues… pues… está bien, Cuquita.

—Ah —dice—, qué bien… Conque se salieron con la suya, ¿no?

Yo todo avergonzado, ahí, con la cabeza agachada: —Pues sí, Cuquita —le digo—, perdóneme usted, yo no sé qué me pasó, pero ya ve lo que sucedió. Pero pues ahora pienso seguir con ella, mantenerla, verla como mi esposa.

—Bueno, a ver si ahora en la tarde van a la casa.

—Sí, cómo no, Cuquita.

Y todavía me faltaba mi papá, porque de buenas a primeras me salí de la casa, ¿no?, y dije: "Me va a matar cuando sepa…" Como si me hubiera leído el pensamiento, ese día que me encontré a mi suegra, me manda hablar mi papá con Roberlo: —Que te habla mi papá, que te necesita. —Ah, está bueno —le digo—, allá voy en la noche. —Pero que lleves a tu señora. —¡Madre mía!

Cuando llegamos Paula no quería entrar a la casa, y yo la estaba forcejeando queriéndola jalar pa' dentro y que va saliendo mi padre. —Pásenle. —Yo le vi cara como de juez, así como que íbamos a estar ante un jurado. "¡Ay, Madre Santísima!" Que nos pasamos, pero yo muy cohibido, pues siempre le he tenido mucho respeto a mi padre.

Se sentó él en la mesa de un lado y nosotros del otro. —Conque ya es usted casado, ¿no, cabroncito?

—Pos… sí, papá.

—Y, ¿cuánto gana?

—Cincuenta y seis pesos, papá.

—¡Cincuenta y seis pesos! ¡Bruto, imbécil, pendejo este! ¿Qué te crees tú que una mujer se mantiene con alpiste? ¡A tus años y ya con una mujer! Ya se echó una responsabilidad, ora se chinga. —Así lo dijo en presencia de mi señora. No, si mi papá es muy franco, se pasa de franco a veces.

—Y tú, muchacha, ¿cuántos años tienes? —Le habló a mi esposa. Ella me tenía agarrada la mano y, pobrecita, estaba temblando. Mi padre tenía la cara como de muy enérgico y a pesar de que está chaparrito tiene una voz muy fuerte.

—Pues, mmmm… 17, señor. —No era cierto, se quitó tres años.

—Y, 'ora qué, ¿dónde viven, o qué cosa?

—Pos en casa de la tía Lupe.

—Y, ¿cómo te trata este cabrón?

—Pos bien, señor.

—Bueno, pues a ver si ya se pone usted a trabajar, y se porta como hombre de bien.

Ya comoquiera que sea salimos de ese apuro. No me acuerdo quién estaba sirviendo en la casa en ese tiempo, pero mi padre le dijo: —Sírvanles de cenar, porque se ve que no han cenado ni comido, éstos. —Pues comimos, pero Paula estaba muy cohibida

porque en un principio mi padre no la quiso.

Vivimos con mi tía como cerca de un año. Llegué a conocer a los hermanos de mi mamá, Alfredo, el que es panadero, y a José, porque iban de visita todas las noches. Una vez había trabajado con mi tío Alfredo pero a José casi no lo había tratado. Lo veía algunas veces, me lo encontraba en la calle y me daba mi domingo. En casa de mi tía Guadalupe venían y se pasaban horas tomando y hablando y yo me pasaba mucho tiempo con ellos.

Mi tío José me dio un consejo. Dice: —Mira, hijo, ahora que te has casado te voy a dar un consejo que debes tomar muy en cuenta toda tu vida. La mujer, el primer brinco te lo da a las rodillas. Bueno, hasta ahí puedes dejarla. El segundo te lo da a la cintura. Cuando te brinque a la cintura métele un chingadazo por donde le caiga, porque si no, te brinca al pescuezo. Y si te brinca al pescuezo, nunca te la has de bajar. Así que imponte.

Mi tío siempre se quejaba de que lo tenía embrujado y él iba a ver a un señor muy bueno para curar, para que le sacara el embrujo. —Ya ves —dice— esa vieja bruja cabrona me tiene colmada la medida. Siempre que llego está con sus yerbitas, con sus pendejadas. Y me tiene embrujado, hijo, y no sé cómo hacer para deshacerme de este encantamiento. —Pos el caso es que siempre se quejaba de que lo tenía embrujado, pero mi tío José —en paz descanse— siempre traía a la pobre señora con los ojos morados.

Una vez lo vi pegando a su señora y hasta yo me metí. —No, no, tío. No le pegues así… no seas mala gente… ¿no ves que, pobrecita, es mujer?

Un día andaba mi tía Guadalupe con un ojo morado. Entonces le dije a su esposo: —Mira, pinche chaparro, nomás sé que le pegas a mi tía, y ¡verdá buena que te las vas a ver conmigo!

Y los consejos de mi tío José eran buenos. La mujer necesita que la vigilen. Si no hace uno así con las mujeres mexicanas empiezan a tomar las riendas y después se desmandan. He oído a unas mujeres decir: —Mi esposo es muy bueno, tengo todo lo que necesito, pero yo quiero un hombre que me domine, no uno que se deje dominar por mí. —Yo siempre he dominado a las mujeres, para que yo me sienta más hombre y que ellas lo sientan también.

Bueno, pues ya pasó el tiempo y tuve una dificultad con mi tío Ignacio. No sé si estaría borracho —a lo mejor fue una puntada de borrachera— pero el caso es que le dijo a mi esposa que cuándo le iba a pagar. —¿Pagar? —le dijo Paula—, ¿yo qué le debo, cuándo le he pedido prestado? —No —dice él—, si no se trata de eso, se trata de… ya usted me entiende. —En la noche que yo vine de trabajar me lo dijo *la Chaparra* y yo me disgusté muy fuerte con Ignacio, incluso quise pegarle. Pero por mi tía esa misma noche nos salimos y nos fuimos a vivir a casa de mi suegra.

Mi suegra y su marido vivían en un cuarto con cocina en el número 30 de la calle de Piedad. En ese tiempo cuatro de sus hijos y sus familias vivían allí; Dalila y su niño, Faustino y su esposa, Socorrito, su marido y sus tres hijos y Paula y yo. El cuarto era no muy grande, la duela del piso —donde dormíamos— era tosca, burda, toda dispareja. Las paredes se veían llenas de dedazos de las chinches que mataban. Y había cantidad de

chinches ahí… yo desde luego no estaba acostumbrado —por mi padre, ¿verdad?, como es extremadamente limpio, y en la casa pocas veces hubo tal cantidad de animales. Aquí no había excusado adentro, únicamente excusado colectivo, afuera, y siempre en un estado desastroso, pero horrible aquello, ¡vaya!

En aquel cuarto sólo había una cama que es donde dormía Faustino con su esposa. Los demás dormíamos sobre el piso, sobre cartones, para tender las cobijas. Los otros muebles eran un ropero, todo roto, sin puertas, y una mesa que teníamos que sacar en la noche para la cocina para poder desocupar el espacio. Socorrito, su marido y sus chamacos se acostaban en el espacio entre la cama y la pared. Paula y yo nos quedábamos a los pies de la cama. Mi cuñada Dalila y su hijo, al otro lado, junto a Paula. Mi suegra y su marido en la esquina cerca de la cocina, en el lugar que ocupaba la mesa en el día. Así es como nosotros 13 —cinco familias— cabíamos en aquel cuartito.

Eso de vivir varios en un mismo cuarto es un freno a la libertad individual. De niño no lo pude echar de ver excepto cuando quería yo platicar con algunos de mis amigos, chamaquitos también, o que queríamos ver algún libro de cosas picantes. Ya de adulto sí he tenido experiencias muy amargas. Estando conviviendo juntos nunca, nunca puede uno llevar una armonía entre la familia. Siempre existen diferencias, dificultades… como cuando mi cuñado que cada que se salía quitaba los tapones de la luz para que no se utilizara, porque él fue el que pagó el contrato.

Sí, eran unas condiciones desastrosas de vida. Yo toda la vida he trasnochado, toda la vida he llegado a dormir muy tarde. Estaba yo ahí echado y ellos se levantan temprano y empiezan con sus gritotes, y corren, y brincan, y entran y salen. Me levantaba hasta con jaqueca de estar oyendo tanto ruido.

El más grande de los inconvenientes de vivir juntos es que para el acto sexual siempre tiene uno que reprimirse. Siempre está la familia ahí y no puede uno lograr lo que se apetece al momento por cuestión de tener testigos, ¿no? Cuando tuvimos oportunidad de quedarnos un rato solos en la casa y estábamos gozando, no faltó alguien que de forma imprevista tocara la puerta y cortara aquella cosa. Entonces es cuando uno se siente defraudado, se siente decepcionado.

Es penoso, aunque luego movía a risa. Pancho se pasaba la noche espiándome a mí, y yo me pasaba la noche con un ojo cerrado esperando que él y su esposa se durmieran. Ellos nos espiaban a nosotros y nosotros los espiábamos a ellos, buscando la oportunidad y temiendo oírlos o que nos oyeran ellos.

Un día estuvo rechistoso. Acababa de llegar Pancho de un viaje y entonces venía ganoso, ¿verdad? Ya nos acostamos y cuando creyeron que ya estábamos dormidos empezaron a darse sus besos y esas cosas, y beso y beso. De repente pos yo creo que ya estaban sintiéndose bien los dos, se para Socorrito de puntitas y afloja el foco para quedarse a oscuras. Y luego siguieron diciéndose sus cosas bonitas. El caso es que cuando Pancho se le llega a subir a ella, el maldito foco se vuelve a prender solo, él brinca, y ahí va pa'abajo. Ellos dos con una risa y yo ya no hallaba cómo aguantarme y callarme.

Un día tuve una pequeña dificultad con mi cuñada Dalila. Una noche vine de trabajar mucho muy tarde. Tenía muchísimo sueño y me acosté junto a Paula. Como entre sueños me pareció que Godofredo, el hijo de Dalila, estaba como llorando, como si se estuviera asfixiando. Entonces estiré el brazo y moví a Dalila. Al día siguiente le contó a mi suegra que le había yo agarrado un pecho. Paula y yo tuvimos un disgusto por esa causa.

Estaba yo trabajando, pero me enojé con el maestro y me quedé sin trabajo y yo no podía encontrar otro. Y yo sé trabajar en la talabartería, en candilería, de panadero, sé pintar casas. Yo tenía la idea de que si uno sabe un poco de diferentes cosas no se podía uno morir de hambre. Pero dondequiera que me paraba yo a buscar trabajo no había. Agarramos una racha pues larga. Aunque encontraba trabajo por una temporada pasábamos penalidades porque ganaba un sueldo muy miserable y tenía que esperar toda la semana para que me pagaran.

Mi pobrecita vieja nunca se quejó. Nunca me pidió nada, nunca me dijo: —¿Por qué me haces esto, por qué me traes así? —Por causa de la pobreza en que vivíamos incluso llegué a decirle: —Mira, viejita, me dan ganas de dejarte. Tú tienes derecho a ser feliz, a tener una vida mejor de la que llevas conmigo. Yo soy un desgraciado que no puede darte absolutamente nada. No tienes necesidad de sufrir estas penalidades conmigo. Mira, tú eres mucha mujer para mí, y yo no te merezco.

Paula no me quiso, me adoró, toda su vida me adoró. Y yo la quería mucho. Todos los días antes de ir a buscar trabajo le decía yo: —Ten, ahí están esos tres pesos, es todo lo que tengo. Cómprate algo de comer.

—Y tú, ¿no vas a desayunar? —me decía ella.

—No, viejita, la señora que tiene el puesto del mercado me fía. —Yo le decía así porque comprendía que dos no podíamos comer con tres pesos. Yo pensaba entonces ir con Alberto y que él me disparara café o algo. Él siempre tenía centavos y me ayudaba.

Como no estaba trabajando, mi suegra de vez en cuando me ponía cara y mi cuñado Faustino me hacía menos. En ese tiempo que andábamos de novios Paula y yo, Faustino, Pancho, Alberto y yo, habíamos salido juntos. Íbamos a bailar, y nos sacábamos un par de "gatitas" y nos las llevábamos a un hotel, o íbamos al cine con nuestras chamacas, o jugábamos baraja. Pero cuando estaba sin trabajo, Faustino y Pancho no me hacían caso.

Todo ese tiempo, lo juro, yo buscaba trabajo con todas mis fuerzas. Entonces tenía un amigo llamado Juan, un hombre grande, ¿no?, bastante fuerte, que tenía camiones de materiales para construcción. En una ocasión yo ya tan desesperado le dije: —Mira, Juan, por favor, mano, por lo que más quieras, consígueme un trabajo, en lo que sea, en lo que salga, pero consígueme un trabajo. Yo necesito trabajar, mano. Fíjate, ahorita la pobre de mi vieja ya tiene muchos días que no le doy gasto y estamos comiendo en la casa de mi suegra y me da vergüenza estar comiendo allí sin dar nada.

—Bueno —dice—, paso por ti a las cinco de la mañana.

Sí, efectivamente, me consiguió un trabajo partiendo piedra en el pedregal de San

Ángel. Me dieron mi marro y una barreta. Yo no tenía noción de cómo se hacía aquello. Nos pagaban a cuatro pesos el carro de piedra. "Ummm —dije—, cuatro pesos… de perdida unos dos carros que me haga, ya son ocho pesos." ¡Triste decepción!, desde como las cinco y media de la mañana hasta como las seis de la tarde apenas medio carro ajusté. El mango del marro chorreaba… tenía los hilitos de sangre de las ampollas que se me habían reventado en la mano, y todo el santo día me gané dos pesos.

Cuando Paula vio cómo traía las manos se soltó llorando y a mí me dio mucho sentimiento. Le digo: —Ándale, ándale… ya no llores, vieja, porque siento mal. Mejor ve a comprar café negro y frijoles para que comas. Se me hace que no has comido. —Ella era muy orgullosa y había días que se la pasaba sin comer por no agarrar nada de su casa, de mi suegra. Entonces lloramos ahí los dos juntos, me hizo llorar también a mí del sentimiento que tenía.

Al otro día llegó Juan por mí. Tenía fiebre del trabajo del día anterior, pero me levanté. Me subí en el carro y dice Juan: —¿Sabes qué, Manuel?, estoy pensando que es un trabajo muy duro para ti, mano. Mejor te voy a traer conmigo en el carro. —Andaba yo con él y cobraba las remisiones o cuando faltaba un machetero agarraba la pala y paleaba arena, o cargaba piedra o tabique. Y por eso me daban cinco, ocho, 10 pesos, depende de los viajes que hacía, o cómo le iba. Le estoy tan agradecido a ese hombre.

Bueno, el tiempo pasó. Paula y yo habíamos vivido juntos casi tres años y no teníamos familia. Luego yo le decía: —Parece que vivo con un hombre… tú ni pareces mujer. ¿Cuándo vamos a tener un hijo? —Entonces no comprendía lo que cuestan los hijos, o lo que sufre uno cuando no puede darles lo que uno quisiera. No pensaba yo en esas cosas.

Yo seguía teniendo disgustos con Paula. Tenía cierta desconfianza porque no había sido "quinto" cuando me acosté con ella la primera vez. Me disgusté porque me quiso ver la cara de pendejo, pero pensé que no importaban los que hubiera habido antes que yo. Lo que nunca pasaría era que de aquí en adelante me engañara. Pero no le tenía entera confianza y cuando vi que no estaba embarazada pensé que había tomado algo para curarse. Yo le seguía reclamando, seguido peleaba por eso y ella le pedía a Dios que le diera un hijo. Ahora comprendo que quizá a causa de mi edad yo era el que no podía engendrarlos todavía; mi moco no era consistente, no tenía fuerza.

Un día Paula me va dando la sorpresa de que iba yo a ser papá. —¡No, hombre, no me digas! ¿De veras, de veras no me engañas, vieja?

—No —dice—, de veras.

—Ay, viejita —le digo—, ¡bendito sea Dios! A ver si así ya nos cambia la suerte. Ándale, vente, vamos al cine, vieja. —Yo no llevaba más que ocho pesos. —No, aunque sea nos gastamos dos pesos en el cine, pero hay que festejar esto. Ándale, madre, ponte tu abrigo y vámonos.

Bueno, ya me la llevé al cine ese día. Estuvimos muy contentos. Yo estuve más cariñoso que de costumbre con ella. Después no quería yo que se agachara, ni que levantara nada pesado.

Pasó el tiempo y así anduve con Juan; después escaseó el trabajo. Bueno… yo ya

estaba sugestionado. Dije: —Yo creo que estoy salado, estoy maldito, creo. Nada más me junto con alguien y le empieza a ir mal también.

Y una ocasión que no habíamos comido todo el día, fui a visitar a mi papá, se me ocurrió recurrir a él, ¿verdad? Mi papá me miró fijamente cuando entré. Estaba yo muy flaco, pesaba 52 kilos en ese tiempo; ahora peso 70 kilos. Mi esposa también bajó mucho de peso, aunque siempre fue de buen cuerpo.

—Mira nada más cómo andas. ¿Qué te has hecho todo este tiempo?

—Pues… trabajando, papá.

—Mira, los zapatos los traes rotos; ese pantalón todo remendado, parchado… ¿Cuándo andabas tú así?

—Pos no, papá, pero… me ha ido un poco mal.

—Sí, se nota, se ve, no necesitas decírmelo. Cabrón, para que te des cuenta que no es lo mismo tener uno todo en casa que fregarse el lomo para ganarse las cosas… Te vas a volver tuberculoso…. ¿Qué tienes, no comes, o qué te pasa?

—No, papá, cómo crees que no vaya yo a comer. —Pero eran malpasadas.

—Ándale, siéntate a cenar.

—No, papá, ya cené.

—Yo no te pregunto si cenaste o no. Siéntate a cenar.

Me sirvieron de cenar. Yo tenía un hambre atroz, un vacío inmenso en el estómago, si desde la mañana no había comido nada. Había en la mesa plátanos fritos… y pos cosas que se me antojaban ya de ricos por carecer tanto tiempo de ellas. Di una cenada bárbara. Y no hallaba cómo decirle a mi papá que me prestara cinco pesos. ¡Cinco pesos… y no hallaba cómo decirle! Pero él creo que comprendió mi intención.

—Papá, ya me voy, que pases buena noche.

—Ándale… que te vaya bien. Toma, llévate estos 10 pesos, a ver para qué te sirven.

Y yo como queriendo llorar, porque no me sentía hombre. Me daba rabia, me daba odio contra la humanidad, porque yo me sentía impotente. Decía yo: "Cómo otros tienen, y yo no puedo… Si yo trabajo bastante, ¿cómo a otros les rinde y a mí no?"

Salí de Bella Vista y me voy pero si más que volado a ver a mi esposa. Ya hacía tanto tiempo que no le daba 10 pesos juntos. Al llegar lo primero que vi fue sus labios resecos, sus labios que denotaban hambre, que denotaban sed. Me sentí un desgraciado, ¡un desgraciado!, y lloré, lloré. Yo llevaba el estómago bien lleno, yo iba satisfecho de haber comido bastante. Era un infeliz porque tragué… Si mi esposa no había comido, yo no debía haber comido también, y entonces lloré.

—¿Por qué lloras, Manuel?

—No tengo nada. Anda, ve a comprarte qué cenar.

Le di los 10 pesos y nada más le dije: —Cómprame cinco centavos de cigarros —todavía había cincos— y en la mañana me das para mi camión para ir a buscar a ver qué encuentro. —Eso lo hacía todas las mañanas.

Entonces como a los cinco meses de embarazo de mi esposa me manda hablar Raúl Álvarez para trabajar en su candilería. Tenía un pedido de 18000 piezas y se comprometió a entregarlas en 15 días. Nos entregaban el vidrio plano, grueso, y yo lo

que hacía era dar forma al vidrio, prismas, almendras. Me metía desde las ocho de la mañana y eran las 10 de la noche y yo trabajando.

La primer semana, ¡pum!, doscientos y tantos pesos saqué de raya.

—¡Madre Santísima! —dije—, ¡bendito sea Dios! —Llegué y le dije a mi esposa: —Mira, viejita, lo que me gané. De aquí nada más voy a agarrar 25 pesos para comprarme unos zapatos. —No, viejito, cómprate un pantalón también. —No, madre, ahora necesitas atención tú. Cómprate un tónico, cómprate algo para que el niño no vaya a nacer raquítico.

Y así estuve trabajando durante un mes. Al cabo del mes se enferma mi cuñado Faustino —que había sido tan déspota conmigo— y se andaba quedando paralítico de medio cuerpo. Me dice: —Compadre —soy padrino de bautismo de sus dos niños—, no seas mala gente, vete a trabajar al café, mano, ¿no? Si dejo de ir a trabajar me van a quitar el trabajo. Veme a cuidar el trabajo, na'más unos dos o tres días, en lo que me compongo.

—¡Hombre, compadre! —le digo—, pero pues si ves que apenas me estoy componiendo, mano. Apenas acabo de agarrar este trabajo con el señor Raúl. ¿Cómo le hago pues para pedirle permiso?

—Ándale, no seas mala gente. —Y me puso tal cara de aflicción, tal cara de humildad, que pues me dio quién sabe qué cosa, ¿no?, me remordió la conciencia.

—Bueno pues, ándale, pero voy a ir nada más dos días, a ver si te compones en esos dos días.

Pues me fui a trabajar al restorán. Pues resulta que esos dos días se alargaron, y se alargaron, y se convirtieron en ocho, y se convirtieron en 15. A mí me pagaban los 15 pesos que le pagaban a él; de esos 15 nada más le daba cinco a mi esposa y el resto se lo pasaba a mi compadre. Pagaba doctor, pagaba medicinas, pagaba su renta, daba para el gasto. Me decía yo: "Bueno, esto hago de cuenta que es un ahorro, que es una alcancía que estoy haciendo para ahora que se alivie mi esposa. Al cabo mi compadre yo creo me paga todo junto. Con eso ya puedo pagar el sanatorio de mi esposa".

Pues no. Resulta que estando malo mi compadre todavía, se enferma mi ahijado Daniel y había que ir por una señora toda la noche para que le pusiera penicilina, cada dos horas. Bueno, yo no dormía; yo era el que iba por la señora y la traía, y luego volvía a dejarla a su casa, y así cada dos horas. No dormí durante tres noches y yo pagándole medicinas y pagándole todo. Después se enferma mi comadre Eufemia y ahí me tiene a mí curándolos a los tres, y dándoles dinero para todo. Yo decía, pues es lo que estoy ahorrando, es lo que estoy ahorrando. Me hacía esa ilusión. Pero esta situación se alargó mucho, pues estuve más de mes y medio así, y perdí mi trabajo con el señor Raúl.

Una mañana iba yo a trabajar al restorán y cuál no sería mi sorpresa que me detiene el dueño y me dice: —No puede trabajar ahora, ahí está ya Faustino. —Ya había ido a trabajar, pero a mí no me había dicho nada. Tres días después Faustino se dio una quemada bárbara —no la sintió porque se estaba quedando muerto de medio cuerpo.

Ya no pudo ir a trabajar. Podía haberme avisado, y no me avisó. Sabía que yo andaba sin trabajo y que para esos días se acercaba el parto de mi esposa. Y otra vez a

buscar trabajo. Andaba yo en todos los talleres y a veces me daban unas cuantas piezas; sería a ganarme unos 10 pesos, cinco pesos, poco, no más. Andaba yo de ambulante, ¿no?

Para esto, mi esposa tenía un hermano mayor que se llamaba Avelino. Como 15 días atrás se había ido a la casa porque estaba muy malo; tomaba mucho y estaba malo, gravísimo. Pues en esa semana se murió. Anduvimos cooperando todos para el entierro; mi concuño empeñó su reloj, comoquiera se juntó para el entierro y lo llevamos a enterrar. Dos días después mi esposa empezó a quejarse, pues ya se iba a aliviar. Mi cuñado se murió un jueves y el sábado vino al mundo mi hijo en ese mismo cuarto. Siempre me he sentido intranquilo por eso, porque tenía muchísimo temor que ella fuera a adquirir un cáncer, cualquier cosa, por el humor del muerto que había estado ahí.

El sábado por la mañana voy corriendo por la partera. Me hizo que comprara algodón, gasa, hilo para amarrar el cordón umbilical y un cómodo. Cuando Paula estuvo encinta tomaba atole blanco, atole de masa, porque según sabemos contiene mucho calcio el maíz. Yo no estaba en la casa cuando nació mi hijo, porque como si Dios se hubiera apiadado de mí esa mera semana me dieron un trabajo desgajando vidrio y me pagaron 12 pesos diarios.

Llegué al trabajo y le dije al maestro que si no me hacía favor de rayarme y darme el día libre, aunque no me lo pagara, pues mi esposa se iba a aliviar y yo quería estar con ella. —¿Sí? —dice—, ¿pa' qué chingaos vas a estar ahí? ¿Qué tú le vas a ayudar a pujar, o tú vas a nacer al chamaco, o qué? Aquí hay mucho trabajo y aquí se viene a trabajar. Ándale. —Y ni modo de ponerme al brinco porque con qué le pagaba a la partera, así que estuve trabajando todo el día.

Por cierto que ese día se me hizo una eternidad, el más largo de mi vida, ¿no? Después de terminar teníamos que lavar todo el taller. Salí bien mugroso, porque ese trabajo es mucho muy sucio, como trabajo de carbonero. No hicieron más que pagarme y que salgo destapado, yo quería llegar cuanto antes a la casa. Pasé al mercado y compré una ropita para la criatura. Y ahí iba yo corriendo por en medio de los puestos cuando me encontré a mi hermano. —Ya, ya, no corras, tú —me dijo—, ya se alivió.

—Eh… —le digo—, ¿qué fue?

—Pos niña.

—Pos no le hace. —Y ahí voy corriendo otra vuelta. Cuando llegué estaba mi suegra, Socorrito, Pancho, y todos, observándome nada más a ver qué cara hacía yo. Me quedé como pendejo, y dije: —Ya vine, viejita. —Ella se veía cansada pues, del esfuerzo. Yo le di un beso en la frente, viendo a la niña. —¿Ésa es mi niña?

—Sí, ¿no te gusta?

—Sí, está bonita. —Yo creo que hice una cara, o me puse coloradón así de la emoción y que sueltan todos la carcajada. Pancho dijo: —Haces una cara, concuño, que, ¡qué bárbaro! Es tu primera hija, por eso venías hasta corriendo… Ya te preguntaré cuando tengas más.

Bueno, pues así vino al mundo mi hija Mariquita. Recibí una alegría grande ese día, porque mi padre —que nunca se había parado en la casa— vino a ver a su nieta.

Ni Consuelo ni Marta fueron a vernos. Roberto es el único que fue una o dos ocasiones.

Como tres meses tenía la nena y una ocasión llegamos a visitar a mi padre, porque una vez que lo encontré en la calle dijo: —A ver cuándo van… cuándo llevan a esa criatura. Ustedes ni parecen que tienen padre, que tienen familia. Yo no sé por qué son así, cabrones. —Pues llegamos de visita y cenamos ahí con él, y todo. Y después: —Ya nos vamos, papá, buenas noches.

—¿Ya se van? ¿Adónde van? La niña ya no sale de aquí… lárguense ustedes, si quieren, pero la niña ya no se va.

—Ah, ¿cómo que ya no se va, papá?

—No —dice—, la niña se va a quedar aquí conmigo. Ándale, Paula, agarra un lugar en la cama y acuéstate ahí con las muchachas… y usted, tiéndase su cama ahí en el suelo, cabrón, y acuéstese a dormir.

—¿Entonces ya nos vamos a quedar aquí, papá?

—Pos sí, ya se van a quedar aquí. Ni crean que mi hija se va a ir de aquí ya. — Bueno, entonces ya principiamos a vivir en la casa de mi padre.

Así como entre gusto y coraje me dio, ¿verdad?, por lo que hizo mi padre. Gusto, porque con mi padre, comoquiera que sea, había más higiene, más limpieza, y había de estar mejor mi vieja. Yo odiaba con toda la extensión de la palabra tener que llegar a aquel cuarto con mi suegra. Se me encoge el corazón de acordarme cómo vivía. Y para no ofender a Cuquita fuimos sacando las cosas poco a poco.

Pero tenía yo coraje con mi padre por una cosa. Que desde el primer día a mi esposa la haya metido a dormir adentro con mis hermanas y a mí me echó a dormir en un costal en la cocina. ¡Como si no hubiera habido ninguna variación en nuestras vidas! Y no pude dormir con mi esposa. Ahora que tengo mis hijos, y si Dios me da licencia de verlos a ellos que se casen, bueno pues lo más lógico es que los deje dormir con su mujer, para que se sientan hombres, ¿verdad?

No sé por qué se me cerró la memoria a ese respecto, pero no puedo acordarme quién vivía en Bella Vista en ese tiempo. Tenían criada pero no recuerdo quién era. Roberto andaba ya de soldado; recuerdo un telegrama que me mandó porque se encontraba en dificultades. Nada más Consuelo y Marta estaban en la casa. Mi papá creo que se quedaba en casa de Lupita en ese tiempo.

Yo entonces le daba a mi papá 50 pesos semanarios para ayudarle en el gasto. Esto duró unos cuantos meses, luego una semana no me rayaron en el trabajo y falté de dar gasto. No me dijeron nada. Y luego otra semana, y otra. El dueño del taller nos fue pagando de cinco, de 10 pesos, y cuando menos pensaba ya me había gastado los centavos. Y cuando menos acordé ya me había olvidado de la obligación.

Y luego pensé, al cabo mi papá tiene, da el gasto de todos modos, alcanza para que comamos… Siempre pagaba la renta y traía a la casa mucha comida. También pensé que pues Paula hacía la limpieza, lavaba la ropa a mi papá, hacía de comer. Así que lo que ella comía era como lo que se paga a una sirvienta. Entonces ya ni a mi esposa le daba

yo dinero. Insensiblemente me fui desobligando de mi esposa, sin tener otra mujer.

Empecé a juntarme otra vez con la palomilla de Bella Vista. Alberto y yo trabajábamos en la misma parte y todo el tiempo andábamos juntos. En cierta forma quiso imitarme porque como a los seis meses de que yo me casé se llevó a una muchacha llamada Juanita a vivir con él. Pero ella se encelaba de la amistad que llevábamos y de que Alberto prefería salirse conmigo que quedarse con ella en la casa. Entonces ella empezó a meter pullas, y a meter pullas. Por ella vino a haber distanciamiento entre nosotros aunque éramos un libro abierto uno y otro.

Alberto no sabe leer ni escribir, sin en cambio tiene una inteligencia bastante despierta, nada más que siempre le gustó mucho tomar. Cada ocho días seguro que se iba de parranda y me decía: —Vente, compadre, vamos a echarnos unas tres. —Como dos veces nada más me había emborrachado, pero no me gustaba. Ésta era la gran diferencia entre él y yo.

Otra diferencia es que él estaba satisfecho de ser obrero y yo no. Aún en ese tiempo odiaba tener alguien por encima de mí, pero a Alberto no le importaba, siempre que pudiera robar un poquito. Decía: —Si el maestro se hace rico con el fruto de mi trabajo es muy justo que a él le quite yo un poco, para nivelar las cosas. —Para Alberto el único patrón que no era bueno era al que no le podía uno robar.

Alberto se salió de la candilería y se fue de chofer de camión. No les pagaban mucho pero los choferes para compensar se quedan con dinero de los pasajes. A mí ya no me gustó trabajar en el taller sin mi compadre, así que cuando Santos, el padrino de mi niña, me dijo que por qué no ponía un taller de zapatos me entusiasmó la idea. —Consígase unos 200 pesos. Se pone a hacer zapatos y le puede dejar unos cinco pesos, cada par. — Yo dije: “Si hago unas cinco docenas semanarias, son 60 pares, a cinco pesos por par, son 300 pesos. Pos conviene”.

Santos me prestó las hormas y la máquina y yo le pedí los 200 pesos prestados a mi papá. A una tercera persona le dijo mi papá: —Mira nomás el tiempo que desperdicia uno, habiendo tan buenos negocios. Mira lo que me está diciendo Manuel, y yo siempre de bruto metido ahí en La Gloria. A la mejor logra subir y hacer algo.

Bueno, ya me puse a hacer los zapatos. El primer día fui con don Santos a comprar la piel. Pero yo no tenía noción de lo que era hacer un par de zapatos, no sabía lo que eran los negocios. No sabía ni rayar suelas; nunca tuve la precaución de cortar una piel entera para ver cuántos pares salían de ahí; nunca hice un presupuesto; nunca vi que creciera el capital o que mermara, sino todo a la buena de Dios. Y don Santos, me di cuenta de que obró de mala fe conmigo. Él le metía material de segunda al zapato y posiblemente a causa de eso le hayan retirado los pedidos. En lugar de meterle el cerco de carnaza, me decía que comprara barriga, o sea suela. Me hacía comprar llanta, la que todavía tenía forma, nunca me hacía comprar llanta lisa. Me hacía que yo trabajara el zapato más presentable que como lo entregaba él, y a base de eso ahoy veo que en lugar de ganar siempre salí perdiendo en ese negocio.

Tenía muchos gastos. Renté un taller pequeño ahí mismo en Bella Vista, tenía tres ensueladores y otro que terminaba el zapato. A los zapateros se estila que todos los días

se les da su "chivo", es decir dinero a cuenta de su sueldo. Yo les daba 10 pesos. Los viernes por lo regular, los zapateros aquí en México velan, y yo le pedía a mi esposa que me trajera de cenar, pero bastantito, para convidarles a los muchachos.

Para esto, mi papá ya me había llamado varias veces la atención porque no daba yo gasto. Le volví a dar como cuatro o cinco ocasiones. Luego le dije: —Mira, papá, ahorita no quiero agarrar ni cinco centavos del taller; primero quiero ver que crezca el capital, a ver hasta dónde lo puedo subir. Primero Dios. —Está bueno —dice.

Entonces no me acuerdo cómo pasó… Chuchito, un zapatero que tenía yo, un ensuelador, era alcohólico y como 15 días "anduvo en la guerra", como dicen ellos, se emborrachó diario. Luego murió en la calle, abandonado, el pobrecito. Yo decía: "Pobrecitos —lo que sea de cada quien—, se joden mucho para ganar cualquier mierda ahí". Así que a los ensueladores les pagué 20 centavos más la ensuelada y a los maquinistas 10 más el corte. Quería enseñarles cómo debe de tratar el patrón a sus obreros, yo no quería explotarlos como mis patrones me habían explotado a mí. Sí, todos estaban muy contentos conmigo como patrón. Ninguno se quejó de mí… pero fui completamente incompetente.

Sin saber estaba yo perdiendo en el zapato en vez de ganar. Luego no me acuerdo a quién mandé a entregar 25 pares de zapatos, y se me va con el dinero. Así que cuando menos acordé, había fracasado, y me quedaban los puros 200 pesos con que había empezado, y eso en material. Se lo vendí todo a don Santos por 60 pesos.

Después de que mi negocio fracasó ya nunca traté de planear nada. Perdí la poca confianza que tenía en mí mismo y llevé mi vida como los animales, del día al día. Nunca hice planes porque me daba pena ante mí mismo porque no tengo fuerza de voluntad para apegarme a una norma y seguirla. Tengo una comprensión grandísima para comprender a los demás, incluso me he atrevido muchas veces a sugerirles a mis amigos el remedio para vivir mejor, pero respecto a mí no puedo analizar mis propios problemas. Me siento completamente nulo.

Para mí, el destino en realidad es una mano misteriosa que mueve todo. A los elegidos les salen las cosas como las planean. Para los que "nacemos para tamal del cielo nos caen las hojas". Uno planea una cosa, por equis viene cualquier otra cosa y se desbanca todo completamente. Como una vez tenía yo la intención de ahorrar y le dije a Paula: —Vieja, guarda esto, para que algún día tengamos unos centavitos. —Cuando tenía ya 90 pesos ahorrados, que se enferma mi papá y, ¡pum!, hay que sacar todo el dinero. La única vez en mi vida que ayudé a mi papá, y la única que quería yo ahorrar. Le dije a Paula: —Ahí 'stá… Quería yo ahorrar y luego sale una enfermedad. ¿Na'más para eso estoy ahorrando? ¡No! —Creo que ahorrar es hasta llamar a las enfermedades. Y tengo la firme creencia que ya los que nacemos para pobres, por más que le haga uno la lucha y por más que se desespere y le jalonee uno por aquí y por allá, pos Dios na'más nos da para ir ahí vegetando en la vida, ¿no?

Después de mi fracaso no quise saber más de zapatos. Volví a entrar a trabajar en los candiles. Cuando salía del trabajo me dedicaba únicamente a andar jugando baraja y a gastarme los centavos con los amigos en nuestros gustos, irnos al cine, al beisbol, al

futbol… Casi no estaba en la casa. Cuando mi segundo hijo Alanes nació, mi papá pagó a la partera porque ni eso pagué siquiera.

Para ese entonces había llegado mi media hermana Antonia de vuelta a casa. Desde su llegada tuvo más confianza con Paula que con mis propias hermanas. Incluso le llegó a confiar a mi esposa que yo me parecía a un hombre que ella quería y qué lástima que yo fuera su hermano porque le gustaba mucho. Luego Paula me dijo que Tonia había hecho "una fregadera" y esta-ba embarazada. Pero yo nunca pude reclamarle al padre porque Tonia nunca me lo quiso decir.

Luego Tonia tomó unas yerbas para que abortara y se puso muy mala. Se puso como loca. Se sacudía, se rascaba y cuando me veía a mí se espantaba, o como que le causaba dolor ver mi cara porque me acercaba yo y gritaba: —¡Su cara, su cara! —Mi papá me veía después así como con sospecha, cosa que me hería mucho, porque nunca tuve malos pensamientos con Tonia. Ella decía eso porque me parecía mucho al hombre que ella había querido.

Luego los doctores la mandaron al manicomio y los trastornos se le fueron quitando poco a poco. Un doctor le dijo a mi papá que ella era de la clase de mujeres que no puede vivir sin el hombre; para que estuviera bien de los nervios necesitaba a fuerza estar con un hombre. Por eso cuando empezó a tener niños con Francisco ni dijimos nada.

Sí creo yo que tenía alguna enfermedad mental porque quiso embrujar a mi papá. Julia, la esposa de un compadre de mi papá —el padrino de primera comunión de Marta —, nos dijo que tuviéramos cuidado con Tonia porque andaba haciendo brujerías y midiendo a mi padre para que se muriera. Una cosa que tiene arraigada la gente antigua, ¿no?, la gente del pueblo, es que por medio de sortilegios, por medio de hechicería, invocando a algún santo, midiendo a alguna persona con un listón, o echando ciertos polvos, algún espíritu malo se va a apoderar del cuerpo de aquella persona y la va a matar.

Yo no creo que exista la brujería pero cuando estaba viviendo en casa de mi tía vi cómo una mujer curaba a un hombre que tenía nubes en los ojos. Tomó un huevo de una de sus gallinas, le frotó los ojos al señor con él y lue-go quebró el cascarón. Estaba negro por dentro y le dijo esta señora al hombre que su enfermedad era cosa de brujería —su propia esposa lo estaba embrujando—. Y le dio un contrarremedio.

Mi papá sí es muy supersticioso. Se enojaba mucho porque a la hora de comer derramaba uno la sal, le daba mucho coraje. Y una vez se retenojó porque llevé un cinturón de piel de víbora a la casa. Cree que con estas cosas entra la mala suerte en casa. Cuando supo de las brujerías de Antonia él también se fue a ver a una bruja. Le dio agua para rociar en el cuarto y no hiciera efecto la brujería.

Pero Antonia siguió siendo la consentida de mi padre. Siempre le compraba todo lo que ella quería, y no importaba lo que ella hiciera o dijera, él únicamente decía: —Está bien, está bien. —Siempre me extrañó que mi padre es un dulce, ¡un dulce!, con otras personas, nunca con nosotros. En el caso de Antonia creo que en cierta forma trataba de resarcirlas a ella y a Lupita todo el tiempo que no pudo atenderlas. Quizá también porque

ella ayudaba con el quehacer de la casa. Marta y Consuelo no tuvieron madre que les enseñara y no saben hacer nada, vaya, son inútiles para esas cosas.

Una cosa que siempre me ha molestado es que nadie de mi familia me ha tratado como hermano mayor. Como hermano mayor era mi deber, era mi derecho; cuando Marta andaba de novia de Crispín, pude haberlo impedido. Pude haberle hablado de hombre a hombre a aquél, ¿verdad?, pero temí sinceramente que Marta o mi padre me fueran a hacer quedar en ridículo. Una ocasión le pedí a Marta que me detuviera a mi hija Mariquita, pues yo la traía cargada y Crispín le dijo que no me agarrara nada, que a poco era mi criada… Me dio mucho coraje y le dije:

—Oye, Crispín, ¿por qué le dices que no agarre a mi hija? ¿Qué no es mi hermana? Ten entendida una cosa y grábala bien en tu memoria, primero que a esposo conoció a hermano. Es más, he sabido que en más de una ocasión le has puesto la mano encima a mi hermana. Y te voy a decir que el día que le vuelvas a poner la mano encima, te las vas a ver conmigo.

Bueno, pues lo lógico es de que si mi hermano mayor está hablando, apoyar a mi hermano, ¿verdad? Pues todo lo contrario. Dice: —Bueno, ¿tú qué te metes en mi vida? —Fue con lo que me salió.

—Mira, Marta —le dije—, jamás de los jamases me he de meter en tu vida, yo te he de ver muriendo, yo he de ver que te traigan arrastrando por el suelo, y no me he de meter.

Luego ya después de que pasó lo que hubo pasado, de que se fue Marta con Crispín, mi papá nos echó la culpa a Roberto y a mí. Nunca nos dio libertades de meternos en su vida de ella y luego que ya pasó el fracaso, nos echaba la culpa a nosotros. Lo mismo pasó con Consuelo. Desde el principio sospeché del fulano ese con el que andaba. ¡Y cómo no iba a desconfiar si los dos somos iguales!

Dos veces me he tenido que pelear con mi hermano Roberto para que se enseñara a respetar a sus mayores, y yo hacer sentir mi autoridad. La primera vez me dijo: —Güey. —Le digo: —No seas hablador, ¡pendejo! Fíjate en lo que dices, ¿eh? Porque tú andas insinuando ahí que ya tuviste que ver con mi señora. A la que ofendes es a ella, y de paso a mí también. —Y yo le estaba hablando cuando, ¡pas!, que me pone un trompón. Es más grande él, pero nos agarramos y lo pude dominar.

Después volvimos a tener otro agarrón, pero fue por Consuelo que entró llorando que Roberto le había pegado. Él dijo que porque andaba ahí de loca, bailando. Y le digo: —Hombre, no la jodas, ¿qué te importa a ti que ande bailando? Tú, ¿qué le das? Además, ella ya trabaja… En eso diciéndole, que me agarra y, ¡pum!, que me descuenta otra vez. Lo tenía yo tirado en el suelo y hasta se metieron mis amigos a pararme. Le mordí las narices y lo rasguñé esa vez. Luego les andaba diciendo a los muchachos: —Ay… mi hermano está chaparro, pero, ¡ay cabrón!, qué fuerte pega. Hay que cuidarse con ese cuate.

Roberto estaba siempre vigilando a mis hermanas. Como mi padre, siempre ha sido enemigo de que las mujeres decentes entren a un salón de baile. Después de todas las travesuras que hizo éste vamos a ver que es el que está agarrando la rectitud de mi

padre. Es que para él la mujer… bueno; él tiene una idea tan cerrada, tan abstracta, de lo que debe ser la castidad en la mujer, que él quiere una mujer pura, casta completamente. Y hoy en la actualidad es difícil encontrarla, mucho muy difícil.

Es que hoy, las chamacas de hoy en día si uno las invita al cine y se porta como caballero —llegar y comprarle unas golosinas, ver la película completa, sin abrazarla, ni testerearla, nada de eso, después sale diciendo que es uno un pendejo. En cambio el hombre que llega —y aunque ellas siempre se resisten, porque siempre está diciendo no la mujer—, bueno, el hombre que llega y las empieza a abrazar, y a quererles meter la mano, y eso… ése sí es hombre para ellas. Mi hermano era tan reservado que yo creía que nunca se iba a casar.

Aquejan a mi hermano muchos complejos. Respecto a mujeres creo yo que hay un mar de fondo en todo esto. No es que no sea capaz de meterse y acostarse con una mujer, no, es capaz como cualquiera. Lo sé por referencias de una señora que yo le conozco. Es que él cree que a causa de que es feo la mujer que se case con él a la primera oportunidad lo va a hacer tonto. Y entonces él sabe que no se va a poder contener, y va a hacer algo sin remedio, un acto de consecuencias bastante graves.

Lo que pasa es que Roberto es demasiado violento. Es capaz de agarrar un tipo, bañarlo y revolcarlo en sangre, quebrarle las costillas… Pero no es criminal… únicamente corajudo. Pero una vez que se le ha pasado el coraje y se acuerda de cómo dejó a aquel individuo es capaz de llorar de arrepentimiento y nace en él un sentimiento de ir a pedir perdón. Mi pobre hermano es una maraña de contradicciones.

Roberto es en realidad muy noble, noble en toda la extensión de la palabra, el más noble de la familia. Yo creo que si él viviese rodeado de personas de cultura y comprensión él iba a ser feliz. Porque las cosas bonitas, las cosas artísticas le agradan. Le gusta entablar conversación con gente más instruida que él y está pendiente, está ávido de aprender palabras nuevas y poder expresarse correctamente. Si pudiera relacionarse con gente de una esfera social mejor que la nuestra, él se enderezaría. Porque aun cuando él no lo confiesa él odia todo ese ambiente nauseabundo en que vivimos… todo ese roce que tenemos con la pobreza.

Muchas de sus dificultades yo las atribuyo a una creencia errónea que tenemos aquí que por amor propio, por orgullo, no debe uno tener miedo. Roberto en realidad no conoce el miedo; no es capaz de echársele a correr a nadie. Si alguno le saca un cuchillo, él saca el cuchillo —si lo trae— y se da de cuchilladas con cualquiera. Y cuando está borracho es peor. Yo le he dicho: —Yo no sé qué es lo que buscas. ¿No puedes emborracharte decentemente y luego irte a dormir como lo hacen otros? ¿Qué te cuesta? ¡Pero no, tienes que andar buscando pleito y recibir una golpiza! Si tienes tanto coraje, ¿por qué no dejas que yo te haga un boxeador?

Hubiera sido un buen boxeador, pero nunca quiso serlo. Dice que él odia pelear. Ha sido muy bueno para los deportes… si hubiera tenido el apoyo de algún club deportivo hubiera podido ser un campeón de natación, o un corredor de bicicletas. Hubiera sido una verdadera luminaria. Pero eso de andarse golpeando con todo el mundo, de andar robando, no puede ser. Es como los caballos que se desbocan. Nada absolutamente lo

para… consejos, golpes, regaños, cárcel… nada. No comprende el alcance de sus acciones. Si algún día llegara a matar a alguien, ¿con quién la tomaría la familia del individuo muerto? Conmigo, desde luego. Pero es que él no es un tipo que se conforme con emociones comunes y corrientes —como yo, como cualquiera, como la mayoría… No, él necesita más acción, necesita dar salida a ese algo que tiene por dentro, a ese fuego que trae.

En el fondo yo creo que él tiene miedo. En mi pobre criterio creo que es su subconsciente que trata de defenderse, de prevenirse, contra algo indefinido. Más que todo, él se siente demasiado falto de cariño. Su vida ha sido realmente triste, más triste que la mía y la de mis hermanas, porque él no ha conocido, no ha tenido un verdadero amor.

Todo este tiempo yo había estado informado de Graciela y luego volví a ir al café donde trabajaba. Se había casado con un individuo llamado León, pero como a los tres meses lo dejó porque era ladrón y vendía mariguana. Era uno de lo peor, un verdadero criminal. Tenía tantas cicatrices en el cuerpo que más bien parecía mapa. A veces había visto a Graciela en la calle y siempre sentía yo algo por dentro. Tuvo un hijo por el mismo tiempo que nació mi primera hija.

Cuando tenía el taller de zapatos los amigos que sabían que la había querido mucho venían y me decían: —Fíjate que vi a Graciela en un café en la calle de Cuba —o: —Vi a Graciela trabajando en Constantino.

Una ocasión fui a entregar zapato y traía yo como unos 200 pesos, un paquete grande de pesos. Iba yo pasando por Constantino y veo que estaba Graciela sirviendo ahí. Yo dije: —Voy a entrar para que vea que ahora sí ya estoy bien. —Había pasado bastante tiempo, y todo este tiempo habíamos dejado de hablarnos. Bueno, pues ya hicimos plática mientras me servía de cenar. Yo saqué un puño de pesos y ella se dio cuenta. A partir de aquella visita se me metió en la mente otra vez y dije: —Voy a hacerle la rueda a ver si de veras me quiso o no. —Fui al café como tres ocasiones. De repente se desapareció y ya no supe dónde trabajaba. Dije: "Bueno… estuvo mejor". Tenía yo como cinco años de vivir con mi esposa y no había conocido ninguna otra mujer.

Una ocasión que fuimos los amigos al cine Florida, pasamos por un café y ahí estaba trabajando Graciela. —Ah —dije—, ahora sí ya sé dónde estás.

Bueno, entonces empecé a frecuentar el café. Y otra vez empecé a insistirle —primero muy disimulada la cosa, ¿verdad?—. Empezamos así como una simple amistad. Después, poco a poco, pues ella fue renovando aquel cariño que había sentido alguna vez por mí. Y yo —como si hubiese tenido una chispita muy pequeña en el corazón—, a base de tratarla, creció, creció, y ya después volví a sentir amor. Empecé a lograr algo, pero me costó mucho, pero mucho trabajo.

Una ocasión aceptó salir conmigo y otra pareja. Fuimos a un cabaret y estuvimos tomando unas cervezas. Andábamos bailando, me le quedé viendo, se me quedó viendo, nos miramos fijamente… Nos besamos y ella se veía un poco atarantada. Entonces ella dio rienda suelta a su pasión, y me decía: —Bésame… bésame. —Yo ya con eso iba

sobre firme y le dije: —Graciela, Graciela, ¿cuándo vas a ser mía?

—Un día de éstos… mañana, o pasado… un día de éstos —me decía. Al otro día llegué a verla al café y le recordé lo que había dicho. —Si ha de ser mañana, ¿por qué no mejor ahora de una vez?

—¿A poco te lo creíste? Yo nomás lo estaba diciendo… Pues cómo va a ser, si eres casado, tienes tu mujer, tienes tus dos hijos y además yo conozco a tu mujer, no la conociera… ¿Cómo crees que va a ser posible eso?

Entonces esperé a que cerraran el café y le pedí me acompañara a comernos unos tacos.

—Ándale —dice—, tengo hambre, y pues lo que hay aquí en el café ya choca. —Mañosamente me la fui llevando por Orégano, luego di vuelta en Colombia, donde hay un hotel. Ella se dio cuenta de mis intenciones y como unos cinco metros antes de llegar al hotel se detuvo, y ya no quiso caminar.

—Camínale, Graciela, por favor.

—No —dice—, ya sé lo que tú quieres, y eso no puede ser.

—No, mira, te aseguro que yo no quiero absolutamente nada. —Total que al último me descaré con ella. —Pues sí se trata de que te vas a venir conmigo. —No, y no, y no —discutiendo allí afuera del hotel tres horas, ella y yo. Y ella que no y que no, y yo, un argumento y otra cosa más, y más aquí y más allá, y ella por ningún motivo quería venir conmigo.

Hasta que me dio coraje, la agarré del brazo, fuerte, y que la llevo, la levanto así a pulso, y que empujo la puerta del hotel y pido un cuarto. Adelante de nosotros se fue el administrador, abrió la puerta del cuarto y yo la empujé para adentro. Yo traté de desvestirla, y ella forcejeaba, se defendía, no quería… Bueno, en el fondo sí quería pero su cerebro le decía que no. —Déjame, Manuel, déjame, por favor. Por lo que más quieras en el mundo, déjame, porque después de esto no voy a poder vivir. Tú eres casado, tú tienes tus hijos, déjame… ¡por caridad!

Pero yo —obcecado en esos momentos— no quería más que tenerla.

Total, me dieron ganas de orinar, y como no tenía baño dentro del cuarto, sino afuera, me salí. Ella cerró la puerta cuando me salí y cuando le toqué no me quería abrir. Fui con el administrador y le digo: —¿No me hace favor de abrirme la puerta? Creo que la señora ha de estar dormida.

—Sí, cómo no —que me abre con su llave. Me metí.

A base de mucho batallar, como a las cuatro y media de la mañana, después de hora y media de estar forcejeando con ella, se abandonó. Sería que yo había gastado muchas energías, no sé qué cosa, pero pues yo ya no podía…

¡Madre Santísima, tenía yo una pena; tenía una vergüenza! Decía yo: "Diosito lindo, ¿pero cómo es posible que me pase esto? No, no, no puede ser". Bueno, yo tenía una angustia espantosa, y vergüenza. Y ella que ya quería, y dije: "¡Madre mía!, ¿y ahora cómo le hago?" Así que le dije a ella: —Mi vida, yo sé que tú quieres ahorita, ¿verdad? Pero te voy a castigar… te voy a hacer sufrir como tú me hiciste a mí. —Mentiras, era que yo no podía. Prendí un cigarro, y por dentro estaba bajando a todos los santos a que

me dieran ánimos: "Por favorcito, san Pedro y san Pablo, señor san Gabriel, que se ponga bien eso para poder hacer aquello". Pues al cabo del tiempo sentí que reaccionaba, y dije: antes de que se arrepienta, de que se vuelva a caer, me acomodo.

Bueno, fue, creo yo, la noche más deliciosa que he pasado en mi vida. Nos entregamos así, tan de lleno, que no hubo reservas de ninguna especie. Como si todo el torrente de amor que traíamos dentro los dos se hubiera desbordado; rompió el dique y se desbordó. Una, dos, tres, cinco, seis, siete veces nos quisimos. Nos amaneció amándonos.

Teníamos que irnos a trabajar. Ella tenía miedo de llegar a su casa, de lo que dijera su madre. —No tienes por qué temer, eres una mujer hecha y derecha —le digo—, ya fuiste casada, fueras señorita, pues… —Total, salimos de allí. Todo lo veía yo amarillo: coches, casas, hombres, mujeres, todo. Los dos nos veíamos pálidos y cansados. Ella se fue para su trabajo, que estaba a dos cuadras nada más, y yo me fui para el mío. Sí, fui al taller, pero nada más estaba durmiéndome allí en la máquina, parado; parecía yo caballo lechero.

La vida siguió su curso y nos seguimos queriendo los dos. Siempre que nos veíamos nos íbamos al hotel. A mi esposa no le extrañaba que yo llegara a las 12, una de la mañana, o dos, puesto que era mi costumbre de años atrás ya. No sé, ni nunca supe —hasta la fecha no estoy enterado— si ella supo alguna vez que yo andaba con Graciela. Nunca llegamos a tener un altercado por eso. Mi hermano y mis hermanas tampoco se enteraron. El único que estaba enterado siempre de todo era Alberto. Era el único confidente que yo tenía.

Yo comprendía que el amor de Graciela me perjudicaba, me era perjudicial en todos sentidos. Yo sabía que si mi esposa se enteraba era capaz hasta de dejarme, y yo no quería, porque la quería mucho. Sí, yo la quería mucho, pero con otra clase de amor. Paula era más pasiva; todo lo que yo quería hacer ella me dejaba, pero no respondía con mucha pasión. Quizás así era su naturaleza; tenía otras formas de mostrarme su amor. Pero no me excitaba tanto como Graciela. Ella respondía de un modo que me satisfacía a mí, a mi vanidad. Me adoraba. Con Graciela cada vez que la tocaba yo, se me figuraba que era la primera vez, que era una mujer diferente. La quería con pasión, con locura, y yo no concebía la vida sin ella. Y no tenía yo miedo de embarazarla porque me había confiado que ya no podía tener hijos.

Mi vida era un infierno, porque no concebía la vida sin ninguna de las dos. Quería tener a las dos, sin que ninguna se sintiera ofendida. Cuando dormía con mi esposa siempre la mente fija en Graciela; cuando dormía con Graciela siempre la mente fija en mi esposa. Y cuando estaba acostado no dormía, toda la noche nomás volteaba para acá y para allá, en una especie de sopor. Incluso en una ocasión le dije a Graciela: —Mira, yo no puedo vivir sin ti. Vamos poniendo una casa, vamos poniendo un cuarto. Dejas a tu madre, y yo pues a ver cómo le hago pero me vengo a quedar contigo.

Nada más que luego que llegaba yo a casa y encontraba a mi mujer acostada con mis hijos, yo solo me despreciaba. Sentía odio contra mí mismo. Decía: "¿Cómo puedo ser tan infeliz de andar con aquélla? Tengo que dejarla. Mi pobrecita esposa está aquí con

mis hijos; qué culpa tienen mis hijos, qué culpa tiene mi pobre esposa…"

Es más, quería hasta que mi esposa me diera un pretexto para poder dejarla. Me enojaba con ella y una vez le pegué. En primer lugar estaba más que nada acostumbrado a una obediencia absoluta por parte de ella, sin forzarla, sí con gritos, pero nunca al grado de pegarle.

Una ocasión llegó Alberto a visitarme una mañana, y no me acuerdo qué cosa le pedí yo a *la Chaparra,* no me acuerdo qué cosa le dije. El caso es que ella desde la cocina me gritó: —Estoy ocupada orita… ¡No estés fregando!

Y nunca me había dicho una palabra así. Dije yo: "Pos aquí está Alberto, ¿cómo me contesta así ésta?" Y a ella: —Bueno, ¿me lo das, o me paro y te hago que me lo des?

—No'mbre, ¡me haces los mandados! ¿Pos qué me vas hacer?

—Mira, vieja, ¡no estés chingando! Dame lo que te estoy pidiendo porque me voy a parar y no va a ser de balde.

—Ya te dije que no te doy nada… agárralo tú, si quieres. —Entonces me paro, yo sin coraje todavía, y le digo: —Bueno, qué… ¿te estoy hablando, o no te estoy hablando? —Y ¡pum! que me pone una cachetada. ¡Delante de Alberto!

Y no sé, me cegué. Sentí una venda roja aquí en los ojos. Sentí tanta vergüenza que Alberto haya estado ahí, que le pegué; le pegué muy feo. Después Alberto me decía: —¡Qué bruto, mano, qué fuerzas tienes cuando estás enojado! —porque lo aventaba yo así como un muñeco para un lado y le decía: —¡Tú no te metas, déjame…!

Alberto quiso detenerme, pero no pudo. Su mamá de Paula estaba también, lavando, y no se metió hasta que vio que le estaba yo pegando de patadas. Me dijo: —No le aviente de patadas, ¿no ve que ya está mala otra vez?

Otra vez que le pegué a *la Chaparra* fue cuando ella le pegó a Mariquita y dejó a la niña llena de moretones por todo el cuerpo. Paula tenía un carácter muy fuerte… muy activa… muy rápida, y les pegaba muy fuerte a los niños. Ese día me enojé y le dije: —Mira, jamás, no creas que te voy a dejar que le hagas esto a mi hija. Si tú como madre le puedes hacer eso es que demuestras que no tienes calidad humana. No vales nada, y de aquí en adelante lo nuestro se termina si vuelves a pegarle así. Me la llevo y nunca la vuelves a ver. Si necesita disciplina, pégale en las posaderas, pero ahí nomás.

Así le hablé a ella, ¿no? Ella no conocía otra forma de educar a los hijos, porque su madre siempre les pegaba a ella y a sus hermanas.

Tuve una dificultad con Graciela a causa de Domingo, mi tercer hijo. Porque le decía a Graciela que yo no tenía buena vida con mi esposa, y que yo ya no me metía con ella. Pero mi esposa pasó y Graciela la vio embarazada. —¿No que no te metías con ella? Ahora la vi y ya va enferma otra vez.

—Ah… pues ya la viste, ni modo. Qué quieres que haga… es que tú sabes, duerme conmigo y una vez nada más la toqué y de eso salió mala.

En realidad tenía contacto con mi esposa casi diario. Muchas veces lo hice por un sentimiento de culpa. Yo dije: "No puedo abandonar a mi esposa al grado de que no tenga siquiera contacto con ella. Yo he de cumplirle, porque soy su marido y si no la satisfago yo, ¿quién la va a satisfacer?" Y muchas de las veces lo hice sin ganas, por

cumplir con ella. A Graciela no la podía yo ver todos los días, mas que cada tres días, cada cuatro días; a veces duramos una semana para irnos a dormir. Ya comoquiera la conformé; cayó en la razón de que Paula era mi esposa y que por fuerza tenía que meterme con ella.

Sí, fui muy canalla con Paula. Cuando Roberto estuvo en la cárcel en Veracruz mi papá me mandó a verlo. En vez de ir solo fui con Graciela. Iba yo muy corto de dinero, corto de a tiro. Si mal no recuerdo llevaba 150 pesos… no alcanzaba para llevarla a un hotel y a buenos restoranes. Así que la llevé a casa de David y a gorrearle a mi tía. Presenté a Graciela como una amiguita del trabajo, pero mi tía se dio cuenta. Yo quería acostarme con ella en la hamaca —a ver cómo se podía hacer en la hamaca—, pero no me dejó mi tía. A David y a mí nos hizo dormir en el suelo. Toda esa semana Graciela y yo nos teníamos que ver en los cañaverales.

De regreso en México seguí yendo al café todas las noches. Casi nunca comía en la casa. Ya no podía yo disfrutar de una comida si no era en el café. Una ocasión, estando yo sentado allí, llegó mi suegra, llegó corriendo. —Manuel, Manuel —dice—, lo necesita Paula. —Allí estaba Graciela.

—¿Para qué me quiere?

—Córrale —dice—, que se muere. —Me paré movido como por un resorte y me fui corriendo a la casa. Paula tenía una hemorragia muy fuerte; toda la casa estaba llena de sangre. Me espanté, me alarmé mucho y fui a hablarle al doctor. Atendí a lo que me dijo el doctor, me dio la receta y fui a comprar la medicina. Ese día Paula se enojó conmigo por no estar con ella cuando más me necesitaba.

Una vez que a Paula la inyectaron y estuvo calmada, me regresé al café. Yo comprendía que era un infeliz al ser así. Pero aquello me obligaba. Yo luchaba contra ello con todas mis fuerzas. Luchaba por dejar a Graciela pero no podía, no podía. Me regresé otra vez al café. Al siguiente día Paula volvió a tener otra hemorragia y me dijo el doctor: —Si tiene otra, ya no gaste en medicinas; compre la caja.

—¡Madre Santísima! —dije yo—. ¡Diosito lindo!… no es posible. —No sé la causa de las hemorragias, un coraje que hizo, creo. Y el niño todavía no iba a nacer, ella tendría como unos siete meses de embarazo. Mi esposa se curó, llegó a aliviarse y mi hijo Domingo nació normal.

Un día Paula me dijo: —Me voy a curar.

—¿Por qué, o de qué te vas a curar? —le dije—. ¿No quieres tener hijos míos ya? Yo no quiero por mujer a una asesina. No tienes derecho de quitar la vida a un ser que ni siquiera se defiende. Es más crimen, y es más odioso matar a un ser que no puede defenderse, que uno que mata a un hombre a sangre fría. —Y nunca perdimos un hijo.

Yo únicamente tenía nociones acerca de lo que es la mujer, de los nacimientos de los niños, y todo eso, por pláticas que tenía yo con mis amigos ya casados. Mi esposa tampoco sabía mucho. Sobre eso nunca, ni mi padre, ni mi suegra, nos indicaron nada. Paula dio de mamar a los niños cerca del año, hasta que volvía a estar embarazada.

Mariquita y Alanes se llevan dos años, y entre Domingo y la última nena hay nada más un año de diferencia. Siempre teníamos relaciones sexuales hasta el día que nacían

los niños, y después del nacimiento cuidábamos de no tener relaciones, un mes, 35 días, pero nunca los 40 días de regla.

Cerca del año, después que Domingo nació, hubo un incidente con Consuelo y nos tuvimos que ir de la casa de mi padre. Consuelo nunca quiso bien a mi esposa, y nada más para humillarla, escupió en el suelo después que Paula había limpiado. Le dio mucho asco a mi esposa y se molestó, y yo lo único que hice fue darle dos manazos en los brazos a Consuelo. Luego Marta agarró la pesa de una báscula y me quería pegar con ella… Entonces las tomé de los cabellos y las tuve agachadas en la cama, de modo que no pudieran hacer movimiento.

Pero Consuelo tiene una imaginación enorme, ¿no? Ella y Marta debían haber sido actrices. Exageraban todo. Consuelo dijo que le había yo pegado en el pulmón, y que le había yo aventado un caballo —un caballito de madera que había en medio de la pieza. A causa de todo esto Paula y yo tuvimos que dejar la casa en donde nacieron mis dos hijos.

Rentamos un cuarto en la colonia Matamoros. Yo le había comprado su cama a mi esposa y mi papá nos regaló un ropero, una mesa y una lámpara de petróleo. Luego Dalila y mi suegra me dijeron que si quería que viviéramos juntos en una pieza, en una casa. Ana, la hermana del marido de mi suegra, tenía su casa propia y nos rentó una pieza ahí en su casa. Era una casa humilde, pero la primera casa particular con jardín en que yo vivía, y fue algo muy agradable para mí.

Cuando veo cómo viven otras gentes… casas bonitas en el cine, en las revistas, en las colonias de gente rica, cuando veo que existen tantos lujos y se puede vivir con tanta comodidad, uno se siente desgraciado viviendo en este medio. Me siento muy, pero muy desgraciado, pero al mismo tiempo me sirve de incentivo. Porque es cuando pienso, ¿verdad? "Tengo que subir… y tengo que lograr eso." Porque en realidad es humillante, triste no tener una casa bonita y tener que convivir con otras gentes siempre.

La única época de mi vida que recuerdo haber sido plenamente feliz fue cuando vivimos en la casa de Ana. Paula y yo y los niños teníamos un cuarto con Dalila y su hijo, mi suegra y su esposo. Vivíamos muy en sana paz. Fue la única ocasión que yo me sentí como hombre, dentro del plan de cumplirle a la mujer. Más de un domingo lo dediqué a estar en la casa, pintando la mesa, pintando las sillas, viendo que mi mujer estuviera bien.

Cuando mi hijo Alanes padeció del oído y no podía dormir, me acordé de un remedio que nos hacía mi mamá y se lo hice. Se hace un cucurucho de papel y se le mocha la puntita, a modo de que tenga una boca. Se mete la puntita en la oreja, se prende el otro extremo con un cerillo y se deja quemar hasta que uno aguante. Con eso se sale el aire y se calma el dolor de oído. Así se lo hice a Alanes varias veces y ya pudo dormir.

En ese tiempo hice lo que siempre he deseado hacer los domingos. Íbamos primero al mercado, Paula, los niños y yo, y comprábamos tortillas, queso, aguacates, carnitas, y nos íbamos al parque a comer nuestros tacos. Otra vez estaba trabajando y le daba a mi esposa 60 pesos a la semana de gasto aun cuando yo sacaba 150. El resto lo agarraba yo para irme a pasear con Graciela. La vida era muy agradable para mí; tenía el amor de mi esposa y el amor de Graciela, y necesitaba los dos para ser feliz.

La casa de Ana estaba en una colonia alejada del centro. Estaba despoblada en ese tiempo y yo llegaba con mucho miedo, a la una o dos de la mañana. Había por ahí muchos asaltos y robos y seguido amanecían muertos en el río, o en los lotes baldíos. Pero no se me quitaba la costumbre y seguía llegando tarde a casa.

Al año, Ana nos pidió el cuarto porque lo necesitaba para un pariente. Tuvimos que buscar; Dalila y su mamá encontraron una casa. Paula y yo rentamos una accesoria en la misma colonia, por ahí las rentas eran bajas. Yo estaba ganando bastante poco y no comíamos muy bien. Nuestro cuarto hijo, una niña —Conchita—, nació al poco tiempo de que nos cambiamos.

En una ocasión no teníamos ni para el gasto del día siguiente. Graciela estaba mala, ¿no?, tenía un resfriado o no sé qué cosa, el caso es que estaba en cama. Y yo me sentía muy desgraciado por eso y pos yo andaba sin cinco centavos, incluso ni me había desayunado en la mañana. Me acordé de Sammy, del ruso, uno que vende lámparas, y dije: "Pos voy a verlo, a ver si me da trabajo de arandelas para taladrar". Nunca me había dado el trabajo a mí, mas que a los patrones con los que había trabajado, pero pensé: "Si le hablo de mi situación a la mejor se conduele y me da trabajo".

Iba yo caminando cuando me encontré a este amigo, al *Iguana.* Sentí que me abrazaron por detrás, ¿no?, y era *el Iguana.*

—Quihúbole, Manuelito.

—Quihúbole, *Iguana*… ¡qué!

—Pos nada, aquí chambiando. Qué bien —dice—, ¿usté qué?

—No, yo vengo a ver a un patrón que tengo aquí… a ver si me dan trabajo para taladrar.

—Bueno, por qué tiene usté esa cara de sufrimiento, o qué, ¿por qué se agüita?

—No, pos es que me ha ido del carajo, mano, qué más que la verdad.

—¡Ni maadre! Véngase conmigo, véngase conmigo orita conseguimos la feria rápido. Usté na'más me hace los disparos y ya sabe.

Yo pensé, ¿no?: "Bueno, pos yo qué consideración le guardo a mis semejantes, ¿no?, la desgraciada sociedad. Pos sí, me estoy muriendo de hambre y, ¿quién se preocupa por mí? Yo nunca lo he hecho pero yo sí voy… ultimadamente sí voy con Teodoro". Esto pensé rápido, ¿no?, y le digo: —Pero, pos, ya ves que yo no sé nada de'sto, Teodoro, pos yo no… ¡la verdá!, soy muy maje, yo nunca he hecho nada igual.

—No le hace… usted na'más me "hace el disparo" y yo me encargo de lo demás.

—Pero pos —le digo—, pero incluso ni sé cómo se dispara o qué.

—¡Oh! Usté véngase —dice. Bueno, pos que ahí voy, ¿no? Lo que sí le decía yo que todos los músculos de mi cuerpo iban tensos, pero tensos completamente, ¿no?, porque sabía que iba a hacer algo indebido, pero pues dispuesto a hacerlo. Yo dije: "Pos ultimadamente estoy muy desgraciado y no tengo trabajo. Sobre todo que pos… ¡bueno, yo!"

Empezamos a andar, entonces él alcanzó a una señora y con una facilidad espantosa que le abre la bolsa y le saca el monedero. Lo guardó por acá por la cintura. Después se le quedó viendo a otra señora que tenía trazas de muy rica, ¿no?, ahí por 5 de Mayo.

Los coches iban y venían luego y me dice: —¡Haga el disparo!

—¡Pos cómo!

—Pos se para 'delante na'más, y hace como que se le tropieza o algo, y le da el empujón pa'trás pa' yo poderla "reventar" que no se dé cuenta.

Pero yo me quedé clavado en el sitio, ¿verdad?… Mmmm, pues miedoso en una palabra, ¿verdad?, y él me dice: —¡Vooy! ¡Tiene usté miedo! No le hace, yo puedo solo. Orita verá. —Y en eso se puso un alto, ya se paró la señora ahí en medio de otras señoras, y éste se metió en medio de la bolita, pras, pras, pras, pras, na'más vi cómo abrió las bolsas y se salió pero en eso pensó que alguien iba a gritar, y corrió con una velocidad, una agilidad espantosa así aun en medio de los carros, ¿verdad? Se le metió en medio de los coches y todo y otros "piii" que lo iban a agarrar y ahí va que ahí va. Yaaa… yo me quedé ahí como baboso na'más. Dije yo: "Chin… ora sí ya se fue y no… pos no me prestó nada de centavos". Pero para esto me había dicho que lo encontraba yo en la Candelaria de los Patos, y que ahí se iba a curar.

Y acuérdome de eso y dije: "Pos yo voy ir hasta 'llá verlo. Total… psss… unos 20 o 25 pesos que me preste… yo, ps… con eso que le dé yo quince pesos a *la Chaparrita,* y con 10 pesos puedo llevar a inyectar a Graciela Numonyl y Liponyl. No pueden cobrar más por inyectarle". Y dicho y hecho. Ahí voy caminando, ¿no? Corté otra vez por 5 de Mayo. Na'más atravesé y agarré Corregidora, por ahí fui cortando calles. Y llegué a la Candelaria, y ahí me encuentro con *el Chico,* uno de la rinconada, también ratero. Le digo: —Quihubo, *Chico.* —Me dice: —Quihúbole.

—Oye, ¿y adónde se cura *el Iguana*? —Dice: —Mira, ¿ves aquella vecindá que está allá?, ¿ese zaguancito?, ahí preguntas por él y ahí te dicen. Ahí es donde se cura. —Bueno, entonces… empecé a caminar otra vez… era un tramito corto, y ya estaba indeciso en la puerta, que entro, que no entro, cuando oigo atrás:

—¡Quihúbole, Manuelito… que pos por qué vino 'sta orita!

—Ps… no, Teodoro, es de que poss… me vine andando.

—Vooy, a poco ni pa'l camión traía.

—No, pos no traía, pos no te digo que ando sin un centavo.

—Pero, ¡qué va!, ya agarramos la "buena", orita na'más me curo y pa' pronto lo aliviano, Manuel. Véngase. —Y… y, y, yo indeciso, ¿verdad?, pero a l'ora de entrar me jaló así del cinturón, y pos quieras que no ahí voy pa' dentro. Entonces llegó él y dice… —Dos papeles de a 20. —Y le dan dos sobrecitos así, chiquitos, ¿verdad? Después… desesperado, éste buscó una corcholatita y le levantó el corcho con el que viene forrada por dentro y vacía ahí los papelitos. Luego echó ahí una escupitina, y le movió bien con un cerillo quemado; y a l'ora de sacar el cerillo en los bordes de la corcholata le limpió bien así, ¿verdad?, que no se llevara nada… y ya una vez que se calentó echó el algodoncito… y lo revolcó siempre con la aguja… porque le dieron un gotero con una aguja hipodérmica. Después ya que lo movió bien y todo, que agarra y que le oprime así la bombita que trae y chupó una vez el gotero. Luego lo volvió a exprimir, luego lo volvió a chupar… después ya que comprendió que había cargado todo, así con una maestría sorprendente na'más se levantó una costra que tenía aquí en el brazo izquierdo, en línea

directa de la vena, se levantó así la costra, y a la primera, luego luego… ¡zas!, que se inyecta la droga, y le exprimía ahí a la jeringuita, y cuando se la sacó… un suspirote, ¿no?, así como de alivio.

La casa era de dos piezas y así en torno a la casa sentados… unos en cuclillas, otros acostados… pero todos bien drogados, ¿verdad?, y entre ésos estaba uno… todos jóvenes y algunos viejos, y casi todos pobres, desgarrados, uno que otro había con pantalón de gabardina y buena camisa y esas cosas, ¿no?, pero uno que otro, muy contados. Después, éste escogió un lugarcito así junto a la pared y se sentó en cuclillas y ahí estaba otro ya bien cotorro, ¿no? Es decir, bien drogado. Eso es en el argot. Estaba sentado en cuclillas y las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. Después de un rato que yo creí que no se había dado cuenta de nada, de nada, le dice *el Iguana.*

—Quihuboooo, ese ñero.

—Quihubo *Iguana,* ¿cómo te fue?

—Bien, ñero, me curé… me acabo de curar.

—Quéee bien. Y, ¿ése qué? ¿Es tu disparador?

—Nooo… ni maaadreee… ni maadre. Ése es un bueeen chaaavo.

En eso fue cuando alguien prendió un cigarro de mariguana, ¿verdad?, quiero decir tenía un cigarro de mariguana, y le dice *el Iguana,* abriendo así los ojos que ya se le habían hecho chiquitos así, oblicuos, así como que le costaba trabajo abrirlos. Le vio el cigarro, dice:

—Paasa… ñero… pasa un "recle". —Y el otro alargó la mano derecha y con la mano izquierda agarró aquella colillita que ya casi le quemaba el cuero, ¿verdad?, se la da. Yo veía así como que era un trago así, muy gordo, el que se quería pasar, ¿no?… Y aspiró así profundamente, pero no dejó salir ni una gota de humo. Y ya después, silencio otra vez entre los dos.

Luego le dice el otro.

—Eeeeese… pinche *Iguana.* Que le tuviiiste mieeedo a ese güey, ¿no?

—Ni maaadre, ni maaadre. Pe… psss na'más lo encuentro y va valer mmmaadre, ñero. Lo enfieeerro, me cai que lo enfieeerro, güey.

—Pscht… eres… puuuto si te peló el fierro que hasta te le hincaaste, cabrón, ¿no?

—Chtssaaa… chingaaaa tu maadre. —Y las muecas, ¿no?, de repente hacía el pescuezo así, como que le daba… como es atacado por aire que decimos aquí. Torcía el pescuezo así, y como que sufría mucho y, de repente, se le dulcificaba la expresión como quien ve algo muy bonito, muy hermoso, ¿no? Pero siempre sentado en cuclillas. Yo decía… "Cómo es posible que puedan platicar así y el otro parece que ni cuenta se da, y bien que se da cuenta de todo… ¿cómo le hace?"

En eso llegó un tipo ahí… le digo, el tipo clásico de ratón, como cuando lo acorrala un ratón, así, con la desesperación así llegó…

—Joseefa… un papel, un papelito de a 10. —Agarró y le dio el papel la señora, ¿no? Era una petaquita chiquita… donde sacaba los papeles, del polvo aquél, ¿verdad? Y en otra petaca grande la tenía llena, pero llena de centavos, ¿no? Y me acuerdo que le dije

yo al *Iguana.*

—Bueno, éstos se exponen a que les den por allá un trancazo a lo pen-dejo y a la mejor ni agarran nada. Y a esta vieja cómo nunca la han asaltado.

—Pscht… ni maaadre, ni maaadre, ¿no ves que's de Lola *la Chata*?, no, ñero, te la'rmas gacha. Tú le pones baje y pos nomás te mueres, ñero. Luego, ¿quién te vende? Nuuunca te vuelven a vender los güeyes, ¿no? Nooo, ni maaadre.

—Ah —dije yo—, vieja infeliz, cuánto dinero tiene ahí. —El otro: —¡Chst!, ¡no!, ¡no! Esto ni madre, ¡noooo!, con esto, con esto yo no me curo. Pscht, orita vengo, jefa. —Y, ¡pum!, se sale, ¿no?, aquel que llegó muy nerviosito, chaparrito.

Y luego ya como a los seis minutos ya regresa otra vez.

—¡Qué va! Otro papelito, otro papelito, ¿no?, y agarra y otra vez, ¡pum!, la misma operación; ¡pas!, se lo inyecta, y ya los ojos así como que se le calmaron del bailoteo que tenían, ¿verdad?

—Ya estoy agarrando mi punto, es que orita agarré una pinche canasta del mandado y valió menos, ¿no?, pero orita, orita consigo más. —Y, ¡pum!, ahí va otra vez a las carreras, ¿verdad? Cuando entraba todo sudoroso y de un color amarillo, verde, así entraban todos. Y yo en medio de tanto tipo yo tenía un miedo horroroso, tenía miedo hasta de hablarle a Teodoro. Dije yo: "A la mejor no me oye, no se puede dar cuenta como está a quihoras volverá en sí, y si me salgo muy aprisa la vieja va a creer que voy a ir con el chivatazo y si me salgo muy despacio cualquier buey de'stos me quiere agarrar aquí. ¡Hiiijo!"

—¡Teodoro! ¡Teodoro! —Pero sí, alzó la cabeza y como que entreabrió los ojos, alláaaa, como que le pesaba una tonelada cada párpado y…

—¡Quihúbole!, ese Manuel.

—Este… pues sabes, mano, de que yo ya me voy, se me hace tarde. Este… luego…

—Noooo, ni maaaadre, ni maaadre, orita se va. —Y empezó, ¿verdad?, a sacar entre sus bolsas. Metió la mano izquierda. Se metió la mano derecha en las bolsas de adelante… y luego en las bolsas de atrás, pero siempre en cuclillas, ¿verdad? Siempre en cuclillas, allá como haciendo las cosas, ya automáticamente por instinto, ¿verdad?, y… —Hijo de la chingaaa… pos dóoooondeee… los teeengo. —Y en eso se alzó una manga del pantalón y se metió el dedo en los calcetines: —Aquí estáaaan. Aliviánese. —Y me da uno de a 50 pesos… —¡Hombre!, pues muchas gracias. Un día de éstos yo se los pago, Teodoro.

—¡No!, qué… ni madre, a míiii ni chiiii… a mí ni chiii… usted cuide a mi jefecita, ¿no?, que no le paaase naaaada. Yoooo pscht… yo soy un pinche perdido, ¿no?… perdiiido, ¿no? Alívieeese, pero usté… es un buen chavo. Mi jeeefaaa, cuiiide a mi jeeefa. Y con eso… con eeeso… ya me paggóoo. Pínteleee, pínteleee.

Y se fue quedando como desguanzado, como que fueron perdiendo fuerzas sus rodillas, y se le fueron abriendo las piernas así más, hasta quedar completamente sentado en el suelo… con las dos rodillas lo más lejos que se puede una de otra. Y que me salgo primero despacito… y una vez que estoy en la calle que me voy pero si a la carrerita. Ya hasta tenía un dolor espantoso yo de tanta cosa que estaba yo viendo ahí, ¿no?, pero que

en realidad el vicioso, el mariguano o el morfinómano es más pacífico que el borracho. Son menos provocativos. Sólo el que ya está muy muy drogado, que se vuelve loco, es el que es peligroso, le da por matar, ¿no?

Pero casi todo el vicioso que mata es porque anda, como dicen ellos, cansado, no se ha inyectado, no tiene para curarse y entonces es cuando se sabe de esos crímenes que matan hasta por un peso. Pero ésos ya no son dueños de sus actos, el vicio los obliga, porque dicen que hasta el último cabello del cuerpo les duele, ¿no? Y ya en el colmo de la desesperación como a uno que le dolieran todas las muelas así de un jalón, yo creo que estos cuates se sienten así, ¿verdad?, y entonces es cuando están dispuestos a matar o a que los maten por un peso.

Cuando Graciela estaba trabajando nunca aceptó dinero ni nada, no quería que gastara con ella. Decía que le remordía la conciencia que yo anduviera gastando lo que les hacía falta a mis hijos. Cuando salía a pasear con ella y pasábamos por algún aparador yo le decía: —Mira qué falda tan bonita… y está barata, ¿vamos a que te midas una? —No —decía ella—, no me gusta ésa, mejor vámonos. —Caminando más adelante Graciela me decía: —Mira qué lindos zapatitos, cómpraselos a tu niña… —Entrábamos a algún restorán y en lugar de que pidiese como otras mujeres de cenar, únicamente pedía café con leche. Yo me disgustaba con ella por eso pero ella siempre decía: —No, es que no tengo hambre. —Incluso le llegué a comprar dos pantaloncitos para su hijo —no que ella me los pidiera— y me costó mucho trabajo que ella me los aceptara.

Me había dicho Graciela que un tal señor Rodolfo iba a su casa y que su mamá trataba de meterle a ese hombre: —¿Qué hago, Manuel?

—Mi vida, ¿qué quieres hacer? Y, ¿qué cosa quieres que yo te diga? Desgraciadamente, tú debes resolver este problema sola. —Entonces se me desapareció tres días. Yo iba de todos modos al café. Al cuarto día fue llegando. Yo tenía mucho coraje, pero aparenté una calma que estaba lejos de sentir.

Toda la noche anduvo haciéndose que servía y no vino a platicar conmigo como era su costumbre. Yo sabía que ella se traía algo. Esperé a que cerraran el café y entonces le dije: —Tú me estás ocultando algo y orita me lo vas a decir. —La jalé de un brazo y me la llevé a un hotel.

Ya estando en el cuarto le dije: —Mira, mi vida, únicamente quiero que comprendas bien el amor que te tengo, la pasión tan grande que yo siento por ti. Porque oye bien lo que te digo, para mí tú eres Dios sobre la tierra, y eso te obliga a ser sincera, a ser franca conmigo. Yo me he entregado a ti sin reservas, sabiendo que este amor me perjudica, perjudica a mi familia. Tú has demostrado quererme, y por el amor que me tienes, por el amor que me tuviste, dime qué cosa es la que tienes conmigo. Te ausentaste tres días, yo debería ser el disgustado, nunca supe adónde fuiste, y ni siquiera me avisaste. Sin embargo yo te tengo confianza, yo sé que no fuiste a hacer nada malo. Por todas estas razones, debes ser sincera, no me pagues con un desengaño. —Estuve hablando con ella de este modo por un largo tiempo.

Ella estaba sentada a la orilla de la cama. Levantó los ojos y me dijo: —Me voy a

casar.

Sentí como una descarga eléctrica; vi todo negro a mi alrededor. Ella se soltó llorando: —Te juro por la vida de mi hijo, por lo más sagrado que tengo en el mundo, que al único que quiero es a ti. Te adoro, Manuel. Sé que voy a sufrir, sé que no voy a poder ser feliz, pero déjame probar. Comprende que tengo derecho de buscar un porvenir para mi hijo… Tú tienes tu mujer; desgraciadamente tú tienes tu mujer. Déjame vivir, Manuel, no me detengas.

Yo tenía un dolor inmenso dentro de mí. Comprendí que tenía toda la razón. Me dice: —Contéstame, háblame, dime algo… Pégame, golpéame, pero no te quedes callado… ¡Por favor! ¡Por caridad! —Se tiró de rodillas, y me abrazó de las piernas llorando a lágrima viva.

—Graciela, ¿sabes qué cosa, amor mío?… Vete, pero vete ahorita, ahorita que tengo fuerzas de verte ir. Porque te juro que si no te vas, no voy a poder dejarte ir después. Tienes toda la razón del mundo, tienes derecho a ser feliz. Conmigo no has sido más que desgraciada; conmigo has recibido palos en tu casa y el desprecio de la gente, por rebajarte al plan en que ando. Vete, Graciela. Que Dios te bendiga. Busca y lucha por tu futuro. Vete.

—No, Manuel, no me corras; yo no me quiero ir así. Por el amor de Dios, mira, aunque sea esta noche pasa conmigo. Es la última noche en nuestras vidas, Manuel, quiero despedirme de ti en otra forma.

No se quiso ir. Pasamos la noche juntos. En la mañana me dijo: —No me caso. No me caso con nadie. Yo lo iba a hacer por mi madre, porque no quiero ya martirizarla. Pero me importa poco mi madre… y me importa poco el mundo. Yo te quiero a ti. Yo no me caso con nadie.

Después fui a ver a la mamá de Graciela. Siempre he tenido el poder de persuadir a la gente, al menos de los de mi clase, y por eso me decían *Pico de Oro*. Debe ser cierto, porque convencí a la mamá de Graciela de que me aceptara. Le dije: —Mire, Soledad, yo puedo controlar todo en mi vida, excepto mis sentimientos por su hija. Tengo la pasión más ciega por ella y es la cosa más bella en mi vida. Soy pobre y no puedo ofrecerle nada, pero no me prive del placer de su compañía. Cierto que nuestra situación es falsa, pero le juro que su hija es y siempre será el único gran amor de mi vida. —La señora era muy sentimental, y hasta lloró, y se puso de mi parte.

Para esto mi esposa me había dicho que no se sentía bien. Todavía ella estaba gorda, y yo nunca de los nuncas creí que fuera una enfermedad seria. Le dije que fuera a Salubridad a ver los doctores qué le decían. Esa noche me dijo que querían que se internara porque no sabían qué era lo que tenía. Ella no quería ir porque tenía miedo de los hospitales. Además, ella estaba criando a Conchita y no había con quién dejar a los niños.

Pero no prestaba mucha atención. Andaba yo tan ocupado pensando nada más en el problema que tenía con las dos mujeres. Traía un atolondramiento, andaba como loco…. No me daba cuenta que Paula se adelgazaba, que orinaba mucho y que siempre tenía sed. Ella nunca me dijo. Fue un día mi papá de visita a la casa —porque mi padre la

quiso mucho, como a su propia hija, la quiso más que a mí—. Mi padre se dio cuenta de la clase de mujer que era, abnegada, trabajadora, limpia y no se quejaba nunca. Cuando la vio le dijo: —Oye, muchacha, ¿qué tienes? —Insistió en que Paula se fuera otra vez a la casa para llevarla con un doctor.

Yo estaba tan ciego, tan estúpido, tan obcecado, que no pude ver lo enferma que estaba. Creí que era como un simple resfriado. Le dije: —Viejita linda, te tienes que poner bien. Tenemos que ir a Chalma este año.

—Sí —me dijo—, me voy a poner bien. —Hizo la promesa de caminar de rodillas si se aliviaba. Pero a mi suegra le dijo: —Yo sé que si voy a casa de mi suegro y me acuesto, sé que no me voy a levantar. Cuídame a mis hijos.

Era de un corazón tan grande para conmigo que me decía que no era nada serio, que se iba a poner bien. Ella presentía su muerte y a mí me lo ocultaba, a mí, un infeliz que no merecía que nadie me quisiera.

Se fue para la casa de mi padre y esa noche cambié los muebles de nuestro cuarto a casa de mi suegra. En la mañana me vine a la casa: —Viejita, ya vine, pero ya me voy a trabajar.

—Ándale pues, que Dios te bendiga.

En la tarde que regresé de trabajar, mi padre me recibió en la puerta. —Pasa, infeliz, pasa, hijo de la chingada… No tienes madre… tú eres el responsable. Tú eres el culpable si se muere. —Yo sentí que era verdad lo que me estaba diciendo.

Ella oyó que me estaba regañando. Me miró con ojos de mucho amor… y él me dijo eso delante de ella. ¿Qué le contesté? Nada. Yo quería taparme las orejas, o decirle, ¡cállate, cállate!, pero como siempre las palabras se me quedaron atoradas en los labios. No pude decirle nada a mi papá, se me hacía falta de respeto. Pero esa vez, más que otras, me sentí muy mortificado.

Me puse de rodillas junto a la cama. —Ya vine, viejita. —Estiró su mano y me agarró. Todavía siento sus dedos aquí. Me estuvo haciendo cariños en la cabeza, luego me jaló una oreja. Luego me obsequió una sonrisa, y se quedó como dormida.

La chiquita empezó a llorar y me molestaba sobremanera porque despertó a Paula, y luego le tenía que dar de comer. En ese tiempo, porque yo veía tan mal a mi mujer, le agarré como aversión a la niña. Cuando le estaba chupando los senos se me hacía que le mamaba la vida. Y cuando lloraba de noche y molestaba a mi esposa, me enojaba mucho. Me duró este rencor por la niña mucho tiempo.

Cuando al día siguiente llegué de trabajar la vi más mala. Me dice mi papá: —¡Hijo de la chingada! Ya ves, no le dabas ni de comer. No le dabas lo que esta mujer necesitaba. Para qué cabrones se casan si no son suficientes. A ver, ¿ora qué? Si se muere esta mujer, ¡qué va a ser de estas criaturas, qué va a ser de sus hijos! —Quería taparme las orejas y por primera vez en mi vida me dieron ganas de gritarle: "¡Cállate, cállate la boca!"

Alguien, Dalila, creo, mandó traer el padre para que diera a Paula los últimos sacramentos. Al verlo me espanté, y le dije: padre, quiero casarme con esta mujer. —Él volteó a mirarme.

—Mmm, ajá, ahora que se está muriendo tú quieres casarte con ella. ¡Tantos años que tuviste para hacerlo! —No me quiso casar. Yo pensaba pagarle… antes de ir a darle la última bendición a un enfermo preguntan si tiene uno dinero… pero yo no le di nada, porque no quiso casarnos. Se salió muy disgustado. Yo también me disgusté. El padre es siervo de Dios… y si Dios ve que un tipo cualquiera, siendo su hijo, está sufriendo, no le va a dar un palo más sobre su sufrimiento que él tiene.

Más tarde me dijo mi papá que corriera por el doctor porque Paula estaba agonizando. —Sí, papá. —Y ahí voy, y no tenía dinero ni para el camión. Era en la madrugada y me fui por toda la calle de Rosario a pie y de prisa. El doctor Ramón vivía en la misma casa donde vivía Lupita. Antonia me saludó y me dijo que el doctor había llegado bien borracho. Se fue arriba a tocarle, porque yo estaba muy cansado, y luego bajó con la receta.

—Dijo que le inyecten esto ahorita, inmediatamente.

Tuve que caminar de regreso a Bella Vista. Ese día había yo trabajado muy recio y sentía los pies hinchados. Cuando llegué a la casa, mi papá me dio dinero para la medicina y tuve que irme caminando otra vez para comprarla. Ya habían dado como las dos de la mañana y anduve buscando una farmacia que estuviera de turno. Después, otra vez caminando de regreso a Bella Vista. Fui a tocar varias puertas buscando quién inyectara. Eran como las cuatro y media de la mañana; toqué y toqué, y no me hacían caso.

Eran las cinco de la mañana y mi esposa estaba en estado comatoso. Yo me salí otra vez decidido a encontrar a alguien. Por fin una mujer se despertó y estuvo de acuerdo en ir a inyectarla. ¡Maldita la hora en que despertó la señora, maldita la hora en que la inyectó! Siempre he maldecido ese momento, pero comprendo que posiblemente ya le tocaba a mi mujer. Porque… al poquito rato de haberle puesto la ampolleta llega corriendo Antonia y gritando: —¡Que no le pongan la inyección! ¡Que no se la pongan o se muere!

Mi esposa empezó a aventar manotazos, y tenía convulsiones. Su corazón se veía palpitar con violencia. Entonces llega el doctor corriendo: —¿Le pusieron la ampolleta? —Nos dijo que la ampolleta no se podía poner sola, tenía que mezclarse con sangre o le provocaría un shock. Entonces lo que hizo fue sacarle sangre a mi hermano Roberto —que es de tipo universal— y se la empezó a inyectar. Empezó ella a moverse, poco a poco, y luego abrió los ojos. ¡Y luego murió, murió!

—¡Ya se murió, papá! —grité en forma desgarradora, con rabia, con de-sesperación, con todas las ansias de la vida. Mi papá entró corriendo, la abrazó y empezó a llorar. Yo me daba topes en la pared, y contra la pared me quería romper las manos. Y grité con todas las fuerzas de mi alma: —¡No es posible! ¡No es posible! ¡Dios no existe! ¡No puede existir Dios! —Me ha podido mucho haber dicho eso, pero así blasfemé. Yo tenía tanta fe que se salvara. Ni un solo segundo —ni tantitito así— me pasó que se fuera a morir ella. Yo me acordaba que Dios dijo que la fe todo lo podía. Así que con toda la soberbia del mundo, cuando vi que se había muerto, blasfemé.

Creo yo que este infeliz desgraciado del doctor la mató. Estaba ahogado de borracho

el infeliz, y sin ver a la enferma recetó la medicina. Unos días antes le había hecho unos análisis de la orina y dijo que era diabetis. Habíamos llamado al doctor Valdés, un médico muy caro, y él dijo que no era diabetis. Él, cuando vio el caso muy grave, se lavó las manos. Luego el doctor me dijo que era una intoxicación o que quizá tenía tuberculosis del intestino. Mi padre se valió de eso para echarme en cara que yo la había matado de hambre.

Es cierto que no pasaba yo mucho tiempo con mi esposa y con mis hijos. Yo debía haber ido a la casa temprano todos los días. Sí, yo la desatendí, pero juro que nunca, nunca, dejé a mi esposa sin dinero para comer. Le hubiera podido dar más, pero por lo menos tuvo para comer. La medicina fue la que la mató.

Consuelo dice que yo no quise a Paula, que no era cariñoso con ella. Es que en esto se interpone la escuela de mi padre, porque mi papá aun cuando vivía feliz con Elena, nunca se permitió hacerle un cariño delante de nosotros. Y con *la Chaparra* yo era lo mismo. Sólo cuando estábamos acostados era cuando la chiqueaba, la mimaba, en la oscuridad. Delante de mi papá y de mis hermanos, más bien siempre fui tiránico con ella. En mi modo de hablarle, muy enérgico, siempre. Pero, digo yo, debe haber sentido cariño también de mi parte, porque los años que vivimos juntos, ella me quiso mucho.

Mi padre me seguía echando en cara que yo tenía la culpa… que no era lo suficientemente hombre… que yo la había desatendido… que no la había llevado con un médico a tiempo. Me rebajó al nivel de un asesino, cosa muy fuerte, ¿verdad?, pero él dice las cosas y no piensa el daño que va a hacer. Quería gritar: "¿No es bastante mi sufrimiento? He perdido parte de mi vida. ¡Parte de mi corazón se me ha ido! No es verdad lo que dices". Pero él lo decía de coraje.

Mal o bien, era mi padre, y había trabajado para mantenerme, y alguna vez tuvo ilusiones y cariño por mí. Así que no pude contestarle, aunque sabía que estaba diciendo una mentira. Era mi padre. Por lo que a mí respecta, mi padre puede hacer de mí lo que quiera. Aunque me matara, no me defendería.

Dos días tuve a mi esposa tendida… uno y medio… no sé cuánto tiempo. Cuando la vi tendida, fría, tiesa, quise morirme. Agarré un cuchillo y me iba a matar, cuando salió mi hijo y dice: —Papá, ¿no me das un quinto? —Me solté llorando: —¡Mis pobrecitos hijos! ¿Cómo me voy a matar? —Estaba yo tan loco, tan loco, que no supe en cuánto salió el entierro. Mi amigo Alberto y mi padre se encargaron de todo. Mucha gente vino al velorio… de los cafés en donde Paula había trabajado, de los cafés donde yo comía, del mercado, de la vecindad. Yo quería decirles a todos que se fueran, que me dejaran solo con el cadáver.

La enterramos en el panteón de Dolores, en la misma fosa en que enterraron a mi madre y a mi primo. Después de siete años sacan los huesos y entierran a algún otro en el mismo lugar. Yo les tengo horror a los entierros. Dicen que cuando bajan la caja mortuoria, al cadáver se le pone carne de gallina, porque se da cuenta de que va a ser enterrado. La caja se vuelve pesada, pesada, porque el cuerpo no quiere ser enterrado. Esto le pasó a la caja de Paula aunque ella había perdido peso y tenía puros huesos.

Yo quisiera que cuando me llegue la hora me dejaran abandonado allá en la cima de

un monte, al sol, o que me envuelvan como a una momia en tiempo de los faraones, o al menos que un cirujano me quitara el cerebro, para que deje de sufrir en la tumba. No sé, pero le tengo horror, verdadero horror, a que me sepulten. Prefiero que me devoren los zopilotes en la cima de un monte que los gusanos de la tierra. Tengo más miedo de los gusanos que de los animales salvajes.

Nunca me he parado en el panteón desde entonces. No quiero ir porque siento que mi esposa me va a oír, va a estar inquieta dentro de la tumba y le voy a perturbar su sueño. Me quiso tanto que siento que se va a desesperar porque va a querer salir de ahí para abrazarme, para platicar… cruzar siquiera una palabra conmigo. Eso de ir a los panteones a llorarle a los muertos no es más que una mera hipocresía. Porque eché de ver esto cuando murió Paula. Lloré, lloré mucho… Lo que debí haber hecho era demostrarle mi amor cuando ella vivía. No es el amor lo que hace que uno derrame lágrimas, son más bien los remordimientos. Por eso digo que no volveré a ir a un cementerio si no es a mi propio entierro.

El día que enterré a mi esposa, en medio de la desesperación, en medio del dolor tan inmenso, yo dije: "Me queda Graciela. Me queda ella". Y me aferraba a eso como un náufrago a una tabla. Pero cuando Graciela supo de la muerte de mi esposa, los remordimientos, todo ese juego de pasiones que sintió, la obligaron a hacer lo que menos debía haber hecho. El día que enterré a *la Chaparra,* Graciela se fue con el señor Rodolfo, con el hombre ese que su madre quería que se fuera a vivir. Ella me quería con toda su alma, me adoraba… Pero quiso castigarse, y su primera reacción fue irse con él, un hombre que ella no quería.

Así que a las dos las perdí de un golpe, la madre de mis hijos y el amor de mi vida. Graciela debió esperarme, debió consolarme. Debimos ayudarnos mutuamente, porque en cierta forma fuimos los dos culpables.

Después andaba yo en las calles. Estaba rodeado de un mundo de gente y me sentía solo, completamente solo. A nadie le importaba yo, nadie notó mi dolor. Yo sentí que yo era el único al que me dolía y al pasar los días quería dejar de sentir, pero aquella ausencia, aquel vacío que había dejado mi esposa en casa se acentuaba más. Quise más a mi esposa después de muerta, igual que mi padre quiso a mi madre. Creo que conmigo se repite la historia de mi padre, excepto que él cuidó de sus cuatro hijos, y yo no.

Tres días con sus noches estuve en la esquina de la casa de Graciela esperando que saliera. Sin comer, sin dormir, lloviendo. Yo quería que saliera para matarla, porque yo sentía que había traicionado lo más sagrado que teníamos los dos.

Fue cuando Alberto, al verme tan desesperado, me dijo: —Compadre, vámonos. Vámonos de aquí. Tú vas a terminar loco, tú vas a terminar mal. Vámonos de braceros. Vámonos a trabajar del otro lado. —Siguió hablando así hasta que me convenció.

Nada más pasé a la casa y le pedí a mi papá su bendición. Me puse un pantalón de peto sobre la ropa que traía, y una chamarra nueva que tenía. Al principio mi papá no quería que me fuera, pero al fin me dio su bendición. Pasamos a despedirnos de mi cuñado y compadre Faustino, y resulta que se nos pegó también. Dije: —Bueno, pues entonces vamos los tres.

Yo tenía ocho pesos en la bolsa cuando salimos para California.

ROBERTO

ENTRÉ en el ejército porque a mí siempre me han gustado las armas, y desde pequeño pues tenía aquel espíritu aventurero de andar conociendo lugares, ¿verdad? Y entonces vino este Truman aquí a México —fue el 3 de marzo de 1947— a entrevistarse con el presidente de México, y yo me fui a ver la llegada de aquel gran personaje. Por primera vez en la historia —si no mal recuerdo— un presidente de Estados Unidos venía a visitar nuestro país, así es que mucha gente había ido a esperar a aquel hombre, y yo fui también.

Me tocó pararme a hacer valla frente a las tribunas, donde tenían su cuartel general las tropas de aeronáutica. Había ahí un letrero que decía: "Se solicitan altas", y ya sin más ni menos, y sin pensarlo dos veces, que voy.

Estaba yo tan escuincle —tendría 16 años a lo sumo— y a esa edad era yo muy bajo de estatura; que primero me dijo el capitán: —Necesitas el permiso de tus padres, chamaco.

—Y no, si el permiso de mis padres ya lo tengo. —Mentira, si ni siquiera yo mismo sabía que iba a tomar esa determinación, ¿verdad? Así es que como guste y mande, yo salvé todos los obstáculos que ahí me pusieron y firmé mi contrato con el Ejército Mexicano por tres años.

Le dije a mi hermano Manuel: —Fíjate, hermano, que ya me di de alta en el ejército, ya soy soldado.

—¡Qué te vas a meter tú, si estás más loco que una cabra!

—Sí, hombre, de veras, si no vas a ver, dentro de poco voy a traer mi uniforme, bah, y hasta te va a dar envidia. —Pues no, no me lo creyeron, porque hasta ese momento no había yo hecho una decisión así tan importante.

Yo no le dije de esto nada a mi papá, sino hasta que ya estaba uniformado. Fui a la casa, claro que al entrar pues todos empezaron desde el zaguán —estaba ahí la palomilla, ¿verdad? —Miren, miren al *Negro* cómo va vestido.

—Qué tal, muchachos, quihúbole.

—¿Pues qué, cómo le hiciste para entrar? Mira, hasta de la aviación eres. ¿Qué, vas a ser piloto, o eres cadete, o qué?

—No, nada más estoy en la aviación, sencillamente. —Y, para que les diera coraje: —Pues ya ven, cuando uno puede…

Daniel, un buen amigo desde la infancia que me vio uniformado, quiso darse de alta. Me insistió tanto que lo llevara, y yo no quería, porque sus hermanos siempre fueron

muy braveros. Total que sí fuimos y ya se dio de alta.

Cuando vino mi papá en la tarde, sobraba que le dijera que me había metido en el ejército, ¿verdad?, me vio uniformado.

—¿Y ahora, tú? —me dice.

—Nada, papá, me metí en el ejército.

—Pero, ¿cómo, cuándo y quién te dio permiso?

Al decir eso de quién me dio permiso, pues no tuve nada que contestar, y cuando me preguntó cuándo, pues le dije: —En estos días. —Y dije: "Pues a ver cómo me va aquí".

Y me dijo su consejo de siempre: —Pórtate bien, como la gente. Sé un hombre honrado y de trabajo, que si haces eso siempre te irá bien.

Y pasaron tres meses, de los cuales nos estuvieron dando instrucción diaria. Dormía en la casa y me iba al campo militar en la mañana a las seis para pasar lista, y a entrenar hasta las cinco de la tarde cuando nos dejaban francos. Una mañana, cuando todos estaban formados dice el capitán Madero: —Un paso al frente todos los que quieran ir voluntarios a Morelia.

Al nombre de Morelia, que significaba viajar, todos —éramos como 40 o 50 reclutas — dimos un paso al frente. Empezó a decir el capitán las condiciones y de tantos que eran no quedamos más que seis u ocho, entre ellos mi amigo Daniel y yo.

Nos dieron francos a las seis y media de la tarde para irnos a despedir de nuestras familias, y yo vine y me despedí de mi papá. Él estaba sentado leyendo cuando llegué. Estuve ahí un rato en la casa y cuando me retiraba le dije: —Bueno, papá, ya me voy. — Y no me contestó. Me quedé parado y ya él alzó la vista y me dijo: —Bueno, ¿a qué horas te vas?

—Es que ya me voy para Morelia.

—¡Cómo que para Morelia! —entonces sí ya me prestó atención. Con esa noticia se sobresaltó, y dijo: —¡Cómo!

Dije: —Sí, es que nos mandan a Morelia y tenemos que ir. —Mentira, si yo me había ofrecido de voluntario. Bueno, mi papá lloró y me abrazó —como pocos abrazos nos hemos dado así en la vida— y cada que me abraza, ¡caramba!, yo siento la gloria. No sé qué será la gloria, pero así siento. Porque cuando mi padre me habla así, y me abraza, se me hace un nudo en la garganta y se me derraman las lágrimas de gusto. Y hasta me dio dinero, por cierto, 50 pesos.

Dice: —Ten, para que compres algo por el camino.

—Está bien, papá, gracias. Bueno, papacito, ya me voy, échame tu bendición. —Ya mi padre me echó su bendición, me despedí de mis hermanos y salí de la casa solo.

Daniel tenía una novia, Lola, que después vino a ser su esposa, y me dice: —Oye, *Negro,* tú no tienes novia, ¿verdad? Mira, yo te voy a traer una amiguita para que te la amarres. —El día exactamente que nos íbamos a Morelia, Lola me trajo a su amiga Elvira. Ella ya iba prevenida que iba para que yo me le declarara, y yo ya sabía que me iba a dar el sí. No me gustó muy bien, pero como hombre yo tenía que responder, ¿verdad? Bueno, luego luego nos dimos el primer beso ahí delante de los muchachos. Para esto, nos sentamos en un pradito, ellos por un lado y yo por otro con mi pareja. Y

yo me dije: "A gozar, porque es el último día que estás aquí, y a esta chamaca, aunque la acabas de conocer, debes demostrarle que no eres tan guarín. Un poco feo, pero no tan tonto". Y así me recosté sobre sus piernas. Y ya pasó, y en la noche salimos para Morelia.

Había sido día de pago para nosotros, así que todos traíamos dinero, pues quién compró una botella de Bacardí, quién una de tequila, quién esto, quién l'otro. Ahí iban varios que les gustaba mucho la bebida, yo nunca había tomado en ese entonces, así que como todo niño bien y decente me compré una lata de leche Nestlé, un pan Bimbo y un bote de duraznos en conserva. Ya en el camino a abrir cada quien lo que llevaba. Pues yo, mis dulces —porque francamente eran dulces. Me di una enlechada esa vez que me hastié, vaya. A todos les convidé y todos me convidaban. —Tú, Roberto, tómale. —No, muchachos, yo ahorita no, es que estoy mal del estómago y yo no tomo. —Ellos sí, y hubo quien llegó medio mareadón a Morelia.

El subteniente que nos llevaba ya no sabía cómo estaban las cosas en Morelia así que tomamos un camión en vez del que nos tenía que llevar al campo donde íbamos a quedar nosotros. Tuvimos que ir por un camino de pura tierra suelta. Eran 12 kilómetros que tuvimos que caminar a como dio lugar y llegamos todos maltrechos y polvorientos. Y nos recibieron muy bien el comandante de la compañía y todos los rancheros de por ahí, porque en realidad el cuartel era una hacienda. Nos dejaron descansar como ocho días y luego nos metieron a servicio, que de hangar, que de campo, que de arboleda.

Yo estaba comisionado en la huerta, para que no fueran los rancheros a sacarse la fruta de ahí. Por cierto que mi comandante era tan malo así, que no nos dejaba a nosotros, que andábamos cultivando la huerta, arrancar la fruta de los árboles para comer, sino de la que estaba caída. Por eso a mí me sobrevino el paludismo. Fíjese nada más en qué clima, clima templado, pero es que yo comía las naranjas pachiches, de esas naranjas que se caen y les pega el sol durante el día, durante varios días, ¿no? Comíamos fruta que caía del árbol y luego le entrábamos muy duro al agua.

Las primeras semanas en el campo enfermé de melancolía, no comía, no dormía, hacía mis servicios como autómata nada más. Pedía un caballo y me iba por allá al cerro, yo solito, a esperar la tarde. Y ya regresaba en la noche, siempre pensando en Antonia nada más. Poco a poco se me fue pasando.

Fue en Morelia cuando me puse una borrachera, la primera de mi vida. Se festejaba el Día del Soldado y me comisionaron a mí con un cabo para ir a comprar charanda. Pues llegamos a las matas, a las fábricas, ¿no?, y los que estaban laborando en las fábricas aquellas me dicen: —A ver, mi soldado, venga usted para acá. ¿No le gustaría echarse un cuernito?

—¿Qué es eso?

—Pues es un cuerno de chivo con charanda.

—No —le digo—, ahorita no. Es que vengo en una comisión y no puedo tomar.

—No, hombre, que mire, que nada tiene que ver un cuernito.

Bueno, me insistieron y me tomé tres. El charanda aquel me lo estaban dando calientito, saliendo del alambique, así es que no me raspaba, al contrario, me sabía

dulcecito. El cabo aquel terminó de comprar la charanda y me dijo: —Bueno, soldado Roberto, vámonos.

Al salir a la calle me dio el aire y sentí como un puñetazo en pleno rostro, y luego luego me sentí mareadísimo. ¡Era la primera vez en mi vida que tomaba, y me hicieron esa maldad de darme el charanda caliente! Dice mi cabo: —¡Mire nada más, joven Roberto, cómo está usted!

—No, mi cabo, perdone, pero es que me dieron tres cuernitos, y yo no sabía qué eran; no sabía que me fuera a hacer tanto mal.

Estaba yo desbarrando completamente, pues ya el vino me estaba haciendo un efecto tremendo. En el camión no me querían traer así. Por allá al soldado no sé si lo quieran mucho, o lo odien, pero lo que sí sé decir es que lo respetan cantidad. Ya el cabo impuso autoridad pero no obstante eso hubo necesidad de que me subiera a la canastilla para que me diera el aire y me compusiera un poco. Pues allá vamos, como vil fardos, el cabo y yo. Él cuidándome, y yo, pues más mal que nada, cantando "Lindo Michoacán"; ya me sentía yo hasta michoacano en esos momentos.

Bajamos ahí en la carretera y teníamos que caminar 12 kilómetros para llegar al campo. Y, ¡hum!, para mí ese trayecto se me hizo un polvo, porque todo era camino, para un lado y para otro. Llegué bien mareado, y entonces me dije: "En mi vida vuelvo a probar una gota de vino". Y no he dicho mayor mentira que ésa.

Cuando llegamos allá, ya estaba la fiesta en su apogeo. Los rancheros de por ahí nos habían hecho dos novillos, una ternera, y puercos y guajolotes. Era una fiesta en grande, pues éramos muchos soldados y muchos los aldeanos. Hubo jaripeo, carreras de caballos, de todo un poco, ¿verdad? Pues que llegamos y: —A ver, que siéntese, mi cabo. —Y que: —Siéntate, Roberto, ustedes que fueron por la bebida. —Ese día no tomé, me sorbía los vasos de charanda, los "changuirongos" que les llaman por allá, es charanda con el refresco que uno apetezca, hielo y limón, pero tienen un efecto muy bárbaro.

Y fue cuando por primera vez vi en peligro mi vida. Había un muchacho ahí que era soldado de primera y se llamaba Raúl, nada más que por nombre le decíamos *el Gorila.* Él y otro, Cascos, andaban trastornados y andaban ahí bailando y contentos. Pero no sé qué, surgió una dificultad, le caí mal al *Gorila* y llana y sencillamente me dice: —A ver, soldado Roberto, venga para acá.

—Diga usted, mi cabo. —Porque él, soldado de primera, se puede considerar como cabo, ¿verdad?, y el cabo como sargento, y así por riguroso escalafón.

Le digo: —Diga usted, mi cabo.

Dice: —Sabes que a mí me gustas para que vayas y chingues a tu madre.

Digo: —Qué pasó, mi cabo, ¿ya se le subieron las copas tan pronto?

—No, no, no, es más, no estoy tomado —dice—, estoy bien grifo.

Y yo dije: "Ay caramba, esto sí se está poniendo medio pesado". Y digo: —Bueno, si usted está como dice, está muy bien, ni quién le diga nada.

—No, no, pues si es lo que quiero, que me digan algo. Porque aquí va a valer una chingada. No me has dado motivo, te digo que me caíste gordo, así, y nos vamos a dar

en la madre.

—Pues yo no puedo pelear con usted, es mi superior. —Y ya está sacando un verduguillo que había hecho de una baqueta del mismo fusil, y ahí está detrás de mí. Luego luego entró el subteniente al quite y le dio un pistoletazo con la cacha de la pistola y lo puso en paz. Desde entonces así como que me agarró un poquitín de tirria el muchacho, pero no pasó de ahí.

Hasta eso cuando se ponía mariguano era cuando estaba más pacífico y empezaba a hablar que de filosofía, que de letras, que de teología. Bueno, de cosas que todavía no sé lo que quieren decir. Platicaba en tal forma que no nada más yo me quedaba oyendo, sino que hasta el subteniente mismo, el comandante, se ponían a escucharlo. El comandante era un poco más estudiado y él sí le contestaba las preguntas que *el Gorila* le hacía, y así estaban mutuamente contestándose preguntas. Pues para mí ya de mucho sentido, ¿verdad? Ése es uno de mis momentos gratos.

Después, Cascos, *el Gorila* y yo fuimos muy buenos amigos aunque ellos me hicieron que cultivara mariguana. Me hicieron que la cultivara en la huerta, porque a ellos les gustaba fumarla. Y yo la cultivé por la sencilla razón de que lo ordenaron. Claro que el ejército no lo permite, pero el ejército no los va a andar cuidando.

Sembraron la mariguana en el último fondo de la huerta, como a unos 500 metros del cuartel. Las semillas las obtuvieron en paquete; esa hierba viene con todo y semilla. Se reproduce en tal forma que hasta se espanta uno, de una sola semillita salen dos, tres matitas, y ¡qué matas! Ellos me guiaron cómo cultivarla; hice un almácigo, solté bien la tierra, la dejé bien flojita, la regué a modo de que no se ahogara, y así la estuve cuidando.

Muchas veces me la llegaron a ofrecer, pero nunca quise aceptar. Ellos sabían perfectamente bien que yo no fumaba mariguana. Bueno, una vez sí la probé. Me dieron un cigarro, Delicados, que siempre ha sido mi marca favorita, mezclado con la mariguana. Le di dos, tres fumadas, y me sentí mareado. Luego sentí la cabeza como hueca, veía a todos en una forma muy extraña y caminaba y sentía que iba en una cosa blandita, que casi ni pisaba el suelo. El cuerpo se me soltó y sentía yo que mis nervios no me obedecían.

Entonces me dieron ganas de hacer una necesidad fisiológica y fui a sentarme detrás de un huizache. Bueno, pues a la hora de pararme, ¡zas!, que me voy para atrás sobre las espinas; pues todo me espiné. Me dio una risa tremenda de que estaba así en ese estado. Luego me espanté cuando quise escupir y no me salió saliva. Y ellos, yo veía que reían, ¿no? Quería desquitar mi coraje, pero no podía, me sentía muy débil, muy flojo de todo el cuerpo. Entonces me dormí y ya desperté en la madrugada, y había dejado pasar mi servicio en los hangares. Pues me hizo un efecto tan tremendo que fui a parar hasta el hospital. Creo que por eso se me desarrolló el paludismo. Jamás volví a fumar mariguana.

Ya me andaba costando un proceso, porque a Cascos, al *Gorila* y a mí nos descubrieron en el asunto este de la mariguana y nos arrestaron a los tres. Y yo estaba tranquilo en mi pecho, ¿sabe?, pues me dije: "Si hay justicia, verán que no tengo la

culpa". Me hubieran procesado con los otros dos, pero me salvó Cascos. Y por primera vez, y única, hicieron justicia conmigo.

Otro hecho importante, quizás el decisivo de mi vida, fue cuando se vino la epidemia de la aftosa aquí en México. Por Morelia estuvo muy dura. Tan dura estuvo que pusieron a todo el territorio en cuarentena. No entraba nadie, ni salía una gallina o un huevo siquiera. Nosotros nos encargamos de matar las reses enfermas. Si en 10 reses dos o tres salían enfermas, las 10 se tenían que matar para evitar el contagio. Y por ese motivo los rancheros nos agarraron un odio de los diablos.

El gobierno les pagaba a los rancheros si les mataba a sus animales, pero me duele reconocerlo, no les pagaban lo que valían. Si una yunta valía 2000 pesos, no les pagaban ni 1500. Los rancheros estaban muy disgustados por esto, y siendo gente que no entiende de razones, agarró represalias contra nosotros, porque aplicábamos el rifle sanitario, pero eran órdenes superiores.

Una vez salimos a caballo Daniel Ramírez, Francisco, Crispín quién sabe qué, no recuerdo su apellido, y yo. Íbamos como cuatro o cinco individuos. Nos había tocado franquicia y pedimos caballos prestados para ir a San Pedro a tomar, que un refresco, que un raspado, en una palabra a buscar lo que uno quisiera. Teníamos que presentarnos a lista de seis.

Se nos hizo un poquitín tarde y ahí vamos con los caballos, a galope tendido. Al llegar a un lugar que le dicen Barranca del Diablo, que empieza una balacera, ¡pero de esas sabrosas!, la primera que me tocó en mi vida. Nos estaban tirando con puro 30-30 y máusers 7 milímetros. Pues nosotros, a correr, pero cayó un muchacho y a otro lo mataron. Yo les gasté un balazo, un rozón de bala en la pierna. Ya estaba oscuro y ellos estaban parapetados detrás de los árboles. Nada más veíamos los fogonazos de sus armas. ¡Y a correr se ha dicho!

Daniel y yo regresamos a ver a los que habían caído. Uno de ellos pues estaba bien pelado, como dicen por Veracruz, bien muerto. Pues, a dar parte al cuartel. Y dice el subteniente: —A ver, ármense, hágase un pelotón. —Aunque yo estaba herido le pedí al subteniente que me dejara acompañarles, pero él dijo: —No, a ti que te atiendan.

—Pero si no es nada, mi subteniente, con un pequeño torniquete y ahí queda. —Aceptó y ya fuimos. ¡Qué íbamos a encontrarlos ya!, ¿no? Nada más fuimos, recogimos a aquel compañero y anduvimos indagando por ahí. Como a los cuatro meses los agarramos.

Había rancheros que tenían cientos de cabezas de ganado. En las noches, a sabiendas de que si los sorprendíamos se les decomisaba todo el ganado, lo sacaban de sus propiedades y lo iban a meter por allá por la sierra, para evitar que se lo mataran. Estaba yo de servicio una noche. Tenía que andar por el campo cuidando que no anduvieran animales en las pistas de aterrizaje. El campo tiene como cuatro kilómetros de largo por tres de ancho, si no exagero.

Estaba en una de las cabeceras haciendo mi ronda, cuando oí un mugido y un tropel de patas. Inmediatamente que voy a dar parte al cabo, pero no estaba, se había ido a comer. Entonces que agarro el reflector, uno inmenso que había ahí, y lo enfoqué y vi

una polvadera de los diablos. Y ahí voy, corre que corre: —¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—Yo, mi soldado, no vaya usted a disparar.

—A ver, páreme ese ganado ahí. —No, pues si ya habían pasado todo el ganado.

Digo: —Pues ya el ganado no se lo puedo decomisar, pero a usted sí lo puedo detener. Acompáñeme.

—No, hombre, mire, mi soldado, que…

—Bueno, ¿por qué se lleva usted ese ganado? ¿Usted es cuatrero, o es suyo, o qué? Si me dice que es suyo no se lo voy a creer, porque si fuera suyo, no es hora para que lo lleve en esa forma.

Dice: —No, mire, es mío, nada más que en realidad hay ahí unas reses enfermas en mi rancho, y sí, ésas las vamos a matar, de seguro. Pero las demás están sanas y no quiero que me las maten porque el gobierno no me paga todo lo que debe de ser.

Pues estuvimos ahí alegue, y alegue, y alegue. Total, que empezó por ofrecerme 100 pesos.

—No, señor. Yo no puedo aceptar ningún centavo de esos 100 pesos. Si quiere usted dárselos a alguien puede usted darlos de multa, o le sirven para salir de ahí.

—Pues le doy 300.

—No, señor. —Total, me llegó a los 500 pesos. Primera vez en mi vida que tenía una cantidad de dinero así. Pasó. Ya para esto, el ganado pues ya se había ido y se fue el ranchero aquel.

Y luego viene el cabo.

—¿Qué novedades hay, soldado?

—Pues ninguna novedad, mi cabo.

—¡Cómo no!, ¿no vino usted hace rato?

—Ah, pues sí. Con la novedad de que… este… pues, andaban ahí unas reses, y quise detenerlas, pero pues alguien las espantó y… ya no.

Dice: —No, no, no. A ver, vente.

Pues el cabo, colmilludo, ¿no?, al fin viejo en el ejército, se sabía todas las tretas. Pues sí, yo no podía engañarlo a él. Me llamó aparte, y dice: —¿Qué, de qué se trató? —Y pues yo ya comprendí que era imposible estar mintiendo, ¿no?

—Pues mire, mi cabo, pasó esto: un fulano lleva su ganado, y ya pasaron, los dejé pasar.

—Pero cómo los dejaste pasar. ¿Pues qué no sabes tus consignas?

—Sí, mi cabo, pero él me dio una consigna mejor. Me dio 100 pesos.

—No te hagas pendejo —dice—, ¡cómo cien pesos! Está bien que eres un escuincle, pero por 100 pesos no te vas a echar un proceso.

Le digo: —No, mire, para serle franco, en realidad me dio 200 pesos. —Ya como que medio me creyó, pero siempre me alegó todavía, ¿no?, mis deberes y que había yo faltado. Bueno, total, que dice: —Bueno, a ver, dame 100 pesos y ahí queda entre tú y yo, nada más.

Éramos tres soldados, más bien dicho, dos soldados rasos y el cabo. Y dice el cabo: —Pensándolo bien, dale 50 pesos a aquél para callarle la boca.

Digo yo que fue el momento decisivo en mi vida porque si yo no hubiese dejado pasar a aquel hombre y si no hubiera aceptado aquel dinero, yo no me hubiera convertido en un calavera. Esta cosa se repitió por dos veces más, pero ya la tercera vez me dieron 2000 pesos. Todo ese dinero que yo recibí era para que yo, ya que había hecho una cosa mala, pues por lo menos tapara un poquito el ojo al macho, ¿verdad?, y ver de invertir el dinero más sabiamente. No, me agarré a dispararle a los amigos de tomar, y andar con mujeres. Todo lo boté. Por eso es que le digo que el momento decisivo de mi vida, porque no supe aprovechar esa ocasión, que si hubiera sabido, no tuviera el remordimiento aquel de haber faltado a mi deber de soldado.

Me gustó mucho la vida del ejército. Casi llegué a cabo, pero no seguí. No sé por qué, será que tengo una sangre muy pesada, o será por mi color, que a cualquiera le caigo mal, ¿verdad? Y otro cabo, precisamente me traía a mí entre ojos. Cada rato me quería arrestar por una cosa injusta, y luego luego solicito hablar con mi mayor. Ya llegamos con mi mayor y él expone sus razones y yo las mías. Y agarraba el mayor y veía que era una cosa injusta y rompía la boleta. —Váyase a su servicio —me decía a mí. Así como cinco o seis boletas me presentó, y bueno, nunca me pudo arrestar. Y siempre me traía entre ojos.

Y se trató que ya los últimos meses, más bien dicho, la última vez que practicamos la lucha cuerpo a cuerpo, por desgracia me toca a mí de compañero aquel cabo. Nada más estábamos haciendo un simulacro, pero aquel cabo no estaba simulando absolutamente nada. Y dice: —Póngase en guardia. —Yo inmediatamente me puse en guardia y embracé mi arma prevenido a parar los golpes que él me tirara; pero tenían que ser nada más fingidos, ¿no?

Pero éste no lo hacía así. Dos o tres cambios de golpes los hizo así, simulados, pero ya como al cuarto o al quinto entonces sí que me tira un fondazo. Lo bueno es que ya habíamos tenido unas clases de esgrima y pude pararle el golpe, a la izquierda, con mi arma; así es que su hombro me vino a pegar aquí en el pecho y ya quedamos así.

Y le digo:

—¡Qué pasó, mi cabo, se mandó usted ahorita!

—¡Pues luego, hijo de la chingada!, ¿pues qué no te das cuenta? Ponte vivo porque si no te voy a matar.

Ya no me dijo más el cabo. Agarré mi arma así nada más, le di media vuelta y con la culata de mi fusil le pegué en la barba. Me dio tanto coraje cuando él me mentó la madre que me dieron ganas de matarlo. Cuando le pegué fue mejor que me dio las espaldas, porque el golpe que le di fue tan bárbaro y duele mucho por muy leve que sea. Quise yo meterle la bayoneta por atrás, pero solamente Dios me pudo detener. Luego luego reaccioné y dije: "No, Roberto, ¿qué vas a hacer?" Si le hubiera metido la bayoneta lo traspaso ahí como mariposa. Entonces nada más me concreté a darle un piquete en las nalgas.

Vio esto el subteniente y luego luego tocaron el silbato, la señal de parar, ¿verdad? Alto total para todos y sin moverse nadie de su lugar. Y va el subteniente: —¡Qué hiciste, muchacho pendejo!

—No, mi subteniente, que aquí, que el cabo… Si yo no me he puesto abusado, lo que le hice yo a él, él me lo hubiera hecho, y no en esta forma, sino peor.

Dice: —¡Cállese la boca! Todavía no sabe ni lo que está brigando, pero comoquiera que sea, usted sale perdiendo. ¡Desármese! —Me quité mi fornitura y mi casco y puse mi rifle en el suelo, y dije: "Ahora sí, *Negro,* te vas a morir en la cárcel". Y dice él: —Véngase, acompáñeme.

Al cabo, luego luego que: —¡Camillero! —llamaron a los camilleros; los enfermeros lo curaron, no era una cosa grave en realidad.

A mí que me acompaña el subteniente, lo acompañé, más bien, y me dice: —Mira, muchacho, ahorita si te detengo te vamos a procesar, y por lo menos te dan de ocho a 10 años de cárcel, por esta insubordinación.

—Está bien, mi subteniente, yo estoy dispuesto a recibir mi castigo, lo que yo merezca, pero también pido que se me escuche.

—Comoquiera que sea tú te insubordinaste a un superior. Es más, vete mucho a la tiznada. —Y que agarra y que mete la mano a su guerrera y saca y me da veintitantos pesos. —Vete, y que Dios te acompañe, porque no me creo capaz de… —Por regla, por ley, le pertenecía detenerme a mí. Para mí fue una acción tan noble que hizo, que pues nunca acabaré por agradecérselo, porque ahorita todavía estuviera yo en la cárcel, por muy bien que me hubiera ido.

Entonces salí del ejército sin papeles y sin nada, y me faltaron cinco meses para cumplir mi servicio de tres años. El ejército no es que sea informal, es que uno hace el contrato por tres años y no pueden dejarlo salir sin haberlos cumplido. Así que yo no tenía derecho de salir como salí. Está penado por la ley y ahorita puedo decirme prófugo. Yo lo lamento bastante el haber salido de esa forma, ¿verdad?, porque mi intención era haber salido bien.

Cuando estuve en Morelia me hice novio de una muchacha que me quiso, me adoraba, y cuando yo me vine para México, cuando me deserté, pasé a despedirme de ella. No debía de haber hecho eso porque ella me insistía que me la trajera conmigo. No le importaban las condiciones en que yo pudiera tenerla, nada más lo que quería era estar conmigo. En un principio le mentía, le decía que me habían dado mi traslado a México, pero al ver las demostraciones que ella me estaba haciendo, me obligó a decirle que yo iba a desertar y que no podía yo ofrecerle absolutamente ningún porvenir seguro. No obstante eso ella me dijo: —No me importa eso, quiero estar contigo. —Desde luego tuve que dejarla. Siempre ha sido un fracaso mi vida amorosa, con excepción de esta muchacha. Ella sí me quiso.

Manuel y su esposa Paula —que en paz descanse— vivían con mis hermanas cuando regresé. Mi papá se quedaba en casa de Lupita porque Antonia todavía no estaba bien. Llegué a ir algunas veces por ver a Antonia, pero luego mi papá me dijo que qué tenía yo que andarme parando en esa casa a dar lata. Y luego una vez supe que Lupita dijo que cada vez que iba a su casa me le quedaba mirando en una forma muy especial a sus hijas. Me dolió mucho, me ofendió, y ya pocas veces volví a ir.

Algunas veces pedía prestada una bicicleta y me iba a un bar que estaba cerca de casa de Lupita. Tomaba un sorbo de mi cerveza y me asomaba a la puerta a ver si salía Antonia a comprar las tortillas, el pan. Ya sabía yo, más o menos, a qué horas andaba ella por ahí, y nada más con verla y dejarme ver por ella con eso me consolaba. Una vez anduve con la bicicleta por ahí y ella salió de la vecindad a la tienda que está enfrente a comprar unos cerillos. Yo traía cigarros, traía cerillos —dos cajas—, pero no hallé otro pretexto de acercarme a ella más que ir a comprar cigarros.

Agarré mi bicicleta y hasta me fui en sentido contrario, y cuando llegué cerca de ella hice la parada del águila. Ella estaba en la puerta de la tienda y se me quedó viendo así, de reojo, y yo me le quedé mirando, así, de lleno. En ese momento le dieron sus cosas y se quedó allí por un momento; yo esperaba que me dieran rápido mis cosas también, para salirme. Rápido me fui y a propósito hice que me viera que me paraba ahí en el bar; pedí de nuevo una cerveza y ahí estuve.

Me hizo daño, me acusó con mi papá y dijo mentiras. Le dijo que yo le había echado la bicicleta encima y que cada rato na'más la andaba molestando. Ya después, alguna otra vez la volví a ver; después pasó una temporada larga y ella volvió a Bella Vista.

Mientras, conocí a mi cuñada Paula mejor. La conocí cuando mi hermano la llevó a presentar a mi papá. Él le hizo una advertencia muy seria a Paula, le dice: —¿Ya te llevas en cuenta, muchacha, que éste es un canalla, es un vago, es un güevón que no sabe hacer nada? —¡Qué reprimenda le dio mi papá a mi hermano! Hasta yo me estaba sintiendo chiquito, de veras. Paula estaba muy apenada y pensó que mi papá tenía un carácter muy fuerte.

Después me encontré con que ya iba a ser tío. Y nace Mariquita, blanca, con ojos azules. ¡Qué gusto me dio! Dije: —Hasta que se me hizo tener una de ojos azules en la familia. —Mi papá la bromeaba: —Oye, Paula, ¿qué no habría por ahí algún engaño? —Yo también le decía: —¡A mí también se me hace que éste es contrabando! —¡Pobre Paula! Ahora comprendo que nunca debía haberlo hecho. Se ponía roja, verde, amarilla, ¡de todos colores! Pero al poco tiempo se le pusieron sus ojos cafeses como los de Manuel.

Mi hermano empezaba a fallar en el trabajo, y no daba gasto suficiente a mi cuñada. Entonces mi papá se hizo cargo de Paula y de los niños que nacieron uno tras otro. Yo le daba a mi cuñada dinero para medicinas cuando se enfermaban los niños, o para zapatos, o vestidos, o sencillamente le daba su domingo. Nunca me dolió hacerlo. Mi hermano —más desobligado que nunca— siguió sus juegos de baraja, de dominó. Yo también juego, pero aún a la fecha, cuando se ha tratado, no me gusta jugar con mi hermano, porque siento que estamos en pugna.

Yo no comprendía, ni me afané yo a pensar, por qué mi hermano tenía dos mujeres a la vez. Una vez vi a Manuel con su gran amor, Graciela, y le dije: —Oye, Manuel, ¿qué es tu novia? —Sí… ¡No!, es una amiga.

—¡Qué amiga ni qué nada! ¡Pobre Paula, cómo la engañas! —Nunca pude saber si ella se dio cuenta, pero parece que sí, porque nunca falta alguien que le venga a decir a la esposa que el esposo la engaña.

Una vez estaba yo enfermo del incordio, del que me operaron, estaba yo en la casa y mi hermano le puso la mano encima a Paula. ¡Ay, cómo me dolió! Me paré cojeando, y todo para apaciguarlo, hasta lloré esa vez. Y Paula fue muy buena, mucho muy buena. Esa mujer lloró por mí, porque supo que yo hacía calaverada y media, que a cada rato me andaba peleando con cuchillo, con pistola, o a pedradas, o a patadas. Me decía: —Mire, Roberto, Dios no lo quiera, el día menos pensado usted queda por ahí, y qué va a ser de su papá. Usted está joven, es fuerte, tiene una vida por delante, un porvenir muy grande si usted quiere labrárselo, pero ya, por favor, no haga tantas travesuras. —Me hizo prometerle que ya no iba a pelear, pero eso era imposible en mi colonia.

Todavía traía yo mi uniforme y me daba mala fama y me buscaba pleitos. Era sabido que el ejército estaba lleno de vicios y a los soldados no se les quería. Al segundo día que estuve en la casa me metí en un pleito cuando fui con Consuelo a comprar el pan. No faltó un lépero que le dijera algo a mi hermana. Yo voy de acuerdo con florear a una dama, ¿no? Decirle: "adiós, chula", "adiós, muñeca", "qué preciosos ojos tiene usted", "qué cuerpecito tan lindo", cosas así, decentes. Pero eso de que "adiós, mamazota, qué buena está usted", o me dicen "adiós, cuñado", no lo paso.

Lo miré muy feo y le menté la madre y ahí empezó el pleito. Con la mirada se puede decir más que un loro huasteco lépero, y es una de las cosas que me han causado pleitos. Bueno, fui boxeador en el ejército, pero cuando volví a casa me consideraban como profesional.

Era muy rápido con los puños y me decían *Atila.* Luego empecé a usar navaja y herí a varios. Si por mí fuera no pelearía, pero tengo que desquitarme de todos esos condenados.

Muchas veces estuve en dificultades por mis hermanas. Como siempre las cuidaba cuando estaba yo en la casa. Dos veces sorprendí a Marta en la calle con este Crispín y la reprendí. Mi hermana era muy chiquilla todavía y él no me parecía bien. Él era más grande que ella, ¿verdad?, y ya me parecía más maduro y porque conozco esa clase de fulanos. Consuelo también me causó varios dolores de cabeza por la forma que bailaba y coqueteaba.

Una tarde Marta no regresaba, y yo, buscando a Marta por todas partes, y preguntando discretamente a amigos… Me sentía desesperado pensando lo que le podía haber pasado a mi hermana, cuando me asaltó el pensamiento de que hubiera podido irse con alguien. Yo me sentía culpable por no haber sabido cuidar a mi hermana, y anduve buscando toda la noche para arriba y para abajo. ¡Toda la noche me martirizó!

Al día siguiente la encontré con Crispín. ¡Qué coraje me dio! Y él con ese aspecto medio burlón que tiene. Todavía no me explico por qué no le hice nada a ese muchacho. A ella le pegué porque comprendí que mi hermana ya no era doncella. Yo le dije que ya era mujer de mundo, y que debían casarse y respetarlo y serle fiel. Ella dijo que él le había prometido que se iban a casar, pero nunca jamás lo hicieron.

¡El infeliz desgraciado! Era muy celoso, ¡incluso conmigo tuvo celos! Una vez fui a visitar a mi hermana a su casa. Bueno, me senté a la orilla de la cama y mi hermana estaba al lado mío. Yo tenía la playera fuera del pantalón. Y llegó por ahí su hermana y

se nos quedó viendo en una forma… No sé qué le diría a Crispín pero sé que me estaba tachando de una infamia. He hecho cosas tremendas en mi vida, pero tanto como para rebajarme a ese grado de bestia, ¡no!

Cuando la vi le dije: —Mire, señora, agradezca que estamos en la casa de mi hermana y que usted es mujer, pero si usted sigue insinuando cosas voy a tener que romperle la madre.

—No, que no le hables así a mi hermana.

—¡Tú vas y chingas a tu madre! Pero no vayas a tomar represalias con mi hermana por esto, porque tú llegas a tocar un pelo de mi hermana y eres hombre muerto; tienes tus días contados. —Así le dije y se lo dije de corazón.

No podía soportar al fulano porque había engañado a mi hermana. Me dolía mucho ver lo que le había pasado. Si hubiera estado en mi mano —y voy a sonar como un irracional—, lo hubiera matado tan fácilmente como lo digo, porque él no es un hombre. La comadrona se equivocó cuando dijo que era hombre.

Cuando Antonia vino a vivir a Bella Vista tuve más dolores de cabeza. Estaba yo trabajando de barnizador, entraba a las siete y nos daban media hora a las 10 de la mañana para salir a almorzar. Un día llegué y discretamente pregunté por Antonia a Enoé, la sirvienta. Me dijo que se había arreglado y había salido. Me dio mucho coraje y a la vez un presentimiento…

Para esto, días antes, se había prestado para que la retrataran en un estudio, porque le anduve pidiendo un retrato. Pensé que habría ido a recoger las fotos, así que decidí caminar hacia allá. Tomé un cuchillo porque ya sabía yo por dónde me iba a meter, por ahí hay gente del bajo mundo y sé cómo se las gastan.

Cuando de pronto vi a Antonia que venía del brazo con Otón. Di como tres o cuatro pasos, como ciego, no veía nada, se me nubló la vista; y sentí que la sangre se me bajaba a los pies, y se me enfrió el cuerpo. Sentí muy feo, pero seguí caminando automáticamente. Antonia alcanzó a verme y aventó a Otón a un lado. Para esto yo a él ya le había advertido que no anduviera con mi hermana.

Yo le dije: —Mira, no creo que tú le convengas a mi hermana, porque sé de qué pie cojeas, eres igual a mí, o peor, y no me conviene que andes con ella. Yo creo que mi hermana merece algo mejor. Para la próxima vez no te voy a hablar por la buena; para la próxima vez ya va a ser en otra forma. —Se lo dije sinceramente, de corazón, porque sabía que mi hermana nunca iba a ser mía y quería algo mejor para ella. No estaba yo equivocado con respecto a Otón, porque ahora es un drogadicto de primera marca.

Antonia es de muy pocas pulgas, y dice: —¡Ultimadamente, a ti qué te importa! —Pero me vio tan enojado que cuando le dije que se fuera para la casa, se fue derecho caminando. Luego le pregunté a Otón si andaba "ensillado", porque yo sí andaba y debía defenderse.

—No, Roberto. Espera, ten calma, escucha… tu hermana y yo somos novios; yo le hablé y ella me ha correspondido.

—No te hagas pendejo, Otón. Tú agarras a una mocosa y tú ya eres un hombre baleado, así de que haz favor de dejarla en paz. Y pues de una vez, ¡ponte en guardia!

—y le enseñé la cacha del cuchillo.

—Mira, sí traigo con qué, yo también, pero no es para tanto… Por una mujer no debe uno pelear; no valen la pena.

Ya no aguanté más y le tuve que dar un puñetazo. ¿Que mi hermana no valía la pena? ¡Ella valía más que la pena! Él no quiso aceptar mi pelea y entonces yo regresé a la casa.

La regañé y le dije que Otón era un calavera, que fumaba mariguana, que se inyectaba morfina, que robaba, que asaltaba… No era cierto en aquel entonces, le dije de más tratando de desanimarla. Y dije más de lo que hubiera querido decir: —Tienes razón, Tonia —le digo—, veo claro que es una necedad, un imposible lo que yo siento en mi corazón por ti.

Ella siempre se dio cuenta de mis sentimientos, y fue cuando ella dijo: —Vaya, hasta que lo comprendes mejor.

—Sí, veo con toda claridad que no es posible nada. —Cambié la plática y le pedí que olvidara lo sucedido y me dedicara una de sus fotografías. Me quedé con cuatro.

Esa noche me dio una desesperación muy grande y quería morir. Yo me esperaba que Antonia le dijera a mi papá. Entonces agarré un vaso con agua y vacié dos inyecciones que me encontré y me las iba a beber. No sentí miedo de morir, pero Dios me iluminó el pensamiento y me arrepentí. Tiré todo a la basura. Al día siguiente andaba yo que no me calentaba ni el sol.

Bueno, después que perdí el amor de Antonia —para mí así lo comprendí— fue cuando me acerqué a Rufelia. Ella se dio cuenta de lo que yo sentía por Antonia, porque lloré amargamente el día que Antonia se fue a la calle de Rosario. Rufelia entró y me dijo que no llorara, que comprendiera que no estaba bien. Entonces le dije que todo lo que le había platicado de Antonia era nada más para llamar su atención. No supo qué decirme y quedó de darme su contestación.

—Mañana domingo le digo, Roberto. —Siempre he sido muy impaciente y yo ahí en la esquina esperando… Entonces llegó Otón, el ex novio de Antonia, y me dijo: —Vente, *Negro,* vamos a jugar baraja. —Entonces me sentí muy macho, y dije, bueno, para que vea que yo también sé de todo; y nos pusimos a jugar baraja ahí en la esquina. Pero eso influyó en ella para que me rechazara.

Me dijo que no, que yo era un hombre pobre, que qué podía ofrecerle. Que ella tenía novios que le daban y le cumplían todos sus gustos, pero yo qué… Entonces yo tenía como mil y pico de pesos en la bolsa porque días antes había arrebatado la bolsa de una dama muy encopetada en el hipódromo. Por un momento me dieron ganas de enseñarle el dinero, pero pensé: "Lo que ella busca es el dinero, el interés, no el amor". Y me fui muy decepcionado.

La familia de Rufelia era como el resto de nosotros cuando vinieron por primera vez a Bella Vista. En un tiempo cuando ellos eran pobres llevaban muy buena amistad especialmente con nosotros. Seguido, la mamá de Rufelia nos mandaba pedir dinero prestado para el gasto; que el peso, que el tostón, que los dos pesos, que los tres, que los 10; nosotros, a la vez, le pedimos centavos prestados. Pero luego el papá de Rufelia dejó

su trabajo como ayudante de chofer y se dedicó a componer refrigeradores. Entonces él empezó a subir económicamente. Los hermanos de Rufelia asistieron a la secundaria y los papás comenzaron a arreglar su casa. Primero una estufa de gas, luego el comedor, la tele, literas para que durmieran los muchachos… hasta que se volvieron los Rockefeller del patio. Y conforme fueron subiendo fueron dejando de hablar a las demás gentes. No digo que hayan estado obligados a hablarme porque yo alguna vez les hice algún favor, pero tampoco me explico el porqué ellos dejaron de hablarme sin ningún motivo, llegaron a insultarme, a ofenderme, o a desconocerme del todo. Yo no me explico el cambio tan radical en ellos. La única explicación es que dicen ellos que son mejores que yo, más educados. Por eso Rufelia me rechazó.

Por el tiempo que le andaba hablando a Rufelia, cosas extrañas pasaron en Bella Vista y me las achacaron a mí. Alguien puso sal y ajos en los quicios de las puertas de Rufelia, y de Angélica Rivera y de otras, y empezaron a decir que era yo que quería hacerle daño a Rufelia porque no me hacía caso y crear discordia entre los vecinos. Cosa que en realidad sólo existió en la mente de esas gentes porque yo nunca llegué a hacer eso.

Una mañana Rufelia y su mamá, y la mujer del carnicero, sorprendieron a la señora Chole, del 93, recogiendo de la puerta de su casa la sal y los ajos, y fue directamente a mi casa y las dejó ahí en el quicio de la puerta. La oyeron decir: —¡*Negro* jijo de tu chingada madre! ¡Vete a hacer esto a quién sabe quién! Y ¡ojalá se te pudran las nalgas! —Yo no me explico por qué hizo esto. Esas gentes del 93 nunca hablan con nadie y desde un principio noté que no me ven con buenos ojos.

No creo en brujerías, a pesar de que he andado en partes en que se practica aún la brujería. Nunca he practicado eso de las pociones amorosas y todas esas tonterías que los incautos compran. Aquí en la capital los muchachos hablan de brujas y amuletos, pero de broma, ¿no? Entre mi palomilla no creen.

Pero sí he sabido de personas que han llegado a enfermar porque les han hecho daño. Mi papá, por ejemplo, o un hombre que conocí en Córdoba; su señora lo embrujó y lo volvió idiota, le clavó alfileres a una foto de él y la tenía enterrada en su parcela. Era muy bragado este señor, un hombre de pelo en pecho. Una vez nos llegamos a balacear los dos por alguna dificultad que tuvimos. No bebía, no comía, nada más se le iba en estar sentado en la puerta de su casa. No se despegaba de su mujer y le daban accesos de locura; se quedó como idiota completamente.

Otro hombre que conozco lo tiene dominado la mujer. Ella le grita, y hasta llega a pegarle, y se sabe que lo tiene embrujado. Porque no se puede explicar en otra forma. En Chiapas me contaron que cuando una mujer le quiere hacer daño a un hombre le da agua de coco a beber. Se dice que la mujer se lava la parte vaginal cuando está menstruando y mezcla el agua con que se lavó en el café y se la da a beber al marido. Una vez que toma eso queda completamente dominado bajo el poder de aquella mujer.

Después que me contaron eso ya no quise tomar cosas líquidas, ni nada absolutamente en la casa en que estaba, porque había una tehuana que se enamoró de mí. Se cuenta que cuando las tehuanas se enamoran le hacen algo y así esté en China va

al lado de aquella mujer. Me metieron esa espinita, y por eso traje por algún tiempo un pedazo de oro en la boca.

Yo siempre llegaba a eso de las dos de la tarde, las tres, a comer cuando no trabajaba. En una de tantas ocasiones llegué y Enoé estaba lavando. Nunca me ha gustado que las sirvientas me sirvan mis alimentos, se me hace que se humillan mucho; siempre me he servido mis cosas. Agarré y me serví sopa de arroz, frijoles y guisado. ¡Y a comer! Enoé estaba lava y lava, y no sé, pero su movimiento de caderas me llamó mucho la atención. Muy despacito me fui atrás de ella, me agaché y le vi las piernas. Pero ella se dio cuenta y dice: —Ay, condenado *Negro* éste, ¡malhaya sean tus gracias! ¡Sácate de aquí! —Y que me echa agua.

—Ay, qué tiene, ¿o no le gustaría un negrito así, feo, feo, pero con más suerte que dinero? —Dice: —¡Vete mucho al carajo!

Luego me recosté en la cama y ella se puso a planchar. Empezamos a platicar y no sé cómo vino al caso que ella me pidió 20 pesos. En realidad yo no tenía ni un peso en la bolsa, pero me atreví a ofrecerle 10. Y ella dice: —Bueno, nos vamos a hacer eso, pero no se lo vayas a decir a nadie.

—No, Enoé. —Entonces yo ya estaba muy excitado, porque aquélla me había aceptado. Cerré todas las puertas y cuando yo creía que ya estaba a punto de decir ya está bien, se arrepintió e hizo burla de mí. Dice: —¡Cómo crees! Tú ya estás como tu papá, que luego me anda por ahí arrejolando en la cocina.

Cuando me dijo que mi papá la pretendía, después de que tanto desié a esa mujer, la odié de veras, por no haberme advertido desde un principio y haberme dado cabida a seguir adelante. Me dio mucha más pena que coraje, me quería morir… me dio asco de mí mismo, pero a la vez esta señora imbécil nunca jamás se atrevió a decirme que mi papá andaba tras de ella también, porque para mí mi padre falta un punto para que sea un santo.

Una vez estaba yo sin trabajo y fui a Chapultepec. Llevaba yo 20 centavos en la bolsa nada más. No era la primera vez que andaba yo sin dinero, pero por desgracia se me presentó la ocasión de hurtar dinero y no quise desaprovechar.

Sucedió que estaba un individuo ahí en la terraza del Castillo de Chapultepec, medio tomado, por no decir bastante; estaba muy trastornado. Tenía su saco —andaba trajeado —, pero la falda del saco le quedaba alzada y la cartera la tenía de fuera. Hubiera sido fácil retirarme lo más rápidamente posible de ahí. No importaba que a aquel individuo otro lo robara, ¿no? Me detenía aquella tentación ahí, y pues sin más ni menos, le saqué la cartera y me fui. Traía 500 pesos, y para haberme visto sin un centavo, bueno, pues…

No sé qué me impulsó a hacerlo. Será que desde chiquillo me ha gustado lo ajeno, o no sé. En realidad, gustarme, no me gusta, pero hay veces que como esa vez no me pude contener. No robaba para comprar lujos, o acumular una fortuna; lo gastaba todo en borracheras. Lo hacía por diversión, y para tener con qué apoyar mis historias con los muchachos.

No, a mi padre nunca le he dado dinero mal habido. De mi trabajo sí, aunque no

como debe ser, pero sí le he dado.

Admito que la primera vez que caí en la Penitenciaría fue mi culpa. Anterior a este golpe ya había tenido otros, pero nunca como éste. Estaba yo trabajando en una candelería artística, y el maestro, patrón mío, festejaba su santo. Fui con otros dos muchachos compañeros de trabajo —Pedro Ríos, alias *el Tigre,* y Hermilo— al taller y nos tomamos unas cervezas, unos pulques y nos retiramos, pero ya un poco mareados.

Nos subimos a un camión y nada más iban dos o tres pasajeros; nosotros nos sentamos al fondo. A mí me dieron ganas de fumar, como siempre cuando tomo, parezco chimenea, nada más estoy fuma, y fuma, y fuma. Les pedí un cigarro al *Tigre* y a Hermilo, pero no tenían. Entonces se me hizo fácil pararme y pedirle a los que iban en el camión que hiciesen el favor de venderme un cigarrillo. El primero me dijo: —Mire, no tengo, y si tuviera no se lo vendía, se lo obsequiaba.

—Muchísimas gracias. —Y me retiré. Y así fue, agarré y no le dije nada, ni tenía por qué ofenderlo, ¿no? Pero sucede que cuando me reúno con mis amigos me dice *el Tigre:* —¡Ah, qué hijos de su chingada madre!

Entonces yo le hago la segunda y le digo: —Es más, ahí muere. Ahorita nos bajamos por ahí a comprar unos cigarros.

Para esto, al mentar la madre *el Tigre,* se dio cuenta un pasajero y se sintió ofendido y se vino directamente a mí y me dice. —¿A quién le mienta la madre, hijo de la chingada? ¡Tras de que vienen de gorrones todavía le echan a uno brava!

—No, señor, yo no l'echo brava absolutamente a nadie. Es más, estábamos platicando mis amigos y yo, pero si usted se ofendió, entonces dése por ofendido.

—No, ¡hijo de la chingada! —Y se me viene encima. Y vi que se me venía, hice por pararme, pero me sentó de un puñetazo y al sentir el puñetazo en el rostro me enojé y entonces me levanté a darle también. Hermilo y *el Tigre* se pararon a separarnos, pero el señor se puso más necio todavía. De un puñetazo lo hice que se agachara y cayeron sus lentes al piso y se hicieron añicos. Total, que le rompí la nariz.

Para esto hizo una parada el camión y se bajaron todos los pasajeros. Entonces se para el chofer y dice: —A ver, hijos del… ¡qué traen ustedes! No sean montoneros, ustedes son tres contra el señor. —Su hijo del chofer iba sentado junto a él. Y le dice: —A ver, agarra la cajuela y dame la pistola que está ahí.

Al oír de armas estando en pleito me exaspera a mí más de la cuenta, me saca de quicio, en una palabra. Y le digo: —Pues anda, hijo de la chingada, nada más saca lo que tengas y te mueres aquí. —Iba yo a sacar de mi ropa el cuchillo, no traía yo nada, nada más para hacerle al envite, a ver si se me adelantaba, porque así hay muchos que son muy gritones y nada más les saca uno a relucir el cuchillo o la pistola y se hacen para atrás.

Pues como guste y mande, pero nos llevó a la Quinta Delegación y ahí nos encerraron. El Ministerio Público nos mandó llamar a uno por uno para rendir nuestra declaración. Anotaron nuestra declaración y nos encerraron a Hermilo y a mí. Me alegré de que dejaran ir al *Tigre,* aunque me extrañó. Le dijimos que avisara a nuestro patrón

para que viniera a pagar la multa, pero se fue a su casa a dormir.

Al día siguiente vinieron unos con lápiz y papel y a gritos preguntaron si alguno quería que llevaran un recado a sus casas. Si arrestan a uno y no tiene tiempo de avisar a su familia, estas gentes lo hacen, pero se aprovechan cuando llegan a las casas y piden lo que se les antoja. Cuando nuestro patrón llegó a la Delegación ya nos iban a mandar al Carmen. No pudo pagar la multa inmediatamente y acabamos en la Penitenciaría.

Nunca en mi vida había yo estado en la cárcel… ni siquiera a visitar a un amigo. Me acusaron de lesiones, por lo de la nariz rota, y de daño en propiedad ajena, por los anteojos. Por eso nos mandaron a Hermilo y a mí por tres días. Era muy dura la vida allí. Tiene uno que ser de veras valiente para no asustarse en ese lugar. Cualquier reo que entra empieza por pintar sus huellas y dar sus generales. Eso es la primera vez. A la segunda, pasa uno a que lo registren a ver si no lleva uno entre su ropa mariguana, cocaína, algún cuchillo o cosas por el estilo. Lo hacen a uno desnudar ahí en el patio.

Tan pronto como nos metieron nos empezaron a robar, comenzando por los guardias. No se imagina la expresión de codicia que tienen en la cara cuando lo revisan a uno. Uno de ellos gritó en el momento en que entramos: —¡Ya parió la leona! —queriendo decir que un montón de "primos" había entrado. Desgraciadamente nos habíamos puesto nuestra mejor ropa para la fiesta.

El guardia nos ordenó desnudarnos, insistió que nos tenía que registrar… que estábamos en una sala de justicia… ¡justicia! Cuando nos estábamos vistiendo, uno de ellos dijo: —A ver, déjame ver la camisa. Y luego: —Me gusta la camiseta. Pásamela.

—No, amigo.

—¡Pásala!

Y me gustara o no, me quitaron mi camisa y mi pantalón y me dieron unos relingos a cambio.

La tercera vez se pasa a una galera, donde están todos los presuntos delincuentes 72 horas para saber si es que los dan bien presos, o los dejan libres y pueden salir, bajo comisión, o bajo fianza.

Las celdas son un cuartito que tendrá dos metros de ancho por dos de fondo, tres metros de alto. Las paredes son planchas de acero y el piso de cemento y una puerta de acero con una ventanita. Todo el personal ahí está militarizado, desde los guardias hasta el último preso. Exigen disciplina militar y por eso se usan títulos: mayor, que es el rango más alto, capitán, y todos los otros rangos que hay en el ejército. Preguntan: —¿Vas a pagar por la *talacha*? —es decir, la limpieza, porque hay brigadas que constantemente hacen la limpieza. O "entra uno derecho", esto es, paga luego luego, o si no tiene dinero dicen: —Podemos esperarte a que tengas visitas. —Si más tarde no les da uno dinero le hacen la vida imposible.

Si desde el principio no va uno a pagar, lo mandan a los baños y fumigan su ropa y lo hacen a uno sufrir el agua helada. Después lo pasan al vapor. Pasamos por todo esto pero ya no hicimos talacha porque nuestras familias pagaron 10 pesos.

Al tercer día nos llamaron y nos dieron nuestra boleta de bien presos. Hermilo se quiso tirar de la reja y matarse. Yo quería hacer lo mismo pero no tuve valor. Tuve que

vigilarlo constantemente porque si no se hubiese tirado.

Teníamos mucho susto. Yo me sentí absolutamente perdido. No era muy religioso pero tenía fe en la gracia de Dios y la Virgen de Guadalupe. Prometí que si salía iría caminando descalzo desde la Peni hasta la Villa; prometí regalar mis zapatos a uno de los presos como sacrificio y también prometí ir a Chalma.

Bueno, a última hora, antes de que pasáramos a galeras, Consuelo llegó con unos papeles para firmar. Ni siquiera los leí, ¿sabe? Ella trabajaba con unos licenciados e inmediatamente se puso en movimiento. A las seis nos soltaron, provisionalmente, bajo fianza. Teníamos que ir a firmar cada se-mana.

Regalé mis zapatos y salí descalzo. La familia de Hermilo estaba afuera esperándolo. Nadie vino a esperarme, pero no me importó. Caminé hasta la Villa, pidiendo limosna para dar al sacerdote. No reuní mucho, pero me dio mucha satisfacción darlo todo.

Ir a la iglesia es un alivio para mí. Antes de ir siento una carga muy pesada sobre mis espaldas, y sobre todo sobre mi conciencia. Y en el último rincón —porque nunca acostumbro entrar hasta adentro—, ahí solito con mis pensamientos y mis oraciones, me encierro en mí mismo. Aunque haya mucha gente, cientos de fieles, yo me siento solo, y para mí no hay nadie más en la iglesia, más que Dios y yo… Cuando salgo hasta siento la ropa más ligera. Por eso si no voy a misa cada ocho días no me siento bien.

De regreso a mi casa me daba vergüenza salir al patio. Toda la vecindad sabía lo que había pasado. Para algunos quizás era yo un héroe, pero para la mayoría era yo una deshonra. Una noche estaba yo tomando el fresco. El señor Teobaldo, el carnicero que vive en el 67, pasó por ahí. Él y los otros carniceros y sus esposas son muy peleoneros y han amedrentado a medio mundo. El cuñado de Teobaldo, que vive en el tercer patio, es un verdadero criminal con un largo historial en prisión. Nada más lo miraba uno y se le paraba a uno el pelo. ¡Me asustaba a mí!

Pero no me asustaba Teobaldo, que se creía un valentón, un maldito. Un día nos tiró a mí y a los muchachos con municiones y siempre que llegaba tomado viene echando escándalo y pateando la puerta y todo. Y que nadie se le quede viendo feo, porque ya se puede considerar hombre muerto.

Y esa vez que estaba yo allí estaba tomado.

—Buenas noches, *Negro*.

—Buenas noches, señor Teobaldo.

—¿Qué chinosas hay?

—No, ahí estoy tomando un poco de aire fresco.

—No, no, no. ¡Una chingada! Tú tienes una movida chueca, pero ay cargón, si acaso llegas algún día a tratar de meterte con mi familia o a mi casa, dímelo, y ahorita mismo te mueres.

—Mire, señor Teobaldo, yo siempre lo he respetado a usted y a su familia. Ahorita usted está un poco tomado, y es por eso que usted se atreve a decirme eso, pero en su juicio no se atreve usted a hablarme en ese tono, y mucho menos a hacerme esas acusaciones. Mejor váyase usted a acostar. Mañana que esté usted en su juicio si quiere seguirme insultando, lo puede hacer, y entonces ya yo podré contestarle.

—A mí me importa una chingada. Yo sé que tú eres el amo y señor de este patio, pero conmigo te vas a dar tres pelones. Tú serás un maldito, habrás estado en la Peni, habrás matado dos o tres, pero conmigo no vas a poder. ¡Para mí vales una pura y celestial chingada! ¡Eres un ojete!

Entonces sacó un cuchillo. Esto y sus groserías tan ofensivas ya eran demasiado, así que saqué mi 38 automática. Si no hubiera salido su esposa yo creo que ya no hubiera yo podido aguantar más. Atrás de él me hizo la seña de que estaba loco y se lo llevó.

Fue el único vecino de nuestro patio que trató de provocarme pleito. Y un pleito con ese señor reza muerte. Me provocó en varias ocasiones y hasta me acusó de haberle robado unas gallinas a su cuñada, pero yo no quise nada con él.

No me había olvidado de mi promesa de ir a Chalma, así que me estuve preparando. Salimos con Manuel, Paula y sus dos niños; Dalila y su hijo Godofredo; la mamá de Paula, Cuquita; el esposo de Cuquita; el hermano de Paula, Faustino; y no recuerdo quién más. Empezamos a caminar y sucedió una cosa muy chispa. Como ni mi hermano ni yo llevábamos lámpara para aluzarnos nos guiamos nada más por la voz de un señor que llevaba lámpa-ra y que iba a la cabeza de los peregrinos. Entonces si alguien decía, "que es por este lado", por ese lado jalaba la gente, y nosotros nos íbamos a "la voz del pueblo", como quien dice.

Y llegó el momento en que en lugar de subir por el pedregal nos desviamos muchísimo y nos llevaron a campo traviesa. Había un sembradío de habas y por ahí atravesamos. Total, que alguien dijo: —No, por aquí no es el camino. —Cuando quisieron hacer alto ya nos encontrábamos a la mitad de un cerro y la luz aquella que nos guiaba sencillamente desapareció. La gente empezó a hacerse cruces, diciendo que no era cosa buena lo que nos había guiado, que había sido una bruja que trataba de hacernos daño.

Yo andaba uniformado todavía, y mucha gente, pues no sé, les dio cierta seguridad mi uniforme. Empezamos a tomar la voz de mando mi hermano y yo. Dijimos que ya no nos moviéramos de ahí porque iban varias criaturas y convencimos a la gente de que esperáramos ahí hasta que amaneciera a fin de poder explorar el camino.

Mi hermano y yo nos dedicamos a cortar ramas secas para una fogata, para que las señoras que llevaban niños no pasaran frío. Se formó un círculo y en medio se pusieron a las mujeres que llevaban niños, porque se corrió la voz de que la bruja nos quería hacer daño porque se llevaban niños en la peregrinación. En realidad si hubiéramos seguido más adelante, quién sabe, porque como a 50 metros de donde paramos empezaba un voladero.

Yo ya no me acordaba de este camino, hacía muchos años que no iba yo a Chalmita, desde que había fallecido mi mamá. Bueno, ya amaneció y vimos el camino, y cuando la gente vio el voladero, más convencida estuvo de que era una bruja la que nos guiaba.

Cuando mi mamá vivía recuerdo que sí llegaron a agarrar una bruja. Toda la gente decía: —¡Que la quemen!, ¡que la quemen! —Decían que se había chupado a dos niños que habían encontrado junto al río, muertos y sin sangre. Y la quemaron con leña verde en la plaza. Hicieron una hoguera, que vi; y oí gritos tremendos, y me dijeron que era

cuando estaban quemando a la bruja ésta, pero ya no me dejaron verlo. Había mucha barbarie en esos días. Quizás aquella mujer no haya sido culpable, quizás haya sido inocente, no sé, pero así la ajusticiaron.

Pues volviendo al punto de cuando fui a pagar mi primera manda… Cuando llegamos al Santuario había ya mucha gente y no había ya lugar donde dormir. Tenía uno que pagar hasta por dejarlo a uno dormir fuera de la casa, y por allá hay mucho alacrán, muy venenoso. Mi hermano y yo hicimos un tejado con una sábana y ahí nos acostamos todos. Pero cuando eso estábamos haciendo, por la pared bajó un alacrán, y no sé en qué forma, ¡hombre!, no había necesidad para que ese alacrán picara a mi hermano. Estábamos todos muy asustados, porque dicen que alacrán que pica a un hombre y no se atiende rápido en cuestión de cinco minutos es hombre muerto. Y mi hermano estaba trabándose ya de las mandíbulas.

Le dijeron a mi cuñada, que por cierto estaba embarazada, que pusiera saliva en el lugar donde le había picado el alacrán, porque se cree que cuando la mujer está encinta su saliva es más venenosa que el propio veneno del alacrán. Y yo decía: "¿Y ora qué hago, Dios mío?", pues no sabía qué hacer.

No faltó quien dijera: —¡Llévenlo al molino corriendo! —Pero dije yo, si lo hago correr ahorita, circula más rápido su sangre y entonces el veneno corre con más rapidez. En el molino, el dueño vende una preparación contra las picaduras de alacrán. El molinero es el único que sabe cómo se hace y nadie sabe de qué está preparada. Nada más se la toman y ven cómo las alivia y ni siquiera tienen curiosidad de preguntar qué es aquello. Entre otro hombre y yo llevamos a mi hermano hasta el molino y ahí le dieron una pócima amarga, amarga. Dice mi hermano que "amargaba a rayos", pero se alivió, aunque se sentía un poco mareado.

Yo, ya viendo que él pudo hablar y despegar sus quijadas, me contenté, ¿no?, porque han muerto muchas personas del piquete del alacrán que no pudieron llegar al molino a tiempo.

Caminé de rodillas desde la primera puerta del Santuario hasta el altar. De momento me sentí apesadumbrado, abatido, pero empecé a rezar con todo el corazón. A cada oración que terminaba no me faltaban ganas de llorar. Ya estando al pie del altar del Señor, clavé mi cabeza y lloré. Ya no me sentía yo cansado, ni triste, ni apesadumbrado. Di gracias al Señor por haberme escuchado y di un corazoncito de plata y unas veladoras, y dejé unos centavos de limosna. No creo que Dios necesite de esos centavos, pero es una satisfacción muy grande darlos, porque le pueden servir a un mortal que esté más necesitado, porque la Iglesia se encarga de repartirlos.

De regreso nos agarró una tormenta. ¡Y nos dimos una mojada! Las mujeres, y los niños, todos nos mojamos pero si hasta los huesos. Y todos chorreados, friolentos, hambrientos, llegamos a México y cada quien se acostó.

Y me sentí con más fuerza, con más vigor al otro día, y hasta con más ánimo para salir al patio. Eso sí, me empezaron a preguntar todos —curiosidad morbosa de mis amigos— que cómo era la cárcel por dentro, cómo se habían portado conmigo. Y aunque no me gustó, de buena o mala gana, les estuve dando pormenores con la intención de

prevenir a algunos para que no robaran, pelearan, y así por el estilo.

Y volví con la palomilla… siempre había algo que hacer. Durante la Semana Santa, el Sábado de Gloria, los muchachos juegan y echan agua uno al otro, bañan a los transeúntes, y bueno, un desbarajuste. Y no me diga cuando se juntan dos o tres palomillas. Imagínese a 50 o 100 individuos haciendo eso… Es una tradición que data de años, pero a veces hacen abusos. Ya no avientan agua, sino piedras, y rompen los cristales de los autos, de los camiones, de los escaparates. Y habemos muchos que nos enojamos, porque da mucho coraje eso, ¿no?

Una vez un Sábado de Gloria llegó la policía a desbaratar un lío que se hizo ahí por las calles de Luna. De un jeep se bajan tres policías a querer aplacar a más de ciento y tantos individuos. Y ande que por ahí son algo picosos todos, o por decir braveros, ¿verdad? Y bueno, pues que se quisieron llevar a uno y que por una azotea que le echan la primera cubetada de agua al jeep. Eso fue el principio del fin para los policías, porque a la primera cubetada siguieron otras con naranjas, jitomates, limones y uno se mandó demasiado con una piedra tamaño familiar contra el parabrisas del jeep… Y que corretean los policías al muchacho aquel y mientras agarraron otros el jeep y lo voltearon, y otros se metieron entre los policías y el muchacho para que éste tuviera tiempo de escapar, y tal como fue, escapó.

Y luego vieron los policías su cucaracha ahí volteada, y más bravos que un león los condenados, pidieron refuerzos. Vinieron cuatro jeeps con policías. Cuando llegaron, todos muy santos con su aureola, pues nadie hizo nada, claro. Y no agarraron absolutamente a nadie.

Otro día que me gusta celebrar es el 24 de junio, día de San Juan. Se acostumbra abrir los baños y balnearios a las dos de la mañana. A esa hora ya hay nadadores por dondequiera, no importa el tiempo que esté haciendo, la cuestión es la tradición. Se empieza a nadar a las dos de la mañana y se sigue todo el día. En Bella Vista se acostumbra dar tamales y atole, y echar peras y claveles en la alberca para que los saquen los mejores nadadores y buceadores. ¡Y es un relajo también el que se arma, que cállese la boca! Concurre tanta gente que aunque no se quiera, va usted nadando, ¿no?, y al dar una brazada ya no mete usted la mano al agua, sino al seno de alguna dama. También en los balnearios grandes va mucha gente y se hacen desmanes. Y hay mujeres que van especialmente ese día a que las manoseen. Van con el parapeto de que van a nadar, ¡muy deportivas!, y en todo el año no van un día. Pero eso sí, el 24 de junio, ahí las tiene usted.

Hombre, pues lo que más me ha gustado siempre, lo que más he gozado y he sido más feliz es cuando estoy practicando mi deporte favorito, la natación. Y también el ciclismo, y la cacería. Y cuando los he practicado es cuando más feliz he sido en mi vida, porque, ¿cómo le diré?, ahí es donde me siento, por lo menos por el momento, me siento alguien, que me tienen en cuenta. Porque yo siempre me he sentido ignorado. Y claro está que debe de ser así, porque, ¿quién soy yo para que el mundo tenga su vista fija en mí?

La cacería he tenido muchas oportunidades de practicarla en Veracruz con mis tíos.

Hemos ido a tirar al tigre, al jabalí, al venado. Una vez me vi perseguido por los jabalíes y si no hubiese sido por unas peñas, este negrito ya estaría rezando allá con san Pedro… si tan buena suerte me tocaba.

Otra vez fui invitado por un amigo a Putla, que es un lugar al que hay que llegar caminando tres días en la serranía y no hay quien hable una palabra en español, puro "popoloca". La gente allá anda tapada con un puro taparrabo, y no hay malicia ni maldad. No crea que me lo creen como yo digo y si lo digo es porque lo he visto. La gente de por allí no conoce la palabra miedo. En Putla no cazan lagarto como forma de trabajar de los indígenas, sino porque les causa mucho daño a su ganado. No duré mucho allí, pero estuve feliz.

Siempre que salía a mis aventuras tenía cuidado de llegar a tiempo para firmar en la Delegación. Estuve firmando por espacio de cuatro meses, y entonces me agarraron preso de nuevo.

Mi segunda vez en la cárcel fue horrible y todo se debió a una confusión. Sucede que en septiembre de 1951 andaba yo en Chapultepec cazando pajaritos con una resortera. Andaba yo matando tórtolas porque desde pequeño las he comido con mucho gusto. Por desgracia me vieron dos guardias y me llamaron. Y ahí fui, y ni modo de decir que no andaba haciendo nada malo, porque es castigado tirar a los pájaros. Fui y les dije: —No me perjudiquen, porque si es por esto, tiro la resortera. —Traía yo como dos pesos; les ofrecí este dinero y no lo aceptaron.

Uno de ellos dijo: —Oye, se parece al que andamos buscando. —Yo no le di importancia a esto, porque como estuve en el ejército sé las tretas para distraerlo a uno. Y me dicen: —Acompáñenos. —Para esto, uno de ellos ya me tenía atrás encañonado con su arma y el otro con la bayoneta en la mano. Me dio mucho coraje… siempre que me sacan un arma… ¿será por miedo?

Si yo hubiera sabido lo que me esperaba, no hubiera aceptado, pero como no lo sabía se me hizo fácil. Llegamos frente al intendente y me dice: —Nos volvimos a ver, ¿eh, amigo? ¿No se acuerda de cuando se me echó a correr?

Y le dije: —Me está confundiendo.

—¿No te acuerdas? Y por cierto… pareces un venado. ¡Amárrenlo!

Y un soldado trajo una reata y me amarró de las muñecas.

—Súbanlo al torreón. —Esto era en el mismo Castillo, y me amarraron al barandal de una escalera de caracol. Me echaron el lazo alrededor de mi cuerpo y para que no anduviera me pasaron las reatas por las rodillas. Tenía yo bastante coraje y los soldados nada más se reían. ¡Si serían buenos con un hombre solo y hasta amarrado!

Me acusaban de que era el autor de varios robos; mangueras, alambres, faroles, y de muchas cosas que, según ellos, allí se habían extraviado. Querían obligarme a que me declarara culpable, y mil veces me preguntaron por las cosas que faltaban, y cómo las había sacado, y adónde las había vendido; infinidad de preguntas que siempre recibieron una respuesta negativa. El mismo soldado que me amarró me echó la soga al cuello, y la jaló duro deteniéndose en el barandal. Sólo alcancé a decir: —Jijo de la… y perdí el

sentido, pero no caí en el suelo. Sólo clavé la cabeza por un lado.

Y eran las nueve de la noche y yo amarrado como verdadero criminal y echándoles ajos y cebollas a todos. Y me decía uno de los soldados: —Ay, cuate, se están encajando contigo. Yo no creo que ni a los grandes criminales les han puesto centinelas de vista amarrados de pies y manos. —Le dije: —Aflójame un poquito aquí en las manos. —Y dice: —Bueno, sí puedo, pero no debo hacerlo. —Creo que el mismo intendente reconoció su falta.

Me preguntó si tenía hambre y mandó traer unas tortas y café. Pensé que siquiera me irían a desamarrar para tomar el alimento, pero el mismo soldado me las dio en la boca.

Llegó entonces la patrulla; me desamarraron del barandal y me llevaron a la intendencia. Y dije: —¡Ay chirrión! Qué bueno que llegaron ustedes, porque me han castigado duramente y no sé ni por qué.

—Eso es mentira —el intendente dijo.

—¡Cómo va a ser mentira si lo acabo de desamarrar, y tenía bien marcadas las muñecas y no sentía nada, las tenía bien dormidas!

Me llevaron a la guardia de agentes en la patrulla, y de ahí me llevaron a la Sexta Delegación. Ahí levantaron un acta, pero a mí no me preguntaron absolutamente nada. Se agarraron escribiendo en la máquina, y no sé qué tanto escribirían. Me querían hacer firmar aquella acta que según ellos era mi declaración. Yo no había abierto la boca más que para dar mis generales y nada más.

Después les dije que si me permitían leer lo que iba a firmar, ¿verdad?, porque yo sé que se debe leer una cosa cuando se va a firmar. Pero ellos no quisieron. Y entonces me dijeron: —¡Firmas, hijo de la chingada, o te vamos a calentar!

—Pues hagan ustedes lo que gusten, pero primero déjenme ver qué es lo que voy a firmar. —Ahí paró la cosa. Entonces me metieron a los separos.

El separo es un cuarto como de unos cuatro metros por seis, con excusado. Pero no puede llamarse excusado, porque aquello es una porquería, un muladar. Ahí se me acercó uno de los mismos presos que la hace de capataz porque es el más gallo para los puñetazos o los fierrazos, como dicen aquí, ¿verdad? Se me acercó y me dice: —¿Qué te pasa, qué te comiste? —Le digo: —No, nada, dicen que robé unas cosas. —Dice: —No, mira, no te chivees, aquí habla derecho, aquí estás entre pura broza.

Me estaba hablando en caló. Yo el caló lo entendía desde mucho antes, y para no sentirme como extraño, empecé también a contestarle en caló, porque así debe ser la cosa. Porque si yo le hubiese contestado correctamente…

Dice: —Aquí es la casa de los inocentes, porque aquí todos llegamos y no hemos hecho nada.

—No, hombre, de veras, derecho, no me he tragado nada.

—Bueno, ahí muere. Entonces vas a pasar para la veladora.

—Sí, hombre, cómo no.

Hay la costumbre de que aquel que llega debe depositar un peso, dos, cinco, 10 centavos —según sus posibilidades económicas— para comprarle una veladora a la Virgen. Porque siempre hay un altarcito confeccionado por los mismos presos,

delincuentes empedernidos o que por primera vez hayan caído. En la Penitenciaría hay una celda especial convertida en una capillita, con su altar y velas que arden día y noche. Un padre viene cada semana a decir misa y uno de los presos tiene a su cuidado el altar de la Virgen.

Entonces el cabecilla se me acercó y dice: —Pasa para acá la billetera.

—Sólo traigo 20 centavos.

Y le dice a su lugarteniente: —A ver, pásalo a la báscula.

Esto quiere decir que me esculcaran de pies a cabeza. Y lo que en la vida no me ha gustado, allí tuve que soportarlo. Protesté, pero ni modo. Les di los 20, y ya no me pidieron más.

La comida en la Sexta es horrible. Le dan a uno café con lo que ellos llaman leche, y es sólo agua pintada. No hay nadie que lo distribuya, cada quien se sirve de la olla. Al primero le toca café limpio, mientras que al último lo que queda después de que todos han metido la mano con mugre y todo, ¿no? Algunos no tienen taza para sacarla y usan cualquier botella de refresco.

Hubo necesidad de que me peleara yo ahí dentro por la sencilla razón de que aunque todos dormíamos en el suelo, unos amontonados sobre otros, había quien tuviera su lugar de preferencia. Y, ¡ay de aquel que se vaya a acostar a aquel lugar sin su permiso! Siempre escogen los mejores lugares, o sea los apartados del excusado. Hay quien duerme, ya no parado, sino sentado sobre la taza del excusado.

No se puede dormir, porque hay un olor hediondo que no lo soporta uno. Bueno, lo soporta, pero sólo Dios sabe con qué sacrificio. Dichoso aquel que puede tener el lujo de una cama hecha de periódicos, o el superlujo de una hoja de cartón para echarse encima. Así es que yo me fui a sentar a uno de aquellos lugares de preferencia de uno de los más gallos de ahí. Y que llega y me patea y dice: —Ese bato, párese de ahí.

—¡Ay! ¿Y por qué? ¿Por qué crees que me voy a parar?

—¿No? ¡Pues te vas a parar, o de chuladas nos vamos a aventar una sopa!

Y luego luego nos empezamos a agarrar a puñetazos. El capataz, o sea el que me pidió dinero para la veladora, dijo que si no se calmaban —porque ya todos empezaron a gritar y hacer lío— él iba a entrar en funciones y a cual más le iba a partir la boca.

—Déjenlos que se avienten un tiro sabroso los dos y que sea parejo.

Total, no puedo decir que gané ni que perdí, ¿verdad?, salimos parejos, porque la pelea la paró el capataz. Y después dice: —Miren, este muchacho demostró que es derecho y es valedor, así es que el que se quiera meter con él ahora, se las va a ver conmigo. —Y ya no se volvieron a meter conmigo, ¿verdad? Entonces me dije: "Bueno, ya pasé este trago amargo, ya nadie me va a molestar".

Pero qué equivocado estaba yo. Me volvieron a molestar, pero ya no los presos, sino los agentes. Había yo pasado seis días en la Sexta Delegación; aquí en el Distrito Federal su solo nombre es sinónimo de tortura, de tormento que pocos aguantan. Me castigaron los seis días; a tres golpizas diarias; por desayuno, una golpiza, por comida otra, por cena otra, y como postre, en la madrugada, otra.

Esto lo hacían con el fin de que yo les dijese dónde había yo vendido las cosas que

—según ellos— yo había hurtado del Castillo de Chapultepec; cosa inexacta, ¿verdad? Pero aquí la policía emplea esos métodos para que alguien se confiese culpable aunque no lo sea. Porque las golpizas que le proporcionan a uno pues siempre son duras, ¿verdad? A mí me golpearon muy fuerte en el estómago y creo yo que por eso quedé delicado desde entonces.

La primera vez que pasó, se oyó: Zas, zas… —¡Roberto Sánchez Vélez, a la reja! —Todos los que estaban ahí, por desgracia, eran la flor y nata del hampa de la metrópoli, y ya sabían que cada que llaman así a un individuo, es para que lo calienten —como dicen en caló hasta los mismos agentes—, o sea para que lo golpeen a uno. Así es que ya nada más se concretan a verlo a uno y a esperar sus ayes de dolor.

Me agarraron entre tres; en el hampa se denominan el cordero, el verdugo y el pastor. El cordero es el agente que le habla a uno con una voz muy afable y la mejor de sus sonrisas, a fin de que por la buena uno confiese. El pastor es el que está —puede decirse — a la expectativa. Y el verdugo, bueno, pues su nombre lo dice.

El primero, el cordero, me dice: —Mira, muchacho, no seas tonto. Ya estás adentro, y aquí te puede ir mal. Es más, te podemos matar a golpes, pero eso será si tú lo quieres, y no nos sueltas la sopa. Mira, vamos a ver, queremos que sueltes la sopa y nos avientes unos santos. —Esto de santos quiere decir que le diera yo noticias de otros robos o cosas por el estilo, ¿verdad? Debe usted darse cuenta que desde ese momento me empezaron a tratar como a uno de los peores delincuentes, porque me estaban pidiendo datos de robos de una cuantía enorme y que yo no había cometido.

Ya iba a contestarle al cordero, cuando el verdugo dice: —¡No te hagas pendejo, hijo de la chingada! —Y me pegó un puñetazo en la boca del estómago. Ya nada más pude doblarme y cubrirme el estómago.

—¡Ah, y te defiendes todavía! No, ni te defiendas. —Y me hace el engaño por abajo, y me cubro yo abajo, y entonces me pega acá arriba —entre la quijada y la oreja—, y así me tenía.

"Ay, Dios mío, aquí sí quién sabe cómo va a estar la cosa. Si me siguen golpeando más no sé si aguante yo. Me declararé culpable con tal de no pasar por estas cosas." Guardaba la esperanza de poder aguantar aquel castigo, porque, pensé, no será más que ahora o mañana quizás.

Y no, fueron seis días de cuatro golpizas por día. Pero no me sacaron nada.

Así por lo regular eran las "calentadas". Cuando le gritaban a alguien por su nombre, los demás se mofaban gritándole: —Órale, compadre, ve a que te calienten, porque hace frío. —Y el más templado temblaba porque sabía que le esperaba una buena golpiza. En el transcurso de esos seis días, a los que sacaban —hombres fuertes, hombres hechos y derechos— lloraban. Y siempre, la curiosidad morbosa… En el separo donde me encontraba había una pequeña ventana que, por desgracia, daba al corredor, y desde allí nos subíamos a ver cómo castigaban a los compañeros en desgracia.

Me dieron el castigo del "ahogadito". Consiste en que lo hacen desnudar a uno de pies a cabeza, sólo lo dejan en calzoncillos. Y procuran distraerlo, y cuando más distraído está, un golpe al estómago o al hígado, y en lugar de dejarlo respirar, le agarran

a uno de los cabellos y lo empinan a uno en un barril con agua —de los que usan para el pulque— y lo sumen. Lo tendrán a uno apenas unos cuantos segundos, pero parecen siglos. —Ahora vas a cantar —decían. Yo ya no podía hablar. Y no daban tiempo de respirar, cuando, de vuelta.

Yo se las "mentaba" a los agentes y a todo mundo; les mandaba a ver su árbol genealógico. De todos modos me castigaban. Y ay de aquel que meta las manos cuando lo están castigando, porque entonces el castigo es peor.

Hay otros castigos, como el del "changuito". Consiste en desnudar al reo y colgarlo con la cabeza hacia abajo de una viga que está atravesada del techo, haciendo que cuelgue de las corvas. Con un alambre con corriente eléctrica les dan toques en los testículos. Dicen que muchos no resisten y mueren. Hay otro castigo que consiste en prender una parrilla eléctrica y le ponen a uno las manos, palmas hacia arriba, en ella. No exagero al decir esto, porque aunque quisiera exagerar se queda uno atrás de la realidad; no hay palabras para describir lo que ahí pasa.

Después de la Sexta Delegación me llevaron a la Penitenciaría y me pasaron a manos de los juzgados. Un criminal pasa primero por la Jefatura y la Sexta Delegación para su declaración. Los agentes hacen las investigaciones necesarias, y su modo de averiguar consiste en golpear a los individuos y hacerlos confesarse culpables de delitos que no han cometido. Conmigo, gracias a Dios, no lograron nada, porque creo no me castigaron tan fuerte como lo hacen con otros pobres.

¡Cómo se me grabó la fisonomía de los tres agentes! A uno de ellos lo mataron. Si en mis manos estuvieran, sí les daría tiempo a defenderse, no como ellos a mí. ¡Cómo odio a toda la policía uniformada, y no uniformada! Sólo con que sepa que representan a la mentada justicia, si a mi alcance estuviera borrar del mapa a todos éstos, los borraba.

Al segundo día de que llegué a la Penitenciaría me sacaron a juzgado. Me tocaba un juzgado federal porque se me acusaba de robo a la nación, o sea robo federal. Así que me sacaron en la "julia", un camión de caja grande, en el cual me sacaron junto con otros individuos a los juzgados de Santo Domingo, en las calles de Cuba y Brasil.

Yo ya no llevaba zapatos, ¿verdad?, eso sí, llevaba un pantalón ya muy raído y una camisa desgarrada, de camisa no tenía más que el nombre. Uno de los mismos presos me la quitó para tener dinero para su "mota". Ahí mismo dentro del penal se vende mariguana, cocaína, heroína, opio, todas las drogas. Ésa es la perfecta vigilancia que hay en el penal. Fíjese nada más si será perfecta, los mismos celadores son los que la meten.

Yo todavía tenía esperanza. Decía: "Dios mío, Dios mío". Si algo tengo de bueno quizá sea eso, una fe ciega en Cristo, Nuestro Señor. Mi pensamiento quería yo que Dios me permitiera transmitírselo a mis hermanos, a mi familia, a algún amigo que se apareciese de oportunidad por ahí. Y tal como fue; me estaba yo asomando a través de la reja de donde nos tenían encerrados, cuando vi a mi hermano Manuel que subía las escaleras.

Le empecé a gritar, a silbar, y él volteó. Ya se acercó, pero no lo dejaban los policías. Le hablé al comandante de los celadores a cargo de nosotros: —Mi comandante, por favor. Deme permiso de hablar con mi hermano. Tengo tantos días que estoy

incomunicado, es la primera vez que lo veo; no sabían de mí.

—Bueno, está bien. Un momento nada más. Sal.

Y ya hablé con mi hermano. Me llevaba una bolsa de plátanos y un suéter. Claro que renació en mí la vida porque dije: —Vaya, por lo menos saben que estoy vivo, y si muero sabrán dónde quedé.

Me empezó a regañar mi hermano: —¿Ya ves?, por andar de vago… eso te sacas por no trabajar como mi padre dice. ¡Tú siempre metiéndote en líos!

—Está bien, hermano, ya déjame en paz… por lo menos compréndeme un momento. —Y empecé a darle pormenores, en pocas palabras porque el tiempo era limitado. Y me dice: —¿Y qué… ahora cuándo sales? —Le digo: —Pues no sé. No sé cuándo entré, mucho menos voy a saber cuándo salga.

Entonces nos pasaron de nuevo a las crujías. A mí me tocó en la Crujía A, donde está la flor y nata del hampa. Siempre yo he andado en lo peor, aunque puedo decir con orgullo que tocante al vicio soy "como las aves que cruzan el pantano y no se manchan el plumaje…"

Me tocó ir a una celda hasta el último rincón de la crujía, donde siempre estaba yo en más peligro de salir de pleito, ya sea que me mataran o que matara yo. Para evitar eso le di unos centavos al mayor para que me cambiara a una de las celdas que estaba más cerca de la puerta. Tuve mucha suerte, porque sólo éramos ocho. Dormíamos en el suelo de concreto, sucio, sin cubrirnos excepto por lo que teníamos puesto.

Me fueron a visitar mis hermanas, Manuel y mi papá, uno por uno. Mi papá empezó a moverse para ver cómo me sacaba. Y le habló a un licenciado, y pues este licenciado durante siete meses me trajo con que: —Ahora sí, mañana se va, joven… —No, no, ahora en la tarde se va —me decía otra vez. Y luego en otra ocasión: —A mediodía sale usted, se va con su familia… que le traigan su ropa, y se va usted con su familia, y derechito a la Villa a dar gracias. —Y ahí me tiene, esperando aquel momento ansiado. Prometí al Señor de Chalma irlo a visitar de nuevo si les hacía ver que era yo inocente. Día a día se lo rogaba yo, a cada instante, cada momento; cada latido de mi corazón era una plegaria para el Señor. Pues así estuve durante siete meses.

Allí mismo dentro de la Penitenciaría hay asaltantes. Hay individuos que se dedican a asaltar. Son individuos que no tienen visitas, ¿verdad? No tienen familiares, o si los tienen, no los van a visitar, quizá por calaveras. Así es que estos muchachos se dedican a ir al patio de visitas para ver a quién es al que le dejan cosas y después quitárselas.

Una vez fueron a verme mi hermana Consuelo, mi tía Guadalupe, Marta y mi tío Alfredo, que en paz descanse, y me dejaron cinco pesos. Dentro de ese lugar es una cantidad fabulosa de dinero. Aquel que es drogadicto es capaz de matar por esa cantidad. Llegando de la visita, a la hora de ir pasando hacia su celda, nada más se veía que se abría la puerta de una de tantas celdas, salía un brazo y se metían al fulano aquel y desde fuera sólo se oían ayes y mentadas de madre. Era porque estaban, como dicen en el penal, "bajando" a aquel muchacho, le estaban quitando su dinero, comida, cosas que le habían dejado sus familiares.

Así es que en aquella ocasión volví a mi celda. El piso no era muy parejo; el cemento

estaba en algunas partes levantado y abajo estaba la tierra suelta. Metí allí mi dinero, entre la tierra, y salí para ir por mi ración. Iba yo muy campante con mi comida, cuando un preso de nombre Aurelio me empezó a ver insistentemente. Yo comprendí lo que me podía suceder porque era, es decir es, porque todavía vive, drogadicto nato, el condenado. Yo creo que si le destapan los sesos, en lugar de sesos le sale humo de mariguana. Tiene años de fumarla; lo digo porque él me lo dijo, pues fuimos pues, si no amigos, pero sí compañeros de infortunio, ¿verdad?

Pues Aurelio dice: —Vas a pasar para mota.

—¡Caray! Me hubieras hablado hace rato y te hubiera yo pasado para tu mota. Mira, si quieres pásame a la báscula; ya no traigo nada. Acabo de repartir ahí con los muchachos, y ahorita bajé a comprar una veladora a la *falluca* con el último dinero que tenía.

—No, a ver, ven para acá. —Y me quiere agarrar del hombro, y me doy un sacón. —Y dice: —No, no, ni te pongas arisco. —Ahora, es más, ni me vas a pasar a la báscula, ni te voy a pasar para mota, ni me vas a hacer nada.

Él entonces que agarra y que pela su fierro y me tira un planazo. Es decir que en lugar de darme con la punta o con el filo, me tiró con el lomo, con la cara del cuchillo. A esto le nombramos cintarazo o planazo. Alcancé a meter la mano y le dio a mi veladora. Siempre ya me enfureció más de lo que estaba. Y entonces se me viene de nuevo encima y me lo quité a como dio lugar, y gracias a Dios que me ayudó y salí adelante. Ni me quitó nada, pero sí me dio un buen susto.

La segunda vez entonces sí ya me asaltaron. Iba yo pasando después de la visita a dejar la comidita que me habían dejado cuando me jaló uno y va para adentro *el Negro*. Ya adentro uno me para el cuchillo en la garganta, y otro por las costillas. Y eran cuatro. Pues entonces, el que tiene un poquito de sentido común, o bueno, si no lo tiene pues se le despierta, ¿verdad?, así que lo mejor era no moverme, y a lo que ellos dijeran.

Dicen: —Vas a pasar para un toque.

—Bueno, está bien. Nada más déjenme feria para comprarme mi veladora y uno que otro pan.

—¿Cuánto traes de feria? —Creo que traigo cuatro o cinco pesos. —Te vamos a dar un varo.

Y éstos son mucho muy peligrosos, me consta. Porque, pobres individuos, después de todo los compadezco. Cuando no tienen la droga, sufren mucho —se retuercen, se revuelcan, y ellos dicen que les duele todo el cuerpo, ¿verdad? Por dentro, la sangre sienten que les quema. Un drogadicto es muy conocido porque su fisonomía lo delata a leguas, ¿verdad? Aunque lo niegue, nada más hay que verle el antebrazo.

Bueno, pasó, y me salí más enchilado que un toro, ¡caramba! Pero no pude hacer nada más, porque si yo me hubiese puesto en un plan que se me hubiera subido lo Roberto a la cabeza, entonces iba a quedar peor.

Esto no es permitido, ¿verdad?, pero por desgracia hay entre los celadores muchos que aunque vean las cosas se hacen de la vista gorda. En cada crujía hay un garitón en el cual hay un vigilante con una ametralladora Thompson y un teléfono. Y cuando hay

pleitos pues el vigilante está viendo y no hace absolutamente nada por evitarlo. Ya no que baje sino por lo menos un telefonazo a la dirección para que manden a alguien a separar a aquellos individuos, porque cuando pelean dos no sólo ellos salen lastimados sino los demás en la celda.

A las seis de la mañana, a toque de diana, se paran todos los reos. Suben cuatro pelotones, uno por cada costado, tocando con sus garrotes para que despierte la gente. Gritan los celadores: —Ora, hijos de la chingada, se acabó la buena vida… a formar y a recibir su atole… ¡y que viva Dios y nunca se acabe la Penitenciaría! —Qué expresiones de fulanos. Para mí, que se acabe la Penitenciaría y todos esos fulanos; de un solo golpe que se acaben todos.

Entonces bajábamos y nos formábamos y el cabo empezaba a pasar lista a su pelotón. Después con el tiempo llegué a ser cabo, así que a mí me tocaba pasar lista a mi pelotón en las mañanas. —Fulano de tal… —y todos iban contestando. Yo decía el nombre y ellos contestaban con su apellido. Luego rendíamos cuentas al mayor de todos completos y sin novedad.

Muy bien. Entonces tocaban rancho; nos formábamos todos y recibíamos nuestro desayuno. Nos daban atole blanco de maíz con leche, un bolillo grande y frijoles. Luego bajábamos a instrucción que duraba hasta tres horas. Pocas veces fui a recibir instrucción militar porque me convertí de la noche a la mañana en un influyente, ¿verdad? Pagaba mis listas, o sea daba un peso cada ocho días al mayor de la crujía. Es uno de los presos, pero se encarga de vigilar a todos; con él hay que dar las quejas, lo que uno quiera. Al dar el peso uno ya no tiene necesidad de pararse a las seis de la mañana para tomar sus alimentos y luego salir a instrucción militar. Yo no la hacía porque andaba descalzo dentro del penal.

Entonces vuelven todos a sus celdas, bueno, quien quiera ir; quien no, puede bajar al patio y andar ahí como león enjaulado, nada más vuelta y vuelta. Yo era uno de esos leones.

Daban las 12 de la mañana y tocaban reunión y de nuevo a pasar lista. Una vez que pasaban lista, se recibía la ración. Entonces se componía de sopa, guisado, frijoles y pan. De guisado dan carne de res, según ellos; para mí que es carne de caballo. A esa hora está un poco más pasadera la comida. Después de rancho, vuelven a tocar reunión para que se vuelvan a formar y vayan saliendo hacia el campo deportivo para instrucción militar. Otras dos, tres horas de instrucción, y de regreso a las crujías.

Como a las seis vuelven a tocar reunión para bajar la bandera. Después el corneta toca rancho y a recibir el alimento de la tarde; café con leche o atole de maíz, y pan. De regreso en las celdas más tarde se cerraban los pasadores y quedaban todos encerrados hasta el otro día.

El toque de silencio es a las nueve de la noche, pero antes —aun en el día— empiezan los "petroleros", los traficantes de droga. Andan ahí a lo descarado como si anduvieran vendiendo cigarrillos o dulces. —A peso, a peso, sus motas —o a dos pesos… Y a cual más, formado ahí: —Psst, psst… —como llamar a un ambulante cualquiera. —A ver, pásenme una, ¿de cuál es?

—De la chiva.

—¿De veras es de la chiva?

—Sí, de la cola de borrego.

Ahí formados —aun en el día— empiezan a espulgar su mariguana, para sacarle la semilla. Y forjan sus cigarrillos con papel de estraza, y a fumar ahí, como si fuera la cosa más natural del mundo. Aunque siempre se recatan un poco, por los celadores.

Todo esto es muy penoso. Una cosa que por mucho que se diga, aun exagerando, se quedaría uno corto. Porque en realidad no hay que precisamente sufrirlo, sólo con verlo basta para comprender. Las pandillas dentro de la Penitenciaría son las peores que he conocido, porque están compuestas por individuos que ya no les importa el estar libres o el estar presos, el matar o el dejar de matar, ¿verdad? Para pertenecer a una de esas pandillas es necesario que, por lo menos, deba uno dos o tres cabezas. Estas pandillas se organizan dentro de la Penitenciaría, pero aún después se vuelven a reunir en la calle, para andar haciendo atropello y medio.

El jefe de la pandilla no escoge a cualquiera; los va escogiendo a su manera. Callado, va platicando con uno y con otro, y los reos, aunque a la policía no le digan ni pizca —así los estén matando—, se platican mutuamente qué hizo uno y qué hizo el otro. Así él los va catalogando y ya cuando se decide a hablarle a alguien, es porque escogió al más calavera de todos.

En mi celda no había pandilla, pero me di cuenta de ellas porque trabajaba en la peluquería de la Penitenciaría como "chícharo" y luego estuve en la panadería. Ahí en la panadería estaban los peores, empezando por mi patrón que era uno de los cabecillas, aunque nunca se metía con nadie. Porque eso tiene el que es cabecilla —cabecilla hasta donde se para—, siempre callado, salvo cuando está bajo el efecto de una droga, y eso cuando ya esté muy débil su cerebro; entonces empieza a hacer perjuicio.

Yo oía ahí pláticas, ¿verdad? Por cierto que una vez al patrón mío le dijeron: —Oye, manda al *chavo* éste para afuera.

—No, puedes hablar con confianza, es derecho. Ya se aventó una fierriza con Aurelio.

—Bueno, chavo, usted se va a callar de lo que vaya a oír aquí.

—Sí; está bien. —En realidad no creo haber oído nada de importancia. Hablaban en un caló tan refinado que yo no alcanzaba a veces a comprender las palabras. Estaban planeando una fuga, pero nunca se llegó a realizar.

Una vez que las pandillas estaban formadas eran los amos y señores no sólo de los reos, sino hasta de los mismos celadores y hasta de los comandantes. Porque ahí hay quien manda al director del penal, ¡eso ya es demasiado! Es un reo, *el Sapo,* un individuo que debe 132, 134 muertes. Fue sargento primero —me parece— de infantería y estaba de destacamento, y no sé qué borlote hubo de estudiantes. No se explica todavía la gente qué pasó, pero éste empezó a disparar su ametralladora sobre la multitud, y mató estudiantes como barrer moscas. Por eso es que debe ciento y tantas muertes, aparte de que dentro de la Peni mató a un hampón y a un celador.

Eso de que mandaba al director del penal no lo leí, porque nunca se ha publicado, y

tampoco era sólo un rumor dentro de la Penitenciaría. Dentro de lo que cabe, él andaba libre ahí dentro, y llegaba el director y *el Sapo* andaba delante del director, no el director delante de él. Y si alguna cosa no le parecía bien al *Sapo* —porque se preocupaba porque la gente estuviera bien— decía: —Hay que hacer esto… hay que hacer el otro… —Lo decía como pensando en voz alta, para que lo oyera el director. Y el director cumplía las órdenes del *Sapo*.

Por cierto tuve varios tratos con *el Sapo*. Cuando trabajé en la panadería robaba para él manteca, escobetas, y bueno, no me robé a la madre del director porque nunca llegó, ¿no? Yo le entregaba las cosas al *Sapo,* se las vendía. No lo digo con orgullo, pero las circunstancias me obligaban; si no, me hubieran tratado como al más "primo" de todos. En palabras mayores quiere decir pendejo.

Así que le entregaba todo al *Sapo* porque tenía su tienda dentro del penal; vendía cigarros y otras cosas. Aunque un prisionero no hubiera tenido influencias con el director, teniendo dinero puede tener su tienda. Aunque cuesta un ojo de la cara obtenerla. Hay dos hermanos, hombres de pesos, que tienen a su cargo el restaurant Paolo, ahí dentro de la Peni, como el mejor de México.

Sobre la vida sexual… se vive ahí en una promiscuidad de las más bajas, aunque los homosexuales están separados de los hombres. Los homosexuales tienen su crujía al fondo de la Penitenciaría, ¿verdad? Esos hombres —bueno, no sé cómo nombrarlos— tienen barracas de madera nada más. Y ahí hay quien se anda pintando los labios en el día; unos lavan, otros cosen su ropa, otros cocinan, otros echan tortillas, otros florean a los hombres.

Y por desgracia hay individuos que han caído tan bajo que como no tienen mujer para desahogarse, sobornan al guardia —con un tostón, con un peso— para que los deje salir de su crujía, y se van a la "jota", la crujía de los homosexuales. Ahí dentro escoge a la "mujer" que mejor le guste —porque andan vestidos de mujeres aunque cuando hay revista todos se visten como hombres, porque así lo ordena el reglamento, ¿no?

Esto del homosexualismo se me grabó mucho. Un día en la tarde en el parte que se rinde por el micrófono por el mayor de cada una de las crujías, la novedad del día fue… "Con la novedad de que el reo… pasa a castigo a Tres Marías por haber violado al reo…", un muchacho de 18 años. Antes en la Penitenciaría había mujeres, en una crujía aparte, y ahí sí no podía entrar nadie. Bueno, no tanto como nadie, porque todo es cuestión de soborno, pero este soborno es más pasadero porque iban a cohabitar con mujeres, ¿no?

Yo nunca llegué a hacerlo. Es mucho arriesgar. El solo hecho de sobornar al guardia y salir de la crujía —si lo sorprenden a uno— amerita que lo manden a uno a Tres Marías. Tres Marías son unas celdas triangulares en un edificio de forma circular, de un solo piso y cubiertas sólo a la mitad. Así es que si llueve pues ya se imaginará el frío tan tremendo que se pasa ahí, más si es de noche. El sol le da a uno de día, y si no se va uno a la sombra. Pero no tiene uno derecho ni de fumar, ni de tener cobija, ni de visitas, ni nada, ¿verdad?

Cuando tenía allí unos meses vi a Ramón Galindo ahí en la cárcel. Conocía a Ramón y a sus hermanos desde que era pequeño, aunque él era mayor que yo. Vendían carbón, tenían una carbonería en la calle de Arteaga, y eran tan pobres como nosotros. Empezó después con una bicicleta alquilándola, luego dos, luego tres. No sé en qué artes estuvo, que él de la noche a la mañana cambió la agencia por una tienda. Se hicieron de una casa como para gente decente y se dedicó a prestamista. Se dedicó a prestar con módico 20% tiene su coche y maneja miles de pesos; le ha ido muy bien.

Conoció a mucha gente del bajo mundo en la tomadera. Era muy tomador, muy briago; se quedaba tirado en las calles. Pero hizo el juramento de jamás volver a tomar en la vida; hasta ahorita lo ha cumplido y le ha ido muy bien. Luego se dedicó a comprar "chueco" discretamente de la gente que él más o menos comprendía que era "maciza", y se convirtió en el más rico del vecindario.

Estaba en la cárcel porque mató a un ruletero en una riña callejera. Cuando llegué a verlo allí era maestro instructor de defensa personal, y no sé cómo vino a hacerse maestro instructor de los celadores y de todo el personal que tiene a su cargo la Penitenciaría, y salió ligado con el Servicio Secreto. Se convirtió en agente del Servicio Secreto y siguió de comprador de chueco; yo fui su brazo derecho alguna vez.

Bueno, y en los siete meses que estuve en la Penitenciaría aprendí también un poco tocante a los amigos. Porque aquellos que me profesaban amistad fuera, y cuando yo tenía dinero me andaban siguiendo por dondequiera, cuando estuve en desgracia no recuerdo que uno solo se haya parado a visitarme, ¿verdad? Ni siquiera un saludo me mandaron con mis familiares. Aprendía que amigos en el mundo son muy pocos los que hay y es muy difícil dar con uno que sea sincero.

Al fin salí libre después de tantas veces que me decían iba a salir. Era una de tantas veces que me llevaron a juzgado en la "julia". Me peiné y medio arreglé, pero siempre descalzo y sobre todo con el traje de rayas, muy denigrante, parece uno cebra. Llegué al juzgado; ahí estaban mi hermana Marta y mi papá. Me dice el licenciado: —Se va usted libre. Hemos comprobado que usted no es el culpable, ya agarramos al culpable. Así que haga usted el favor de dispensarnos.

—Señor licenciado, ¿usted cree que con una disculpa se van a borrar siete meses de sufrimiento que yo he pasado aquí; no nada más yo, sino la pena moral que le di a mi familia, y sobre todo la marca que me dejaron para toda la vida?

—No, no, no. Tampoco se ponga en ese plan, porque si no entonces sí se queda.

Y no me quedó más remedio que callarme, porque de haber seguido tenía yo mucho que decirles a todas las autoridades. Así que salí a los siete meses, libre, con esa disculpa de: "Dispense usted, agarramos al culpable".

A mi papá le costó 1200 pesos que le estafó el licenciado, porque en realidad no devengó esos honorarios. Un asunto como el mío era sencillo. Porque en primera yo no tenía el cuerpo del delito. Dos de los testigos de la parte acusadora contradijeron a los otros tres. Estoy de acuerdo en que cuando uno comete una falta debe ser castigado, pero a mí me acusaron en falso.

Antes de que cometieran esta injusticia conmigo creía en la ley. Después ya no. ¡Si esto es justicia, qué será la injusticia!

¡Siete meses se robaron de mi vida! No es que esté amargado, pero odio todo lo que representa a la ley. La policía y el Servicio Secreto son ladrones con licencia. Por cualquier cosita lo golpean a uno. Siempre estoy listo a enfrentarme con ellos, por eso es que cuando hay alguna huelga o un pleito, me uno, sin preguntar el motivo, sólo para tener una oportunidad de darle a la policía. Y cuando matan a un policía, no precisamente me siento feliz, pero siento que le dieron su merecido.

No hay ley aquí, sólo la de los puños y la del dinero que es lo que más cuenta. Es la ley de la selva, la ley del más fuerte. El que es económicamente fuerte puede reírse. Comete los peores crímenes y es una inocente paloma ante los jueces y ante la policía porque tiene dinero. ¡Pero qué diferente es para un pobre hombre que comete una ofensa ligera! Lo que me pasó a mí no es ni una milésima parte de lo que ha pasado y sigue pasando a otros. En realidad no sé lo que es justicia, porque nunca la he visto.

Si hay infierno, allí en la Penitenciaría está el infierno. Estar en un lugar de ésos no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Seis muchachos de Bella Vista han estado en la cárcel, pero sólo uno era un verdadero criminal. Los otros, como yo, se metieron en dificultades por pleitos y mala suerte. No digo que no merecía que me dieran una lección, porque aunque me acusaron de algo que no hice, he hecho otras cosas. He sido un mal hijo, un mal hermano, un mal tomador… estoy convencido que necesitaba un castigo, pero nunca me quejaré bastante de que me encerraron injustamente.

México es mi patria, ¿no? Y tengo por México un sentimiento muy especial, un cariño profundo, sobre todo por la capital. Para mí tiene una libertad de expresión y sobre todo una libertad para hacer cualquier cosa que uno quiera. Me es más fácil ganarme la vida aquí en México que en cualquiera otra parte de la República… aun vendiendo pepitas uno se mantiene. Tocante a los mexicanos no tengo muy buena impresión que digamos. No sé si esté equivocado, o será porque yo soy el que me he portado mal, pero me parece que aquí no existen los buenos sentimientos.

Aquí estamos, como ya he dicho, con la ley del más fuerte. Aquí al caído nunca lo ayudan, al contrario, si pueden herirlo más todavía, lo hunden. Nunca dejan sobresalir a nadie, tratan de hundirlo. Yo no soy un ser inteligente que digamos, pero en mi trabajo he sobresalido un poco… he llegado a ganar unos centavos más que los demás. Cuando mis compañeros de trabajo se han dado cuenta de ello me han hecho una política tremenda y me hacen quedar mal con las empresas. Y no falta quien diga que o que robó, o que mató, o que anda en malos negocios, o que esto y que lo otro.

¿Será también por la falta de cultura que hay aquí en México? Hay tanta gente que no sabe ni siquiera escribir su nombre. Pero dicen que ha llegado la época del constitucionalismo. Eso es nada más una palabra rimbombante y bonita, incluso yo no sé ni lo que quiere decir. Aquí se vive por la violencia… homicidios, robos, asaltos. Hay que vivir muy de prisa y constantemente en guardia.

Me dejaron salir como a las dos y media de la tarde. Me fui directamente a la Villa a dar

gracias a la Virgen. Avisé a mi familia que tenía la promesa de ir a Chalma. No fue precisamente en la fiesta del Señor y fui solito. A mi tía Guadalupe le dije, y me dice: —Sí, hijo, cumple en todo lo que tú puedas. —Fui caminando descalzo desde Santiago a Chalma, serán unos 30 o 35 kilómetros. Y caminé, y caminé y caminé. El camino se me hizo pesado porque había llovido y estaba lodoso como chicle y las piedras por dondequiera se me enterraban.

Yo no les hacía caso, no me dolía. Yo nada más llevaba la mira fija de cumplir con el Señor y no renegar de nada absolutamente. Al contrario, si más escabroso hubiera estado el camino, hubiera sido mejor, porque entre más sufría yo dolores físicos más satisfecho me encontraba yo. Bueno, ésa es la razón de las mandas para mí. A la ida me sentía yo apesadumbrado, me sentía desesperado; una vez que llegué ahí sentí un gran alivio.

Un tiempo después, me aprehendió la policía porque dejé de firmar por mi primera falta, durante los meses que estuve preso. Cuando se deja de firmar tres veces consecutivas, la compañía afianzadora da parte al Servicio Secreto. Creo que esto es anticonstitucional, debería tener sus agentes privados, y no de la judicial. Bueno, salí luego luego. Me quedé por aquí por algún tiempo y luego salí para Veracruz.

CONSUELO

AQUELLA noche en que Marta faltó a casa, la verdad, más que por ella, temía el momento en que mi padre llegara y se enterara. Roberto ya la buscaba por todas partes mientras Paula y yo esperábamos en la casa. Por fin —con la boca amarga de espanto— oímos cómo las llaves de mi padre daban vuelta en la cerradura. En cuanto llegó preguntó: —¿Dónde está Marta? —Yo en la pieza fingía coser, Paula y el chiquito dormían. La voz de mi padre sonó seca, como de castigo. No me atreví a contestar. Fue Roberto —quien había saltado como siempre que llegaba mi padre— quien contestó: —No ha llegado, papá. —Nosotros esperábamos un diluvio de palabras fuertes y maldiciones, pero mi padre sabe dar sorpresas. Lo único que dijo fue: —Ay, ay, vamos a buscarla.

Roberto salió detrás de él.

Manuel no había llegado a casa todavía; no era su costumbre llegar temprano. Cuando oí que silbaba le abrí la puerta sin decir nada, y tampoco era su costumbre preguntar qué pasaba en la casa. Tendió su "cama" y se disponía a dormir cuando mi padre entró. —¿Qué pasó, entró? —En cuanto oyó a mi padre aventó por allá los costales y se levantó sin comprender.

Mi padre lo sacó de su adivinanza: —A ver, váyase a buscar a su hermana. ¡Cabrón, güevón! Usted aquí echado y la otra por allá. ¡Vamos! —Generalmente Manuel era pesado para cumplir con lo ordenado, pero esta vez se volvió tan ligero como una pluma.

Ya muy noche regresaron los tres. La cara de mi padre se veía dura, amarga. Roberto estaba cabizbajo y Manuel con los ojos más restirados por el sueño. —¡A echarse! —La voz de mi papá ordenaba dormir. En un instante la casa quedó a oscuras y en silencio. Yo desde mi cama observaba la corta figura de mi padre, sin movimiento, de pie, como de una sola pieza pegada al cemento. Sólo su cigarrillo destellaba una lucecilla roja en la oscuridad. No alcanzaba a comprender el verdadero acto de mi hermana. Sólo sabía que ella no estaba en casa y mi papá estaba muy triste y preocupado. Quedé dormida esperando, esperando.

Al otro día mi padre se levantó muy temprano ordenando a mis hermanos buscarla. Me dejó el teléfono del café apuntado y salió a trabajar. Eran como las tres de la tarde cuando Marta entró. Se veía tan niña con sus moñitos y sus tobilleras. Pero comprendí que estaba dispuesta a pelear y esto desde luego me sublevó a mí que tomaba muy en serio el papel de hermana mayor. —¿Dónde estuviste anoche? —Sólo volteó a verme con una mirada de burla que me sacó de quicio. Empezó a lanzarme insultos que me calaban y agarré un cinturón que estaba colgado detrás de la puerta. Acerté a darle dos o

tres cuerazos, pero ella se defendía, gritando y arañando. Al final de la lucha llegó mi hermano Roberto.

Fui al lavadero a lavarme la sangre de los brazos y estaba yo ahí cuando supe por Irela que Marta había pasado la noche con Crispín, el que después fue su esposo. Ya no me dijo más, comprendí y lloré, lloré. Los papás de Crispín fueron a hablar con mi papá, pero no logré enterarme de lo que hablaron porque me sacaron para el patio.

Cuando Marta se fue a vivir con Crispín yo estaba en verdad muy enojada. Yo que había soñado verla de azul y de blanco, azul en sus 15 años, blanco en su casamiento. Pero si se casaba iba a ser dentro de muchos años. Primero tenía que estudiar. La veía con tacones altos, con un bonito vestido, con el pelo hacia atrás y con lentes y sus libros bajo el brazo. En sus 15 años la soñé con todos sus chambelanes rodeándola, y en su casamiento mi padre llevándola al altar. En lugar de mi sueño empecé a ver una pesadilla. Mi hermanita viviendo en unión libre, cargando a su niño, yendo a la plaza con el babero caído, el pelo enmarañado, los zapatos flojos. Y así fue como se desbarató otro de mis sueños.

En la primera visita a la vivienda que Crispín le puso a mi hermana Marta me agradó. Tenían todo lo necesario, una cama, una mesa, sillas, una estufa de petróleo, cazuelas, platos y tazas. Pero más tarde tenían muchos disgustos y cuando mi hermana me contó que él la había golpeado, ¡qué coraje me dio contra él! Mi primera impresión se borró para dejar paso a la visión de un hombre desobligado, celoso y pegalón. Me metía en sus pleitos y siempre defendía a mi hermana. Más tarde supe la versión de Crispín y comprendí que mi hermana había tenido la culpa de esos disgustos. A pesar de las advertencias de Crispín se salía a la calle con sus amigas y con Roberto y su palomilla como antes. Cuando Crispín le manifestó que ahora era otra su vida y que no le gustaba llegar a casa y encontrarse con que ella andaba fuera, Marta lo amenazó con echarle encima a Roberto. Roberto apoyaba a Marta en todo y como resultado Crispín no quería que fuéramos a visitarlos. Cuando critiqué a mi hermana por no arreglar su casa, o por no obedecer a Crispín, me dijo que lo que pasaba era que Crispín me gustaba y por eso me ponía de su lado. Desde entonces escarmenté y ya no me volví a meter en su vida, pero sigo creyendo que si Marta se hubiera portado mejor, ella y Crispín hubieran tenido una vida mejor juntos.

En la casa, Paula esperaba a su segundo niño. Mi padre mandó poner cortinas cercando su cama y ahí fue donde nació Alanes. Más de un año después Domingo vino al mundo. Mis sobrinos siempre fueron bien recibidos cuando nacieron, pero la primera, Mariquita, siempre fue la favorita. Era la única que alegraba esa casa. Y desde el primer momento la quise mucho.

También a Paula la quise mucho. Fue una mujer abnegada que vivía para sus hijos, aunque luego los castigaba de una manera que me daba rabia. Mi Mariquita a los 11 meses probó el sabor de las manos de su mamá. Paula siempre tenía motivos para golpearla: ya porque se orinaba su hermanito, ya porque el otro se caía, o porque tiraban algo; en fin, siempre Mariquita tenía la culpa de lo que hicieran sus hermanitos, y ella se llevaba los jalones de cabellos y las nalgadas.

Yo nunca me atreví a intervenir, sino que me salía y mostraba mi desaprobación aventando la puerta.

Paula quería a Manuel aunque él se portaba con ella en una forma canalla. Ella siempre cubrió todas las faltas de mi hermano y nunca le dio una queja a mi papá, ni con nosotros se quejó de nada. Pasaba día tras día cosiendo la ropa de sus niños, preparando su alimento. Rara vez salía al cine, o a la calle, o se compraba un vestido. Manuel siempre estaba fuera de casa y llegaba a medianoche o muy de madrugada. Paula tenía que pararse a darle su cena, encendía la luz y, claro, a todos nos desvelaba. O a veces, a las tres o cuatro de la mañana, mi hermano prendía el foco para leer. Esto me daba mucho coraje porque al día siguiente me tenía que levantar muy temprano para ir a trabajar, pero Paula nunca dijo una palabra.

Nunca vi a Manuel cariñoso con ella. Siempre le hablaba con brusquedad, o no le hablaba, se ponía a leer sus novelas del periódico o las revistas. En todo caso no creo que la quisiera. Hasta optaba por acostarse en el suelo que dormir incómodamente con Paula y los tres niños. Cierto que en casa no había libertad para su vida marital. Así que yo digo que cuando la llevaba al cine —que era de vez en cuando— también se iban a un hotel.

Conforme fui creciendo me di más cuenta de las restricciones que existen cuando toda una familia vive en un solo cuarto. En mi caso, para mí —que mi vida se formó de sueños y de ilusiones— era una verdadera molestia verme interrumpida en mis sueños. Mis hermanos me hacían volver a la realidad: —Y ora tú, ¿qué tienes? Pareces mensa. —O luego oía la voz de mi padre: —¡Despierta! Siempre en la luna… Vamos, ¡muévase!

Cuando volvía yo a la tierra me veía precisada a olvidar la casa tan bonita que me había imaginado y mis ojos veían mi casa. El ropero tosco de un color muy oscuro se me antojaba una caja de muerto y siempre estaba lleno de la ropa de cinco, siete, o nueve gentes, según las que estuvieran viviendo ahí. La cómoda también se tenía que repartir entre toda la familia. Vestirse y desvestirse sin ser visto por los demás era también un problema. En las noches teníamos que esperar a que se apagaran las luces, o con mil trabajos sostener la cobija con los dientes y quitarse el vestido, o meterse bajo las cobijas con todo y vestido. A Antonia no le importaba mucho que la vieran en fondo, pero Paula, Marta y yo teníamos pena. Roberto se levantaba envuelto en la cobija y se salía a la cocina a vestir. Las mujeres nos esperábamos a que los hombres se fueran a trabajar y los niños se salieran para poder cerrar las puertas. Pero no faltaba quien llegara a buscarnos, o a querer entrar. Claro que ya no podíamos estar a gusto.

Muchas veces tuve ganas de verme por largo rato ante un espejo, a peinarme o a ponerme bilet, pero no era posible debido al sarcasmo y las bromas de los demás. Mis amigas de Bella Vista se quejaban de sus familias por el mismo motivo. Ahora todavía veo mi imagen muy de prisa en el espejo, me asomo nada más, como si estuviera haciendo algo indebido. También tuve que aguantarme toda clase de comentarios cuando cantaba, o recostarme en una postura que me parecía cómoda, o hacer otras cosas que para el resto de mi familia no eran aceptables.

En esta forma de vivir en un solo cuarto se debe ir al ritmo de los demás. Voluntaria o

involuntariamente no queda más remedio que seguir el deseo de los más fuertes. Después de mi padre, Antonia hacía lo que quería, luego *la Chata,* luego mis hermanos. Los demás, los débiles, nos limitábamos a observar, disgustarnos, criticar, pero sin exponer nuestra opinión. Por ejemplo, todos teníamos que ir a la cama cuando mi papá nos lo ordenaba. Hasta cuando ya estuvimos grandes mi papá siempre decía: —¡A la cama, mañana hay que trabajar! —Podían ser sólo las ocho o las nueve de la noche, cuando no teníamos sueño, pero como mi padre debía levantarse muy temprano al otro día las luces debían apagarse. Muchas veces quería dibujar, leer o coser, pero apenas había empezado, oía: —Apaguen la luz, ya es hora de echarse —y me dejaban con el dibujo en la mano y el cuento sin terminar.

Teníamos forzosamente los programas de radio que mi padre o Antonia querían. Durante el día Antonia escogía los que le gustaban, y por las noches mi papá. Había un programa que no nada más a mí me caía mal, sino también a mis hermanos, se llamaba "Los niños catedráticos". Y nos caía mal porque mi padre decía: —¡Un chiquillo de ocho años y sabe tanto… y ustedes, burros, que no quieren aprender nada! Pero ya más tarde se arrepentirán. —Cuando mi papá o Antonia no estaban, cómo nos peleábamos por el radio.

Cuando *la Chata* estuvo a cargo de la casa ella era la que imponía su voluntad a su modo. Impedía el paso a todo el que quería entrar cuando estaba limpiando. Yo, debido al frío, continuamente quería estar entrando al baño. Ella se disgustaba y no me dejaba pasar. Yo saltaba, muy apurada frente a la puerta: —Ay, ay, *Chata,* déjeme pasar, ya no aguanto, ya no aguanto. —Entonces me dejaba entrar, pero siempre renegando de que le ensuciaba el piso. Entonces ella abría las puertas de la entrada de par en par y a mí no me gustaba que estuvieran abiertas cuando estaba en el baño porque se me veían los pies, yo trataba de esconderlos, o le pedía que cerrara la puerta, pero ella siempre contestaba: —¡Oh, quién se va a fijar en una escuincla!

El baño sólo tenía media puerta y era muy angosto y esto daba lugar a muchas escenas vergonzosas y chistosas. *La Chata* tenía verdadera dificultad para entrar, tenía que meterse de lado y la puerta quedaba semiabierta. Antonia era quien más bromas hacía con respecto a estos problemas. Manuel era quien casi siempre tardaba más, y cuando lo hacía Antonia empezaba: —Ya córtale… ¿te llevo las tijeras? —A mí me decía: —Uh, ¿qué todavía estás aquí? Yo te hacía ya por San Lázaro. —San Lázaro es la desembocadura del desagüe de la ciudad y ella me quería decir que me había caído dentro de la tubería. En otras ocasiones yo era quien les daba lata. Cuando Roberto entraba al baño yo abría la puerta de entrada alegando que era demasiado fuerte el olor. Él me gritaba: —¡Cierra esa puerta porque vas a ver! —Claro, momentos antes que él saliera yo salía corriendo para el patio. O cuando estaban los muchachos, Antonia, Marta o mi papá, empezaba yo a bailotear frente al guáter gritando: —¡Apúrate, que quiero entrar! —Recuerdo que salía Manuel sosteniendo la revista o sus *Pepines* con la boca, con los pantalones en la mano, echándome unas miradas de puñal. A Antonia sí que no le importaba que otros quisieran pasar. Teníamos que acusarla con mi papá para lograr que saliera. Mi papá le decía: —Ándale, tú, muchacha… apúrate. —Y ella respondía: —

Oh… pos que se aguanten, ¡ni miar dejan a uno! —Y a veces que no quería salir, tenían que irse los demás afuera, pues teníamos que usar la borcelana.

A veces las bromas eran muy pesadas. Tonia padeció estreñimiento y sufría terriblemente por los gases. A veces le dolía el estómago cuando los soportaba, pero cuando no, sólo se reía y decía: —Oh, bah, por qué me voy a aguantar si luego me duele mi panza. —Pero si alguno de los otros entrábamos al baño por esta necesidad, ella hacía bromas: —Qué ronca estás… ¿tienes tos, cuata? —Nosotros le decíamos: —Oh, cállate, no seas grosera. ¿Y cuando tú estás como ametralladora en la noche? Si luego ya nomás vemos cómo se levantan tus cobijas. —Cuando estábamos chicas mi papá se reía y decía: —Ay, ¿quién fue? ¿Fue el ratón? —Pero cuando ya crecimos nos regañaba muy duro y nos mandaba al baño. Cuando él no estaba Manuel y Roberto se llevaban más pesado en este sentido. Muchas veces estando los dos sentados juntos, Roberto se levantaba echando chispas de coraje y le decía a Manuel: —Puff… ¡cómo eres atascado! —En otras ocasiones era Manuel el que se alejaba rápidamente del lado de Roberto diciendo: —Cabrón, tan cochino, váyase al guáter. —Roberto le contestaba: —¿Verdad que da coraje? ¿Te acuerdas el otro día qué me hiciste…? —Otras veces estábamos los cuatro juntos y de pronto todos volteábamos a ver a Roberto. Él levantaba la vista algo sorprendido: —Qué… ¿y ora qué hice? —Y Manuel le decía: —Ándele, cabrón, váyase al guáter. —Y Marta: —Siempre han de estar con sus cochinadas. —Y yo: —Como si fuera un chiste… lárgate de aquí. —Roberto sólo decía: —¿Qué? ¡Vaya! —y empezaba a reír.

Pero todas estas molestias eran insignificantes comparadas a la de ser reprendida por mi padre enfrente de todo mundo. Yo hubiera deseado que cuando cometía yo algún error, él me hubiera reprendido en privado, a solas, y me hubiera regañado todo lo que hubiera querido. ¡Pero eso de que todos se tenían que dar cuenta! A mí me daba tanta vergüenza que me dijera las palabras tan ofensivas en presencia de los demás, aunque éstos se hacían disimulados. Creo yo que cuando mi padre regañaba a alguno de nosotros los demás lo sentíamos como regaño propio. Aquellas palabras de mi padre se iban desenvolviendo poco a poco, hasta que nos envolvían totalmente y nos hacían caer en una crisis de llanto.

Empecé a estar fuera de mi casa lo más que podía. Cuando mi papá no estaba viviendo con nosotros iba a todos los bailes aunque a Roberto no le gustaba que fuera. A Manuel no le importaba mucho lo que yo hiciera, pero Roberto me vigilaba todavía como un gavilán. Si bailaba yo dos o tres piezas seguidas con el mismo muchacho de inmediato se metía: —¡Ya no bailes con ése, me cai gordo! —Y le lanzaba al muchacho una mirada que lo quería fulminar; sólo con voltear a verlo los jóvenes se daban cuenta de que me estaba cuidando. Cuando no le obedecía, enojado iba y me gritaba y me arrancaba de los brazos de mi compañero y me metía a la casa. Al rato volvía yo al baile sólo para demostrarle que él no me mandaba y menos con gritos ni groserías. Él me acusaba con mi papá y yo recibía los regaños. Aunque eran fuertes y lloraba yo y a mí misma me decía que ya no iba a salir, al escuchar la música no podía contenerme. Cuando iba a tomar café pues dejaba yo todo en la mesa y me salía a bailar.

Un amigo de Roberto, Pedro Ríos, que vivía en Bella Vista, era mi novio desde antes que se fuera mi papá. Pedro era muy bueno y me pasaba todas las majaderías que le hacía. Una de las cosas que más le chocaban era que yo fuera a los bailes. Pero yo iba de todos modos para desquitarme porque él se embriagaba. Primero me observaba y luego me sacaba a bailar y me hablaba mientras bailábamos.

—Te estás burlando de mí. Fíjate que me haces quedar mal —decía—, y lo haces porque sabes que te quiero. Pero si sigues haciendo esto vamos a tener un pleito muy serio.

—Primero rompo contigo que dejar de bailar —yo decía. Y así fue como pasó a fin de cuentas.

En ese tiempo entre los muchachos de la vecindad existía un dicho: "Las muchachas de Bella Vista nomás para nosotros", y así era. Pobre del desconocido que tratara de hacer novia en Bella Vista, porque le buscaban pleito. Pedro y los de la palomilla habían dicho que nosotras no debíamos hablar ni entablar conversación con los que fueran de la calle. Pero esto no rezaba conmigo. Me importaba muy poco y salía yo a bailar con el muchacho que me simpatizara. Así fue como en un baile conocí a Diego Toral.

Diego era un joven güero, muy serio —mejor dicho entre serio y bromista— y bien vestido. Me gustó mucho. Iba yo a buscar un pretexto para terminar con Pedro y hacerme novia de Diego, pero Pedro no me daba el menor motivo y como me gustaba mucho Diego, pues me hice novia de los dos. Veía yo a Diego nada más cuando iba a los bailes. Opté por retirarme cuando veía que estaban Pedro y Diego en los bailes. Un día Diego me citó en los colegios. A Pedro le había yo dicho que me esperara en el zaguán de las calles de Camelia. El edificio tiene dos salidas y Pedro me esperó en una, mientras que yo corriendo salí por el otro lado del jardín para ver a Diego. El corazón me brincaba fuertemente: —Vine sólo por unos minutos, tú sabes cómo son mis hermanos. —Diego estuvo conforme.

Regresé a ver a Pedro. Echamos a andar para el jardín, yo no quería ir porque Diego podía estar todavía ahí pero Pedro insistió y no me quedó más remedio que ir. No sabría cómo explicarlo pero yo me sentía a gusto, no sentía miedo. Y por dentro reía.

Duré poco tiempo con Diego de novio, pero él me propuso matrimonio. Pero entonces qué me iba a llamar la atención el matrimonio, ni me imaginaba qué era en realidad. Diego me había dicho: —¿No te gustaría tener tu casa muy bonita, con los muebles capitoneados, todos así forrados como eso que parece colchoncito?

—¿Capitoneados? —No sabía qué era eso. Me seguía explicando acerca de su trabajo, pero mientras él hablaba yo pensaba: "Eh, ¿y tú qué dijiste? ¡Ya se creyó! ¡No, Chucha! ¡A poco me vas a engañar! No te creas, Consuelo, no te creas". Pero tornando mi voz dulce decía: —Sí, sí me gustaría. Sería bonito. —Pero por dentro reía. Desconfiaba de todos. No sé por qué. Quizá porque el amor nunca fue mi ideal.

Los amigos de mi hermano Roberto pasaron a ser mis amigos. Pero siempre gracias a la influencia de mi hermano y a que nunca me gustó que se llevaran con bromas pesadas delante de mí, todos me respetaron. Los de otras palomillas le tenían temor a los muchachos de Bella Vista porque eran muy braveros, es decir muy peleoneros. Seguido

oía yo que los de Bella Vista se pelearon con los de la Casa Verde, o con los de Soto. Entre los de Bella Vista tenían la costumbre de reunirse en el zaguán y formaban un grupo bastante grueso que no permitía el paso. Se ponían a cantar, a tocar un son, a decir chistes, en fin, eran muy locos.

Por las noches cuando había luna o muchas estrellas, los "vagos", los "güevones" —como les llamaba mi padre—, se reunían junto a mi puerta a cantar. Cantaban unas canciones muy sentimentales y llenas de amor si Pedro y yo estábamos contentos, y si estábamos enojados, canciones de despecho. Por ejemplo, cuando estuvimos enojados muy fuerte Pedro y yo me cantaron: "Hipócrita, sencillamente hipócrita… perversa, te burlaste de mí. Con tu labia fatal me emponzoñaste y como no me quieres me voy a morir". Yo desde mi cama me deleitaba con "sus hermosas voces" y me sentía arrullada sabiendo que Pedro se encontraba ahí. Sentía como si todas las canciones fueran dirigidas a mí. Pero a las vecinas les molestaba y los insultaban: —¡Güevones, no les da vergüenza! ¿Por qué no se largan para otro lado con su lata?

Algún tiempo después llegaron a vivir al número 78 unos señores que tenían un tocadisco para alquilar. El 10 de mayo, Día de las Madres, como cortesía para todas las madres les tocaban las "Mañanitas". También se hizo costumbre darle las "Mañanitas" a la Virgen de Guadalupe entre cuatro y cinco de la mañana y traer al padre para que la bendijera cada año. Nos levantábamos las muchachas y algunas vecinas bien arropadas porque hacía frío y antes de empezar las "Mañanitas" el portero aventaba cohetones para anunciarlas.

El día que me chocaba a mí y me daba berrinche y coraje era el día de San Juan, el 24 de junio. Exactamente a las dos de la mañana tocaba el silbato del baño. ¡Y vaya si tocaba fuerte! Aturdía. A esas horas todo mundo despertaba. Los jóvenes de la palomilla a esa hora se iban a nadar; algunas de las muchachas también iban, por mi parte yo nunca fui. Marta me platicaba que ese día regalaban atole, tamales, colación y flores y había competencias de nadadores a las cuales entraba mi hermano Roberto. El tocadisco del baño tocaba toda la mañana y se ponían a bailar todos. Me decían que, ¡se echaba un relajo!, pero yo pensaba: "¿Cómo se verán bailando en traje de baño?" Por eso nunca fui.

Poco después surgió una nueva costumbre. El Sábado de Gloria se aventaban agua hasta empaparse. Yo creo que empezó con eso de los "Judas". Ese día yo observaba desde la azotea grande. Vi que mientras quemaban los "Judas", unos jóvenes aventaron polvo de ladrillo dentro de una bolsa de papel hacia un grupo que estaba en la calle. Otros aventaron polvo de carbón. Luego la palomilla de Soto hacía un círculo grande en toda la calle y daba de vueltas y llegó alguien con un bote y les echó agua. De pronto aparecieron otros con cubetas y botes con agua y unos a otros se bañaban; yo creo que así nació la costumbre.

Después esta costumbre degeneró y yo la condenaba. Ya no respetaban a nadie. Dentro de Bella Vista inclusive empezaron a mojar a las muchachas. Hombres y mujeres se correteaban para echarse agua. No importaba si alguno estaba limpio y dispuesto para irse a pasear, pues generalmente ese día se descansa. Las muchachas daban un

espectáculo desastroso. Mojadas de pies a cabeza, con el pelo escurriendo, el vestido pegado al cuerpo, se podía decir que estaban desnudas. Por un lado me divertía —viendo desde la azotea o espiando detrás de la puerta— pero por otro me daba coraje.

Lo que sí me gustaba era la celebración de la Navidad y en eso sí participé. El día de Nochebuena todo era animación. Entre todas las vecinas lavábamos bien el patio y nos cooperábamos para adornarlo. Luego nos encar-gábamos de vigilar que el adorno no fuera tumbado por chiquillos de otros patios. Después otros bajaban palos de las azoteas para hacer luminarias por la noche.

Pero después de todo ese trabajo, mi padre no me dejaba salir. Casi siempre los pasaba llorando. Desde mi casa oía cómo a las 12 de la noche exactamente el silbato del baño sonaba, en los postes de la calle los chiquillos pegaban con piedras o palos, los silbatos eran sonados con insistencia, las campanas redoblaban y todos se abrazaban y decían: "¡Feliz Navidad!" Qué duro era esto para mí. Yo quería salir a divertirme igual que los demás, pero a esa hora ya todos estábamos acostados, la luz apagada y mi padre vigilando que no saliéramos.

Me gustaban todas las cosas religiosas y nunca dejaba de asistir a todos los deberes religiosos que me había impuesto con tanta conformidad y gusto. Había depositado toda mi fe, toda mi confianza en Él, en Él a quien siempre pedía permiso para todo. A Él le ofrecía todos los sufrimientos y alegrías que recibía en la escuela, en el trabajo y durante el día. Durante las tardes y por las noches, cuando me encontraba sola, todo se lo ofrecía a Él, y hablaba con Él y le hacía promesas a Él. Siempre cumplo con el Primer Mandamiento: "Amarás a Dios sobre todas las cosas", el Segundo no lo he cumplido: "No jurarás el nombre de Dios en vano", me he visto en la necesidad de mentir.

La primera vez que entré a una iglesia parecía que entraba a un recinto sagrado, es decir, como si las puertas de aquella paz grandiosa iluminada por rayos tibios se abrieran ante mí. Mis ruegos siempre fueron porque mis hermanos no fueran a salir malos, que Él los hiciera cambiar y los perdonara, que me diera fuerzas para continuar adelante. En una iglesia me sentía pequeñamente insignificante. Todo para mí lo abarcaba Él, allá en el altar. Casi siempre iba sola a la iglesia y al panteón, siempre prometiendo ser buena y humilde. "No permitas que la soberbia entre en mí", era lo que pedía. Quería ser tan buena y humilde como San Francisco de Asís. Pero no fue así.

Por años no cesaba de pedir a mi papá que me internara en un colegio de monjas. Lo intenté por mucho tiempo, hasta que cumplí 18 años. Qué desilusión sentí cuando Yolanda y su esposo, el señor Alfredo, me dijeron que había que dar dote para poder ser monja. También me platicaron los sufrimientos por los que tiene uno que pasar, pero eso no me importaba. Dormir en un lecho duro me parecía una cosa meritoria, un sacrificio, sí, pero era por servirle a Él que tanto había sufrido. Entonces vi una película en donde salía toda la Pasión de Cristo y lloré, lloré mucho. Sentía ganas de gritar y de haber estado ahí para abrazar al Señor y ayudarle con su Cruz. Nunca se me borrará esa impresión. La humildad con que Él sufría. Entonces fue más firme todavía mi amor a Él. Cuando los muchachos me hacían llorar, o mi padre me regañaba, o en cualquier mal rato, pensaba yo: "Si Él que es divino sufrió tanto, ¿por qué yo pobre ser humano no lo

he de sufrir? ¿Qué vale mi sufrimiento ante lo que Él sufrió?" Y me sentía yo conforme.

El significado de la misa lo supe hasta cuando tenía yo 17 o 18 años. Una tarde salimos de trabajar Lupe, una compañera de trabajo, y yo. Trabajaba con un contador. Ella era más instruida que yo acerca de religión y siempre iba a misa, a los ejercicios, en fin. Me preguntó que si iba a misa; yo le dije que sí. Como yo la veía tan sencilla me atreví a preguntarle: —Oye, ¿y qué quiere decir la misa?

—¿No te lo han dicho?

—No, nunca. Yo cuando voy me hinco cuando se hincan, me paro cuando se paran, y digo lo que dicen, pero yo no sé por qué. ¿Por qué tiene uno que levantarse o hincarse con la campanita?

—Mira, cuando tocan la campanita… —Así fue como supe el grandioso significado de la misa. Cuando menos lo esperaba descifré esto.

La primera peregrinación a la que asistí fue cuando mi tío Ignacio y mi tía fueron a la de la Unión de Voceadores. Íbamos formados de cuatro en cuatro. Unos llevaban flores. A pesar de ser gente tan humilde iba con orden. Unos cantaban alabanzas. Yo sólo miraba hacia adelante, hacia ese punto lejano que pronto iba a sentir muy cerca. Asistí con mucho gusto. La segunda vez fue cuando me gradué y todas vestidas con la toga y el birrete emprendimos la caminata para ir hasta la Basílica a dar gracias. Nunca, nunca perdí la esperanza de verlo a Él.

Un día era el santo de mi hermana y Crispín pagó el tocadisco para festejarla. Iba yo a sentarme cuando Crispín y Marta me quitaron la silla donde me iba yo a sentar. Había varias personas presentes y desde luego se rieron cuando me caí. Sentí morirme de vergüenza y coraje. No dije una palabra, me metí de inmediato a la casa. Ahí estaba a salvo de las risas, porque mi padre no había dejado que las puertas se abrieran, sólo había dado la luz para que funcionara la música.

Después me desquité de los dos. Desde la azotea les vacié una bandeja de agua al verlos que bailaban cerca de mi alcance. Marta, no soportando la inocente broma, se metió enfurecida con mi padre, gritando: —Papá, mira a esa *Flaca*. Nos mojó. Ni le hacemos nada. Dile que no se lleve con Crispín.

Yo bajaba las escaleras riendo, pero una vez que estuve frente a mi padre se me acabó la risa. Delante de todos me llevé un bofetón y las palabras: —Siempre de majadera, de lépera. Estoy cansado de mantener a gente que no lo merece. —Me había herido muy hondo mi padre, por lo cual durante la noche no cesé de pensar que al otro día escaparía. Y así lo hice. Reuní la poca ropa que tenía y me fui a la casa de Santitos.

Santitos vivía en un puesto construido de tablas y láminas de cartón en el mercadito de la colonia González Martínez. Su mercancía era verduras al por menor, dulcecitos, raspados y yerbas que tenía en una tablita. Con ella comía con mucho gusto nopales asados en el comal, con sal únicamente, y dormía en el suelo de tierra protegida por un pedazo de petate y por cobija un pedazo de colcha. La colonia está en las afueras de la ciudad y nos dormíamos sintiendo esa especie de arrullo que proporcionan un conjunto de sapos y ranas al croar. Amanecía con toda la espalda picoteada por las pulgas y

dormía envuelta de la cabeza a los pies por miedo a las ratas.

Por las noches, a la luz de la velita que compraba Santitos cuando se le acababa el petróleo, sentadas las dos en un banquito, ella me platicaba cosas de religión, o dormitaba, y yo con la mano en la barbilla entrecerraba los ojos y escuchaba su voz muy dulce, muy bondadosa que me hacía sentir lo que siempre buscaba: el hogar.

En verdad que estuve feliz los ocho días que pasé con ella. Me sentía yo su hija. No tuve un solo disgusto, no tenía prisa por nada. No me regañaba ni me hacía sentir lo infeliz que era. De no haber sido porque mi papá llegó y con su voz muy seca me dijo: —Te vas para la casa, o te encierro en la correccional. Tú sabes… —me hubiera quedado con ella.

—Yo no me quiero ir, yo aquí estoy muy a gusto —le había dicho a mi papá. Pero no había valido de nada. Mi padre seguía en la puerta esperando. Me despedí llorando de Santitos. Ella también lloró, pero yo regresé a mi casa.

Poco después me fui para casa de Lupita en las calles de Rosario. Mi hermano no podía entrar a esa casa, así que aunque quisiera no me podía hacer enojar. Entre Antonia, María Elena y yo había una especie de amistad superficial pero en el fondo yo adivinaba que no me querían. Tonia en varias ocasiones que me presentó con sus amigos decía que yo era su amiga, casi nunca me presentaba como su hermana. Esto me ofendía pero tampoco le peleaba; después de todo a mí tampoco me gustaba decir que era mi hermana. Yo la veía muy grosera, su vocabulario y sus chistes hacían enrojecer y reír. María Elena por su lado tenía un carácter muy voluble y no podía yo quererla porque era muy grosera con mi papá, le contestaba en una forma muy ordinaria y exigente.

Las que me trataban bien eran Lupita y sus hijas mayores Isabel y Élida. Ellas eran hijas de otro señor a quien ella había abandonado cuando supo que era casado. Mi papá también la engañó al ocultarle que era casado y yo creo que ella nunca se lo ha perdonado. Ella nunca le pidió nada aun cuando sus hijas estaban chicas y ella en realidad necesitaba ayuda. Se puede decir que él la tenía abandonada hasta que Antonia cumplió ocho años, a pesar de que tanto él como Lupita trabajaban en el restorán La Gloria. Cuando Antonia estuvo muy mala y pedía que viniera su papá, él las empezó a visitar cada tercer día y a llevarles comida y regalos. Creo yo que como fue tan bueno con Antonia, Lupita volvió con él. Pero aun cuando nació María Elena, Lupita no le pidió nada a mi padre.

Al principio no sentí cariño por Lupita. Cuando me trató tan bien pensé que era una hipócrita. Para mí era la otra señora de mi papá y había hecho sufrir a mi madre. Pero cuando vi el trato que tenía para sus hijas y lo buena que era con ellas y con todos nosotros, dudé que fuera capaz de ninguna maldad. Además cuando pude comparar y vi que su cuarto era más humilde y más pobre que el nuestro pensé que sin duda mi madre y nosotros éramos los preferidos de mi padre.

Mi papá nunca prestó a Lupita la misma atención que a sus otras esposas, quizá porque Lupita es más bien gruesa y más grande que él. Para ella no existe un solo hombre que sea bueno; todos son desobligados y enamorados. Cuando tuve de novio a Pedro Ríos y le pregunté a Lupita qué le parecía ese muchacho que se veía muy serio,

sólo alzó los hombros y me dijo: —Cuídeme Dios de los serios, que de los payasos yo me cuido. —En su opinión no existe un hombre lo bastante bueno para que una mujer se case con él. Pero su desconfianza y su resentimiento no lastiman a los demás porque ella es buena y amable con todos. Ella sacrificó todo por sus hijas y nunca las abandonó. Su mundo eran sus hijas y para mí es la madre ideal.

Isabel y Élida no se metían conmigo como mis medias hermanas. Alguna vez les confié que me sentía como arrimada y Élida me consoló con estas palabras: —No, Chelo, tú no les hagas caso, déjalas. Al fin tú aquí estás con tu papá y ésta es tu casa. — Yo se lo agradecí pero no dejaba de sentir el comportamiento de mis medias hermanas y la diferencia en el tratamiento que nos daba mi padre.

A mi papá dejé de darle dinero desde el día que me aventó mi quincena. En esa ocasión le había dado 50 pesos y no me había quedado nada. Por la noche le pedí que me diera para medias y no quiso darme. Al día siguiente le insistí pero ya con seguridad: —Papá, dame para mis medias. Nada más tengo éstas y están rotas. Nada más nueve pesos.

Mi padre, creo yo, se encontraba de mal humor y me aventó el dinero a la cara: — Toma. Ahí está tu dinero. Yo no les pido nada. Ni un quinto quiero de ustedes, todavía tengo bastantes fuerzas para trabajar.

Como siempre, no contesté nada y me salí a llorar al barandal. Lupita se acercó y me dijo que no hiciera caso de mi papá, que ya lo conocía cómo era. Tampoco le contesté nada, mis lágrimas me impedían hablar. Pero pensé: "Me prometo que desde ahora en adelante jamás le vuelvo a dar nada. Ya sabré qué hago con mi dinero". Y así fue. Me consolaba al saber que podía comprarme las cosas que necesitaba. Tenía el trabajo y podía obtener préstamos cuando yo quería. No volví a darle dinero a mi padre, ni él me preguntaba. Sólo una vez me atreví a preguntarle cómo estaba el puerquito que compró con los primeros 50 pesos que le di. Me contestó que lo iba a matar porque ya estaba muy gordo. Eso fue todo.

Puedo decir que mi mundo estaba fuera de la casa. Por las mañanas me levantaba, tomaba un poco de café después de asearme o irme al baño, levantaba mis cosas y al trabajo. Ya una vez ahí estaba contenta. Por las tardes casi nunca tenía trabajo. No hacía corajes durante el día, por el contrario. Diariamente tenía regalos y palabras de halago. Parece mentira pero palabras como "niña de los ojos verdes", o "Miss Consuelo", levantaban mi ánimo. Cuando me ordenaban hacer algo, siempre me lo decían con tacto y cuando cometía algún error —casi siempre— sólo recibía como regaño: —¡Niña de los ojos verdes!

Yo ya casi no iba a Bella Vista, sólo una vez por semana para ver a Paula y a los niños. Manuel había pedido dinero prestado a mi padre para montar un taller de zapatos y al principio empezó a trabajar con ahínco, parecía estar a gusto y atendía su negocio. Yo recuerdo que lo veía continuamente con el cigarro en la boca y con unos cortes de zapato en la mano, yendo y viniendo del taller a la casa en el número 64. Siempre podía decir cuándo le estaba yendo bien porque entonces caminaba rápidamente con paso firme y seguro como si estuviera más en contacto con la tierra. Se sentaba a la mesa y

comía y hablaba con más seguridad. Esto quería decir que traía dinero en la bolsa. Cuando tenía un buen rollo lo sacaba de seguro y nos lo pasaba por enfrente de nuestros ojos.

Un día el papá del compadre de Manuel, que también era zapatero, me encontró en el patio y se dirigió a mí y me dijo: —Qué tal… tú eres la hermanita de Manuel, ¿verdad? Dile a tu papá que si tu hermano no se compone va a quebrar el taller. Tu hermanito juega mucho a la baraja, mi hijo también, con su grupito de amigos, y si siguen se van pa'abajo. Ya tienen tres días jugando ahí encerrados en el taller.

Yo escuché sus palabras pero no me atreví a decirle a mi papá. Mi hermano debe haber perdido mucho dinero porque después empezaron a llegar los oficiales a buscar a Manuel para que les pagara su salario. Se escondía detrás de la puerta y decía: —Diles que no estoy, diles que no estoy. —Un día le grité: —Manuel, te buscan… —Y a querer o no salió insultándome: —¡Escuincla, chisme caliente! ¡Se te quema el hocico por meterte en lo que no te importa!

Después de una semana sólo quedó el cuarto vacío del taller… lo había vendido todo, y mi padre llamándole severamente la atención mientras Manuel permanecía parado con la cabeza hacia un lado y las manos en las bolsas. Cuando trataba de hablar, las palabras, casi en gritos de mi padre, lo callaban. No sólo perdió Manuel el negocio, sino la confianza de mi padre.

Tonia tomó coraje contra mí al ver que su mamá me trataba bien y dejé la casa en la calle de Rosario por un fuerte disgusto que tuve con Tonia. Roberto había ido a buscar a mi padre, no sé para qué. Antonia trabajaba en un cabaret y había llegado tomada a la casa. Antonia al ver a mi hermano lo corrió. Yo sentí hervir mi sangre. A pesar de todo Roberto era mi hermano y me dolía que lo humillaran en esa forma.

Estaba yo dispuesta a hacerle frente a Antonia y poner un hasta aquí a sus majaderías. Desde su enfermedad todo mundo le tenía miedo y ella era dueña de la situación. Tonia antes me había contado: —Me agarro de que todos saben que estuve enferma para pelearles. Nada más les echo un grito y se sumen. A mí me conviene. —Era cierto, pero en esos momentos pensaba que la iba a desenmascarar. Les demostraría que sí se la podía controlar. Cuando estaba enferma, estaba bien, pero ahora que se había dado de alta, ¿por qué se le iba a seguir soportando?

Al ver Tonia que la veía con coraje me insultó. Tres manazos me aventó que no me alcanzaron. Le contesté pero tampoco la alcancé. Lupita y mi padre estaban alarmadísimos. Lupita me decía: —Criatura del Señor, vete pronto. Bájate las escaleras. ¡Te va a hacer trizas! —No me di cuenta quién entró y me jaló, me sacó para el patio. Me fui a Bella Vista maldiciendo mi suerte. Yo que siempre huía de los pleitos y siempre había de tener uno.

Cuando llegué a la casa le conté a Roberto lo que había sucedido. Yo sabía que también a él le dolía lo que me habían hecho. Salí de la casa y me fui a sentar a las graditas del jardín. Eran más de las 10 de la noche y todo estaba oscuro. Era cierto lo que me había dicho Yolanda: —Humm, Chelo, cuando uno es huérfano todos abusan de uno. ¡Yo también fui huérfana y si vieras cómo sufrí! Todos tratan de traerte como

trapeador y si tú te dejas, ¡pobre de ti!

Era verdad todo lo que me había advertido esta señora. Nos habían robado por completo el cariño de nuestro padre. Por eso era que él se portaba en una forma tan distinta en esa casa. En casa de Lupita mi padre pasaba las bromas de ellas, platicaba con las vecinas, comía tarde y permitía que se apagara la luz hasta las 11 o 12 de la noche. A las 12 del día que iba a almorzar encargaba limonadas para todos y cuando se despedía les permitía a mis hermanas que salieran a buscarlo y les daba dinero para el cine. Lupita le llamaba por un sobrenombre y con todo esto parecía estar complacido mi padre.

En todo esto pensé esa noche mirando a las estrellas. Cuando no era yo feliz por las noches miraba hacia arriba y buscaba en el cielo algo, algo que anhelaba con todo mi corazón. Había una estrella que llamaba mi atención especialmente porque en una ocasión mi tía me había dicho que mi madre desde el cielo me cuidaba y que todas las noches tomaba la forma de una estrella para vigilarme. Aunque ya estaba yo grande tenía algo de esta creencia y se la comunicaba a Marta. Empecé a hablar en voz baja con la estrella pidiéndole que me diera fuerza, y si en realidad era ella, por qué no hacía algo para detener lo que pasaba, por qué no hacía ver a mi padre todo lo que nos hacía.

Al poco tiempo mi padre regresó a la casa, el motivo no lo sé. Sólo llegó una tarde con su caja al hombro, la puso en su lugar y volvió a salir sin decir nada. Poco después Tonia volvió a vivir con nosotros. Ya casi no le daban ataques pero era muy nerviosa.

En el mes de marzo de 1949 nos dijo mi padre a Tonia y a mí: —¿Qué piensan estudiar? ¿Se van a pasar la vida de flojas o qué? A ver qué van pensando… Yo, como pueda, haciendo sacrificios, les pagaré una carrera. Así que vean en qué colegio y qué es lo que quieren estudiar. —Esas palabras me tomaron desprevenida, pero me dio mucho gusto y dejé mi trabajo en los zapatos.

Pensé qué cosa sería una carrera, en verdad que ni sabía lo que era, pero yo quería estudiar. Vera, una vecina, estaba platicando con Tonia y conmigo una tarde y nos dijo que el Instituto María del Lago donde ella estaba estudiando comercio era muy bueno y además no era caro. Cuando dijo "estoy estudiando comercio" pensé que estaba estudiando una carrera importantísima. Tonia, cruzada de brazos, la oía sonriendo: —Pues le voy a decir a mi papá, a ver si quiere. —Tonia le dijo a mi papá y él aceptó.

Antonia quiso seguir la carrera que le gustaba a mi padre, corte y confección o modista diseñadora. Yo pensaba: "Qué flojera estar todo el día en una máquina. Y luego hay unas personas tan latosas: que esta pinza no le quedó bien, y este botón… Ah, qué latoso debía ser coser para los demás". Le dije a mi padre: —Me gustan más las letras y los libros. —Él aceptó y entré a tomar clases de taquigrafía, mecanografía, castellano, archivo, documentación, contabilidad, correspondencia, aritmética.

Ahí en el instituto fue donde adiviné que después de todo mi persona no era ni tan insignificante. Ahí podía exponerle mis sueños a mis compañeras sin temor a que se voltearan haciéndose disimuladas o se burlaran. Trabajé muy duro el primer año y tomé muy en serio los consejos que escribíamos en los ejercicios de las clases de mecanografía: "Persevera y alcanzarás", o "Condúcete por el buen camino y vencerás".

Pero el segundo año empecé a cambiar. Hice amistad con un grupo de ocho chiquillas

y comencé a irme de pinta. Ya no estudiaba y sólo pensaba en divertirme. Éramos tan incorregibles que la profesora nos bajaba puntos en las calificaciones. La maestra me llamó la atención y agradecí su interés, pero las amigas influyen en el comportamiento de uno. Pero no me arrepiento, ni lo lamento, puedo decir que ése ha sido el único tiempo que fui feliz en verdad.

Durante el tiempo que estuve en la escuela me olvidé de mis problemas. Sólo pensaba en trabajar más adelante, en vestirme, seguir estudiando y arreglar mi casa muy bonita como siempre había soñado. "Me gustaría que se cambiaran las vecinas de al lado y mi padre tomara la casa. Después yo le ayudaría para mandar tirar la pared y esa pieza la podíamos usar como sala, con una chimenea, un juego muy bonito de sofá-cama, el piso encerado y las paredes muy bonitas. La cocina lo mismo, unidas las dos, con una estufa muy bonita, unos macetones con plantas muy verdes desde la entrada, y sus cortinas. La recámara tendría su ventanita hacia la calle y si querían entrar los rateros, bueno… le mandaba poner barrotes. Tendríamos también un tocadisco y lámparas muy bonitas. Yo le ayudaría a mi papá a pagar mano de obra y todo."

Mi ideal fue siempre ver a mi familia unida y feliz. Yo soñaba con formar a mis hermanos y darles consuelo para que no se sintieran como yo. Cuando mi papá regañaba tan fuerte a Roberto que lo hacía llorar, yo sentía cómo todo dentro de mí se rebelaba y gritaba un ¡no, no es justo! Pero siempre callaba. Sangraba toda yo al ver a mi hermano con la cabeza baja en un rincón de la cocina y sus lágrimas que incontenibles caían sobre sus mejillas. Le decía: —No le hagas caso a mi papá, está enojado. —O les hacía seña a mis hermanos para que salieran al patio y ya no oyeran más.

Las palabras de mi padre siempre fueron destructivas para todos, pero Roberto era el que más las sentía. Manuel había optado por volverse cínico. Permanecía callado y con la cabeza baja mientras mi padre lo reprendía. Pasados unos minutos, alzaba la cabeza y riendo salía al patio, silbando. Finalmente, optó por dar la espalda a mi padre y salir inmediatamente. En cambio Roberto quedaba clavado en su lugar y lloraba.

Yo creo de ahí nació mi anhelo por ayudar a mis hermanos. Yo quería ser —¡qué sueño el mío!— quien los dirigiera y formara. Para Manuel soñaba con una carrera de licenciado o maestro. Para Roberto, una carrera de arquitecto o ingeniero. Mi padre, ya para entonces, no trabajaría tanto, ya no habría necesidad. Soñaba yo con sacarme la lotería para comprarle a mi papá una granja y sus gallinas y tener unos muebles muy bonitos. Por las noches se sentaría en un sillón muy cómodo frente a la chimenea, puesta su bata y sus pantuflas, rodeado de todos sus hijos —cuatro— y pensaría, o nos diría: —Éstos son mis hijos, yo los formé. Yo los eduqué. —Siempre vivía con la esperanza de que algún día pudiese yo realizar todo esto.

Qué amargo desengaño para mí cuando pasaron los años y conforme pasaban sólo veía desintegrarse mi familia. Y siempre choqué con la roca dura, inflexible, de mi padre. Quería oírle decir con orgullo: —Éstos son mis hijos. —Pero sólo oí: —Infelices, malagradecidos. Así les ha de ir. Nunca han de levantar cabeza. —Sin embargo siempre guardaba la esperanza de que algún día lograría poner armonía en mi familia. Mi ideal, mi sueño dorado, mi ilusión era ésa. Después, cuando empecé a rebelarme contra mi

padre, soñaba con estudiar para demostrarle que sí serviría para algo. Yo no sabía ni para qué, pero tenía que demostrarlo.

Cuando me gradué en el instituto sucedió lo mismo que en sexto año. Cierto que mi padre me compró todo lo necesario y me dio el dinero para pagar el colegio, pero no se presentó en mi graduación, ni en la misa en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Qué emoción sentí al estar cantando junto con todas las graduadas el "Ave María" de Schubert. No sabría explicar lo que sentí cuando empezó el órgano a tocar las primeras notas y fueron entrando nuestras voces, suaves primero, para después alzarse y llegar nuestra plegaria a los pies de la Virgen para depositar nuestra fe y nuestro amor.

Todas estábamos vestidas de riguroso negro y blanco —la toga y el birrete negros, guantes, zapatos y capita blancos. El negro significaba seriedad, el blanco pureza. El director nos habló por el micrófono y nos dijo que así como salíamos del colegio siendo unas criaturas sanas, así debíamos conservarnos hasta el día en que Dios nos mandara al hombre que nos había de hacer felices. —Han salido de este mundo para entrar a otro en el que deben luchar a cada paso, un mundo muy distinto al que hasta ahora han conocido. Van a conocer nuevas caras, nuevos caracteres, pero no se olviden que deben seguir siendo rectas, honradas y puras. —Fueron unas palabras que alcancé a oír pues me tocó ser de las últimas.

Cuando al fin terminó, las notas del órgano se fueron perdiendo poco a poco hasta quedar de nuevo todo en silencio. Mis padrinos, la señora Cristina, que vivía en la vecindad, y el doctor Ramón, médico de mi papá, me recibieron fuera de la iglesia con un ramo de flores.

A mi padre le supliqué no fuera a faltar, pero recibí la contestación de siempre: —No puedo dejar el trabajo tirado. No puedo ir.

Luchaba por comprender a mi padre. Cuántas veces al mirarlo por la espalda he pensado en lo que ha sufrido, en su corazón noble, en su sentido de responsabilidad absoluto. Por la espalda me da la impresión del hombre vencido, del hombre cansado, del padre que inspira mucho cariño y admiración. Pero si me encuentro con sus ojos fríos y sus palabras secas me da la impresión del adversario que nunca da oportunidad para demostrar amistad y cariño. Era como una persona que tiene un animalito y le diera de comer, y le proporcionara casa y abrigo, pero todo arrojado sin cariño, sin amor, sin fijarse que aquel animalito también piensa y siente.

Un mes después de mi graduación, en enero de 1951, empecé a trabajar con el señor Santiago Parra y su esposa Juana. Ellos necesitaban una persona que les hiciera escritos a máquina, así que empecé a trabajar con ellos ganando 100 pesos mensuales. Me trataban muy bien y me estimaban mucho, lo pude ver las veces que me invitaban al cine o me invitaban a comer.

Tenía yo 16 años cuando fui a su casa la primera vez. Su casa me pareció muy bonita y me llamó poderosamente la atención su sala. Siempre había yo querido tener una sala así. Bueno, yo me sentí como muy importante y a la vez avergonzada. Porque muy dentro de mí parecía que los ojos de mi papá me vigilaban y su boca decía:

“¡Imbécil! Andas metiéndote donde no”. Me había quedado parada y apretaba mi bolsa y un fólder entre mis manos sudorosas hasta que Juana me invitó a sentarme.

El señor Parra, al verme tan turbada, me dijo: —¿Te tomas una copita?

“¡Híjole! Voy a tomar —pensaba—, ¿y si lo saben en la casa? Tomar… tomar…” Debo confesar que yo no sabía que en la clase media acostumbraban el aperitivo. Se me figuraba que “tomar”, era como en la vecindad; tomar allí era hasta emborracharse. Aunque para mis adentros estaba yo asustada, presumiendo de valiente, como si estuviera acostumbrada a esas cosas, tomé la copita de vermut que me ofrecieron. Fue la primera vez en mi vida que probé el licor y que alcé una copa para brindar en compañía de amigos en una casa mejor que la mía; por eso me sentí a gusto.

Cuando la comida estuvo lista fuimos al comedor. La mesa estaba muy arreglada con mantel y cubiertos. Hasta esos momentos sostenía entre mis manos la bolsa y el fólder; no acertaba dónde ponerlos. El señor Parra me los pidió y los puso sobre la vitrina. Cuando nos sentamos a la mesa mis ojos miraban los cubiertos sin saber cuál debía ser su uso. En mi casa estaba acostumbrada a comer sólo con cuchara, o haciendo “cucharitas” con la tortilla. El señor Parra y Juanita tomaron el tenedor. Tomé yo también el tenedor y con mil dificultades comí el arroz y el pescado, aunque a cada momento que me los iba a llevar a la boca se caían del tenedor. Pero cuando vi la ensalada, ahí sí que renuncié. ¡Qué momentos! Nunca me había sabido tan amarga la comida como ese día. Cuando terminó estaba yo colorada y sudando. Y ellos no me quitaban los ojos de encima, no comprendiendo que me avergonzaban. El señor Parra sonrió y acarició mi cabeza. ¡Uh, pues más me enojó! Yo tenía el concepto que sólo a los animales se les acariciaba. Mi papá sólo a un gato que tuvo Tonia le pasaba la mano sobre el lomo, o a un perro le pasaba la mano por la cabeza. Así que en esos momentos me dio coraje pensando: “Si no soy un gato”, y esquivé la cabeza. Salimos de ahí y yo me sentí aliviada.

En un principio el señor Parra era correcto y respetuoso, pero luego empezó a enamorarme. Sin recato se me declaró diciéndome que estaba dispuesto a casarse conmigo. Si lo aceptaba dejaría a Juanita. Cuando oí esto me quedé perpleja. Desde luego que no acepté, le hice ver que yo no era una muchachita de tantas.

Desgraciadamente Roberto mi hermano fue encarcelado en ese tiempo. Al otro día que lo supe me fui al trabajo y me encerré a llorar. ¿Cómo ayudarlo? Yo no sabía ni qué podía hacer por él, además se necesitaría mucho dinero. “¡Ay, Dios mío, ayúdame!”

Abrí la puerta y vi al licenciado Hernández —que tenía su despacho al otro lado— que llegaba a su despacho. Cuando me vio se extrañó y me preguntó qué tenía. Pensé en esos momentos pedirle ayuda, no importaba ponerme en vergüenza, después de todo le iba a pagar y así le expuse mi dificultad. Cuando el licenciado Hernández me dijo: —Vamos, vamos. No se preocupe. Vamos a ver qué hacemos por su hermanito —sentí que volvía a la tierra.

Le pedí permiso al señor Parra para faltar esa mañana y concedido el permiso fui con el licenciado a la Penitenciaría. Parecía yo una niña siguiendo a una persona que da una golosina. No logramos ver a mi hermano, era muy tarde para visitas. Más tarde volví sola

y vi a Roberto y a su amigo Hermilo, sin zapatos y todos desgarrados. Me espanté; estaba acostumbrada a ver a mi hermano en mal estado, pero no a tal grado. Me dijo que los demás presos los habían golpeado y les habían quitado sus cosas. Quise llorar pero no pude. "Si lloro también él va a llorar", pensé.

Roberto me dijo: —Sácame de aquí, manita. Te juro que ya me voy a portar bien. — Firmó los papeles que había yo llevado y salí. Estaba un poco más calmado; pero cuando salí sentía el corazón hecho pedazos al verlo ahí entre tanto hombre sucio y mal encarado.

Anduve en los juzgados informándome en dónde estaba su expediente y el licenciado ese mismo día tramitó la fianza. Le dije a mi papá el dinero que se necesitaba para que Roberto saliera libre, pero su contestación fue: —No doy un solo centavo para ese canalla. Él se lo buscó, que se amuele. Yo no quiero saber una palabra de esto.

Pasé toda la noche pensando cómo conseguir el dinero. ¿Qué iba a hacer para lograrlo? Iba a vender mi ropa o empeñarla… pedir a un prestamista, no importaba que los réditos fueran fuertes… Me dolía la cabeza de tanto pensar. No quería pedirle prestado al señor Parra. Me daba vergüenza y además, sabiendo que me enamoraba, después iba a ser peor. El día que se cumplió el plazo para que fuera pasado a las galeras y no tenía el dinero, lloré, lloré mucho.

El señor Parra me observaba y por fin me preguntó qué tenía. Llorando le dije qué me pasaba. Él se enojó en contra de mi papá. —¡Pero qué tu padre! Debía ser él quien anduviera en estos líos. Tú qué necesidad tienes de andar entre esa bola de maloras y malvivientes, subiendo y bajando escaleras, poniéndote en vergüenza. Yo quiero hablar con tu papá.

—No se meta con mi papá, señor Parra, él sabe lo que hace. Después de todo ya estamos grandes y no tenemos por qué molestarlo. —El señor Parra sonrió y me extendió el dinero, 200 pesos. Estuve indecisa por unos momentos. Él me dijo que lo iba a descontar de mi sueldo y así lo acepté. Al recordar a Roberto no tuve más remedio que bajar mi cabeza y recibir el dinero.

Después de haber dado la fianza Roberto salió libre. Pero ¡cuánto no me costó esto! Me ardía la cara de vergüenza al salir del penal. Cuando alguien de la vecindad volteaba a verme, tenía que bajar la cabeza. Ya todos lo sabían y yo no quería ni saludar a nadie. Creí que de verdad Roberto se iba a portar bien, pero me equivoqué. Él debía ir a firmar cada ocho días al penal. Al principio fue, ya después no. Si le insistía yo que fuera recibía cachetadas "por alzarle la voz".

Como no obedeció después de un año lo volvieron a encerrar y nuevamente fui yo quien se encargó de ese lío. Esa vez una compañera de la oficina me presentó al licenciado Marroquín y él me ayudó. Roberto estuvo más o menos ocho meses dentro del penal y todo el tiempo que duró encarcelado mi padre nunca fue a visitarle, no quería saber nada de él, ni siquiera oír su nombre. Roberto preguntaba mucho por mi papá. Cuando me decía: —¿Y mi papá? —Yo sentía refeo y sólo contestaba: —Está bien, mano. Ya sabes que él por su trabajo no puede venir. —La cara de Roberto se transformaba y aparecía una sombra de amargura: —Está bien. Que no venga. No debe

venir a este lugar, se mancha —y bajaba la cabeza.

Manuel sólo una visita le hizo a Roberto, pero mi tía, Marta y yo lo visitábamos cada ocho días y llevarle lo que podíamos. Casi todos los días iba a la iglesia a rezar y encender mis veladoras.

Cuando Roberto salió libre el licenciado no me recibió nada, ni el regalo que por parte de Roberto y mía le obsequiábamos, ni nunca me insinuó nada, ni me trató mal. Siempre se portó muy bien conmigo, lo cual yo le agradecí en lo infinito. A Roberto lo valiente y lo grosero no se le quitaba conmigo, nada más que ahora cuando me quería pegar le decía que podía encerrarlo y con eso lo detenía.

El señor Parra, cuando vio que no lograba nada de mí, empezó a tratarme mal, al grado de hacerme llorar. Siempre llegaba al despacho de mal humor, me aventaba los papeles, por un error que tuviera me reprendía muy duramente. Una vez me dijo avergonzándome: —Voy a esperar para cuando te cases. Ya casada me será más fácil tenerte… tener tu cuerpo que es lo que quiero. —Ya no iba tan seguido a su casa. Ponía a mis hermanos como pretexto: —No me dejan salir los muchachos, Juanita, ya ve cómo son. —Pero cuando iba a comer, por debajo de la mesa el señor Parra me rozaba el pie, o esperaba que Juanita se metiera a la cocina para hacerme señas pidiéndome un beso o acariciarme la cabeza. Soporté todo esto porque todavía le debía yo dinero de la fianza, pero después me salí. Nunca dije nada a Juanita. Duré muchos años llevando amistad con ella, y el señor Parra siempre esperando… hasta que se cansó de esperar.

Después entré a trabajar con el licenciado Hernández. Fue cuando descubrí que si me había ayudado era porque yo le gustaba. Una tarde me dijo que fuera a su privado, que me iba a dictar. Me dictó seis, ocho, 10 palabras, para después quedar callado. Cuando levanté la cabeza me encontré con sus ojos que me veían y bajé la cabeza avergonzada cuando me dijo: —Su boca parece ciruela carnosa, como esa fruta sabrosa que dan ganas de morder… y sus ojitos estirados me dan ganas de cerrarlos. —No contesté nada, me quedé seria. Para mí, me había faltado al respeto. Además me había hecho recordar a mis hermanos, que cuando era más chica me hacían llorar al llamarme *Flor de té, Ojos de alcancía, Ojos de chale, Ojos de rendija, Chala, Mirada de gato,* calificativos que me ponían cuando se enojaban conmigo. No me gustaba que me dijeran así porque en una ocasión que iba con mi padre vi a un chino muy feo, muy delgado, de color entre amarillo y blanco, sin pelo, que caminaba lentamente por la calle y con la mirada casi perdida por lo estirado de sus párpados. Además Imelda y sus primos que de verdad llevaban esa sangre se enojaban cuando los llamaban así. Entonces debía ser algo malo, pensaba yo. De ahí me despedí —sólo una quincena duré— porque me enfermé.

Cuando volví a trabajar fue para el señor García, un contador. Tenía su despacho en un edificio muy alto, el primer edificio con elevador en el que yo había estado. Yo sólo tenía de compañero a Jaime Castro, un jovencito muy bajito, pues apenas si me llegaba a la oreja. Tenía sus cejas muy pobladas, sus ojos saltones, su boca no muy grande de labios regulares, la nariz muy afilada, su pelo negro, negrísimo y brilloso por la brillantina que se ponía, pero muy rebelde. Se me figuraba un muñequito de esos de pastel cuando se ponía su saco que le quedaba tan ajustado. Pero qué buen compañero era, de todo

apuro me sacaba adelante.

Jaime era el ayudante de contabilidad, yo nada más la secretaria. Cuando no sabía yo hacer las cosas y las echaba a perder, de inmediato mi disculpa era: —Yo no sé, señor García. Jaime me dijo que lo hiciera así. —Jaime sólo volteaba a verme y sonreía. Él sabría cómo quitarse la molestia. Yo por el momento me había salvado.

Me invitaba al cine, a tomar café, al futbol americano, a la Villa, a Chapultepec, al desfile del 16 de Septiembre. Me llevó a muchos paseos; tenía la costumbre de cada ocho días llevarme a diferentes lugares. Por él conocí San Jerónimo, los llanos de Cruz Blanca, el Desierto de los Leones, Contreras, diferentes albercas, el Toreo. Me llevaba dulces, flores, regalitos sin importancia, muy insignificantes, pero que me hacían fijarme que él sí me tenía en cuenta.

En fin, se ganó mi voluntad y empecé a cobrarle afecto de amigos. Él me contaba sus problemas amorosos, lo mismo que yo a él los míos. Cuando me invitaba al cine creí que se me iba a declarar o besarme, pero en esas ocasiones —al igual que en muchas otras— jamás me dijo nada. Llegué a considerarlo diferente a todos los demás. Esto me encantaba porque podía tener paseos cuando yo quería sin temor a nada. Sentía compasión por él, pero nada más. En realidad no me gustaba por sus rasgos físicos y su estatura.

Yo sabía que Jaime estaba enamorado de otra joven y por eso tomaba. Era lo único malo que veía en él, pero entonces no me importaba. Trataba de darle consejos. No llegué a quererlo sino hasta más tarde. Él me enseñó el verdadero significado de la palabra amor.

Éramos muy buenos amigos pero nunca me invitaba a bailar y el baile para mí era como algo encantado. Cuando bailaba, ¡cómo me daba vuelo! Los pies no los sentía, no sentía el cansancio. La música era irresistible. Las notas del danzón venían a mí penetrando mi alma; nota a nota iba penetrando, hasta que, sin darme cuenta, me hallaba yo bailando, casi volando. Venía la música a mí, dulce, como un agua perfumada en la que se baña uno. Las señoras que se paraban a observar el baile condenaban su estilo: —¡Ay, ya no tienen vergüenza! ¡Ya parece que en mis tiempos iba yo a hacer tales desfiguros! —Pero esto no me importaba a mí. Así era como escapaba de lo que sucedía durante el día.

Cuando ya nos queríamos Jaime me prohibió el baile. Mientras él estaba de visita en mi casa, no salía a los bailes, pero después que se iba me iba a bailar. A pesar de mi baile y de los problemas con mi familia, Jaime era muy bueno conmigo y con toda mi familia. No había día que no llevara juguetes, pastelitos, muñequitas, a mis sobrinos. A Paula no dejaba de darle dinero los domingos para que pudiera comer en casa. El día del santo de Paula le llevaba su ramo de flores y su regalo. Lo mismo a mí, me llevaba serenatas y regalos.

En fin, conquistó a la familia, pero mi padre no lo quería porque tomaba. Un día le dijo a Jaime: —Jamás consentiré que se casen y he de luchar hasta el fin para que ustedes se separen. —Siempre que Jaime trataba de platicarle o darle algún regalo, sólo recibía un sí o un no, y los regalos nunca los aceptó. Trató de ganarse el cariño de mi

padre pero nunca lo logró.

Un día del santo de mi padre le compró un pastel y le dio a mi cuñada para que hiciera chocolate. Todos estábamos en la mesa esperando que mi padre llegara y compartiera con nosotros el humilde obsequio. Lejos de alegrarse mi padre hizo a un lado el pastel y no cenó. Me daba vergüenza con Jaime porque a mí en su casa me servían primero que a nadie de comer, me sentaban en el mejor lugar y nunca me hicieron una grosería. Pero mi papacito le hacía a Jaime cada majadería que me hacía temer que Jaime dejara de quererme o insultara a mi padre. Pero no fue así. Siempre aceptaba mis disculpas y besando mi frente decía: —Sí, mi vida, comprendo.

Una Nochebuena fue la vergüenza más grande que me hizo pasar mi papá. Jaime y yo le habíamos dado a Paula dinero para que hiciera la cena tradicional. Ella había hecho la ensalada y otros dos platillos, Jaime había comprado las botellas de sidra y Paula había arreglado la mesa y la casa muy bonitas con las flores de nochebuena que Jaime compró. Los niños, la casa, todo estaba preparado para recibir a mi padre y cenar. Yo, conociéndolo, había dicho a Jaime que era mejor que cenáramos nosotros y le guardáramos la cena a mi papá. Jaime me dijo: —Debemos esperarlo. Toda la familia debe estar reunida. Sin tu papá la cena no tendrá chiste. —Yo temía pero guardaba una esperanza. Llegó mi padre como a las 10 de la noche y entró sin saludar. Yo lo recibí con una sonrisa, pero de miedo. —Papacito, te estamos esperando para cenar.

—No quiero nada. A echarse. ¡Vamos! ¡Quiten todo eso de ahí! —Acto seguido cerró las puertas de la pieza. Había lanzado el mantel a una cama, las flores quedaron en una silla.

—Cuando menos permíteme sacar la mesa para cenar en la cocina.

—Usted no saca nada de aquí. La mesa no sale. ¡Vamos, ya, échense! ¡Apague esa luz! —Paula se acostó con sus niños.

Salí al patio con Jaime. Había baile. No sabía qué decirle, me limité a mirarlo. Sacó un cigarro y lo encendió: —No te fijes, *Flaquita,* tal vez alguien lo hizo enojar y por eso procedió así.

Yo no dije nada. Me recargué en su pecho y empecé a llorar. Después de estar media hora más, Jaime se despidió de mí. Lo dejé ir, muy apenada y con un sentimiento muy hondo. "Va a perderme el cariño. Va a cambiar conmigo", pensé.

Y no me equivoqué. Empezó a criticar a mi padre y a darme órdenes. Quería que le obedeciera a él en lugar de a mi papá, y yo desde luego no iba a hacerlo. Jaime se portaba como si estuviéramos casados y empezó a mostrar su verdadera cara. Empezó a tomar más; iba a verme en completo estado de ebriedad. En ocasiones a las tres o cuatro de la mañana llegaba a silbarme, y si no salía yo empezaba a golpear la puerta. Yo empecé por mi parte a disgustarme con él, tratando siempre de que ya no tomara.

Luego un día me pregunté cómo había sido tan inocente al creer en este noviazgo. Una muchacha llamada Adelaida entró mucho después que yo a trabajar con el señor García. Ya todos sabían en el despacho que Jaime y yo nos íbamos a casar, así que por lo tanto no creo que esta joven lo haya ignorado. Una tarde regresé de comer más temprano que de costumbre, entré a la oficina, cerré la puerta del privado y me senté en

la silla del señor García. Quedaba abierta nada más la pequeña ventanita donde estaban los teléfonos. Asomé la cabeza y vi que Jaime abrazaba a Adelaida y le acariciaba la cabeza. Iba a decir algo cuando me vio. Él quedó mudo.

Me quedé parada pensando: "¡Habráse visto! ¿Pero será verdad? ¿Quién sabe si la conoció antes que a mí?" Pensé con amargura, sintiéndome derrotada, para después sentir coraje para mí misma: "¡Grandísima imbécil! ¿Pues qué no has visto las atenciones que tiene para con ella? ¿No has visto cómo lo busca ella para cualquier cosa?" Sentía yo que los celos me quemaban y un odio infinito hacia él. Él trató de darme una explicación, pero yo tenía el corazón hecho pedazos. De regreso a la casa lloraba yo en el camión.

Al llegar a casa quise de nuevo romper a llorar, pero una vocecita muy querida, mucho más que la de Jaime, detuvo mi llanto. Mariquita, mi sobrinita, me decía: —Tía, tía, ¿nos llevas a los caballitos? Yo tengo mi quinto. —Al oírla se borró lo amargo y dejó paso a la dulzura del cariño tan grande que le tenía yo a esta niña: —Sí, madre, ponte el suetercito, y a Alanes también.

Su alegría borró por completo la decepción que había yo llevado por la tarde. Ya una vez en la muy humilde feriecita y al ver a mis sobrinos contentos olvidé y reí junto con ellos. El simpático mareo que me producían las vueltas de los caballitos, el subir y el bajar de los caballos, y los niños en mis brazos me hicieron reír abiertamente. Mi sobrinita era mi adoración. Tal parecía que era mi hija. Hasta Jaime se encelaba al ver el cariño tan grande que nos teníamos. A veces me preguntaba a quién prefería, a mi sobrinita o a él. Contestaba siempre que a mi sobrina.

Yo ya no quería que Jaime entrara a la casa, pero sus celos lo hacían dudar de mí. Si le decía que no me acompañara hasta la casa, decía que iba yo a ver a otro. Como lo quería yo, cerraba los ojos a mi vergüenza y permitía que viniera. Yo en realidad necesitaba su apoyo moral porque mi padre me trataba mal debido a mi salud.

Estaba yo delgadísima y tosía mucho. Siempre le había preocupado que yo me volviera tuberculosa y me llevó con su amigo el doctor Santoyo, que en realidad no era médico sino una especie de curandero. El doctor Santoyo opinó que era tuberculosis y me recetó dos o tres inyecciones diarias —intravenosas, subcutáneas, intramusculares—, tónicos, pastillas, transfusiones, sueros… Ya me dolía el cuerpo de tanto piquete y mi boca tenía un fuerte sabor a yodo.

Por esto dejaba de inyectarme, pero mi padre no entendía esto. Cuando dejaba de inyectarme y me oía toser me trataba mal y decía que estaba dispuesto a internarme en el hospital donde estuvo Elena: —Te voy a internar y vas a ver, ¡imbécil! ¡Parecen animales que no entienden! De ahí no sales más que para el horno crematorio. —Aun en presencia de Jaime, con su mirada altiva me gritaba estas cosas: —Con esa tos de perro tuberculoso que tienes pronto vas a ir a la fosa. —Yo oía todo con mi cabeza baja. No me atrevía a contestarle. ¡Qué falto de compasión era mi padre! Por su parte el doctor Santoyo tenía todo preparado para internarme; nos dijo que ya tenía una cama lista. Yo lloraba con desesperación.

Cuando la mamá de Jaime lo supo me llevó con su médico. Pasé por rayos X y recibí una buena noticia. No era cierto, no tenía yo el menor indicio de estar enferma. Juanita y

el señor Parra, el que había sido mi patrón, también ellos me llevaron con un especialista que me tuvo en observación toda la tarde. Mi esputo, sangre, pulso, mis pulmones, todo fue examinado. Otra prueba más que venía a demostrar lo contrario de lo que aseguraba el doctor Santoyo. Armándome de valor y atreviéndome a contestar a mi padre le dije que había visto a otros doctores y ellos certificaban que estaba completamente bien. Mi padre, lejos de creerme, me obligó a callar. Desde luego que el doctor Santoyo se enojó por haber ido con otros médicos, "que eran unos charlatanes que no sabían nada". Mi "tratamiento" siguió a pesar de toda mi voluntad.

Mi papá se comportaba en forma tan rara y, ¡no!, decididamente eso no podía continuar así. Fui a visitar a Santitos y le conté lo que estaba pasando. —¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué mi papá es así? —le pregunté. Ella se encogió de hombros al mismo tiempo que fumaba su cigarro y me decía: —Hmmm… alguien ha de estar "trabajando" a tu papá. Yo creo que alguien lo anda embrujando.

—¡Ay, Santitos, yo no sé… pero sí quisiera saber quién es…!

Entonces fuimos las dos a ver a un adivino, uno que era telépata. Me dijo que mi papá no estaba embrujado, que ya de por sí era como era y que no me preocupara. No me ayudó con mi problema para nada, pero vio algo en las barajas acerca de mí que me dio miedo. Me dijo que tenía una voluntad inquebrantable y que podía llegar a ser algo muy alto, pero si no me cuidaba podía llegar a algo muy bajo. Me dijo que lo fuera a ver seguido para que pudiera aconsejarme, y decirme cómo debía hacer para no llegar a eso tan bajo. Le di creo que tres pesos y salimos de ahí, yo avergonzada de haber hecho el papelito que hice. Yo no creo que era un buen adivino, pero por muchos años recordé lo que dijo acerca de mí.

Las cosas para mí empeoraban en la casa. Mis platos y mis cubiertos los tenían aparte y les habían prohibido a mis sobrinitos acercarse a mí. No sabría explicar lo que sentía cuando mi cuñada los alejaba jalándolos del pelo o del brazo. Mi Mariquita lloraba mucho porque le pegaban de una manera bárbara por acercarse a mí. Pero ahí sí no me podía yo meter, porque desde un principio cuando mi hermano llevó a su esposa a la casa nos dijo mi padre: —Ay de ustedes el día que sepa que le hicieron alguna majadería a Paula, porque les rompo la cara. —Nunca le hacíamos nada, ni ella daba motivo. No se metía para nada con nosotros, muy por el contrario, era muy buena.

En una ocasión Manuel le pegó a Paula despiadadamente. Junto con mi hermana Marta y Cuquita, la mamá de Paula, me metí y traté de defenderla. Marta había abandonado a Crispín por tercera vez y estaba viviendo con nos-otros, ella y sus niñas. Yo estaba en la cocina cuando todo empezó. Paula estaba tirada en el suelo de la pieza y Manuel la pateaba. Ella sólo lloraba y le decía muchas cosas de vez en cuando. Él como loco le pegaba no importándole dónde caían los golpes. Yo con una desesperación tremenda le gritaba que la dejara. Logré sacar a los niños de la casa y los dejé llorando en el patio. Marta y Cuquita lo jalaban de la ropa pero él continuaba pegándole a Paula. Su vientre ya estaba muy abultado —pues iba a tener otra criatura— y precisamente ahí era donde Manuel más le pegaba, ahí, en su vientre, en su lindísimo vientre.

No sé, no recuerdo bien, quién quitó el cuchillo de manos de mi hermano, pero

gracias a Dios, no logró su intento, encajarle el cuchillo. Fue tanta mi desesperación que agarré lo primero que tocaron mis manos sobre el brasero —olla, jarro, cazuela, quién sabe— y sin más se lo estrellé sobre su cabeza, esperando que de un momento a otro se volteara contra mí. Pero él en verdad ni cuenta se dio del golpe que le di. Con la misma rapidez pensé en lo que en ocasiones había visto en el cine y juntando mis manos, palma con palma, haciendo uso de todas mis fuerzas, lo golpié en la nuca a modo de machetazo… una, dos, tres, cuatro… y este bárbaro ni cuenta se daba. Hasta que por fin las fuerzas lo abandonaron.

Yo defendí a mi cuñada más de una vez, así que no podía comprender por qué le dijo a Manuel no sé qué y éste sin más ni más nos pegó a Marta y a mí. Lo único que sé es que una mañana al despertar oí la voz de Manuel que me decía: —¡Ya párate, tú! ¿Crees que tienes criada, o qué? ¡Nada más echada!

No haciendo caso, escupí en el suelo. Todavía estaba medio dormida cuando sentí que mi ojo se me hinchaba. Me senté en la cama sobándome el ojo y la frente, abrí el otro ojo y vi a mi hermano sentado en la otra cama insultándome muy enojado. El caballito de cartón que entre Jaime y yo habíamos comprado para los niños estaba tirado en el suelo, después de alcanzar a lastimarme en el ojo. No dije nada, pero volví a escupir.

Manuel me gritó: —¡No escupas ahí, que no eres tú quien limpia! —Pero yo, necia, volví a escupir y con esto vino un bofetón de Manuel que había pegado un brinco de su cama.

—¿Y por qué me pegas? ¿Quién eres tú? ¡Imbécil! ¡Idiota! ¡Estúpido! —Él siguió pegándome. Entonces mi hermana Marta saltó y le pegó a Manuel.

¡Pero cómo íbamos dos mujeres a imponernos a unas manos duras acostumbradas a pelear en la calle! Estaba yo aterrada al ver cómo Manuel sin compasión pateaba a mi hermana en el suelo. Yo trataba de meter las manos pero no podía; si lograba dar un golpe, recibía dos o tres. Traté de salir corriendo, en camisón, a llamar a Yolanda. Tenía yo un pie en el patio, lista para echar a correr, cuando sentí un empellón tan fuerte que me hizo rodar hasta la pieza.

Se cansó mi hermano de pegarnos. Quedamos Marta y yo moradas del cuerpo y de la cara. Pero Manuel también se había llevado araños y patadas. Lloraba mucho Marta. Le dije que se vistiera, que nos íbamos a ir de la casa, que iba a conseguir dinero. Estaba segura que Jaime no me negaría su ayuda. Le hablé por teléfono y sólo fueron minutos —cuando mucho 10— que llegó él corriendo; había tomado un carro y llegado de inmediato. Nos llevó a desayunar y nos dejó en casa de Lupita aconsejándonos quedarnos allí hasta que Manuel se fuera de la casa. Yo estaba renuente porque pensé que si Paula se iba de la casa los niños iban a sufrir. Yo sabía que mi hermano no iba a hacerse cargo de sus hijos. Ni siquiera el Día de Reyes se acordaba de ellos; yo era la que les compraba sus juguetes.

Le contamos a mi papá lo sucedido y acordó que era Manuel quien debía de salirse. Cuando regresamos Paula no estaba, se había ido con los niños. Nos quedamos solas Marta y yo. Pero Paula mandaba cada ocho días muy limpia a mi Mariquita. Por cierto

que esto trajo murmuraciones; decían que la niña era mía. En realidad yo la sentía como parte de mí.

Encontré un trabajo eventual rotulando sobres de propaganda de Ron Bacardí. Marta había otra vez vuelto con Crispín, el padre de sus hijas. Una tarde vino una joven a buscar trabajo. Me dijo que se llamaba Claudia, que era de Zacatecas y que habían llegado recientemente y carecían de todo. Me compadecí y de inmediato le di el empleo. Cuando se lo dije a mi papá esa misma noche no quería que la aceptara. Pero yo insistí, le dije a mi padre que yo le pagaría y muy a pesar de mi padre se quedó.

Habían pasado unos meses cuando mi padre me dijo que iba a llevar a Paula a la casa porque estaba muy enferma. Estaba muy alarmado. Cuando me dijo que Paula estaba hecha un cadáver no lo creí. Pensé: "Mi padre siempre tan exagerado". Hacía poco se había ido Paula y ella era muy gorda. Le advertí a Claudia que iba a tener otro poco más de trabajo, pero que yo iba a ayudarla. La ropa se iba a dar a lavar. Sólo los niños le iban a quitar tiempo. Si no podía terminar el quehacer no importaba, primero eran los niños, que los cuidara y después lo demás. Ella aceptó.

Cuando mi padre llevó a Paula casi quedé muda al verla. Era cierto lo que mi padre decía, no exageraba. Paula estaba irreconocible; tan sólo era pellejo que cargaba a un esqueleto. Sólo se mantenía en pie por el gran amor a sus hijos. Me sobrepuse y tragándome las lágrimas la recibí sonriendo: —¿Qué tal, Paula? Venga, acuéstese.

En cuanto se acostó salí a la cocina a llorar. Yo quería mucho a Paula, mucho más que a mi hermana. Estaba tan mala que no podía creer que era ella. Sin embargo ahí estaban los tres niños y la chiquita como prueba. Mariquita en cuanto me vio corrió a abrazarme, lo mismo que Alanes. Paula, con voz muy opaca, me decía: —Dale su leche a mi hija, tiene hambre. Yo no tengo qué darle. —Calenté la leche y se la di en una botella. Estaba muy hermosa la criatura, sus ojos principalmente que resaltaban en su cara. Estaba gordísima como los otros tres que habían crecido de gran tamaño y llenos de vida y color.

Claudia cuidaba a los niños mientras yo me iba a trabajar. Las cosas iban bastante bien y yo estaba contenta con ella. Cuando regresaba yo preparaba la comida. Una vez por semana hacía la limpieza y lavaba todo —el piso, la mesa, las sillas, la estufa— y acababa agotada. La chiquita tenía sólo siete meses y tenía que darle su botella muy temprano en las mañanas y cambiarle su pañal.

El cuarto estaba muy apretado. Paula, con la chiquita junto, dormía con Manuel y los otros tres niños atravesados en una de las camas. Roberto dormía en el suelo de la cocina, y yo en mi cama. Después Manuel tendió su "cama" como antes en el suelo enfrente de la cómoda porque "los condenados escuincles no dejan a uno dormir". Por la noche a veces alguno de los niños se orinaba en la cama y Paula lo jalaba del cabello o lo pellizcaba y lo hacía llorar. Para no tener que soportar eso mejor pasé a los niños a mi cama. No dormía muy bien pero no me quejaba.

Por las mañanas la situación era también muy difícil. Tenía que pararme y con todo cuidado pisar entre los montones de ropa, bancos, sillas y vestirme mientras los demás dormían. Manuel, por su modo de dormir, siempre estorbaba y tropezaba con él para

sacar mis cosas del ropero.

—¿Qué demonios estás haciendo, maldita escuincla? —o: —Te voy a romper todo el hocico si me vuelves a despertar —decía Manuel.

—Vamos a ver si eres tan hombre —le contestaba—. ¡Sí, muy hombre y no das un centavo a la casa! —Y el pleito continuaba hasta que todos se despertaban y los niños lloraban. Yo me iba dando un portazo y con una sonrisa en los labios y con sólo café en el estómago me iba a trabajar.

Esta situación no duró mucho porque poco tiempo después murió Paula. Cuando ella murió también yo casi morí. Hubiera querido mejor ser yo la muerta y no ella. Mejor dicho lo desié con toda mi alma y así lo gritaba al cielo que me quitara a mí la vida y la dejara a ella. Pero no fui escuchada. Sólo Él sabe por qué lo hizo.

La noche que estaba agonizando nos llevamos a los niños a otra casa después que ella les dio su bendición. Yo ya veía a Paula como un cadáver pero aquella llamita que nos da la sed de la vida me hacía guardar una esperanza. El doctor Ramón llegó a inyectarle suero. También el doctor Valdés la estaba recetando. Pero todo fue inútil, desgraciadamente ella murió. Fue el golpe más terrible que había tenido en mi vida. Fue como si de pronto una mano de cera oprimiera mi cerebro. El sol cambió el color de sus rayos a un blanquizco como el de los huesos que había visto en el panteón. No sé qué sentí cuando ella murió. Sólo lloré. Lloré mucho, mucho, hasta que mis ojos me dolieron.

El día que enterramos a Paula llevé otro golpe muy duro. Cuando regresamos del panteón pedí a mi hermano Roberto que me tendiera unos costales para acostarme; no tenía fuerzas para nada ni quería hablar con nadie. Claudia se sentó a comer junto con mi padre y mi hermana María Elena y no había servido a mi hermano Roberto. Los vi comer juntos. Me dio coraje mirar a esta muchacha sentada comiendo con mi padre. Sospeché que algo había entre ellos. Pero lo que sí ya no soporté fue cuando mi padre le gritó a Roberto: —A ver, usted, vago… agarre el cuchillo y póngase a raspar el suelo. ¡Lávelo!

No sé de dónde saqué fuerzas para decirle a Roberto: —¿Y por qué lo vas a hacer tú? Yo creo que para eso se le paga a esta muchacha. A ella le corresponde hacer eso. Déjalo, no lo hagas.

No terminé de decir esto cuando mi padre de un salto estaba junto a mí. Con verdadera furia me gritó: —¿Y tú quién eres, infeliz? ¡No vales ni quinto! ¡Mira nada más cómo estás! ¡De un aventón te manda uno al diablo y todavía te pones perra!

Esa noche me hizo dormir en la cama donde había muerto Paula. Tal vez creyó que era un castigo. Una vez apagada la luz empecé a llorar, pero ya no por el dolor del cuerpo sino porque en mi corazón sentía una herida.

Después tuve que soportar la presencia de Claudia. Ya no era ella quien debía hacer las cosas, sino yo. Cuando le llamaba yo la atención porque no había traído agua, o cualquier otra cosa, se quejaba con mi padre y yo llevaba humillaciones y malos tratos. No debía yo ordenarle nada a Claudia. De nuevo sentí que no era nada en la casa.

Pero quedé yo a cargo de los cuatro niños. Mi padre advirtió que Manuel debía

hacerse cargo de mantenerlos, y Roberto y yo ayudar con los gastos de la casa. Mi trabajo para Bacardí se terminó en esos días pero no tenía por qué preocuparme entonces de pagar renta o luz. Después Manuel dijo que lo que ganaba no era bastante y yo tuve que buscar trabajo otra vez para poder cubrir los gastos.

Estaba a gusto con mis cuatro sobrinitos, cuidándolos, bañándolos, y de vez en cuando les daba de nalgadas por groseritos. Empezaban a engordar. Trataba de darles de comer lo mejor que tenía: jitomate crudo en rebanadas con sal por las mañanas y leche durante el día. Trataba de traerlos limpios, lo mismo la casa. Yo estaba también un poco más gorda. Yo quería apartar el sufrimiento de estas criaturas. Los ideales y sueños que había tenido para mi propia familia ahora se concentraban en ellos.

Mi padre empezó a mostrar más favoritismo por Claudia. Mi papá le daba dinero o le autorizaba a que sacara cosas en abonos. Claudia diariamente me enseñaba ropa nueva, cuando pedía un adelanto siempre se lo daba, en cambio yo cuando pedía que me prestara para mis camiones para ir a buscar trabajo no me daba un solo centavo. Empezaba yo a ver mi terreno perdido en los derechos que yo consideraba tener como hija soltera única que le había quedado a mi padre. Marta tenía su casa con el padre de sus hijas, Antonia y María Elena vivían con su mamá, aparte. Por lo tanto yo era la única que vivía con mi padre, la que día a día sabía cómo estaban las cosas en la casa y, ya que Paula había muerto, no había nadie más que yo para quedar al frente como mujer. Cuando empecé a ver peligro en Claudia.

Ya hablando con mi padre una noche él me dijo que pensaba casarse con ella. Le dije que yo no me metía en su vida, que hiciera lo que gustara, que nada más se reconocieran mis derechos como hija suya y por lo tanto se me diera el lugar que me correspondía. Luché por hacer ver a mi padre que no me enojaba porque quisiera casarse con ella, sino por el modo como me trataba. Me criticaba, me humillaba, me decía que era una orgullosa, presumida, que trataba de salirme fuera de mi clase. Me decía que me largara, que me largara, que ya estaba fastidiado. Sus palabras se volvieron más y más terribles. Una noche me dijo: —Te pareces a la raza infeliz de tu madre, todos briagos… Y tú eres tan estúpida como pareces. Así como tienes tu cara es lo que haces.

—Mi madre ya está muerta, papá. ¿Qué daño te hace? No la menciones. A mí dime lo que quieras, pero a ella no. —Me dolió mucho esto porque Claudia estuvo presente. ¡Cómo la odiaba!

Al día siguiente fui a casa de mi tía y le conté lo que había sucedido. Lloraba y me tallaba la frente maldiciendo mi mala suerte. Otra vez volví a preguntar a mi tía: —Dime la verdad, tía. ¿Qué no soy hija de mi padre? —Mi tía estaba muy enojada con mi papá y dijo que se iba a llevar nuevamente a su casa el retrato de mi mamá que estaba colgado junto al de mi padre en nuestra pieza.

—¡Mi hermana no va a servir de burla a ninguna desvergonzada! —dijo, y las dos fuimos a la casa por el retrato. Cuando vi la foto de mi padre pensé: “Ya no tiene caso que este retrato esté aquí. Así como él nos trata debo corresponder”. Lo arranqué de donde estaba, lo azoté contra el piso y lo hice pedazos. Este cuadro lo había pagado en abonos.

Claudia y mi tía me veían con ojos muy asustados.

Yo lloraba de muina. Entonces llegó Roberto. Estaba furioso, empezó a insultarme y me dio un bofetón. Pero lo que me hacía llorar, lo que me dolía, era que mi santo —mi padre— había caído de su pedestal. Y esa noche él me castigó en la forma que menos esperaba. Llegué ya un poco tarde a la casa. Él ya estaba ahí sentado, había sacado las fotografías de todos nosotros, sus hijos, cuando éramos niños. Con la caja de fotos en sus piernas, metía y sacaba una y otra observándolas detenidamente. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Tenía el cigarro encendido —cosa rara— entre los dientes. Me preguntó con voz débil: —¿Por qué rompiste el retrato? —No supe qué decirle. No sabría explicar el sentimiento tan profundo de arrepentimiento que sentí en esos momentos y estallé en sollozos. Hincada a sus pies lloraba pidiéndole perdón. Y mi papacito no contestaba, ni se movía. Sólo sostenía las fotografías en sus manos y las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

Pero mi rebeldía continuaba y decidiéndome a todo le dije a Claudia que no la necesitaba más. Pero cuando llegó mi padre y vio que ya no estaba ahí la muchacha, me corrió a mí y mandó a Roberto a que fuera a traerla: —Si esa muchacha no regresa se van a arrepentir los dos, porque traspaso esta casa y ustedes se van a la calle. —Claudia regresó y desde luego ya con esto hacía lo que quería en la casa. Entonces opté por pasar casi todo el día en casa de mi tía; ya casi no estaba en la casa.

Entonces fue cuando pensé en Dalila, la hermana de Paula. Había dejado a su marido que era un borracho y necesitaba un lugar donde vivieran ella y su hijo. "Lleva la misma sangre de mis sobrinos, es su tía. ¿Cómo no va a cuidarlos bien?", le dije a mi padre. Insistí en que Claudia no servía para ayudar en la casa y no podía cuidar bien a los niños. Manuel había desaparecido y no daba nada de dinero para ellos. Mi papá se convenció y fue por Dalila, pero Claudia siguió en la casa.

¡Cómo iba a saber cuando le dije a mi padre: "Deja que se venga Dalila", que iba a llegar a odiarla! Las pocas veces que había tenido oportunidad de verla se me figuró una muchacha tan dulce, tan sufrida y que necesitaba ayuda. Pero ahora me doy cuenta que sólo era una pose, una máscara tras de la cual se escondía para estudiar a la persona a la que intentaba dar el golpe. Así tenía ella la ventaja de la que se aprovechaba sin escrúpulos. Ella era como la víbora que se esconde echada en el zacate y espía a la víctima gorda, a la que intenta destruir para satisfacer su hambre. Era astuta y mañosa. Para mí es el signo del mal.

Cuando llegó Dalila, se portó muy bien al principio. Dejaba a su hijo Godofredo con su mamá para que no molestara. Platicábamos y también íbamos al cine. Pero inexplicablemente fue cambiando poco a poco, mejor dicho no ella, mi padre, que se fue haciendo más tenaz en su actitud hacia mí. Ya no podía tocar nada porque me acusaba de que era una ratera que me sacaba las cosas para llevármelas con mi tía. Yo no me explicaba por qué más que nunca mi padre me odiaba.

Mi padre también estaba fastidiado con Jaime, que se había vuelto verdaderamente insoportable hasta para mí. Sus borracheras ya eran más continuas. Roberto por las noches se tenía que levantar para ir a dejarlo a su casa o echarlo en un coche para que a

los 30 minutos estuviera de nuevo ahí tocando a golpes la puerta de mi casa. Lejos de consolarme por lo que veía me hacían en casa, se enojaba, me insultaba, me presionaba por los hombros y me sacudía, diciéndome que el motivo de mi enojo era porque tenía a otro. Una ocasión estando en completo estado de ebriedad estrelló el cuadro que me había regalado, contra la puerta, haciéndolo mil pedazos. Otra vez trató de cortarse las venas y me dio un susto tremendo. Por esto no podía terminarlo, porque cada vez que intentaba hacerlo él atentaba contra su vida. Además su mamá me recomendaba mucho, llorando, que no fuera mala con él, que tenía que cambiar.

Una noche pensé que debía hacerle ver las cosas; el plazo que nos había dado mi padre se estaba terminando. Tres años había dicho mi padre cuando le presenté a Jaime. Si durábamos ese tiempo podíamos casarnos. Cuando le dije lo que pensaba, que ya casi estaba por terminarse el plazo, contestó: —Mira, *Flaquita,* ya tenía yo el dinero junto para casarnos, pero como te enojaste, me enojé y lo gasté con mis amigos.

Sentí que el cielo se me caía. Me había aferrado a la ilusión de que nos íbamos a casar. Su mamá me aseguraba que nos casaríamos. —Usted y mi hijo se casan en agosto. Vamos a hacerles una fiesta muy bonita. Yo le voy a escoger el vestido… me gustaría uno con mucho encaje y un gran velo. —Cuando me hablaba de la boda me decía lo orgullosa que se iba ella a sentir y cómo iba a comprenderlo mi padre.

Sus palabras me hacían soñar de nuevo, me hacían forjar mil ilusiones blancas, como cuando iba a cumplir 15 años. Honrar a mi padre era mi más grande anhelo; entrar del brazo de mi padre con mi vestido blanco hasta el altar donde me esperaría el que me iba a dar su nombre; mis damas rodeándome cuando bailara *Lindo Michoacán,* que es como el himno de los michoacanos, y el gusto que debía sentir mi papá al ver que la hija que él más maltrataba y despreciaba lo había honrado. Después ya casada tendría mi casa bien amueblada y cada ocho días recibiría a mi familia para comer todos juntos. No pensaba ser desobediente en nada para con el que iba a ser mi marido. En una palabra, podía ser su esposa sin tener vergüenza de nada. Podría presentarme en todos lados con él y alzar mi cara. Pero todo se vino abajo cuando supe que no había dinero.

Pero Jaime no era mi único problema. Una mañana Dalila estaba haciendo el desayuno y mi sobrinito Alanes estaba sentadito en el quicio de la puerta tratando de abrocharse su zapato. Dalila le dio un manazo y le ordenó que fuera a la tienda no sé por qué. El niño muy apurado le contestó: —Orita, tía, me estoy abrochando mi zapato. —Dalila le empezó a gritar y a pegarle en la cabeza con una cuchara.

—¿Por qué le pega? —le dije—. No sea irrazonable. El niño no puede hacer dos cosas al mismo tiempo.

Esto fue suficiente para hacer que Dalila viniera adonde estaba yo gritando: —Y a usted qué le importa. Yo soy la que me estoy jodiendo aquí y puedo hacer lo que yo quiera con ellos. No meta sus narices donde no la llaman.

La miré un momento, sonreí y le dije: —Ah, pobrecita. Qué duro trabaja. No se mate trabajando, no se me vaya a morir ahorita. Y eso de que puede hacer con ellos lo que le dé la gana, no se va a poder. Primero me tiene que pedir permiso a mí.

—Y quién se cree usted que es, la reina de Saba, ¿o qué? Usted no es nadie en esta

casa; su padre así lo ha dicho.

Mi rabia estalló y le grité: —La razón por la que está aquí, idiota, es porque yo le pedí a mi papá que la trajera, no porque él quisiera que viniera.

—Eso a mí no me importa. Yo estoy aquí porque su papá quiere. Yo puedo hacer que se largue sin mover un dedo. Vamos a ver quién se va primero, usted o yo.

—Una vieja como usted se va a la cama con cualquiera.

Trató de echárseme encima y golpearme. Yo me paré a defenderme, pero los niños empezaron a llorar y no pasó nada. Yo hice que se calmaran, después de todo no había razón para asustarlos.

Pensé que le estaba dando demasiada importancia a la bruja ésa. Me fui para la casa de mi tía. Allí estuve casi todo el día y no llegué a la casa a hablar con mi papá antes que Dalila hablara con él. Cuando entré a la casa mi padre de un fuerte golpe cerró la puerta y con voz muy seca me dijo: —¿Por qué le contestaste en esa forma a Dalila? ¿Qué te ha hecho ella? ¿Por qué trataste de pegarle? —Traté de explicarle. —¡Mentiras, mentiras! Siempre con la mentira en la boca. Para eso es para lo único que sirves, para levantar falsos. Habladora. Canalla. Te pareces a los otros hijos de la chingada, llevas el mismo camino, pero así les ha de ir… Nunca han de levantar cabeza. Se parecen a la raza infeliz de tu madre, todos briagos, todos…

Ya no lo dejé seguir. Parándome enfrente —mis lágrimas como por encanto se secaron—, le dije: —Con mi madre no te metas. No pronuncies siquiera su nombre delante de esta infeliz. ¿Qué te pide ella si ya está muerta? Ni ella ni mis tíos jamás te han molestado a las puertas de tu casa… Serán muy pobres pero a ti nunca te piden nada.

Entonces Dalila dijo: —Si lo que pasa es que tiene coraje porque quería que se viniera su tía a trabajar aquí para llevarse después las cosas.

Me paré frente a ella: —Mi tía le pide a usted lo que el aire le pidió a Juárez —le grité al mismo tiempo que hice el intento de darle un bofetón. Mi padre me detuvo la mano y me aventó. Yo salí corriendo y me metí a casa de mi amiga y ahí lloré y me desahogué.

Esa mujer cumplió su palabra. Día a día para mí era un infierno vivir en esa casa. Cada noche que llegaba yo a la casa a dormir encontraba o mi ropa cortada o el cajón de mis cosas revuelto. Mi sobrina me había dicho que el hijo de Dalila esculcaba por las mañanas mis cosas… Una ocasión se me perdió dinero de ahí. Fue cuando di la queja a mi padre.

—Papá, dile a la señora ésta que corrija a su hijo. Siempre está esculcando mis cosas. Que respete lo ajeno.

Mi padre —que estaba ya acostado— se sentó en la cama y me dijo como siempre con su voz fuerte y cortante: —Si no quieres que nadie toque tus cosas, llévatelas de aquí. Así nadie te agarrará nada. —Aventó la silla a un lado y me corrió. —¡Lárgate de aquí, lárgate!

Tomé mi abrigo de donde lo había dejado y al salir le dije a mi padre: —Sí, me voy. Y gracias por tu hospitalidad.

Cuando llegué a casa de mi tía ya todos estaban durmiendo. Había un fuerte olor a

alcohol. Mis tíos estaban en la cama y algunas visitas estaban acostadas en el suelo. Aguantando mis lágrimas le dije a mi tía que me iba a acostar ahí. Como estaba tomada casi no me entendió. Como pude logré subir a la angosta cama, me acosté con ellos y me tapé con mi abrigo.

Sólo pensaba, pensaba, cómo escapar de ahí. Yo quería a mi tía por su dulzura y su bondad pero odiaba vivir en aquella miseria. Mi tía era como una niña de nuevo, una niña feliz, brindando su amistad a todo mundo, sin reserva, sin desconfianza, sin fijarse quién era bueno y quién era malo. Su cuerpecito, su cabecita blanca, su risa feliz, le hacían parecer una muñequita deteriorada por el mal trato. Su mundo era reducido y sus juegos el lavado y el planchado de la ropa y tomar sus copitas con mi tío y sus amistades. Con todas sus virtudes, era muy hablantina y sus chismes y sus expresiones vulgares me mareaban.

Las amistades de mis tíos eran muy distintas de las gentes que yo conocía. Estaba muy bien que me trataran con respeto, con mucho respeto, pero el olor a alcohol, a humedad, las chinches, la estrechez de la casa, la gente que vivía ahí… Cuando llegaban las lluvias el cuartito de mi tía al que se llega bajando unos cuantos escalones casi siempre se inundaba. El patio donde estaban las llaves del agua se convertía en un mar de lodo. Para conservar un trabajo tenía que ir arreglada y ahí no podría hacerlo. ¿Cómo iba a vivir ahí? Todo esto pensé hasta que me dolió la cabeza. No hallaba la solución.

Esa noche para acabar de acompletar mi situación Jaime llegó en la madrugada muy tomado a gritar: —¡Si no sales pateo la puerta!

Todos los vecinos se daban cuenta. No me quedó más remedio que salir: —¡Jaime, *Negro,* otra vez tomado! ¿Pero es que no tienes compasión de mí? Por favor, déjanos descansar. —Él decía incoherencias, estaba completamente beodo y se iba a caer. Él decía que podía pelear con seis o siete, que le echara a mi padre o a mi hermano. Había tenido muchas batallas con varios esa misma noche en las cuales había resultado vencedor y la gloria de haber ganado era para mí. Sentí gusto y cesaron mis lágrimas, pero al momento sentí odiarlo cuando dijo: —¡Si vieras cómo te pareces a Blanca! Nada más que ella sí me obedecía, hacía lo que yo quería. Para ti no soy más que un muñeco, un títere. Para ella no. Ella me quería, Blanca, Blanca.

Y lo que era peor, esperaba compasión y consuelo por parte de Jaime, en quien veía todavía un rayito de esperanza, de luz para salir de aquello que me cegaba, que embotaba mi cerebro. Pero en vez de palabras amorosas, sólo tenía unos ojos vidriosos, perdidos en la nada, que me veían como algo muy lejano.

Paz, hacía mucho tiempo que la pedía. Nunca hasta entonces la había tenido. Tal parecía que entre más clamaba por tenerla, eran mayores las calamidades que me venían. El fuego por dos lados me quemaba. Por una parte mi padre, sus insultos diarios y el deseo de que ya no volviera yo a la casa; por la otra, ahí en casa de mi tía el ambiente, la pobreza, la incomodidad, el no poder evitar a Jaime, el no tener trabajo, me tenían en un estado de nervios que con cualquier cosa me ponía a llorar.

Recurrí al consejo de los padres de la iglesia: —No puedes hacer otra cosa que independizarte. Si tienes algún familiar vete a vivir con él. Deja a tu padre, aléjate de él.

—Estas palabras, o casi iguales, eran las que me decía mi tía: —Vente para acá, hija. Aquí aunque sea frijolitos y tortillitas duras comemos. El día que tengamos, comemos, y el que no, nos aguantamos. Ya quítate de tantas mortificaciones. Deja a tu padre.

Una noche había ido a ver un baile en Bella Vista. Estaba yo con mi tía. La forma en que se dio cuenta mi papá que estaba yo en el baile no la sé, lo cierto es que me mandó llamar con mi hermano. Me negué a ir. —¿Para qué me quiere, para correrme? —Entonces salió mi padre, se me quedó mirando, le hizo señas a Roberto y éste por la fuerza me metió a la casa. Ya una vez allí me paré frente a mi padre dispuesta a todo: —¡Qué bonito espectáculo está dando, babosa! —Calló por unos instantes y después me dijo que llevaba yo una vida muy bonita andando en bailes y no sé qué más. Que era yo una libertina que tenía a uno y a otro. —¿Quieres que te pase lo mismo que a las otras… quieres quedarte para el montón?

Cuando dijo esto mi rabia estalló. Antes estas palabras me las había dicho y siempre había yo bajado la cabeza. Pero no desde que me echara de la casa por esa mujer. Apretando los puños le contesté: —Si me quedo para el montón será tu culpa. No hago más que seguir tu ejemplo. Primero esa Claudia y ahora esta vieja, que al igual que ella puedes encontrar muchas a la vuelta de la esquina. —Cuando terminé, mi padre me había abofeteado, pero no sentí los golpes. —No me callo. Y pégame cuanto quieras, no me callo. —Entonces Roberto me dio un bofetón.

Les grité: —Péguenme, péguenme todo lo que quieran, pero el odio que siento nunca lo borrarán. Y óyelo bien, padre, yo soy tu hija y muerta seguiré siéndolo. En cambio de ésta te has de cansar y ni quién se acuerde de ella después. Y conste que te lo advierto, si algo me pasa será tuya la culpa, y únicamente tuya. —Estaba ya fuera de quicio. Sentía la sangre agolparse en mi cerebro y veía chispas. Pensé que la cabeza me iba a estallar. Mi pobre padre estaba asustado y trató de abrazarme, pero le grité: —No me toques. Te digo que no me toques. Quítate.

—Baja la vista —me dijo—, a mí no se me ve así.

—No la he de bajar porque tengo mi cara limpia.

Una vez fuera, en el patio, seguí llorando, pensando en una y otra cosa sin hallar la solución. Vi hacia el cielo y al ver las estrellas más relumbrantes les pedí a Elena y a mi mamá que hicieran comprender a mi padre. Me senté en el cemento y mi mano tocó una navaja de rasurar. ¡Ésa era la solución! Abrirme las venas de los brazos y los pies. "Vamos a ver la cara que pone mi padre al salir a su trabajo y encontrarme tirada a su puerta sangrando. ¡Se va a arrepentir!"

Lloré con más fuerza al pensar en Jaime. Pero también él iba a ver que yo sí lo haría, no nada más espantar como él. Empecé por rayarme las venas de las muñecas, pero me dolió y pensé: "Se me va a infectar". Pero, o mi piel estaba muy dura, o la navaja no servía, o más acertadamente, no tuve valor; sólo logré hacerme una pequeña cortada que me dolía mucho. Aventé la navaja con coraje y decidí irme a dormir con mi tía.

Al pensar en mis tres hermanos venía la amargura a mí. Traté de buscar refugio en ellos y ninguno quería o podía ayudarme. De los tres Manuel es el más duro de corazón.

Nunca estaba presente cuando se le necesitaba y cuando estaba nada parecía importarle. Se me antoja un individuo que va de espaldas andando en el espacio oscuro sin tocar el suelo donde pisa. Camina, camina, camina… sin caminar, y siempre permanece en el mismo lugar. Sólo mueve los pies para dar la impresión a quien le observa que está haciendo algo. Tiene la mirada fija en unos pequeños luceros que brillan en el firmamento. Ha tratado de atraparlos y cuando ha logrado retener uno se sienta en el vacío infinito, y con él en las manos se recrea con aquello hasta que su luz deslumbradora ha perdido fuerza. Entonces deja a la estrella apagada flotando en el aire, y corre irresistiblemente tras otra.

No voltea hacia la izquierda ni hacia la derecha, ni hacia abajo, porque si lo hace verá el profundo y oscuro abismo bajo sus pies. Le tiene pánico a descender; si encontrara el suelo sentiría lo duro y escabroso que es el sitio por donde se camina. Él voltea hacia arriba, hacia lo alto; no para implorar, no, sino para tener una fuerte disculpa y decir cuando cae: —Yo no vi… yo no sabía.

Quizás tiene temor a ser juzgado, a ser aplastado, o a encontrar que no tiene salvación. Quizá por eso tiene dos o tres personalidades y muchas caras. Trata de demostrar que tiene un valor mundano invencible. Y eso es mentira. Sólo es superficial y raya en el cinismo. Tiene un chispazo generoso, algo de aprecio, quizás porque conoció amor de madre, amor de esposa. Pero, ¿por qué no es más humano? Sabe cómo obra, cómo perjudica, pero por ningún motivo diría: —Sí. Yo lo hice.

¿Por qué en el pleito demuestra tanta furia y al encararse a los problemas que surgen a su alrededor les da completamente la espalda? Él dice haber querido mucho a Paula. Entonces, ¿por qué no se casó con ella? Lo primero que hace un latino cuando en verdad quiere —sea simplemente por capricho, vanidad u orgullo— satisfacer, llenar una ilusión, es casarse. Logró vencer y sobresalir en el juego de cartas, ¿por qué entonces cuando tuvo la oportunidad que le dio su padre para poner un taller de calzado no venció en este campo? Si en el juego estudió hasta llegar a saber, ¿por qué no investigó en la misma forma el valor del clavo, por ejemplo? ¿Por qué?

¿Por qué siempre ha de estar evadiendo responsabilidades? Es un ciego que no quiere ver nada. Con él hay que desechar cualquier idea de unión o ayuda. Cuando estuve en apuros me dijo:—El día que necesites ayuda ni esperes nada de mí. Si alguna vez te llego a ver en un cabaret haz de cuenta que ni soy tu hermano, que ni te conozco. —En su egoísmo no es capaz de tener un sentimiento puro, hondo, ni siquiera el de ser padre. Su vida es libre, libre completamente, y defiende su libertad antes que nada. Para Manuel la libertad se ha convertido en un vicio abominable.

Traté de buscar refugio en mi hermana Marta. Ella, que tenía su casa, me dijo: —No. ¿A mi casa para qué vas? No, allá no. —Yo que en tantas ocasiones me disgusté con mi cuñado y pelié con su familia porque maltrataban a Marta, que cuando la vi sin zapatos o sin dinero me quitaba yo de algo para dárselo a ella, que estuve expuesta a recibir golpes por defenderla, que atendí siempre sus quejas… ahora que más la necesitaba me decía esto. —Mira, Marta, pídele a Dios que siempre tengas tu marido y tu casa y que nunca andes rodando de casa en casa como yo. Pídele a Dios.

Marta ha sido siempre la favorita de mi padre y también de Roberto, pero nunca que yo recuerde se ha acercado para ayudar o consolar a nadie, excepción de aquella mañana en que Manuel nos pegó a las dos. Fue la única vez que sentí una chispita de consideración por parte de ella. Nunca ha tenido hermandad, ni siquiera para sus hermanos hombres. No siente, no quiere, obligación espiritual; no da algo si antes no recibió. Para mí es el tipo falso de la mujer. Pero lo que menos me gusta de ella, lo que para mí es imperdonable, es el no querer mirar el mañana de sus hijos.

Roberto es el mejor de los tres. Me dijo: —Lo siento por ti, hermana. Yo como hombre puedo largarme donde sea, pero tú, ¿qué vas a hacer? —Es de corazón noble, generoso, sincero, pero no tenía dinero y tampoco un verdadero hogar. ¡Y qué chiquillo! Es violento y aún hace berrinches. Se cree un Sansón que puede acabar con batallones. En contraste con Manuel es todo sentimiento, pero aún gira dentro de un círculo emocionalmente infantil.

Roberto, a pesar de ser un hombre, camina por la vida como un niño de ocho o nueve años, vestido con pantalón corto, blusa de manga corta y zapatos fuertes. Es un niño espantado cuya inteligencia desvió un camino quebrado. En el transcurso de su camino lleno de accidentes ha caído infinidad de veces y le han quedado cicatrices profundas de aquellos golpes. Camina con la mano derecha extendida tratando de alcanzar aquello… una figura borrosa de mujer que, flotando, camina delante de él. Y él camina llorando, clamando, llamándole que se detenga. A veces "eso" desaparece y es cuando Roberto se tira al suelo haciendo berrinche.

Patea, avienta, golpea aquellas piedras que parecen burlarse de él. Siente coraje y piensa: "¿Quiénes son ésas para tratarme así? ¡Ora verán, les voy a enseñar quién soy yo!" Y arremete contra ellas sin pensar que al chocar contra esas rocas puede lastimarse. Al cabo de un rato, pasado su berrinche, lamenta el haberse neciamente estrellado contra aquello. Ahora piensa: "Sólo me miraban".

En contraste con Manuel, Roberto lleva un rumbo fijo… encontrar la protección deseada. Cuando la haya logrado el llanto cesará y sonreirá al observar todo lo que anduvo. Y con "aquello" emprenderá una nueva ruta. Roberto es un chico bueno mientras se le atienda en sus problemas, se escuchen sus quejas, se compartan sus alegrías y se le dé una opinión sobre su modo de vestir. A pesar de todo tiene una docilidad, una obediencia, que a Manuel le son ajenas.

La prueba más dura, más amarga, la más triste de la vida de Roberto fue cuando estuvo en la cárcel. He sabido de muchos que al salir de ahí se envilecen, se endurecen, cobran más odio contra todos. Mi hermano no. Siempre dejó encendida aquella llamita de la esperanza y no se tiró por completo al vicio. Aún se fija que tiene familia y guarda un sentimiento de amor hacia los demás. Es capaz de quitarse la ropa que lleva encima con tal de cubrir al que está desnudo: "No, pobre, que se tape". ¡En cambio Manuel! Ése piensa: "¡Pos… por pendejo! ¡Uno qué culpa tiene!"

Roberto ve las cosas con apasionamiento y trata de encontrar su ideal. Para él nadie en el mundo debe pecar. Se espanta de tal o cual incidente, y Manuel es más mundano en este aspecto. Para Roberto tal parece que todo está santificado. Que no le toquen a

sus santos porque se vuelve un diablo.

Si esto sucede, o si a Roberto se le descuida, se le desatiende, sus emociones irracionales se libertan. Infinidad de veces en que se iba a meter a un rincón a llorar su arrepentimiento y nadie le consolaba, todo aquel dolor se tornaba en furia, en coraje, en envidia. Llevado por su desesperación trataba a toda costa de obtener ese consuelo. Roberto necesita alguien que lo guíe y le dé apoyo moral, alguien que le diga: —Si haces esto, viene el coco; si haces lo otro, la bruja viene por ti. —Si le dejan solo, algo malo puede sucederle.

Siento más tristeza aún por mis hermanos al ver que no quieren salir del estado en que se encuentran. Están satisfechos con tener una ropa tan pobre y pasar el tiempo peleando. Para mí, el techo bajo el cual se abrigan es inseguro, porque el día de mañana se acabará la columna que lo sostiene y caerá… Pero no piensan en el mañana, sólo viven su presente.

Y aunque trataran de cambiar no creo que pudieran. Ninguno de ellos —quizá yo inclusive, aunque he tratado de luchar— parece tener las cualidades adecuadas de carácter. Pienso: si alguien le diera una piedra a Manuel… la sostendría en la mano y la observaría. En unos segundos empieza a tener brillo. Primero la ve como si fuera de plata, después de oro, y así hasta convertirla en la más preciosa piedra imaginable. Se deslumbra y luego aquel brillo se apaga.

Roberto sostendría la misma piedra y murmuraría: "Mmm… ¿para qué servirá?" Pero no sabría la respuesta.

Marta la sostendría sólo un momento y sin pensar, haciendo un gesto despreocupado, la tiraría hacia cualquier parte.

Yo, Consuelo, la miraría en mis manos diciendo: "¿Qué será? ¿Será, podrá ser acaso lo que he estado buscando?"

Pero mi padre tomaría la piedra y la pondría en el suelo. Buscaría otra y la pondría encima de la primera, luego otra, y otra, hasta por fin convertirla en casa.

Aunque mucho lo temía tuve por fin que irme a casa de mi tía. No había más remedio. Resultó que viví como seis meses en esa vecindad de las calles de Magnolia. El ambiente de esa vecindad es uno de completa pobreza. La gente vive ahí como animales. Dios les había dado la vida, pero carecían de lo esencial para vivir; sólo tenían el pan diario y a veces ni eso. Muchas de las mujeres y niños tenían que trabajar para sostenerse porque la mayoría de los padres eran borrachos e irresponsables. Los niños más pequeños jugaban en la tierra completamente desnudos y los mayorcitos conseguían diversos trabajos para ganar unos cuantos centavos. Muy pocos iban a la escuela uno o dos años cuando mucho. Las mujeres frecuentemente tenían que empeñar el radio, la plancha, las cobijas —si la familia tenía estos artículos—, un vestido, un par de zapatos, para pagar la renta o comprar frijoles para dar de comer a su numerosa familia.

Los hombres, indiferentes con sus mujeres y sus hijos, gastaban su dinero en tomar, o en mujeres, que a veces vivían ahí mismo en la vecindad. Si la esposa se quejaba, lo más seguro era que le pegaran, o la corrieran de la casa, porque es el deber de la mujer

proteger al marido y que no se avergüence por sus líos amorosos. Los hombres pasaban la mayor parte del tiempo que tenían libre en cantinas y por las noches las mujeres tenían que andarlos buscando y casi cargarlos hasta la casa.

En casa de mi tía se comía sólo dos veces al día, como los demás en la vecindad. Por las mañanas me levantaba, destendía mi "cama", barría, en una palabra, aseaba un poco el cuarto. Luego acarreaba una o dos cubetas de agua de los lavaderos que están en el patio para poderme lavar en el cuarto. Esta vecindad no tiene zaguán, así que todo se puede observar muy bien desde la calle. Los demás se lavaban en el patio pero a mí me daba vergüenza. Por falta de dinero no podía ir al baño público. Mientras esto hacía yo, mi tía, "mi viejita" —como siempre la llamo— se iba a traer a la plaza las cosas para el almuerzo, en tanto mi tío se quedaba un ratito más recostado, a veces, y otras se levantaba e iba por su pulque.

Me sentaba en la silla grande —la única que tenía mi tía— a almorzar café negro o té, sopa que quedaba de un día para otro y a veces chilaquiles, que tanto me gustan. Mi tía me daba la silla para darme a entender que ella y mi tío estaban a gusto de que yo estuviera con ellos. La cuidaba mucho y ya tenía muchos años con ella. El almuerzo de ellos era el mismo que me servían a mí pero ellos no tomaban café, ni té, sino pulque. Para ellos era esencial una salsa picosísima, o rajas con cebolla guisada en aceite. Me decían que debía yo comer como ellos, porque así aumentarían mi sangre y mi apetito. Pero como no estaba acostumbrada a comer chile me rehusaba a comerlo. Mi tío me decía que no era yo mexicana, y que a poco era yo de sangre azul. Siempre estaba bromeando.

Una vez que terminaba el almuerzo mi tío Ignacio acarreaba su agua para mojarse la cabeza, lavarse y arreglarse el bigote y la barba. Después de haberse aseado se persignaba, le daba su alfalfa a san Martín Caballero para que le diera muchos clientes para su periódico —*La Prensa, Excélsior,* las *Últimas Noticias,* el *Esto*— que él vendía para obtener la pequeña ganancia que traía a mi tía. Mi tía lavaba ropa ajena o iba a trabajar como galopina en una lonchería denominada Lonchería Guerrero frente al cine Guerrero. Cuando trabajaba de galopina se iba desde las ocho de la mañana hasta las nueve o 10 de la noche en que llegaba con sus migajas de pan para darme a mí. Y cuando trabajaba en la ropa ajena se iba a los lavaderos ahí mismo en la vecindad desde las 11 de la mañana hasta como a las tres o cuatro de la tarde. Descansaba un momento para después proseguir en su tarea hasta que terminaba como a las siete de la noche.

Casi no tomaba alimento hasta que venía mi tío Ignacio, que le traía unos pesos para la comida, mejor dicho, la cena que era otra vez sopa, cuando nada más le daba dos pesos. Cuando le daba cuatro o cinco me compraba una poca de leche y pan, y del guisado que ellos comían, comía yo. Cuando no, mi café negro y ellos frijoles. Y eso sí, pulque. A ellos les podía faltar que comer, pero su pulquito, ¡eso sí que no!

En ese tiempo mi tío andaba de pillín, tenía otra señora y mi tía peleaba mucho por eso. Cuando estaban un poco tomados mi tía le decía: —No te mato, chaparro éste, por no espantarme con tu calavera. —Al principio yo me espantaba mucho, lloraba y les gritaba que no se pelearan. Cuando me veían espantada ya no peleaban.

Después cuando ya los conocí un poco mejor, sólo me daba risa, pues a pesar de que tomaban en la cena su pulque y después su chinchol y ya estaban bastante tomaditos, sus pleitos eran graciosos y no llegaban a hacerse daño. El chinchol, según me han dicho, se compone de alcohol, fruta de tejocote y no sé qué yerbita. Esto era por lo regular noche tras noche, hasta como a las 11, porque a esas horas se cansaban de pelear o se quedaban fuera de sus sentidos por el alcohol que tenían en la cabeza. Entonces les tendía su cama y ya se dormían.

En casa de mi papá no había nada de eso. Yo nunca vi tomar a mi papá con nadie. La cena era a las siete de la noche y no faltaba nada en esa mesa —leche, pan, huevos, mantequilla, algún antojo que se nos ocurriera, sopes, pambazos, taquitos, cabeza de pollo frita en aceite con ensalada, frijoles refritos con queso rallado, tortilla dura frita en aceite, pozole… Eso era en casa de mi padre antes de que llegara el diablo. Para mí Dalila eso significa.

Con mi "viejita", por las tardes, mientras comíamos, llegaban sus amistades y se sentaban en el quicio de la puerta, o donde mejor se acomodaran, a comer el taco que mi tía les brindaba y a escuchar los chistes de mi tío, o recuerdos de su vida pasada. No sé cómo se entenderían, ya que unos hablaban de una cosa y otros de otra. Aún después de la comida permanecían en la casa y yo sentía que todo me daba vueltas. Me mareaba con el humo del cigarrillo, el olor del chinchol o del pulque, y tanta boruca que armaban.

Cuando se acababa la reunión yo preparaba mi "cama". En el suelo de cemento tendía un pedazo de petate y algunos cartones y los cubría con una sábana y una cobija o colcha viejita. Me dieron mi almohada, y para taparme otra colcha un poco mejor y un abrigo de mi tía ya viejito. Después me dejaron la cama y ellos dormían en el suelo, porque he sido muy friolenta, padezco mucho frío. Algunas veces me apené mucho, pero ellos no parecían molestarse, al contrario, parece que me querían de veras como una hija.

Cuando mi tía me puso a moler en el metate el chile que iba a ser para el mole del día del santo de mi tío, sobra decir que no me fue posible molerlo. Mi tía me dijo: —Ay, hija, ¿qué vas a hacer cuando te cases? ¿Qué tal si te toca un marido que sea exigente como fue mi primer esposo? Imagínate, yo tenía que levantarme a las cinco de la mañana para moler tres, cuatro, cinco cuartillos de nixtamal y echar tortillas para darle de desayunar. Y cuando no podía yo —al principio que no sabía— él me pegaba para que aprendiera.

El cumpleaños de mi tío hubo una reunión familiar y a las vecinas no las invitó, porque de tanto decirle yo y de regañarla se fijó que no eran buenas vecinas. Siempre que ellas necesitaban comida o ayuda, mi tía se las prestaba, pero cuando nosotros la precisábamos entonces nadie nos hacía el favor. Pedían cosas prestadas y no las devolvían. Así que nada más nos encontrábamos en la comida mi hermana Marta, mi hermano Roberto y dos amigos muy allegados de mi tío, mi tía y yo. Para esta humilde fiesta mi tía logró comprar un cartón de cerveza y pulque.

En casa de mi tía aprendí más acerca de las fiestas religiosas. Cuando comienza la Cuaresma, el Viernes de Dolores, mi tía baja la imagen de la Virgen de los Dolores y la pone sobre la mesa cubierta primero con un mantel blanco y luego con papel de China

morado. A los lados de la imagen seis macetitas con trigo algo crecido, flores, y lo esencial, su veladora. Por la noche mi tía le reza con mucha devoción. Mi tío cuida del altar y no permite que nadie ni por descuido deje un lápiz o cualquier cosa allí; esto enoja mucho a mi tío.

Durante este tiempo de Cuaresma hacíamos abstinencia de carne los viernes y los días más grandes que son Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado de Gloria. Desde el miércoles mi tía asea toda la casa y durante los días santos no hacíamos quehacer, sólo tendíamos las camas y comíamos cosas preparadas de antemano. El Jueves Santo si tenía dinero mi tía hacía "romeritos", un guisado que se compone de esa yerba con nopales, charales y papas, todo esto en mole o pipián. Ya el Viernes Santo no prendía ni la lumbre. Ese día comíamos la comida fría y no hacíamos nada de quehacer.

Ese día nos fuimos como desde las ocho de la mañana a la iglesia de la Virgen de la Soledad y permanecimos ahí para presenciar las Tres Caídas de Nuestro Señor Jesucristo. Durante esto mi tía me decía: —Fíjate, hija, qué lindo representan… y cómo sufrió Nuestro Señor. A ver, cómo Él aguantó todo esto y nosotros que venimos a este mundo a sufrir, con tantito renegamos. —Esto me lo dijo haciendo alusión a que yo estaba muy enojada con mi papá y era muy rebelde con él y no debía yo ser así. Entonces yo comprendí todo mi error y prometí no ser más así.

Después que regresamos de la iglesia el Viernes Santo mi tía compró en la plaza cosas que se pueden preparar sin encender lumbre. Comimos sardinas, charales, ensalada de lechuga con jitomate y tomamos agua. Ese día mi tía no me permitió salir y las dos nos pusimos un vestido negro. Ese día ni ella ni mi tío tomaron pulque, ni chinchol. Tomaban un té de naranja, yerba de la prodigiosa, yerbabuena o manzanilla.

Mi tía es muy devota del Señor de Chalma y le gustaba contarme de las peregrinaciones que año tras año hacía al Santuario. Yo era la única de la familia que nunca, nunca había ido a Chalma. Siempre me decía: —Este año vas conmigo, hija, y verás qué bonito, qué lindo es el Santuario del Señor de Chalma. Pero no vayas a renegar o a quererte regresar porque el Señor se enoja y te castiga. —Ya con esto menos me daban ganas de ir. Pero me gustaba ver las reliquias y los listones que traía de allá y comer los tamales de capulín, la zarzamora; cada año trae y reparte entre las personas que considera más allegadas.

Para el mes de mayo ya tenía yo trabajo y el Día de la Madre le compré a mi tía su regalo. Ella por su parte le prendió su veladora a mi abuelita y a mi mamá; bajó sus retratos y los puso en la mesa y ahí colocó flores. Ese día quisimos ir al panteón pero como no había dinero y yo trabajé, no fuimos.

El Día del Padre, que es el día 15 de junio, mi tía me aconsejó ir a ver a mi papá, pero resultó contraproducente, porque como estaba esa mujer mi papá casi no me habló. Esto me dio coraje y salí de la casa sin despedirme. Durante este tiempo yo no desistía de ir a la casa de mi padre; yo quería que reconociera que todavía tenía una hija. Mi tía me aconsejaba: —No vayas, hija, ya te he dicho que no vayas a su casa. Total, déjalo, si no quiere comprender que no comprenda. ¿A qué vas, nada más a que te haga chillar? —Mi tío no intervenía en esto, pero los dos tenían mucho coraje con esta mujer y toda su

familia.

Cuando ya tuve trabajo mejoró un poco la situación; ya teníamos qué comer y la renta se estaba poniendo al corriente. Pero durante este tiempo yo sufría enormemente porque no me gustaba estar ahí. Cuando no hacía el quehacer —por el motivo que fuera — mi tío me regañaba, decía que parecía muñeca de aparador que nada más servía para exhibirse (bueno, no eran éstas las palabras, sino otras). Esto me decía cuando mi tía no lo oía. En algunas ocasiones le decía mi tío a mi tía: —Enséñale. Si se casa, ¿qué le va a dar a su marido de comer, las teclas de una máquina? A ver, ponla a que me eche unas tortillas, que me haga una salsa de chile verde y tomates. —Esto era cuando estaba contento; lo decía —creo yo— en broma. Mi tía le contestaba: —¡Oh, no estés molestando, condenado chaparro! Déjala porque ¡vamos a "comernos un pollito" tú y yo! —Yo no contestaba. Así nos educó mi papá, a no responder nunca a nadie, aunque tuviéramos la razón. Que en este caso no tenía, porque yo no sabía hacer nada, mejor dicho, casi nada.

Un día le dijo mi tío que me pusiera a lavar la ropa. Yo creí que mi tía lo decía en broma, pero ¡triste verdad! Me dio el jabón negro, la lejía, la cubeta para echar la ropa y la bandeja diciéndome: —Ándale, *Flaca,* ve a lavar la ropa. Y que quede bien lavadita, si no, te la regreso. —A mí me disgustó esa orden, pero no porque me causara molestia lavarla, sino porque pensé que me iban a ver los de la misma vecindad y todos los que por ahí pasaran.

Estaba yo lavando hincada en el piso y empezaron las vecinas a pullarme. —¡Cómo!, ¿ya está usted lavando? —Leonor le decía a otra muchacha: —Ahora sí, mana, ya estuvo bueno de estar de… Hasta que se está viendo que eres mujer. ¡Ya era tiempo! — Y otra decía: —Es que ahora ya no estoy en casa rica, ya mi padre me "levantó la canasta". —No contesté nada. Sabía que con ellas no me entendería y en mi concepto ya estaba yo muy bajo y si me igualaba a ellas entonces sí que era un desastre.

Casi terminando junio enfermé. Adelgacé mucho y mis nervios andaban mal. Mi tía me decía que pidiera permiso por unos días, pero yo no quise. Total, que caí a la cama y perdí el trabajo. Empezó de nuevo el ayuno para nosotros; con lo que daba mi tío para gasto no era posible vivir bien. Hubo días que nada más el almuerzo tomaba yo, y ellos por las noches su pulquito o su chinchol. Empecé a comer la salsa picosa pero nunca acepté el pulque, pero les hubiera gustado que yo lo tomara porque decían que es muy bueno para engordar los pulmones, que tiene vitaminas y que con eso me compondría de la bilis. Cuando me dolía el estómago por las muinas, mi tía me hacía un té de ajenjo, o de cuasia, o de manzanilla.

Sufría yo mucho más porque no estaba acostumbrada a todo eso. Cuando enfermábamos mi papá llevaba al doctor a la casa y me encamaban y me daban medicinas. Pero allí en ese medio, la gente trata las enfermedades a la ligera. Hasta cuando la gente está herida de gravedad en algún accidente no se les ocurre llamar un doctor. Todos, aun la familia del herido, se quedan parados alrededor platicando como si nada. Y nadie se acuerda de esto al otro día.

Al principio fue un resfriado —catarro, tos, calentura—, pero como no me cuidé me

atacó bronconeumonía; temperatura muy fuerte y un dolor en los pulmones, en el pecho y en la garganta que me asfixiaba, no me dejaba respirar. Mi tía no sabía qué era lo que yo tenía y me curó con un bañomaría, una friega de alcohol y en la cabeza me puso dos hojas de una planta llamada la "sinvergüenza". El bañomaría consistía en vaciar agua muy caliente en una cubeta, echarle ceniza y meter ahí los pies hasta que se enfría un poco. Mi tía me frotó alcohol en todo el cuerpo y me tapé bien hasta que sudé. Mi tía me explicó que con esta friega el cuerpo arroja todo lo malo. Parece mentira pero la temperatura bajó; sólo el dolor tan intenso en todo mi sistema respiratorio no me abandonaba. Luego mandé hablar a mi tía para que viniera a inyectarme penicilina. Ya con eso me alivié un poco y fui al doctor, me medicinó y pronto alivié. Empeñó mi tía mi abrigo para tener dinero y mi papá no supo nada.

Durante los meses que viví con mi tía, Jaime seguía yendo a verme. Mis tíos nunca se atrevían a correrle, aun cuando yo se los pedía. Jaime supo ganarse la confianza y el cariño de ellos y creo yo que al ver la debilidad de mis pobrecitos tíos abusó más. Ya tenía toda libertad para entrar a la casa a la hora que fuese, en el estado que fuera y llevar amigos si quería. Hubo muchas ocasiones en que llegando tomado en la madrugada tuve necesidad de tenderme en el cemento, por toda cobija mi abrigo, para que pudiera dormir su borrachera en la cama.

La verdad es que mi tía empezaba a fastidiarse de que estuviera yo ahí, no tenía yo trabajo, no tenía dinero. Notaba cómo al servirme el almuerzo lo hacía con un gesto agrio, muy seria, no como al principio. Pero… tenía yo hambre. Buscaba yo trabajo por todas partes. Angélica me ayudaba con dinero para los camiones y palabras de aliento. Yo no tenía otra salida que irme fueras de México. Pero, ¿cómo? ¿Con qué dinero? No tenía ni para el pasaje, ni para comprar una maleta.

Mi tío empezó a regañarme muy duramente. Palabras que nunca me habían dicho, me las dijo mi tío. Por las mañanas antes de salir a buscar trabajo al verme que me arreglaba me decía: —Tú nomás como las muñequitas del aparador. Nomás te paras y al espejo y la pinturita. Movilízate. Trae dinero, como sea. La cosa es que aquí se necesita. Tienes que dar dinero a la casa. —En otras ocasiones: —El día que te cases, ¡pobre de tu marido! Si no sirves para nada, no sabes hacer nada. Entonces qué, ¿nada más para la cama es para lo que te va a querer? ¡Vamos! En la vida hay que moverse. No importa de dónde salga el dinero. Tú ves que aquí tu tía lo necesita. Yo no puedo ayudar mucho.

¡Nada más para la cama! Cómo me herían estas palabras. Me hablaba ya como si le hablara a una mujer hecha y derecha. Esas palabras me hacían salir de la casa haciéndome pensar en lo peor. Lo peor para mí era entregarme a un hombre por dinero. No podía yo, la vergüenza me retenía. No me quedaba otro consuelo en esos momentos que refugiarme en la iglesia y llorar. Pero desgraciadamente esto poco a poco lo fui perdiendo.

Si mi tía lo hubiera sabido, no se lo hubiera perdonado, aunque ella también murmurara entre los vecinos que no le ayudaba yo en nada, que no le daba ni un centavo, que su cama se la estaba acabando. Yo lo sabía porque luego las chiquillas cuando me ponía a lavar me decían que mi tía se quejaba mucho de mí. Pero, ¿qué

podía yo hacer? Por más que buscaba trabajo en uno y otro lado, no encontraba. Casi siempre buscaba en los anuncios del periódico pero cuando llegaba o bien ya estaba ocupado el puesto, o los señores al ver mi aspecto tan deprimido no se detenían para hacerme proposiciones deshonestas:

—Si usted quiere, no tiene necesidad de trabajar… está muy jovencita. Yo, pues no puedo ofrecerle mucho, pero… si usted quiere… —En más de dos ocasiones tuve que salir dando el portazo. ¿Regresar a mi trabajo con el señor García? ¡Imposible! Ahí trabajaba Jaime.

Cuando Jaime llegaba y estábamos almorzando qué coraje y qué vergüenza me daba que me viera comiendo sentada en la silla grande o en un banquito. Él estaba orgulloso de su familia, tenían una casa bonita, se reunían todos a la mesa para comer y platicar. Me había dicho que su familia no se igualaba a la mía. Y sentía coraje con mis tíos porque no se daban cuenta que él se sentía más que ellos.

Él creía ser más poderoso que yo en esa casa y así me lo demostró aquella noche. Llegó tomado más o menos como a las ocho y media. Yo estaba en la cama cosiendo, el radio chiquito que él había prestado a mis tíos tocaba, mi tía estaba sentada en el quicio que divide la pequeña pieza de la cocina de miniatura. Cuando alcé la vista vi a Jaime tambaleándose, agarrado del marco de la puerta, la camisa abierta, la corbata a un lado, los pantalones en la cadera y con un cinturón que era para pachucos. "¡Qué bárbara! ¿Y con éste todavía guardo esperanzas? ¡Qué idiota, de veras!", pensé cuando lo vi en ese estado.

Él se paró junto a mí. De pronto, sin decir nada, me jaló de la manga del vestido, que se rompió, y me arañó el brazo. Yo no sé qué sentí en esos momentos. Me levanté más rápido de lo que pensé, lo aventé y él cayó sentado en la silla. Estaba yo muy enojada. Lo insulté: —Pachuco mantenido, ¿qué te has creído, infeliz? ¿Qué te has creído que soy de tus viejas de cabaret? ¡Vamos mucho a la chi…! —Mi tía estaba asustada. Decía: —Ya, mujer, cálmate, cálmate. Jaime, ¡mejor váyase!

Luego la tomé con mis tíos. —Ya lo ven, ustedes tienen la culpa. Cuántas veces no les he dicho que no dejen entrar al briago éste. ¿Qué se cree que por su cara bonita lo voy a estar soportando? ¡Que se largue de aquí o llamo a un policía! —Jaime me veía con esa mirada airosa y vidriosa al mismo tiempo e hizo alusión a su radio. De un jalón lo desconecté y se lo aventé. —¡Vamos mucho a la chi… con sus porquerías! No crea que me va a comprar con esto. ¡Ora lárguese de aquí con sus tarugadas! —Mi tío logró detener el radio a escasos centímetros del suelo. Jaime empezó a llorar, pero sus lágrimas ya no me convencieron; me había colmado el plato. Estaba yo de pie apretando los puños. Mi tío lo sacó y lo encaminó.

Después que se hubo ido me puse a temblar. Yo no sabía fumar y sin embargo agarré un cigarro de los de mi tío —"tigres", o "leones". Mi tía nunca me había visto así, estaba callada. Regresó mi tío sonriendo: —¡Qué bárbara! ¡Pobre chapatín, ora sí se le apareció el diablo! —Fue hasta entonces cuando mi tía habló: —¡Ay hija, pero qué es eso! Yo nunca te había oído decir una grosería. Es primera vez. Y conque si le quiebras su radio, ¿cómo lo pagas?

—Y qué me importa su radio, tía. Que se lo lleve. No quiero que tenga pretextos para que venga aquí. Y por favor, ya no lo recibas. Ya no lo recibas.

Una noche regresaba de buscar trabajo cuando al bajar del camión vi a Jaime que me esperaba. Quise hacerme la disimulada, pero ya estaba él junto a mí.

—Consuelo… *Flaquita*... Por favor, mi vida, tan sólo unas palabras. No te detengo mucho. No seas así conmigo. Te quiero, no me importa que me desprecies. Sé que no valgo nada, para ti soy un infeliz, pero te quiero. Por favor… sólo unos minutos.

Sentí que mi corazón dejaba caer un velo como de cartón y dejó pasar a mi mente y a toda yo aquel amor que le tenía. Acepté andar con él unas cuadras.

Oía sus palabras de arrepentimiento, hablaba de su mamá, de su amor por mí cuando vi que estábamos ya alejándonos. Habíamos llegado a un terreno baldío. No había luz por ese rumbo, apenas si alcanzaban a llegar las luces de los faros de los coches. Le dije que quería regresar. Llevé un sustazo bárbaro cuando su cara se transformó rápidamente. Me tomó con fuerza de un brazo. Sentí miedo, pero —como siempre— demostré calma y seguridad: —Vámonos, Jaime. Quiero regresar a mi casa. Y ya me conoces, no me llevas tú, me voy sola.

Pero él no me soltaba. Fue soltando sus palabras poco a poco. Me sonaban distintas, muy huecas, muy gruesas: —Crees que te voy a dejar ir, ¿eh? ¡Qué inocente eres! Te traje aquí para que decidas. Eres mía, o…

Jaime había sacado una daga, un estilete. Estaba muy cerca de mi estómago. Sólo faltaba un pequeño empujón para que se me hubiera encajado. Sentí que la vista se me nublaba. Por unos minutos no contesté nada. Sólo apreté mi bolsa y alzando mi vista al cielo pedí a mi madre me ayudara, a la Virgen de Guadalupe también.

Lo peor era que estaba en su completo juicio, así que no podía yo luchar con él. Ya sentía lo frío de la punta en el estómago.

Sin moverme, pero por dentro temblando y con ganas de echarme a correr, le dije: —¡Vamos, no me asustes! ¿Vas a matarme? ¿Por qué no lo haces? De esto estoy pidiendo mi limosna. Tú sabes que a nadie le hago falta, y poco me importa morir aquí que en otro lado. Me harías un gran favor y harías algo que siempre te iban a agradecer los demás. Les quitarías de encima a la orgullosa, a la cínica, a la irrespetuosa, a la mujer vana como dices que soy, que no tengo sentimientos… Bueno, pues, hazlo. —Hubo un silencio… Yo sentí que me iba a caer.

Al fin, Jaime bajó el arma y empezó a llorar. Yo respiré. Oía sus sollozos como los de un niño. Tiró el arma y me abrazó: —Perdóname, mi vida. Es que me vuelves loco, eres tan indiferente. Pero te quiero, te quiero. —Sus palabras iban subiendo de tono hasta que al fin gritó: —Qué me importa que me vean llorar. Te quiero. Te quiero. —Aproveché este momento: —Vámonos, mi vida, olvida todo esto. Después de todo yo también te quiero. ¿Para qué hacernos sufrir en esta forma? Vámonos, *Negrito.* Te prometo que ya no voy a ser tan brusca contigo. Te quiero, mi vida.

Regresamos a la casa de mi tía. Yo estaba más muerta que viva. Sentía mis piernas como de chicle. Empecé a sudar y a temblar. El estómago me dolía terriblemente. —¿Qué tienes? —me preguntaron los que ahí había. No pude decir nada delante de esas

personas. Mi tía me dio té de hojas y eso fue todo. No volví a ver a Jaime sino hasta después de 15 días en que llegó, para variar, borracho, delirando con Rebeca, Bárbara, Estela, Yolanda, Adelaida, y no sé cuántas más.

Entonces fue cuando empecé a conocer a Mario. Fue el que se hizo cargo de mí. Así me dijo: —Yo no tengo mucho que ofrecerte, sino mis manos que trabajarán para ti. No tengo una carrera, pero te prometo que haré todo lo posible por que no pasemos privaciones. Tal vez habrá veces que sólo comamos frijoles de la olla, pero vas a ver cómo te quitas de todo esto. —Mario, que vivía cerca de mi tía, ya me había propuesto esto en dos o tres ocasiones. Pero yo sostenía la esperanza de encontrar trabajo fuera de esta ciudad, y hacer otra vida sin llanto, sin humillaciones, con deseos de vivir, de estudiar.

Intenté otra vez entrar a un convento. "No nací para estar fuera. Quiero paz, quiero calma." Éste era mi pensamiento. Pero… "el dinero, el dinero, 1000 pesos, 1000…" El dinero que me habían dicho era necesario para entrar a un convento era 1000 pesos. Esto no llegué a confirmarlo. Pero sí pregunté a una monjita la forma para que entrara ahí.

—Si tiene el consentimiento de sus padres…

—No tengo mamá.

—Bueno, si su papá acepta, puede entrar.

—¿Qué otro requisito es necesario?

—Ser hija legítima.

Esto me paró en seco en mi deseo de ingresar. Mi padre no había sido casado por la Iglesia, ni por el civil, con mi mamá.

Encontré trabajo, pero fue por poco tiempo. Precisamente el día que me salí vi a Mario y él me prometió que iba a hablar con su padre para conseguirme un empleo. Ese día no quise darle la mala nueva a mi tía y viendo que ya no era yo tan grata con mi tío decidí nuevamente ir a vivir con Santitos. Mi tía lo sintió mucho y se enojó otro tanto.

Poco después encontré trabajo en el sindicato de la CTM. Irma, una ex compañera del colegio, me dio la oportunidad al meterme a trabajar ahí. Empecé a sentirme bien y no hubiera vuelto para la casa de mi tía de no haber sido porque salía yo del sindicato hasta las ocho y media o las nueve. Después que salíamos del trabajo por espacio de una hora íbamos a bailar Irma y yo a un salón de baile, así que ya regresaba a la casa como a las 10. La colonia donde Santitos vivía era un rumbo sin agua, sin luz, sin pavimento y a esas horas era un miedo el que sentía. Estaba cercana a un río donde decían que asaltaban. Ya cuando llegaba yo a la casa era porque ya había yo rezado todo lo que me sabía y con el corazón en los ojos, que abría yo más para poder distinguir en la oscuridad.

Una de las muchachas del sindicato aceptó otro empleo y su jefe me llamó para que trabajara con él. Pero mi mala suerte me perseguía. Irma se enceló porque no fue ella la designada para desempeñar ese otro puesto que significaba más dinero y a mis espaldas empezó a hacerme política. Ya no quería yo más dificultades. Me salí de ese trabajo y

volví con mi tía.

Fue cuando decidí huir con Mario, mejor dicho, no huir sino quedarme en su casa. ¡Qué ironía! Yo que había prometido tener la humildad de un santo, san Francisco de Asís, y seguir su ejemplo; que deseaba ardientemente tener la pureza de una monja y la obediencia de un sacerdote, iba a irme con este hombre para tener paz. Poco a poco fui cambiando. En el fondo siempre me dolía lo que me sucedía pero no demostraba mi sentimiento. Trataba de portarme cínica. ¡Qué más daba! Cerré los ojos ante todo y me decidí. Después de todo, si a mi padre ya no le importaba, los demás no interesaban.

Una tarde Mario y yo regresábamos del cine y fuimos a su casa. Me dijo: —Quédate, no te vayas. —¡Si él hubiera sabido en esos momentos el torbellino que pasó por mi mente a pesar de todo lo que tenía decidido ya! Si me quedaba significaba que sería suya. ¿Pero a qué llegaba a mi casa? ¿A que me corrieran? ¿A que me dijera mi padre que a qué llegaba? Con mi tía ya no podía soportar. No tenía trabajo. Yo esperaba que otros me abrieran sus puertas, pero no me las abrieron.

¡Que sea lo que Dios quiera! En ese momento cerré los ojos al mundo. Ya no me interesaba nada, más que salir de ese mundo que me ahogaba. Quería que cesaran las punzadas que me daban en los ojos, las humillaciones diarias, detener mi hambre, librarme de Jaime.

—Está bien —contesté, y sentí un mareo. Mario se puso muy contento, desde luego, y le dijo a su mamá. La señora me aceptó, pero pude ver que no me quería. Esa noche dormí con ella y Mario durmió con su padre, el señor Reyes. Al otro día hasta el sol me parecía diferente, más bonitas las calles. Qué calma había en esa casa. De inmediato la señora buscó un cuarto para Mario a una cuadra de allí. Por las mañanas iba yo a hacerle su quehacer después que él entraba a su trabajo. Su mamá quería que estuviéramos aparte hasta que nos casáramos. Mario estaba impaciente pero a mí me gustaba este arreglo.

Una mañana en que entré para dejar el pan oí cómo Mario y su mamá peleaban. Ella gritaba que él era un mantenido que quería que hasta a la mujer se le mantuviera: —No digas mentiras, mamá. Te doy mi quincena. —Yo no descubrí que había oído. No dije una sola palabra. Sino que después que él se fue a trabajar y su mamá salió a la plaza, tomé toda mi ropa, la eché en una bolsa y me fui con mi tía. No tenía yo miedo, buscaría trabajo nuevamente. Pero el volver ahí me mataba.

Estaba sentada en la silla de mi tía tomando café negro cuando llegó Mario, muy pálido, y cuando me vio empezó a llorar. Se había disgustado grandemente con su madre porque pensó que ya no iba a volver a verme. Me abrazó llorando y me dijo que nunca dejara de quererlo. Tuve que mentirle. No quiso volver a su casa y se quedó a vivir en un taller de zapatos junto a la casa de mi tía. Vendió su ropa y otras cosas para tener dinero para la renta y el gasto. Sólo con un traje se quedó.

Fue cuando empecé a decirle que no me gustaba el barrio, que me hacía daño, que quería salir de ahí. Lo convencí de que saliéramos de México. Fue cuando me confesó que el señor Reyes no era su padre. Su padre estaba en el sindicato de la SCOP y podría obtener su cambio para otra ciudad. Yo ya no creía en nada. Pero su padre cumplió y le

consiguió su traslado a Monterrey.

Ya todas las vecinas sabían que me iba. La tarde que nos despedimos estaban en casa de mi tía. Mi tía me dijo: —Déjales algo, hija, para que se acuerden de ti.

Esto se me hizo raro, pero obedecí. Eran regalos muy humildes —un vaso, una falda, un saco ya viejito, unos aretes— pero vi que los recibieron con agrado. Cuando recibieron las cosas mi tía se dirigió a ellas: —Con esto no se olvidarán de ella, ¿verdad? —Me dieron las gracias y se fueron pidiéndome que les escribiera muy seguido. Mi tía se quedó llorando.

¡Pobre Mario! Me llevó a Monterrey queriendo encontrar el amor. Buscaba un amor tan abstracto, que no se puede tocar, que no se puede ver, que no se puede entender ni explicar con palabras. Él trató de encontrar en mí este amor. Pero el amor es algo que deben sentir ambas personas, como un rayo de luz que cae de arriba y une a dos, hombre y mujer. La luz del amor estaba sobre su cabeza, mas no en la mía. Todavía quería a Jaime y no había lugar en mi corazón para Mario. Sólo lo tomé como una soga salvadora para ayudarme a salir de aquel pozo profundo en el que había caído. Yo pensé que una vez llegando a Monterrey podría yo rehacer mi vida sola.

MARTA

EN CASA de Crispín quien mandaba era mi suegra. Sus hijos a mi suegro no lo tomaban en cuenta. Crispín era muy lépero con su papá y se ponía al tú por tú con él. Un día regañó a su papá porque llegó borracho; allí el papá la hacía de hijo y el hijo de papá.

Mi suegra consentía a Crispín, que era el más chico. Él es de esos hombres muy alegadores, que no quieren quedarse atrás en una charla. Era muy peleonero con su hermano mayor, Ángel, y cuando interviene su mamá hasta con ella es muy lépero.

Este hermano de Crispín está casado por la Iglesia y por lo civil con una mujer llamada Natalia, y no respetan eso. Han estado juntándose y separándose y me admira que siendo tan católicos traigan a la cruz rodando de aquí para allá. Ángel se fue a trabajar a Acapulco y allá se la llevó a vivir. Él se iba a trabajar y ella se quedaba sola en la casa. Un día regresó del taller temprano, abrió la puerta, y la encontró en el propio lecho desvestida con otro hombre, un frutero. Ángel se peleó con él, a ella la golpeó; se lo llevaron a la cárcel, donde estuvo dos o tres días. Luego se vino a México y se la trajo.

Mi suegra decía que a una mujer así no la debería tener a su lado, pero él trató de vengarse. Yo oía en las noches que ella lloraba y le decía que la dejara ir a su casa, y luego la cachetada o el manazo. Así fue como 15 días, noche tras noche. Crispín también es muy admirado: que vea que una mujer traiciona a un hombre y la quiere borrar del mapa. Y así pasó esa vez.

Durante el día Ángel dio la orden de que Natalia no saliera a ningún lado sola, que hasta al baño fueran con ella. Para ir a ver a su mamá también la acompañaban. Tenía su casa por prisión. Yo le pregunté a Natalia que por qué no se iba a su casa de una vez si le pegaba tanto y ella me dijo que él la amenazó con que si se iba le quitaba a su hijo; era el único que tenían. Ahora siguen juntos y ya tienen dos hijos más.

Otro hermano de Crispín, llamado Valentín, también tenía dificultades con su esposa. Cuando vino a México de Puebla ha de haber tenido unos 16 años y ya venía casado con una señora mucho mayor que él. Aunque también son casados por la Iglesia y por lo civil y tienen dos hijos, no respetan eso. En cuanto llegó a México empezó ella a tener tratos con otro hombre. Ella se fue con ese señor y dejó a sus hijos con Valentín, lo que es raro, porque lo que se acostumbra por aquí es que las mujeres se vayan y les dejen los hijos a los padres. Valentín se los llevó después a la suegra y no le quedó más remedio que arreglar el divorcio.

Yo vi que desde un principio no le caí yo bien a la familia de Crispín. Yo no sabía hacer nada, lo reconozco. A su mamá le ayudaba muy poco. A ella le gustaba tener su

casa muy limpia, tenía una limpieza exagerada; cada ocho días cambiaba de ropa de cama.

Se me hacía muy difícil atenderlo porque él era muy delicado para su ropa y para la comida. Cuando le lavé el primer pantalón se me ampollaron mis manos, así es que mi suegra me ayudó a acabarlo de lavar. Yo trataba de hacer las cosas bien, pero nunca lo tenía contento. No sabía planchar ni lavar bien, y cuando me dieron sus camisas, por mucho que quería yo esmerarme nunca iban a quedar como lo hacía su mamá. En eso le concedo razón a mi suegra, pero no es cierto que siempre andaba yo en la calle.

Crispín quería seguir viviendo con su mamá pero yo no estaba ya conforme con esa vida. Como a los 15 días me puso mi primera casa sola. Teníamos una pieza chica y su cocina en una vecindad pequeña, como de 15 viviendas. Crispín compró una cama y mi suegra nos dio una mesa, dos sillas, cazuelas y ollas.

En un principio me gustó. Reconozco que fue una vida muy desordenada. Yo comprendo que fui un fracaso rotundo, no servía para ama de casa todavía. Tenía la casa lo mejor que podía, no estaba perfecta, pero pues por lo menos no estaba muy sucia.

Su pleito de Crispín era porque tardé nueve meses en embarazarme. Cuando me paraba para ir al excusado él me seguía para ver qué estaba haciendo, porque pensaba que me hacía lavados. Luego me llevó con una doctora pues creía que me había hecho algo para no tener hijos. Pero al mes siguiente salí enferma de Concepción.

Los tres primeros meses del embarazo tenía asco, tenía vómitos. Me sentía molesta: el pecho, el vientre, el movimiento de la criatura adentro, pos no está uno acostumbrada a traerla. Yo creí que a Crispín le iba a dar gusto que yo estuviera embarazada, pero fue entonces como me mostró de plano cómo era él. ¿Sabe qué clase de hombre resultó ser? Uno que quiso tener hijos, y quiso tener mujer, pero cuando los tuvo ya no los quiso, era muy desobligado. Cuando estuve mala empezó a andar con otras mujeres, y después supe que tenía un hijo con otra.

Ya con marido desconfía uno de las amigas —porque he visto muchas cosas— y yo tenía el presentimiento. Yo veía que platicaban mucho Irela y Ema con mi marido de sus problemas y Crispín les daba consejos. Yo esperaba que Ema me hiciera la peor canallada. Y me salió chueco el tiro, fue Irela. Siendo una amiga tan íntima y si tenía ella marido, yo no lo esperaba, pero se metió con él.

Crispín ha sido muy mujeriego, tiene una moral muy baja. Yo me imagino que él se encontró a Irela; se le hizo fácil decirle vamos a tomar una nieve, y ella pues fue. En otra ocasión la invitó al cine y después la llevaba a la feria. Mientras yo estaba con mi suegra, encerrada y mal vista, mientras, él gozaba. Yo vi que empezó a cambiar antes de saber lo de Irela. Yo empecé a notar porque uno de mujer tiene otro sentido; yo sabía cuándo andaba de mujeriego; haga de cuenta que me decía lo que hacía. Se arreglaba. Y me preguntaba si tenía camisa limpia, si me había podido ocupar en tener una camisa limpia, y me lo decía delante de la madre. Yo procuraba tenerle una lista. Y nada más se quitaba la que traía y yo se la lavaba inmediatamente.

Cuando se salía a mí no me decía nada. En cambio a la madre le decía: —Ahora

vengo, mamacita. —En las noches cierran el zaguán y cada vecino tiene su llave; llegaba a las 12 de la noche, y no usaba su llave, yo tenía que abrirle. Yo creo que me tomó odio. Se enojaba y decía que yo nunca lo podía servir, que sólo sus padres. No tomado, no, porque no toma, pero como si hubiera estado borracho, por insignificancias. Nunca lo tenía contento.

Crispín me prohibió que fuera a la casa, pero yo me muero si no veo a mi papá, así es que yo iba a escondidas casi diario. A mi marido tampoco le parecía que mi papá me ayudara con dinero y comida. Crispín me daba 25 pesos a la semana y para una mujer que empieza a hacerse cargo de una casa no le alcanza para nada, porque no sabía ni dónde comprar, ni nada. Y mi papá me daba que los 30, que los 15 pesos en efectivo, y me mandaba azúcar, leche, pan y otras cosas. Pero a Crispín no le importaba si había o no, todo lo que quería era alejarme completamente de mi familia.

Una vez que vine de visita a la casa, Antonia me empezó a poner al tanto de que Crispín andaba con Irela. Y yo todavía no quería dar crédito, pero un día que yo iba a comprar petróleo los sorprendí. Venía de casa de mi suegra por el callejón, yo iba pasando cuando vi que él le hizo señas a Irela de que a qué horas se veían. Ella vio que me di cuenta y se puso colorada. Yo no dije ni una palabra.

Al día siguiente él vino para llevarme al cine. Regresábamos y Ema e Irela estaban juntas, nos vieron y se rieron. Crispín dijo: —¿Se ríen de ti, o contigo? —¡Tan cínico! A mí me dio coraje y dije entre mí: "¡Ahora me agarro a esta canija!"

Cuando fui por pan me la encontré en el zaguán de Bella Vista. Le dije:

—Oye, Irela, ¿qué tanto lío te traes con Crispín?

Otra se hubiera quedado callada, o me habría dicho: "tú piensas mal". Pero ella se denunció luego luego, y me dijo, muy nerviosa:

—Crispín tiene la culpa. A fuerza quería que fuera yo con él al cine. No había más remedio que ir, no nos fuera a caer mi marido.

—Mira, ¡qué tonta te la encontraste!, para creerte… Y, ¿por qué se reían tú y Ema?

Y todavía siguió: —Pues de que como no pudo ir conmigo te llevó a ti.

Yo estaba muy enojada y no me importaba que nos oyera la gente.

—Ya te dedicaste a cazar maridos. ¡Verás cómo te va! No creas que cada vez que tenga viejas Crispín me voy a estar agarrando con ellas. Pero eso sí, si te vuelvo a ver con él, verás cómo te va.

Luego le vi una esclava de plata que traía puesta. Roberto, mi hermano, me la había regalado, era muy bonita. Crispín me la quitó y luego me dijo que la había perdido. Entonces supe a dónde había ido a parar. Se la arranqué y temblando vine con Crispín y le dije de plano:

—¡Cómo eres "camión", cómo eres cínico! Cásate con Irela y déjame a mí en paz tener a mi hija.

Luego le platiqué todo a la suegra para que si me llegaba a separar de él no me echaran la culpa. Pero Crispín negó todo y su familia siempre encontraba la forma de darle la razón a su hijo. No nos separamos y las cosas siguieron como siempre.

Cuando mi hermana Antonia me contó en un principio lo de Crispín, me dijo que

cuando los maridos andan de enamorados se le reza a la Santa Muerte. Es una novena que se reza a las 12 de la noche, con una vela de sebo, y el retrato de él. Y me dijo que antes de la novena noche viene la persona que uno ha llamado. Yo compré la novena a un hombre que va a vender esas cosas a la vecindad y me la aprendí de memoria. Va así:

> Jesucristo Vencedor, que en la Cruz fuiste vencido, quiero que por tu intervención, Padre, me traigas a Crispín, que esté vencido conmigo, en nombre del Señor. Si es animal feroz, manso como un cordero, manso como la flor de romero tiene que venir. Pan comió, de él me dio; agua bebió y de ella me dio. Y por todas las cosas que me prometió quiero, Señor, que por tu infinito poder, me lo traigas rendido y amolado a mis pies a cumplirme lo que me prometió. Como creo Señor que para ti no hay imposibles, te suplico encarecidamente me concedas esto que te pido, prometiendo hasta el fin de mi vida ser tu más fiel devota.

Sabía la novena pero nunca la usé porque no quería nada a fuerza. Si él volvía iba a ser porque él así lo quería.

Muchas mujeres que conozco, para que venga una persona le rezan al ánima de Juan Minero. A las 12 del día se le prende su veladora y se le pone un vaso de agua detrás de la puerta, y se le dan tres golpes a la puerta uno con cada Padrenuestro que se rece. San Antonio también es muy bueno para traer a los maridos, a los amantes, o a los novios. La que sabe mucho de estas cosas es Julia, la vecina de mi tía, y dice que se pone un san Antonio de cabeza y se le tapa al niño y atrás el retrato de la persona y se le amarra en cruz con un listón rojo. Se le prende su vela y se le dice: "San Antonio, si no me cumples lo que te pido, no te dejo ver a tu niño". Dicen que san Antonio quiere mucho a su niño y por eso para que se apure en cumplir lo que se le pide debe tapársele. Si uno tiene una prenda de aquella persona —calcetines, calzones—, con ésta se envuelve a san Antonio; es más efectivo.

San Benito también trae a los maridos pero él los golpea cuando están con la otra mujer. Yo tenía miedo de rezarle porque a la mejor me sale chueco el tiro y regresaba peor que antes.

Yo nunca lo celé, ése fue mi error. Otras mujeres, como ahora Irela con su marido, lo hacen descaradamente. Porque el respeto tan grande que tengo a mi papá es como una muralla que se interpone entre la vida decente y la vida alegre. Además en este rumbo no podía encontrar entre todos un hombre que sea bueno. Los hombres de aquí no son muy responsables; raro es aquel que se dedica a su mujer y a sus hijos. Aquí no hay hombres derechos; al que no ve uno parado todo el día en la esquina, lo ve uno en los bailes, borracho. Y yo qué espero sacar de éstos más que puros hijos… porque otra cosa no saco.

A pesar de que soy corta de estatura, y ora de bonita, pos no soy bonita, siempre se me han ofrecido oportunidad y media; a los hombres se les hace fácil hablarle a una mujer casada. Cuando Crispín y yo pusimos nuestra primera casa sola, un vecino que se llamaba Ruperto nos pasaba la luz, pero verá que este señor quería cobrarse lo de la luz a su manera. Después le dije yo a Crispín que ya no le pidiera luz a él; era mejor usar velas.

Sí. No me llamaba la atención tener otro hombre. Porque si con uno no podía,

menos con dos. Pero Crispín siempre andaba trayendo amigos a la casa y nunca faltó quien me hablara.

Una vez fuimos a una fiesta de un bautizo con unos amigos de Crispín del taller de carpintería. Y empezaron a tomar y un amigo me sacó a bailar, yo no quería pero Crispín estaba bailando con otra. Otra cosa que hacía muy mal mi marido era insistir en que yo bailara con quien quisiera. El amigo me repegaba junto a él cada vez más y quería juntar su cara con la mía. Y llegamos donde casi no había luz y quiso besarme pero yo me le solté y lo dejé parado a media pieza, porque mi suegra estaba afuera en el patio pendiente de los terrenos de su hijo.

Luego el compadre de una de sus hermanas de Crispín me sacó a bailar. Es un hombre casi de mi estatura, muy guapo, muy simpático, muy agradable, chino, blanco, de ojos azules. Él se me quedó ver y ver, su insistencia era mucha.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó.

Y le dije mi nombre: —Marta. —Pero yo siempre he sido muy adelantada, cuando ellos van, yo ya vengo.

—Marta… ¡qué bonito nombre! —contestó él—. Usted es la mujer con la que había soñado.

Estaba allí su esposa, pero no importaba. Este hombre me quería llevar a lo más oscuro y quería al bailar pegar cachete con cachete.

—Es usted muy simpática y si usted quisiera…

—Si yo quisiera, ¿qué?

—Nos podríamos ver en otro lado.

Diga, ¡cómo son los hombres de traidores! Él estaba como el gato que teniendo ratón en casa sale a buscar carne.

Y él seguía: —Usted me simpatiza mucho. Por qué no vivimos juntos, nos llevaríamos muy bien. —Yo procuraba sacarle bromas, pero él quería tener un arreglo conmigo. Yo me puse a pensar que si yo quisiera y mis suegros no se dieran cuenta, pues no me faltaban oportunidades. Pero pensé: "¿Para qué me meto en aprietos?", y me negué a bailar ya con él. ¡Crispín enfrente y él haciéndome señas y como perro detrás de mí!

Estaba vigilada constantemente por la familia de Crispín. Mi suegra decía que yo me salía de la casa y que tenía muchas amigas. Y las cuñadas… la que no decía que era yo una sucia, decía que era yo una floja. Y no faltaba qué. Tan pronto como hacía yo algo o iba a algún lado se lo decían a Crispín. Me buscaron mucho la vida.

Una vez mi hermano Roberto me fue a ver. Estaba sentado en la cama y llegó mi cuñada Sofía. Yo estaba enferma. Nomás dijo: —Qué haces… bueno, ahí nos vemos. — Y se salió luego luego. Y Roberto también. Así es que le fueron a contar porque ya en la noche llegó Crispín reenojado.

—Sí —dice—, de mis sobrinos sí te enojas si siquiera tientan la cama. Pero tu hermano viene, se acuesta, y cómo ni dices nada.

¡Fíjese! Sofía le fue a contar que Roberto estaba comiendo y estaba muy echado en la cama, siendo que la cosa no fue así. Crispín enfurecido me dijo que la casa no la había

puesto para mí, sino para su familia y que él no iba a estar manteniendo a mi familia.

Yo tenía coraje y le dije: —Pos si la casa es pa' tu familia que se vengan… yo no. —Fue cuando me dio las primeras bofetadas.

Dejé de ir a ver a mi papá esperando a que se me bajara la hinchazón. Ya después Roberto iba, pero ya muy poco, casi nunca. Yo creo comprendió. Yo le tenía miedo a Crispín. Sólo de verlo enojado me ponía a temblar. Y no podía levantarle la mano porque me iba peor. Una vez intenté levantarle la mano —ya tenía yo tres meses de embarazo— y me pegó. Fue cuando ya no aguanté esa vida y me vine para mi casa. Como los guáteres estaban afuera le dije que iba allá, y me vine para acá.

A mi cuñada Sofía le dijo que iba a cambiar. ¡Y vámonos de nuevo! Mi papá me dijo que le pidiera una disculpa a Crispín. Siempre a mí se me hizo difícil, pos qué voy a ir a pedirle perdón. Verdad que le había levantado la mano, pero fue para defenderme. No le di ninguna disculpa pero me fui con él. Entonces fue peor. Peleaba con cualquier pretexto. Me pegaba duro y ponía el radio fuerte para que no se oyera cuando yo gritaba. Un día me dio una patada en la cintura que por poco me hace abortar. Entonces me separé, dejé la casa otra vez. Me fui al lado de mi papá, a casa de Lupita en la calle de Rosario, donde también estaba Consuelo. Manuel y Paula estaban entonces en Bella Vista.

Yo nunca le dije a mi papá ni a mis hermanos que Crispín me pegaba. Sí se daban cuenta pero no me preguntaban nada, porque entonces ellos le reclamaban y a mí me iba peor. Mi papá nomás decía que yo podía ir a vivir a la casa si yo quería. A mí no me costaba nada con hacerme la chiquita y decirles de plano lo que me pasaba, pero pues era un compromiso muy grande. Porque ya peleándose dos hombres no se detienen ni por nada; tanto pueden dar como les pueden dar. Roberto y Manuel pos son muy locos pa' pelear, y yo siempre me he puesto a pensar en las consecuencias. Y yo sé que de las manos pos no tendría nada de malo, pero si de las manos pasan a las armas… ¿Y todo para qué? ¿Para que después volviera uno con la misma?

Tenía yo 16 años cuando nació mi hija. Mi papá estuvo conmigo en el sanatorio y yo me agarraba de sus piernas cuando me venían fuertes los dolores. Mi papá pagó por todo y Crispín ni supo cuánto costó. Ni tampoco preguntó. Crispín quería niño, pero cuando nació y fue niña yo vi que tuvo mucha ilusión. Y estuvo ahí todos los días mientras salí del sanatorio y después a casa de Lupita y luego a Bella Vista, con el pretexto de la niña. Pero yo ya no lo quise, le tuve odio, porque ya me veía con una hija y yo tenía la responsabilidad. Y todavía cuando me venía a ver, por cualquier cosa me daba el pellizco.

Él seguía viniendo diario, pero no me pasaba ni un centavo. Mi papá pagaba todo, mi ropa, mi comida y los gastos de la niña. Hablaba con mi papá y le pedía disculpas. Mi papá le decía que por qué no podíamos estar nosotros cerca y él siempre me echaba la culpa a mí. Que los pleitos eran por mí, que yo era de un carácter muy variable, que no lo atendía, y que siempre andaba yo en la calle. ¿Usted cree? Siendo que estaba vigilada constantemente por la cuñada, y por toda su familia. Ni aunque hubiera querido hubiera

podido.

La suegra comenzó a decirme que quería ver a su niña, tenerla cerca, y me propuso que me fuera con ellos. Y acepté, pero no tardé mucho, tardaría como un mes. El pleito comenzó por una sobrina de Crispín. Es huérfana, murió su madre, que era hermana de Crispín. Ésta se metió con un señor ya grande que la abandonó. Total una niña sin padre y madre.

Estaba yo planchando y Lidia, la sobrina, me cargó a la niña. Y la empezó a besar y abrazar muy fuerte y no me gustaba porque era muy exagerada. Me daba mucho coraje, me desesperaba. Yo le dije que dejara a la niña. Como si le hablara a un perro. Tres veces le llamé la atención. Entonces le dije a mi suegro —él es sastre y trabaja en su propia casa— que le dijera a Lidia que dejara a la niña. Y él contestó: —Ay, qué delicada es usted. ¿Pues qué le hace a la niña? —Entonces Lidia me dijo: —¡Chocante! ¡Si no quieres que te la agarre métetela por donde te salió! —Y mi suegro oyéndola no fue para reprocharle.

Fue cuando ya me enojé y empecé a hacer mi maleta luego luego. Mi suegro me cerró el paso diciéndome: —Usted no sale de aquí…

—¿Y usted quién es? —le dije yo.

—Yo soy su padre y no sale de aquí hasta que no venga mi vieja. —Mi suegra no estaba, había ido a la plaza. —Y ándale, Lidia, vela a buscar…

Y yo queriendo salir, con mi veliz y mi hija en los brazos.

—Y usted es una lépera, ordinaria, desgraciada, mal agradecida…

Y yo contestándole. Allí estaba Natalia, que le habían hecho la vida tan pesada como a mí y decía:

—Corre, Martita, porque va a venir la suegra y cuando llegue será peor.

Y así fue. Me corrió. Yo sólo había recogido mi ropa, pero ella me hizo sacar todo, trastes y una cama. Y me dijo que era una mal agradecida, y que no era esposa para su hijo, y que esa hija que tenía con suerte no era de su hijo. Salí corriendo.

En la noche Crispín fue a buscarme a casa de mi tía Guadalupe, enojado, hecho una furia y diciéndome que qué tanto les había yo dicho a sus padres. Que les había yo mentado a la mamá. Yo le dije que no era cierto, y lo que la escuincla me había dicho a mí. Y en lugar de creerme a mí, me pegó. Así era él siempre. Lo dejé de ver como un mes pero después él venía y me chiflaba afuera para que saliera.

Yo le dije a mi papá que ya no quería ir con Crispín porque ya no lo quería, y mi papá decía que no podía obligarme si yo no quería. Pero no era fácil quitarme de encima a mi marido. Mientras no estaba cerca de él yo no tenía deseos, pero cuando estaba cerca y empezaba a tentarme, despertaba mi deseo y me excitaba. Sin querer empecé a ir a hoteles con él. Pero no le satisfacía, porque decía que nunca podía estar bien conmigo, que no podía hacer uso de mí, porque siempre estaba yo con mi jetota, rezongando, y como palo, ni me movía ni nada.

Él era de esos hombres muy bajos que quieren lo peor de las mujeres. Que si estaba en la casa un momento solo conmigo, era eso, que si salíamos, era para eso; era en lo único que pensaba. Sólo me tuvo para descargarse. Y yo le servía porque era limpia y

sabía que conmigo no corría ningún riesgo de enfermedad. Pero no le satisfacía porque era muy exagerado, siempre me estaba manoseando y besando. Yo he sabido que otras mujeres son ellas para despertar a los hombres; se desvisten y ya desnudas se acercan a ellos, le hacen de un modo y de otro, son expertas. Y yo no. Él quería dos o tres veces en la noche y yo muy bien sentía que no podía resistir tanto; a mí me hastiaba todo aquello. Y yo con mi coraje, y él con sus ganas, no podíamos hacer nada.

Cuando Concepción tenía un año dejó de mamar porque yo salí enferma de Violeta. Y como la cosa más natural… a él no le importaba si salía enferma, o lo que dijera mi padre o cualquier otra persona. Él se consideraba mi marido y cualquier rato podía yo salir enferma. Entonces él me dijo que viviéramos juntos otra vez, por las niñas, y por quedar bien delante de otras personas. Y yo acepté, no por deseos; por interés, por conveniencia, porque entre hermanos siempre hay dificultades cuando ya tiene uno hijos. Y yo ya tenía dificultades con mis hermanos y quise alejarme de mi familia. No congeniábamos.

Mi hermano Roberto me estaba acabando la vida porque tomaba y por las cosas que robaba. De chica —aunque tenía miedo de que me fueran a agarrar con una polvera o unos aretes de los que se había robado— nunca me metí en sus cosas, ni le dije a mi papá lo que sabía. Luego de grande, cuando se sacaba los pedazos de bronce, fierro, tubería y otras cosas de la fábrica donde trabajaba pensé: "A ver si un día no le caen", y entonces sí le dije a mi papá. Pero Roberto no entendía. Traía tubos, tubería, aquí la partía en pedazos, la limaba y se la llevaba a Tepito a vender. Luego se soltó agarrando llantas, tanques de gas, lo que se podía. Una señora de aquí de Bella Vista vino a reclamar unos tanques de gas que le habían desaparecido de la azotea; después otra unas gallinas o unos guajolotes. Ya mi hermano tenía una reputación malísima por aquí y yo ya me estaba cansando de andarlo defendiendo.

Luego hubo un gran pleito con Manuel. La cosa empezó entre Paula y Consuelo porque ella ha sido siempre bastante difícil. Mi cuñada se quejó con Manuel y entonces él le aventó un caballo de cartón que era de mi sobrino Domingo. Le dio a Consuelo en la cabeza y comenzó a llorar. Consuelo lo insultó y él le dio una bofetada. Y entonces yo intervine, tuve que sacar la cara por Consuelo.

Comenzamos por palabras y luego nos hicimos de manos. Me puse como cualquier hombre contra hombre; le daba de patadas, trompadas, araños. Consuelo estaba espantada. Alguien fue por un gendarme, pero no vino. Manuel me tenía en la cama y yo lo tenía agarrado de la parte más delicada, y más se movía y más lo apretaba. —Ay —me decía—, suéltame. —Y a Paula le decía: —Dile que me suelte, mira cómo me tiene. —Pero primero cedió él que yo.

La gente de la vecindad ya se había juntado y criticaba a Manuel por pegarle a su hermana, la más chica. Después fue cuando Paula empezó a sacar sus cosas porque pensó que vendría mi papá y echaría la viga y de seguro sacaría la cara por sus hijas y no por su nuera. Cuando llegó mi papá le dio dos bofetadas a Manuel y le dijo que se largara de su casa puesto que no podía vivir con sus hermanas. Él y Paula se fueron a vivir con la mamá de ella y su hermana Dalila. Consuelo se quedó con Roberto en Bella Vista y

entonces yo volví con mi marido.

Fue cuando Crispín puso casa, la segunda, en las calles de Lerdo. Iba a nacer Violeta y él me llevó a la maternidad del Seguro Social. Tuve más dolores con Violeta que con Concepción porque no me pusieron anestesia; ahí sufrí todo lo que tiene uno que sufrir.

De la maternidad salí como una madre soltera, porque el señor estaba durmiendo la borrachera muy acostado en la casa de su madre. Sólo cinco días está uno en el hospital, cinco días cuentan exactamente. Y yo salí sola, sin centavos, sin cubrirme la espalda —sólo había llevado vestido y fondo— y me tocó canastilla para Violeta porque me tocó regalo de Navidad. Si no hubiera sido por esto… Las tiendas estaban cerradas pues era 25 de diciembre y no pude telefonear para avisarle a mi papá o a mi suegra. A lo mejor la familia de Crispín no fue a verme porque había sido otra vez niña. Antes de que naciera me dijeron de broma —eso creí— que si era mujer no iban a ir a verme. Crispín siempre quiso niño y para sus sobrinos, mucho cariño, y para las niñas no, todo porque fueron mujeres.

Y empezamos de nuevo con las dificultades, por la cuñada y porque otra vez andaba con una mujer. No me pegó tanto en esta casa porque sabía que lo podía oír mi cuñada. Él me pegaba sólo cuando estábamos solos él y yo. Pero ya no podía aguantar y yo también le pegaba; no lo hacía por mí sino por mis hijas. Y me ponía a pensar: "Él me da un mal golpe, yo le doy otro… y si me llega a matar… qué necesidad hay de que mis hijas sufran".

Cuando le pedía yo para zapatos, ropa, me decía: —Mañana, espérate. —Y mientras las niñas se quedaban sin nada. Siempre estaba esperando y entonces tuve que trabajar para poderles comprar lo que necesitaban. Fue y le dijo a su mamá que iba a dejarme y ella le dijo: —Está bien, hijo, aquí está tu casa. —La suegra no intervino en mi favor sino que me dejaba a mi suerte. Luego hasta vino a ver a mi papá para decirle que no me aceptara.

Yo le dije que no me iba de la casa y él sacó sus cosas. Me dejó una cama, me dejó un ropero que no era de nosotros. Desconectó la luz —se llevó el alambre y la lámpara— y me dejó a oscuras, con sus dos niñas.

Me dejó y no supo si sus hijas tenían para comer o no.

Al día siguiente fui —me acompañó Roberto— a la delegación. Lo citaron a él y se presentó con su padre. Allí dijo que no tenía culpa de nada, que él me había puesto la casa y yo me había salido. Pero mintió. Nos preguntaron si éramos casados y como dije que no, dijeron que no le podían hacer nada. Como no soy casada no tengo ningún apoyo de la ley. Violeta tenía tres meses cuando volví al lado de mi papá.

Ya para ese tiempo mi cuñada Paula murió y su hermana Dalila se había venido a vivir aquí a cuidar a los niños de Manuel. Dalila será como unos dos años mayor que yo, y ya entonces iba a tener un niño con mi papá. Yo la conocía desde antes, cuando ella vivía con Cuquita, su mamá y un montón de familiares en la Ciudad Perdida de las calles de Piedad, cerca de Tepito. Paula me llevó a su casa. En un solo cuarto había mucha gente y mucha porquería; la casa sin barrer, los trastes sin lavar, las camas destendidas, ellos

ahí comiendo y la bacinica ahí a un lado. Todo sucio, todo cochino, mucha porquería.

Cuando Paula vivió en Bella Vista, la casa siempre estaba llena de sus parientes. Crispín y yo llegamos a venir a mediodía y estaban todos comiendo en el patio. Tenían mucha comida y no nos ofrecieron de comer. De todos modos ni hubiera comido, porque el señor de Cuquita que trabajaba en el Rastro había traído tripas y corazón para comer. Siempre les traía pajarilla, tripas y corazón; por lo regular comían eso. Y Cuquita… ¡era tan fea! Veía uno la cara de esa señora y ya no daban ganas de entrar; nos corría a todos sólo con su cara. Y la santa señora siempre nos ha mal visto a Consuelo y a mí. No nos podía ver y siempre estaba echándonos la viga; que éramos unas flojas, unas putas, detrás de nosotros, porque a nosotros no nos decía nada. Y todo porque decía que su hija Paula era la que hacía todo el quehacer y nosotros no hacíamos nada.

Dalila era muy alegre, le gustaba mucho arreglarse, le gustaban mucho los bailes, como a mí. Y en un descuido también se le fueron los pies y tuvo un niño, pero chico se murió. Tuvieron otro niño, Godofredo, pues se casó con el papá de los dos por la Iglesia y por lo civil. La mamá de él tenía un terreno y allí fincó varios cuartos de madera y uno se lo dio a su hijo y a Dalila para que vivieran. Pero él comenzó a andar de mujeriego, borracho, pegalón y resultó ser hasta ratero con antecedentes. No le daba centavos y Dalila tuvo que trabajar. Y cuando Dalila se salía a trabajar la madre le alcahueteaba a él bien y bonito. ¡En la misma cama donde dormía con ella se iba a acostar con otras mujeres! Esto lo supe porque tenía yo una amiga que fue su vecina y se dio cuenta de todo.

Un día Dalila salió y mientras él le vació el cuarto y la dejó a los cuatro vientos. Entonces ella acusó al tal Luis con la justicia y tuvo una buena pelea con su suegra y la vieja la atacó con unas tijeras. Pero Dalila no es de las que se deja pegar y aventó todo lo que tenía.

Estaba viviendo con su mamá cuando aceptó el ofrecimiento de mi papá para irse a vivir a Bella Vista. Su marido vino a reclamarle pero ella le dijo que si le buscaba la vida y la molestaba ella lo acusaba con la justicia y él, como ya tenía antecedentes, por el miedo se quedó callado. Las gentes dicen que a veces va a verla, quién sabe si será cierto. Pero yo no le he dicho nada a mi papá, porque ya se sabe que mata más la duda que el desengaño.

Así es que cuando yo me vine al lado de mi papá me encontré a Dalila como quien dice de su querida, porque aunque no lo quiera decir en ese plan está. Mi papá es libre… a él no lo amarra ninguna ley, sólo su propio sentimiento. Si mi papá fuera otro ya nos habría abandonado a todos. Pero ahí está a cargo de todos: Consuelo, Dalila y su hijo, los cuatro chamacos de Manuel, yo y mis dos hijas, Antonia y su niña, Lupita y María Elena.

Manuel estaba en los Estados Unidos y Dalila le tenía mucho coraje porque se había llevado a su hermano Faustino. Según ella Manuel y su amigo Alberto vinieron a su casa en la madrugada y convencieron a Faustino de irse con ellos. —¡Mi pobre hermanito! —decía Dalila—, nomás se lo jalaron y ahora anda buscando comida en los botes de basura.

Creo que les había ido muy mal antes de cruzar la frontera en Mexicali y que no tenían qué comer varios días.

Ya que estuvieron del otro lado en Estados Unidos ya les fue bien y hasta mandaron dinero a la casa. Debe ser muy bonito por allá. Yo me imagino —no sé— que es un país tan civilizado que al menos es muy distinta la gente a la de aquí. Porque aquí si no lleva el interés por delante no le hacen a usted ningún favor. O se lo hacen, verdad, y esperan… cuando menos espera uno, y cuando más lo necesita uno, se cobran ese favor. Aquí la gente es demasiado interesada. Y hay mucha gente que también es buena gente, ¿no?, pero pos aquí no sale uno de beneficio. Como digo, de hambre no se muere uno, pero no es ésa la cosa. Es como si estuviera uno en un charco de agua… no sale, está estancada y no tiene ningún beneficio en nada. Como he visto en películas, he leído en periódicos y todo, no es igual por allá.

Siempre ha sido mi sueño irme a vivir a Estados Unidos, vivir allá aunque sea en una casita muy humilde. Pero por mis hijos también me da miedo, porque he leído, ¿verdad?, que allá la delincuencia juvenil es un poco más avanzada que aquí, y que jovencitos, muy chicos, les faltan al respeto a los padres, les gritan, los amenazan… Y los padres no pueden decirles, ni gritarles, y pues quién sabe por qué se dejarán mandar por los hijos. Que las mujeres pueden agarrar y salirse con cualquier hombre y que el hombre no ve en eso nada malo. Y aquí, pos no puede uno hacer amistad con otro hombre porque ya el marido está golpeándola a uno, o la deja. Luego dicen que ya los gringos nos quieren venir a gobernar. Y que ya todo México se está haciendo a la ley de Estados Unidos más que Estados Unidos… Pero yo digo, eso sí es imposible, que el chico se coma al grande y que el hijo menor pueda mandar al mayor.

Bueno, cuando Manuel y Faustino empezaron a mandar dinero a la casa ya Dalila dejó de quejarse de mi hermano. Así es Dalila, el carácter de la madre, que cambia, es muy dos caras. Ella está disgustada con una persona y es capaz de desquitarse con otra. Dalila orita le está hablando a usted muy bien y al rato le da la espalda y se lo está comiendo.

Desde un principio Dalila tenía coraje porque mi papá me estaba ayudando. Le daba envidia de todo lo que mi papá les daba a sus hijos o a Lupita. Era su gran envidia. Ya Consuelo me había hecho la advertencia que Dalila nos iba a sacar a todos. Casi parecía santa cuando dijo que mientras Dios le prestara vida iba a cuidar de los hijos de su hermana muerta, pero según Consuelo estaba usando a los niños para conseguir sus malos fines. Consuelo estaba viviendo con mi tía Guadalupe y Roberto sabe Dios dónde. Los dos no podían ver a Dalila.

Cuando Paula murió, mi papá trajo a una muchacha, Claudia, para que ayudara con el quehacer y los niños. Consuelo cometió un error… se enceló de la muchacha porque mi papá le compró un saco y Consuelo sospechó que mi papá le andaba hablando y dijo: —Yo corro a esta muchacha para que mi papá no se meta con ella. —Y le salió junto con pegado… Cuando Dalila vino, Claudia estaba todavía en la casa pero con Consuelo y Dalila celosas no aguantó; cumplió su mes de su sueldo y se fue.

Luego empezaron los pleitos de Consuelo con Dalila; no se podían ni ver. Cuando ya

Dalila estaba embarazada aumentó el odio de Consuelo. Mi hermana dormía en el mismo cuarto, así es que ella se dio cuenta que mi papá se subía a la cama de Dalila cuando apagaban la luz. Tenía celos y mucho coraje y se puso muy lépera. Cuando regresaba de trabajar y veía a Dalila agarraba y azotaba la puerta para que todos pudieran darse cuenta.

Consuelo le buscaba la vida a Dalila. Y nunca le decía las cosas directamente. Llegaba y le decía "indirectamente" a Mariquita, la niña más grande de Manuel: —¡Qué sucio está todo! —o: —Aquí no hay nada de tragar. —Pues ella pensaba que todo lo que sobraba se lo llevaba la mamá de Dalila. Si le faltaba un fondo o unas pantaletas tranquilamente le agarraba los suyos a Dalila. Era como decir que Dalila le robaba su ropa.

Cuando Consuelo se puso tan lépera con mi papá el golpe fue muy fuerte para él y mi papá hasta lloró. Me platicaron que una vez le gritó a medio patio enfrente de todos los vecinos: —¡Qué clase de padre eres cuando tienes tantas mujeres!

Una noche mi papá estaba cenando y llegó Consuelo y aventó la puerta. Le pidió a mi papá dinero para unos zapatos. Y él le dijo que no podía darle porque tenía muchos gastos. Y que ella para qué trabajaba, que qué hacía con su dinero.

Consuelo le dijo que para sus hijas no tenía y que para otras mujeres sí. Y le dio coraje a mi papá y le dijo que a sus hijas no les importaba y que él se había preocupado para que ellas pudieran valerse por sí mismas.

Luego Consuelo le gritó que no a cualquier mujer le daban lo que él le daba a Dalila y que primero tenía que reconocer a las hijas de la primera esposa y no a cualquier mujerzuela.

—¡Cállese el hocico, desgraciada! ¡Salga de aquí, no quiero volver a verla!

—Sí me largo, ahora mismo, pero antes voy a hacer otra cosa. —Y fue cuando descolgó un retrato que había mandado amplificar de uno chiquito de mi papá, lo sacó del vidrio, lo hizo pedazos y luego lo pisoteó diciendo: —¡Maldita la hora en que gasté en mandar hacer esto!

Y desde entonces mi papá ya no la ve bien. Cuando me dijeron lo que había hecho a mí me dio coraje con ella también. Qué se andaba ella metiendo en las cosas íntimas de mi papá. Es nuestro padre y no debemos juzgarlo. Y mientras mi papá sea feliz con una mujer no tenemos por qué meternos. Luego Consuelo dijo que estaba enferma del cerebro, pero yo digo que no. Hace las cosas conscientemente. Siempre ha sido de un carácter muy variable y los ataques que ha tenido han sido de coraje.

Yo por el contrario siempre he tenido la suerte de que me he hecho amiga de cualquiera y así pasó con Claudia y con Dalila. A mí no me importaba si mi papá se subía a la cama de Dalila, aunque pos sí me daba vergüenza oír sus cosas íntimas. No podía ver nada porque estaba muy oscuro pero podía oírlos hablar. Un día tardé en dormirme y oí que dijo que cuanto antes pusieran otra casa porque no podía hacer libremente lo que él quería; y después se regresó abajo donde dormía.

Cuando Dalila y yo teníamos pleitos era generalmente por los chamacos. Dalila consentía mucho a su hijo Godofredo y lo dejaba hacer lo que quería. Era más dura con

los hijos de Manuel, y les pegaba y les decía groserías cuando la hacían enojar, y les daba mucha libertad… por puro desordenada. Un día el hijo mayor de Manuel, al que le decíamos *Flaco*, empezó a estarle pegando a Concepción. Dalila estaba ahí en la cocina con su mamá; estaban desayunando. Y le dije lo que estaba haciendo *el Flaco,* y no me hizo caso.

Y en una de ésas *el Flaco* le jaló las trenzas a mi hija. Me dio coraje y le digo: —¡Ah, cabrón escuincle, estése quieto! —Y que se enoja Dalila: —No —dice—, a él no lo saques de cabrón. Total si no quieres estar aquí, ¿por qué no le dices a tu marido que te busque tu casa?

Le dije: —Porque es la casa de mi padre, no es ni tu casa. ¿Tú crees que tú me vas a estar regañando? Estás pendeja, a mí no me regañas. ¿Y a los chamacos por qué no les llamas la atención?, yo te estoy dando la queja y te estás haciendo taruga. Y de que busque casa, pos búscamela tú, si tantas ganas tienes.

Y fue todo. Agarro yo, que me saco mi cobija y mi colcha y me fui con mi tía. Había yo tendido mi cama en la noche cuando llegó mi papá.

—Vámonos pa' la casa. Tú no hagas caso de Dalila. De no hacer lo que yo te diga, tú nunca hagas caso de nada.

Y yo: —Sí, papá. —Me tuve que ir. Ya después de ese pleito estuvo quieto todo, aunque le daba coraje que mi papá me seguía ayudando. Mi papá me daba mi gasto y luego en las noches mi papá me decía: —Vente a cenar —o: —Ten, vete a comprar un pozole, o quesadillas —como sabe que siempre me ha gustado a mí eso. Pero Dalila decía: —Pos aquí hay café, aquí hay frijoles, ¿por qué no se viene a tragar aquí de lo que hay? —O luego me decía a mí que mi papá me dejaba el gasto y que ella estaba cargando con toda mi carga y que cómo pasaba a creer que mi marido no me pasara ni un centavo, que yo teniendo marido y mi papá me seguía ayudando.

A pesar de su carácter difícil, Dalila me cuidó a las niñas cuando yo volví a mi trabajo en la paletería. Trabajaba desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche por cuatro pesos diarios. Más que todo lo hacía para no estar metida en la casa. Mi patrona me mandaba por carne para su comida y así fue como volví a ver a Felipe, el carnicero.

Lo conocí antes de que fuera novia de Crispín. Todas las muchachas de la palomilla andábamos detrás del carnicerito porque estaba muy simpático de chico. Una vez me encerró en el refrigerador y no me dejaba salir hasta que le diera un beso. Ya que me besó me dijo que me fuera yo con él y que uno de sus hermanos o su mamá iban a hablar con mi papá. Sentí quererlo mucho, me gustaba más que Crispín, pero le dije que no porque era muy chica.

Felipe me reconoció luego luego y platicamos. Un día me mandó un chamaco con un papelito y me decía: "Me hablas a tal teléfono, a tales horas". Le hablé —pues la curiosidad mata a uno— y me dijo que me esperaba en el frontón entre las ocho y nueve de la noche. Y me costó mucho trabajo verlo. Y le empecé a tomar cariño. Él no fue para decirme vámonos, él me respetó. Me siguió viendo casi dos o tres veces por semana, hasta una vez en que me citó y no fue.

Me sentí ofendida y le reclamé y le colgué el teléfono; no oí lo que él me dijo. Le volví a hablar por teléfono y le dije que me perdonara; él me colgó y me dejó con la palabra en la boca. Yo lo extrañaba mucho y fui a la carnicería a rogarle que me perdonara. Y lo que me dijo este muchacho no me lo dijo el padre de mis hijas. Me dijo que no quería que yo trabajara, que me quería a mí y a mis hijas, que sus ideales eran juntarse conmigo y ponerme casa. Era para que me propusiera: vámonos a tal parte, pero nunca me lo propuso. Dijo que no quería meterse en forma íntima conmigo hasta que estuviera ya de planta conmigo, porque era muy feo andar de hotel en hotel o hacerlo delante de mis hijas. Era todo lo contrario de Crispín.

Felipe tenía carro y nos íbamos lejos por otros rumbos. Cuando salíamos llevaba a las niñas conmigo. Yo le dije: —Si crees que voy a abandonar a mis hijas estás muy equivocado. —Y él me dijo: —No, yo no te voy a pedir eso nunca, ni que fueras una perra para abandonarlas.

Mi papá supo que alguien me andaba hablando y yo le pregunté para saber sus pensamientos. Me dijo que si yo creía que otro se iba a hacer cargo de mis hijas, que estaba equivocada, que no pensara poner a otro en lugar de su padre porque yo no sufriría, sino mis hijas.

Sentía temor, mucho miedo de salir mala otra vez, pero a Felipe le llegué a tener un gran cariño, así es que fui con él a un hotel. Yo tenía desconfianza porque a lo mejor nomás me iba a hacer el favor y a dejarme con ganancia. Me han dicho que ni para mujercita sirvo porque luego luego salgo con ganancia. Muchos hombres sólo se burlan de la mujer y no les importa nada lo que les suceda. Por eso todos respetan a mi papá. Él tiene un gran sentido de responsabilidad que dicen sacó de su padre. Ninguno de los dos abandonó a sus hijos.

Pero Felipe y yo na'más nos fuimos a dormir dos veces. Entonces me empezó a pasar siete pesos diarios para que dejara de trabajar y ya no volviera con mi marido. Yo quería a este muchacho y ya no me ocupaba del padre de mis hijas. Me gustaba su modo de Felipe porque no nos dilatábamos nada, lo hacíamos tan rápido… mejor que las exageraciones de Crispín. Si Crispín me hubiera dejado entonces, apuesto que estaría yo viviendo con Felipe. Yo quería tenerlo cerca; era para mí mi dios.

No era el interés de que me diera lo que el otro no me dio, más bien fue que hizo que yo me sintiera feliz de la vida. Por mucho tiempo yo había estado deprimida; ya no salía, ya no veía a mis amigas y ya no me importaba nada arreglarme. En las noches lloraba y llamaba a mi mamá… pensaba en la muerte. Felipe hizo que cambiara todo para mí; él me necesitaba y eso me devolvió mi interés en la vida.

Él había tenido otra mujer pero le hizo una babosada. Él me dijo que ya estaba aburrido de andar de un lado para otro y que procuraría ser un buen padre para mis hijas. Pero yo todavía tenía temor y todo me salió chueco. En vez de dejar de plano a Crispín y decirle la verdad, yo dejaba que viniera a verme a Bella Vista cada 15 o 20 días.

Entonces le tomé más odio a Crispín y decía: "Por culpa de éste no puedo ser feliz con Felipe". Crispín venía a verme, y pleitos. Me espiaba; ha de haber dicho: "Le caigo

en una maroma". Pero yo tengo la cara tan alta que no puede decir que me haya visto con nadie. Le dijeron que andaba con un carnicero y sí fue cierto, pero él nunca me vio. Pero de todos modos perdí a Felipe. Una tarde veníamos peleando Crispín y yo, veníamos por Soto. No sé cómo dimos la vuelta y yo me confié pensando que no era hora de que Felipe estuviera en la carnicería. Pero le tocó hacer aseo, estaba abierta la carnicería y pasamos enfrente de él.

Sentí que me temblaban las piernas. Y por la vergüenza lo dejé. Pensé que ya no me iba a tratar tan decentemente; yo misma me alejé de él. Yo dije: "Ya me vio con mi marido… y va a creer que ando con mi marido y con él… a lo mejor cree que los centavos que me da no son para mí y mis hijas, sino para Crispín. En primer lugar ya no me va a respetar". Yo preferí alejarme de él y no le di ninguna explicación. No hubiera podido resistir que él pensara o me dijera que era yo una cualquiera. Y por eso no podía ni levantar los ojos.

Por culpa de Crispín perdí el cariño más grande que yo había tenido. El gran cariño que le tenía y la vergüenza me hicieron retirarme. Él me trató tan bien y sin embargo le di ese pago. Perderlo es una de las cosas que más me han dolido… y todo por culpa de Crispín.

Por eso se me había acumulado el coraje contra él. Ya no lo quería y él seguía buscándome pero yo ya no quería verlo. Entonces me metí a trabajar en una fábrica de faldas pero ganaba muy poco, no ganaba ni 40 pesos a la semana, no me convino y me salí. Entonces Consuelo trabajaba con unos licenciados y se quiso salir del trabajo y no pudo ir a dar las gracias y mandó a mi tía. Y ella siempre anda abogando por otros. Les dijo que tenía una sobrina que tenía unas niñas y que necesitaba trabajar —esa sobrina era yo— y mi tía me consiguió el trabajo, atender el despacho y el teléfono por 100 pesos quincenales.

Tenía que tomar el camión frente a la carnicería así que volví a ver a Felipe. Quería abrazarlo, pero mi vergüenza me contuvo. Chocábamos nuestra vista y yo veía que él me quería mucho… pero mejor cogía mi camino y no quise hacerle ni la más mínima plática. Yo había andado con él como unos dos o tres meses pero yo estaba con el pensamiento en él; no me podía quitar ese pensamiento.

Y Crispín seguía detrás de mí. Y nada más se comenzaba a acercar y me encomendaba a algún santo para que no me tocara. Y yo le decía:

—Sólo piensas en "eso".

Y él decía: —¿Con quién te metes antes de que yo llegue para no tener ganas?

Algunas veces despertó mi deseo, muchos momentos me excitó, pero sabía controlarme. Cuando me iba con él al hotel, era tanto y tanto aquella forma que él se ponía exagerado, manoseando, que muchas veces me imaginaba que estaba con Felipe. Con él sí hubiera hecho lo que él hubiera querido, de una manera y de otra, hasta me hubiera desvestido por completo. Pero con Crispín me daba coraje porque me hacía sentir muy baja.

En cualquier lado donde yo trabajaba, Crispín me "casaba" con el dueño, el empleado, el mozo. Cuando estaba yo en el despacho, me decía: —Sólo tú y el famoso

licenciado saben lo que hacen allí dentro. Sabrá Dios cuántas veces te habrá echado en esos sillones. —Cuando estaba trabajando en una tienda decía: —Qué casualidad que con tanta facilidad consigues un trabajo. —Y: —¡Cómo voy a creer que estando en la tienda no se vayan adentro a la trastienda el señor Miguel y tú! —Y si no en otro trabajo decía: —Claro, hablas tan bien del señor Santos porque ya te dio para tus tunas. —Yo no podía trabajar porque ya estaba yo "casada" con todos. Sí es cierto que los patrones y los empleados andaban hablándome porque aquí no hay respeto para la mujer que trabaja.

Cuando estaba trabajando todo lo que ganaba lo usaba para comprar lo que necesitaba para las niñas y para mí. Ya andaba pintada y me hice un permanente, ya tenía un suéter o un abrigo en vez de usar chal y ya no traía los zapatos rotos. Estaba reina al lado de como estaba con Crispín. Me encontré a la abuela de mis hijas en el mercado; hizo una cara de asombro. Antes siempre se quejaba de que andaba yo muy sucia, muy chorreada. Se me quedó viendo y ha de haber creído que andaba con uno y con otro, tal vez como queriéndome decir que cuando andaba con su hijo por qué no andaría así de arreglada. Pero entonces sólo tenía tres vestidos —que me servían de maternidad y para todo— y los zapatos rotos me los tenía que amarrar para caminar. Crispín, él sí quería que lo satisfaciera, pero no era obligado conmigo. No fue para decirme ten para que compres algo, lo único que me decía era que no tenía dinero. Y si no hubiera sido por mi papá que me mandaba el babero para taparme el vestido, y las bolsas de harina vacías para pañales… Ahora procuro estar más presentable y no verme tan de a tiro, y me ven las cuñadas con una cara de asombro, como si nunca me hubieran visto.

Crispín iba por mí a la salida del trabajo y me llevaba a la casa. Un día no llegó y yo me fui sola. Y entonces fue cuando saqué las uñas. Cuando fue por mí al día siguiente comenzó a alegar, y era de esos hombres que cuando le daba por algo estaba molestando, duro y duro. Si ya sabía que no había ido para qué me reclamaba. Había llovido y tomamos el camión. Y comenzó: —¿Por qué no me esperaste? —Y yo callada, sin contestarle, por el miedo de que me pegara. Y de cualquier manera yo ya no le contestaba. Y: —Te estoy hablando —y yo callada.

Bajamos del camión y veníamos por el jardín y seguía alegando en la calle. Yo llevaba un plato y un pocillo donde llevaba mi comida. Y veníamos por los colegios y se le hizo fácil darme una cachetada. Y en ese momento fue una cosa tan rápida que me puse a pensar: "A mí no me pegas, desgraciado, infeliz".

Veníamos por los colegios cerca de Bella Vista y me plantó otra cachetada. Él no se lo esperaba, ni yo tampoco… fue algo tan de repente, dejé caer la bolsa, el plato, cayó mi abrigo en el lodo… le di de trompadas, patadas, rasguños. Y se juntó la gente y se hizo la bola. Me dijo barbaridad y media y yo le contesté ese día todo lo que tenía guardado contra él. Me pegaba y yo le contestaba. Ni vergüenza sentí… yo nada más esperaba de un momento a otro que pasara algún conocido y se metiera a defenderme. Pero no. Desde esa vez jamás me volvió a poner la mano encima.

Lo más triste de todo fue que ya en este pleito yo ya estaba embarazada con nuestra

tercera niña, Trinidad, y ése fue el dolor. Cuando se lo dije a Crispín me contestó que ya iba a ver por mí y las niñas. Al día siguiente que nos peleamos habló con Manuel y le dijo que ya no fuera a trabajar, que él me iba a pasar mi gasto y que me iba a poner mi casa. Y me salí de trabajar inmediatamente. La primera semana fue diario a la casa y el primer sábado me dio 25 pesos para la semana. A la otra me dio 20. A la otra no fue a verme. El sábado se hizo el desaparecido, no fue desde el jueves y no le volví a ver sino hasta el martes de la otra semana. Y entonces me dio 15. Y yo me enojé y se los regresé diciéndole que para limosnas no estaba yo. Entonces me dijo que lo que iba yo a tener él creía que no era suyo. No sé en qué se basó, o qué chisme le contaron, pero desde entonces no me pasó ni un centavo. Consuelo me encontró un trabajo en el despacho de unos licenciados; estar ahí nomás apuntando recados y recibiendo las llamadas, y me puse otra vez a trabajar.

Estaba yo viviendo en Bella Vista, pero entonces hubo un pleito con Dalila y otra vez me fui con mi tía Guadalupe. Esta vez me quedé allí hasta que nació Trini. El cuarto de mi tía era muy chiquito y muy pobre y casi no había lugar para moverse uno; Concepción y Violeta tenían que comer sentadas en la entrada, en el quicio. Ellas dos y yo dormíamos en costales en el suelo. Mi tía nos invitaba a quedarnos en la cama con ella y con Ignacio, pero tenían una cama tan angosta que, ¿cómo?

Toda la vecindad estaba llena de chinches, ratones y otros animaluchos y los excusados que había afuera siempre estaban sucios. Pero yo estaba contenta ahí. Me llevaba muy bien con mi tía y yo era casi la que llevaba la casa, así es que pues estaba bien yo. Pero a mi papá no le gustaba allí y eso me daba tristeza. Siempre que venía a verme llegaba regañando y con mucha prisa por irse.

Cuando estábamos solas con mi tía sí estaba contenta, pero siempre había gente ahí. Pero de que empezaban a llegar los famosos compadres, o las comadres, no me sentía a gusto. Si no era el compadre, eran varias comadres que llegaban que a tomar el taco y a tomar cerveza o chinchol. No soportaba ver las caras de tanto borracho y había algunas que me daban asco. Me disgusté también porque alguno de ellos me robó mi reloj y algunos centavos.

Siempre estaban desapareciendo las cosas de ahí de la vecindad. Por eso era que mi tío tenía un perro para cuidar y las gentes nunca dejaban su vivienda sin vigilancia. Cuando algo se perdía iban los dueños a ver a un adivino y así saber quién lo había tomado, pero yo no fui porque nomás hubiera sido causa de pleitos.

Ahí todos usaban un lenguaje muy bajo, hasta mi tío, aunque él era generalmente amable. Cuando llegaba a la casa y encontraba a mi tía algo tomada para prepararle la cena empezaba a mentarle la madre y a decirle cabrona y jija de la chingada. Pero los dos se querían mucho, especialmente cuando él dejó a su otra mujer, Cuca. Él había tenido seis mujeres además de mi tía, pero siempre decía que no le importaban nada, que nomás eran habladas y que mi tía era la que tenía las llaves de su casa y era la dueña de sus centavos.

Mi tío era respetuoso y correcto conmigo y quería mucho a mis hijas. Él me platicaba de mi mamá, con la que iba a veces a vender, y de cómo mi tía Guadalupe se ponía

celosa cuando a él lo tomaban por el esposo de mi mamá. Cuando él estaba tomado me insinuaba cosas, pero como yo no le hacía caso él ya no insistía. Cuando se quejaba de que las niñas gritaban o de que mi hermano llegaba borracho mi tía siempre nos defendía. Con la única que de veras peleaba mi tío era Consuelo porque ella siempre llegaba dando órdenes y queriendo mandar a todos.

Tanto Ignacio como Guadalupe eran bajitos de estatura, llenos de canas y con la cara arrugada, aunque no eran viejos. Mi tío decía a veces que la juventud no tiene nada que ver con los años que uno haya vivido, que lo que contaba era cuánto había uno sufrido. Él decía: —¿No sabes la edad de una cana? ¿No? Te la voy a decir yo: Cada cana tiene su historia; su destino y su término. Salen de los golpes que da la vida, de los fracasos y de las gentes que uno ha visto morir. —A mi tía la llamaba "la criatura que tiene años" y creía que se había avejentado por todos los sacrificios que tuvo que hacer por su familia.

Mi tía tuvo una vida muy dura. Cuando nomás tenía 13 años el hombre que la pretendía, un hombre de 32, se la robó y abusó de ella y como ya la había agujerado y ya no valía nada, su papá le puso una monda y la hizo casar con el señor. Su suegra no la quería bien y su marido la golpeaba y la andaba depositando con una tía y con otra hasta que nació su hijo.

Luego su marido se dio de alta en el ejército y ya nunca lo volvió a ver. Ella y su hijo no tenían dónde quedarse y casi se murieron de hambre; se hincharon porque no tenían qué comer. Tuvo que irse a pie de vuelta a Guanajuato y ya se andaba ahogando al pasar un río que estaba retecrecido. Si no ha sido por un arriero que la jaló de las trenzas y la sacó ahorita no estaría viva.

En Guanajuato supo que su hermano Pablo había muerto por defender a un amigo y que su santo padre se había muerto de una muina y de pena. Su madre se había ido con el resto de sus hijos a México a buscar fortuna vendiendo café con piquete en las esquinas. Su tía de Guadalupe, la tía Catarina, estaba en la capital y le había aconsejado a su madre que se fuera para allá. Mi pobrecita tía anduvo buscándola; llevaba su hijo en brazos envuelto en su rebozo y pedía limosna y comida por el camino. Cuando llegó, su mamá la fue viendo y casi no lo podía creer, toda encuerada, parecía limosnera, no la reconocía.

Todos sus hermanos tenían el tifo y ella también lo pescó. Bernardo se murió, pero los otros se aliviaron. José y Alfredo trabajaban en una panadería; Lucio encontró trabajo de jicarero en una pulquería y mi tía y mi mamá vendían migas de pastel y café con piquete en un puesto en una esquina. Tres veces se la llevaron a la comisaría porque era ilegal ponerle piquete al café, y como su mamá no pudo pagar la multa a mi pobre tía la encerraron. Le dio miedo que después la mandaran a la Penitenciaría, así es de que mejor entró a trabajar de recamarera, y después en una tortillería.

Mi tía siempre se ha quejado de que sufrió mucho con su mamá porque no la quería y la consentida era mi mamá, que era la más chica. Decía suspirando: —Uy, yo sufrí reteharto con mi mamacita, que en paz descanse. Yo siempre andaba trabajando para ella, pero ella a mí no me quiso, muy dura que fue pa' conmigo. Cuando estábamos en la tortillería llorábamos mi hijo y yo, no teníamos ni qué comer y no nos llevaba ni un taco.

No sabía si tenía yo una tortilla o no. Nomás a Leonor, a ella sí le llevaba de comer. —Le preguntaba a mi tía Catarina: —Ay, tía, ¿pos qué no soy hija de mi mamá? ¿Por qué no me quiere? —Y me decía ella que era mala suerte, nomás.

Cuando el hijo de mi tía tenía cinco años su suegra vino y se lo llevó. Entonces le contó a mi tía que su padre había tenido un mal fin en la Revolución… lo habían macheteado y lo habían echado en una noria. Mi tía pidió por su marido que Dios lo haya perdonado y le juró a la Virgen de Guadalupe no volverse a casar. Ella dejó que su suegra se llevara a su hijo porque era muy duro para ella mantenerlo. Pero nomás mal enseñaron a su hijo, lo mal aconsejaron contra ella y lo hicieron borracho. Cuando tenía ocho años le empezaron a dar hojas con tequila, hojas y chínguere y pos él agarró la mala costumbre. Cuando la pobre de Guadalupe le llevaba un pedazo de pastel o fruta nomás le daba con la puerta en la cara. Se murió de una borrachera cuando estaba todavía muy joven. Nomás lo echaron a perder.

Mi tía agarró la costumbre de tomar cuando trataron de curarla del paludismo y de los fríos. Se fue a Veracruz de sirvienta y regresó enferma. Le dieron caña de azúcar y jícama; le pusieron un ratón en el pescuezo para que se espantara; le dieron alcohol verde y café, luego pulque curado con pirú molido; siete meses le estuvieron dando esto y lo otro, por lo general con alcohol, hasta que por fin una señora la curó con nopales, chile picante y aguamiel.

Luego un hombre nomás le hizo a mi tía la maldad y la dejó antes que naciera su hijo Salvador. Cuando ella conoció a Ignacio él quería casarse con ella y reconocer al niño como su hijo. Ella quería a Ignacio pero no aceptó casarse con él. El papá de Ignacio decía que debían casarse por la Iglesia porque antes eran más estrictos con estas cosas. Ahora nomás se junta la gente, como se dice se casan nomás allá en la puerta, y dicen que están casados. Mi tío dice que es porque antes había ley de padre, el que mandaba era Dios Padre, no Dios Hijo. Su papá de Ignacio era una persona de ley y crió a su hijo para que tuviera conciencia. Ignacio no podía levantarle la mano a mi tía porque su papá luego luego agarraba un palo listo para meterse a defenderla.

Pero mi tía terca en que no quería casarse. Ella decía: —Yo hice la promesa de no volver a casarme porque sufrí mucho de esposa. Si Ignacio quiere vivir conmigo así, bueno. Ya Dios sabrá dispensarme. —Y así fue.

Ignacio había sido voceador desde el año de 1922. Antes había sido barnizador y empastador en una ebanistería pero decía que "allí había dejado los pulmones", así es que agarró el primer trabajo que Dios le mandó. El hombre que es hombre trabaja en lo que Dios le da licencia. Él y Salvador salían a vender los periódicos juntos, bajo el sol y la lluvia, y le daban lo poquito que ganaban a mi tía. Mi tío siempre decía que le iría bien en el negocio del periódico si lograba vender todos los que llevaba. Pero en el periódico no les dejan devolver los que no se venden, así que perdía su ganancia por culpa de las lluvias que son el azote de todos los voceadores. ¡Dios Santo, todo lo que tenía que batallar para poder ganar unos pesos! Mi pobre tío yo creo que va a morirse agarrando sus periódicos bajo el brazo y transitando por las calles para un lado y para otro.

Ignacio era bueno con Salvador, pero mi primo se hizo muy tomadorcillo y se volvió

muy peleonero. Y luego la cosa se puso peor cuando Salvador se casó y su mujer se le fue con otro hombre y se llevó a su hijo. Entonces sí agarró la botella con más fuerza y siempre andaba borracho.

Yo tenía como cinco o seis años cuando mi primo murió. Borrachito, como siempre, estaba parado enfrente de una cervecería que había en la calle de Degollado cuando llegó el querido de su mujer, un tal Carlos. Y que le dijo Carlos: —Así te quería encontrar, ¡hijo de tu tiznada madre! —Nomás. Y cuando le dijo esto rápido sacó de su ropa un verduguillo y se lo metió a Salvador en la barriga.

Y Salvador, con las manos agarradas en el estómago, corrió. Entonces vivían Salvador, mi tía y mi tío con Prudencia, la primera mujer de mi tío Alfonso, a media cuadra de allí. Pero en lugar de darle para allá, mi primo le dio para Bella Vista. Y hasta ahí, hasta la puerta del zaguán lo fue a dejar el que lo había herido, hasta ahí lo dejó de corretear, porque Carlos lo correteaba con el cuchillo para darle otra.

Estábamos nosotros acabando de merendar cuando Salvador llegó y tocó y le gritó a mi papá: —¡Tío Jesús, déjeme pasar! —Se paró mi papá a abrir y dice mi papá:

—Ya vienes de nuevo borracho. Ya te he dicho que borracho no quiero que entres. Porque borrachos no quiero que entren… porque aquí están las niñas y no quiero que me les den mal ejemplo.

Agarró mi papá y se quitó de la puerta, pero ya no pudo entrar Salvador… se quedó tirado ahí en el quicio de la puerta. Cuando cayó tirado mi papá vio la sangre. Mi papá se agachó, le sacó las manos, le desabrochó el pantalón y vio que estaba herido.

Al momento de caer Salvador nos espantamos y yo empecé a chillar. Mi papá me mandó a hablarle a Roberto que estaba cenando en casa de un amigo. Y ya fui a hablarle. Roberto le fue a avisar a mi tía. Y vino mi tía Guadalupe y vino mi tío Ignacio y Prudencia y su hijo. Y alguien llamó a la Cruz. Ya Salvador tenía las tripas de fuera porque aquel tipo le había hecho un boquetote grande y dijo mi papá que no creía que iba a durar.

Llegaron los de la Cruz y se lo llevaron. Pero no aguantó. A las pocas horas, lo estaban operando, cuando murió. ¡Qué golpe para mi tía! Pobre, si no se volvió loca yo creo fue por obra de Dios. Pero daba unos gritos tremendos. Luego en el café donde trabajaba mi tía, el viejo canijo de su patrón no le dio permiso de faltar ese día, y mi tía buscaba quién se quedara con mi pobre primo muerto.

Y luego esa Prudencia que siempre ha sido muy envidiosa, muy díscola, muy mala, le dijo a mi tía que en su casa no quería que se velara a Salvador, y pos ahí era la única casa que Salvador había conocido. Mi pobrecita tía me platicaba que la tal vieja Prudencia no quería a Salvador, bueno, que nadie lo quería, que hasta la abuela, su mamá de mi tía, Salvador se le acercaba y ella lo corría. Cuando mi tía tuvo necesidad de irse a arrimar a la casa de Prudencia, ¿qué fue lo que esta vieja le dijo?: —La casa está pa' usté, pero pa' su hijo no.

De todos modos ahí se quedaron con Prudencia y tuvieron que sufrirle todas sus discolerías y maldades. A veces se encerraba con sus hijos en la pieza y no dejaba entrar a mi tía con mi tío y su hijo. Y ahí estaban cuando llovía que nomás les escurría el agua

por la espalda, tapados sólo con periódicos y ahí acurrucados hasta que a la Prudencia le daba la gana de dejarlos entrar. Por eso decía mi tía que es horrible tener que vivir arrimado y ella había nacido con mala estrella y por eso había sufrido toda la vida.

Pues el día que Salvador murió, mi tía Guadalupe le lloró y le suplicó a Prudencia para que se velara su hijo en su casa. Pero no se veló en el cuarto, se veló ahí afuerita. Por eso, años después, cuando el hijo de Prudencia se volvió loco y lo mandaron al manicomio, mi tía dijo: —Todo lo que se hace en esta vida, todo se paga. Dios tarda, pero no olvida.

De admirar, admirar, pos a la única que puedo admirar es a mi tía Guadalupe. De ver que es una mujer sufrida, ¿verdad?, como toda una mujer debe de ser. La admiro porque veo que tiene valor para seguir adelante y nunca se da por vencida. Cierto que ella se queja siempre de que el dinero no le alcanza y siempre está preocupada por el pago de la renta, pero no sé ni cómo le hacía pero por poquito que tuviera se las ingeniaba para dar de comer a todos. Compraba por ejemplo 50 centavos de chicharrón, 20 centavos de tomates medio magullados, unos cuantos centavos de aceite, cebolla, ajo y con eso hacía una buena cazuela.

Ella siempre ha dicho que nunca nadie le ha dado nada, que nadie la ha ayudado y que ella ha tenido que abrirse paso sola en la vida. Aunque tuvo a su madre, nadie le enseñó el camino. Quizá por eso ella nunca me ha dado un consejo o ser como una madre para mí.

Y si de ayuda se trata, al único que pueden acusar de no ayudarla ni visitarla siquiera es a Manuel. Roberto y Consuelo sí iban seguido a verla y le dejaban sus cuantos pesos siempre que estaban trabajando. Todo el tiempo que yo viví con ella le daba para el gasto para que mis hijas pudieran comer bien. Todos los días compraba un litro de leche en la CEIMSA pero luego agarraron la moda de que pa' venderle a uno un litro de leche tenía uno que comprar un huevo. Luego no siempre se tiene para comprar un huevo diario, y el ahorro que tenía uno con esa leche pos ya sale igual que si la comprara uno en otra parte. Y hacen todo esto nomás por fastidiarlo a uno y pos uno también es tonto…

Yo me llevaba bien con todo mundo de ahí de la vecindad: con Julia y su marido Guillermo; Maclovio y su mujer; Yolanda y Rafael su esposo; Ana, la portera; don Quirino y todos los otros. Casi todos me conocían desde que era yo muy chica. Yolanda y yo lavábamos juntas nuestra ropa en los lavaderos y juntas íbamos al mercado. Yo no sé cómo aguantaba la vida que llevaba con Rafael. Este Rafael primero no era así, trabajaba; pero cuando murió su mamá empezó a tomar, pero seguía trabajando normalmente y sus centavitos no le faltaban a Yolanda. Pero todo fue que empezara con las famosas amistades… Como digo, a ellos les gusta, y luego las amistades que les insisten… ¡pos acaban de acompletar! Y por eso se descompuso y trataba a Yolanda de lo peor. Lo único que sacaba de él era hambre, golpes y niños. Ella estaba como fábrica, teniendo un niño detrás de otro. Ya tenía siete chamacos harapientos y otro en camino.

Julia, la mamá de Yolanda, quería curarla definitivamente. Que acabando de aliviarse le iba a dar un vaso de nieve de limón con vino tinto y más limón exprimido, pues decía que con esto se enfría la matriz. Pero Yolanda no quiso. Yo también ya estaba aburrida

de traer criaturas al mundo y mi tía quería curarme dándome agua donde había hervido un anillo de oro y un pedazo de cuerno de toro. Pero a mí me dio miedo, quién sabe por qué.

Tampoco he tratado de abortar aunque conozco muchos remedios que usan montones de mujeres… té de orégano bien cargado, vinagre en ayunas, canela y aspirinas, pastillas de permanganato. Hacen muchos sacrificios para abortar pero para las que tienen la matriz dura, no queda más remedio que la sonda. Pero por ésta cobran 150 pesos y por eso muchas veces no se la ponen. Aquí le tiene uno más fe a las hierbas y a los remedios caseros y además la medicina y las operaciones son tan caras que en nuestro medio casi no se ocupan.

Y en la vecindad de mi tía tampoco faltaban los chismes. Ahí nomás estaban esperando que abriera uno la boca para hacer chisme grande. Siempre están en la puerta viendo quién entra, quién sale y qué es lo que hizo. Pero sobre todo siempre se andan fijando quién tiene más y quién menos, especialmente en ropa y comida. Si alguien tiene algo nuevo empiezan las envidias y las discolerías. —Ay, ¿cómo le haría, tú? —se empiezan a decir. Y cuando tienen alguna cosa nueva, algún aparato nuevo, haga de cuenta que ascendieron un escalón; se les sube, se ponen muy pedantes, se dan un paquete que, ¡válgame Dios!, hasta le quitan a uno el habla. Allí los que tenían cama, colchón y ropero ya eran alguien. Cuando yo viví allí Ana era de las "de la alta" porque era la portera y las dos hijas estaban trabajando. También vendía pulque y sus nietos la ayudaban también con otros trabajitos. Ahora los de la "alta" son Julia y Guillermo porque ya tienen televisión.

Y la vida podía haber sido bastante triste en la vecindad porque todos eran tan pobres. Los hombres toman y las pobres mujeres tienen que mantener familias grandes con menos de cinco pesos. Cuando alguna de las mujeres se compra alguna garrita nueva, un vestidito cualquiera, luego se anda escondiendo cuando llega el abonero a cobrar. Pero a pesar de todo esto la gente siempre está de broma y riéndose. Las tragedias que algunos sufren les dan a los otros motivos para reír. Los hombres andan siempre de enamorados, siempre tienen que ver con mujeres. Si no era el marido de una yéndose a acostar con la esposa de otro, era alguna mujer que tenía qué ver con el marido de la otra.

¡Los hombres! Nada más saben que dio uno su mal paso y le ofrecen todo. Aquí lo primero es que "te pongo tu casa", o "nos vamos a vivir fuera de aquí". Pero lleva uno desengaños tan crueles que ya no quedan ganas ni de charlar con un hombre. Y a lo mejor me llevan y me dejan a medio camino. En la vecindad de mi tía varios andaban detrás de mí: Rafael, Maclovio, don Chucho, don Quirino, pero a ninguno le hice caso.

De todo el montón el mejor era don Quirino. Con ese señor llevaba yo una amistad muy limpia. Él es zapatero y empezamos a hacer amistad porque yo le mandé a componer los zapatos de una de las niñas. Él ya era grande, como de unos 42 años; ya tiene hijos grandes y a mis niñas les decía "hijas". Estaba separado de su señora y vivía solo. Luego me decía: —No sea tonta, *Chaparrita.* Si ve que su marido no la hace feliz, ¿qué le busca? Para qué anda con ese muchacho que sólo le hace la mal'obra.

Yo quería un hombre que ya no pudiera ser padre porque ya no quería tener hijos. Por eso me gustaba don Quirino. Él me dijo: —Nos acostaríamos como hermanos porque yo ya no puedo… —Además a mí no me gustaba que hicieran uso de mí a cada rato. Pero yo siempre le tomé a don Quirino todo a broma y nunca pasó nada entre nosotros.

Pero Yolanda me vino a contar que Soledad, la hija de Ana, creía que yo andaba con don Quirino. Soledad tendría como 27 años, era ya casi una solterona, y tuvo que ver con don Quirino. Ella afirma que es señorita, pero tanto tiempo como anduvo con él no es de creérselo. Pues fue mi mayor enemiga; de "resbalosa, cochina, caliente" no me bajaba. Tanto me trajo de arriba para abajo que las vecinas dijeron me andaba acostando con él. Y hubo tanto chisme que llegó hasta oídos de Crispín. Pues fue a ver a don Quirino y lo acusó de ser el padre de la criatura que iba yo a tener. ¡Fíjese nada más! ¡Que el señor ése que ya no podía era el papá de Trinidad! Siempre andaba dudando de la paternidad de sus hijas, sobre todo cuando él era el único que hacía uso de mí. Pero yo seguía en mi necedad, aferrada a él.

En ese año fue cuando fui a Chalma la primera vez. Yo desde chica siempre quise ir a Chalma con mi tía. Cada vez que se iba me quedaba chillando porque mi papá nunca me dejaba ir. Decía que no, que para qué, que eran puras payasadas, que sabrá Dios que nomás se iban a emborrachar y que a la mejor hasta me dejaban a mí por allá. Nunca quiso, ¿verdad?, no le faltaba pretexto que poner. Y luego, cuando ya vivía yo con mi marido, él tampoco me dejaba ir.

Así es de que cuando me dijo mi tía que iba a ir a Chalma con Mati, la sobrina de mi tío Alfonso, decidí ir con las dos niñas. Llevábamos como unos 25 pesos, dos cobijas, dos colchas, ropa de las niñas, una olla, café en polvo, azúcar y no sé qué otra cosa de comer. Tuvimos que cargar con las niñas y además dos maletotas.

Estábamos haciendo cola en la terminal de los camiones —porque se junta mucha gente— y le compré una capa impermeable a Concepción, porque estaba lloviendo esa tarde; dos pesos me costó. Las llevaba yo a las dos —Concepción y Violeta— bien tupidas de sarampión, y por eso no quería que se mojaran. Llegamos allá a Santiago y estaba también lloviendo cuando bajamos del camión. Ya nos fuimos al palacio municipal; es grande, verdad, y en el patio se queda toda la gente que va, los peregrinos. Llega uno, escoge su lugar, medio lo barre con un trapo o con unas varitas. Ya tendimos nuestra cama y le apartamos un lugar a la ahijada y comadre de mi tía que iba a llegar más tarde en otro camión.

¡Uh, parecía borregada! Cantidad de gente dondequiera, unos los que venían para acá, y todos los que iban para allá, tirados con sus maletas, lleno el patio. Los soldados andan ahí cuidando que no roben. Muchos cuando buscan su maleta, pues ya no está, ya se la robaron, pero los soldados, los veladores andan allí que cuidando. Toda la noche hay boruca; van palomillas enteras, muchachos con muchachas o muchachos solos, los que salen y los que ya venían. Y nosotros tomamos nuestro jarrito de café, mi tía le echó su piquetito, y ya nos acostamos.

Eran como las tres de la mañana cuando nos paramos para prepararnos a salir para

Ocuila. Dice mi tía: —Vámonos —pos nos paramos y nos fuimos. Luz, la comadre de mi tía, también había venido con su esposo y su hija, así es de que cuando salimos ya éramos ocho. Nos fuimos caminando desde Santiago hasta Ocuila. En el camino tomamos café en unos jacalones. Por cierto que ya nos habíamos extraviado del camino, pos oscuro, desierto aquello, nomás allá retirado se veían luces, llamitas de los aparatos de petróleo de los jacalones donde vendían café. Ya nos orientaron y agarramos el camino. Es puro monte, puro empedrado. A mí me gustó reteharto, desde que llegué me gustó a mí esa movida. En el camino están indias vendiendo café, gorditas de maíz, de garbanza, crema, queso, mantequilla, huacalitos llenos de capulines y hay también puestos donde venden comida.

Y llegamos a Ocuila, un pueblito, es como ranchito, unas cuantas casas. Hay unos jacales grandes donde dejan quedarse. Ahí nos quedamos, nos cobraron 25 centavos por cabeza, porque ya íbamos muy cansadas y nos quedamos hasta el otro día. Alquilamos un burro, me cobraron tres pesos, porque las niñas no querían caminar. Así que en el burro echamos las maletas. Yo ya no quería caminar, me quería yo regresar, pero las señoras que me encontraba me dijeron: —No se regrese, se le va a hacer el camino muy pesado y no va a poder llegar. —Creencias, ¿verdad?, o sepa… yo no sé bien. Ya llegamos al Ahuehuete.

Como íbamos por primera vez las niñas y yo teníamos que tener una madrina. Cualquiera a la mano se agarra pa' madrina. Ya mando comprar las coronas, tres. Ahí estaban unos inditos, ya viejitos, uno con un violín y otro con una guitarra. Se les da su peso, se les da su tostón, y tocan "El zopilote mojado", "Zacatecas", así puras marchas, ¿verdad?, porque no saben de otras. Y ya le ponen a uno la corona y baila uno. El chiste es medio menearle los pies. No se siente ni el cansancio, ¿cree? Ya después cuelga uno su corona en el ahuehuete. Es un árbol ancho, muy ancho, un árbol frondoso, muy bonito. Ahí están colgados muchos recuerdos, trenzas y patas de enyesado, retratos, vestidos, muchas cosas.

Debajo del ahuehuete está brotando harta agua y de ahí parte un río que va a dar hasta Chalma. Dicen que esa agua cura. Las niñas iban ardiendo en calentura y bien pintas del sarampión… lo llevaban hasta en los ojos. Y mi tía que las mete al agua. Yo dije: —¡Ya se me van a moribundear aquí estas niñas, se me van a petatear aquí mis hijas! —Pos no, no les hizo daño.

Ya es muy corto el camino del ahuehuete a Chalma, ya es muy corto; como unas dos horas. Pasa uno las rocas encantadas y ya llega uno a Chalmita, donde vivía la madrina de mi tía. Ya la madrina nos recibió muy bien y no nos cobró porque nos quedáramos ahí. Ya después bajamos hasta el Señor de Chalma. De Chalmita a Chalma es pura bajada, puro empedrado. Hay muchos puestecitos y dondequiera se ven nomás techos, así con lona o láminas de cartón; son los lugares donde cobran por quedarse uno. Tienen nombres, *Hotel "La cama de piedra",* y así, nombres muy payasos. En el camino estaban los danzantes, vienen tocando su chirimía, una musiquita retriste, triste. Y luego los que bajan de rodillas, vendados de los ojos, con coronas de espinas, otros van con unos nopales en el pecho y en la espalda, o en las piernas; son los que van a pagar las

mandas. Bandas de música (porque ahí no falta la música), era un gentío enorme… Y de ver tantos fieles que van a venerar al Señor me dio sentimiento y lloré. Cada que yo entro en una iglesia, cada que veo una peregrinación, lloro, y cualquiera que llegue a Chalma, a las puertas de la iglesia, llora.

El Señor de Chalma dicen que es muy milagroso y muy castigador. Porque Él hace… pos ha de hacer, no sé, muchos milagros, pero también el que le queda a deber una manda dicen que lo castiga, ¿verdad? Yo pedí por mi papá. Pedí que me mandara un buen trabajo —pero creo no me lo mandó nunca— y que Él nos socorriera. Y que si no era, ora sí que para bien de mis hijas y para el mío este Crispín, que mejor me lo retirara. Fue todo.

De regreso me pareció el viaje demasiado pesado. Ya venía yo aburrida, ya venía yo cansada, y las muchachas chillando y ya estaba yo desesperada pa' venirme. Luego vendimos en el camino la olla que llevé, porque ya entonces me faltaban los centavos, ya no traía más que cinco pesos, creo. Ya no quise yo venirme a pie, así que de Santiago a Ocuila pagué dos pesos por mi tía y por mí y nos venimos en una troca. Ya desde Chalma, Mati se separó de nosotros porque se agarró a tomar pulque con los otros. Y nosotras ya formadas para tomar el camión y eran tres veinticinco por cabeza y yo dije pos cómo le hago. Llevaba yo dos pares de zapatos, y unos que me había comprado el 10 de mayo, estaban nuevos casi, los tuve que vender. Los vendí en cuatro pesos, ¿usted cree? Porque, fíjese, ni modo que yo nomás me fuera y mi tía se quedara. Ya entonces compré los dos pasajes y llegamos a México sin un centavo.

Hubiera querido ir otros años, una vez al año a ver al Señor y rezar, pos yo creo que está bien, porque yo nunca me acerco a la iglesia. De ir a misa cada ocho días y confesarme como antes cuando era chica, pos no puedo hacerlo porque estoy amancebada, y dicen que los amancebados no pueden entrar en la iglesia. Cuando rezo le doy gracias a Dios porque me da de comer sin merecerlo, o rezo un Padrenuestro y un Avemaría, no todas las noches, nomás de vez en cuando, en voz queda. O cuando de veras me siento muy triste y no hallo solución pa' mis problemas voy a la Villa a pedirle ayuda a la Virgen. Y cada que me alivio de mis hijos también voy a la iglesia, por lo regular a la Villa.

Porque si no soy muy católica, tampoco soy muy masona, pero quiero que mis hijas hagan su primera comunión y yo las mando a la doctrina cada que hay, cada martes, en Bella Vista. Y ya después si son apegadas a la iglesia será por ellas, no por mí. Yo no frecuento la iglesia, pero tengo mis santos favoritos… la Virgen de Guadalupe y la Virgen del Sagrado Corazón y dondequiera que he estado me las he llevado. Ahora, digo, para qué me confieso… confesarse con otro igual que uno, para qué. Y luego muchas dicen que los sacerdotes nomás sirven para engañar a una y llevársela a fregarla allá por otro lado. Antes de hacer la Primera Comunión, cuando tenía 11 años, me fui a confesar y me regañaron. Dije que había robado, agarrado dinero de la casa, y que no asistía yo a misa y le dije que tenía novio. Me puso creo un rosario de penitencia, y no me cayó bien. Ya después no he vuelto a confesarme.

Yo cuando rezaba lo único que pedía era que si no era para mí Crispín, pos que

mejor me lo retirara, o que si era para mí que se compusiera, que nos pusiera a vivir una vida normal, que ya no anduviéramos pa'rriba y pa'bajo, y todo por las muchachas, al fin y al cabo es su padre. Pero mejor me escuchó lo primero que lo segundo.

También lo que yo pedía era por que mi papá nunca nos faltara. Para mí terminando la vida de mi padre termina todo para mí. Cayendo el muro, caen todos los ladrillos. Ese día ya no se levanta nadie; el que no se levantó ahorita imposible que se levante después. Como Roberto. Si no se casa ahorita —que mi papá nos vive, regañón y todo lo que sea —, si no levanta su cabeza ahorita, ya después no la va a poder levantar.

Cuando yo me pongo a pensar que la muerte la tenemos tan cerquita, y de la noche a la mañana sepa Dios si amanece uno, digo: ¿por qué no hacer lo posible por hacer la vida feliz a otros? Como mi tía, ¿qué me va a durar ya mi tía?, ya no me va a durar casi nada. Quisiera hacer algo por ella. Pero todas mis ideas buenas yo las hago malas, porque pues a lo mejor dejo de existir de un momento a otro, y este mismo pensamiento ya no me deja hacer nada.

Cuando ya estaba muy avanzada en el embarazo se me empezaron a hinchar las piernas y los dientes me dolían. Aquí no más le duele a uno una muela y luego luego se la sacan, así es que me sacaron dos. La ropa ya no me venía y no tenía dinero para comprarme otro vestido. Pues me vi forzada a pedirle dinero a Crispín. Pero él se negó que porque él no era el responsable de la criatura. Me dolieron mucho sus palabras. Él dijo: —No. Por qué te voy a estar dando dinero si nomás andas de puta abriendo las piernas.

Estaba muy desilusionada. Para no encontrarme con Crispín y con otras gentes, cuando salía de trabajar agarraba a las niñas y me las llevaba al cine, o íbamos al mercado, o a ver los aparadores. Nunca salía sin las niñas. Siempre las tenía conmigo, porque si no sentía como que algo me faltaba. Su padre era todo lo contrario, nunca las quería llevar a ninguna parte y nomás las andaba regañando porque volteaban la cabeza. Y tampoco les compraba nada. Me daba tristeza sobre todo ver todo lo que no podían tener, los vestiditos de las niñas, o zapatos, medicinas cuando se necesitaban. Y cuando pasaban estas cosas yo me sentía muy infeliz y me daba mucho coraje con Crispín y lo llamaba yo sangrón, o pinche, delante de las niñas. Entonces Concepción decía imitando a mi tía Guadalupe: —Déjalo… agua y sal se le ha de volver todo lo que gana a este Crispín. —Y no le decía papá. Y esto me dolía mucho porque después de todo es su padre. Y si esto es cuando ella no sabe nada, ¿qué será cuando sea grande?

Crispín venía a veces a verme y me chiflaba para que saliera. Luego me daba disculpas y decía que no me daba centavos porque lo que me iba a dar era muy poco y mi familia se pondría en contra de él. También me dijo que fuera a un hospital a aliviarme —aunque no se ofreció a pagármelo— y me pudo mucho porque no podía hacer el gasto. Él pertenecía al Seguro Social pero no me quiso dar la credencial, las tarjetas que necesitaba para poder ir a la Maternidad. Dos meses antes de que naciera la niña, Trini, ya no volvió y no lo volví a ver hasta que ya la niña tenía como seis meses.

Cuando ya estaba yo por caer, mi papá me dijo que dejara de trabajar y que me viniera yo a Bella Vista. Dalila ya no vivía allí porque estaba embarazada otra vez y yo

creo tenía vergüenza con los vecinos y con mis hermanos. Mi papá le había puesto su casa aparte en la calle de Niño Perdido y como ya se lo había granjeado por completo él ya vivía allí. Ésa era su casa grande donde comía, dormía y le lavaban su ropa. Lupita, Antonia y sus hijos y María Elena vivían en la casa que mi papá había construido en la colonia El Dorado. Ellas cuidaban de los animales y mi papá les daba su gasto todos los días, así es que no tenían por qué quejarse.

Mi papá por lo general no se mete en nada, pero me había dicho que quién me iba a atender. Yo le dije que una doctora titulada, y no una rinconera, pero tenía yo miedo de que me cayera en una mentira. Yo lo que no quería era que mi papá estuviera allí, porque se pone muy nervioso y además me daba vergüenza que él estuviera.

Los dolores me empezaron cuando mi papá estaba cenando. Yo no le dije nada y me senté en la cama y me venía un dolorcito y me quedaba quieta para que mi papá no lo notara. Ya los dolores me daban más seguidos cuando se fue. Mi comadre Angélica, la que vivía enfrente, vino más tarde y ella y Roberto se movieron inmediatamente y tendieron la cama, prepararon el alcohol, pusieron agua y no durmieron, sino que estuvieron al pendiente. Violeta se despertó y empezó a llorar. Yo no quise cargarla porque pensé que me haría daño; me paseaba y ella jalándome del vestido se paseaba detrás de mí. Como a las seis de la mañana Roberto fue a hablarle a la señora y vino inmediatamente. De Trini fue de la que me vi más mala, ya no podía, y me pusieron una inyección para apresurar el parto. Lo que sí, me sentí triste, desmoralizada, hasta arrepentida de que esa criatura viniera al mundo, por eso de que su padre la hubiera negado. Y siempre yo creo que la he querido un poco más que a las otras, pues pobrecita, estuvo sufriendo desde antes de nacer.

CUARTA PARTE

MANUEL

EL VIAJE a la frontera fue muy duro. Mis compadres compraron boletos de camión de aquí a Guadalajara, y de ahí todo fue irnos de puros aventones hasta Mexicali, porque se nos estaban terminando los centavos. Salimos a la carretera y dice Alberto: —Oye, compadre, pos yo ya traigo hambre.

—Pos yo también, compadre, pero hay que estirar los centavos, mano. Orita nos aguantamos, ¿no? —Nos daban aventones cortos los carros cargueros, y ayudábamos a cargar y a descargar en el camino. Después de un aventón de susto tuvimos que caminar un largo tramo adelante de Mazatlán. Esa parte de la carretera son puros columpios, subidas y bajadas, sin una sola casa a la vista. El sol estaba muy alto y nosotros no teníamos qué comer, no teníamos agua, nada. Del asfalto se veía hasta que salía humito. Estábamos bastante mal, especialmente Faustino. Desde que se había quemado en el restorán, estaba como medio paralizado y no se podía mover con facilidad. Llevaba zapatos de esos de suela de llanta y son demasiado calientes y le estaban ardiendo los pies.

Nos dieron un aventón en un bulldozer, y ahí vamos despacito, sentados en la cuchilla. Luego, desesperados, le hicimos la parada a un camión de pasajeros y le tuvimos que dar al chofer casi todos los centavos que traíamos. Ese día y el siguiente lo único que comimos fueron sandías. Por el camino vimos muchos muchachos y hombres a pie que iban para la frontera, y en el patio de la estación de Hermosillo, donde pasamos la noche, había bastantes, cientos, ahí acostados, hambrientos, llenos de polvo, igual que nosotros.

Tenía yo tanta hambre que ya no sentía dónde tenía el estómago. Entonces cambié mi chamarra por 12 pesos y otra chamarra vieja de algodón. Nos comimos dos bolillos y un plátano cada uno porque la comida estaba muy cara. A la mañana siguiente compramos más bolillos y trampeamos un tren de carga. Desgraciadamente en el vagón que nos metimos traían hielo. Pues ahí íbamos, parados en el hielo temblando, los tres penitentes, temblando en aquello que parecía caja de muerto, hasta que nos pasamos a otro compartimiento y ahí nos acostamos; hacíamos de cuenta que íbamos en pullman. Pero por el cansancio nos quedamos dormidos y se nos pasó Santa Ana.

Tomamos otro tren para ir a Santa Ana, pero iba tan aprisa que Faustino no pudo brincar, perdimos otra vez la parada y nos fuimos hasta Benjamín Hill. Eran como las dos o tres de la mañana cuando llegamos, ¡y hacía un friazo! Pedimos permiso al velador para pasar la noche en el patio. Nos señaló una pila de tabiques y nos dijo que podíamos

quedarnos allí atrás. Tendimos unos papeles en el suelo y ahí estuvimos tiemble y tiemble. Luego pensé que si dos se subían arriba del otro podríamos calentarnos, y así estuvimos, turnándonos; nos calentamos pero no pudimos dormir.

Y otra vez salimos a la carretera; pasaban los carros pero ninguno nos hacía parada. Luego un carro cargado de chivos paró. —¡Súbanse, muchachos!, pero para que no se vaya a romper el piso, párense uno en cada esquina. —Llevaba dos pisos el carro: chivitos chiquitos arriba y chivotes grandotes abajo. Bueno, pues ahí vamos en el carro con los mentados chivos.

Empezó a apretar el calor y había una peste de chivo allá arriba que no se aguantaba. Cada jalón que daba el carro los malditos chivos se hacían para atrás y yo me cansé de irlos empujando. Y entonces que me voy a platicar con mis compadres y con el peso de los tres y con un brinco que pegó el carro, que se rompe el travesaño, que se sume el piso y que se caen los chivos chiquitos encima de los grandotes.

El chofer nos echó la culpa y yo tenía miedo de que nos dejara en medio de aquel desierto, de aquella arena candente, donde nos hubiéramos muerto, seguramente. Así que sin decir una sola palabra compusimos el piso y seguimos empujando a los chivos para que no se cayeran encima de los demás. En el transcurso del camino se murió un chivo grande y el chofer dice: —¡Tírenlo a la fregada por ahí para el lado de la carretera! —Pues agarramos al chivo y lo tiramos.

—¡Ay, compadre! —le digo—, ¡lástima tirar tanta carne! Estaba regordote, pobrecito chivo. Hubiera estado rebueno.

Más adelante el chofer se paró en un pozo. —Muchachos, vamos a bajar los chivos para darles agua… se ponen abusados, porque se nos pueden ir. —Nos lavamos nosotros primero, luego fuimos bajando a los chivos, uno por uno. Traían los ijares hundidos, estaban sudorosos, jadeantes del calorón, sin nada de comer… los pobres chivos estaban igual que nosotros.

Bajamos un chivo padre, grandote, con largos cuernos enroscados. Se hacía el borrachito, temblaba, hasta que bebió agua. Se nos quedó viendo, a uno y a otro, y empezó a trotar, despacito, y yo atrás de él. Y que aprieta el trote y yo que aprieto el paso. Entonces que se tira a correr y yo me le aviento a las patas; nomás me enterré en la arena por quererlo agarrar. Y ahí va el condenado chivo y ahí vamos todos detrás de él y el dueño gritando desesperado que no lo dejáramos ir. Bueno, pues se nos perdió y luego anocheció y se hizo muy oscuro para buscar. Quién sabe hasta dónde fue a parar el chivo.

El dueño dice: —Yo no me muevo de aquí hasta que no recale ese chivo pa'cá otra vuelta. Es el mejor que traigo, el más grandote. ¿Cómo lo vamos a dejar aquí? —Nos hizo pellizcarle las chiches a las chivas para que gritaran. Y por allá se oía que el chivo contestaba. —Pónganse abusados, muchachos —dijo el dueño—, porque ora en la noche baja. —Y ahí estamos todos en vela.

Y le digo a mi compadre Alberto: —Oye, compadre, eso del chivo está muy emocionante, mano, pero vete a conseguir un poco de café. —Coope-ramos y juntamos como tres pesos y lo mandamos a buscar una casa, una tienda. Hicimos una fogata,

sacamos agua del pozo, y ahí regresó Alberto con café, azúcar y una olla grande para hacerlo.

Cuando estábamos esperando el café el chofer nos estuvo platicando de todo lo que hay en los Estados Unidos… que la pizca de la uva era la mejor… que la primera pizca del tomate sí convenía… que de las últimas pizcas no saca uno ni para el "borde". Tuve que preguntar qué era el "borde"; es lo que paga uno por la comida. Tomamos café y todos nos dormimos.

Amaneciendo que nos levanta el chofer: —¡Vamos por el chivo, muchachos! —Pues estuvimos buscando al condenado chivo por todos los cerros, para arriba y para abajo, todita la mañana. El dueño reenojado quería mejor matar al chivo que dejarlo allí. Total que dejamos al chivo y nos fuimos. Antes de llegar a Río Colorado donde nos íbamos a bajar les digo a mis amigos: —Muchachos, ¿qué tal si nos llevamos una chiva? —Nomás dije chiva y todos nos echamos sobre ella. Alberto le apretaba el pescuezo y Faustino le pegaba en la cabeza hasta que la mataron. Le avisé al dueño que se había muerto y le pedí que si nos la podíamos quedar. Ya nos bajamos en un lugar donde la pudiéramos asar.

Estaba el solazo muy fuerte y yo me senté debajo de unas matas para taparme mientras los muchachos empezaron a destazar a la chiva con unos pedazos de lámina. Le sacaron las tripas y la sangre y luego hicieron una fogata. El olor de la carne quemada, de la sangre, de la zalea revolcada en la arena, y mis compadres que se estaban comiendo la carne casi cruda, y la sanguaza escurriéndoles por la barba, ¡me dio un asco! Después de esa peste de chivo no pude comer nada.

Yo me sentía débil y mareado y no podía pararme. Tendido ahí en la sombrita empecé a sentir un desvanecimiento, y mucho cansancio. Oía las voces, lejos, muy lejos. Quería abrir los párpados pero parecían de plomo y todo lo que quería era nada más dormir. Oí que alguien dijo: —Párenlo, no lo dejen dormir. Si se duerme se muere. —Me hicieron pararme y caminar. Se me aclaró un poco la cabeza y de nuevo caminamos hacia el pueblo.

—Mira, Alberto —le dije—, tú eres orgulloso y no quieres que pidamos. Nos estamos muriendo de hambre y ya no traemos más que un peso. Con este peso vamos a conseguir de comer. —Llegamos a una casa y les pedí que si podíamos trabajar a cambio de comida. La señora nos miró de arriba abajo, no dijo nada, dio media vuelta y se metió. Yo creía que había sido descortés y ya nos íbamos cuando salió con una olla grande de caldo con verduras y pedazos de carne, y un tambo enorme de tortillas de harina. Parecía que estábamos jugando brisca, ¡pum, para adentro, luego luego! Nada más comí y empecé a sudar mucho y se me quitó el mareo aquel que traía.

Llegamos a Mexicali, a la frontera, al día siguiente. No teníamos un centavo y no conocíamos a nadie, así que pensamos meternos de una vez al otro lado y buscar trabajo. Cruzamos como cruzan los jugadores y los vagabundos de la frontera, por un canal de riego y por debajo de las alambradas. Pensamos que si trabajábamos unas cuantas horas tendríamos dinero suficiente para comer y después pues que nos echaran de vuelta para acá de este lado.

Caminamos durante dos días y dormíamos en las zanjas, cubiertos de yerba; únicamente comíamos naranjas verdes que agarrábamos de los árboles. Alberto nos aconsejó trampear un tren para podernos meter más adentro. Bueno, pues nos echamos a correr, junto al tren, Alberto y yo. Y ya habíamos pescado la escalerilla, y vimos que Faustino corría, pero cojeaba, pobrecito, y no podía alcanzar el tren. Nomás me vio Alberto, y yo lo vi a él, y comprendimos los dos y nos tuvimos que bajar. Nos regresamos todos, muy tristes, al "dipo", nos metimos por una ventana rota en uno de los almacenes y nos acostamos a dormir.

Por la noche Faustino se nos desapareció. Pensamos que se había ido a entregar a la Inmigración. Estábamos alarmados y al mismo tiempo pensando por qué lo habríamos traído. Luego regresó y nos dijo que había ido a una iglesia a rezar. ¡Fíjese! Y nosotros estábamos hablando mal de él. Hasta ganas sentí de llorar, ¿verdad?, me dio mucho sentimiento.

El mero día siguiente nos subieron a una camioneta de Inmigración. Cuando el "inmigrante" grandote se bajó de la camioneta, me impresioné. Luego luego me acordé de las películas y dije: —Ay, orita va a sacar la pistola, nos va a patear. —No, nomás nos subió a la patrulla y siguieron recogiendo a los mexicanos que venían en un tren carguero. La cárcel estaba llena, atiborrada, asfixiante y no nos dieron nada de comer. Uno de los de Inmigración le dio una patada muy fuerte por detrás a un mexicano, y me dio coraje. Luego nos llevaron de vuelta a Mexicali en un camión.

Estábamos cansados y teníamos hambre, pero fuimos a buscar trabajo en una de las panaderías. No había trabajo. Nos veíamos en una condición tan miserable que el maestro nos tendió la mano con tres pesos. —Tengan, muchachos, para que se echen un café a mi salud. —Yo me sentí muy humillado, como que éramos limosneros, o algo así.

—Mire, maistro, le venimos a pedir trabajo, no limosna. Yo le agradezco su oferta, pero limosna no queremos. —Yo creo que captó aquella cosa, la tristeza que me dio, porque nos dijo que podríamos trabajar al día siguiente.

Bueno, luego nos fuimos a uno de esos restorancitos de mala muerte a comernos unos tacos. Entonces llegó uno de los panaderos y le ofreció un trabajo a Faustino, para hacer pan francés, es decir pan de sal, bolillo. Cuando nos quedamos solos Alberto dice: —¿Sabes qué, compadre?, vamos a meternos al cabaré a ver a las putas.

—Ay, compadre, ya ni chiflas tú… Estamos que nos morimos de hambre y quieres ir a ver a las putas. Ya ni friegas tú… no se te quita lo cabrón.

—Sí, compadre, pero pos a ver si hay movida. A ver si podemos agarrar una putilla y luego que pase los centavos… Yo ya estoy que me friego de hambre. —Pues nos fuimos al cabaré, pero había consumo mínimo y las mujeres estaban horribles. Nos regresamos al restorancito y le pedimos a la señora si nos dejaba pasar la noche ahí sentados porque no traíamos dinero.

—Ah —dice—, ¡qué barbaridad!, pos cómo no me habían dicho, muchachos. —Y que se mete a la cocina y sacó unas tostadas y frijoles y no quiso cobrarnos.

Estábamos muy cansados y teníamos harto frío cuando regresó Faustino como a las siete y media. Él se acostó ahí en el amasijo, sin frío y sin nada.

Muchos hombres como nosotros se quedaban en la aduana vieja y para allá nos fuimos. Y que nos vamos encontrando a Joaquín, un muchacho de Bella Vista, y él y mis compadres decidieron hacer una casa con cartones y varas en el patio. Yo me fui a dormir a un rincón mientras buscaban las cajas y las varas. Pues hicieron una casita con tres paredes, clavando unos palos y cubriendo el techo y las paredes con cartones y más cartones para tendernos abajo. Por el frente no tenía pared para sacar los pies cuando dormíamos. Juntamos trapos para acostarnos y nos tapamos con la cobija de Joaquín.

El mismo día que hicieron la casa encontré trabajo, echándome dos turnos en una panadería; me pagaban 20 pesos el turno. Llegué feliz con los muchachos y les digo: —Compadres, ya no sufran, aquí traigo dinero. Ahora yo voy a hacer de marido y ustedes van a hacer de comer. —Ya habían acondicionado un braserito con unos tabiques y conseguido botes y una charola para hacer la comida. Ya entonces tuvimos bastante que comer.

Después ya se hizo célebre la casita y a nosotros nos decían "los muchachos de la casita". En las tardes, cuando todos los braceros estábamos ahí muy tristes yo me ponía a cantar y bailar y me ponía a chancear para que se alegraran. Yo debería haber sido actor porque me encanta divertir a la gente y contar chistes y cuentos. Entonces ya cuando ellos estaban contentos y andaban todos brincando y haciendo payasadas, me gustaba a mí sentarme y observarlos. Y así pasó el tiempo. Durante mes y medio los días se nos fueron dándole a diferentes trabajos y por las noches ahí divirtiéndonos. Vivíamos a la buena de Dios, como decimos aquí.

Mientras tanto estuvimos tratando de entrar a los Estados Unidos legalmente y para eso íbamos al Centro todos los días y por fin tuvimos todos los papeles listos. Ya solamente nos faltaba presentarnos en la aduana americana. Nos formamos en la cola y a esperar.

Había gentes de todos los confines de la República, muertos de hambre, sucios, andrajosos. A causa del fuerte sol que hace en Mexicali y la debilidad tan espantosa que llevaban, caminaban como borrachos. Vi uno o dos que se cayeron muertos, los pobres. En realidad muchos de ellos parecían almas en pena. Era una cosa triste, sí, triste de veras. Toda la gente estaba ansiosa por pasar; yo comprendí su desesperación porque yo sentía lo mismo.

Entonces empezaron los apretujones y los aventones. Le digo a Alberto: —No te vayas a salir, agárrate… agárrate. —Faustino y Joaquín no estaban con nosotros porque habían sacado números mucho más altos y tenían que esperar. Por una parte estaba yo contento de habernos librado de Faustino. Teníamos que hacerle todo. Por mucho tiempo no pudo trabajar porque tenía los pies vendados. Teníamos que compartir nuestro dinero con él, tuvimos que sacarle su número, conseguir dinero para sus fotos… todo. Él no hacía por moverse en absoluto. Y cuando sí trabajaba, el dinero lo mandaba a su casa. Eso nos daba mucho coraje. Pero por otra parte, creo yo que haya hecho bien, y nosotros hayamos hecho mal en olvidarnos de nuestros hijos.

Los aventones se pusieron peor. A mí me tenían entre dos grandotes, mucho más altos que yo, y yo ya me estaba asfixiando, me sentía como empa-redado, así que opté

por agarrarme de los pescuezos de los dos y me subí arriba. Me decían que me bajara. "¿Cómo que bájate? —yo dije—. Si me suelto, me matan." Luego Alberto se descuidó y que lo botan fuera de la cola. Había tanta gente allí que lo perdí de vista.

La oficina de Inmigración estaba arriba y había que subir unas escaleras. Bueno, entonces estos amigos que se suben la escalera y yo me subí colgado de ellos, porque de otra forma no se podía. Cuando nosotros íbamos subiendo un pobre muchacho gritó en una forma muy fea y todos volteamos a ver. Lo prensaron contra el barandal de la escalera y le rompieron las costillas. ¡Después de tanto sufrir y ya para pasar la frontera le rompieron las costillas!

Cuando llegué a la oficina me puse nervioso. Teníamos la creencia cierta y absoluta que el "inmigrante" conoce a la perfección quién decía mentiras y quién no y que tenía la facilidad de reconocer a todos los que van por allí. Entonces reparé en que no llevaba las manos ni mugrosas ni calludas… se me había olvidado untarme tierra. Quería acordarme cómo se siembra el maíz y cómo se cosecha y no me acordaba de eso. ¡Caray!, estuve temblando durante todo el interrogatorio. ¡Qué pesadilla!

"Bendito sea Dios… y Madre Santísima —pensé—, creo que sí me admitieron." Ya pasé un alambre y me llevan al "centro" donde nos examinaban. Me sacaron los primeros Rayos X de mi vida. Luego ya me encontraba yo en una cama de campaña esperando que me llamaran a trabajar.

¡Pensar que ya estaba en los Estados Unidos! Era una sensación… la emoción de lo desconocido, demasiado excitante para mí. Dije: "Pues bendito sea Dios que me permitió pasar. Cuando menos no voy a regresar fracasado y que mis amigos me vayan a hacer burla".

No tenía idea dónde había quedado mi compadre Alberto. ¡Qué bruto! Tenía yo un coraje de todos los demonios, y pensé que iba a tener que irme solo. Pero tenía yo permiso por tres días, así que esperé. Los muchachos se pusieron muy hermanables, muy amables todos, y dando consejos unos a otros, y ya comoquiera pasó el tiempo.

Al día siguiente oímos una campana y todos se empezaron a formar. Yo no sabía para qué era, pero me formé. Digo, cuando se trata de formación, yo me formo. Después del almuerzo empezaron a llamar a la gente para trabajar. Yo seguía esperando a Alberto y efectivamente lo vi venir. En el primer carro que llegó allí estaba. ¡Uy! Ya me volvió la alegría al corazón. —Vente, compadre, van a escoger gente.

Ya nos escogieron, a 60, para ir a un campamento en Catlin, California. Nos salimos muy orgullosos marchando como soldados. Pasamos a huellas, cicatrices y cosas así que lo distinguen a uno y ya nos dieron el pasaporte. Al rato que llega un *bus* de la Greyhound y ahí vamos.

Anduvimos en el camión todo el día y por la noche. Yo viendo todo, dije: —¡Uy, qué bonito está Estados Unidos! —Bajamos y entramos a un restorán y la gente —puros señores norteamericanos, señoritas— se nos quedaban viendo en una forma muy especial, ¿verdad?, y yo me sentí cohibido. Íbamos todos muy mugrosos, pero pues en realidad uno no tiene la culpa. No sabíamos una palabra de inglés y pues nos seguimos derecho al baño, nos lavamos, y nos regresamos al carro otra vez.

Estaba todo oscuro cuando llegamos al campo. El *manager* —se apellidaba Greenhouse— nos estaba esperando. Hablaba poco español pero comoquiera nos dijo: —Bienvenidos, muchachos. Aquí van a vivir. Procuren portarse bien.

Nos llevaron a unas casas de madera con literas. Yo agarré una de mero abajo y Alberto la de hasta arriba, tres literas más allá. El cuarto era pequeño, vendría siendo de unos tres metros de ancho por unos cinco de largo y nos metieron como a 16 en ese cuarto. Era muy caliente y estaba muy sucio y en la noche no podíamos dormir por tanta mosca y mosquito que había.

Confieso que sufrí un desencanto cuando vi dónde nos habían llevado. No se parecía ni en mucho, ni en nada, a lo que yo me había imaginado; cuartos no bien amueblados y nada de eso, pero más o menos digamos como de un hotel, por lo menos de ladrillo… una casa con camas. Porque así pues tantos humores no se revuelven. Estas cosas no las encuentro bien.

Nos pusimos a asear un poco el cuarto y animamos a los otros muchachos para que ayudaran. Lavamos el cuarto con mangueras, cortamos la hierba que había alrededor. Total, que como mejor entendimos, dejamos el cuarto un poco más limpio.

Desde el primer día me atacó a mí la tristeza. Antes no tuve tiempo de acordarme de mis penas, de lo que me había obligado a irme. Pero ya estando allí, otra vez volvió aquello, y otra vez… No podía yo creer cómo Graciela queriéndome tanto había podido ser tan mala. Me sentía herido, amargado. Pensé en mis hijos y le escribí una carta a mi padre. Le conté que nos pagaban 90 centavos por hora y que estaba trabajando ocho horas, 10, por día, de lunes a sábado. También escribí una carta a la casa de Alberto.

Vimos una iglesia. El padre, desde el primer día que llegamos, muy atento, muy cariñoso. Vino al campo a hablar con nosotros: —Muchachos, los espero mañana en la iglesia. Voy a tener una misa en honor de ustedes. —¡Hombre!, pues con aquellas cosas se siente uno en un plan más humano. A lo menos así lo comprendí yo. Pero el domingo unos decían: —Yo no voy —y otros se quedaron a jugar a la baraja.

Entonces empecé a decirles verdades: —Hombre, no sean ustedes tan infelices. El padre se toma la molestia de venir con todo su corazón, con toda su voluntad, a invitarnos a una misa especial para nosotros, y ustedes lo van a dejar plantado. No es de gentes buenas hacer eso. Si nos invitaran a embriagarnos todos iban a ir, ¡quihubo! ¿Qué les cuesta ir a misa?, como una hora de su vida, ¡hombre! Muchos de ustedes están diciendo ahorita que los padres son igual a uno y a veces peor… que eso sea no tiene que ver, uno va a la iglesia no a ver al padre, uno va a rezarle a Dios.

Nada más uno de allí de la cabaña se quedó, porque ese muchacho era evangélico. Le dije: —Pues, mira, estás en un error. Para mí cualquier religión es la misma, mientras se trate de adorar y respetar a Dios y se sienta y se crea en lo profundo del corazón. Yo respeto las creencias de todo el mundo, aunque yo soy católico.

En realidad yo ya en ese tiempo había leído la Biblia y empezaba a perder mi fe en los santos y en el catolicismo. En Mexicali un bracero que era evangélico me había regalado una copia del Nuevo Testamento. Antes de salir para los Estados Unidos me había dicho: —Manuel, sé que tu religión te prohíbe que leas esto, pero si acaso quieres

leerla algún día, aquí te dejo mi Biblia.

Siempre había tenido una curiosidad enorme de leer la Biblia pero tenía miedo de leerla por temor a ser excomulgado. Cuando tenía yo como 14 años leí el Antiguo Testamento por mi pasión por la historia. No sé de dónde la saqué porque mi papá no admitía eso en la casa. Un amigo me había dicho que podía leer el Antiguo Testamento, pero me advirtió que no leyera el Nuevo Testamento.

Una tarde en Mexicali, no tenía yo qué leer, empecé a hojear la Biblia. Los términos y parábolas son complejas, dificilísimas para mi intelecto, pero quise irme hasta la raíz, traducirlas, ¿no? Y en la Biblia no se admiten términos medios, o se es, o no se es, nada más. Sí era algo muy duro.

Después que penetré más en la Biblia le agarré temor, no porque fuera diferente de lo que me habían enseñado, sino que una vez penetrando ya sabe uno las leyes, es como un abogado graduado, que sabe por cada delito que comete la pena que le corresponde. Para qué voy a valerme de licenciados y secretarios cuando puedo hablar directamente con el presidente. Ahí me di cuenta que los santos eran ídolos de yeso y piedra, de barro, hechos por mano de hombre, así de que para qué iba a rezarles. También me di cuenta, por tanto santo que tenemos, tantos dioses como tenían los aztecas, la única diferencia es que modernizaron las imágenes. Para mí hay un solo Dios, y Dios es Amor.

Entonces me puse a hacer análisis, ¿verdad? Jesús dijo: —Así como a esta higuera, los conoceréis por sus frutos. —En México, en las penitenciarías, de 100 que están ahí, 99 son católicos.

Y si amigos míos, rateros, le prenden su veladora al santito antes de ir a robar, y las prostitutas tienen un santo dentro del cuarto y en una vela santificada se dan tres sentones para tener hartos clientes, bueno, si dentro del catolicismo hay tanta perversión, pues digo yo, eso no va de acuerdo con la verdadera religión.

¡Y de los curas! De los curas estoy desengañado porque no creo que sigan la ley de Dios. Hay un cura que conocí que hacía su jugada de póker ahí en la iglesia. Y da la coincidencia que siempre tienen una hermana viviendo en la casa, y los chamaquitos son sus sobrinos… Después de leer sobre la vida tan humilde de Jesús me pregunté: "¿Qué el papa duerme en el suelo? ¿Qué él lleva una vida como la que llevó el Nazareno, pidiendo limosna en los caminos, sin comer, sufriendo aguaceros, a la intemperie, predicando el evangelio por amor al prójimo?"

No. El papa vive en una opulencia portentosa, lo más fantástico en cuestión económica, porque dicen que todas las iglesias del mundo tienen que mandar el dinero para allá. Aquí, simplemente, na'más con lo que juntan Catedral y la Basílica de Guadalupe en un domingo yo podría vivir toda mi vida descansadamente con toda mi familia. Entonces, ¿cuál pobreza es la que vive el papa? ¿Y dónde está su caridad si hay tanta miseria en la misma Roma?

En Mexicali, dos misioneros evangelistas llegaron desde California a hacer una misión entre los braceros. Nos invitaron a comer a todos los que habíamos sin comer… no es sólo la comida que nos dieron, sino que lo que más vi fue la sinceridad, la compasión, el cariño que tenían. Cuando uno es de Tepito uno capta quién está mintiendo, quién es

hipócrita. Juro que esos hombres vinieron tan sanos de corazón, y entregaban las cosas tan espontáneamente, sin que les costara ningún trabajo.

Luego me puse a examinar a los evangelistas, a los adventistas, a los anglicanos que conozco. No he visto a ninguno que esté tirado de borracho a media calle, a ninguno que ande drogado; no fuman, no andan diciendo barbaridad y media, no andan cargando cuchillos. En sus casas tienen todo lo necesario, a sus hijos los traen bien vestidos, comen bien, tratan a sus señoras con un trato digno de gente humana. Viven unas vidas sanas, pacíficas. Pero dentro del catolicismo, la gente vive, bueno, como yo.

No perdí mi fe… seguí católico, porque no me sentí con fuerzas suficientes para guardar los mandamientos y las reglas tan estrictas que tienen los evangelistas. Después no iba a poder fumar, ni jugar, ni fornicar, y bueno, yo era incapaz completamente de observar la ley de Dios. ¡Carajo!, las cosas más agradables de este mundo se le deben al diablo. Creo que no nací para mártir. Todavía me falta dominar mi espíritu.

Entonces llegó el lunes. Muy tempranito oímos el ruido de los carros, los "troques" que llegaban y la llamada para el desayuno. La comida que nos dieron los primeros días era mejor que la que nos dieron ya después. En la mañana nos daban un par de blanquillos, avena, pan y café con leche de bote. De *lunch* nos llevaban tres sándwiches y frijoles. En la noche cuando llegábamos era hígado con papas, tortillas, sopa, bueno, estilo mexicano. Estuvo buena… al principio.

Después del almuerzo, cuando iba yo para el carro, pasé por la cocina y vi que tenían un montón de platos sucios. Tony, el que lavaba los platos, estaba muy enojado y echando puras maldiciones. Le digo: —Es mucho trabajo, ¿verdad, maistro? Sí, yo sé, también he trabajado en eso. ¡Y esos que tiene ahí… es un cerro! —Me salí, me subí en el carro con Alberto y me fui a trabajar. En el camino un muchacho de Michoacán dijo: —No vayan a trabajar muy aprisa. Váyanse despacito, porque si no se van a acostumbrar a que hágamos mucho y luego el día que no téngamos ganas de trabajar y trabájemos más despacio, nos van a echar.

Cuando llegamos allí empezamos a agarrar botes y a pizcar tomate verde.

Bueno, pues que empiezo muy girito. Que agarro y que me doblo y ahí voy, pum, pum, corte y corte jitomate. Y ahí van todos, parejitos… Al rato iba yo hincado, al rato me volvía a parar, y al rato iba yo sentado, pero siempre procurando no quedarme atrás de ellos, porque se fijan en uno. Los dos que iban junto a mí, ¡ah brutos!, parecían molinos cómo pizcaban.

Bueno, hay que acostumbrarse al campo. ¡Qué bárbaro! Duro, duro y duro. Cuando se llenaba el bote, lo cargábamos al hombro, y, ¡a brincar surcos!, para ir a vaciar a las cajas. ¡Madre Santísima, cómo me dolía la espalda! Bueno, en la noche sabía que íbamos a descansar.

En la noche, cuando terminamos de cenar, el jefe de la cocina me habló: —Eh, muchacho, ¿quiere trabajar en el restorán? ¿Sabrá lavar platos?

—Hombre, pues cómo no… todo el mundo sabe lavar platos. —Pues me pusieron a trabajar en la cocina. Servía el café, la avena, preparaba los lonches. Me pagaban nueve

horas, pero cuando mucho trabajábamos tres. Fíjese, nomás por haberle hecho a Tony aquella observación en la mañana. Y Alberto dice: —Mira qué suerte tienes tú. ¡Quién sabe a quién le rezas, hermano! Yo sí me voy a tener que ir a fregar allá… ¿cómo no me jalas pa'cá?

Luego me las arreglé para hacer otros trabajos entre comidas. Un filipino vino varias veces y nos daba un dólar por ir a trabajar a su campo. No debíamos hacer esto, pero no habíamos ido a pasar el tiempo durmiendo. Así que agarrábamos trabajos extra cuando se podía.

Cuando recibimos nuestro primer cheque me dice mi compadre Alberto: —Compadre, ¿vamos a la "jamaica"? —(A la kermesse que le decimos.)

—No —le digo—, nomás se trata de ir a gastar dinero; yo no voy, mano. Vas a empezar, "y que vamos a tomarnos una cerveza, y que vamos a tomarnos otra", y cuando menos piénsemos estamos sin un centavo, en la fregada. No, yo no voy, mano. —Total, sí fuimos a la jamaica, al baile. Tony nos llevó en su carro. Tony era mexicano, pero nacido allá, pocho, ni mexicano ni americano. En el baile las muchachas eran también americanas-mexicanas. Tenían unos vestidos muy bonitos, muy elegantes y pensamos que no iban a bailar con nosotros.

Pero Tony me presentó a Inés, una amiga de su novia, y ya bailé con ella toda la noche. Estaba muy bonita y hablaba español. Me cayó raro que luego luego de tú me habló y bailó conmigo. Antes de irnos me dijo: —¿Por qué no vienes a mi casa mañana a platicar? Tengo muchas ganas de saber de México. Vente alrededor de las siete.

Aquella noche ya soñé con puros elefantitos color de rosa. Estaba feliz. Al otro día que me levanto con muchas ganas de trabajar y servimos a todo el campamento. En la tarde vino el "chapo" —así les dicen a los filipinos— y me llevó a pizcar granada. Trabajé cinco horas y gané seis dólares veinticinco. Ya en la nochecita me fui a ver a Inés.

Siempre me daba vergüencita, ¿no?, entrar a su casa. Ella vivía sola con sus hijos, dos niños, que dormían en una recámara aparte. Había estado casada pero no sé qué había sido del marido. Bueno, pues entré a platicar y a tomar café. Luego puso música y empezamos a bailar. Y pues así bailando, se me quedó viendo y nos besamos. Y esa noche nos quisimos, luego luego. Dije yo: "Ahora sí, ahora sí". Ya tenía yo novia.

Al otro día estaba yo dormido en mi litera cuando oí que tocaban en la ventanita. Era Inés, había venido al campo a buscarme. —Tenía ganas de que me cantaras una canción —dice. Me subí a su carro y ahí nos vamos los dos. Yo había aprendido a manejar en el carro de Tony así que andaba yo feliz manejando el carro de ella, cantando algunas canciones y besándonos.

Pero más expectación causó un día que a la mera hora que estaban saliendo todos para lonchar y yo llegaba de dar una vuelta con ella, que se mete en medio del campo y me baja en la mera puerta de la cocina. Todos la vieron y empezaron: —Ándale, canijo, qué calladito… Ahora sí agarraste una con zapatos. —Y así me siguieron vacilando.

Inés estaba bonita, ¿sabe?, pero no estaba enamorado de ella. Después de lo que me pasó con Graciela, ya no quería que me pasara otra vez. Para mí el amor es un estorbo.

Me dejó con tanta amargura; el desengaño que sufrí fue espantoso. Cuando sentía que me estaba enamorando de alguien recordaba todos los errores y sufrimientos que pasé con Graciela. Pero fue el único amor verdadero que tuve. Y le agradezco a la vida que me haya deparado conocer a Graciela y vivir tan a temprana edad esas emociones. ¡Pero qué caro me costó!

En los Estados Unidos noté que el matrimonio es diferente. Me gustó la independencia y la fe ciega que se tienen el marido y la mujer. Yo creo que existe porque está basado en un fuerte principio moral. Mientras más dulce, más suavemente se tratan, mejor se portan. No les gustan las mentiras. Cuando dicen "no", es no, y aunque se hinquen y rueguen, es no.

En México no es igual. Pos de golpe y porrazo le sé decir una cosa, la fidelidad del marido a la mujer en México no existe. Nada más es nula. De 100 amigos míos los 100 son infieles a sus mujeres. Siempre anda uno a caza de nuevas emociones, no se conforma uno con una sola mujer, ¿verdad? Las esposas son más fieles… pudiéramos decir que de 100 como unas 25 son absolutamente fieles. Las demás, ¡uy!, pos le dan vuelo a la hilacha.

Varios en el campo se empezaron a enfermar del estómago por la mala calidad de la comida. Se quejaron con Greenhouse, pero él les dijo que al que no le pareciera que agarrara sus cosas y que diera por terminado su contrato. Con eso nos espantaba luego luego a todos y ya ninguno decía nada. Luego se dio el caso que en otro pueblo doscientos y tantos braceros se envenenaron por la comida. Entonces más fuerte empezaron a protestar y fue cuando Greenhouse optó por estar manda y manda gente para afuera.

Y así transcurrió la vida, ¿verdad?, hasta que me mandaron a pizcar. Entonces ya estaba por destajo, lo que me hacía. Pero como he explicado ya como me mandaron ya a pizcar de tercera mano, pos ya sacaba yo apenas lo del borde, ¿no?

Entonces para este tiempo una vez que me fui yo al jardín de Catlin sentí una punzada. Como ya he dicho antes, yo andaba un poco enfermo del apéndice, ¿no?, pero poquito, no mucho. Entonces más bien ya no me gustaba el trabajo, no me gustaba, no me estaba conviniendo. Luego que mi compadre Alberto me había dicho que él ya había ido al hospital con el doctor y le dijo que iba a necesitar operación urgente. Y entonces dije yo: "Si mi compadre se va a operar pos yo entonces voy al hospital; ahí no le hace, también tenemos que estar ahí".

Entonces yo me hice el enfermo del apéndice y en una ocasión le dije al *manager* del campo que me dolía mucho, y que me dolía mucho de este lado.

—Oh —dice—, seguro entonces es del apéndice. Vamos, te voy a llevar al hospital.

Llegamos al hospital y me inscribió. Entonces vino el cloroformista y me hizo análisis de sangre, me hizo análisis de orina y entonces nada más me dijo la *nurse:*

—Do you have any pain?

Yo no le entendía bien, ¿verdad? No sabía lo que era *pain* y yo creía que un "peine".

Le digo: —Pos sí, sí tengo. Entonces saqué el peine.

—No, no, *pain, pain* —porque no sabía hablar ella español—. ¿Dolor? Sí, dolor, ¿sabe dolor?

—Dolor, sí, dolor sí, me duele mucho. —Y me estaba doliendo mucho de este lado, aunque no me dolía tanto, no me dolía. Pero al otro día iban a operar a Alberto.

Luego resulta de que a los dos días lo iban a operar.

Esa noche me tuvieron ahí, me pusieron *ice pack* en el estómago y en la mañana, muy de mañana vinieron a preguntarme. —¿Cómo te sientes?

—Pos ya mejor, ya no me duele nada.

Bueno, entonces me sacaron del hospital, telefonearon al *manager* y vino otra vuelta por mí; me llevó al campo. Entonces fuimos a pizcar tomate y andando allá en el campo vi que ya no andaba mi compadre Alberto, y en el campo me empiezo a hacer otra vez el malo.

—¡Ay, ay! —Que me vengo desde el campo andando, hasta acá donde andaban los otros. Y ahora me dolió, pues poquito, muy poquito, casi nada, pero yo lo que quería era ir donde estaba Alberto, yo quería estar junto de él cuando lo operaran, porque yo quería ver, ¿no? Decía: "A lo mejor lo matan y yo ni cuenta me doy".

Y entonces llegué y le digo al *manager:*

—No, ahora ya me duele otra vez esta cosa, ya me duele así muy fuerte.

—Oh —dice—, ¿de veras?

—De veras.

Entonces que me lleva otra vez al hospital, que me vuelven a acostar, pero entonces me llevaron a acostar en un cuarto junto con un señor norteamericano. El cloroformista luego que entró que me dice:

—*You again?* —Pos yo me lo quedé viendo, yo no sabía lo que decía. Otra vez me fueron a hacer los análisis pero yo lo noté así como enojado, medio malhumorado, dije: "Bueno, pos al cabo qué… pues él no tiene que decirme nada".

Resulta de que entonces estaba yo acostado ya en mi cama, ¿verdad?, y pues yo estaba calmado porque dije, "me van a hacer lo mismo que la otra vez, me van a poner *ice pack* y mañana por la mañana operan a Alberto. Ya mañana me voy luego otra vez, pero ya sé cómo está".

Entonces estaba yo acostado en la cama, estaba yo muy tranquilo y el señor norteamericano tratando de platicar conmigo y yo con él por medio del libro. Bueno, entonces me dice:

—Oh, ¿viene desde muy lejos? ¿Qué cosa pues lo que te trajo acá?

—A trabajar, señor, yo nomás vine a trabajar.

—¿Tienes hijos?

—Sí —digo—, tengo cuatro.

—¿Tienes mujer?

—*No, I have no woman, it's right?*

—Oh —dice—, *I am sorry, I am very sorry.*

Yo entonces no sabía qué contestarle, ¿verdad?, porque unas poquitas palabras decía yo en inglés y otras en español como podía.

Por ahí tiene usted que estaba yo acostado cuando van viniendo con la camilla y me dicen:

—Pásate para este lado. —Ya me habían puesto mi bata y todo, ¿verdad? Que me paso a la camilla aquella y yo acostado así y ya empiezan a rodar ahora por el corredor y iba yo chiflando, ¿no?, y las enfermeras iban diciendo: —¡Qué valiente!, ¿verdad?, ¡qué valiente! —Porque iba yo chiflando y que no tenía miedo. Pero pos yo no sabía a qué me llevaban, ¿no? Me dijeron en inglés. Entonces este… llegamos a la sala y que me meten, me dicen:

—Pásate a la plancha. —Y me pasé a la plancha, y dije yo: "A lo mejor me van a hacer, este, Rayos X, o cualquier cosa, ¿verdad? Ahora sí ya no es *ice pack"*. Bueno, pues me pasaron a la plancha y ahí tiene usted de que estaba yo acostado cuando va llegando el doctor pues con su antifaz, puesto aquí en la boca. Va llegando el cloroformista y dos enfermeras y yo pos no, no tenía nervios, no tenía nada, todavía. Yo dije: "Nada más me van a hacer un reconocimiento". Pero me dice: *—Give me your hand* —y que le doy una mano y me la amarró, y dice: *—Give me another hand. —Okay* —y me la amarró también. Luego que me la amarra de la cintura, ¿no?, y hasta ahí todavía yo me empecé así a medio a excitar, dije: —Pos qué pasó… ¿qué, qué me van a hacer? No, esto ya no es examen. —¡Y que me amarran los pies! Luego pos hasta ahí todo iba bien, pero yo dije: "No, pos ahora, ¿qué cosa me van a hacer?", y cuando estaba yo pensando en eso: ¡pum!, que me tapan los ojos así con unos algodones. Yo gritaba: —¡No! ¡Yo no quiero operarme! ¡Yo no quiero operarme! ¡Ya no me duele nada! —les decía yo. Pero ninguno hablaba español y yo no hablaba inglés. —Yo no quiero operarme —les decía yo—, yo no entiendo nada, no me duele nada. —Y entonces sentí cuando me taparon los ojos, me pusieron la mascarilla y empiezan a soltar todo el éter, pero fuerte, fuerte, ¿no?, que yo sentía que me ahogaba. Decía: —Por favor, por favor, si ya no tengo nada, si no estoy malo. No me quiero operar, por favor. Me muero —decía yo—. *My heart, my heart* —porque el corazón me brincaba, ¿no?, me palpitaba. Y luego decía yo: "No, pues me van matar, me van a matar con toda seguridad. Mil dólares, ¿qué son para estos señores? —dije—, tan lujoso el hospital, ¿qué son para ellos 1000 dólares? Seguro me matan aquí". Y luego otra vez estaba diciendo: "¿Ya ves? ¿Para qué te entregaste?, ¿pa' qué veniste?, ¿para qué te dejaste?"

Pues pa' todo esto yo tenía ya un miedo espantoso, ¿no?, entonces yo dije: ''Yo no respiro y no respiro para que no me duerma, y no me he de dormir… Me voy a sentar y me voy a echar a correr. Yo me salgo aunque sea sin pantalones de aquí".

No creo que haya peor horror que el de tener que estar inmóvil y no poder respirar. Yo quería zafarme y no podía. Desde entonces le agarré pavor a que me sepulten. Sentirme sujeto y no poderme mover. Ahora sé que el infierno es la tumba y es un verdadero horror el que le tengo, y al infinito… Hasta ganas me dan de llorar cuando pienso que así vaya a ser.

Luego, nada más oí una especie de zumbido fuerte, muy fuerte en los oídos, y en medio de aquello sentí como que iba cayendo, cayendo, así, pero con una velocidad espantosa. No, primero vi como una luz de un reflector y como si me lo hubieran

manejado así recio, recio, pero rápido —velocidad supersónica—, se lo iban alejando y luego no fue la luz, sino que yo iba cayendo, iba cayendo, iba cayendo, y entonces en medio de aquel pozo, de aquel abismo en que iba yo cayendo, a la mitad vi a mi esposa que estaba parada, a mi esposa muerta, y que me veía así, ¿no?, de frente, como con coraje o rencor en sus ojos, ¿no?, y entonces yo decía:

—Paula, espérame, viejita, espérame. —Entonces ella se daba la vuelta y caminaba para aquel abismo hacia abajo, ¿no? Y entonces yo quería caer y me quedaba en el aire flotando, ¿no?, me quedaba así flotando con pies y manos. Y en eso se me apareció la cara de mi hija Mariquita, la más grande, me decía:

—¡Papá! —Pero así, tangible, así. Podría yo asegurar que casi la toqué así a mi hija.

Me decía: —Papá. —¿También ya tú moriste, hija? —Y entonces que hacía la lucha por caer, que ya me quería caer y no me caía, ¿no? Y entonces en medio de eso que estaba yo, quería decir: —¡Auxilio! —quería decir—. ¡Auxilio! —y nomás decía yo: —¡A…! ¡A…! —yo oía mi propia voz. Entonces en medio de aquello, oí que dijo el anestesista: *—Now, doctor!* —Y digo: "Todavía no estoy dormido, todavía no", les quería decir. Todavía no me duermo y todavía no me duermo, pos no me meta el cuchillo, por favor, que si todavía no me duermo. Y entonces sentía que me abrían la boca… me iban limpiando así para arriba y para abajo, pero yo todavía creía que sentía el cuchillo; entonces ya no supe más, ¿no?

Entonces poco a poco fui volviendo, fui volviendo y, ¡pum!, que trato de sentarme y que me acuestan, y que me acuestan. Otra vez que me trato de sentar y que me acuestan otra vez y entonces me dice mi compadre Alberto:

—Estáte quieto, compadre, te vas a lastimar.

—¿Eres tú, compadre, Alberto? ¿Eres tú? ¿Sí, compadre? ¡Compadre, compadre, no te dejes operar tú! No te dejes, de verdad, compadre, porque te chingan —le digo—. ¡Mejor no te dejes, córrele, compadre! Déjame aquí —le decía—, pero tú no te dejes —dije—. ¡Ay!, bájame los calzones, compadre, me arde de a feo.

—Déjate, compadre, es la venda.

—No, qué venda ni qué nada, son los calzones, me arde mucho, quítamelos. No te dejes, compadre, porque te van a fregar —le decía. —Bueno, pues ya después, mi compadre dijo:

—Ya te operaron, compadre.

—¿Ya me operaron?

Y entonces me empecé a sentar, ¿no?, y me di cuenta entonces que tenía las vendas y yo quería controlarme, pero el cuerpo mismo, los nervios; así que trataba de levantarme y la enfermera, una enfermera grandota muy guapa acostándome, acostándome. Total, me pusieron una inyección y ya me dormí.

Luego al otro día me levanto. Y a todos yo les decía, a poco que me llevaron:

—Yo quiero a mi compadre Alberto.

Luego aquél en el cuarto decía también:

—Traigan a mi compadre por acá mejor, ¿pos por qué lo tienen allá? Yo quiero a mi compadre Manuel —decía. Y todos los días estábamos así los dos. Él también estaba en

el hospital, pero en otro cuarto, en otra sala, pero no operado todavía.

Entonces me levanto en la mañana y vino la enfermera con el desayuno. Desayuné y dije: "Nomás ahora que salga voy a ver a mi compadre Alberto".

—*Where is, ah, Albert?* —digo.

—*Yes* —dice—, en el cuarto *seventeen, room seventeen.*

Le digo: —Gracias, *thanks a lot.*

Dice: —*You are very welcome.*

Ya ella se fue. Entonces después que ella se fue que me bajo de la cama y ya iba yo agarrándome de la pared y ahí voy, y ahí voy hasta el otro cuarto a ver a mi compadre. Llegué y le pregunté al mozo —porque el mozo sí era chicano, sí hablaba español.

—Oye —le digo—, ¿cómo está el del 17?

Dice: —Pos cáete que ya está muy malo porque tiene suero puesto, ya lo operaron.

—¡No, hombre!, ¿cómo que tiene suero puesto?, ¿ya lo operaron?

—Sí —dice—, tiene suero. Le pusieron unas botellas todo el tiempo, unas botellas de suero.

Y yo me acordé que a mi esposa ya le habían puesto suero ya cuando estaba agonizando. Dije: "¡Madre Santísima! ¡No vayas a permitir que se muera! —dije—, porque entonces sí, qué le digo yo a su tía, a su tío y a sus hijos, ¿qué hago yo?" Y ahí voy para el cuarto de él. Llegué y entonces estaba como dormido.

—Compadre, ¿oye, pa' qué te bajas de la cama?, ¿pa' qué viniste?

—No, pues yo quise ver cómo estabas.

—Pos estoy bien, compadre. —Pero yo vi que tenía abierto el estómago y de aquí salía una tripa que le habían dejado para que escurriera. Dije: "Cuando le cortaron yo creo, ¿no?" Yo vi que tenía un hoyo. Dije: "Es que le dejaron abierto. ¿Por qué le dejan abierto? Se va a morir".

—Compadre, ¿de veras te sientes bien?

—Sí, compadre —dice—, vete, ándale, si no me pasa nada.

—Me voy, compadre —digo al fin—, porque, si no, van a venir, me van a regañar. —Yo le estaba diciendo eso cuando llegan las enfermeras con un carrito y de veras me regañaron porque me salí del cuarto.

—¿Para qué te bajaste de la cama?, es malo. —Que me regañan, ¿no?

En realidad todo el mundo fue muy amable conmigo. Las enfermeras me enseñaron más palabras en inglés y me corregían la pronunciación. Yo ya brincaba y me bajaba de la cama como si hubiera estado bien siempre. Pero cuando llegó el doctor y me quitó la venda para quitarme los amarres, ¡que voy viendo el cortadón que me hizo! Y ya no me quise mover. Ya no pude ni caminar.

Estuve 17 días en el hospital. La compañía de seguros se encargó de todo… el cuarto muy bonito, unas camas muy lujosas con radio en la cabecera, teléfono en el cuarto… todo… algo que aquí en México está fuera de nuestro alcance. No nos costó ni un *penny.*

Realmente me sentí alguien en California. Todos me trataron bien, tanto en el hospital como en el trabajo. Me gustó mucho la forma de vivir de allá, aun cuando la encontré demasiado abstracta, demasiado mecánica, porque las gentes son como

máquinas de precisión. Tienen un día, una hora, un horario fijo, determinado, para cada cosa. Debe ser muy bueno ese método puesto que tienen un nivel de vida tan alto. Pero el gobierno les cobra impuesto por la comida, por los zapatos, por todo en absoluto. Si nuestro gobierno tratase de implantar aquí eso de los impuestos creo que hasta una revolución iba a haber. Porque a uno no le gusta que le estén quitando lo que es suyo.

Los braceros que yo conozco estamos todos acordes en una cosa, que los Estados Unidos son a toda madre. Hay alguno que otro que se queja… como Alberto que dice que los tejanos son unos pinches, hijos de la chingada, que tratan a los mexicanos como perros. También veíamos con muy malos ojos la discriminación contra los negros. Siempre habíamos pensado que la justicia americana era muy estricta, justicia en una palabra… que ahí no valían influencias, ni dinero, como aquí. Pero cuando sentaron a un muchacho negro en la silla eléctrica porque violó a una mujer, y a tres blancos los dejaron ir por lo mismo, nos empezamos a dar cuenta que también la justicia americana es elástica.

Pero todos notamos que hasta los obreros aunque no fueran muy adinerados tenían su carro, su refrigerador. Si se trata de ser todos iguales y de un estándar de vida bueno… pues yo creo que me linchaban por lo que voy a decir, pero creo que los Estados Unidos son prácticamente comunistas… dentro del capitalismo, como dicen, ¿verdad? Al menos en California, porque yo vi que un obrero le gritaba al patrón y el patrón se callaba. Ahí protegen al obrero en todos sentidos. Aquí en México los patrones son tiranos.

Cuando pienso en el sistema de vida de México, me siento muy decepcionado. Simplemente cuando viví en los Estados Unidos yo veía que otro se alegraba porque su amigo progresaba, ¿verdad? "¡Hombre, mis felicitaciones, qué bueno que te esté yendo bien!", todos lo felicitaban. Pero aquí… le voy a explicar… Un amigo mío se había acabado de comprar una camionetita. A base de sacrificios, de mucho trabajar y mal comer, poco a poco y guardando y guardando y guardando, creció y creció y llegó el día en que pudo comprar una camionetita nueva, nuevecita. Llegó a la casa donde él vivía y la estacionó en la puerta. Se metió a su casa y cuando salió, la pintura de la camioneta rayada, pero rayada, con un fierro. ¡Hágame favor! ¿No es envidia pura ésa?

En lugar de tratar de elevar la moral al individuo aquí tenemos por lema: "Si yo soy gusano, al otro lo hago que se sienta piojo". De veras, aquí siempre debe uno estar más arriba. Bueno, porque yo mismo lo he sentido por eso lo digo. Y pos en realidad creo que sí soy mexicano, ¿no? Lo he visto hasta en los papeleros, en los viñeritos que andan juntando papel. Hasta en los rateros hay categorías aquí. Luego se ponen a alegar, ¿no? "Y que no, que tú, que quién sabe qué, te robas puras chanclas viejas… Yo, cuando agarro, ¡agarro bueno!" Luego el otro le dice: "Tú tomas puro aguarrás… yo siquiera m'echo mi alcohol del 96, refinado. ¿Cuándo tomas tú d'eso?" Así por lo general es aquí.

No es que odiemos a alguien porque ha tenido mejor fortuna. No siento odio contra el rico más que lo que dure en darle tres fumadas al cigarro. Al menos en mi caso, comprendo que me perjudica ensimismarme en eso, porque entonces me siento menos

de lo que soy. Y yo quiero ser quien soy, cuando menos. Por eso no quiero analizar las cosas bien detenidamente. O a lo mejor es un caso de huir o no querer ver la realidad de mi condición. Cuando hay odio de mi clase hacia otra persona casi siempre es por razones sentimentales, nunca que yo me acuerde por razones económicas. Cuando uno siente odio hacia la humanidad es cuando uno está decepcionado de una mujer, o porque un amigo lo traicionó a uno. Las mujeres son las que tiran más contra la gente rica, posiblemente sea porque la mujer siente más las privaciones que el hombre, ¿no?

La cosa es que no hay igualdad aquí. Es tan grande, tan marcado el contraste, que el que es rico, es rico de veras, y el que es pobre, es pobre en toda la extensión de la palabra. Hay mujeres con niños en brazos y otros agarrados a sus faldas que van de puerta en puerta mendigando qué comer. Hay muchos como mi tío Ignacio que le dan a su mujer tres pesos diarios para el gasto, otros que no saben de dónde van a sacar para la próxima comida; y a nadie le pasa por la mente todo esto. Para los ricos esto ha de ser un milagro, o punto menos que milagro.

Mire, en una orgía, en una fiesta, en una recepción que hacen en las Lomas algunos de los millonarios, gastan en una sola noche lo que alcanzaría para mantener a todo un orfelinato durante un mes. Creo yo que si pudieran descender de su pedestal y bajar a convivir, a ver siquiera, la miseria en que están sus compatriotas, por su cuenta mandaban meter luz, drenaje, y daban de comer a las gentes. A mí me gustaría tener lo que ellos tienen, digo yo, para aliviar un poquito el dolor de los pobres que conozco, los más allegados, y aliviarles sus necesidades. Pero a lo mejor estando ya muy ricote y al estar paseando en lancha, o andar en los caballos, o en el avión, ya no me iba a acordar, ¿no? Los pobres se juntan con los pobres… saben su lugar, y los ricos, bueno… ellos van al Hilton. El día que me atreva a ir al hotel Hilton es que ha habido otra revolución.

Yo no sé mucho de política… la primera vez que voté fue en las últimas elecciones… pero no creo que haya mucha esperanza ahí. Y no podemos tener ninguna clase de mejoras sociales para la clase obrera porque solamente serviría para enriquecer a los líderes. Los hombres en el gobierno siempre acaban ricos y los pobres siguen tan mal. Nunca he pertenecido a un sindicato, pero mis amigos, los que sí pertenecen, dicen que pueden correrlos sin ninguna indemnización porque los líderes y los patrones hacen arreglos entre ellos. Sí, tenemos un largo camino que recorrer aquí. Le digo, progresar es una cosa difícil.

Alberto salió antes que yo del hospital. El *manager* del campo, Greenhouse, lo llevó a esperar el *bus* para mandarlo a casa, pero él se hizo el que se le había hecho tarde, que esto, que l'otro, y en eso se pasó el camión. Se le fue al *manager,* desertó del campo y se fue con Shirley, su mujer de allá, se fueron para su casa. Yo salí al otro día y tuve dificultades para escaparme del *manager,* pero me metí en una zanja hasta que un amigo mío me dio un aventón a casa de Shirley.

Greenhouse nos reportó a Inmigración y por tres días nos estuvimos allá encerrados en la casa de Shirley. Ella me arregló una cama en el suelo y Alberto dormía con ella. Luego trabajamos en un campo de uva y 20 días después de operado me metí de

swamper, a cargar cajas que pesan alrededor de 48 kilos. En realidad es un trabajo bastante pesadito y yo me enfermé. Le mandé a mi papá una carta en la cual le decía que me mandara centavos para regresarme, pero él me mandó decir que no tenía un centavo, porque todo mi dinero como iba llegando lo iba invirtiendo en material, porque él entonces estaba construyendo una casita en la colonia El Dorado.

Entonces opté por trabajar un poco más de tiempo para juntar dinero para irme. Fui a pizcar algodón, pero vi que era un trabajo en el cual yo no iba a hacer nada. Además me algodoné; se me hincharon las manos, se me pusieron muy feas. Por fin le dije a Alberto: —Mira, compadre, hasta aquí hemos estado juntos, pero tú por lo que veo ya te ilusionaste con esa mujer. Yo no tengo aquí ilusión en absoluto. Si tú te quieres quedar, dime de una vez, porque yo me voy.

—No —dice—, no puedo irme, tengo mi ropa en la tintorería.

Pues yo al día siguiente tomé un carro para Mexicali. Para ese tiempo yo tenía nueve meses fuera y ya me ansiaba por ver a mis hijos, a mi padre, a mis amigos. En Mexicali no podía encontrar ni tren ni camión para salir de la ciudad. Había tanta gente que en todos los hoteles no había un solo cuarto. Era muy peligroso andar por las calles con 2000 pesos, algo así, en la bolsa y cargando la caja donde traía yo toda mi ropa. Ahí en Mexicali seguido amanecían muertos los braceros que asaltaban por quitarles lo que traían. En esa ocasión sí experimenté miedo. Total, que decidí tomar un avión a Guadalajara. Estaba muy carote, quinientos y tantos pesos, pero hacía yo nueve horas en lugar de 52 en el camión, yo por venirme rápido, ¿no? Era mucho ahorro de tiempo. Yo lo que quería nomás era llegar. En Guadalajara tomé el camión de primera para acá para México.

Llegué como a las seis de la mañana, exactamente el 20 de noviembre. Me acuerdo porque era el día del desfile. Cuando llegué a Bella Vista apenas unas señoras salían a comprar la leche, ¿verdad?, porque era muy temprano. Luego el barrendero, don Nicho, andaba barriendo por allá por el cuadro que está en el jardín.

—Quihubo, Manuelito.

—Quihubo, señor Nicho.

—Pos ónde andabas, tú —me dice—, jodido éste.

—Pos me fui de bracero, señor Nicho.

—¡Ah qué loco éste!… También te entró la calentura.

—Pos sí, me fui a ver qué…

—Y, ¿qué tal?

—No, bien. ¡Bendito sea Dios!, señor Nicho. Bueno, ¿usted gusta?, vamos a llegar a casa.

—Ándale, Manuelito, pos que te vaya bien.

Me fui caminando, entré por el patio, donde está el jardín, ¿verdad?, por los bañitos y después me paré en la puerta. El corazón me brincaba a mí de gusto, ¿verdad? Estaba yo gozoso que iba yo a ver a mis hijos. Dije yo: "¿Cómo reaccionarán?" Pero como nunca había tenido llave de la puerta porque mi papá era el único que la tenía, dije: "Orita les voy a dar una sorpresa". Y empecé a chiflar, ¿no?, como les chiflo a ellos. Y

se oyeron ruidos dentro de la casa. Luego se oyó como que abrieron la puerta, y empezaron a gritar: —¡Mi papá, mi papá, mi papá!

Luego se oyó el rechinar del tambor, como que alguien se bajó de la cama. Y se oyeron pasos así apresurados hacia la puerta de la cocina y abrieron.

Era mi papá, en calzoncillos. Y al abrir le vi una expresión así de alegría en el rostro, ¿verdad?, pero él inmediatamente al tenerme frente a él procuró serenarse y tragarse esa emoción, ¿verdad?, y se puso serio.

—¿Ya venistes, hijo?

—Ya vine, papá.

Yo creo que tenía ganas con todas sus fuerzas de darme un abrazo. Yo también sentí unas ganas inmensas de abrazarlo cuando llegué… pero… la barrera, ¿no? Él se contuvo y al mismo tiempo le adiviné el gesto y me contuve yo.

Yo hasta lloré que vi a mis hijos otra vez. Mis hijos, abrazándome de la cintura, ¿verdad?, el más pequeñito de las piernas. —¿Qué me trajistes, qué me trajistes?

Y le dije a Dalila: —Fíjate, Dalila… —Porque Dalila ya se paró, ¿no?

—¿Y quihubo, cómo le fue, cuñado?

—Pues bien, cuñada, a todo dar.

—Sí, ya se ve —dice—, está más repuesto, se ve más fuerte.

—Pos sí… pos el trabajo allá… me tenía que parar diario temprano, y luego cargar cajas y esas cosas… siempre se embarnece uno.

—Ah —dice—, y qué tal aquí… son las 10, las 11 y apenas se está voltiando p'al otro lado.

—Bueno —le digo—, eso era antes. Ora ya me acostumbré a levantarme temprano.

Y después le dije: —Mira, cuñada, te traía yo un relojito, pero el error que cometí fue traerlo en el estuche… traía yo unas sandalias para Mariquita, traía un patito para… y ahí en el aeropuerto, porque me vine en avión, ¿eh?

—N'hombre, no la friegue…

—Sí, me vine en avión.

—¡Hijo!, ¿no le dio miedo?

—Pos vieras que sí, tú. De primero que me subí al avión sí me dio miedo, porque, ¡ah jijo!, se ve refeo pa' bajo. Se ven las casas chiquitas y las gentes parecen hormigas. Pero ya después es muy bonito porque no se siente ningún golpe, ningún malestar. Viaja uno a todo dar.

—Ándale, cuñado, ahora sí se aventó usté, ¿no?

—Sí… y así es de que pos… Miren, hijos, nada más les voy a dar centavos, porque como les decía… allí en el aeropuerto el de la aduana me dice: —A ver… —Empezó a revisar, y me dice así quedito, ¿verdad?: —Pásate unos centavos porque si no no te dejo pasar nada. —No, qué le voy a dar. —Dice: —Esto no pasa —y que me saca las sandalias porque venían en un estuche, me saca el reloj porque venía en un estuche, me saca los juguetes que traía en la cajita. —Todo esto es artículo de lujo —dice—, esto debe pagar impuesto.

—Bueno, pues a ver, ¿cuánto es del impuesto? —Creo que me cobraban más de

impuesto que lo que me habían costado en dólar. Dije: —¡Qué…! —No —dice—, entonces tendrá que dejarlas. —Sí, las dejo. —Y luego un tipo que estaba ahí me quería dar 50 pesos mexicanos por todo. Y le dije: —Si no vengo muerto de hambre, cabrón. —Que agarro las cosas y ahí delante de ellos que las rompo a patadas, todo que lo rompo. —Pero yo fui el pendejo, cuñada, yo tuve la culpa, porque Alberto ya me había explicado antes na'más que yo no me acordé, hasta después que pasó. ¡Fíjate nada más qué bruto!

Alberto me dijo: —Mira, compadre, cuando vayas a pasar la aduana, echa unos calzones mugrosos, y los calcetines, arriba de la caja. Y así los de la aduana, como están acostumbrados a agarrar pura cosa limpia y eso —dice—, les hacen el gesto y no revisan bien hasta abajo. Y si no quieres hacer eso, mete un billete de a 20 —depende de lo que lleves— mero encima de la caja, para que cuando lo abra, luego luego lo vea. Entonces ya se hacen majes ellos y agarran nada más el billete y hacen como que esculcan, pero no esculcan y te dejan pasar todo.

Entonces, mis hijos contentos, ¿verdad?, brincando, bailando que estaba yo ahí. Ya le di su peso a cada uno.

Mi papá mientras allá poniéndose el pantalón de mezclilla, al poco rato salió a trabajar. Pero antes de irse dice: —Hijo, ¿no traes centavitos por ahí? —Sí, cómo no, ahí tengo en la cartera. —Pero yo le quería dar la mitad de lo que traía. Y él dice: —Échale, échale. —Y así de 100 en 100 le fui dejando todo y me quedé yo con 200 pesos en la bolsa.

Ya le digo, una vez que se hubo ido mi papá, vi un bultito chiquito en la cama, y vi que el bulto empieza a patalear. Mi suegra se levantó de dormir, y como no queriendo la cosa me dice: —Pos es su hermana.

¡Ah, jodido! Yo sentí que me dieron un macanazo en la cabeza, me atarantó el golpe. Dije: —¿Cómo mi hermana? —Bueno, estaba yo tan pendejo así que no pude hacer deducciones pronto… Me dejó así como destanteado, ¿no? Dije: —¿Mi hermana?… ¿por qué mi hermana?

Y luego Dalila me sacó de esa confusión que tenía. Me dice: —Ésta es la causa por la que estaban enojados sus hermanos conmigo.

¡¡Ahhhh!! Entonces fue creciendo de tamaño mi admiración. Dije: "Hijo, pos sí, mi papá se mandó… Ah, fregado de mi jefe… se mandó. Fregado de mi jefe, ¡pos no ya se echó a Dalila!" Me hacía cruces yo, ¿no? Me decía yo: "Bueno, ¿pos mi papá cómo le haría pues, para convencerla?" Porque no creo que Dalila haya querido a mi papá cuando se juntó con él, no, no lo creo. Ahora sí creo que lo quiera porque a pesar de ser bastante joven para él —él puede ser su papá—, es un hombre que es fácil de quererlo, por sus acciones, ¿no? Dalila ha de haber pensado así: "Bueno, mi hermana me dejó el encargo de sus hijos… son mis sobrinos, de mi sangre, y si al fin y al cabo he de estarlos cuidando por nada, bueno, pos, qué mejor que… me caso con el papá de Manuel y así mato dos pájaros de un tiro. Si he de estar con ellos de todos modos… de sacrificarme de una forma, me sacrifico por entero".

Y así como que muy adentro me dio corajillo, ¿no?, pero me controlé y le dije: —

Hiciste muy bien, cuñada, hicieron bien los dos. A todo dar. Mis hermanos que se vayan al carajo, no les hagas caso, están locos los cabrones. Total qué, pos…

Como le digo, ya me dormí hasta mediodía, ¿verdad? Luego me salí a ver a los cuates. Anduve contento de ver mi barrio otra vez. Yo había vivido aquí toda mi vida y era todo mi mundo. Cada calle era algo para mí: Violeta, donde nací y donde todavía tenía las caricias de mi madre; Magnolia, donde los Reyes me trajeron mis primeros juguetes y me hicieron dorada mi niñez; Sol, me recuerda una canción, "Amor perdido, si como dicen que es cierto…", que una vecina estaba cantando cuando mi mamá iba rumbo al panteón; las calles donde mis familiares, mis amigos y mis novias vivían. Estas calles fueron mi escuela de sufrimiento, a las que les debo comprender lo que me va a perjudicar y lo que me va a beneficiar, cuándo debo ser sincero y cuándo ser taimado.

Fuera de mi barrio ya no me siento en México. Soy un pez en el agua dentro de Tepito, pero bajando de aquí y saliendo a la calle, siento que me miran sospechoso, que no es mi ambiente, ¿no? Y menos meterme digamos en Polanco o cualquier colonia de ésas. No, a estas horas no soy capaz de andar por ahí, porque pos pienso que van a creer que soy ratero —porque la gente es muy sospechosa por aquí, toda la gente de dinero, ¿no?—, y no pueden ver a uno así jodido, que ande vestido así, porque inmediatamente es uno ratero. Y como donde hay pesos hay razón, pos no hay modo de ponerse uno a alegar, ¿verdad?

Pues me dio alegría llegar a México, pero después me dio sentimiento ver la pobreza en que vivimos, ¿no?, en la suciedad que comemos, porque pos sólo cuando llegué de allá pude darme cuenta de todo eso. Es que usted sabe allá los mercados cómo son… y luego acá… en un papel periódico tendido en el suelo tenían las naranjas amontonadas, los tomates o los chiles… y luego, naranjas podriditas… namás les cortan lo que está podrido, y así peladas, mochas de un cachito, las venden. Los tomates, los jitomates, les hacen la misma receta. Y dije yo: "No cabe duda que estamos bien jodidos, sinceramente". Sentí tristeza por eso, ¿no? Y después con ganas, con ganas así, de veras de corazón, dije yo: "Me voy a volver a ir para los Estados Unidos mejor". Pero pues en realidad la verdad de las cosas —y conste que no entra nada de malinchismo en esto, ¿eh?, porque no es malinchismo—, me hubiera gustado más haber nacido en los Estados Unidos o en algún país europeo, digamos Inglaterra… porque Italia… con todo su romanticismo, y paisajes y esas cosas… me hubiera gustado más haber nacido en una de esas naciones de una cultura más avanzada.

Como le digo, me sentía otro y venía ya con otras intenciones, porque allá en los Estados Unidos pos le tomé mucho amor al trabajo, y tenía fama de ser trabajador allá. Luego quería yo que mis hijos almorzaran diario un par de huevos o una taza de avena. Bueno, venía yo con mil ilusiones, ¿no?, de mejorar, de prosperar en la casa.

Pero… lo que me decepcionó fue que llegó la primera noche, y yo agarré mis costales y me acosté en la cocina, ahí al ladito del brasero donde siempre me dormía. Y yo esperando un pequeño rasgo de mi padre, un cambio, ¿no?, porque ya era otro el que venía, que me hubiera dicho: "Acuéstate en la cama, no te acuestes ya en el suelo, acuéstate con tus hijos". Pero no, yo agarré mis costales y me fui a dormir en la cocina y

él no me dijo nada.

Por un tiempo estuve con mi familia. Consuelo y Roberto se habían ido a causa de Dalila. Nadie sabía dónde Roberto pudo haber desaparecido y Consuelo estaba viviendo con mi tía Guadalupe. Por cierto siempre que veía a mi hermana insultaba a Dalila, la hacía punto menos que cucaracha para poderla aplastar. Consuelo vio a Dalila como enemiga desde un principio y mostró aversión hacia ella porque le iba a quitar el lugar que tenía en la casa. Y aunque Dalila le ofreció las ramas de olivo, la paz, ella se las aventó a la cara como si debajo tuvieran espinas de un metro.

En realidad —y siento feo decirlo— era egocentrista mi hermana… Egoísta, siempre viendo por ella misma. Desde que le entró esa cosa de completar sus estudios tiene un complejo de superioridad con nosotros, y se apartaba de todos, como si no tuviera ya nada en común con nosotros. Sólo porque había adquirido unos pocos de conocimientos se volvió rebelde y ya no quería inclinarse ante la autoridad paterna. Alega que mi papá no tenía derecho a echarla de la casa porque él era responsable legalmente de ella. Estaba pidiendo algo así como una justicia legal de su propio padre, como si estuviera tratando con el gobierno. Y cómo podía hacer esto. Él es mi padre y puede hacer de nosotros lo que quiera.

Consuelo usó sus dificultades con Dalila y mi padre como excusa para irse a Monterrey con un tipo. Desde que se inventaron las excusas, me parece que no hay nadie que haga nada malo. La cosa es que a mi hermana le falta valor moral. Sí, yo conozco a una muchacha que el papá corrió a patadas de su casa cuando únicamente tenía 14 años y eso no lo usó como excusa para largarse con el primer hombre que encontró. Se puso a trabajar y hasta hoy es señorita.

Consuelo decía querer mucho a mis niños, pero no se acomidió nunca a lavarles una ropa, ni hacerles un día de comer. Porque usted sabe, una cosa es decir quererlos y otra cosa demostrarlo, como Dalila. Es cierto que después de que murió mi esposa, Consuelo tenía buenas intenciones y se sintió bastante valiente y humilde para hacerse cargo de ellos, pero no pudo continuar con eso más de dos semanas. ¿Si era ella tan buena tía por qué nunca le dio a mi papá dinero para mis hijos? ¿Por qué? Es verdad que les compraba dulces y regalos, pero cuando les compraba ropa y esas cosas siempre venía a pedirme que se los pagara. Lo que yo digo es que Dalila, no teniendo dinero, ni teniendo mucho estudio, todos los días lidiaba con mis hijos, batallaba con ellos y eso es lo que vale para mí.

Marta, pues, pobrecita de ella, ¿verdad?, es la más… bueno, válgame la expresión, más insignificante, es la más humilde. A raíz del fracaso que tuvo con Crispín, el padre de sus hijas, se vino a vivir a la casa con sus tres niñas. Ella cree que el mundo ya se acabó para ella. Parece contenta porque tiene a mi papá, pero en el fondo yo sé que sufre. Porque ella ha de pensar que ya está condenada a vivir siempre en la soledad a razón de sus hijas; ha de creer que no va a haber hombre capaz de aceptarla con sus hijas. Yo sé que tiene problemas de esta índole y desgraciadamente no podía hacer nada en este caso, ¿verdad?, porque, ¿cómo le diré?, no es persona que quiera abrir el corazón ni a sus hermanos, ni a su padre…

La verdad es que las vidas de mis hermanos y especialmente la de mi padre, siempre han sido un misterio para mí. Una cosa que no le encuentro explicación, y no quiero encontrarle explicación, en una palabra, es cómo se las ha arreglado mi papá… Siempre nos ha dado de comer bien, pues lo que se acostumbra aquí… manteniendo a tantos y con tan poco dinero. Me hago cruces cuando pienso en eso… no es que crea que hiciera nada malo… pero para mí, yo creo que mi padre, como es el que compra todas las cosas del restorán, en alguna cosa le ha de subir el precio, se ha de quedar con 50 centavos o un peso en cada cosa. Si no, ¿cómo podría mi padre con tanto? Puede ser también que como tiene muchos años comprando, las gentes que le venden a él le den fruta, café, barbacoa, y eso. Si no, ¿cómo iba a poder con un sueldo de 11 pesos?

Si mi papá se quedaba con un peso o dos cuando hacía las compras es cosa que no le tomo a mal. Por el contrario, yo soy el que me siento culpable, y mis hermanos, porque él lo hacía por nosotros. Cada día que pasa crece mi admiración por mi padre, no porque me haya ayudado con mis hijos, pero porque en realidad se necesita ser muy hombre para mantener las cosas como él.

¡Ah!, pues como le decía, entré a trabajar otra vez a los vidrios. Y luego una semana se me hizo tarde el lunes, se me hizo tarde para entrar. Entonces el patrón me castigó. Me dice: —Pos no, sabes, de que te vas a descansar toda la semana. —Pos ándale, está bueno —le digo. Agarré y me salí.

Entonces a este muchacho Joaquín, lo había yo conocido allá en Mexicali —es el que le digo que llegó a la casita de cartón que teníamos—. Y él me había dicho desde aquella vez: —Mira, cuando estemos allá en México, a ver qué día me vas a visitar a la plaza. No seas pendejo —dice—, pa' qué trabajas, ahí —dice— están los pesos y no necesitas trabajar mucho. —Porque yo le platiqué cómo era mi trabajo allá y todo.

Las experiencias que tengo de cuando vivía mi madre y estaba en el baratillo, pues son muy vagas, porque he de haber estado pues realmente chico, muy chico. Lo único que recuerdo que mi madre me llevaba con ella cuando empezó a trabajar. Me gustaba… se me hacía el ambiente bonito, se me hacía una cosa muy pintoresca. Los ayateros en aquel tiempo gritando por las calles: "Botellas… o ropa usada que veeendaaan…", como gritan todos.

Dentro de las plazas, es más bien el medio rural el que impera. Uno ya conoce a sus compradores y ya comienza uno a platicar, ¿verdad?, se entabla cierta… podríamos llamar… amistad entre comprador y vendedor. No como en Palacio de Hierro, Salinas y Rocha, Sears Roebuck, porque ahí son muy tajantes. No entablan plática con el comprador, salvo muy contadas excepciones; que sea un comprador que compre fuerte, ¿verdad? Entonces se atreve el dependiente a platicarle tantito, a jugarle alguna bromita, o contarle algún chiste. La gente que tiene centavos, burócratas, gente más o menos acomodada, se va a meter a esas partes, pero allá llegan y nadie les entabla plática, nada más les dan el precio y les explican la calidad, así, mecánicamente, ¿verdad?, y ahí hay precio fijo. Aquí en la plaza se tiene una ventaja, se puede ofrecer, y en esos lugares es "tómelo o déjelo". Aquí tienen el chance de defenderse.

En realidad la plaza de Tepito es muy próvida. Mire, para acabar pronto, todos los

ayateros de aquel tiempo son los que ahoy, en la actualidad, son los que tienen casas muy bonitas y tienen bastante dinero. Porque antes —como no estaba muy generalizada esa costumbre— había muy pocos ayateros para todo el Distrito Federal, y por ejemplo, venían y en una inversión de 50 pesos, cuando menos se ganaban doscientos en aquel tiempo.

Varios de los ayateros viejos —*el Chato, el Contola, el Oso, la Gringa, el Mal Hombre*— todavía se acuerdan que se llevaban 500, 700, 1000, 2000 pesos diarios de esa plaza. Y no es exageración.

Hay un individuo que llegó a traer en la bolsa —así efectivo, cargando en la bolsa— doscientos y pico de miles de pesos. Y no lo asaltaron por ahí, porque yo me he dado cuenta que teniendo trato con los rateros son más honrados que el obrero, son más nobles…

Yo lo he experimentado. Pasa esto, mire, cuando me casé con Paula, siempre me encontraba yo uno que andaba por ahí, un raterito. Éste, pues, de repente andaba de traje de gabardina, andaba de reló de oro, de repente andaba hasta sin zapatos. Cuando llegaba el periodo de que andaba sin zapatos —no que me conociera, no que fuera mi amigo, no, sino que me encontraba en la calle— me decía: —Muchachón, muchachón… Pasa un veinte, ¿no, mano?, pa'echarme un piquete. —(Un trago, ¿no?)

Y yo pues en primera por estar bien con ellos —porque yo tenía que llegar noche, siempre llegaba noche a casa—, yo decía: "Ya con el veinte no me hacen nada el día que me encuentren; no me asaltan".

—Sí, hermano, cómo no. —Ahí está el veinte, el tostón, los 40, los 30… siempre que tenía nunca le negué.

Bueno, una ocasión que Paula se empezaba a sentir mala, de la niña, salgo yo corriendo en la madrugada, salgo corriendo como a las cinco de la mañana, pero destapado, ¿no? No traía yo cinco centavos, porque entonces no estaba yo en la plaza —no sabía yo ganar el dinero ahí en la plaza, más que trabajando, y no había trabajo.

Bueno, pues ya le digo, salgo destapado con la intención de ver a la doctora. Entonces me encuentro al ratero éste que venía llegando. Traía un bulto cargando —pues yo creo cosas que se había volado por ahí, ¿no?—, hasta me tropecé con él.

Dice: —Quihúbole, quihúbole, muchachón. Pos qué… ¿adónde vas?

Le digo: —Mira, hermano, ahorita no tengo tiempo de platicar… Ahorita nos vemos…

Dice: —A ver… ven, ven —yo ya me iba, ¿verdad?—, ven, hombre. ¿Pos adónde vas? ¿Oye, pos qué te trais? Pos te ves… te ves muy apuradón… ¿Por qué sufres? A ver, dime… o qué, ¿qué te pasó?

—No, hermano —le digo—, sabes qué cosa… que pos… voy a conseguir una feria. —(Yo quería ir a ver a la doctora, pero a él le dije que iba a conseguir una feria, pa' que me dejara ir, ¿no?) Le digo: —Sabes que voy a conseguir una feria, mano, porque orita está mala mi esposa y no tengo ni cinco centavos, hermano.

—¡Uuuuh! —dice—, ¿eso? No, eso vale madre… No te apures, mira… ¿Cuánto necesitas?

—Pos no, hermano —le digo— pos… —(En ese tiempo 100 pesos —le anticipo— para mí era mucho. Era lo que yo ganaba apenas a la semana y trabajando bastante.) Le digo: —No… pos… pos cualquier feria, mano, pero… pero… sí… este… pos sí, necesito algo. —(No le quise decir cuánto.)

Agarró, se metió la mano a la bolsa, sacó uno de a 100 y me dice: —Toma, muchachón, por los veintes y los tostones que me has dado… Namás no me niegue partido, cabecilla, cuando yo necesite, que ande quebrado… no me niegue partido. —Bueno, fue una acción muy bonita de él. Porque ellos son así, ¿verdad? Así conozco varios tipos, de vista, incluso les hablo, que no es lo mismo que tratarlos, ¿verdad? "Quihúbole, quihúbole", nada más. Todos ellos son farderos, y a ellos no los molesta nada la policía. Están apalabrados con los jefes, con algún jefe de grupo, y se encargan de pasarle mensualmente dinero.

Pues ya le digo, volviendo a lo que estábamos… yo tenía nociones de lo que era la plaza por mi madre, ¿verdad?, que siempre trabajó en la plaza, por mi tío Alfredo, que trabajaba en la plaza, por mi tío José yo sabía cómo era la plaza más o menos.

Bueno, aquella ocasión no propiamente fui a ver a Joaquín, sino que andaba yo por la plaza, ¿verdad?, vagando. Dije: "A ver qué chacharita encuentro que me guste". Y encuéntrome a Joaquín. Dice Joaquín: —Quihúbole, mano, ¿qué andas haciendo? —Pos nada, hermano —le digo—, sabes de que vine a ver este… pos a ver qué me encontraba. —Dice: —Qué, ¿ya te animastes a trabajar aquí? —Le digo: —Hermano, pos yo creo a lo mejor yo no servía, porque oye, es muy aventurado eso de que ora agarras y mañana no agarres nada —le digo—. No. ¡pos 'ta del carajo! —Dice: —No, aquí siempre te llevas tu lana.

Para esto traía él cargando un pantalón de casimir usado. Pasa uno y le dice: —¿Qué vende por ahí, muchacho? —Se para el otro, y me dice: —Detenme el pantalón —mientras el otro veía las cosas que llevaba. Eran zapatos, unos suéteres, unos sacos… total, que no se arreglaron en el precio.

Nos seguimos caminando. Caminamos de la calle de ahí de los baños del Carmen, dimos vuelta por Héroe de Granaditas… se para otra vez Joaquín a vender. Pero yo traía el pantalón de él aquí en el hombro y me había dicho éste: —Si te preguntan, 15 pesos lo menos, ¿eh?, lo menos 15 por el pantalón. —Bueno.

Entonces estaba parado Joaquín en una acera, y yo con él. Y estaba alegando él con otro tipo. Y un muchacho de enfrente se me quedaba ver y ver, se me quedaba viendo. "Bueno, y éste, qué…"

Agarro y me atravieso —porque vi que na'más veía el pantalón—, dije: —Le gusta el pantalón, ¿verdad? —Entonces me atravieso yo, así. No me daba vergüenza para vender, ¿verdad? Llego y le digo:

—Órale, muchachón, le gusta el pantalón —le digo—. Se lo doy barato, joven.

Dice: —No, pos sí me gusta… pero… este… no traigo dinero. Yo también vengo a vender. —Yo dije: "¿Pos qué venderá éste?"

Le digo: —Qué, ¿pos qué vendes?

Dice: —Pos traigo un relojito. ¿Me lo compra?

—Pos, a ver… lo vemos —le digo—, a lo mejor sí.

Saca el reló, y era Haste de veintiuna joya, de lujo, con un extensible muy bonito.

Le digo: —¿Cuánto quieres por el relojito?

Dice: —Pos… deme 125, ¿no?

Le digo: —Oye, hermano, ¿pero de cuántas joyas es?

Dice: —Pos creo es de 15 joyas.

Le digo: —¿Me dejas destaparlo para ver la máquina?

Me dice: —Sí.

Agarré, destapé el reló y entonces veo: "Haste De Lujo, 21 joyas", ¿verdad?

Le digo: —No. Ya ves, es de 15 joyas, hermano, y luego 125 pesos. No, muy caro. —(Ya lo había cerrado otra vez.) —No, es muy caro —le digo.

Entonces ya se vino Joaquín con el otro muchacho. Y se acercan otros dos coyotes. Y estábamos así rodeados de los coyotes y yo tratando con él —pero mientras alguien está tratando, ninguno se mete.

Entonces le digo: —Mira, vamos a hacer un *transe.* Mira, ¿el pantalón te gusta?

—Sí —dice—, pos sí me gusta. Para qué's más que la verdá, me gusta mucho.

Le digo: —Mira, es de tu medida exacta —se lo medí así en la cintura y le dije: —Mira, te queda a la medida, exacta.

Entonces le digo: —Mira, yo por el pantalón quiero 50 pesos. Te voy a dar el pantalón y 25 pesos, ¿qué te parece?

—No —dice—, pos no. Así no. No me resulta. ¿Cómo va a resultar así?… entonces, ¿cuánto me viene dando por el reló?

—Caray, hermano —le digo—, mira, yo namás porque lo quiero para mí. Si yo no trabajo aquí. Yo porque me gusta el relojito para mí… Te vengo dando 75 pesos… Bueno a ver si cualquier canijo de éstos te los da… Ninguno de éstos te da 75 pesos por el reló.

—No —dice—, no. Es muy poquito… Bueno, mire, deme 50 pesos y el pantalón, y así sí tratamos.

—No, pos ya me sale en 100 pesos —le digo—, no. Pos así no me resulta.

Total, que para no hacerle largo el cuento, le vine dando 40 y el pantalón. Así que me salió en 55 pesos el reló.

Se lleva su pantalón aquél, y agarro yo y le digo a Joaquín: —Toma tus 15 pesos del pantalón.

Dice: —¡No seas gacho, mano! ¡Cómo namás me vas a dar 15 pesos si agarraste una merca buena!

Le digo: —Bueno, pos yo la agarré. Tú me dijiste, 15 pesos el pantalón, ¿no? Ai 'stán tus 15 del pantalón.

Dice: —Bueno, ni hablar. Pos 'ta bien, ora debutas aquí en la plaza, ¿no? 'Ta bien, llegaste con suerte.

Y otro de los coyotes, Cuco… hoy es amigo mío: —¿Cuánto quieres por el reló, mano?

Y yo dije, "pos si éste me salió en 55, pos que me dé… que me dé 75. Me gano 20

pesos rápidos". Yo pensé rápido por dentro de mí, ¿verdad?

Entonces dice Joaquín: —Doscientos —antes de que yo le dijera.

—No —dice—, ¡cabrón! No seas cargado. ¿Cómo 200? Si acabas… ¡mula pantalón que le diste y 40 pesos! ¿Cómo 200? Pos cuando mucho valía una peseta el pantalón, y 40, 65. No, no seas cargado… gánate 35. Te voy a dar un siglo, ¿está bien? ¿No?

Yo dije: "¡Cien pesos!" Yo ya quería dárselo, ¿verdad? Dije: ''Ya me gano 45, luego luego, rápido". Ya me daban ganas de dárselo. En voz baja le digo a Joaquín:

—Oye, mano, ¿se lo doy?

—¡Qué pendejo! —dice— no se lo des. Chist… 'pérate.

Entonces me espero con mi relojito, ¿verdad? Y él se va detrás de nosotros.

—Pa' no 'star… —(porque todos somos muy mal hablados ahí en la plaza, ¿verdad?) dice: —Pa' no 'star chingando tanto, ¿quieres 125?, ¿sí o no?

—Lo menos —le digo— 175, mano, si te gusta. Y si no, ¡cabrón!, pos vete. Nadie te lo está vendiendo "a güevo".

—No, no seas desgraciado —dice—, ¡cabrón! Ya cuánto te ganas. No seas así. Está bonito el reló, mira, verdá de Dios lo quiero pa' mí, mano. No quiero pa' *transarlo.*

Le digo: —Ahí 'stá, güey. Pos quizás pa' venderlo sí te lo daba en 125… Lo quieres pa' ti, 175, nada menos.

Me dio 170 pesos por el reló. Y ése fue mi debut. Bueno, entonces me gané 85 pesos así rápidos. Hay veces que allá en toda la semana, y trabajando bastante rápido, bastante fuerte, salía yo con unos 85, 90, 110 pesos, y ahí en un ratito, en un ratito me gané… Dije yo: "Bueno, pues, entonces en realidad… ¿qué estoy haciendo de bruto trabajando allá?" No, pos me gustó. Y luego ya andaba yo ahí en la calle también.

Me gustó vender… me gustó la libertad. Tengo más tiempo disponible y nadie me manda. Hasta entonces había padecido cierta ceguera que no me permitía ver más adelante de las narices. Como los otros obreros únicamente sabía una cosa, trabajar en un oficio. Sí, es precisamente lo único que saben hacer, trabajar. Y si ven que no les produce una cosa, persisten en seguir haciendo aquello, aunque sepan que no les va a producir. No buscan otros horizontes, no buscan otro camino.

Así era mi papá hasta que empezó con la cría de los animales… Entonces fue cuando empezó a salir adelante.

Me voy a oponer terminantemente a que mis hijos sean obreros. Si no llegan a ser profesionistas, los voy a meter a un comercio. Inculcarles siempre que no deben trabajar para otra persona, deben trabajar para ellos solos. Y los voy a meter a un comercio, porque es la única forma que pueden ganarse el dinero sin depender de nadie.

Tengo como unos dos años de trabajar en Tepito y en el baratillo. Manejo cosas de segunda mano, ropa, zapatos, oro, plata, relojes, muebles, lo que venga. En cierto modo uno se arriesga en esta clase de trabajo, pero realmente no me ha ido mal a mí. El peor día salgo con 12 pesos de menos, bastante para comer.

La única vez que he perdido ahí en la plaza fue la vez que compré un… este… mimeógrafo. Pero yo esos aparatos nunca había sabido ni para qué eran, ¿no? Sino que… mimeógrafo, se me hizo muy impresionante la palabra. Y luego vi el aparato. Dije:

“Bueno, si es mimeógrafo debe valer unos centavos”. Y este tipo me vio la cara de pendejo, ¿no? Sí, se burló… Sí, sí… pagué una de las muchas.

Le digo: —¿Cuánto quiere usted por el aparatito éste?

Dice: —Doscientos.

“¡Ay, carajo! —dije yo—, pos entonces sí vale, ¿no?”

—Noooo, le digo, pos son muchos centavos.

Dice: —Bueno, ¿cuánto me da?

—Un tostón.

—¡Yaaa! —dice—, ¿50 pesos?

Le digo: —Bueno, pos mire, la verdá de las cosas… yo no sé ni para qué sirve esta carajada. Na’más que usté me pide 200 pesos… bueno, pos a ver si de casualidá me dan 60, ¿no?

Dice: —No. Y que… que…

Estuvimos alegue y alegue. Y total que yo ya me estaba rajando —porque yo estaba presintiendo, ¿no? Yo dije: “A lo mejor no sirve esta porquería, y yo nomás estoy ahí de hablador”.

Entonces agarra y dice el señor:

—Bueno, total… preste los 50 pesos.

—Ahí ’stán mis 50 pesos.

Llegó un cliente, me daba 30. Llegó otro cliente, me daba 25. Así fue pasando… lo traje como 15 días cargando, el dichoso mimeógrafo. Ya después me daban 10, 15. Dije: “Pos mejor que se lo lleve el carajo”. Allí está en la administración del mercado. Por ahí está, lo dejé arrumbado. Pero por lo general saco buen dinero en el mercado, más de lo que puedo sacar en un trabajo.

Sobre todo yo pienso en esto. Si yo me meto a trabajar ahorita en un trabajo en el cual yo gane 12 pesos diarios no me va a poder permitir nunca subir de nivel ese salario. Porque si yo gano 12, de ésos tendría yo que dar a mis hijos por lo menos seis, vamos a poner, ¿verdad? Y con seis pesos no puede vivir un hombre. Con seis yo no puedo vivir, vestir, calzar, desayunar, comer y cenar diario en la calle, pagar una casa. Pongamos que alguno de mis hijos se enfermara… y yo necesito comprar una medicina que me cuesta 100 pesos —y las medicinas buenas cuestan eso de menos—, si yo me echo una droga de 100 pesos, ganando 12 y en las condiciones que le describo antes, podría yo ahorrar cuando mucho 50 centavos diarios para pagar aquellos 100. A lo mejor en ese lapso de tiempo me venía cualquier otra circunstancia y tenía yo que endrogarme otra vez. Y es una cadena que no se rompe. No hay manera de que un trabajador prospere.

En mi negocio solamente me hace falta capital. Con 500 pesos, 1000, yo me desenvuelvo perfectamente; no me gano menos de 100 pesos diarios. Hay muchos muy raspas, vulgares y montones de malvivientes entre los compañeros, pero traen dinero en la bolsa.

Cierto, me horroriza vivir pobre. Me horroriza hasta el extremo de sentirme el más desgraciado del mundo cuando no traigo ni cinco centavos. O cuando veo a alguna persona que no ha comido, que no tiene nada para comer, me dan ganas de llorar, porque

me duele en carne propia. Se me pinta el cuadro como cuando yo viví en la accesoria con mi esposa y mis hijos, y a veces no teníamos para comer, ni para un doctor. Y entonces no puedo soportar más esa vida. Y no estoy en paz hasta que me empiezo a mover para conseguir algo y traer dinero en la bolsa otra vez. Por eso es que he dejado que mi papá se encargue de mis hijos y yo no tener la responsabilidad.

Digo yo: si me voy a morir… bueno… pues entonces debo de tratarme bien en esta vida, ¿verdad? Quién sabe cómo me vaya a ir… Y si ahorita traigo 10 pesos —y ya solventé todos mis gastos, y aun a veces no solventándolos— pero a mí se me antoja algún dulce… con el único peso que traigo yo me compro ese dulce; no me quedo con las ganas.

Siempre me he preguntado la cuestión de que… ¿qué vale más al fin de la vida, lo que uno logró acumular, o las satisfacciones que vivió, que gozó? Creo yo que la experiencia humana es la que más valga la pena, ¿no? Hay que recordar que toda mi vida me la pasé trabajando, y posiblemente ahoy no me quiero molestar en nada, así que a todas partes que voy —para acabar pronto— siempre voy en coche, nunca viajo en camión.

Yo, se trata de que vayamos a algún restorán… yo nunca pido frijoles, pido una milanesa, pido un par de blanquillos —española, italiana, en cualquier forma—, pido lo mejorcito que hay en el restorán. Si tengo ganas de sentarme, me siento. Tengo ganas de pararme a las ocho, me levanto a las ocho. No me dieron ganas de pararme, no me levanto. La herencia que yo quiero dejarles a mis hijos es que sepan vivir, que no sean tontos… Le juro por mi madre que me voy a oponer terminantemente a que sean obreros.

Pero no todo es fácil ahí en el mercado. Le exigen a uno la credencial, lo tratan de obligar a uno, a fuerza, a meterse a cualquier unión, que para que pueda uno meterse a trabajar en el mercado. Y el administrador es el que está en combinación con todos ellos… quiere decir que si no tiene credencial no puede trabajar ahí. Ya hoy exigen antecedentes de la Jefatura, tarjeta de Prevención Social, tarjeta de Salubridad… ¡para vender ropa usada! Yo no tengo tarjetas, pues más bien ha sido —en gran parte— rebeldía, ¿verdad? Cierto, yo quiero ir contra todo mundo. Pero voy a tener que sacar la credencial porque he hecho muchos corajes a causa de eso. Porque yo estoy tendido con mi mercancía y llegan los vigilantes y se la quieren llevar. Y entonces tengo que salir de pleito con ellos, ¿verdad?

Como una vez… Yo había acabado de hacer un coraje —un sábado— por el lugar. Porque ahí hay que echarse a correr para agarrar lugar. Abren las puertas y entra uno como caballo, corriendo.

No hay lugares fijos, no. Ahí el que llega primero es el que agarra lugar, ¿eh?, como aquellas películas de vaqueros del Oeste. Así es en la plaza; abren las puertas y, ¡pum!, todos en tropel entramos corriendo, y el que llega primero al lugar, ése es su lugar.

Bueno, acababa yo de hacer un coraje por el lugar, y luego al rato llega el inspector. Yo creo que al que le gané el lugar se fue a rajar con él, porque él pertenece a la Organización. Entonces viene el inspector y se agacha así, ¿no?, y agarra mi manta con

las cosas que tenía y la dobla y la iba a levantar.

—Esto —dice— lo vas a recoger a la Administración.

Yo estaba recargado así en la pared, ¿verdad?, y le dije —porque es el único idioma que entendemos la mayoría de los de ahí de la plaza, ¿eh?, por eso me expreso así con ellos—, entonces yo, recargado así en la pared, na'más me le quedé viendo cuando él estaba así agachado, le dije:

—Mira, tú levantas las cosas del suelo, y yo te doy en la madre.

—Ah —dice—, entonces hasta al pedo te vas a poner.

Le digo: —Bueno, yo na'más te digo, te doy mi palabra, tú das un paso con mis cosas, y te doy en la madre.

—Bueno… es que tú no perteneces a ninguna organización, ni tienes credencial, ni… ni… ¡la fregada!

Le digo: —El mercado no se lo hicieron para ustedes, cabrones… ¿Qué el mercado se lo hicieron na'más para la Organización?

Dice: —Pos esto velo a arreglar con el administrador.

—No —le digo—, el administrador se toma atribuciones que no le corresponden. Él está para recaudar el dinero del gobierno y ver que paguen todas las accesorias aquí. ¿Por qué él va a ser más que la Constitución misma? Si la Constitución dice ahí que ninguno está en derecho de prohibirle trabajar honradamente a otro individuo sin lesionar, según los intereses… Entonces, ¿por qué va a ser él más que la Constitución?

Dice: —Bueno, pos eso velo a alegar allá. Yo me llevo las cosas.

Le digo: —Bueno, pos, levántalas… na'más levántalas y ya te dije… Mira, te juro que nos damos en la madre.

Ya le digo… porque en la plaza —como he dicho antes— todos somos muy mal hablados, ¿verdad? Es el medio como se entiende uno ahí. El que grita más es al que más temor le tienen.

Una ocasión tuve que hacer una cosa que me repugnó, ¿eh?, como fue patear a un individuo. Pero es que pasaba una cosa. En la plaza todos somos muy picudos, braveros. Entonces este tipo —como yo— era nuevo y siempre que estaba tratando una mercancía, iba y se metía; y siempre me quitaba las mercancías. Le decían *el Pecas*.

Le decía: —Mira, *Pecas*… por favor, mano, mira… no pienses que es miedo, es decencia en la forma en que te pido… No te metas por favor cuando yo estoy tratando las cosas, porque va a llegar el día en que vamos a salir mal.

Y siempre andaba tratando de apantallarme, ¿verdad?, y siempre me contestaba con groserías.

—Y pos qué… pos si quieres, de una vez…

Y yo me abstenía, siempre me abstenía.

Llegó el día en que estaba yo tratando una mercancía. Como me daban muy baratas las cosas, entonces este tipo sacó dinero y pagó. Y luego yo tenía las cosas en la mano, ¿no?, y me decía: —Presta la merca.

Le digo: —¡Cómo que presta la merca! Pos si yo la estaba tratando, qué. ¿Quién chingados te dijo que la pagaras?

Dice: —Bueno, el caso es que yo la pagué, ¿no? Éntrale.

Le dije: —No. Te doy… te doy, madre… yo no te doy nada.

Dice: —Me la das, o te la quito.

Le dije: —Pos yo creo que me la vas a quitar.

Pero cuando le dije ‘‘yo creo que me la vas a quitar”, lo agarro y, ¡pum!, trompón entre nariz y ojo. Y se cayó al suelo. Se levanta, y lo pesco así contra la pared. Lo agarré del cuello y, ¡pam… pas!, más le seguí dando. De un golpe le rajé la ceja, ¿no? Empezamos a darnos así, ya después separados. Y como le llevaba yo ventaja —dos golpes— éste me aventó una patada, y me dio mucho coraje, ¿no? Entonces ya me cegué. En una de ésas lo logré prender, y se cae, y ya caído lo patié.

Entonces a la primer patada que le di, que le sonó feo las costillas, dije yo: “Pobre”, ¿no? Inmediatamente sentí remordimiento de que le sonó tan feo. Pero como estaba yo rodeado de todos los de la plaza, dije yo: “Si no lo ejecuto feo a éste, entonces los otros van a decir que soy pendejo. Y van a seguirse metiendo… y en lugar de ser una vez la que me peleo, voy a tener que estarme peleando a cada rato”. Yo pensé rápido, ¿verdad?

Y aun a costa de repugnarme lo seguí pateando. Pos desde luego no así a modo de matarlo, ni mucho menos, ¿verdad? Más o menos procuraba yo pegarle por las costillas, o por las nalgas, así, ¿verdad? No; no le tiré ni una patada a la cara porque ya estaba todo sangrado. Hasta que me dijo:

—Ya estuvo… pos ya estuvo.

—Pos ya estuvo —le dije—. ¿Ya ves? Ya ves, hijo de la chin… ¿Ya ves? ¿Eso era lo que querías? Ora ya viste que no era miedo, y ora no te doy nada. Es más, ni tu dinero te voy a dar pa’ que se te quite lo cabrón.

No, no le di. Desde esa vez no se metió conmigo otra vuelta.

El ambiente en que estoy en Tepito es mal visto ante los ojos de la gente. Piensan que todo en el mercado es chueco, es robado. Pero es mentira, sí, mentira. La verdad es que de ciento por ciento, 50 llega mal habido, y un 50% llega derecho. El 50% mal habido —le voy a explicar— es, por ejemplo… que un manojo de herramientas, que una mascarilla para el polvo, que las botas de hule, que el babero que los obreros se roban de las fábricas y entonces los venden en la plaza. O alguno que se robó alguna bicicleta así, a la volada, y llega ahí a Tepito a ver a quién ensarta. Radios así ya casi deshechos. Sí, porque aquí en México —como en todas partes del mundo debe ser, creo yo— existen grandes capitalistas que son los más grandes compradores de chueco.

Mire usted. En la plaza, de “atacadores” —somos los que llega alguien y le preguntamos, “¿qué vende?”, eso es atacar— y de “goleadores” —goleador es el que anda agarrando las cosas, que trae las cosas en la mano, “ándele, se vende esto, se vende barato, mire, barato”— y anda uno pa’llá y pa’cá. Bueno, entonces de los atacadores —no somos menos de unos 60— que yo sepa que compran chueco declarado, son tres. Pero no compran grandes cosas, porque incluso no tienen mucho capital, compran una bicicletita, un radio, pero no de muy buena clase. Pero ya le digo, llegan cosas chuecas, pero puras cosas pequeñas. De lo bueno, de lo bueno no llega nada allá a la plaza.

Cuando yo sé que es robado, generalmente no compro nada. En mi trabajo, en cierta

forma, hay que ser sicólogo. Así es de que uno está obligado a conocer el que es malviviente y el que no es, al agente, al drogadicto, a la mujer pública, o al inocente.

Ciertamente que entre mis compañeros la inmensa mayoría son maleantes regenerados. Hablan lo que se llama caló, y pues lo entiendo muy bien por cuestión de que, como he dicho, tengo que tratar con ellos. Cuando llega un ratero a vender algo, más menos dice:

—Órale, ñero, le vendo la merca, ¿no? órale, le doy baratas las chivas. Le doy baratas las garras meras.

Dice uno: —¿Cuánto quieres por las cosas?

—Mire, para no estar así… pa' pronto, para transar rápido, ¿verdad?, pase una "sura".

Una "sura" significa 25; un "niche", significa 50; una "cabeza" significa 100 y un "grande" significa 1000. El caló es en general de los rateros. Pero en la actualidad —me he fijado— los muchachos de sociedad hablan caló, es la moda.

Hace 10 años sí era mucho más lo que llegaba chueco a la plaza. Porque antes los agentes no estaban tan pegados. Es que ora ya lo han agarrado como una mina. Hoy ya hay guardias permanentes de agentes ahí. Aun cuando a estos tipos les toca descansar se van a la plaza a ver a quién joden. Porque todos ya lo agarraron ahí como negocio. Y como saben que todos, absolutamente todos mis compañeros se espantan, y nomás por subirlos al carro son los 20, los 30, los 50 pesos. Aun cuando no deban nada, na'más que se sienten obligados éstos a darles dinero.

Le digo a usted que la policía mexicana es, sin lugar a duda, el mejor sistema de gángsters organizados en el mundo. Es un desastre, es una asquerosidad, sinceramente. Para acabar pronto, yo estoy asqueado de la justicia en México. Porque aquí existe para el que tiene dinero. Cuando alguien rico lo matan, los policías andan así, pero moviditos, porque hay dinero de por medio. Sin en cambio, cuántos pobres amanecen ahogados en el canal, apuñalados, tirados en las calles oscuras, y nunca, na'más nunca, pueden esclarecer sus crímenes.

Aparte de eso hay gente que está en la cárcel porque no tienen quien abogue por ellos, o no tienen 50 pesos para pagar de mordida. Hay veces que se echan dos, tres años encerrados.

La mayoría de los policías —si no todos— entran queriendo enderezar el mundo. Entran queriendo ser muy derechos, no hacer arreglos, no aceptar ni un solo centavo. Pero después… ya una vez que les dan el poder, les dan la pistola, la placa, bueno pues ven que por dondequiera les ofrecen dinero… lo agarran por primera vez, lo agarran por segunda vez, y después ya se convierte en un hábito. Un general revolucionario dijo que "no había autoridad que aguantara cañonazo de 50000 pesos". Y es la verdad de las cosas.

Pasa esto. Vamos a suponer que usted sufre un robo… bueno, le roban 25000, 30000 pesos. Entonces usted va inmediatamente a la Jefatura de Policía. Usted pone su denuncia. Entonces la asientan en el acta. Cuando ya se va lo alcanza uno de los agentes:

—Señor, yo me puedo hacer cargo de su investigación para activársela. Pero siempre

y cuando, pues… usted sabe… una propina o algo así por el estilo para investigaciones y eso. Usted se compromete a pagarnos tiempos extras, nosotros lo investigamos.

Bueno, usted con interés de recuperar sus cosas dice:

—Está correcto. Les voy a dar… tanto, ¿verdad?

Entonces se movilizan. Empiezan a agarrar a sus "chivas", a sus soplones, en otras palabras. Ellos conocen a los compradores de chueco. Por lo regular no están en ningún mercado, están en su casa; hoy viven aquí, mañana viven allá y así sucesivamente cambian. Los soplones saben el modo de trabajar de cada ratero —porque es su tarjeta de presentación— y entonces les dicen a los agentes: fue fulano, o fue zutano.

Entonces se avientan a la casa de aquél. Que no quiere aflojar por la buena, lo llevan a la Jefatura y le dan una calentada. Entonces, ¿sabe lo que hacen? Van y recogen todas las cosas.

Ellos tienen sus compradores, los agentes. Entonces las cosas de usted van a parar con un comprador de chueco. Y usted vuelta a la Jefatura a ver qué pasó y qué pasó. Y aquellos que le pidieron dinero para hacer la investigación vuelven a sacarle otros centavos. Y así se lo llevan. Total, sus cosas nunca aparecen.

Incluso lo que dicen es cierto. Muchos agentes llegan a vender ahí a la plaza. Conozco a varios y les he comprado a varios de ellos. Pero yo les compro porque es la justicia. ¿no? Si es la autoridad yo no tengo desconfianza, es la justicia. Cómo voy a desconfiar de la ley.

Fueron unas dos, tres veces que compré chueco. Pero es que andaba mal económicamente y es la única forma de que con 50 pesos hacía yo 300 rápidos. Y entonces yo veía la posibilidad de que hubiera lío o no hubiera lío, según el tipo que me estaba vendiendo, y ya compraba o no compraba. Pero no fueron cosas de mucho valor.

No siempre corrí con suerte aunque las cosas fueran dentro de la ley. Una vez, fíjese, compré un chasís de radio —el puro chasís, ¿verdad?, no llevaba caja— de un ayatero de adentro de la plaza. Me lo vendió en 55 pesos y ni siquiera me lo caló para ver si tocaba. Pero ahí entre nosotros no nos engañamos; si a usted yo le vendo algo ahí en la plaza, si es compañero, y le digo "esto es oro", es oro.

Agarré el chasís y me salí del mercado. Entonces iba yo atravesando la calle cuando me agarra el cuate éste, un agente que le dicen *el Zopilote*. Es un tipo que no merece ni ser agente, bueno. Es un tipo rastrero. Mugroso anda. Mire, es gordo él, es obeso, siempre trae la manga del pantalón, una más alta y una más baja. Unos sacos todos grasosos, así, se les puede raspar con el cuchillo. Y no es que ande disfrazado —como aquí tenemos la creencia de que andan disfrazados para hacer sus investigaciones—, ¡no! Ese tipo salió también de ahí de la plaza y ahora ya se voltió y se da muchas ínfulas, ¿no?

Me dice: —La factura…

—¿Factura de qué, señor?

—Pos la factura del radio.

Le dije: —Pos, mire, no… no tiene factura porque es chasís. Usted sabe bien que los chasís no necesitan factura.

—¿No? —dice—. ¡Súbete, cabrón!

—No, no, no. No me cabronee —le digo—, no me cabronee porque yo no me he comido nada.

Dice: —Pos que te subas, te digo, o te subo.

Dije: "No, pos este cabrón sí me sube", ¿verdad? Entonces agarré y me subí al carro.

Ahí traía tres rateros atrás, él, y traía su pareja. Entonces se sube así muy enojado por el otro lado, ¿verdad? Dice:

—¿Cómo te llamas?

—Manuel.

—Que cómo te llamas… ¡con una chingada!

—No me eche chingadas, por favor, señor. Yo no soy ningún delincuente, no me esté hablando con chingadas. Ya le dije a usted que me llamo Manuel. De qué se va a tratar —le digo—, ¿quiere usted dinero? Mire, pa' acabar pronto, dinero no traigo. ¿Quiere usted factura? ¿Quiere usted saber dónde compré el radio? Ya le dije a usted. Acompáñeme adentro. Aquí nomás a 20 pasos está el ayatero que me lo vendió; vamos con el ayatero. Es más… si se trata de sacar dinero, orita hace usted un levantadero de ahí, de la chingada. Ahí hay un resto de chasises, traen muchos todos los cambiadores. ¿Por qué no les pide factura a todos ellos?

Dice: —Voy, ya hasta te pones al pedo.

Le digo: —No. No es que me ponga al pedo. Pero, ¿pos por qué me va usted a sangrar si yo no me he comido nada?

—No —dice—, pos vamos a la Jefatura.

¡Uy! Ahí vamos en el carro, pero en lugar de irse pa' la Jefatura se metió por otras calles. A uno de los rateros le dice:

—Órale, cabrón, bájate.

Dice: —Jefe, ¿pero en cuánto me la va a dejar? No sea cargado.

Dice: —En cinco cabezas.

—Es caro, ¿no?

Dice: —No. Aquí te chingas. Por correlón y por chiva te va a costar 500. Me los consigues, o te doy pa' dentro, güey.

Dice: —No, jefe, pos sí se los consigo.

Se bajó, ¿verdad?, aquel tipo a pedir dinero. Se metió a una casa. Al rato ya salió; trajo 200 pesos. Dice:

—Ora vamos a tal parte, jefe, ¿no? A ver si me prestan el resto.

—Pos ándale, súbete.

¡Pum! Ahí va. Mientras estaba platicando con los otros rateros. Dice:

—Mira, tú me vas a conseguir 200… no… tres cabezas. Consígueme tres cabezas.

Aquél dice: —'Ta bien, jefe, na'más que déme chance, ¿no?, d'ir a conseguir… En tal parte lo veo a tal hora. —(Porque se dan citas.)

Dice: —Bueno, ahí te veo. Ándale… bájate.

Aquél se fue a ver a quién jodía, ¿no? Y a tal hora se veían en determinado lugar para entregarle los centavos. Y al último —éste estaba sentado atrás— dice:

—Bueno, ¿tú qué, muchachón? Pos ya hace mucho que no firmas. Ya hace mucho que no corto una flor de tu jardín. Ponte a mano, ¿no?

—No, jefe, es que he estado jodido —dice—, pos he estado rejodido, no he salido a trabajar.

—Sí, se ve que andas derrotadón —dice—, no, pos sí, tú estás jodido, hermano; tienes razón. Mira, bájate, consígueme 25 pesos.

Yo oyendo ahí todo, ¿verdad? Se bajó y arrancó. Fuimos a otro lado. Aquél le consiguió los otros 300 pesos, se los dio y le dice: —A mano.

Dice: —Güey, otra vez que te me vuelvas a echar a correr, entonces no va a haber lana de por medio. Te vas a chingar derecho. Te doy pa' dentro, derecho. Te lo anticipo, ya sabes que no me gustan los correlones.

Entonces ya se fueron. Bueno, y que llegamos a la Jefatura y que se mete así al subterráneo. Dice:

—Pos a ver, voy a hablar por teléfono a ver qué dice el jefe.

Yo sé que son puras muletas de ellos. Entonces se va hasta el fondo del subterráneo, descolgó un teléfono ahí. Pero ha de haber ido a reportarse na'más, que ya llegaron, o cualquier cosa, ¿verdad? Entonces regresa y dice:

—No, pos dice el jefe que te demos pa' dentro.

Le dije: —Bueno, mire, señor, ¿de qué se va a tratar… por qué me va a dar pa' dentro?

Dice: —No, pos por la factura.

Le dije: —Bueno, pero si ya le he dicho a usted… yo tengo dónde demostrarle… dónde lo compré. No tuviera dónde demostrarle, bueno, está correcto. Pero si yo tengo dónde enseñarle… yo tengo quién me lo vendió… es ayatero, es comerciante autorizado… ¿Por qué no me acompaña?

Dice: —Yo no soy tu gato.

Le digo: —Ahí 'stá, entonces está de la chinga. Entonces aquí que me chingue todo a como dé lugar, ¿no?

—No —dice—, ¿pos sabes de qué se va a tratar? De 200 pesos.

Le dije: —Mire na'más. Entonces en realidad va progresando la justicia, ¿no? Al ratero que es ratero declarado lo baja usted con 25 pesos, para que vaya a ver a quién chinga, ¿no? Y yo, por ganarme la vida comprando y vendiendo, por más pendejo, 200 pesos, ¿no? No, pos na'más no tengo. Doscientos pesos hace 15 días, un mes, que no me los gano. No tengo.

Total, que me estuvo sacando muchas cosas ahí, ¿verdad?, y yo a todo le daba respuesta, pero respuestas siempre agudas. Y luego, ya que finalizamos la discusión me dice:

—Bueno, cabrón, tú eres una *cabulita* de la fregada. Te las sabes todas… Qué se me hace que estás muy *cacaleado.*

—Bueno, usted busque en los archivos. Si algún antecedente tengo, entonces déme para adentro. Pero va a ver, estoy limpio, no tengo ningún antecedente.

Total, como vio que no pudo conmigo así por cosa de ley, entonces me dice:

—Bueno, qué te parece… Ora te la voy a poner de otro modo. O le entras con una feria, o te vas a chingar por *razzia,* por sospechoso.

Le dije: —Mire, señor, acaba usted de tirar caballo, por eso sí me puede detener. Desde luego 200 pesos no traigo. Traigo 50 pesos. Y escúlqueme… no traigo ni un centavo más. ¿Quiere usted los 50?

—Bueno, ya. Presta. Presta. ¡Vete a la chingada!

Otra vez sí me agarraron los agentes y me salió muy caro. En esa ocasión estábamos *el Toro,* que es mi socio, y yo. Estábamos en una esquina vendiendo. Yo grito y grito ahí: "Chácharas baratas… levántele, marchanta… venga, acérquese por este lado…" Y bueno, grite y grite todo el día.

Entonces llega Macario, pues andrajoso, ¿verdad?, muy remendadito por dondequiera, mugroso, derrotado, porque ya hacía muchos días que no trabajaba. Macario es el hijo del portero de la vecindad y nos conocemos desde chiquitos, trabajamos juntos en la talabartería y yo siempre lo he conocido de persona honrada.

—Manuel —dice—, ¡carajo, hermano!, préstame para mi gasto, ¿no? —Iba con dos amigos más.

—Sí, Macario, cómo no, ¿cuánto necesitas? —Ya estaba casado y tenía su hijo.

Dice: —Pos… préstame cinco pesos, mano, ¿no?

Bueno, yo traía como unos 10000 pesos, entre *el Toro* y yo, en mercancía y efectivo. Y cinco pesos los ve uno tan fácil y los gasta tan fácil, yo pensé: "Pos, ¿pa' qué le alcanzan cinco pesos a este pobre?", ¿no? Le dije:

—Mira, Macario, llévate 10 pesos. Cuando tengas me los pagas, no te apures. Al cabo no corre prisa, mano. Orita Dios me ha socorrido, a la mejor mañana yo necesito de ti.

—Bueno, muchas gracias, mano. ¡Carajo!, Manuel, no alcanzo trabajo en la talabartería, está muy escaso.

Entonces hizo como que se iba, caminó unos 20 pasos, y se regresa y me dice:

—Manuel, fíjate que se me olvidaba lo principal, a lo que vine. El de la cachuchita colorada… —volteo y lo veo—, fíjate que la mujer de él y la mujer de otro amigo iban a poner un taller de costura. Pero como éste es muy borracho, se emborrachó 15 días seguidos y ahora que regresó, el socio se le fue con las máquinas y 5000 pesos efectivos. Lo único que le dejó fue un bulto de telas que habían comprado para hacer babero.

Bueno, cuando se trata de negocios inmediatamente por dentro se pone uno en guardia. Bueno, yo no tenía mucha desconfianza que digamos, pero siempre, por aquello de las cosas, pos seguía la rutina común y corriente, ¿verdad?

—Macario, y qué crees tú… ¿qué no habrá lío de esto, hermano?

—No, hermano —dice—, ¡carajo! Después que me estás haciendo el favor y todo, ¿tú crees que yo iba a venir con una cosa chueca a embarcarte? No, no. Mira, ese muchacho es honrado, yo te garantizo que es honrado. Trabaja en la talabartería donde yo trabajo.

Mi socio fue a ver las telas. Arreglamos el precio. Eran 1800 metros, a peso el metro. *El Toro* se quedó en el puesto y yo me fui a pagar los centavos y a recoger la tela.

Entonces llego a la vecindad y este cuate se había salido a echar una copa. Estaba su mamá, una señora de cabeza blanca ya, pues de mucho respeto, ¿verdad? Me metí a ver la tela, era batista, toda empacada, amarrada con sus flejes y todo, nuevecita, nuevecita la tela. Pos le hice plática a la señora y así, como no queriendo la cosa, se la solté a la señora:

—Bueno, señora, mire. Hablando en plata… es que es mi obligación, ¿no son chuecas las cosas? Porque, ¡caray!, traigo pocos centavos y luego que salga una cosa mal… vienen los agentes a chingar a uno y na'más trabaja uno para esos güeyes… y pos no estoy pa' meterme en líos sinceramente, señora.

¡Uh! La señora se puso colorada, ¿verdad?, y entonces me puso una maltratada, me regañó.

—Señor —dice—, si usted desconfía acerca de esto, de lo que va a comprar, mejor no compre nada. Esta casa es muy pobre, muy humilde, señor, pero no por eso tiene usted derecho de humillarme en esa forma. Porque es muy humilde mi casa, pero muy honrada. Y se lo puedo jurar ante quien quiera. Ustedes los de la plaza siempre están con la desconfianza por delante, porque "piensa el león que todos son de su condición".

—Bueno, señora, no se enoje, no se enoje —le digo—. Mire, es que pasa una cosa, si son chuecas, de todos modos yo se las compro. Pero necesito que me diga de dónde son. Porque si son de por aquí de por el rumbo y yo me voy a poner a venderlas aquí, a fuerzas tiene que salir el dueño, ¿no? En cambio si usted me dice que se las robaron aquí, bueno, las voy a vender a Pachuca, las voy a vender a Toluca. Por eso le pregunto, señora, si no porque me espante. Si yo no me espanto de nada. No me espanto del muerto.

Yo pensaba: "si me dice que es chueco no le compro nada". Pero yo quería sacarle la verdad. ¡Pos no hasta me maltrató! Bueno, ya quedé convencido que eran derechas las telas, y pos ahí vienen las telas.

Pos llegamos con las famosas telas.

—¡Ándele!… a uno cincuenta metro… marchanta, a uno cincuenta.

Y que se acerca un señor. Na'más la agarró, la vio, y de un jalón se lleva 600 metros. "Ah, cabrón —dije yo—, 300 pesos de un jodazo nos vamos a ganar aquí". Ya después les estaba yo gritando:

—A dos pesos metro de tela, marchanta.

Y total que yo no alcanzaba a medir tantos metros al mismo tiempo. Nos quedó una sola pieza de a sesenta y tantos metros, de mil y pico de metros que llevábamos. ¡Imagínese!

Por la tarde tiendo la lona y bueno, pos ahí estábamos muy tranquilos, muy quitados de la pena. Para esto Macario había ido ese día a vender conmigo, pos muy apocado, así muy tímido.

—¡Ándale! ¡Grítale, cabrón! Pos qué… ¿Qué a poco te da vergüenza? Si vergüenza es robar. Grítale, mano, no te dé miedo. Mira, el comercio es muy bonito, es más bonito que trabajar. Echa de gritos así, pa' que se animen.

Y bueno, el mercado, verdad, en plena ebullición. Las señoras comprando. "¡Sus

chiles y jitomatees!" Y allá aquélla gritando: "Los plátanos". Y otra: "Coloraditos… ¡para la sopaaaa!" Y otra señora: "¡Papa, papa, buenas papas!" Total, que en la tarde, ya como a las seis, traía yo como… pos más de 1800 pesos en la bolsa.

En ese tiempo comía yo en un café y los dueños, Gilberto y Carolina, eran mis amigos. Iba yo para el café y yo que doy la vuelta en la esquina y que me abraza un señor. "¡Ya la chingamos! No tiene saque", dije. Bueno, a los agentes, los huelo, así, los huelo. Los identifico pero fácil, ¡vaya! En mi vida había visto yo a ese agente, nunca, pero supe.

Y que me pregunta mi nombre y a qué me dedico, y abre la caja que traía yo y saca el pendejo pedazo de tela que nos quedó. Me llevaba abrazado, caminando así para el café; afuera tenía parado el coche. Desde la mañana estuvieron esperándome ahí los agentes, pero Carolina no mandaba a nadie a avisarme porque no lo siguieran. Pero yo no tenía desconfianza de que fueran chuecas las telas, ni fueron chuecas tampoco, pero verá usted, es que la policía es algo especial aquí para trabajar.

Bueno, entonces llegamos junto al carro. Ya no me llevaba abrazado este tipo, ya me llevaba agarrado de aquí del cinturón. Dice:

—Pues sabe usted que si no es el que busco, va a hacer el favor de dispensarme. Pero en nuestro trabajo estamos expuestos a muchas equivocaciones.

Bueno, hasta me cayó a mí de extraño tanta decencia en ese cabrón, ¿no? Yo dije: "Todos los agentes son rearbitrarios. ¿Pos este güey de cuál fumó?" Que me sube al carro. Entonces ya le di la explicación de cómo estuvo lo de las telas.

—¡Uh, qué caray, Manuelito! —dice—, pos va a estar de la fregada, porque el acreedor quiere la tela, o 3000 pesos y 2000 para nosotros.

—¡Ah, no! —le digo—, pues entonces no tiene saque, pos me voy a chingar.

—No, pero no le conviene, Manuel. Piense usted las consecuencias. Se va a ir usted a fichar y luego nomás por unos cuantos pesos que usted puede conseguir.

—No, señor, es que pasa una cosa. ¡Cinco mil! Cinco mil pesos que usted quiere, nomás nunca en mi pinche vida los he visto juntos.

Bueno, pos echaron a andar el carro y pos que ahí vamos para la Jefatura. En el transcurso levantaron a otros cuates, otros rateros, y los andaban llevando a conseguir dinero para soltarlos. Y ya los soltaron. El agente dice:

—Mire, piense bien las consecuencias. Los centavos van y vienen, pero el lío está duro, porque ya le digo, el acreedor es una casa fuerte y ellos quieren la tela.

Le digo: —Bueno, mire, ¿por qué no hacemos una cosa? Lléveme usted con el dueño de las telas y a ver si yo logro convencerlo que me dé facilidades de poderle reponer esa tela poco a poco. De todos modos yo les doy unos pesos a ustedes, ¿no? No van a trabajar de balde.

—Pos no —dice—, esa clase de arreglos no podemos hacer nosotros.

Entonces me acordé de Abraham, el compadre de mi papá que trabaja en la Jefatura, y le empecé a platicar de Abraham y de que él me conocía la clase de tipo que soy, de todas esas cosas. Pero no hubo más remedio; que vamos a la Jefatura. Pos que llegamos. Yo en mi vida, nunca había estado en una Jefatura. Yo iba con un miedo horrible por

dentro. Entonces llegamos y el de guardia me preguntó si no traía yo centavos. Yo llevaba más de 1800 pesos en la bolsa pero si se los daba a ese cabrón, cuándo los iba a volver a ver.

—Mira —dice—, si traes dinero, déjalo aquí, porque allá adentro te van a dar en la madre y te van a quitar todo.

Le digo: —Pos sí. Pos si trajera, pero no traigo, no traigo nada. —Iba yo bien vestido, ¿verdad? Llevaba mi pantaloncito de gabardina, una camisa muy fina y mi chamarrita. Me abren la puerta de la leonera y pos, ¡pa dentro! Una de canijos ahí, más mal encaradotes que la fregada. Y dije: "¿Cómo le hago? ¡Madre Santísima! Me van a bajar estos güeyes… A ver si se apantallan estos pendejos".

Y entro así como enojado, ¿verdad?, como con mucho coraje. Pero por dentro me brincaba el corazón. Pero dije: "Pos pa' que éstos vean que soy muy toro". Y estaba uno sentado en el suelo, y ¡pras!, le doy una patada por las nalgas.

—Hágase pa'llá, ¡hijo de la chingada!

—Ora, güey, pos qué…

—Cállese —Y, ¡pum!, que le pongo otra patada—. Cállese el hocico, güey. Hágase pa'llá, le estoy diciendo, ¿no? —Y se corre y entonces todos me hacen cancha. Estaba yo diciendo: —¡Pinches… rajados… putos! —Y, ¡pas!, pegaba yo de trompones en la pared, y de patadas, y pegaba yo con la mano en la puerta. Bueno, según yo, muy enojado.

—Qué, ñero, pos qué *torzón* trais —dice uno.

—Pos qué chingaos le importa. ¿Qué yo le estoy preguntando por qué está usted aquí, güey?

—Uuh —dice—, pos no sea tan *pleito*. Pos yo le pregunto pos a ver si lo puedo *desafanar* en algo, ¿no? Porque yo ya soy conejo viejo. Yo ya me las sé todas. A ver si le puedo dar un *saque,* pero si no quiere, pos… ultimadamente, ¡que lo chinguen!

—Bueno, pos no me esté hablando, güey, yo no hablo con usted.

Yo muy enojado, ¿no? Saco un cigarro y lo prendo. Y a otro que estaba ahí —más mal encaradote que yo— comprendí que le estaba cayendo gordo, y le digo:

—Órale, muchachón, ¿no fumas? Fúmese un cigarro, ¿no?

—¡Juega —dice—, pásalo!

—Pásaselos a los cuates —le digo. Y agarran la cajetilla y empiezan a repartir cigarros.

Ahí estaba un pobre muchacho, ¡hijo!, son desgraciados hasta el ochenta esos cuates —un pobre tipo, acostado boca arriba, con las piernas abiertas así al compás, completamente. Tenía los testículos de este tamaño de los golpes que le habían dado. A cada ratito decía:

—Voltéenme por favor, muchachos, boca abajo. —Y a los 10 minutos, otra vuelta. No podía estar ni boca abajo, ni boca arriba, ni de lado, de ninguna forma podía estar de la soba que le pusieron. La cara toda reventada, la cabeza; por dondequiera tenía cachazos de pistola. Bueno, una lástima estaba hecho el pobre amigo ése.

Entonces se me acerca uno, uno muy fuertote, grandote, con tipo de ranchero.

—Qué, muchachón, pos qué… ¿Por qué te trajeron?

—Fíjate —le digo, pero yo dándome mi *cran* porque entre ellos también hay su categoría—, tenía yo más de 50 cabezas de máquina, tenía yo licuadoras, tenía televisores, tenía radios, tenía todo, y este güey, el que me vendía, lleva la tira y orita se acaban de llevar todo, mano.

—Uh —dice—, pos qué chinga te pusieron. Pos, ¿como cuánto te *bajaron*?

—No, hermano, pos más de 100000 pesos. —Yo pa' darme mi categoría que era muy bueno, ¿verdad?, porque le tienen más respeto a uno así.

—Fíjate, pos a mí qué crees —dice otro—, me tuvieron como 15 días en el Pozo, ñero.

Es una prisión que hay aquí que le dicen el Pocito. Todos los rateros na'más les dicen el Pocito y mire, ¡lloran! ¿Sabe ahí qué les hacen? Los amarran de las manos así para atrás, los amarran de los pies. "¿Fuiste o no fuiste?, hijo de la ching…" ¿Que no? ¡Pas!, un trancazo en el estómago, así pero a ley, ¿verdad? Entonces los dejan caer a un pozo de agua, de agua fea, sucia, que está ahí, ¿no?, con orines de caballo y todo. Ya hasta que están medio ahogados, medio muertos, los sacan para arriba otra vuelta. "Quihubo, güey, ¿fuiste o no fuiste?" ¿No? ¡Pum! Más trompones en el estómago, y va pa' dentro.

Bueno, este cuate, el que estuvo en el Pocito, dice:

—Fíjate, así me tuvieron, ñero, mira —verdad de Dios— que como 10 días. Y yo no probaba ni agua. ¡Ni agua me daban los cabrones! Sabes que yo compro vacas robadas, ñero, y compro puercos y todas clases de animales que me llevan; yo los compro. ¿Pero a estos güeyes por qué les voy a dar dinero? Ya me dieron en la madre mucho, ¿no? Trabajo es que yo me suelte: "Pos sí, jefe, compré un puerquito…" porque ahí me sigo con toda la choricera, y me sacan todo, ¿no? Así es de que yo no les digo, y no les digo; ¡cabrones! Aquí tengo 15 días y todas las noches me sacan. Vas a ver si no, al ratito están por mí.

Bueno, a ese tipo de veras lo admiré. ¡Lo admiré porque tenía unos pantalones! Era de aquellos mexicanos, de aquel heroísmo mexicano que creo ya no existe, sinceramente. Efectivamente, no tenía tres cuartos de hora que estaba yo ahí, cuando van y lo sacan. Entonces, saliendo, saliendo, na'más se cerró la puerta y se oyó, ¡pas!, pero así muy macizo, ¿no? Al rato ya volvió, agitado, amarillo. —Ni madre, ñero, no me sacaron ni madre —dice— y no me han de sacar nada. Me matan, pero no les digo nada a estos cabrones. —Al pobre muchacho que estaba ahí —el de los blanquillos grandototes— lo sacaron como perro, arrastrando. Como estaba, fíjese, todavía así lo sacan a golpiar.

¡Ay!, yo estaba pensando: "¿A qué horas me van a agarrar a mí así también? ¡Madre Santísima, en qué me metí!" Y en eso estaba yo cuando dicen mi nombre y que me sacan, ¿no? Saliendo así del corredorcito ahí estaba mi amigo Abraham hablando. Bueno, yo ya más tranquilo que llegó quien respondiera por mí. Total, que le dije al agente que o agarraban 1000 pesos, o los agarraba un abogado por defenderme. Bueno, entonces ya lo cinché, ¿verdad?, ya le di mate porque ha de haber dicho: "Pos de agarrarlos yo a que los agarre otro güey…" Entonces dice:

—Bueno, pos mira. Nomás porque se trata de Abraham y que la fregada, vamos a conseguir el dinero.

Y ahí me llevan otra vez al café. En el transcurso me dice: —¿Qué tal si al muchacho que te embarcó en esto le damos una calentadita, le damos sus madrazos, nomás pa' que se le quite lo gacho de andar embarcando a los cuates? Y pos a tu socio, de perdida que se venga a estar una noche aquí, ¿no?, pos deben ser socios en las buenas y en las malas. —Pero no quise yo.

Llegando al café dejé caer los centavos que traía en la bolsa detrás de la barra y le hice seña a Gilberto de que ahí estaban los centavos. Le pedí prestados 500 pesos y entonces él no tuvo más que sacarlos de su bolsa y dárselos al agente. Al día siguiente le daba yo el resto.

—Bueno, Manuelito —ya entonces Manuelito me decía—, vámonos.

Hasta me llevaron a cenar, me compraron tortas, los cabrones, y refrescos, y que me van a encerrar otra vuelta a la Jefatura. Ahí me pasé la noche, pero me la pasé recontento, porque estuvieron contando anécdotas todos los rateros, todas sus aventuras y esas cosas, y pos yo, viviendo el momento ahí con ellos.

Bueno, pues seguí frecuentando el café de Gilberto. Era casi como mi casa. Ahí hacía todas mis comidas y a veces dormía ahí en el suelo por las noches. Mi papá se cambió con Dalila y mis hijos a un cuarto en la calle de Niño Perdido. Mientras tanto compró un lote en las orillas de la ciudad y empezó a hacer otra casa. Una semana o dos pasaban sin que yo viera a mis hijos; sí me acordaba de ellos y me sentía culpable, pero trataba de ocultarlo hasta de mí mismo. Yo no sé, pero cuando no los veo diariamente se adormece en mí el amor que siento por ellos, ese amor se adormece, se pasma y dejo de pensar en ellos. Me he preguntado varias veces por qué soy así con mis hijos, y no he podido ver la respuesta. Más bien tengo miedo de analizar dentro de mí mismo esa pregunta, porque me sentiría despreciable.

No puedo atender a mis hijos como es debido porque trato de aparentar, trato de llevar una vida que nomás no puede ser. Como fiera acorralada siempre ando buscando salidas para mí únicamente. Soy un desgraciado. No podía ni dormir. Me acordaba de ellos cuando estaba comiendo y entonces el bocado aquel ya no fluía con la misma facilidad; se me atragantaba. Es paradójico esto, pero yo trataba de castigarme y no iba más a verlos. Y cuando mi papá o Consuelo iban al café y me gritaban insultos delante de mis amigos entonces ya me sentía yo justificado. Sentía como si hubiera yo pagado mi mala conducta con esa humillación.

Gilberto y su esposa Carolina eran mis mejores amigos. Él es impresor y pertenece al sindicato, y ella atiende el café. Yo traté de que él trabajara en Tepito, pero él prefiere su sueldo de 50 pesos diarios, su Seguro Social y más tarde su pensión.

Gilberto fue el que me llevó por primera vez al Hipódromo, y al jai-alai y al frontón que han sido mi perdición. Llegué también a apostar en las peleas de box y en las peleas de gallos. Sí, el vicio del juego me tenía agarrado, aun más que antes. Me he dado una enviciada que fue lo que me perjudicó más. Cuando jugaba a la baraja eso era poca cosa

comparado con esto. Siempre tengo la esperanza de agarrar una quiniela que me pagara tres, cuatro, 5000 pesos. Sería una satisfacción muy grande para mí llegar con mi padre y decirle: —Mira, papá, toma esto. Toma esto, junto. —Porque, ¡por Dios!, para mí no los quiero. Porque yo no le tengo amor al dinero, y no lo quiero para mí. Le juro que lo quiero para mi padre y para mis hijos.

Un día Gilberto me llevó al Hipódromo y pues me tocó la mala suerte que compré una quiniela con 10 pesos. Pues la quiniela pagó 786 pesos y dije yo: "Qué ando haciendo trabajando, si aquí está mi porvenir". Desde entonces me gustan mucho los caballos. Aprendí a leer el *racing form* y ya sabía yo de pesos, tiempos, montas, distancias, todo eso. Aprendí mucho, conozco mucho de caballos, me hice muy científico y a mí lo que me perjudica en los caballos es conocer. Si na'más se necesita un ratito de suerte ahí. Debería haberme atenido a sueños y corazonadas como Gilberto.

Perdí mucho dinero en las carreras. Me estaba yendo bien en Tepito. A veces sacaba de menos 100 pesos diarios, pero todo, todo, se iba en los caballos. Un día llegué con 1200 pesos en la bolsa y salí únicamente con los 30 centavos para el camión. Ese día ni comí… prefiero jugar a comer… en la noche cené en el café, porque me fían. Únicamente he ganado en dos ocasiones, unos 1300 pesos por todo. Es increíble pero a veces he perdido 1000 pesos al mes, si no es que más. El dinero que debería haber usado como capital en el mercado lo eché a rodar. Y ahorita yo estaría muy bien si no fuera por el gusano ese del juego.

Pero no crea, no juego por diversión. Para mí es como un negocio, un trabajo… el medio más rápido de progresar de veras. Siempre iba con la esperanza de ganar. Y después que he perdido todo el dinero y ya no puedo hacer más apuestas siento el cuerpo todo laxo, siento como una especie de sudor frío. Me reprocho a mí mismo mi tontera… porque escogí el número equivocado… por no hacer caso de la corazonada de Gilberto… por interpretar erróneamente un sueño… por mi mala suerte. Una y mil veces me he dicho a mí mismo que debo dejarlo, pero tan pronto hago un buen negocio no hago sino correr al Hipódromo con el dinero. Al día siguiente, sin un centavo, iba al mercado a buscar a un amigo con capital para que fuera mi socio por ese día.

Y para empeorar las cosas un socio que tenía se fue con 5000 mil pesos, se llevó en mercancía esa cantidad, y yo tuve que pagar a los acreedores. Todavía debo como 1200 pesos de ese asunto.

Mi compadre Alberto se quedó una temporada más en los Estados Unidos, después lo agarró la Inmigración y lo aventó pa' fuera. Yo lo notaba muy raro conmigo, pero no de recién que llegó, sino ya así a través del tiempo se fue alejando, se fue alejando paulatinamente, ¿verdad? Me hablaba exactamente lo mismo aunque yo notaba en sus palabras cierta frialdad, cierta cosa. Yo no sabía qué explicarme. Pasaron como tres años. Un día llegó bien ahogado de borracho al restorán de la señora esta Carolina. Llegó con su tía.

—Compadre —dice—, tómate una cerveza.

—Oye, compadre —le digo—, si apenas voy a hacer el pan. Todavía ni me

desayuno. ¿Cómo voy a tomar cerveza ahorita?

Luego se me quedaba viendo, se me quedaba viendo así, se le rasaban los ojos. Y yo dije: "Bueno, pues éste que trae", ¿no? Y me hice tonto y seguí haciendo mi pan y todo eso. Luego pos así de reojo lo veo, lo seguí observando y na'más movía la cabeza así, de tristeza.

Hasta que ya no me aguanté y que me acerco y le digo:

—Oye, compadre, pues ultimadamente tú y yo nunca hemos andado con tiznaderas, hermano. ¿Qué traes conmigo? ¿Qué tienes que sentir, o qué? Dime, a mí háblame derecho. ¿Por qué te me quedas viendo así?

Para esto le estaba diciendo a su tía:

—¡Salud! Por el más querido y más traidor de los amigos. —Y entonces me veía a mí, ¿no? La primera vez no le di importancia, porque lo dijo así como no queriendo. La segunda vez ya me vio a mí, y ya fue cuando me acerqué:

Dice: —Mira, te juro que si no tuviera mis hijos yo te hubiera matado ya.

—Oye, oye —le digo—, cabrón, estás loco, tú. ¿Pos qué traes?

Dice: —¿No es cierto que tú le cantaste sobre las nalgas a mi vieja?

—¿Quién te dijo eso? —Yo me indigné inmediatamente. Sentí que me hirvió un volcán por dentro.

—Juanita, mi vieja. ¿No es cierto? Cuando la encontraste ahí en el cabaret.

Entonces me doy cuenta de lo que se trataba. Poco después que volví de los Estados Unidos, me dice un amigo: —Oye, *Chino,* ¿de quién es una señora, tuya o de Alberto, que trabaja en El Casino?

El Casino es un cabaretucho que hay por allí cerca, un cabaret de mala muerte. Le digo: —Pos oye, aquél ha sido muy mujeriego, hermano, y ha tenido muchas señoras. No sé cuál de todas sea.

Dice: —No, pero fíjate que ésta me da señas tuyas y me da señas que tiene hijos con Alberto.

Y entonces me asaltó a mí el presentimiento, ¿verdad? Dije yo: "A poco es su señora —porque con ella vivía de pie—; a poco es Juanita". Pero yo traté de aparentar, no dándole importancia delante de aquél, pues para no poner en mal a mi compadre.

Yo por las dudas fui al Casino. Y que llego allí. Como todo está en penumbra anduve buscando pero no vi nada. Entonces me meto al mingitorio a desaguar y en una de las mesas de hasta el fondo estaba una señora con un tipo, estaban abrazados y se estaban besando en ese momento, pero no reconocí quién era. Pero al salir del mingitorio fui viendo: la esposa de Alberto era la que estaba allí. Bueno, yo sentí tan feo, sentí tan horrible como si hubiese sido mi esposa. La agarré del brazo y que le pego un jalón y pues con palabras groseras le digo:

—Oiga… y usted, ¿qué hijos de la rechingada está haciendo aquí?

—No, Manuel —dice—, es de que…

—Es que nada —le digo—, es que usted es una sinvergüenza, es una puta.

—No —dice—, usted no tiene derecho a decirme eso.

—¡Cómo que no tengo! —le dije—, y orita se sale. Se sale o la saco; la saco a punta

de cabronazos. —Yo estaba que trinaba en ese momento, quería golpearla allí.

—No, es que yo tenía al niño malo, y Alberto no me ha mandado dinero. Yo no iba a dejar morir al niño… por necesidad yo lo hice.

—Usted miente, señora —le digo—, usted miente con toda mentira, porque hace cinco días yo le puse a usted de allá un cheque por 55 dólar; yo personalmente se lo puse a usted.

—Pero es que mire… —Entonces empezó a llorar y yo caí en razón que en realidad no era mi señora, era la señora de Alberto. Ya más calmado le digo:

—Mire, señora, usted no tiene necesidad de estar aquí. Si acaso usted necesita centavos para su gasto, cuando no le mande aquél, yo mañana voy a empezar a trabajar. Usted puede pasar a verme, yo puedo facilitarle unos centavos mientras viene mi compadre. Luego que venga él que me pague.

—Pues sí, Manuel, pero, este… no me puedo salir.

—Sí, sí se puede salir. —Voy con el cantinero y le doy los 20 pesos de la salida de la señora y con el policía de la puerta y ahí están los 10 pesos, y a ella la mandé a su casa a dormir.

Yo creí hacer un bien a Alberto, por eso cuando me acusó sentí tan feo.

—Ven, compadre, no me gusta a mí andar con enredos, vente, vamos a tu casa —le dije:

Pues sí, paró un carro y ahí vamos a su casa. Alberto y Juanita estaban cuidando un edificio, tenían la portería. Que llegamos. La señora me saludó, pero siempre con un gesto medio quién sabe cómo. Y que Alberto la mete para adentro y cierra la puerta y ahí le empezó a decir:

—Qué me dijiste de Manuel, que él te había dicho que…

—No —dice—, yo no sé Alberto por qué lo comprendió así. Yo le dije que usted se había ofrecido a prestarme el gasto, pero no que me fuera a dormir con usted.

Entonces Alberto se le quedó viendo así con mucha rabia, la agarró y ¡pum!, que le pone tres trompones. Y yo lo dejé, a propósito lo dejé, porque dije: "lo merece la señora por andar con esas cosas, porque aquél es capaz de que sí me mata, o me hace algo… o nos hubiéramos hecho los dos, y por nada… por un chisme". Yo sí lo dejé que le pusiera tres trompones. Después le quería seguir pegando, de la rabia que tenía, y aquél como loco, le entró una especie de delirio. —¡Canalla! ¡Canalla! —es na'más lo que decía. Bueno, ya después lo tumbé sobre la cama.

Hoy me visita, pero ya no es lo mismo que antes. Conociéndome de toda una vida y queriéndonos como nos queríamos, tuvo el valor de dudar de mí, cosa que no debió haber hecho nunca. Y es lo que me desilusiona. Esto también tuvo que ver algo con que haya yo perdido la fe en la religión.

Pero en realidad yo lo admiro. Tiene una fuerza de voluntad enorme, una voluntad de acero, porque él dijo: yo tengo que ser chofer, y a fuerza de echarle valor al asunto logró ser lo que quería. Anda de chofer de ruleteo, sus hijos van muy adelantados en la escuela, tiene su televisión, su estufa de gas y quiere fincar su casita propia. Su aspiración más grande, la ambición máxima que tiene él es llegar a ser chofer de los

autobuses foráneos de turismo, y no dudo que lo logre.

Siempre me anda aconsejando, porque dice que ya es justo que viva bien, que piense con la cabeza. Él dice que yo soy muy inteligente y que podría tener más éxito que él con sólo organizarme y dirigir las fuerzas que tengo. Yo no sé de dónde saca esa voluntad que él tiene, posiblemente porque no sabe leer no tiene en qué distraer su mente, ¿verdad?, y enfoca las cosas más prácticas, más claras.

Bueno, yo había enviudado y sólo tenía veintitantos años. En realidad era un hombre libre. Me levantaba a mediodía, pasaba la tarde en el mercado, o en las calles, en las carreras o en otros lugares donde pudiera yo apostar. Tenía muchos amigos pero me hacía falta una mujer. Tres veces fui, llegué al grado de ir con mujeres públicas pero me salí como entré, porque no puedo soportar a esas mujeres.

Entonces conocí a María; Carolina la del café es madrina de ella. Cuando la conocí estaba muy chamaca de a tiro, 17 años tenía. Su padrastro había matado a su mamá hacía unos cuantos años, y ella había andado de aquí para allá con su abuela, sus tres hermanos chicos y su hermanita. Dormían en un puesto del mercado, del viejo, antes de que lo tiraran. Cuando la conocí todos dormían en un tapanco en la pieza de Gilberto y Carolina.

Yo desde un principio le conocí sus defectos. Era bastante dejadita y era floja. Pero estaba joven y bastante bien formada. Y yo tenía un fuerte deseo con ella. Yo dije: "Con paciencia, con cariño va a ir cambiando. Ha tenido una vida miserable, horrible, pero poco a poco la haré que cambie".

Pero no estaba enamorado de ella, no la quería. Mi capacidad para el amor se había muerto. Yo me daba cuenta de esto porque cuando veía a Graciela en la calle algunas veces ya no sentía ni siquiera una pequeña cosita por ella por dentro, ni un sentimiento, nada. No, sino que el motivo para andar con María fue pura conveniencia.

Invité a María a ir a Chalma conmigo y un amigo. Tenía la intención de ir a pagar una manda que debía mi señora de bajar de rodillas de la Cruz del Perdón al Santuario de Chalma, pero ya con María allí y esas cosas ni me acordé de aquello.

Resulta que todo el tiempo estuve tratando de hacerla mía y siempre le hablaba pues de aquello, ¿no? Cuando íbamos en el camión ella ya había condescendido. Cuando llegamos a Ocuila tendimos nuestro petate para acostarnos a dormir. Entonces pasó una cosa curiosísima.

Cuando llegó el momento, ella se empezó a arrepentir y esas cosas, ¿cree que pude? No pude. No pude lograr la reacción. Tantito que ella se forzaba, tantito que me entraron unos nervios espantosos, el caso es que no pude. Entonces me hice el enojado. Estuvimos durmiendo juntos en el petate tres días, pero eso fue todo.

Desde entonces para acá he sufrido una serie de trastornos así… Y yo siempre buscando aquello, pero otra vez, no sé, pero yo no tenía más que un dolor horrible de testículos; yo tenía aquello dispuesto y todo, na'más otra vez no pude… Pasó la noche, yo no pude dormir, de los nervios, el coraje, la decepción de mí mismo. Siempre fui muy viril yo, pero desde que murió mi esposa no he podido volver a sentirme igual.

Yo creo la depresión moral de todo ese tiempo se me acumuló.

Luego pensaba: "Pues a lo mejor de Dios estaba que no le pasara nada a ésta conmigo". Entonces después se le empezó a meter otro muchacho; se le empieza a meter, se le empieza a meter y cuando menos pienso, ya eran novios. Yo ya la había conocido en cuerpo, no había sido mía, pero no se me podía borrar aquello. Decía: "¡No es posible que ahora vaya este canijo a ganarme a mí!"

Después le decía yo: —Mira, María, cásate conmigo, yo voy a procurar trabajar lo más que pueda para que no te falte nada, para tenerte todo… Ves tú que portarse uno decente no son cosas que sepas ver; yo pude haberte hecho mía, sin embargo me contuve, porque prometí respetarte.

Dice: —¿Porque prometiste? ¡Porque no pudiste! Sí, porque no pudiste, a la hora de la hora.

Entonces me dio tanto coraje que le voltié un trompón. —Ahora me vas a echar en cara —le digo— que haya yo sido honrado y te haya yo respetado, ¿no? —y ¡pum!, que le pego otra vez. Pues yo tenía naturalmente mi orgullo de macho que no me dejaba reconocer aquello.

Y ahí pasó. Después duramos enojados un tiempo. Entonces había una señora y resulta de que a ésta no sé qué cosa le dio, o de dónde agarró, pero el caso es que estaba pero perdidamente enamorada de mí. Pero tenía marido, bueno, no era casada, pero vivía con él, y yo no quería, en una palabra. Llegó el día en que me agarró forzado, comprometidísimo, vaya, ya no me dejó salir: de esas cosas que me acosó y cuando menos pensé ya estábamos allí.

Estando sin hablarnos ni nada una vez cuando menos lo pensé me habló María: —Manuel, usted siempre me ha pedido que me case con usted, ¿no? Pues vámonos ahorita. —Bueno, pues yo dije: "A quién le dan pan que llore", ¿no?, me la llevé a un hotel, no fuera a ser lo mismo que primero sí y luego a última hora… Lo que había pasado es que no faltó quien le dijera a María de la otra mujer y ella entonces dijo: "Ahora le voy a demostrar que yo le quito a Manuel cuando quiera".

Luego se echaba de ver que ella llegó completamente inexperta; era señorita y muy pasiva. Nomás se entregó y fue todo. No sé si serían los nervios, pero con trabajos, con muchísimos trabajos, apenas pude. Después María se fue a dormir en su tapanquito y yo dormía allí en el café. Así seguimos varios meses.

Yo tenía esperanzas de que María cambiara. Pero ha sido siempre una actitud pasiva la de ella; ni atrás ni adelante, nomás se limita a un mismo plan, el mismo plan desesperante. Quiero aclarar una cosa, que sin ser yo morboso por mi experiencia, por lo que he leído, sé que la mujer debe sentir hasta un punto excitación. Bueno, pues la preparaba, pero ella no reaccionaba. ¿A qué le sabría —por ejemplo— estar con una mujer y mientras está tratando de excitarla, mientras está platicando, trabajándola, ella se queda dormida? ¡Bueno, es algo resfriante!, es algo que resfría a uno, ¿no?

A veces le he dicho: —Oye, María, dime tú, ¿por qué tengo que ser siempre el de la iniciativa?, ¿eh? ¿Por qué siempre tengo que ser yo el que te lo pida? ¿Por qué de ti nunca ha salido decir? Bueno, es que es lo natural, lo normal en un matrimonio. ¿Por

qué nunca se te ha ocurrido pedírmelo? —Ay, pobre de mí, yo pensé que era porque no me quería, pero ella me dijo que si no me quisiera no viviría conmigo.

Ella nunca me dijo nada de mi impotencia. No he sido siempre así y he sabido disimular, pero me atormenta esto. A veces lo achaco a mi cerebro que nunca descansa; hasta en eso me ha afectado. Siempre estoy pensando, estoy tocando por dentro, silbando una pieza de música, oyendo; cualquier cosa. Si estoy pensando una cosa, cuando menos pienso no me acuerdo ya qué estaba pensando, o ya pienso otra muy diferente y cuatro o cinco cambios se operan sin que hilen las cosas. Siento punzadas fuertísimas y siento que se me revienta el cerebro. Hay veces que para mí se detiene el mundo, se detiene el tiempo de repente, y no tengo humor ni deseos de nada. Las calles, el movimiento, el ruido, las gentes, son muertos para mí… las flores no tienen color, no tienen nada…

Cuando estoy con María se me olvidan en parte mis preocupaciones. Pero cuando le he tratado temas de la vida en serio creo yo que hasta se aburre. Yo no soy muy culto, pero pos tengo la facultad grandísima de que me gusta leer, me gusta cultivarme un poco. ¿Pero sabe qué son las cosas que le gustan a ella? Las historietas de muñequitos, novelas de amor, chismes, cosas triviales… platica reteharto con toda la gente de todo eso, pero cuando yo discuto cosas con ella todo lo que contesta es "sí" o "no".

Luego su descuido me molesta mucho. —Arréglate, por favor, María —le digo—, trata de ser un poco más aseada. Andas siempre en unas trazas que pareces la decepción personificada, no demuestras ilusión ninguna. —No mostraba ningún interés por la vida. Quisiera saber qué cosa es lo que tiene.

Estaba yo pensando en dejarla cuando empezó a estar embarazada. Ya no tenía yo intenciones de abandonarla entonces o darle mala vida. Ella quería que nos casáramos por lo civil —alguien le dijo que los niños que nacen fuera del matrimonio salen con orejas de burro y caminan a la sombra de la cruz toda la vida—, pero yo no quería porque se me figura que estoy cometiendo una traición para con mis hijos primeros y para con mi esposa muerta. Porque si yo me caso con ella, los hijos que criemos ella y yo pues tienen todos los derechos ante las autoridades, y mis cuatro hijos por ser hijos naturales pierden automáticamente el derecho. Por esta causa es por lo que yo me muestro renuente a casarme con ella.

Entonces fue cuando mi papá me había dicho que recogiera a mis hijos. —Ya estoy fastidiado —dijo—, estoy cansado de tus chamacos. Tienes que llevártelos, ya no los soporto.

Entonces se los trajo a Bella Vista, donde estaban Marta y sus hijos viviendo. Marta estuvo de acuerdo en hacerse cargo de ellos y le di dinero para el gasto. Pues como al tercer día cuando le fui a dar el dinero, en la noche, encontré a mis hijos ahí abandonados y no habían comido nada en todo el día. Mi hermana se había ido con un tipo y se llevó a sus hijos y todo. Se fue sin decir palabra y mis pobrecitos hijos parecían huérfanos hambrientos cuando llegué allí.

Fue entonces cuando me llevé a María a vivir conmigo a Bella Vista. Yo pensé, bueno, pues cuando menos para que les haga de comer me sirve María. Mi papá me dijo

que me podía quedar con el cuarto si pagaba la renta. Después ya mi papá supo de María, y la aceptó a regañadientes. —Ya te echaste la responsabilidad otra vez; va a ser como con la otra.

Yo empecé con mucha ilusión de tener un hogar en forma, el caso es que mi papá insistió en mandar los muebles a Marta que vivía en Acapulco con su marido. Poco a poco se llevaron las cosas. Consuelo llegó y escogió cosas y pues ahí tiene usted que me quedé con el cuarto vacío, completamente vacío, las cuatro paredes nada más.

Bueno, pues Consuelo al ver que estaba así dice: —Oye, mano, yo tengo la cama en casa de Lupita desocupada, dame 50 pesos y te la traes.

Le digo: —Pero en esa cama está durmiendo mi papá, mana, ¿cómo me la traigo?

Dice: —No, a mí no me interesa. Total a mí me costó, la cama es mía. Mejor que duerman tus hijos en ella.

Bueno, pues le pagué y ya me traje la cama. María y yo dormíamos en la cama y acostamos a los niños en el suelo, les hicimos una camita allí de sábanas. Cuando María se alivió de la niña, de Lolita, dormíamos los tres en la cama. El caso es que mi hermana vio esto y dice:

—¡Cómo acuestas a los niños en el suelo! Yo te di la cama para los niños, no para que…

Yo me enojé por esto, porque ella pensaba que yo estaba maltratando a mis hijos. Pues yo toda mi vida había vivido así. También nosotros —Roberto y yo— dormimos en el suelo y nosotros peor todavía que ellos. Yo a mis hijos siquiera procuraba que tuvieran bastantes colchones, sábanas, abajo; con mi papá no había de eso, yo agarraba un costal.

—Consuelo, tú me vendiste la cama, no me la regalaste. En mi casa yo ordeno, yo puedo ordenar en mi casa. Tú da órdenes donde tú vivas, no vengas a ordenar aquí. Les voy a comprar otro catrecito a los niños en estos días cuando tenga dinero.

Y total que ésta estaba molestando a cada rato con la cama. Luego le digo: —No, no, no… no eches de gordas por tu cama. Si quieres tu cama llévatela, dame mis centavos, pero lárgate. —Pues no tenía los centavos y nos seguimos contrapunteando. Una vez hasta me esperó a la salida del cine y empezó una discusión.

—Tú estás loca —le digo, y la dejé como lurias hablando en la esquina. Yo creo que le dio coraje porque al día siguiente se fue a la casa, le dio a María los 50 pesos y se llevó la cama. Luego hice un buen negocio en el mercado y llegué a la casa con un juego de recámara.

—Mira, sí, están bonitos los muebles —dice María. —Yo pensé que con los muebles se iba a animar, pero siguió con la indiferencia y el descuido de siempre. Me acabó de decepcionar porque no tenía cuidado de nada en absoluto; la luna del ropero y la luna del tocador siempre empañadas, con las manos puestas allí, dondequiera que pasaba yo el dedo, polvo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Hombre!, ¿qué haces todo el día? Mira, con un trapito con aceite dales una talladita. Procura que tu casa esté limpia.

Como ocho días después me doy cuenta que la puerta del ropero estaba rota. Le dije:

—Eres muy tonta, eres una estúpida, eres esto y lo otro. —Primero dijo que era mi hijo el grandecito, luego que mi hermano. Pero no le puede uno sacar nada; se emperra en lo que dice y eso tiene que ser. A cada rato le decía yo cosas.

—¿Pa' qué compro más cosas? Total, que nos lleve el diablo. Te gusta vivir en la suciedad, te gusta vivir en la mierda, bueno, pos vamos a vivir en la mierda. A ver quién se cansa primero. Estamos muy pobres pero cuando menos para comer no nos falta. Eso es un don que tienes que agradecer a Dios, y a mí. Muchas mujeres estarían felices de tener un hombre en quien apoyarse; ahora todo el mundo te guarda consideraciones sólo porque vives con un hombre.

—Posiblemente para ti sea yo un viejo. Posiblemente te sientes defraudada porque no he llegado ahogado de borracho a pegarte, a levantarte a patadas de la cama a medianoche. Posiblemente te aburres o, ¿qué es lo que quieres? Yo no quiero sacrificarte. Mira, yo ya crucifiqué a una mujer; ya a mi lado murió una mujer y te juro por el amor de Dios que una y mil veces prefiero abandonarte a saber que te estoy sacrificando. Yo no quiero esclava, quiero compañera. Ponte a estudiar algo, ponte a trabajar, haz algo…

Ella únicamente se limita a contestar sí, o no. No es que trate de echarle a ella toda la culpa, pero si ella hubiera resultado una mujer diferente mi vida sería radical, totalmente distinta de la que llevo.

Luego toda su familia se empezó a mudar con nosotros. ¡Uy, qué barbaridad! A mí —en medio de que he vivido lo más pobre posible, siempre—, bueno, me espantó, me horrorizó la familia de ella. Pasó esto, a la tía y a la abuelita no sé por qué causa les quitaron la casa donde vivían. Uno de los hijos de la tía me pidió permiso para quedarse a dormir una noche. Se quedó allí. Luego un día llega la señora, la mamá del muchacho, Elpidia se llama, con el otro chamaco ardiendo en fiebre. Estaba haciendo un aire de todos los diablos afuera y la señora empezó: —Y adónde me voy a quedar, fíjese nomás, con este niño, ¡y ahorita ir a buscar dónde quedarme! —Pues al buen entendedor, pocas palabras. Le dije que se podía quedar hasta que el chamaco se mejorara.

María tenía una prima, Luisa, que vivía con su segundo marido. Los niños de su primer esposo vivían con ellos. Bueno, éste es un caso insólito. El padrastro a una de las chamacas la mancilló y la hizo mala. Una chamaca, una niña, ¡y el padrastro…! Y la mamá trata de hacerse la desentendida, pero sabe que fue el padrastro y sin embargo, sigue viviendo con él. Bueno, dentro de mi medio aun siendo pobre no se acepta eso.

Entonces Luisa viene con su niña mala a la casa. La chamaquita, ¡uy!, parecía pero si un gallito, la inocente; huesos, puros huesitos, ¡vaya! La llevé con un doctor y dijo que lo que tenía era una desnutrición espantosa y bronconeumonía. Y él no sabía que también estaba embarazada. Pagué el doctor, compré la medicina y allí se estuvo la niña y Luisa también.

Bueno, después vino la abuela, con los hermanos de María, quesque a visitar a la niña y ¡ras!, se mete la abuela. Bueno, fíjese usted cuántos eran. Elpidia y sus dos hijos, Luisa y su hija, la abuela, los tres hermanos de mi señora, luego la hermana y otra chamaca de Luisa, mis cuatro chamacos, María, Lolita y yo. ¡Dieciocho viviendo en el

cuarto! Luego mi hermano Roberto no tenía dónde vivir, entonces él y su señora vinieron también.

Horror, horror, horror me daba ya al llegar a esa casa. Todos tirados allí en el suelo día y noche. La casa siempre tirada, siempre sucia, y ellos de una porquería espantosa. La abuelita, viejita la señora, pero procuraba andar limpia. ¡Pero la tía, Elpidia! Se sentaba en un rincón de la cocina, espulgando a los chamacos. Yo llegaba y me ofrecía de comer. Pero si yo la estaba viendo espulgando a los chamacos y ella sacándose por acá los… ¡Cómo iba yo a comer! Yo veía que ni las manos se lavaba. Yo le daba las gracias y le decía que ya había comido. Bueno, nomás de ver que metía las manos allí en la comida, ¡uy, me daba un asco!

La hermanita de María, la chiquita, siempre la traían con el moco hasta acá, en la barba. El excusado apestaba y ni siquiera se tomaban la molestia de cerrar la puerta cuando lo usaban. Y una gritadera de chamacos en la mañana cuando yo quería dormir. Una batarola de todo el infierno allí. Y yo que me ponía de un humor negro. Bueno, hasta me estaba yo enfermando de los nervios.

Mi papá venía todos los días como de costumbre. No me dijo absolutamente nada, pero yo sabía que le desagradaba ver a tanta gente metida allí. Yo me decía que los corriera, pero mi otro yo decía: "Pobrecitos, no tienen a dónde ir… Hoy por ellos, mañana por ti. ¿Cómo los corro ahorita?"

Yo le decía a María: —Ay, vieja, si no es que me pese, pero mira, ya se me están acabando los centavos que yo traía para trabajar. Diles que pos a ver cómo le hacen.

—No —dice—, ¿pos yo cómo les voy a decir? Pos diles tú.

—Bueno, pero es tu familia, María. No necesitas correrlos, pero así con palabras más o menos, tú busca la forma de decirles. No es justo, María. Mira, ahorita tengo una tanda y 30 pesos que me sale dar el gasto aquí. —En el mercado, los conocidos, hacíamos tandas para tener dinero para trabajar. Cada semana entre 10 comprábamos números de 50 pesos cada uno y nos turnábamos para agarrar los 500 pesos juntos. Así que ahí me tiene pagando 50 pesos semanarios de tanda y dando el gasto para mantener a toda esa gente.

Pero María nunca le dijo nada a su familia. Es más, estaba contenta con la familia allí. Es cuando estaba más contenta. Ya hasta brincaba yo de los nervios que tenía, pero tampoco yo les decía nada. Ya no tuve qué darles, me volví a quedar sin cinco centavos. Mi papá tuvo que llevarse otra vuelta a los chamacos porque durante mucho tiempo María usaba todo el dinero del gasto para dar de comer a su familia y a mis pobres hijos les daba café negro y un bolillo. ¡A mis pobres chamacos!

Yo me quedé sin nada. Tuve que vender los muebles y a María y a Lolita las mandaba al café y comían porque ahí me fiaban. La primera que se salió fue la abuelita que aunque muy anciana es de mucha vergüenza. Se empezó a dar cuenta de que yo andaba serio y se llevó a la hermanita y a los hermanos de María con ella. A los otros nunca los corrí; ellos por su voluntad se salieron, pero ya a las quinientas, ya que no tuve nada que darles. Pero la tía costó un triunfo, un triunfo sacarla. Estuvieron con nosotros dos meses y me dejaron completamente sin dinero y lleno de deudas.

Mi vida es un cúmulo de emociones inexplicables. Hasta cierto punto soy de esa clase de personas morbosas que gozan atormentándose solas. Hay veces —le juro— que en las noches he llorado ya que me quedo solo en el café. Siento tan estéril, tan inútil, tan amargada y tan infeliz mi vida, que, ¡por Dios!, hay veces que quiero morirme. Soy de la clase de tipos que no dejan nada de su paso sobre el mundo, como un gusano que se arrastra por la tierra. No soy de provecho para nadie, para nadie; mal hijo, mal padre, mal todo.

Veo toda mi vida pasada y me doy cuenta que está basada en una cadena de errores. La he llevado con frivolidad. Me he conformado con vegetar, con sobrevivir en un crepúsculo gris, sin pena y sin gloria. Siempre esperando un golpe de suerte… un millón de pesos, para ayudar a mi padre, a mis hijos, a mis amigos necesitados. No pude hacer cosas en gran escala, pues entonces no hice nada.

Pero ahora me siento un poquito más confiado en mí mismo y más razonable. Me sentiría orgulloso de poner una casita modesta, de educar a mis hijos, de ahorrar un poco. Me gustaría dejar algo para que cuando me muera todos me recuerden con cariño.

Puede que esto cause risa, pero si pudiera encontrar las palabras apropiadas me gustaría escribir poesía algún día. Siempre he tratado de encontrar la belleza aun entre la maldad en que he vivido, para que no me sienta desilusionado por completo de la vida. Me gustaría cantar la poesía de la vida… grandes emociones, amor sublime, poder expresar hasta las más bajas pasiones en una forma hermosa. Los hombres que son capaces de escribir de estas cosas hacen el mundo un poco más habitable; levantan la vida a un nivel diferente.

Sé que si quiero ser constructivo, con todas mis fuerzas he de luchar contra mí mismo. Primeramente tengo que ganar en la lucha contra mí mismo.

ROBERTO

UNA NOCHE del mes de diciembre de 1952 me metieron a la cárcel en Veracruz. Sucedió que estaba yo pues en una casa de citas, gozando allí un rato. Como siempre ando solo por dondequiera me meto. Tenía ya bastante rato de estar allí tomándome mis copas con una dama, acompañado. Me paré en la barra a pedir algo de tomar cuando vi entrar a un fulano conocido como *el Pollo* Galván. Otro parroquiano más, ¿verdad?, pues no. Después supe yo que este individuo era hijo de un alto funcionario y siempre se hacía acompañar de policía armada y por eso era muy arbitrario. A cualquiera lo bajaba, lo humillaba, se le hacía fácil hablarle golpeado…

Sucedió que entonces llega y se para detrás de mí. Voltea y se me queda viendo, entonces yo me lo quedo viendo… una cosa muy natural. No le dije nada, ni él me dijo nada.

Pues ahí empezó el pique —como dicen aquí en México—, ¿verdad? Pero yo no quise aceptárselo desde un principio. Tocaron un danzón, que es el ritmo que más me gusta, y se lo pedí a la muchacha. —Sí, como no. —Al fin que estaba conmigo, ¿no?, y empezamos a bailar y como a media pieza este muchacho se para y se me acerca y me dice: —Hazte a un lado que voy a bailar.

—Bueno, ahorita estoy bailando con ella —le digo—. Espérate a que termine esta pieza.

—¿Cómo que espérate? En primer lugar, a mí no me tuteas, y en segundo, voy a bailar, porque quiero bailar.

—Mira, yo te tuteo porque tú llegaste tuteándome primero, y en segunda, no vas a bailar con ella, porque aunque ella sea prostituta no es para que nada más te la suelte así como así. La mujer que conmigo anda la respeto, y hago que la respeten, no importa su condición social.

Bueno… ahí se empezó la tremolina, y que me pone un derechazo que todavía me duele cada que me acuerdo, y voy a dar al suelo. Entonces sí, ni modo de rehuir el pleito, ¿verdad? Porque si algo tengo es nunca rehuir el pleito. Y me paro, y entonces sobre mí se vienen dos o tres de los policías, y quieren agarrarme. Porque la costumbre de este fulano era que al pleito, a los golpes, a los hechos, entraban los policías y detenían a su enemigo y él empezaba a golpearlo a gusto y sabor. Entonces él dice: —No, déjenlo, para este jijo de quién sabe cuánto me basto yo solo.

Y ya se hicieron los policías a un lado. Y estábamos, ¡pero si duro! Yo alguna vez le hice al box, y él era pues, sin jactarme, muy torpe para boxear, y pues le estaba yo

ganando, sinceramente. En ésas sacó un cuchillo y empezó a amenazarme. Al ver armas no me amedrento. En lugar de arredrarme, me voy sobre ellos, y ya sin conciencia, a golpearlos hasta donde se pueda.

Dice: —Hoy te vas a morir, hijo de la chingada.

—Pues vamos a ver. Porque fácil, cualquiera puede sacar una pistola, pero para que la dispare necesita tener güevos…

—Ahorita vas a ver…

Entonces saco yo mi cuchillo y lo herí a él, pues no puedo decir que mortalmente, pero sí lo herí. Tres piquetes le di, ¿no?, dos en la caja del cuerpo y uno en la mano.

Ya para entonces se hizo el bochinche grande y me detuvieron. Me dijeron: —Ora verás, ¡hijo de la fregada!, te vas a morir. —Y para ser franco pues no me esperaba otra cosa. Porque pues si a otros que nada más habían osado levantarle la voz los habían golpeado en una forma bárbara, pos ora yo que lo había herido… sinceramente me jugué el todo por el todo. El hombre cuando se ve perdido echa mano de cualquier recurso con tal de salvar el pellejo, y así lo hice yo.

Y decían los policías: —Vas a ver, hijo de tu tiznada madre… te vas a morir.

—Pues antes de que me muera me llevo uno o dos por delante… ¡Y éntrenle! —Y hacen ellos pa' cortar cartucho. Pero lo que me salvó —y de ello le doy gracias a Dios— es que uno de los tres policías tuvo un poquito más de sentido común, y dice: —No, mejor vamos a llevárselo al doctor Galván así, y allí sabrán qué hacer con él, porque si no nos comprometemos, y ni la pena vale.

—¿No valgo la pena?, hijo de tu tiznada madre, nomás haz la prueba y verás…

Total, ya me llevaron a la cárcel municipal. Y pues caí allí como piedra en el pozo pues de momento no pude avisar a mi familia, ¿verdad? Me sentía más que triste, más que deprimido, desesperado.

La única idea que tenía yo en mi mente era la de salir a toda costa, a como diera lugar. Pero siempre pensando la mejor forma de poder hacerlo, ¿no?, sin ir a fracasar. Bajita la mano me anduve informando cómo se podía hacer para ir a juzgado —los juzgados quedan en la calle—, así es que hice una audiencia… y me la hicieron.

Vendí mis zapatos para poder comprar allí algo que comer, porque la comida que dan… Si los cerdos hablaran se la arrojarían a uno por la cara y dirían muchas cosas que no serían muy gratas al oído. Así que andaba con zuecos, unas maderas con la forma de la planta del pie y unos elásticos atravesados. Anduve practicando la forma de podérmelos quitar sin agacharme, porque correr con zuecos sería imposible, ¿no? Así es que anduve practica y practica, y se llegó el día esperado. Todavía no lo tenía yo bien pensado, pero me decidí alentado, pensando que mis familiares estarían tristes por mi ausencia, porque no sabía ninguno, ni les había mandado decir. Nada me hubiera costado mandarles una carta, ¿verdad?, pero cómo decirles, pos cómo darles la mala nueva.

Y total, pos que voy a juzgado. Y me saca un policía nada más, armado. Iba entre él y la pared. Agarramos a mano izquierda por los corredores que dan a la calle, donde estaban soldados también. El policía me iba preguntando: —¿Qué ya mero sales, muchacho? ¿Y qué hiciste?… —Yo no le hacía mucho caso a las preguntas que me hacía

el policía porque mi atención estaba concentrada en la calle, por dónde iba a agarrar y si no había mucha gente, y todo eso. —No te apures —me dice él—, ya pronto sales. —Al decirme esto, me doy el agachón y estoy saliendo como bala y tiré los zuecos. Lo que yo había practicado en ese momento se me olvidó por completo.

Salí descalzo, y a correr se ha dicho y corrí como alma que lleva el diablo. ¡Vaya! ¡Y le saqué mucha ventaja! Inmediatamente oí que cortaron cartucho con el máuser de siete milímetros. Ese ruido para mí es peculiar desde que estuve en el ejército. Y oí que le gritaron los alcaldes y los corregidores: —Suéltaselo, no seas pendejo… mátalo… a las patas. —Yo no voltié, pero creo que me ha de haber estado apuntando, creyendo que si voltiaba yo y veía que me estaba apuntando me iba yo a amedrentar.

Pero ya había yo dado el primer paso para jugarme la vida y salir victorioso —si Dios me ayudaba— y salí agarrado como bala. Se echan a correr detrás de mí él y otros varios. La gente me veía correr y se hacía a un lado. Mientras íbamos por la ciudad no me dispararon, pero ya salimos a las orillas y entonces sí empezaron. Parecía 16 de Septiembre. ¡Qué bárbaro! ¡Una balacera que se soltó!… nomás pegaban las balas a un lado de mí, o adelante, por los pies. Ya no nada más los policías ni los alcaldes, ni los corregidores que iban disparando sino también los civiles.

En lugar de haber agarrado por el monte, agarré para una finca de café. Para poder llegar a esa finca había necesidad de pasar por un caserío de puros veladores y celadores. Así es que me fui a meter a la boca del lobo sin saberlo. Para esto yo ya iba más que cansado, cansadísimo. Es que ya había corrido más del kilómetro, pero a todo lo que daba. Ya los pulmones, y las sienes, y los ojos sentía yo que se me salían, ¡vaya!, la boca, seca, la garganta igual, hasta me raspaba. Y ya no tenía yo fuerzas suficientes para seguir corriendo. Pero aun así mi esperanza todavía estaba fija en que podía yo ganar. Les llevaba una ventaja enorme; creo yo que les llevaría como unas dos o tres cuadras de ventaja a todos.

Hubo un momento en que tuve que pasar por el patio de una casa particular y había una valla de hierbas, pero entre las hierbas había unos alambres y no los podía yo ver. ¡Máscatelas! Que hago por correr y me retacho y voy a dar con toda mi humanidad al suelo; y apenas si me pude parar de nuevo. Y que tomo vuelo y caigo al otro lado cerca de unos perros, y hasta los perros salieron correteándome.

Al dar vuelta a una esquina, en la mera esquina estaba sentado un indi-viduo. Yo ya para estas alturas ya no iba corriendo, ya namás daba zancadas, pasos largos, pero yo sentía que iba corriendo todavía.

Me dice: —¡Qué! ¿Por qué corres? Párate.

—No te importa a ti nada. ¿Qué te he hecho algo a ti, o te debo algo, o qué? Así es que déjame seguir mi camino. —Pero no, que mete mano a la cintura y que saca un cuchillo, una faca, y me agarra.

Le digo: —¿Qué te he hecho yo a ti? Suéltame, por favor, es más, te pueden dar un tiro.

—No, ahorita vamos a ver por qué corres. —Y para eso no paramos sino que íbamos corriendo, él agarrado de mi chompa. Me dejé caer al suelo con la intención de

ver si así me soltaba. Pues se fue al suelo junto conmigo, pero no me soltó, y me vuelvo a dar el parón rápido y a la hora de pararme, un rodillazo a los testículos. Entonces sí me tiró a dar y ya nomás me di el sacón y nada más me atravesó la ropa.

Para esto, ¡pas!, que suenan unos balazos. Yo que hago por correr, y él me volvió a agarrar. Yo ya estaba muerto… de plano… muerto, ya no tenía fuerzas ni para hablar. Ya llegaron los otros, el policía aquél, la comedia de los alcaldes, los corregidores, los civiles y una bola de gente. Y me agarró uno de un brazo, del derecho, y otro del izquierdo. Me desvanecí por un momento y ellos me levantaron en vilo. El policía empuñó su arma y se vino sobre mí con la intención de darme un cañonazo en el pecho. Los mismos que me estaban deteniendo dicen: —Bueno, pues, ¡hijo de puta!, ya está dado el hombre, ya está rajado. ¿Para qué lo golpeas? Ya lo agarramos, así es que no lo golpees ya.

Por el momento ya no me golpeó el policía aquel. Caminamos… más bien dicho me cargaron, porque yo ya ni caminar podía. El policía pues venía bien muino. Y lo comprendo porque si yo he logrado escaparme él se hubiera quedado en mi lugar, ¿verdad?, porque parece que así es la ley aquí. El policía es responsable de lo que pueda sucederle a aquel individuo que lleva bajo su custodia.

Pero no era para que me golpeara. Al ir subiendo las escalinatas, con su arma me iba pegando en el huesito ese que tenemos en las posaderas, y ahí es un dolor tremendo. Me pegaba y… —Súbete, desgraciado, que si te me has escapado ahorita estuviera yo en tu lugar, ¿verdad? —Y cada palabra era un piquete que me daba con el arma, y yo iba adolorido hasta ya no. Y ya que llegamos allá me dicen los alcaldes: —¡Ay, *Negrito*!, corres como conejo. ¿Qué tal si te nos has pelado? Éntrale de vuelta pa' dentro.

Y ¡zas!, me dan una patada por las posaderas y luego aquel policía me agarra y entonces sí me golpeó. Me abrió la cabeza con el arma.

—Cómo eres hijo de la tiznada madre, de plano. Ya estoy aquí dentro, es más, ya no puedo ni siquiera caminar por mi propio pie, ¿y así me golpeas? ¡Qué poca madre tienes!

Todos los de ahí reconocieron que pues estaba haciendo mal, ¿no? —No… ya déjalo… ya estuvo bien… ya está aquí dentro. —Y todos a cual más me preguntaban: "Que por qué te agarraron"; "por qué no agarraste por aquí, que por qué no agarraste por acá", me daban santo y seña del camino, pero ya después de tiempo. Bueno, pasó el tiempo y a cual más me respetaban, ¿no? Los más estaban no por una muerte, ni por una herida. Había un individuo que se llama Eduardo que debía 18 cabezas y se jactaba de ello: —¡Ay, son pendejos! Yo maté a 18, y miren, ni siquiera siento la cárcel… estoy descansando. —En un par de años estaba libre, dando dinero, ¿no?

No se imaginan las cosas que me pasaron en esa cárcel y el remordimiento que sentía. Físicamente estaba muerto, y moralmente estaba enterrado. Pero no quiero ser trágico; gracias a Dios siempre vuelvo a levantarme y me río. ¿Y por qué no he de reírme? La vida es una comedia, el mundo es el teatro y todos somos actores.

No sé cómo se enteraron acá en la casa. Yo había mandado una carta, pero a mi hermana Marta, diciéndole que no tuvieran pendiente, que estaba trabajando en la cárcel de Veracruz como mandadero, no podía yo decirle que estaba como reo, ¿verdad?

Bueno, pues el 6 de enero, el Día de los Reyes mi papá estaba allí.

Bueno, pues que oigo gritar mi nombre. Yo creí que era carta de Marta. Aun estando libre, en cualquier parte del mundo que se encuentre uno, una carta es un aliciente muy grande, y siempre más en esos lugares. Y dije: "Ay, me llegó carta". Pero cuál no sería mi sorpresa que ahí estaba mi padre.

Yo en mis pensamientos estaba diciendo, si algún día llegara a saber mi papá y llegara a venir aquí… ¡pero imposible de los imposibles! Aunque supiese, su trabajo y sus obligaciones no lo permiten. Y decía: "Dios mío, tú sabes que soy un calavera y que merezco no que me pase esto, sino cosas peores, pero por lo menos ten un poquito de piedad de mí, y hazme un poco más llevadera mi pena, porque yo estoy aquí como piedra en pozo".

Y yo creo que allá arriba Chuchito sí me escuchó, porque ahí, ya le digo, llegó mi papá. ¡Ay! Al verlo sentí la gloria, claro, pero al mismo tiempo sentí que las paredes aquellas tan inmensas se me venían encima. Bueno, ya nos saludamos y mi padre —eso sí me dolió— lloró. Tomaba aire, ¿no?, y aguantaba un poco la respiración, volteaba así para arriba, y la voz se le turbó. A mí sinceramente se me rodaron las de San Pedro, me fue imposible evitarlo.

Yo creo que mi papá fue a verme a ver si vivía, o a ver cómo arreglaba mi asunto. Yo le decía: —No te apures, total esto no pasa de un año. —Claro que cómo le va a parecer a un padre que un hijo suyo esté encerrado aunque sea un día, ¿no?

Dice mi padre: —¿Ya ves por no portarte como yo te digo? Mientras no hagan caso así les seguirá yendo, y seguirán fracasando mientras no se porten como la gente decente, como Dios manda. —Palabras sencillas, pero que encierran una gran verdad. Yo, pues no tenía nada que decir, y ni a la cara miraba yo a mi padre. Nunca he mirado a la cara a mi padre, y menos esa vez. Mi padre por lo general me ha visto con la vista clavada al suelo.

Cuando se retiró me dejó 50 pesos, para un licenciado, pero como tengo una poca de experiencia, mejor los invertí en comprarme una cama… un catre, dos burritos y una tabla mal hecha. Antes yo dormía en el vil suelo, sin taparme más que lo que traía yo encima. A la hora que pasaba alguien al mingitorio, pues que ya le pisaron a uno un pie, o que le pisaron a uno la cara. Ya con la cama me hice "de la alta". Era más dura que una piedra pero ya no me pisaban.

Mi padre me visitó otra vez con Consuelo y mi media hermana María Elena. Luego recibí una carta donde mi papá me decía que lo iban a operar del apéndice, que los doctores le habían dicho que era muy difícil que saliera bien y que si Dios quería que ya no se levantara, que falleciera, que me perdonaba todo y que rehiciera mi vida, que me portara como él siempre nos había enseñado. Después, dejé de recibir carta durante dos meses. Así que ya se imaginará los negros presentimientos que tenía yo.

"Dios mío, dame una prueba, un indicio. Saber si mi papá salió bien o si ya lo llamaste a cuentas. Si tu voluntad fue llamar a cuentas a mi padre, hágase tu voluntad, Señor. Pero por lo menos no me tengas en esta incógnita. Te pido de corazón viva todavía, préstamelo mas que sea por otro año. Es más, si es posible mejor llévame a mí,

que soy el que menos merece vivir; él todavía tiene a quien hacerle falta, así que prefiero morir.” Y así estuve dos meses, nada de carta y nada de carta. Diario llegaba el cartero, y cartas para acá y cartas para allá y yo nada. Era la muerte en vida. Había yo muerto mil veces, pero esa vez sí estaba verdaderamente muerto.

Iba a misa cada ocho días ahí en la cárcel. Aun ahí cuando estaba dentro de la iglesia, y me hincaba, y me persignaba, sentía una cosa que solamente en la iglesia la he sentido… Me transporto, si no al otro mundo, cuando menos sé que afuera de esas puertas dejé un mundo lleno de vilezas, de canalladas. Y cuando hago mis oraciones a Dios siento que Él me está escuchando. Bueno, no sé explicarme, pero es una cosa que nunca he sentido en ninguna otra parte. Era mi único consuelo en la cárcel.

Había por ahí un fulano —uno de los reos— que era evangelista y se atrevió a insultar a los padres y a las monjas y a tratar de inculcarnos su doctrina, de meternos sus ideas. Constantemente estaba leyendo la Biblia, y estaba muy versado, según él. Criticaba la confesión y la misa, y nos preguntó qué era ser católico, y, bueno, francamente no supe contestarle. Yo en realidad no estoy muy versado sobre mi religión, pero con lo que sé, si no me sobra, por lo menos me basta y primero quiero entender la mía, y después otra.

Una vez *el Hermano* —le decíamos *el Hermano*— me dice: —Venga para acá, *Otelo* —ése era mi apodo ahí—, ¿no es cierto que los padres son unos mundanos igual que nosotros y como tales pecadores, y que las monjas, al fin mujeres, también sienten deseos d’irse a acostar con un hombre?

—Bueno, *Hermano,* pues eso no se lo podría yo contestar, pero lo que sí puedo decir es que se vaya usted mucho a chingar a su madre y no se meta con mi religión.

Él era muy apacible pero cuando le dije esto de tiznar a su madre sacó su faca. Entonces estaba yo trabajando en la carpintería y tenía yo una garlopa. Los otros prisioneros eran católicos y estaban de mi parte, pero entonces los capataces intervinieron. Me castigaron con echarle unas cubetadas de agua al patio y a él lo mandaron a lavar los excusados.

Tenía yo unos pensamientos muy tristes. Pensaba escaparme a costa de lo que fuera —o me escapaba o me mataban—. Pero antes quería confesarme para por lo menos irme satisfecho de este mundo. Y por ahí llegaron unos padrecitos y me acerqué a uno de ellos y le dije que no sabía cómo confesarme porque nunca en mi vida lo había hecho. Me escuchó y ya le fui diciendo todos los pecados de que me acordé, incluso le dije de mi hermana, de que me enamoré de ella, y de las veces que he robado. De penitencia me dijo que reintegrara lo que había robado cuando saliera —primero Dios— de la cárcel, o por lo menos que les dijera que había sido yo el que había robado y que por lo pronto rezara tres padres nuestros, el credo, el yo pecador, y unas aves marías.

Me fui a hincar y estuve rezando. Me entró un sentimiento y lloré muchísimo y después me sentí más tranquilo, más contento, y por lo pronto se disipó de mi mente la idea de escapar. Me resigné a esperar a que transcurriera el tiempo de juzgarme y sentenciarme. Me habían contado que el muchacho que herí estaba muy mal. Luego supe que había muerto… luego que siempre no, y que la estaba gozando, como siempre:

Hice mi primera comunión ahí en la cárcel a la edad de 21 años. Para hacerla como la hacen los pequeños, nos dieron una vela y una estampa donde se recuerda el día; y también chocolate y pan. Me metí a la cama y estuve ahí todo el día… no quería que nadie me turbara pues me sentía tranquilo, en paz conmigo mismo.

En premio, creo yo, recibí la visita de mi hermano, y también otra reprimenda, otra jalada dura. Manuel fue desde México para regañarme: —Mira, hermano —le dije—, todo lo que digas yo sé que lo merezco, pero, ¿no crees que ya es suficiente con el castigo que estoy recibiendo aquí? Eres mi mayor y te respeto, pero no me regañes, por favor. —Y siempre también se le salieron sus lagrimitas. Mi hermano es más noble que yo; en realidad yo no puedo nombrarme noble, porque he sido un calavera de primera. Y lo malo es que yo mismo lo reconozco y me martirizo a cada momento con eso.

Me dijo: —¿Sabes quién vino conmigo?

—No, ¿quién?

—Graciela, aquella que fue mi chamaca.

—A ver, tráela, la hubieras pasado. —Y la trajo hasta la reja. Tenía unos ojos muy bonitos y pelo quebrado y tenía una voz muy agradable.

—Qué tal, Roberto, ¿cómo está? ¡Qué mala suerte!

—Bueno, no se apure.

Y ya se fueron.

Trabajaba yo con Pablo, el carpintero. Tenía toda su herramienta ahí mismo dentro de la cárcel, y yo me arrimaba con él, no porque me diera algún centavo, no, es que él me daba de la comida que él hacía. Luego, un día de julio estaba yo con un compañero de desgracia jugando baraja ya muy noche y luego me acosté. Durante la noche me dieron ganas de ir al baño y ahí voy que piso a uno, que piso al otro. Y estaba yo orinando y vi al lado de la taza algo que titilaba así para un lado y para otro. Para eso ahí estaba el más gallo de la cárcel, uno que tenía 10 años ya de preso y todavía le faltaban otros cuantos cientos de años más para cumplir su condena.

—¡Saco! —le digo—, esto es vacile.

—Cállate, ¡hijo de la chingada!, porque te mueres. —Y me puso el cuchillo al pecho.

—No te hagas pendejo que a mí no me espantas con eso. ¿De qué se trata?

—Cállate, *Otelo,* aquí está nuestra salida.

Ya tenían un hoyo bastante profundo, ¿verdad?, tan profundo que cabía perfectamente aquel muchacho. La lucecita que yo había visto era una vela que traía en la mano aluzándose.

—Por aquí vamos a salir al otro lado de la cárcel.

—Oye, pero está muy duro.

—Tú nomás ayúdame a aguantar aquí a todos y vas a ver cómo salimos. —Y me pasa el cuchillo y saca otro para él. Entonces sale *el Tapado,* un homosexual, y ése fue el que empezó el hoyo. En el transcurso de la horadación ayudamos varios… uno escarbaba, otro recibía la tierra, otro la sacaba pa' fuera. Para que no se dieran cuenta, quién hizo su colchón de tierra, y quién hizo su almohada, y quién hizo por allá su montoncito, a modo de que no se viera.

Periódicamente se lavan las galeras, cada mes, cada mes y medio. Se sacan las camas para afuera y se deschincha bien, porque eso sí, ¡hay más chinches…! Ya una vez que está lavada, que está bien limpia, entra el alcalde con una varilla a picar por las paredes, en el piso y en todos lados, a ver si no hay ningún hueco. A nosotros nos tocaba en esos días lavar la galera, así es que andábamos con el corazón en la garganta. Escarbamos como hasta las cuatro o cinco de la mañana, porque a las siete nos sacaban, así es que tuvimos que parar. Ya para esto se habían dado cuenta, pues, la mayoría de ahí.

Antes de que nos sacaran, a las siete, todos nos sentenciamos a muerte, unos a otros, en esta forma, de que aquel que viéramos que se acercaba a algún capataz lo íbamos a matar. Así es que vivimos todo ese día vuelta para acá, y vuelta para allá. Bueno, pues en la noche nos formamos para entrar a las galeras, y se meten todos, y na'más nos dejan a nosotros afuera. Pensamos que ya se habían dado cuenta. El corazón me golpeaba en el pecho y *el Gallo* estaba listo para ensartar al primero que se le acercara.

Tan pronto nos metieron, a escarbar de nuevo. Ya pasamos bajo el muro hasta el otro lado. ¡Uy!, todos nos pusimos muy jubilosos, pues *el Tapado* pudo pasar al otro lado. Me dice *el Gallo:* —Ponte abusado, *Otelo,* porque éstos se van a alebrestar, y todos van a querer salir a un tiempo, y la cosa es que hay que hacerlo con calma para que no se den cuenta. —Nos costó apaciguarlos porque a cual más quería ser el primero.

Y que pasa uno, y que pasa el otro, y yo diciéndoles: —Pos ora, pásenle, pásenle. —Y luego, pos ora voy yo. Entrábamos de cabeza, boca abajo y con las manos en alto para poder doblarnos bien al pasar bajo el muro. Yo entré bien pero con las manos abajo y me quedé atorado. Estaba yo forcejeando para un lado y para otro cuando siento que me agarran del pie. Y dije: "¡Ay, Diosito lindo, ora sí ya nos descubrieron!" Y no, era otro compañero que se puso mi pie en la cabeza y que me empujaba para arriba. Nunca supe quién fue, pero si no hubiera sido por él nunca hubiera salido yo, y ni él tampoco.

Salimos al otro lado y que nos topamos con un portón de esos gigantes y una chapa de esas antiguas, muy seguras. Después de muchos trabajos botó la chapa por allá. Habíamos quedado que íbamos a salir como si nada, muy campantes, tranquilos, caminando a paso largo, sin correr o demostrar nerviosismo. ¡Qué va! Nada más vieron la puerta abierta y parece que dieron el toque de arranque en el hipódromo. Empezaron a salir todos como caballos y yo no me quedé atrás. Y que empieza una balacera cuando ya llevábamos como dos cuadras. Y una boruca que hicieron de los diablos, balazos, silbatazos. Y que pega un plomazo en el empedrado, ¡ching!… zumbó y les digo: —Córranle, compadres, porque si no aquí nos quiebran.

Un muchacho gritó: —¡Ay, ya me dieron en la madre! —Y me regreso yo a hacerla de héroe. No fue precisamente mi intención hacerla de héroe, pero me regresé a levantar al muchacho. —No, *Otelo,* vete, no seas pendejo, déjame, yo ya no puedo. —La bala le reventó atrás y el muchacho murió en mis brazos. Y yo dije: "Bueno, pues en paz descanses y perdóname", y jalé terreno de nuevo. Y le pegan al otro que iba delante de mí. Al dar vuelta a una esquina estaba Moisés el peluquero parapetado, y me agarra y me pone las tijeras. —Espérate, Moisés —y le agarro la mano.

—Ay, *Otelo,* otro poquito y te mato, creí que eras un policía.

—No, compadre, vente, vámonos.

Ahí fuimos corriendo en la noche, y pasamos la vía, y caímos luego luego al monte. Fue nuestra salvación. Y ahí vamos entre el monte, policías por dondequiera, y lámparas que andaban de un lado para otro. Y que nos metemos en una huizachera. ¡Ay, Dios mío, la espinada que nos dimos! Tuvimos que caminar a gatas, con una varita en la mano, limpiando el pedacito por donde íbamos a pasar. Y cuando íbamos adelante y no había peligro nos quitamos mutuamente las espinas.

Caminamos varios días y varias noches por el estado de Veracruz. Era tiempo de aguas y cayó un aguacero torrencial, de esos que solamente por allá caen. Agarramos tlazole, o sea el zacate de la caña, para confeccionarnos unos impermeables, pero no sirvieron de nada. Nos acurrucamos uno contra otro, espalda contra espalda, encogidos, tiritando de frío.

En el camino fuimos manteniéndonos de fruta. Mangos, plátanos, guayaba, naranjas, limón real, malta y toda clase de fruta. Moisés llevaba cuatro o cinco pesos y en el primer pueblo que llegamos nos paramos en un tendajoncito a comprar aguardiente. Después caminamos día y noche.

Como íbamos descalzos traíamos los pies bien hinchados y ya hasta nos sangraban. A la entrada de un pueblo nos detuvimos un momento para descansar y confeccionarnos unos huaraches con una tira de hule de llanta. Nos sentamos yo dando la espalda al pueblo, y él el frente, así que él veía perfectamente la gente que salía del pueblo y yo la que venía.

Estábamos sacando las correas cuando me dice: —Ahora sí, muchacho, no te muevas ni voltees, pero prepárate para lo que venga. —Me pasó sus tijeras y él ya tenía la navaja en la mano, en guardia, ¿verdad? —Parece que ahora sí nos agarraron, ahí viene la policía.

De reojo vi que venían dos civiles y dos policías. Y pasaron de largo, y nos dijeron: —Buenas tardes, señores. —Buenas tardes, adiós. —Y se perdieron de vista en un recodo del camino. Al momento oí el ruido de cortar cartucho.

—Ten cuidado, Moisés, porque nos van a venadiar aquí. Mejor vámonos. —Al pararnos que se oye el primer balazo. En realidad no eran para nosotros los balazos, no, era que estos señores estaban blanqueando un árbol. Nada más que nosotros qué íbamos a saber, ¿verdad? ¡Ay!, ya me volvió el alma al cuerpo, porque en realidad sí me metieron un susto bárbaro.

Seguimos caminando hasta Oaxaca, donde Moisés tenía un amigo con quien había trabajado. Lo encontramos desgranando maíz y nos dio trabajo, y lo que más me gustó, bastante comida. Yo había desgranado maíz con anterioridad, pero nunca sembrado piña. Pero aprendí y me sembraba 800, 900, millar de plantas al día. Pagaban ocho o nueve pesos el millar.

Pude haber seguido trabajando ahí el tiempo necesario para juntar dinero y regresarme a México, pero no fue así por el calor insoportable y los mosquitos. Me dieron una golpiza los condenados moscos que ya me daba el cuarto. Quedé como calle empedrada. Nomás trabajé dos semanas y me dije: “Ahora sí ya es hora de que te vayas

a México, Roberto".

Para esto me regresé a Veracruz. Por ahí me asocié con un muchacho que jamás he vuelto a ver. En las borracheras se conoce a mucha gente, y se suelta la lengua con quien menos se debe. Empezamos a tomar juntos, platicamos de nuestras calaveradas y se le hizo fácil invitarme a "trabajar". Yo, como andaba de aventura, y sin dinero, pos acepté.

Él ya tenía todo estudiado, dónde estaba el dinero. Yo no hice más que seguir instrucciones. Él entró y salió con el dinero y yo esperé afuera como quien dice echando aguas.

Eran 30000 pesos en efectivo, relojes, unos anillos, una pistola. Nos repartimos ahí en la playa… a mí me tocaron 14700 setecientos. Él agarró por su lado y yo por el mío. Después supe que lo habían agarrado y que andaban sobre mí porque él había cantado. Entonces me embarqué en un carguero y me fui a Guatemala.

Llegué a Chetumal, en la frontera, y luego me fui a trabajar en una finca de café. Trabajaba durante el día y por las noches invitaba a todo mundo a ir conmigo a los cabarets. Durante un mes fui a burdeles y cabarets, invitando a medio mundo a copas y a mujeres. Y aunque siempre iba de la más baja categoría gastaba más de 1000 pesos en una sola noche. Las mujeres cobran 50, 100, 75 pesos, y yo invitaba a todos.

Así se ha ido mi dinero… bueno, no mi dinero, pero el que quitaba a otros. He dejado miles en lugares así. Le doy mi palabra de hombre y de calavera que ha habido años en que he botado 15000, 20000 pesos.

Cuando ya estaba yo en mis últimos 5000 pesos tomé un pailebote y regresé a Veracruz, y este pailebote por cierto ya se hundió y hubo varios muertos. De Veracruz para México en tren es más fácil. Aunque era yo un magnate con mucho dinero en la bolsa, me fui en la forma que acostumbro por 50 centavos.

Con 30 centavos tomo un camión de primera a la estación y al llegar ahí compro un boleto de andén que cuesta 20, y que me da derecho a pasar a donde están los trenes. De momento y por un trayecto no muy largo puedo ir adentro como pasajero. Cuando ya comprendo que vienen a checar los boletos, me salgo a la puerta del vagón y me meto entre los dos que van enganchados y por ahí me trepo hasta los techos.

Para no pasar frío me voy por encima de los carros hasta la máquina donde hay un generador de calor. Así ni quién lo moleste a uno, ni las moscas siquiera, y es seguro. También he viajado a veces en los trenes de carga. Abajo tienen unas varillas especialmente hechas para uno, ¿no?, para los trampas. Ahí se pone una tabla atravesada y puede uno ir cómodamente viajando.

Llegué como a las siete de la mañana a México y pasé todo el día esperando a mi papá en la casa. Manuel y mis hermanas me estuvieron haciendo muchas preguntas pero yo no les dije nada hasta que vino mi papá. Llegó un poco serio.

—Ya vine, papá.

—¿Cuándo veniste?

—Apenas hoy.

—Y qué, ¿cómo saliste libre?

—Es que comprobaron que yo no había tenido la culpa —eché una mentira,

¿verdad?, porque siempre no he podido hablarle con franqueza a mi papá—. Ya te digo, comprobaron que no había tenido yo la culpa y me dejaron salir libre.

—A ver si se me pone a trabajar como la gente. Ya eres un hombre hecho y derecho, así es que hay que trabajar en firme, no nomás como le haces tú; un mes o dos trabajas y descansas tres o cuatro.

Y por desgracia así es. Trabajaba hasta que tenía suficiente dinero en la bolsa y luego lo dejaba. Esa vez no busqué trabajo hasta que gasté mis 5000 con mis amigos. Luego volví al vidrio en una candilería. Hacíamos todo el trabajo a mano, cortar el cristal, darle la forma, pulirlo. Era yo tan bueno como para ser maestro, pero nunca he querido ser más de simple artesano, para no estar arriba de la gente y no tener responsabilidades. Quería hacer lo que se me mandara y tener un salario fijo por semana, y ya. Una de las cosas buenas de ser un humilde trabajador es tener la conciencia limpia, poder comer y dormir con tranquilidad, sin nada ni nadie que lo moleste a uno y sin razón para reprocharse su conducta. Y quizás porque es uno humilde no se vuelve ambicioso y lleno de codicia. Uno está satisfecho con la esperanza de que un día por medio de su trabajo honrado pueda salir del hoyo en que está.

También hubiera podido poner mi propio negocio y subir económicamente pero pudo haber sido antes, porque este trabajo de candilería artística ha decaído bastante desde que empezaron a hacer las piezas fundidas. Además perdí mi empleo por un pleito.

Andaba bien tomado el Año Nuevo, porque ese día se sobrepasa uno en copas. Y no me gusta el vino y la cerveza, ¡pero me he puesto cada guarapeta que cállese la boca! Cualquier bebida me la estoy tomando y no me gusta, pero ahí estoy empinando el codo, ¡qué sabroso! Desde tiempo inmemorial existe un antagonismo entre los muchachos de Bella Vista y los de Magnolia. Empezó el pleito y tres se fueron contra mí. Me estaba peleando con uno y con otro, era una pelea pareja, cuando llega uno sin que lo viera y me dio un golpe como pocas veces me han dado. Caí sobre mis manos y me dieron de patadas, en las piernas y en las costillas. Por más que me defendía no podía hacer nada.

Lo que más coraje me daba es que toda la palomilla se dio cuenta y me dejaron morir solo. ¡No es obligación! ¡Pero muchas veces yo he intervenido en pleitos para defender a alguno, y éstos, no! Me habían vapuleado tan feo delante de los muchachos y muchachas de la vecindad, me dio mucho coraje, ¡y por individuos que se sabe no son de pleito!

Ellos andaban con la duda tan terrible de que iba a buscar mi venganza. Una vez anduve buscando a un muchacho durante seis meses porque me pegó un puñetazo cuando yo estaba demasiado tomado para defenderme. Y siempre se me escondía… más de una vez dejó de ir a trabajar porque su suegra, su esposa o su cuñada me veían ahí en el zaguán y entonces él no salía… Casi se me había olvidado este incidente, cuando ya no lo buscaba ni nada, un amigo mío hizo una fiesta. Cuando este José me vio se arrejoló, se arrinconó, y no me quería dar la cara por nada del mundo. Después él mismo me lo dijo: —¡No, *Negro,* cuando te vi entrar, sinceramente como hombre y como canijo te confieso que se me arrugaron…!

Me aseguró que si él hubiera sabido quién era yo, que aunque le hubiera roto todo el

hocico no hubiera metido las manos. Para demostrarme su arrepentimiento me regaló un encendedor Ronson que le había regalado su mujer el día de su santo. Luego vinieron su señora, y su suegra y su cuñada, personas que me conocen desde chiquillo, y ya me hablaron. Total que después estábamos tomando una cerveza de abrazos cruzados.

Pero no fue así con los de Magnolia. Después que me golpearon ya no tomé nada, sino puros alkaséltzeres, y me fui a acostar para reponerme para ir a reclamarles su proceder a estos condenados. Bueno, pues lo hice y uno de ellos se hirió con mi cuchillo. Yo no quería pegarle con el cuchillo porque no ameritaba tanto la cosa. Era un rasguño, fue más el escándalo que hizo. Toda su familia se me echó encima y luego llamaron a la patrulla.

Nunca en mi vida le he dado la espalda a mi enemigo, pero dije: "¡Mangos!, como yo ya pasé por esos lugares, yo defiendo mi libertad". Pensé que también los pleitos se ganan corriendo y me fui a Texas, donde pasé unas semanas.

Cuando supe que Antonia, mi gran amor, estaba viviendo con Francisco y tenía ya dos niños con él, ya no me importó. Lo que sentía por ella se había calmado, aunque cuando la vi algunas veces en Bella Vista sentí gusto. Francisco era un calavera que andaba con otras mujeres y que ni siquiera le daba suficiente gasto. Mi hermana merecía algo mejor.

Me dolió mucho en el alma y en el corazón que mi hermana Consuelo haya dado un mal paso y se había ido de la casa. Tengo cuatro hermanas y ninguna me ha dado el gusto y el honor de verla salir de blanco. Es cierto que mi papá echó a Consuelo de la casa, pero yo siempre he considerado a mi hermana inteligente y como mujer nunca jamás debió haber tomado eso como base para salir de la casa e irse con el fulano éste. No nada más a ella la ha corrido, a mí especialmente, a mi hermano Manuel, ¿no? Pero ella como mujer debió haberse puesto a pensar que debería aguantar un poco más y hablarle a mi padre en un tono no de padre sino de amigo, y entonces no creo que ella hubiera dado ese paso. Y lo que más me ha molestado es que ella culpe a mi papá de eso.

Ésa fue otra búsqueda para mí… tuve que andar para arriba y para abajo buscando a mi hermana y a Mario. Fui hasta el aeropuerto central que es donde trabajaba antes él. Y, ¡bendito sea Dios que no pude dar con él!, porque lo hubiera llevado a rastras desde el aeropuerto hasta la casa a la presencia de mi padre para que rindiera cuentas de su acción.

Más tarde, cuando ya todo esto había pasado, Consuelo me dijo que en realidad no estaba enamorada de este muchacho, más bien desesperada de la situación. —Ay, mano —dijo—, no cabe duda que traté muy mal a mi pobre flaco, pobrecito. Le hacía sus teatritos a cada rato, injustamente, de veras lo reconozco.

Y es honrada, mi hermana, de veras, aunque tardíamente reconoce sus faltas. ¡Fíjese!, nunca supe que haya sido novia del borracho ese de Jaime, hasta después que anduvo con Mario, que era mejor que Jaime. Porque este muchacho dejó un buen puesto, dejó muchas cosas, y si hubiera seguido aquí al lado de Consuelo, ahorita fuera algo más que lo que fue.

Marta tuvo un disgusto con Consuelo y se fue a Acapulco, con Baltasar, que se puede decir era mi nuevo cuñado. No supe esto hasta que mi papá me dijo que había escrito. Cuando mi papá supo su dirección me mandó con sus cosas. Esta vez fui pagando mi pasaje porque llevaba una tina muy grande llena de ropa y trastes. Salí en la noche y llegué ahí en la mañana.

Con la tina en un carro de mano llegué hasta el pie de la loma donde vivía Marta. Ella venía para la plaza con su bolsa del mandado. Iba a silbarle y na'más tomé aire. Cuando la vi ya embarazada, se me fue el aire por completo, porque fue una gran sorpresa. Pero fue tan grato volverla a ver que para mí no importaba nada en ese momento.

—Mana, ¿cómo estás?

—Manito, ¡qué milagro!

Ya nos saludamos y ya ella se adelantó para presentarme a Baltasar.

Sinceramente él me pareció muy pinche. Le vi un aspecto como el de muchos con los que he tenido que pelear. No fiero, ¿no?, pero como que estaba en guardia para cualquier contingencia que pudiera resultar entre los dos. No traía zapatos y cuando llegó a mí todavía se iba poniendo la camisa, de esas que tienen ojillos por todas partes, especiales para el trabajo. Tenía un arete en una oreja y le ha de haber causado bastantes dificultades con los mexicanos. Me explicó que lo llevaba por una promesa que había hecho a la Virgen.

La casa la vi muy pobre. Tenía el piso de tierra, techo de lámina, las paredes de tabla. La cocinita era una cosa pequeñísima, de veras, ¡un clóset es más grande!, su estufa de petróleo, algo sucia. Muy pobre, en realidad.

Desde un principio quise hablar con él. Me dijo que se habían conocido mi hermana y él en México, que él estaba trabajando en una panadería, que sabía que ella tenía hijos cuando le pidió irse con él a Acapulco. Él le dijo a mi hermana que le escribieran a mi papá, pero ella no quiso hasta después, porque dijo que tenía unos hermanos que eran muy cuchilleros.

—De eso no debe de temer —le digo—, no soy cuchillero, ni mucho menos, pero a cualquier hermano enoja eso, ¿no cree?

Cuando me dijo Baltasar que era carnicero, pensé para mis adentros: "¡Ah, desgraciado! No hice mal en traerme mi cuchillo". Yo no iba en plan de pleito, ni mucho menos, pero sí según la vara que me midiera, medirlo. Él fue pacífico desde un principio, bueno, pues yo no hice nada. Ya me contó de su familia… una familia grande, con dos papás y dos mamás, pero él ha hecho su vida muy aparte. Me dice: —No quiero molestar a mi gente para nada, no me dan nada y yo no tengo nada que darles.

Mi hermana y sus hijos parecían contentos y tranquilos allá con Baltasar. Aunque tomaba, mi hermana iba a cobrar lo que ganaba, y tenía su gasto y su comida segura, y siempre traía carne a la casa del rastro. Él le pedía dinero a mi hermana, para el camión, para una torta, un refresco, cosa para mí muy nueva y extraña porque no es costumbre entre nosotros los mexicanos pedirle a la mujer el dinero. Pero a la vez es una buena costumbre.

Yo sé que Baltasar, pues al menos ha demostrado que sí tiene nobleza, máxime que

aceptó a mi hermana con su familia, aunque yo podría hacer lo mismo. Para tener mujer y casa, lo que él tiene, no me costaría absolutamente nada, algo tendría que poner de mi parte. No tenía miedo de las mujeres o del matrimonio, pero no me sentía todavía como para atarme a nadie.

Mi familia me dice que me case, pero he sido un desobligado de primera y no me creo capaz de sujetar a una mujer a mi lado porque no la haría feliz. No me creo tan canalla como para obligar a una mujer a vivir a mi lado, ni me he encontrado una mujer digna de mí. Si hubiera sido un canalla hubiera hecho uso de dos o tres señoritas o de mis novias. Sólo he ido con prostitutas y también con dos o tres mujeres casadas, separadas de sus maridos. Sí, me satisfacieron mis deseos sexuales. Pero nunca he tenido hijos, porque con las mujeres con que yo me he metido las he sabido escoger que no sean fértiles.

He sido un calavera hasta donde no, pero para las mujeres siempre he sido muy hombre. Como dicen aquí, siempre les he dado batería, aunque más de una me ha dejado un poco extenuado, pero de ahí no ha pasado. Aunque feo, siempre me han preferido las mujeres. En mis manos ha estado hacer infelices a dos o tres muchachas, pero mejor las he herido con un desengaño que estar hiriéndolas constantemente y durante toda su vida. No me gusta herir en este terreno, porque yo no aguantaría una cosa así.

Si algo me disgusta es que los novios se estén engañando el uno al otro. ¡Y mire qué contraste! Soy un mentiroso de primera y para fallas no hay quién me gane. He sido un calavera de perdida y nada bueno puede salir de mí. No se crea, no siempre. Sí han salido cosas buenas de mí muchas veces, porque el ser malo del todo, ¡pos hombre!, ya mejor que me den un tiro. Porque he dicho yo que individuos así sencillamente no merecen vivir. Y donde no quiero que me mientan, ni mentir, es en el amor, que es donde se emplean más mentiras.

Bueno, Baltasar y yo ya nos llevábamos bastante bien. Ya nos hablábamos de tú, y me pareció bien, para tener más confianza. Se dedicó a enseñarme Acapulco. Yo lo acompañaba al rastro, al cine, o a las cantinas. En fin, me llevaba a todas partes con él.

Una noche fuimos a echarnos una cerveza. Le digo: —Bueno, pero vamos donde se pueda bailar, o por lo menos que haya sinfonola, porque no me gusta estar donde parece panteón.

Dice: —Pues vamos a la "zona", allá está trabajando mi hermana.

—¿Tu hermana? —me picó la curiosidad porque dije: "Cómo es posible que éste tenga ahí una hermana…"

—Bueno, cálmate, ya vamos a llegar para que la veas. Marta ya sabe que tengo una hermana trabajando aquí. Es una puta de primera, pero casi no nos frecuentamos.

Ya llegamos, y pues Luisa estaba bien para estar en lugar así, pues su cuerpo no estaba muy deformado que digamos. Pedimos unas cervezas y su hermana ahí estuvo con nosotros. De mi cuenta corrió la parranda, incluso lo que ella estaba fichando. Baltasar la insultó por estar cobrando la ficha a su propio hermano y al cuñado del hermano. Dice: —No, hermano, debes de comprender que es mi negocio, y si no quieres

que esté fichando sácame de aquí. —Bueno, pues pagué y nos retiramos.

No duré más tiempo en Acapulco, sólo tres días, en mi primera visita, porque me sentía molesto de estar comiendo allí na'más así porque sí. Además estaba yo trabajando en una fábrica y quería regresar para no perder mi empleo. Me despedí y me fui para México.

Era el mejor trabajo en una fábrica que he tenido y en realidad me gustó mucho. Me pagaban 12 pesos diarios y nos daban tres días de vacaciones al año. Había como 400 obreros trabajando ahí y forzosamente tenían que pertenecer a la CTM. Nunca había estado en un sindicato antes y debo decir que todo era una farsa. Nunca me llamaron a asamblea y ni siquiera sé dónde está el comité central. Nunca nos dijeron eso, pero para lo que sí sirven es para recoger la cuota de cinco pesos mensuales.

Y la política es otra farsa gigantesca; millones de pesos andan danzando en ella… millones para esta obra pública y millones para esta otra, pero es sólo para tapar los otros millones que van a las bolsas de los políticos. No entiendo mucho de política pero todo este asunto de las campañas y las elecciones es pura comedia y no comprendo cómo el pueblo de México puede aceptarla. Aquí las elecciones no son libres porque se sabe de antemano quién va a salir electo presidente.

No es que sepa mucho de libertad, excepto que he sido libre toda mi vida y he hecho lo que he querido. Pero cuando estaba trabajando en la fábrica ya no fui libre porque me forzaron a registrarme para votar y empezaron a mandarnos circulares donde se nos ordenaba votar por el partido oficial. El voto es secreto pero nos amenazaron con castigarnos con tres días sin salario si no votábamos como ellos querían. Para mí no existen las elecciones libres. Esto es anticonstitucional pero ya no hay nada que pueda sorprenderme. Francamente no me importa qué candidato salga electo porque cualquiera solamente va a robar al pueblo.

Ese año que trabajé en la fábrica sólo estuve en tres pleitos. El ambiente en que vivimos exige pelear. Sólo voy a salir si salgo en hombros. Así salen los héroes o los muertos.

El primer pleito fue por un juego de póker con tres muchachos de la calle de Camelia. Todos estábamos medio tomados, sobre todo yo, porque el licor me hace un efecto tremendo. Me sentí muy bien con ese pleito. Les pegué a uno tras otro hasta que se pararon. Pero los cuatro quedamos buenos cuates. Así era antes aquí, pero las reglas han cambiado mucho.

El segundo pleito fue cuando nos atacó una palomilla cuando iba caminando con mi amigo Miguel, cerca del mercado. Miguel corrió y dejó que cinco se me echaran encima. Yo había estado tomando y no pude defenderme muy bien. Me abrieron la cabeza y se me levantó un volovanzote en el ojo. Me partieron el labio y me colgaba tanto que tuvieron que darme seis puntadas. Yo no había buscado pleito pero me saqué una buena regañada de mi papá y de Manuel.

El tercer pleito fue peor. Tampoco buscaba pelea esa vez, pero me obligaron. Estábamos discutiendo entre amigos sobre una pelea de box. Llegaron tres policías y nos ordenaron caminar.

Digo: —Bueno, ¿y por qué, qué no se puede estar platicando en una calle libremente? Estamos en un país libre.

—No, no estamos en un país libre. ¡Jálenle, jijos de quién sabe cuántos, caminen!

—Pues, vamos, total, y no me aviente que yo voy con mi propio pie.

Me pedían 25 pesos de mordida y yo no se los quise dar, ¿verdad? Yo traía 29 pesos y se los di a una amistad.

—Tenga, por favor, deténgame este dinero porque parece que estos señores me quieren robar.

—¡Cállese! —Y ¡zas!, que me pone el primer macanazo, con una de esas macanas de hule comprimido que cargan ellos. Con esos golpes no sangra uno, aunque casi lo deshacen a uno, pero todo el derrame es por dentro. Y entonces me voltié yo ya enojado, ¿no? Y ya iba yo a ponerle un derechazo a uno y que me agarra el otro. Un macanazo y un puñetazo, un puñetazo y un macanazo, un policía y luego el otro, me traían como pelota. Luego me pegaron puntapiés y la gente creía que me habían matado. Me lastimaron las costillas, me pegaron en la cabeza y me dieron un puntapié tan bruto que me zafaron la rodilla y me fracturaron el peroné.

No sé quién llamaría a mi familia, pero Consuelo y Manuel llegaron y alegaron con los policías. Todo este tiempo la gente ahí estaba arremolinada y los muchachos viendo y les gritaban: —¡Déjenlo, policías méndigos! —Pero no se metieron para nada, se concretaron a mirar. Por mis amistades he tenido más de dos, tres desengaños. Le aseguro que veo a un amigo en aprietos, y aunque aquel amigo me haya dado un revés, yo saco la cara por él. Y esta vez no se concretaron más que a mirar, bueno.

Me dejaron ahí tirado los policías y se fueron, no me remitieron. Mis hermanos me llevaron en un libre a la delegación para levantar un acta, pero no les han hecho nada a esos señores. Por eso ya ve usted lo que es la justicia aquí. Un peso en la mano y ésa es la justicia.

Me costó mucho tiempo recuperarme de la golpiza. Me sacaron el aire y he tratado de evitar los pleitos desde entonces. Mucha gente juzga a un hombre por la manera como pelea. Lo ven sacar una pistola o un cuchillo y dicen: "¡Ah, ése sí es hombre, no se agacha ante nada ni ante nadie!" Yo no juzgo a un hombre de esa manera. Un verdadero hombre es el que se enfrenta a la vida con integridad, el que se enfrenta a la realidad sin retroceder. Juzgo a un hombre por sus hechos. Si puede hacer frente a la vida y a sus obligaciones, entonces sí es un hombre; en pocas palabras, un verdadero hombre es un hombre como mi padre.

Para mi modo de pensar un hombre que sólo engendra hijos sin aceptar las obligaciones que ellos traen consigo, no merece vivir. El condenado hijo de la chingada de Crispín es de ésos. Se ha olvidado de sus hijas y sólo les manda un regalo una vez al año. Es mejor para él que no venga a la casa porque el día que lo haga quién sabe quién de los dos salga con vida.

Me da pena decirlo, pero mi hermano ha demostrado falta de responsabilidad en este punto, aunque ha hecho lo posible por dar a sus hijos lo más necesario, y él salir adelante. Mi padre le ha dado el buen ejemplo, por eso no entiendo cómo Manuel pudo

abandonar a sus hijos. Me parece que la vida de mi hermano ha sido una lástima y un fracaso. Tuvo más escuela que yo, y más inteligencia aun que Consuelo. Tiene una fama como cuentista… una fiesta sin él no es divertida, pero a pesar de todo esto ha desperdiciado muchos años de su vida. Yo tampoco he hecho mucho por mi familia, pero estaría dispuesto a dar todas las gotas de mi sangre por Consuelo, Marta, Manuel, mi padre y por mis sobrinos.

Mi familia es lo máximo en mi vida. Mi más grande ambición en la vida es mejorar su situación económica, si lo puedo hacer honradamente. Nunca me ha importado tener una vida mejor para mí, sino sólo por ellos. Mi más grande deseo es que estemos unidos. Pero cuando mi madre murió el castillo se derrumbó, se cayeron los cimientos y cayó al suelo.

Cuando la esposa de Manuel murió, Dalila vino a hacerse cargo de los niños. Mi padre parecía muy feliz con ella y nos llevamos mejor con ella que con mi otra madrastra, Elena. Hay un monumento en mi corazón para Dalila por su labor tan noble de hacerse cargo de mis sobrinos. Ninguno de nosotros, ni siquiera Manuel, el padre de estos niños, hizo tanto por ellos. La estimo y la quiero por eso, y por eso siento más lo que pasó entre nosotros. Yo no quise pegarle, pero ella me obligó. Y pienso que lo hizo con premeditación.

Una noche estaba yo tomando una cerveza con mi amigo Daniel cuando mi sobrino Domingo vino llorando: —¿Qué te pasa, hijo? —le dije. Godofredo, el hijo de Dalila, le metió el pie, y lo tiró. Ya había sucedido esto muchas veces y yo nunca había dicho nada. Esta vez le dije a Domingo: —No seas tonto, hijo, ya te he dicho que no te dejes de nadie.

—Sí —dice Dalila—, ¡anda, ten, agarra el cuchillo y ponle en la madre! Usted siempre le anda enseñando a Domingo a darles en la madre.

Es cierto que yo a mi sobrino le he enseñado un poco de defensa personal, pero con las manos, a puño limpio, como hombre. Le dije a Domingo que sencillamente no le hablara a Godofredo, que ya no jugara con él. Dalila oyó esas palabras y dice: —Bueno, qué tanto está usted chingando, qué es lo que trae usted, vamos a hablar en claro. ¿Qué es lo que usted pelea?, qué, ¿porque estoy con su padre?

—Mire, Dalila, no vayamos a hablar de cosas que no vienen al caso, estamos hablando de los chamacos.

—Si no le parece que esté con su padre, pues déle lo que yo le doy. —Palabras muy fuertes para mí, ésas. —Mire, Dalila, ya mejor cállese porque le va a ir mal.

—¡No me va ir a mí mal! ¿Usted quién se cree? ¡Para mí usted es un triste pendejo!

Entonces le di una bofetada y ella se me vino encima. En realidad le di como cuatro o cinco bofetadas porque estaba brava. Me detuve de hacerle más porque era mujer, en primera; en segunda, estaba enferma, embarazada, y en tercera, es esposa de mi padre. Me rasguñó la cara y las manos y entonces yo la agarré. Hubo un momento en que se cayó al suelo y me llevó sobre ella. Iba a caer sobre su estómago, pero me detuve a tiempo, quedé nomás en cuclillas agarrándole las manos. Los niños entonces corrieron al

café a llamar a Manuel.

Yo ya me había calmado un poco, sin embargo Dalila le dijo que estaba yo borracho, que estaba yo mariguano, que la había arrastrado de los cabellos, de la pieza hasta el patio y que le había cerrado la puerta. Ésa es una mentira de las más grandes, porque la saqué de las manos. Manuel no me preguntó mi versión de los hechos sino que empezó a insultarme. Me dolió mucho porque yo estaba defendiendo a sus hijos y él debería haber sido un poco menos exaltado.

No esperé a que mi papá llegara. Fui a ver a Ramón para conseguir unos centavos y me fui a Acapulco.

Marta y Baltasar me habían invitado a visitarles aunque no me esperaban tan pronto. De nuevo noté que Baltasar me llevaba a todas partes con él. —¡Ándale, vámonos! —me llamaba. Las cosas eran para mí muy naturales y yo iba de muy buena fe. Hasta mucho después me di cuenta de que tenía celos de mí y no me tenía confianza ni con mi propia hermana.

Esta vez busqué trabajo. Baltasar dijo que iba a hablar con alguien, que esto y lo otro, pero nunca habló. Hubiera conseguido un trabajo de chofer, pero no tenía licencia. Todavía no tengo, por mis antecedentes. Tendría que ahorrar como 500 pesos para comprar mi expediente y destruirlo, antes de que pueda sacar mi licencia de primera. Aquí todo se hace con dinero.

Si tuviera mi licencia me reiría del mundo. Desde que aprendí a manejar sentí que quería algo más de la vida. Deseaba hacer algo que tuviera que ver con coches, como un negocio de automóviles, o un estacionamiento, o ser chofer. Si pudiera ir a una escuela de oficios estudiaría para ser un mecánico automotriz de primera.

Casi me amarro a una muchacha en Acapulco. Esta muchacha es joven, ¿no?, pero casada por la Iglesia y con una niña. Desde que llegué me simpatizó, me gustó la muchacha y ella también me dio mucha carita. Un día de broma le dije que si yo le pidiera que se fuera conmigo a México si se iría, y dice: —Sí. —Ni siquiera me le había declarado para novio. Aunque me daba mucha entrada nunca traté de enamorarla porque estaba muy cerca mi hermana, en primera, y en segunda porque esta muchacha es casada por la Iglesia. Si fuera casada por lo civil, bueno, no me importaba.

Baltasar me llegó a ofrecer otra hermana que tiene. —Es una prieta igual que tú —dice—, pero mira, está chulísima. ¿Ya ves cómo está Luisa? Pos está más buena y joven, está pollona. Arreglas tu licencia y te quedas aquí. No es necesario que te cases. Si no quieres a mi hermana te consigo a Melania. —Nunca fui a ver a su hermana, pero de broma le decía yo cuñado doble.

Baltasar no es que sea malo, pero es tan vividor como yo lo soy. Y entre dos vividores pocas cosas se pueden hacer y se pueden creer. Y está de por medio mi hermana que es una barrera infranqueable. ¿Se puede usted imaginar lo que sentí cuando me dijo que había tenido 30 mujeres, algunas de ellas madres de sus hijos? No sé si exagere, al menos él me enseñó una que le salió al paso y le dijo: —Oye, *Medio Kilo,* quiero unas buenas tripas, voy al rato. —Y vimos a sus hijos jugando ahí en la calle.

Me dijo que Marta ya la conocía, incluso lo de los escuincles. Desde allí ya no me gustó Baltasar. De ahí ha venido mi desconfianza de que pueda hacer con mi hermana lo mismo que ha hecho con otras mujeres nada más que yo no he dicho nada, ni a él ni a mi hermana, no vaya yo a meter la pata.

Me quedé por unos días o quizá fueron semanas, pero México me atraía poderosamente y quería volver. Echaba de menos mi barrio, a pesar de que ha degenerado y se ha corrompido. Pero ahí me sentía yo alguien y tenía el respeto de la gente, que había comprado con mis puños. Y porque mi madre había muerto allí tenía un sentimiento muy especial por aquel lugar. Yo también voy a morir ahí, quizá mañana, porque nunca lo abandonaré.

Así que después de un tiempo le dije a Marta: —Sabes, hermana, me voy para México.

—Para qué vas a volver —dice—, te peleaste con Dalila y no esperes que mi papá te reciba bien, ya sabes cómo es él.

—Pos sí, manita, si desde el primer golpe que le di me arrepentí. Pero qué quieres, la cosa está hecha y ni modo. Nada más voy a dar una vuelta y regreso pronto, te lo aseguro, primero Dios.

Todavía trataba de desanimarme, pero de que me entra el gusano por viajar, no hay quien me detenga. Marta me dio un peso para irme a la carretera donde conseguí un aventón para la capital.

Como es de suponerse llegué a México en la prángana y todo trasijado, así que fui con Ramón a pedirle unos centavos prestados. Pero él a todo el que se le acerca le hace el favor con miles de trabajos y con ese favor saca dos, tres y cuatro. Máxime si se trata de personas que, como yo, han agarrado algo ajeno, es muy aprovechado este fulano. Tiene miles de pesos ese hombre, y yo fui su lugarteniente para hacerlo subir a la altura económica en que se encuentra ahora, y cuando le pide uno no puede prestar, es decir, no quiere. Hubiera podido ganarme unos centavos con sus movidas, como entregar una báscula "acabada de comprar", o un radio "chueco", pero hubiera acabado en la cárcel. Yo lo único que le pedía eran 20 pesos, él sin embargo quería un favor más grande que el que me iba a hacer a mí.

Entonces me encuentro con el hijo de Ramón, que sigue la huella de su padre, y dice: —Oye, Roberto, necesito unas antenas porque me las andan pidiendo los muchachos.

Como andaba yo apurado de dinero le dije que sí. —Nomás préstame una bicicleta para ir por las Lomas a ver cuántas te puedo traer.

Es una cosa fácil, pero dio la mala suerte de que la primera que arranqué no la pude quitar de un tirón y quedó colgando. Para quitarla hice palanca para allá y para acá y que me rebano toda la yema del dedo.

"¡Maldita suerte la mía, regar hasta mi sangre por esta babosada, siquiera fuera algo bueno!" Me indigné conmigo mismo, salí rápido de ahí, entregué la antena y me dieron los 10 méndigos pesos.

Traía el dedo envuelto en un papel periódico para que me parara la sangre porque venía chorreándome. Así llegué a casa de mi tía para que me curara. Me lavó con agua

hervida y agua oxigenada y me vendó bien. Estaba yo con mi tía porque mi padre estaba todavía enojado conmigo, y no quería que volviera a poner pie en su casa. Le había dicho a mi hermano que lo que le había hecho a Dalila era imperdonable y que no quería volverme a ver nunca. Mi padre era todo mi mundo, y cuando me dijeron lo que había dicho, mi mundo se derrumbó.

Al día siguiente, el 25 de junio de 1958, una muchacha llamada Antonia —pero no mi media hermana— vino a visitar a mi tía. La conocía desde mucho antes. Vivía con su mamá y sus hermanos en la peor "ciudad perdida" de la barriada. Y no me recordaba que no me gustaba su modo de ser, porque de esquina a esquina se ponía a decir de cosas con los hombres, muchas majaderías, y echarse albures. Nunca me imaginé que llegara a ser mi mujer.

Muy temprano en la mañana llegó Antonia a casa de mi tía y la vi medio sucia. Nunca me ha gustado una mujer sucia, pero no sé, algo que no alcanzo a comprender lo que es, me llamó la atención en ella. Aparte de por el momento el deseo, me llamó su amabilidad. Mi tía nos presentó y luego luego me dijo que ella había curado a muchas personas y que tenía muy buena mano, que luego luego sanaría.

Ya me estuvo curando, con sus manos en las mías, y me preguntó si tenía yo esposa. Entonces empezó a quejarse de su esposo: —Me da una vida de perros —dice.

—Por qué —le digo— es la primera vez que oigo a una mujer quejarse de una vida de perros

—Es que vivo con mi suegra y todo lo que hago le parece mal. Él no me deja gasto, pero eso sí, llega muy exigente a pedirme de comer. Apenas si me deja dos o tres pesos, pero a l'ora que llega el señor hay que tener la comida lista. Ya estoy fastidiada. Me voy a separar de él. —¡Ah, caray! Me asaltó la idea y dije: "Bueno, a ver si yo puedo ser el ángel salvador de esta muchacha. Además, no está tan fea". Ese día en la nochecita hizo unos tamales en su casa y me trajo dos… luego me preguntó si me gustaban las hamburguesas, y ni tarda ni perezosa al día siguiente a mediodía tenía yo mis hamburguesas.

Créamelo, ya después no fue deseo por Antonia, sino fue una especie de compasión hacia ella. Mi sentimiento se convirtió en algo más noble porque yo pensé en ayudarla. Como vi que había dejado a su marido y estaba viviendo con su mamá, pues me hice el propósito de hacer una especie de intercambio, darle a ella dinero para que me lavara y asistiera y si con el tiempo nos llegábamos a comprender nos podíamos casar. ¡A esas alturas me puse una parranda…!

A Antonia no le importó verme tomado, sino que me pidió que la invitara una cerveza. Nos sentamos en una mesa con sus amigas y yo ya estaba abrazándola y besuqueándola delante de todos. Aceptó ir conmigo al cine al día siguiente.

Tuve que hacerle otro pequeño favor a Ramón para conseguir dinero para salir con Antonia. Cuando llegué por ella dijo: —No me gusta el cine, vamos mejor a tomar un camión y luego por ahí vemos por dónde nos bajamos. —Yo tontito, tontito, pero me sospechaba algo. Ya sabía yo el fin que perseguía y que pues ella estaba accediendo de buen grado, ¿no?

Bueno, acabamos en un hotel, y fue una noche como pocas he pasado en mi vida con una mujer, fue una noche maravillosa. Llegando, llegando, ella dice: —A lo que te truje, Chencha —y se tiró en la cama y me llevó a mí. Ya la desnudé y gozamos un buen rato.

La llevé a vivir a casa de mi tía Guadalupe. Dormíamos en un petate en el suelo y estábamos muy bien porque lo único que pagábamos era nuestra comida. Antonia no salía los primeros días, pero yo salía rápido en las mañanas, porque aunque no tenía un trabajo de planta estaba yendo a echar unas palomitas a los talleres. Cuando no ganaba en eso, generalmente contaba con ganarme 10, 15 pesos ayudando a Manuel a vender en el mercado. Pero había días en que dejaba a Antonia dos o tres pesos de gasto porque andaba muy corto. Y le decía que ya había comido aunque no era así, para que ella tuviera suficiente.

La primera mañana que Antonia y yo salimos juntos de la casa, ahí estaba su ex esposo, Cándido, enfrente de la casa, hablando con dos de sus amigotes. Yo, sabedor de los terrenos que andaba pisando —porque no es porque lo diga por decir, pero por ahí está la flor del hampa, pues vi a muchos que había visto en la Peni—, y pues dije, si éste vive ahí debe tener amistad con algunos de ellos, así es que se las ha de gastar bien este fulano. Yo me temía que fuera un "hombre de pelo en pecho", máxime que yo había llegado a quitarle a su mujer. Inmediatamente me previne con un cuchillo y lo traje mucho tiempo en mi cintura, y el botón de mi camisa desabrochado a la altura de la hebilla, para no estar a la hora de la apuración desabrochándome, y sacarlo en caso de que hubiera pelea y me "echaran bola". Andaba siempre sobrio para repeler cualquier agresión, pero fue fácil porque desde que Antonia vino a mí no me dieron ganas de volver a robar, ni a tomar, ni a andar de pelionero.

Cuando vi a Cándido ahí parado sentí que la sangre se me bajó a los pies porque dije: "aquí va a reventar el cuete". Pero no fue así, nos vio pasar y muy despreocupadamente se puso a platicar con otras personas. Estuve consiguiendo dinero por varios días para ir a dormir a un hotel, pero siete pesos era mucho y volvimos a casa de mi tía.

Tuvimos otras dificultades en esa vecindad. Una vecina llamada Julia me insultaba cada vez que me veía porque una vez estando tomado me había llevado una bicicleta de su esposo y la había perdido. Me gritaba: —¡Miren a ese cabrón, agachón, debería de darle vergüenza no pagar la bicicleta, ojete hijo de su chingada madre! —Y a Antonia le decían horror y medio: —¡Ahí va esa puta, méndiga, no le da vergüenza andar mancornando a los hombres!

Si Julia no hubiera sido mujer, claro que la hubiera callado, pero además era comadre de mi tía y en un tiempo su cuñada, así que Antonia y yo teníamos que ir na'más oyendo y caminando. Más tarde le dije a Guillermo en privado que si quería le pagaría su bicicleta con otra mejor, con la condición de que tenía que arreglar los papeles. Guillermo y yo nos llevábamos bastante bien pero su mujer siempre salía como tigre y me hacía la vida imposible.

Varias veces Antonia y yo salíamos y entrábamos a todas horas del día y el Cándido éste ahí sentado enfrente, pero siempre acompañado de dos o tres. Yo decía: ¿pues qué

éste no tendrá los güevos suficientes para hablarme de frente él solo? Un día íbamos Antonia y yo del brazo por Mina, cuando llega aquél, acompañado de dos "conejos", y le da el jalón por atrás a Antonia y le dice que quiere hablar con ella. Los otros dos, rateros que conozco, andaban medio cuetes.

Y uno que empieza a gritar: —Espérate, ñero, deja darle en la madre a esta pinche puta, por ojete y culera. ¡Qué patraña te jugó y a este culero también, déjame!

Yo ya oyendo en la forma que me estaban hablando tuve que hablarles en su idioma para que me entendieran: —Hijos de su chin… gancla ma… nca! ¡Me van a dar en la madre! ¡Si quieren, a formarse, uno por uno, no se amontonen que para todos hay!

Antonia se puso delante de mí y no me dejó pelear. Le dije que hablara por última vez con Cándido, a ver qué le tenía que decir. Se fue con él y yo me espere ahí en la esquina, repegado a la pared, por si me llegaban por atrás o por los lados. Ella no regresó y yo me cansé de esperar, así que me fui al mercado a ayudar a Manuel a vender un montón de camisas usadas que había comprado en una lavandería.

Esa noche Antonia no regresó, se fue con su mamá. Yo la dejé de ver, no por miedo, sino que comprendí que tenía su marido comoquiera que fuera y yo no tenía derecho de meterme en su vida. Yo traté de no verla más, pero ella me buscaba y hasta me lloraba y todo. Ya viendo eso dije: —¡Bueno! —Mi papá y Dalila se habían mudado de Bella Vista y sólo Manuel y su nueva esposa, María, vivían ahí, así que hablé con mi papá y por fin accedió a dejarme vivir ahí con Antonia.

En esos días yo era muy feliz, a pesar de unas dificultades con mi esposa. Después de haber pasado por tantos descalabros era muy bonito y una cosa placentera para mí estar enamorado. Cuando uno ama a alguien y es correspondido, es algo grande, más que grande, sublime. Todas las cosas por muy insignificantes que fueran las veía bajo otro aspecto. El amor es algo fantástico, más que bonito, más que alegre. El amor en realidad es la vida misma. Cuando se siente ese amor uno hace de cuenta que ha llegado a la meta. El amor significa Dios, significa bondad, comprensión, cariño mutuo. Y comprensión hacia el prójimo. Más, más, el amor estriba en el amor al prójimo, ¡vaya!, y en ayuda espiritual y moral, y por qué no, algunas veces, material. Me ponía a pensar en esto porque tenía ilusiones de que ella llegara a quererme tanto como yo, o más.

Trabajaba con más ganas, con más gusto, y si me invitaban a tomar se extrañaban de que no les aceptara. Saliendo de mi trabajo, a la hora que fuera, llegaba a la casa y ya no salía más. Me estaba con mi mujer haciendo planes. Primero conseguir un buen trabajo, luego alquilar un cuarto para los dos, y poco a poco ir comprando cosas, una cama, un ropero, lo que fuera. Luego casarnos por lo civil y luego por la Iglesia, hasta pensaba sacarla de blanco, ¡fíjese!

En un principio Antonia se portó muy bien. Se quedaba en la casa durante todo el día y no se quejaba de nada. Manuel y María dormían en un colchón sobre el suelo en un lado del cuarto y nosotros teníamos unos costales y dormíamos en el otro lado. Manuel aceptó a mi mujer de buen grado, aunque en realidad no llegó a conocerla bien. Antonia y María se llevaban muy bien y salían juntas a todas partes. Y era lo que no me gustaba, que Antonia anduviera con María, ni María con Antonia. Si una mujer es buena o mala,

que sea sola, nunca acompañada.

Pero una mañana se fue sola sin mi permiso y no regresó sino hasta muy tarde en la noche. Le había dicho a María que iba a casa de una amiga a una fiesta. Me indignó muchísimo y me hirió, porque ni siquiera me lo había mencionado. Me imaginé luego luego lo peor. Y llegó y tuve que castigarla. Le pegué muy fuerte con el cinturón y le dije que agarrara sus cosas y se fuera.

Le dije: —Ya no quiero yo seguir con esta vida, porque no es conveniente ni para ti, ni para mí. Tú quieres vivir libre, gozar tu vida como quieres. Quieres tener marido pero no las obligaciones, ni quieres estar sujeta a un hogar ni a un hombre. Quieres tener marido nada más como pantalla, como parapeto. Te burlas de mí y me haces quedar mal ante toda la gente, así es que mejor agarra tus cosas y vete.

Lloró, hizo berrinche y dijo que ya no quería seguir conmigo porque era yo muy celoso.

—Mira, Antonia, cierto que soy muy celoso, pero tú eres la que debe de quitarme esos celos. Pero en lugar de quitármelos me das motivo para ellos. En la calle cuando vamos y vas volteando para un lado y para otro, vieras qué feo siento. Te quiero con toda mi alma. Es más, no te quiero, te idolatro. Nunca en mi vida había llegado una mujer tan adentro como tú. Así es que por favor trata de evitar todo eso.

Pero no quiso escucharme, sacó sus cosas y las metió a un costal de harina y se fue. No la volví a ver por mucho tiempo y volví a empezar a tomar. Así tomado la iba yo a buscar a casa de mi suegra. Y todo el día la andaba yo buscando, para arriba y para abajo. A todo mundo preguntaba yo si la habían visto, pero nadie me daba razón de ella.

Hasta que un día la encontré acompañada del fulano este, de Cándido, en el zaguán de su casa. Cambiamos unas palabras muy violentas y luego le dije a Antonia: —Te vas con él, ¿verdad?

—Sí —dijo, y dio un paso hacia él. ¡Ay! ¡Esas cosas me lastiman mucho recordar! Me dio un sentimiento tan grande, y pues ya no me dio coraje. Si yo hubiera peleado en esos momentos a Antonia estaba haciendo un papel muy tonto, porque ella le estaba dando el lado a él. Entonces me metí a casa de su mamá y le dije las cosas. Su mamá es una persona muy fina, muy tratable, y Antonia no la sabe estimar. Yo creo que Antonia era así porque su mamá siempre ha trabajado y a ella le faltaba vigilancia.

Después iba yo a ver a mi suegra todas las noches. Si Antonia estaba, hablábamos de nuestros problemas y peleábamos. Todavía la consideraba mi mujer y a veces nos íbamos a un hotel a que me "diera chocolate".

Mi hermana Consuelo tenía su propio apartamentito, con cocina y baño. Había comprado un ropero y un sofá y con todo esto me parecía que ya era de la alta aristocracia. Me estuvo insistiendo para que me fuera a vivir con Antonia allí. Antonia quería ir pero a mí no me gustaba la idea.

—Mira, hermana —le dije—, contigo no. Con el carácter que tienes yo sé que el día menos pensado vamos a salir mal. Mejor vive tú tranquila y déjame a mí ponerle casa a Antonia para sentirme hombre, para sentir la obligación que me he echado a cuestas. Quiero mi casa en donde yo pueda mandar, en donde yo pueda decir, y en donde "nada

más mi chicharrón truene".

—No seas tonto, hermano. Es una ayuda que yo te brindo, es una oportunidad muy buena que tú debes aprovechar. No vas a estar de "arrimado" porque vas a ayudarme a pagar la renta una vez que empieces a trabajar. Ahí ves, yo salgo a trabajar, tú también, así que Antonia va a tener la casa para ella sola completamente.

Una tarde encontré a Antonia cosiendo unos cojines y me dijo que eran para mí. Uno decía "Te amo" y el otro "Para ti, cariño mío".

—¡Ah, caramba!, me halaga muchísimo.

Me dijo que había roto con Cándido, y que me quería y quería seguir conmigo.

—Sí, Roberto, ya lo pensé bien. Quiero un hombre que me ponga mi casa y que me tenga como yo deseo. Que yo pueda mandar, donde yo esté sola y nadie se meta en mi vida.

—Pero, Antonia, si eso es lo que yo trato de darte, pero no me das la oportunidad. Déjame encontrar un trabajo, y verás cómo no te pondré lujos ni riquezas, pero una casa sí te la pondré y la iremos pasando lo mejor que se pueda.

Fue cuando le hablé a Consuelo de cambiarnos con ella. —Sí, cómo no, hermano. — Pero yo todavía con el recelo aquel de que a mi hermana se le subiera lo Sánchez a la cabeza y fuera a fastidiarse porque estábamos ahí.

Estuvimos muy campantes y felices de la vida por un tiempo. Pero yo no trabajaba mucho y mi hermana me estaba prestando para el gasto y ella pagaba la casa y todo. Yo quise desde un principio dormir en el suelo en la otra pieza, pero mi hermana no lo aceptó así. Ella dormía en el sofá y nosotros en la cama, o pegábamos el sofá a la cama y ella y Antonia dormían en la cama y yo en el sofá.

Tuve que regañar a Antonia porque no era muy limpia y porque dejaba la ropa mojada en el lavadero, y porque les gritaba a mis sobrinos. Luego empezó a salir sin avisarme y cuando le pegué por ello, llegó mi hermana y ¡uy!, se vino el mundo encima de mí.

Al día siguiente, cuando regresé de mi nuevo trabajo en una bodega, Antonia se había ido. De nuevo empecé para arriba y para abajo buscándola. Eran las 10, las 11 de la noche y yo empezaba mi ronda. Hay veces que me daban las tres de la mañana apostado en cualquier esquina. Mi suegra tampoco sabía dónde estaba y fue a ver a un espiritualista para que la hiciera volver. La mamá de Antonia adoptó una actitud tremenda y dijo que si se separaba de mí y ya nunca volvía conmigo, nunca jamás volvería a entrar a su casa.

Me emborrachaba casi todas las noches y dos veces me golpearon unas palomillas que se aprovecharon de mi condición. Supe que Antonia estaba viviendo con Cándido y fue tal mi rabia y mi sentimiento que lo anduve buscando con el cuchillo en mi cintura. Me quería encontrar con el desgraciado en el terreno de los hombres, pero nunca lo encontré.

Luego un día desde el camión los vi a los dos caminando y la vi a ella sonriéndose con él. Desde ese momento no sé qué me dio, pero dije: "Aquí An-tonia para mí ya murió". Y fui y me puse una borrachera que de acordarme todavía me siento borracho.

Conseguí unos cientos de pesos, hice travesura y media, y todo se me fue en la borrachera. Me dolió mucho, muchísimo.

Me di cuenta que Antonia no valía un comino. No tiene sentimientos, ni tiene corazón, ni una brizna de nobleza. A ella no le importa nada, ni aun ella misma. Desde un principio me di cuenta de la clase de persona que era, pero lo pasé por alto porque estaba enamorado. Me tomó seis meses y un par de otras muchachas para recuperarme de este fracaso.

En el terreno de Cupido me parece que no hay quien pueda gobernar a sus anchas sus impulsos. Uno puede mandar en este mundo de pecadores, en el universo la voluntad del hombre se impone, pero no en el corazón. Todas las cosas que pasan tienen que ser porque están escritas en alguna parte, están predestinadas. A pesar de que hay buenos clarividentes —hay algunos, aunque los demás son charlatanes—, no creo que nadie en el mundo pueda saber lo que mañana va a pasar. Uno tiene determinada la fecha en que va a nacer y va uno a morir, la vida de uno también está prescrita. Tarde o temprano ha de ser lo que tiene que ser. Así creo yo que es el mundo.

CONSUELO

FUE en Monterrey en donde en realidad fui entregada en cuerpo y alma a Mario, mejor dicho, nada más en cuerpo, porque no le quería yo. Se puede decir que lo odiaba, lo trataba yo mal, lo veía como si viera a un enemigo, a pesar de que él era bueno conmigo. A nuestra llegada temía más que nunca el entregarme. Se podría decir que ya desde que íbamos en el tren pensando me martirizaba que ya una vez ahí, a muchos kilómetros de mi casa, sin nadie conocido y solos en un cuarto tendría que ser suya. Le había dado mi palabra de que me iba yo a entregar y cuando íbamos en camino, mientras él se portaba muy amoroso y cariñoso conmigo, yo me comportaba fría, indiferente con él, pensando que esta vez sí no tendría escapatoria.

Nos instalamos en una casa de huéspedes. Yo sentía un miedo terrible al pensar que llegaría la noche y tendría que dormir a solas con él. Él había esperado pacientemente porque hasta entonces no habíamos tenido intimidades. En casa de su mamá no fue posible porque de inmediato nos separó. Con mi tía, mucho menos fue posible hacer nada, el cuarto era tan chiquito para cualquier cosa que él intentara.

Pude evitarlo las dos primeras noches. Pero la tercera noche él ya no soportó más. Empezó muy cariñoso: —Mi vida, al fin vamos a ser marido y mujer. —Yo sentí que el estómago se me jalaba de angustia y le interrumpí diciéndole: —Oh, no me estés molestando.

Pero después volvió al ataque. Empezó a acariciarme los hombros y el pelo, me besó en la cara y me decía palabras dulces. Yo sudaba pensando en el momento de que viniera la entrega. Quería que alguien llegara a salvarme. No logré contenerme y aventé sus manos. —¡Déjame en paz, déjame! —Él me recordó: —Tú me diste tu palabra, me prometiste. —Me remordió la conciencia y ya sin decir nada dejé que él me besara, me abrazara.

Cuando ya había introducídose en mí no pude más. No me contuve y lo aventé al mismo tiempo que daba una patada en su pecho. Cuando hubo recobrado la respiración empezó a hablarme. Sus palabras, dichas con tanto amor, con calma, sin denotar ni enojo ni arrebato, me fueron convenciendo. Me arrepentí de haberlo tratado en la forma que lo hice y le pedí disculpas. Él me besó la frente y se volteó. Yo quedé observando su espalda joven, blanca, y su pelo negro, muy negro y quebrado. Creí que la lucha por esa noche había terminado.

Cuando en la madrugada me despertó él y comenzó nuevamente a besarme y a acariciarme me desperté desesperada y no encontraba la forma de correr, pero sus

palabras y sus caricias me doblegaron. Mario consumó su acto. Él procuraba lastimarme lo menos que podía pero yo ya no soportaba. Yo deseaba que ese momento se acabara, que pasara ya lo que tenía que pasar y me dejara en paz. Al fin Mario quedó casi desmayado, sudaba el pobre. Yo le di la espalda y sin poderme contener más solté el llanto.

—Pero *Flaquita,* ¿cómo pensabas tú que era el matrimonio? No seas tontita, te quiero, Chelito, créemelo. Nunca te he de dejar. No llores, no llores.

Pero sus palabras no eran escuchadas por mí. Yo continuaba llorando y pensaba: "Ora sí, desgraciada para siempre. Ahora soy señora y no señorita y todo por culpa de esa tal por cual de Dalila. Pero mi padre también tiene la culpa. Por ella mi padre me corrió de la casa… ¡Si supieras lo que hiciste, padre! ¡Tú eres el culpable de lo que en adelante me suceda!" Yo continuaba llorando amargamente. Me imaginé que mi papá se daba cuenta que lloraba y también él sufrió, me pidió perdón… pero ya no había remedio. Mario me consolaba, pero yo quería aventarlo… Al fin me refugié en sus brazos y así quedé dormida.

Al día siguiente qué vergüenza sentía yo, no quería mirarle a la cara. Cuando regresó del trabajo, me abrazó y me besó sin mencionar nada de la noche anterior. Yo sabía cuáles eran sus intenciones y yo lo rechacé. Pero esa noche no logró él su propósito. Pocas veces, en realidad, tuvimos contacto él y yo. Siempre me negaba. Cuando él se me acercaba pidiéndome le acariciara la cabeza, le dirigiera alguna palabra dulce sin frialdad, sin indiferencia, me sacaba de quicio. Estallaba yo en mis nervios, lo aventaba, lo despreciaba.

Al principio él me consintió esto, pero ya después eran verdaderos pleitos los que teníamos por este motivo.

Llegó a tanta su desesperación que una noche ya no se contuvo y empezó a romper todo lo que estaba a su alcance: su ropa, las sábanas, vasos, platos. En uno de sus arranques me tiró un vaso de agua a la cara, todo por no mentirle y decirle que lo quería. Le oí maldecir el amor que me tenía, maldecir el momento de haberme conocido, y me asusté mucho. No teníamos luz, únicamente el aparato de petróleo que había rodado por el suelo al impacto del golpe que Mario le había dado. Aprovechando la oscuridad me puse el vestido y me levanté. Por las orillas del cuarto me fui deslizando, agarrándome de las paredes. Mario seguía maldiciendo, yo sentía un miedo atroz hasta que al fin encontré la puerta y empecé a correr, descalza como estaba.

Más de una vez tropecé. Al quererme pasar por debajo de un alambrado de púas me lastimé mi espalda y la cadera y todo mi vestido quedó rasgado. Temblaba de miedo al pensar que tal vez Mario me seguiría y de seguro me pegaría sin piedad. Como se me acabara el aliento y con el miedo al ver esa oscuridad tan diferente a la de México, me senté a las puertas de una casa, pensando que estaba yo perdida.

Sin conocer a nadie, sin ropa, ¿adónde podía yo ir a esas horas de la noche? Me jalaba los cabellos, me sobaba los pies, no acertando a sacarme las espinas de los abrojos que me había encajado. Se me pasó el llanto y me quedé escuchando una respiración fuerte y sintiendo al mismo tiempo algo que empezaba a cosquillearme mis piernas. De

un brinco, me levanté imaginándome eran alacranes. Me sacudí y sentí cómo caían.

Me acerqué a una ventana y hablé muy quedo: —Señora, señorita, por favor, no sea mala, deme posada. Mi señor está muy tomado y tengo miedo que me pegue. —Bendito Dios que la voz que me contestó fue de mujer. Era la señora que el día que llegamos se había ofrecido a hacernos de comer o lavarnos. Me permitió dormir ahí. Al otro día me dijo si pensaba o no volver con Mario. Le dije que no, que pensaba yo trabajar. Brígida me brindó su casa y ese día, después que Mario se fue a trabajar, entré por mi ropa.

No contaba con un solo centavo, únicamente un par de aretes que vendí a una señora para el camión y comprar el periódico. Vi un anuncio, solicitaban una taquimecanógrafa. Fui de inmediato y hablé con la esposa del señor Pacheco. Me hizo la prueba y me aceptó. Era un negocio de venta de muebles para oficina y desde ese día me quedé a trabajar. Yo me encargaba de contestar correspondencia y llevar las letras de cambio en orden. Ganaba poquitísimo, 125 pesos al mes, pero ya tenía yo trabajo mientras podía encontrar algo mejor.

A mediodía salimos a comer Clemente, el mecánico, y yo. No había comido desde la noche anterior y sentía que mi estómago se me pegaba a la columna vertebral. No tenía dinero, así que sólo fui a ver unos aparadores que estaban cerca y regresé a mi trabajo, pero las puertas todavía no se abrían. Me quedé parada en la puerta, con los brazos a la altura del estómago, apretándome para calmar el ruido y el dolor que tenía. Esperaba yo impaciente que llegara el señor Pacheco a abrir, pero no llegaba. El que llegó fue Clemente, que arreglaba las máquinas de escribir. Se me quedó mirando y debe haber adivinado que no había comido porque me invitó a que lo acompañara a tomar un refresco.

Me llevó con unas amigas que tenían un restorán por ahí cerca. Algo le dijo a la mesera que yo no oí, pero al poco rato Prisciliana me llevaba un caldo de pescado y un coctel de camarones. Me avergoncé tremendamente, pero el hambre era más fuerte que mi voluntad para rechazar aquel platillo tan apetitoso. Lo comí pero pensaba que hacía mal. Si Mario pasara en esos momentos por ahí, o alguno de sus amigos carteros, mal la iba yo a pasar.

Yo pensaba que Clemente me iba a hacer cualquier insinuación, pero gracias a Dios no fue así. Desde entonces iniciamos una amistad sincera. Creo yo que nunca jamás en la vida volveré a encontrar un joven como aquel, que daba ayuda sin esperar nada, sólo por el deseo de ayudar.

Tiempo después, poco tiempo, pasó un chinito frente al negocio y se quedó mirándome trabajar. Al otro día regresó y me propuso el trabajo de cajera. Tenía un café más adelante en donde yo trabajaría. Eran las tres comidas al día y sueldo de 12 pesos diarios. Iba a trabajar de las ocho de la mañana a las ocho de la noche, horas corridas, no como en la oficina del señor Pacheco. Lo que debía hacer realmente era sencillo: hacer las cuentas de lo que se consumía, apuntar en una libreta lo que se gastaba y hacer el corte de caja.

Una mesera me dijo que ya siendo yo una señora no podría resistir a vivir sin mi marido. Que el día menos pensado iba a entregarme a otro hombre, no porque yo lo

quisiera, sino porque el cuerpo mismo lo iba pidiendo. En verdad estas palabras me dieron miedo. "De entregarme a otro que ni conozco, a seguir con Mario, mejor vuelvo con él y ya no hay peligro."

A Mario no le habría sido difícil localizarme porque trabajaba en el Correo. Cuando llegamos me llevó ante el administrador de esas oficinas a presentarme; todos me saludaron y me recibieron bien. Por lo tanto, aunque yo hubiera querido esconderme no me habría sido posible, pues todos los carteros me conocían y me hubiesen localizado de inmediato. Cuando trabajé con el señor Pacheco me fue a ver tres veces. —Piénsalo bien, Consuelo, tienes que volverte conmigo. Aquí estamos solos, me necesitas y te necesito. A propósito, ¿no necesitas nada?

Yo entonces sí que fui orgullosa. —Claro que no necesito de ti, me basto a mí misma. Y ni esperes que vuelva a ti. —Se retiraba Mario y yo quedaba con sentimiento; empezaba a mostrarse alejado de mí.

Después cuando ya estaba yo en el café Frontera a diario en las noches iba por mí. Había yo alquilado un cuartito chiquito de madera que me rentaba 50 pesos. No contaba con ningún mueble, dormía en el suelo, y por luz tenía la que entraba de la casa de la señora que vivía frente a mí. En el café ya no supe lo que era hambre. Y la señora Brígida fue muy buena conmigo, pero muy buena. Yo me sentía —cuando hubo un poco más de amistad— como si fuera un familiar, digamos mi tía.

Todos me decían que era mejor volver al lado de Mario. Yo resistí un poco. Pero después, una noche en que había trabajado hasta después de la hora que me correspondía, caí muy cansada a mi "cama" en el suelo. Me despertó un dolor horrible que me dio del lado izquierdo en las costillas. Me dolía mucho y empecé a llorar. Quise enderezarme y no pude, el dolor arreciaba. Me encogí y la respiración se me cortaba; la pierna izquierda se me había paralizado. Quise gritar pero no pude. Ni vela tenía siquiera para estar con luz. Había una luna preciosa. Yo miraba al cielo pensando que a esas horas mi padre, mi hermana y todos en casa estarían en cama, durmiendo plácidamente, sin tener ninguna preocupación y su estómago estaría contento también.

Estuve llorando mucho tiempo soportando el dolor. Cuando poco a poco se me calmó y mi pierna ya tenía movimiento recordé a Mario: "Si él estuviera aquí ya me hubiera llevado al médico, o me hubiera hecho algún té. Al menos con su compañía, no tuviera tanto miedo". Al otro día vi a Mario y le dije que iba a volver con él. Dejé el trabajo. Brígida nos facilitó un catre, una cobija y me dio permiso para cocinar.

Cosa rara, poco a poco me sentí más fuerte. Ya tenía yo un algo en qué pensar, no con amor, porque yo no quería a Mario, sino con obligación. Pero no soportaba fingirle un amor inmenso que estaba muy lejos de sentir y mi indiferencia y mi frialdad para con él seguían. Mario me decía que tenía una crueldad refinada porque cuando le venían esos corajes, se puede decir como ataques, yo lo observaba impasible. Cerraba la puerta, no me dejaba salir y estrellaba todo contra las paredes, rompía su ropa, gritaba, lloraba, se desesperaba… yo permanecía rígida como estatua, sin siquiera dar a entender mi miedo o mi coraje, con los ojos fijos en un solo punto, sin moverme un milímetro, sin intervenir en lo más mínimo para calmarlo.

Él decía que me gustaba verlo enojado y desesperado, pero dentro de mí, ¿saben qué sucedía?, sentía un horror horrible, tenía miedo que él en un momento volteara y me pegara. Tenía ganas de correr, pero me sentía como un perro acorralado, cobarde. Y con el llanto contenido en el pecho quería decir esa hermosa palabra que significa pureza de sentimiento: ¡perdón!, pero se me atoraba a la altura de la boca y no podía pronunciarla.

Mario me llegó a suplicar que cuando lo viera yo con ese malvado ataque de nervios lo calmara. —Con tan sólo una caricia tuya me calmo. Chelito, por favor, por favor, cuando me veas enojado háblame, miéntame la madre, dame de bofetones si quieres, pero no me dejes así. ¿Qué no tienes corazón?

Y yo —desgraciada de mí— sólo me limitaba a observar que se llevaba las manos al cerebro y caía sentado en la cama y sollozaba. Ya no había día en que no peleáramos y las pocas cosas que iba comprando quedaban deshechas en el suelo. Las vecinas asustadas corrían a tocarnos a la puerta. —¿Le pegó? —Pero siempre salía yo serena: —No, a mí nunca me pega. Son sus nervios.

En realidad la nerviosa era yo. No hallaba, no encontraba salida. No estaba conforme con nada. Si él me decía: —Vamos al zócalo para que te distraigas —mi contestación era: —¿Al zócalo?, ¡vaya paseo el que vas a darme! —Si me decía: —Vamos al cine. —Al cine yo no voy. Ya sabes que no me gusta. ¡Vete con tus amigos! —Todo esto él lo pasaba. A mí me fastidiaba y me arrepentía de haber vuelto con él. Pero un día que me dijo que si no estaba conforme que se iba a retirar, me prometí a mí misma no volver a ser grosera con él.

En ese entonces no me quité la vida por no faltarle a Él. Pero con qué fiebre de ansiedad pedía que me llevara. Por las tardes o por las noches, antes que llegara Mario, me hallaba boca arriba en mi cama, compuesta por un tambor chico, el colchón formado por abrigos, cartones, vestidos viejos, una cobija tendida y otra sirviendo de colcha y la cabecera la había yo hecho con unos cojines. Alumbrada por una vela, viendo hacia el techo, lloraba lágrimas dulces y amargas que venían de muy dentro, pidiendo, suplicando que Él me llevara.

Yo pertenecía a Mario corporalmente, pero, ¡qué duro era esto para mí! En mi vida había deseado, tan siquiera una vez, pertenecer a un hombre. ¡Nunca lo había yo pensado! Y ahora que lo estaba yo viviendo, moría yo cada vez que él llegaba contento de su trabajo, y me abrazaba. Temía yo esto. "Por qué soy tan vil, engañarlo en esta forma. Mejor recógeme la vida, Señor, yo no quiero esta vida, no nací para ello." No pronunciaba yo palabras, era todo mi ser, todos mis sentimientos, todo lo que en mí había, pidiendo se me concediera este milagro. Siempre esperando, esperando que sucediera. Yo estaba ya muerta, se podría decir.

Mario se esforzaba por verme contenta, por verme feliz. Pero ¡qué malo es no saber fingir! Quedaba yo desmayada, despierta, hasta los momentos en que él llegaba. —*Flaquita,* ¿dónde estás, mi vida? Ya vine. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? Ven, mira, ándale… vamos a cenar afuera o al zócalo. No estés triste. —Él me quería tanto que no se daba cuenta que momentos antes yo había pedido morir para escapar de esta vida.

Ya le quería yo, en verdad, cuando aquella carta de su mamá en la que aconsejaba a

Mario dejarme allá: “Esa mujer no te conviene, es más grande que tú y muy mañosa. Déjala. Haz alguna novia allá y te la traes a la casa, yo te mando el dinero”. Sus palabras se me grabaron como una pedrada que deja adolorido en donde pega. Seguí leyendo la carta, casi al final: “Tu hijo ya no tiene zapatos. Mándame para comprarle y no malgastes tu dinero con esa mujer”. Voltié a verlo, volví a leer… “¡Que tiene un hijo!” Ya no dije una palabra, escondí la cara para llorar.

En realidad, hasta entonces, no había sabido nada de él. El cariño que empezaba a sentir por él se desplomó. Él me dio explicaciones, me dijo el porqué de ese hijo. —Mira, mi vida, hay cosas que por mi hombría no te había contado, pero Camila… —Y me contó la vida que había tenido con esa mujer. La mamá de Mario los había casado por la fuerza. Él no quería porque esta joven no era lo que se decía. A él lo habían sacado en paños menores los policías para llevarlo al juzgado. De ahí, también con los policías fueron a la iglesia. No podía escapar, los gendarmes habían quedado parados en la puerta. Al poco tiempo, después que cumplió los 16 años, llevó su primera decepción al encontrarla en un salón de baile con uno de sus amigos. La segunda vez la encontró en su casa con un soldado y la tercera vez saliendo de un hotel con otro hombre. Éste era el motivo por el que se habían separado.

Yo acepté sus explicaciones, pero mi único pensamiento era que nunca podríamos casarnos, ni aun por el civil, puesto que no estaba divorciado. Y el saber que tenía un hijo me impedía espiritualmente acercarme demasiado a él. Me sentí como ladrona. Seguí viviendo, ya nada más por vivir. Ya no encontraba nada que me agradara, la vida no tenía color para mí. Vivir sin vivir era muy feo. Era yo una persona desmayada que se movía, que andaba, pero que ya no sentía nada.

Qué horrible era por las noches en que él venía y tenía que entregarme, sin voluntad. No hay cosa más terrible que entregarse, que ser sólo un instrumento. Aunque Mario me había dicho: —No, mi vida, yo no lo hago tan sólo por el deseo. Mujeres hay muchas, y hermosas, que pueden satisfacerme mejor que tú. No, *Flaquita,* no pienses así, mi vida. Quiero un hijo, un hijo tuyo. ¿Te imaginas? Una mujercita como tú, que sacara tu carácter y mi cara. ¡Te imaginas! ¡Qué feliz sería si me dieras un hijo!

Un hijo era lo que menos quería de él, y le contestaba: —¿Hijo? El hijo que yo tenga será porque lleve un primer apellido, no el segundo, por haberle dado el tuyo a otro. Si tuviera un hijo tuyo estaría en segundo lugar y mi hijo será el primero.

Él trataba de convencerme que era algo sublime, algo grandioso el que yo le diera un hijo. Llena de coraje, una tarde maldije el día que fuera a tener un hijo. Nunca me había pegado, pero esa vez sí lo hizo. Me dio de bofetadas, yo no protesté nada porque comprendí que tenía razón.

La suerte seguía en mi contra. Una mañana, la veladora se volteó y la casa se quemó, bueno, toda no, pero sí parte. Nos quedamos sin ropa; el incendio nos había dejado dos camisas y dos pantalones de Mario y tres o cuatro vestidos míos. Yo sólo veía las cosas quemadas. Mario sólo encendió un cigarro y fumó. Me dijo: —¿Y no vas a llorar?

—¿Y para qué? Ya está hecho, ni modo. —Y vuelta a vivir sin interés.

Es cierto, es doloroso recordar. Con tal de no revivir aquello que fue tan doloroso

para mí hubiera callado hasta el fin. Pero hay cosas que aun callándolas lo hacen a uno sentirse mal. Sí, iba yo a ser madre, aunque no me di cuenta de ello porque nunca tuve síntomas de embarazo. Hasta el mes de enero yo me sentí perfectamente. No hubo mareos, ni vómitos, ni pérdida de apetito, ni detención de la menstruación. Por eso Mario no me creyó cuando le dije.

—Me siento mal, me duele mucho la cintura. Con suerte ya vamos a tener un hijo.

Él ya había perdido la fe en mí. Me veía tan fría, tan indiferente que me contestó: —¡No, hombre! Primero se cai el edificio de Correos que tú seas mamá. Yo creo el día que estés embarazada te mueres. —Yo sólo torcí la boca y así quedaron las cosas.

Pero esa noche —al igual que otras— no dejé a Mario dormir conmigo. Le dije que se acostara en el suelo como lo venía haciendo. Él se enojó y yo también. Mario, desesperado, llorando de rabia, decía grosería y media, me insultaba y me comparaba con Camila, siempre poniéndola en un plan superior a ella.

—¡Tú no sirves para darme un hijo… en cambio Camila es superior a ti, ella sí pudo darme hijos, pero tú no sirves para eso!

¡Qué gran vergüenza pasé en esos momentos, qué humillación tan grande sentí al verme en el mismo lecho y semidesnudos los dos, y de pronto gritarme eso! Avergonzada, me cubrí hasta la cabeza, no quería seguir oyendo más. —¡Camila, Camila, ven, te necesito. Sólo tú sabes curarme! —Gritando me tiró una revista a la cara. Ya estaba hasta como borracho del coraje cuando vi que agarró una de sus navajas de rasurar. Se había acercado a mí y creí que tenía intenciones de herirme.

Pero no, se paró frente a mí, extendió su brazo y se iba a cortar las venas, cuando di el salto de la cama y logré que aventara la navaja. Se acostó. Toda la madrugada tuve un dolor intenso en el vientre que no me dejaba dormir. Él se fue a trabajar muy temprano sin hacer caso de mis quejas.

Desperté al escuchar un grito: —¡Consuelo, el norte le va a llevar su ropa! —Un poco dormida me levanté y corrí a los alambres a tratar de quitar la ropa. Estaba resbaloso el cemento, me resbalé y al caer me desmayé. Cuando desperté en la sala de maternidad a los dos días, Mario estaba a un lado de mi cama llorando. Cuando lo vi así, ¡qué cariño sentí hacia él! Me pidió perdón y me dijo que se despreciaba a sí mismo por no haberme hecho caso. Sonreí. Me sentía dichosa al verlo ahí junto a mí; no me había abandonado. Él me fue a ver durante los cuatro o cinco días que ahí estuve. No quería mandar avisar a mi padre. Pero yo en verdad me sentía mal, muy mal. Y gracias a Brígida pude mandarle un telegrama: “Papá, necesito dinero. Mándame. Estoy en hospital”.

Una tarde el llanto de un recién nacido me despertó. Al poco rato pasaba la camilla llevando a una señora que había dado a luz. Fue hasta entonces cuando sentí la tristeza de no ver a nadie junto a mí. ¡Qué hermoso hubiera sido tener un bebé a mi lado! Cuando salí de ahí cómo sentía feo al ver a los niños jugando en la calle. Y así duré tiempo pensando cada vez: “Ahorita mi hijo tuviera seis meses”, o más; conforme pasaba el tiempo llevaba la cuenta de la edad que tendría el niño. Fue pasando el tiempo, me fui conformando, y por último opté por borrar, o al menos tratar de borrar, todo eso que

pasó.

Ya estaba en la casa y la contestación de mi padre no llegaba. Yo estaba ansiosa, no creía que mi padre iba a guardar tanto silencio. No podía ser que me odiara tanto. Una tarde me hallaba en mi lecho compuesto por trapos y una zalea en aquel cuarto de dos metros por dos, con sus paredes de madera delgada, el piso de cemento rojo, el techo de lámina de cartón negro sostenido por seis vigas delgadas atoradas por clavos y corcholatas. Las paredes se apoyaban en tres vigas atravesadas horizontalmente, una de las cuales me servía para colocar mis santitos. Mi ropa colgaba de unos clavos en las tablas y bajo la cama estaba un cajón con zapatos.

En aquel cuartito me hallaba, sola. Él se había ido a trabajar al Correo. Todo me dolía, la cadera, las piernas, como si me hubieran pegado de palos. Las manos las sentía adormecidas, la cara hinchada y los dientes que se me desmoronaban. Estaba yo sorda, sólo oía un zumbido en mis orejas.

Luego mis dolores fueron desapareciendo. Me sentí libre de todo lo que pesara, libre del cuerpo, como si de pronto me hubiera dividido en dos. Una parte flotaba y la otra quedaba en la cama. "Al fin", murmuré y sentí una sonrisa en mis labios. Sintiéndome tan livianita como nunca antes me había sentido le vi ahí, en el techo, a Él. Había una cruz luminosa de color verde —un verde no igual al color— y en el centro una llamita. Parecía como si me fuera incorporando. Ya no sentía el cuerpo adolorido. Flotaba yo en el aire, era yo una especie de velo que poco a poco se levantaba.

Era algo tan hermoso lo que sentí que no encuentro palabras exactas para decirlo. Sólo podría decir que con un zigzag entré en la nada. Se me había cumplido lo que toda la vida había esperado. Mi dicha fue inmensa, no se puede decir qué grado de felicidad alcancé. Duró unos minutos. Muy lejos, oí la voz de uno de los hijos de mi vecina: —Chelo, Chelo, ahí la buscan, creo es su papá. —Hasta entonces desapareció. Yo hubiera querido permanecer así siempre. Volví a sentirme entera, entró aquello que flotaba a mi cuerpo. Me entró un dolor agudo en el vientre, me incorporé y abracé a mi padre.

Lloramos, y después de calmarnos me dijo: —¡Y para esto estudiaste! ¡Para esto eres una taquígrafa! ¡Mira nomás qué cuartucho te tiene!

Sentí mucho, mucho coraje. Hasta entonces nadie me había hablado así acerca de mi casa, en la que yo mandaba y podía cambiar mis poquísimas cosas sin temor a nada, en la que podíamos platicar María, Brígida, o cualquier otra muchacha, sin temor a pasar una vergüenza, sin que me dijeran que nada más estaba como los puercos, comiendo y durmiendo. Ya amaba mi casita. —Estoy a gusto, papá. Mario es muy bueno. No puede darme más porque no puede, pero es muy bueno.

Mi padre me dijo que regresara con él a México. Trajo a otro médico, éste dijo que podía yo viajar. Bajé la cabeza para pensar. Mario era casado por las dos leyes y tenía un hijo. A menudo hacía comparaciones y desde luego ponía mucho más arriba a la que había sido su esposa. —Tú no puedes compararte a ella. Ella tiene su piel muy blanca y la tuya es morena. Ella me dio un hijo. ¡Ésa sí es mujer! —me había dicho Mario al negarme yo a ser suya.

Por eso dije a mi papá: —Sí, sí me voy. —Mario se quedó en Monterrey. —En

cuanto arregles tu permuta ya sabes que te espero, *Flaquito*. Ya sabes que yo nunca te defraudo. —Regresé a México en el camión. Mi padre me había dicho que iba a estar en Bella Vista. Significaba tanto como volver a enfrentarme a Dalila. Ya no quería saber nada de ella, y me llevó a casa de mi tía. Cuando llegué a casa de mi tía recibí carta de Mario. Aún conservo sus cartas para mi consuelo al leer sus palabras de cariño, de amor.

A los 15 o 20 días llegó Mario a la casa de mi tía. Me di de alta. Mi padre pagó todo mi tratamiento, como cuatro transfusiones, sueros e inyecciones. Mario decía que iba a pagar a mi padre todo lo que había hecho por mí. Pero ya tenía yo la idea de que debía separarme de él. No quería dejarme, pero yo ya no podía entregarme a él. Al no querer yo regresar con él a Monterrey, se fue para la casa de su mamá.

Ahora sé que cuando perdí a Mario perdí quizá la única oportunidad en mi vida de formar una familia, un hogar. Desde un principio fue bueno conmigo, habló por mí, respondió en mi defensa, me entregaba todo su dinero, me consultaba para todo. Pero mi malvado orgullo y mi insensatez no me dieron lugar para interpretar esto y darle el valor que esto tenía.

En casa de mi tía volví de nuevo a batallar, pero ahora era peor. Si antes mi tío se detenía un poco para decir majaderías, ahora ya no. Las vecinas se condolían de mí, pero ahora murmuraban más fuerte que antes. Ahora regresaba derrotada.

Empecé a buscar trabajo. Por mis amigas supe que Jaime había progresado, pero que no se había casado. Ahora ganaba muy buen dinero, pero a mí ya no me importaba. Empecé a trabajar con el señor Ruiz en un lote de automóviles. Era muy bueno, pero no soportaba las risotadas y majaderías de los mecánicos y del encargado del taller cuando por las tardes se reunían en la oficina a jugar baraja. Todo el día en la oficina batallaba verdaderamente para que me respetaran. Me había quedado porque no encontraba otra cosa. Una cosa buena que resultó de este trabajo fue que conocí a la tía del señor Ruiz, quien más tarde me brindó su amistad cuando la necesité.

Mientras tanto había habido unos cambios en mi familia. Mi papá había construido una casita en un terreno que había comprado en la colonia El Dorado. Se había sacado 2000 pesos en la Lotería Nacional y así fue como tuvo el dinero para comprar el lote. Con el dinero que sacó de la venta de algunos marranos empezó a construir la casa. Era la primera vez que mi papá era dueño de una propiedad y era el único entre los amigos y parientes que había alcanzado una cosa así. Pero la casa no era para nosotros. Lupita y mis medias hermanas, Antonia y María Elena, estaban viviendo allí cuidando los animales de mi papá. Tonia tenía dos niños pero no vivía con Francisco, el papá de las criaturas, porque no había querido o no había podido ponerle su casa. Mi papá la mantenía a ella y a sus hijos desde que ella se había juntado con Francisco.

Marta ya tenía tres niñas y ya se había separado definitivamente de Crispín, su marido. Cuando ella vino a Bella Vista en el cuarto estábamos bastante apretados. Manuel y sus cuatro hijos, Roberto, mi papá, Dalila y su hijo, y Marta con sus tres hijas, todos estaban allí. Mi papá decidió irse con Dalila a un cuarto en la calle de Niño Perdido y dejar a Marta encargada de la casa en Bella Vista.

Marta estaba muy deprimida y yo traté de animarla.

—No seas tonta, mana. Total, deja a este muchacho. Si no te hace formal, ¿para qué lo quieres? Mira, todavía es tiempo. Pero si continúas teniendo niños te vas a hundir. Qué vas a hacer, no te vas a poder mover ni para un lado ni para otro. Ponte a estudiar… si tú quieres yo te pago tus estudios. Puedes estudiar corte y confección, unos meses. Ya después sin necesidad de salir a la calle a trabajar puedes hacerlo en tu casa. Por aquí hay una academia cerca. Ve a ver cuánto es de la inscripción y qué se necesita y me dices. A las niñas, mientras vas a la escuela, las puedes dejar con mi tía. Ándale, y me dices. Todavía es tiempo, todavía es tiempo…

Marta permanecía callada. Yo, sentada en la cama, trataba a toda costa de convencerla. Ella estaba sentada en un banco junto a la puerta. Yo la veía muy bonita. Pero ella permanecía en actitud de estatua viva. Yo quería una mirada, un gesto, un algo que me indicara que mis palabras habían dado en el clavo. Quería verla sonreír con entusiasmo por la vida, como cuando la veía con su palomilla cuando era chica. Recuerdo sus dientes blancos bien alineados y los dos hoyitos que se le hacían al reír en sus mejillas gorditas y cómo caminaba con los brazos enlazados en los de sus amigas. Pero no. Ahora no había contestación a mi ansiedad. Ella era como una estatua oriental que respiraba.

Traté de encontrarle un trabajo que la sacara de ese ambiente. Quise demostrarle que había lugares en los que sabían tratarla decentemente y donde podía encontrar algún hombre responsable que la ayudara a solventar su problema familiar educando bien a sus hijas y tratándola bien a ella. Me negaba y me negué durante mucho tiempo a aceptar que mi hermana perteneciera a ese bajo nivel cultural.

Pero ella, lejos de entender mi razón tan sana, transgiversaba todo —y con dolor lo digo—, me juzgó como una puta, una casquivana, una loca que con mi cuerpo ganaba todo. Y yo ni siquiera supe que mi hermana, mi hermanita querida, pensaba esto de mí. Mientras yo trabajaba, me arreglaba y me esforzaba por cuidar mi presentación, pintándome la boca y las manos, haciéndome una que otra vez algún peinado. Con la presentación de mi persona, con mi arreglo personal, yo estaba luchando por mantenerme en mi lugar, para que no me fueran a humillar con despotismo. Mas no para gustarle a los hombres, cosa que mi hermana no supo entender. Para ella —ahora veo su criterio con risa— mi arreglo personal no representaba sino que yo era una casquivana.

Cuánto tiempo me esforcé porque ella me entendiera sin saber ni pensar remotamente que ella prefería la crítica dura a mis palabras suaves, el des-arreglo personal para cuidar de su moral, el vestido severo para cuidar de su religión y la escasez de palabras para guardar el respeto de sus hijos… y con todo esto el cariño y favoritismo de mi padre. Nunca la entendí, haciéndome una y mil conjeturas, y acababa diciendo: “Bueno, pobre, ella no conoció a mi mamá”.

Marta no hizo caso de mi sugestión y estuvo de acuerdo en cuidar a los hijos de Manuel aunque yo sé que no los quería. Entonces decidí ir a ayudarla. Mi padre pasaba todos los días como a las siete de la noche a vigilarnos y a darle a Marta su gasto diario. Con Roberto, Manuel y yo trabajando —hicimos un convenio de mantener entre los tres

la casa—, la cosa empezó bien, pero luego Manuel se negó a dar gasto y Roberto estaba fuera mucho tiempo. Mi estómago se había acostumbrado a digerir alimentos suaves y no quise comer grasa, ni carne frita, cosa que no fue muy del agrado de mi hermana y para evitar choques con ella me iba a algún restorancito. Así se me iba todo mi dinero y yo también dejé de dar en la casa.

Marta en realidad no necesitaba mi ayuda aunque le daba coraje cuando yo no le daba nada. Observaba —y eso sí me dolía— que mi padre diario venía trayéndole jabón, azúcar, café, arroz, jitomates, aceite, chocolate en barra, etc. Además le daba 10 pesos diarios de gasto. Luego le daba para que se fuera al cine, dos, tres, cuatro veces a la semana, le traía zapatos y ropa a sus nietas. Marta gozaba de su favoritismo y de más libertad. Se iba casi diario a la Lagunilla, a la Merced, o al centro, con sus hijas a ver los aparadores. Cuando quería un vestido, o algo extra, le decía a Roberto, que entonces trabajaba en una fábrica. Los domingos se iba con mi tía y mi tío a la Villa, a Chapultepec, o a algún otro parque a comer "tacos placeros" y a beber pulque. De vez en cuando veía yo a Crispín rondando por Bella Vista. Entonces me preguntaba si yo tenía que ayudarle. Ella tenía de su parte a mi padre y a su hermano, ella podía salir a pasear a la hora que quería, y tener relaciones con su marido y no se preocupaba por nada. Y ella tenía a sus hijas. Yo sólo tenía mi trabajo… y tan poca paz en la casa.

Conforme pasaban los días entre Marta y yo se suscitaban más incidentes desagradables. Tenía la mala costumbre de traer a la niña más chiquita, Trinidad, sin calzones. Como es lógico, la criatura cada que debía hacer una necesidad se paraba en cualquier lugar para hacerla. Continuamente le decía a mi hermana que le pusiera los calzones a su hija y le debía enseñar dónde hacerlo. Desgraciadamente mi hermana lejos de entender el problema se disgustaba muchísimo y empezó a decirme que ya me creía de la "alta" y que era una "pocha". Un día me hizo salir de quicio ver que Trini, parada junto al brasero mientras su mamá guisaba, desalojó su estómago. Marta siguió cocinando y luego levantó a la niña, la llevó al lavadero y empezó a limpiarla. Esto ya era el colmo y le dije:

—¡*Gorda,* ya ni la amuelas, tú! La debías enseñar a sentarse en la borcelana, no la acostumbres a que sea cochina.

—Pos si eres tan delicada, busca tu casa. No das un quinto a la casa, pero eso sí, ¡muy delicada! Yo no sé por qué te aguantas. Yo que tú me iba a vivir a las Lomas.

Así eran todas las contestaciones de mi hermana, no importa qué dijera yo. Traté de enseñarle a tapar el bote de la basura y las cazuelas y trastes con comida para protegerlos de las ratas, que la ropa sucia la guardara en una caja de cartón bajo la cama en lugar de regada o amontonada junto al lavadero, a que retirara la comida del calor de la estufa y del sol para que no se echara a perder, pero todo era inútil. Cuando le platicaba qué bonita casa tenía el señor Santiago, o cómo vivían algunos otros de mis amigos, se sentía molesta y decía que yo trataba de hacer menos a la gente. Platicando con sus amigas me lanzaba indirectas. En tono burlón decía: "No, pos las de la alta no se juntan con los pobres", o: "Ya no quiero comer comida de los pobres porque me hace daño, tengo que comer manjares". Y cuando se enojaba de plano me decía que me largara. Pero eso no

era lo peor. Lo peor era que me acusaba con mi padre y él siempre estaba de acuerdo con ella, y la respaldaba.

A Marta ya no le gustó cuidar a los niños y encontró un trabajo en una fábrica de vasos de papel. Ella no me avisó que iba a trabajar y el primer día se fue desde las siete de la mañana y no regresó sino hasta las siete de la noche. Yo me quedé en la casa con los niños preocupadísima porque no sabía dónde andaba mi hermana.

Yo, francamente, no quise hacerme cargo de las criaturas. Yo seguía trabajando y entonces mi papá trajo a una señora que tenía dos niños chiquitos para que ella viviera en la casa y se encargara de todo. La casa estaba peor que nunca, más ruidosa y llena de gente. Todas las noches tenía que tomar medicina para los nervios. Sentada a la orilla de mi cama miraba el cuarto en tinieblas. Otra vez habían cortado la electricidad y la vela apenas alumbraba la mesa y las caritas pálidas de los niños sosteniendo sus pocillos de café, o a mi hermana, toda despeinada, con su delantal sucio y con un tirante caído gritándole a Concepción que limpiara lo que había hecho Trini: —Apúrate, condenada escuincla, limpia a tu hermana, si no, vas a ver… —Me sacaba de quicio ver a mi pobrecita sobrina con sus ojitos tristes levantarse de la mesa y dejar su pan y su café para ir a limpiar la porquería del piso.

Acabando de cenar todo mundo se iba a acostar. Marta en la cama grande con sus niñas; Mariquita, Conchita y yo en mi cama chiquita, Alanes, Domingo y Roberto pasando frío en el suelo y ahora también la sirvienta con sus niños también en el suelo. Noche tras noche éste era el triste cuadro que tenía ante mis ojos. Yo quería mejorar las cosas pero para entonces ya tenía yo miedo hasta de hablar. Yo tenía la culpa de todo, hasta porque la mecha de la estufa tardaba en prender. No sólo Marta y mi papá sino aun Roberto decían que yo era la que había traído la manzana de la discordia a la casa. Ellos querían que me fuera a vivir a otra parte, pero no podía renunciar a tratar de que mejoraran su vida. Además tenía miedo de vivir sola. Qué iban a pensar las gentes de mí, y los hombres sólo se iban a aprovechar de mi situación.

Para empeorar las cosas, Mario y después Jaime —como siempre en estado de ebriedad— venían a buscarme. Una noche que salía de casa de mi tía vi a Jaime que iba en dirección de Bella Vista. Yo corrí hasta nuestro patio. Él corrió cuando me vio pero, gracias a Dios, pude llegar al cuarto antes que él y me encerré. Día tras día, Jaime andaba rondando hasta que un día le hablé y estuve de acuerdo en salir con él. Él me dijo que aún me amaba y que quería casarse conmigo. Yo ya no le creía pero lo escuchaba sin alterarme para no tener disgustos sobre todo cuando estaba tomado. Francamente ya estaba yo aburrida de mi casa y no estaba comiendo bien. Él me llevaba a comer a los restoranes, o al cine, o me daba regalos y naturalmente yo podía ahorrar un poco.

Por ese tiempo mi hermano Roberto me aconsejó que empleara mi dinero en comprar un tocadisco y que podía yo muy bien sacar el costo y más si lo alquilaba para bailes y fiestas. Si necesitaba yo dinero lo podía empeñar o vender. Yo tenía muchas ganas del tocadisco para poder oír música que me gusta tanto y pensé que sería muy bonito tener yo mis discos. Un día estaba yo enferma, en cama, y vino Roberto y me

dijo: —Manita, fíjate que hay un muchacho que vende un tocadisco muy bueno, lo da en 400 pesos.

—¿Sí? —La verdad, debo confesar que pues sí le tenía yo desconfianza, pero es mi hermano y lo quiero mucho. Considero que es el que más ha sufrido porque no tuvimos mamá. Yo quise demostrarle que le tenía yo confianza, que creía yo en su bondad, y que alguien, por lo menos, tenía fe en su carácter. Le entregué el dinero, así, sin pensar. Y él se salió y dijo que iba a regresar con el tocadisco.

Mientras yo lo esperaba llegó mi tía a que le pagara, pues me estaba lavando mi ropa. Le conté lo que había hecho y se enojó conmigo y me dijo que no debía haber hecho eso, que no le debía haber dado un solo centavo, que era ponerle la tentación y que era yo una tonta.

—Ay, tía, si es mi hermano. ¡Hombre!, cómo es posible que…

Más tarde cuando fui con mi tía llorando a decirle que Roberto no había regresado, mi tía y mi tío me regañaron mucho. Fui con Angélica, mi amiga de siempre, y ella también me dijo: —¡Qué barbaridad! Ay, Consuelo, tú siempre tan tonta, ¿por qué le entregaste tanto dinero?

—Pero es que es mi hermano, Angélica… —le dije. Y empecé a llorar, no por el dinero, sino por esa acción que mi hermano me había hecho. Le había entregado toda mi confianza y él me había pagado así. Luego me encontré a Roberto en un café cerca de Bella Vista tomando cerveza con un amigo. Yo le quise preguntar por el dinero pero tenía miedo de que se fuera a enojar, o a sentir, no quería yo herirlo.

—¿Qué pasó? —le dije.

—Nada —dice.

Pensé que sería mejor ir por mi tía y por mi tío y en presencia de ellos pedirle el dinero. Fui por ellos y cuando llegamos al lugar en que había encontrado a Roberto, ya no estaba. Faltó tres días a la casa y yo tenía más ganas de llorar que de nada. Cuando llegó yo no le pedí ninguna explicación, nada más le dije: —Me lo vas a pagar poco a poco. —Sí, me dio 10 o 15 pesos cada ocho días, hasta que llegó a pagar como la mitad.

Nunca pidió una disculpa. Sólo dijo que no había comprado el tocadisco porque no estaba bueno, o algo así, y que tenía intención de devolverme el dinero… que cuando lo vi en el café todavía tenía el dinero… pero que se encontró ahí a unos amigos y se pusieron a tomar. —Pero te lo voy a pagar, hermana, no te apures.

Tenía la esperanza de que cambiara mi hermano, con estudio, con ayuda moral… si pudiera cuando menos terminar la primaria. Si cuando menos hiciera el esfuerzo. Pero viendo la realidad de todo me asusto y casi no quiero pensar en que mi hermano no cambie.

El siguiente golpe vino sólo dos días después que me paré de la cama, delgada como un palillo. Marta y yo estábamos acostadas cuando la señora Luz, que vendía tacos y tostadas en el zaguán de Bella Vista, llegó a avisarnos que a mi hermano Roberto lo estaban golpeando unos policías. ¡Qué horrible es despertar de esta manera! Al oír esto nos levantamos Marta y yo más que de prisa. Marta dormía con vestido, pero yo tuve que ponerme mi bata de color azul ya muy usada. Sentía cómo me temblaba el cuerpo,

como si mil agujas se metieran en mis poros dejando pasar un aire húmedo. Tenía mucho miedo y angustia conociendo cómo la policía abusaba de su grado. Me llevé el susto de la vida al ver a Roberto tirado en el suelo mientras dos desgraciados policías lo golpeaban bárbaramente con sus macanas. Le pegaban tan fuerte que lo hicieron vomitar. Sangraba de la nariz y lanzaba insultos y entonces le pegaban más. A gritos le dije: —¡Roberto, Roberto, no, manito, cállate, te va a ir peor!

—Déjenlo —Marta les decía a los policías—, no sean abusivos, está tomado.

—Pos que se esté quieto este hijo de su chin… —y lo seguían golpeando con sus macanas. ¡Dios mío, qué impotencia se siente! Volteaba desesperada a ver si alguien podía ayudarme. —Ya hirieron a mi hermano, lo están matando. ¡Malditos, déjenlo!

Tres amigos de Roberto trataron de lanzarse contra los policías, la gente que miraba los imitó, pero entonces uno de los policías sacó la pistola y amenazó a todos con ella; la gente empezó a correr y el policía tras de ella. Cuando vieron a mi hermano caído en el suelo y sin moverse, los policías echaron a correr. Alguien nos aconsejó llevar a Roberto a la Delegación y que pusiéramos una demanda contra los dos policías. Mientras sostenían a mi hermano Marta y yo entramos a la vecindad, ella para traer a Trini que todavía tomaba el pecho y yo para buscar con qué taparme. Saqué 50 pesos que tenía guardados, me puse el abrigo y abordamos un taxi. Ya vino la Cruz Verde por Roberto y dos de sus amigos que fueron de testigos.

Cuando llegamos a la Delegación, Roberto estaba en la enfermería quejándose muy duro de los golpes que había recibido: le dolía su cabeza, el estómago y las piernas. Seguía lanzando insultos contra toda la policía y empeorando las cosas. Yo le tapaba la boca. El doctor lo mandó al hospital y cuando se iba la Cruz Verde con él llegó Manuel lleno de indignación por lo que había pasado. Él se subió a la Cruz acompañando a Roberto, mientras nosotros nos quedamos a esperar que se hiciera justicia. ¡Justicia! Ahí nos estuvimos hasta las cinco de la mañana, sin conseguir nada y sólo perdiendo nuestro tiempo.

Yo estaba desesperada. No había llegado a ninguna parte con Marta, había gastado mis pocos centavos en Roberto, a los niños se los había llevado otra vez con Dalila… yo sentía que iba a enfermarme si no escapaba a las miradas duras de mi padre y a sus palabras violentas, a sus diarias amenazas de arrojarnos a Roberto y a mí a la calle. No pude soportarlo más y entonces decidí salirme.

La tía de mi jefe, la señora Andrea, me dijo que tenía una recámara desocupada que podía rentarme cuando le conté mi situación, con reservas, desde luego. Vivía casi en el límite opuesto de la ciudad y pensé que así podría escapar de todo aquello que me molestaba.

Pero Jaime me encontró. Al principio se había portado bien y cuando empezaba a apoyarme en él, ¡otro golpe más! —No quiero que se enteren en mi casa que te veo. Mi mamá me lo prohibió. Si lo sabe mi papá, va a haber un gran disgusto. Pero si quieres te ayudo a poner tu casa. —En lugar de casamiento Jaime ahora me ofrecía hacerme su amante.

Al igual que antes había encontrado otros. Un amigo de la familia al que consideraba

tío, pero me llevé chasco. Me dijo: —Si tú quieres, trabajas, si no, no. Te pongo tu casa. —Después uno que fue mi cuñado —también lo consideraba de la familia, pero fue lo mismo—: Si quieres te pongo la casa en otro lado… en Veracruz, en Guadalajara, en donde quieras. —Lo mismo, dejé de hablarle. Después el marido de Élida, el que siempre consideraba mi amigo, también me propuso "hacerse cargo de mí".

Mi cabeza empezaba a aturdirme. Me preguntaba: "Dios mío, pero es que ¿sólo represento un instrumento de placer?" Quería alejarme de todo lo malo y como maldición me seguía. Empezaba a temer a todo mundo. Una noche llegó Jaime ahogado, gritando, insultándome y dando de patadas en la puerta de la señora Andrea. El despertar, oyendo aquel escándalo en una casa respetable, fue un choque tremendo y me desmayé.

Por ese entonces me alimentaba mal, unas veces por no tener dinero, otras por no tener hambre y otras porque se me acababa el tiempo para alcanzar el camión. Además los corajes diarios en el trabajo habían minado mi salud. Estaba tan delgada como cuando me decían *Tísica.* Empecé a perder el control de mis nervios. Me daban ataques de llanto y me privaba. Mi modo de hablar era el de una idiota o borracha. Excuso el decir que cometí errores incontables en el trabajo.

Empecé a tener unos sueños muy vívidos. En una ocasión soñé, o mejor dicho tuve esta pesadilla. Estaba en una playa. Nadé hasta llegar a una isla. Cuando llegué me llamó la atención una pequeña cueva. Me asomé a ver su interior. De pronto la tierra se movía a mis pies y caí en un remolino de agua. Yo luchaba con todas mis fuerzas por salir a flote, pero ese remolino me arrastró, me hundió. Pensé morir. Caía, caía. Ya una vez en el fondo vi una especie de cuarto de tierra dividido en dos por un tapanco. A un lado estaba una escalera de madera como las que venden los inditos. El agua pasaba a un lado de este cuarto sin entrar. Hasta ahí me había arrojado el remolino. Mi ropa estaba toda desgarrada, mi pelo seco, pero muy largo y lacio. Mis pies se llenaron de la arena del cuarto. Lo curioso era que estaba un foco encendido a la mitad del tapanco, es decir, de una de las vigas que lo sostenían. Empecé a subir la escalera. De pronto, un hombre al que no pude verle la cara pero su indumentaria sí —vestía como pirata— jaló un cordoncillo y empezó a caerme tierra, toneladas de tierra, arenosa, blanquizca. Seguí subiendo y me sorprendí al ver que en el tapanco estaba otro lago de agua azul. Pero ya entonces, sin saber cómo, estaba yo en un velero. Unos hombres había ahí que me habían salvado, pero yo decía que me dejaran ir. Ellos no querían. De pronto el barquito zozobró y volví a caer al remolino, pero ya era agua y arena lo que me envolvía. Luché, luché con todas mis fuerzas y volví a salir a la cueva por donde había caído. El agua me tapaba toda, el remolino, sólo mi cabeza —ya con una gorra de hule— sobresalía. El agua era de un verde muy oscuro. Venía acercándose a mí una tablita y me agarré a ella. Cuando la alcancé alguien me dio una mano y me subió a ella; no vi la cara, sólo el brazo que se extendía para ayudarme. Quedé sin fuerzas sobre la tabla pero dentro del mismo remolino. Yo ya no tenía fuerzas para nadar y quedé boca abajo sobre la tabla que daba vueltas y vueltas.

Mi condición empeoró. Una noche, poco antes de llegar a la casa, me desmayé y caí

en la carretera. No sé cuánto permanecí ahí, bajo un árbol. Me levanté y me metí. La señora Andrea creyó que estaba yo tomada y me dio muchos consejos. Hasta que al fin caí en cama. Tenía miedo a la oscuridad, a la gente, al ruido de los coches. Ya no pude trabajar.

Mi padre me trasladó a la casa de Lupita. De los primeros días no me acuerdo. Sólo recuerdo que veía a todos y platicaba, no sé qué, pero de pronto los desconocía. Veía yo las cosas grandes, enormes, que se me caían. Un dolor muy fuerte en el cerebro no me dejaba estar en paz. En las noches me echaban alcohol en la cabeza. Veía yo todo tan lejano, los muebles tan chiquitos, tan lejos de mí. Las caras cuando se reían me hacían desmayar —no precisaba exactamente de quién se trataba. Sabía que era Lupita, lo adivinaba, lo presentía, no sé, pero algo me decía que ella me ayudaba. Cuando empecé a mejorar no podía hablar bien, tartamudeaba mucho.

La primera vez que salí sola al consultorio del doctor me quedé parada en la calle. Se me olvidó el sitio. De pronto todo cambió. Empecé a temblar, a llorar. Una señora se me acercó y me dijo que si me ayudaba a llegar.

—¿A llegar? ¿Adónde? —le dije.

—Pos, a su casa.

—¿Mi casa? —volví a ver el sitio para reconocerlo, pero no me acordaba. Después de un ratito me compuse y entré al consultorio y le platiqué al doctor Ramón. Él me dijo que no debía salir sola. Mi papá vino por mí. Cuando llegué a la casa vi mi cama tan pequeña que se me hacía imposible caber en ella. La veía desde muy alto. Me dejé caer y dormí, no sé cuánto.

En el eco de mí misma trataba de resolver mis problemas. Me sentía sola, tropezaba y me levantaba oyendo las risas de los demás. Me sentía sumergida, envuelta en una espiral de eventos, de escenas que bailaban, de cosas que no podía entender. Pensaba que la gente estaba llena de odio, de desaprobación, de deseos de herirme y verme zozobrar. No podía comprender por qué sucedían las cosas y por qué no había nadie que me ayudara. Sacaba conclusiones sin entender la situación y no hallaba la manera de corregir mis errores. Sentía miedo, no sé de qué, pero de una cosa estaba cierta, no era de la muerte que hasta entonces me había parecido tan seductora. Temblaba y me sudaban las manos cuando salía a la calle. Cuando veía mucha gente me daban ganas de correr. Al atravesar una calle me daban ganas de aventarme bajo las ruedas de un carro. Estaba yo muy mal. Sólo mi fe en Dios me tenía en pie. No sé cómo empecé a mejorar.

Una noche tuve un maravilloso sueño a colores. Me dio valor. Me veía en una casa muy bonita; era un internado. Pero primero era una especie de terraza, como un paseo donde van excursionistas y llegan a un lugar a nadar. En esa terraza de dos pisos a mi espalda estaban las mesas y el techo era como de zacate, desde el cual y por los barrotes donde yo estaba recargada se enredaban unas yerbas muy bonitas con hojitas en forma de corazón. Yo veía con melancolía hacia abajo, donde a pocos centímetros del árbol empezaba el estanque con el bordo de pequeñas piedrecitas y agua azul transparente. De pronto, no sé de dónde, aparecieron unas parejas de enamorados que pasaban por el corredorcito hacia el estanque. Iban abrazados. Ellos volteaban a verlas a ellas muy

enamorados. Yo los veía desde arriba y sonreía. Alguien se acercó a mí y de inmediato me separé del tubo.

Cuando bajé al lugar en donde estaba el estanque éste desapareció y, en su lugar, me encontré sentada en una especie de mostrador color rojo y junto un librero contra la pared de color café con libros de un café más intenso. Junto a este librero, un poco retirada, estaba la ventana y un poquito más abajo mi cama, muy chica. Luego aparecían varios jóvenes y muchachas —no sé de dónde entraban—. Los veía con asombro desde mi lugar sosteniendo en mis manos un libro. Reían y hablaban en voz alta.

Sus ropas me llamaron mucho la atención, pantalones rojos y camisas amarillas. Ellos volteaban a ver a su compañera y jalándola de la mano, saltaban sobre mi cama y desaparecían al cruzar la ventana. Uno de ellos, el último, me invitó a saltar: "Ven, vamos", me decía riendo. Estaban todos muy contentos. Hasta yo, en esos momentos que leía muy apurada el libro, me sentía contenta. Cuando desaparecieron todos quedó mi cuarto en silencio. Volteaba a ver las paredes. Y ¡qué colores tan magníficos encontraba! Un verde pistache, un rojo rubí, un amarillo precioso. Doblé mi libro y lo dejé sobre esa especie de mostrador rojo. Me di cuenta que tenía el pelo largo, hecho bucles. Tenía también pantalones rojos y una blusa de un color que no sabría explicar.

Me asomé a la ventana. Vi nuevamente a todos los jóvenes saltando una barda de yerbas comunes de un verde muy oscuro que estaba un poco retirada de la casa. Podía yo ver el pasto de un verde casi amarillo. Todos los muchachos eran güeros, sus cabezas muy bien peinadas. Todos saltaban la barda. El último me insistía: "Ven, ven, corre". Pero yo desde la ventana movía la cabeza que no.

Cuando todos desaparecieron sentí unas ansias incontenibles de seguirlos. Brinqué la ventana. Cuando estaba a mitad del prado voltié a ver la casa. Era blanca, de un blanco tan bonito que sentí el haberla abandonado. Pero algo me decía que ya no podía volver a ella, así que continué mi camino corriendo para alcanzar a los demás. Ya no podía verlos, oía ya nada más su risa. Traté de trepar a la barda y lo logré, pero ahí me quedé. Desperté en el instante en que quedaba yo atravesada en la barda, boca abajo, mirando el verde del pasto y la casa blanca, tan blanca, con su techo rojo.

Lentamente perdí mi timidez y recobré mis fuerzas. Los profundos círculos de mi espiral empezaron a disminuir y se hicieron más claros hasta que poco a poco renací. Me sentía vivir otra vez, como una nueva Consuelo. Y volví a sentir mi cuerpo lleno, ya no incompleto. Volví a sentir la fuerza que tenía como cuando estuve en el colegio. Sentí que otra vez era yo algo, alguien que podía hacer cosas, que valía más que "un cacahuate" como decía mi padre. Empecé a conocer la verdadera cara de la vida.

En el fondo, sentía una ira y un dolor tan fuertes que podrían ser peligrosos si los despertaba porque era yo capaz de tomar una venganza terrible contra aquellos que me habían hecho daño. No quería herir en nada a nadie, sobre todo a mi padre; prefería sufrir en silencio el dolor que guardaba dentro de mí. Bastaba que de nuevo podría mirar con mirada de reto a quien tratara de insultarme o humillarme. Sentía que podía imponerme y retirar lo que me hacía daño. Ahora tenía la capacidad de enfrentarme a todos sin temor a nada.

Siempre tuve aspiraciones de llegar a "algo", diferente de lo que hasta entonces conocía, fuera del ambiente en que vivía, quizás aun fuera de mis posibilidades. No me conformaba con permanecer en un solo sitio, en el lugar donde empecé, donde vivía o donde trabajaba. Tener determinado estudio, o determinado oficio, y limitarse al mismo, no tenía chiste, no tenía valor. Me negaba a seguir en la vida la ruta marcada por las generaciones pasadas. Me oponía terminantemente a la palabra "destino" que infinidad de veces oía a mi alrededor. "El que nace pa' maceta, del corredor no pasa." Cuántas veces lo oí de mi padre, mi tía, amigas, vecinas… En los velorios, o después de algún accidente, escuchaba: "Era su destino", y quedaban satisfechos. Pero yo no. Me daba miedo exteriorizar esto porque temía que me aplastaran por mayoría, y que dijeran que me oponía al curso de la vida y que "quién sabe qué cosa sería yo" . Mi familia especialmente hubiera dicho que yo que era la más débil y más tonta de todos, era también la más rebelde. Siempre tuve miedo de decir lo que pensaba porque nunca sentí la confianza de ser entendida. Pero pensando en lo sucedido, muy en silencio analizaba y discutía conmigo misma tratando de encontrar una solución. Nunca acepté que fuera el "destino".

"Nada se puede hacer", decían. "No te opongas al designio de Dios." ¿Aceptar esto? ¡No, y mil veces no! Y entraba en una lucha también contra la Iglesia y los preceptos divinos. Es más, entraba yo a analizar la personalidad de mi Dios, contra quien nunca me rebelé, y lo estudiaba a conciencia, de rincón a rincón. Notaba que algunas gentes no se dejaban vencer por el destino, sino que luchaban contra él con una fuerza de voluntad inquebrantable. Supe de un señor español que empezó con una mueblería y meses después había quebrado. No desmayó, pidió dinero prestado y empezó de nuevo. Y así lo hizo por quinta y sexta vez hasta que logró lo que él quería. Entonces me di cuenta que no era el destino, que era la fuerza de voluntad lo que lo había hecho triunfar.

Entre nuestros vecinos hubo algunos que progresaron y lograron subir. Raúl llegó a contador, otro trabaja en el cine, otro puso un negocio propio. Pero ninguno de estos muchachos se dejó llevar por la corriente y se aislaron de la palomilla. No vagaban en la calle con la ropa sucia, o su forma de expresarse era gramaticalmente mala, o usaban un lenguaje majadero. No, quienes sobresalieron fueron precisamente esos muchachos serios, que aprendieron a vestir con buen gusto, y que se opusieron siempre a la crítica de otros. Resistencia, oposición, no dejarse llevar por la mayoría, ése era su secreto. Yo no sabía contra qué, pero siempre estaban en contra. Decían: "¡Qué así tiene que ser ni qué cuernos! ¡No, hombre!", o "¡No, mano, estás pendejo, güey, si nomás porque tú dices voy a hacer eso!"

Todo esto analizaba recargada en la pared, o sentada en una banca del jardín o a la puerta de mi casa. Y la gente decía que era demasiado pensativa, que "me remontaba a las nubes", que soñaba despierta. Pero no, yo observaba. Yo me daba cuenta que se necesitaba una gran fuerza de voluntad para resistir a los demás. Indiferencia para no dejarse llevar por la cara bonita, o el pantalón bonito, o los muchachos más populares. Si alguno de ellos se digna fijarse en alguna joven poco menos que él —en edad, arreglo—, la muchacha siente una mezcla de satisfacción y orgullo, una especie de triunfo. En los

bailes, cuando alguno de "ese grupo" me invitaba a bailar, unas veces lo despreciaba, otras aceptaba bailar con él para después dejarlo descontrolado parado a mitad del patio con la música sonando. El hacerle esto a uno de ellos es castigarlos muy duro. Así me vengaba yo de su orgullo estúpido.

También me di cuenta que es necesario no ofender a quienes nos rodean. Por eso en varias ocasiones tuve que condescender y reír de los chistes de las amigas de mi hermana, aun cuando no los entendía. Nunca adopté la actitud de Rufelia, por ejemplo, que de inmediato se enojaba y les lanzaba esta frase: —No somos iguales, idiota, para que me hagas bromas. —Claro que esto le ganó la antipatía de todos. Era muy, muy difícil adoptar la actitud adecuada en ese medio. Si uno tiene el carácter muy severo, lo aíslan, si es uno muy accesible, le ganan.

Mis aspiraciones eran otras muy diferentes que las de las gentes del ambiente en que vivía. Mucho antes de estudiar como mecanógrafa tuve la ambición de estudiar idiomas. ¿Por qué? Quién sabe… Cuando ya era taquígrafa quería llegar a ser *stewardess* en una compañía de aviación. No lo logré, pero no desmayé en mi empeño y no me desilusioné. Dormido en mi cerebro con una desesperación callada estaba el deseo de llegar a tener dinero. Necesitaba dinero para vivir en un nivel distinto, para formar parte de otro círculo, para ser de algún valor, para tener una vida mejor.

¿Y para qué quería yo tener dinero y una vida mejor? No porque me llamara la atención lo material sino porque pensaba que si yo podía traspasar la pared que me encerraba, luego, poco a poco, podría sacar a mis sobrinos también. El dinero lo emplearía en conseguir un abogado que me arreglara que me nombraran su tutora, para defenderlos de los demás, para mandarlos a la escuela, para formar la clase de familia que no pude formar con mi hermana y hermanos. No quería que la historia se repitiera, ellos no debían ser otro Manuel, Roberto, Consuelo o Marta. Quería proporcionarles todo lo que ellos me pidieran, quería verlos convertidos en personas bien educadas, con una carrera, que le dieran cara a la vida sin miedo ni vergüenza y que avanzaran con paso firme y decidido. Y que me quisieran mucho.

Quería también, si lograba salir fuera de mi ambiente, que mi hermano Roberto escapara y saliera a la superficie donde podía respirar libremente y moverse sin temor. Y cuando ya estuviera más grande y bien establecida, podría mostrar mi cara con valor y saber que no había yo hecho mi vida miserable y que también mi familia valía algo.

Éstas eran las fuerzas que me impulsaban fuera del letargo causado por mi enfermedad y por las circunstancias. Entonces no podía verlo tan claramente. Sólo dirigía mis pasos por el camino que me gustaba simplemente por eso, sin que fuera necesaria ninguna otra explicación. Siempre tenía la esperanza de que me condujera a ese "algo" sin mirar siquiera más adelante si había alguna rama de árbol que pudiera caer y ponerme fuera de combate.

Cuando ya me sentí bastante fuerte busqué trabajo y encontré uno en una oficina; pagaban poco y las horas eran muchas. Mientras viví con Lupita o en Bella Vista, no pagaba renta y no tenía niños, ni marido, ni a novio llegaba. Era libre de hacer lo que

quería. Me hubiera gustado estudiar secundaria por las noches pero me sentía muy cansada y hubiera tardado muchos años en graduarme. Durante meses iba de mi casa al trabajo, del trabajo a mi casa, y nada más. Otra vez me sentía hundir en el mar de los problemas familiares. "Roberto se emborrachó y está peleando"; "Mariquita tiene una infección en los ojos y Manuel no hace caso"; "Marta anda otra vez con Crispín"; "mi tía Guadalupe necesita 30 pesos para pagar la renta del mes pasado".

Tenía que alejarme de mi familia y anduve buscando un cuarto dónde vivir. Pasó algún tiempo antes de poder encontrar algo que me conviniera. En muchas ocasiones no querían recibir a una mujer sola y proseguí mi peregrinación buscando un cuarto hasta que me decidí a mentir diciendo que era una estudiante de fuera que había venido a México a estudiar. Conseguí un cuarto en casa de una señora en las calles del Doctor Manzanares y lo alquilé por 190 pesos mensuales. Era muy chiquito, pero al fin tendría yo mi cuarto.

La señora tenía otros huéspedes y uno de ellos, Beatriz, buscó mi compañía e iniciamos la amistad. Era una muchacha simpática aunque la dueña me advirtió que no me convenía su amistad. Por las mañanas me despertaba temprano y me ofrecía que desayunáramos juntas en la cocina. —Estamos solas, mana —me dijo—, y nos necesitamos. —A veces Beatriz y yo salíamos a sentarnos a tomar el sol en una banca frente al pequeñísimo prado que estaba frente a la casa. Felipe, el cartero, se paraba a platicar y nos hacía reír, o Alejandro, el novio de Beatriz, también se acercaba. A la dueña no le parecía esto y luego nos insultaba diciendo: —A ver si hacen el favor de meterse a sus cuartos. Sólo las mujeres de la calle acostumbran pararse en los zaguanes para buscar clientes. —Pero en nuestras habitaciones nunca pegaba el sol y siempre estaban húmedas y oscuras, y por lo tanto no le hicimos caso a la vieja.

Pero desgraciadamente vino una cosa tras otra y la dueña no cesaba de molestarnos. Si dejábamos trastes o comida en la mesa de la cocina la íbamos a encontrar en la basura; anegaba la cocina cuando llegábamos a comer, o regaba basura por el suelo. Quería cobrarme de más porque me bañaba tres veces a la semana, o tenía la luz o el radio encendidos después de las 10 de la noche. Cada que estábamos cocinando bajaba esta fulana y observaba lo que había en la lumbre; nos prohibió hervir carne, frijoles, leche, porque gastábamos mucho gas.

Ya me estaba cansando la paciencia esta señora. Observé que su casa no estaba manifestada como casa de huéspedes, ni tenía la placa del impuesto sobre la renta en la pared. Pregunté a cada uno la renta que pagaban y me di cuenta que sacaba más de 1000 pesos mensuales. Le detuve la renta 15 días y ella ya estaba molesta. Al día siguiente toda la cocina estaba regada con agua sucia de jabón con la que esta fulana lavaba su ropa y la basura regada por dondequiera. Ahora sí dije: "Ya basta. Va a ver esta vieja condenada. ¡Qué se está creyendo!"

Así pues subí las escaleras muy enojada. Toqué su puerta.

—Señora, ¡quién diablos se está usted creyendo que es! ¿Cree usted que porque soy prudente y soporto sus majaderías hasta el grado máximo va usted a abusar en la forma que lo hace?

—Pos si no le gustó ya lo sabe… puede irse a otro lado.

—Claro que me voy a ir, pero cuando me dé la gana y después de acusarla al gobierno que tiene usted un negocio clandestino. ¿Acaso paga usted sus impuestos? ¿Dónde está la placa del impuesto sobre la renta? ¿Dónde está su cédula de empadronamiento? Y todavía que le estamos pagando rentas muy altas se pone usted de lépera y nos acusa de ser unas cualquieras. ¿Por qué levanta falsos a lo tarugo? Esta casa es una cueva, o quién sabe qué clase de negocio tendría antes… las habitaciones divididas lo demuestran… qué acaso cree que no sé distinguir entre lo que es una alcoba y lo que es otra… Con suerte ya hasta antecedentes policiacos tiene.

Esta fulana nada más me oía sin decir palabra. Se quedó de una pieza. Tal vez sólo estaba sorprendida de mi reacción, o tal vez tuve razón en lo que dije. Lo que sí fue cierto es que nos dejó en paz. Se me hacía duro salir de ahí, pues había encontrado una amiga en Beatriz, a pesar de que para entonces ya la conocía bien y no me gustaba lo que hacía. Alejandro era su amante y la mantenía pero ella lo hacía tarugo con otros y ya me estaban cansando con sus pleitos.

Luego, como a los cinco meses de vivir ahí, oí un silbido muy conocido para mí: ¡Jaime! No sé cómo logró saber mi dirección —probablemente por mi tía—, pero un día a las tres de la mañana tocó todos los timbres de la casa y se metió al patio gritando mi nombre, insultándome, diciendo maldición y media para que oyera todo mundo. Luego a mañana, tarde y noche me espiaba. En varias ocasiones se limitaba a seguirme, seguirme sin hablarme, y esto me sacaba de quicio. Cuando andaba yo en la calle ya era una cosa que sólo miraba hacia atrás sintiéndome seguida. Creí que iba a volver a enfermarme y comprendí que ya no iba a poder vivir ahí y tendría que cambiarme.

Por medio de un anuncio en el periódico tuve la suerte de encontrar un cuarto muy bonito por 200 pesos en una casa que alquilaba una familia cubana. Estuve muy a gusto ahí. Estaba todo muy limpio, tenía agua caliente a toda hora, el baño muy bonito, sala, teléfono. Mi compañera de cuarto era muy simpática, Nancy, lo mismo que los demás, Emita y su esposo, Lucy y Raúl y sus hijos, y sus amigos y huéspedes cubanos que habían venido a México huyendo de Batista. Aquí encontré buen recibimiento y más educación, mejor trato, mucha alegría, fiestas y verdadero compañerismo. Me invitaban a jugar baraja y decían chistes y bromeaban hasta que se cansaban. Los muchachos flirteaban descaradamente y trataron de enamorarme pero unas cuantas palabras cortantes los detenían. Estaba yo muy contenta ahí y me hubiera quedado para siempre.

Pero la situación económica de la familia empezó a flaquear; no les llegaba dinero de Cuba, el marido no tenía trabajo, Lucy tenía dificultades con el novio. Emita decidió traspasar el departamento y el nuevo dueño le iba a dar unos miles de pesos por el traspaso. Nancy se fue a vivir con un hermano suyo casado que es licenciado, pero yo no pude encontrar otro cuarto rápidamente y me quedé con los nuevos dueños, pero ya no fue igual. Me dediqué a buscar casa y un día regresé y me encontré la cama y mi ropa a mitad de la sala, porque al dueño se le ocurrió pintar la pieza. Estaba muy mala de bronquitis y tuve que pasar varios días acostada en la sala.

Encontré un cuarto en las calles de Sonora. La casa de departamentos me gustó y la

zona era bonita. Era caro el cuarto —250 pesos— pero yo era la única huésped. Había teléfono y Juanita, la dueña, tenía sirvienta. Podía yo usar su tocadisco, ver la televisión y usar mi radio. También me permitía llevar a mis sobrinitos, a Mariquita era a quien más seguido llevaba, y los trataba bien. Los domingos los niños estaban conmigo y ese día lo dedicaba a lavarme el pelo, a lavar mis cosas y a descansar.

Juanita hasta cierto punto fue buena, pero me daba a veces temor porque se comportaba en una forma muy rara. Insultaba muy duro a su sirvienta, reía en una forma descontrolada, hablaba sola, y contaba muchas mentiras de su vida. Me había contado que venía de una familia aristócrata, pero tenía una forma muy sucia para expresarse. Claro que su vida a mí no me importaba, pero el caso es que me decía que su esposo era médico y que como estaba de servicio sólo iba a verla dos veces a la semana, pero además recibía largas visitas de su "tío" o algún otro señor "pariente" suyo.

Yo no hacía caso de su comportamiento, pero ella me hacía la lucha para que siguiera yo su camino. Quería siempre presentarme a sus visitantes y me decía:

—Vamos, Consuelo, no seas tonta, ¡hombre! Tú, tan joven… a ver, dime, quién te detiene, quién te prohíbe… Yo ya he tenido tres maridos y los hombres todos son iguales, todos están cortados por la misma tijera. Hay que saber aprovechar. La vida se hizo para los que la saben vivir. Yo que tú…

—No, Juanita, yo no puedo. No puedo por más que quiero. Yo quisiera ser como infinidad de muchachas que hacen lo que hacen y siguen como si nada. Pero no, a mí me remuerde la conciencia…

—¡Conciencia! ¡Qué conciencia ni qué ocho cuartos! La Iglesia habla de conciencia porque así le conviene, mas no porque en realidad así sea. Dime, ¿en este mundo quién no es humano? Vive tu vida. Ya verás cuando el día de mañana llegue y ya estés vieja te vas a lamentar de no haber hecho lo que quisiste. Deja a un lado los escrúpulos. Eso sirve nada más para volverte más taruga. Hay muchos hombres que no son felices con sus mujeres porque no los satisfacen y si se encuentran otra que les dé lo que ellos quieren, claro que son muy generosos con ella. Porque eso más que nada es una necesidad, algo mecánico que el cuerpo pide… así que por qué no aprovechar las oportunidades…

—Pues sí, pero…

—¡Nada! Déjate de tonterías. Ya la vida no está para andar con consideraciones. Haz lo que te digo y a lo mejor te encuentras alguien que se case contigo y tengas tu hogar, ¿por qué no?

Juanita extiende su mano para enseñarme un gran anillo de esmeralda que luce en la mano izquierda, amén de reloj y pulseras de oro con mil figurillas.

—¿Ves este anillo? Me lo regaló Paco, uno de mis novios. Lo tenía empeñado, fíjate, se me estaba perdiendo, pero le dije a Enrique y ya él me lo rescató. ¡Ay, tan chulo!, si por eso lo quiero. Está bonito el anillo, ¿verdad? Pero tengo otros mucho mejores, pero, ¡ay!, casi todas mis joyas las tengo empeñadas. Fíjate que Rafael me regaló un anillo con unos diamantitos, pero el otro día que andaba yo bruja, lo empeñé. Pero lo tengo que sacar porque en estos días tengo cita con Rafael.

Yo la miraba sintiendo una especie de admiración y respeto. Se me figuraba una mujer muy madura, muy segura de sí. Ella lo tenía todo. A su lado yo me sentía insignificante. Pensaba: "Después de todo tiene razón. Yo aquí de taruga matándome para conseguir cinco méndigos pesos". Pero al mismo tiempo la despreciaba y llegaba a la conclusión de que no me gustaría vivir como ella. "No, no. Yo no nací para eso. Mejor seguir así con mi frente muy alta… puedo andar por dondequiera y no tengo nada de qué avergonzarme. Ella tiene muchas cosas, es cierto —un departamento muy bonito, sirvienta, joyas, el dinero que quisiera— pero, ¿no sentirá alguna vez vergüenza? No, yo puedo bastarme sola y no recurrir a la sinvergüenzada para conseguirlo. Si quiero un vestido, me lo compro, y si no puedo ahora, bueno, mañana. Yo no podría usar algo sabiendo que lo había ganado con mi cuerpo. Y si algún día se enteraran mis hermanos, o los niños, qué vergüenza y decepción para ellos saber que su hermana, su tía, se ganaba la vida vendiéndose. ¡No! ¡Una y mil veces no! Tú tendrás muchas cosas, Juanita, pero algún día te vas a arrepentir."

Carmelita, otra muchacha que trabajaba en la oficina, era del mismo mundo de Juanita. Era una chica bonita, bastante simpática y a quien por un tiempo aprecié. Ella sí que me hablaba en un tono más franco.

—No seas pendeja, hombre, sácales los quintos a los hombres. Nomás les pones la cara de sufrida y luego luego ahí tienes a los tarugos. Como el Honorato… ¿tú crees que yo quiero a ese pinche gordo tan feo? ¡No, hombre! ¡Si mejores he tenido!

—¿No? ¿Y entonces por qué lo aceptas?

—No te digo, hombre… ¡cómo serás pendeja! Pos porque suelta los quintos. ¡Pinche gordo!, luego me dice: "que… ay mamacita, que…" ¡La madre!, pos qué… Que se joda, ¿pos qué cree que uno no cuesta? Si uno también tiene su valorcito, no te creas. Luego le digo: "Ándale sí, papacito, lo que tú quieras", pero después que suelte la lana.

—¡Ah, cómo eres, si él es casado!

—Casado, pero no capado. ¡Quién le manda a su vieja no saberlo cuidar…! Oye, por qué no te amarras a León, está podrido en lana el viejo desgraciado ése.

Me reía yo de sus puntadas. Admiraba su maquillaje y le pedí que me enseñara a arreglarme la cara. La ropa que usaba no era de tan buena calidad como la de Juanita, pero era de buen gusto. Mi jefe y otros en la oficina me advirtieron que no hiciera amistad con Carmen, pero a mí me gustaba andar con ella. Tenía el carácter muy alegre y me gustaba cómo reía y bromeaba con todos, especialmente con los hombres. Y al verla subirse en unos carros tan lujosos con ocupantes tan bien vestidos, claro, yo me sentía acomplejada. Ella me invitaba a subir con ellos, pero yo no quise aceptar. La verdad es que me sentía inferior a todo mundo. Hasta entonces, a pesar de todo, no sabía lo que era sacar ventaja de las personas, no conocía la maldad, la astucia, la hipocresía. Pero quería aprender. Quería salir de la niebla que me envolvía.

Mientras tanto seguía buscando un trabajo mejor, hasta que por fin, con muchos trabajos y varias cartas de recomendación, obtuve un empleo en unas oficinas de gobierno. Trabajaba de las ocho y media de la mañana a las dos y media de la tarde por 540 pesos al mes. Muchas veces tenía que trabajar horas extra, sin compensación, para

tener una buena hoja de servicios, como decía mi jefe. Me inscribí en un curso de inglés por las noches y por fin me puse a estudiar otro idioma. Lo que es más, hice una solicitud para que me dieran un apartamento en uno de los multifamiliares para empleados federales. Tenía yo bastantes probabilidades de que me lo dieran porque el novio de una amiga trabajaba en el departamento de construcción, y prometió hablar por mí. Me iba poco a poco acercando a edificar una nueva vida para mí y, Dios mediante, para mis "niños", mis queridos sobrinitos.

Mi mayor preocupación era aún mi familia, pero la emoción y ansiedad que antes sentía habían disminuido. Lejos de ellos me daba cuenta que formaban un círculo apretado o más bien una red enmarañada en la cual todos estaban envueltos. Yo era la única que estaba fuera. Estando cerca de ellos sólo me hacía sentirme más sola. Siempre había sido así pero no había tenido valor suficiente para enfrentarme. Comprendía que no debía meterme en sus vidas, sino luchar sola por mí misma.

Si nada más hubiera vivido para mí sola me hubiera ido lejos. Pero el amor a mi familia, ese fuerte amor mexicano, era como un poderoso resorte que me arrastraba hacia atrás, que me jalaba hacia abajo. Quería yo avanzar, pero no me dejaba. Ellos no podían entender que lo que yo quería era abrirles una senda. Lo peor era que yo me sentía obligada a tenderles mi mano, no porque pidieran limosna, no, no era eso. Ellos eran más valientes que yo y se enfrentaban a la vida, al hambre, a las humillaciones, día tras día. Ellos se enfrentaban y yo no podía; era demasiado cobarde.

Cómo quería empacar mis cosas e irme lejos. Soñaba con irme a la frontera, a California y casarme con un "gringo", un hombre que me entendiera, no como los mexicanos. Tengo un carácter demasiado seco… no puedo ser bastante dulce y sumisa para agradar a los hombres de aquí. El *macho* mexicano en su orgullo y vanidad considera inferior a la mujer y goza humillándola, denigrándola. Para él no hay más sentir, ni más razón que la de él mismo. En una discusión no le interesa llegar a la verdad, sino vencer a su contrincante. Si dos automóviles transitan por una avenida, por ejemplo un Chrysler y un Nash, el que lleva éste siente que no importa que el otro sea un carro mejor, ¡ah qué caray!, ¿por qué se va a sentir menos?, él también puede correr, y empieza a jugar carreras, y se ponen en competencia porque uno, al igual que el otro, se siente muy macho. En la calle no puede caminar una mujer sola sin que cualquier hombre macho se sienta con el "derecho" de ejercer su superioridad. Todos los hombres que conozco, mi padre, mis hermanos, mis novios y los compañeros de trabajo, se creen siempre en el papel de mandar y ser obedecidos.

Nunca voy a congeniar con un hombre dominante e imperioso. No me gusta la autoridad aplastante, no me gusta sentirme inferior. Hasta con mi padre he luchado en este aspecto. Una cosa no está bien sólo porque él lo dice. Los hombres son físicamente más fuertes que las mujeres, pero moralmente no. Y detrás de toda su superioridad está sólo la fuerza. Ésta es una razón por la cual no creo en el hombre latino y nunca voy a lograr congeniar con él. Yo he querido ser independiente, hacerme mi camino, encontrar el ambiente adecuado.

Yo me había construido grandes sueños de valor, pero cuando fui a Bella Vista y vi la

situación que ahí prevalecía, salí con el corazón muy decaído. Sería una cobardía abandonar a esas cuatro pobres criaturas sin madre. Dalila tuvo un disgusto con mi papá y mandó a los niños con Marta. Así que todas las noches en lugar de ponerme a estudiar inglés, me iba a Bella Vista a ver a los niños, darles de cenar y dejarlos acostaditos.

Yo no perdono el que mi padre y esa vieja de Dalila hayan usado a los niños como pretexto para cubrir sus actos, primero para casarse y luego para amenazarse uno a otro. Y Manuel es un mal padre, pero, ¿por qué no dejó mi padre que desde un principio Manuel se hiciera cargo de sus hijos? Mi papá no hacía más que quejarse y regañar, siempre con las mismas palabras: —Es increíble… no sé qué hacer con ese cabrón. Ni para atrás ni para adelante… siempre echadote hasta las 12 del día, mientras yo tiznándome para trabajar y ese güevón ni para él mismo.

Me preguntaba con el corazón adolorido si esas criaturas no tendrían un mañana mejor. Si estarían condenados a no tener un hogar, a recibir golpes de unos y otros, a sufrir privación de ropa, juguetes, hasta cama. Me daba rabia ver que Manuel continuamente se "olvidaba" de dejar dinero para su comida. Él y María vivían en el café de Gilberto y ni siquiera se tomaban la molestia de visitar a las criaturas. Me parecía que gritaba en un desierto y sentía que las llamaradas del sol me quemaban a mí y a cuatro pequeños arbolitos.

Yo pensé que si se usaba la fuerza Manuel tomaría más en serio sus obligaciones. Una noche le dije a mi padre que si quería le podía hablar al licenciado Marroquín, quien me había ayudado cuando el problema de mi hermano Roberto. Mi padre aceptó, pero con duda, indeciso. Pero mejor opté por ir a la oficina de Servicios Sociales, donde sin más ni más acusé a mi hermano de irresponsabilidad. No hizo caso de las dos primeras notificaciones, pero envié a un policía con la tercera al café. Manuel palideció al ver entrar al policía y dirigirse a él y esta vez sí dio resultado, pues se presentó en las oficinas al día siguiente.

Yo había traído a los cuatro niños conmigo a las oficinas de Servicios Sociales aunque veía difícil que Manuel se presentara. Yo entraba y salía tratando de ver si llegaba. Como a eso de las 10 me asomé y lo vi parado en las escaleras. Salí a la carrera y aunque iba con miedo, me controlé y le dije: —Te habla mi papá, él desde qué horas llegó y tú apenas vienes.

Su mirada de odio y coraje me barrió. —¡Qué bien están fregando! Y, ¿ora qué cosa quieren? Siempre han de estar como las víboras. ¡No hallan cómo estar fregando! —De mala gana y diciendo cosas entre dientes se dirigió a la oficina. Y yo detrás de él que se me salía el corazón del pecho.

Se sorprendió muchísimo al ver a los niños.

—¿Ustedes qué hacen aquí?

Alanes se abrazó a mis piernas y se escondió detrás de mí. Mariquita le dijo: —No te van a hacer nada, papá. Mi tía sólo quiere que nos compres zapatos y ropa y que nos des el gasto. —Yo estaba parada a un lado del escritorio, algo alejada de Manuel. La señorita Olga, la trabajadora social, dijo: —¿Conque éste es el papá de los niños?

—Sí, señorita, para servirle.

—Mire, joven, su papá ha puesto aquí una demanda en su contra porque usted es muy desobligado y no quiere hacerse cargo de sus hijos. ¿Qué no le pueden si son sangre de su sangre y carne de su carne? ¿Qué no los quiere? ¿Qué no le dolería que cualquier día le avisaran que ya les pasó una desgracia, o que alguno está en el tribunal, y todo esto porque están desamparados…?

Manuel se cruzó de brazos y a todo lo que le decía la señorita contestaba: —Sí, sí los quiero… cómo no, si son mis hijos… claro que no, no me gustaría…

Cuando terminó la señorita Olga, Manuel le dijo: —Mire usted, señorita, desamparados no están. Mis hijos están bien con su abuelo. No es cierto que se les pegue, ni que se les maltrate, como dice mi hermana. Lo que pasa es que ella siempre exagera las cosas. Para ella el que se les dé un simple manacito a los niños ya es una golpiza. ¡Y eso es falso completamente! Y Dalila, Dalila es una santa, ya quisieras tú y muchas otras ser como esa mujer. A mis hijos no les hace falta nada. Pero mi hermana quiere que vivan una vida de americanos, y yo no saco lo suficiente para darles una vida como la que ella quiere. No es que me niegue a hacerme cargo de los niños, es que no tengo una entrada fija.

Me estaba dando coraje oír sus excusas. —¡Qué bárbaro eres! ¿Vida de americanos se te hace a ti comer las tres veces al día, tener una cama para dormir y un abrigo para taparse? ¿Y que no sacas lo suficiente? ¡Sacas más que lo suficiente para apostar en los caballos, y jugar a la baraja y al dominó, y hacer apuestas en el box!

Entonces Manuel cometió un error al decirme extendiendo las manos. —Ándale, dame. Yo no quiero consejos, lo que quiero es dinero para comprarles cosas. ¿Te duele mucho? Pues dame el dinero.

Pues luego luego, ahí mismo y cuando todavía él tenía la mano extendida, la trabajadora social lo acusó de negarse a hacerse cargo de sus hijos y le advirtió que mandarían a los niños a un orfanatorio y a él a la cárcel si él no dejaba 15 pesos diarios para ellos en la oficina. Mi hermano no pudo protestar y firmó los papeles. Yo también firmé y me comprometí a recoger el dinero cada ocho días en la oficina y entregarlo a quien estuviera encargado de los niños.

No sabría decir cómo salió Manuel de ahí. Me imagino que con una mezcla de coraje, vergüenza y deseos de pegarme. Los niños y yo teníamos temor de salir de la oficina, aunque se veían muy animados hablando de lo que querían que les compraran. La verdad es que Manuel no se presentó una sola vez en la oficina a dejar el dinero, pero empezó a dar gasto a la casa y él o María iban diariamente a Bella Vista a ver a los niños.

Una mañana, el Miércoles de Ceniza, llegué temprano antes de que los niños se fueran a la escuela. Cuando me senté me dijo Conchita, la niña más chiquita de Manuel: —Mi tía Marta me bañó con agua fría. —En esos días había hecho frío y yo desde luego me enojé, pero no dije nada por temor a un escándalo. Sólo acerté a decirle a la niña: —No te apures, hija. Ponte el suéter. —Marta estaba en la cocina y sin más ni más se soltó diciéndome un sinfín de groserías. —¡A ti qué te importa, hija de la chingada! —Me dijo que era yo una pública, que estaba yo podrida, y palabras que no puedo repetir textualmente. Acto seguido me quiso pegar. Desde luego que una vez que salí de mi

asombro me defendí, porque no soy una santa. Me dio de patadas, trató de arañarme la cara. Yo la esquivé. Iba yo a contestar a sus golpes, pero la sangre quiere decir mucho. En el acto pensé muchas cosas, que era mi hermana, que los niños se podían asustar, que podía llegar mi papá. Yo logré controlarme, pero ella no, siguió insultándome hasta que se cansó. Yo aún no puedo explicarme por qué mi hermana me odia tanto. En presencia de los niños me gritó que noche a noche cambiaba yo mis amantes. Yo no pude soportar más y chillando fui a ver a la fábrica a mi hermano Roberto, luego fui con mi tía y luego le di la queja a mi papá y él regañó a Marta. Mi papá decidió que ella debía trabajar y encargarle sus niñas a Dalila. Marta se enojó porque le ordenaron esto y esa misma noche se salió de la casa con sus hijas. Creíamos que había vuelto con Crispín, el padre de las niñas.

María y Manuel entonces vinieron a Bella Vista a cuidar a los niños. Las cosas estuvieron bien por un poco de tiempo. Pero luego la bruja ésa de la Dalila se cambió a la nueva casa que mi papá construyó para ella. La muy infeliz se llevó todo de Bella Vista y dejó a Manuel sin nada, vaya; ni una silla, ni un plato, ni estufa. También se llevó las cosas de Marta y si hubiera podido también se lleva el piso. Sin ninguna razón me rompió mi diploma de taquimecanógrafa y todos mis papeles de la escuela. Viendo que Manuel se había quedado sin nada y siempre pensando en los niños le dije a Manuel que fue-ra a casa de Lupita por mi cama chica. También tenía ahí mi cama grande y ésa se la iba a dejar para que durmieran los niños. Le había vendido el colchón a mi media hermana Antonia, así que él tendría que comprar otro. Yo necesitaba el dinero y le ofrecí venderle las dos camas por sólo 100 pesos. Yo consideré esto justo. ¡Caramba! Él es mayor que yo, y él es hombre, así que pensé que debía pagarme algo. Bueno, pues me dio 50 pesos y se olvidó del resto. Y así quedó la cosa… bueno, como es mi hermano, ¡total!

Pero entonces me dio coraje que a los niños les puso unos viles costales de ixtle extendidos en la cama grande, sin almohada y sin nada y María y Manuel en la cama chica con colchón, cobijas y todo, y las pobres criaturas a lo pelón, con sólo un pedazo de cobija sufriendo con tanto frío que hacía. No era justo ver cómo tenían a esas pobres criaturas. ¡Caramba, sólo Manuel que no tiene alma…!

A Mariquita le dio bronquitis y estuvo ronca y con tos tres semanas hasta que la llevé al Hospital Infantil. Su padre no quería ni siquiera pagarle la medicina. Una noche llegué y me encontré a Conchita tirada, sobre un montón de trapos en el suelo, ardiendo en calentura. María y Manuel no se habían ni dado cuenta que estaba enferma. Los parientes de María empezaron a meterse todos ahí y el cuarto parecía un manicomio. Yo sentía que no podía dejar pasar ni un solo día sin ir a ver qué nueva calamidad les estaba pasando a los niños. Empecé a molestar a Manuel —bueno, según él fue una molestia muy grande— que les comprara colchón a los niños. Me dijo que no me metiera en lo que no me importaba y que si tanto los quería que me los llevara y los mantuviera.

—Sí, me llevo a tus hijos, y los mantengo, pero a ti te meto a la cárcel —le grité—. Y ahora ya sabes que cumplo mi palabra.

Empecé a llevar a los niños a mi cuarto en casa de Juanita, cuatro o cinco días, uno

primero y luego otro y así. Cómo hubiera querido tenerlos conmigo siempre. Sentía que eran realmente míos. Deseaba haber tenido una casa propia donde pudieran correr y jugar libremente, donde sólo oyeran palabras cariñosas y donde vivieran como deben vivir los niños. Poco a poco mi gran deseo fue poder hacer esto por ellos.

Mientras tanto supimos que Marta estaba en Acapulco. Estaba esperando su cuarto niño, ¡y yo nada! Mi papá fue a verla y regresó diciendo que en ese lugar sólo podían vivir como animales. Sepa Dios si estaría exagerando. Pero francamente no quería saber nada de mi hermana, me interesaba más encontrar una casa para mí y los niños, y para mi hermano Roberto.

Roberto ya tenía una mujer, Antonia. No tenía casa, no tenía trabajo, ni ropa, pero eso sí, tenía mujer. Parecían unos chiquillos que estaban durmiendo en la vida. Tenía a la pobre primero con mi tía, luego en Bella Vista. Pero mi papá estaba muy enojado con Roberto porque le pegó a Dalila y un día lo corrió. —¡No quiero que te quedes aquí —le dijo—, tienes la cara sucia y todavía así quieres que te den un premio!

Teníamos todos mucha vergüenza y coraje porque dijo esto en presencia de Antonia y la pobre empezó a llorar. Sin decirle una palabra a mi padre Roberto le dijo: —¡Agarra tu cobija, vieja, vámonos!

Yo le supliqué a mi padre que los dejara quedarse hasta que encontraran adónde ir… gracias a Dios consintió que se quedaran. Mi pobre hermano pensó conseguir una casa para ellos, pero todavía no tenía trabajo. En parte por ellos y en parte por mí que también estaba con la ilusión de tener mi casa, les propuse que pusiéramos un departamento entre los tres. Yo no podía hacerlo sola, pero si me ayudaban… ya había aprendido el valor del dinero y a manejarlo de acuerdo con mis necesidades. Por ejemplo, cada quincena, aparto la mitad de la renta, abono 10 o 15 pesos del crédito que pedí para comprarme ropa, guardo 20 pesos para mis camiones y otros pequeñísimos gastos: una torta, o un dulce y compro el mandado para ocho días. Si me queda algo de dinero compro algunas cositas insignificantes para mi tía o para los niños. Pero a veces me quedo sin dinero antes de la quincena y me paso el día sin comer una o dos veces.

Tuve que convencer a Roberto que sería muy bueno vivir juntos. —Hombre, va a ser una gran ayuda para ti. Yo conozco a alguien que te puede conseguir un trabajo en los ferrocarriles, o en un camión repartidor de Coca-Cola. Así puedes pagar la mitad de la renta y el gasto. —Antonia nos asistiría, cocinaría y se haría cargo de la casa, Roberto y yo trabajaríamos y traeríamos lo necesario, y viviríamos muy felices en nuestra propia casa. Roberto quedó de acuerdo y entonces encontramos un departamentito con dos recámaras, cocina y baño en un edificio modesto cerca de Bella Vista.

Al momento me gustó el departamento; Roberto y Antonia pensaron que era un palacio. Tenía ventanas con vista al oriente y el sol entraba desde temprano, un calentador de leña en el baño, agua corriente y piso de mosaico. Las piezas eran muy chiquitas aun sin los muebles, pero mucho mejor así porque nosotros no teníamos nada en absoluto de muebles. La renta era 240 pesos al mes. Dejamos 85 pesos de depósito y fuimos a buscar un fiador para firmar el contrato. Mi papá rotundamente me dijo que no, Antonia y Roberto no conocían a nadie que sirviera para dar la firma; yo tuve que pedirle

a mi jefe de grupo en la oficina que me diera la firma. Yo había mandado a Antonia varias veces para que dejara más dinero como depósito para que la dueña no fuera a dar el departamento a otra persona y nosotros nos quedáramos sin nada. Roberto se enojó y dijo que era mucho lío por "un méndigo, canijo, apartamento". No tenía idea lo que era tener un hogar, pagar una casa y entonces perdió interés, o le dio miedo. Bueno, me dijo que ya no lo quería y que lo agarrara yo sola. Quise que me devolvieran mi depósito, pero no se pudo, total, que me quedé bien embarcada.

Me llevé mis cosas en un taxi: nada de muebles, únicamente el radio, la plancha, el burro y mi ropa. Ya le había yo advertido a Manuel que si no me daba el resto del dinero de las camas para por lo menos sacar una cama en abonos iba a llevarme mi cama la chiquita. No me hizo caso y el día que me cambié fui a Bella Vista y me llevé mi cama y les dejé el colchón. Claro que Manuel y María se enojaron, pero cómo iba yo a dormir en el suelo. Luego Manuel tuvo el corazón de quitarles a los niños la cama grande. Compró su buen colchón y a los niños los acostaba en tres pedazos de petate, pasando tanto frío en el suelo y sin protección alguna contra los asquerosos roedores que salían por nueve hoyotes —yo los conté— que había en el piso y mi hermano no hacía nada por taparlos.

Por eso fue que tuvimos un pleito, porque cuando yo le vendí las camas le dije que la cama grande era para los niños. Él alegó que había pagado por ella y que podía hacer lo que le diera la gana con la cama. Pues dejó de hablarme y no me dirigía la palabra cuando llegué a corretearlo en la calle. Dije: "¿Ah, sí? ¡Va a ver este canijo!" Llegué a Bella Vista, le di a María el dinero, y me llevé mi cama en un taxi. Luego la quería Roberto, pero ¡Chihuahua!, ya me había hecho tantas que si no me daba un centavo no iba a tener la cama. Entonces la vendí por otro lado en 100 pesos.

El haber perdido todas mis comodidades en casa de Juanita cuando me cambié al departamento me disgustó un poco. No tenía bastante dinero para que me conectaran la electricidad, así que el primer mes usé velas. No tenía guardarropa, ni estufa, ni había manera de planchar. Para ir al trabajo me tardaba una hora y no tenía tiempo para desayunar. El dinero que tenía para comida tuve que emplearlo en otras cosas, así que por varios días estuve a café y pan. Lo bueno era que entre los compañeros de la oficina como a las diez y media de la mañana nos cooperábamos y con el dinero de todos comprábamos galletas, dulces o chocolates y limonadas.

Trabajaba por las tardes para poder reunir dinero con qué arreglar la casa. Pero ya iba a llegar la Navidad y yo todavía no tenía muebles. Una noche le fui a pagar a Juanita un dinero que le debía y le conté mis apuraciones. Necesitaba dinero para traer a mis sobrinos a vivir definitivamente conmigo pero iba a tomarme toda la vida para poder ahorrar de lo que ganaba.

—Voy a tener que pedir dinero prestado a rédito.

—¡Ay, Consuelo, qué lástima! ¿Por qué no concursas en la televisión en el programa de aficionados? Puedes cantar, puedes bailar. Si ganas puedes tener un montón de dinero y también muy buenos contratos.

Todo lo que podía pensar era: "Tengo que conseguir dinero. Debo tener dinero". No

me veía yo muy bien. Había perdido peso y estaba pálida. Muy seguido me daba catarro, o bronquitis, o me enfermaba del estómago. Pero el pensamiento de poder ganar un premio me daba fuerzas. Un día me fui a las oficinas de Televicentro y pasé las pruebas preliminares, cantando, y pasé a finales. Pero uno de los jueces pensó que yo tenía más madera de bailarina que de cancionera y me dieron una beca para estudiar danza en el Instituto Nacional de Bellas Artes. Ellos iban a pagar todos los gastos y si resultaba después me lanzarían como bailarina en teatro, o para el cine o en algún centro nocturno y así les pagaría los gastos que habían hecho. Yo les dije que sí a todo, sin pensarlo mucho, y después hubo más telefonazos, citas y entrevistas. En abril entré a la escuela de danza moderna.

Trabajaba en la oficina de gobierno hasta las dos y media todos los días y luego tenía clases de las cuatro a las ocho o nueve de la noche. Tenía la beca, pero tuve que pedir un préstamo para comprar los zapatos de baile, las mallas y para pasajes. Trabajé muy duro para ponerme al corriente en los ejercicios y los pasos, y emparejarme con las otras. Eran unos ejercicios agotadores y me hacían sudar de una manera bárbara. Todos esos meses anteriores en que me alimentaba tan mal habían minado mi organismo. Salía de mi trabajo y corriendo comía una torta y una limonada, o lo que fuera, y no cenaba hasta que llegaba a la casa, como a las 10 de la noche. Entonces estaban Roberto y mi cuñada Antonia en casa y para ahorrarme algunos pesos me esperaba hasta regresar a la casa y comer lo que Antonia había preparado. ¡Nunca había trabajado tan duro! Tuve que aprender a manejar mi tiempo y mi dinero, cada minuto y cada centavo contaban.

Al segundo mes de estar haciendo esto noté que diariamente tenía fuertes dolores de cabeza. Sentía pereza al levantarme, durante el trabajo me daba flojera, empecé a bajar de peso rápidamente y en fin me sentí sin ánimo y sin salud. Comprendí que no me sería posible continuar estudiando. Iba a enfrentarme a otra derrota, a una nueva desilusión. Qué iba a hacer con ese volcán de ideas, de esperanza, que se había despertado en mí, esperanza de llegar a ser algo y no morir sin dejar una huella tras de mí…

Así que cuando uno de mis compañeros en las clases de danza me dijo que si me gustaría ser extra de cine durante las vacaciones, yo acepté. Por medio de él conseguí un trabajo en los Estudios Churubusco. Yo estaba muy contenta pero con mucho miedo entre todas aquellas estrellas de cine y la gente importante de ese medio. En mi vida imaginé siquiera estar ante unas cámaras y de buenas a primeras, ¡zas!, ya estaba ahí, filmando en locación. Lo hice todo con naturalidad y parece que les gusté pues me admitieron y duré trabajando toda una semana. Gané 190 pesos contando el dinero que nos daban para comer y cenar, en esos días maravillosos.

Estaba yo en la oficina de los estudios con la esperanza de obtener otra oportunidad, cuando un tipo, un actor de segunda, me dijo que me subiera en su carro, que me iba a llevar a locación. Yo le creí y me subí.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Me gusta cantar… pero sólo soy aficionada.

—Bueno, por algo se empieza. Todos tenemos que empezar de abajo para arriba. Yo no me avergüenzo de haber empezado sin nada y sin embargo míreme ahora en qué

lugar estoy. ¿No ha visto mi última película?

—No, no, muy poco voy al cine… ¿cómo me dijo que se llamaba?

El señor Ángel Montero, manejando su carro, ha salido de los estudios y toma por una avenida que tiene muchos árboles. ¡Es buen tipo, bien vestido y estrella de cine! Me enseñó algunas de sus fotos recientes y me prometió firmarme una. Me habló de los papeles que había desempeñado, de los artistas famosos que conocía, me platicó que estaba empezando con una agencia y quería lanzarse como empresario. Andaba buscando una muchacha para que cantara con un trío. Me pidió que cantara y cuando terminé la canción volteó a verme asombrado.

—¡Hombre! Le voy a confesar que no esperé que lo hiciera tan bien. Yo creo que sí puede hacer algo. Lo que le hace falta es que la enseñen a decir las frases con intención. Voy a pedirle a Sarita, la cantante, que puede aconsejarla en este campo. Es buena amiga mía y nunca me ha negado un favor. Voy a llevarla ahorita con ella.

—Señor Montero, perdóneme, pero usted me dijo que íbamos a locación…

—Pero, hombre, muchacha, qué desconfiada. No sé cómo te habrán tratado otras veces, pero, ¿acaso crees que no soy un caballero?

—No, no, yo no quise decir eso… es que… simplemente me dio curiosidad… tengo ganas de conocer a la señora Sarita.

—Ahora la va a conocer. Mire, me cae simpática. ¡Si vieras cuántas oportunidades tengo! Y no es que yo las busque, no, ellas vienen a mí. Por ejemplo, ¿conoces a Martita N.? Pues…

Mientras hablaba yo pensaba: "Claro, él es una estrella de cine y tiene que buscar a quienes son iguales a él… cómo va a fijarse en mí". Habíamos andado en el carro bastante rato y había empezado a llover. Él seguía hablando de sus amigas y de sí mismo. Yo empezaba a inquietarme.

—¿Hasta dónde es la casa de Sarita? No creí que estuviera tan lejos.

—Aquí cerca, hombre. ¿Desconfías de mí? Me haces sentir un barbaján.

—Discúlpeme nuevamente, señor Montero, pero es que tengo ganas de conocer a la señora.

Hizo un gesto de impaciencia y yo callé por vergüenza. De pronto frente a mis ojos y a través de la fuerte lluvia veo un letrero: "Motel".

—¡Señor Montero, yo no quiero entrar ahí! Usted me dijo que íbamos a locación y por eso vine con usted.

—Sí, sí… te lo dije, pero más tarde. ¡Chist! No seas ridícula, qué papelitos estás haciendo.

Paró el coche en uno de los *bungalows* y da la vuelta para abrirme la puerta. Yo tenía vergüenza y temor. Permanecí sentada sintiendo un nudo en la garganta. Quiero llorar y no puedo. No quería entrar. Llueve muy, muy fuerte. Me empuja fuera del carro y me aprieta el brazo hasta casi dormírmelo.

—No quiero entrar, no quiero entrar. ¡Déjeme! —Qué humillada me sentí.

—Si no te estoy pidiendo permiso. No seas escandalosa ni payasa. No seas tonta, sólo es un rato. Cuánto no dieran otras muchachas para estar en tu lugar. ¡Se sentirían

honradas! ¿Por qué tú no? ¿De qué te las das? ¿Acaso te crees una diosa? ¡Antes las gracias me debías de dar!

Me sienta en la cama y con risa burlona cierra bien la puerta y empieza a quitarse la camisa.

—¡Bésame!

—No, no quiero. ¡Déjeme! ¿Así es como demuestra su fuerza? ¡De nada le va a servir porque yo no quiero hacerlo!

—Ya cállate. ¿Para qué haces tanto tango? ¿Qué acaso eres virgen? Vamos, hombre. Toma las cosas con naturalidad. Esto no es para espantarse, es la cosa más natural del mundo… Eres una escandalosa encantadora, pero no estoy acostumbrado a rogar. Si lo hago con Sarita y con Martita, ¿por qué contigo no?

Cuatro meses después me enteré que estaba embarazada. Ni siquiera lo sospechaba porque mi menstruación había seguido. No había yo vuelto a ver al señor Montero y cuando llamé a los estudios o a Televicentro donde había actuado me dijeron que se había ido a locación. Por fin encontré a un doctor que quiso hacerme la delicada operación. Tuve que vender mi nuevo guardarropa para pagar los gastos. Estuve muy enferma y no pude ir a trabajar por dos semanas.

Éste, para mi tristeza, fue mi primer encuentro amargo con el famoso y brutal machismo del mexicano. Yo, como infinidad de otras mujeres mexicanas, había formado parte de este juego en que vence el macho dominante. "¿Te aplasto… o te dejo en libertad?", juego desprovisto de generosidad, de nobleza, de valor, porque hay que pagar un precio para quedar libre. Es un acto bárbaro de egoísmo y de ventaja, adornado con palabras convincentes.

Después de mi enfermedad estaba yo demasiado nerviosa para trabajar en una oficina. Tenía yo deudas y me había atrasado tres meses en el pago de la renta. Mi padre rehusó ayudarme y no había nadie más a quién acudir. Necesitaba dinero con desesperación. Volví a los estudios para ver si podía conseguir ser extra permanente. Conocía a una muchacha que había sacado 3000 pesos trabajando de extra en una sola película. Me dijo que debía ser del Sindicato y me envió con el señor Pizarro, que era de la mesa directiva y podría ayudarme.

Este señor me dijo: —Ah, sí, sí, ¿el que se pone los zapatos una vez detrás de las cámaras ya no puede alejarse, verdad?

—Sí, señor Pizarro, es que necesito el dinero.

—Ah… ¿y no tiene credenciales? Dígame, ¿puede salir a locaciones?

—Sí, señor.

—Bueno… ¿es usted casada?

—Mmmm… —me quedé mirando su cara.

—Bueno, hombre, se lo pregunto porque quiero saber si de verdad puede salir libremente. No se preocupe. Yo le puedo arreglar fácilmente sus papeles. Entonces nos vemos el lunes.

Esta vez sí me daba cuenta de lo que hacía. El señor Pizarro no era mal parecido. Y debía valer algo si era miembro ejecutivo del Sindicato. Podía ayudarme. Si él quería

algo de mí yo estaría dispuesta… sobre todo cuando estuviéramos fuera de la ciudad en locación, o cuando ya lo conociera mejor. Acto seguido fui a arreglarme las uñas y a peinarme y saqué mi mejor vestido del empeño, donde lo había llevado Roberto cuando necesitó dinero en un apuro. Era mejor ir bien presentada.

Pero no me esperé que este señor me llevara a un motel ese mismo día y que me forzara como lo hizo el señor Montero. ¿Es que de veras tengo el aspecto de mujer fácil? Traté de luchar con él y cuando ya no pude me volví una piedra. Me controlaba en una forma increíble y no respondí… Este fulano estaba desesperado y encajó su rodilla en mí.

—¡Señor Pizarro, por favor, no me trate así!

—¿Y qué quieres? Soy hombre… o qué… ¿quieres que deje de serlo para que después te burles de mí? ¿Quieres que rebaje mi calidad de hombre? Cumple con tu deber de mujer. Tú me ayudas y tú tendrás apoyo en todo.

Él logró su intento. Pero cuando le pregunté si iba a cumplir con lo dicho, de salir a locación, me dijo: —Linda, si salgo yo, sales tú. No estoy seguro si voy yo o va otro. Llámame mañana a este número.

Llamé y él no estaba, fui a las oficinas del Sindicato y nunca pude encontrarle. Después admití el engaño. Ya no pensé, mi mente se había cerrado a todo sentir. Poco tiempo después me fui a vivir al departamento de un estudiante norteamericano que había venido a México de vacaciones. Él me presentó a varios de sus amigos.

¡Caray! Tantas cosas me han pasado desde entonces. No sé de dónde saco fuerzas. ¿Cómo podré hacerle para ya no castigarme tanto? O es que sólo he encontrado mala fe en mi camino, o soy estúpida pues vivo rodeada de nubes y castillos. No pasa un día sin que tenga una asquerosa proposición y yo una razón poderosa para aceptarla. Pero ahora ya nada me importa, ni moral, ni principios, ni el amor por mi familia. Trato de acallar por todos los medios el dolor y la ansiedad que siento en mi pecho y ver con indiferencia a los cuatro niños a quienes tanto quiero. No he sido justa conmigo misma al agotar toda mi fuerza moral y física para ofrecerles una vida mejor sólo para caer desmayada.

No tengo trabajo ni me apura tenerlo porque así tengo un arma poderosísima. Si veo enferma o afligida a mi tía, digo: "No tengo dinero"; si a Roberto le sucede esto o aquello, digo: "No tengo trabajo, no tengo dinero, no puedo ayudarte". Y lo mismo con mis sobrinos, por quienes tuve tantas ilusiones. Debo romper la cadena que me arrastra, que me hunde, aunque esto me cueste cinco años de mi vida, aunque con ello mate todo sentimiento noble que antes haya tenido. Voy a vivir medio ciega, en la forma en que lo hacen las demás gentes, y así adaptarme a la realidad.

Pero aunque trato de soltarme, no puedo dejar de ver lo que está pasando con mi familia. ¡Dios mío!, se están destruyendo poco a poco, se van acabando… se van marchitando… desapareciendo… como mis tíos, mi madre, mi abuelita, Elena, Paula… todos se fueron y me dejaron antes de tiempo. Mi tía Guadalupe es una luz que se va apagando, un cirio al pie del altar; Marta tiene 24 años y parece de 30; mi hermano Roberto, se me figura cada año que es su último año, vive una vida tan agitada, no le

tiene miedo a nada; para él es lo mismo un pedazo de terciopelo que un cuchillo filoso. ¿Y Manuel? Él sí va a vivir, pero, ¿a costa de quién? ¿Cuántas veces más para probar el cariño de sus hijos les privará de comida? ¿No es horrible pensar que sobrevivirá a esos niños? ¡Cómo le reprocho a Paula el haberse dejado morir tan fácilmente! Paula, ¿cómo pudiste dejar abandonados a tus adorables hijos, sabiendo lo que les esperaba?

MARTA

¿POR QUÉ volví con Crispín?… porque, ahora lo verá… ¿cómo estuvo?… El caso es que después de tanto tiempo la abuela quería ver a Concepción y a Violeta. Trini ya casi tenía dos años y Crispín nunca había preguntado por ella ni nunca le había hecho ninguna fiesta. Entonces llevé a las dos niñas con su mamá —eso fue para diciembre— y hablamos de cosas que en realidad no había pues ni qué hablar, ¿no?, porque él sabía muy bien su culpa por parte de Trini.

En cuanto él me vio… nos quedamos viendo, porque tanto tiempo de no hablar… Así es que se me quedó viendo y luego dice:

—Bueno, ¿y qué?

—¿Pues qué? —le dije—. Concepción necesita zapatos, necesita ropa, porque no tiene, ni Violeta. —Yo ya no tenía otra cosa que decirle más que eso.

—El sábado les compramos.

—Bueno, está bien.

Y luego me dijo: —Tu papá vive con Dalila, ¿verdad?

—No —le digo—, pos no sé. —Y creo vio que se me encendieron los cachetes porque dice:

—Bueno, ¿pos qué te avergüenza?

—No es que yo me avergüence —le digo—. ¿Qué tener a una mujer es vergüenza?

—No —dice—, pero pues tú te ciscas.

Y fue todo lo que hablamos. Me dijo que el sábado me esperaba en el Seguro y ya me fui a la casa con las niñas.

Llegó el sábado y fuimos y le compramos a Concepción un par de zapatos y le compró otro a Violeta, pero a Trini, no. A ella no se la mencioné para nada. Lo único que me dijo fue que era mucho el orgullo que yo tenía. Yo le dije que no era orgullo, que era vergüenza, pues después de lo que había hecho él, no era ni para que me volviera ni a hablar.

—¿Pues yo qué fue lo que hice? —En una palabra, él quería que yo hubiera pasado por alto todo, que yo volviera a estar con él sin mencionar a Trini. Que él iba a hacer de cuenta que era su hija, como quien dice que desde ese momento iba apenas a nacer. Cuando él se fue definitivamente yo tenía siete meses de embarazada y él la quiso hacer muy bien de decir que no era su hija. ¡Fíjese! Si un hombre sabe que su mujer va a tener un hijo y no es de él, desde el momento en que uno le dice "yo ya estoy mala" le tiene que decir a uno: "Bueno, pos dónde te lo conseguiste, porque yo estoy seguro que no es

mío".

Y eso no hizo Crispín. Me dejó cuando faltaban dos meses para nacer Trini, y durante ese tiempo no se avergonzó de andar conmigo. Para que si hubiera sido como él dice desde ese momento me hubiera dejado por completo, ¿no cree usted? Sin embargo, no sé, verdad, lo que haya hecho que él lo hiciera. Influyeron la cuñada y su mamá porque le dijeron que yo andaba con un hombre. Y en ese entonces yo no andaba con nadie. Dondequiera que me veían me encontraban sola o con las niñas. Así es de que por ese lado no tengo yo ni por qué reprocharme.

Y ya pasó. Y le digo:

—Bueno, ya me voy.

Y luego me dice él:

—¿Qué nomás te vas a ir así?

—¿Pues cómo quieres? —y entonces ya me dio coraje—. Qué, ¿quieres que te pague? ¿Con qué quieres que te pague, con cuerpo? —Porque yo para entonces desde la vez que me agarré con él en la calle y nos dimos unos golpes, le hablaba yo así. Porque como quien dice esa vez me libré. Desde entonces yo le decía con palabras fuertes lo que le tenía que decir. Muchas veces le llegué a decir que no tenía ni vergüenza de no mantener a las niñas, y todo eso, cosas que antes no se las podía yo decir porque pos sabía a qué atenerme.

—No seas así, Marta —dice.

—Por qué, pos eso es lo que siempre te ha gustado, ¿no? Así es que esto ya lo sabía de sobra, que tú tenías que recibir algo a cambio de lo que les das a tus hijas, porque no a mí.

—No, no… es que…

—No sé cómo, no me explico si ya estabas hastiado, ¿por qué quieres volver a la misma?

—Si yo no he dicho que estaba hastiado.

—Pues la prueba estuvo en que te fuiste y no dijiste ni una palabra.

Se quedó callado. Seguimos caminando, seguimos caminando… Total, que llegamos a la puerta de un hotel.

—Vente —dice.

—No —le digo.

—No hagas relajo.

—Si quiero hacerlo lo hago, aunque me partas toda la boca. —Y entonces le digo: —Pues claro, algún pago tenías que recibir… ¿no? —Y agarré y ya nos metimos. Después de tanto tiempo de no estar con ningún hombre nos metimos allá al hotel.

¿Y por qué lo hice? ¿Por gusto? Pues no. Por gusto exactamente, no. Porque pues hombres había varios que no nomás me proponían irnos a un hotel y ya, sino hubo que me proponían casa. Sin embargo no sentía yo deseos de tener hombre, porque yo sabía perfectamente que el día que yo me metiera con un hombre iba yo a salir mala. Porque Trini ya pasaba del año, y yo siempre me he hecho enferma después del año de las niñas. Y por eso precisamente yo me había detenido.

Tampoco puedo decir que él me haya forzado, hasta cierta forma no me forzó. Se puede decir que tuve un hijo por dos pares de zapatos. Él sabía cuando los compró que yo no tenía centavos con qué pagarle. Fui una tonta hasta cierto punto, yo decía: "Este hombre no cambia, ni cambiará mientras yo siga en este paso".

Así es de que ya tuvimos esa entrevista en el hotel. Y pues de gozar… pues no gocé porque yo lo hacía pero con coraje. La segunda vez que fuimos al hotel… fuimos porque otra vez le iba a comprar cosas a Concepción, por cierto que ni le compramos nada, porque nos metimos luego luego al hotel. Le dio bastante coraje porque yo me le zafé. Yo no quise estar ya con él porque en un momento me dio coraje de ver que íbamos a hacer lo de siempre. Y estábamos en la cama, y él ya iba a usarme cuando me dio coraje y yo me bajé.

—¿Adónde vas?

—Yo ya me voy.

—¿Por qué te vas?

—Porque se me da la gana.

—Nomás sales y verás.

—Pues a mí no me haces nada. Sobre de ti, sobre de 20, salgo. ¿Qué crees que estás con tu misma pendeja de antes?

Otras veces me había dicho así y me iba a salir cuando me alcanzaba en la puerta y me daba mis cachetadas. Así de que esta vez ha de haber dicho él pos no se va por miedo. Todavía se quedó acostado cuando yo agarré y que me salgo. Me salí y yo venía nerviosa en la calle, porque yo dije: "a qué hora me alcanza éste y nos peleamos".

Eso fue en diciembre. En enero yo esperaba mi menstruación y ya no me bajó. A él no tuve ni tiempo para decirle que yo estaba embarazada, porque el 6 de enero, el Día de los Reyes, les llevó sus juguetes a las niñas, a Concepción y a Violeta, y yo le dije que pasara y no quiso. Estaba enojado, estaba muy disgustado y ya ni modo de forzarlo. Y luego en la tarde me iba a ir a ver a Lupita. Y dice esta Concepción: —Mira, allí va Crispín. —Me vio y se atravesó.

—¿Adónde vas?

—Voy a ver a Lupita.

—Ah, ¿qué vas a ver allá a mi socio?

—¿Cuál? Solamente que ya me lo hayas conseguido. —Y luego pa' cambiarle de tema le dije del circo que estaba en la colonia El Dorado. Me dio cinco pesos.

Le digo:

—Bueno, eso es nomás para las niñas, ¿pero para mí qué? —Agarró y me dio otros cinco. Y luego le dice a Concepción:

—El sábado voy por ti, hija, pa' comprarte tus dulces.

Y total que esa semana se pasó sin verlo. Y el sábado vino mi amiga Raquel y me dice: —Fíjate que allí está Crispín en el zaguán de su casa y Eustaquia anda pasando por enfrente.

—¿Sí? —le digo—. Tengo ganas de verlos a los dos.

—Ándale, vamos.

Por cierto que esa Eustaquia se metió con el novio de Raquel y salió mala. Luego andaba con Crispín y decían que el niño era de él. Así que Raquel tenía coraje y yo otro tanto.

Y ya agarramos y nos fuimos para casa de Crispín. Y pues nada. Luego nos dimos vuelta a la manzana y que veo a este Crispín como a una cuadra de distancia. Estaba con una señora, lo tenía abrazado, y resultó ser una vieja amiga de su familia. Ya era casada y tenía hijos. Desde que estaba yo con Crispín siempre veía yo la cosa que estaba bastante rara, pero pos yo qué iba a saber, como yo estaba tan escuincla cualquiera me hacía a mí taruga.

Y agarro y le digo a Raquel: —Ay, mira nomás qué canijo, yo esperando encontrarlo con una y me resulta con otra. ¡Y mira quién es, es Amelia!

Crispín entró al Seguro y ella se sentó afuera a esperarlo. Yo voy y nomás de malora me siento junto a Amelia, muy confiada. En eso, ¡pas!, yo no sé a qué santo se encomendó Amelia, que pasó otro muchacho su conocido en su bicicleta. Y ella ya se hizo tonta y se paró y se fue platicando con él.

Yo luego me fui y me esperé allí en la esquina, pues dije, estoy segura que Crispín tiene que venir. Y que me meto a un salón de belleza —la dueña del salón era conocida mía, se llamaba Nicha.

—Bueno, ¿tú qué relajo te traes? —me dijo Nicha.

—¡Cállate! —le digo—. ¡No sabes! Mi viejo… mi ex viejo anda con esa que está allá enfrente, y yo pues nomás quiero verlos a los dos.

—¡Qué desgraciado! ¿Y de veras tienes esa concha?

—Pues qué quieres… desde cuándo no está conmigo y ni modo de exigirle, de reclamarle. —Ésos eran mis pensamientos.

Luego vi que Crispín atravesó. Amelia estaba todavía hablando con el otro muchacho y cuando vio pasar a Crispín se despidió. Creyó que ya no estaba yo, pero yo estaba parada viendo detrás de la puerta, de las cortinas. Entonces pasó Crispín y al momento que él iba a atravesar la calle donde estaba parada Amelia, le digo yo a Concepción: —Ándale, grítale a tu papá.

Sale Concepción y le grita: —¡Papá, dame un quinto!

En eso se voltea Crispín, pero si más que nervioso, se sorprendió. A mí no me había visto pero después de Concepción salí yo, llevaba a Trini cargando. Crispín se volteó a decirle a Concepción revolado.

—El sábado… el sábado, te voy a llevar el sábado —bastante nervioso. Él volteaba a ver a Amelia que se había parado y nos estaba viendo.

Y luego agarro yo y le digo: —Vente, hija, no ves que haces mosca, estorbas a tu papá.

Y en lugar él de decir: "Bueno, ¿pues por qué piensas eso?" o cualquier cosa —porque como quien dice ya nos empezábamos a reconciliar—, lo que dijo fue: —No creo que ni tú ni yo tenemos nada que decir.

Fue cuando a mí me dio coraje, porque volteaba con una desesperación a ver a aquella muchacha. Ha de haber dicho: "Pues ya se me viene abajo mi teatrito".

Y luego le digo yo: —Tienes razón, ni tú ni yo nada tenemos que decirnos. Así es de que no creas que yo te voy a pelear ni con ésa, ni con otra, por ese lado te equivocas. Vente, hija, vámonos.

Pero yo todavía calmada. Y luego luego me salió, dice:

—Si quieres que te pase gasto, pa' qué andas de puta.

—¡Eh! Mira, de puta no ando. Los hijos que tengo no me los he conseguido yo en la calle, porque tú muy bien sabes quién me los ha hecho.

Estábamos en un taller mecánico y había bastante gente. Y luego le digo:

—¡Lástima de la garraleta que te cargas! Ultimadamente, me hubieras cambiado, pero no por esta mujer. Te gustan las que ya están desfundadas porque así ya no tienes obligación, no tienes ningún compromiso. Lo que pasa es que tú eres un hombre que nomás te gusta la ventaja. Un hombre correcto no hace lo que tú has hecho.

—No —dice—, tú no me debes decir nada porque tú tienes tu padrote.

—Mira, no lo tengo, pero lo voy a conseguir nada más pa' que te rompa todo el hocico —le dije cabrón y un montón de leperadas. Allí sí que me le solté bastante grosera—. No me vuelvas a molestar. Lo único que te pido es que no me vuelvas a molestar.

Fue el enojo más grande que tuvimos. Como se lo dije yo una vez: —Mira, yo estoy contigo hasta el día que yo vea que tú andas con otra. Ese día ya no cuentes conmigo.— Desde que vivimos separados él andaba con muchas muchachas. Pero como decía yo, no es igual que me lo digan a que yo lo vea. Porque lo que me dicen se me olvida, pero lo que yo vea jamás se me olvidará.

Yo he querido hacer esa concha de otras mujeres que no les importa lo que hagan sus maridos fuera de la casa, pero yo no puedo. Me da coraje que me vean la cara de tonta. No puedo hacerme a la idea de que él podía tener otra mujer y tenerme a mí. El día que lo vi no pude contenerme y preferí mejor renunciar a todo, porque ya andábamos encontentándonos. Y ya agarré, me di la media vuelta, tomé un camión y jamás lo volví a ver.

El 13 de febrero fue cuando tuve el gran enojo con Consuelo. Dalila ya se había cansado de cuidar a los niños de Manuel, así que yo los tenía a mi cargo, a los cuatro y a mis tres niñas. Roberto estaba trabajando en la fábrica y me daba a mí el gasto pero ya después pues ya no quiso y ni modo de obligarlo, ¿verdad? Así es de que nada más recibía yo el gasto de mi papá, que eran 10 pesos diarios y la ayuda que me daba de traerme café, azúcar y aceite. Cuando me trajeron a los niños a Bella Vista quedó que él me daría otros 10. María, su nueva mujer de Manuel, venía a veces a ayudarme con los niños.

Yo a Manuel le dije que el día que él no me diera gasto yo no iba a tener para darle a sus hijos. Pero yo se lo dije de dientes para afuera. Pero yo lo hice así. En dos ocasiones en que no me dio dinero le mandé a los niños al café de Gilberto. Les di de desayunar temprano y luego agarré y le digo a mi sobrina, la más grande, Mariquita: —Anda, ve con tu papá y dile que no han desayunado porque no me dejó dinero.

Se llegó la temporada de clases y que los niños tenían que ir a la escuela. Roberto

estaba en la fábrica y a las doce en punto comía y yo le llevaba de comer. Los niños a las doce y media tenían que comer para poderse ir a la escuela y ya los mandaba bañados.

Esa vez se me llegaba la hora de la escuela y le digo a Mariquita: —Ahora sí se me hizo tarde… los vas a bañar, pero no los bañes con agua fría, hija. —Y a todos los bañó con agua fría.

Yo alcancé a bañar a Trini y Violeta y ya estaban listos para irse cuando llegó Consuelo.

Ya había tenido disgustos con mi hija Concepción porque no quería luego prestarle los juguetes a los muchachos porque decía que se los rompían y era muy cuidadosa y mis sobrinitos pos, ¡cómo destruyen! Así es de que por eso Consuelo luego se enojaba. Concepción traía un lápiz y un cuaderno de Domingo. Y le dice Consuelo: —Ya te he dicho que no andes agarrando las cosas a tus primos.

Agarro y le digo yo a Concepción: —Parece que no entiendes… te gusta que te estén regañando… ¿por qué agarras lo que no es tuyo?

—Así como eres tú de chocante con tus cosas así voy a ser yo con las cosas de tus primos —dijo Consuelo.

—Allí está tu desgraciado lápiz —le digo—, ¿por eso estás peleando?

Ya andábamos nosotras medias disgustadas porque Consuelo se interponía mucho en mi obligación. Porque yo era la que estaba al tanto de los muchachos y ella sólo iba en las noches a hacer cena y a mandar a todo el mundo.

Fíjese. Por lo regular Manuel me daba el gasto de la noche para la mañana. A la cena yo les daba café con leche y pan y lo que quedaba de la comida. Eso es lo que comen las gentes que yo conozco. Pero Consuelo, no. La presumida de Consuelo iba y les compraba huevos, les compraba esto y lo otro, como si hubiera visto que tuviera muchos centavos. Desde que fue a la escuela y empezó a trabajar en oficinas se le subió y ya no le gustaba cómo hacíamos las cosas. La presumida hasta se compró unos cubiertos y empezó a criticarme mi modo de guisar. Quería que todo se comprara en latas y luego traía *corn flakes,* y harina para hacer *hot cakes.* Yo me acomodo según el dinero que tengo. Me puse a pensar que la lata de chícharos cuesta $2.25 y con esto yo puedo comprar bisteces y darles a cada uno un pedazo que les aprovecha más. Pero ella en lugar de ahorrar gastaba más de lo que a mí me daban. Como se lo dije una vez: —Si tú eres igual que yo… si tan acostumbrada estás tú a tragar lo que yo trago… ¿por qué te quieres subir más?

Había veces que me dejaba a lo más dos pesos. Como cuatro ocasiones me hizo eso. ¡Dos pesos para amanecer al otro día! ¿Yo qué iba a hacer? Yo nomás recibía el gasto de mi papá. Sin embargo yo no le decía ni media palabra, ni a ella ni a mi papá. Y por ese motivo andábamos nosotras disgustadas.

Cuando yo le aventé el lápiz, mi sobrina Conchita le dijo que yo la había bañado con agua fría.

Y se enojó; luego luego me sacó:

—Si vergüenza tuvieran ni siquiera levantarían la cara.

—Pues, ¿vergüenza? ¿Por qué voy a tener vergüenza?

—Claro, tras de que te mantiene mi papá, tras de que Manuel te está vistiendo y calzando también y dándote de comer, no puedes cuidar bien a los niños. Estás viendo que la niña tiene catarro. Pero es claro, no son tus hijos…

¿Usted cree?, pero no solamente Conchita se había bañado con agua fría, todos se habían bañado. Y luego siguió:

—Tras de que Manuel te está manteniendo, todavía les haces esto a los chamacos.

—Pos… ¿manteniéndome? Pos si no es tan bueno… si apenas da para sus hijos menos va a dar para los ajenos.

—Y todavía ni vergüenza tienes, te están manteniendo a los hijos y tú tan delicada.

—Sí —le digo—, pero no me los mantienes tú. Ultimadamente a ti no te pido ni habas, ¿qué tanto te está doliendo?

—¿No? —dice—. Pues devuélveme toda la ropa que te di.

—¿Cuál ropa? —Entonces yo tenía una poca de ropa, pero era de los cortecitos que me llevaba mi papá, o de los que yo sacaba en abonos y de ésos me hacía mi ropa. Ella nomás me había dado un jumpercito y una bata de un montón que le había regalado la esposa de su jefe. Dijo ella que siempre me ha estado vistiendo, y eso es mentira. Más antes sí —la ropa que no le quedaba a ella me la pasaba, pero no siempre.

—Saca tu vestido… Si crees que tengo ropa tuya, sácala. —Y agarro y le abro el ropero. Me dio tanto coraje porque me dijo que nomás andaba yo de puta, nomás andaba abriendo las piernas pa' que me hicieran los hijos. —Pos de puta quién sabe quién sea más —le digo—. Yo todos los hijos que tengo son de un solo padre, porque hasta la fecha tú no me has acomodado para que otro me use.

Me daba mucho coraje que dijera eso sobre todo después que ella se había ido a vivir con Jaime después de terminar con Mario. No sé cómo Consuelo de tan viva que quiere ser da el sentonazo cuando menos lo siente. Porque cómo se le ocurrió irse a juntar con Jaime después de haber perdido ya su quinto, como dice uno. Fue la peor tarugada que pudo cometer. Porque todavía si la primera vez se hubiera ido con Jaime, y hubiera después andado con Mario y la hubiera vuelto a recoger Jaime, pos si este Jaime quería ser agachón, pos allá él, ¿verdad? Pero así no. Porque así Jaime ha de haber dicho, orita me pagas todas las que me hiciste. Como digo, desde novios Consuelo hizo batallar mucho a Jaime y él no hallaba ni cómo verle la cara, siempre se estaba humillando ante ella. Claro que él se vengó de todo lo que le hacía, dándole a entender que agradecida debía estar que tras de que la fueron nomás a fregar, él la había recogido. Y no sé cómo no salió enferma… ella dice que él nunca, ni una vez, hizo uso de ella. ¿Cómo puede ser viviendo juntos en una casa y durmiendo juntos en una cama? Ya después se puso muy enferma, parecía cadáver viviente, de tanto coraje que hacía con él y después lo dejó. Ya luego se empezó a pintar y a arreglar, y a tener ropa buena y se hacía manicure, quién sabe cómo le haya hecho. Estaba trabajando pero gastaba su dinero para pagar la renta y para comer y para comprar cosas para su nuevo apartamento. Claro que lo que ganaba no alcanzaba para todo esto.

Yo le recordé todo eso. —Sólo porque no tienes hijos eso no quiere decir nada. Sabe Dios cómo te deshaces de ellos.

Y agarro yo y le saco el jumper y se lo rompo. Ese jumper me quedaba a mí bastante grande y yo lo mandé arreglar.

—¡Allí está tu vestido!

—¡Infeliz! —dice, porque ésta es su palabra predilecta—. ¡Infeliz, méndiga! No me rompas el vestido… el vestido no me lo rompas.

—Pues el vestido te lo rompo porque me costó arreglarlo.

—¡Pos ahora verás! —me gritó. Estaba la puerta del ropero abierta, y se iba a meter a jalar la ropa, me iba a romper la ropa.

Y fue cuando yo me metí y fue cuando nos agarramos. Así de rasguño nos agarramos y le rompí la blusa. Ya después vi yo, por el momento no sentí nada. Estaba María allí, estaba embarazada, vio y luego nos separó. Total que los niños no alcanzaron a ir a la escuela y ni siquiera me fijé cuando Consuelo se fue.

Y como a las tres, tres y media, va llegando mi papá. Y de que yo lo vi dije: "Huummm… ya estuvo… ya reventó la bomba".

—¿Qué pasó —dice—, que pasó entre tú y Consuelo?

—Nada.

—¿Cómo nada? —dice—. Allá fue esta muchacha llorando, dice que le dijiste muchas groserías, que le desgarraste toda la ropa.

¡Usted cree! Es que ella fue y buscó a mi papá en el café. Y yo dejando que mi papá me regañara. Y como así es mi papá que nada más le echa a uno la viga sin saber cómo estuvo. Y yo pues me quedé callada.

—¿Por qué no puedes entender? Tú ya tienes bastantes hijos y no puedes entender. No, no puedes entender… Ninguno de los cuatro se ha podido ver como hermanos.

—No, pero si yo no tuve la culpa. Ella se enojó porque bañé a los niños con agua fría. —Bueno, total que a mí me culpó de todo. Me dio bastante coraje, pero no le dije nada.

Consuelo me dijo primero que nomás me estaban haciendo los hijos y yo muy contenta. Así es de que ése era su coraje. Siempre ha sido su coraje, o celos, o no sé, ¿verdad? Ella siempre ha sido como la tía Catarina, muy envidiosa, muy enojona… El caso es que no ha visto bien la ayuda que mi papá me estuvo dando. Yo creo que ése fue el motivo por el que ella no aguantó y reventó.

Pues sí. Así han sido todos, siempre me culpan a mí de todo, sin ser yo la única culpable. Y pues me daba coraje y sentimiento. Ellos siempre han querido juzgar mi vida. Manuel también… un día que hablamos sobre María me dijo: —Esta cabrona nomás le gusta andar en la calle.

—Pero, bueno, también tú la dejas…

—Sí, yo le he dicho que se salga a divertir, que se salga un rato si es que no está a gusto en la casa, porque a mí no me gusta que mi mujer esté nada más en una cueva como coneja echando hijos. Como tú, veo que ya no sales, ya no te arreglas, ya nomás estás sumida en estas cuatro paredes.

—Si así como dices tú que no salgo, no me doy abasto con mi quehacer, ahora saliendo… ¿Qué me negoceo saliendo a la calle? En la calle no avanzo nada. Así es de

que si no salgo es porque yo no quiero.

Eso de la coneja fue una indirecta muy directa, ¿o qué quiso decir? Quién sabe… ¿Pero después de todo él quién era para hablar? Por lo menos yo cuidaba a los niños que yo hacía. Él nunca ha estado pegado con los suyos, nunca ha sabido ser un padre para ellos. El chiste de tener un hijo no es echarlo al mundo, arrimarle la comida y llevarle a una escuela. Les hace falta atención personal. ¿De qué sirve que se críen como animales?

Y su mujer estaba peor. Yo supe que María le había dicho a la hija de Herlindita que ni esperáramos nosotros que ella se jodiera por atender a los chamacos. Que ya le caían gordos, así es de que allá él con sus hijos. Si él no lo siente… Ese cariño por los hijos no hay quién lo sienta como un padre o una madre. Y Manuel salió así tal vez porque nunca se sintió obligado. Él sabía que si él no trabajaba comoquiera comía, comoquiera dormía en casa de mi papá. Yo digo que si de chicos nos hubieran enseñado, nos hubieran hecho trabajar, nos hubieran dicho: "Si no trabajas, no comes", hubiéramos sido diferentes.

Bueno, pues como digo ya estaba yo aburrida, fastidiada, de que me echaran la culpa de todo. Mi papá se quedó todavía un rato y siguió regañándome. Y ya agarré yo y empecé a arreglar la casa. Tenía por cierto mucha ropa sucia, de los niños y mía. Empecé a apartar la de mis sobrinos y aparté la mía. Y me dijo mi papá: —¿Qué vas a hacer?

—Voy a lavar —le dije yo.

Fue cuando me dijo mi papá que me iba a dar la mitad del terreno de El Dorado, para hacerme allí un cuarto aunque fuera de madera para que ninguno de mis hermanos se volviera a meter conmigo. Que él me iba a mover, que él me iba a arreglar lo de las escrituras. El caso es que se fue y ya no le dije nada.

Por un momento no sabía ni qué hacer. Pero luego en un costal de esos de manta, de los de harina, metí una cobija, una sábana, tres vestidos de cada niña, todos los calzoncitos que tenían, dos fondos míos, tres vestidos, los pañales de Trini; era todo. Les di de cenar a los niños y ya cuando terminé de darles mandé a Mariquita a hablarle a María. Luego mandé a Concepción con mi amiga Herlindita a ver si me compraba mi reloj en 80 pesos.

Y para eso, me había metido en una tanda de 400 pesos. Tenía como una semana de haberla recibido. Cuando la recibí me compré el reloj y me compré una chamarra y me fui a Puebla un domingo con mi comadre Angélica y las niñas. Así es de que todavía me quedaban como 40 o 50 pesos.

Cuando llegó María le dije:

—Me voy a ir.

—¿Para dónde? —me dice.

—Pues no sé, pero yo me voy, para que luego ya así digan… No que nomás ahora cualquiera viene y mete mano… parezco pila de agua bendita.

—Pero, ¿a dónde vas a ir? Mejor no te vayas.

—No, yo ya no me voy a quedar aquí.

Roberto llegó y como también andaba disgustado conmigo no me preguntó ni a

dónde van, ni nada. Herlinda no me compró el reloj porque no tenía los centavos. Yo agarré nomás a las niñas, agarré mi costal y me salí. Pasé con mi comadre Angélica, y me dice:

—Bueno, ¿a dónde vas a ir?

—Pos no sé, pero ni modo de quedarme. Ya ves cómo están aquí las cosas.

—Pues mejor no te vayas…

Estaba yo platicando con ella cuando pasó mi tía Guadalupe, y que me quería regañar, y yo ya estaba tan aburrida que le digo:

—Ni estés fregando ahorita, ya me fastidié de todo, ya me cansé de que todos me estén regañando.

—Ve… ¡voy a creer que seas así!

—Oh —le digo—, no estés fregando, pos parezco tu hija. —Nunca le había hablado así a mi tía.

Y ya entonces nomás agarré mi costal y me fui en un camión para la terminal de los autobuses. Allí el único camión que estaba allí era el de Acapulco.

Compré mi boleto y me subí con mis tres niñas.

Me subí al camión, parecía que había robado porque iba con un miedo, ¡hum! Me tocaba el asiento 13 y yo me había sentado en el asiento 12. Ya para salir el camión el señor que le correspondía el 12 me dice:

—Éste es mi asiento.

—Está bueno. —Yo estaba tan nerviosa, tan desanimada, que dije: "Qué más me da un asiento que otro". Cuando me subí al camión había un muchacho, jovencito, no ha de haber tenido ni 16 años. Y desde que subimos me dice: —¿Para dónde va? —Y le digo: —Pues para Acapulco.

—¿Tiene conocidos allá?

—No, no tengo a nadie.

—Pues está como yo. Yo me le vine a mi papá y voy a ver si está una madrina mía. Mi papá es agente federal.

Tenía unos chocolates y agarra y me ofrece. —Ay —le digo—, muchas gracias. —Pero yo no tenía ánimos de hablar con nadie, yo quería estar completamente sola.

—Si quiere me paso a una de sus niñas para que no vaya tan apretada.

—Uy —le digo—, pero las niñas no se quieren pasar con nadie. Gracias de todos modos.

Fue cuando Baltasar se subió y yo tuve que moverme. Yo no le veía todavía la cara, ni nada, pues yo adelante y él atrás no podíamos vernos. El otro muchacho seguía platicándome.

—Mire, tenía una novia que me regaló un anillo… —Y luego me enseña unas boletas de empeño. Una era por 1500 pesos, de un anillo. Y dijo que tenía bastantes centavos. Y yo pues qué le iba a poner atención. Luego en una parada que hizo el camión me invitó un café. No bajé, me quedé con las niñas; iba yo bien apretada, en un solo asiento con las tres y tenía dos cargando en las piernas. Luego Baltasar me recuerda mucho a ese muchacho; dice que desde que me subí al camión subí con él y pensó que el muchacho

ése era el padre de mi hijo.

Baltasar todavía no había hablado conmigo. Pero luego me dijo:

—Páseme a una de sus niñas porque ya va a pasar el inspector y le va a cobrar boleto.

Y yo dije: "¡Donde me cobre boleto va a ser la arruinada!" Así es de que le pasé a Violeta el resto del viaje.

Me quedé con las otras dos. Yo había empezado a llorar desde que salimos. Fue el momento que más desgraciada me sentí yo, esa vez sentí yo que era la más infeliz de las mujeres. Si no hubiera tenido a mis hijas me hubiera borrado del mapa. No era la primera vez que había yo pensado así. Una vez de chica ya tenía yo un paquete de "La última cena" en agua, ya me lo iba yo a tomar, pero salió mi papá a ver qué es lo que hacía yo afuera, que si no, sí me lo hubiera tomado. Esa vez todavía estaba yo en la escuela y no me acuerdo qué me había dicho mi papá, creo que me había regañado y me sentí bastante aburrida sola. Mi papá se asustó mucho. Si él no se hubiera dado cuenta que me paré de la cama y me salí quién sabe qué hubiera pasado.

Luego con Crispín nomás de ver mi situación pos me daba desesperación. Así de desesperada me sentía durante el viaje a Acapulco. Sentía que para mí se había acabado todo. Me sentía desilusionada de la vida, desengañada, porque la vida es una mentira nada más y que las puertas se me habían cerrado. Ora que sus hermanos de uno le echen en cara lo que uno es, pos también es triste, lo mismo que cuando le echan a uno la culpa injustamente. Es que una cosa que no me gusta es que mis hermanos me corrijan a mí mi vida, y otra, que me toquen a mis hijos. Eso me enciende a mí, me prende como cuete. Porque yo veía lo que estaba pasando con los hijos de Manuel. Que si va Roberto y dice: "vámonos acá", pos se van. Y si va Consuelo y dice: "pos vente pa'cá", vámonos. "Y mañana te vienes", pos también. Así que era un desbarajuste ahí con esos hijos. Y eso es lo que ellos quisieran, o hubieran querido hacer con las mías, pero yo nunca les he permitido nada de eso, por eso es por lo que más discutíamos, pues decían ellos que conmigo nunca se podía hablar, nunca se podía congeniar, porque soy muy enojona.

Yo digo que tocante a mi carácter soy la peor de mis hermanos. Es que yo soy muy rencorosa y no tan fácilmente, ora sí, que olvido. A mí me hacen una cosa y nomás dejo de hablarles. Y más cuando es una cosa injusta, más los odio y prefiero por eso no hablar. Dalila dice que, de todos, los mejores éramos yo y Manuel, los más callados. —Han de ver —dice— cuando nos enojamos, ésa con lo que se desquita es con no hablar, así se la esté llevando la fregada, pero no habla.

Quisiera ser como otras mujeres, como mi tía y mis madrastras, que han sufrido bastante y se han sabido aguantar como las meras machas. Pobrecitas, han llevado muchos sufrimientos y sin embargo no ha sido para que se tiren a la perdición, han sabido ser resignadas. Porque otras sufrimos y nos desesperamos y gritamos, pegamos… en fin, hacemos locura y media cuando se nos llega el momento de un sufrimiento grande, porque no sabemos aguantar, no estamos preparadas, pues, para aguantar una cosa así. Somos muy locas… como yo, luego luego pensamos en irnos. Ya ven, yo

agarré a mis hijas y me fui sin siquiera saber qué es lo que iba a hacer. Ya hasta que estuve en el camión, saliendo de México dije: "Y ahora… ¿adónde voy, para dónde voy a jalarle, qué es lo que voy a hacer?", porque centavos no llevaba suficientes.

Casi al final del viaje me preguntó Baltasar:

—¿Pa' dónde va?

—Pues yo, pa' Acapulco.

—¿Tiene familiares allá?

—No, no tengo a nadie. Voy a trabajar.

—Pues si quiere yo tengo una parienta que tiene un restorán, una tía, y si quiere la acomodo por lo pronto. Allí la comida no le falta para las niñas.

Yo pensaba: "De lo que sea puedo servir allí, aunque sea lavar trastes". —Yo veré —le digo—; pero yo lo que quiero es trabajar.

—Pues vamos a ver ahora que lleguemos le voy a hablar a mi prima.

Y ya pasó. Y llegamos a Acapulco. Bajamos y me dice el otro muchacho: —Mire, allí hay una casa de huéspedes. Si quiere quédese allí.

Y me dice Baltasar: —Siempre se va a venir conmigo, ¿o no?

Así es de que estaba yo entre los dos y yo dije: "Pues ahora, ¿con quién me voy?" Me puse a pensar, este muchacho trae centavos y trae como quien dice compromisos encima. Adonde me vean a mí con este muchacho van a decir que yo pues… que no soy amiga, que yo hasta puedo ser su querida. Y luego a la mejor éste robó las boletas o el dinero y luego a mí me vayan a culpar. Baltasar tampoco se veía muy bien. Traía camisa y pantalón corrientes, sucios, arrugados —después me contó que había estado tomando por dos días—, zapatos mocasín de lo más corrientes. Tenía toda la camisa desabrochada y toda la panza se le estaba viendo. Tampoco me gustó un arete de oro que traía en su oreja derecha. Con eso, su pelo largo y chino, sus dientes de oro y sus ojos grandes saltados, como de sapo, parecía, como dice Manuel, algo exótico. Pero tenía más edad que el otro muchacho y me daba más confianza.

Yo pues no sabía qué decir, me daba pena con los dos, pero le dije a Baltasar: —Pues vamos a ver a su prima. —Y al otro muchacho para que no se sintiera, pa' que viera que a ninguno de los dos les tenía aprecio, le digo: —Véngase, mientras vamos a tomar un café.

—Bueno, pues, por allí los alcanzo, voy aquí a comprar unos cigarrillos. —Jamás lo volví a ver.

Y ya fuimos allá al restorancito que tiene la prima de Baltasar y ordenó unos cafés. También él se hallaba en dificultad, porque él andaba de aventurero; traía un carro de redilas y salía fuera de Acapulco. No tenía casa, dormía en el camión y comía en el camino. Así es de que él me platicó pues que se hallaba en esa situación. Ha de haber dicho: "Bueno, ya me puse a ayudar a esta mujer, ¿dónde la voy a meter?" No era que no tuviera familiares allí porque tenía a su mamá y a su padrastro, a su papá y a su madrastra y no sé a cuántos medios hermanos, medias hermanas, tíos, primos, tías y primas. Pero pues no con todos se llevaba bien y a él no le gusta pedirles favores.

En eso pasó su tío Pancho y habló con Baltasar por allá a solas. Y luego nomás dice

Baltasar: —Véngase, vamos aquí a la casa de mi tío. —Y pues allí yo fui como res al matadero.

Bueno, me puse a pensar: "Si veo algo malo, pues luego luego pego el grito, ¿verdad?"

Así es de que nomás descansamos un ratito en casa del tío y luego Baltasar ya nos llevó a la Quebrada, al Malecón, a varias partes. Luego supe que había vendido su radio a su primo por 80 pesos para tener dinero para gastar en nosotros. Yo todavía no podía ver claro y todavía no me podía dar cuenta cómo era Baltasar. Estaba como trastornada, no estaba lo que se dice en paz, pero sonreía y me reía. Lo que decía dentro de mí era: "Gracias a Dios de que hayamos llegado con bien". Y eso era todo.

Yo tenía bastante desconfianza porque esa misma noche que nosotros llegamos, el mismo día, dijo Baltasar que tenía que salir creo para Acopana. Me dijo que no tenía por qué preocuparme, que su tío era muy buena gente. Me llevó carne, me llevó manteca y masa. Y luego me dice:

—Tenga, por unos días mientras vengo. Si algo necesita dígaselo a mi tío: —Y me dejó 20 pesos.

Pancho me prestó un catre. Yo me acostaba en el catre. Las niñas en el suelo a un lado y el tío en el otro lado. Ya después me di cuenta que sí era buena gente y nunca me molestó. Luego me enteré que le había dicho a Baltasar que me quería para él pero Baltasar le dijo que no porque ya había pensado que fuera para él. Cuando Baltasar regresó se acostaba en el suelo cerca de las niñas y no me tocó el punto de que me acostara con él.

Yo siempre decía, yo me pensaba, pues éste va a esperar algo en cambio. "Pos el padre de mis hijas me exigió un pago, pues con cuánta y más razón otro." Yo cada noche pues sentía recelo de quedarme en medio, bueno no en medio, sino en una sola pieza y con dos hombres. Yo decía: "si no es uno, es el otro el que me va a dar aquí el brinco". No podía yo ni dormir. Yo con tanto calor yo me estaba asando, pero no me quitaba nada, pos siempre… ¿no? Sentía yo un ruidito… y despertaba, decía yo: "a la mejor ya se me subió uno aquí en el catre".

Pero Baltasar, ahora sí que fue un hombre como ninguno. Porque fíjese, él duró como 18 días sin que me tocara y pasándome gasto.

Yo le dije: —Mire, yo lo que quiero es trabajar, yo no quiero ser una carga para usted. Me da bastante pena que usted me esté manteniendo sin yo hacer nada.

—Si quiere usted —me dice—, le pongo un puesto de fruta, o jitomates. Si usted quiere irse después, pos ahí usted sabe.

Y así quedamos. Cuando regresaba de sus viajes nos llevaba a la playa, o al cine. En las noches dormía en el suelo junto al catre pero guardando su distancia. Hablábamos en la oscuridad y fue cuando le conté de mi familia, y yo supe de su vida.

Nació en Acapulco pero había ido de un lado para otro, a muchos pueblos y ciudades con sus padres que batallaban mucho para ganarse la vida. A dondequiera que iban su mamá ponía un puesto con comida en el parque y él y su padre que era periodiquero vendían periódico en un puesto. Baltasar trabajó desde muy pequeño, desde que él

recuerda; primero cuidando a sus hermanos y hermanas mientras sus padres salían a trabajar; luego, cuando tenía como siete años, vendiendo periódico, acarreando agua, pescando, tejiendo huaraches, en fin, haciendo todo lo que sus padres querían. Como cuatro veces lo mandaron a la escuela pero nunca dilató más de 12, 15 días, porque lo corrían por peleonero o porque usaba malas palabras.

Tenía como 13 años cuando se enteró de que su padre era no precisamente su padre sino su padrastro. Fue muy malo con él y él cree que sea porque no era más que su padrastro. Lo trataba peor que a los otros. Le pegaba por cualquier cosa, por andar jugando en lugar de trabajar, porque no le daba todo lo que ganaba, por pedir de comer… Le daban tres pelas por día de menos, en el desayuno, en la comida y en la cena.

Cuando vivían en Puerto México se iban a vender el periódico a la estación. Algunos trenes como el de México llegaba a las 12 de la noche, una o dos de la mañana. El padrastro, ya hombre, se divertía en un salón de billar y a Baltasar lo dejaba cuidando la paca de periódico y como por pequeño no podía entrar a los billares lo dejaba afuera como perro cuando cuida al amo. Tenía que entregar el periódico atravesando cañadas y nopaleras llenas de cocuyos, o el cementerio, y el pobrecito tenía miedo de los animalitos, de los fantasmas y de la oscuridad. Un día que tuvo que ir a entregar un periódico, muy lejos y atravesaba un arroyo, le salió al paso, se le atravesó un hombre que no tenía cabeza. Y ahí sí se espantó, pero no pudo regresarse porque tenía más miedo de que le pegara su padrastro que de lo que había visto. Así que siguió caminando, entregó el periódico y regresó a su casa.

Le pegaban tanto que hasta los extraños se compadecían de él. Una vez en Cuernavaca unos hombres le compraron un boleto para mandarlo de regreso a Acapulco con sus familiares. Pero el padrastro lo vio cuando estaba en el camión y se lo jaló. Luego lo castigó y no le daba de comer. Su mamá tenía que robarse las tortillas en su casa para dárselas como si hubiera sido un extraño.

Cuando tenía nueve años se dedicó a aprender en el rastro en las mañanas y luego por las tardes se iba de aprendiz a una panadería. En el rastro le pagaban 50 centavos y un pedazo de carne y en la panadería le daban pan. Así ya no tenía hambre y aprendió los dos oficios juntos. Luego Baltasar se enfermó y cuando sus papás se fueron a Cuernavaca lo dejaron con una tía hermana de su mamá, hasta que se aliviara y pudiera hacer el viaje. Fue entonces cuando le perdió todo el cariño a su madre por haberlo abandonado con la tía. La tía era de esas gentes que únicamente le interesaba tener dinero en la bolsa y nunca sacar para gastar. Por el puro interés tenía allí a Baltasar para que trabajara para su hijo en el rastro. Trabajaba todo el santo día lavando y secando las tripas y las panzas de las reses y llevando el desperdicio a la basura. Todo lo que le daban de comer era un taco. Le pegaban cuando decía que tenía hambre o cuando lloraba y decía que quería volver con su mamá. Su mamá le mandó dinero para su boleto del camión pero la tía se lo embolsó.

Luego un día Baltasar tuvo un pleito con su padrastro porque le iba a pegar a su mamá con un martillo, ella estaba tomada y no se podía defender. Entonces corrieron a

Baltasar de su casa y fue cuando ya él se valió por sí mismo. Cuando tenía 12 años agarró un empleo en el rastro por 50 centavos diarios. También le daban tripas que él limpiaba y dejaba secar para poder comer cuando no tenía dinero. Dormía en la playa con otros muchachos. También pescaban y guisaban los pescados en la playa; allí se tendían por la noche tapados con periódicos. Él se lavaba él solo su camisa y su pantalón, los tendía en una roca caliente y se bañaba en el mar mientras se estaban secando. Era una vida muy triste. Se sentía como huérfano pues no tenía quién le hiciera de comer o lo cuidara.

Él no vio a su verdadero papá sino hasta ya cuando tenía 16 años. Era pescador y vivía en otro pueblo. Era buena gente y recibió bien a su hijo pero él no volvió a verlo a él y a su madrastra y a sus medios hermanos sino hasta muchos años después. Baltasar había tenido muchas mujeres pero ninguna supo darle un hogar. Él decía que no lo habían comprendido… todo lo que él pedía de una mujer era que ella sólo fuera para él, que le lavara su ropa, que le tuviera lista la comida a su hora y que cuando viniera a la casa borracho le quitara los zapatos, lo acostara y se olvidara del asunto.

La primera noche que Baltasar y yo dormimos juntos parece que todo estaba previsto. Diario se quedaba su tío allí y esa noche no sé por qué no se habrá quedado. Ya era mucho yo creo para Baltasar. Y yo ya estaba en espera de eso. El caso es que yo estaba allí en el catre y él estaba en el suelo. Estaba muy oscuro.

—Marta —me dice—, quiero hablar con usted.

—Pues dígame —yo desde mi catre y él en el suelo.

Dice: —No… venga.

Yo en cuanto me dijo eso, dije: "Hum, pues es lo que él quería, lo que él esperaba". Y agarro y le digo: —No, pues desde aquí le puedo oír. —Yo haciéndome tonta, pero ya tomaba conocimiento de todo.

Y luego dice: —No… mire… yo ya estoy cansado de andar pa' arriba y pa' abajo. Si usted quiere vivir conmigo, yo no puedo ofrecerle mucho. Poco, pero no se quedará sin comer.

Le digo: —Este… no… pero es que yo… me tengo que ir… tengo que esperarme… pero… no puedo. —Yo sabía que yo iba embarazada y ni modo de decirle. ¿Pos tras de traer tres hijas todavía con otro? No.

—Bueno, pues dígame el motivo. ¿Que se le vino al marido? —Porque él estaba creyendo que yo con este Crispín tenía de separada poco.

—No, es que no… No, no puedo.

—No sea tonta —dice—, mire, quédese usted y si ve que no le convengo, pues usted me dice. Y si no me conviene usted, también yo le digo. Es como una prueba que me va usted a poner. Porque yo con una mujer… pues… mujeres no he tenido desde hace tiempo.

"¡Uy, la acabé de fregar! —me dije—, pues con mayor razón éste va a querer, ya tanto tiempo sin mujer." Me quedé callada y ya se me iba a salir decirle: "estoy embarazada", cuando me dijo él inmediatamente:

—¿Por qué, por el nene que va a venir?

Y yo como con él he sido muy, muy franca, no como con Crispín, le dije:

—Pues sí, sí es por eso.

—Pues ahora lo que tiene que hacer es no irse, no vaya a pasarle algo, hasta que la criatura nazca con bien. Porque esas criaturas no tienen nada de culpa. Lo mismo me pasó a mí. Mi verdadero padre nomás dejó embarazada a mi mamá. Nunca volvió a saber de mí… fue otro hombre el que cargó con la obligación de criarme y yo quiero pagar eso aunque sea con otra persona. Yo no tengo celos de su pasado. Lo que ha quedado atrás no importa, lo que está por venir es lo que me interesa.

Ya para esto yo me iba acercando con él, ya me había bajado del catre.

—Estése quieto —le digo—, porque va a despertar la niña. —Ya estábamos en el suelo. Y luego le digo: —Usted es como todos, que siempre buscan el pago.

—No, no —dice—; a mí no me caduque de eso. Yo lo que quiero, lo que yo trato es de vivir con usted.

—Bueno, si yo no quisiera, de todos modos tendría que darle su pago, ¿no?

—No, no lo tome así, que así no es eso.

—Pues yo no lo tomo de otra manera. —Y luego agarró y que me abraza. Nunca me había abrazado, ni besado, mantenía su distancia. Y yo sentí que se me subió la sangre. —Estése quieto —le digo.

—No, pues lo que ha de pasar, que pase de una vez.

Y total, que pasó. Y lloré. Le digo: —Yo no pensaba que usted fuera a ser así. Si todo lo que me ha dado algún día se lo iba a pagar. No iba a ser de regalado. Yo no crea que vine a eso… a ganarme el dinero con el cuerpo. Ahora llevo un hijo adentro y no quiero que vaya a salir mezclado con otra sangre. Pa' haber sabido que esto iba a pasar, desde el primer día me habría retirado de usted.

Desde ese momento ya no quiso dejarme. Ya no trabajé. Ya después con mayor razón me daba mi gasto, me llevaba mi carne. Ya después buscamos casa.

Allí en Acapulco fue una vida tan tranquila. Tuve la suerte de milagro en llegar a conocer a Baltasar, sobre todo porque el día de nuestro encuentro por poco pierde él el camión. Poco a poco, con el tiempo, le fui tomando cariño. Dice el dicho que "los hijos y los maridos por sus hechos son queridos". Baltasar era bueno y generoso y aunque les gritaba a las niñas lo hacía para evitarles el mal, para que no agarraran malas costumbres. Me di cuenta inmediatamente que él era diferente de los hombres de la Ciudad de México. A él le gustaba ayudar a uno en los quehaceres domésticos. Llega, prende la lumbre, se pone a guisar, les da de comer a los niños. ¡A lo que otros! Si lo vieran cómo luego me ayuda dirían: "Pos para qué quieres a la mujer, pos mejor estáte viviendo solo". Él, por ejemplo, si yo no puedo salir, agarra y se va al mercado y se pone a comprar. Pero los otros, como Crispín, no. Son muy delicados, pos cómo van a andar en el mercado con una bolsa, les da vergüenza. En cambio Baltasar cuando salimos no le da vergüenza cargar a los niños. Desde un principio él me daba todo el dinero y me hacía las cuentas de todo lo que gastaba.

Todas estas cosas Crispín nunca las hizo. No sé, pero todos los hombres que

conozco de la capital nunca tratan así a sus mujeres.

Antes de que estuviera yo con Baltasar me sentía triste. Ya con él me sentía yo como quien dice… me daba un poco más de valor, porque al menos tenía un respeto. Antes yo pasaba una vida de madre soltera muy desagradable, porque hasta mis hermanos me decían que era una puta, o con cualquiera me andaban ya casando, y no faltaba, ¿verdad? Y en cuanto a Baltasar, pues no me molestaba mucho. No como Crispín que nomás quería diario, diario y de muchas posturas. No, él no andaba con payasadas. Él, muy normal. Pero cuando yo me le negaba, me decía: —Pos si tú no me das, nalgas por dondequiera las encuentro. —A veces me negaba, pero por lo general lo hago, quiera yo o no.

Creo que a Baltasar no lo quise como ora a Crispín, pero nos llevamos mejor. Puede ser que haya sido porque yo ya no tenía miedo… porque sabía cómo defenderme. Tenía más libertad de decir y hacer lo que yo quería y agarrar lo que me gustaba. Podía voltear la casa al revés y ni quién me dijera nada.

Y con Baltasar no ando con rodeos. Tengo esa confianza que hay veces que de plano se las suelto. Le he dicho: —Ya estás viejo, así es de ¿qué puedes esperar? El día que tú me aburras te mando mucho a la fregada. —O: —Ni creas que me voy a morir de pena si tú te vas con otra. —Él me dijo que desde que me vio me quiso, pero yo le dije de plano que yo no, como cuando quise a Crispín. ¿Por qué le iba yo a decir que lo quería si no era así? Y porque no le hablo yo con rodeos me dice que soy remula, que soy cruel, que tengo corazón de piedra o en mi pecho un nido de hiena.

Es verdad que yo quise a Crispín desde el primer día que nos vimos, desde el día que me habló. En un principio a mí me cayó bien su modo de ser. Pues me gustó por simpático, por tratable, porque no era tan plebe como los otros. Los otros eran muy groseros, en su vocabulario se dan a conocer lo léperos que son. Y él no, él siempre habló muy correctamente conmigo, nunca anduvo diciendo majaderías. Crispín tenía una cara muy bien hecha, orejas de ratón muy chiquitas, ojos cafés claros, nariz pos muy menudita, bajito de estatura, más bien delgado. En su modo de vestir era diferente a los demás. No le gustaba andar muy pachuco, ni pelarse como tarzán, ni nada. Vestía correctamente, andaba muy limpio. En el modo de vestir, en el modo de ser pos siempre se da uno cuenta quién tiene un poquito más de educación. Su pantalón de trabajo, su overol, siempre los traía limpios, y los días domingos siempre se cambiaba, traía pantalón de casimir y bien planchado y camisa blanca. Era el único que resaltaba entre su palomilla; siempre estaba en la bola, pero no se revolvía; juntos, pero no revueltos. Y en ese tiempo no le gustaba eso de tomar ni fumar.

Baltasar era todo lo contrario. La verdad es que era muy corriente. Habla siempre con groserías y a gritos. Yo en el camión por lo regular nunca hablo, no me gusta ir platicando porque siempre toda la gente nomás va abriendo la boca a ver qué dice uno. ¡Y él con sus gritotes! Claro que me da vergüenza. ¡Y luego su modo de comer! Cuando hemos llegado a comer así en reunión de nosotros, se pone a comer y truena la boca. Y no le digo nada. Pero ya yéndonos nosotros pa' la casa y luego regaña a las muchachas porque al masticar hacen ruido, "parecen puercos", les dice, yo le digo: —Y tú, ¿dónde

te quedas?, hasta vergüenza da sentarse contigo en una mesa, tú no te sabes portar como la gente.

Y cada rato le estoy corrigiendo sus actos. Cuando va con la camisa desabrochada: —Abróchate, Baltasar, ¿qué no te da vergüenza? —Y él dice: —Es lo mismo… yo así estoy acostumbrado, qué le importa a la gente. —O: —No, Martita, yo ya soy viejo. —Ésa es su disculpa cuando corrige a las muchachas. Dice: —Yo ya voy para abajo, las muchachas que se enseñen, que van para arriba.

¡Y eso del arete! Cuando vamos en el camión, se sube la gente y se le queda viendo. Luego luego empiezan los susurros. Nomás se oye "bs, bs" y voltean. Luego le digo: —¡Ay!, tú con tu famosa arracada, ya mejor ponte la otra, ya tienes cara de joto. —Luego dice él que es promesa. —¡Qué promesa! —le digo—, tú nomás andas de payaso, te gusta que toda la gente se ría de ti. —Y todo esto me da vergüenza y coraje.

Baltasar me decía: —Escribe, escribe pa' tu casa, vayan a estar con pendiente. —Pero yo tenía tanto coraje con mi papá que le decía yo: —Pues yo ni tengo a quién escribirle. —Pero Baltasar me insistió tanto que a los dos meses y medio escribí. Mi papá contestó luego luego. Y la segunda vez no escribió sino que vino él personalmente.

Mi papá no faltaba nunca en su trabajo, solamente que estuviera muy enfermo y no pudiera caminar. Si mi padre no estaba allí para abrir el café, nunca lo abrían a la hora debida. Por eso es que su patrón lo aprecia y lo ha tenido allí tantos años. Le tenía confianza con el dinero y con todo y yo siempre había creído que era el encargado. Hasta hace poco que vi unos recibos de sus cuotas del sindicato y decía ahí que es mozo. Y cuando a mí me preguntaban las amigas en qué trabajaba mi papá yo les decía que era el encargado de un café.

Luego vino Roberto porque me trajo algunas de mis cosas. En un principio estaba como muy serio con Baltasar, preguntándole sus intenciones conmigo y todas esas cosas. Baltasar le dijo que él me quería lo mismo que a las niñas: —Si quiero el palo tengo que querer las raíces —le dijo.

Yo creo que Roberto quedó contento y eso fue todo. Pero desde un principio a Baltasar no le gustó la forma como Roberto me agarraba del brazo, o me pasaba su brazo por la espalda, o me agarraba la mano cuando íbamos andando. Mi hermano y yo siempre hablábamos con un idioma secreto, especial, y noté que molestaba mucho a Baltasar. Me dijo que no le gustaba y yo le dije que en México así era. —Bueno, pon tú que en México se use, pero ya no estás en México, estás en Acapulco. Aquí si te ven abrazándote con un hermano o jugando de manos con él, aquí es malo, la gente piensa mal.

Me dijo que él ya estaba "quemado". Una mujer con la que él vivía, a un querido que había tenido lo presentó como hermano. Él sabía muy bien que Roberto sí era mi hermano por mi papá, ¿no?, pero ya estaba escamado.

¡Fíjese! Cuando nació el niño, Baltasar ayudó a la partera para que pudiera tenerlo. Me costó mucho dolor. Salió la cabecita pero lo estaba ahorcando, se quedó detenido porque yo sentía que ya no podía seguir adelante. Baltasar estaba muy apurado y por lo pronto no sabía qué hacer pero luego me apretó el cuello, las cuencas. Me dijo después

que eso lo hizo para que yo aflojara y el niño pudiera salir. Grité del dolor, me dolió mucho, pero ya así nació el niño. Baltasar estuvo enojado algún tiempo porque decía que el niño era igualito a Roberto mi hermano.

Baltasar le amarró el ombliguito, limpió al nene y enterró la placenta. Él hizo todo y cuidó de los otros niños. Al día siguiente Roberto y María Elena llegaron… mi papá los había mandado para que ayudaran a cuidarme… pero ellos se fueron a bañar al mar todo el día. A Baltasar no le gustó el asunto y quería que mejor se fueran. Antes de que se regresaran Baltasar les dijo que se pensaba casar conmigo por la Iglesia. Roberto se puso serio y le dijo que lo pensara bien y María Elena también que lo pensara porque para casarse conmigo necesitaría él saber todas las reglas de la Iglesia. Él le dijo que cómo se ponía a decir eso si con trabajos sabía leer. —Yo sé que soy católico porque voy a la iglesia, porque creo en un santo y me encomiendo a él y para más no sé ni persinarme —le dijo a María Elena.

—¡Uuuuuh… entonces le va a faltar mucho pa' casarse! —María Elena es la más católica de la familia y sabe todas estas cosas. Él se desanimó pero le dijo: —Ahí dirá Dios cómo le hacemos… Por lo pronto voy a tener que casarme por el civil para poder adoptar a las niñas como de mi legítima propiedad. Quiero la "factura" para que este hijo de la chingada de Crispín no se las pueda llevar. Porque el señor Jesús me había dicho que Crispín andaba buscando a Concepción y yo me enojé porque se espantó la niña; no lo quiere al padre y se puso a llorar.

No era que Baltasar haya tenido celos de mi pasado y nunca me champaba, me reprochaba nada. Pero él temía que Crispín me buscara con el pretexto de ver a la niña. Luego decía: —¿Pos qué tanto quiere contigo, pos qué cabrones quiere… o anda tú qué lo prefieres a él? Y el caso es que no has vivido con él y ya tienes cuatro chamacos, ¿cómo está eso? ¿Qué, es tu padrote, o qué? Si viene por aquí, con un cuchillo voy a partirle la madre a ese cabrón… Y por qué Roberto yo no sé por qué ora con tanto garbo no quiere que me case contigo, ¿qué… quiere algo contigo, o qué? ¿Pos él qué tiene que decirme?

Yo me enojaba y le decía que estaba loco. Sí nos enojábamos porque yo no me dejo que me anden haciendo como les da la gana, pero por lo general era buena gente. Hasta cuando estaba borracho llegaba a la casa de buenas. Sólo me ha pegado dos veces allá en Acapulco.

La primera vez fue por unos hermanos canijos. Estaba yo recién junta con él, todavía no nacía el niño. Llegaron unos hermanos de él que tenían tiempo de no verse. Ya les calenté la cena y se salieron ellos ahí a comer. Él a mí no me dijo en ese momento: "siéntate aquí, vieja", o nada, nada. Se agarró platique y platique con ellos. Yo dije: "nadie debe de meterse en lo que no le llaman". Yo vi que estaban platicando, recordando los viejos tiempos, hablando de cosas que yo ni sabía de las mujeres que ha tenido Baltasar. Pos como a mí no me llamaban agarré y me metí. Así es de que cuando se despidieron ellos estaba yo acostada. Me dijeron "hasta mañana" y no les contesté, me hice la dormida. —Ésta como es de México —dice Baltasar— ya está acostada, dispénsenla. —Y ya se fueron ellos. Y no me dijo nada ese día.

Al otro día llegó borracho y luego empezó: —¿Acaso cuando viene tu familia yo le hago un feo? Tú en cambio, un rato que estuvieron mis hermanos no pudiste atenderlos como debía de ser. Ahí lo dejaste a uno como perro. ¡No, cabrona, cuando vengan mis hermanos, atiéndelos! —Y me dio dos cinturonazos. Yo sentí coraje, y no pude desquitar mi coraje, como él estaba borracho, borracho sí me da miedo de que me vaya a dar un mal golpe. No le dije nada. Nomás chillé y que empiezo a arreglar mis cosas.

—Estás muy tarugo si crees que yo me voy a estar aguantando lo que no tengo obligación de aguantar. No tengo ninguna necesidad de aguantarte a ti tus golpes. Si al padre de mis hijas lo dejé por eso, ¿qué me espero yo de ti? Ni que fueras mi marido.

Y entonces sí me le solté, le dije sus claridades, pero de ahí no pasó. Al poco rato fuimos al cine, según él pa' encontentarme.

La segunda fue otra vez que llegó borracho. Esa vez había comprado un marrano, bueno, fiado, y quedó de que cuando lo matara y entregara la carne, pagaba los centavos. Allá en el Ayuntamiento le recogieron el marrano por no haber sacado permiso para matar, lo recogieron en canal. —Fíjate —fue y me dijo— que me lo recogieron en canal y me cobran multa.

La lonja de donde se sacan los chicharrones ahí la llevaba. Le digo:

—Ya te recogieron la carne, a la mejor te recogen también la lonja.

—No, que quién sabe qué, que quién sabe cuándo, que me hacen los mandados…

Y que agarra y que se baja con la lonja. Y siempre ha sido mi pleito porque no es responsable de sus actos. Y dieron las cuatro, dieron las cinco, dieron las ocho y no aparecía Baltasar. Dije: "Pues ya lo metieron al bote con todo y marrano… en el bote ha de estar".

Y me acuerdo rebién que ese día había yo hecho chocolate. Ya había nacido Jesusito. Ya se había dormido Trini. Y luego le digo a Violeta —porque a Concepción no la tenía yo, estaba en México visitando a su abuela—: ¡Ay, hija, tu papá no viene! Vamos a buscarlo, después venimos a cenar. A lo mejor ya éste está en el bote y nosotros acá sin saber.

Ya me bajé yo con Violeta y dije: "voy a empezar por las cantinas". Fui al billar y vi que no había nadie. Le decía yo a Violeta: —Asómate, hija, por debajo de las puertas, asómate a ver si no está tu papá. —Y no. Yo no sé cómo voltié y vi a Baltasar saliendo de una cantina. Y me dio mucho coraje. Dije: "¡Sangrón!, yo pensando que estás en el bote y estás aquí metido". Después agarré y le digo a Violeta: —¡Espérate, voy a ver a dónde se dirige ese canijo! —Me estuve ahí parada cuando vi que se arrimó una muchacha con este Baltasar, y Baltasar agarró y le echó el brazo a la muchacha. —¡Ah, este recondenado me la paga! —le dije yo a Violeta. Estábamos a una cuadra de distancia y que agarro y que me dejo ir sobre donde ellos estaban, y ya cuando iba yo llegando la muchacha se fue. Y ya me esperé otro rato a ver si se iba pa' la casa. Y no, vi que sacó dinero y le dio a un amigo que estaba con él y que paran un coche y que se van. Se dirigieron a la zona roja.

Me fui yo para la casa. Yo ya había sacado toda mi ropa y tenía yo una alcancía y había yo juntado como 100 pesos. Dije: "Ahorita me largo… este canijo viene y ya no

me encuentra. Tras de que anda de borracho, todavía anda con las viejas".

Y que llega, que toca, y luego que abro. Lo primero que me dijo: —Ay, viejita, ora sí vengo muy tomado. —Y yo en lugar de contestarle otra cosa, o de quedarme callada, le digo: —¡Y a mí qué hijos de la chingada me importa! —¡Uy!, que se reteenoja.

—¡Cabrona! ¿Cuándo me has contestado tú así?

Fue cuando me dio la bofetada. Después le dije que me iba a ir. Me dejó hacer mis maletas y todo. Pero ya cuando me vio que me iba a salir me las rompió con el cuchillo. Yo dije: "Orita me va a dar una cuchillada". Pos ya ni le menié, ya me quedé yo en paz. Ya nomás duramos un día, dos días enojados. Ya después no hallaba la forma… me llevaba al cine, me compraba esto, me compraba l'otro, y no quería que me diera ni el aire. Y él cree que se me baja el coraje y que ya con eso me compró, pero está loco. Y desde ese pleito yo le he perdido mucho el respeto a Baltasar. Antes no le hablaba yo con groserías, no era tan majadera como soy ahora. Él dice que soy redepravada, que soy muy grosera, pero estoy viendo que si no habla uno, se queda atrás. Como Paula con Manuel, cuando él andaba ahí de enamorado con la otra mujer. Luego le digo: —¿Tú crees que Paula no sufría por eso?

—No, si ni cuenta se dio.

—Tú crees que no se dio cuenta —le digo—, ¡mmm!, es que a veces uno calla las cosas mejor para no hacerlas grandes. No conviene que hagan sufrir a una mujer así.

El hombre, inconscientemente, o dándose cuenta, hace sufrir a la mujer y la mujer no debe quedarse callada: "al que no habla, Dios no lo oye". Si yo soy así con Baltasar, él mismo ha hecho que yo sea así.

Yo estaba bien, contenta en Acapulco, pero mi papá quería que yo y las niñas nos viniéramos, así que le decía yo luego a Baltasar que quería irme pa' la casa. Él no quería salir de Acapulco. Él decía: —Yo no me hallo por allá. Aquí comemos carne diario y pan, no na'más tortillas. Cuando no tengo centavos puedo ir a pescar con mis amigos, o jugar al cubilete o al dominó y sacar 30 o 40 pesos. Aquí siempre tenemos dinero para ir al cine. ¿Cómo me voy a ir a la capital sin dinero, y llegar de perro allá?

Pero yo soy muy terca y le seguí insiste y insiste. Mi papá nos escribió que nos podíamos ir a la casa de la colonia El Dorado porque Lupita iba a dejarlo y a salirse de allí. La loca esa de María Elena seguía dice y dice que su mamá estaba viviendo en pecado con mi papá y que si no se casaban el padre decía que tenían que separarse. A lo mejor por eso es que Lupita se fue, pero yo más bien creo que haya sido porque no pudo aguantar que veía que Dalila ya se había granjeado completamente a mi papá. Casi nunca iba a ver a Lupita y cuando iba nomás era para ver sus palomos y sus marranos.

Así es que mi papá dijo que podíamos vivir allí en cuanto Lupita se saliera y que nos iba a dar por lo pronto un marrano para que Baltasar lo matara y vendiera la carne. Baltasar pensó que era una oportunidad magnífica y se puso a juntar dinero para el viaje. Urdió una mentira para complacerme los gustos a mí. Fue con un amigo que estaba en Salubridad y le pidió una carta que dijera que tenía que irse a México a operarse de una hernia. La hernia realmente la tenía porque el doctor que lo había operado del apéndice

se lo dijo. Se fue con la carta con sus amigos carniceros para ver si podían ayudarle a juntar el dinero. Él tenía en la bolsa pues poco, unos 100 pesos y eso no nos iba a alcanzar, ¿verdad?

Pues luego luego sus amigos le juntaron 150 pesos. Pero como no era bastante, él en el rastro hacía como que no podía trabajar, pa' disimular más, ¿verdad?, y que vieran que el caso realmente era malo. Su amigo el de Salubridad vino y les dijo que sí, que el caso era malo, entonces volvieron a juntar más. Le acompletaron 300 pesos, con lo que ya tenía. Le dijeron ellos que si necesitaba más les mandara avisar y que ellos le mandarían lo que él quisiera.

Pues ya nos venimos rápido. Baltasar quería que tomáramos el camión de las cuatro de la mañana para ahorrar lo de la comida, pero no nos entendimos con el cobrador pues quería cobrarnos 80 pesos nomás por las cosas. Ya nos esperamos allí en la terminal hasta que otro nos pedía 70.Ya entonces Baltasar subió la cama, el chiffonier, todas las otras cosas al techo del camión y nos compró los pasajes a nosotros, otros 46 pesos. Luego hubo más gastos, comida para las niñas, una chamarrita para Baltasar, y una camioneta para poder llevar las cosas hasta Bella Vista. Así es de que siempre resultó costoso, ¿verdad?

Lupita todavía no se iba de la casa de mi papá, así es de que nos quedamos ahí con Manuel y María. En ese tiempo estaban ahí también Roberto y su tal Antonia, mi primo David, su mamá, su mujer y cuatro niños. El cuarto con toda esa gente parecía cuartel, parecía mesón, sobre todo en la noche con todo mundo ahí tirado a la hora de dormir. Dormían con la luz prendida, la veladora, y Baltasar se quejaba de que con todo aquello no podía calmar sus ganas. En Acapulco siquiera echábamos los niños afuera y ya solos hacíamos lo que queríamos. Él no era avorazado y se cuidaba, se detenía porque dice que el cuerpo se castiga con esas cosas, pero pues siempre echaba de menos mis cariños. Ya gracias a Dios mi primo se salió con toda su familia tan pronto pudo encontrar un cuarto para ellos. Luego Antonia dejó a Roberto, pobrecito, y entonces se fue con mi hermana la de "la alta", con Consuelo. Perdió el trabajo que tenía y seguía metiéndose en pleitos y dificultades. Su único consuelo era la botella.

Así es de que allí estábamos junto con Manuel, María y su nenita Lolita en el 64 de Bella Vista. Los otros cuatro niños de Manuel estaban con mi papá y Dalila en una casita que él estaba construyendo en la colonia Ixmiquilpan. Dalila ya había tenido otro niño y a ella le da vergüenza que la empiecen a juzgar.

Bueno, y luego luego empezaron las dificultades. Arreglamos que nosotros íbamos a pagar la renta un mes, y al mes siguiente pagaba Manuel. Pero cuando nos cambiamos, el dueño nos avisó que Manuel debía ya cinco meses y que si no le pagaban le quitaban la pieza a mi papá. Para empezar bien con Manuel, Baltasar se ofreció a empeñar su radio y pagar cinco meses de renta para poder tener dónde vivir. Así es de que Manuel agarró el radio y le dio al dueño 175 pesos, tres meses atrasados, y sepa Dios qué hizo con lo demás del dinero. Él dice que eso es todo lo que le dieron pero Baltasar no lo cree porque el radio valía 500 pesos. Primero yo defendí a mi hermano pero luego Manuel

agarró la boleta de empeño y la vendió y entonces sí me puse del lado de Baltasar.

Ya para eso Manuel y Baltasar eran compadres porque se me ocurrió que mi hermano fuera el padrino de confirmación del niño. Así es de que ahí estaba Baltasar tratándolo con mucho respeto y tratando de reclamar lo que era suyo. Luego le decía: —Pos con el debido respeto, compadrito, deje de estar jodiendo y devuélvame mi radio. —Pero no le hacía cómo lo dijera o cómo lo hiciera nunca volvió a ver su famoso radio ni el dinero tampoco. Manuel había prometido que lo iba a pagar poco a poco, pero antes de que pagara un centavo se le ocurrió que el radio era chueco y pa' qué se preocupaba Baltasar.

Baltasar buscó trabajo en el rastro pero no tenía la licencia que se necesita en la ciudad y no lo aceptaron. También fue a las panaderías pero como no tenía dinero no podía comprar su lugar en el sindicato. Mi papá le consiguió un trabajo en una fábrica, en una cerrajera, pero se salió porque el sindicato era gobernado por los patrones y no servía de nada y nomás le pagaban 12.50 diarios.

Luego en otras fábricas iba a pedir trabajo y le pedían tantas condiciones… que quién era su familia, que si tenía certificado de primaria, que si tenía cartilla de marchar, que si conocía México y que si tenía cartas de recomendación. Él les dijo que no conocía a nadie en la capital y que si no conocía a nadie cómo le iban a dar cartas. Él decía: —No me explico o no me entienden… les he dicho que no conozco a nadie, quién creen que me va a dar carta de recomendación. Y en otros lados quieren "carta o fianza", quién me va a dar fianza si nadie me conoce.

Ya Baltasar empezó a odiar a los mexicanos, a los de la capital. Decía que él los tenía como perros, muy méndigos, muy malos. Que los acapulqueños le daban trabajo a la gente en lo que fuera, sin que tuviera dinero y sin conocerlo, pues si la gente pide trabajo es porque lo necesita. Y que los que habían ido a pervertir Acapulco, a robar, eran los mexicanos. Y ya quería regresarse a Acapulco.

Mi tío Ignacio le decía que se metiera a vender periódicos como él pero cómo iba a vivir con esa miseria. Luego Manuel se ofreció a enseñar a Baltasar cómo vender en Tepito de coyote. Primero Baltasar empezó por vender mi mesa. Con ese dinero compró un montón de camisas usadas en una lavandería. Vendió eso y compró otras cosas. Con los dos trabajando de ayateros el cuarto estaba siempre lleno de espejos, juguetes rotos, ropa usada, zapatos, herramienta y cosas por el estilo. Cuando ya no tenían nada que vender María y yo teníamos que esconder nuestra ropa porque los dos andaban nomás viendo qué agarraban para juntar dinero para el gasto. Un día Manuel le quitó su suéter a Lolita y se lo vendió a un cliente allí mismo.

Luego estuvimos un poco mejor por un tiempo. Ya Baltasar me daba mis 10 pesos diarios de gasto y alcanzaba para comer. Hasta pagamos los recibos atrasados de la luz y ya pudimos prender la luz cuando se necesitaba. Pero luego Manuel no pagó dos meses y nos la volvieron a cortar y ya Baltasar lo dejó así. Dijo que mejor con velas, así María y Manuel cuando llegaban a medianoche no podían prender la luz y despertarnos. Ellos siempre comían en el café de Gilberto y allí se quedaban con Lolita hasta la madrugada.

Baltasar necesitaba capital, así es de que cuando Roberto le pidió prestados 25 pesos

para ir a Acapulco, Baltasar se acordó de sus compañeros del rastro. Yo le dije que estaba loco de mandar a mi hermano a pedirles el dinero. Pero pues Roberto de todos modos iba a ir para deshacerse de una cosa chueca y así no nos costaba a nosotros el pasaje. Además Roberto le dijo a Baltasar que si vendía las cosas bien nos daba otro radio.

Yo ya no le creía a mi hermano. Tenía mucho coraje con él porque había ido a empeñar un anillo que Antonia le prestó; el anillo era mío y no me lo quería devolver. ¡Yo había estado juntando el dinero con tanto sacrificio para comprármelo! Si quería robar, ¿por qué no les robaba a los ricos y no a nos-otros? Y nomás decía: —Hermanita, no te apures, yo te voy a conseguir uno mejor uno de estos días.

Pero Baltasar no me hizo caso y le pidió prestados los 25 pesos a mi papá para dárselos a Roberto. A los cuatro días regresó mi hermano de Acapulco y nomás traía 50 pesos para Baltasar. Él dijo que lo demás lo había gastado en comer, en el hotel y en el pasaje. Nunca supimos cuánto era lo que los carniceros habían juntado pero Baltasar calcula que mi hermano le robó más de la mitad. Fue cuando comenzó a odiar a Roberto.

Un día empezaron que a hacer ponche para llevarlo a una fiesta a casa de mi tía Guadalupe y estuvieron tomando en lo que lo hacían. Mientras más borrachos estaban empezaron a sacarse sus cosas, la rivalidad que traían. Baltasar le dijo a Roberto que ni quería que fuera allá a la casa, a Bella Vista, porque se había fijado que llegaba con muchos calzones, empujando la puerta como si él fuera el dueño. Baltasar había pagado tres meses de renta y se creía con derecho de mandar. Tampoco quería que los hermanos de María fueran a dormir allí porque decía que las niñas estaban bajo su responsabilidad y no quería que ningún cabrón de ésos nomás por su lisura le agarrara a una escuincla.

Roberto dijo que ésa era la casa de su padre, y que como era mi hermano podía entrar y salir y hacer como le diera la gana, y dormir y comer también si quería.

—¿Entonces tú crees que yo voy a estar obligado a mantenerte?

—Pos sí —dijo Roberto—, mientras yo quiera sí me tienes que mantener.

—Quiere decir que tú me cobras el cariño de tu hermana. ¿Me la quieres vender?

—Sí. ¿Y tú qué alegas, no llegaste aquí como un vividor y estás nomás para que te ayude y te mantenga mi papá? Nadie sabe mejor que tú cómo conseguir todo a cambio de nada. Mi papá hace más por ti que por sus propios hijos.

Pos una palabra y otra palabra y luego se mentaron la madre y luego sacaron los cuchillos. Mi tía se cortó sus dedos, pues se metió a tratar de separarlos. Entonces Baltasar me dijo que él se iba a su tierra, conmigo o sin mí, porque no quería estar dependiendo de mi familia para nada. Me costó mucho tiempo que se calmara. Me dijo: —Bueno, si viene aquél y me mata… eso ya es cuestión tuya.

Entonces dejé de hablarle a Roberto y fue la primera vez que le dije que no quería que viniera a mi casa porque na'más venía a ser causa de disgustos. La verdad es que nadie lo quería. Chillaba y se iba a emborrachar pero gracias a Dios optó por alejarse, "que por las niñas".

Por fin Lupita y María Elena dejaron la casa de mi papá en El Dorado y ya nosotros

nos cambiamos. Era un lugar humilde pero tenía una barda todo alrededor y el patio era sólo para nosotros. Estaba limpio y tranquilo. Teníamos dos recámaras y una verdadera cocina y ventanas en todos los cuartos. El agua la traían todos los días a la colonia en una pipa, pero teníamos electricidad, bueno, pues era la mejorcita de las casas en que yo o Baltasar hayamos vivido. Yo dije de broma que iba a poner unos alambres en la azotea, como una antena, para que los vecinos creyeran que teníamos televisión y ya éramos de la alta.

He querido hacer sentir a Baltasar el calor y el cariño de un hogar que nunca ha tenido. Sus mujeres agarraban, se largaban a la cantina, a cualquier lado, regresaban borrachas dadas todas a la traza, o tenían hijos y se largaban y dejaban a los hijos. Me da tristeza su vida y por eso es por lo que he durado con él. Era como un niño, y tenía necesidad de mí. Como yo, nunca sentí que tenía un hogar aunque sabía que tenía un lugar dónde dormir y bastante qué comer y ropa qué ponerme. Yo veía a mis hermanos y a mi hermana, pero no estamos unidos. Hubiéramos podido trabajar como toros para hacernos una bonita casa para todos, pero cada quien se fue por su lado. Yo nunca he tenido envidia de los ricos, de la gente que está arriba de nosotros, porque siempre hay otros más bajos que nosotros. Lo único que he envidiado, deseado más bien, es haber tenido un verdadero hogar y una casa bonita arreglada. Nunca me gustó el modo de vivir de nosotros, yo tenía casa pero no le llamaba hogar, mis hermanos y yo estábamos juntos y desapartados.

Yo quería mostrarle a Baltasar que yo no era igual a las mujeres que él había tenido. Pleitos sencillos sí hemos tenido, pero de ahí no pasa; nos decimos nuestras claridades pero nos hemos agarrado muy bien el modo. Por lo que luego si nos peleábamos al principio fue por el niño, por Chucho. Le digo a Baltasar que de tanto —según él— quererlo, lo pasa a perjudicar. No me gusta que se orine en la cama; estando dormido todavía pasa, ¿pero estando despierto? Agarra y se orina y lo regaño: —¡Muchacho cochino éste… parece que no puede avisar! —y le daba su nalgada. Baltasar se enoja, no quiere que se le haga nada. Luego ya no me dejaba que le pusiera al niño sus calzones. Así cargaba a Chucho, sin calzones y nomás con la camisita, en los hombros; lo llevaba al mercado, en el camión, al parque los domingos. Luego Chucho se le orinaba encima y Baltasar sólo se reía. Luego se ponía muy chillón y hasta hacía berrinche, se ponía morado, de que no le dan las cosas y les ve las cosas a las niñas y se las quiere quitar, y yo lo regaño, y Baltasar no, todo le da. Y Chucho nomás tenía un año pero hasta parece que sabe: cuando su papá está en la casa no le puedo decir: "no hagas esto" o "deja eso". Baltasar me dice: —El día que yo te llegue a sorprender pegándole, vas a ver cómo te doy tu friega buena. —Y cuando se salía siempre decía: —Déjalo que haga lo que quiera.

Yo nunca consentía a mis hijos así. Baltasar dice que soy muy dura con ellos. Por todas las cosas que me han pasado y ya de tanto coraje hasta me han hecho neurasténica, creo. Luego me preguntan los muchachos: "Mamá, ¿dónde vamos?" "Mamá, que esto, que lo otro". Y luego luego les digo: —¡Cállese, no esté molestando! —Ya hasta me estoy volviendo como mi papá. Cuando estoy leyendo no me gusta que me hablen, me molestan, no me dejan leer en paz. Las pobrecitas niñas se están

haciendo como Consuelo, muy retraídas, porque es muy poco lo que las cargo y las abrazo.

Cuando me embaracé otra vez, pues me resigné. Creí que Baltasar merecía aunque fuera un hijo sobre todo porque se había casado conmigo por lo civil antes de saber que otro venía en camino. Mi familia cree que Chucho es su hijo y yo nunca les he querido decir cómo está la cosa porque siempre pues me da vergüenza que sepan que Crispín me había dado otro hijo. Así es de que me casé con Baltasar a pesar del consejo de mi papá porque él no tiene fe en los padrastros. Yo he sabido muchas cosas de padrastros que les hacen cosas a sus entenadas, pero eso nunca va a pasar en mi casa mientras yo viva.

Yo pensé que Baltasar iba a estar muy contento de tener su propio hijo, pero no. Él decía que el nuevo nene nomás le iba a robar cariño a Chucho y que se iba a poner chípil. Pero Chucho no se puso enfermo y Baltasar sí. En las noches nomás daba vueltas y vueltas y se quejaba de que sentía el corazón pesado y no podía respirar. Mi tía Guadalupe lo quería llevar al templo de los espiritualistas para que lo curaran, pero Baltasar prefirió salirse con sus amigotes y emborracharse con ellos. Entonces fue cuando se descompuso más; andaba muy mal, empezó a faltar a la casa y a no darme gasto.

Llegaba tomado y empezábamos a pelear. —Si mejor te deja andar con tus amistades, andar en la borrachera, déjame a mí, vete con ellos. Yo una cosa que veo que no me deja, la dejo yo. Así es que si tú no encuentras la felicidad aquí en la casa, si la encuentras en la borrachera y con tus amigos, lo sentiré mucho pero vete mejor.

Me dijo que yo ya no era igual, que antes agarraba y siquiera le daba un beso, o lo abrazaba y ora ya no. Pero yo le dije: —Tanto y tanto me has hecho que no te creas, siempre se va perdiendo el cariño. Francamente, te lo estoy perdiendo. Y tú has tenido la culpa.

—Bueno —dice—, el día que yo tenga otra vieja no me paro aquí para nada.

—Sí, pero mientras son peras o son perones, ¡friéguese el prójimo! Y mientras la tienes, o no la tienes… y mientras lo piensas si me dejas o no me dejas, me pasas a fregar. Yo por ti no me voy a tirar a la perdición. Cuando me conociste yo no andaba así: mal comida, mal tratada y mal vestida. ¡Pos a dónde voy a dar! Tanto como tirarme al vicio por un hombre, no. De que yo hubiera agarrado la vida alegre pos qué me costaba, es lo más fácil del mundo… empezar con uno, y al rato son dos, y al rato son tres, al rato ya es todo el mundo el que se mete con uno. Te estoy haciendo ver que yo no soy igual a las mujeres que has tenido. Tirarme al vicio no me hubiera costado nada de trabajo, pero mientras mi padre exista no voy a andar de perdida. Así que pídele a Dios que mi papá no se muera.

También le dije: —No creas que porque yo tenga tantos hijos me voy a quedar chillando si tú te vas. Así tuviera una docena tuya no me quedaba yo llorando. Ningún hombre vale la pena de llorarle su despedida y hombres como tú, menos. Para qué… muertos estarían mejor… un borracho menos, la gente viviría más contenta. —Prefería irme mejor a coser a un taller aunque dejara allí los pulmones y a ganar nomás unos miserables ocho o nueve pesos diarios. Y le advertí que si se iba a quedar tendría que

trabajar. —Ni creas que voy a dejar que seas una carga para mi papá. ¿Qué quieres ser como otro hijo? Mil veces que te vayas, mejor vete.

No teníamos un solo centavo y Baltasar no tenía dinero para trabajar así es de que vendimos el marrano que nos dio mi papá antes de que estuviera bien de tamaño. Y no sabe mi papá que lo vendimos y cada que lo veía era un pendiente que me daba con mi papá que parecía que me había robado algo. Iba a decir que no podemos tener nada. Yo quería nomás 50 pesos si acaso para ir a Chalma con mi tía, pero luego mejor pensé que Baltasar se pusiera a trabajar. Como le decía: —El día que me toque, con centavos cualquiera me ve, pero sin centavos no me va a ver nadie, ¿y cómo tengo al niño?

Baltasar agarró el dinero y empezó otra vez a trabajar. No sé cómo pasó pero se consiguió un socio, uno que le dicen *el Milkero,* nomás se lo llevó a las cantinas, y no sé cómo está el enredo pero ora el tal *Milkero* es el que trae los centavos. Y yo espere y espere a que viniera Baltasar porque necesitaba unos centavos para medicina. Mi papá dijo que no me veía bien y me mandó con el doctor Ramón y me dio la receta para un tónico.

Baltasar a veces llegaba muy tarde y a veces no llegaba. Yo le digo que se expone mucho llegando a las dos, a las tres de la mañana. Él está creyendo que está en Acapulco… ¡fíjese!, el otro día lo corretearon puros jovencitos… puros rebeldes sin causa… pero no escarmienta. Y le digo yo: —A ti te pasa algo y quien viene a reclamar es tu raza. Tu raza es capaz de comerme, porque no van a decir que por tu causa, van a decir que por la mía. —Y él no se pone a pensar en nada de eso. Para él todo lo que digo son regaños, que porque lo quiero tener nomás ahí conmigo.

Baltasar no llegó por dos días. Cuando llegó nomás le di la receta. —Ten —le digo —, pídele al *Milkero* dinero pa' que la compres porque dijo el doctor que es urgente. —Hasta le extrañó que no echara yo pleito. Y luego me quiso abrazar. —Estáte quieto, no estés fregando —le dije—, tan contenta que estoy yo aquí con mis hijas, y vienes a molestar. ¿A qué vienes? ¿Quién diablos te trajo? La calle es tu casa. —Y fue todo lo que le dije.

—¿Qué ya no puedo venir?… No… es que… se me hizo tarde por ir a traer una mercancía.

Y siempre anda trayendo mercancía, ¿eh? En eso voltié y le vi la camisa manchada de bilet. Hasta entonces, según él, en sus parrandas no existen las mujeres. —Tú crees que voy a creer yo que andes siempre tomando con puros hombres… ¿Pos qué crees que yo acabo de nacer ayer, o qué? —le decía yo. —¿Y por eso traes la camisa así?

—Ay —dice—, ni modo… donde fui a traer los trapos había pintura.

Y ya pasó. Y luego le estuvo contando a David —que para ese entonces vivía allí con nosotros— que porque yo a cada rato echaba pleito y estaba bastante enojada ya no podía estar conmigo y que se había ido a bailar a un cabaretucho con una de las mujeres de Tintero. ¡Y yo estaba creída que era pintura! No es que sienta celos, yo sé que no es el primero ni será el último que tiene que andar con dos mujeres para estar satisfecho, pero me da coraje que me vean la cara de tonta.

Bueno, pues se fue por la medicina y no volvió hasta la mañana siguiente. No me

trajo nada de medicina y hasta perdió la receta. Venía algo tomado y tuvo el descaro de decirme que el tal *Milkero* se lo había llevado otra vez a Tintero. Y que como Baltasar le dijo que si cobraban muy caro no entraba, que anduvieron preguntando.

—¡Fíjate nada más, te llevan hasta dónde escoger!

—Mira, lo que me choca a mí es que me quieras ver la cara de estúpida. De plano dime: "no voy a venir ahora" pa' no estar con pendiente.

Porque él ya sabe que no lo iba a estar buscando como en Acapulco. Yo nunca lo ando buscando para saber dónde está o con quién está. Es más feo llevarme un desengaño… llegarlo a encontrar mal y hasta con riesgo de que le vaya a dar el lado a la otra. Y pos en qué vergüenza quedo.

Voy a la Merced todos los días a ver a mi papá, nomás, como dice el dicho: "pa' ver qué cara tiene". Nomás por eso, ¿cree? Cuando anda mal, o anda triste pos me da a mí tristeza. Ahorita anda en paz, anda a gusto y estoy contenta. Yo digo, mi papá ya está muy trabajado y no tiene tanta posibilidad como uno; uno todavía aguanta, pero él… La vida nadie la tiene comprada, jóvenes y viejos se mueren, pero yo tomo más en consideración a mi papá, por eso de que está bastante trabajado. Ahorita que mi papá nos vive, no tengo por qué preocuparme. Ya después sí, porque muriendo mi papá el mundo se acaba para mí.

Yo a mi papá nunca le había dicho nada de cómo andaban las cosas con Baltasar, pero ora le digo todo. —¡Quién iba a creer —le digo— que este Baltasar fuera a salir tan atenido y mal agradecido! No paga renta, ¿qué más quiere que hagas por él? Está completamente desobligado. Claro, está atenido a que no estoy sola y tú no me vas a dejar morir de hambre, así que ya no me da ni gasto.

Mi papá en lugar de estar ganando está perdiendo con la casa. Porque él le podría muy bien sacar unos 250 pesos al mes. Por eso fue que le dije que debíamos limpiar el cuarto donde estaban los palomos y rentárselo a mi primo David para que así mi papá pudiera sacar unos centavos. Por lo menos ahora saca 100 pesos al mes y se ayuda con sus gastos. Ninguno de nosotros le da nada, antes al contrario, le estamos quitando. Cuando lo veo en el mercado pos no falta… nunca me vengo sin nada… cinco, 10 pesos y un peso para cada uno de los niños. Si ve que necesitan ropa, zapatos, al día siguiente va y se los compra. Si tienen un resfriado, gripa, me regaña porque no los cuido, me da dinero para comprar las medicinas, como si fuera obligación de mi papá. Él dice que no le pesa, que puede mantener a tres o cuatro más, sobre todo sus propios nietos. Es un padre ejemplar, uno en un millón. Pero no está bien que me esté dando tanto. ¿Para qué tengo entonces a Baltasar?

Como ahorita que se acerca lo mío, tengo miedo. Como le digo a Baltasar: —Mira, no sirve de nada que tengamos casa; a ver ora que llegue el niño no tener ni un solo centavo, no tener ropa, no tener nada.

—Al rato… nomás que venga quién sabe quién… espérate, espérate.

A mí me desespera de ver que él luego su misma confianza que tiene en él hace que no se mueva para hacer algo. ¡Ay!, me choca a mí eso de esperar nomás. ¿Pos a qué se

espera uno? No se espera uno a nada.

De todos los muchachos que he tenido, de ninguno he tenido tanto miedo como ahora. Con Trini me fue bastante mal, y con Chucho, si Baltasar no me hubiera ayudado, pos quién sabe cómo me hubiera ido. Como le digo yo a Baltasar: —Yo siento que me voy a morir, ora sí… —Y yo no importo, de veras, yo nomás por mis hijas. Si yo no tuviera mis hijas desde cuándo ya me hubiera borrado del mapa. Pero yo sé muy bien que yo les hago falta. Porque yo faltando, mis hijas se acabaron. Porque nadie las va a querer. Y va a empezar la repartición: Crispín pos nomás querrá quedarse con Concepción, Violeta pos por otro lado; Trini por otro. Ya faltando la madre es un desbarajuste tremendo.

Luego Baltasar dice: —Mira, tengo 34, soy mayor que tú pero yo todavía no deseo mi muerte.

—Porque tú más o menos eres hombre y te sales, te emborrachas, te entretienes y ya se te pasó. Pero a uno, no. A uno de que se encierra en la casa, pos se le carga a uno más.

En las noches que no puedo dormir empiezo a pensar y lo que más me duele es haber desbaratado mi hogar con Crispín. Últimamente he soñado y me he visto envuelta en su familia, que me han admitido, me han venido a hablar y que yo vaya allá con ellos y la suegra me ha dicho que las puertas de su casa están abiertas para mí de nuevo. Creo yo que si me hubiera esperado un tiempo Crispín y yo nos hubiéramos juntado otra vez. Creo que hice mal, a mí misma y a las niñas, al juntarme con Baltasar. Yo ya me había acostumbrado a estar sola, pos así mejor me hubiera quedado. Yo le digo a Baltasar que no me voy a morir de pena si él me deja. O, ¿quién sabe? Ya que me vea sola otra vez… ¿pos quién sabe?

Quizás deberíamos irnos otra vez a Acapulco. Baltasar podría trabajar en el rastro y darme otra vez dinero y traer carne. Ya allí no tendría que atenerse a mi papá. Si no me da dinero no comemos, él lo sabe. Allí su único vicio era tomar. Él entiende, él conoce a su propia raza, a su gente, su tierra y otra vez tendría confianza. Allí, al menos no estaría viendo las cosas que están pasando con mi familia, que se estén peliando y uno sin poder meter las manos en nada, en los problemas familiares… los económicos comoquiera se sobrellevan. Esto es lo que me hace a mí sufrir. A lo mejor allí voy a dejar de soñar que me descuartizan a mí y al niño, y a Baltasar lo soñé balaceado. Aquí cuando me acuesto siento que ya no me voy a levantar en la mañana. Si vivo después de este parto a lo mejor debemos irnos a Acapulco. Me sentía más en paz allá.

Epílogo
JESÚS SÁNCHEZ

YO SOY muy rencoroso y tengo mucho en contra de mis tres hijos, Manuel, Roberto y Consuelo. Estoy medio muerto de los corajes que me han dado. Salieron tan malas cabezas, que me da pena, es muy duro para un padre tener hijos así. Los amigos no les dejan nada bueno a estos muchachos. Aunque les dé consejos, ellos se van por otro lado en lugar de tomar el camino recto.

No hay nada mejor que trabajar derecho. Yo soy pobre y humilde, pero trato de hacer las cosas lo mejor que puedo. No pueden decir que su padre venía a casa tomado o que les abandoné. Un tío de ellos acaba de morir porque tomaba mucho, y parece que sacaron más de los tíos que de mí. No lo entiendo.

Mis hijos no han subido nada porque no les gusta que los mande nadie. Primero quieren ser millonarios y después agarrar un trabajo. ¿Quién empieza de arriba para abajo? Todos empezamos de abajo para arriba, ¿no? Pero mis hijos son al inverso. Así que todo lo que hacen es un fracaso constante.

No tienen fibra para trabajar. No tienen sentido común; no tienen voluntad para agarrar un trabajo como hombres, un trabajo derecho, para que anden siempre limpios en la calle, con la frente muy alta. Yo estaría feliz con esto.

El otro día le dije a Consuelo: —No quiero que ocupes un plano que no te corresponde, que te olvides a cuál esfera social perteneces. —Eso es muy importante, porque las personas que han tenido un poco de escuela se sienten de momento gente de categoría y reciben un bofetón de los demás. —Fíjate en mí —le dije—, yo soy siempre humilde y siempre lo seré, y no recibiré bofetones de nadie. Conforme en que hayas estudiado dos o tres años; eso no quiere decir que te sientas ya gente de sociedad. Mírate primero en el espejo y dime a qué clase correspondes, a qué categoría perteneces. —Que progrese un poco, muy bien, para beneficio de ella; pero que no se sienta cosa grande y desconozca a los suyos. La otra noche le dije también: —Yo soy tu padre, quieras o no quieras. Así yo ande vestido como ande y sea el más humilde, yo soy tu padre aquí y en todas partes.

Conforme en que yo he cometido uno que otro error. No soy una paloma blanca, pero yo nunca les dejé abandonados a ellos. Muchos se hacen de una mujer y no se vuelven a acordar de los hijos. Usted sabe qué pasa cuando hay huerfanitos. El huérfano tiene todos los defectos, nadie lo quiere. Y entonces, ¿qué podía hacer? Velar por esas criaturas y no dejarlas a media calle. Ahora me defiendo como puedo y me hago dos

pedazos y sigo luchando, y sigo marcando el paso, y sigo adelante, eso lo ve todo el mundo. Hice tanto por ellos que quizá los perjudiqué un poco. Yo siempre me preocupé por que no les faltase casa ni alimento, y quizá a eso se debió que ellos no quisieran seguir subiendo.

Yo quería que fueran a la escuela, que aprendieran un oficio. No les pedía que fueran a trabajar y me trajeran dinero; ni que se compraran su ropa ni su comida. He cuidado de ellos más de 20 años, y nunca les ha faltado el plato de sopa o el café. ¿En qué forma me han respondido? ¿Cuál es la recompensa? ¿Por qué han salido malos? Yo no lo entiendo.

Unos años después de morir Leonor, conocí a Elena en la vecindad. Como le he dicho antes, tengo suerte con las mujeres. Así han venido las cosas. ¿Por qué? No lo sé. Fíjese usted que esta señora, muchacha, que en paz descanse, vivía de una puerta acá con su señor. Su señor iba a ser sacerdote, pero no le daba de comer. Y, claro, entraba en la casa porque la abuelita de los muchachos vendía recortes de pastel, un canasto diario. Entró ella a la casa a comprar y vio la casa cómo estaba, y le gustó. Todo fue rápido. Claro, tuvo un disgusto en su casa, con su esposo; no eran casados.

¿Sabe usted? Era una muchacha bonita de todo a todo, y caliente como un horno. Con aquellas formas que tenía, se deseaba. Bueno, en dos por tres se arregló el asunto y se vino a vivir a mi casa, pues yo estaba solo; bueno, con los chamacos.

Cuando me llamó su marido, pensé que había llegado mi hora; yo nunca ando armado. Pues yo le dije: —Mire usted, su mujer está en la casa en calidad de criada. Si usted quiere, vaya por ella. Yo no tengo inconveniente en que usted vaya por ella, si ella quiere regresar con usted, pero yo sé que no. —Así, frente a frente. No se alteró ni me dijo groserías como acostumbran muchos; sacan la pistola y ya te mataron. No, hasta esa suerte corrí.

Dos veces me paró en la calle, ya de noche. Yo pensé: "Aquí quién sabe qué va a pasar", porque tienen fama esos de Jalisco de ser matones. Bueno, ella sacó sus cosas de allí, aunque no tenía nada, de plano, nada. A la muchacha no le daba gasto, era demasiado económico. La economía es buena, ¿verdad?, pero no exagerada. Todo lo que se exagera, pues perjudica. Así que, total, ella se fue a vivir conmigo, ni más ni más. Y no crea usted que tuvo miedo, porque ella era corajuda. Era muy joven, tenía como 15 años; pero cuando se decidía a una cosa, la hacía. Y no le tuvo miedo a él.

Ella me cuidaba los hijos como si fuera su madre. Los quiso mucho y los defendió de los porrazos de ellos. Consuelo y Roberto sintieron más la muerte de su madre que sus dos hermanos. Manuel, pues usted conoce a los niños, salen al patio a jugar y se les olvidan muchas cosas, y a veces, claro, olvidan más pronto que un adulto. Fue a la escuela, pero no dio muy buenas señales ni era un niño aplicado, como le ocurre ahora a su hijo Alanes. No quería estudiar y era muy flojo. Roberto y Marta eran peores. La única que aprendió fue Consuelo. Ella fue siempre más o menos obediente, callada; casi no tenía amigas. Ahora parece que va cambiando un poco. Pero los muchachos no quisieron a Elena, no la podían ver.

La misma cosa ocurre hoy con los cuatro niños de Manuel que cuida María; la

misma situación. Claro que yo estoy pendiente de que esas criaturas se porten bien y respeten a María. Así era Elena, y son cosas que se agradecen mucho. ¿Cómo no va uno a apreciar y estimar a una persona así?

Elena vivió conmigo cinco años. Con ella no tuve hijos. Pero hay algo que no comprendo. ¿Por qué cuando uno encuentra a una persona que es buena y útil, que ayuda tanto, tiene que enfermarse y morir?

Ella era muy católica, y me pidió que llamara a un cura para que nos casase. Lo hice porque ella quiso, no porque crea que las almas vayan a sufrir en el purgatorio. No, yo no creo en eso. Y voy a decirle otra cosa. Uno, cuando está sano, no piensa ni siquiera en ir a misa; pero cuando ya estamos agonizando, nos volvemos hacia Dios y la Iglesia. Entonces nos confesamos y llamamos al sacerdote. Es el temor a lo desconocido o porque nos arrepentimos de todo lo malo que hicimos en nuestra vida.

Cuando Elena estuvo enferma, yo no ganaba bastante en el restaurante para mantener a la familia. Entonces empecé a vender pájaros y a criar marranos. En el mercado conocí a una mujer que tenía un corral grande a las afueras de la capital, en Ixmiquilpan. Le pedí que me alquilara un pedazo para criar uno o dos marranos. Compré madera y construí una porqueriza. Empecé a comprar marranos a 25 pesos que luego vendía a 100 pesos. En Ixmiquilpan venden marranos muy baratos, pero yo compraba marranos de buena raza y hacía buenos centavos. Luego empecé a matar marranos, y por cada uno me daban de 600 a 800 pesos. Un marrano lo vendí por 1500 pesos. Los demás marranos sementales se alquilaban por 10 pesos, pero el mío se alquilaba en 50 pesos porque era cruzado de Chester White y Jersey, blanco y muy bonito. Ese marrano me dio buenos centavos y dejó buenas porquerizas allí en Ixmiquilpan. Cincuenta pesos era mucho, pero es que el marrano me costó a mí 400 pesos. Tenía cuatro meses cuando lo compré, y se hizo muy grande. Lo bañaba y le daba de comer todos los días. Al lado de la porqueriza había un estanque con agua muy limpia, y todo lo que tenía que hacer era meter el cubo y echar el agua por encima de los marranos. Así los bañaba. Durante años, iba todos los días a dar de comer y bañar a mis cerdos.

Un día compré un pedazo de lotería y me saqué 2500 pesos. Estaba aquí sentado cuando vino la hija de Lupita y me dijo: —Papá, hay un señor que traspasa su lote con dos cuartitos en la colonia El Dorado. Quiere dos 2500 pesos.

—Es mucho —dije—, pero llévame. Si se arregla, que se arregle de una vez. —Fui y hablé con el señor. —Hombre —le dije—, déjemelo en 2000, porque no tengo dinero. —Le pregunté si quería un marrano para completar el dinero.

—Pues sí —dijo—, vamos a ver el marrano.

Me preguntó cuánto quería por él. Era un semental, cruzado de Chester White con Jersey. Le dije: —Déme 1200 pesos.

Y él contestó: —No, es muy caro. Le doy 800 pesos. —Lléveselo —le dije. Y con los 1700, fueron los 2500. Cerramos el trato, y al día siguiente fuimos a la casa que vendía los terrenos. Firmé el contrato, y así se hizo: todo derecho, legal y limpio.

A los pocos días vendí otro marrano; compré material y empecé a construir en el terreno una casita. Al mismo tiempo, seguí yendo todos los días a cuidar de los

marranos, a la otra parte de la capital. Todos los días, con lluvia o sin lluvia, agarraba el camión y me dormía de cansancio; y aunque no hubiera asiento, iba dormido en el camión. Hasta que quedó la casa como usted ve. Para mí es un palacio. Para mí que nunca he tenido nada…

Y en todo ese trabajo, mis hijos nunca me ayudaron.

Más tarde compré ese terreno en la colonia Ixmiquilpan y empecé a hacer una casita para poder tener mi porqueriza. ¡Si Dios me socorriera con un premio! La casa sería para mis hijos y me gustaría dividir el terreno en cuatro partes.

Sí, yo pegué fuerte a los muchachos, especialmente a Roberto, porque empezó a agarrar cosas de la casa para venderlas. ¿Cómo permitir eso? Si yo trabajo tanto para traer esta mesa a la casa, vengo y ya no está. ¿Quién no va a castigar una cosa así? Dos veces me quitaron la casa por culpa de los muchachos. Una vez porque hacían mucho ruido cuando patinaban en el patio por la mañana temprano, y en la calle de Cuba por romper un tubo del agua. Roberto tenía un carácter muy fuerte, como su madre.

A las muchachas las tenía en casa, y a los muchachos los vigilaba para que no se contagiaran y trajesen una infección a la casa. Como la ropa la lavaba la abuelita o se daba a lavar, yo siempre revisaba la ropa de los muchachos. Una vez cuando ya eran mayores, encontré en un rincón un algodón. Les dije que se bajaran los pantalones para ver si tenían algo. Pero nunca tuvieron ninguna enfermedad venérea. Ése es un punto importante en la vida de los dos. Como padre, no podía hablarles con toda franqueza, pero los vigilaba.

Pues yo no los entiendo. Siendo mis hijos, yo no los entiendo. Usted puede ver que aquí tienen una base, que en este cuarto pueden aprender un oficio, estudiar. ¿Por qué no lo hacen? Yo sí he mejorado. Vivo mejor que hace 30 años. Y ellos, ¿por qué no? Porque les falta voluntad, muy sencillo. Les gusta ser flojos. Dígame qué más han querido. Ya quisieran otros muchachos tener la ayuda tan grande que yo les he dado a estos dos. Sí, me he pasado la vida trabajando para ellos. Nunca dejé la obligación como padre. Nunca dejé la responsabilidad, nunca la hice a un lado. Para cualquier cosa, ahí estaba yo. Médico a medianoche o a la madrugada; préstamo por aquí y préstamo por allá; préstamo para las medicinas.

Mire usted, no sé de dónde saqué yo eso de querer ser cumplido y estar a la altura de mi deber. Querer siempre cumplir con la obligación del hogar. Porque yo, un pobre analfabeto, un campesino, sin educación, que podía haber dejado todo cuando murió su madre, ¿no? Pero no lo hice.

Ya tenía yo a Lupita y había una niña o dos. Pero ella vivía allá, en la calle Rosario, y yo no quería traer a nadie a la casa para que no hubiera disgustos con los chamacos. Yo pensaba eso. Es que en la casa uno necesita una persona que le atienda la ropa, que le haga las cosas, que le sirva un café caliente; cosas que no había en mi casa, porque no había nadie que lo hiciera. La abuelita me ayudó mucho y hacía mucho con cuidar a los niños. Pero se disgustó mucho cuando vino Elena a casa. Se disgustó, pero no había razón, porque esta muchacha hacía trabajo para todos, no para mí nomás. Un día, los cuñados me dijeron que la abuelita se había ido de la casa, que lo sentía mucho y que

esto y que lo otro. Y yo les dije: —Ustedes saben cómo están las cosas; ustedes conocen la situación; y a pesar de que ustedes dicen que son sus tíos y que quieren mucho a los niños, yo no veo un solo día que vengan a darles un jarro de café a los sobrinos. Entonces, ¿qué hago yo, pues? Yo me voy a trabajar diario, yo no falto al trabajo un día, entonces no puedo estar trabajando y estarme aquí cuidando a los chamacos. Yo tengo que tener una persona aquí en la casa, se enoje quien se enoje. —Yo no podía llevárselos a Lupita, porque los medios hermanos viviendo con padrastros y madrastras no se llevan bien.

Quiero a mis hijos y a Consuelo, pero ya no puedo tratarlos con cariño. Me han hecho gastar mucho dinero inútilmente. Cuando Roberto estaba en la Penitenciaría, me costó 1200 pesos. Cuando estaba en el ejército, me pidió que lo cambiaran al Distrito Federal. Hablé con el capitán, pero costaba dinero; así que no hice nada.

Después de todo, Roberto había ido voluntario. ¡No quería trabajar y por eso se fue al ejército! No sé cuánto le pagaban. Ellos a mí no me platicaban nada; no me decían: "papá, estoy en tal parte" o "gané tanto". Nada, absolutamente nada. Tengo hijos, pero como si no los tuviera. A pesar de eso y a pesar de que son ya hombres, yo sigo vigilándolos. Les reprendo con energía cuando hacen cosas mal hechas. Siempre pienso en ellos, y, cuando no los veo, pregunto por ellos.

Manuel es padre de cinco hijos y no quiere abrir los ojos. Me ha costado mucho esfuerzo y muchos sermones, como digo yo, pa' que haga una u otra cosa, pequeñita. Con la ayuda que yo le he dado por muchos años, debía tener casa propia o alquilar un cuarto pa' sus hijos. Ora se metió en sociedad con uno que se fue con el dinero; se quedó con 5000 pesos. Eso dice él, pero yo no le creo nada. Es muy malo que una persona esté constantemente mintiendo; cuando llega el momento en que le dicen a usted la verdad, usted ya no la cree. Tratan de convencerme de que al día siguiente van a cambiar su vida por completo, pero a mí ya no me engañan. Yo soy el padre, y los conozco.

Consuelo me ha hecho sufrir mucho porque tiene un carácter muy fuerte. Es muy rebelde, como su madre. Estaba muy celosa de Antonia. Usted sabe que por lo regular los medios hermanos muy pocas veces se llevan bien; con frecuencia hay disgustos y pleitos entre los medios hermanos. Aquí no hubo pleitos muy fuertes porque yo estaba de por medio. Claro, Antonia se crió fuera del hogar y había cierta dificultad en su casa porque su mamá trabajaba de noche. Yo me la traje a Bella Vista. La tuve encerrada porque le gustaba irse al baile; qué sé yo, la muchacha se estaba perdiendo por completo y, claro, pos yo tuve atenciones con ella. Me buscaba siempre pos como hija y, claro, yo le compré alguna ropilla. Eso, desgraciadamente, les molestó a Consuelo y a los otros.

Por más que le hablo a Consuelo y le doy consejos, no me hace caso. No me da ni un centavo. No quiero nada para mí. No quiero absolutamente nada de mis hijos. Gracias a Dios que aún trabajo para todos. Lo que hago es para ellos. Si me diera algo, lo gastaría en comprar un terreno para ellos.

Imagínese qué susto tuve cuando hace unos años recibí un cable de Consuelo desde

Monterrey. Yo no tenía ni un centavo y tuve que pedir prestado 700 pesos; 100 aquí, 100 allá. Fui y me gasté 700 pesos, y no tenía necesidad de gastar ese dinero. Cuando uno no tiene dinero, 700 pesos es un capital. Y, además, dejé el trabajo tirado, que nunca lo hago, ni en vacaciones.

Yo cometí un error muy grande, pues cuando me junté con Dalila debí buscar en seguida casa lejos de aquí. Cuando los hijos son grandes les da mucho coraje que el papá se case otra vez. El otro día leí que dos hijos casi mataron a su mamá a golpes porque se había casado por segunda vez. Y en Mexicali, dos hijos le dieron 70 puñaladas a su padre porque se casó y llevó a la señora a la casa. Pero dicen que ahí había de por medio una herencia. ¡Necesitan ser salvajes para hacer eso, o estar completamente borrachos! Por ese lado tengo algo que agradecerles a mis hijos, porque aunque yo no me he portado a la altura de como debe portarse todo padre, ellos nunca me contestaron ni me maltrataron.

Cuando Claudia trabajaba en la casa, Consuelo me decía: "Cásate, papá", y "por qué no te casas". Bueno, me casé y ya ve usted cómo cambiaron las cosas. Su reacción fue muy distinta y me dolió mucho. Y es que estos muchachos no piensan como nosotros; pobres o ricos, necesitamos siempre el uno del otro. Hoy empiezan a darse cuenta de cómo es la vida y de que uno solo no es nada. Piensan orita que porque están sanos nunca van a necesitar favor de otra persona. Es un error muy grande porque "dos leños arden más que uno".

Claudia era muy guapa, bien frondosa la muchacha, de 15 a 18 años, y pensaba casarme con ella. Pero Dalila vivía en la casa y era más lista. Cuando una persona se propone algo y tiene algo de inteligencia, lo consigue. Hay que decir la verdad, yo quiero ser sincero. Había dos cosas; yo no pensaba sólo en mi vida sexual, había el interés de que cuidara a los niños. Claudia quería quedarse conmigo, pero cuando vio que Dalila estaba gordita se fue con su gente y se acabó.

Hice mal en echar a Consuelo fuera de la casa. Se fue con aquel hombre porque tenía coraje, mucho coraje. Pero el daño no me lo hizo a mí, se lo hizo ella misma. Yo le dije: —Manchaste tu vida para siempre, mi hijita.

Yo fui a la casa del muchacho ése y hablé con su madre. Él dijo que se iba a divorciar y que se iba a casar y un montón de cosas, puras mentiras. Era uno de esos flojos que no les gusta trabajar y que no llevan dinero a la casa. Ahora mi hija debe seguir adelante sola.

Pienso en esas tres pobres criaturas de Marta. Marta me preocupa mucho. ¡Qué mala suerte ha tenido! Por falta de experiencia y por no querer oír consejos. Yo le dije que se fuera a vivir con Crispín porque ya tenía dos niñas con él. Estuvo llorando porque no quería; pero no sé qué razones tendría. Como padre, no pude decirle: "Vete de este cuarto con esas criaturas", a ver qué hacen, ¿verdad? Es un albur, como decimos aquí. Un albur es como la lotería; a veces se gana, y a veces se pierde. El mundo está lleno de casos como el mío.

Por voluntad y por el gran cariño que les tengo a mis nietas es por lo que vengo diario aquí, con la ayuda de Dios. Sólo descanso un día al año, el 1º de mayo. Siempre

problemas de dinero. Uno paga en un sitio y debe en otro. Quiero dejar una casita a cada uno de mis hijos pa' cuando yo muera. Ahora, con el trabajo que estoy haciendo necesito mucho dinero. Pues, hombre, 50, 100 pesos que me caigan, 200, es un carro de arena, dos carros de piedra, y poco a poco estoy haciendo la casita que va a quedar para ellos, para que vivan después, más tarde. ¿Qué padre pasaría la situación que yo estoy pasando; qué padre lucharía para levantar una casa, un cuarto, para los hijos que han sido calaveras?

Yo no dejo de reconocer mis errores y sé que mis sufrimientos se deben al mal ambiente en que han vivido mis hijos. ¿A quién debo quejarme? ¿A mi propia suerte, a mi falta de experiencia en la vida, a la falta de un guía que no tuve? No me queda sino seguir como el burro con la carga. Formé mi hogar con mucho esfuerzo, con mucho trabajo. ¡Y cuánto diera yo por que mis hijos hicieran lo mismo! Yo viviría más feliz que un millonario viendo que trabajan derecho y que se sostienen en todo y por todo.

Sobre la religión, pues mire usted, mis padres me inculcaron esta religión y, claro, el hombre que estudia, el hombre que tiene cultura, su punto de vista es otro. A mi manera de ver, yo critico la actitud de los míos, mexicanos católicos, porque hacen muchas barbaridades. Mi manera de ser católico es ésta: yo pocas veces voy a la iglesia, pero no por ello dejo de ser católico. A mí no me gusta salir echando "cuetes", llevar a los santos flores y tantas cosas para que sepan que soy católico. Yo soy católico a mi manera, como creo yo que está bien. Tratándose de otras religiones, me gustan, porque no se andan emborrachándose, no se andan matando, no hacen tantas cosas como hacen mis paisanos, mis compatriotas, que andan haciendo muchas barbaridades para que sepan que son católicos. Yo no sé, a mí no me gusta eso.

Un padre dijo hace poco en la iglesia que Dios no quiere veladoras, que no quiere esto, que no quiere lo otro; que lo que quiere son más acciones. Entonces, sale sobrando todo eso, ¿no? Que la gente lo hace, muy bien, allá ellos. De la puerta para acá estoy yo.

No, no creo que nuestras almas van a sufrir en el purgatorio. ¿Quién ha estado allí y ha regresado para contárnoslo a nosotros? Necesitamos pruebas. Yo digo que esta taza es redonda y es blanca porque la estoy viendo. Pero, ¿quién puede contarnos lo que ha visto en el purgatorio? No, Dios no ha dado permiso a nadie para regresar. Si hay Dios, yo lo sabré pronto cuando me muera, porque voy a ir allá, ¿no?

Dicen que existe la brujería, pero a mí no me consta, porque ninguna mujer me ha hecho brujería. Será que he tenido pura suerte, porque dicen que una mujer celosa es capaz de todo. Sí, es capaz de matar y ésos son casos que se dan con frecuencia.

Pues me dicen que hay gente que tiene la vista pesada; y la mamá del doctor, el doctor que me operó, me platicó un caso muy curioso. Unas gentes que vivían en Toluca tenían un pájaro cantador, un clarín bonito, y llegó una señora y dijo: "Véndame su clarín, me gusta mucho". Y la otra señora le contestó: "No, señora, no lo vendo, es mío; me lo regalaron". "Véndamelo porque cuando yo me vaya se muere el pájaro." Bueno, pues la señora se fue y cuando ella dio media vuelta el pájaro cayó muerto. Así es que quizá existen gentes con la vista muy fuerte.

Yo estuve yendo a Pachuca a ver a una señora porque me decían que yo estaba

embrujado. Una de esas señoras que venden pájaros conoce a una señora de allá, pero más bien lo que hacen es sacar dinero, ¿me entiende usted? No hay tal brujería; hay tontería, no brujería, porque el que va allí a dejar su dinero es tonto.

Claro que a mí me faltaba erección. Con Elena estuve bien, pero a veces me faltaba con Lupita y con Leonor. Pues, claro, todo lo que se hace con abuso perjudica. Toma usted mucho alcohol y se pierde, muerto a los pocos días, ¿no? Bueno, pues claro, uno abusa de la vida sexual y claro que tiene que debilitarse un poco. Ahora tomemos en cuenta las operaciones que yo he tenido. Me dijo el doctor que se cortan órganos muy delicados que le restan energía al hombre, al miembro. A mí, mi doctor, Santoyo, muy joven pero que le gustaba mucho el cuete y que estuvo aquí viviendo, me contó que él se había puesto y había puesto inyecciones a muchachos de 15 a 16 años que ya no servían. ¡Qué vida habrán llevado esos infelices! ¿Para qué sirve ya uno de ésos? Le digo que yo todavía estoy muy bien.

Un doctor homeopático me dijo que la calentura de la mujer es más fuerte que la del hombre. Y así es que cuando uno está con una mujer mexicana —de las demás no sé nada—, cuando uno está más con una mujer y que más le da uno, más quiere. No las satisface uno, tienen un temperamento muy alto. Y hay mujeres que no pueden estar un día sin el hombre.

Pues sí, como le dije, estuve yendo a Pachuca y la curandera me dijo que llevara un huevo de pípila, y agarró una cosa y me empezó a limpiar y qué sé yo. Me cobraba 10, 15 pesos cada vuelta. Fui como cinco a seis veces, pero la cosa quedó igual. El mal no era brujería, es que había debilidad sexual.

No sé quién me puso en la cabeza que era brujería. Algunas mujeres…me parece que fue allá donde estoy trabajando y acá en la vecindad. Y, claro, es muy feo quedar mal con una mujer cuando ya está en la cama, es vergonzoso. Agarran muchas y le dan a usted, le pegan. A mí ninguna me ha pegado. ¡Pues entonces yo ya me voy de México!

Después no volví a Pachuca porque yo vi que ya no había resultado y que era la misma cosa. Sabe usted, lo que yo necesito es una persona, una mujer, con quien yo tenga plena confianza, y aquí entra el asunto del besuqueo. Claro que yo ya estoy trabajado, cansado, y en la vida sexual ya he tenido varias mujeres. No soy muchacho de 20, ya necesito ese asunto; pues que venga la caricia de la mujer y venga todo. Que haya plena confianza; y como aquí este cuarto es solo, si interrumpen, suena una cosa, una voz, nada ya, no hay nada.

Con Dalila bajamos el colchón al suelo, pero yo vigilo que todos los chamacos duerman, porque está muy mal hecho que se les dé ese ejemplo a las criaturas. Malísimo, basta con lo que ven; vivir en las vecindades es terrible aquí en México. Muchas mujeres se quitan lo que se ponen cuando están en su menstruación y lo tiran ahí. Y va la criatura y lo ve; va el chamaco y lo ve. Pues ya ellos van aprendiendo; saben todo porque lo han visto en la casa.

Es difícil para un hombre satisfacer a la mujer mexicana. A mí personalmente me han dicho: —¡Ay, viejito, si acaso me dejas a medias! —Así, imagínese usted. —Pues oye, entonces te meteré un tubo porque yo ya no puedo. —Y es que así es la mujer

mexicana. Me han dicho que algunas mujeres que son bien casadas y que siempre en su hogar son bien derechas, salen de vez en cuando por ahí a darse una vuelta, en una forma muy discreta, y se buscan un amante porque su marido no les satisface. A mí me han tocado varias así. Uno no las satisface.

Yo me cuido; cuando mucho, dos veces por semana. Como se dice vulgarmente, sólo echo dos palos. Eso es lo que hago, no más, porque yo nunca fui sexualmente muy fuerte. Ni cuando estaba más joven lo hacía en forma exagerada; una o dos veces cuando mucho, por semana, pero no diario. Es que, sabe usted, yo soy raquítico, no soy muy fuerte que digamos y, claro, la alimentación tan deficiente que tuve en la niñez pues creo yo que influye hoy día en mi vida sexual. Con Lupita no sigo vida sexual desde hace varios años. Pero con Dalila es diferente. A pesar de que soy viejo, me tiene mucho afecto. Es una muchacha trabajadora, que vale lo que pesa, créamelo así. Sí, Lupita también era una mujer honrada, trabajadora. Nunca decía una mala palabra. Una vez sí se disgustó cuando supo del asunto con Dalila; pero yo le hablé, verdad, de una forma seria: —No tiene usted derecho a sobresaltarse. En primer lugar, tiene usted alimento y casa, que no todos tienen. Tengo dos hijas contigo; muy bien, ya trabajan, pueden mantenerse. Así es que si me sigues con este asunto, tendrán que irse a otro lado a vivir para que se mantengan, y yo no les daré ninguna ayuda económica. Esta casa la dejaré a otro de los muchachos, si tú no quieres estar aquí. —Ella protestó y se puso muy enojada. Había estado como dos o tres meses en la cama, con reumatismo. Claro que uno se siente culpable hasta cierto punto; pero, pues, dígame usted, ¿qué hacía yo con los cuatro niños tirados a media calle, si no estuviera Dalila que para ellos ha sido una madre, su segunda madre?

Ahorita necesitan todos zapatos. Las otras dos pequeñitas necesitan ropa, necesitan dinero para un médico, para medicinas. Dalila está otra vez embarazada. Si tuviera dinero, quisiera que la operaran para no tener más familia… ligar las trompas. Yo hablé con ella, nomás que falta dinero. Tengo Seguro Social, pero no uso sus servicios porque se pierde mucho tiempo ahí, hasta medio día. Yo no puedo llevarla al sanatorio cuando vaya a nacer el niño porque no me he casado con ella. Necesito presentar los papeles del registro civil y todo eso. Y por eso le digo que quizá yo me casaría con Dalila por las niñas. Es que la maternidad del Seguro está muy bien atendida.

Tengo que hacer una carta testamentaria para llevarla a los sindicatos, porque al morir yo el sindicato les entrega 4000 pesos. En la carta pienso poner el nombre de Marta como heredera. A Dalila le dejaré aquella casita de Ixmiquilpan, por las criaturas. Pero necesito arreglar los papeles, arreglar primero las cosas.

Bueno, si no estuviera Dalila, ¿qué hacía yo? Ella tuvo una vida muy dura, más triste que la mía. porque la pobre recibía golpizas del padre de su hijo Godofredo. Era muy borracho, desobligado, se oponía a trabajar y qué sé yo. ¡Pobre muchacha! Ahora vive tranquila; conmigo vive bien y espero que las cosas no cambien, porque es una mujer trabajadora y que merece bastante ayuda. Cuando los hijos de Manuel eran pequeños, vino a cuidarlos. Se fue de la casa como un mes o dos porque hubo el disgusto con ellos. En verdad, todo pasó por Consuelo; se puso muy, muy enojada. Pero Dalila volvió a la

casa.

Yo considero las cosas y lo sé todo, pero voy a repetirle que algunas veces se hacen las cosas por conveniencia, ya no por uno, por el deseo sexual. Yo no tengo ya 20 ni 25 años. Sí, claro, aún puedo funcionar, ¿no?, pero créame que este asunto vino también por los niños, porque si no la llamo a ella aquí, a la casa, mis hijos estuvieran muertos de hambre, tirados, sucios.

Mi hijo Manuel no es un padre, no cuenta; hago de cuenta que está muerto. Así que el cargo lo tengo yo: la responsabilidad de las criaturas, todo el gasto lo tengo yo encima. Cuando se marchó a los Estados Unidos, me mandó sólo 150 dólares. Tengo que buscar dinero para todos los gastos, cansado o no cansado. Se enfermó uno, al médico. Se enfermó otro, al médico. Entonces, ¿qué hago? ¿Los aviento a media calle? No, no puedo.

El error más grande del mexicano es que le gusta casarse muy joven, sin tener ningún capital, sin contar con un centavo en las manos ni un trabajo seguro. Se casa, se llena de hijos y ya no puede salir adelante con facilidad. Ese hombre se estanca, y entonces viven una situación tremenda los padres y los hijos. A decir verdad, a nosotros, mexicanos, nos falta preparación para la vida.

El problema de México es el abandono de las mujeres y los hijos. Aquí hay cantidad de casos y con mucha frecuencia. Y en esto el gobierno debería ser más severo. Me gustaría que hubiera leyes como las de los Estados Unidos. No habría tanto golfo como lo hay y no habría tanta canallada de plano, porque todo esto perjudica a la niñez, a la población, al pueblo entero. Tanta libertad perjudica a la gente. Habría que cerrar el 80% de las cantinas, el 80% de centros de vicio y más vigilancia sobre los muchachos, sobre la juventud, de pobres y ricos. —A ver, venga acá, ¿cuántos hijos tiene usted? —Pues cuatro. —¿Qué edad tienen? —De 15 años para arriba. —¿Cómo viven sus hijos y de qué viven, en qué se ocupan, en qué trabajan? —No trabajan… están… —¿Por qué no trabajan? Póngalos a trabajar, y si no les pone a trabajar usted va a la cárcel ocho días por lo pronto. —No dinerito, ocho días; y, después, la segunda vez, un año. Y vería usted cómo habría más orden, y el pueblo mexicano caminaría más derecho si hubiera otras leyes más duras; pues son muy elásticas las leyes que hay en el país. El pueblo mexicano se está hundiendo por falta de un guía y falta de hombría, y por tanta porquería, como usted puede ver.

Si aquí hubiera un gobierno, pero de esos muy duros, que llamara a todos los que han sido presidentes y dijera: "Aquí, vengan al Zócalo a amontonar los millones que tienen, que han robado del pueblo" —¡levantaban otra capital!

Hay que vivir dentro de nuestras familias para conocer qué enfermedades han sufrido y cómo pueden curarse. No han estudiado a fondo el problema mexicano. Esos señores gobernantes andan en sus coches muy lujosos y tienen millones en el banco, pero no ven para abajo donde está la gente pobre. No se meten por ahí ni en carro. Andan por allá, en el centro, donde hay cosas elegantes, comercios elegantes; pero donde vive la gente humilde, la gente pobre, desconocen esa vida miserable que lleva esa gente. Desconocen ese problema tan grande y tan hondo que existe en nuestro México. Desconocen a

aquellas gentes que comen una vez al día.

Falta de todo. Falta dinero; falta trabajo, y todo tan caro. Hoy han subido más los precios. Ha subido mucho el costo de la vida de unos días para acá. Así es que una familia, por ejemplo, de ocho o seis bocas, manténgalas usted con un salario de 11 pesos. El sueldo mínimo ahora lo han subido a 12, ¿pero qué?, si la mercancía ha subido tres, cuatro o cinco veces. Entonces hacen falta otros gobernantes que estudien mejor el problema de México y que hagan algo por el pueblo, por el obrero y por el campesino, porque son los que necesitan más ayuda. El obrero, por ejemplo, aquí en la capital, se saca 200 pesos de raya; tira 150 o 180 en la cantina, y lleva 20 pesos a su casa. Es gente que no sabe aprovechar el dinero que gana. ¡Pobres madres, y los chamacos semidesnudos! Usted ve chamacos de cinco o 10 años tuberculosos. ¿Por qué cree usted que viene todo eso? Por la falta de atención de los padres en el hogar, la falta de obligación y la falta de dinero. Porque se gastan más en la calle que en el hogar. Son muy pocos los padres de familia que saben cumplir con su deber. El que tiene vergüenza y sabe cumplir, él sabrá lo que hace, él verá lo que hace, pero les trae pan a los suyos.

Yo hasta le he dicho a algunas gentes: "Me gustaría que hubiera aquí un presidente americano, en México. Entonces veríamos cómo cambiaba y progresaba México. A recoger todo el golfo, todos los vagos. ¿Que no te gusta trabajar? A las Islas Marías para toda tu vida". Nada de dinerito y que si esto y lo otro, y de vuelta. No, allá déjenlos; son parásitos.

Sí, ha habido progreso y algunos se han beneficiado, pues algunos gobiernos se han preocupado de los obreros. ¡Pero a mí nunca me han ayudado! Mi situación es mejor por mis marranos y la lotería. He tenido suerte con la lotería. La primera vez que gané fue con el número 9878. Nunca olvido los números que me han dado premios. Con ese dinero compré el radio. Con el mismo número gané otra vez, y compré la cama. El mayor premio que he ganado fueron 5000 pesos, que gané con el número 19228. Con parte de ese dinero me hice la casa en El Dorado. Y con el resto del dinero compré el reloj de pared. Lo poco que tuve lo utilicé bien y me ayudó a seguir adelante.

Pero en los 30 años que vivo en la capital, la vida de la gente humilde ha cambiado muy poco, muy poco. Muchos dicen que el cambio ha sido grande porque antes se ganaba un peso o uno cincuenta cuando estaba Calles, que era muy poco, ¿no? Pero entonces el azúcar y el frijol valían 15 centavos. Ahora tiene usted el frijol; gana usted 11 pesos y el frijol vale de tres a cuatro pesos, a mí me consta. Entonces, ¿cuál es la mejoría? Por ejemplo, ahora hay mercancías que valían ayer 20 pesos, pues las subieron a 35. Bueno, que por equis causa le rebajan dos pesos; va usted y le dicen: "No, señor, ayer valía 35 y hoy 33, le rebajamos". Le rebajamos… ¡con un aumento de trece pesos!

Ésa es la forma de rebajar la mercancía aquí hoy día. Entonces, ¿qué ventaja hay para el pueblo, para el obrero, para el campesino? Ninguna, según mi manera de ver las cosas. Al contrario, cada día lo están ahorcando más.

Hacen falta gobernantes que estudien y que se metan dentro de las familias humildes, y vean aquella miseria en que vive esa gente que se está hasta muriendo de hambre. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué se van miles y miles de braceros fuera de México? Ahí está

una prueba muy palpable; porque aquí faltan garantías, porque los salarios son muy raquíticos, son salarios miserables que no pueden mantener a ninguna familia. Claro que la gente busca dónde ganar un poquito más y poder llevarle algo a su familia.

La pandilla gubernamental no deja subir a gentes que piensan de otra forma. Aquí, como en todas partes, hay pandillas. Cuando Alemán, supe yo —muchas cosas se saben siempre, ¿verdad?— que entró mucho dinero para la propaganda entre los que venden narcóticos, entre los camioneros, el monopolio de los camioneros. Les decían: "Si ganamos, les dejamos subir un quinto". Ganó, y subió el pasaje.

Y los líderes sindicales tampoco ayudan; roban para su bolsillo. En mi sindicato, uno tiene una o dos casas y 16 coches de alquiler. Yo pago cinco pesos mensuales. Pero somos muchos, miles, y cuando se muere una persona, cinco pesos por cabeza para los parientes del muerto, además de los cinco pesos mensuales. ¿Y qué cosas nos dan? Pues nada. Asambleas no tenemos hace años; así es que nomás llegan los recibos. A la hora de rayar: —Ahí tiene dos recibos, 10 pesos. —Que otro muertito, otros cinco pesos. —Le digo: —¿Es para el muerto, señor, o para el vivo? —Es para el vivo, tú. —Le digo: —Oiga usted, yo no sé qué están haciendo con mi dinero, pues me lo quitan aquí. Es muy poco lo que se gana y como está ahora todo tan caro, pues no rinde el dinero. —Y dice: —Pero es para los vivos, no es para los muertos. —Le digo: —Pues sí, pero yo no creo que con tanta frecuencia se esté muriendo la gente aquí. —¡Fíjese usted nada más cómo están las cosas!

Yo no veo que el sindicato ayude mucho al obrero. Yo, el sindicato lo veo como una cueva de explotación para las masas obreras, porque se ha probado varias veces que los líderes se han hecho ricos con el dinero de los obreros. Y yo me pregunto: ¿Por qué razón el gobierno permite tanta cosa? ¿No se podrían arreglar las cosas en favor de los obreros sin necesidad de líderes? Si el gobierno se propusiera eliminar los sindicatos y creara departamentos especiales para arreglar los asuntos obrero-patronales, todo ese dinero que se recoge mensualmente de esos obreros se utilizaría para levantar escuelas, hospitales y otras cosas para los hijos de los obreros, pero no para que los líderes se hagan dueños de coches y de casas.

Yo no soy un hombre preparado, pero veo que antes se explotaba al obrero de una forma y hoy se explota de otra forma: pero se sigue explotando al obrero. Claro que México ha progresado mucho, pero el obrero sigue siendo obrero, y sigue siendo pobre y lo será hasta que se muera. Porque cuando tiene un aumento de 50 centavos, cualquier kilo de víveres sube un peso, sube dos, sube cinco; así es que ese aumento no sirvió para ayudar al obrero, sirvió para perjudicarlo, porque no hay control efectivo en cuestión de alimentos y otras cosas.

Yo me ocupo nada más de mi trabajo. De política no conozco ni papa. Leo uno que otro párrafo del periódico, pero no lo tomo muy en serio; para mí no tiene mucha importancia lo que veo en los periódicos. Hace unos días leí algo sobre los izquierdistas, pero yo no sé cuál es derecha, ni cuál es izquierda, ni qué es comunismo. A mí me preocupa una cosa: conseguir dinero para cubrir mis gastos y que mi familia esté más o menos bien. El obrero debe preocuparse porque a su familia no le falte alimento en su

hogar. La política es muy complicada, así que allá los que nacieron para ser políticos. Si viene una tercera guerra mundial algunos de esos señores que la están provocando irán al panteón, junto con muchos millones. Yo no me preocupo mucho, ¿verdad?

Yo no entiendo bien la cosa del comunismo. En Rusia empezó el relajo ese del comunismo, ¿no? Allá hubo una guerra; mataron a los zares y todo eso. Lenin y el otro, Trotsky, que mataron aquí. El otro que murió, o se lo echaron, este que estaba, ¿cómo se llama?… Stalin. Dicen que ya no lo aguantaban, y creo que se lo echaron al plato porque ya iba a hacer otra matanza, otra purga entre los militares. Era muy matón ese hombre, oiga usted. ¿Cómo pueden matar tanta gente, oiga usted?

A mí me gustaría visitar Rusia siquiera un mes; recorrer toda Rusia y entonces darme cuenta personalmente de cómo vive el obrero, y afirmar entonces, con voz alta y voz en cuello: el socialismo y el comunismo es beneficioso para el obrero, a mí me consta. Pero como yo nunca voy a Rusia ni a ningún lado, y según los periódicos el obrero vive más atrasado que aquí en México, así es que no creo que el comunismo sea muy bueno para la clase proletaria.

Bueno, según los periódicos allá también hay una pandilla que domina al país. Aquí es la pandilla del PRI la que domina todo. Así que si hay otro candidato, van y le ponen la ametralladora enfrente. ¿Quién ganó? Pues el candidato del PRI. No hay más.

Seguro que en los Estados Unidos las cosas son muy diferentes. Bueno, quizá sea mejor que nada más haya una pandilla que domine aquí, porque tiene una pistola en cada mano. Sabe usted ese cuento de dos que estaban jugando baraja, y uno tenía dos ases y le pregunta al otro: —¿Qué tienes tú? —Dos ases, ¿y tú? —Dos pistolas. —Pues tú ganas. —Así pasa aquí con el PRI; él tiene las pistolas en la mano, y cualquiera que proteste… lo mató un carro.

Y sobre las garantías para el campo, el campesino siempre come frijoles de la olla y salsa molcajeteada; eso es todo lo que come el campesino, semidesnudo toda su vida. No progresa, no sale adelante. Las pandillas que gobiernan no lo dejan. Si hay un hombre bueno, noble, que quiere hacer por el pueblo, no lo dejan los otros.

Lo más sucio que hay es la política. Hay mucho de podrido ahí, mucha sangre de por medio. ¿Cuántas gentes mueren cuando alguien llega al poder? Las cosas no son muy claras, muy limpias que digamos. Claro que el pueblo falto de preparación, falto de cultura, es como un rebaño. El que lo anda cuidando, le dice: "Por aquí te vas y por aquí sigues: que sigues para acá, por aquí te vas". Eso es lo que hace el pueblo. Si lo ve usted en los sindicatos cuando hay asamblea: Que esto y que lo otro. ¿Aprobado? Todos aprueban; no saben ni qué aprobaron. Al otro mes les llega el recibo doble. ¿Cómo? Pues si tú aprobaste, ¿no? ¿Ve usted las cosas? La gente, las masas, se dejan llevar por la voz de cualquier vivales que haya por ahí, no para salir adelante, sino para hundirse más. Y si quiere usted de momento hablarles, hacerles entender, ver las cosas, ver que no es conveniente lo que se va a aprobar, ni le escuchan a usted.

Le hacen caso al que está allá arriba, atrás del escritorio, aunque saben que los está fastidiando. Pues le aplauden. Así, ¿cómo va usted a arreglar las cosas? ¿Qué puede hacer usted?

Ahora, aparte de todo eso, en el pueblo mexicano falta mucha unidad, no hay unión; uno tira por un lado, otro por otro, y otro por otro. Si la gente se uniera —la unión hace la fuerza, dicen—, todas las cosas cambiarían. Yo sé que en otros países, ¿verdad?, que no les gusta un presidente, una bombita y otro. Aquí no; aquí debería haber eso, pero no hay nada. Un poquito de cianuro, ataques cardiacos es lo que hace falta a muchos presidentes, a muchos gobernadores y a muchos jefes de policía. Bueno, es feo decirlo y reconocerlo porque son compatriotas, son mexicanos; pero, como dije ya hace un rato, contra la verdad nadie puede.

Luché día y noche para establecer mi hogar, un hogar humilde como puede usted ver. Pero paso mis ratos felices con las criaturas. Primero por Dios y por ellos estoy en pie y estoy marcando el paso. Cuando cruzo las calles tengo cuidado con el tráfico; no es de mí que tengo que cuidar, es de las criaturas. No podré darles mucho, pero al menos siguen viviendo y creciendo, y espero que con la ayuda de Dios pueda estar con ellos hasta que puedan ganarse su vida.

Yo quiero dejarles un cuarto, es la ambición que tengo. Levantar aquella casita, una, dos o tres piezas; un cuarto para cada uno, para que vivan juntos. Pero no me quieren ayudar. Le pido a Dios fuerzas para seguir luchando, que no caiga yo pronto y pueda terminar aquella casita. Una casita que no vale mucho, pero donde pueda vivir mi gente. Usted, dentro, es dueño de todo. Será una protección para ellos cuando yo caiga para no levantarme más.

APÉNDICE

RESOLUCIÓN DEL PROCURADOR GENERAL DE LA REPÚBLICA

Averiguación previa número 331/965 iniciada por denuncia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística contra Oscar Lewis y Fondo de Cultura Económica, por los delitos previstos en los artículos 145, 200 y 360 del Código Penal Federal y 2º fracción I de la Ley de Imprenta

I. El 11 de febrero del corriente año la Junta Directiva de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística presentó una denuncia afirmando que Oscar Lewis escribió un libro obsceno y denigrante para nuestra patria, que intitula *Los hijos de Sánchez;* que el Fondo de Cultura Económica editó dicho libro en el mes de agosto de 1964 y que agotada la primera edición se puso a la venta la segunda; que el lenguaje soez y obsceno usado por el autor, la descripción de escenas impúdicas, las opiniones calumniosas, difamatorias y denigrantes contra el pueblo y el gobierno de México colocan a ese libro dentro de los actos delictuosos definidos y sancionados en la Ley de Imprenta y en el Código Penal; que por ello denunciaba los actos delictuosos apuntados, pidiendo se ordenara abrir una averiguación penal. La denuncia fue ratificada el día 23 de febrero por el presidente y vicepresidente de la Sociedad mencionada, señores Ing. José Domingo Lavín y Lic. Manuel Ramírez Arriaga, quienes entregaron un escrito en el que la amplían, así como un ejemplar del libro de Oscar Lewis. En el escrito se dice que en el ejemplar de la obra aparecen subrayados los pasajes que "conforman el delito de faltas a la moral pública a que se refiere no sólo el artículo 200, fracción I del Código Penal… sino el artículo 2º, fracción I de la Ley de Imprenta; pues esos pasajes… describen acciones obscenas y por otra parte propagan públicamente vicios que inclusive constituyen delitos conforme a nuestra Ley Penal…" Agregan que además de esos fragmentos del libro hay otros en los que se afirma: "La pandilla gubernamental no deja subir a gentes que piensan en otra forma. Aquí, como en todas partes, hay pandillas. Cuando Alemán, supe yo —muchas cosas se saben siempre, ¿verdad?— que entró mucho dinero para la propaganda entre los que venden narcóticos…" "Me gustaría que hubiera leyes como las de los Estados Unidos. No habría tanto golfo como lo hay y no habría tanta canallada de plano…" "El pueblo mexicano se está hundiendo por falta de guía, por falta de hombría y por tanta porquería como usted puede ver." "Me gustaría que hubiera aquí un presidente americano en México." Finalmente, mencionan un

párrafo de la Introducción que desde luego debe atribuirse al autor… y no a protagonista alguno de la obra y que dice: "En verdad la estabilidad política de México es un triste testimonio de la gran capacidad para soportar la miseria y el sufrimiento que tiene el mexicano común. Pero aun la capacidad mexicana tiene sus límites, y a menos que se encuentren medios para lograr una distribución más equitativa de la cada vez mayor riqueza nacional y se establezca una mayor igualdad de sacrificio durante el difícil periodo de industrialización, debemos esperar que, tarde o temprano, ocurrirán trastornos sociales".

El ingeniero Lavín y el licenciado Ramírez Arriaga agregan que "los pasajes obscenos subrayados en el libro configuran en concepto de los denunciantes, el delito de ultraje a la moral pública que prevé el artículo 200, fracción I, del Código Penal y el 2°, fracción I, de la Ley de Imprenta". "La imputación puesta en labios de uno de los protagonistas, Jesús Sánchez, en el Epílogo, respecto a que la propaganda política del que fue presidente de la República, Lic. Miguel Alemán, se llevó a cabo con fondos recabados en parte del tráfico de enervantes, constituye, sin duda, el delito de difamación establecido en el segundo párrafo del artículo 350 del Código Penal… Los pasajes: 'Me gustaría que hubiera leyes como las de los Estados Unidos. No habría tanto golfo como lo hay y no habría tanta canallada…' 'Me gustaría que hubiera aquí un presidente americano en México…' 'El pueblo mexicano se está hundiendo por falta de un guía y por falta de hombría y por tanta porquería como usted puede ver', constituyen el delito previsto por el artículo 145 del Código Penal para toda la República."

El día 2 de marzo ratificaron el escrito de denuncia los señores Silvano García Guiot, C.P.T., y Prof. Antonio Sánchez Molina e Ing. y vicealmirante Oliverio F. Orozco Vela, quienes insistieron en los puntos expresados, habiendo manifestado alguno de ellos no haber leído todo el libro y conocer su contenido por la conferencia que sobre el mismo había sustentado en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el señor Lic. Luis Cataño Morlet.

El 10 de marzo ratificó la denuncia el señor Lic. Luis Cataño Morlet y pidió se agregaran dos escritos que contienen los comentarios que acerca de *Los hijos de Sánchez* había formulado y en los que fundamentalmente se insiste en los hechos y conceptos aludidos.

II. El 22 de marzo fue examinado el señor Arnaldo Orfila Reynal, quien manifestó que a partir del 1º de julio de 1948 es director general de la institución denominada "Fondo de Cultura Económica"; que dicha institución no tiene fines de lucro y que se fundó para difundir las bases fundamentales en ciencias sociales en el mundo de habla hispana; que la dirección de la entidad está a cargo de una Junta de Gobierno integrada por los que la fundaron en 1934 y por otros miembros incorporados posteriormente; que actualmente ellos son: Antonio Ortiz Mena, Eduardo Suárez, Eduardo Villaseñor, Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame, Antonio Carrillo Flores, Agustín Yáñez, Ramón Beteta, Jesús Rodríguez y Rodríguez y Plácido García Reynoso, este último en su carácter de delegado fiduciario del Banco de México, S. A., que es la institución a la que el Fondo de Cultura

está vinculado… Que en los 30 años de labor editorial el Fondo ha publicado más de 2100 ediciones difundidas en más de 10000000 de ejemplares que se venden en un 40% en México y en un 60% en los demás países de habla hispana… Agregó que nadie percibe beneficios por la mayor o menor actividad comercial del Fondo, por cuanto los miembros de la Junta de Gobierno cumplen sus funciones con carácter absolutamente honorífico, recibiendo como única compensación un ejemplar de obsequio de cada libro publicado; que en cuanto al director percibe un sueldo por su dedicación exclusiva, pero que no tiene participación alguna en las utilidades y en las ventas… Que en relación con la publicación del libro, a través de varios años tuvo el declarante la oportunidad de escuchar los textos de las entrevistas realizadas a los cinco miembros de la familia llamada Sánchez, mediante las cintas grabadas que el autor obtuvo durante esos años de trabajo con los protagonistas; que también algunos miembros de la Junta tuvieron oportunidad de escuchar parte de esas grabaciones, lo que significa haber podido apreciar la técnica de trabajo del autor, que evidentemente ha significado una innovación en los métodos de estudio antropológicos que han sido tomados en cuenta en congresos de la especialidad y por sociedades antropológicas de distintos países; que al editarse en inglés pudo ser leída en su totalidad por algún miembro de la Junta, por la Dirección y por consejeros de la especialidad a cuya opinión se recurre siempre antes de contratar un libro y que son distintas personas según la disciplina de que se trata; que se advirtió el problema que podrían plantear los relatos, que en algunos momentos usan palabras que podrían considerarse incorrectas, pero que, juzgando el libro en su conjunto como un testimonio vivo de las formas de vida, de las ideologías, de los ideales, de las costumbres, de los problemas que sufren hombres y mujeres que integran ese medio llamado de "la cultura de la pobreza", la Junta consideró por unanimidad que la obra debería publicarse íntegramente, lo que además es una actividad general que observa de no ejercer censura sobre ninguna obra cuya edición autoriza; que, por otra parte, al aprobar la contratación del libro, la Junta tuvo en cuenta la circunstancia de que la obra había sido juzgada por la crítica internacional en forma altamente elogiosa tanto como documento humano como por su método científico; que en diciembre de 1963 un jurado constituido en Francia por altas personalidades intelectuales, como los escritores Raymond Quenau, Maurice Nadeau y otros que no recuerda, otorgaron el premio al mejor libro extranjero del año a *Los hijos de Sánchez,* lo cual tiene un alto significado si se considera los muchos cientos de obras que se traducen anualmente en ese país. A preguntas especiales que se le formularon contestó: Que niega absolutamente que la obra de Oscar Lewis intitulada *Los hijos de Sánchez* sea subversiva. Esta afirmación la formula a plena conciencia por distintas razones:… *b)* Porque nunca una obra científica como de la que se trata puede significar un instrumento de subversión. *c)* Porque en el debate producido en México a raíz de la denuncia presentada en este asunto, la enorme mayoría de los intelectuales, profesores, hombres de ciencia, periodistas, se han manifestado en más de un 90% en defensa del libro repudiando la denuncia producida… *f)* Que, con la alta autoridad que representan los mensajes presidenciales, periódicamente el país se informa de las necesidades que debe resolver y se reitera por los altos mandatarios la gravedad de esos

problemas sociales, de los que el libro aludido no ha hecho más que ofrecer un testimonio que podrá ser o no tomado en cuenta por otras investigaciones… Que niega que la descripción que algunos de los protagonistas hacen de ciertos vicios y costumbres puedan significar una apología de los mismos, por cuanto ellos no hacen más que relatar hechos y costumbres que en las páginas de las columnas policiales de los periódicos pueden leerse con frecuencia; que insiste que los protagonistas incluso no se declaran actores de esos vicios, sino que los describen como una circunstancia que se produce en los bajos fondos; que tampoco cree que se glorifica a los autores de los vicios porque, como se ha hecho notar por varios escritores, el libro tiene un alto fondo moral y en definitiva las víctimas que hablan muestran su deseo de que todas esas lacras sociales, que no son propias del país sino del mundo entero, sean abolidas: que hay frases que tomadas aisladamente podrían adquirir ese sentido (ofensivas a la nación mexicana), pero que analizadas en el contexto de la obra, o más precisamente en las declaraciones de los protagonistas, niega que pueda haber intención ofensiva cuando todos ellos muestran un amor a la patria y a las instituciones, a las que critican por lo que pretenden que son sus fallas, pero que no por ellas mismas… Que el tema de obscenidad de la obra literaria viene siendo discutido desde siglos y que la historia anota procesos contra obras desde las de Flaubert o las de Zola, por ejemplo, hasta el juicio sobre los amores de Lady Chatterley, cuyo proceso fue fallado definitivamente por la Suprema Corte de los Estados Unidos, declarando la licitud total de esa obra; por todo ello reitera: Tratándose de un estudio antropológico, los pequeños pasajes y los pocos párrafos que a través de las quinientas cincuenta páginas del libro pueden aparecer como de uso que se ha dado en llamar "indecente", no autorizan a juzgar la obra como obscena, siendo esta afirmación, aparte de falsa, "ridícula".

III. A los autos de la averiguación se mandó agregar dos tomos de recortes de periódicos de la prensa diaria y de algunas revistas en que se publican noticias, comentarios y editoriales sobre la obra *Los hijos de Sánchez,* y que en sí constituyen una expresión de la opinión pública sobre el libro y los delitos denunciados.

IV. Del escrito inicial presentado por los miembros de la directiva de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de su ampliación, se deriva que los delitos que se dicen cometidos por Oscar Lewis al escribir el libro *Los hijos de Sánchez* y por los miembros del Consejo Directivo y Administrativo del Fondo de Cultura Económica al editarlo, son los comprendidos en los artículos 145, 200 fracción I, 350 y 360 fracción II del Código Penal y 2º fracción I de la Ley de Imprenta, es decir, los de disolución social, ultrajes a la moral pública y a las buenas costumbres y difamación.

V. Por lo que se refiere al delito de disolución social, éste se integra, en los términos del artículo 145 del Código Penal, por realizar propaganda o difundir ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero que perturben el orden público y afecten la soberanía del Estado mexicano, estimándose que se perturba el orden público cuando los actos mencionados tienden a producir rebelión, sedición, asonada o motín; y

se afecta la soberanía nacional cuando puedan poner en peligro la integridad territorial de la República, obstaculizar el funcionamiento de sus instituciones legítimas o propagar el desacato de los mexicanos a sus deberes cívicos. Además se considera que se comete el mismo delito cuando por cualquier medio se induzca o incite a uno o más individuos a que se realicen actos de sabotaje, a subvertir la vida institucional del país o a provocar perturbaciones del orden o de la paz pública. En un delito internacional el agente activo de la infracción realiza una serie de actos encaminados a lograr un resultado que desea y que mentalmente se ha representado. En muchos casos los medios que pone en juego para obtener el fin propuesto no son los adecuados y en virtud de esa circunstancia no logra dañar el interés jurídico que protege la Ley Penal. Hay otros casos donde los actos tampoco lo lesionan, aunque con ellos nunca se propuso su autor obtener resultado lesivo al derecho. La ejecución de actos no idóneos para la comisión de un delito constituye una figura que las leyes represivas sancionan, si además de ellos concurre la voluntad de cometer el delito que se frustró por lo inadecuado del medio empleado; pero los actos ajenos a toda intención punible, y por ello no ligados a ningún error entre medio y fin propuesto y no logrado, están fuera del ámbito del derecho penal.

Es obvio que a juicio de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, los elementos de la disolución social denunciada están comprendidos dentro de los párrafos de la obra de Lewis, que ellos han citado en su escrito y declaraciones. Esas frases, vistas a la luz de la realidad nacional y de su proceso histórico social, no tienen ninguna eficacia para perturbar la paz o el orden públicos y afectar la soberanía nacional, ni son capaces de inducir a persona alguna a ejecutar actos de esa naturaleza. Sin duda el escritor acusado nunca tuvo la intención de cometer el delito que se le imputa, tanto porque su libro fue escrito en el extranjero para ser publicado fuera de México, como porque, conocedor de nuestras instituciones y de la libertad de que goza el pueblo, no es posible que haya pensado que esas ideas tuvieran un efecto semejante al que pudiera lograr bajo un régimen de tiranía o terror.

En México el proceso democrático de elección, la renovación periódica de sus funcionarios y los propósitos de justicia social, permiten todas esas expresiones, sin que las mismas contengan ninguna posibilidad delictuosa. A mayor abundamiento, el libro sólo fue traducido y publicado en español años después de haber sido escrito y mediando el juicio que emitieran, para autorizar dicha publicación, los miembros directivos y administrativos del Fondo de Cultura Económica, que por su prestigio personal y por la trascendental labor cultural y editorial que el Fondo de Cultura Económica viene realizando, constituyen un tamiz que valoró el contenido de la obra, sin encontrar en ella ninguna intención subversiva ni menos ofensiva a la nación mexicana. Nadie, fuera de los denunciantes, ha admitido que el propósito fundamental de Lewis sea de alterar la tranquilidad y la seguridad, y esta Procuraduría General de la República estima que es tan remota y falsa una relación entre los conceptos de Lewis y de los protagonistas del libro y la existencia de un riesgo real para la paz, que no encuentra elementos que justifiquen el ejercicio de la acción penal, pues juzga que proceder de otra manera sería mucho más inquietante y lesivo a la libertad y al derecho, que los actos y las palabras

sobre los que pretendiera descansar y justificarse.

VI. El delito de ultrajes a la moral o a las buenas costumbres, comprendido en la fracción I del artículo 200 del Código Penal, en relación con el artículo 2° fracción I de la Ley de Imprenta, consiste en fabricar, reproducir, publicar libros, escritos, imágenes u objetos obscenos y exponerlos, distribuirlos o hacerlos circular. La doctrina jurídica está de acuerdo en que la moral a que se refiere la Ley al definir ese delito es la moral sexual y lo obsceno debe ser lesivo al pudor. Eusebio Gómez, en el tomo III de su *Derecho penal,* ahondando en este concepto, dice: "Si lo obsceno se caracteriza por su efecto lesivo del pudor, forzoso es admitir que la previsión de nuestro texto legal tiende a la tutela del pudor público y que éste debe entenderse como el pudor medio, constituido a la vez por el conjunto de normas consuetudinarias de convivencia civil en relación a la sexualidad… La existencia dentro de un libro, de episodios licenciosos, aun cuando parezcan excesivos, no puede servir por sí sola para calificar la obra de obscena, si de la finalidad ideológica del mismo, del género de la obra con relación a esos episodios, de la forma sincera de la expresión artística y de la propia posición, a veces, del autor en las letras o en el arte, surge sin dificultad que se trata de una obra de ciencia, de estudio o de poesía… La obra científica o artística no pierde su carácter de tal por crudas y realistas que sus expresiones sean, puesto que su finalidad no es la de lesionar el sentido social del pudor ni tiene, para ello, la eficacia necesaria, ausente como está la intención obscena del autor…" Eugenio Cuello Calón, en el tomo II de su *Tratado de derecho penal,* dice: "Por ofensa al pudor debe entenderse la ofensa a la moralidad sexual de una persona; ofensa a las buenas costumbres equivale a la lesión de la moral sexual colectiva, pública… La determinación de si el hecho ofende al pudor y a las buenas costumbres, si es obsceno quedará al arbitrio del tribunal, el cual, para hacer esta apreciación, deberá tomar en cuenta las especiales circunstancias que acompañan la producción del hecho, pues el concepto de obscenidad es muy relativo…" Sebastián Soler, en el tomo III de su obra de *Derecho penal,* afirma: "Ultrajes al pudor… en todas las figuras hasta aquí estudiadas hemos visto a la ley penal protegiendo la honestidad directamente afectada en una persona determinada; así, la violación, el estupro, la corrupción y el abuso deshonesto; aquí, en cambio, se tutela al pudor de manera diríamos impersonal, como bien social consistente en el concepto medio de decencia y de buenas costumbres en cuanto a las cuestiones sexuales…" El penalista Antonio P. Moreno dice: "La moral pública no es otra cosa que la moral social colectiva". En otros términos, los actos que ultrajan la moral y el pudor, que son capaces de quedar comprendidos en la definición del artículo 200 fracción I del Código Penal, deben ser de tal naturaleza que ameriten la repulsa de la opinión pública. La primera edición de *Los hijos de Sánchez,* en español, se publicó en 1964 y se agotó sin que hubiera originado ningún escán-dalo; la segunda, editada este año, atrajo la atención pública y originó una polémica a raíz de la denuncia presentada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Con este motivo, en la prensa y en las revistas se publicaron múltiples artículos y opiniones sobre el tema; para unos la obra es valioso exponente científico de una nueva técnica en la antropología; para otros carece

de valor literario o científico; hay quien afirma: "Nadie puede sostener que se trata de una obra de importancia literaria y sólo el esnobismo puede llevar a conclusiones tan excéntricas". Otro dice: "No recuerdo si fue San Vicente de Paul el que dijo: 'Los pobres son odiosos, pero hay que amarlos'. Esto es cabalmente lo que ocurre con los miembros de la familia Sánchez, los cinco son odiosos, odiosos por su miseria, sus riñas salvajes, su lujuria, sus trampas, su holgazanería y su crueldad; pero al concluir el libro de Lewis terminamos amándolos". En una palabra, el libro llamó la atención pública, dividió a las opiniones y las apasionó: hay quien lo condena como inmoral y como obsceno; quien lo señala como obra de arte; y quienes se sorprenden de que haya sido objeto de una acusación que estiman denigrante; es decir, la opinión pública no ha generalizado un juicio condenatorio sobre el libro de Lewis y sería muy difícil, en tales condiciones, hablar de que se ha ultrajado a la moral, si hombres llenos de cualidades intelectuales y de valía social se han pronunciado en defensa del libro y contra la pretensión de que al autor y a los editores se les sancione penalmente. En ausencia de esa opinión generalizada de condena, no se reúnen los elementos que la doctrina y la jurisprudencia requieren para integrar el delito del artículo 200 fracción I de nuestro Código Penal, en relación con el 2° fracción I de la Ley de Imprenta, e imposibilitan al Ministerio Público para poder, con fundamento legal, ejercitar la acción penal.

VII. En *Los hijos de Sánchez* es cierto que existen palabras crudas y descripciones en que se abordan actos de naturaleza sexual, o vinculados con otras manifestaciones de la vida repulsivas o viciosas, mas también es cierto que el libro no está dedicado de manera preferente a ese tipo de narraciones, ni las mismas son objeto de apología o aprobación, pues los protagonistas de la obra resultan, en los más de los casos, perjudicados por su conducta contraria a las normas de convivencia social y son objeto de críticas severas en boca de su padre (Jesús Sánchez), quien en el Epílogo de la obra dice: "Yo soy muy rencoroso y tengo mucho en contra de mis tres hijos, Manuel, Roberto y Consuelo. Estoy medio muerto de los corajes que me han dado. Salieron tan malas cabezas, que me da pena, es muy duro para un padre tener hijos así. Los amigos no les dejan nada bueno a estos muchachos. Aunque les dé consejos, ellos se van por otro lado en vez de tomar el camino recto. No hay nada mejor que trabajar derecho. Yo soy pobre y humilde, pero trato de hacer las cosas lo mejor que puedo. No pueden decir que su padre venía a casa tomado o que los abandoné. Un tío de ellos acaba de morir porque tomaba mucho, y parece que sacaron más de los tíos que de mí. No lo entiendo. Mis hijos no han subido nada porque no les gusta que los mande nadie. Primero quieren ser millonarios y después agarrar un trabajo. ¿Quién empieza de arriba para abajo? Todos empezamos de abajo para arriba, ¿no? Pero mis hijos son al inverso. Así que todo lo que hacen es un fracaso constante. No tienen fibra para trabajar. No tienen sentido común; no tienen voluntad para agarrar un trabajo como hombres, un trabajo derecho, para que anden limpios en la calle, con la frente muy alta. Yo estaría feliz con esto".

El contenido de las 565 páginas de la obra pretende ser un testimonio de "anhelos y necesidades insatisfechos, deseos y pasiones no refrenadas, luchas violentas, aventuras

dignas de la picaresca mejor autorizada, expresiones múltiples, en fin, de las palpitaciones humanas que se debaten en un mundo despiadado y con frecuencia lleno de frustraciones", que ameritan el estudio de lo que el autor llama "características universales de la cultura de la pobreza". Al propio autor "le gustaría rechazar la tendencia de algunos estudios sociológicos a identificar la clase humilde casi exclusivamente con el vicio, el crimen y la delincuencia juvenil, como si la mayoría de los pobres fueran ladrones, mendigos, rufianes, asesinos o prostitutas… En mis propias experiencias en México, la mayoría de los pobres me parecen seres humanos decentes, justos, valerosos y susceptibles de despertar afecto". Estos párra-fos claramente alejan del libro intitulado *Los hijos de Sánchez* toda intención preferentemente obscena o pornográfica y las descripciones audaces relacionadas con actividades sexuales deben entenderse como elemento secundario de la obra, que ni la caracteriza ni la define. Por lo que toca a las palabras crudas, refiriéndose o no a conceptos de carácter sexual, diremos que las mismas, según lo afirmó en ocasión semejante el juez penal mexicano licenciado Jesús Zavala, "no ofenden a la moral, sino únicamente al buen gusto", que en sí carecen de significado y, en boca de los protagonistas del libro, de intención, pues no se dirigen contra nadie y sólo revelan un lenguaje vulgar, cuyo uso no se puede negar. En verdad el problema es, como dice J. A. Ceniceros, "de estilo, de buen gusto, de oportunidad, de decencia y de docencia", no, de manera necesaria, de derecho penal. Si los indicados se hubiesen propuesto ultrajar la moral, injuriar o difamar a México, no hubieran buscado como medio el libro, sino otros más accesibles como el cine, la radio o la televisión, pues las obras escritas tienen reducido número de lectores y la calidad y madurez intelectual de éstos, por regla general, los colocan en condiciones de seleccionar lo que leen y percibirlo con buen juicio.

VIII. Por lo que toca al delito de difamación, en su doble aspecto o sea en perjuicio de persona determinada (licenciado Miguel Alemán) o de la nación mexicana, tampoco es el caso de ejercitar la acción penal, ya porque no se ha presentado querella de parte del ofendido, en los términos del artículo 360 del Código Penal, o porque, en virtud de las razones expuestas en esta resolución, se concluye que no ha habido ánimo de injuriar ni lesionar el decoro de México, pues en el libro existen frases explicativas de su contenido en el que en todo caso sólo es la narración de la vida de cinco personas que tropiezan con todos los incidentes que reflejan la pobreza, pero que están muy lejos de ser peculiares de un país determinado. No se pretende, con lo que se ha expuesto, sostener la tesis de que *Los hijos de Sánchez* sea un libro que refleja la realidad nacional ni mucho menos que sus narraciones se apliquen a todos los hombres pobres de México, ya que el propio autor ha reconocido las cualidades morales de la mayoría de ellos, confirmando de esta manera la ausencia de dolo específico que se requiere para configurar el delito de difamación.

En virtud de lo que antecede y con fundamento en los artículos 145, 200 fracción I, 350, 360 fracción II del Código Penal, 2º fracción I de la Ley de Imprenta, 137 fracción I del

Código Federal de Procedimientos Penales y 15 fracción VIII inciso *a)* de la Ley Orgánica del Ministerio Público Federal y oído el parecer de los agentes auxiliares del Departamento de Control de Procesos y Consulta en el ejercicio de la acción penal y del subprocurador primer sustituto, se resuelve:

ÚNICO: Se confirma la resolución dictada el 29 de marzo del corriente año por el C. director general de Averiguaciones Previas, por la que se declara que, por no haber delito que perseguir, el Ministerio Público se abstiene, en definitiva, de ejercitar acción penal en la averiguación número 331/965 iniciada por denuncia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística contra Oscar Lewis, autor del libro *Los hijos de Sánchez,* y contra los funcionarios directivos y administrativos del Fondo de Cultura Económica por haberlo editado.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN
México, D. F., a 6 de abril de 1965

EL PROCURADOR GENERAL DE LA REPÚBLICA

Lic. Antonio Rocha

UNA MUERTE EN LA FAMILIA SÁNCHEZ

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a mi esposa, Ruth M. Lewis, por su valiosa ayuda en la organización y edición de mis entrevistas originales con los hijos de Sánchez que forman la base de este volumen. Agradezco también la ayuda de Allean Halle por sus sugerencias editoriales en una primera versión del manuscrito, y de Gordon Ray por sus útiles comentarios a los textos definitivos; mi reconocimiento, igualmente, a Isabel Fraire por su traducción al español de la introducción y el apéndice de este libro. Quiero además agradecer a Manuel, Consuelo y Roberto Sánchez su cooperación en este estudio.

INTRODUCCIÓN

Los antropólogos, los sociólogos y, en general, todos aquellos que se dedican al estudio del hombre, la sociedad y la cultura, se han venido dando cuenta cada vez más claramente de la importancia de realizar estudios longitudinales de sus respectivos temas. Hace 30 años se pensaba que un periodo de uno o dos era suficiente para llevar a cabo un estudio intensivo de una comunidad rural. Hoy en día los antropólogos necesitan de periodos mucho más largos, hasta de 10 o de 20 años, con objeto de poder estudiar el proceso del cambio social directamente según se produce, mejor que retrospectivamente, y así llegar a una comprensión más profunda de la realidad. Otro tanto puede decirse de los estudios de individuos o familias. En realidad, este volumen sobre los Sánchez forma parte de una serie de informes que estoy realizando basados en un esquema de investigación que requiere un estudio continuado de la familia y que habrá de prolongarse hasta los nietos. Esto explica por qué con la publicación de mi libro *Los hijos de Sánchez,* en 1961, no consideré concluida mi investigación, ni mucho menos mi relación con la familia. De hecho, he estado constantemente en contacto con todos sus miembros desde 1956, en que empecé mi estudio, y no ha pasado un año sin que los visite. Han ocurrido cambios importantes en sus vidas. Sin embargo, en este libro me limitaré a contar un solo incidente dramático: la muerte de Guadalupe, la tía materna que era el pariente consanguíneo más cercano de los hijos de Sánchez.

Aunque Guadalupe no fue en mi libro sino un personaje menor, la considero como de gran importancia porque ocupaba un lugar central en la familia Sánchez. Además, ella, sus maridos, y los demás ocupantes de su *vecindad,* representan el modo de vida que he llamado cultura de la pobreza mejor que Jesús Sánchez y sus hijos, más influidos por los valores y aspiraciones propios de la clase media mexicana. En diciembre de 1962, un mes después de que muriera Guadalupe, regresé a México a estudiar los efectos de su muerte en la familia. Este libro, hecho a partir de entrevistas grabadas con Manuel, Roberto y Consuelo Sánchez, presenta tres visiones de la muerte, velorio y entierro de su tía.[*]

Estas tres historias revelan las dificultades con que se encuentran los pobres cuando tienen que disponer de sus muertos. Para los pobres la muerte presenta un problema casi tan grande como la vida. El novelista danés Martin Andersen Nexö, al descubrir en su autobiografía los primeros años de su vida, pasados en una barriada de Copenhague, recuerda que cuando tenía unos tres años le preguntó a su madre si su hermano, que había muerto recientemente, sería ya un ángel. Su madre contestó: “Los pobres no tienen

lugar en el cielo, tienen que dar gracias si logran volver a la tierra". El esfuerzo por lograr que el cuerpo de la tía Guadalupe ingresara decentemente en la tierra es uno de los temas de este libro. Un tema más amplio es la manera en que su muerte iluminó su vida y cómo su vida y su muerte reflejan la cultura de la pobreza en la cual vivió.

Guadalupe murió como había vivido, sin atención médica, sin medicinas para mitigar el dolor, con hambre, preocupándose de cómo iba a pagar la renta o reunir el dinero necesario para pagar el camión que la llevaría al hospital, afanándose hasta el último día de su vida en los distintos patéticos trabajos que tenía que desempeñar para seguir adelante, sin dejar nada de valor, excepto unos cuantos objetos religiosos y el minúsculo espacio rentado en que se había alojado.

La vida entera de Guadalupe había sido de privaciones y traumas. Nacida en una familia pobre de León, Guanajuato, en el año de 1900, tenía 10 años al comenzar la Revolución mexicana y 20 cuando terminó, de manera que vivió algunos de los años más difíciles de la historia de México, años marcados por el derramamiento de sangre, la violencia, el hambre y el sufrimiento. Sus tristes experiencias, nada excepcionales para aquellos tiempos, nos ayudan a comprender la situación en que se encontraba cuando murió.

Guadalupe tuvo 17 hermanos y hermanas, sólo siete de los cuales sobrevivieron al primer año de vida. Sus padres eran religiosos y se habían casado en la iglesia. No sabían leer ni escribir, y se ganaban la vida haciendo dulces que vendían en la plaza. La familia (en sentido lato, incluyendo primos, tíos y abuelos) era pequeña y tenían pocos parientes que pudieran ayudarlos. Todos los abuelos habían muerto antes de nacer Guadalupe. Ella no sabía de dónde eran, pero lo más probable es que formaran parte del proletariado urbano de León. Los padres de Guadalupe no hablaban ninguna lengua indígena, y no tenían que sepamos otra tradición que el catolicismo popular mexicano. De su familia, dijo Guadalupe:

> Pos yo nomás le conocí a mi tía Juana de parte de mi papá y a mi tía Catarina por parte de mi mamá. Vivían cerca, como yo horita aquí mí tía Catarina vivió así y mi tía Juana vivía pa'allá pa' aquella esquina retirada.
>
> Mi tía Catarina estaba casada con el hijo de mi tía Juana; él era sobrino de mi papá. Ése trabajaba en el express a cargar y descargar. Cargaba en la espalda y de eso murió. Era un altote y todavía muy joven pero murió de tanto trabajo.

Los padres de Guadalupe pasaban una buena parte del día trabajando lejos del hogar. Se levantaban a las tres de la mañana para comprar pan recién hecho que vendían en la plaza hasta mediodía, cuando regresaban a su casa a descansar. A las cuatro y media volvían otra vez a la plaza a vender sus dulces, y con frecuencia no regresaban sino hasta las dos de la mañana.

Desde que tuvo cinco años Guadalupe, que era la mayor de las hijas, se quedaba encargada de la casa y de sus hermanitos y hermanitas. Los padres exigían a todos sus hijos que se levantaran a las tres de la mañana, a acarrear agua para el jardín, antes de ir a misa de cuatro. Los muchachos se pasaban la mañana haciendo los dulces —calabacitas y camotes asados con piloncillo y miel— y Guadalupe hacía las compras, cocinaba, y limpiaba la casa. Nunca la dejaron ir a la escuela ni jugar con otros niños, y

recordaba su infancia como un martirio.

> Mi papá como era muy rejego no quería que agarráramos nada de nadie ni por parte de la familia. Nunca. Hasta una vez recuerdo que estábamos todos llorando de hambre y se le hizo fácil a mi tía darnos un taco, una tortilla así con frijoles. Y quién sabe… mi papá venía con su cajoncito de dulces y dice: "¿Quién les dio?" y ya me mandó a mí a dejarlo. Empezó a llorar mi tía y mi papá rete enojao.
>
> Era muy agrio mi santo padre. Muy agrito era mi papá. No permitía que nadie nos fuera a visitar, nomás los vendedores que iban por los cajones de dulce cubierto para vender. Éramos nomás solitos, nos comandábamos en el patio porque tenía un corralón mi padre que nunca nos anduviéramos parando en las puertas de una casa. Mis hermanos se iban a volar su papalote a la azotea o corretearon en el patio. Yo no jugaba con ellos porque me pegaban. Mi papá era muy delicado. Nunca nos dejó ir al cine ni al teatro ni a ningún lado. No le gustaba que tuviera uno amistá con nadie. Él no nos dejó mi hermana y yo jugar con trastes, no me dejó jugar con muñecas porque decía que con las muñecas ya tenía uno malicia.
>
> Mi vida era muy triste. Siempre he sufrido desde chiquita. Mis vestidos eran de puros pedacitos, nagüitas, porque usábamos naguas y blusa de manga larga. Sí, me lo hacía mi mamá unas nagüitas nuevas, ya me las ponía con aquel gusto y me encantaba que anduviera yo con mis naguas aunque fuera como de colores como pájaro y pos un parche aquí, otro pedazo aquí. Pos zapatos no, nomás pantunflas de casimir.
>
> Nunca hizo fiesta mi papá. Venía santo de mi mamá, no se festejaba, venía santo de él, no se festejaba de nadien. No oíamos música en la casa ni bailábamos. Sí, había música cuando había santo de alguno de los vecinos y por ahí le llevaban las mañanitas. Pero yo, aunque me alborotara ir, no. Si no me daban permiso cuando en tiempo de las Posadas… pues, el gusto más grande que se llegaban las Posadas y la Semana Santa, pero no íbamos a ningún lado, pos nomás estábamos ahí mirando de la azotea porque pos no le gustaba a mi papá. Y hasta ora aquí en México he visto así de recibir regalos de los Reyes.
>
> Cuando fui al mandado, yo cargaba al niño más chiquito en los brazos, y al niño siguiente, "al chípil", en la espalda y mi canasta en los brazos. Un día iba yo a traer el mandado a la casa y me agarraron los policías porque no estaba yo en la escuela. Ese día yo lloré porque decía que me iban a encerrar. Y fue mi mamá y fue por mí. Nunca me quiso meter al colegio porque yo era la única mujer. Fíjese, yo por eso yo no sé leer nada. ¡Nada! Ay que me tiene aquí que parezco soy burrita que no sé leer.
>
> A mí mi santa madre no me enseñó nada. Aprendí yo solita a cocinar y a lavar. Yo cuando llegaba de vender mi amá a las 11 de la mañana ya le hacía yo, ya tenía su cazuelita de comida. Mi mamá me pegaba cuando no encontraba los frijoles cocidos. Si yo los trastos quebraba me los tallaban en las manos pa' que me enseñara a cuidar. Yo le tenía más miedo a mi mamá que a mi papá. Él era más cariñoso y no me pegaba como ella. Yo era la consentida de él, a veces me pegaba con una riata mojada. Simplemente cuando él platicaba, luego luego temblaba yo.
>
> Cuando se enojaba mi mamá con mi papá, él decía que el hijo que más lo quisiera que se fuera con él y él que no, que se quedara. Mi hermano mayor y yo siempre nos íbamos con mi apá y mi mamá se enojaba rete harto. Me cargaba mi papá pa'l campo y allá vendíamos Judas y dulces y nos acostábamos en el suelo. Después de como ocho días, regresábamos a casa y cuando llegábamos nos amonestaba mi amá rete harto.
>
> Yo he de 'ber tenido como cuatro años cuando empezaba a lavar la ropa. Pos yo estaba chiquilla, no cabía la ropa en las manos. Le lavaba una pierna un ratito y otra pierna otro. Ya a los seis años luego me compró un metatito mi papá y me ponía una ollita así de nixtamal, y me ponía en el metate a mole'lo. Y así me echaba mis tortillitas. A mi papá no le gustaba la ropa planchada pero ya de la edad de como de ocho años empecé a desarrugarle su ropa a mi mamá y doblarla.

Cuando tenía 11 o 12 años, Guadalupe tuvo su primera menstruación, que la asustó muchísimo, sobre todo porque tenía miedo de que sus padres la castigaran. Se escondió todo el día en un gran hoyo, con la esperanza de que dejara de sangrar. Cuando su madre se enteró le dijo a su hija: "No te asustes, le pasa a todo el mundo".

"¿También a los ricos?", le preguntó Guadalupe.

Cuando Guadalupe tenía 13 años, Fidencio, un hombre de 32, forzó la puerta y se metió en la casa cuando no estaban sus padres, y se la llevó a punta de cuchillo. Él vivía

del otro lado de la calle, y la había estado tratando de seducir desde que tenía nueve años. La llevó a una cueva y la violó. Sangró muchísimo, y él la llevó a la casa de su madre en Hidalgo. Guadalupe se quedó en cama sin que la viera un médico durante 15 días, hasta que cesó la hemorragia. Su padre la encontró y la azotó con tal ferocidad que se tuvo que quedar en cama otras dos semanas. Su padre le dijo que no le gustaban las niñas desfloradas porque "ya no valían nada", y la obligó a casarse con Fidencio en la iglesia.

La suegra de Guadalupe no la quería, y obligaba a la muchacha a moler seis cuartillos de maíz todos los días, y hacer grandes pilas de tortillas para venderlas en la plaza. El marido de Guadalupe le propinaba frecuentes golpizas a la chiquilla, y la llevaba a vivir con una tía tras otra porque su madre se negaba a aceptarla. Guadalupe se dio cuenta de que estaba embarazada cuando estaba a punto de dar a luz. Pensaba que de alguna manera se le había metido un animal en el vientre, y que se iba a morir, pero no dijo nada. Fidencio era a la sazón soldado en el ejército revolucionario, y cuando se dio cuenta de que Guadalupe iba a tener un hijo, consiguió un permiso para llevar a Guadalupe a casa de su madre, en Hidalgo. Guadalupe tenía aproximadamente 14 años cuando tuvo a su primer hijo, Luis.

La suegra de Guadalupe seguía maltratándola. La hacía pasar hambre, y sólo le daba de comer hierbas y verduras silvestres sin sal. Cuando llegó la noticia de que habían matado a Fidencio, le dijeron a Guadalupe que tenía que regresar a Guanajuato. Su cuñado, que era un arriero que llevaba cargas de frijol y maíz a Guanajuato, se negó a llevarla con él, a pesar de que el camino estaba plagado de asaltantes. Guadalupe tuvo que ir a pie hasta Guanajuato, con su niño en brazos. Era la temporada de lluvias y Guadalupe no podía encontrar qué comer ni qué darle de comer a su hijo. Casi se murieron de hambre en el camino, y se hubieran ahogado al atravesar un río que estaba crecido, si no hubiera sido por un arriero que pasaba, y que sacó a Guadalupe del río por las trenzas.

En Guanajuato, Guadalupe se enteró de que habían matado a su hermano mayor en pleito, cuando defendía a un amigo, y que su padre había muerto de rabia y dolor. Su madre se había ido a la Ciudad de México a quedarse con su tía Catarina. Guadalupe y una amiga cuyo marido también había muerto en la revolución la siguieron a México, mendigando comida por el camino, y comiendo, con frecuencia, cáscaras de plátanos o de tunas. Cuando llegó Guadalupe a la capital su madre al principio no la reconoció, y lloró al ver a su hija tan demacrada y andrajosa.

La madre de Guadalupe, sus cinco hermanos y hermanas, Guadalupe misma y el bebé, todos vivían con la tía Catarina y sus hijos en un apartamento de un solo cuarto en un sector paupérrimo de la ciudad. Era un barrio populoso, proletario, lleno de tiendas, mercados, algunas fábricas pequeñas y almacenes, baños públicos, cines de tercera, escuelas en muy mal estado, cantinas y pulquerías. Había pocos restaurantes, pero muchos puestos en donde se vendía comida y "antojitos" a precios muy bajos. Guadalupe, su madre y su hermana Leonor se mantenían vendiendo pastel y café con "piquete" en un puesto de esquina. De sus cuatro hermanos, dos trabajaban en una

panadería, uno en una pulquería, y uno había de morir poco después de tifo. Guadalupe también contrajo la enfermedad, pero se recuperó y siguió trabajando en el puesto. Ponerle alcohol al café era una práctica ilegal, y Guadalupe fue encarcelada tres veces, ya sea porque su madre no podía pagar la multa, o porque el nuevo marido de su madre no le permitía pagarla. Como tenía miedo de ir a dar a la penitenciaría si la volvían a detener, Guadalupe, que tenía entonces 19 años, buscó otro trabajo. Tenía una amiga de la misma edad, y no pasó mucho tiempo antes de que las dos muchachas fueran llevadas, con engaños, a un burdel. Guadalupe se admiró de las magníficas camas que vio allí, porque siempre había dormido en petates. Una vieja les dijo que era un lugar malo, y las corrió, pero Guadalupe pensó: "¿Cómo puede ser malo si tiene tantas camas?" No fue sino hasta mucho más tarde que comprendió qué clase de lugar era.

Después de eso, Guadalupe encontró trabajo como recamarera en un hotel, en donde ganaba un peso diario.

Cuando su hijo tuvo cinco años, la ex suegra de Guadalupe, que vivía a la sazón en México, se lo pidió prestado por un tiempo, para ver si su presencia ayudaba a distraer a su otro hijo y hacer que olvidara el alcohol. Guadalupe a duras penas lograba darle de comer al niño y además le tenía miedo a su suegra, de manera que consintió en que su hijo se fuera a vivir un tiempo con ella. Lo visitaba cada 15 días, le llevaba pastel o fruta y unos pesos cada vez. Sin embargo su suegra hizo que cambiaran los sentimientos del niño, y lo puso en contra suya de tal manera que el niño le daba con la puerta en las narices a su madre, y ella se iba llorando cada vez. Finalmente, por consejo de su hermano, dejó de visitar al niño, que se quedó a vivir con su suegra, y se convirtió en alcohólico como su tío. Años más tarde, murió en medio de una borrachera.

Guadalupe supo, por boca de su suegra, que su marido había sido muerto a machetazos, y que habían tirado el cadáver al río. Nunca lo había querido, pero rogó por el descanso de su alma, y le juró a la Virgen de Guadalupe que nunca se volvería a casar, porque había sufrido tanto como esposa.

Luego Guadalupe se enamoró de Alfredo, que dejó a su mujer y a sus hijos para irse con ella. Él se convirtió en teniente en el ejército revolucionario, y ella lo siguió hasta Matamoros, en donde estaba destacado.

> Con ese hombre no me faltaba nada. Me vestía y me trataba muy bien. Yo usaba mis zapatos de tacón, que nomás pisaba con las puntas del pie. Me daba mis 15 pesos diarios, nomás que yo después me amaché asistir tropa por mandar una ayuda a mi mamá. Porque me mandaba una carta muy lastimosa mi madre diciendo que yo estoy comiendo y mi madre sabe Dios.
>
> Alfredo me dio permiso asistir tropa pa' mandarle dinero a mi madre. Ya después así me mataba yo, me paraba yo a las tres de la mañana a ir al molino, y echaba yo tortillas y ponía una ollota de frijoles. Tenía yo como 22 asistidos, tenía yo. Le lavaba y le planchaba al general Amaro porque él me quería y me pagaba 25 pesos nomás por el uniforme. Ya después yo mandaba a mi mamá su giro de a 30 pesos, de a 35 pesos.
>
> Alfredo se portaba bien conmigo pero era muy celoso. Yo no podía alzar la vista o dejar la puerta abierta, pero él me andaba haciendo guaje. Era siempre muy enamorado.

También Guadalupe era celosa, y Alfredo le pegaba por espiarlo. Cuando se embarazó, él la abandonó. Para no morirse de hambre, siguió trabajando como lavandera.

Me iba al río a lavar la ropa ajena, de ay de los militares que yo asistía y ay me tiene usted, la barrigota así hacía yo, bueno el estómago hasta 'lla bajo y así me iba yo a lavar con todo ese peso aquí en la cabeza. Luego me sentaba yo ahí mi lavadero, todo el agua me pegaba así a medio cuerpo. Mi vida muy mala. También mi comida eran tortillas de harina que las hacía yo y un sartén de cebolla frita y mi bote de leche condensada.

Yo lloraba por ese hombre. Tenía un retrato y yo me hincaba como si fuera un santo. Le decía yo: "Háblame, Alfredo, siquiera que me hables una palabra". Y entonces mi amiga dice: "Chamaca, ¡qué haces!" Me dice: "Vamos a Señor Simón a que te curen, te quiten eso, porque algo te ha de 'ber hecho tu marido, algún espíritu oscuro que trais tú en tu cerebro. Pídele al hermano Simón y verás cómo él te da tu fuerza, te da tu materia pa' que creas en él pa' que te quite ese 'ser'". Sí, ya después me lo quitaron y que llego yo y el retrato que estaba ahí, que agarro y que lo rompo y lo metí a la lumbre y ya aborrecí ese hombre. Ya no lloraba yo más. Yo lo quise mucho pero me pagó mal. Y ya después ya no me voy a creer de nadien.

Dio a luz a su hijo Salvador en el campamento y tuvo que luchar para mantenerse a sí misma y mantener al niño. Pero quería mucho al niño y no se quejaba. "Que Dios me perdone, pero nunca quise a mi primer hijo como quise a Salvadorcito". Siguió al ejército, haciendo frijoles y tortillas para los soldados durante el día, y atrancando su puerta durante la noche para que no entraran los soldados. Cuando se dispersaron, ella se fue con su hijo a Veracruz, en donde le habían prometido un buen trabajo como sirvienta. Cuando llegó, la señora le dijo que no tenía dinero para pagarle. Guadalupe trabajó gratis durante tres meses, y luego se enfermó de paludismo. Hinchada y temblando, con fiebre y escalofríos, regresó a México en un tren militar.

Cuando llegó a la capital se encontró con que su madre y sus dos hermanos ya no vivían con su tía Catarina, que los había obligado a mudarse despertándolos a las cuatro todas las mañanas y haciéndolos esperar afuera de la puerta, en el frío, mientras lavaba el piso. Finalmente se fueron a un cuartito, por el cual pagaban solamente cuatro pesos de renta al mes, a cambio de su trabajo como porteros. El techo sólo cubría la mitad del cuarto, y siempre que llovía se mojaban todos, pero Guadalupe no tenía otra alternativa, y se cambió con ellos.

Guadalupe siguió enferma de paludismo durante siete meses, sin poder encontrar un remedio. Su hermano le daba un brebaje preparado con caña de azúcar, jícamas y agua, pero esto sólo logró empeorarla porque eran alimentos "fríos". Su madre la tenía en el sol y le daba un litro de alcohol verde con café muy cargado; luego probaron el pulque con pirú molido. Después le pusieron un ratón en el cuello, y le dieron una paliza a su hermano en su presencia para asustarla, a ver si con el susto… pero no se compuso. Avergonzada de estar comiendo sin trabajar, salía a mendigar comida. Un día una mujer que la vio en la calle se compadeció de ella, y la curó con pencas de nopal, chile y miel. Para entonces, como la mayoría de los remedios contenían alcohol, Guadalupe se había habituado a la bebida.

Cuando Guadalupe encontró trabajo en una tortillería, en donde ganaba $1.80 diarios por hacer tortillas, ella y su familia se mudaron al cuarto de su hermano Pedro en la calle de los Pintores, en donde vivía con su mujer en amasiato. Guadalupe se quedó con ellos por algún tiempo, y luego se cambió con Leonor y con Jesús Sánchez, su nuevo cuñado. Mientras Guadalupe había estado fuera de México, Leonor había tenido un amorío con

un ferrocarrilero, que la abandonó, dejándola con un niño de brazos. Leonor había encontrado trabajo lavando platos en el restaurante La Gloria, en donde conoció a Jesús Sánchez, y se convirtió en su amasia.

Guadalupe siempre creyó que su madre prefería a su hermana menor, Leonor, y tenía celos de ella.

> Lo que ganaba era pa' sostener a mi madrecita. Pero ella fue muy dura, muy dura fue conmigo mi mamacita, en paz descansa. Cuando estaba yo en la tortillería, que no nos llevaba ni un taco y que llorábamos mi hijo y yo, que no teníamos ni qué comer. Entonces no sabía si tenía yo una tortilla o no la tenía. Pero siempre, siempre mi mamá llevaba su taco a Leonor. Le preguntaba yo a mi tía Catarina, "Ay, tía, ¿por qué no soy hija de mi mamá? ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué quiere nomás a mi hermana?" Y me decía mi tía que era mala suerte y que tengo que estar conforme.

Guadalupe tendría unos 30 años cuando conoció a Ignacio. Él tenía 20. Vendía periódicos, y todos los días pasaba por la tortillería en donde trabajaba Guadalupe. Se hicieron novios, y un año más tarde comenzaron a vivir juntos en amasiato. Sin embargo, como le había jurado a la Virgen de Guadalupe que no se volvería a casar, Guadalupe se negó a casarse con Ignacio.

Ignacio vivía con su padre y con su hermana en un cuarto, en el número 6 de la calle de los Pintores, a donde trajo a vivir a Guadalupe y a Salvador. Más tarde se cambiaron a su propio cuarto, en el número 30 de la misma calle. Sus únicos muebles eran un petate en donde dormían, dos cobijas, y una caja de jabón en donde guardaban la ropa, pero estaban contentos y no se quejaban. Guadalupe lavaba ropa ajena, y criaba unos cuantos pollos y palomas, para ayudar a mantener a su hijo. Ignacio trabajaba desde temprano en la mañana hasta cerca de media noche, para ganar unos cuantos pesos vendiendo periódicos. Salvador no quiso ir a la escuela ni trabajar como ayudante de carpintero, como quería su madre. Se pasaba casi todo el tiempo jugando en la calle mientras trabajaban sus padres. Sin embargo algunas veces ayudaba a Ignacio a vender los periódicos.

Guadalupe e Ignacio adquirieron el hábito de beber pulque todas las noches. Al crecer Salvador, y llegar a los 13, 14, 15 años, él también comenzó a beber. Era un muchacho pendenciero, agresivo, y los vecinos y parientes tenían muy mala opinión de él. Cuando Guadalupe e Ignacio tuvieron que cambiarse, porque estaban demoliendo la vecindad, no tenían a dónde ir, más que con Prudencia, la segunda esposa de Alfredo, el hermano de Guadalupe. Prudencia aceptó a Guadalupe y a Ignacio, pero no quiso recibir a Salvador. Salvador se mudó con sus padres, a pesar de la oposición de Prudencia, provocando la ira y los insultos de Prudencia para los tres. Prudencia trató de obligarlos a irse, dejándolos afuera en la lluvia, con la puerta atrancada, muchas veces, pero ellos no tenían a dónde irse, y se quedaban allí parados, cubiertos con periódicos, hasta que Prudencia se compadecía y los dejaba entrar.

Salvador se amancebó con una mujer de la cual tuvo un hijo, pero ella lo abandonó, llevándose al hijo, para irse con otro. Salvador comenzó a beber más que nunca y un día, cuando estaba solo y borracho en la calle, el amante de su mujer lo atacó y lo mató con un picahielos. Salvador tenía 24 años de edad cuando murió. Prudencia no permitió que

lo velaran en su casa, de modo que pusieron el féretro en el patio, y allí fue el velorio. Años más tarde, cuando el hijo de Prudencia fue a dar al manicomio, Guadalupe dijo: "Sí, todo lo que hacemos en esta vida lo pagamos. Dios demora pero no se olvida".

Ignacio y Guadalupe se mudaron a la vecindad de Panaderos en donde, por 14 pesos al mes, rentaron el apartamento número 1. Era un cuarto grande y el único que tenía ventana. La vecindad misma tenía una cerca y un portón en la entrada, y estaba en mejores condiciones que cuando hicimos nuestro estudio. Cuando la cerca se rompió, el dueño hizo que la quitaran, dejando a la vecindad completamente expuesta a la calle. No la repuso sino hasta 1962.

La madre de Guadalupe y sus dos hermanos no estaban contentos con Pedro y con su mujer, de manera que se mudaron con Guadalupe e Ignacio. Lucio, hermano de Guadalupe, no tardó en traer a Julia, una vecina, a vivir con él. Vivieron juntos muy poco tiempo, porque Lucio murió de alcoholismo. Poco después la madre de Guadalupe murió de cáncer, y su otro hermano se fue.

Con excepción del hermano que murió de tifo, todos los hermanos de Guadalupe murieron víctimas del alcohol. Hasta su padre estaba borracho cuando se murió. Guadalupe y su hermana Leonor también bebían. La madre era el único miembro abstemio de la familia. Leonor sufría del hígado y de otras enfermedades que agravaba la bebida. Su muerte inesperada, a los 28 años, cuando estaba embarazada del quinto hijo de Jesús, se puede atribuir parcialmente al alcoholismo.

Guadalupe cuidó a los hijos de su hermana muerta mientras Jesús, su cuñado, encontraba otra mujer. Le había hecho proposiciones a Guadalupe, y una vez le propuso que vivieran juntos como hombre y mujer, para no separar a la familia, pero ella se negó.

> Si yo he sido otra pos sí, me junto con él. Jesús siempre ha sido muy ordinarito, quién lo ve tan mustito y remujerero, pero ha sido que bueno y cumplido. Yo con Ignacio he sufrido la pena negra, porque de que llueve, no vende el periódico y no hay de comer. Luego se me separó dos años por una mujer, pero después ya venía él, piojoso, cochino y enfermo. Él ha tenido siete mujeres sin contarme a mí y yo he sido la única que le aguantado. Pos yo creo que Jesús le gana de este, que me juntara yo con él, pero sabiendo desde cuándo que yo vivo con Ignacio, ¿usté qué cree que yo iba a aceptar? No, ¿pos cómo?

Ignacio y Guadalupe siguieron viviendo en la vecindad de Panaderos, a pesar de que el dueño dividió su cuarto, más o menos grande, en dos, y rentó el de la calle, que tenía la ventana, a un zapatero. Lo que les quedó del antiguo cuarto, siguió llevando el número l.

Era un cuartito oscuro, con una minúscula división que servía de cocina. En los nueve años en que vivieron allí, lograron amueblarlo con una angosta cama de hierro, con su tambor de resortes, pero sin colchón, un armario viejo, una mesita de madera, una repisa que servía de altar, una silla grande y dos banquitos.

Todos los muebles fueron comprados de segunda mano. Había una cobija, una almohada, una sábana para la cama, un brasero de segunda mano para cocinar, unas cuantas cazuelas, jarros, tazas, vasos, platos y cucharas, pero no había cuchillos de mesa, ni tenedores, no había reloj, y no había radio en la época en que hicimos nuestro estudio. La colección de estampas religiosas de Guadalupe, algunas enmarcadas, otras

clavadas en la pared, era la mayor de toda la vecindad y Guadalupe estaba muy orgullosa de ella. Dos de las estampas habían sido de su abuela, y las consideraba como reliquias familiares de gran valor.

En esta humilde casa los hijos de Sánchez buscaron un refugio temporal en las diversas crisis de su vida; Manuel, cuando a los 15 años decidió vivir en unión libre con su primera mujer, Paula; Roberto, cuando salió de la cárcel, y cuando le hizo falta un hogar a dónde llevar a su primera mujer; Consuelo, cuando se fue de la casa de su padre en un ataque de celos de su joven madrastra y, otra vez, cuando se quedó sin trabajo; y Marta cuando llegó a vivir con sus tres hijos pequeños, al abandonarla su primer marido. Guadalupe e Ignacio siempre estaban dispuestos a compartir su piso y la comida que tuvieron.

La vecindad de Panaderos, en donde vivía Guadalupe, consistía de 14 chozas de adobe de un solo cuarto construidas una junto a otra sobre el costado izquierdo y al fondo de un lote de terreno de 10 metros de ancho. El lote estaba cerrado a cada costado por las paredes de ladrillo de los edificios adyacentes, y al frente por una barda de ladrillo recientemente construida, que tenía una entrada angosta que daba al patio. La única pavimentación que había en el patio era un camino de piedras que habían colocado los mismos inquilinos frente a los apartamentos.

Cinco de las viviendas tenían cobertizos que habían sido construidos clavando en el suelo dos estacas, y extendiendo el techo de la cocina por encima de la puerta de entrada, de escasa altura, y apoyándolo en las dos estacas. El techo se hacía de cartón impregnado de alquitrán, de lámina, o de metal corrugado. Estos cobertizos habían sido construidos para proveer un lugar seco y sombreado para los artesanos que vivían y trabajaban en la vecindad, y a su amparo se amontonaba equipo, láminas, tiras de acero de desperdicio, alambre, clavos y herramientas, sobre mesas y bancos viejos. Hacia el fondo del patio había dos grandes lavaderos de cemento, cada uno provisto de una llave de agua. Ésta era la única fuente de aprovisionamiento de agua para los 84 habitantes de la vecindad. Aquí lavaban ropa propia y ajena las mujeres, y bañaban a sus hijos. Al fondo del lote había dos excusados descompuestos y pestilentes, protegidos a medias con cortinas de pedazos de yute, que se drenaban a cubetazos de agua. Estos dos excusados servían para todos los inquilinos.

El resto del lote, lleno de piedras y baches, estaba cruzado por cuerdas para colgar la ropa, detenidas con horcones. De día, el lote estaba lleno de niños andrajosos, con zapatos que no eran de su medida, o descalzos, jugando a las canicas o corriendo entre la ropa colgada, sin hacer caso de los gritos de advertencia de las mujeres. Niños que apenas aprendían a caminar, y todavía necesitarían pañales, se sentaban o gateaban semidesnudos en la tierra, mientras sus madres los vigilaban desde el lugar en donde trabajaban. En época de lluvias el patio se volvía un lodazal, y en ocasiones se inundaban los apartamentos más bajos.

La vecindad de Panaderos era mucho más pobre e inferior en todos los aspectos a Bella Vista en donde vivían los hijos de Sánchez. La vecindad de Panaderos no tenía

patio pavimentado, ni jardín, ni árboles, ni puerta de entrada, ni santo patrono que la cuidara. En Panaderos las familias carecían casi totalmente de los artículos de lujo que se podían encontrar en Bella Vista. Al ir de Bella Vista a Panaderos se encontraban menos camas por persona, y más personas que dormían en el suelo; se cocinaba con petróleo o con carbón, en lugar de gas; la gente comía una o dos veces al día, y usaba tortillas y cucharas en vez de tenedores y cuchillos; se prefería el pulque a la cerveza, y había más muebles y ropa de segunda mano que nuevos. Ir de Bella Vista a Panaderos era retroceder en el tiempo —del cemento al adobe, del aluminio a la cazuela, de los antibióticos a las hierbas, de los médicos a los curanderos.

De los 25 jefes de familia de la vecindad sólo nueve habían nacido en la Ciudad de México. Los otros 16 habían llegado de pueblos y ciudades de los estados de Morelos, México, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y Aguascalientes. Su promedio de residencia en la capital era de 26.2 años; sus edades fluctuaban entre los 12 y los 49 años. La mayoría de los residentes originales de la vecindad habían llegado en grupos familiares que incluían primos, tíos, abuelos, y no tardaron en encontrarles alojamiento a otros parientes en la misma vecindad. Debido a lo bajo de la renta congelada y a otros factores económicos, los inquilinos no se mudaban sin muy buenos motivos. El promedio de residencia en la vecindad era de aproximadamente 15 años.

En la vecindad la unidad básica de producción era la familia, y contribuían a su mantenimiento tanto los padres como los hijos. Cuarenta y seis (57.7%) de los 84 habitantes estaban trabajando en empleos de tiempo completo o medio tiempo. Había un promedio de 3.3 trabajadores por familia. Los jefes de familia formaban el 24% de la fuerza total de trabajo, y debido a que sus ganancias eran escasas e irregulares, y a que una buena parte de ellas se gastaban en alcohol, todas las mujeres, y todos excepto uno de los niños de más de 10 años, trabajaban también. Las mujeres y los niños formaban el 76% de la fuerza de trabajo.

Las actividades económicas y los oficios de los adultos eran, básicamente, los mismos de sus padres cuando emigraron a la capital. Los hombres eran, en su mayoría, obreros semicalificados, o no calificados, artesanos o vendedores; ninguno era obrero fabril o industrial, y, con la excepción de los vendedores de periódicos, ninguno había ingresado a un sindicato o a alguna otra organización semejante. Había una gran variedad de ocupaciones, y una gran inestabilidad en los empleos. Los jefes de familia y sus padres tenían un total de 168 ocupaciones, de 38 tipos diferentes. Los hombres más jóvenes tenían el doble de las ocupaciones de sus padres, lo cual indica un aumento en las oportunidades de empleo, y también, quizás, una mayor dificultad para ganarse la vida con uno solo.

En el tiempo en que hicimos nuestro estudio había 12 ocupaciones distintas para hombres y mujeres en la vecindad, y la mayoría de las familias trabajaban en dos, tres o cuatro de ellas. Éstas eran: vendedor ambulante o en puesto callejero (de toallas, bebidas alcohólicas, comida y dulces), vendedor de periódicos, zapatero, bolero, ayudante de mecánico, hojalatero, fabricante de juguetes, mecánico de bicicletas, talabartero, lavandera, juego de lotería, y dependiente en una tienda. Había cinco artesanos que

producían sus artículos en cantidades muy limitadas. Para las mujeres, la ocupación de vendedora era la más deseable, y lavar ropa, como Guadalupe, la menos deseable. Y sin embargo los tendederos estaban casi siempre llenos de ropa y los lavaderos muy competidos.

La extrema pobreza de la vecindad de Panaderos se notaba en las rentas bajas, el elevado número de habitantes por vivienda, los bajos ingresos por cabeza, y el bajo valor de las posesiones materiales de los inquilinos. Las rentas fluctuaban entre 20 y 30 pesos (1.60 y 2.40 dólares) al mes.[**] Trece de las 14 viviendas eran de un solo cuarto. La mayoría de los cuartos medían aproximadamente tres metros de ancho por cinco de largo, o sea que el espacio habitable era de aproximadamente 15 metros cuadrados. Había un promedio de seis habitantes por vivienda, pero había nueve habitantes en cuatro de las viviendas.

Además de los 84 inquilinos permanentes, la vecindad tenía una población flotante de hasta 10 de sus amigos y conocidos que se encontraban temporalmente sin hogar. La mayor parte eran hombres solteros o mujeres abandonadas con sus hijos. Los huéspedes dormían en el suelo del cuarto principal o de la cocina, y ocasionalmente comían con la familia.

El ingreso mensual por cabeza variaba entre 45 y 328 pesos; el promedio era de 105 pesos. Guadalupe e Ignacio eran de los más pobres, ya que su ingreso mensual, tomando en cuenta el trabajo de ambos, era de sólo 65 pesos. Cuando Ignacio murió y Guadalupe trajo a vivir con ella a Gaspar, las entradas se volvieron más irregulares. Gaspar, que era zapatero, ganaba más que Ignacio, pero como bebía mucho era frecuente que dejara de trabajar.

Los bajos ingresos de los inquilinos estaban en relación con su bajo nivel de educación. Guadalupe no había ido a la escuela jamás, y era completamente analfabeta. Ignacio había ido a la escuela un año, en el cual había aprendido a rezar, a decir el alfabeto, y a hacer sumas sencillas. Por su trabajo como vendedor de periódicos, aprendió a leer bastantes palabras impresas. Gaspar fue a la escuela dos años.

El nivel de educación de los otros residentes de la vecindad también era muy bajo. El promedio de asistencia a la escuela era de 2.1 años; sólo uno de los vecinos había llegado hasta quinto año.

Los niños tenían tan poca instrucción como sus padres, y el porcentaje de analfabetos era alto: 40%. El mayor porcentaje de analfabetos correspondía a los inquilinos que provenían de familias campesinas. Sin embargo, el 42% de los nacidos en la ciudad también eran analfabetos.

El valor sumado de todas las posesiones materiales de todas las familias de la vecindad era de solamente 59120 pesos. Las variaciones eran, sin embargo, grandes. Guadalupe, cuyas posesiones se calcularon en solamente 1 514 pesos, era la penúltima en una escala descendente. La familia que tenía los ingresos más altos tenía bienes valuados en 11710 pesos, casi ocho veces el valor de los de Guadalupe. Doce de las 14 familias poseían bienes que no sumaban 6000 pesos.[***]

La vecindad de Panaderos era más unida y menos impersonal que Bella Vista, y funcionaba casi como una gran familia. Cada familia de la pequeña vecindad estaba ligada a una o más de las otras familias por lazos de parentesco, compadrazgo, y vieja amistad. Relaciones parecidas ligaban a los inquilinos de la vecindad con individuos que vivían en el vecindario y en la colonia; los lazos con familias o personas que vivieran en otras partes de la ciudad eran menos frecuentes y menos fuertes. La mayoría de los residentes de la vecindad pasaban la mayor parte de sus vidas dentro de los estrechos límites de la vecindad y las calles adyacentes. Excepto en el caso de los vendedores ambulantes, y de aquellos que acuden ocasionalmente a los hospitales públicos o a los santuarios religiosos, estas personas utilizan muy poco las demás zonas de la ciudad, y desconocen la ciudad como conjunto.

Las relaciones de parentesco, ya sea consanguíneo o adquirido por matrimonio, enlazaban a 13 de las 14 viviendas; las familias emparentadas tendían a vivir en viviendas contiguas. Guadalupe estaba emparentada con dos de las familias de la vecindad: Julia, del número 5, había sido su cuñada, y Matilde, del número 14, era sobrina del marido de Guadalupe, Ignacio. Una de las familias tenía parientes en cinco viviendas diferentes. En la vecindad se encontraban 18 tipos distintos de parentesco sanguíneo, y siete de parentesco por matrimonio. Estos últimos no eran tan fuertes como los primeros, y al disolverse un matrimonio se dejaba de frecuentar, por lo general, a los cuñados, suegros e hijastros.

Más de la mitad de los 15 matrimonios de Panaderos vivían en unión libre. Los dos maridos que tuvo Guadalupe en esta vecindad vivían con ella en unión libre, pero su primer marido, en Guanajuato, se había casado con ella por la Iglesia. De la otra mitad de los matrimonios de la vecindad aproximadamente el 30% se había casado por las dos leyes (eclesiástica y civil), y dos parejas por una sola. En cinco de los matrimonios, ambos esposos habían vivido en Panaderos antes de casarse; en ocho casos un esposo, generalmente la mujer, había vivido allí antes, y solamente dos de las parejas de mayor edad habían llegado casados a la vecindad. La tendencia a la endogamia, o sea a casarse entre sí los habitantes de la vecindad, estaba aumentando en la generación más joven.

Los lazos más fuertes eran con los parientes por el lado materno. Había seis grandes familias matrifocales[****] cuyos miembros ocupaban todas las viviendas excepto una. Tres de las familias abarcaban cuatro generaciones, y 12 familias abarcaban tres generaciones. Once de las familias tenían una abuela que vivía dentro de la vecindad, y solamente una un abuelo; cuatro familias tenían bisabuela, pero ninguna bisabuelo. En tres familias, la cabeza de la familia era una mujer sin marido. Aunque los hijos casados mantenían lazos más estrechos con su madre que con su padre, la mayoría de los niños de la vecindad tenían a su padre en casa. De las 13 familias que tenían hijos dependientes, 11 tenían padres que vivían en casa. Nueve de las familias consistían de padre, madre e hijos únicamente.

También los parientes que vivían fuera de la vecindad eran muy importantes, especialmente los que vivían en la misma colonia. Las familias de la vecindad tenían un

total de 1 245 parientes que vivían dentro de la Ciudad de México. De ellos 369 (29.5%) vivían en la misma colonia, y 876 (70.5%) en otro barrio. Mientras más cerca vivían unos parientes de otros, más estrechos eran los lazos que los unían, no sólo porque resulta más fácil y barato visitar a los parientes que viven cerca, sino también porque tienden a pertenecer al mismo nivel socioeconómico. Los parientes que logran mayor éxito se mudan del barrio proletario y dejan de ver a sus familiares.

El compadrazgo era una relación muy fuerte en la vecindad. De las 14 viviendas, 13 estaban unidas por compadrazgo. Había 36 niños que tenían padrinos en la vecindad. Generalmente los inquilinos escogían a los compadres entre sus amigos, y no entre sus parientes, fortaleciendo y formalizando de esa manera la amistad. De los 50 compadrazgos que allí existían, 47 ligaban a familias no emparentadas.

Nueve eran los tipos de compadrazgo en la vecindad de Panaderos: de bautismo, de confirmación, de primera comunión, de matrimonio, de mandas, de bendición de una imagen del Niño Dios, de bendición de la imagen de un santo, de evangelio (rezar en una iglesia por la salud de un niño enfermo) y de medidas (amarrarle a un niño un listón bendito para protegerlo de la enfermedad). La confirmación era el origen más frecuente del compadrazgo en la vecindad. Guadalupe tenía dos compadres de mandas, por el Niño Dios, y dos de medidas. Dos familias tenían ocho compadres en la vecindad, otras dos tenían siete y tres tenían seis. Casi todos los inquilinos tenían compadres fuera de la vecindad, la mayoría de los cuales eran amigos de residentes, o habían sido residentes de la vecindad, y vivían ahora en otra parte de la misma colonia.

El número y la variedad de las relaciones de compadrazgo en esta pequeña vecindad situada en el corazón de la ciudad era mayor del que se ha encontrado en la mayoría de las comunidades rurales de México, y constituía una inversión interesante de la tendencia común hacia la secularización entre los mexicanos que emigran del campo a la ciudad. En la vecindad la proliferación del sistema de compadrazgos servía como factor estabilizante en una comunidad que en otros aspectos estaba muy flojamente estructurada, y ayudaba a contener la tensión e irritabilidad que resultaba de la pobreza, la sobrepoblación, con su consiguiente escasez de espacio, y la falta general de intimidad propia de la vida de vecindad. El tabú que prohibía las relaciones sexuales entre compadres era otro factor de estabilidad.

Ninguno de los inquilinos de la vecindad de Panaderos provenía de pueblos indígenas, hablaba una lengua indígena, ni usaba vestidos indígenas. La mayoría había emigrado a México desde Guanajuato, en donde no había influencia indígena. Sin embargo sus creencias y prácticas religiosas, aunque pertenecían esencialmente a la tradición hispánica, representaban una fusión entre elementos indígenas y españoles.

La celebración del Día de los Muertos giraba alrededor de la creencia popular en que las almas de los muertos, primero las de los niños y después de los adultos, regresan a sus familias el día 1º y el 2 de noviembre respectivamente. Esta creencia es especialmente fuerte entre los pobres; al ascender la escala económica y social, comienzan a prevalecer las creencias católicas más formales. Esto se ve claramente al comparar la vecindad de Panaderos en donde vivía Guadalupe, con la de Bella Vista en

donde vivían los hijos de Sánchez. En Panaderos, el 91% de los jefes de familia creían en el regreso de los muertos, mientras que en Bella Vista sólo el 34% creía en el regreso de los muertos el día 1º y 2 de noviembre. Sin embargo en ninguna de las dos vecindades había un acuerdo respecto a la naturaleza del alma, la forma en que regresaba, o el momento en que llegaba y se iba.

En las aldeas mexicanas tradicionales, en donde había un fuerte elemento indígena, se hacían cinco tipos de ofrendas para el alma que regresaba el Día de los Muertos: una vela para que viera el camino, agua para apagar su sed, flores para honrarla, alimento para nutrirla e incienso para guiarla a su hogar anterior. En la vecindad de Panaderos seguía esta tradición un porcentaje mucho mayor de las familias que en Bella Vista. Además, parece haber un orden definido en el cual se abandonan las distintas partes del ritual al ascender en la escala social. El primero en desaparecer es el incienso, después, el alimento, luego las flores. Las ofrendas de velas y de agua eran las más constantes y persistían durante más tiempo. En la vecindad de Panaderos, sólo cuatro familias quemaban incienso. Guadalupe, que venía de una zona no indígena, no quemaba incienso, pero cumplía con las otras partes del rito cuando le alcanzaba el dinero. El último día de su vida, que fue precisamente un Día de los Muertos, había dejado una ofrenda de velas, agua y flores para sus parientes muertos.

Guadalupe debe haber sabido al morir que no habría quien siguiera con esta tradición, llevándole ofrendas a ella. Ni Jesús Sánchez ni sus hijos, sus únicos parientes, celebraban el Día de los Muertos como ella. Ni seguían tampoco la tradición católica formal de asistir a misa, encender una vela en la iglesia, y colocar flores sobre la tumba.

[Notas]

---

[*] La hija menor, Marta, no estaba en la Ciudad de México, y no asistió al funeral.

[**] A razón de 12.50 pesos mexicanos por un dólar.

[***] Para un análisis detallado de los bienes materiales de los inquilinos de la vecindad véase el Apéndice.

[****] Familias en sentido lato, incluidos primos, tíos, abuelos, etcétera.

I. LA MUERTE

MANUEL

QUÉ COINCIDENCIA tan extraña: el Día de los Muertos, como a las once y media de la mañana estaba acostado aun cuando oímos que tocaron. Mi esposa abrió la puerta del patio y oí una voz que dijo: —Buenos días, ¿qué ahí está el señor Manuel?

—Sí, ai está, nomás que está acostado todavía.

—¿Quién es? —grité yo desde la cama.

—Soy yo, señor Manuel, Pancho. —Era el marido de la sobrina de mi tía y yo presentí lo peor—. Nomás le vine a avisar que su tía Guadalupe está tirada en su casa, echando sangre.

Me incorporé rápidamente, me puse los pantalones y me agaché a buscar mis zapatos abajo de la cama y me los puse sin molestarme en buscar los calcetines. Pancho se despidió: —Bueno, ya le avisé y me voy. No se tarde, señor Manuel.

—Bueno, Pancho, gracias —le grité—. Ahoritita voy para allá. —Me pasé el peine sobre mi alborotada cabeza y busqué mi saco.

—Ándale, Manuel. A lo mejor tu tía ya está muerta. Apúrate —me dijo María.

—Ya voy, hombre, ya voy. Vete aprisa al mercado y le dices a Roberto que se venga de volada a casa de mi tía. ¡Pero muévete, mujer! Dile que se vaya luego, aunque no haya vendido nada todavía.

Acababa yo de abrir la puerta cuando llegó Gaspar, el tipo que vivió con mi tía después que su esposo murió. Se le notaba la ansiedad en la cara. Tenía los labios secos y cenizos y los dientes apretados hacían resaltar más sus pómulos. Me dijo: —Por favor, por favor; pronto, pronto.

A mí no me caía bien Gaspar y confieso que me dio un poquito de corajillo con mi tía cuando se casó con él. Yo no le dije nada por aquella cosa de que siempre he tratado de ocultar mis emociones, pero dentro de mí, sentí quién sabe qué cosa, ¿no?, negativa. Me quedé pensando: "Ah, lo que es la vida, deveras: tanto tiempo queriendo a mi tío y de buenas a primeras sale con que ya tiene nuevo amor". Ella pasaba ya de los 60 años mientras que Gaspar nomás tenía 35.

"Ah, pa' cabroncito que se echó encima mi tía, ¿qué podía buscar, sino vivir a costillas de ella?", pensé cuando lo conocí. Le vi los ojillos así, muy maliciosos. La verdad, se me figuró un maleante con toda la extensión de la palabra. Yo lo vi muy flaco, chaparro, de piel cetrina y con su nariz de fresa; el tipo clásico de alcohólico, ¿no? Nunca había tenido buen aspecto, pero esa mañana llegó pálido y desencajado.

—Ya'stai tirada. Ya se mató.

—¿Cómo que se mató?

Y él allí parado, con los brazos caídos, apretaba y aflojaba los puños nerviosamente: —Pos no sé. Yo no sé, nomás está ai tirada.

—Vamos, vamos. —Salí disparado por la puerta y por el patio de Bella Vista. Panaderos, la calle donde vivía mi tía, quedaba a dos cuadras. Iba yo apurado, con los mismos pensamientos de culpa que siempre tengo cuando pasa algo como eso: "Pobre vieja, ¿cómo es posible que haya muerto así? Y yo todo el tiempo tan desapegado y tan morón. Para mí no significan nada 100 pesos y qué alegría tan grande le hubiera proporcionado recibir 100 pesos juntos aunque fuera para alcohol o para tratar de ayudarle al prójimo más pobre que ella. Siempre le encantaba andar ayudando a la gente. Debí de haberla visitado con más frecuencia, aunque fuera por quedar bien", pero inmediatamente desechaba ese pensamiento. Bueno, ¿si no lo sentía? Siempre que algo me iba a costar dinero, no me gustaba darlo. Tampoco podía ser hipócrita. ¡El eterno hipócrita que soy se valió de eso como disculpa!

Desde la esquina pude ver la gente amontonada en la puerta de la vecindad donde vivió mi tía. Cual más ya se había asomado a ver la escena para calmar su morbosidad. Al irnos acercando me sentía yo un poco molesto. Afortunadamente el dueño había mandado hacer una barda de tabique para tapar la fila de cuartuchos para que no se vieran desde la calle. Nos abrimos paso entre los chiquillos y la gente y atravesamos el patio lodoso.

Gaspar se me adelantó y como hacía mucho tiempo que yo no iba allí, me detuve y pasé mi vista alrededor. Había unas cuantas señoras en los lavaderos del fondo del patio, lava y lava, como de costumbre. Las casitas aquellas, enfiladas a un lado, a lo largo y al fondo del terreno, se veía que cualquier aire fuerte las iba a tumbar. Y luego el excusado común que hay así en medio del patio, los perros ahí sueltos, que entra uno y le pelan los dientes, los escuincles todos cochinos… Para mí se me hacía siempre muy difícil explicar el que alguien saliera de allí con la cara sonriente, porque viviendo en vecindades como ésa yo creo que su vida entera de uno debe ser un fracaso. Por eso he tratado todo el tiempo, a propósito, de permanecer indiferente hacia ellos, porque creo que tengo bastantes amarguras en mi vida y bastante de qué ocuparme. Y luego, la gente todo el tiempo necesita los dos pesos, los cinco pesos, y hay veces que no los tengo. Y el hecho de que vengan a pedírmelos y yo no pueda muchas veces proporcionárselos, me amarga, me hace sentir infeliz. Digo: "Si con una gente cerca de mí yo no soy capaz de darle 10 pesos, ¿entonces, para qué fregaos vivo?" Desde el zaguán sin puerta, la vecindad de Panaderos hablaba de pobreza, hablaba de hambre, de toda clase de necesidades. Parecía un cuadro de Posada, de hace 60, 70 años aquí en México, ¿verdad? Lo único que estaba de acuerdo con la vida actual era el zumbido de los motores del tallercito de carpintería que está entrando a mano derecha y la antena de televisión que salía del techo de la casa de Guillermo Gutiérrez.

Había una bolita de gente tapando el paso a la entrada de la casa de mi tía, que era la primera de la fila y quedaba junto al taller del zapatero. Allí sin más ni más me espetó Julia, la mujer de Guillermo: —Ya le hablamos a la Cruz, Manuel. Pásale, pásale. Está

muerta. —Ya la gente nos había formado un círculo para enterarse de mi reacción, mirándome fijamente. Sin decir nada entré rápidamente a ver a mi tía.

Sí, efectivamente, allí estaba en el suelo, y Gaspar sollozando sobre ella. Bajita como era, estaba hecha un ovillo. Su mejilla derecha descansaba sobre el frío cemento en un gran charco que formaba su propia sangre alrededor de su cabeza. Su brazo derecho quedó bajo su cuerpo. Nada más se le veía la palma de la mano hacia arriba. El codo del brazo izquierdo, ya engarrotado, apuntaba hacia el cielo. Entre los dedos tenía fuertemente sujeto un costurero. Le alcancé a ver sus anillos, el de platita y los cuatro de cobre que siempre usó en esa mano. Su vestido le cubría hasta poco más arriba de los tobillos. Tenía puestos sus zapatos negros, ya gastados, y bajo sus pies había otro charco de sangre. Yo me agaché con una levísima esperanza. Tomé la muñeca de su mano derecha, pero nada, ya no había pulso. Lo único que se movía eran sus canas con el airecillo que se colaba por la puerta abierta.

El gesto tan dulce que observé en su cara me hizo sentir un poco reconfortado. Era como si en el segundo que media entre la vida y la muerte, ella, con los ojos interiores, hubiera visto a lo lejos un paraje hermoso, plácido y florido, en el cual ya no iba a sufrir más hambre ni miseria.

Sobre la pared derecha de su pobre cuartito, toda la corte celestial, santos y vírgenes dentro de sus cuadros colgados, contemplaban impasibles el cuerpo inanimado en el suelo. El retrato de mi madre muerta parecía mirarme fijamente desde la pared del fondo, reprochándome el abandono para con su pobre hermana. Abajo del cuadro, entre la cama y el ropero, había una mesita de madera de acote sin pintar, adornada con papel de china morado y alfombrada de amarillas flores de zempaxóchitl. Allí puso mi tía sus ofrendas para sus muertos, como todos los años. Siendo de Guanajuato, mi tía era muy mocha —creyente fanática, ¿verdad?—, y los muertos comían de acuerdo a la situación económica que ella atravesaba, pero nunca dejó de ponerles su altarcito y su ofrenda el Día de los Muertos. Este año no había tenido suficiente dinero para quemar incienso y atraer las ánimas de sus parientes fallecidos, o para comprarles fruta, su piernita de pollo o pan de muerto; lo único que les ofreció fue un vaso de agua para que las ánimas pudieran bajar a calmar su sed y veladoras para alumbrar su camino. Ella, además, compraba una veladora extra para los muertos que no tuvieran quién viera por ellos.

Moscas, bastantes moscas, empezaron a volar sobre el cadáver y yo las espantaba a manotazos. No pude soportar más el cuadro y me salí. Todo allí rezumaba muerte. Los chiquillos, ávidos de mirar hacia adentro, levantaban los cartones con que estaba forrada la armazón de tiritas de madera de la cocina de mi tía. —¿Qué quieren aquí, chamacos?, ¡vamos, vamos por allá, a sus casas! —les dije. Unos se quitaban, para ceder el lugar a otros. La gente grande, más confianzuda, estiraba el pescuezo sobre la puerta.

—¿Qué pasó, qué pasó? —preguntaban por dondequiera, y más adelante se oía una voz que se encargaba de informar al respecto. Y mi irritación por semejante curiosidad iba subiendo de tono.

—Bueno, ¿qué no oyeron, fregados chamacos? ¡Vamos, por allá, a hacer escándalo, vamos! —dije con una voz que quiso ser enérgica, pero nadie hizo caso.

Salí nuevamente al zaguán a indagar con Julia cómo fue o qué pasó. Estaba como siempre de animosa y de habladora, platicando con Matilde, la esposa de Pancho. Esa mujer me da la impresión de que la vida entera se le resbala por los pulmones. Matilde andaba tan pobremente vestida como todos los días. Había sido la última que habló con mi tía y a todo el mundo se lo andaba diciendo. Conmigo repitió la historia. En su cara no se notaba pesar y hablaba como quien relata una película.

—No, fíjese usté, Manuel: pasé en la mañana y le dije a Lupita: "Orita te traigo tu taquito y tu cafecito, tía. ¿Cómo te sientes?" —todavía le pregunté—. "Bien", me contestó, fíjese usté. "Ay, hija, no te olvides de mi cafecito." "No, tía —le dije—. ¿No le estoy diciendo que orita se lo traigo? Onde que fíjese, le hice un chile molcajeteado con carnitas que verá usté cómo le va a gustar." Y me fui. Pero antes de que regresara, uno de los muchachillos la va viendo ai tirada y que se echa a correr, gritándole a mi viejo: "Pancho, Pancho, Lupita ya se murió. Se cayó y mucha sangre le sale de su cabeza". Pos ai viene mi viejo y sí, efectivamente ai estaba. Luego ya fue cuando le fue a avisar a usté.

—¿Qué hará la Cruz, que no viene? —dijo Julia con impaciencia—. Ya van tres o cuatro veces que les hablamos y no vienen estos cabrones. ¿Oyes, y Roberto?

—Ya lo mandé buscar, Julita, yo creo que ya no se dilata. —Y estiraba yo el cuello hacia el lado de Peluqueros, a ver si ya venían, pero nada, ni la Cruz Roja ni Roberto.

—¡Ay, mano, qué fin tan triste el de tu pobre tía! Y yo que no me sale ni una chingada lágrima. No sé, no puedo llorar —me dijo Julia, alzando los hombros—. Pero no te creas tú, Manuel. A personas como ella son a las que perdona Dios. Ya siquiera va a descansar de sus dolores y de ese cabrón viejo tan feo que se buscó. —A ninguno de los vecinos les caía bien Gaspar porque pensaban que había estado abusando de mi tía y también porque le pegaba.

En una ocasión que yo supe que se decía eso, fui a visitar a mi tía y a encontrarme cara a cara con Gaspar para hacerle saber que mi tía no era sola y que tenía quién viera por ella. "Que yo no me entere nunca con certeza que es cierto lo que me dicen —le dije —, porque le voy a poner una pinche arrastrada por toda la calle de Panaderos." "Ah, ¿sí?" —me dijo. Y yo cuidándole las manos. Como yo sabía que era zapatero, ¿no?, me dije: "Éste tiene cara de ladino. No vaya a sacar la charrasca ahorita". Hasta me paré así cerca de la mesa donde estaba el botellón. "Este cabrón hace un intento y le doy un botellazo que le pongo la cabeza…" "Ay, no, no te creas, hijo" —decía mi tía. "No —dijo Gaspar—. Son una bola de mentiras de las viejas chismosas. ¿Pos yo qué voy a querer hacerle daño, si la quiero? ¿Cómo te quiero, viejita? Nomás dile aquí al señor Manuel… No, no se crea. ¡Diablos de viejas envidiosas!" "Son viejas esto, son viejas lo otro." Todo el tiempo haciéndome ver que envidiaban su matrimonio, y yo pa' dentro de mí decía: "Pobre hijo de la chingada. ¿Quién le podrá envidiar a mi tía casarse con un tipo como éste?" Pero la risa por dentro y con la cara muy seria por fuera. Era el tipo sencillote de maleante, pero mi tía siempre lo defendió y por su culpa perdió muchas amistades.

—Oyes, Manuel —me dijo Julia—, ¿y ora cómo le van a hacer para enterrarla?

—Eso. Eso es lo que estoy pensando. Onde que todo este mes me lo he pasado malo de las malditas anginas. Apenas esta semana iba a empezar a chambear y ahora esto. Pero bueno… De algún modo tendremos que hacerlo.

—Ay, manito, si estamos jodidos. Fíjate, por ejemplo, a mí. Orita le estoy vendiendo a mi hermano la toalla, ¿pero qué? Vendo 120, 150, y pos ai nomás agarro pa' mis gastos. Francamente así nunca voy a hacer capital mío propio para trabajar. Yo solita me tengo que chingar para todos y no hay quién me ayude. No, mano, estamos de la jodida.

Decidí estar en la puerta de la casa de mi tía y me metí a la vecindad otra vez. En seguida llegó Roberto, pálido y jadeante. —Quiubo, mano, ¿qué, está muy mala?

—Pues pasa, mano. Pero no la vayas a mover ni a querer levantarla porque ya está muerta.

—¡No! —fue todo lo que dijo antes de entrar, y de prisa entró al cuarto. Fui a seguirlo y ahí estaba, acariciando las canas de mi tía. Y le ponía la mano sobre su pecho, esperando sentir su corazón latir todavía. Yo lo vi con intenciones como de levantarla. —No, manito, ya ni la muevas. Ya está muerta. ¿No ves que se vació?

Tenía los ojos rasados de lágrimas. —Pobrecita… pobrecita mi viejita. Mira, mano, Manuel: en parte yo me siento culpable. A ver, tanto dinero que boté y nunca le di lo que pude haberle dado. Mira nomás —me dijo, señalándome el pequeño brasero, sin trazas de que en él haya habido lumbre recientemente—, se ve que ya hace muchos días no tenía nada para guisar. ¡Pero toda la vida haciéndose fuerte!, todavía antier que vine le pregunté: "¿Ya almorzaste, tía?" "Ya —me contestó—, carnita y frijoles", fíjate. Pobrecita mi viejita. Ahí está tirada la última de los Vélez.

A mí hasta ese momento se me formó un gran nudo en la garganta. —Sí —le dije—, tienes razón. Pero ya se acabaron sus sufrimientos.

Mi hermano parecía como si estuviera a punto de llorar. Estaba deveras trastornado. Mi hermano se sentía más apegado a mi tía que yo y habló siempre con cariño de ella. Yo creo que más bien fue cosa sentimental de él, porque yo pegue a la cuenta, mi tía no tuvo muchos rasgos afectuosos para con mi hermano ni para ninguno de nosotros, a mi modo de ver las cosas. Ahora, a Roberto se le desarrolló ese sentimiento hacia ella para llenar ese gran vacío, ¿verdad?, esa ansia de cariño que siempre ha tenido. Por eso también es más leal, más noble, más apegado a las cuestiones familiares.

La verdad es que nunca sentí querer a mi tía Lupe como madre porque ella nunca nos brindó esa clase de cariño. Yo la quería porque pues, era hermana de mi madre, ¿verdad? Pero simple y sencillamente por los lazos familiares. Cuando vivía mi madre, mi tía era asidua concurrente de la casa, pero porque todo el tiempo le gustó tomar pulquito, tomar la copita. Entonces, como mamá también era muy animada, creo yo que por eso nos frecuentaba mucho. Aparte el hecho de que mi madre fue muy luchona y siempre fue la que tuvo un peso o dos más que mi tía y mi tío, ¿no? Entonces, cada que iban, iban a almorzar o iban a pedir centavos prestados.

A la muerte de mi mamá, mi tía Lupita vino a cuidarnos, pero entonces vino más bien como empleada, no como familiar, porque mi papá pues le pagaba un sueldo. Entonces en aquel tiempo nos atendía, pues como yo creo que era de rutina o de

obligación de cualquier persona atendernos, estando bajo sueldo. Pero de ahí en fuera pues no, no era cosa que nos hiciera un cariño, que nos hiciera un halago.

Después de eso hubo un distanciamiento de años en que no vi mucho a mi tía. Había ocasiones en que la iba a visitar (por entonces ella estaba viviendo con mi tía Prudencia), para irle a avisar que su hijo, mi primo Salvador, andaba borracho o que se andaba peliando. Ya después de eso, pues a los 15 años, cuando le puse la disyuntiva a Paula, la madre de mis hijos, que si escogía ella su camino o se iba conmigo, ¿verdad? Como cerca de ahí no vivía ningún familiar mió más que la tía Lupita, pues hombre, lo más lógico que se me ocurrió fue ir con Paula a arrimarnos con ella. Ahora, estando con ella el trato que nos dio no fue malo ni fue bueno tampoco. Siempre fue servicial, le gustaba ser servicial con todo el mundo y que todo el mundo hablara bien de ella, pero nuestras relaciones simple y sencillamente… Digo, yo veía que con la gente que tomaba ella, como que tenía más afecto, les hablaba con más confianza; y a nosotros, con aquel dejo de autoridad. Como mi padre, ¿verdad? Claro que en una forma mucho más suave, pero no por suave dejaba yo de encontrar rasgos de lo mismo, del don de mando de mi papá.

Después terminó la cosa de la manera más triste porque mi tío Ignacio quiso que mi mujer le pagara con cuerpo la renta y tuve que salir de allí. Ya no vi mucho por mi tía hasta que mi tío murió. Claro, ya cuando se sentía vieja y sin fuerzas fue cuando recurrió a nosotros. Por entonces yo estaba casado con María y siempre íbamos a visitarla, ¿no? Y pues que los cinco, que los 10 pesos, que los 20 pesos. Lupita antes nunca nos pidió nada, pero ya cuando se sentía enferma… Ahora, el hecho de que hayamos vivido tan distanciados posiblemente ella lo buscó, como yo busco de mi familia, ¿verdad?, que entre mas lejos los tengo menos dificultades me ocasionan, menos disgustos les causo también, y pues logro un poco más de independencia. Probablemente eso fue lo que ella trató de hacer también a través de su vida.

—Óyeme —me dijo mi hermano—, tenemos que enterrar a mi tía, darle una decente sepultura; ¿pero cómo le vamos a hacer ahora, si nomás el entierro del tío Ignacio nos salió en 500 pesos?

—Bueno, de eso ya veremos. No te apures.

—Qué “no te apures” ni qué “no te apures”. Mira, ahorita vuelvo. Mejor voy a ver a mi madrina. Aunque ya le debo 200 pesos, a ver cuánto me puede prestar. Si vienen los de la Cruz, no dejes que se la vayan a llevar porque luego cuesta mucho dinero sacar el cuerpo de allí. Ahorita vengo, no me tardo.

Salió tan de prisa como había llegado. Tenía poco de haberse ido cuando se oyó el ulular de la sirena de la ambulancia.

—Ai vienen, ai vienen —comenzaron a decir en coro los vecinos y curiosos. La ambulancia se detuvo en el zaguán y bajó presuroso un joven doctor con su bata blanca y tras él, enseguidita, dos camilleros. Le abrí la puertecilla de tablas. Vio el cuerpo ahí tirado y preguntó en seguida: —¿Pues qué le pasó a la señora?, ¡mire nada más!

—No sé, doctor. Cuando me avisaron y llegué aquí, ya estaba así.

En eso se adelantó Gaspar y le tendió al doctor la tarjeta que le habían dado a mi tía en el Hospital General. Leyó el doctor las fechas y movió significativamente la cabeza.

—Ah, qué caray —dijo—. Bueno, no hay ya qué hacer con la señora: ha fallecido. Ahora necesitan ir a la Delegación y dar aviso. Ahí les van a mandar un agente a dar fe del cadáver. Mientras tanto no la muevan.

—¿Entonces no la movemos, doctor? —dije. En seguida noté que era estúpida mi pregunta.

El doctor repitió: —No, no la levanten; primero vayan a dar aviso a la Primera Delegación de Policía. Llévese esa tarjeta del hospital en donde consta que la señora estaba en tratamiento, a ver si así les hacen dispensa de la autopsia.

Salieron el doctor y los camilleros y la gente comenzó a dispersarse.

—Bueno, Gaspar, váyase rápido a la Primera, a ver qué le dicen —le dije, casi ordenándole.

—Sí, sí, señor Manuel. Voy y vengo en seguida. No me dilato.

Gaspar se fue y yo saqué un banquito y me senté afuera de la casa. Pues al rato de estar allí sentado, fue llegando una señora delgada y alta, ya de edad avanzada. El rostro enjuto, casi cubierto nada más por la piel y los ojos hundidos le daban semejanza con la muerte misma. Asomando la cabeza para el interior del cuarto llamó: —¡Lupita!… ¡Lupita! —A pesar de que ya me había visto, hasta entonces bajó la vista y me dirigió la palabra—: Perdone, ¿qué no está la señora Lupe?

—Sí, sí está, señora, pero ya falleció.

—¡Cómo!, ¿cómo que falleció? ¡Ay, no, Señor de la Misericordia! ¡Madre del Buen Consejo! Cómo que ya falleció, si yo todavía ayer estuve con ella.

—Ya, ya, señora, cálmese usted. Ya no se remedia nada con llorar. —Pero ella siguió en un llanto…

—¡Pero si era tan buena la pobre! Si ella me tuvo bajo techo cuando yo no tenía dónde ir. Apiádate de ella, Dios mío. Perdónale todos sus pecados.

Por fin se calmó la santa señora. Se sentó en el sardinel de la puerta, se jaló la falda sobre las huesudas rodillas y se echó su agujereado chal sobre la cabeza. Empezó a mover los labios en silencio, como entonando una plegaria. Ella en su lugar y yo en el mío, permanecimos mudos, enfrascados cada cual en sus pensamientos, sin voltear a vernos.

Ahora el público, al fin satisfecha su curiosidad, nos había dejado en paz. La gente de la vecindad seguía sus quehaceres rutinarios. Los chamacos entraban y salían de las puertas. Las señoras iban con su bolsa del mandado o fregaban ropa, hincadas en los lavaderos. El ruido de los motores del taller de tacones que está mero enfrente de la casa de mi tía se oía más que de costumbre, y de la carpintería que está cruzando el patio, las sierras chirriaban alegres un himno de vida al devorar la madera.

Catarina, la esposa del que vende periódico, al pasar, metió medio cuerpo en la casa de mi tía, la vio y movió la cabeza hacia un lado y otro e hizo el intento de continuar su marcha. Dio un paso o dos, pero volvió y me dijo: —Voy al mandado, pero ya sabes: en cuanto regrese estoy para lo que se ofrezca.

Entonces llegó la señora Laura. Esta señora trabajó mucho tiempo en la pulquería donde mi tía y mi difunto tío Ignacio iban a tomar su copita.

—Perdone, señor —me dijo, mostrando unos dientes grandes y amarillos—, ¿que es verdá que Lupe está tirada ahí, muerta?

—Sí, señora, desgraciadamente así es.

Ella aún apuntaba con su dedo hacia el suelo, dentro de la casa. Meneaba y meneaba la cabeza, como negando. Al cabo de un rato dijo: —Sí, si ayer me la encontré, la vi muy mala. "Te deberías de atender, Lupe", le dije, y ella me contestó: "Sí, Laura, si ya me estoy atendiendo. Nomás que en el hospital me train a vueltas y vueltas. Que 'venga mañana', que 'venga pasado', y ai voy y ai voy, para que total: me salgan con lo mismo: 'No hay camas, señora, vuelva mañana'". "Sí, si son unos mulas, tú. Como la ven a uno jodida. Pos total, ya no vayas. Que se metan su favor por donde les hace remolino el cuero. No que fíjate: como estás de débil y tú sola, a lo mejor te pasa algo por ai por esas calles de Dios… y entonces sale más caro el caldo que las albóndigas. No, Lupe, ya no vayas. Que vayan a la fregada, pues qué." Nomás le dio risita y me dijo ella: "¡Ay, Laura, tú como siempre de malora! Bueno, ya me voy. A ver cuándo disparas un pulquito. Ora que tenga tiempo, porque orita se me hace tarde". Y ai viene que apenas podía andar la pobre vieja, mi compañera, que en paz descanse.

Silencio y remordimiento de mi parte. Ningún comentario.

Laura siguió diciendo: —Bueno, así es la vida. No podemos decir de ella "pobrecita" porque ya está juzgada de Dios. Pobres de nosotros que seguimos batallando en este mundo.

En eso volvió Gaspar de la Primera Delegación, sudando por la caminada. Me paré rápidamente y le pregunté: —¿Qué pasó?

—Nada, nomás que no necesitan venir los policías, sino que con estos papeles vaya yo al hospital con el doctor que la estaba recetando, pa' que me dé el acta de que ya está muerta.

—Bueno, entonces yo creo que ya la podemos levantar del suelo.

Las dos señoras se pararon para dejarnos pasar a la pieza. Cuando Gaspar se arrodilló al lado de mi tía y le metió el brazo por abajo del cuello, le volvieron a fluir las lágrimas. Al irle alzando la cabeza, juntó su mejilla con la de ella y comenzó a hablarle: —Chequetita, chequetita. Te juites y me dejates solo —le decía.

La sangre que había bajo la cara de mi pobre tía hacía hebras mientras Gaspar le alzaba la cabeza, y de su boca le escurrió una como baba al suelo. Sentado en cuclillas, pasó la otra mano por abajo de las piernas de mi tía, disponiéndose a levantarla solo. Una de las señoras se esforzó por quitarle los zapatos y uno cayó en el charco de sangre, produciendo un chasquido y salpicando un tramo del piso y las propias piernas de la señora. Gaspar pujaba en el vano intento de levantar el cuerpo. Yo tomé a mi tía por las muñecas y entonces la levantamos a la cama. Gaspar quedó sentado en la orilla de la cama y mi tía como sentada sobre él. Luego deslizó su cuerpo, zafándose poco a poco. La falda del vestido de mi tía, que estaba empapada en sangre, fue tiñendo de rojo renegrido su pantalón.

—Ay, ¡mire nomás! Límpienle su cara con algo —dijo una de las señoras.

Gaspar agarró un hilacho, lo mojó en la cubeta y empezó a limpiar las apelmazadas

canas, jalándolo de arriba hacia abajo. El trapo se iba poniendo rojo con las manchas y de todos modos la cara de mi tía no se limpiaba gran cosa, pues en las arrugas de su piel se empecinaba la sangre.

De repente dijo la señora Laura: —Oiga, mírele a ver si no se abrió su cabeza.

Con sus grandes y gruesas uñas, negras por dentro, Gaspar empezó a separar pequeños mechones de pelo. Espulgaba y espulgaba aquí y allá. Sus ensangrentadas manos se movían mientras él, agachado, tallaba los cabellos del cadáver, alborotándoselos. Entre más tallaba parecía que la gran mancha se iba corriendo hacia el centro de la cabeza. La señora Laura, mientras tanto, estaba limpiando el suelo de la sangre.

No pude resistir más. Le dije a las señoras: —Por favor, vean si tiene ropa limpia y cámbienla, por favor. —Y a punto de vomitar, salí de la pieza y me fui a los lavaderos a lavarme las manos. "Pobre Laura —pensé—. No sabe que mi tía tenía cáncer y anda agarrando su sangre. Voy a ir por el alcohol a mi casa para que se lave las manos aunque sea con eso." Recién salí del zaguán cuando me llamó Gaspar.

—Oiga usté —dice—, me da mucha pena pero, pos tengo que ir al hospital a arreglar lo del papel de que sí jue muerta buena, y pos no tengo pal camión.

—Ah, sí. Qué bueno que me acordó. Por favor procure arreglarlo ahora mismo.

Él se fue por su lado y yo seguí rumbo a mi casa por la botellita del al-cohol y volví a la vecindad.

No había nadie más que la señora flaca y desgarbada que había llegado primero. Ya la señora Laura se había ido. A mi tía la habían vestido y cambiado de posición, ahora con los pies hacia el lado de la puerta. Puse la botella de alcohol sobre el ropero y me senté en un banquito de madera.

—Dígame, joven, ¿qué usté es el sobrino de Lupe?

—Sí, señora, para servir a usted.

—¿Y qué, el moreno es su hermano?

—Sí, señora, es mi hermano Roberto.

—Ay, joven, pues mire. No diga que me meto en lo que no me importa, pero orita que se fue ese diablo de viejo, ese Gaspar, yo quisiera que supiera cómo trataba a su tía de usté. Como yo me arrimé aquí con Lupe, yo me enteré.

—¿Ah, sí?, ¿cómo la trataba? Perdón, señora, ¿cómo se llama usted?

—Elvira, para servir a Dios y a usté. Pos, este, como le iba yo diciendo: uh, pos la trataba re mal, si es de mal corazón ese hombre. A ver: ¿de qué sirvió que viviera con ella? ¿No quedó ella (mala la comparación) como el perrito, sola a la hora de morir? ¿A dónde estaba él? Ora fíjese: cada rato le pegaba, y lo poquito que ella podía conseguir, tarde se le hacía para quitárselo y írselo a echar de aguardiente. Ora mire: una noche estaba yo medio dormida cuando que oigo tras, tras, tras. Me enderecé así tantito, porque dormía en el suelo, y que voy viendo al viejo maldito que tenía a Lupe toda empinada y pegándole aquí mero, mire, tras la nuca. Y que me levanto y yo, sí —con el perdón de usté—, que le digo: "Óigame, jijo de la fregada, ¿por qué le pega?" "¿A usté qué le importa, vieja tal por cual?" "Pos sí, sí que me importa. Hombre debía de ser pa'

mantenerla, no para estarle pegando, pinche mantenido desgraciado." Y pos que se baja de la cama de su tía y que me manda a fregar a mi santa mamacita que en paz descanse, pero yo me hice la remolona y no me fui. Todavía dos días antes de morirse, ora que ya se veía muy mala, le decía: "¿Verdá mamacita, que a mí me vas a dejar todo lo que hay aquí?" ¿Qué es eso? Todavía no se moría la pobre y este chango ya estaba con chicas uñotas. Sólo por eso no lo bía de dejar con las cosas de mi amiguita Lupe. Es un pelado, un majadero, sobre todo cuando está borracho.

Conforme la escuchaba, yo sentí que se me calentaba la sangre, pero todo lo que le dije fue: —No, señora, no se apure. Vamos a tratar de arreglar eso.

En eso volvía Laura, acompañada de una señora que le decían *Chita,* que también había vivido en la casa de mi tía. Al entrar y ver a mi tía tendida, *Chita* se soltó llorando. Se secó los ojos con la manga de su viejo suéter y dijo con coraje: —Si ese desgraciado de Gaspar no me hubiera corrido de aquí a la medianoche con mis dos niños, a lo mejor yo la hubiera visto en sus últimos momentos; no que morir solita… solitita. —Y se soltó a llorar de nuevo—. Pobre de Lupe. No sé por qué le aguantó tanto a este infeliz. Luego los veía yo peleando y yo ni modo de meterme. De todos modos queda uno mal, con uno o con otro. Y ellos al día siguiente de que se peleaban, amanecían como si nada. La pobre de Lupe seguido se bajaba al suelo a dormir conmigo y con mis niños que porque el cabrón ése la molestaba. Me decía Lupe: "Pero hombre, *Chita,* si está viendo él cómo estoy de mala y está fregándome y fregándome. No, la pura verdá, éste no tiene consideración de una". Y al rato empezaba él: "No, vieja jija de la quién sabe qué, cabrona vieja podrida que no sirve ni para esto ni pa' lo otro"… ¡Bueno!, se soltaba con unas, que yo creo que ni un cargador de la Merced habla así como él.

—Sí, si es un ordinario —comentó Elvira.

—Por eso ve usté que a su pobre tía ya nadie le quería dar un taco —siguió diciendo *Chita*—, porque todo andaba guardando aquí y escondiendo allá que "pa' su rey" —decía—. Así que a éste ¿qué le apuraba? Yo al menos nunca lo vi que le diera a Lupe ni un peso, vaya; pero eso sí, se llenó la boca el señor con decir: "Aquí no hay cabrón que grite más que yo. ¡Ésta es mi casa y aquí yo mando!" ¡Su casa! Y yo qué quería usted que hiciera, ¿si nomás era una arrimada?, pos nomás irme a la calle.

Y yo oyendo las quejas y viendo a una y a otra:

—¿Así que este amigo todavía molestaba a mi tía?

—¡Sí, hombre! Ella decía: "Carajo, *Chita,* a mí sí me da coraje, porque no le hacía que estuviera yo vieja, pero güena y sana; pero está viendo cómo estoy y todavía está jodiendo". Uy, y le ponía unas maltratadas a la pobre, ¡que de madre arriba no las bajaba!

Entonces llegó Prudencia, la ex de mi tío Alfredo, que en paz descanse. Se unió al pequeño grupo que formábamos todos y empezó a recordar todas las buenas cualidades de mi difunta tía. Dijo que cuando mi tía Lupe trabajaba en el restaurante, le llevaba cachotes de carne, pan, huevos, leche. —Tu tía Lupe mucho me ayudó —me dijo Prudencia—. Por eso siempre le aconsejé a mis hijos que cada que trajeran dinero en la bolsa pasaran a dejarle a su tía Lupe aunque fuera un veinte ahora que lo necesitaba.

Al cabo de un rato me gruñeron las tripas, recordándome que aún no había desayunado ese día. Ya eran como las cuatro de la tarde. Me excusé con las señoras y salí al patio a asomarme, a ver si ya venía mi hermano. Tras de mí salió la señora Laura.

—Oiga, joven, ¿por qué no va a ver a doña Lila, la de las Inhumaciones Barros, para lo del entierro?, porque ella conoció muy bien a Lupe. A lo mejor nos cobra barato.

—Bueno, yo creo que sí vamos a verla, a ver si mientras vuelve mi hermano.

Al fin llegó Roberto. —¿Cómo te fue? —le pregunté.

—No muy bien. Fíjate nada más que no encontré a mi madrina, pero ya le dejé dicho que se venga para acá.

—Bueno, ahí quédate ahora tú un rato. Voy a ver qué hago.

Salimos de la vecindad la señora Laura y yo para ir a la funeraria. Cuando llegamos, estaban lavando el carro pullman. Fuimos y hablamos con la señora. Efectivamente, como Laura había dicho, el funeral más barato era de a 500 pesos.

—Bueno, señora; en una hora más yo le aviso. Con permiso.

—Pase usted, señor. Ya vio usted que la caja es de muy buena calidad, acojinada y todo.

—Sí, señora, muchas gracias. —En esos momentos llevaba yo 25 pesos en la bolsa.

Se regresó la señora Laura a la casa de mi tía y yo me fui a comer con Gilberto. "¡Lo que es la vida!", pensé: en la casa de Gilberto aún continuaban celebrando la fiesta del día anterior, del cumpleaños de su nieta. Y a pesar de que les dije que tenía a mi tía tendida, ninguno de ellos, aunque fuera de fingido, me dijo "yo te acompaño un rato al velorio". En cambio, si hubiese tenido yo una fiesta, todos se hubieran venido conmigo. Bien dice el dicho, "el vivo al pollo y el muerto al hoyo". Ni modo. Regresé de comer y pasé a la casa a tenderme un rato en la cama. Apenas acababa de hacerlo cuando llegó mi hermano: —Oye, Manuel, no vayas a arreglar nada del funeral; ya llevaron la caja y los candeleros y ya acomodamos a mi tía. Gaspar arregló todo.

—Bueno, ¿y cuánto va a costar?

—Cuatrocientos pesos. Está bien, ¿no?

—Bueno, aquí con Barros eran 500. Se ahorran 100.

Salió mi hermano, dándole una fumada al cigarro que tenía entre los dedos. Me levanté y puse agua a calentar para lavarme los pies, a ver si me descansaban un poco. Cuando acabé, me puse mi chamarra negra de cuero y salí hacia la casa de mi difunta tía.

ROBERTO

CUANDO mi tía Guadalupe se empezó a quejar de que tenía una bola en su posadera y que le sangraba mucho y le dolía mucho, le pregunté: —Bueno, ¿pero no te estás curando, tía? —Y me dijo: —Pues sí, Gaspar me está haciendo el favor de curarme.

Cuando no era Gaspar era otra persona de las que ella siempre tenía arrimadas.

En un tiempo a ella le dio mucho por decir que ella se iba al hospital, a la Cruz Verde, a la Cruz Roja, donde la curaran; y yo me desesperaba entonces porque en ese tiempo yo no tenía trabajo. Yo con todo el corazón hubiera querido llevarla y ayudarle en algo, pues yo en un principio le decía: —Bueno, tía, pero no al hospital. Espera un poco, déjame ver si yo puedo colocarme en algún trabajo o tener algún centavo y te llevo con un doctor particular. —Eso le dije en dos o tres ocasiones, pero al ver que ella seguía adelante con su mal, que siempre se quejaba, yo le dije—: Bueno, pues está bien. Tía, mira. Si quieres ir al hospital, hazlo tía. En el hospital puedes estar mucho mejor que aquí. Allí tienes limpieza y al menos haces las tres comidas al día. No creo que Gaspar te atienda tan bien como tú dices. Estoy seguro que no comes como debe de ser.

—Ay, no —me dijo—. Pero fíjate que Gaspar no tiene trabajo. El otro día, el maestro fulano de tal le dio unos pares a hacer y todavía no le paga, ¿tú crees?

—Si Gaspar no trabaja en un lado, pues que busque trabajo en donde le puedan pagar.

Ella siempre me salía con el mismo cuento porque eso era lo que Gaspar le decía. Gaspar no se daba cuenta exacta de quién se estaba enterando, porque lo que decía lo estaba sabiendo el Rey de las Mentiras, o sea yo, Roberto Sánchez Vélez, y yo nunca jamás le creí sus cuentos a Gaspar, aunque es verdad que sabe trabajar. Varias veces se hizo de su herramienta, una cuchilla, un martillo, unas alicatas, lo más indispensable para los zapateros montadores; pero dos, tres días o una semana trabajaba bien y al rato ya estaban empeñadas las herramientas para irse a emborrachar. Y total, que mi tía nunca hizo las tres comidas en un día. Así. ¡Puedo estar tan seguro de eso! A mí me dolía muchísimo y me siento en cierto grado culpable de lo que le pasó a mi tía, pues cuando yo tuve dinero, más que suficiente para haberle dado, le ayudé un poco pero no fue suficiente. Y eso me fastidiaba bastante. Yo decía: "Bueno, señor, ¿pues qué le voy a hacer?" Por un momento, en honor a la verdad, estuve tentado a robar. No es jactancia, pero para mí antes era muy fácil sacar dos, tres o cuatro mil pesos, ¿no?, pero yo perjudicaba a media humanidad y nunca me di cuenta, nunca me puse a pensar en la consecuencia de mis acciones para las personas que yo perjudicaba. Yo para mí nada

más era lo que yo tenía que tener y punto y aparte. Pero sinceramente ya no lo quise hacer —no es vergüenza decirlo— porque sentí miedo, por Dios que sí he sentido miedo de hacer ya esas cosas. Así es de que pues honradamente también me sé ganar el dinero, y me gusta más aunque me mato más.

Cuando estaba yo trabajando en la General Electric, pues sí, yo pasaba todos los días y le daba sus tres o cuatro pesos. Sí se los daba, cómo no. Con todo mi corazón se los daba yo. Me hacían un poco de falta, pero no tanto como a ella. Pero una vez que se me terminó el trabajo en la General, entonces yo no podía darle ni siquiera un peso. Y así las cosas, total, que llegó el tiempo en que le dije a ella: —Bueno, pues mañana vengo por ti para llevarte al hospital, tía. —Y ella me había dicho: —Ay, sí, por favor. Te lo agradecería con toda mi alma.

Por desgracia ese día yo no había tenido ni los 30 centavos del camión. Por ahí como pude le eché un sablazo a una amistad y conseguí cinco pesos y ahí vengo corriendo. Llegué y mi tía todavía no estaba arreglada, y después de platicar y saludarla, de plano me dijo que no, que ella no iba al hospital. Ella siempre temía morirse, temía que ahí fueran a experimentar con su cuerpo y la fueran hasta despanzurrar —como ella decía.

—Ay, viejita, no seas tontita, madre —le dije—. La ciencia está muy adelantada, no tienes por qué temer, tía, de que vayas a morir. Bueno, algún día hemos de llegar a la meta, pero, ¿para qué pensar en esas cosas?

Yo siempre tratando de animarla, pero ella, con ese temor de la muerte, me dijo: —Mira, yo de plano no voy.

—Bueno, está bien, tía. —Agarré y me vine. Yo, por un lado, moralmente, pues se me había quitado un poco de peso de encima. Pensé: "Ya no voy a venir a ver a mi tía. No quiere hacerse caso ella misma".

Al día siguiente ahí estaba yo con ella. En realidad dije lo que el corazón no sentía. Para esto, toda la gente de la vecindad me dijo de que Gaspar le había pegado a mi tía, así que otra vez hablé con ella.

—Tía, mira, no me quiero meter en tu vida ni en lo que no me importa, pero, ¿por qué mejor no largas a Gaspar? Mira, no te da de comer, no trabaja. Tú tienes que hasta vestirlo y remendarlo, y tan grande que está. Hombre, tía, eso déjalo para una chamaca de 18, 20 años. Tú ya estás muy grande.

De nada sirvió. Yo notaba en realidad que mi tía defendía mucho a Gaspar y bueno, ya me quedaba yo callado. Yo no sé si sería por cariño a él o por conveniencia, o sería como ella me dijo alguna vez: —Bueno, ¿qué quieres? Yo ya no tengo familia, ya no tengo padre ni madre, ya no tengo hermanos; ya no tengo a nadie, ni a ustedes, porque ya ni me vienen a visitar. Pues, ¿qué quieres? —dice—, aquí me tengo que estar con este hombre. Al menos me da pa' mis frijolitos. —Pero así amargamente me dijo.

Ora, yo muchas veces le insistí que nos fuéramos a la casa. —No, hijo, yo de aquí no salgo hasta que me saquen en hombros, con los pies pa' delante. —Así decía ella. Sin broma, así pensaba ella y así se le cumplió.

Así las cosas, como dos semanas antes de que mi tía muriera, mi hermana Consuelo llegó de allá de Laredo, ya que se había llevado para allá a los hijos de Manuel. Vino a

arreglar unos papeles de los niños para poderlos pasar al otro lado a estudiar. Anduvo para arriba y para abajo, arreglando papeles. Total que en una de tantas, llegó con mi tía.

—¿Y cómo estás, viejita? Tan linda, tan preciosa…

Le dio un beso, un abrazo y la viejita siempre llorando. La recibió con lágrimas de gusto, pero así, siempre llorando. Total, que se abrazaron, se besaron. Cuando Consuelo supo que mi tía estaba enferma, pues inmediatamente agarró y se puso en movimiento y la llevó con el doctor Ramón.

Al día siguiente me dice mi hermana: —Oye, Roberto, cómo eres bárbaro, cómo eres inhumano, cómo eres … —creo que hasta inútil me dijo. Total, que todos los golpes para mí. Conmigo se desquitó porque dijo que yo había descuidado a mi tía, que por qué yo no la había llevado al doctor, que por qué yo no la ayudaba y que por qué esto y por qué lo otro. Así de que pues ya aguanté el chaparrón de mi hermana Consuelo hasta que se le acabó la cuerda.

En realidad, pues quizá tenía razón ella, ¿no?, pero yo le dije que no hablara así porque yo había ayudado a mi tía y la estaba ayudando siempre más que nadie. —Qué, ¡tú has tratado ni qué nada! —me dijo. Entonces ella surtió la receta del doctor Ramón y todo, pero no sé en qué artes estuvo y me dice: —Oye, han pasado unos días y la medicina no le hace efecto, y pues yo creo que vamos a tenerla que llevar con el doctor Santoyo.

—Caray, mana, yo qué quieres que te diga, pero con Santoyo te advierto que son 25 pesos yendo hasta allá y viniendo a domicilio son 50 pesos y yo no tengo ahorita.

—Bueno —dice—, pero tenemos que llevarla con Santoyo.

Digo: —Mira, yo tengo que ir a la plaza a ver qué vendo, porque mi mujer y el niño tienen que comer. Mira, a ella le dejé un peso de gasto y eso qué gasto puede ser. Yo por acá, como quiera que sea, con tacos de rebanada de aire y ya me lleno. Ya llegaré a la tarde a pedir un taco si es que hay, y si no, pues ¿cómo puedo decirle a mi mujer "dame de comer", si no le dejo ni un centavo?

Consuelo tenía que andar moviéndose con sus papeles, entonces me dijo: —Me la llevas a mi tía. Ten, aquí están los 25 pesos de la consulta.

—Bueno, está bien. Vamos.

Bueno, pues ese día me fue mal a mí. No logré ganar ni un centavo allí en la plaza, y no teníamos esa vez ni frijoles hervidos en la casa. No había tampoco para el niño ni la leche que le dio el doctor y mi mujer tuvo que hacer agua de arroz con azucarita para darle; total, que de los 25 pesos que Consuelo me dio, me vi obligadísimo a agarrar 10 pesos esa misma noche, que se gastaron en leche, en pan y en arroz. En la noche, cuando llegó un vecino mío, le digo: —Estoy en un pequeño problema, por favor, facilíteme usted unos 10 pesos y yo se los doy a usted el sábado.

—Sí, cómo no, señor Roberto. Tenga usted. —Entonces ya repuse los 25 pesos y al otro día llevé a mi tía Guadalupe con el doctor Santoyo. La tuve que llevar en camión, porque pues no había para más. Yo le dije: —Mira, viejita, perdóname. Yo sé que no puedes andar en camión porque te mallugas demasiado, pero pues vamos a hacer la lucha, ¿crees que aguantes?

—Sí, sí, vamos, chico —dice—. Contal yo voy.

Y sí, fuimos. Estaban ahí dos, tres pacientes adelante de nosotros, y como allí en el sanatorio hay una capillita en el piso alto, le digo: —Mira, ven tía, para que veas. —Ya se metió mi tía a la capilla y yo con ella. Estuvo ahí un rato, orando, pidiendo sus favores. Total, que volvimos y ya nos tocó el turno a nosotros.

—A ver, ¿quién sigue?, ¿usted sigue?

—Sí, doctor Santoyo.

—Ah, muy bien, pasen, pasen. —Ya nosotros nos conocíamos porque él me dio cuchilla a mí también en el apéndice y ha visto a mi mujer—. A ver madrecita, a ver qué tiene usted, platíqueme.

—Pues verá usted, doctor. Yo este, me da pena, pero mire, tengo una bola muy grande aquí en la cola, acá atrás. Me duele mucho y me sangra que ay, Dios mío. Ahorita traigo así, una bolota de trapos adentro. Y pues Gaspar, mi marido, es el que me está curando —dice—, y la señora Elvirita también me cura. —Ella le hablaba con una confianza como si el doctor ya nos conociera a todo el mundo.

—A ver, a ver. Salga usted —dijo el doctor.

Ya salí para afuera. Cuestión de cinco minutos.

Cuando salió, dijo mi tía que la acostó en la mesa y que le hizo una pequeña curación. —Mira, me dio esta medicina, una pomada. —En realidad, la medicina que le había dado Santoyo es para la hemorroides. Lo sé porque se la recetaron a mi esposa. Y saliendo me dice el doctor Santoyo acá atrás de mí: —Cáncer. —Pero así, apenas pude leer sus palabras en su boca—. Váyase mañana al Hospital General. Allá me ve usted en la sala 13.

Al día siguiente Gaspar y mi tía se fueron solos al hospital. Allá los trajeron por arriba y por abajo. Yo me fui atrás de ellos, pero llegué ya tarde. Anduve por todo el hospital, buscando los lugares donde posiblemente podían estar, pero no di con ellos. Les habían dicho que regresaran al día siguiente.

Así que al día siguiente llevé a mi tía. Gaspar también fue con nosotros. Todo lo que hicieron fue tomarle sus datos a mi tía, sus generales y sus síntomas.

—Ay, esa vieja es reterregañona —dijo mi tía de la enfermera—. Habla retefuerte: "A ver, párese aquí. Desnúdese. Hágase para acá y no tiemble", ¿tú crees? Allá parece refrigerador. Hasta me hace acordar de sifones cuando metía yo la barra dentro del refrigerador. Está uno ahí como Dios lo echó al mundo y no quiere que tiemble uno de frío —dice—. Mira cómo tengo mis dedos chuecos de tanto frío.

"Ay, Dios mío, ¿y por qué esta miseria tan desgraciada?", decía para mis adentros, y a mi tía yo le decía: —Ah, tía. Es lo malo. Todos los que no tenemos dinero tenemos que soportar estas cosas. Pero no te apures, si mañana te dice algo, mándala por un tubo y no le tengas miedo. —Pero pues en realidad yo nomás le decía, tratando de darle valor. Un valor tonto, pero yo no sabía qué más decirle, ¿no? Le quería dar a entender que estaba con ella en todo momento.

Gaspar siguió llevando en los días siguientes a mi tía al hospital, y yo diario pasaba a casa de mi tía a ver cómo seguía y cómo se sentía y qué era lo que le habían dicho.

A mi tía en realidad, en el Hospital General no le hicieron ninguna cura, ninguna absolutamente. Le hicieron perder su tiempo miserablemente y gastar lo que no tenía. Mi tía tenía un sarcoma en la cadera, tenía una coquexia cancerosa, cáncer intestinal, cáncer duodenal; dos o tres cosas así, pero todo canceroso, ¿no? Así es de que mi tía ya no tenía remedio. Me lo dijo a mí Ramón, el doctor de la familia, que mi pobre tía no se aliviaba ni porque bajara san Martín de Porres, este santo que anda de moda. —No —dice—, tu tía no se alivia.

Para esto mi niño estaba enfermo, sucedió que le entró una infección con la leche de vaca, y yo sin dinero. Bueno, pues tuve que andar corriendo por aquí, por allá. Empeñé esto, lo otro y empeñé mi chamarra, mi borrega, que por cierto se me perdió.

El día 1° de noviembre, Día de Todos Santos, yo me había ganado muy poco dinero. Yo me había ganado en realidad seis pesos. Llegué y la vi toda triste, toda compungida y ¡ay! A mí se me desgarra el corazón a veces de acordarme. Como quiera que sea, pues a mi mujer, a mi hijo y a mí no nos faltaba aunque fueran frijoles, ¡pero la pobre de mi tía! Y ese día le digo:

—Caray, tía. Yo mira, creémelo sinceramente que me fue muy mal. No hice casi nada, pero mira, llevo seis pesos. Ten dos y me quedo con cuatro que tengo que llevar pa' la leche del niño.

Y pues en realidad no le dije la verdad, ¿no?, porque la leche en polvo del niño me cuesta 14.50 el bote y llevaba yo cuatro pesos.

—Ay, hijo, no te apures. Llévatelos tú. Tienes que darle al niño, tienes que darle a Andrea.

—No te apures, tía, ellos allá tienen qué comer, tienen jitomate, frijol, aceite; tienen azúcar, carne, tienen de todo. —Mentira, no tenía nada de eso mi mujer, ¿no?; pero yo, para que mi tía quedara tranquila y aceptara los centavos, eso le dije—. Bueno, madre, ya me voy, mañana vengo a verte temprano, ¿eh?

—Sí, anda, hijo, y Dios te bendiga. Yo tanto que le pido al Martincito de Porres que te dé trabajo; al Santo Señor de Chalma… —Ella siempre me andaba encomendando a todos los santos y pues quizá ya me hayan ayudado más de una vez, ¿no? Y me fui apurado, diciéndome a mí mismo: "Mi tía se va a morir, lo tengo por seguro. No creo que salga este año".

El sábado, día 2, llegué como a las 10 de la mañana a la casa de mi hermano. Y estuve tentado a ir a casa de mi tía como habíamos quedado, pero como no tenía yo dinero, dije: "Bueno, pues a qué voy ahorita. Ahorita de ir tengo que llevarle por lo menos un peso para que se desayune". Yo me había traído de la casa unas figuritas de porcelana que yo le había comprado a mi mujer. Eran dos perritos y una gatita que Manuel había agarrado de oportunidad, y yo me las llevaba a la plaza a vender. Fui y le digo a mi hermano:

—Quiubo, hermano, ¿ya nos vamos a la plaza?

—Sí, vete por delante. Ahí yo te alcanzo.

No hice más que caminar hasta el mercado y saludar a uno de los muchachos.

—Quiubo, mano. ¿Me das chance de poner aquí mis perritos?

—Sí, hombre, cómo no.

—A ver, hazte a un lado.

En esas estaba cuando llega María, mi cuñada, y me dice: —Oye, Roberto, que mejor vayas a ver a tu tía. Pero rápido porque está desangrando muy feo y está muy mal.

Dije: —Ah, ¡qué caray! —Como yo sabía que a ella le venían hemorragias precisamente de la parte que estaba mala, pues yo me imaginé que era una de ésas, ¿no? Digo—: Bueno, mano. Ai te encargo por favor. Ahorita vengo. No me tardo.

—Ándale, córrele —dice—. Oye, ¡pero espera!, dime cuánto es lo menos.

—Bueno, tú entrégame un peso por todo. Ahí tú a ver cuánto te ganas. —Y que corro. Dejé a María atrás. Cuando llegué, alcancé a ver un bolón de gente en el patio. Todo el mundo estaba allí. También yo llegué y todas las miradas para mí, hasta me sentí molesto.

—Con permiso. Por favor, déjenme pasar, déjenme pasar. —Algunas personas mayores hacían a los chamacos pa' un lado y ya pasé yo hasta la puerta del jacalito de mi tía. Ya encontré a mi hermano.

—Qué hubo, mano, ¿qué pasó?, ¿se llevaron a mi tía o qué?

Dice: —No, mano, ahí está mi tía.

—Bueno, ¿y qué, murió?

—Ya está muerta la pobrecita.

Ay, entré y vi a mi tía. Para mí fue muy triste, deveras, porque ella murió con mucha hambre, con mucha miseria. Murió en una forma tan miserable como no recuerdo que haya muerto ningún otro de mis familiares. Y estaba ahí tirada, boca abajo.

Yo cuando la vi me abalancé y todavía le toqué su pecho a ver si vivía todavía o a ver que si yo se me hacía que nada más estaría desmayada por la pérdida de sangre, ¿no?, pero no; ya estaba muy fría mi tía. Yo me puse a temblar. Me imaginé la desesperación que pudo haber sentido mi pobre madre a la hora de la muerte.

Y dije: "¡Caramba, mano! Mira, aquí está la última de los Vélez. Ahora sí ya se fue. Pobrecita viejita. Qué triste forma de morir de ella. Nadie en absoluto. Fíjate el contraste de la vida, mano: ella siempre llena aquí de gente de la que tenía arrimada y ahora nadie".

En esos momentos, sinceramente, sentí muchas ganas de llorar, pero no sé, una cosa inexplicable me pasó, no pude llorar. Me sentí apenado porque mi hermano lo fuera a tomar a mal, aunque lo vi relativamente calmado. Yo creo que si hubiera llorado lo hubiera sido de hipocresía.

—Ah, pero bendito sea Dios que ya descansó ella, hermano —dije—. Yo le había pedido a Dios que si mi tía se aliviaba, pues que le hiciera el favor de mandar su alivio, ¿no? Pero que si él se dignaba allá recogerla, pues que no la hiciera sufrir mucho. Y mira nomás en qué forma murió mi tía, rápido. No sé qué pensar. ¿Y ahora qué hacemos, mano? Yo tengo 40 centavos en la bolsa.

—Pues sí —dice—, ¿ahora quién se va a hacer cargo de todo esto?

—Pues yo, hermano, ¿quién más? —Entonces le pedí cinco pesos prestados para el

camión y corrí para la casa de mi madrina para ver si ella me podía prestar unos centavos, pero tenía cinco minutos que acababa de salir precisamente para la casa de nosotros. De momento no tenía otra cosa de qué echar mano, así que le dejé un recado para que se fuera allá a la vecindad de Panaderos.

Para estas alturas, a mi tía ya la habían recogido del suelo y la habían subido a la cama. Ya la habían vestido y le habían limpiado con un trapo la sangre y eso. Una señora de esas borrachitas fue la que limpió la sangre del piso con un trapeador y, total, que asearon un poco allí. Cuando llegué, nada más estaba mi hermano y mi tía Prudencia, y un par de señoras que habían sido amigas de mi tía.

Mi hermano salió a ver lo del funeral y después de un rato llegó mi madrina con mi esposa. Llevaron al niño, y yo le digo: —No entres tú, Andrea, porque puede hacerle daño al niño.

—Ay, como tú digas.

—¿Qué pasó, Roberto? —dice mi madrina.

—Pues nada, madrina, qué quiere. Pues la última que me quedaba de parte de mi madre ya se me fue. Y murió en una forma pues, muy miserable, y me duele. Y mire usted, ahora necesitamos para lo del entierro.

—Pues yo traigo nada más 100 pesos ahorita —dice—, y allí en la casa tengo otros 150.

Total, que acepté que me prestara los 250, pero le dije: —Yo no creo tener dinero hasta diciembre, y eso no sé todavía.

—¿Y tu hermano? —dice.

—Pues ahorita también el pobre tenía 10 o 15 pesos en la bolsa nada más. Así es que fíjese cómo le vamos a hacer.

Dice: —Bueno, pues siquiera los 250 aquí los tiene. Aquí tiene 100 y ahorita voy a la casa y le traigo los otros 150.

Cuando ella se fue, salí con Andrea y le dije: —Bueno, mira, mija, ten tú estos 70 pesos. Lleva al niño con el doctor Ramón y de allí compras su leche y a ver qué otra cosa se ofrece. Y ponle ahorita un telegrama a mi hermana Consuelo. —Yo no sabía si avisarle o no a mi hermana Marta, pero al fin pensé que con tanto chiquillo, de todos modos le iba a ser imposible venir desde Acapulco y que la noticia lo único que iba a hacer era entristecerla.

Para entonces, mi tía ya estaba en la caja. Cuando Gaspar regresó del hospital, después de mucho rato, donde fue a que le extendieran el certificado de muerte, le digo: —Hombre, ¿qué pasó, Gaspar?, ¿quién trajo esto?

—Pues yo, señor Roberto —dice—. Yo por allá encontré lo más económico. Me dice el joven ése de la agencia: "Mira, yo te voy a arreglar todo, con pullman, carroza y todo muy barato. Te va a costar 600 pesos todo". Que agarro y que le digo: "¿Seiscientos pesos? Con permiso, yo no tengo tanto dinero, palabra. Es mucho para uno como yo. Voy a donde me cobren más barato". Que me llama y que me dice: "Bueno, mira, por ser para ti te lo voy a hacer por 400 pesos".

Gaspar empezó a llorar. ¡Ese hombre se la pasaba llorando! Y yo sinceramente sentí

coraje de que él llorara. Yo sentía que lloraba no el hombre, sino la hipocresía: "Ay, mi viejita", que esto y que l'otro.

—Ya cálmese, Gaspar. —Yo todavía me controlaba—. Yo puedo sentirla más que usted y tengo ganas de llorar; pero mire, con llorar nada se gana. Ahorita lo que hay que hacer es moverse.

—Pues yo ya traje la caja —dice.

—Bueno, y qué, ¿cómo está esto?, ¿dejó algo a cuenta?

—No, si allí en la agencia me dijeron que como yo era pobre, me iban a dar oportunidad hasta el lunes para reunir el dinero.

—Es sábado. Tres días de velar a mi tía. —Yo dije—. Bueno, son 400 pesos. Menos de lo que yo esperaba.

Matilde y Pancho se habían ofrecido para reunir dinero por allá con los voceadores. Ya casi como a las siete fue la hermana de Pancho:

—¿Qué pasó, Roberto?

—Nada, Nena, qué quieres que pase. Ya te han de haber dicho. Ahora que viste, hazme un favor grande —le digo—: No tiene ni una flor mi tía aquí, ni una velita siquiera. Tráeme por ahí unas flores y unas ceras.

—Sí, hombre, cómo no.

Agarré y le di 30 pesos y me regresó 60 centavos porque habían sido 29 pesos y centavos. Entonces se llegó la noche. Yo esperaba que Matilde regresara de conseguir algo para comprar café, azúcar, pan y carbón y un poco de piquete, chinchol para echarle al café de los que van a velar, ¿no?

Por la noche ya estábamos listos para el velorio.

CONSUELO

SRITA. CONSUELO SÁNCHEZ. Avenida del Sol, Nuevo Laredo, Tamps. "Consuelo: ven por avión si puedes. Tu tía murió esta mañana." Decía simple y secamente el telegrama.

No se imagina el impacto que me causó. Ya esperaba este golpe, pero confiaba tal vez en volar en un segundo y alcanzar todavía su despedida. Tras releer varias veces el telegrama, volví a sentarme nuevamente junto a mi querida máquina de escribir. Esto suele reconfortarme, me ayuda a poner en orden mi vida y me trae una sensación de respeto por mí misma; pero esta vez me sentí tan encogida, tan rechazada, tan inmensamente sola. Apenas dos días antes, el 1° de noviembre, Día de Todos los Santos, cuando fuimos a la iglesia mis cuatro sobrinos y yo, hincada ante el altar a Cristo le pedí fervorosamente con toda mi alma, me permitiera verla antes de su hora final. Luego miré directamente a fray Martín de Porres, ahí arriba en su pedestal de mármol, rodeado de veladoras encendidas, y le dije: "Fray Martín de Porres, si es verdad que eres santo y que haces milagros, te reto a que sanes a mi tía de la noche a la mañana. Sólo así creeré que eres santo. A ver si es cierto".

San Martín no aceptó el reto y yo le reprochaba y le peleaba: "Eres malo, eres injusto. No te quiero. Te reté y me la quitaste, te vengaste. ¿Por qué?, ¿por qué? Te lo pedí tanto".

¿Cómo dar a entender el dolor que absorbe hasta la última gota de alegría que pudo haber quedado en mi corazón? De ninguna manera me resigno a que los míos, tan aplastados ya, mueran así. Todos nos vamos a morir, sí, ¿pero por qué en esas circunstancias tan inhumanas y miserables? Siempre he pensado que no hay razón de que los pobres mueran así. Su lucha es tremenda, titánica; ya no tienen esperanza de nada. Pero ya viendo la muerte en forma individual, no la aceptan ellos tampoco. Entonces yo sé que se pueden salvar. No es justo que mueran en esa forma y desaparezcan.

Yo sé que hay autores que han dicho que el mexicano sabe cómo enfrentar la muerte y no le importa la muerte ni la vida, y que hay muchos chistes y bromas y canciones sobre la muerte, pero yo quisiera ver a estos escritores famosos, verlos en nuestro lugar y haber padecido con nosotros paso a paso los sufrimientos tan enormes que tenemos en nuestra clase, y ver si es posible que acepten ellos con una sonrisa en los labios el que uno de nosotros muera, sabiendo que tiene remedio. Eso es una gran mentira. Porque la muerte, desde mi punto de vista, no es nada gracioso ni nada a lo que estemos acostumbrados porque se le haga fiesta a la muerte o porque comamos calaveras de

azúcar o juguemos con esqueletos. Eso no. De ninguna manera.

En la generación anterior es probable que hayan tenido otra filosofía, de no darle importancia a la muerte, pero creo yo que sea debido al aplastamiento que sufrió por parte de la Iglesia, que les condenaban por completo la mente, haciéndoles pensar que no eran nada, que no valían nada; que aquí en la vida no iban a ganar nada y que su premio estaba en la eternidad. Yo creo que llegaba el grado en que esas mentes las aplastaban por completo, las sumergían y no tenían esperanza ni tampoco ilusión de nada. O sea, que vivían ya muertas; las hacían creer en la muerte, viviéndola.

Sin embargo, cuando mi tía perdió a su único hijo y cuando murió mi tío Ignacio, ella reaccionó con bastante llanto y hasta con desmayos. Llegado el momento de perder a un ser querido, no es aceptado desde ningún punto de vista.

El dolor me ha dejado la vida a rastras. Ya no tengo alegría ni esperanza de nada aquí en "mi tierra". Por qué empecinarnos en la farsa tan absurda, la mentira gigantesca que esconde la verdad en "mi República" ¿mexicana? Me llena de horror el drama de nosotros mismos ante la escena: "Los mexicanos progresan… la hermosa, prosperante base política y económica". Sobre todo, "con base económicamente sólida". Sí, sí, estamos progresando, adelantando en la técnica, en la ciencia que yerguen sus estructuras de hierro sobre los cadáveres. Todo el mundo sabe que a los campesinos y a la gente pobre de la ciudad los están matando de hambre o de otras formas… que los están debilitando. Toda una generación está desapareciendo de una manera imperdonable. Yo ya no aguanto más ver cómo los humillan y cómo mueren.

Ya mi viejita está muerta. Allí en su nido, lleno de piojos, ratas, mugre, basura y desperdicios; escondido entre los jirones del vestido de etiqueta de la bella dama, la Ciudad de México; en esa "sólida base" comió, durmió, sintió y sufrió mi tía. Mi viejecita que daba posada por un tostón, un peso o dos a cualquier hermano del mismo dolor, para completar su renta de fabulosos 30 pesos; que por 15 pesos al mes barría el patio a las seis de la mañana diariamente; que por dos pesos más destapaba el registro de la vecindad y por tres lavaba una docena de ropa, y se pasaba de las siete de la mañana a las seis de la tarde arrodillada ante los lavaderos. Y además, siempre ofreciéndose para hacer cualquier trabajo de casa, para asegurar su comida. Ella corría siempre solícita para cuidar de niños de la enferma que acababa de parir, lavar trastes, pañales, pisos con escobeta y lejía. A veces le daban el taco nada más, que compartía con Gaspar, su compañero, o con la persona que llegaba hambrienta; y que además, le alcanzaba para su perro.

Sería absurdo caer en el ridículo de llamarla "santa", pero eso fue lo que ella fue. Tan mansa, tan honrada, tan dulce. Nunca fue capaz de insubordinarse a la voz del patrón, ni de pedir siquiera el auxilio que por derecho le correspondía. Siempre lista para obedecer, para servir. Siempre acatando los designios del Señor, obedeciendo sus mandamientos. Dicen que todos los santos se hacen por el martirio que padecieron; pues ella también sufrió su martirio desde que fue Guadalupe. Viéndola tan pobre así, yo sentía adoración por ella. Para mí representó mucho. Yo veía en ella una santa y una madre. ¿Cómo es posible que hayamos sido tan desatentos para ver lo que necesitaba en ese estado tan

lamentable? ¿México, cómo te voy a querer, si devoras seres tan indefensos como ella?

Hemos descansado de "esa lata". Ella, que nació "en el tiempo en que había duraznos… Viejo, saca la cuenta de ai pa' acá", como le decía a mi tío. Ella, que anduvo en las guerrillas de la Revolución, lavando y planchando para "mi general de la arracada, mi general Ángeles. Ése era muy exigente". Ella, el último eslabón de la familia por parte de mi difunta madre, se ha ido por la orilla de nuestra existencia, por donde pasó apenas de puntitas.

Estuve largo rato con la cabeza recargada sobre la máquina. Los niños no se fijaron en mí. Ni siquiera se dieron cuenta de cómo estaba. Mariquita, la mayor, que entonces tenía 14 años, siguió cantando y lavando su ropa, lo mismo que Conchita, la más chica, que lavaba los trastes. Alanes, el de 12 años, siguió sacudiendo, y el de 10, Dominguito, se había ido a jugar futbol. Los hijos de Manuel están tan acostumbrados a sufrir, a ver tan cerca el sufrimiento, que interponen una muralla de indiferencia. Traté de no enojarme con ellos, ¡pobres huerfanitos! Habían sufrido tanto y habían recibido tan poco. Sabiendo su trayectoria en el futuro, abandonados en la casa de su padre, al enterarme de cómo se les trataba, no me fue posible soportar y los traje a Nuevo Laredo a vivir conmigo. Por tanto, fueron cuatro más que vinieron a compartir todas mis ganancias de mecanógrafa. ¡Cómo quise ayudarlos para que su vida mejorara y qué difícil había sido!

Pensé en lo mal que mis hermanos se habían portado con mi tía, que le había dado casa a Manuel cuando la primera vez que se casó y que había recibido a Roberto cuando salió de la cárcel, que a nuestro padre no le importaba. Quince días antes, allá en México, le había yo pedido encarecidamente a Roberto que me escribiera diciéndome el estado de mi tía, después que yo la llevé al médico y que me dijo que necesitaba una operación y análisis para saber si era cáncer. Con todo el mundo me enojé porque no me habían dicho antes, sino hasta ahora, que todo estaba perdido.

Me imaginé a mi tía en su lecho de muerte, dando la bendición a todos, menos a mí, preguntando por su *Flaca* —el odioso apodo que mi papá me puso desde mi infancia—. Mi padre no congeniaba con la familia de mi mamá por causa de su tomadera. Sí, mi tía y mi tío Ignacio todas las noches tomaban para olvidar sus trabajos y su pobreza, pero en su casa al menos hubo cariño y refugio para mí cuando mi padre me corrió. "¿Por qué no me avisaron antes de su muerte?, ¿por qué no me avisaron?" Y me agarraba yo la cabeza para oprimir mi dolor. "Me hubiera dado tiempo. La hubiera alcanzado. ¡Ay, Diosito, qué malos son!"

Fue domingo cuando recibí el telegrama y el banco estaba cerrado, así que mi vecina me prestó para el pasaje y para un telegrama. "Salgo a las 2 en camión. Espérenme." Fue hasta cuando Mariquita me vio guardando mi vestido negro en la petaquilla que me preguntó: —¿Tía, ya te vas?

—¿No ves que ya estoy arreglando la petaquilla? —También me dio coraje con ellos. No les perdoné que ni siquiera me hubieran preguntado qué sucedía, así que ni la molestia me tomé de decirles a dónde iba. Les di los 125 pesos para el gasto y les advertí: —Me voy y no quiero accidentes a mi regreso. Ya saben que de noche se

encierran y no le abren a nadie. Nadie tiene permiso para ir a ningún lado. Mariquita, si consideras que puedes ir a la escuela y preparar comidas y desayunos, vas, y si no avisa que vas a faltar, o tú verás cómo le haces. Ya no quiero más problemas.

Cuidadosamente me puse mi combinación y cogí mi abrigo rojo. Los lentes oscuros me eran necesarios porque a duras penas contenía el llanto. Qué impaciencia esperar a que el camión saliera. Al fin partió a las 2:45.

Durante el camino sufría yo sofocación. Pensando que por el camino íbamos a subir y bajar altitudes y era peligroso para el estado en que iba, traté de distraerme haciendo algo. Tomé mi block y quise escribir, pero no me concentraba. Quería llorar, pero me dije: "No, no lo hagas". Qué coraje sentí. "Pero ya verán cuando llegue allá. Les voy a decir… no, debo permanecer de acuerdo con mi familia. Mi reinita… ¡lo que habrás sufrido! Calla, calla; no te atormentes." Volteaba al cielo pidiendo que me esperaran, que no la fueran a enterrar. Cuando menos eso.

Afortunadamente, mi compañero de viaje, un joven como de unos 22 años, inició la plática:

—¿De vacaciones?

—Sí.

—¿A divertirse?

—Sí, a divertirme.

Le seguí la conversación de buena gana, aunque a veces tenía que voltear hacia la ventanilla para arrancar de una vez una lágrima. Nos presentamos. Él era estudiante de leyes y estaba en segundo año en la universidad. Cuando me enteré que era del norte, tuve un respiro de alivio. Vaya, cuando menos un poco más de confianza: los del norte son más bien nacidos; consideran un poco más a las mujeres. Cuando llegamos a Monterrey ya éramos amigos. Me invitó a tomar café y fuimos. No me importaba qué hacía; lo importante era distraer mi mente.

Me pareció como si estuviésemos una hora en Monterrey. Es por demás decir la ansiedad que llevaba. Al fin mi compañero calló. Se quedó dormido durante algún rato, mientras, con la certeza de que nadie las vería, rodaban las lágrimas. No me fue posible acallar un gemido. Mi tía no se apartaba de mi mente y me reprochaba mil veces no haberle escrito. No le escribí esperando tener unos centavos pa' mandarle, porque imaginaba el momento en que abriera ella el sobre y lo encontrara vacío. En ese entonces hubiese podido enviarle algún dinero, pero pensé que también si le mandaba yo, lo iba a agarrar para tomar. Y pensé que ella también había sido un tanto mala conmigo porque no se había querido ir a vivir a Nuevo Laredo. Siempre le estuve pidiendo irse a vivir conmigo porque yo la necesitaba. Me dolió mucho, pero la última vez que la vi, 15 días antes, al despedirnos, me consolaba saber que ella sentía muy cerca a su compañero, Gaspar, y se lo agradecí a él mentalmente. Al menos —pensé— no está sola. Me paré frente a ella: "Dame tu bendición, mamita. Me voy, pero pronto nos veremos". Al hincarme frente a su catre donde estaba sentada, me fijé que sólo había un petate sobre el tambor y pensé: "Ya hace mucho que espero comprarte un colchón. Ojalá y pronto pueda…" Ella hizo el signo de la cruz sobre mi cabeza y mi frente y me dio un beso aquí

en la mejilla. El beso más dulce y más tibio que nunca me dio. Todavía siento su beso como si los pétalos de una flor se hubiesen posado sobre mi cara. "Escriba —me dijo—. Escriba, hija, no sea tonta… escriba." "Sí, mamita, sí. En unos días más te voy a enviar dinero suficiente para que vayas al doctor. ¿Y sabes?, en diciembre regreso para llevarte a Guanajuato, ¿eh? Al Barrio de las Peñitas y al lugar donde nació. ¿No le gustaría a mi reinita? Pos ándele, a ponerse bien y nos vamos; nos llevamos a Gaspar", le dije con mucho cariño, aunque en el fondo dudé que alcanzara el tiempo y el dinero. Allá estaban los cuatro niños de Manuel conmigo. Sin embargo, guardé la esperanza de poder mandarle algo de vez en cuando. Le di 20 pesos que ella se metió en su seno, como siempre acostumbraba. Yo me despedí, cubriendo mi temor con la prisa.

Para entonces no esperaba que se fuera tan pronto. Ahora, 15 días más tarde corría yo de prisa para acompañarla hasta su última morada.

Era tanto lo que había contenido mis lágrimas que el dolor se convirtió en una especie de vara encajada a través de mis sienes y empecé a dejarlas escapar en apagados hipos. Luego sentí la mano tibia de mi compañero rozar temerosamente los dedos de mi mano. "¡Ah, el hombre mexicano! —pensé—. Necesito casarme… Es verdad que un compañero es necesario en momentos como éste. Aquí voy, sola." Pensé en Jaime, a quien quise pero no pude respetar; en Mario, con quien me fui sin quererlo sólo por vengarme de mi padre. El de al lado insistió con su delicado toque. "No debo olvidar dónde voy… pero necesito tanto de algo. Lo que sea que pare esta máquina. Ya no quiero pensar, no quiero sufrir antes de tiempo si tendré más que suficiente cuando llegue. ¿Por qué será la vida tan ingrata?, especialmente con nosotros, que nada tenemos." De un movimiento rápido, mi vecino se incorporó y me besó la mejilla. Fue un beso pequeñísimo y delicado. Pensé, mirándolo de reojo: "Hmm, ya hiciste la prueba. Te pegaste chasco, amigo. Sé lo que quieres y a lo que vas. No me pueden engañar tus galanterías de caballero. Te va a salir cola". Al segundo intento que hizo, interpuse mi mano entre su boca y mi cara, y le dije:

—¿Qué no puede dormir?

Me ofreció un cigarrillo. Le di las gracias, aceptándolo. Me hizo bien soltar la pena en bocanadas de humo en lugar de llanto y el hecho de que él ya estuviera enterado de mi tristeza.

—¿Sabe? Le voy a platicar, porque es bueno echar lo que trae uno dentro. —Siempre, en esos momentos, hace falta en quién confiar—. No voy a pasearme, como le dije al mediodía; voy al entierro de mi tía. Era la única pariente por parte de mi madre, así que prácticamente puedo decir que ya toda la familia de mi madre desapareció. —Aunque en mi interior había recelo, empecé a explayarme, no importaba con quién fuera.

Seguimos platicando por largo rato. Él me dijo tener una abuelita que era muy dulce. Después me habló de diferencias de caracteres, entre el suyo y el de sus compañeros en la universidad; del "recato y buen decoro" de muchachas como las que trabajan en Sears y Sanborns, y de las fiestas a las que iba, en donde mostraba franca y abiertamente su carácter de norteño, sin temer al qué dirán. Salió a relucir el roce social que sosteníamos en la Ciudad de México. Al fin decidimos callar y recargué mi cabeza hacia el lado

izquierdo del asiento. Cinco minutos más tarde me dio otro beso en la mejilla. Lo rechacé más fuerte, pero cuando me di cuenta, ya tenía sus labios sobre los míos. Me zafé y lo empujé con más fuerza hacia su sitio, pensando: "No llegarás a más; no conseguirás nada más". Me aparté bastante y di la espalda. Cambié de posición hasta que se me entumió la pierna izquierda. Entonces me dijo: —Recárgate en mi hombro; trata de dormir. —Acepté y recargué mi cabeza en su hombro, preparada para levantar la cabeza cuando de un momento a otro volviera a molestarme, pero no fue así, se recargó sobre su derecha y durmió.

En San Luis Potosí, mi amigo me invitó a cenar, pero no pude comer nada; sólo tomé otra taza de café. Hizo algunas bromas que celebré, y para cuando volvimos al camión, él se había convertido en "mi fiel servidor". Me siguió platicando de un litigio que tenía pendiente. Me dio a entender que ya ejercía. Al igual que muchos estudiantes de leyes, adoptaba la personalidad de abogado desde mucho antes. Sonreí ante su presunción y le dije: "Yo soy una simple taquígrafa". Pareció entenderlo porque ya no insistió en clavarme su letrero de abogado.

Al fin todos durmieron y el camión quedó en silencio. Sólo yo iba vigilando el camino. Al chofer le salían verdaderos pases de torero al rebasar en curva a los trailers o al intercalarse en un cordón de carros cuando venía en sentido contrario cualquier otro viajero.

Serían las cinco de la mañana cuando ¡sentí un hambre! Cosa rara: casi siempre estoy sin hambre, y cuando lo siento, apenas me doy cuenta. Me apreté el estómago y cerré los ojos, queriendo dormir, pero el vacío me empujaba hacia arriba como una especie de grueso palo y me dolía hasta la garganta. Cuando despertó mi compañero, insistió en ofrecerme pan que le dieron para el camino. Bajé la bolsita y arranqué un pedazo que me eché a la boca, pero no me cayó bien. Lo sentí como un pedazo de papel cayendo en un pozo seco.

Entramos al Estado de México y mi compañero se bajó en Tlalnepan-tla. Antes de despedirse, escribió su dirección en mi libreta y me dijo: —Escríbeme.

—Claro que sí. —Yo ya sabía que no.

Tlalnepantla… el lugar preferido de mi tío Ignacio para venir a pasar un domingo de taco placero. Mi tío, papelerito que nunca tuvo dinero suficiente para ir a Texcoco, su tierra natal. Cerré los ojos a Tlalnepantla.

Luego entramos a la floreciente Ciudad Satélite, donde la gente dormía en sus mullidas camas dentro de magníficas residencias sin pensar por fracciones de segundo en éstos que están afuera, que ni siquiera un gabancillo llevan puesto. Otra vez pensé: "¡México, a qué precio tan alto te estás edificando!"

Pasaban de las ocho cuando llegamos a la terminal. Me sentía sin fuerzas cuando bajé la maletilla. No quería llegar a donde iba. Me sentí cobarde. Cuando salía de la terminal, ni cuenta me di de un joven que llevaba un saco flojo que casi me arrebató la petaquilla, hasta que ya estaba frente al carro de alquiler y me dijo: —Lo que usté me quiera dar.

—¿Darle?, ¿por qué?

—Por traerle la maleta.

Me dio coraje y ya le iba a replicar cuando llegó una pareja de policías: —¿Qué no sabe que está prohibido cargar bultos? ¿Dónde trabaja? —Se notaba el miedo con que el joven les contestaba. Tan sólo por el regaño le di un tostón. Se quedaron alegando.

Le dije al chofer que me llevara a Panaderos 33. Como que se sorprendió por la dirección que le di y trataba de investigar de dónde venía yo, pero como estaba llorando y no le contestaba, me dijo: —Ha de ser muy grande su pena para venir así.

Mi copa sólo necesitaba esa ligera gota para derramarse y entonces le dije a lo que iba. Su plática me dio fuerzas para llegar a mi destino.

II. EL VELORIO

ROBERTO

SU SÉQUITO de mi tía era pura gente pobrecita, ¿no? Vagos, borrachitos, borrachitas, rateros, teporocheros, pulqueros, de todo. Y toda esa gente que la rodeaba fue al velorio. Hasta ese momento conocí yo amistades de mi tía que conocieron a mi mamá, que conocieron muy bien a mi familia. No platicaban mucho, nomás decían:

—¡Ay, *Negro*!, lo sentimos mucho.

—A ver, ¿quién lo iba a pensar?

—Ayer todavía la vimos.

—Pues sí, ni modo. Así es la vida. Tarde o temprano, pobres, ricos y poderosos hemos de llegar a ese punto. Nomás que nos haga un lugarcito la viejita.

—Bueno, *Negro,* ya sabe que mi más sentido pésame. Perdóneme que no le ayude con nada, pero aquí está este quintito.

Uno de ellos, el que estaba más necio de todos —porque también estaba muy cerezo — iba con un saco que ya por saco nomás le quedaba el nombre, todo desgarrado, todo sucio, y un sombrero de petate que ya nomás era el ala. Unas barbas hasta por acá, todas feas y la nariz con los mocos por un lado. Todo sucio en una palabra él. Eso sí, tomaba mucho y habla y habla:

—Yo me voy a quedar con usted, señor Roberto, toda la noche, y va usted a ver que yo soy bueno para la velada.

Luego llegó por ahí otro, todo greñudo, todo borracho, barbudo. Sus zapatos pues nada más el puro corte de encima tenían y agujeros por dondequiera en su pantalón de mezclilla, y así por el estilo casi todos. Las mujeres, su vestidito raído, todo parchado una vez y parchado otra vez. Hasta las carnes andaban enseñando, pero así andaban vestidas. Cada que entraba una, se tapaba con su rebocito o con cualquier trapo que se echaban a la cabeza. En un momento dado llegaban, se enteraban de cómo había sucedido la muerte de mi tía Guadalupe; ya se persignaban, rezaban un Padre Nuestro, un Ave María y se salían. A la hora de salir: —Hombre, mire, no tengo más, pero tenga. —Y mucha de esa pobre gente me dio que el quinto, que el veinte, que el tostón, que los 15, los 35 centavos. Eran centavitos que se quitaban ellos de un trago de aguardiente de la boca por dejárselos a aquella viejita que una noche les dio albergue en su casa. Y todas esas cosas me laceraban el alma, porque yo vi ahí la sinceridad de la gente. Ahí no hubo hipocresía ni hubo lágrimas de cocodrilo.

Me tocó el penoso deber de avisarle a mi papá lo que había pasado. Le hablé por teléfono y le dije:

—Fíjate, papá. Pues estoy un poco confundido —digo—, pero mi tía falleció.

—¡Ay, qué caray! —dice—. Y yo también, como estoy tan atrasado… —Y empezó a sacarme sus problemas. Ya no vi la posibilidad de decirle a mi papá "préstame o dame", ya me había dicho que estaba urgido de dinero. "Bueno —pensé—, ya ni modo." Antes de colgar me dijo:

—Yo voy para allá en la tarde. A ver qué pasa.

—Está bien, papá. —Yo dudé que fuera. Y pues no recuerdo que haya ido mi papá a la casa de mi tía.

Cuando regresé, allí estaba el calavera Gaspar.

—Oiga, Gaspar, ¿ya comió usted? —le pregunté.

—No, Beto, yo en realidad ni hambre tengo. Yo lo que más quería era mi viejita —dice—. Ya se fue mi madrecita linda —dice—. Aunque aquí la gente dice que yo me la acabé. Pero a ver, ¿quién más que usted se dio cuenta? —dice—. ¿Yo, cuándo? Nunca le pegué a mi viejita. Allí está ella que diga, cuándo, a ver… —Y esas palabras quizá las sentí sinceras, ¿no?, que por un momento sentí simpatía por él. Después le digo: —Mire, Gaspar, tenga. Cómpreme unos cigarros, porque ya se me están acabando, y cómprese usted los suyos. —Y le di un peso.

Yo no había comido en todo el día y mientras lo esperaba, fui a la tienda a comprar pan y un poco de queso y ya me hice una torta. Me la estaba yo comiendo cuando me fue Matilde:

—Oye, *Negro,* que te vayas allá a la casa a tomar café.

—Sinceramente, yo no tengo hambre —le digo—, ahí dales a los señores. Dales su cafecito con piquete, aunque yo creo que muchos van a querer el puro piquete y nada de café, pero en fin, hasta donde alcance.

En lugar de ir a comprar cigarros, Gaspar fue y se compró un buen fajo de vino-alcohol y zas, se lo zumbó. Bueno, ya volvió medio cerezo. Vio a la gente rezando y haciendo guardia ahí en el féretro de mi tía y él comenzó: —Bueno, ya rezaron, ¿no? Vámonos pa' fuera ya. ¿Qué cosa quieren aquí? Total. —Y todos guardaban silencio.

—Hombre, Gaspar, por favor, cálmese tantito. Siquiera porque está aquí el cadáver de mi tía.

—Sí, sí, señor Roberto, lo que usté diga. —Ya se calmaba tantito, y después volvía a la misma—: Vamos ya para fuera. Vámonos a la chingada de aquí. ¿Qué quieren aquí? Total, cuando ella estuvo viva, nadie me vino a visitar y ahora sí todo el mundo aquí, a chillar, ¿no? Cabrones hipócritas. ¡Vámonos a la chingada! —les decía a todos.

Y más de alguno: —Hombre, Roberto, mire a Gaspar.

—Aguántenlo, sopórtenlo —les dije—. Pues él también como quiera que sea ha de haber sentido la muerte de mi tía; aunque no tanto como yo. Además está tomado. —Pero éste volvía a las andadas y después la agarró conmigo:

—Aquí nadie manda en esta casa más que yo —dijo—, porque aquí es mi casa. Mi viejita me dejó esta casa para mí.

—Bueno, está bien, Gaspar, es para usted. Aunque en realidad usted aquí, una vez que sepulte yo a mi tía, de la manera más atenta yo le digo a usted que agarre sus cosas

y su camino, porque usted aquí no tiene absolutamente nada. Ésta no ha sido su casa, ni es ni será.

—Ya veremos quién es el que manda aquí. Mi reinita recién muerta y todo el mundo está afilando tamañas uñotas. Están como buitres, nomás esperando que acabe todo para agarrar sus cosas.

—¿Cuáles tamañas uñotas?, ¿a quién se refiere, Gaspar?

—Pos a todos ustedes, hasta usted.

—Sus cosas de ella puedo pelearlas, mas no lo voy a hacer porque para mí eso no tiene ningún valor. Lo único que podía pelear es mi tía, que es como si fuera mi madre, y ahí está mi madre tendida.

"No, que quién sabe qué", me dijo.

—Bueno, Gaspar, pues ya cálmese por favor. Lo que va a hacer es enojarme y le voy a dar a usted un golpe.

—Ándele pues, aquí está mi pecho —y se abrió la camisa—. Aquí está mi pecho, denle en la madre si quieren. Y total, yo soy un pendejo y todos contra mí y yo contra quién.

—Mire —le dije—. Está usted ofendiendo el cadáver de mi tía y le está faltando al respeto. Y ahora que lo dice, de mí depende que se quede usted aquí.

—¡No'mbre! Pos bastante me he fregado y mi viejita me dejó esta casa pa' que ora vengan con manos poderosas a querer sacarme. Nomás que eso no va a estar fácil, ora verá.

—Está bien, Gaspar, veremos todo lo que usted quiera. —Lo agarré de la ropa y lo saqué para el patio. Lo recargué contra la barda y se sentó donde no lo perdía de vista. Ya estaba yo harto de él.

Yo me aguanté por respeto a mi tía y porque sinceramente, cosa rara en mi vida: aunque Gaspar me estaba insultando en una forma miserable, no sentí coraje contra él ni contra nadie. Mi pena era más grande que los insultos que me estuvo haciendo. En ese momento lo que más me apuraba era darle cristiana sepultura a la última de la familia de mi mamá. Y así siguió pasando la noche. Yo nomás viendo la hilera de personas que entraban y salían por la puerta. Me sentí satisfecho con que mi tía tuviera sus dolientes, sus ceras y sus flores.

MANUEL

LA GRAN hoguera que iluminaba el patio frente a la casa de mi tía no protegía mucho que digamos del frío y el viento cortante que sentía toda la gente allí reunida. Recargados en la pared de tablas y lámina estaba Yolanda, la hija de Julia, sentada con sus dos chiquillos a su lado, empeñada en cobijarlos con el chal roto de color rojo con que ella se cubría. Sus zapatos ya traían la parte de atrás vencida, como chanclas. Los chamaquitos igual de rotos: sus ropas como las de ella. Un tipo en camisa, negra de mugre, permanecía frente a la hoguera con la cabeza en medio de las rodillas y las manos colgando a los lados. Más que reposar, parecía doblegarse ante la triste realidad de su miserable vida. Mi hermano Roberto, aun no queriéndolo, destacaba bastante por su indumentaria al lado de todos. Estaba sentado en la orilla de una banca de tablas pintadas de congo amarillo con dos señores que yo no conocía. Cerca de allí, sentados en el suelo sobre unas hojas de papel y juntándose uno a otro lo más que podían para capear aquel condenado vientecillo helado que se dejaba sentir, estaban cuatro hombres. Vestían ropa bastante usada y sucia. Los cuatro estaban tomados. Gaspar estaba parado en la entrada. Nomás se hacía para allá y para acá, queriendo conservarse vertical. Se hizo a un lado para que yo pasara.

Adentro de la angosta pieza estaba el humilde cajón abierto donde metieron a mi tía. Era un vil cajón forrado con una manta gris de la más corriente posible. Sobre una almohada pequeña de manta blanca muy rala rellena de serrín, y bajo la luz amarillenta y triste del pequeño foco que pendía arriba, el rostro arrugado de mi tía parecía enfermo de uso y de abandono, y enfermo también como de hastío. ¡Pobrecita viejecita! Sus ojos estaban ligeramente entreabiertos, y al mirar su boca desdentada, sólo un hoyo negro se veía. Parecía como si ella se estuviese mofando de nosotros. Se podían contar las venas en su frente amarilla-verde, y en su pómulo izquierdo se notaba el golpazo que se dio al desplomarse.

Había un ramo de azucenas y cuatro cirios, uno en cada esquina del cajón. Las mustias lucecitas se hacían a un lado y otro, como que no querían alumbrar. Al lado de cada cirio había un hombre, los cuatro pobremente vestidos, con rostros graves y los brazos cruzados. Era la guardia de honor de mi tía; el último homenaje que le rendían sus humildes amistades. Parecían como personajes de la corte de los milagros.

Unas señoras estaban sentadas en el quicio de la cocina. Algunas dormitaban y otras platicaban en voz baja. Laura, que ya me olía a chínguere, me dijo:

—Ay, señor Manuel, qué bueno que llegó. Nomás viera qué majadero ha estado este Gaspar. Ya se me hacía que su hermano no lo aguantaba.

Gaspar estaba oyendo aquello desde afuera. Nada más meneó la cabeza. No dije nada. Me acerqué a mi hermano y le pregunté:

—Oye, mano, ¿qué el chango ése se puso pesado?

—Sí, mano. Pero es que ya está pasado de alcohol. Déjalo. No sabe ni lo que habla.

—¿Pero qué te decía?

—No, que "ya ora sí me quedé sin nada. Si son unos mal agradecidos. Después de que me costó 400 pesos ni eso agradecen. Tanto que me he fregado". "¿Le costó qué? —le dije—. Mire, mejor cállese la boca." Y que lo agarro y lo saco para el patio.

—Hiciste bien, mano. Mira nada más qué cabrón. Qué, ¡nomás porque hizo el trato del sepelio ya lo pagó! Fíjate.

Gaspar estaba frente a nosotros, tambaleándose para no caerse.

—¿Gusta café, joven Manuel? —Laura me tendía un jarrito desdentado.

—No, Laurita, muchas gracias. Acabo de comer.

Ella se fue, siguiendo la hilera de personas, ofreciéndoles café. Uno de los cuatro que estaban sentados en el suelo se paró con trabajos. De la bolsa trasera de su overol sacó una botella y dijo:

—Órale, mis cuates. Aunque aquí no hay, yo sí traigo alcohol pa' los amigos.

—¿No compraste aguardiente, mano? —le dije a Roberto casi al oído.

—Sí, mano, pero ya se acabó todo.

—Bueno, pues encarga una botella aunque sea de tequila para que les convides a esos pobres cuates. Ya ves que ya están echando de habladas.

—Sí, si ya voy, mano. ¿Ves a ese güey que habló? Es muy picudo.

Yo me fijé en el par de fichitas que acababan de llegar. El grande era raterote declarado: —Sí, mano. Parece chango con chicas barbas que trae —le dije.

—Bueno, pues ése, dentro de la peni vive mejor que afuera. Allá muy limpiecito, sus zapatos muy boleados diario y un resto de feria en la bolsa.

Y mientras, aquél le decía a su compañero: —No, ñeros. Aquí como me ven… Diles tú, Rodrigo, quién soy. Diles tú.

—No, mano, si yo sé quién eres, pero no pa' humillar a los cuates —dijo el tal Rodrigo.

—No, qué humillar ni que nada. Nomás quiero que sepan quién es su amigo. Porque yo chingo a mi madre si no prefiero convidar 100 pesos a mis amigos que comérmelos. Me gusta ser parejo, como deben ser los hombres.

—Sssht —lo callaron los otros, con ademanes y con los ojos, recordándole que allí estaba mi tía tendida.

Gaspar oyó el mitote y caminando con dificultad, llegó hasta él y tomándolo por la solapa, le dice:

—Oye, te hablan ai afuera, vamos.

—¡Qué trais, qué trais! Nomás no me jales. Nomás no me jales porque vas a valer punto menos.

—A mí no me espantas, güey. ¡Qué punto menos ni qué nada! Vamos pa' fuera, vamos.

—Déjalo, Gaspar —terció mi hermano, y agarrándole la mano lo hizo que lo soltara —. Y usted, señor, a ver si ya se calla la boca si me hace favor. No está usted en una cantina. Se calla o lo saco.

Se calló la boca el tipo y fue a sentarse otra vez en el suelo. Mi hermano se vino a sentar junto a mí. Pero el tipo no se sentó; se agarró tirando golpes a un enemigo imaginario. Entre brinco y brinco decía: —¿Cuál queres, ésta o ésta? —y tiraba las manos, derecha y opercots, y así estuvo un rato. Paró la danza y dijo: —Verdá de Diosito Sagrado que ya estoy cansado de comer virote —así le llaman al pan que dan en la prisión—, si no, qué me duraba. Entonces le hubiera dicho "¿ésta o ésta?" —Hizo señas con tres dedos de la mano, como si fuera cuchillo y lo estuviera ensartando a alguien. Entonces sí, al ver que sus amigos no habían perdido un movimiento de los suyos, muy satisfecho se sentó diciendo: —Tú me conoces, Rodrigo, tú sabes quién soy. —Mi hermano y yo nos miramos y nos alcanzamos a soneír.

Iban llegando más borrachitos y borrachitos al velorio. Todos pasaban a ver el cadáver e invariablemente todos sacaban de entre sus pobres ropas unos cuantos centavos, quien un peso o dos —o lo poco que podían— y los depositaban en el plato de barro que había sobre la caja gris de mi tía. Era su contribución al sepelio. Y todos la daban de corazón.

Un señor empezó a rezar con voz alta, elevada, pero más bien como quien pregona una mercancía. Aquel hombre diciendo: "Torre de maril, perdónala, Señor", y todos contestaban: "Torre de marfil, perdónala, Señor". Digo, eso es dentro del rezo para los difuntos, ¿verdad?, que se está pidiendo a la Torre de David… Pero yo no sé por qué a una torre de marfil se le tiene que pedir que perdone al difunto, ¿verdad? Pero no era el hecho del rezo, sino la forma en que lo decía aquél, como el tipo que anda gritando: "¡Hay merengues!, ¡hay merengues!"

Durante el rezo, Rodrigo y su amigo, el ratero, se fueron y regresaron como a los 45 minutos cargados de vigas y cachos de llantas viejas que se robaron quién sabe de dónde para seguir alimentando la hoguera para aguantar hasta amanecer. Un humo negro negro, como trenzas de mujer, se elevaba al cielo y se esparcía en la noche. Poco a poco iba tiznando la cara de los que estaban sentados cerca. Hasta la banca en la que estaba yo sentado me llegaba un suave calorcito a las rodillas. En eso cambió el viento y el tipo de la cabeza entre las rodillas se hizo para atrás rápidamente, para que no se le quemaran los cabellos. Hasta entonces le vi la cara: era un muchacho que por apodo le dicen *el Chato.* Al tratar de sonreír se le arrugó la cara que parecía como si se la hubiera tiznado a propósito, luego de pasarse los dedos mojados.

—Uuuy, y ustedes qué dijeron: "ya se quemó *el Chato,* ¿no? Pos no señor; estoy pedo, pero no muerto.

Nos sonreímos todos. En eso se paró uno que le dicen *Cara Sucia* a echar unos palos a la lumbre. Zas, que llega y que los avienta así nomás. Pues que se para el tipo que iba a salir de dificultad con Gaspar y que le dice: —Órale, no sea güey. ¿No ve que así se va a 'hogar la lumbre?

—Qué se va a 'hogar ni que se va a 'hogar. A poco me cree tan maje. Cansado,

señor… cansado de prender lumbres. ¿A poco usté me va a enseñar?

—Pos prendería la lumbre en el brasero de su casa, porque de ésta no sabe. Verdá de Dios que no sabe.

—Bueno, qué, ¿es bronca o qué?

—Pos como quiera. ¿A poco cree que le tengo miedo? Si entre más grandotes más pendejos… Ya vas.

El otro tipo se puso en guardia y empezó a danzar nuevamente.

—Hmm. Está loco este güey —dijo *Cara Sucia,* que se fue a sentar, diciendo—: Bah, ora sí que me jodí. Por andar de acomedido quedé como el cuetero.

Y aquél seguía brincando solo: —Órale, no le saque. Éntrele, güey. —Sacaba el pecho y jalaba fuertemente los puños hacia sí, pero ya lo volvieron a apaciguar sus amigos.

—Caray, joven. Ahora ya no hay respeto ni por los cadáveres, ¿verdad?

Voltié para ver quién me habló. Era un señor ya grande que estuvo arrimado con mi tía. Le contesté:

—Sí, señor. Mire nada más, ya ni la friegan algunas gentes.

—Sí, hombre. Como ese cuate: nomás dígame, a ver. Si por eso a nosotros los mexicanos nos falta mucha educación. —Se quedó pensando el señor un rato largo y luego siguió su conversación conmigo—: Caray, lo que es la vida, ¿verdá, joven? Fíjese usté, ahora en la mañana que me iba a trabajar… Soy bolero, ¿sabe usté?… Eran como las siete y media y yo creo que su tía de usté ya estaba hacía mucho despierta. Me dijo: "Ya te vi tus pañuelos cómo los trais de sucios. Déjamelos pa' lavártelos". Entonces le dije: "Ay, Lupe. Si sólo Dios sabe con qué trabajos te paras y todavía quieres lavar, mujer. Quédate acostada. ¡Qué lavar ni qué nada!" "Ay, tú. Mira nada más —dice—, ¡qué trabajo lavar un pañuelo¡ No, no, déjamelos, ándale. Nomás que caliente un poquito el sol y me paro a lavártelos. Ándale, no te hagas del rogar." "¿Deveras te sientes bien, Lupe?" "Pos no bien bien, tú; pero sí que puedo lavar aunque sea tantito. A más, me da pena que tú me des los dos pesos diarios y por nada." "¿Cómo por nada? Si tú fuiste la que me hiciste el favor de dejarme quedar aquí en un rinconcito de tu casa. No, no; de eso ni hablar, pero si quieres te los dejo nomás por que no digas. No te hago un desaigre." No, yo no veía bien a su tía, pero nunca pensé que cuando regresara ya estuviera tendida. Sentí rete feo. Y fíjese usté, parece que el corazón adivina. Ahoy no sé por qué me andaba por llegar temprano. No, no estaba yo tranquilo, vaya. Y ya ve usté… En paz descanse. A veces pienso que es mejor que Dios la haiga recogido sin sufrir mucho. El que más la va a extrañar es Gaspar, ¡cómo no! ¿A dónde se va a encontrar otra Lupe que todo le andaba guardando? Que todo le aguantaba y que hasta le tenía casa puesta. ¿Dónde se la hallará?

Conforme hablaba, en la voz del hombre se notaba el coraje. Prosiguió: —Onde que fíjese usté: de que la trai uno chueca, la trai, verdá de Dios. Fíjese que ora en la mañana llego a la banqueta, ¿no?, y me pongo manos a la obra. Pa' pronto: grasa, joven; grasa, señor… Cuando estaba yo boliando al primer cliente, que va llegando un güey, quesque el delegado del sindicato de boleros, ¡y ya me quería quitar mi cajón de bolear! "No, no,

mano. ¿Por qué me vas a quitar el derecho de ganarme el pan?", le dije. "Es que necesitas credencial de la Unión. ¿La traes? A ver tus papeles." "¿Cuáles papeles?, si cuando yo nací no se usaba ni el registro." "Tus papeles de la Unión de Aseadores de Calzado, no te hagas güey." "No, tampoco sin insultar, ¿eh?, porque entonces yo te puedo decir de alguien de tu familia." "No te hagas el chistoso. A ver tu permiso." "¿Permiso? Permiso sólo a Dios le pido; nunca se lo he pedido a cabrones." Total, que ya nos íbamos a dar en toda la torre, nomás que a la hora de la hora se me rajó el güey ése. Pero yo sí dije: "Él que se me viene y yo que le vuelo el cajón por toda la maceta". No, si es una lata ahoy en día trabajar aquí en México, oiga usted. Si ya no le dan chance de vivir al pobre. Ora se estila que pagos pa' acá, que cuotas pa' allá, y total, que ya no halla uno pa' dónde correr. Todos, desde el policía de crucero hasta los más altos del gobierno son una bola de sinvergüenzas que abusan del pueblo. Sale usté a vender a la calle… llegó la camioneta y ¡zas!: le quitan su mercancía. Y si se mete usté de bolero, mire usté: 10 pesos por una licencia de una semana. Así es de que dígame usté si es de justicia, joven Manuel. ¿Tanto fregarme pa' ir a darles mis 10 pesos? Por eso no pude echar más en el platito de la cooperación para su pobre tía. Traiba yo cinco, puse tres y me quedan dos. Pero ai Dios dirá mañana. ¿No cree usté?

—Pues sí, don Jacinto.

Dieron como las 11 de la noche y el tipo que rezaba como vendedor ambulante comenzó otra vez. Pidió una cera bendita. Se la trajeron y la encendió, se sacó el rosario del cuello y empezó a gritar "Ave María Purísima", y se oyó el murmullo de voces, todos a una al contestar, "sin pecado concebida". Y rezó el rosario entero con su voz gritona.

Y Gaspar, que estaba parado a un lado de la puerta, empezó a moverse nerviosamente y dijo en voz que alcanzaron a oír varios: —Oh, ¡qué bien joden! Otra vez y otra vez rezar y rezar. Qué chinga. —Pero bajó la vista cuando notó que varios lo observábamos con cara de pocos amigos. Duró mucho tiempo el rosario. A mí se me hizo muy largo, no sé. Pero los que estaban de rodillas me imagino que ya no aguantaban. Cuando el señor terminó de rezar, se despidió, poniéndose a las órdenes de todos nosotros. —Ahoy por ella, mañana por mí —dijo, y se fue a dormir a su casa.

—¡Qué lindo rosario, señor Manuel! —Y los ojos de Laura se iluminaban de satisfacción, y mientras se agachaba a sacar cafecito de la olla que estaba sobre el brasero, decía—: Éste sí fue rosario, no como el que nosotros rezamos ai nomás a la buena de Dios. Yo creo que hasta a Lupita le gustó si Dios le dio licencia de oírlo. ¿Otro cafecito, señor Manuel?

—No, Laurita, muchas gracias. Yo no tengo frío.

Echó un buen chorro de tequila a su jarro la buena señora y se fue a sentar muy en paz. Luego que mi hermano trajo la botella, casi todos querían cafecito.

¡Qué velorio! Ese velorio fue algo en sí por la calidad de personas presentes. Es triste decirlo, pero la mayoría de ellos eran alcohólicos. Muchos, no digo que no, fueron por su dolor; el cariño que le profesaban a mi tía era sincero, pero más que eso yo creo que a la mayoría los impulsaba la necesidad. Son una clase de gente que todavía se encuentra, gente muy especial que viven en la ciudad en una forma muy difícil de describir. No

quiero que se tomen como palabras de político, pero pertenecen a un México que está muriendo.

Me empezaron a ganar los nervios y le dije a Roberto: —Oyes, mano. Yo creo que me voy.

—Sí, vete a dormir, al fin aquí me quedo yo. —Me quedé un momento indeciso—. Vete, mano —me dijo—, para que mañana te pares temprano a vender las figuritas, porque va a hacer falta lana.

Llamé a mi mujer, que estaba con las señoras, y dijimos "buenas noches" a todos en voz alta. Ni María ni yo hablamos de regreso a casa. Nos preocupábamos de caminar aprisa para llegar pronto porque el frío que se sentía era insoportable. Llegamos a Bella Vista y allá a las quinientas nos abrió la portera. No dejamos de temblar hasta que nos quedamos dormidos.

Bueno, pues al día siguiente, domingo, a las ocho treinta ya estaba en la plaza. Llevaba 100 siluetas en una cajita de cartón y con las ansias del alma quería que se acabaran de vender pronto. Poco a poco se fue animando el mercado, llenándose de gritos y de gente, y yo seguía con mi pregón a voz en cuello: —Siluetas, señor, a peso sus siluetas. No pague tres en el centro, ¡aquí se las doy a peso! Para la sala, para la cocina, para el comedor, a peso hasta que se acaben. Lleve usted el regalito a la novia, a su mamá, a su esposa. Valen tres en el centro, yo se las doy a peso.

Y poco a poco la cajita de cartón se iba quedando vacía. Al filo de la una me fui a desayunar con una señora que vende caldo de pollo. Un plato de a tres pesos con cuatro sopes de a 30 cada uno y una Pepsi-Cola. Iba yo rumbo a la casa de mi tía cuando me encontré a Pancho y a Matilde, que me andaban buscando.

—Mire, señor Manuel. Ya juntamos más dinerito entre sus compañeros de Pancho; pero hemos pensado que usté tiene aquí muchos amigos… ¿Cómo no junta algo usté también?

Y zas, que me dejan una caja vacía, de esas de zapatos, y el certificado de defunción. Y pues no hubo más remedio que entrarle al toro.

—Oye, *Chaparro,* ¿no quieres darme una mano con la sepultura de mi tía? —Sí, manito, cómo no. A ver, éntrenle aquí con mi compadre. Se le murió una tía y la va a enterrar.

Todos metían la mano al cajón de la venta y de peso en peso alcancé a juntar un montoncito. Me dio pena francamente. Y no les pedí a muchos, si no, hubiese juntado más. Me fui al fin a la casa y le entregué a Roberto como 100 pesos.

—Quihubo, mano, ¿ya se ajustó la lana?

—No, fíjate. Todavía no porque he tenido que agarrar para flores, para esto y para lo otro…

—¡Ya! ¿Pues en qué has gastado tanto? —Cuando me di cuenta ya había mostrado mi incredulidad y mi hermano como que se chispeó, pero me dijo:

—Bueno, es que de los centavos que conseguí, saqué algunas cosas del empeño que casi se perdían.

—Ah, con razón. Hiciste bien. Bueno, no le hace. Aquí traigo yo más centavitos. ¿A qué horas vienen por ella?

—No, fíjate que teníamos que haber liquidado a las 12 a más tardar. Y pues como no se pudo, ahora será hasta mañana que la entierren.

Así que tuvimos que velar a mi tía también la noche del domingo.

En la cara de dos o tres señoras que no se habían separado ni un rato de allí se leía el cansancio. Ya no hubo casi nadie acompañándonos. Hasta la hoguera era más chica. Sólo mi cuate *Cara Sucia* parecía haber echado raíz en ese lugarcito, aunque ahora sí de plano echado en el vil suelo, cobijado únicamente por la noche.

La segunda velada fue más o menos una réplica de la noche anterior. Seguían las quejas contra Gaspar de las señoras que vivieron en la casa de mi tía.

—Nomás figúrese —decía *Chita*—, a mí una noche me andaba queriendo pegar también porque no quise darle uno cincuenta que me había ganado lavando una camisa. De no haber sido por la difuntita, me pega, y como se metió a defenderme, ¡pos le pegó a ella! "Vieja jija de la quién sabe qué", le decía, y ella nomás le contestaba: "Ay, sí, como tú eres un muchachito con la leche en los labios". Luego me decía: "Ay, *Chita,* este hombre me va a matar. Me va a matar de un coraje un día de éstos". Gaspar me echó pa' afuera. Y yo llorando ahí en la puerta del zaguán y mis muchachitos tiemble y tiemble de frío. Nomás fíjese usté. Onde que ese día, pa' acabarla de fregar no les había podido dar de comer. Nomás en la nochecita cuando llegué del trabajo, pos que pongo un cafecito negro y que se los doy con un bolillo con frijoles, y eso fue todo lo que les bailaba en la pancita. El uno cincuenta que yo traía lo quería para el desayuno, por eso no quise dárselo a Gaspar. Y si no, de todos modos no le hubiera dado nada. ¡Pos qué! Gracias a Dios que a esas horas de la noche fue pasando un señor y que me ve ahí parada, llorando: "¿Qué le pasa?" "Nada, señor, es que me acaban de correr con todo y mis niños y no tengo a dónde ir." "No sea tonta. Véngase conmigo, al fin yo vivo solo." Y pos, ¿qué hacía? Pos en el nombre sea de Dios, y que me voy con él.

Mientras, una hermana de mi tío Ignacio le estaba diciendo a mi esposa: —No, deveras que quién sabe dónde tiene uno la cabeza a veces: a ver, Lupe: después de vieja, viruelas. ¿Quesque enredarse con un tipo como éste? Bien podía ser su hijo… Y luego, soportarle golpes y hambreadas… cuando que mi difunto hermano Ignacio siempre la tuvo tan bien.

Al filo de las nueve de la noche, Roberto se fue a dormir a mi cuarto en Bella Vista. Agarré el abrigo que me ofreció y se salió. Pasaron las horas, monótonas, silenciosas. Las cinco o seis gentes que había ya no platicaban nada, todos dormitaban. De repente se oyó un golpe seco contra el piso en el interior. Corro yo y corre otro señor y pues nada, que Gaspar, al tratar de acostarse sobre cuatro sillas que había junto a la caja, se fue de cabeza contra el piso a causa de la borrachera que traía y por poco tumba la caja con todo y cadáver. Se abrió la cabeza, tiró un candelero sobre la caja de mi tía y la vela por allá fue a dar. Al ayudarlo a levantarse, ya le estaba yo diciendo: —Hombre, Gaspar, tenga cuidado. Mire nomás, ya se descalabró. A ver, Laurita, por favor. Traje una botella de alcohol. Búsquela para echarle en la herida a este hombre.

Encontró la botella, pero estaba bien seca. Laura me hizo el ademán de que Gaspar se lo había echado entre pecho y espalda. Ni modo, así que le lavé su herida con un poco de tequila. Luego él mismo amontonó las sillas, tendió unos trapos en el suelo y se echó a dormir, no sin antes darle un beso de buenas noches al ataúd.

En la otra vecindad se oía fuertemente el *Florida Twist.* Estaban de fiesta y el baile se animaba. —¿Qué le parece, Manuelito? Uno aquí con su dolor y aquellos allá con su placer, como si nada.

—Pues sí, Laurita, ni modo.

Dieron las 10, las 11, las 12. Aquí en la vecindad se habían ido apagando una por una las luces de las viviendas. Nada más en el fondo alumbraba un foco, que era la casa de Ana, la portera, donde se hacía y se vendía el chinchol. Entró un papelero. Sucio, muy sucio, cargando un gran costal al hombro. Se deslizó recto hacia el cuarto de Ana y salió al cabo de un rato, con una botella en la mano. Al salir se percató que allí había un cadáver. Se cambió la botella a la mano con que sostenía el costal y alzando la cara al cielo se persignó. Luego salió a la calle a enfrentarse con su destino: juntar papeles y beber alcohol.

Al rato entró otro par de sujetos rumbo a la casa de Ana. Se dieron cuenta al entrar de que allí había velorio y se descubrieron de los sombreros de palma, se persignaron y siguieron su camino. Al ir pasando enfrente de mí cuando salían con su alcohol, alcancé a oír a uno de ellos, diciendo: "No manito, no es como tú dices. Mira… la vida y la muerte son comadres, buenas comadres, verdá de Dios. Nomás que la vida es la comadre rica y poderosa. Y cuando ya no quiere algo o alguien, se lo regala a su comadre la pobrecita, a la comadrita jodida y muerta de hambre para que se lo lleve pa' su casa… y entonces…" Y así se fue alejando la voz y el amigo con que hablaba.

Ni duda cabe que mi pueblo es ingenioso, pensé luego que salieron aquellos amigos.

Los ojos se me fueron cerrando al filo de las dos o tres de la mañana. Sentía como si el peso de la noche y del silencio que reinaba aplastara mis hombros y mi cabeza contra la banca donde estaba sentado. Como a la hora después me fui con mi mujer a casa y desperté a mi hermano.

—Qué bueno que me hablaste —dijo cuando supo la hora que era—. A las cinco llega Consuelo y tengo que ir a esperarla.

—Qué, ¿va a venir Consuelo?

—Sí, ¿qué no sabías?

—No, no sabía nada. Bueno, ándale, vete con cuidado. Tápate bien que hace un frío de perros afuera.

Salió mi hermano hacia la terminal de autobuses a esperar a *la Flaca.* Condenada *Flaca,* ¡quesque venir desde Nuevo Laredo! Me preguntaba yo si iba a traer a mis hijos. Desde que se los llevó sin siquiera avisarme no me había escrito para hablarme de ellos ni contarme sus planes. Tampoco me fui a buscarla ni hice nada por recuperar los niños. En primer lugar, cuando me di cuenta de que ella era la que se los había llevado estaba indignadísimo, y María también. —No, esta cabrona lo hace nada más que por chingarme; no por tratarse de ningún beneficio para ellos —le dije—. No, vieja, qué se

me hace que voy a ver cómo hago para fregarla. —Por Dios que hasta ganas me dieron de demandarla. Eso fue en el momento de furor, pero pensé: "No puedo demandarla porque es rapto, y eso son muchos años… Y sea como sea es mi hermana". No podía hacerle nada de eso.

Después me puse a pensar con más calma: "Bueno, ella siempre ha dicho que los quiere, que adora mucho a mis hijos. ¿Por qué? Porque no sabe lo que son hijos. No voy a ir ni le voy a reclamar; la voy a dejar que viva con ellos. De una vez por todas va a quedar curada de la manía protectora que tiene para con mis hijos y también los chamacos quedarán curados de quererse ir con ella. Dos pájaros de una pedrada. Que sienta lo que es sentirlos encima; que no la obedezcan, que le rompan los platos y los muebles, que le descascaren las paredes, que le pidan para esto y para lo otro… Va a venir como loca y me los va a botar aquí". Así que se los dejé para que se curara para siempre. Y quise que ellos pudieran entablar una comparación con el trato que tenían en su propia casa, que sin ser tampoco una joyita era más equitativo y más justo que el que les daba su tía.

La tía Consuelo con ellos era siempre la pequeña reina con sus vasallos. "Hagan esto, hagan lo otro; hagan allá, pa' acá", a cada rato. A mi hijo Alanes lo ponía a hacer el quehacer y hasta a plancharle sus vestidos y la ropa interior. ¿Cómo un chamaco de 12 años lo va a poner a hacer cosas de mujer? Digo, no es malo, ¿no? Pero no le fuera a dar un aire y se me fuera a quedar el chamaco así y después, ¿qué? Cuando era chiquito me daba miedo porque le gustaba jugar con muñecas. Pero el día en que lo agarré ahí de canijo, jugando al doctor con una chamaquita, dije: "No, pues éste nomás lo que tiene son los síntomas, pero al fondo es macho". En ese aspecto no tenía nada en lo absoluto porque le gustan las chamacas. Por eso yo no quería que Consuelo lo fuera a descomponer. Pero estaba yo dispuesto a no decir ni media palabra respecto a los niños. Nomás estaba esperando a que ella se cansara de ellos. El castigo lo llevaba en la sentencia y yo creo que mi medida no estaba desacertada.

CONSUELO

CUANDO dimos vuelta a Panaderos le indiqué al chofer el lugar donde debía parar. Me contestó asombrado: —¿Aquí?

—Sí, aquí —le contesté.

Fue un cuadro que se me quedó grabado para siempre. En esos momentos conocí la verdad de la miseria, que se mostraba limpia y abiertamente a los ojos de todo el mundo. La barda de ladrillos rojos de la vecindad servía de marco a los pordioseros agrupados a los lados del zaguán. Unos parados, con cabezas bajas, llenas de mugre, de pelo y piojos, con barbas como espinas tiesas, confundidas con las patillas. Sus ojos redondos, rojizos, sin movimiento, y sus bocas hinchadas y abiertas tenían expresiones idiotizadas por el alcohol. Encogidos unos y otros, acurrucados entre sí para guardarse del frío. Otros de plano sin zapatos, con costras de mugre cubriéndoles los pies, estaban tirados en la calle, durmiendo sin importarles nada. Después de todo, ¿a quién le importan ellos?

Mientras sacaba el billete de a 10 para pagarle al chofer, se acercó a la ventanilla una de esas caras con nariz ancha, boca desdentada y todas las facciones hinchadas por el alcohol. Cabellos y barba juntos, formando una bola de pelo y mugre: —Jefecito, déme un quinto pa' curármela, ¿no? ¿Quiubo, jefecito?

El chofer guardó silencio y volteó a verme a mí. Le dije con tono despótico: —No le dé nada si no quiere y váyase. —Me molestó que se asombrara. ¿Qué le podían hacer estos pobres? Además, pensé cuando me bajé del coche, son los míos.

Al cruzar el zaguán me llegó el aliento alcohólico de todos los pordioseros. Al fondo de la vecindad, como siempre, se veían las vecinas en el lavadero, unas lavando de rodillas, otras limpiando la jaula del pájaro, otras lavando trastes. Todas me miraron, como si hubieran quedado en suspenso para verme gritar, pero nadie dijo nada ni se atrevió a acercarse. De pronto pensé: "¡Ya se la llevaron! No me esperaron".

A cada paso que daba yo, me daba vueltas la cabeza, pero no debía desmayar, sino seguir adelante. No había nadie afuera de la casa de mi tía excepto uno de sus sobrinos de crianza; nadie más. Qué tristeza tan infinita sentí. Fue como si hubiera llegado a la orilla del desierto y no hubiese encontrado nada.

Atravesé la cocina y me paré en la puerta del cuarto donde mi tía durmió: "Es aquí, mamita, donde vivías tú…" Ahora estaba vacío. Habían sacado el ropero, la cama, todo. Únicamente estaban sus santos; nada más. Su caja estaba montada sobre dos bancos en medio del cuarto. La caja más barata que hubo. Yo pensaba que la caja tenía cristal en la tapa para poder ver la cara de mi tía, pero no. Ardían cuatro cirios rodeando su caja gris,

y abajo de la caja, sobre el piso, había una cruz de cal que significaba, creo yo, el descanso eterno de su alma. Se acostumbra poner una cazuela con vinagre y bastante cebolla picada para evitar el contagio del cáncer, pero yo no la vi.

Quise entrar hasta adentro, pero el humo de los cirios me lo impidió. Me tapé la nariz, tratando de evitar que la cera quemada llegara a mis pulmones, que tanto me dolían. Además no pude olvidar que el cuerpo iba a ajustar 48 horas allí y yo acababa de llegar. Debía cuidarme. El sobrino de mi tía no se movió, hasta que vio que iba a entrar: —No, manita, ven —me dijo—. Te hace daño. Acabas de llegar.

Quedé en el marco de la puerta, sintiendo el inmenso silencio de esas cuatro estrechas paredes sin ventana. Miré los santos que tanto cuidara ella y tal parece que ellos también dormían el sueño eterno. El lugar donde estuviera la cama ahora estaba vacío como mi alma en su soledad. No había más que su caja gris tan inmóvil como el mismo piso y como mi tía en su caja. Sus ojos estaban cerrados para siempre, sus oídos ya no me escuchaban.

Recargada en el marco de la puerta, le hablaba en silencio: "Ahora sí, mamita, descansas en paz. Ya no más hambre, ya no más dolor. Ahora estás en paz. Llegué tarde, pero aquí estoy, reinita".

Iba yo a meterme para acariciar la caja cuando sentí una mano dura, como de palo, en mi brazo y la voz de Catarina que me hablaba: —Vente pa' acá fuera, Consuelo. Te va 'cer daño, hombre, ¿no ves que fue cáncer? Vamos pa' la casa. Allá lloras y gritas si quieres, pero aquí no.

Me di la vuelta y vi a Catarina y a Matilde, su hijastra. Catarina era un poco gorda, bastante roja de su cara debido a que no alcanza bien la respiración porque padece bronquitis crónica. Además de que toma mucho. En la vecindad todos ellos toman. La nariz de Catarina, pues estaba bastante hinchada por el alcohol; le faltaban algunos dientes en la dentadura superior y tenía los ojos redondos y un poco saltones.

Matilde era joven. En realidad no creo que llegara a los 30, aunque se veía vieja para la edad que tenía. Vestía en la forma típica de allá de la vecindad, ¿no?, con vestidos de segunda mano y la falda del vestido coluda, de un lado más larga, de otro más alta, descolorida. Casi como vestía mi tía también. Ese día, Matilde llevaba una blusa negra y una falda negra, y encima un babero largo muy sucio —un terno muy raído, ¿verdad?—. Andaba con unas chanclas que le quedaban grandes: los zapatos que ya no quiso otra persona. Nunca usaba brasiere y siempre que caminaba o salía a la calle a comprar cualquier cosa, metía las manos aquí en el babero y cruzaba los brazos adelante porque el pecho casi se le juntaba con el estómago. Lo que sí es que Matilde era bastante feíta porque tenía la nariz completamente aplastada. Ella decía que había sido un accidente que había sufrido, pero mi tío en una ocasión me dijo que no, que le había pegado su papá y le había sumido aquí la nariz. Mi tío Ignacio era hermano de la mamá de Matilde y la conoció desde chiquita… así que mi tía también era tía de ella.

Entre las dos me jalaron y me sacaron al patio. Estaban muy solícitas para atenderme, pero pensé en cómo habían abandonado a mi tía a la hora en que tanto lo necesitaba y me dio mucho coraje. Le pregunté a Matilde en tono de reproche: —Y mi

hermano Roberto, ¿dónde está?

—Como dijiste que te esperaran, pos fue a la terminal. Ya no ha de tardar.

Guardé silencio y las seguí. Cuando íbamos cruzando el patio de la vecindad yo sentía todo mi cuerpo liviano. Las rodillas se me doblaban y sentía como si mi piel se fuese haciendo delgada, delgada… Los ojos de todo mundo me siguieron por donde iba, pero nadie se movía, nadie. Había una atmósfera rara, pesada en el ambiente. Las rodillas se me doblaban cuando pasamos por los lavaderos, donde la nieta de Julia estaba lavando trastes, ya embarazada la chiquilla de 16 años.

En su casa, Catarina me ofreció su única silla. Su vivienda, la 14, que estaba en el fondo de la vecindad, era como la de mi tía. Un cuartito y una cocinita. Allí vivía Catarina con José, el papá de Matilde, Matilde, Pancho, su actual esposo, sus dos hijos y su abuelita. En el cuarto pequeño dormían en la cama, el señor José, Catarina y una hija de Matilde, la grandecita, que tendría unos 14 años. Entonces a los pies de la cama dormía la abuela, y en el pedacito de la cocina, en el suelo, doblados, dormían Matilde y Pancho. Era tan chiquito que no había lugar para que extendieran las piernas.

Matilde quería salir del cuarto de Catarina por tener su vida aparte con Pancho y "tener un cuarto para revolcarse en la cama", como decía ella. Matilde peliaba mucho con Catarina porque cuando se emborrachaban, pues entonces Catarina, toda su agresividad, todo su coraje lo dejaba suelto y hubo ocasiones en que le pegó, pero Matilde no se dejaba. Y pues siempre, peliando o no peliando, estaba bajo las órdenes de Catarina y se mantenía a su lado. Era una vida tremenda para ella, ¿no?, de perros. Matilde buscaba un cuarto que pudieran rentar, pero no había ninguno a su alcance.

Para mí que Matilde era una buena mujer. A pesar de tanto sufrimiento y privación que tuvo, nunca se deshizo de sus hijos. Nunca se quejó de su suerte y con mucho gusto le ayudaba a Pancho a vender periódicos o a atender el puesto de la calle, junto a la vecindad, donde vendían tragos de té de hojas con piquete. Ella no tuvo escuela y era analfabeta, aunque por medio del periódico parece que se enseñó a comprender alguna letra. Sobre todo, Matilde había sido buena con mi viejita y ahora sentía mucho cariño por ella.

El mal olor de los baños frente a la casa de Catarina llegaba hasta donde estaba yo sentada, pero ¿qué importaba? También mi tía vivió allí. Miré a Matilde, y tratando de contenerme para no reprochar, le pregunté: —¿Por qué no me avisaron antes, Matilde, por qué?

—Bueno —me dijo—, pos es que pasó así de repente. Estaba sola…

"¡Sola!" La palabra me penetró como brasa ardiente. El pequeñísimo consuelo que había tenido, creyendo que ella había muerto en su lecho, rodeada de la gente que ella trató, había sido arrancado de un jirón.

—Yo creo que como que le reventó el hígado porque gomitó mucha sangre —siguió Matilde, con su voz apagada—, y al caer se pegó contra un ladrillo porque se abrió la frente… y allí quedó tirada. Si es que fue de un momento a otro. Pancho se dio cuenta porque le digo: "Ve a ver si mi tía quiere tantito té o su jugo". Porque cuando tenía yo un centavito más, le compraba su jugo. Y fue y la halló tirada enmedio de un charco de

sangre.

Me quedé horrorizada, sentía como si me fuera encajando un puñal en la frente, y ellas seguían sin darse cuenta. Catarina dijo: —Y ai vamos nosotras. Que llego y que la veo. Les digo: "Hay que avisar a la Delegación", pa' que luego no dijeran, ¿verdá?, porque como hubo sangre… Dicen las pinches viejas mis compañeras: "Hay que avisar a la Cruz, hay que avisarles pa' que se la lleven", y que les digo: "Qué avisar a la Cruz ni qué la chingada. De aquí no sacan nada; de aquí sacan pura madre". Le dije a Gaspar que fuera a avisar a la Delegación. Sí, porque como que le dio un ataque, tú. Como que gomitó el hígado porque apestaba re feo.

Quise pararlas, con ganas de gritar o de llorar, pero sólo logré apretar los puños y blasfemar para mis adentros. *¡Cristo!, sí, ¡échale más! Aquí estamos nosotros para aguantar. ¡Por qué, Señor, por qué? ¿Por qué siempre hemos de ser nosotros, los que tenemos nada? ¡Échale más, Señor! Manda todo lo que tú quieras.* Y apretaba los puños y los dientes y sudaba porque veía todo lo impotente que era, sólo otra pobre mexicana que no contaba con nada para casos como éste. Lloraba y sudaba con el dolor de la esencia del mexicano.

Cuando mi boca tuvo fuerza para abrirse, le pregunté: —Matilde, ¿no la curaron en el hospital?

—No. Me dijo Gaspar que le habían pedido 15 pesos y que hasta que no los llevara ya se iba internar.

—Yo cuando tenía les prestaba pa'l camión —dijo Catarina.

—Y yo le daba pa' su juguito —completó Matilde.

Pero sentí que me lo decían en tono de advertencia, así que les contesté: —No se preocupen. Todo lo que les haya pedido mi tía, yo se los pago. Lo de ella yo respondo por ella. Y Roberto, ¿venía a verla siquiera?

—Sí —dijo Catarina—, eso sí, me consta. Y cuando tenía, le traía sus centavitos pa' su gasto.

—Y Manuel, ¿venía a verla?

—Hmm, ya sabes que con ése no se cuenta pa' nada —dijo Matilde—. Anoche ai estuvo. Parece que él también le ayudó a Roberto a pedir pal entierro. Yo también les ayudé. Entre todos juntamos.

—Y mi papá, ¿vino?

—No, no vino.

—¿Qué, no le avisaron?

—Sí, le dijo el señor Roberto, pero no vino.

Me dio mucho coraje y le dije: —Sí, el gran señor Sánchez. El día que él se muera, tampoco voy a venir yo… si es que no me voy yo antes. —Y no lograba contener las lágrimas. Debí haber estado yo ahí con ella. Qué horrible, ¡qué horrible sentir remordimiento!

—Ya, ya no llores, hombre —me decía Catarina—. Bendita ella, que ya está allá con el Señor. Pobre de uno que se queda aquí a sufrir. Ya no llores, si no, te vas a poner mala.

—Catarina, ¿tiene tantito té?, que me duele el estómago.

En vez de té, me sirvieron un vaso grande de leche, que era un lujo en esa vivienda. En esos momentos todos mis escrúpulos rodaron por tierra. Vi el cariño y la comprensión que había entre todos a pesar de su pobrísima vida. ¿Qué hubiera hecho en este caso?

Catarina repetía: —Ay, ya no llores, hombre. Ya dejó de sufrir… Decían unas pinches viejas: "Ay, yo no entro porque me hace daño. Que es cáncer, que quién sabe qué". Y que las mando mucho a la chingada. Que les digo: "Mucho miedo, mucho miedo; si pa' morir nacimos. Si no por el pinche chinchol que nos tiene todas podridas, será porque se nos pudra el alma. Si nos ha de llevar la chingada, que nos lleve de una vez". ¿Pos no crees, tú? ¡Qué se están ai espantando! "Si todas estamos podridas, pa' qué están ai de payasas. A ver, quítense." Que la levanto y que las mando mucho a chingar a su madre. ¿No quieres más leche?

Me causaban simpatía las palabras de Catarina. Ella y Matilde trataban de ser amables conmigo, pero yo ya había tomado bastante leche y dejé el vaso en la mesa.

—Matilde, ¿ya le avisaron a Jaime? —le pregunté.

—No, este… pos yo le iba a hablar, pero luego dijimos que con suerte usté se enojaba si llegaba y lo encontraba aquí. Por eso mejor nos esperamos a que viniera usté.

Pensé en las palabras de mi tía, cómo le decía a Jaime: "Mi negro, mi sobrinito chulo". Y luego me decía: "Cásate con él, *Flaca.* Entonces, el día que me muera, que me acompañe hasta mi última morada".

—Háblale por favor, Matilde. Su teléfono está en una esquina del calendario, en la casa de mi tía.

—Pídele dinero, no seas pendeja —dijo Catarina.

Salió Matilde para llamarlo por teléfono en la tiendita de al lado de la vecindad. Mientras, le pregunté a Catarina por Gaspar. Primero me dijo que a lo mejor había ido por un padre; pero luego me aclaró: —La verdá es que tiene miedo de verse contigo.

Llegó Matilde, sofocada: —Que vaya usté, que le habla…

Salimos juntas a la tienda. Tomé la bocina y volví a oír esa voz que años antes me hacía que me enamorara más y más de él.

—Jaime: te dijeron ya, ¿verdad? Bueno, te hablaba para decirte que el entierro va a ser hoy.

—¿Eres tú, Consuelo? ¿Por qué no me avisaron antes?

—No lo sé, pero si te estoy avisando es porque ella te apreciaba y siempre se acordaba mucho de ti. A ella le hubiera gustado que tú vinieras.

—Bueno —dijo—, voy para allá. Híjole, a ver cómo le hago para que me den permiso.

Colgué la bocina y Matilde pagó. —¿Por qué no le dijo lo del dinero? —me decía, ansiosa.

—Porque él ya sabe que tiene que traer. Vámonos.

Cuando regresamos a la vecindad, Julia me saludó: —Comadre, ya sabes que siento mucho … —Fue la única en la vecindad que se acercó a darme el pésame. Los vecinos habían alejado su amistad a mi tía uno a uno por causa de Gaspar. Todos se habían

peleado con él. En una ocasión, Julia le había pegado con un palo. Nadie lo podía perdonar por haber suplantado el lugar de mi tío Ignacio, quien decía: "Mi mujer es el centro de mi hogar". Se enorgullecía de ser papelero y creía que "el hombre que es hombre trabaja a lo que Dios le da licencia".

Fui a sentarme a la puerta de la casa de mi tía y allí me quedé como roca, recibiendo los rayos del sol. Dejé que el viento volara a su antojo la tierra a la que tanto temía en otras ocasiones, pues yo sé que trae los piojos. ¡Que volara y me ensuciara! En esos momentos deseaba que mi propia alma volara así.

Salí de mi mutismo cuando oí la voz de mi hermano y sentí su mano sobre mi cabeza. —Manita —sollozó, y sus lágrimas cayeron en mis manos. Pero no pude llorar. No contesté, estaba enojada y quería reprochar; quise decirle: "Roberto, ¿por qué no la llevaste al hospital?, ¿no podías haber conseguido cinco méndigos pesos y llevarla en un carro? ¿Qué no pudo Andrea venir a cuidarla en sus últimos días? ¿Recuerdas cuando se alivió Andrea? Mi tía ya tenía los dolores atroces de la maldita enfermedad, ya estaba enferma de cáncer, Roberto, de cáncer. Y sin embargo ai va la viejita, todavía por las mañanas tomaba el camión para ir a tu casa y cuidar a tu mujer. Y por las noches, cansada o no, ai venía la pobrecita a su choza para darle de comer a Gaspar. Sí, ella siempre corría a cuidar a uno y a otro, a todos nos cumplía. ¿Y nosotros a ella? La abandonamos, hermano. ¿Qué clase de gente somos?"

Quise decirle aún más, pero guardé silencio por el temor a iniciar un pleito.

—Ay, hermana, ¿dónde estabas? —me preguntó Roberto cuando dejó de llorar.

—Fue que me vine por otro lado, perdona.

Le pregunté por Manuel. Él me contestó, ya calmado: —Está allá en la casa. Aquí estuvo con nosotros toda la noche. —Se tocó el estómago—: Oye, mana, ¿ya desayunaste? Yo todavía no y ya me duele el estómago.

—No, no tuve tiempo, pero Matilde me dio un poco de leche.

—¿Quieres alguna otra cosa?, para mandártela traer.

—Sí, manda traer lo que sea. —Mi hermano me dio la impresión de respirar descargándose de algo. Como si después de llorar se hubiera quitado algo molesto de encima. Cuando murió mi tío, Roberto dijo "fue mejor así" y me enojé tanto. Me preguntaba yo si había dicho lo mismo de la muerte de mi tía.

Roberto me contó cómo habían juntado para el entierro entre Matilde, Manuel y él. Quedé pensando: "También ella se va a enterrar de limosnas, como mi tío Ignacio… como todos ellos". No había ni una sola familia en la vecindad que pudiera enterrar a su difunto sin pedir limosna. Una familia tuvo el cuerpo allí en el patio por varios días mientras andaban pidiendo caridad. Por casualidad llegamos mi hermano Roberto y yo allí y Marina, que también ya murió, me dijo: "Fíjate que empezó a apestar y nosotros no hemos podido ajustar para enterrarlo". Entonces le dije a Roberto: "Híjole, vente, vámonos", y fuimos a Bella Vista y pedimos nosotros también limosna. Y ahora también, con mi tía…

—¿Te falta dinero? —le pregunté.

—No, bueno, sí. Nada más como 35 pesos que agarré para pasajes de carro. Como

me dijiste que llegabas hoy.

—Bueno —le dije—, ¿y a qué horas se la van a llevar?

—Deben de estar aquí antes de las 12. Ya está todo arreglado. Ya nada más es cosa de llevar los papeles y el certificado médico para que ellos puedan hacer sus trámites. Voy a comer algo y me voy.

Cuando se fue Roberto, Matilde y Catarina vinieron con Gaspar. Lo noté asustado. Quise hablar para decirle que no temiera nada, que no iba a reclamarle por qué la había dejado sola, pero no pude ya; sólo le dije: —Gaspar, se nos fue. —Él bajó la cabeza y rodaron sus lágrimas. Con él no tenía coraje. ¿Él qué pudo haber hecho? Un hombre que no sabe leer ni escribir, que vivía agobiado por el sufrimiento de la falta de alimentación y de todo, que también compartía su chinchol con mi tía, ¿qué iba a hacer, ahora solo? Me acordé de cuando mi viejita se refería a mi tío Ignacio: "Lo único que siento, que si yo muero, ¿qué irá a ser de este pobre hombre? Está solito, como elote en la milpa. Ni quién vea por él". Ahora era Gaspar quien estaba solito. Le tuve compasión. Hmm, ¿no sería que ya mis hermanitos querían echársele encima? Quizá también los vecinos, me imaginaba.

—Gaspar, ¿dónde estaba usted cuando… cuando sucedió?

Todavía espantado me contestó: —¿Yo?, en la plaza, con el papá de ésta —y señaló a Matilde—. Fíjate, Lupita se había levantado temprano a barrer el patio y a ayudarle a doña Ana a vender chinchol y yo la dejé descansando en la cama cuando yo me levanté. Y luego le digo yo: "Ya párate, hombre, ¡caramba! Siquiera pa' que me mires ese botón que me hace falta allá en el saco. Mira nomás cómo se me cayó". "Orita te lo coso", me dijo. Vi que se levantó, se sentó en el banco cuando me fui. Al regresar yo, venía por ahí cuando que me dice Pancho: "Ándale, que ya se murió Lupita". "Te patina", le digo. Yo qué iba a creer.

Empezó a llorar cuando me decía: —Se nos fue, señorita Consuelo, se nos fue… ¿Sabe usté cuánto traía en mi bolsa cuando la encontré tirada en el suelo? Veinte centavos, era todo lo que traía. —Sus sollozos se hacían más fuertes cada vez—. Ay Dios, ni pa' los camiones siquiera… ni pa' un médico, ni pa' nada. Como una hora y media tardé mientras ella aquí. Ai voy hasta la Primera, y ai ando, pos yo sin saber ni ónde, ni quién. Ya le dije al señor ése que está en el mostrador. Me dice, "no, pos ése no es caso de policía". Y ai ando yo, pa' allá y pa' acá, pa' acá y pallá. Pos uno sin saber de esas cosas.

—Gaspar —le dije—, el doctor Santoyo me dijo que iba a dar un pase para que la internaran en el hospital.

—Pos, pero que no le daban cama que porque no había cama vacía, que quién sabe qué. Lo que pasa, señorita Consuelo, que no teníamos dinero… por eso nos tratan así. Si no, hmm, ¡me canso!

Yo observaba cómo le rodaban las lágrimas y cómo se apretaban sus puños con rabia cuando hablaba, como si quisiera triturar su impotencia, pero al mismo tiempo demostrando cuánto es su coraje. Observé el dolor de un hombre que se encontraba impotente ante la maldita pobreza que lo está aniquilando. Creo yo que hombres como

Gaspar siempre salen a darle la cara a cualquier adversidad, soportando con verdadero valor todas las calamidades que pueden sucederles. Sólo en momentos como éstos se rinden y bajan la cabeza. Vi a Gaspar doblegarse ante el peso de su dolor y sentí respeto por él.

Después de un momento, mientras limpiaba las lágrimas de sus mejillas morenas, continuó: —¿De ónde iba yo a agarrar dinero, señorita Consuelo?, ¿pos de ónde? Yo sin trabajo, sin un centavo, sin nada. Es que hay mucha competencia, y ora se ha choteado mi trabajo. ¿No ve que en el centro, donde quiera que va usté, ponen los cajones así, llenos de zapato barato? Me quieren pagar a tostón el par de zapato claveteado, y por eso mejor me estoy aquí con doña Ana, vendiendo alcohol. Ella me paga dos pesos por vender botellitas de vino en la calle, y así es como mi viejita y yo la íbamos pasando, pero ni así… Ya teníamos empeñado todo: la plancha, su vestido; hasta mis herramientas pa' trabajar. Ya no teníamos ni qué. Y luego en el hospital querían que ya los cinco, que ya los 10 pesos. Y ai vamos mi viejita y yo, pasito a pasito… Ya ni podía, pero ai vamos. Cuando le apretaba el dolor, ya nomás se recargaba en la pared y me decía: "Mira, viejo, ya no puedo caminar, ya me duele mucho". Y yo le decía: "Aguántese, o qué, ¿no es usté fuerte? O qué, ¿no' stoy yo aquí? Aguántese, que no le va a pasar nada". Y ai vamos de vuelta, pasito a pasito.

Se quedó callado y yo allí, sentada, perdida en mis pensamientos.

Llegó Prudencia, la ex cuñada de mi tía, con dos de sus nietos. Un poco después llegaron mis pobres primos. Todos me abrazaban. "Consuelo… Ya sabes…" Qué no hubiera yo dado por no escuchar estas palabras. Una de las tantas comadres de mi tía llegó con un ramo de flores y me abrazó: "Ya sabe, Chelo, que estamos con usté en su pena". No contesté. Pensé: "Sí, ahora sí todo el mundo viene a dar el pésame. ¿Por qué no vinieron a verla cuando estaba viva? Ahorita ya qué".

Angélica, la única amiga que había dejado en Bella Vista, llegó vestida de negro. Se sentó junto a mí y me apretó las manos: —Chelo, ya estoy aquí.

—Sí, Angélica, ya sé que en las malas y en las buenas siempre estás tú, mi amiga.

Poco después llegó Jaime. Traté de contener el coraje, rabia que sentí cuando lo vi y callé todos los malos recuerdos que me traía; me hizo sufrir mucho. Al entrar, saludó a todos casi haciendo una caravana. ¡Ah, esa clase media! Gaspar le extendió su mano, pero Jaime la pasó por alto para dirigirse a Angélica, que también se distinguía entre todos por su indumentaria. Yo me había quitado el collar, los aretes, las medias y el abrigo de color. Llevaba mi vestido negro y los lentes oscuros.

Jaime se sorprendió al verme y vino a saludarme. Me tendió la mano: —¿Qué tal, cómo estás?

—Bien, Jaime, gracias por haber venido.

—Estás muy delgada, ¿por qué?

—No sé.

¿Por qué le extrañó? Siempre he sido así. Me sentía incómoda y triste. En realidad, fueron pocas las personas que allí se reunieron; yo esperaba que fuesen mucho más, por lo menos tantas como a las que mi tía les dio techo y comida, pero no, éramos pocos. La

gente de la vecindad se portaba con frialdad. Pasaban y nos veían, pero no nos hablaban. Cada que alguien pasaba frente a la casa de mi tía se tapaba la nariz con un pañuelo rojo para evitar que se le fuera a pasar el cáncer.

En la casa de Lucha, la del 10, había una pelea. Su marido Juan, como siempre, estaba borracho y amenazando a toda la familia. Estaba en la puerta de su vivienda, retando a su hijo de 15 años a pelear con él. Lucha pasaba llorosa frente a la casa de mi tía sin hacer caso de nada. Se enjugaba las lágrimas con las manos y se las secaba en la falda del vestido desde donde insultaba a su marido. Los que andaban por allí nada más miraban o seguían en su asunto como si no pasara nada.

Angélica se acercó a mí: —Chelo, ve con Jaime. Si no, dirá que lo dejas solo. Ya ves, con nadie habla. Ya se quiere ir.

Me dirigí de frente a él, disculpándome: —Ya no debe faltar mucho.

—Me dieron permiso nada más dos horas.

—Jaime, tú sabes que estas cosas se llevan su tiempo. Si te molesté por teléfono es porque ella te apreciaba bien. —Estaba nerviosa y enojada.

Llegó Roberto y me dice: —Ya no han de tardar.

—¿Y arreglaste que quedara con los nuestros?

—No, mana. Eso lleva tiempo. —Me dio coraje, pero Angélica me calmó.

Entonces vi entrando a Manuel y a María. ¡Qué desprecio sentí por ellos! Hasta su modo de andar era cínico. ¿A qué iban?, ¿a qué? A exhibirse para que todos dijeran: "Sí, estuvo aquí, cumplió". Manuel no sentía ni por fracciones el verdadero o superficial dolor. Sus chistes, sus risas… ¡cómo lo aborrecí!

Mi hermano Roberto y otros conocidos hacían guardia ante la caja. Al verlos entrar al fondo del cuarto, pensé: "Qué cobarde soy. Mira a ellos, junto al cadáver, sin temor de nada. Mi hermano está llorando, pobrecito, y está aspirando todo el humo que sale a menos de medio metro de él. Y yo…" Entonces entré hasta donde estaba ella. Los cirios despedían tanta cera quemada que parecía que allí había cortina. Me acerqué y acaricié su caja como si le estuviese tocando los pies a Cristo.

"Mamita, mi reinita, descansa en paz."

Prudencia me jaló hacia afuera. Sumisamente me fui a parar al rincón de la cocina donde dormía *el Chocolate,* el perro que más quiso mi tía, y empecé a rezar. En verdad, yo había temido entrar a la piececita.

A poca distancia se oían las erres y las haches de la señora Lucha, tratando de alejar a su marido que en estado completo de ebriedad las insultaba y las aventaba fuera de la casa, para cerrar la puerta. Las chiquitas estaban llorando y el mayor permanecía cabizbajo, solo en la puerta del zaguán, mientras su mamá y su papá se cruzaban insultos.

Vi a mi hermano Manuel, recargándose en la pared de tablas del nuevo taller de carpintería de la vecindad con una mano atrás. Como siempre, platicando y haciendo chistes, mascando chicle. Tal parecía que estuviese esperando que el caballo al que había apostado entrara en primer lugar. Ni por un momento nervioso; simplemente como espectador en cualquier espectáculo. María, su esposa, se me antojaba una pobre infeliz

que permanecía cerca de su gángster, mirando todo desapercibida, completamente ajena a lo que tenía enfrente.

Me decidí a saludar a Manuel y con su característico buen humor me contestó: —Quihubo, ¿qué dices, tú? ¿Todavía no te mueres?

—Noo, yo hice refrendo.

—Estás muy flaca, tú —y movió la cabeza. Me dio coraje. Mi cuñada me barría con la mirada. "¿De qué se espantan?, siempre he sido delgada."

Di la espalda y me alejé. No los soporté.

Más tarde, en el momento que lo creyó oportuno, Manuel se dirigió a mí. Echándome el brazo al hombro como quien llama a un amigo que antes fue su enemigo, me llevó hasta un tanto aparte del grupo para confiar un secreto.

—¿Sabes qué, mana? Yo no considero que la casa y todas las cosas de mi tía se le queden al fulano éste. Fíjate que le pegaba mucho, que hasta la sangraba. ¿Cómo se le van a quedar a Gaspar todas sus cosas? Se pueden vender algunas y con eso…

Yo sentía que poco a poco se me iba nublando la vista. Mi tía aún no descansaba, aún estaba en su casa y ya quería despojarla de sus misérrimas pertenencias. Qué infeliz. Quise abofetear a Manuel, gritarle cuán ruin y bajo era: —Manuel, aún no sale ella, aún está allí y ya quieres… ¡ah!, ¡qué bárbaro!

Le vi decaer su gesto que era como el de un asiático calculador. Me dijo: —Pero es que no es justo que este fulano se quede aquí. Es un infeliz que no sirve para nada.

—Sí —le grité—, ¡igual que tú, que tampoco sirves para nada! No, me opongo terminantemente a que se haga lo que tú dices.

Mi hermano había escogido un momento que no pudo haber sido peor para meter el odio, su ponzoña en contra del que fue compañero de mi tía. ¿Que le pegaba? Bueno, mi tía lo quería. Era su vida, muy privada. Al igual que en todo matrimonio, ellos también peleaban, y si ella nunca se quejó contra él es porque al menos le tendría cariño, así que, ¿por qué iba yo ahora a tomar venganza? En cualquier forma, le brindó al menos su compañía, cosa que ni nosotros hicimos.

Roberto me llamó aparte para decirme que estaba de acuerdo con Manuel: —Pues yo ya le dije a este fulano que por lo pronto podía quedarse aquí unos días mientras encuentra dónde irse.

—Mira, Roberto, no quiero discutir esto ahora, pero yo creo que ella no hubiese tenido el corazón de echar a Gaspar a la calle. Es un pobre hombre que ya no puede con él mismo, no está preparado para nada. ¿Cómo vamos a echarlo a la calle así, de la noche a la mañana?

—Pero, ¿por qué las cosas de mi tía, que tanto cuidara, se le han de quedar a él? Éste, de todos modos, en poco tiempo va a vender las cosas de ella y no es justo. Además, le pegaba mucho.

—Mira, hermano, tú también eres casado y también te peleas. Bueno, pues así ellos. Yo voy a hacer lo que mi tía hubiese hecho. Sus cosas, ya veremos cómo le hacemos.

—Bueno, pues por eso no quise decidir nada hasta que tú vinieras. Yo pude haberlo hecho ya y decirle al fulano este que se marchara, pero no quise, hasta no saber tu

opinión.

—Muy bien pudiste haberlo hecho y no te discuto tu derecho como hermano mayor. Gracias por haberme esperado. Hiciste muy bien, hermanito. Estoy orgullosa de ti.

—Bueno, yo decía que de quedarse ellos con la casa, mejor que…

—¿Ellos?, ¿quienes ellos?

—Matilde y Pancho. Ya también corrieron a Gaspar y le están pidiendo la casa. Dicen que ya nada más que la llevemos, que ellos van a hablar con el dueño. Por eso yo decía que podía yo traspasarla y ayudarme con unos centavitos haciendo que se les quedara a ellos. Pues si yo podía ayudarme…

Entonces comprendí el porqué de la amabilidad de Catarina y Matilde. —Bueno, vamos a ver. Yo quiero que la casa de mi tía se quede tal y como está. Después nos arreglamos. Mira, hermano, no está bien cómo piensas: tú estás fuerte y puedes trabajar. En comparación con el pobre de Gaspar estás mejor preparado.

Comprendí que Manuel había hablado por la boca de Roberto. Roberto se guía más por el lado sentimental que por el material. Muy cierto, como Manuel me dijo: "Sé práctica, ya de nada sirve ponerse sentimental. Es mejor vender algunas de sus cosas, y de la casa se pueden sacar unos centavos". ¿Pero qué, acaso la voluntad de ella no merecía respeto? ¿No merecía respeto el amor o apego que ella sintió por el fruto de sus esfuerzos?, su ropero, su cama, sus santos, ¿qué acaso esto no merecía respeto? ¿Qué al desaparecer ella, también debía desaparecer absolutamente toda huella que dejó? Yo sé que todo va a desaparecer, pero dejémoslo al tiempo. Él lo hará con menos crueldad, poco a poco.

Jaime me llamó. Por el tono de su voz comprendí que se había dado cuenta de que estaba molesta:

—Ven, vamos a comprar flores.

Le pregunté a Roberto: —¿Me alcanza el tiempo de ir al mercado?

—Sí, nomás no te tardes.

Conforme caminábamos me acordé cómo mucho tiempo atrás íbamos Jaime y yo al mercado y compraba fruta. Yo me encargaba de decir "quiero esto, o quiero lo otro" y lo compraba. Seguramente que él pensó en lo mismo, porque al pasar por donde vendían mandarinas, me dijo que si no quería, y se detuvo a comprar unas que nos fuimos comiendo. Fueron muy pocas palabras las que cruzamos; de lo que más hablamos fue de la familia y los amigos. Fuimos a comprar las flores y regresamos. Le entregué las mandarinas que quedaban a Angélica y entré a dejar las flores al pie de la caja. Ya tenía varios ramos.

Recordé su carita chiquita cuando mi tía arreglaba las flores para el Señor, que durante toda la vida de mi linda, nunca dejó de ofrecérselas en su día. Y le decía: "Aquí están tus flores, papá. Están lindas, ¿verdá? Le traje sus flores a mi papá". Y se santiguaba. Ahora, yo se las ofrecía a ella y le decía lo mismo.

En ese momento llegó el esposo de Lucha, completamente perdido. Tambaleándose, preguntaba: —Qué, ¿hay pleito, hay pleito? —Luego siguió con sus pies de hilacho, echó a las dos niñas para afuera y se encerró en su cuarto. Julia iba al baño con una bandeja

de jabón y zacate en las manos. Se detuvo un momento: —Chelo, mira nomás dónde venimos a encontrarnos. Fíjate nomás, tan apurada que ando; traigo una aflicción muy grande. Guillermo está a punto de perder la televisión y voy a ver cómo le hago pa' conseguir. Bueno, me dispensas por no ir al entierro, pero tengo mucho quehacer. —Y se alejó. Otra de las vecinas pasó con jabón y toalla en la mano. Ya no fue necesario dar una explicación. También para ella era imposible acompañarnos al cementerio.

Catarina y Matilde querían hablar conmigo sobre la casa y las pertenencias de mi tía, pero yo no estaba para discutir esas cosas en ese momento. Salí de allí y me fui a sentar al sol a esperar que llegara la carroza. Recordé algo que mi tío Ignacio una vez dijo: "Al fin que nada nos vamos a llevar. Nada de lo que hay aquí es de nosotros porque todo se queda. Así como venimos, nos vamos: con nada". Qué sabias eran sus palabras.

III. EL ENTIERRO

MANUEL

EL LUNES en la mañana, el día del sepelio, el sol estaba calientito. Cuando llegué a la casa de mi tía ya había allí bastante gente reunida, como 25 o 30. En sus pláticas hablaban puras babosadas. Lo más interesante era que ya estaba allí mi hermana Consuelo con Jaime, el chaparrito, su eterno enamorado.

—Fíjese usted, Manuel —me dijo Matilde—, que su hermana dice que Gaspar se va a quedar ahí en la casa con todo.

—¡Cómo! No, no es posible. Es que quizás ella no sabe cómo trataba Gaspar a mi tía.

En ese momento Consuelo venía y nos quedamos viendo.

—¿Quiúbole tú, cómo estás?

—Hola, mana, ¿cómo has estado? Oyes, te veo mucho más delgada que de costumbre.

—No, estoy igual que siempre.

Le hice la seña de que se hiciera a un lado, a donde pudiéramos hablar a solas. —Oye —le dije—, ¿y es cierto que tú dices que Gaspar se quede con la casa de mi tía? —Traté de abrazarla pero ella hizo a un lado mi brazo.

—Pues sí, ¿por qué?

—Hombre, es que trataba muy mal a la tía Lupe. Yo creo que…

—Nada, nada —me atajó cortante—, son puros chismes. Además yo sé lo que hago. Nadie tiene más derecho que yo a decir lo que se hace o no se hace. El cuarto le corresponde a Gaspar, porque Gaspar fue el último marido de mi tía y mi tía con todo su corazón hubiera querido que se le hubiera quedado a su marido porque lo quería mucho.

—Hombre, Consuelo, mira. Yo acepto lo que tú dices, correcto. Mi tía pudo haber querido eso, pero nuestra pobre tía ya está muerta. Ahora te voy a decir: Gaspar fue un cabrón que le pegó a mi tía, que delante de la gente quería fornicar con mi tía cuando ella estaba enferma de una fístula cancerosa. Le pegó, le mostró pues un trato inhumano. Ahora, ¿por qué vamos a dejar sus cosas en manos de Gaspar? Dime, ¿qué hizo de bueno Gaspar para dejarle recuerdos de nuestra familia a él? La imagen del Niño Dios, que ha estado 80 años en la familia, el cuadro del Divino Rostro, que desde hace 67 años ha sido de mi madre y de mi abuela, ¿dejárselos? Sólo esos valen más de 150 pesos, y por lo menos hay otros 16 cuadros de santos y de vírgenes. Al rato ese borracho los va a vender uno por uno sólo para comprar alcohol. Si es un perdido, es un borracho majadero.

Consuelo me cortó bruscamente otra vez y me dijo:

—Igual que tú, igual que tú. ¿Qué te admiras?

Me dio coraje, pero traté de controlarme: —Mira, con lo que se saque de las cositas esas y con lo que den de traspaso por la casa…

—Ay, yo no quiero traspaso —que quién sabe qué.

—Mira, por favor, permíteme hablar. Te digo que con lo que se saque de las cosas… Hombre, mi tía en su vida no tuvo ninguna distinción, ninguna preferencia. Siquiera de muerta que se le eche encima una lápida de cemento.

—No, señor. Aquí se hacen las cosas como mi tía hubiera querido. —Y al decirme esto, dio media vuelta, dejándome con la palabra en la boca de una manera muy poco educada.

¡Esta cabrona! Pero no era mi tía la que estaba hablando; era ella, ¿verdad? Aún estando presente el cuerpo de mi tía, llegó con su misma porfía, con sus mismos rencores, con su misma cosa de que porque ella sabe taquigrafía y sabe escribir en máquina, tenía más derechos. Siempre, toda su vida ha querido saber más que yo. Yo no quiero que me dé el título de sabio, pero la cosa es que tengo un poco más de vida que ella y creo que puedo ver las cosas más claras y más objetivamente. La verdad es que ella creyó que yo era tan comerciante que aun en esa triste situación yo era capaz de tratar de ganarme algo de esas cositas, que simple y sencillamente no eran más que cositas. Era más el valor sentimental que uno les pudiera dar que el valor material que en realidad tenían. Se lo dije: —Mira, Consuelo, tú vas conmigo al mercado y tú ves en cuánto se venden las cosas. Tú trata lo del traspaso, a ver cuánto te van a dar. —Pero ella no escuchaba. Todo el tiempo llevándome la contraria. Estaba tajante, autoritaria, enérgica.

Fui y me senté en la banca que estaba fuera de la casa de mi tía. El calorcito del sol se sentía reconfortante en la espalda. Algunas personas que estaban allí decían: —Ya se hizo tarde y no vienen los de la funeraria.

Bueno, pues con media hora de retraso fue llegando la carroza gris. Aquellos tipos no se encargaron de miramientos ni de nada. Tan indiferentes al dolor de los dolientes, ¿no?, puramente comerciales. Llegaron a lo suyo: Allí mismo quisieron que se les pagara. Se acercó Consuelo hacia mí y me dijo: —Oye, no le alcanza a Roberto el dinero. Necesita 35 pesos, ¿no traes tú? —Jaime el chaparrito metió la mano a la bolsa al mismo tiempo que yo y le dio 20 pesos a Roberto. Yo di el resto. Luego dos de aquellos tipos recogieron los pesados candelabros y los llevaron cargando para afuera. Yo buscaba con la vista alguna corona, pero no, nadie llevó corona, más que unas cuantas florecitas marchitas. Y estaba allí sólo un carro de acompañamiento. Era uno de esos viejos autobuses que llevan dos hileras de asientos, una a cada lado. El camión de color negro estaba en buen estado, la verdad; nada más que estaba sucio. Se veía que habían ido de paseo en el carro ése.

Es un poco irónico, pero aquí la verdad que hasta los muertos tienen su categoría. Eso se diferencia en los precios. Es como viajar en camión de primera o de segunda. Si usted paga más, consigue una carroza elegante, cajas elegantes y todas esas cosas. La

casa funeraria cuenta con un buen equipo de modelos pues no muy atrasados, y los dolientes son muy bien tratados. El funeral de mi tía fue de lo más humilde. Ella fue en segunda clase hasta el final.

Una aglomeración de gente, la mayoría chamacos, se empezó a alistar para subirse al pullman. Varias vecinas de ahí estaban acarreando las plantitas que tenía allí mi tía en su casa para plantarlas encima de su tumba. Total, una premura y una de cosas, muchos chamacos iban sentados después del chofer y otros chillando, que querían acompañar a la mamá. Se me figuró como esas peregrinaciones que hacíamos a Chalma.

Luego luego se llenó el carro de acompañamiento. Me dice Prudencia: —Ay, Manuel, te 'bieras de fijar que no suban chiquillos. Ya ves que nomás es un carro; nada más que vayan las gentes grandes.

—Sí, Prudencia. —El carro para los dolientes estaba parado mero enfrente del zaguán de la casa y el chofer con un pie en el estribo—. Por favor, señor chofer —le digo—, que no suba tanto chamaco.

Y el chofer: —No, no, los chamacos no van; únicamente las gentes adultas. A ver, muchacho, váyase para allá. —Y la mamá: —No, hijo, espérate. Ahorita vuelvo; no nos dilatamos. —Las mismas gentes habían apartado el lugar para los parientes: "No, aquí va a venir Manuel, aquí Consuelo, aquí Roberto", y cuando oí mi nombre, subí al pullman con María.

Yo no tenía la intención de ir al entierro, pero como me estaban esperando, fui. El día en que se enterró Paula, mi primera esposa, juré no volver a ir al panteón si no era a mi propio entierro. Es muy difícil para mí, no encuentro palabras para decir lo que significa para mí un panteón. No es miedo, sino dolor, dolor profundo hasta lo más íntimo de mi alma. Me conozco, sé cómo soy y sé la clase de traumas que he padecido por eso. No es sólo por la muerte de mi esposa, me acuerdo de mi madre tendida y de la segunda esposa de mi papá, Alicia. Son demasiado dolorosas para mí porque mi padre me culpó de todas. Oigo claramente el reproche, y la voz acusadora de mi padre en todos los días de mi vida no se me va a olvidar.

Mire, la muerte en sí es una cosa demasiado seria; no es nada que me permita estar haciendo bromas. Para mí, la muerte es el final, y yo creo que para todo el mundo. Es definitiva, es total; pero aún así, le tengo fobia a que me vayan a enterrar. Cuando yo muera, no quisiera que me enterraran, mejor que me tuvieran ahí parado, como quiera que sea, pero no enterrado.

El trayecto hacia el Panteón de Dolores fue largo. Ahí van con la carroza, como cualquier ruletero, rápido, rápido, y el carro de los dolientes atrás. Nada parecido a lo que yo vi por ejemplo en California, ¿no?, que la carroza iba a vuelta de rueda, como dolida de ir a dejar los restos. Nadie lloró en el camino. Algunos hasta iban sonriendo, como si fuesen de día de campo.

Cuando llegamos, Roberto y Consuelo se bajaron a arreglar los papeles. Al rato los vi hablando y luego fueron con el chofer de la carroza, quien arrancó y se echó hacia atrás, rumbo a la iglesita que se encuentra mero enfrente de la Administración. Me bajé del pullman y fui con ellos. Entre cuatro hombres bajaron la caja de la carroza, la metieron a

la iglesia y la descansaron sobre unos bancos. Mi hermana habló con el padrecito, y el santo varón, antes de empezar su trabajo por la caridad cristiana que iba a hacer, dijo: —Son 30 pesos. —Volteó a verme mi hermana, torciendo el gesto: —Son 30 pesos, mano. —Ni modo, los aflojé.

¡Qué pocos son los curas que predican con el ejemplo! Hoy en día estoy empapado en la cuestión comercial, aunque sea en pequeña escala, y puedo ver claramente que lo que hacen los curas no es más que meramente un comercio. Si viene un tipo demasiado pobre, ni lo pelan ni le hacen caso; en cambio otro que llegue con coche: "Sí, hijo mío. Hijito, que esto y lo otro", le compran el perdón de Dios y le dan pase al paraíso automáticamente. Ahora, cuando se va a casar, si quiere alfombra le cuesta tanto; si quiere flores, otro tanto; y si quiere con música, tanto. Y total, para todo hay tarifa. Pues qué cabrones entonces: el paraíso le va a costar a uno tanto, el purgatorio tanto y la gloria, pues una cantidad regularcita.

Después de la misa, el del servicio fúnebre vino y le dijo a Roberto: —Si no quieren que le toque a su familiar de ustedes hasta la barranca, son 75 pesos más.

"Buitres, no son más que buitres", estaba yo pensando. Decidí no dar ni quinto más. De todos modos ya no había lana. Cuando vieron que ya no podían exprimir más dinero, se resignaron los de la funeraria, sacaron el cuerpo de la iglesia, lo subieron nuevamente a la carroza y emprendimos el camino hacia la última morada de mi tía.

Los pirules, los sauces y demás árboles en las veredas se veían al paso del vehículo. Mausoleos a la gente pudiente y monumentos menos lujosos de los deudos que podían menos se veían hasta donde alcanzaba la vista. Aquí y allá, en medio de algunos de ellos, había sencillas cruces de madera de los muertos de condición humilde. Había tumbas ornadas con angelitos cincelados en mármol, otras con crucifijos dentro de su nicho y en el nicho ardiendo una veladora. Se notaba que dos días antes fue el Día de los Muertos por las flores sobre casi todas las tumbas. Algunas lucían un jardincito pulcramente cuidado, con begonias, azucenas, siemprevivas y alguno que otro rosal.

Llegamos a una sección donde estaba abierta una fosa, al pie casi de un pirul. Había dos grandes montones de tierra café, uno en la cabecera y otro en los pies de la fosa. Parece ser que de aquella misma tumba habían sacado los restos de alguien. Vi los huesos de unas piernas que todavía tenían unas medias puestas y una calavera que parecía que se estaba riendo con una risa sarcástica, como si descargara el dolor de haber estado sepultada tanto tiempo en aquel otro cuerpo que iba a recibir la tierra. Al bajar del carro descansamos las piernas y formamos todos un semicírculo. Y luego la gente parada, rodeando aquella fosa, hablando y buscando como si fuese un teatro, el drama, la comedia que representan muchas gentes alrededor de aquella tumba abierta. Los zapatos se hundían y la tierra se metía dentro. Empezaron a bajar la caja y con trabajos se fueron acercando a la fosa.

Quién sabe qué será lo que se siente en esos momentos, pero puedo jurar que todos teníamos chinito el cuero cuando la caja fue descendiendo hasta descansar en el mero borde de la tumba. Entonces empezaron a representar el drama: —Ayyy, comadrita, ya te vas.

Alguien dijo, llorando: —Ya se va mi comadrita.

—Señores, el que sea: déjennos verla por última vez… Ay, linda, ya te vas.

Roberto, complaciente y comprensivo, se agachó sobre la caja, le dio vuelta al tornillo en forma de llave y abrió la caja. Varios rostros se asomaron a ver el macabro espectáculo, algunos con pena, pero otros, los más, con curiosidad.

De repente, todo, gente, árboles, plantas se me tornaron borrosos a causa de las lágrimas que me nublaron la vista. Cerraron la caja y los sepultureros pasaron los mecates de un lado a otro y la bajaron por la fosa con dificultad. Apenas cupo. Aun en su tumba quedó muy estrecha mi tía. Como que se detuvo la vida al tocar la caja el fondo de la fosa y todos nos quedamos estáticos. Entonces Gaspar se agachó y lanzó el primer puño de tierra hacia adentro del hoyo. Luego otros puños de tierra empezaron a llover. Me agaché, tomé mi puño y lo lancé sobre el ataúd. Al caer, provocaban un ruido desagradable. Agarré una pala y alguien otra más, y nos turnamos hasta llenar el hoyo. Fue como si hubiera prisa de sepultar junto con el cuerpo sus recuerdos.

Todo ese tiempo Roberto estuvo nomás parado allí, apretando fuertemente los puños y los ojos anegados en llanto. Consuelo, más que llorar, gritaba. Hubo vecinas que lloraban a moco tendido a pesar de que en vida injuriaron o ignoraron a mi tía. Yo odio y me asquea profundamente esa clase de hipocresía. Debe resultar difícil explicar las lágrimas de una persona como la señora Catarina, que tanta aversión, tanto odio le mostró a mi tía. Por cuestión de chismes de vecindad le mentó la madre, llegó incluso al grado de querer golpiar a mi tía… y allí estaba Catarina, llorando a lágrimas abiertas. No lloraba porque estuviera triste, sino por quedar bien con los parientes, y mañana o pasado podía pedir un favor de ellos. Estas lágrimas son las que no acepto y reprocho.

Después siguió la escena de acomodar las plantas en la tumba. Matilde dijo: —Ay, esta plantita le gustaba mucho. Dejen que quede en su cabecera.

—No, no, no, a sus pies queda mejor. —Decía Catarina.

Mientras estaban acomodando las plantas, Pancho quebró una tirita de madera y buscaba afanoso un mecatito para hacer una cruz. Luego Matilde nos dijo a Roberto y a mí: —Ustedes, muchachos, no se vayan a desatender de ella si quieren que su tumba pues esté cuidadita; que no se le vayan a criar muchas telarañas. A ver si puedo venir de aquí a ocho días para hacerle un rezadito.

Y yo pensé: "Si no la traté bien en vida, ya después de muerta…" Lo mismo que con mi madre y con Paula, mi mujer.

Por fin nos alejamos por la cañada, poblada de árboles hermosos e indiferentes ante todos. "Adiós, árbol de pirú, adiós, Panteón de Dolores. Nos vamos con la congoja de dejar en tus entrañas a la última de los Vélez." Mi hermana Consuelo era la única que lloraba y volteaba todavía a ver la tumba por el vidrio de atrás del pullman aun cuando salimos del panteón.

"Todavía tengo que arreglármelas con ella", pensé. Yo deveras no la trago por su actitud hacia mí. Mire, hace unas semanas llegó a la plaza gritándome que era yo un bandido, que no le había pagado su dinero. Si llega y me dice: "Hermano, estoy muy amolada, fíjate. Necesito 150 pesos". "¿Pues qué te ha ido mal?" Cualquier cosa hubiera

indagado, ¿verdad? "Toma, hermanita. Ai cuando tengas me los das." Pero llegó con las uñotas así, queriéndome arañar: mire, cinco centavos son muchos.

Con Roberto no soy así. En ocasiones en que ha andado sin un centavo, al primero que recurre todo el tiempo es a mí. Los 10, los 20, los 50 pesos. Primero lo regaño y luego le doy: "Eso debes de tomarlo en cuenta antes de que te emborraches y antes de que andes disparando", pero al fin y al cabo nunca se sale sin un peso de la casa cuando lo ha necesitado. Mire, cuando Roberto trabaja conmigo en el mercado, yo le escamoteo a él algunos centavos —me quedo con 100, 200 pesos— sin que lo sepa. Lo hago para que él tenga ahorrado algo mientras no lo necesite, pero en cualquier momento que yo vea que los necesita, se los puedo dar.

Pero Consuelo es otra cosa. No confía en mí y deveras que nunca me ha dado la oportunidad de ayudarle. Para ella soy más un enemigo que un hermano. ¿Por qué ese odio, por qué esa fobia contra mí? ¿Porque de chamaco le pegué algún manazo? Si yo hubiese tratado de cometer un acto vergonzoso, bochornoso, como muchas veces sucede entre hermanos, tendría toda la justificación del mundo; pero nunca le hice nada. Si me desobligué de mis hijos, no cargó ella con la responsabilidad a cuestas ni le costó nada. Es una enfermiza lo que ella tiene contra mí. Yo no me explico por qué.

Yo quisiera ver que doblegara su orgullo y quisiera su caída primero, para que después la levantara muy alto, no por el hecho de sentir el triunfo total de que al fin reconoció que yo soy superior, no, sino para que reconociera que al fin y al cabo soy su hermano mayor. Y quisiera verla en desgracia, pero en una forma positiva, para que recurriera a su hermano. Si la viera en desgracia, si la viera grave, juro que sin titubear pagaría lo que le hiciera falta a ella para salvar su vida. He caído en la cuenta de que si ahorita gasto 1000 pesos, me es muy fácil reponerlos, de que nunca he tenido en qué caerme muerto y que el valor en sí del dinero es muy relativo, así que no significaría nada para mí ayudar a mi hermana con tal de que dejara de lado ese odio que me profesa.

Lo que yo trato de decir posiblemente es una compra de su cariño. Pero me guardo mucho de Consuelo, porque sé de cierto que si trato de demostrarle mi voluntad y mi cariño, me va a aventar con mierda mi cariño a la cara, y de eso ya tengo bastante con mi mujer, viviendo día con día. Y me preservo mucho de sufrir un dolor más de ésos. Por eso es que con mi hermana no puedo gastarme un gesto así, porque el día en que yo le presente mi cariño en una charola y me lo bote a la cara, no se lo voy a poder perdonar nunca. Hasta ahorita no hemos llegado a ese extremo porque yo no he hecho un intento de acercamiento hacia ella. Yo he sido indiferente pero no es que no sienta cariño hacia ella; es por miedo.

Cuando regresamos a la vecindad era ya bastante tarde. Luego de allí nos fuimos al restaurante donde trabajaba María a cenar. Mis amigos de allí me invitaron al juego de dominó y no me sentí con ánimos. Me sentía muy, pero muy deprimido y regresé temprano a casa.

ROBERTO

NUNCA se le llevó el padre a mi tía para que le diera la bendición. Yo mandé a Gaspar varias veces y una vez me dijo: —Pues dice el padre que no puede venir, que hasta después del rezo. —Cuando fue por él después del rezo, me dice: —Pues que de plano no viene, que porque está muy lejos.

"Pues qué pinche padre", dije yo para mis adentros. Pues si la obligación de los padres es ésta, ¿no? Además, se les va a pagar el servicio, y Cristo no vino aquí a cobrar sus servicios. Luego mandé a Gaspar por otro: pos que de plano no quiso venir tampoco, estando como a dos cuadras de la casa de mi tía. Y yo dije: "Pues qué poca madre de este méndigo padre también. Pos entonces cuál es el chiste, ¿para qué están ellos si no para auxiliar a los moribundos y a los muertos, y auxiliar a quien los necesite?" Yo esa espina la tenía en mi corazón, porque como quiera que sea, yo no seré católico, no seré romano, pero sí creo en Dios y en su doctrina, ¿no? En esos momentos yo no diatribé contra la Iglesia, no, sino contra esos dos padres que no habían querido venir. Pues ni modo.

Estábamos espera y aguarde y espera hasta que por fin llegó el pullman y como a los cinco minutos después, la carroza. Y la chiquillería que quería ir primero, pura curiosidad de chiquillo, llenó el pullman. Inmediatamente todo el mundo se acomodó en el pullman, y todos grandes porque no tenía caso que fueran chiquillos. Después sacamos la caja de mí tía y yo tuve que romper un poco la puerta para fin de poder sacarla de la pieza porque no podíamos maniobrar allí. Subimos a mi tía a la carroza y luego subí sus flores arriba de la caja.

Cuando terminamos de subir las cosas a la carroza, me dice el de la funeraria: —A ver, ¿quién es el interesado aquí?

—Yo, señor. —Quién iba a ser.

—Por favor me liquida —dice.

—Bueno, está bien. Siempre se acostumbra pedir la liquidación ya estando en el panteón, pero si usted quiere aquí de una vez, tenga usted. —Todavía me 35 pesos, pero Consuelo me los consiguió y ya le pagué sus 400 pesos.

Cuando llegamos al Panteón de Dolores le pedí al chofer que por favor se echara para atrás hasta la capilla. Inmediatamente dijo el padre: —Acomódenla aquí. —Ahí la acomodamos en la entrada.

—¿Cómo la quieren, cantada, rezada o nada más así? Cantada les cuesta 35 pesos; rezada 25 pesos y una misa nada más así les cuesta 15 pesos.

Y yo, pues me sentí mal. Le dije: —Ya no tengo dinero, y ahora, además, ¿por qué?, pues debería ser todo de un mismo precio. —Pero les dije a mis hermanos: —Como no le han dado la bendición a mi tía ni fue el padre a la casa, ¿pues por qué regatearle un último centavo a mi tía? —Y le digo al padre: —Mire, dígasela cantada. —Ya se la cantaron ahí. Le echaron la bendición, la ceniza, la extremaunción y no sé qué tantas cosas.

Yo me sentí mal, sinceramente, de tener a mi hermano a mis espaldas, porque no pude rezar ni pude repetir lo que el padre decía, aunque fue mi mejor intención. No sé qué le ha pasado a Manuel, pero últimamente diatriba mucho contra los padres y contra los santos. Y cuando él pasa frente a una iglesia, escupe y dice: —¡Pinches!, que me hagan algo y han de saber que esto y que lo otro. —Y yo pues le digo: —Hombre, hermano, mira: ¿qué daño te hacen?, ¿que daño le hacen al mundo? Total, cada quien tiene alguna creencia, y el que no tenga religión, que se agarre de los pelos del diablo si es preciso, pero pues hay que respetar las creencias de los demás. No veo bien que tú digas nada contra la Iglesia. Déjalos, no hables así. —Y siento mal, porque yo siento que él se pierde, ¿no?

Ya terminó de decir la misa el padre y dice: —Bueno, pues ahora una limosnita para los que están aquí presentes. —En esos momentos yo estaba llorando porque sí ya sentía el último momento de mi tía, y digo: —Mire, padre, pues tenga. Ya nomás me quedan dos pesos, tenga.

—No hijo, tú ya diste. Deja a los demás que den, si gustan dar.

Bueno, ya nos la llevamos a mi tía. Le tocó hasta por allá, por abajo de la barranca. Ya sepultamos a mi tía y le pusimos sus macetas que ella tenía allá en la casa, porque yo las eché a la carroza y dije: "Antes que empiecen a hacer la rebatiña, pues que se las lleve mi madre ahí". Y así terminó todo.

Todos nosotros regresamos a la casa y Consuelo preguntó: —Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Pues yo no sé, mana. Yo, ahi ustedes saben lo que hacen con las cosas de mi tía y con su casa.

El día anterior, el dueño había ido a cobrar las rentas y algunos vecinos lo llevaron aparte para pedirle la casa de mi tía. Cuando fue con nosotros, le digo: —Muy buenos días, mi estimado. Mire, mi tía falleció ayer y fue su última voluntad de ella que yo me quedara al frente de la casa.

Dice: —Bueno, eso fue la voluntad de ella, pero ahora falta la mía.

En esos momentos, todo el coraje que yo había estado conteniendo la noche anterior, me dieron ganas de que en este puño, de estrellárselo a ese hombre en la cara, porque me habló con una altanería y una majadería que de plano mejor me hice un tantito para atrás, porque si me acerco más, si le zampo mi puño en la cara, le aseguro que lo saco por la nuca. Ése es mi gran defecto y por eso es que yo he peleado mucho, que yo no sé hablar, no me sé defender con la boca. Ya nomás acerté a decirle: —Bueno, ¿y ahora qué piensa usted hacer?

—Bueno, ahorita por lo pronto que se entierre la viejita. Pos como quiera que sea —dice—, siempre me cayó bien. Ya después veremos.

—Está bien.

Agarró y se fue.

Yo me quedé pero bien enchilado porque dije: "Cómo tienes poca madre, infeliz, de ponerte a hablar en esa forma".

Y luego, Consuelo y Manuel también peleando por disponer de la casa de mi tía y de las cosas de ella. ¡De por sí no se pueden ver y luego echando pleito! Gaspar había vendido todas sus cosas para poderme ayudar a pagar lo del entierro. Consuelo, que no se moviera ni una aguja de la casa de mi tía.

—Mira, mano —me dijo ella—, yo creo que sería mejor que Gaspar se quedara aquí. Ya le dije que Matilde y Pancho se van a pasar para acá, con él.

—Que sea como tú dices, aunque no creo que esté bien, pero pues ni modo: el dueño va a querer aumentar la renta y no la van a poder pagar. Además no van a poder llevarse precisamente porque los tres toman. Ahorita Pancho y Matilde no toman porque están jurados, pero una vez que termine su juramento van a ponerse una guarapeta que van a reponerse del tiempo que han estado sin tomar y ahí sí van a seguir de frente. Gaspar ya les dijo que si se van para allá, el día menos pensado van a encontrar su cama y sus cosas en medio del patio.

Aunque yo llevaba en cuenta que no iban a vivir tranquilos, no pude convencer a mi hermana. —No, mano —dijo—, si mi tía viviera, te aseguro que su voluntad de ella sería que Gaspar estuviera aquí porque ella siempre sacó la cara por él. —Yo así también lo pensé de momento y por eso ya no dije nada más. Pero antes de irme para la casa, descolgué el retrato de mi madre y algunos santos de mi devoción.

CONSUELO

POR FIN llegaron la carroza y el pullman. Sentí mi pecho abrirse. Llegaba la hora de separarnos. Cuando ella salía en hombros de mis hermanos, recordé sus palabras: "De aquí yo no salgo hasta que me saquen con los pies pa' delante". Qué soledad tan infinita y qué tristeza tan enorme sentí cuando la vi por la ventanilla de la carroza, acostada en su lecho gris, rodeada de flores.

Matilde llevaba cebolla y alcohol por si me desmayaba y Roberto quedó parado junto a mí, cuidándome. La cara de Roberto también estaba bañada en lágrimas. Manuel me miraba de soslayo; esperaba verme desfallecer o explotar en gritos histéricos, pero no me vería vencida; levanté mi frente orgullosa aunque sentía el pecho explotar y ese torrente lo tragaba una y otra vez mi garganta.

Subimos a tomar nuestro asiento y a la hora que partimos, volví mi cara hacia la vecindad. "Ahora sí, madre: te alejas para siempre. Aquí queda tu casa, pero no te preocupes, nenita, yo cuidaré de ella." Y así salió la procesión del entierro.

Desgraciadamente me tocó en un asiento posterior al que ocupaban Manuel y María y de oír lo que platicaban. Manuel le había pasado el brazo sobre el hombro a su mujer y platicaban de los negocios en la plaza. Se notaba que ni por fracciones de minuto iba con nosotros. No sé; tal vez trató de distraerme porque cuando pasamos por lo que antes era la zona del puente de Nonoalco, me dijo: —Uruchurtu ha hecho muy buenas obras, ahora está quedando todo esto muy bonito. Ahora que pasemos verás qué edificios tan buenos están haciendo.

Apenas si voltié la cara para ver. No me interesaba lo que Manuel me decía. Yo iba asegurándole a mi tía que estaba junto a ella. Pasamos por la Avenida Melchor Ocampo, por Gutemberg, entramos por Horacio. Qué dulces recuerdos me trajeron estas calles donde una vez tuve amigos y muchas ilusiones sobre mi futuro. Un mundo completamente desconocido para mi tía. Nunca, nunca quiso salir conmigo. Todos ellos me temían porque decían que era muy severa y que no era igual que ellos. Pero yo la quería, y mientras recorríamos el camino hacia su última morada, yo sentía como si ella me siguiera vigilando, invitándome a seguirla como cuando era niña, que continuamente volteaba la cabeza, buscándome: "Y *la Flaca,* ¿dónde está?"

"Aquí, linda, aquí voy junto a ti." Así en esta ocasión, sentía yo como si a cada momento volteara su cara, vigilándome. Mientras, por mi mente desfilaban pasajes de su vida.

No le había visto su cara, así que pensé en pedir que abrieran el ataúd ya cuando

estuviéramos allá. Había yo pedido agua bendita desde que estuvimos en su casa y alguien me aseguró que allá había agua en una capilla donde bajaban el cuerpo y le rezaban una misa. Yo esperaba este momento, ella no debía irse con la falta de algo semejante. Así que cuando llegamos, llevamos su lecho hasta la capilla donde el padre nos invitó a pasar con una sonrisa en los labios: —Pasen, pasen. Todo el que quiera pasar a la casa de Dios. —Pero antes de darle la última bendición nos advirtió—: Treinta y cinco pesos la misa cantada, con el organillo, 25 pesos misa sencilla. Ustedes dicen.

Me dio coraje la forma tan cínica en que comercian y abusan en esos momentos en que el dolor le impide a uno ver claramente. Entre Manuel, Roberto, Jaime y yo reunirnos el dinero para pagar la misa. Yo me alegré de ver que Manuel hiciera ese movimiento que lo mata: meter la mano a la bolsa y sacar dinero para cooperar.

El padre empezó a rezar y todos nos hincamos. Bajé mi cabeza… el peso era tanto que por un momento sentí desvanecerme, pero Matilde me detuvo de los hombros. Levanté la cabeza y me pasó el mareo. Mi hermano Roberto, con la cabeza baja, derramaba lágrimas. Matilde y Catarina no lloraban. Viviendo a diario dentro del dolor, se vuelven inmunes a estos momentos. Volvimos a ocupar nuestro asiento y entonces sí sentí que se acercaba el momento del final. Ella quedaría allá, irremediablemente sola. Nosotros regresaríamos de nuevo a hacer malabarismos sobre la cuerda de la vida.

El de la carroza nos pedía 75 pesos más porque, decía, así nos podía dar un lugar que no fuese hasta el fondo de la barranca. Manuel me advirtió que en esos momentos abusan de la gente y yo estuve de acuerdo. Estaba yo enojada con mi hermano Roberto: después de que ella misma, mi tía, compró a perpetuidad el lugar donde están los nuestros ahí en el panteón, por la estupidez de Roberto quedó en otro lado donde sería exhumada para que alguien fuese enterrado quién sabe si en poco tiempo. Todavía insistí yo en que ella fuese enterrada con nuestra familia, pero no fue posible.

Una vez allá, me mantuve al borde de la bóveda húmeda que había de recibirla. Pedí que abrieran el ataúd. Manuel se negó a verla, pero Roberto y yo no. A mí me llenó de consuelo verla por última vez. Su carita pequeña aún lucía tersa. Apenas por unos pequeños surcos en su frente me di cuenta que tuvo un levísimo rictus de dolor. Sus ojos lucían hermosos, sus pestañas, más rizadas aún. La contemplé con todo mi amor, encerrando con ella todo el amor que había en mí. "Mamita… mi mamita…" Me mordía los labios.

Cerraron el ataúd y empezaron a descenderlo. Quise besarlo, pero tal vez pensaron que me quería arrojar o no sé qué, porque sentí dos manos, jalándome.

Mientras terminaban de taparlo, yo miraba el cielo, miraba todo alrededor. El lugar donde reposaba, estaba bonito. Ella quedó al pie de un árbol grande, como el ahuehuete que visitaba año con año en Chalma. Había mucha vegetación a su alrededor y un poco de sol.

Le pregunté al Señor: "¿Dónde es donde descansa el pobre? ¿Es que en verdad tiene descanso? ¿Qué es lo que pasan después de muertos si en la vida han pasado un martirio? Tú dijiste, Señor: 'Bienaventurado el que sufre porque de él será el Reino de los Cielos'. Pero aquí ellos dicen, '¿qué hemos de purificarnos en el fuego eterno?' Me

rebelo, Señor, no contra Tus Santos Designios, sino contra lo dicho por la gente sobre los pobres. Lloro su vida, Señor, su vida hecha con el rosario de tus lágrimas, con la sangre de tus pasos. ¿Por qué, Señor, por qué ese morir tan ingrato?"

Me hinqué para arreglar poco mejor la tierra con mis manos, como si la acariciara a ella. Una de las comadres de mi tía encontró una planta y la puso en su tumba: —Una ramita de siempreviva, para que siempre viva. —Coloqué unas flores, sus preferidas, en cruz; pero tuvo que venir la diablo de mujer de Manuel a desbaratarla. Empezó el claxon impaciente a sonar. Subí a ocupar mi asiento y al arrancar el pullman, sentí que me arrancaban algo de mí. Por la ventanilla trasera veía yo su tumba. Ella se quedaba solita. Nada en esos momentos hubiera logrado calmar mi llanto.

Regresamos. Volví a penetrar en el vacío de su cuarto. Roberto se fue; dijo que estaba cansado. Manuel y María se fueron para Bella Vista. Al retirarse, Manuel me dijo: "Piénsalo bien. Yo ni modo que me saque algo con eso. Piénsalo bien y ya veremos". Matilde y Catarina se fueron a su cuartito; yo me quedé en la cocinita y Gaspar entró a la pieza y empezó a sollozar. *Chocolate* se echó a sus pies. No sabía lo que iba a pasar con él, con los pichones de mi tía, ni con su gato. A ella y a mi tío siempre les gustaron los animales, pero *Chocolate* era el perro que más querían. Mi tía lo trataba como a un escuincle, como a un chamaco deveras. Y entendía bastante bien el perro. Luego le decía: *"Chocolate,* métase. Sale a ladrar como si deveras pudiera mucho, pero a la mera vez es puro pendejo. Métase, *Chocolate,* se parece a su cabrón chaparro dueño". Y agarraba la chancla y "métase y cállese", y hasta que lo echaba en su cajón.

¡Cómo se sentía su ausencia! Gaspar fue a la cocina y después de un rato empezamos a platicar:

—Con perdón de usté, señorita Consuelo. Ora sí es que como dice el hermanito de usté, que me da permiso de estar aquí nomás unos días, pos está bien. Ai lo que ustedes digan, ¿verdá? Nada más que yo quisiera…

—No, Gaspar, no hay quien le esté diciendo que se vaya. Roberto no supo explicarle bien. Usted se queda en la casa. Creo que también Matilde la quiere, pero no se fije, Gaspar. Mañana a ver cómo le hacemos para arreglar las cosas.

—Sí, pero mire, ya empezó a sacar cosas. Se llevó los vasos que estaban allí.

—No se preocupe, Gaspar, los va a traer. ¿Y el brasero?

—Pos también se lo llevó ella.

—Le voy a decir que lo traiga.

Empezó a decirme de esto, de lo otro. Hablamos de mi tía, de los pleitos que tenían. Él juraba y perjuraba que no era cierto. Yo lo escuchaba indiferente.

Matilde fue a invitarme a comer con ellos. Cuando íbamos entrando a su casa, ya estaba allí José, el padre de Matilde. Casi de un grito me preguntó: —¿Qué pasó?, ¿pa' qué me quieres?

Comprendí por dónde iba, quería empezar a tratar el asunto de la casa. Al menos ellos tuvieron más tacto en esto: me invitaron a sentarme en su mesa. En cualquier otro momento hubiese rechazado su invitación, pero esa vez olvidé por completo la repugnancia que me causaba comer en ese lugar. Me olvidé hasta del mal olor de los

baños que Catarina nunca limpiaba. Me senté en la cama al lado del señor José. A mi izquierda, sobre una cubeta con una tabla atravesada, Pancho se sentó junto con el hijo menor de Matilde. La hija de Matilde estaba sentada en el suelo. Pancho puso una olla grande boca abajo y la usó como mesa. Matilde estaba en la cocina con su abuelita y Catarina anduvo parada, sirviendo. Prepararon pollo hervido, lo mejor que tuvieron para ese día. Me dieron caldo de pollo. Benditas sean esas personas. Fue algo fuera de lo común en su alimentación diaria. Catarina, al mismo tiempo que servía, se echaba una que otra vez el taco a la boca y hacía chistes, tratando de hacerme olvidar. ¡Cómo sentí quererlos en ese momento! Su forma de halagar era tan insignificante, pero por su sentimiento qué grandioso resultaba.

Antes de que ellos me dijeran el asunto, les pregunté: —Es para lo de la casa, ¿verdad? Yo comprendo que Matilde la necesita. Pero no es una cosa que hay que arreglar ahorita, ¿verdad? Hay tiempo y por ahora no me siento con fuerzas, estoy cansada. Mejor mañana, ya que nos demos vacaciones en nuestras villas para tomar el sol. —Hice un gesto largo que a todos los hizo reír.

Me supo sabroso el caldo y la salsa que había molido Matilde también estaba muy sabrosa y se lo dije. Ella contestó como una niña que recibe cumplidos: —Ay, sí… Ay, no, no; si está rete fea. —Les dije que no estaba a gusto porque Gaspar todavía no comía y les pedí que lo mandaran traer. No quería venir hasta que no advertí: —Dile a Gaspar que digo yo, la señorita Consuelo, que venga o voy por él.

—Ay tú —dijo Catarina—, Roberto le advirtió que no fuera a tomar ni una gota de vino.

—Sí, pero yo le dije a Roberto que era su vida y su vida es tan sagrada como la de nosotros, así que no tenemos por qué meternos con él.

—Pero si toma, luego se pone muy grosero, como la otra noche en el velorio que ai estaba de necio —dijo Matilde.

—Cuando esté tomado déjalo que hable; nomás no le hagas caso —le dije—. Mira, es que a todos cuando toman se les sube la copita. A ti misma te ha sucedido, a todos. Ya ves mi tía, cuando se le pasaban las cucharadas hasta con Gaspar se peleaba.

En eso llegó Gaspar: —Mande usté, señorita Consuelo.

—Siéntese, Gaspar, vamos a comer.

—Si no quería —dijo Matilde—. Yo ya le ’bia dicho muchas veces y no quería.

—Pero ahora sí va a querer, ¿verdad, Gaspar?

Empezó a comer dócilmente.

Cuando terminamos de comer, le encargué a Matilde que regresara el brasero y los vasos y le recomendé a Catarina que tuviera cuidado con la casa. Les rogué que rezaran el rosario y me despedí. Me alejé del caminito que muchas veces anduve en busca de consuelo y recreo a mi alma.

Me fui a quedar a la casa de mi media hermana Antonia. La última vez que había yo ido a México llevé del norte algo de ropa para venderla. A Antonia le dejé unos vestidos y le prometí darle su comisión por lo que vendiera. Lo mismo hice con Marta, pero ella se llevó la ropa para Acapulco y desde entonces no había vuelto a oír hablar de ella. Yo

esperaba que Antonia me tuviera algún dinero, ¡lo necesitaba tanto!

Antonia y su marido se asustaron al verme: —¿Por qué no nos avisaste que venías?

—No hubo tiempo de nada; es que vine al entierro de mi tía.

—Ay, ¿y por qué no nos avisaron?

—No sé, yo llegué ahora en la mañana.

Tenían puesto el tocadiscos con música de moda y el volumen estaba bastante alto. Antonia traía una esclava de oro y se había comprado ropa, lo cual me sorprendió porque 15 días antes no tenía ni para comprarse un peine y les tuve que dejar el mío. Mi cuñado fue a bajarle el volumen al tocadiscos. Nos tomamos una copa y después de un rato fue por el vestido que le había comprado a su hija, que iba a cumplir años al día siguiente. Ya con mis recelos aproveché la oportunidad para preguntarle a Antonia del dinero y la ropa: —Tonia, ¿qué pasó, vendiste las cosas?

—Sí, Chelo, nomás que fíjate que no me han dado el dinero.

Ya no dije nada. Comprendí lo que había hecho Antonia. Se había comprado ropa y había comprado para su hija y sabrá Dios si me vuelva a juntar con mi dinero. Guardé silencio y le pedí a la niña que me acompañara a rezar un rosario antes de acostarnos. —Mejor récenlo ahorita que no está —dijo Antonia—. Ya ves, Chelo, que a mi esposo no le gustan esas cosas. —Estábamos rezando la niña y yo cuando entró mi cuñado. Pensé que iba a contrariarse o a protestarle a Tonia, pero no fue así. Respetó mis sentimientos.

Al día siguiente, con el poco de dinero que me quedaba, le pagué al dueño un abono de la renta de mi tía, que debía cuatro meses. Aceptó esperar a que le pagara lo demás. Luego fui a la vecindad y por fin convencí a Gaspar y a Matilde para que compartieran la casa de mi tía. Le advertí a Matilde que la casa se le quedaba con la condición de que cuidara todo como si mi tía estuviera allí. Para honrar su memoria, quedamos en que su altar, y especialmente sus santos, se quedarían como estaban. No sé si fue cierto o mentira, pero Gaspar y Matilde se mostraron de acuerdo. Luego seguí con las cosas de mi tía. Fue necesario ordenar el ropero para repartir entre los dos y algunos vecinos lo que le perteneció. Yo me quedé con el rebozo que se compró con el dinero que le envié. —Éste era su orgullo —me dijo Gaspar. También me llevé sus papeles, sus tijeras y sus dos Niños Dios, y saqué la plancha que tenía empeñada. No quise ver en la persona de nadie la ropita que más usó ella y la quemé. Luego le di unos centavos a la señora que le había ayudado. Le di cinco pesos a Gaspar, uno a Matilde para la leche de su niño y a mi ahijado le di otro peso. Les dejé mi dirección y me despedí, prometiéndoles regresar. Ya era tarde, así que me quedé nuevamente en la casa de Antonia.

A la mañana siguiente me dirigí a comprar mi boleto de regreso a Nuevo Laredo y fui a la casa de Manuel para sacarle la firma del permiso para que sus hijos salieran del país. Allí estaba, desayunando. Roberto lo esperaba afuera de la casa, sentado en un banquito. Con algunos engaños no me costó trabajo que Manuel me firmara los papeles. No le importaban sus hijos lo suficiente como para hacer preguntas. Cuando me fui, le di 10 pesos a Roberto.

Anduve sola todo el día. Ya por la tarde busqué una iglesia. Entré a un café y por fin salí de México en el camión de las siete y media, yendo más lastimada y más dolida que

nunca, llevando en jirones el cuerpo y mi vida en un gemido.

APÉNDICE

La mayor parte (el 60.8%) del dinero invertido en la vecindad se gastaba en muebles y ropa; los muebles sumaban la tercera parte de la inversión y la ropa la cuarta parte. La mayoría de los artículos se compraban nuevos, pero el 34.8% de los muebles y el 12.7% de la ropa se compraba de segunda mano (usados). Como era de esperarse, las familias más pobres compraban la mayoría de los artículos de segunda mano. Si comparamos las tres familias más pobres, en las cuales se incluye a Guadalupe, con las tres más ricas, encontramos una relación inversa, es decir, las familias más pobres habían comprado el 78% de sus bienes de segunda mano, mientras que las tres más ricas habían comprado el 76% de sus posesiones nuevas.

Del valor total de las posesiones, el 87% había sido comprado al contado por las mismas familias, el 10.8% había sido recibido en calidad de regalo, y el 2.2% había sido fabricado en casa. Sin embargo, en el caso de Guadalupe, más de la mitad (55.1%) de lo que poseía lo había recibido como regalo. El valor de los regalos recibidos sumaba un total de 835 pesos, mientras que el valor de los objetos comprados sumaba 677 pesos. Más del 84% de su ropa, el 59% de sus objetos religiosos, el 34% de sus utensilios y equipo doméstico, el 33% de su ropa de cama, y el 30% de sus muebles le habían sido regalados. Guadalupe era la que menos dinero había gastado en toda la vecindad. Ninguna de sus pertenencias había sido hecha en casa.

Guadalupe ocupaba uno de los peldaños más bajos en la escala de los poseedores en casi todas las categorías. Era la última en cuanto a cantidad de ropa, la penúltima en cuanto a adornos personales y a ropa de cama, la antepenúltima en cuanto a muebles, la quinta en cuanto a equipo doméstico y objetos decorativos, y la sexta en cuanto a utensilios de cocina. Sin embargo era la primera en cuanto al número y valor de sus objetos religiosos. Tenía 23 estampas y otros objetos religiosos, con un valor total de 440 pesos. De ellos casi el 60% eran regalos.

Casi todas las compras que hacían los inquilinos en tiendas y mercados las hacían a una distancia no mayor de un kilómetro y medio de la vecindad. De los muebles nuevos el 63.7% había sido comprado en los mercados públicos locales. Se hacían muchos intercambios o trueques de bienes dentro de la vecindad, y entre amigos y parientes del vecindario. Casi el 70% de los muebles usados habían sido adquiridos de esta manera.

De los muebles, cuando menos uno de los siguientes cinco artículos podían encontrarse en todas las viviendas: una cama, un colchón, una mesa, un trastero, una repisa que servía de altar. Estos muebles se consideraban esenciales para un nivel

mínimo de vida aunque la mayoría de los residentes había vivido sin uno de ellos o sin ninguno en el pasado.

Las camas y los colchones eran los artículos más caros, y equivalían un poco a un símbolo del nivel social *(status symbol)*. Ocupaban la mayor parte del espacio de los pequeños cuartos y se usaban para muchos fines: como sillas, mesas de trabajo, área de juego para los niños, y para separar la ropa lavada. Los hombres que trabajaban de noche dormían de día, mientras otros miembros de su familia estaban sentados, trabajaban, jugaban o comían del otro lado de la cama.

A pesar de su deseabilidad, sólo había 23 camas para los 84 habitantes de la vecindad. Muchos seguían durmiendo en petates o en pedazos de cartón colocados sobre el piso. Nueve de las familias tenían dos camas cada una, generalmente una de las dos camas era matrimonial y la otra una cama angosta, debido a la falta de espacio. Dos de las familias no tenían colchón para su segunda cama, dormían sobre periódicos, cubiertos con una cobija de franela con que se disimulaban los resortes.

Cinco de las familias habían comprado sus camas nuevas, y el resto las había comprado de segunda mano, ya sea en el mercado de Tepito, o directamente a los antiguos dueños, que eran conocidos suyos. La cama nueva más cara de la vecindad había costado 150 pesos. Las camas usadas variaban en costo de 35 a 100 pesos. Tres de las camas habían sido regalos. Aunque los inquilinos tendían a permanecer mucho tiempo en la vecindad y las camas no se acababan muy pronto, el promedio de tiempo que duraba una cama en una familia era de sólo cuatro años ocho meses. Esta movilidad refleja los cambios continuos que ocurrían en las sobrepobladas viviendas —nacimientos, muertes, matrimonios, cambios de inquilinos, enfermedades, alcoholismo, y otras crisis familiares— que a menudo requerían la venta, empeño o regalo de los muebles.

Los colchones presentaban un problema para muchas de las familias. Debido a su mala calidad, el exceso de uso, y la falta de protección, había que sustituidos con bastante frecuencia. El tiempo promedio durante el cual un colchón permanecía en una familia era tres años ocho meses. Después de este periodo los colchones estaban generalmente demasiado “boludos”, manchados, rotos o infestados de piojos o chinches para seguirlos usando, y había que desecharlos, quemarlos, o regalarlos a otras familias menos exigentes. Pocos colchones en esta vecindad tenían valor de reventa, aunque en ocasiones se compraban colchones de segunda mano fuera de la vecindad. Se compraban más colchones nuevos que camas nuevas, a precios que variaban entre 35 y 93.75 pesos. Tres de las familias habían comprado camas con tambor de resorte oculto en abonos, a precios inflados que variaban entre 280 y 550 pesos. Al comprador de estas camas no se le exigía enganche, pero los precios casi se duplicaban.

Otros muebles indispensables que se encontraban en las 14 viviendas eran 24 mesas, 20 trasteros o roperos, y 14 altares. También las sillas eran muebles muy deseables; una sola vivienda no tenía ninguna silla. Había un total de 52 sillas en las 14 viviendas, con lo cual se reducía todavía más el espacio.

A falta de clósets, se necesitaban armarios o roperos para guardar la ropa. Todas las viviendas excepto dos tenían un ropero de alguna clase. Todas las familias habían tenido

radio alguna vez. En el momento en que se hizo este estudio, tres de las familias habían perdido su radio por haberlo empeñado, por no poder pagar los abonos, o por no poder pagar la compostura. Cuando se hizo este estudio, había dos televisiones en la vecindad, pero una fue empeñada muy pronto. Una tercera televisión se había perdido de la misma manera algunos años antes, y el mismo hombre, Guillermo Gutiérrez, compró otra a crédito, comprometiéndose a pagar abonos de 300 pesos al mes, aunque era muy poco probable que pudiera cumplir con el compromiso.

Entre los otros muebles que se podían encontrar en las 14 viviendas había tres máquinas de coser, 16 planchas eléctricas, dos tablas de planchar, siete relojes, un calefactor eléctrico, una escalera, 12 tijeras, 14 estufas de petróleo y cuatro braseros de carbón. Debido a que la mayoría de las viviendas tenían piso de tierra, había 16 escobas, pero ningún "trapeador" o "mechudo", y, debido a que no había agua corriente en las casas, había una gran abundancia de jarros, cubetas y tinas. La mayoría de las familias tenían los utensilios básicos de cocina y de mesa, pero sólo había cinco botes de basura, cinco bandejas, cuatro saleros, dos azucareras y dos ceniceros. Había solamente tres cepillos de dientes en toda la vecindad. Por otra parte, había 147 imágenes de santos católicos, o sea, un promedio de más de 10 por cuarto. Estas imágenes tenían un valor total de 2 631.50 pesos.

La ropa estaba en segundo lugar en cuanto a inversión total de la vecindad en bienes materiales. Representaba el 27.4% de todas las compras y era el tipo de artículo que más se fabricaba en casa. Generalmente, la familia que gastaba mucho en ropa, tendía a gastar poco en muebles y viceversa. El 80% de toda la ropa se compraba nueva. Las familias de ingreso medio compraban la mayoría de la ropa de segunda mano, y, sorprendentemente, eran las familias más acomodadas las que recibían el mayor número de regalos de ropa. Guadalupe e Ignacio, la familia más pobre, eran una excepción, ya que la mayor parte de su ropa les había sido regalada. De las 43 piezas de ropa que poseían, habían comprado solamente una.

Las 20 mujeres adultas de la vecindad tenían un total de 75 vestidos, o sea un promedio de menos de cuatro por cabeza. Las niñas de 14 años o menos tenían un promedio de seis vestidos cada una. Todas las mujeres tenían un par de zapatos; algunos de los niños tenían más de un par. En general, las muchachas tenían más ropa que sus madres. Usaban sostenes, pantaletas, fondos, suéteres y abrigos, y era frecuente que sus madres no usaran estas prendas. De los 15 pares de medias que había en la vecindad, la mayor parte pertenecían a muchachas adolescentes. De las cuatro personas que tenían pañuelos, dos eran muchachas y dos hombres. De los siete abrigos de mujer, cinco pertenecían a las hijas. Las mujeres de mayor edad usaban rebozo o suéter. La única bolsa de mano que había en la vecindad pertenecía a una joven. La única bata pertenecía a una joven casada.

Los hombres todos tenían zapatos, un par de pantalones, una camisa y calzoncillos, y una chamarra o un suéter para protegerse del frío. Dos de los hombres tenían un abrigo. Tres hombres carecían de calcetines, cuatro de camiseta, y ninguno de los hombres tenía corbata ni traje. Los dos trajes sastre que había en la vecindad fueron comprados como

trajes de confirmación para alguno de los niños. Una sola persona, un hombre, tenía traje de baño.

Las herramientas y el equipo, pertenecientes en su mayoría a los arte-sanos que trabajaban en casa, era el siguiente renglón en cuanto a su valor total, y representaban el 7.9% del total de las compras. La ropa de cama representaba el 6.8%. Todas las familias tenían una o más sábanas, almohadas, cobijas o colchas. Estas últimas eran artículos relativamente caros, ya que costaban entre 40 y 200 pesos, y en ocasiones las compraban en abonos. De la ropa de cama alguna había sido hecha en casa especialmente en el caso de las familias más pobres. De los 70 artículos hechos en casa, 38 eran sábanas de manta, un algodón barato que se puede obtener descosiendo costales de harina.

La joyería y los relojes de pulsera representaban el 3.1% del valor total de los artículos comprados. Cuatro familias, todas pertenecientes al nivel superior de ingresos de la vecindad, poseían cinco relojes de pulsera. Había seis medallas y un crucifijo de plata, que también pertenecían a las familias de mayor ingreso, y tenían un valor total de 382 pesos. Había 25 anillos distribuidos entre nueve familias, y 20 pares de aretes en ocho familias. No había collares, pulseras ni prendedores. Debido a que la joyería se empeña fácilmente el tiempo promedio durante el cual se retenían estos objetos era de solamente 9.8 meses. Siete de las familias tenían 41 juguetes, incluyendo una bicicleta que se alquilaba. Los juguetes representaban el 3% de todas las compras.

EPÍLOGO

por SUSAN M. RIGDON

A las seis de la mañana del 5 de enero de 1987, Jesús Sánchez salió de su casa, ubicada en un suburbio de la Ciudad de México, y se encaminó al mismo trabajo que había tenido durante 61 años. El árido y salado pedazo de tierra que había comprado en un área subdesarrollada más de 50 años atrás, estaba ahora rodeado de fábricas y edificios altos y se ubicaba justo al lado de una gran avenida con mucho tráfico. Para llegar a la parada del camión, Jesús tenía que cruzar por donde no había semáforos, puentes o pasos peatonales. Manuel —quien había estado presionando a su padre para que se retirara y que había conseguido que trabajara sólo dos días a la semana— dijo que constantemente le advertía que se cuidara del tráfico de la avenida. Esa mañana, justo cuando Jesús acababa de bajarse de la banqueta, lo atropelló un coche cuyo conductor se dio a la fuga. Un vecino que lo vio tendido en el pavimento llamó una ambulancia y a su familia. Jesús murió en el hospital varias horas después sin haber recobrado el conocimiento. Tenía 82 años, 15 hijos, 36 nietos y por lo menos 43 bisnietos.

Entre los hijos que le sobrevivieron se encontraban los cuatro que colaboraron en este libro. Hasta hacía muy poco, Manuel había vivido en el cuarto de Bella Vista con su esposa María y sus hijos. A causa del terremoto de 1985, que mató a 20 000 personas y dejó a millones sin hogar, Bella Vista sufrió considerables daños estructurales. El gobierno entonces la incluyó en la lista de vecindades que habrían de ser destruidas con el plan de renovación urbana posterior al temblor. A los residentes de Bella Vista, incluyendo a la familia de Manuel, se les ofreció una vivienda provisional mientras se construían los reemplazos.

Roberto había abandonado Bella Vista dos décadas antes, después de casarse, y se había mudado a casa de su mujer, Andrea, y de su hermana; la casa constaba de algunos cuartos alrededor de un patio central. Con el paso de los años la habían ido mejorando con electricidad, pisos de concreto y un baño moderno. Además, con el dinero que el gobierno les había dado como compensación por quitarles una parte de su propiedad para ampliar la calle, habían construido un cuarto que rentaban.

Las hermanas, Consuelo y Marta, hacía mucho que habían dejado Bella Vista. Marta se mudó a Acapulco; después de separarse de Baltasar no volvió a tener pareja. Crió a sus once hijos ella sola con el dinero que ganaba como vendedora ambulante y con una buena ayuda de su padre. A medida que los hijos más grandes empezaron a trabajar, ayudaron a Marta a construirse una casa propia. Se volvió sumamente religiosa, evangélica, y aunque nunca fue personalmente ambiciosa, trabajó duro para que sus hijos salieran adelante. Acababa de regresar a Acapulco, después de pasar las vacaciones de Navidad en la Ciudad de México con sus hermanos y su padre, cuando le llegó la noticia

de su muerte. Inmediatamente tomó un camión de regreso a la capital.

Consuelo fue la menos estable de los cuatro. Después de que se terminara el libro, trabajó medio tiempo como asistente de campo de Lewis en Tepoztlán (donde se convirtió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día) y luego en Puerto Rico. Se casó en 1966 y tuvo dos hijos, pero se separó de su marido en los años ochenta. Buena parte de su vida matrimonial la vivió en Nuevo Laredo, donde trabajó medio tiempo en una biblioteca. Ella fue la única de los hijos de Jesús que no fue al funeral pero, dado que se llevó a cabo al día siguiente de su muerte, probablemente no hubiera podido llegar a tiempo a la ciudad, incluso si hubiera querido.

Los cuatro hijos siempre se mantuvieron en contacto con Antonia y María Elena, las dos hijas que Jesús tuvo con Lupita mientras estuvo casado con Leonor. María Elena, quien se había hecho monja, presidió la misa funeraria con oraciones e himnos. En cambio, los cuatro hijos mayores de Jesús no tuvieron relación estrecha con los ocho hijos que su padre tuvo con Dalila, de los cuales el menor tenia sólo 11 años cuando Jesús murió. Presumiblemente había recelos por ambas partes: los hijos de Dalila envidiaban la atención que los mayores recibían por su conexión con el libro y los cuatro mayores estaban resentidos con Dalila por tratar de asegurar que ella y sus hijos eran los únicos herederos de la propiedad de Jesús y de sus demás pertenencias. Jesús había cumplido su sueño de construir más cuartos en su casa para sus hijos mayores, pero también quería velar por la seguridad de los más pequeños. Fue por esto que él y Dalila, a pesar de sus diferencias, se casaron formalmente después de años de vivir en unión libre.[1]

Sus cuatro hijos mayores quedaron sin herencia alguna, pero aseguraron que tampoco la esperaban. Fue mucho más difícil para ellos no poder decidir nada en el funeral y el entierro de su padre. Dalila enterró a Jesús en la parcela de su madre en vez de con los parientes de los hijos mayores, que es lo que ellos hubieran preferido. El mismo Jesús, no obstante, nunca abandonó a ninguno de los mayores para favorecer a los más pequeños; de hecho, seguía la pista de todos y se preocupaba por su futuro. A pesar de todo el enojo y las recriminaciones que los hijos dirigen a su padre en las páginas de este libro, el sentimiento que tuvieron ante la pérdida de este hombre, aparentemente indestructible, que "cayó para no levantarse de nuevo", fue muy profundo. A fin de cuentas, como dijo Marta, él había sido para ella tanto un padre como una madre.

Dieciséis años antes, la familia Sánchez había recibido —con una incredulidad similar — la noticia de la muerte de Oscar Lewis a causa de un ataque al corazón. Aun no cumplía los 56 años. Desde que los conoció hasta el día de su muerte, Lewis siempre se mantuvo el contacto con la familia y trabajó en proyectos con uno o más de ellos. Sus cartas de pésame dan cuenta de la fuerte unión entre ellos. Marta dijo que había perdido "un gran y querido amigo, quien había sido más que un padre", y Roberto, que llamaba a Lewis "mi compadrito del alma", juró que encontraría una manera de visitar la tumba de Oscar en Nueva York. Incluso Jesús, que siempre mantuvo cierta distancia, le escribió a Ruth para decirle que de vez en cuando le mandaría algunas líneas para que no se

olvidaran de él. En ese preciso momento de la relación no había forma de que Ruth Lewis o sus hijos —que habían pasado parte de su infancia en México y que se habían vuelto buenos amigos de los hijos y nietos de Jesús— llegaran a olvidarlos jamás.

Ruth Lewis siguió visitando a la familia y escribiéndole. En diciembre de 1986, después de haber preparado un extenso cuestionario, fue a México con la intención de actualizar la información acerca de los nietos y bisnietos. Jesús se veía con una salud excelente, su cabello aún era negro azabache y Ruth notó que su humor era considerablemente mejor que en muchos años. Sin embargo, a medida que hablaba con la familia, celebraba las fiestas de fin de año y recordaba todos los años que habían compartido, Ruth cayó en la cuenta de que ya habían cruzado la línea: "Nuestra relación se había vuelto tan emotiva y tan complicada, nosotros sabíamos tanto de ellos y ellos sabían tanto de ellos mismos y de nosotros, que simplemente no tuve corazón para hacerles un montón de preguntas impertinentes o para tratarlos como objetos de estudio. Ya estaba cansada de toda esa objetividad de las ciencias sociales…"[2] Entonces dejó a un lado el lápiz de una vez por todas. Poco más de una semana después, se encontraba en el funeral de Jesús, parada detrás del grupo familiar, apiñado cerca del féretro (no era familia, pero tampoco era una simple observadora). Manuel se acercó para estar junto a ella.

Ruth nunca regresó a México, pero las cartas y las llamadas telefónicas continuaron hasta su muerte, en 2008. Ella había sobrevivido a todos, excepto a Marta y Consuelo. Manuel y su esposa de más de 40 años vivieron en la nueva vivienda construida cerca de donde estuvo Bella Vista hasta que él murió en 2002, a los 74 años. Roberto y su esposa aún vivían en la casa donde habían pasado toda su vida de casados cuando él murió en 2001, a los 71 años de edad. Su único hijo —ahijado de Lewis— murió con poco más de 20 años. Consuelo, de 78, dejó de hablar con Ruth Lewis en la década de 1980 y también se mantiene distanciada de su familia. Marta, ahora cerca de los 80 años, vive al menos parte del tiempo con sus hijos casados, quienes consiguieron trabajo en las maquiladoras cercanas a Acuña.

Mucho se escribió sobre la relación entre los Sánchez y los Lewis durante la controversia suscitada por la publicación del libro en México. En esa década de guerras ideológicas no era sorprendente que la discusión asumiera el lenguaje del imperialismo y la explotación, caracterizando la relación Lewis-Sánchez como una en la que una parte dominaba y la otra se subordinaba. Es difícil creer que cualquiera que haya podido hacer semejante crítica haya leído el libro y entendido quiénes eran los Sánchez. El padre participó en el proyecto tanto como quiso y no más: habló sólo cuando tenía algo que decir. Era orgulloso, vanidoso, trabajador y ambicioso dentro de su propio mundo, lo que significa que nunca posó su mirada en horizontes inalcanzables. Estaba, no obstante, enojado con el sistema político y económico que le había impedido avanzar y no tenía miedo de decirlo enérgicamente. Además, Consuelo y Manuel tenían un verdadero arsenal de palabras. Lewis quería que las reflexiones sobre la vida, la pobreza y las barreras que existían entre sus ambiciones y ellos vinieran directamente de los Sánchez, para "permitir que el pobre hablara por sí mismo", como él decía con frecuencia. Los

Lewis fueron quienes decidieron qué palabras aparecían en el libro, pero no tuvieron ningún control sobre los demás aspectos de la participación de la familia en el proyecto, antes o después de su publicación.

Ninguno de los involucrados pudo haber previsto el impacto que el libro tendría en México, y cuando los reporteros empezaron a buscar a la familia, Lewis realmente quería que se mantuvieran en el anonimato. Sin embargo, Marta fue la única de los cinco que no reveló su identidad ni trató de usar su conexión con el libro para fines personales (cosa que, obviamente, tenían todo el derecho de hacer, sin importar cuánto pudiera molestar a Lewis). En realidad, Jesús y Manuel a veces buscaron a la prensa. En 1970, por ejemplo, unos cuantos meses antes de la muerte de Lewis, Jesús dio una entrevista a la revista *Siempre!* en un intento por impedir que quien había sido su jefe por 45 años lo obligara a retirarse sin pagarle su debida indemnización.

Ambos —Jesús y Manuel— alardeaban de la utilidad de haber participado en el trabajo de los Lewis; de hecho, Manuel lo llamaba su "seguro social" y decía que sentía que había hecho una contribución al mundo, que no era sólo un "gusano arrastrándose por la faz de la tierra". Otro residente de Bella Vista —que nació más o menos cuando Lewis empezaba su investigación allí— le dijo a un reportero del *Boston Globe* que cubría la demolición de la vecindad en 1986: "Nos conocieron internacionalmente, pero esa ya se acabó", haciendo eco a la afirmación de Manuel de que *Los hijos de Sánchez* los había puesto en el mapa.[3] El presidente Miguel de la Madrid confirmó el lugar que Bella Vista tenía en la historia urbana moderna de México al acudir a las ceremonias para la inauguración de un nuevo complejo habitacional construido en ese lugar.

Los Lewis también eran conscientes de lo que habían ganado al trabajar con los Sánchez y era mucho más que la mera satisfacción de haber "despertado la conciencia social". Ruth Lewis dijo que el libro los dejó con "un sentimiento de admiración hacia la gente, lo que experimentan, cómo manejan las situaciones por las que atraviesan, los terribles problemas que tienen y el espíritu que poseen; ese tremendo espíritu".

[Traducción de María Sofía Merino]

[Notas]

---

[1] Poco tiempo antes de su muerte, Jesús acordó firmar la sentencia de divorcio que había pedido Dalila. Él le dijo a Ruth Lewis que planeaba vender su propiedad —que valía entonces mucho más de lo que había pagado por ella— para darle la mitad de las ganancias a su mujer. Sin embargo, murió antes de que cualquiera de estos arreglos pudiera concretarse.

[2] Todas las citas de Ruth Lewis están tomadas de entrevistas grabadas con Susan Rigdon en enero y febrero de 1987.

[3] Philip Bennett, "Storied Symbol of Poverty is Gone", *Boston Globe,* 20 de agosto de 1986.

Los hijos de Sánchez retrata y analiza una familia marginada de los años cincuenta de la Ciudad de México: Jesús Sánchez y sus cuatro hijos. Ofrece una visión, desde el centro de la vida familiar, de lo que significa crecer en un hogar con grandes carencias económicas en los barrios bajos del centro de esa ciudad latinoamericana, que atraviesa por un proceso de rápido cambio social y económico. La historia continúa en *Una muerte en la familia Sánchez*, donde se presenta el episodio que revela, en todo su dramatismo, las angustias y dificultades enfrentadas por la familia para enterrar dignamente a sus muertos.

Estas obras en conjunto aportan material valioso para el análisis de fondo que realiza el autor sobre una cultura de la pobreza que va estructurando los valores y la forma de vida no sólo de las familias mexicanas sino de muchas familias alrededor del mundo que han compartido esas circunstancias.

La presente edición conmemora los 50 años de la publicación inicial de *Los hijos de Sánchez* e incluye *Una muerte en la familia Sánchez*. Representa además un reconocimiento a la labor de Arnaldo Orfila como director del Fondo de Cultura Económica, pues fue él quien —en contra de la censura y en favor de la investigación y la difusión del conocimiento— defendió la primera edición en español de *Los hijos de Sánchez*.

www.fondodeculturaeconomica.com

Índice

ÍNDICE 5
PRÓLOGO 7
LOS HIJOS DE SÁNCHEZ. AUTOBIOGRAFÍA DE UNA FAMILIA MEXICANA 22
AGRADECIMIENTOS 24
INTRODUCCIÓN 25
PRIMERA PARTE 45
JESÚS SÁNCHEZ 46
SEGUNDA PARTE 55
MANUEL 56
ROBERTO 95
CONSUELO 117
MARTA 154
TERCERA PARTE 173
MANUEL 174
ROBERTO 206
CONSUELO 240
MARTA 284
CUARTA PARTE 311
MANUEL 312
ROBERTO 363
CONSUELO 388
MARTA 422
Epílogo. JESÚS SÁNCHEZ 451
APÉNDICE. RESOLUCIÓN DEL PROCURADOR 465
UNA MUERTE EN LA FAMILIA SÁNCHEZ 474
AGRADECIMIENTOS 475
INTRODUCCIÓN 476
I. LA MUERTE 490
MANUEL 491
ROBERTO 502
CONSUELO 510

II. EL VELORIO 517
ROBERTO 518
MANUEL 521
CONSUELO 530
III. EL ENTIERRO 542
MANUEL 543
ROBERTO 550
CONSUELO 553
APÉNDICE 559
EPÍLOGO 563